



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, XOCHIMILCO (UAM-X)
MAESTRÍA EN COMUNICACIÓN Y POLÍTICA**

**COMPARACIONES HISTÓRICAS EN TORNO AL “DEBATE SOBRE EL FASCISMO” Y EL USO DE ANALOGÍAS
RESPECTO A DONALD TRUMP EN ARTÍCULOS DE OPINIÓN**

**TESIS
(IDÓNEA DE COMUNICACIÓN DE RESULTADOS)
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
MAESTRO EN COMUNICACIÓN Y POLÍTICA**

**PRESENTA:
MACIEJ LONGIN WISNIEWSKI**

**TUTOR PRINCIPAL:
DR. EDUARDO ANDIÓN GAMBOA
MAESTRÍA EN COMUNICACIÓN Y POLÍTICA, UAM-X**

**MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR:
DRA. DIANA GRISEL FUENTES DE FUENTES
MAESTRÍA EN COMUNICACIÓN Y POLÍTICA, UAM-X**

**DR. DANIEL KENT CARRASCO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM**

CIUDAD DE MÉXICO, MARZO DE 2025

Resumen

Una investigación cualitativa acerca del uso de las comparaciones históricas (analogías) al fascismo respecto a Donald Trump (2017-2021 y 2021-2023) en un corpus de estudio conformado por una selección de artículos de opinión de la prensa anglófona contemporánea. Su objetivo principal ha sido analizar y hacer una revisión conceptual y teórica, del uso de las comparaciones históricas y del concepto del fascismo por parte de los llamados “alarmistas” (intelectuales: académicos, políticos, periodistas etcétera, como “productores” de las comparaciones) que eligieron a comparar a Trump con el fascismo —y de ver así también la demás extrema derecha contemporánea— en marco del llamado “debate sobre el fascismo” en Estados Unidos y en otros círculos anglófonos y hacer una evaluación crítica de estos usos en un corpus de estudio de una selección de artículos de prensa mediante la metodología de una “lectura minuciosa” (*close reading*). En síntesis, el esquema argumentativo de este trabajo ha sido que las comparaciones históricas al fascismo en nuestro contexto político actual en general y en específico respecto a Donald Trump, resultan de poca utilidad para ayudar a entender las anatomías de las fuerzas políticas comparadas y encima cuando estas analogías no cuentan con una suficiente base teórica y/o una definición determinada del fascismo —al responder más a las coordenadas de la lucha política corriente que a los fines analíticos—, en vez de abonar a la discusión pública, tienden a confundir, a distorsionar y a trivializar la historia. Entonces, este tipo de analogías no debería ser empleado y abandonado a favor de una mayor “diversidad comparativa” capaz de describir de modo más *útil* los fenómenos políticos en cuestión (Trump), para dar mejor cuenta a la historia y así abonar mejor al debate público.

Palabras clave

comparación histórica, analogía, fascismo, debate sobre el fascismo, Donald Trump, Estados Unidos, extrema derecha, historia, política, prensa, artículos de opinión

AUTORIZADO

A handwritten signature in dark blue ink, enclosed within an oval-shaped flourish. The signature itself is stylized and appears to read 'Eduardo'.

DR. EDUARDO ANDIÓN-GAMBOA

Índice

Agradecimientos	3
-----------------------	---

CAPÍTULO 1.

INTRODUCCION

0. Una nota sobre la subjetividad y/o posicionalidad.....	4
1. Presentación.....	7
2. Coordenadas del estudio.....	13
3. Justificación del tema (construcción del problema).....	17
4. Relevancia	23
5. Pregunta de investigación	25
6. Conjetura.....	25
7. Objetivos (general y específicos)	25
8. Lineamientos teórico-metodológicos.....	26

CAPÍTULO 2.

(I) COMPARACIONES HISTORICAS

1.1. Definición, usos, debates	30
1.2. Comparaciones y el pensamiento analógico.....	37
1.3. Las comparaciones históricas y la toma de decisiones políticas	43
1.4. Contexto político e intelectual y el lugar de las comparaciones históricas	48
1.5. Comparaciones: teoría, práctica, análisis (Hartmut von Sass)	52
1.5.1. Ejemplo de análisis 1.	54
1.5.2. Ejemplo de análisis 2.	55
1.6. Comparaciones históricas, “lecciones del pasado” y ausencia del futuro (Enzo Traverso).....	60

(II) FASCISMO

2.1. Anatomía, definiciones, debates.....	65
2.1.1. Enfoques marxistas	72
2.1.2. Enfoques “genéricos” y más allá (Stanley G. Payne, Roger Griffin, Robert O. Paxton).....	79
2.1.3. ¿Del fascismo al populismo y de regreso? (Federico Finchelstein)	90
2.1.4. Posfascismo (Enzo Traverso)	98
2.2. Fascismo como “democracia autoritaria” (Dylan Riley)	103
2.2.1. Trump y trumpismo: neopatrimonialismo y neobonapartismo.....	106
2.2.2. La “insurrección” en el Capitolio, la democracia y la “verdad”	113
2.3. Trump: “casi todo lo contrario del fascismo” (Corey Robin)	116
2.4. Fascismo y “ahistoriología” (Emilio Gentile).....	122
2.5. ¿Historia y fascismo como “lecciones”? (Timothy Snyder)	129
2.6. ¿“Fascismo estadounidense”?	139
2.7. ¿La inutilidad del concepto de “fascismo” en Estados Unidos? (Bruce Kuklick)	151

CAPÍTULO 3.

ANALISIS DE TEXTOS

3.1. #1 - #27	161
---------------------	-----

CAPÍTULO 4.

EL CIERRE

4.1. Resultados.....	236
4.2. Conclusiones.....	254
4.3. Reflexiones finales	260

BIBLIOGRAFIA	265
--------------------	-----

Agradecimientos

Si bien este tipo de trabajo es por lo general uno que forma colectividades y en cuyo transcurso uno suele contraer muchas deudas, este proyecto de investigación en particular –por varias razones contingentes–, ha sido más bien fruto de un trabajo solitario. Aun así, desde luego, me he beneficiado enormemente del apoyo y las observaciones de mi tutor principal Dr. Eduardo Andi6n Gamboa y los comentarios de los lectores: Dra. Diana Gris6l Fuentes de Fuentes y Dr. Daniel Kent Carrasco, junto con todo el apoyo institucional de la Maestría. En diferentes etapas del trabajo, me he beneficiado tambi6n de algunas observaciones de Dr. Claudio Albertani y Dr. Rafael Miranda Redondo que han leído y comentado sobre la totalidad o algunas partes del estudio. Todos los posibles errores son –desde luego–, la responsabilidad exclusiva de quien lo suscribe.

CAPÍTULO 1.

INTRODUCCION

0. Una nota sobre la subjetividad y/o posicionalidad

Arno J. Mayer, el eminente historiador marxista estadounidense de origen judío-luxemburgués, en un famoso –y a la vez polémico (véase: Stone D., 2021: 195-215)– libro dedicado a la historia del Holocausto, *¿Por qué no se oscurecieron los cielos?* (1988) apremiaba a sus colegas a tomar en cuenta su propia posición en el proceso de investigación remarcando que “cada estudioso de historia contemporánea tiene una obligación de revelar sus valores subjetivos” (Mayer, 1988: vii). Pero esta observación, contenida en un *Prefacio personal* donde Mayer hablaba de su propia huida de niño de los nazis, junto con su familia –de Luxemburgo, a través de Francia, Argelia y finalmente a Estados Unidos–, y del destino de unos de sus abuelos, que al negarse de abandonar el ducado fueron arrestados y deportados al gueto en Theresienstadt en Chequia ocupada donde perecieron, estaba dirigida también a él mismo. Fue esta historia personal y el afán de entender que es lo que había pasado que lo inspiró a “pensar más sistemáticamente en el ‘judeocidio’” –como él denominaba al Holocausto–, y dio inicios a su estudio (vii-xv). La cuestión de la posicionalidad y/o subjetividad en las ciencias sociales es algo que a estas alturas, ya ha sido ampliamente discutido, pero que igualmente tardó en ser reconocido, siendo por mucho tiempo y según algunos enfoques hasta hoy en día la prístina “objetividad del investigador” el valor máspreciado y un ideal para alcanzar (véase: Novick, 1988). Uno de los más destacados proponentes, muy en tenor de Mayer pero desde el campo de la sociología, de tomar en cuenta “el lugar dónde uno está parado” (su posición en el “campo social”) y “desde donde uno habla” (posicionalidad/subjetividad), una suerte de “reflexividad” del sociólogo que “está obligado a dirigir sus instrumentos de análisis también a sí mismo”, fue el eminente sociólogo francés Pierre Bourdieu (Bourdieu, Wacquant, 1992 y Bourdieu, 2004). Como resaltaba en una ocasión Loïc Wacquant, otro sociólogo francés y uno de sus colaboradores:

La sociología de Bourdieu se distingue de otras corrientes y notablemente de aquella de los padres fundadores –Marx, Durkheim y Weber¹–, en que actúa de manera “reflexiva”, es decir: el sociólogo está obligado a dirigir sus instrumentos de análisis también hacia sí mismo, esforzándose así por conjurar las determinaciones sociales que también pesan sobre él, como ser social y como productor cultural (Wacquant, 2012).

Regresando al campo de la historia, el historiador italiano Enzo Traverso, escribiendo sobre el problema de la subjetividad anotaba que allí estamos frente a una contradicción que no se puede resolver: cuando los investigadores están en contacto con los actores, no pueden pretender estar como “observadores neutros” que toman apuntes y los escuchan sin tener ninguna implicación subjetiva. “Sin embargo –anotaba Traverso– es evidente que si damos el paso y decimos que escribimos ‘en nombre de las víctimas’, entonces se plantea un problema, pues el punto de vista asumido puede llegar a anular la distancia crítica indispensable para investigar” (Traverso, 2023c). La única cosa honesta, según él, es asumir esta contradicción: “Uno puede querer adoptar la posición de la neutralidad axiológica de la ciencia, pero todos los que pretenden esto en la introducción de sus libros son hipócritas y falsos. Se puede perfectamente ver el grado de implicación que hay en la selección de las fuentes, la definición del objeto de estudio y la forma de tratarlo” (*Ibidem*). Luego, respecto a lo que él denomina como “historia subjetivista” –un nuevo trend de escribir principalmente “en primera persona”–, Traverso anotaba que esta visión deforma inevitablemente el panorama histórico y constituye “una mala perspectiva” que escudriña los hechos, objetos y personas exclusivamente a través de “primeros planos”. “Este enfoque captura emociones y sentimientos, pero desafortunadamente descuida el contexto” (*Ibidem*; véase también: Traverso, 2022d).

Las observaciones de Mayer, Bourdieu, Wacquant y Traverso me hicieron pensar tanto en la posicionalidad y la subjetividad de los “productores” de las comparaciones –siendo la comparación, por definición, un acto sumamente subjetivo (véase: Rosenfeld, 2019, von Sass, 2021: 12-13 y más adelante) y uno en el que influyen las historias biográficas y personales de los comparatistas, junto por ejemplo con sus emociones, sensibilidades, orígenes étnicos o historias familiares (von Sass, 2021: 163 y 165)–, sino también en mi propia condición de un estudioso y “evaluador” de ellas, siendo la observación de von Sass aplicable, en mi opinión también, tanto a los “productores” de las comparaciones, como a sus estudiosos. En corto, me hizo pensar en mi propio lugar de enunciación: mi propia condición de un periodista y columnista de opinión que se propone a evaluar el uso de las analogías históricas “en mi propio campo” –en los artículos de opinión–, y alguien con ciertas claves biográficas que influyen en mi mirada, modo de analizar y de escribir toda esta historia, y –muy en clave de Mayer–, alguien con un pasado personal que ha sido determinante en emprender el estudio presente.

Por cuestiones de azar resultó que la primera victoria electoral de Donald Trump a finales de 2016 y el hecho de seguir los primeros comentarios acerca de su triunfo en los medios, la prensa y desde la academia –buena parte de ellos saturadas de diferentes comparaciones históricas, muchas de ellas centradas en la Segunda Guerra Mundial–, coincidió con un descubrimiento muy particular: una carta de mi abuelo, Longin (del cual heredé el segundo nombre), que se le permitió mandar a bisabuelos en

¹ Resulta curiosa, pero no equivocada esta inclusión por parte de Wacquant a Marx, como uno de los “padres de la sociología” –aunque más en el sentido de como el marxismo ha sido asimilado posteriormente al campo sociológico por diferentes pensadores, entre otros por el mismo Bourdieu, para ampliar sus horizontes (véase: Bourdieu, 1999: 223-224)–, ya que, como bien apuntaba el sociólogo marxista húngaro Gáspár Miklós Tamás, la sociología nació explícitamente como una respuesta intelectual a la amenaza que representó en su momento el marxismo (Tamás, 2018).

1942 desde Dachau, uno de los primeros y los más grandes campos de concentración nazis establecido a pocos meses de la toma de poder por Hitler, en marzo de 1933 (Wachsmann, 2016: 3-5, 8-11 et al.). Mi abuelo fue enviado allí a mitades de 1940 después de ser arrestado en una gran acción represiva de la Gestapo local de Łódź (Litzmannstadt), también mi ciudad natal, incorporada en aquel entonces al Tercer Reich después de la invasión nazi a Polonia en 1939 y tras permanecer por un tiempo en otro campoprisión transitorio. Por alguna razón la carta, escrita en la “papelería corporativa” del campo, nunca llegó a sus destinatarios –aunque mis bisabuelos sí han vuelto a ver a mi abuelo que sobrevivió allí cinco años y fue liberado por las tropas estadounidenses–, y hoy se encuentra en una colección histórica de la Universidad McMaster en Canadá.² Este “artefacto” me volvió a reconectar con la historia que conocía bien, pero de la cual nunca se hablaba mucho en mi familia. Y que cuento acá no porque sea algo inédito, sino más bien algo común y “típico” en Polonia, con muchas familias guardando memorias parecidas y que a la vez sigue siendo un tema político “caliente” hasta hoy en día y objeto de muchas manipulaciones y “revisiones” históricas sobre todo por parte de los sectores de la extrema derecha nacionalista interesados en inflar y en exaltar el “martirologio nacional” (véase: Gudonis, Jones, 2020: 7-8). Lo más importante es que en aquel momento dicha carta sirvió como un catalizador para reflexionar de modo más profundo si de verdad era cierto que, tal como aseguraban varios comentaristas y opinadores, Trump, era “un nuevo Hitler” y el trumpismo el “nuevo fascismo” (véase: Weber T., 2016). O si, por ejemplo, el nuevo presidente de Estados Unidos, conocido ya por su retórica xenófoba, inflamatoria y antinmigrante respecto a los mexicanos, centroamericanos o los musulmanes, iba a construir un “nuevo Dachau”, un “nuevo Auschwitz” o un “nuevo Treblinka” en la frontera con México o convertir a este mismo país en un “gran campo de concentración y/o exterminio”.³ Si de verdad eran los mexicanos, tal como insistía por ejemplo el eminente antropólogo estadounidense Marshall Sahlins, “los judíos de Trump” (Sahlins, 2016). O si, en general, era cierto que la extrema derecha contemporánea, parte de una “nueva ola autoritaria” que asolaba a los países como Turquía, India, Polonia, Hungría y finalmente también a Estados Unidos y de la que Trump era un representante quinquiesencial y a la vez un político que parecía darle “una credibilidad” a esta nueva tendencia global de populismo autoritario, más nacionalista y más xenófoba que por ejemplo el populismo latinoamericano clásico de la posguerra (véase: Finchelstein, Moses, Piccato, 2017), se entendía mejor a través de las analogías al fascismo. En el mismo tiempo me preguntaba que habría pensado mi abuelo de este tipo de comparaciones. Murió en 1988 –por una condición que fue consecuencia de pseudoexperimentos médicos nazis en Dachau–, y yo, muy de chico, he tenido con él apenas una conversación pasajera al respecto. En esencia, en su centro estaba la cuestión del “perdón” y el “olvido”, un tema bastante discutido en la literatura sobre el Holocausto con dos emblemáticos escritores-sobrevivientes, Primo Levi y Jean Améry, representando dos polos opuestos: Levi abogaba por perdonar a los verdugos, mientras Améry decía que esto era imposible. Mi abuelo se inscribía en la segunda posición. Pienso que tal vez hubiera dicho que lo de Dachau era algo “incomparable” y que esta historia no tenía nada que ver con Trump ni con el presente (para el igualmente ampliamente discutido tema de la “incomparabilidad” del Holocausto y/o el nazismo, véase: von Sass, 2021: 171-173; Traverso, 2006: 177-179; Novick, 1999).⁴

Igualmente todo el tema de la “posicionalidad” y la “subjetividad” lo tenía presente también desde hace tiempo gracias a la figura del eminente sociólogo polaco de raíces judías Zygmunt Bauman –expulsado de Polonia en 1968 tras la campaña antisemita del gobierno socialista y afincado posteriormente en Inglaterra–, y su propia postura científica en los antípodas de la mayoría de las corrientes sociológicas, con notable excepción de Bourdieu. Bauman era muy conocido por anteponer y usar

² Véase: <https://digitalcollections.mcmaster.ca/wwiiccc/media/fieldsource-formatted-wisniewski-longin-wisniewski-edmund-litzmannstadt-dachau-1st>

³ Véase por ejemplo cartones: “El sueño republicano” (El Fisgón), en: La Jornada, 5 de mayo de 2016, p. 11 o “Deportaciones” (Helguera), en: La Jornada, 18 de noviembre 2016, p. 7. En este contexto es pertinente mencionar que igualmente hay una oscura coincidencia que no deja de ser sólo una coincidencia y no una analogía histórica. En la brutal jerga de los campos de concentración (*Lagersprache*), inventada por los propios prisioneros a base de referencias arbitrarias –por ejemplo “muselmann/musulmán”, una forma “corrompida” de decir musulmán, se refería, por su emaciación y postura inclinada que parecía un rezo, a un cautivo en estado de agotamiento que sólo esperaba su muerte (para el conocido malentendido de este término por Agamben, véase: Traverso, 2006: 237-238)–, una de las secciones de Auschwitz-Birkenau, oficialmente conocida como BIII, se llamaba “Mexiko”. Construida en 1944 para los grandes transportes de judíos húngaros, destacaba por sus pésimas condiciones: los cautivos, hombres, mujeres y niños, que esperaban solamente “su turno” para la exterminación o morían antes, vivían hacinados en barracas a medio acabar, dormían en la tierra, sin agua corriente ni sanitarios, con apenas un poco de comida; muchos, en vez de abrigos, llevaban mantas en los hombros (que parecían sarapes). Han sido estas condiciones en “Mexiko” –en la imaginación popular un lugar pobre y abandonado–, que, junto con los “sarapes”, dieron el nombre a la sección que pronto se ha convertido entre los prisioneros en un sinónimo de sufrimiento y mala suerte, algo que contrastaba con otra parte del campo llamada “Kanada” –en la imaginación popular y en la lógica de la *Lagersprache* un lugar idílico y de enormes riquezas–, donde se sorteaban los bienes de los gaseados y el trabajo era ligero y para los privilegiados (Wachsmann, 2016: 461).

⁴ Debo admitir que esta suerte de desasosiego inicial se convirtió unos años después, ya en el transcurso de esta investigación, en una “neurosis” –algo que aparentemente todo el “debate sobre el fascismo” (véase: abajo) generó en muchos de sus seguidores y/o participantes (véase: Steinmetz-Jenkins, 2024: 8)–, y algo agravado después por la brutal invasión israelí a Gaza. Tanto desde el principio observando como esta ha sido llevada a cabo con un prolífico y altamente instrumental uso de las comparaciones históricas a la Segunda Guerra Mundial por parte de los políticos israelíes que igualmente tildaban a los palestinos de “nazis” (véase: Segal, 2023; Traverso, 2024), como viendo luego al propio Joe Biden comparando el ataque de Hamas al “Holocausto”, el evento del cual, en una entrevista en un popular programa 60 Minutes, se había declarado un “estudioso” (sic), citando como su fuente de conocimiento los viajes periódicos al... campo de Dachau, véase: <https://www.cbsnews.com/news/president-joe-biden-2023-60-minutes-transcript/>

ampliamente “lo personal” en sus investigaciones, algo que así condensó –en términos coloquiales y con su característica sintaxis invertida del polaco viejo–, en uno de los intercambios que he podido tener con él: “Si algo [un estudio, una reflexión] no viene de tu propia vivencia y su posterior rehacer, entonces no vale nada” (Bauman en: Wisniewski, 2011). La más importante posición en su bibliografía: *Modernidad y Holocausto* (1988[2009]), un libro pionero en el que Bauman se propuso a estudiar el Holocausto desde la sociología –un tema que, como observaba, esta rama de ciencias sociales ignoró por completo por más de cuatro décadas–, surgió al igual que en el caso de Mayer, de un impulso personal. Si bien Bauman “esquivó” el Holocausto al refugiarse tras la invasión nazi a Polonia en la Unión Soviética (URSS) –donde se enlistó en el Ejército Polaco Popular y acabó su sendero de guerra en el mismo Berlín, cuya toma marca simbólicamente la victoria sobre el fascismo y para algunos incluso, su muerte (Gentile, 2023)–, concibió este libro como “suplemento científico” a un tomo de memorias de la vida en gueto de Varsovia y el periodo de la “vida clandestina” en Polonia ocupada de su primera esposa, Janina (*El invierno en la madrugada*, 1986). Con estas inspiraciones en la mente nació este estudio de cómo –*grosso modo*–, en el prisma de la historia analizamos y de cómo con el uso de las comparaciones históricas tratamos de entender el presente.

El hecho de asumir y revelar mis propias subjetividades –tal como apremiaba a los científicos sociales y aplicaba ese criterio a sí mismo Mayer⁵ (que por otro lado también puso su grano de arena en la lucha antifascista desde las filas del ejército estadounidense “desnazificando” luego varios prominentes nazis, entre otros, a Wernher von Braun)–, tanto respecto ciertas claves biográficas que siento que me hacen más reactivo o cuidadoso en usar ciertas comparaciones o alusiones a ciertos acontecimientos históricos –en mi condición de “evaluador” de las comparaciones siendo un nieto de un exprisionero y sobreviviente de Dachau (véase: von Sass, 2021: 165)–, aplica también, como ya lo he mencionado, a mi propio ser periodista y columnista de opinión. Resulta sintomático que en una columna escrita a finales de noviembre de 2016, a pocas semanas de la [primera] victoria de Trump y titulada *Las falsas paralelas (Trump)*, ya me mostraba “escéptico” (véase: la sección siguiente, 1.) respecto a las ya muy propagadas analogías de Trump a “Hitler” y al “fascismo” o respecto a las advertencias que este pronto “iba a establecer los campos de concentración y/o exterminación al estilo de Dachau o Auschwitz”, viendo más bien este uso de las comparaciones históricas como una (fallida) estrategia electoral liberal-centrista “para imponer la candidata del bien” (Hillary Clinton) y desviar la atención de sus fallas y de sus propias políticas tóxicas (Wisniewski, 2016). Si bien reservaba el término “neofascismo” para hablar de Trump y algunos de sus seguidores, la retórica de las comparaciones a “Hitler” me parecía solamente “una cosa de campaña” y un mal análisis. Escribía que, dados los cambios de modalidad en aparatos represivos, Trump no iba a construir ningunos campos de concentración ni de exterminio en la frontera con México, ni para sus oponentes políticos, ni para los “indeseados” (migrantes, minorías). Si bien sus centros de detención para los migrantes –heredados de hecho de la administración anterior de Barack Obama–, en efecto eran campos, tanto por su forma, modo de funcionar, como por la manera en cómo este tipo de instalaciones han sido fundamentales para las respuestas de los Estados modernos a las crisis (véase: Bauman, 2001), pero nada comparable a “Dachau” ni a “Auschwitz” (Beorn, 2018a), como tampoco lo eran los campos para los refugiados de Medio Oriente establecidos a lo largo de Europa apenas unos años antes (Stone D., 2019: 102-104). Escribía también que Trump no iba a imponer ningún “modelo nazi” ni ningún “fascismo clásico”, sino más bien dar continuidad y/o radicalizar las formas de gobierno y mecanismos de control ya existentes y practicados bajo los gobiernos anteriores de George W. Bush y Obama, tal como efectivamente ocurrió. En esto invocaba ya en aquel momento, también la posición de uno de los críticos del uso de este tipo de comparaciones y a la vez uno de los máximos expertos en fascismo, el sociólogo estadounidense y profesor de la Universidad de Berkeley y miembro del comité editorial de *New Left Review*, Dylan Riley, cuyo enfoque teórico acabé adoptando para las necesidades de este estudio y como uno de los componentes principales del marco teórico (véase: Capítulo 1., sección 8. y Capítulo 2., 2.2., 2.2.1., 2.2.2.). Si bien en algunos textos posteriores dejaba abierta la posibilidad de hablar del fascismo hoy en día, finalmente en un par de columnas escritas para el aniversario de los cien años de la Marcha sobre Roma de Benito Mussolini y sus *squadristi* (octubre de 1922) que marcaba el centenario de la primera toma fascista de poder en el mundo y que trataban del fascismo italiano y del fascismo israelí (sic), desistí “oficialmente” de usar las comparaciones al fascismo y de aplicar el término para hablar de la extrema derecha contemporánea –en aquellos casos en específico respecto a la nueva extrema derecha italiana y la extrema derecha religiosa-supremacista israelí–, por sentir que su uso confundía más de lo que aclaraba respecto a la anatomía política de estos regímenes y no resultaba particularmente útil para hablar del presente⁶ (Wisniewski, 2022a, 2022b). Igualmente me quedé con curiosidad de indagar acerca de los usos y la utilidad de este tipo de las comparaciones en la discusión pública, en particular respecto a Trump, que en mis ojos constituía un buen caso de ello. Estos son los “antecedentes”, posicionalidades y subjetividades que han motivado y que están detrás de este estudio.

⁵ En sus indagaciones en torno a los “académicos subjetivistas” y sus “posicionalidades”, Traverso –remarcando de paso que esto era antes algo que se ocultaba, pero hoy se exhibe–, anotaba que el modo personal de escribir si bien muchas veces resulta creativo sobre todo frente a los relatos lineales de la historiografía convencional, también, muchas veces, al privilegiar las emociones y el “background” del autor, resulta miope. Poniendo el ejemplo del historiador francés Ivan Jablonka (que también ha teorizado sobre el tema) y su libro dedicado a la historia de sus abuelos polaco-judíos, anotaba que si bien su cuento resulta conmovedor, no contribuye en nada a nuestro entendimiento de Holocausto, diciéndonos más del propio autor que del periodo que aborda (Traverso, 2022d: 52-53; véase también: 2023c). Ni yo, ni Mayer por ejemplo –*tout proportions gardées*–, nos propusimos a escribir de este modo de nuestros abuelos, usando solamente sus historias como inspiraciones para emprender un análisis y como “fuente” en el sentido de como ellos informan nuestro conocimiento de la historia (véase: Smeekes et al., 2014).

⁶ Para un argumento contrario según el cual –como lo ha demostrado la brutal invasión israelí a Gaza en octubre de 2023 en respuesta al ataque a Hamas pero siendo esta también fruto de la dominante en Israel ideología etnicista, colonial y expansionista–, el gobierno de Benjamin Netanyahu es actualmente uno que mejor cumple la definición de un régimen fascista, véase: Toscano, 2023b y 2024; para las voces anteriores sobre la “fascización” de Israel, véase: Sand, 2016 y Sternhell, 2018.

1. Presentación

Durante los últimos años muchos intelectuales –académicos, periodistas, comentaristas y hasta los propios políticos– han estado debatiendo intensamente si la extrema derecha contemporánea debe calificarse de “fascista”. Si bien algunos han insistido en que su ideología, estrategia política y bases sociales hacen un eco fuerte con los precedentes fascistas y/o nazis, otros han insistido en que esta difería sustancialmente de ellos, tanto por su propia anatomía y genealogía política, como por las diferencias de las épocas y los contextos políticos e históricos. El debate en sus inicios estaba centrado en Europa (véase: Stone D., 2021: 216-233; Benhabib, 2017; Finchelstein, Bosoer, 2013) –con Gran Bretaña y los hechos posteriores al referéndum de 2016 por la salida de la Unión Europea (Brexit), Francia donde la segunda vuelta electoral en 2017 dio la mayor votación a un candidato presidencial europeo de extrema derecha desde la Segunda Guerra Mundial, Italia, Hungría, Polonia, Austria e incluso casos “atípicos” como España y Alemania, por ser considerados países que “han superado sus pasados fascistas/nazis” que estaban en la lista de los países que caían o estaban bajo la sombra de la extrema derecha–, pero rápidamente con el ascenso al poder de Donald Trump en Estados Unidos y las victorias de Jair Bolsonaro en Brasil o de Narendra Modi en India, el surgimiento de una derecha nacionalista, populista, racista y xenófoba se ha convertido en un fenómeno global (Finchelstein, 2017: 29; véase también: Traverso, 2016a, 2017b, 2017c, 2019a, 2019b, 2019c; Eley, 2021). Así, también, el propio debate se ha globalizado. En 2022 la victoria de Giorgia Meloni en Italia, líder de un partido con raíces en el fascismo histórico (para más sobre este tema véase: Capítulo 2., 2.1.4. y 2.4.), ha polarizado aún más el análisis entre quienes se centran en las comparaciones con el pasado fascista y quienes enfatizaban los tintes conservadores y/o populistas de la nueva extrema derecha⁷, apuntando por ejemplo que las múltiples crisis o la “polycrisis” de hoy –un momento de gran desacuerdo, confusión o sufrimiento causado por muchos problemas diferentes que suceden al mismo tiempo–, está produciendo nuevas formas de política reaccionaria que no se parecen a las de hace cien años ni siguen precisamente los viejos patrones del conservadurismo (Forti, 2022). Según Enzo Traverso, que si bien en todo este contexto subrayaba que el mundo no ha experimentado un crecimiento similar de la extrema derecha desde la década de los 30 y que no extrañaba que este desarrollo haya despertado la memoria del fascismo, no obstante la mejor manera de entender estas fuerzas políticas y su auge tanto en Europa, en Estados Unidos y en las demás partes del mundo, tal como lo analizaba en su libro *Las nuevas caras del fascismo* (2019a), no era directamente en clave del “fascismo”, sino a través de un nuevo concepto de “posfascismo”, que intenta reflejar lo novedoso y a la vez lo inestable de estas fuerzas políticas que parecen combinar continuidades y discontinuidades históricas entre el fascismo clásico y la extrema derecha contemporánea (Traverso, op. cit.: 3-4; para más sobre el “posfascismo”, véase: 2.1.4.). Simultáneamente, para él, se trataba de un desarrollo tan relevante como para no solo abrir debates respecto a esta (re)aparición y de cómo clasificarla, sino poner en tela de juicio incluso la vieja cuestión de la relación entre la historiografía y “el uso público del pasado/de la historia” (Traverso, op. cit.: 4).

⁷ En la literatura académica sobre la extrema derecha y/o derecha radical, la definición precisa del término sigue siendo un objeto del debate y el campo de estudio está plagado de las mismas dificultades y problemas que enfrentan los estudiosos del fascismo: la ausencia de una definición consensuada del fenómeno en cuestión y la falta del consenso definitorio sobre la anatomía precisa de estas fuerzas (para más sobre los desacuerdos en torno a la definición del fascismo, véase: Capítulo 2., 2.1.). Igual que respecto al fascismo, los estudiosos de la extrema derecha a menudo no pueden ponerse de acuerdo sobre los conceptos básicos, enfatizando ciertas características, mientras ignorando otras y viceversa, aunque el nacionalismo, el racismo, la xenofobia o la hostilidad hacia la democracia parlamentaria tienden a aparecer como conceptos centrales. Ni siquiera existe un consenso acerca del término que aplicar con diferentes autores prefiriendo hablar exclusivamente de “derecha radical”, “extrema” o “ultra” o usando estos términos de manera intercambiable distinguiendo, o no, entre una derecha radical más tradicional y sus mutaciones más recientes. En el contexto estadounidense destaca la clásica definición de la “derecha radical” de Daniel Bell que se distinguía, según él, por su feroz oposición al comunismo nacional e internacional y su rechazo a las políticas del Estado del bienestar del *New Deal*, y su apoyo al macartismo durante la Guerra Fría, una búsqueda obsesiva, dogmática y conspirativa de “enemigos comunistas de la nación” y/o “intelectuales cosmopolitas que trabajaban contra la nación”. Además, para Bell, lo que la caracterizaba era también su apoyo al nacionalismo militarista e individualismo económico (véase: Bell D., 2001). Otra académica que ha escrito extensamente sobre la derecha radical es Elisabeth Carter que entiende la derecha radical como “un rechazo de los valores, procedimientos e instituciones fundamentales del Estado constitucional democrático” y “rechazo del principio de la igualdad humana fundamental” (Carter, 2005: 17). En otro lugar Carter redefinía la derecha radical como “una ideología que abarca el autoritarismo, la antidemocracia y el nacionalismo excluyente y/o holístico” (Carter, 2018), aunque habría que señalar que algunos partidos de la extrema derecha no son necesariamente “antidemocráticos”, sino que, al aceptar las reglas del “juego democrático” se oponen más bien a ciertos valores de la democracia liberal como los derechos de las minorías o el pluralismo, criticando al sistema existente por “falso” y/o “seudodemocrático” (para un argumento parecido respecto al afán “democratizante” del fascismo, véase: Capítulo 2., 2.2.1, 2.2.2.). Otro destacado estudioso de la extrema derecha que inicialmente usaba este término –uno que decidimos adoptar también para las necesidades de este estudio–, Cas Mudde (véase: 2002: 2), abrazó finalmente el término la “derecha radical populista” (2010), destacando así sus tres características principales: i) el nativismo, o la defensa de los privilegios de una población nativa homogénea frente a los inmigrantes; ii) el autoritarismo, o la creencia en un liderazgo fuerte y un Estado fuerte; y iii) el populismo pronunciado, o una fuerte postura anti-establishment, el desdén por los partidos dominantes y la valorización del “hombre común” frente a las élites políticas, económicas y culturales (Mudde, 2007: 11–12). Así, para Mudde, Trump y el trumpismo son un clásico ejemplo de la “derecha radical populista” junto con todas sus características “típicamente estadounidenses” (Mudde, 2015; véase también: 2016b). De modo parecido, Jan-Werner Müller, otro importante estudioso del tema, respecto a los gobiernos de Trump u Orbán propone usar por su parte el término la “extrema derecha populista” (Müller, 2019, 2020; véase también: Capítulo 2., 1.6. y en particular nota de pie 69).

Uno de los más importantes, políticamente e intelectualmente, desarrollos en este sentido, ha sido el surgimiento del llamado “debate sobre el fascismo” (*fascism debate*) en Estados Unidos y en algunos otros círculos anglófonos, centrado en torno a la figura de Donald Trump desde que este anunció su candidatura a la presidencia de Estados Unidos en junio de 2015 y su comparabilidad o no, con el fascismo (Rosenfeld, 2019; Greenberg, 2021, 2022; Jackson, 2021; Matthews, 2021; Tharoor, 2022b; Rosenfeld, Ward, 2023; Steinmetz-Jenkins, 2024). En su transcurso los académicos, los periodistas, los comentaristas y otros expertos (*pundits*) en Estados Unidos (y no solo) han estado debatiendo activamente la cuestión de que si el fascismo ha llegado a aquel país y diferían con vehemencia respecto a este punto. “Una analogía atormenta a Estados Unidos”, escribía la politóloga estadounidense Sheri Berman, “la analogía del fascismo” (Berman en: Tharoor, 2017). Los temores al fascismo tomaron incluso formas de llamamientos públicos de alto perfil, como cuando un grupo de conocidos intelectuales y celebridades en 2020 –después de que Trump perdiera la reelección y aún se negara a aceptar la derrota y reconocer la victoria de Joe Biden–, publicó un anuncio de una página completa en el diario The New York Times rechazando “Estados Unidos fascista de Trump”.⁸ Para algunos las tendencias políticas de la extrema derecha estadounidense representadas por el ascenso del trumpismo constituían una clara “amenaza fascista” para la democracia estadounidense al compartir, según ellos, la anatomía con el fascismo de los años 20 y 30, sea en su versión inspirada en los movimientos fascistas europeos o en su versión “autóctona” estadounidense, mientras para otros se trataba meramente de una actualización de las viejas tendencias conservadoras y/o populistas en Estados Unidos. Los politólogos, historiadores y comentaristas se preguntaban por las dimensiones del posible autoritarismo de Trump describiendo lo que veían como el “prefascismo”, “semifascismo”, “posfascismo”, “parafascismo”, “neofascismo”, “fascismo aspiracional” o simplemente “fascismo” (e incluso “nazismo”), señalándole a Trump un comportamiento y una retórica que tenían, según ellos, sombríos precedentes en la Europa de la época de entreguerras (véase: Rosenfeld, 2019, 2021b; Rosenfeld, Ward, 2023). Invocaban también los conceptos del “fascismo genérico”, “ur-fascismo”, “mínimo fascista”, “matriz fascista” o el análisis del fascismo por “las listas de verificación”, asegurando que las políticas de Trump evocaban “los tiempos oscuros” del periodo de entreguerras y creando de paso un clima intelectual y político que ha hecho que los trabajos de Hannah Arendt como *Los orígenes del totalitarismo* ([1951]1973) o el 1984 de George Orwell llegasen a la lista de los *best-sellers* en Estados Unidos (Williams Z., 2017; véase también: Berkovitz, 2016, 2017; Isaac, 2016; Romm, 2017).⁹ En el mismo tiempo los propios comentaristas involucrados en el “debate sobre el fascismo” han producido innumerables libros, ensayos, artículos de opinión y publicaciones en redes sociales sobre el “fascismo en Estados Unidos”, pero hasta el día de hoy, el debate sigue sin resolverse (Rosenfeld, Ward, 2023: 7). Si bien parecía que las elecciones perdidas por Trump en 2020 iban a poner el fin a esta disputa, el ataque al Capitolio el 6 de enero de 2021 volvió a encenderla de nuevo al igual que el anuncio en 2023 del expresidente de querer buscar nuevamente la presidencia y la propia campaña electoral para las elecciones del noviembre de 2024 (véase: Iber, 2024; Bell D. A, 2024), ganadas finalmente por Donald Trump que así –y aparentemente a pesar de toda esta retórica comparativa dominante en Estados Unidos desde 2015–, se convirtió en apenas el segundo presidente estadounidense en la historia en ganar dos mandatos no consecutivos después de Grover Cleveland (1885-1889 y 1893-1897).

Así, a parte de la señalada por Traverso apertura más general de ciertos cuestionamientos o límites del “uso público de la historia” (Habermas, 1988), el “debate sobre el fascismo” se perfiló desde sus inicios como una disputa centrada en un asunto espinoso sobre si el pasado nazi y/o de los movimientos fascistas del periodo de entreguerras ayudaba o no a dar sentido al presente estadounidense (véase: Rosenfeld, 2019; Rosenfeld, Ward, 2023; Jackson, 2021; Steinmetz-Jenkins, 2024). Mientras un grupo de participantes apuntaba a lo preocupante que el ascenso de Trump tenía un parecido claro con el fascismo europeo, especialmente con el movimiento nacionalsocialista de Adolf Hitler, otro bando ha rechazado esta comparación y prefería analizarlo “en sus propios términos” o buscar otras analogías con otros personajes de la historia europea o estadounidense. Mientras un bando apuntaba a los méritos de las analogías nazis y/o fascistas en el discurso público y político actual tanto para los fines del análisis y la comprensión como para la movilización política, otro grupo apuntaba a sus desventajas, costos políticos y conceptuales y a lo contraproducente de este tipo de comparaciones históricas. Como apuntaban los historiadores Daniel Bessner y Udi Greenberg, “comparar [a Trump] a Weimar, Hitler y al fascismo se ha vuelto un nuevo pasatiempo de los comentaristas [en Estados Unidos]” (Bessner, Greenberg, 2016). Como apuntaba en otro lugar Bessner, “en múltiples artículos de noticias y artículos de opinión, expertos y pensadores de todo el espectro político se preguntaban si la elección de Donald Trump indicaba que Estados Unidos, al igual que la República de Weimar en sus tiempos, era una democracia en declive, destinada a ser invadida por los reaccionarios de derecha” y básicamente “abierta a ser tomada por el fascismo que representaba Trump y el trumpismo” (Bessner, 2017). Sin embargo, apuntaba Bessner, “a pesar de las apasionadas súplicas de los promotores de estas analogías, la mayoría de los académicos sostuvieron que, a pesar de sus instintos autoritarios, Trump técnicamente no era un fascista”, lo que invalidaba tanto las comparaciones al fascismo, a Hitler, como la propia analogía al Weimar” (*Ibidem*). Así, según otros analistas, muchas de las afirmaciones y/o comparaciones de Trump al “fascismo” que circulaban en el discurso público fueron en su mayoría retóricas, o sea, no tenían una forma sistemática ni venían respaldadas por referencias teóricas determinadas (Rosenfeld, 2019). Al principio “ha sido un fuego lento y desigual”, como apuntaba por su parte Geoff Eley, un historiador marxista británico especializado en historia de Alemania y del fascismo. Siendo en efecto uno de los más sofisticados proponentes de usar la etiqueta “fascismo” para la política de hoy dado que, según él, la época actual de la (¿pos?)globalización

⁸ Véase: *The New York Times*, 9 de noviembre de 2020, p. A11

⁹ Como bien recordaba Geoff Eley, aunque pocos comentaristas y participantes en el “debate sobre el fascismo” parecían acordarse de ello, en la historia reciente, el “fascismo” ya formó parte de una fuerte polémica movilizadora, calculada ante todo a desprestigiar, no tanto a entender ni a analizar a un oponente y en la cual la analogía histórica al fascismo estuvo dirigida no en contra de la extrema derecha, sino en contra de los grupos musulmanes en forma de un cuasi-concepto de “islamofascismo” (Eley, 2021; véase también: Traverso, 2015, 2016b, 2019a: 82-93).

comparte varias características estructurales con el periodo de entreguerras, Eley recordaba que en 2016 ese tipo de conversaciones, “¿es Trump un fascista sí o no?”, estaba en todas partes con el “fascismo” y el “antifascismo” constantemente en juego respecto a su presidencia y en calidad de una “advertencia”, “eslogan”, “punto de encuentro emocional”, “recordatorio visceral históricamente resonante”, “lenguaje de reconocimiento y abuso”, y como “un constante límite para el pensamiento y la acción políticos legítimos” (Eley, 2021). Solo raras veces, lamentaba Eley, el “fascismo” aparecía como un argumento, un análisis político o una afirmación conceptual y/o teórica cuidadosamente fundamentada” (*Ibidem*; véase también: 2017, 2018). Así, parecía que no era ninguna casualidad que el valor y la aplicabilidad del término “fascista” se contemplaba más ampliamente en Estados Unidos que en Europa donde, a pesar de las mencionadas arriba discusiones iniciales (véase: Finchelstein, Bosoer, 2013), ningún equivalente del “debate sobre el fascismo” haya tenido lugar y donde por un lado los movimientos nacionalistas y xenófobos tenían evidentes vínculos ideológicos y personales con el fascismo histórico (véase: Traverso, 2016a, 2017c, 2019a), pero donde también la historia y la memoria de aquel periodo —mucho más presentes y arraigadas que en Estados Unidos—, junto con los avances democráticos post-1945, prevenían el uso más descuidado de esta etiqueta (Gentile, 2023; Mazower, 2024).

En cambio, en Estados Unidos, las reales y, al parecer, interminables transgresiones de Trump animaban a muchos intelectuales a afirmar que primero su llegada y luego sus políticas en el gobierno marcaban el afianzamiento del fascismo en el nuevo continente. Desde su chovinismo, nacionalismo, la agitación y los ataques a los migrantes, sus arengas en contra de los mexicanos como “violadores”¹⁰ y “*bad hombres*” (“México no envía acá a sus mejores”, aseguraba Trump en la campaña)¹¹, la adopción de un eslogan —“Hacer Estados Unidos Grande Otra Vez” (*Make America Great Again*, MAGA)— que apuntaba a la obsesión con la restauración de “una grandeza nacional” perdida y asociado históricamente con grupúsculos filonazis en el país, (véase: 2.6. y 2.7.), sus ataques a la prensa, los medios o el poder judicial, su imposición de restricciones de viaje xenófobas en 2017 (“*Muslim Ban*”), su celebración de la violencia callejera cometida por los neonazis y supremacistas blancos en Charlottesville en 2017 a los cuales celebró como “buenas personas” (y a quienes imploró años más tarde a que “se mantuvieran en alerta” [*stand by*]), sus centros de detención para los migrantes centroamericanos comparables, según algunos, con los campos de concentración (véase: Stone M., 2023; Blow, 2019; Wagner, 2019), su desdén tanto por las elecciones libres como por los principios de la democracia liberal, su incitación a la violencia contra el Congreso en 2021, hasta sus pronunciamientos en el marco de su afán de volver a postularse en las elecciones de 2024, todo esto, según algunos, hacia que la amenaza del “fascismo” siempre estuviera allí, o que simplemente, esta era la mejor manera de describir a Trump y al trumpismo. Uno de ellos, el historiador estadounidense especializado en la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, Timothy Snyder, en noviembre de 2016, una semana después de la inesperada victoria de Trump, publicó una nota larga en Facebook donde afirmaba que “los estadounidenses no son más sabios que los europeos que vieron cómo la democracia cedía ante el fascismo, el nazismo o el comunismo” e insistía que “la historia del fascismo es crucial en la actual defensa de la democracia” y que “nuestra única ventaja es que podríamos aprender de su experiencia” (Snyder, 2016b). La nota constaba de “veinte lecciones del siglo XX”, adaptadas a lo que Snyder llamó “las circunstancias de hoy”. Entre otras cosas Snyder amonestó a los estadounidenses “a defender las instituciones democráticas”, a “no repetir las mismas palabras y frases que escuchábamos en los medios”, a “pensar clara y críticamente” y a “asumir la responsabilidad de la faz del mundo” (*Ibidem*). La publicación se volvió viral, convirtiéndose luego en la base de su libro titulado *Sobre la tiranía: veinte lecciones del siglo XX* (2017), lleno de tono “alarmista” y de llamados a la acción para defender el futuro ante el “fascismo que venía” (para más sobre el enfoque de Snyder, véase: 2.5.). Frente a este tipo de análisis, otros historiadores como Enzo Traverso, si bien admitían que Trump mostraba “algunas características fascistas”: liderazgo autoritario y carismático, odio a la democracia, desprecio por la ley, exhibición de la fuerza, la burla de los derechos

¹⁰ Unas semanas después de que Trump alegara falsamente en la campaña de 2016 que los inmigrantes mexicanos “son violadores” y “están trayendo crimen al país”, dos hermanos estadounidenses en Boston golpearon con un bate de metal y orinaron a un ciudadano mexicano sin hogar de 58 años. Posteriormente le dijeron a la policía: “Donald Trump tenía razón: todos estos ilegales deben ser deportados”. En lugar de condenar esa brutalidad, Trump la excusó diciendo que “la gente que me sigue es muy apasionada. Aman este país y quieren que vuelva a ser grande” (Trump en: Reich, 2016).

¹¹ Trump ha prometido en la campaña de 2016 a expulsar a 12 millones de mexicanos en menos de dos años —“tan rápido que la cabeza le dará vueltas”— y proceder luego a construir el muro en la frontera, haciendo que México pague por él. En respuesta a esto, a principios de 2016, dos expresidentes mexicanos —los derechistas conservadores Felipe Calderón y Vicente Fox— compararon a Trump con Hitler. Calderón, que fue presidente de México de 2006 a 2012, dijo que su retórica política que exaltaba la supremacía blanca “era racista”, “evocaba al dictador nazi” y “explotaba los mismos sentimientos que Hitler en su tiempo” (Calderón en: Farrer, 2016). Por su parte su antecesor, Vicente Fox (2000-2006), también comparó a Trump con Hitler en una entrevista con CNN: “Va a llevar a Estados Unidos a los viejos tiempos de conflicto, guerra y todo. Quiero decir, me recuerda a Hitler” (Fox en: Farrer op. cit.). En el mismo espíritu, durante la campaña presidencial en septiembre de 2016, Marshall Sahlins, el célebre antropólogo estadounidense en un micro-comentario en el diario *La Jornada* había comparado a los mexicanos con judíos en la Segunda Guerra Mundial, asegurando que estos eran “para Donald Trump lo que los judíos eran para Hitler” (Sahlins, 2016), implicando que Trump era como Hitler y/o un nazi. En el mismo diario, Adolfo Gilly, un reconocido historiador de la Revolución Mexicana, marxista y un antiguo militante trotskista, primero aseguró que Trump “era un ‘nazi en la frontera’”, “un candidato ni siquiera comparable con los fascistas al estilo de Mussolini, sino directamente con los nazis al estilo de Hitler”, “un racista, exterminador, amenazador y sembrador de odios contra pueblos enteros” (2016a) y luego retomando la comparación de Sahlins volvió a asegurar que Trump era un “político racista y de corte exterminador como el propio Hitler” (Gilly, 2016b). Un par de años más tarde, Guillermo Almeyra, académico, periodista y otro exmilitante de izquierda trotskista en las mismas páginas argumentó igualmente a favor de este tipo de analogías, escribiendo que, según él, “Trump era una nueva emanación del *Führer*” (Almeyra, 2018).

humanos, el racismo abierto especialmente en contra de negros, latinos y musulmanes, misoginia, homofobia, etcétera, pero en realidad “era un líder fascista sin un movimiento fascista detrás de él” (Traverso, 2019a: 3). Encima ha sido elegido como candidato del Partido Republicano, si bien en calidad de forastero carismático que se ofreció como una solución providencial a una crisis nacional provocada por guerras fallidas y debacles económicas, “el único que podía arreglarlo”, hablando de restaurar la “grandeza nacional” para salvar a un país “herido” y “humillado”, pero siendo parte de una fuerza que es un pilar del establecimiento político estadounidense, no un movimiento de masas foráneo –como los propios partidos fascistas/nazis– que buscaba llevar al país a una dictadura. Al mismo tiempo, Traverso subrayaba que las nuevas derechas radicales, particularmente en Europa, una característica que estaba presente también en el trumpismo, han perdido una dimensión “utópica” de sus antepasados fascistas: el bolchevismo, su enemigo histórico, ya no existía y estos movimientos ya no pretendían ser una alternativa ni al liberalismo ni al comunismo, abandonando su antigua ambición de crear un “Hombre Nuevo” con cara al futuro, deseando más bien volver a las “soberanías nacionales”, las políticas proteccionistas y centrarse en la mera defensa de las “identidades nacionales” amenazadas por la globalización y la inmigración desenfrenada, sobre todo musulmana. Desde este punto de vista, según Traverso, estas fuerzas eran mucho más conservadoras y reaccionarias que fascistas (Traverso, 2019e; véase también: 2019a: 44, 172, 178-179). De modo análogo, según Dylan Riley que analizó al Trump y al trumpismo por el prisma de la teoría del fascismo de Antonio Gramsci, estos movimientos, y el trumpismo en particular, se entendían mejor no como “fascismo” sino, cuando en poder, como regímenes neobonapartistas y neopatrimonialistas (Riley, 2019: xxii-xxxii; véase también: 2017, 2018; para más sobre el enfoque de Riley, véase: 2.2., 2.2.1., 2.2.2.; para el enfoque de Riley como el principal enfoque sobre el fascismo de este estudio, véase abajo: sección 8.).

Una de las respuestas a la pregunta por la popularidad del término “fascismo” y el surgimiento de todo el debate en torno a los usos y abusos de esta palabra en Estados Unidos estaba claramente en la historia y la memoria del propio país donde el “fascismo” llegó a significar “una violación de los valores estadounidenses”, y fue un movimiento que Estados Unidos derrotó en 1945 después de haber entrado a una guerra que inicialmente no quería (Bell D. A., 2016). Pero según otros estudiosos, paralelamente a esto, la irrupción de la “palabra ‘f’” y su gran popularidad como una estrategia discursiva de productores intelectuales se debía a una particular tradición del uso laxo y “vacío” de este término en Estados Unidos, que en vez de un término específico a fin de analizar y/o clasificar los regímenes políticos, funciona allí históricamente en calidad de un “significante flotante” vagamente definido, un insulto genérico y un término despectivo comúnmente desplegado en las polémicas. Una especie del “lodo gramatical” arrojado habitualmente contra cualquier oponente (Kuklick, 2018, 2022; para más sobre este enfoque, véase: 2.7.). Fue este contexto específico que generaba desde el inicio del “debate sobre el fascismo”, diferentes preguntas. ¿Qué tan útil resultaba usar la palabra “fascismo” en Estados Unidos para desacreditar y/o tratar de entender a una figura como Trump? ¿Es Trump realmente un “fascista”? ¿Es útil la comparación entre Trump y los fascistas históricos para entender su anatomía política, comprender las condiciones de su auge y explicar el fenómeno de su popularidad a fin de diagnosticar el estado de la política estadounidense, del electorado estadounidense y –finalmente– para preparar una efectiva respuesta política a él? Estos eran algunos interrogantes que han motivado este proyecto de investigación.

Como apuntaba el historiador Udi Greenberg, uno de los académicos que más ha comentado sobre el “debate sobre el fascismo” desde la perspectiva de la historia intelectual y respecto a su retórica y centrándose en el uso de la comparación al “fascismo” en él (véase: Greenberg, 2021, 2022), la línea divisoria clave entre los defensores y los opositores de la etiqueta “fascista” no estaba en sus agendas intelectuales o políticas –en efecto, entre los partidarios y opositores de usar el término “fascismo” había agendas intelectuales de diferentes campos (para una propuesta de división un poco más clara, véase: abajo)–, sino en su enfoque de retórica y respecto a cómo llevar a cabo las polémicas políticas. Mientras que algunos polemistas, según Greenberg, operaban dentro de la tradición polémica que cree que la invocación del “fascismo” es necesaria y central para la movilización política, otros, los oponentes de usar este concepto para hablar de la extrema derecha moderna, permanecían más bien escépticos respecto a este valor. En este sentido, para Greenberg, todo el “debate sobre el fascismo” se situaba en “una larga historia de argumentos sobre el valor y los límites de las analogías históricas y la escritura polémica” (2022). Según él, a pesar de algunas voces como las del historiador y jurista Samuel Moyn, que advertía por ejemplo que la función principal de la etiqueta “fascismo” era reforzar el centrismo y reprimir las alternativas más progresistas (véase: Moyn, 2020a, 2021; Moyn, Priestland, 2017), la realidad era mucho más desordenada ya que algunos de los defensores más enérgicos de la analogía fascista, como su colega de Yale, el filósofo Jason Stanley, incluyó súplicas de reformas progresistas, desde reforzar los sindicatos y poner fin al encarcelamiento masivo hasta combatir el militarismo (véase: Stanley, 2018a-c), con lo que a veces era difícil saber que era la fuente de la persistencia y el calor del debate. Así, según Greenberg en su centro no estaba la política, sino la polémica en torno a la capacidad de los conceptos. Un claro reminisciente histórico de esto fue el debate de los principios del siglo XX acerca si las propias fuerzas fascistas en auge eran mejor definidas y explicadas por el viejo concepto del “cesarismo” o quizás por un novedoso, en aquel tiempo, concepto del “totalitarismo”, con los partidarios del primer término proponiéndolo y defendiéndolo al apuntar a lo conocido de él y su “valor polémico” y el hecho que no solo era analíticamente esclarecedor, sino también “emotivo y retóricamente eficaz”, mientras que el segundo término era demasiado novedoso y desconocido para tener un efecto y capacidades parecidas (para más sobre “cesarismo” y “totalitarismo”, véase: Tarcus, 2023; Bell D. A., 2020b; Kershaw, 2015: 23-54; Traverso, 2001a: 143-159, 2005b). De hecho, como bien recordaba Greenberg, un tropos crucial de toda la polémica moderna es la confianza en las analogías: cada vez que los escritores polémicos de los últimos dos siglos lanzaron ataques contra nuevos movimientos, ideologías o regímenes, utilizaron precedentes históricos familiares para aclarar su sentido de urgencia (2022). Los defensores de la analogía fascista en los últimos años, entonces, se han basado en una larga tradición (véase: Mercer, 2016,

2020). El caso del “islamofascismo”, un término, junto con uso polémico y político hoy a menudo olvidado (Eley, 2021; De Grazia, 2020), pero hace apenas dos décadas bastante prominente, es otro antecedente claro (véase: Traverso, 2015 y 2019a y nota de pie 9). En este sentido, al igual que el choque entre los partidarios del “cesarismo” y del “totalitarismo”, los que usaban la comparación al “fascismo”, argumentaban, según Greenberg, que el “fascismo” capturaba mejor nuestro presente que el “autoritarismo”, el “populismo” o el “etnonacionalismo” tanto por sus ideas analíticas, como por su lugar único en la historia y la memoria de nuestra sociedad, siendo por ejemplo, el libro de Stanley, *Cómo funciona el fascismo* (2018b) el mejor ejemplo de este tipo de argumento. Con todo esto, según Greenberg, resulta difícil de juzgar, respecto a su eficacia política, que tanto valor tiene la etiqueta “fascista”, si es una poderosa herramienta de movilización, o simplemente otra exageración retórica en un contexto político propenso a la hipérbole. Así la polémica de hoy, en ojos de Greenberg, “generó un calor parecido” que el viejo debate entre cesarismo y totalitarismo, igualmente irresuelto en su momento y posteriormente rápidamente eclipsado por los horrores del Holocausto, el crimen cuyo grado efectivamente no tenía paralelas en la historia y con el “totalitarismo” imponiéndose finalmente más bien por el peso de los hechos, no argumentos. En sus ojos, más que “el choque de las definiciones”, el “debate sobre el fascismo” fue –o más bien sigue siendo (véase: abajo)–, un desacuerdo sobre el papel del lenguaje y la historia en la configuración de las agendas políticas. A pesar de su intensidad ocasional, la característica más llamativa de él, es la similitud conceptual y retórica de los bandos, por lo que lo más revelador del debate no eran tanto las fortalezas o los límites de los reclamos de cada lado, sino el hecho de que tuvo un lugar para empezar (Greenberg, 2022). Frente a este análisis de Greenberg y su afán de identificar la anatomía del “debate sobre el fascismo” –si bien este tiene razón al enfatizar que en su centro estaba el papel del lenguaje y la historia en la configuración de las agendas políticas y en la movilización política como tal–, también importante era la disputa y las diferentes visiones respecto a la cuestión de la capacidad del término “fascismo” de describir la realidad política contemporánea y el papel de la teoría del fascismo en ello. Si bien esta última cuestión raramente se ponía adelante, el hecho de contar y/o apelar a una teoría determinada del fascismo para investigar su posible llegada y/o presencia en la política actual, más que identificar o distinguir el bando del “sí” y el bando del “no”, distinguía las voces más fundamentadas y argumentaciones de las que solían emplear la etiqueta “fascismo” con fines puramente derogatorios y descalificadores (de manera sintomática el libro de Stanley que mencionaba Greenberg, no tiene ninguna teoría propia del fascismo ni se adscribe a ninguna de sus escuelas hablando vagamente de “las políticas fascistas”; para el análisis de las columnas de Stanley cuyo enfoque está basado en el libro mencionado, véase: Capítulo 3., #10, #12, #15, #18 y #19).

Como bien apuntaba por su parte el historiador estadounidense Gavriel D. Rosenfeld, un especialista en la historia del Tercer Reich y otro de los académicos que ha dedicado más atención al “debate sobre el fascismo” (Rosenfeld, 2019, 2021a, 2021b; Rosenfeld, Ward, 2023), sus participantes, provenientes de diversos campos académicos, profesionales y diversos orígenes políticos y biográficos –tal como lo delineaba Greenberg–, podían ser divididos *grosso modo* en dos campos rivales: i) el primer grupo –los llamados “alarmistas”–, advertían que el ascenso de Trump al poder marcaba un “giro fascista” en la política estadounidense tratando de explicar los orígenes y la anatomía del trumpismo con esta analogía junto con movilizar con ella a los votantes en su contra; ii) el segundo grupo –los llamados “escépticos”–, por el contrario se mostraban reacios a este tipo de comparaciones y contrargumentaban que el éxito político de Trump reflejaba el poder duradero de las fuerzas neoconservadoras, de extrema derecha y de la derecha populista estadounidense que históricamente no tienen nada que ver con el fascismo y que el uso de este término resultaba contraproducente para entender el trumpismo, siendo en muchos casos fruto de una agenda política corriente (véase: Rosenfeld, 2019; Rosenfeld, Ward, 2023: 3). A pesar del paso de los años y a pesar de los esfuerzos hasta ahora, como anotaba bien Rosenfeld a mitades de 2023 –y como ya se ha mencionado anteriormente–, ambos campos no han podido forjar ningún consenso y el debate sigue. Ambos grupos continúan en desacuerdo sobre cuales precedentes históricos explican mejor los orígenes y el ascenso del trumpismo o respecto a las soluciones políticas frente a la amenaza a la democracia que este representa, una de las pocas cosas –si no la única–, en la que ambos grupos estaban y están de acuerdo (Rosenfeld, Ward, 2023: 3).

Desde luego había casos de los estudiosos y comentaristas que “desertaban” a lo largo de los años de un campo para unirse al otro. Así había comentaristas que inicialmente se inclinaban a usar la etiqueta del “fascismo” para hablar de Trump (Bouie, 2015; Douthat, 2015; para el análisis de estas columnas, véase: Capítulo 3., textos #1 y #2), pero que con el transcurso del tiempo optaron por dejarla. Hubo también unas “deserciones espectaculares” del bando de los “escépticos” al bando de los “alarmistas”, como bien apuntaba Rosenfeld (véase: Rosenfeld, Ward, 2023: 7) en referencia al cambio de opinión por parte de Robert O. Paxton, uno de los más eminentes estudiosos del fascismo (para el enfoque de Paxton, véase: Capítulo 2., 2.1.2.) que por años se rehuía de hablar del “fascismo” respecto a Trump (Paxton, 2016a, 2016b, 2016d, 2016e, 2016f, 2017a, 2017b), pero que después del ataque a Capitolio a principios de 2021 dejó atrás su escepticismo y llamó a denominar a Trump “un fascista” (Paxton, 2021; para el análisis de esta columna, véase: Capítulo 3., texto #20). Lo mismo ocurrió con uno de los primeros estudiosos que consideró el uso de la etiqueta de “fascismo” en un afán más analítico respecto a Trump dada, entre otros, su “preocupante relación con las masas que evocaba los años 30 y 40”, Rick Perlstein, el historiador del conservadurismo moderno estadounidense cuyo análisis se centra en la “radicalización” del Partido Republicano, un proceso cuyo punto alto ha sido la nominación y la victoria de Trump en 2016. Aun así, Perlstein concluía inicialmente que “Trump probablemente no era un fascista” (Perlstein, 2015), para luego, varios años más tarde ya en contexto de la nueva nominación de Trump por el Partido Republicano a fin de buscar volver al poder en las elecciones de 2024 –y después de años de no abordar el tema–, dar un giro al subrayar la necesidad de hablar del “fascismo estadounidense” respecto a Trump y “la utilidad de las analogías respecto a la llegada al poder de Hitler”, sobre todo en cuanto a la relación entre Hitler y los círculos conservadores que lo catapultaron al poder¹² (para la conocida e importante en este contexto discusión sobre la relación entre los conservadores alemanes y los nazis,

¹² Twitter/X, 22 de enero de 2024, <https://twitter.com/rickperlstein/status/1749443029625122901>

véase: Kershaw, 1998: 377-428). También Ruth Ben-Ghiat, historiadora del fascismo italiano de la Universidad de Nueva York y autora de un libro *Hombres Fuertes: de Mussolini al presente* (2021) en el que analiza los “nuevos autoritarios” como Trump, originalmente prefería el término “autoritario” a “fascista”, aunque en sus ojos “había ciertos parecidos entre Trump y Mussolini” (Ben-Ghiat, 2016). No obstante, igual que Paxton, después del ataque a Capitolio, vio paralelos entre este acontecimiento y la marcha sobre Roma de Mussolini¹³ y entre los Republicanos que ahora se volvían contra Trump y los fascistas italianos que votaron para sacar a Mussolini del poder en 1943 “no para restablecer la democracia, sino para salvar al fascismo”¹⁴ (Ben-Ghiat en: Matthews, 2021), convirtiéndose así en una de las principales “alarmistas” (véase: Ben-Ghiat, 2021a, 2021b, 2022a, 2022e). Así para Ben-Ghiat llamar a Trump un “fascista” era lo más correcto analítica y políticamente para alertar a los estadounidenses sobre los peligros a la democracia que representa él en particular y el trumpismo en general (véase: Ben-Ghiat, 2023: 395-402), aunque David A. Bell, otro historiador estadounidense, sintomáticamente para todo el “debate sobre el fascismo”, criticó en un lugar todo su modelo comparativo por no tomar en cuenta lo suficiente las diferencias del contexto y por, literalmente, “forzar sus analogías” (Bell D. A., 2022). Pero más allá de estas divergencias que se inscribían precisamente en las líneas divisorias del propio “debate sobre el fascismo”, aun una breve revisión de las voces de ambos bandos, permite observar que una vasta mayoría de los intelectuales involucrados en el debate ha permanecido fiel a sus posiciones.

Igualmente a lo largo del “debate sobre el fascismo” era posible identificar una suerte de “nudos” y/o “puntos calientes” en él que aceleraban su ritmo, sobre todo de parte de los “alarmistas”, algunos de los cuales han sido identificados por Rosenfeld o Greenberg, aunque sin prestarles mucha más atención y sin convertirlos en ningún eje del análisis. Entre ellos se podría mencionar la campaña y las elecciones presidenciales de 2016, la marcha de los neonazis en Charlottesville en 2017 y el escándalo en torno a los pronunciamientos posteriores de Trump o el debate en 2019 en torno a la comparación de los centros migratorios trumpistas a los “campos de concentración” que a su vez dio pauta a nuevas comparaciones al fascismo (Finchelstein, Piccato, Stanley, 2020a). Las acusaciones de que Trump era un “fascista” se desvanecieron un poco tras la victoria de la “Ola Azul Demócrata” en las elecciones intermedias de 2018, que restableció un importante control del Congreso frente al control ejecutivo de Trump. Pero regresaron de manera dramática después de los inicios de la pandemia de Covid-19 e irrumpieron de lleno con la acalorada campaña presidencial en 2020, especialmente después de la inacción del presidente tras el asesinato de tres manifestantes antitrumpistas a manos de un pistolero adolescente Kyle Rittenhouse, en Kenosha, Wisconsin, el descubrimiento de un complot por parte del FBI secuestrar a la gobernadora de Michigan, Gretchen Whitmer y el ascenso del movimiento conspirativo QAnon. Estos temores se hicieron más fuertes después de que Trump ordenara también a la Guardia Nacional a dispersar violentamente a los ciudadanos y los activistas de #BlackLivesMatter que protestaban por el asesinato de George Floyd en Washington y después del respaldo del presidente a los nacionalistas blancos del grupo paramilitar Proud Boys en el primer debate presidencial con Joe Biden en el otoño de 2020. Muchas veces cuando ya parecía que llegaba un momento “para calmarse” y evaluar todo el “debate sobre el fascismo” y el uso de las comparaciones históricas en su curso, ocurría algo nuevo que volvía a animar la disputa. Después de las elecciones perdidas por Trump en 2020, algunos comentaristas como el periodista Eric Levitz, afirmaron que el triunfo de Joe Biden “reivindicaba” a quienes usaban el epíteto (Levitz, 2020). La misma posición han tomado otros de los prominentes “alarmistas” como Timothy Snyder y Jason Stanley que han escrito de manera muy prolífica a lo largo de la presidencia de Trump sobre su supuesto “fascismo” (véase por ejemplo: Snyder, 2020e; Stanley, 2020b-d). Frente a estas posturas, algunos de los “escépticos” como Cas Mudde, un politólogo holandés y uno de los más eminentes investigadores de la extrema derecha y del populismo moderno, en una columna de opinión expresaba una esperanza de que ahora “con el Trump fuera”, ya “íbamos a poder volver a la realidad” y hablar de los “infundados temores del fascismo que teníamos respecto a él” (sic) (Mudde, 2020b). De manera análoga, el politólogo estadounidense Corey Robin, aseguró que el magro resultado electoral de Trump en comparación con otros presidentes Republicanos en la historia lo exponía finalmente como un político “débil” e “ineficaz”, que representaba “casi todo lo contrario del fascismo” (Robin, 2020c; para más sobre el enfoque de Robin, véase: Capítulo 2., 2.3.; véase también abajo sección 8.). Unos meses antes de la derrota de Trump, Samuel Moyn advertía igualmente que “nuestra política de comparación no hace el trabajo que esperábamos que hiciera” y que sólo profundizó el apego a las instituciones existentes, legitimando así “un futuro aterradoramente normal” (Moyn, 2020a). Aun así los resultados de las elecciones 2020 fueron bastante ambiguos y no se prestaban a conclusiones claras. Los Demócratas ganaron tanto la Casa Blanca como el Congreso con márgenes penosamente estrechos y no pudieron sosegar la sostenida radicalización del Partido Republicano. De este modo, los acontecimientos de 2020, a pesar de las voces encontradas de los bandos del debate, han hecho poco para resolver el “debate sobre el fascismo” que por un breve momento parecía congelarse. Pero el incitado por Trump asalto de miles de sus simpatizantes al Capitolio el 6 de enero de 2021 a fin de boicotear la certificación de la victoria electoral de Joe Biden volvió no obstante a agitar espectacularmente sus llamas. En las cuatro semanas posteriores al 6 de enero de 2021, las palabras “Trump” y “fascismo” o “fascista” aparecieron juntas en 3.167 noticias publicadas en Estados Unidos, según una búsqueda de NexisUni; por el contrario, solo aparecieron 970 artículos de este tipo después de que Trump ordenara a las fuerzas militares que desalojaran a los manifestantes de #BlackLivesMatter de Lafayette Square en Washington en junio de 2020 (véase: Rubin, 2021). Así, el ataque a Capitolio generó toda una nueva ola de las comparaciones de las acciones de Trump con las de los fascistas/nazis: por ejemplo su “gran mentira” (*Big Lie*) respecto a la elecciones presidenciales supuestamente ganadas por él, ha sido comparada con la teoría de la conspiración de la “puñalada por la espalda” (*Dolchstoßlegende/Dolchstoßlegende*) –promovida por los nazis que pretendía explicar la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial con un “complot judeobolchevique”–, con el fallido putsch de la Cervecería de Hitler en 1923 o con la instrumentalización de los nazis del incendio del Reichstag en 1933 para instaurar su dictadura. La mayoría de los “alarmistas”

¹³ Twitter/X, 6 de enero de 2021, <https://twitter.com/ruthbenghiat/status/1346917673301647360>

¹⁴ Twitter/X, 10 de enero de 2021, <https://twitter.com/ruthbenghiat/status/1348344611857707018>

no solo se sintieron (nuevamente) vindicados, sino literalmente gritaban desde los tejados en sus textos y en entrevistas “que han tenido la razón desde el principio” ya que “una suerte de un golpe fascista así” por parte de Trump era inevitable (véase: Snyder, 2021a). Los “escépticos” argumentaban en cambio que el ataque al Capitolio no tenía nada de “golpe” sino que, a lo mucho, era un ataque de una “turba nativista” y que no había nada “fascista” en él (Riley, 2022a: 22-24; Davis, 2021). Según Daniel Bessner y Ben Burgis, que escribían ya después de los eventos en Capitolio, el pánico causado por la invocación del “fascismo” servía ni más ni menos sino a los intereses de la derecha promoviendo el “quietismo”, apego al centro y a la profundización de las desigualdades patológicas en Estados Unidos (Bessner, Burgis, 2021). Y si bien el citado ya Greenberg precisamente después del ataque a Capitolio apuntando a las relativamente pocas consecuencias reales de este suceso, expresó una esperanza “de que ahora sí” vendrá un buen momento para sentarse tranquilamente y evaluar todo el “debate sobre el fascismo”, el papel de los intelectuales y los conceptos y todo lo que estaba en juego en él (Greenberg, 2022), el anuncio de Trump en 2023 de querer postularse por segunda vez e internar de volver al poder, revivió los temores de que el “fascismo” estaba por regresar a la Casa Blanca (véase por ejemplo: Reich, 2023b y Browning, 2023; para el análisis de estas columnas véase: Capítulo 3., textos #26 y #27), siendo este el momento en que se estaba concluyendo el estudio presente.¹⁵

2. Coordenadas del estudio

La premisa central de este estudio es tratar el “debate sobre el fascismo” en específico –y el auge de la extrema derecha en general tal como lo ejemplificó el ascenso de Trump–, esencialmente como un problema de las comparaciones, y más específicamente como un problema de las comparaciones históricas. En tomar esta posición seguimos a Rosenfeld que enmarca el “debate sobre el fascismo” precisamente como un problema de las comparaciones históricas, usando el término “analogía” de modo intercambiable (Rosenfeld, 2019). De igual manera lo han identificado explícitamente también algunos otros participantes en ella tanto del bloque de los “alarmistas” (Gordon, 2020), como de los “escépticos” (Moyn, 2020a). Igualmente Carlo Ginzburg, el destacado historiador italiano y uno de los fundadores de la llamada “microhistoria”, veía la discusión en torno a la anatomía y la genealogía política de la extrema derecha contemporánea y sus posibles conexiones con el periodo de entreguerras como un problema de “comparar los fenómenos actuales [como por ejemplo Trump] al fascismo” (Ginzburg, 2016). Otros autores que subrayan que es virtualmente imposible tratar de comprender la extrema derecha moderna resurgente sin compararla con el fascismo de entreguerras –sea para llegar a la conclusión que este tipo de analogía es útil o no– han sido por ejemplo la politóloga Sheri Berman y el historiador Enzo Traverso (Berman, 2017; Traverso, 2016a, 2023d; véase también: Tharoor, 2017). Otro de los estudiosos que desistió de hablar de la nueva extrema derecha en términos del “fascismo” –prefiriendo analizarla “en sus propios términos”–, pero que enfatizó sin embargo, desde un ángulo ligeramente diferente, los beneficios de “compararla horizontalmente” mirando las semejanzas, diferencias y conexiones entre sus “redes transnacionales”, ha sido el politólogo Steven Forti (2022). Así, queda resaltado que el problema en cuestión es, en efecto, un problema de las comparaciones.

Al verlo así, Rosenfeld sugirió también unas pistas para el marco teórico de este estudio en referencia a las comparaciones analizando el uso de las mismas en marco del “debate sobre el fascismo” con ayuda de las líneas teóricas de destacados historiadores como Marc Bloch o Arno J. Mayer (Rosenfeld, op. cit.), los enfoques que profundizaremos a continuación, tanto en plano teórico como metodológico con ayuda de otros autores (Krom, 2021; von Sass, 2021; para más sobre el marco teórico y metodológico, también respecto al “fascismo”, véase: sección 8.). Si bien como apuntaba von Sass, decir que “algo es algo o como algo” –en este caso decir por ejemplo que Trump es “como Hitler” o “como un fascista”, e incluso que “es un fascista” o “es un Hitler”–, a primera vista puede parecer no una comparación, analogía ni una metáfora, sino un simple afán de establecer una mera identificación no figurativa, en realidad es una comparación (“puntiaguda”) (von Sass, 2021: 57; para más sobre el enfoque de von Sass, véase: sección 8. y Capítulo 2., 1.5.). Al mismo tiempo, aprovechando a especificar la naturaleza del problema de este estudio, aquí lo que está en juego no es una metáfora, aunque vamos a tratar la comparación sin negar el elemento metafórico en ella “en la medida en que, como en la tradición aristotélica, toda metáfora implica, o se basa en, un acto comparativo” (158).¹⁶

¹⁵ La prueba de que el “debate sobre el fascismo” no tenía fin, y que lo más probablemente seguirá por unos años más, era la campaña presidencial de 2024 en el marco de la cual la vicepresidenta Kamala Harris –la candidata Demócrata después de que en julio de este año Joe Biden fue forzado a salirse de la contienda presidencial tras un desastroso debate presidencial con Trump y su edad avanzada–, contrario a su renuencia inicial y la negativa general de los Demócratas de usar este tipo de analogías en la lucha política, comparó directamente –en parte siguiendo el tono propuesto por ciertas afirmaciones de los excolaboradores de Trump (Mark Milley y John Kelly), en reacción al estancamiento de su propia campaña y también como una forma de crítica al hecho que Trump en los meses previos había recrudecido su retórica respecto a “enemigos internos”, “deportaciones masivas”, “migrantes que envenenan la ‘sangre de la nación’” y sus amenazas de usar el ejército o el departamento de justicia contra de sus oponentes– Trump al “fascismo” y a “Hitler”, reviviendo de nuevo todo el debate (véase: Iber, 2024; Bell D. A, 2024).

¹⁶ En este sentido la propia metáfora –figura retórica basada en la analogía–, igualmente proporciona una vía para el entendimiento ya que “tiene más que un valor emotivo porque ofrece nueva información. En síntesis, una metáfora nos dice algo nuevo sobre la realidad” (Ricoeur, 1995: 66). En un lugar, Carlo Ginzburg aseguraba que “somos animales metafóricos” citando a unos de los versos de Baudelaire tomados de *Las flores del mal*: “Es la Naturaleza templo cuyos pilares / vivos dicen a veces parlamentos arcanos / es un bosque de símbolos que cruzan los humanos / y aquellos les dirigen miradas familiares”. “Todo aquí es metafórico. Todo el poema trata de ‘correspondencias’, es decir, de metáforas”, subrayaba Ginzburg. “Las metáforas pueden

La comparación que pretendemos estudiar y evaluar críticamente su uso del modo en que lo ha hecho por ejemplo Rosenfeld (2019) para la discusión en torno a los primeros tres años del gobierno de Trump, es específicamente la comparación al “fascismo” con lo que para el beneficio de la claridad del estudio, omitimos las comparaciones a “Hitler” o la “República de Weimar”, que Rosenfeld también considera –correctamente– como parte del “debate sobre el fascismo”.¹⁷ Si bien para el beneficio informativo –y comparativo– podía haber sido interesante discutir al menos en parte teórica estas comparaciones que igual que las comparaciones al fascismo son también, en la terminología de von Sass, comparaciones “puntiagudas” usadas ante todo a fin de “encender el alarma” (véase: Capítulo 2., 1.5.), por razones de espacio los tuvimos que dejar afuera y aludimos a ellas, sobre todo a la comparación a Hitler, solamente en ocasiones por ejemplo respecto a la cuestión del papel de las comparaciones históricas y la toma de decisiones políticas (véase: 1.3.). En síntesis, el esquema argumentativo de este trabajo es que las comparaciones históricas al fascismo en nuestro contexto político actual en general y en específico respecto a Donald Trump, resultan de poca utilidad para ayudar a entender las anatomías de las fuerzas políticas comparadas y cuando no cuentan con una suficiente base teórica y/o una definición determinada del fascismo –y al responder así más a las coordenadas de la lucha política corriente que a los fines analíticos–, en vez de abonar a la discusión pública, tienden a confundir y a distorsionar y trivializar la historia (véase abajo: secciones 5. y 6.). Entonces, este tipo de analogías no debería ser empleado y/o abandonado a favor de una “mayor diversidad comparativa” capaz de describir de modo más útil los fenómenos políticos en cuestión (Trump) y así abonar mejor al debate público. Así, el proyecto presente tiene como el propósito analizar –y hacer una revisión conceptual y teórica–, nuevamente en beneficio de la claridad, el uso de las comparaciones históricas y del concepto de fascismo por parte de los “alarmistas” (intelectuales: académicos, políticos, periodistas, etcétera como “productores” de las comparaciones) que eligieron a comparar a Trump con el fascismo y, en muchos casos, de ver en esta clave también la demás extrema derecha contemporánea en marco del llamado “debate sobre el fascismo” y hacer una evaluación crítica de estos usos en un corpus de estudio (véase abajo: sección 7.). Se trata de una selección de 27 artículos de opinión recopilados a lo largo de la primera presidencia de Donald Trump (2017-2021) y en la época posterior (desde 2020 y los inicios de la precampaña de Trump en 2023 en búsqueda de regresar al poder), que nos han parecido más representativos y más emblemáticos. En ella vamos a tratar el marco teórico más como una sistematización bibliográfica y un recuento de debates relevantes en torno al eje temático y problema en cuestión (el Estado del Arte) (Sautu, 2005: 155): *el uso de las comparaciones históricas al fascismo* (véase: sección 8.).

En referencia a los criterios de la selección del corpus, optamos por seleccionar, nuevamente en beneficio de la claridad, solamente las voces de los “alarmistas” (Rosenfeld, 2019) que han comparado a Trump con el “fascismo”. Escogimos igualmente, como una fuente uniforme, a analizar solamente las columnas de opinión¹⁸ –publicadas tanto en la prensa escrita, sus versiones de internet o en diferentes sitios exclusivamente en línea–, siendo precisamente la columna de opinión el medio mediante el cual transcurrió y sigue transcurriendo la mayor parte del “debate sobre el fascismo” (*Ibidem*), algo que podría inscribirse en un viejo patrón de los debates intelectuales que tenían en su centro la historia y las comparaciones históricas, como la llamada “disputa de los historiadores” (*Historikerstreit*) en Alemania Occidental (RFA) a finales de los años 80 sobre todo durante el acalorado intercambio entre el eminente sociólogo de centroizquierda y una de las principales figuras de la segunda generación de la Escuela de Frankfurt, Jürgen Habermas y el historiador conservador Ernst Nolte que pretendía blanquear el pasado del nazismo para –algo igualmente sintomático para este estudio–, abrirle el camino político a las fuerzas de la extrema derecha en Alemania (véase: Evans, 1987; Mercer, 2020; para más sobre la *Historikerstreit* véase abajo: sección 3. y Capítulo 2., 1.1.; para más sobre otros debates sobre la historia de la Segunda Guerra Mundial y sus conexiones con el presente, véase: Rosenfeld, 2021c). Como ya se ha mencionado anteriormente, trataremos implícitamente las voces contenidas en las columnas seleccionadas –tal como lo hicieron Rosenfeld (2019), Rosenfeld, Ward (2023) u otros autores (Greenberg, 2021, 2022; Matthews, 2021; Tharoor, 2021; Steinmetz-Jenkins, 2024)–, como parte del “debate sobre el fascismo”, siempre cuando sus autores usan la comparación en cuestión, sin necesidad de que se inscriban directamente o aludan a ella. En hacer la selección nos hemos guiado ante todo por el criterio de la representatividad en un afán que las columnas seleccionadas resulten representativas y sintomáticas para las posiciones de los “alarmistas” tal como los han recopilado y discutido Rosenfeld (2019) o Greenberg (2021, 2022). De este modo retomamos y repetimos muchas de sus selecciones. A ellas, en hacer nuestra propia selección, guiados ante todo por el criterio de relevancia, añadimos voces que nos parecieron igualmente importantes y/o que aparecieron después de la publicación de los estudios mencionados. Nuestro afán ha sido también que las columnas de la selección reflejen una suerte de “nudos” o “puntos calientes” de todo el “debate sobre el fascismo” –algunos de los cuales han sido identificados

actuar sobre el espectador, empujándolo a comprar algo e incluso a inscribirse como voluntario. Pero las metáforas también pueden tener un valor cognitivo, incluso predictivo”, escribía (2020).

¹⁷ Resulta llamativo que si bien había varios autores en el “debate sobre el fascismo” que comparaban a Trump con “Hitler” o Estados Unidos bajo su gobierno a la “República de Weimar” argumentando que había varias semejanzas relevantes con la historia de Alemania de aquel periodo y el día de hoy, relativamente pocos comparaban a Trump con un “nazi” o un “nazismo”, prefiriendo hablar –aun apuntando a sus supuestas semejanzas con Hitler–, de la llegada o de la amenaza del “fascismo” a Estados Unidos, no de “nazismo” (Rosenfeld, 2019). Seguramente una de las explicación por ello puede ser que este término resulta demasiado determinado históricamente por el carácter inédito de los crímenes nazis (el Holocausto), para servir como una “fuente” de la comparación (*tertium*) efectiva, sin parecer un insulto directo. Esta postura está igualmente íntimamente conectada con la falta de consenso en el seno de los propios estudios sobre el fascismo respecto a la relación y las conexiones y/o sus faltas entre el fascismo y el nazismo (para la discusión sobre esto, véase: Capítulo, 2., 2.1.).

¹⁸ Rosenfeld (2019) u otros analistas del “debate sobre el fascismo” (Greenberg, 2021, 2022; Matthews, 2021; Tharoor, 2021, 2022b) incluían y analizaban en su marco todo el tipo de voces: columnas de opinión, ensayos, artículos, libros, entrevistas, comentarios en los medios audiovisuales y posts en las redes sociales.

por Rosenfeld o Greenberg o a los que hemos aludido en la sección anterior (véase: 1.)–, como la campaña y las elecciones de 2016, los eventos en Charlottesville (2017), el debate en torno a la comparación de los centros migratorios de detención de Trump a “campos de concentración: que a su vez dieron pauta a nuevas comparaciones al fascismo (2019), la campaña y las elecciones del 2020, el ataque a Capitolio que de manera considerable reavivó todo el “debate sobre el fascismo” (2021) y finalmente el periodo de precampaña de 2023. La selección abarca 27 columnas de opinión de diferentes medios, en su mayoría de habla inglesa. De este modo hemos optado por seleccionar los siguientes artículos de los “alarmistas”: Bouie, 2015; Douthat, 2015; Reich, 2016; Goodman A., 2016; Kagan, 2016b; Kaufman, 2017; Snyder, 2017k; Snyder, 2018c, Snyder, 2018e; Stanley, 2019d; Finchelstein, 2020b; Finchelstein, Stanley, 2020; Gessen, 2020; Feldman, 2020; Stanley, 2020d; Snyder, 2020d; Milbank, 2020; Finchelstein, Stanley, Piccato, 2020b; Stanley, 2021a; Paxton, 2021; Cohen, 2021; Rubin, 2021; Frum, 2021; Reich, 2022b; Gopnik, 2022; Reich, 2023b; Browning, 2023 (para el análisis de estos textos, véase: Capítulo 3.).

Si bien la mayor parte del debate transcurrió y sigue transcurriendo en las páginas de la prensa estadounidense o británica, desistimos en tratar a la prensa escrita (o los medios online), como un campo de estudio específico –el mercado mediático, las preferencias y conexiones políticas de los medios, etcétera–, tratándolos simplemente, nuevamente, tal como lo han hecho por ejemplo Rosenfeld (2019, 2021a, 2021b, 2023) o Greenberg (2021, 2022) al discutir el “debate sobre el fascismo”, como vehículos para estas voces, provenientes de hecho de un amplio espectro político y no necesariamente identificables con los medios en los que aparecían. Del mismo modo no nos interesarán las políticas específicas de Trump y de su gobierno, ni los discursos o pronunciamientos del 45º presidente de Estados Unidos, salvo las que dieron pauta a las comparaciones en cuestión en las columnas analizadas y que quedan referenciadas en su contexto (o cuya mención se nos hacía pertinente para ampliar el contexto o para los fines propios del análisis). Al escoger el campo uniforme del periodismo de opinión, estamos conscientes que es un campo en el que suelen coincidir diferentes intelectuales y/o expertos (*pundits*): académicos, escritores, columnistas, analistas y periodistas de profesión, no obstante no vamos a dedicar más tiempo a los comparatistas como un grupo –de modo que tampoco lo hacen Rosenfeld (2019) ni Greenberg (2021, 2022)–, tratándolos simplemente como “intelectuales”¹⁹, pero igualmente sin ahondar en su análisis. Lo que sí en cambio será de nuestro interés en el análisis, cuando será el caso, son algunas claves biográficas de los comparatistas específicos, siempre cuando parezcan relevantes, ya que puede ser un factor importante en hacer y/o en reaccionar a las comparaciones tal como lo establece von Sass (2021: 163 y 165; para nuestra propia posicionalidad “evaluador” de las comparaciones, véase arriba: sección 0.).

Al mismo tiempo las referencias en el marco teórico, sobre todo respecto al “fascismo”, provendrán tanto de los “escépticos” como de los “alarmistas”, pero con una balanza inclinándose hacia los primeros. Hay cuatro motivos por ello: a) como ha observado Richard J. Evans, uno de los máximos especialistas en la Segunda Guerra Mundial y un biógrafo de Hitler, la mayoría de los especialistas en el fascismo en el marco del “debate sobre el fascismo” se han opuesto a comparar a Trump con el “fascismo” (Evans, 2021b), situándose así en el campo de los “escépticos”; b) dado que en muchos casos es precisamente el desacuerdo teórico respecto al uso y al manejo de concepto de “fascismo” que marca la división entre los “alarmistas” y los “escépticos”, no existe una manera de inscribirse en ambos campos a la vez y aunque el criterio que uno escoja sea ajeno a las mencionadas coordenadas del “debate sobre el fascismo”, al tomar una decisión por uno u otro enfoque, si uno quiere o no, acabará finalmente en alguno de los dos campos; c) nosotros mismos guiados por los criterios de qué tan completas, útiles, convincentes y verificables resultan dadas teorías del fascismo, encontramos en su mayoría los enfoques de los “escépticos” mucho más convincentes, aunque en ocasiones provengan incluso de enfoques intelectuales antinómicos, lo que de hecho podría indicar que la “subjetividad ideológica” no es el factor en un afán de refutar y/o criticar este tipo de comparaciones (véase: Riley, 2004, 2005, 2016, 2017, 2018, 2019, 2021a, 2021b, 2022a; Robin, 2017a-i, 2018a-c, 2019g, 2020b, 2020c, 2022, 2023; Gentile, 1990, 2019, 2022, 2023; Payne, 1980, 1999b, 2000, 2010, 2022a, 2022b; Griffin, 1991, 1995, 1998, 2000, 2003, 2002a, 2002b, 2018; Traverso, 2003, 2005, 2006, 2016a-c, 2017a-d, 2018b, 2019a-d, 2020c, 2020d, 2021a, 2021b, 2021d, 2022a-d, 2023a-d; véase: Capítulo 2., secciones 2.2., 2.3., 2.4., 2.1.2., 2.1 y 2.1.4. respectivamente); correspondientemente, estos son los enfoques de algunos de los “alarmistas” que igualmente discutimos para los fines del análisis ya que a menudo provienen de los mismos autores analizados en el corpus del estudio o quedan referenciados por otros comparatistas, pero que en su mayoría nos parecieron mucho menos convincentes (véase: Paxton, 1972, 1998, 2004, 2016a-f, 2017a, 2017b, 2021; Finchelstein, 2008, 2010, 2014, 2017, 2018a-c, 2019a-c, 2020a-p, 2021a-g, 2022a-b, 2023; Eley, 2013, 2017, 2018, 2021, 2022 y Adeney Thomas, Eley, 2020; Snyder, 2010, 2015, 2016a-e, 2017a-l, 2018a-e, 2019a-c, 2020a-i, 2021c, 2022a, 2022b; véase también: Capítulo 2., secciones 2.1.2., 2.1.3., 1.4. y 2.5. respectivamente); y d) finalmente, proponiendo un enfoque de una evaluación crítica, recurrir a los críticos de las comparaciones al fascismo se nos hizo natural y justificado. Al mismo tiempo los enfoques principales que adoptamos y por los cuales nos guiaremos en este estudio (para más detalle véase: sección 8.), los encontramos lo suficientemente verificables/falsables, para ser una base y referencia firme para evaluar (críticamente) la utilidad y/o de la pertinencia de las comparaciones al fascismo respecto a Trump. Si bien el análisis del fascismo basado en un enfoque lingüístico o en el análisis del discurso nos pareció insatisfactorio –somos convencidos que sí importa debatir si Trump es un fascista o no, contrario a los analistas del discurso que mantienen que la confianza en la magia de la polisemia ofrece una resolución a esta cuestión (véase: Wodak en: Jackson, 2021), a lo que respondemos, siguiendo a diferentes estudiosos del fascismo, provenientes incluso de tradiciones intelectuales disímiles, que identificar bien los fenómenos políticos de la extrema derecha a base de las firmes referencias teóricas es importante (véase por ejemplo: Wipperman, 1976; Riley, 2018, 2019)–, abordamos un caso de este

¹⁹ Seguiremos aquí la amplia definición de Pierre Bourdieu, según la cual los intelectuales son “todos los poseedores del capital cultural (...) una fracción dominante de la clase dominante [cuyas] diferentes posiciones que toman, en la política, por ejemplo, derivan de la ambigüedad de su posición dominado-dominante” (Bourdieu, 1993). Como enfatiza Sand, para Bourdieu “todos los científicos, académicos, escritores, ensayistas, periodistas son intelectuales” (Sand, 2018: 94).

tipo de análisis respecto al uso de “fascismo” en Estados Unidos, ante todo para ofrecer un panorama más completo del propio “debate sobre el fascismo” y para fines comparativos al señalar algunas ventajas y puntos ciegos de este tipo de análisis (véase: 2.7.). En cuanto al método de evaluación y/o análisis, proponemos, en vez de esto, a trabajar combinando los mencionados enfoques teóricos con el simple método de una “lectura minuciosa” (*close reading*) (véase: sección 8.).

En lo que respecta a la construcción del estudio presente, el Capítulo 1. –del que esta sección forma parte y está precedido por una nota acerca de la posicionalidad/subjetividad (0.)–, está dedicado a exponer y explicar sus coordenadas generales; el Capítulo 2., dividido en dos secciones: Comparaciones (I) y Fascismo (II), sirve para exponer y discutir las bases teóricas y metodológicas de este estudio, partes que pueden resultar extensas, pero, en nuestra opinión, necesarias. Lo mismo aplica a las, muchas veces largas, notas de pie. Así, consideramos que los elementos teóricos, las discusiones y debates teóricos y sus reconstrucciones, son necesarias por dos razones: i) la investigación debe ser adaptable al fenómeno cambiante que enfrentamos y los nuevos desafíos que surgen, con una estrecha sensibilidad a los contextos, en lugar de aplicar fórmulas existentes para confirmar las creencias ya pregonadas. Las teorías y los debates permiten precisamente eso, mientras que la reproducción cuantitativa de los hallazgos existentes no permite ni la flexibilidad ni la reflexividad; ii) preferir la investigación empírica por encima de todo, no solo esteriliza el campo, sino que también hace que los enfoques erróneos que no han logrado describir suficientemente los fenómenos en cuestión, se reproduzcan sin cuestionamientos, aunque, desde luego, fomentar la construcción teórica no significa, que hay que pasar por alto los estudios empíricos, algo que igualmente nos puede hacer ciegos a la realidad que buscamos esclarecer. En esto nos hemos inspirado también en la observación de Jürgen Habermas a quien, como él mismo asegura, no le gusta distinguir entre investigaciones empíricas y teorías normativas y según el cual, “toda investigación empírica debe tomar en cuenta los requisitos normativos”, de modo que lo empírico, sin lo normativo “no vale nada” (Habermas, 2022: 12).²⁰ El Capítulo 3. está dedicado exclusivamente al análisis mediante la “lectura minuciosa” (véase: sección 8) de las columnas de opinión seleccionadas y donde procedemos por medio de la narración “con estricta atención a la cronología” (Mayer, 2019), indicando solamente, cuando esto sea el caso, que la columna dada se inscribe en los mencionados “nudos” en el “debate sobre el fascismo”. El Capítulo 4., contiene finalmente una sección principal dedicada a presentar los resultados y los hallazgos del análisis del corpus del estudio y a discutirlos y confrontarlos con la, anteriormente expuesta (véase: Capítulo 2. I y II) teoría de las comparaciones históricas y el fascismo (4.1.), las conclusiones del estudio junto con la discusión acerca de algunas limitaciones de este y las posibles direcciones de profundizar la investigación (4.2.) y algunas reflexiones finales respecto al uso de las comparaciones históricas y el propio término “fascismo” en el contexto estadounidense a base de nuestros hallazgos y nuestra “lectura más amplia” del propio “debate sobre el fascismo”, también a la luz del resultado de las elecciones presidenciales de 2024 y la segunda victoria de Trump (4.3.).

Este estudio a parte de las fuentes referidas explícitamente y, desde luego, la selección mencionada, está informado por un gran número de voces y comparaciones de Trump al “fascismo”, hechos por los políticos, comentaristas o académicos, no solo en otras columnas de opinión sino también en otro tipo de textos, ensayos, entrevistas, polémicas en vivo o en redes sociales, que hemos optado por excluir, a fin de preservar la claridad y la uniformidad del estudio. No quisimos que partes teóricas o

²⁰ Aun así, en varios otros sentidos, los enfoques de Habermas pueden resultar más bien problemáticos desde el punto de vista de este estudio. El “optimismo” respecto al diálogo y la comunicación misma que permea la teoría de la razón comunicativa de Habermas (1981a, 1981b, 1990), fruto de su afán de conciliar la línea pragmática *weberiana* con su sociología comprensiva y las propias teorías de Habermas respecto a la significación/comunicación y la acción social localizada en el sujeto, no tanto en la sociedad como lo quisiera la línea marxista más ortodoxa, junto con su vertiente política europeísta, han sido, en los últimos años, fuertemente cuestionados precisamente por el auge de la extrema derecha y de los nacionalismos sobre todo en Europa. Si bien el corolario político del optimismo habermasiano era que en Europa después de la Segunda Guerra Mundial “ya no había lugar a ellos”, los desarrollos políticos opuestos expusieron límites de sus marcos conceptuales (Jeffries, 2016: 372-373). Los mencionados procesos han sido precisamente los que han dado lugar al “debate sobre el fascismo” en cuyo centro está la cuestión si la historia, sobre todo la de la *Mitteleuropa* de los años 30, se está repitiendo ante nuestros ojos o no, y/o si tiene algo que enseñarnos sobre el presente. Si bien Habermas ha estado alertando sobre el auge de la extrema derecha populista (Habermas, 2016), el edificio de su teoría permaneció intacto y en buena parte incapaz de explicar sus razones (Jeffries, *Ibidem*). Ciertas debilidades, por no decir huecos, en la “teoría de la razón comunicativa” de Habermas ya estaban siendo expuestos desde los 90 por ejemplo por Jacques Rancière que censuraba precisamente el “optimismo” de Habermas, su hegemonía y posición del “filósofo oficial de la Unión Europea” (UE) –que en sí misma parecía una encarnación de sus ideas y teorías–, y los propios límites del pensamiento liberal (Rancière, 1996: 66 y 76-77). En hacerlo, Rancière, presentó su figura de “desacuerdo”: si bien, según Habermas, la comunicación y/o el diálogo se regía(n) por una intrínseca “racionalidad” que garantizaba la llegada a un cierto consenso en la política, para Rancière, en cambio, la política se regía más bien por el “antagonismo” y la “disrupción” (Rancière, op. cit.). Curiosamente el mencionado auge del nacionalismo y de la extrema derecha, algo que Habermas ya había enviado a “un sótano de la historia”, no solo cuestionó las posiciones políticas y teóricas de él, sino también hizo que el “contrafuego” rancieriano también perdiera un poco su significado. Igualmente si bien Rancière ha estado analizando el auge de la extrema derecha sin tildarla de “fascista” (véase: 2016, 2019), dejó a la vez una cierta laguna teórica/interpretativa que ha sido llenada desde la izquierda marxista por el históricamente informado análisis del “posfascismo” (Traverso, 2019a). Finalmente el propio Habermas tiene una historia de usar el término “fascismo” de modo descuidado y no-analítico, más en clave de insulto como cuando a finales de los 60 había tildado a los estudiantes radicales en Alemania como “fascistas de izquierda” o cuando a finales de los 90, en medio de unas polémicas con Peter Sloterdijk, un destacado filósofo alemán conservador, había orquestado –según Sloterdijk– una campaña mediática en su contra alertando a sus antiguos alumnos en los medios de comunicación alemanes de desprestigiarlo como “fascista” (Mercer, 2016).

“reconstructivas” de este estudio parecieran solo una colección de anécdotas o citas de modo que a veces lo parecen las intervenciones de algunos de los “alarmistas”: unos *patchworks* de coincidencias históricas y anécdotas de la historia del fascismo literalmente interpuestas a Trump a fin de justificar hablar de su “fascismo”. Siempre cuando hemos podido en parte teórica introducíamos las voces de las propias columnas seleccionadas –en vistas de proceder a su análisis más adelante–, o algunas otras voces relevantes, a veces de los mismos autores, pero sin pretender desviarnos demasiado. En fin, hemos consultado un enorme número de columnas que sobrepasa con creces la cantidad de las columnas seleccionadas –la mayoría de las cuales optamos por excluir y si bien queríamos preservarlas al menos parte de ellas en la Bibliografía para fines de la consulta, finalmente los tuvimos que excluir por razones del espacio–, algo que nos recordó la observación del citado ya Carlo Ginzburg respecto al trabajo con las fuentes y a la revisión documental (leer literalmente cientos de columnas de opinión y artículos parecidos que usaban la comparación al fascismo respecto a Trump podría ser comparable con ello). Pero mientras Ginzburg hacía su observación respecto a la documentación “exigua”, “dispersa”, “difícil” y muchas veces sumamente “subjetiva”, esperando no obstante que esta “pueda aprovecharse” para reconstruir u ordenar el pensamiento popular y/o subalterno, el objeto de su estudio, con la idea de que una fuente así sea también “contextualizada y justificada” (Ginzburg, 1976: 6), aquí, por el contrario, teníamos que ver con la documentación sobrante, en exceso, pero que igualmente en muchas ocasiones resultaba confusa y caracterizada por la subjetividad extrema, una de las principales características, de hecho, de las mismas comparaciones históricas (véase: Rosenfeld, 2019). No estamos seguros si la pura lectura de las fuentes mencionadas –las columnas de la selección y las demás– garantizaría el ordenamiento del pensamiento de los “alarmistas” que forman un campo intelectual específico, pero ojalá el análisis riguroso de la selección de sus voces y de su uso de las comparaciones al “fascismo” respecto a Trump entendido como una particular estrategia discursiva, sí.

Queremos que el trabajo presente, aparte del aporte analítico respecto al uso de las comparaciones históricas al fascismo, sea también un aporte teórico en sentido de ofrecer un resumen y contextualización de diferentes debates importantes en torno al uso de las comparaciones históricas y las teorías y los usos (y abusos) del término “fascismo” a lo largo de las últimas décadas y más recientemente, debates que en nuestra mente arrojan una luz importante al presente, al propio “debate sobre el fascismo” del cual nuestra selección de las voces de los “alarmistas” forman parte y que ayudan a comprender mejor la anatomía política de la extrema derecha moderna con Trump como su ejemplo. Si bien algunas veces, siguiendo tal vez inconscientemente a algunos de los estudiosos que forman parte de la columna vertebral teórica de este estudio o encontrando simplemente su manera de analizar parecida a la nuestra nos damos cuenta de que dejamos al lector que junte por sí solo algunos de los hilos presentados, confiamos de que se juntan en una totalidad coherente (véase: Paxton, 2012). Finalmente nuestro enfoque en este proyecto de investigación es analítico, teórico, pero también propedéutico: es una evaluación de la literatura sobre el tema y el análisis de los casos seleccionados que acaba con un llamado a repensar tanto nuestro análisis como nuestras categorías y conceptos que manejamos para describir la política contemporánea. Si bien consideramos el “fascismo” como un dispositivo heurístico útil, consideramos a la vez que muchas veces las comparaciones a él no nos ayudan a comprender los fenómenos políticos del presente, sobre todo en Estados Unidos. Sentimos que las fusiones por ejemplo del fascismo “genérico” –incluso a pesar del escepticismo de sus principales teóricos (véase: Capítulo 2., 2.1.2.)– y de la historia política estadounidense que buscan hacer del fascismo una categoría comparativa y un marco explicativo, no cumplen ni con los requerimientos de un buen análisis histórico/político ni con el propósito de una buena identificación de los enemigos políticos para poder formular una respuesta en contra de ellos. En cambio los enfoques marxistas sobre el fascismo que privilegiamos en este estudio, sobre todo en su modalidad más política gramsciana (Riley, 2018, 2019; Adamson, 1980), sentimos que cumplen mejor esta función, tal como lo buscaremos a demostrar en las partes dedicadas a ellos y a base de los hallazgos finales de nuestra investigación. Al mismo tiempo consideramos que si bien las comparaciones históricas contienen un enorme potencial explicativo y de movilización política, también consideramos que varias de sus limitaciones y deficiencias representan un factor importante para justificar una buena dosis de escepticismo respecto a su uso que tiene sus límites e implica trampas. Así, en las conclusiones, a base de algunos de los descubrimientos, sugerimos posibles formas de avanzar en la erudición sobre el tema; como tal, señalamos posibles respuestas a las preguntas que planteamos, en lugar de pretender responderlas definitivamente. Concluimos con una súplica para que estas contribuciones se tomen en serio e informen nuestra práctica política.

3. Justificación del tema (construcción del problema)

Las comparaciones históricas –entendidas como similitudes trazadas entre al menos dos entidades, una ubicada en el pasado y la otra en el presente–, son una herramienta importante de la comprensión y una de las principales maneras en la que conocemos y llegamos a entender el mundo. Las comparaciones son también una parte importante de nuestro discurso cotidiano, así como elementos integrales de los procedimientos científicos (Kaeble, Schriewer, 2010). Para Marc Bloch, el comparativismo histórico, “nace de una tensión entre la historia y el lenguaje”, y apunta –cuando está bien realizado– a captar analogías y singularidades (lo que merece una atención nueva), subrayando a la vez las diferencias entre momentos históricos, más que enfatizar (y mucho menos forzar) homologías o las repeticiones (Bloch en: Ríos Gordillo, 2016: 57). Una premisa de este tipo de razonamiento, dado que nunca existe “una comparación 1 a 1”, es la esperanza que en el uso de una comparación histórica dada haya al menos suficientes similitudes que permitan que su uso informe de modo útil nuestro conocimiento acerca de lo que está ocurriendo hoy. Otra premisa, cuando la comparación está siendo empleada para ayudarnos a entender el presente con la referencia al pasado, es que, al menos en teoría, conociendo el pasado –viéndola como una forma de “lección” o “advertencia”–, podemos evitar que lo mismo vuelva a pasar hoy o en el futuro, aunque la noción de las “lecciones de historia” y las capacidades de “aprender” de ella es un punto de una fuerte contención entre los historiadores (véase: Capítulo 2., 1.4.). Lo mismo ocurre con la noción de que algo

es “incomparable” con algo: si bien puede haber estudiosos que argumenten que algún acontecimiento histórico, por sus características singulares, está fuera de todo el comparativismo (el ejemplo del Holocausto viene inmediatamente en la mente), otros puedan argumentar que este tipo de comparaciones es en efecto justificado y beneficioso (respecto al propio Holocausto, véase: von Sass, 2021: 123 y Moses, 2021b). Las comparaciones históricas claramente pueden ser movilizadas para diferentes fines: analíticos (y/o científicos) en forma de un método comparativo para así estudiar y comprender mejor dos entidades diferentes alejados en el tiempo (véase: Capítulo 2., 1.1.)²¹, para fines polémicos a fin de apuntar a ciertas analogías entre dos momentos o dos figuras políticas diferentes de la historia –o los límites de estos paralelismos–, y orientarnos y/o aclarar la naturaleza de algunos acontecimientos en curso y así estimular el pensamiento crítico, para fines políticos con tal justificar ciertas decisiones políticas de los gobernantes (para el caso de la política estadounidense véase: Capítulo 2., 1.3.) y/o para movilizar a los votantes y/o influir en sus decisiones políticas (véase: Smeekes et al., 2014) o, finalmente por ejemplo, para alertar sobre los abusos de poder y defender a las víctimas de estos.²² Sus usos resultan igualmente “abiertos” al igual que el resultado de la contienda política en la que a menudo sirven como herramientas. En todos estos casos, el determinado “uso público de la historia” como denominó una vez estos afanes Jürgen Habermas (1988; véase también: Traverso, 2017d), afecta e influye nuestras decisiones políticas²³, por lo que es importante darnos cuenta de los diferentes mecanismos, contextos e intencionalidades detrás del uso de las comparaciones históricas. Finalmente la comparación histórica es también una manera “natural” de expresar una opinión, algo que quizás lo vuelve una herramienta retórica útil –¿perfecta?– para ser empleada en una columna de opinión. Así cuando un enunciador compara unos hechos, según él, semejantes, está utilizando una comparación que ya está anclada en ciertos preestructos culturales (como la noción misma de la “comparabilidad” e “incomparabilidad”) para darle más legitimidad a su discurso.

²¹ Si bien las comparaciones, como ya se había señalado, son una figura retórica que usamos diariamente para expresarse, orientarse y describir el mundo, académicamente hablando, es algo que “permanece en las sombras” (Krom, 2021: 1), un desequilibrio sorprendente entre prominencia fáctica y negligencia intelectual y más tomando en cuenta las afirmaciones “que vivimos en una ‘era de comparaciones’” y/o que el espíritu de nuestros tiempos (*Zeitgeist*) que estaba rondando últimamente por el mundo, era el de, muchas veces hechas apresuradamente, comparaciones históricas (Mikanowski, 2019). Frente a esto, no obstante, los académicos han comenzado cada vez más a explorar los méritos y los problemas en usar las de las analogías históricas: la abundancia de la propia literatura que comparaba la presidencia de Trump con los regímenes fascistas puede ser una prueba de ello (véase: https://scholar.google.com/scholar?hl=en&as_sdt=0%2C44&q=trump+fascism&btnG=), así como el número de conferencias dedicadas al tema como por ejemplo una celebrada en la Universidad de Pensilvania: *Comparaciones sin gloria: sobre los usos y abusos de las analogías históricas*, en la que entre otros participó Susan Buck-Morss (véase: <https://www.sas.upenn.edu/germanic/events/inglorious-comparisonsuses-and-abuses-historical-analogy>)

²² La controversia y el debate que se dio en torno a las comparaciones de los centros de detención trumpistas para los migrantes centroamericanos donde los niños separados de las madres quedaban encerrados en las jaulas, dormían en el suelo, carecían de asistencia médica y los más básicos artículos de higiene personal, con “los campos de concentración nazis” –que a su vez dio lugar a más comparaciones de Trump y su gobierno al fascismo (Finchelstein, Piccato, Stanley, 2020a)– era ilustrativa y sintomática en este respecto. Para algunos, como la congresista Demócrata Alexandria Ocasio-Cortez (AOC) que inició esta controversia, este tipo de comparaciones eran “pertinentes y necesarios” para acabar con el maltrato humano y para desafiar la cruel política migratoria de Trump y su equipo (Stephen Miller et al.) con su “nativismo”, xenofobia y supremacismo blanco; para otros, por el contrario, “minimizaban la historia de los ‘verdaderos’ campos de concentración nazis y la memoria de sus víctimas (sic), e incluso la historia del propio Holocausto” (sic). Llamaba no obstante la atención que la mayoría de las segundas objeciones venía de los círculos conservadores o pro-trumpistas que trataban de minimizar la escala del maltrato existente o pintarlo como “rutinario” y “administrativo”. No obstante, el hecho de que respecto a Biden que durante la campaña había prometido sustituir las políticas de Trump con “una política de compasión” y cerrar dichos centros, pero que en cambio los expandió y continuó las mismas prácticas de maltrato y separación de los niños de las familias (Goodfriend, 2023), sin que ninguno de los antiguos comparatistas de los centros migratorios de Trump a “campos de concentración”, como la propia AOC, hablase en ningún momento de “los campos de concentración de Biden”, apunta a los límites de este tipo de comparativismo y su uso puramente político (Moyn, 2020a). Para la columna que menciona este caso, véase: Capítulo 3., texto #10 y Capítulo 4., 4.1.). Además es un hecho que la propia política de la separación de las familias ha sido introducida por los funcionarios migratorios del gobierno de Barack Obama como una política adrede que, según ellos, iba a tener efectos disuasivos y disminuir el número de cruces ilegales y que como tal no es el producto del “fascismo” de Trump.

²³ Un ejemplo de cómo las malas analogías históricas pueden llevar a la toma de decisiones políticas equivocadas es el caso de Timothy Mason, el eminente historiador británico del Holocausto y de la Segunda Guerra Mundial con enormes contribuciones en su campo, que neobatía por ejemplo valientemente el relativismo comparativista de Ernst Nolte en marco de la *Historikerstreit* (para más sobre Nolte, véase: Capítulo 2., 2.1; para más sobre su influencia intelectual sobre Timothy Snyder, uno de los principales comparatistas de Trump al “fascismo”, véase: 2.5.), y que ha demostrado igualmente una enorme creatividad en el análisis del fascismo (Iordachi, 2010: 7). A pesar de todo esto su análisis lo llevó a tildar al gobierno de Margaret Thatcher de “fascista” –no solo neoliberal–, con lo que en un momento llamó a los sindicatos británicos a “emprender una lucha clandestina como la resistencia en la Segunda Guerra Mundial” (sic) y se exilió en Italia donde, ante las frustraciones políticas, se suicidó en 1990. Poco antes, de manera sintomática Mason lamentaba lo que entonces parecía ser la desaparición del interés académico en el fascismo (Mason, 1995: 323-331), aunque apenas un año después de su muerte se publicó en la misma Gran Bretaña el sonado libro del politólogo Roger Griffin, *La naturaleza del fascismo* (1991), que venía vaticinando la vuelta del fascismo como el objeto de estudio y análisis académico.

A pesar de estos beneficios, las comparaciones históricas presentan también ciertos problemas y “desventajas” como sus capacidades de difamar, incitar, persuadir y exaltar, algo que ocurre cuando las comparaciones resultan abusadas deliberadamente con fines tendenciosos y “vejatorios” (González, 2013). Asimismo, las analogías históricas tienden también a ser “egoístas” al resultar reconfortantes emocionalmente para la opinión pública, algo en lo que, paradójicamente radica mucha parte de su popularidad y que hace que una vez arraigadas en la “mente pública” pueden volverse “resistentes a cualquier intento de corrección” (Mayer, 1970). De este modo las comparaciones históricas –siempre cuando están usadas sin señalar el debido contexto y sin tomar lo suficientemente tanto las diferencias como las semejanzas (Bloch)–, tienen una tendencia inherente de gravitar hacia la simplificación y de servir como una suerte de “atajos cognitivos” que pueden “cortocircuitar la reflexión crítica” y conducir a un “pensamiento superficial” (Kornprobst, 2007; Müller, 2010). Otra de sus limitaciones es su inverificabilidad empírica: dada su subjetividad y dado que las comparaciones históricas no son hechos sino interpretaciones, las analogías históricas no son verificables ni falsables y carecen de una base “científica” para determinar su validez (Kent, 1969; Kornprobst, 2007; Rosenfeld, 2019). Así, la distinción crucial no es si la comparación es “verdadera” o “falsa”, sino si es “útil” o “inútil” (Kornprobst, 2007; von Sass, 2021: 192), el criterio fundamental que vamos a adoptar como una base central para nuestro análisis y para nuestra evaluación (véase: sección 8.). Así, no se trata de descalificar las comparaciones históricas *en bloc*, sino evaluar y apuntar a sus limitaciones en casos específicos cuando la falta del contexto borra la especificidad histórica de los acontecimientos referenciados y su uso de este modo acaba afectando su utilidad. Como apuntaba en el contexto preciso del uso de las comparaciones de Trump al “fascismo” la historiadora estadounidense Priya Satia:

Las especificidades históricas y locales significan que todas las analogías al final de las cuentas son inexactas en modos que los historiadores siempre tienen que dejar claras. El punto de tales comparaciones es sin embargo descubrir las verdades históricas más oscuras, oscurecidas por las comparaciones más positivas que predominan. Las analogías históricas jugaban un papel central en hacer la historia moderna, incluidos sus más desagradables episodios: las comparaciones nuevas nos permiten cambiar los paradigmas a través de los cuales teníamos entendido el pasado para que podamos hacer una nueva historia en el presente (Satia, 2021).

En riesgo aquí –algo que será justamente el objeto de nuestra evaluación y el análisis de los casos seleccionados en el Capítulo 3.– es que al hacer una analogía, los comparatistas no tomen en cuenta lo suficientemente las diferencias entre las épocas, dejándose llevar exclusivamente por las semejanzas y las continuidades en vez de tomar en cuenta también los cortes y las rupturas de la historia (Friedländer, Broszat, 1985; Gentile, 2023).²⁴ Así el punto de hacer las analogías históricas no debe ser buscar dos “situaciones idénticas”, algo que es de por sí imposible, o argumentar/forzar que lo son, sino igualmente enfatizar las diferencias. Otro de los peligros al que han apuntado algunos estudiosos en el contexto del debate sobre las comparaciones al fascismo y las políticas migratorias de Trump (véase: arriba), es que el uso de las analogías “históricamente inválidas”, le podría dar a los responsables por crear esta indignación chance de esquivar la avalancha de justificados ataques a sus políticas y “cambiar la discusión hacia lo apropiado de las comparaciones en cuestión en vez de las políticas mismas” (Beorn, 2018a). Tomando todo esto en cuenta, junto con el hecho que las comparaciones al “fascismo” respecto a Trump “Hitler”, “Weimar” y de manera más genérica “a los años 30” respecto a Trump, sus políticas, sus acciones, su retórica o sus seguidores, todas pensadas como una vía para alertar sobre la supuesta llegada del “fascismo/nazismo” a Estados Unidos (véase: Bessner, Greenberg, 2016; Traverso, 2023a) estaban motivados, en buena parte, por las emociones y por la “visceralidad” por parte de los comparatistas, se puede argumentar que el uso de estas analogías resultaba tanto provechoso como controvertido y tendía por igual a iluminar y a oscurecer el debate público (Mercer, 2020). En vistas de emprender la evaluación y el análisis de los casos seleccionados –y ofreciendo antes el necesario resumen de los debates teóricos respecto a las comparaciones históricas y el fascismo–, nos gustaría inscribirnos en esta suerte de “posición intermedia” que señalaba Mercer.

Tal como la interpretación de la historia nunca se lleva a cabo desde la neutralidad y a menudo nos dice más sobre quién interpreta cierta época histórica que sobre la propia época interpretada, de igual manera el modo de usar ciertas comparaciones históricas nos puede decir más sobre quién las usa y sobre el momento político en el que se emplean, que sobre las propias épocas referenciadas. Mercer es muy explícito en este sentido al subrayar de como las comparaciones históricas puestas al servicio de la “historia como una lección/un aviso” hablan tanto del fenómeno sobre el cual buscan aleccionarnos y/o avisarnos, como sobre quienes las formulan y sobre audiencia a la que son dirigidas (Mercer, op. cit.). En este sentido si bien los usos de las comparaciones históricas en el lenguaje público respecto a los políticos, los tipos de liderazgo, los movimientos políticos-sociales, los países o los sistemas políticos a primera vista pueden resultar útiles en alertar sobre las posibles “repeticiones de la historia” –de igual modo que el trabajo comparativo permite ver ciertas lógicas y patrones en periodos más largos–, o para explicar algo a alguien (por ejemplo la anatomía política de Trump y del trumpismo), al final pueden resultar igualmente problemáticos e ilusorios en el sentido por ejemplo en el que Traverso habla de lo ilusorio de extraer “las lecciones de la historia” (Traverso, 2022c), una postura que es fruto y “heredera” de una concepción acumulativa y lineal de la historia criticada famosamente por Walter Benjamin en sus *Tesis sobre la historia* (1940). Según algunos analistas como Frank Furedi ésta “visión teleológica de la historia muy de moda” estaba siendo reproducida precisamente por los proponentes de comprar a Trump con “Hitler” o “fascismo” cada vez que atacaban a su, desde luego muchas veces vil y despreciable, retórica por ejemplo con el

²⁴ La cuestión de la “ruptura histórica” ha sido una figura que resonaba fuertemente en los debates históricos respecto al Holocausto entre los *funcionalistas* y los *intencionalistas*, en el debate sobre la periodización del régimen nazi y en la discusión sobre la comparatividad del nazismo con el régimen fascista italiano (véase: Mason, 1981; Kershaw, 2015: ix-x; Traverso, 2019a: 172-174).

igualmente problemático, en un sentido teleológico, slogan que “el Holocausto no ha empezado con las cámaras de gas sino con... palabras”, dando por sentado los supuestos resultado finales, futuros e “inevitables” de la retórica trumpista, aunque esta, en ningún momento, parecía traer resultados comparables (Furedi, 2017; para las parecidas críticas de la supuesta “inevitabilidad” de la llegada del nazismo al poder y sus desenlaces en términos teleológicos, véase: Evans, 1999: 21-23; Blackbourn, Eley, 1984; Bois, 2015). De este modo tanto las comparaciones históricas al fascismo como las “lecciones” y los “avisos de la historia” tienden al determinismo. Al mismo tiempo al privilegiar las emociones y opiniones personales corren el riesgo no solo de convertirse en puras descalificaciones o fomentar el “alarmismo” y el sentimiento de un “estado de emergencia permanente” –tal como lo hace por ejemplo la figura del llamado “fascismo eterno” (Eco, 1995, 2020)–, sino también de crear una impresión de que “todo ya está decidido” y cerrado a las alternativas y a la agencia humana. Cuando una comparación, como la comparación al “fascismo” o una “lección de la historia de los años 30”, se guía exclusivamente por la emocionalidad y pasa por alto las diferencias en los contextos y está históricamente desinformada y desapegada de los hechos, acaba distorsionando tanto a la historia como al presente abonando a la misma posverdad y la “poshistoria (Gudonis, Jones, 2020; para más sobre este tema, véase: Capítulo 2., 2.5.)²⁵, algo que va más allá de la “libertad de expresión”, dificultando la distinción entre la realidad y la ficción constituyendo incluso una verdadera amenaza a la democracia, aunque algunas de estas “advertencias” fuesen hechas en nombre de defenderla (Payne, 2022b). Algo parecido ocurre cuando las explicaciones históricas en forma de analogías son reemplazadas por meras alusiones y/o evocaciones simples y banales del pasado o por unas anécdotas históricas solamente interpuestas al presente.

Tomando todo esto en cuenta: ¿qué está en juego en el debate sobre si se debe o no comparar y/o describir la extrema derecha contemporánea como una variante del “fascismo” y por lo tanto en la necesidad de evaluar críticamente este tipo de analogías? El punto de contención parece ser no tanto la cuestión si se debe/puede compararla al fascismo o no, dado que –como ya lo hemos señalado–, cualquier discusión sobre el tema pasa por las referencias al periodo de entreguerras (Berman, 2017; Ginzburg, 2016; Traverso, 2016a), sino que si este tipo de ejercicio resulta *útil* y esclarecedor o si por el contrario tiende a confundir más y oscurecer la verdadera anatomía política de los actores en cuestión. La tendencia a buscar las analogías históricas en la Alemania nazi rara vez produce un análisis serio de las condiciones contemporáneas. Como bien señalaba en el contexto del propio “debate sobre el fascismo” Richard J. Evans, tomar el ejemplo de nazismo como una referencia a un régimen político cualquiera y por lo tanto repetible o reproducible en cualquier momento y en cualquier circunstancias –en este caso en Estados Unidos de Trump a principios del siglo XXI–, es de entrada un error y una falacia (Evans, 2021b). Presentar a los racistas y los xenófobos como Trump como el *Führer* o *Il Duce* “*redux*”, pasa por alto el abismo entre principios del siglo XX, caracterizado por partidos políticos de masas, una vida activa de las asociaciones voluntarias y conflictos de clase agudizados en medio de una intensa rivalidad interimperial y el mundo atomizado de principios del XXI en el cual las rivalidades geopolíticas tienen otro carácter (Riley, 2018, 2019; Poulantzas, 2019; Jäger, 2022b; para más sobre este argumento, véase: 2.2., 2.2.1., 2.2.2.). También alimenta el quietismo político y sirve como un fundamento para empujar la opción política del “mal menor” (*lesser-evilism*) al presentar una política centrista-liberal, que de otro modo estaría desacreditada, como la última línea de la defensa contra la “amenaza fascista”. Una vez que las expectativas se han reducido, los políticos del *establishment* tienen vía libre para aplicar las políticas –recortes de gastos, represión salarial, intervención militar y acoso a los inmigrantes–, que a su vez facilitan el ascenso del propio nacionalismo tóxico descrito como “fascista”. Pero igualmente una postura inversa puede presentar problemas parecidos. Negar cualquier posible conexión entre la experiencia de entreguerras y la nuestra y confinar completamente el fascismo al pasado puede oscurecer su presencia potencial o incipiente dentro de las democracias capitalistas produciendo una sensación igual de complacencia al validar la mitología de los líderes occidentales para quienes la derrota de los viejos autoritarismos, de derecha e izquierda por igual, inauguró una era de progreso impulsado por el mercado (Eley, 2021, 2022). Este modo de ver al fascismo a través de puras diferencias –mientras el “alarmismo” en cambio tiende a fijarse en las semejanzas–, corre el riesgo de descuidar y ocultar ciertas continuidades institucionales y sistémicas. En esencia no es que el fascismo “no pueda volver” y es “cosa del pasado”, sino que tiene características específicas. Así, uno encuentra dificultades, a la hora de ver el fascismo tanto como un peligro omnipresente (algunos de los “alarmistas” *hardcore*) y como un acontecimiento irrepetible (algunos de los “escépticos” radicales). Tal vez alguna posición intermedia sería recomendable. Pero más

²⁵ La “posverdad”, un concepto político acuñado a principios de los años 90 (Tesich, 1992), saltó a la fama justamente en 2016 a raíz de la votación del Brexit y la elección de Donald Trump. Para algunos estudiosos (Gudonis, Jones, 2020: 7) uno de sus mejores ejemplos ha sido la afirmación de Trump que, contrario a los hechos, él “ganó el voto popular solo que los inmigrantes ilegales ‘distorsionaron sus cifras’” (sic), algo en lo que creyó casi la mitad de los simpatizantes Republicanos cuando en realidad recibió casi 3 millones de votos menos que Hillary Clinton y ganó la presidencia solamente gracias a los votos del Colegio Electoral. Gudonis y Jones a partir de allí han propuesto también el concepto de la “historia de la posverdad” o “poshistoria” para hablar de las parecidas en su esencia distorsiones del pasado por la nueva extrema derecha (2020). Si bien retomamos y empleamos en este estudio en algunos contextos el término de la “posverdad” y/o “poshistoria” para analizar a algunos autores que combinan este término con las comparaciones al fascismo (véase: Capítulo 2., 2.5. y Capítulo 3., texto #9), nos inscribimos en clave del análisis de Mercer que ve su predominancia como una señal de reticencia de analizar la política en términos más críticos y estructurales y más bien como “el signo de los propios tiempos de la posverdad”, que una novedad en sí (2020). Lo mismo aplica por ejemplo a la mentira en la política, nada esencialmente nuevo sino, visto por ejemplo desde Estados Unidos, profundamente enraizado en su política (Panovka, 2021; Arendt, 1967, 1971) o la cuestión de las “noticias falsas” (*Fake News*), comprensibles mejor no como una “novedad”, sino una señal y reacción del *mainstream* liberal al rompimiento, entre otros gracias a las nuevas redes sociales, de su propio “monopolio a la verdad” que este ha ejercido por décadas mediante los principales medios de comunicación (D’Eramo, 2020).

probablemente –una de las posiciones centrales de nuestro planteamiento aquí–, solo un apego a una teoría concreta y bien fundamentada del fascismo en cuanto a las condiciones de su surgimiento y desarrollo en las economías capitalistas (véase: Riley, 2017, 2018, 2019; Poulantzas, 2019), es la única vía de salida de este espinoso problema: un trabajo teórico serio que busque explicar qué es exactamente el fascismo y que son los mecanismos que llevan a su auge y como estos se relacionan con el momento presente, no proceder solamente mediante la analógica histórica con los fascismos del pasado, sino mediante una clara mirada teórica.

Aun dicho todo esto, una dificultad que se presenta de inmediato, es que el fascismo –de por sí uno de los más calurosamente debatidos fenómenos políticos del siglo XX (Iordachi, 2010: 1)– es un término que carece de una aceptada definición universal y de cualquier consenso más amplio siquiera respecto a sus principales características definitorias (para todo el recuento acerca de esta controversia, véase: 2.1.). Como apunta Stanley G. Payne, un historiador estadounidense de la España moderna y uno de los principales estudiosos del fascismo europeo (para más sobre el enfoque de Payne, véase: 2.1.2.), el “fascismo” se suele usar en cuatro maneras diferentes: a) los polemistas lo usan como un peyorativo universal para las cosas que uno desea denunciar (por ejemplo, el “fascismo soviético”, el “fascismo thatcherista” [véase: nota de pie 23], etcétera); b) los comentaristas y algunos eruditos lo usan muy comúnmente para referirse a cualquier tipo de autoritarismo que no tenga claramente un carácter izquierdista; c) los historiadores profesionales, en particular, así como algunos otros eruditos, lo usan para referirse exclusivamente a la Italia fascista; d) otros académicos profesionales, principalmente pero no exclusivamente historiadores, lo usan como el “tipo ideal” [en el sentido weberiano²⁶] y/o un modelo heurístico (Payne, 2014: 175). Así, como por su parte apuntaba también Ian Kershaw, un historiador británico, biógrafo de Hitler y uno de los más eminentes especialistas en nazismo, “fascismo”, al igual que por ejemplo “totalitarismo” –los dos, de hecho, conceptos políticamente irreconciliables: mientras el primero se asienta en la incomparabilidad de las dictaduras de derecha y de izquierda, el segundo se nutre de paralelismos entre ambos– nunca ha sido un concepto académico “limpio”. Más bien, el término ha cumplido, desde el comienzo de su uso, una doble función: i) como un instrumento ideológico de categorización política negativa que a menudo sirve en el lenguaje común como una “palabra para abuchear” (*boo word*) y ii) como dispositivo académico heurístico utilizado en un intento de ordenar y clasificar los sistemas políticos. Todo esto, según Kershaw, ha hecho que hoy es prácticamente imposible tratar a “fascismo” como una herramienta analítica y académica “neutral”, desligada de una connotación política, algo que a su vez se refleja en la falta de acuerdo sobre la definición precisa de “fascismo” y cualquier consenso acerca del uso del término (Kershaw, 2015: 39).

Como bien recordaba Kershaw en su multifacética análisis de la anatomía del fascismo ofreciendo una mirada más larga a los usos y las aplicaciones de este concepto y a los más importantes debates intelectuales en su torno –una experiencia y un antecedente que muchas veces se pierde de vista al calor del uso indiscriminado de la comparación al fascismo respecto a la nueva extrema derecha–, si hace unas décadas uno podría haber tenido sus reservas y críticas respecto a algunas interpretaciones economicistas marxistas que dominaban en la antigua República Democrática Alemana (RDA), en comparación con los escritos de sectores de la “Nueva Izquierda” en el República Federal Alemana (RFA), las teorizaciones marxistas, aun con todas sus limitaciones y en sus modalidades más simples (para un abanico de las posturas marxistas, véase: Capítulo 2., 2.1.1), salían mucho mejor paradas porque tenían una base teórica y eran capaces de distinguir matices entre diferentes tipos de regímenes de extrema derecha y el propio fascismo, algo que a menudo se perdía en los enfoques no marxistas. Así, en la República Federal, el “fascismo” se solía extender tanto a cualquier forma de gobierno represivo y/o derechista como a cualquier forma de dominación de los grupos de poder económico, permitiendo así que todos los sistemas capitalistas, y la propia República Federal en particular, fueran catalogados como “fascistas” o al menos “fascistoides” o “protofascistas” (46-47). Algo que, se podría añadir, parece ocurrir justamente hoy en día cuando de la misma manera, sin una base teórica suficiente, se tilda de “fascista” a los regímenes de extrema derecha populista contemporánea sin tomar lo suficientemente en cuenta las diferencias con los regímenes fascistas de los años 20 y 30. En tales casos, en los que el concepto de “fascismo” se amplía de manera irremediablemente nebulosa a cualquier tipo de régimen derechista u opresivo, es perfectamente correcto, según Kershaw, de hablar de una trivialización del horror del nazismo (47). Esta rigurosa observación de Kershaw, junto con las observaciones de Payne parece ser, igualmente en el tenor de lo ya mencionado y en lo que constituye la conjetura de este proyecto de investigación (véase: más adelante, sección 6.), aplicable a los casos de la extrema derecha contemporánea y/o Trump y el trumpismo donde el “fascismo” a menudo parece funcionar como un instrumento ideológico de categorización política negativa, que a menudo sirve en el lenguaje común como una “palabra para abuchear” (*boo word*) y mucho menos como dispositivo académico heurístico utilizado en un intento de ordenar y clasificar los sistemas políticos y donde su ampliación excesiva (*concept stretching*) por la vía del alarmismo, se acerca peligrosamente a la trivialización y la banalización del propio significado del fascismo y su historia.

De allí –tal como quisiéramos postularlo en el marco de este estudio–, el meollo del problema respecto al uso del “fascismo”, consiste en que es importante que el término se utilice de manera precisa y forense, siempre que sea posible debido a,

²⁶ Según Max Weber, “el tipo ideal está formado por la acentuación unilateral de uno o más puntos de vista y por la síntesis de una gran cantidad de fenómenos individuales concretos difusos, discretos, más o menos presentes y ocasionalmente ausentes, que se ordenan de acuerdo con esos puntos de vista enfatizados unilateralmente en una construcción analítica unificada” (Weber M., 2011: 90). Como precisaba por su parte el sociólogo francés Bernard Lahire, para Weber el “tipo ideal” era, ante todo, un medio de comparación: una comparación entre la construcción “típica-ideal” y los contextos reales a fin de captar el grado de parentesco que los unen (Lahire, 2006: 78). De este modo el “tipo ideal” resulta una herramienta útil para la sociología comparada en el análisis de fenómenos sociales o económicos, que tiene ventajas sobre una idea abstracta muy general y un ejemplo histórico específico, como en el caso de los propios estudios comparativos del fascismo (véase: Griffin, 1996 y 1991: 8-12; para más sobre estos usos, véase: abajo: Capítulo 2., 2.1.2.).

los señalados ya anteriormente por Payne y Kershaw, dos tipos de usos indebidos del concepto que se han filtrado en el discurso público y en el lenguaje de los medios, comprometiendo su precisión y valor analítico: primero, el “fascismo” ha sido reducido ampliamente a un coloquialismo para cualquier sistema político, política estatal o ejemplo de costumbres sociales que se sostiene para limitar la libertad personal, la elección individual y la autoexpresión con un espíritu manipulador o autoritario, de modo que cualquier intento de limitar las libertades –desde las prohibiciones de fumar la creación de conciencia respecto al calentamiento global–, acaba tildado de “fascista”; segundo, el “fascismo” ha sido también una víctima de un sinnúmero de distorsiones en los comentarios, debates y protestas políticas, donde llamar a los oponentes “fascistas” es una manera fácil de desprestigiarlos y deslegitimarlos, al igual que un método de legitimarse a sí mismo por vía de la oposición o mediante la inscripción al legado noble del antifascismo. Así, “fascista” ya ha sido (casi) todo desde George W. Bush, pasando por Tea Party, Barack Obama, Donald Trump, Vladimir Putin, Saddam Hussein, Bashar al-Ássad, el estado de Israel, la burocracia de la Unión Europea (UE), Nicolás Maduro, Kim Jong-Un, China comunista (sic) o cualquier otra fuerza o gobierno populista de derecha o izquierda, todo que, según el comparatista, no encaja en los estándares dominantes de la democracia liberal (para este tipo de uso de las comparaciones al “fascismo” enfocado en facilitar y/o forzar la toma de las decisiones políticas, véase: 1.3.; para el uso de “fascismo” en la política estadounidense, véase: 2.7.). Lo mismo aplica por ejemplo al caso de a los fanáticos religiosos islamistas agrupados bajo la etiqueta de “islamofascismo”, el término introducido al debate público por los neoconservadores estadounidenses después de los ataques de 11 de septiembre 2001 o, más recientemente, al conflicto ruso-ucraniano, en el que ambos bandos se llamaron “fascistas” y/o “nazis” y así han sido tildados también, sobre todo Rusia, por algunos comentaristas y estudiosos involucrados también en el “debate sobre el fascismo” (véase: Snyder, 2022d, Stanley, 2022c). No obstante es probable que el único efecto de este tipo del uso descuidado del término, no es contribuir a la comprensión de los fenómenos políticos en cuestión, sino abonar a la confusión y al desacuerdo de como describir y/o catalogar los movimientos de extrema derecha contemporánea (véase: nota de pie 7), siendo a la vez por ejemplo el concepto de “populismo”, más que una solución, otro fuerte punto de desacuerdo y contención (véase: 2.1.3., en particular la nota de pie 102). Es precisamente debido a estas dos maneras de usar el “fascismo” en el discurso público, que su valor analítico y heurístico como concepto se puede ver empobrecido y erosionado. La falta de precisión y, muchas veces, falta de apelación a cualquier teoría y/o definición determinada del fascismo y sus rasgos constitutivos, hace que el valor del concepto como una herramienta de la investigación analítica y/o comparativa, metodología y explicación causal, se puede ver igualmente degradado. El problema es que de allí, tratado únicamente como el insulto o el modo de deslegitimar a un oponente político –por más criticable que este sea–, el uso de “fascismo” tiende a desembocar solamente en este tipo de degradación conceptual y analítica, en la trivialización/banalización de la historia y en el cierre y fin de cualquier debate (¿quién, al final, quisiera debatir con un “fascista” o con un “Hitler”?).

Asimismo, al problema con el uso (o sobreuso) del “fascismo”, se añade la cuestión de las emociones –manifestada igualmente en uso de las comparaciones históricas–, dado sobre todo el hecho de como la inesperada victoria de Trump “había desregulado emocionalmente el *establishment* Democrático” (Steinmetz-Jenkins, 2024: 9), siendo este factor algo propio no solo al debate en torno a Trump, sino también por ejemplo a las discusiones en torno al Brexit (Ansari et al., 2019). Además, como bien apuntaba el historiador estadounidense David A. Bell, el “fascismo”, en sí mismo, es un término que –dada toda la historia de la Segunda Guerra Mundial–, conlleva asociaciones tan fuertes y provoca emociones tan intensas que cualquier distinción entre el fascismo como un concepto analítico y el fascismo como puro insulto se vuelve borrosa –o sea, fascismo como comprensión y fascismo como movilización–, dejándonos sin ningún sentido real de lo que los “fascistas” que estamos criticando realmente quieren o tienen la capacidad de lograr (Bell D. A., 2020b). Pero dado que la comparación al fascismo, no solo se limita a “llamar la atención” o “movilizar” tal como lo hace la comparación “puntiaguda” (von Sass, 2021: 55-57) sino que, al invocar con su *relate* a un tipo de régimen específico (“fascismo”), propone una clave de entendimiento y análisis del *tertium* (Trump, la demás extrema derecha contemporánea, etcétera), allí surge el problema de lo adecuado y/o *útil* del uso este tipo de comparación que, como bien remarcaba Bell, puede cegarnos con demasiada facilidad ante la naturaleza de los peligros políticos del presente (Bell D. A., op. cit.). Si solo se tratara de la llamada de atención, su uso no resultaría tan potencialmente problemático. Igualmente para Geoff Eley, el término tiene una importante “carga emocional” que de hecho era uno de los principales problemas en su uso como lo demostró precisamente su uso respecto a Trump (Eley, 2021). Lo mismo aplica de hecho a las propias comparaciones históricas en general que muchas veces se dan en un contexto “altamente cargado emocionalmente” y sin tomar en cuenta a su vez el necesario contexto, algo que afecta su manejo y en última instancia su *utilidad* (von Sass, 2021: 65-67). La misma división principal de los participantes en el “debate sobre el fascismo” propuesta por Rosenfeld entre los “alarmistas” y los “escépticos” denota de hecho la existencia de un importante componente emocional que permea la discusión en cuestión: con los “alarmistas”, implícitamente dejándose llevar más por las emociones y la urgencia de momento político y los “escépticos” tratando de bajar la temperatura de la disputa y ser más “objetivos” a fin de que las emociones y las subjetividades no afecten la agenda analítica (Rosenfeld, 2019; véase también: Rosenfeld, Ward, 2023: 13-14).

Finalmente, el problema intrínseco de toda esta discusión es que el “fascismo” es uno de los conceptos que en vez de constituir el principio de la investigación, suele significar su fin cuando alguien ya queda tildado de este modo y descartado de la “comunidad democrática”, un aspecto que ha sido muy presente en el “debate sobre el fascismo” (y que, cosa que veremos más adelante, igualmente se refleja en los textos del corpus por analizar). Uno de los estudiosos que ha llamado la atención a este aspecto ha sido por ejemplo Carlo Ginzburg que al observar precisamente la campaña electoral es Estados Unidos en 2016 y las comparaciones de Trump al fascismo, aseguró que “la idea de comparar el fascismo con un fenómeno político actual sería [para mí] el comienzo de un análisis histórico tentativo; sólo el comienzo de una investigación” (Ginzburg, 2016). A lo mismo, en medio de un debate académico publicado posteriormente en una prestigiosa revista de estudios sobre el fascismo, *Fascism Journal* apuntó también el internacionalista Benjamin R. Teitelbaum, lamentando, igual que Ginzburg, que hoy hablar del fascismo marca el final de toda la investigación, ya que por ejemplo invocar este término respecto a Trump significa afirmar “ya

saber lo suficientemente de él” y no tener que indagar más, algo a lo que él, a base de fundamentos epistemológicos y pedagógicos, se oponía de manera categórica (Teitelbaum en: Jackson, 2021). Una vez empleado el “fascismo”, escribía Teitelbaum, ya queda poco lugar para aprender algo nuevo tanto sobre el pasado como sobre el presente, una tendencia de la que pecan en general hoy los estudios sobre la extrema derecha que anteponen “la certeza sobre la curiosidad y la regularidad sobre la inconsistencia” (*Ibidem*) e igualmente –se podría añadir–, toda la discusión pública con el uso de las comparaciones al fascismo. Quisiéramos retomar estas premisas de ambos estos estudiosos y hacerlas nuestras como *un punto de partida crítico* frente al problema en cuestión en este estudio.

4. Relevancia

¿En qué consiste la relevancia del estudio presente y de la propuesta de evaluar críticamente el uso de las comparaciones históricas al fascismo? Quisiéramos proponer dos “ejes de relevancia”: i) primero tiene que ver con el uso adecuado –y útil– de los conceptos que empleamos para intentar describir el mundo que nos rodea (en esta caso “fascismo”); postulamos que el uso descuidado, descontextualizado y sin apego a ninguna base teórica de este concepto y mediante un acto comparativo que falla en tomar de manera suficiente las diferencias del contexto y de las épocas y que está enfocado solamente en la movilización política o empleado exclusivamente en calidad de insulto y/o descalificación, resulta en la trivialización y banalización de la historia y del mismo concepto que así queda no solo vaciado del sentido descriptivo frente a la política cotidiana resultando en un mal y defectuoso análisis político, sino también queda desprovisto del valor analítico y heurístico en los estudios de la extrema derecha (véase: Kershaw, 2015; Griffin, 2014; Forti, 2023; Fuentes Codera, Rodrigo, 2022b); ii) segundo, derivado de alguna manera del primero, tiene que ver con la importancia de un buen análisis conceptual y teórico para una adecuada identificación de los enemigos políticos a fin de poder formular una respuesta política adecuada; postulamos que no es de ninguna manera secundario saber exactamente si nos estamos enfrentando a un fascismo verdadero o no; lejos de que todo esto constituya una simple “disputa sobre los nombres” –o algo que, según algunos, pudiera ser resuelto en un debate académico apelando a la polisemia–, mantenemos que es muy importante saber a qué tipo de enemigo político nos estamos enfrentando y frente a qué tipo de fenómeno estamos formulando nuestra respuesta política (véase: Wipperman, 1976): si se trata de un (verdadero) fascismo, alguna suerte de régimen cesarista o bonapartista o algún otro tipo de autoritarismo (véase: Capítulo, 2., 2.2., 2.2.1.). Todo esto acorde con la necesidad de distinguir bien el fascismo de otras expresiones de la extrema derecha autoritaria, el conservadurismo, etcétera –y estudiar la histórica relación y la colaboración entre ambos (véase: Browning, 2018; Paxton, 2014: 77-78)–, algo que a veces parece perderse en los usos del “fascismo” que predominan en el debate público, pero que es un afán central que ha constituido desde el principio una de las principales preocupaciones de los estudios del fascismo en sus diferentes vertientes, desde el enfoque “genérico” (véase: 2.1., 2.1.2.), hasta los enfoques marxistas (véase: 2.1.1., 2.2., 2.2.1.).

Si bien, desde luego, el uso de la comparación o la etiqueta del “fascismo” para la comprensión o para el análisis y el uso como movilización política y/o para la toma de decisiones políticas representan dos usos diferentes (Rothberg, 2017), el problema es cuando los comparatistas borran esta frontera y pretenden ofrecer un “análisis”, cuando en realidad se trata de la movilización política, muchas veces en un simple intento de acarreo de votos (véase: Riley et al., 2015). Lo relevante en este aspecto es, mediante una evaluación, distinguir entre estos dos tipos de usos, cosa a lo que pretende contribuir el estudio presente, evaluando también tanto la utilidad de la comparación en cuestión y de las referencias teóricas usadas como base para tal uso (o su falta). Los términos políticos como insistía Bourdieu, deben considerarse no solo como herramientas, sino también como “apuestas” en la lucha por la hegemonía política y cultural (Bourdieu, 1983), siendo la comparación también una estrategia delegitimizadora/legitimizadora para ganar una ventaja moral/política sobre un adversario. Y el “fascismo” es un término con una larga tradición de este tipo de uso de historia y de la memoria como una herramienta de calificación/descalificación política y movilización (Mercer, 2016; Kershaw, 2015: 39; Payne, 2014: 175). Según los partidarios de este tipo de uso, el “fascismo” captura nuestro presente con mucha más fuerza que el “autoritarismo” o el “etnonacionalismo” o simplemente “extrema derecha”, precisamente debido a su lugar único en la memoria histórica de nuestra sociedad. Una de las mejores articulaciones de esta lógica en el marco del “debate sobre el fascismo” ha sido el libro *Cómo funciona el fascismo* de Jason Stanley (2018b), uno de los principales comparatistas del Trump al fascismo, presente en el corpus del estudio (véase: Capítulo 3., #10, #12, #15, #18, #19) que, al no presentar ni apegarse a ningún modelo teórico del fascismo y dedicar su atención, explícitamente, no tanto al fascismo como régimen, sistema o movimiento, sino a lo que él denomina como “políticas fascistas” calificando así cualquier política que amenaza a las libertades (véase: arriba, sección 3.), finaliza con una declaración sobre el potencial del término para desbaratar la “normalización del mal”. Ya sea a través de sus acciones o de su apatía letárgica, los líderes nacionalistas, apuntaba Stanley, han hecho de los tiroteos en masa, el encarcelamiento masivo o la persecución contra los inmigrantes un hecho recurrente de la vida y han tenido como objetivo adormecer a su oposición para que se someta. Reconocer estas políticas, según él, como parte del repertorio fascista podría recordarnos su naturaleza verdaderamente horrible: “la acusación de fascismo siempre parecerá extrema”, señalaba Stanley, pero esto se debe solo a que “continuamente cambian las reglas de juego para el uso legítimo de la terminología ‘extrema’” (Stanley, 2018a: 7), remarcando en otro lugar, de modo más abierto, que Trump “podría no ser fascista, pero estar en el camino para llegar a ser uno” (2018b). A pesar de su aparente popularidad, esta tradición retórica y argumentativa –en la que se inscriben muchos los “alarmistas” que explícitamente prefieren “errar” y/o equivocarse que dejar de usar la comparación al “fascismo”, véase: Steigmann-Gall, 2016a; para el punto sobre la inverificabilidad de este tipo de alarmas, véase: Moyn, 2020a)–, siempre tenía también muchos escépticos. Algunos críticos en marco del “debate sobre el fascismo” han señalado que el problema ocurre cuando las comparaciones al fascismo carecen precisamente de una definición clara y/o teoría del fascismo o cuando la expansión excesiva de este término mediante su uso inadecuado y desprovisto del

contexto histórico hace “que pierda su significado” y aparezca “vacío” tornando en un vehículo solamente de “llamarse nombres” (“*name calling*”) (Kuklick, 2022: 2-3).²⁷ O cuando niega u oculta los hechos históricos al pretender como si el fascismo no hubiese sido derrotado en 1945, algo seguido por un proceso de democratización (desigual, pero real) con lo que pretende aparentar como si no hubiera avances y rupturas históricas (Gentile, 2023; para el enfoque de Emilio Gentile sobre el fascismo y las comparaciones al fascismo hoy en día, véase: Capítulo 2, 2.4.). Este tipo de uso corre precisamente el riesgo de la banalización y la infantilización del discurso público y la destrucción de términos analíticos, útiles tanto desde el punto de vista de la misma movilización política como desde el punto de vista de la investigación, análisis y aprendizaje. Si bien no faltan estudiosos que incluso dudan de la utilidad del propio término y su capacidad real de fomentar la movilización y la autorreflexión que prometen sus defensores (Bell D. A., 2020b), incluso a quienes simpatizaban con la agenda de este tipo de los polemistas a veces les preocupaba que el precio de una movilización exitosa pudiera alienar a los aliados políticos y distraer la atención del necesario autoexamen. Según algunos “escépticos” lo preocupante es cuando las analogías se transforman en declaraciones parecidas a leyes o profecías y acaban promoviendo una sensación de “falsa certeza” y “creando impresiones de falsas repeticiones de la historia” ya que algo así, puede nublar nuestro juicio y limitar nuestra capacidad de responder racionalmente a una nueva situación política que no tiene antecedentes en la historia (Steinmetz-Jenkins, 2024: 7-8; Bessner, Steinmetz-Jenkins, 2024). Por lo tanto las comparaciones históricas al fascismo pueden ser engañosos, en la medida en que pueden hacer que interpretemos mal tanto el pasado como el presente, algo a lo que pretende llamar la atención el estudio presente y arrojar los datos para apoyar o rechazar esta tesis.

A pesar de que su enfoque puede presentar algunos problemas (véase: 2.1.3.), Federico Finchelstein, un historiador argentino, uno de los especialistas en fascismo y uno de los “alarmistas” cuyas columnas analizaremos más adelante (véase: Capítulo 3., textos #11, #12, #18) y que frecuentemente colaboraba con el mencionado Jason Stanley, arrojando, al parecer, un poco más de rigor analítico respecto al uso de “fascismo”, insistía con razón en que el uso del adjetivo “fascista” (al igual que el de “populista”), representa “un problema serio” y, apuntando a lo que él veía como “una historia de uso y abuso del término”, escribía que ya que era hora de “inscribir estos términos en sus debidos contextos” (Finchelstein, 2017: 13 y 34), subrayando a la vez que el “fascismo” es un término “que tiene una capacidad de absorber acontecimientos nuevos y oscurecer su sentido y su historia” (28). De allí, a pesar de las dificultades, sostenemos –otra cosa en la que radica la relevancia del estudio presente– que es importante debatir el término de fascismo y sus usos, evaluarlos y arrebatarlos cuando aparecen demasiado sesgados y corren el riesgo de llevarnos a una mala comprensión, desembocando en un defectuoso análisis político y, mediante la banalización, desproveyendo el concepto en cuestión de un valor analítico y heurístico. Al evaluar críticamente el uso de las comparaciones al fascismo en los textos seleccionados, la relevancia de este estudio radicará en contribuir por lo tanto a nuestro entendimiento de este tipo de uso descontextualizado e ahistórico que potencialmente puede ser poco útil –tanto para nuestro manejo del concepto de fascismo en general, el manejo de las comparaciones históricas a él en específico y para nuestro entendimiento de la extrema derecha contemporánea–, ayudando así a evitar las posibles trampas y consecuencias indeseadas señaladas arriba que este pudiera ocasionar.

Tal como ya hemos señalado, sostenemos también que –tanto políticamente como analíticamente–, es importante tener las definiciones precisas y saber exactamente con qué tipo de fuerzas políticas tenemos que ver en el marco del auge de la extrema derecha: ¿“fascistas”? ¿“nativistas”? ¿“populistas”? ¿“nacionalistas”? No solo los contextos y el conocimiento de la historia importan, sino también las etiquetas y el hecho de “llamar bien las cosas por su nombre” (véase: Foucault, 1998) para identificar bien y combatir adecuadamente el adversario político en cuestión, en vez de solo actuar emocionalmente y “visceralmente” ante él, algo que según algunos analistas era particularmente visible en los comentarios respecto a Trump y no contribuía a entender su anatomía política ni a combatirlo (Mercer, 2020). Por el contrario, crear la impresión de que la extrema derecha de hoy es la reencarnación directa de los fascistas del periodo de entreguerras y/o la propia Segunda Guerra Mundial parece más bien confundir y socavar la conversación pública dificultando reconocer realmente “a quien nos estamos enfrentando” (Teitelbaum, 2017). Y si bien como apuntaba Rosenfeld, la sola existencia del debate entre los “alarmistas” y los “escépticos”, es algo bueno ya que constituye “un llamado para el rigor frente a una situación que se desarrolla” (el auge de la extrema derecha), también es cierto, apuntaba este autor –que en otro lugar había estudiado a fondo los efectos de la trivialización del nazismo en la cultura popular (2014)–, que el uso excesivo del término “fascismo” socava su efecto y lo desfigura:

²⁷ Un buen ejemplo de este tipo de uso –en un afán de apuntar a un caso fuera de Estados Unidos–, ha sido la polémica que tuvo lugar hace unos años en Argentina cuando el diario conservador La Nación había comparado la entonces política argentina bajo el gobierno peronista de Cristina Fernández de Kirchner con el “desarrollo y auge del fascismo en los años 30”. En reacción a esta analogía, el conocido sociólogo Horacio González, se opuso a este tipo de ejercicio retórico sin ningún rigor ni contexto tildándolo como el “comparativismo vejatorio” –o sea, cuando se compara algo (*tertium*) con lo unánimemente vituperable no en un afán analítico sino con el explícito propósito de desprestigiar al objeto comparado (*relate*)–, preguntando también “¿cuántos paralelismos aguanta la historia?” (González, 2013). González al recordar que el propio diario La Nación flirteó en su momento con el fascismo, fustigaba con puntualidad la facilidad con la que se emplean las comparaciones al fascismo: “La adjudicación de fascismo implica una torpe facilidad que tuvo momentos recurrentes de auge, debilitamiento y nuevos apogeos. Las editoriales del diario La Nación –especialmente el del último domingo– abundan con pesada insistencia en este tema, que agita fantasías de veteranos tramoyistas. Solo un imperdonable descuido conceptual puede hacer del peronismo y del actual gobierno una forma o un contenido análogo a los movimientos que dieron curso a la Segunda Guerra Mundial”, escribía (González, op. cit.; para una discusión de como situar a Perón en la escala “fascismo-populismo”, véase: Capítulo 2., 2.1.3.; para la crítica de la comparación de Trump al peronismo, véase: Capítulo 3., textos #23 y #12).

Al entender el “Nunca Más” como una declaración de hecho, en lugar de una instrucción para permanecer en guardia, es posible que nos hayamos vuelto complacientes y quizás hayamos abierto la puerta al mal uso: en estos días, todo el mundo es “fascista”. En aplicar el término “fascista” no se trata de aplicarlo como un insulto, sino de usarlo como una descripción correcta y preparar una respuesta política correcta (Rosenfeld, Ward, 2023: 2).

La importancia de una adecuada identificación del “fascismo” –junto con la, señalada ya, importancia de tener una determinada definición y teoría del fascismo, aunque estas puedan ser igualmente una cuestión de una disputa sin fin (véase: 2.1.)–, cobra aún más urgencia dada por ejemplo una larga historia de como las confusiones conceptuales y teóricas en la izquierda respecto al fascismo han desembocado en la toma de las desastrosas decisiones políticas y estratégicas en el pasado. El caso de Timothy Mason es particularmente ilustrativo (véase: nota de pie 23), pero toda la historia del marxismo de entreguerras, en particular de la Tercera Internacional (Comintern), confrontados con el auge del fascismo/nazismo, ha sido plagada por esta cuestión principalmente al buscar y/o señalar al fascismo donde no lo había –desembocando en el uso indiscriminado y ajeno a cualquier sentido real del fascismo con tal de solo denigrar a los oponentes políticos, como ya lo hemos señalado arriba–, algo que igual se extendió en las décadas posteriores (véase: Riley en: Poulantzas, 2019: xiii y xxviii-xxx; Poulantzas, 2019: 17-53; Laclau, 1977: 94-99, 111 y 124), y que hoy de ninguna manera constituye un problema del pasado. Es un problema políticamente y académicamente relevante y el estudio del fascismo –como ya lo señalaba hace más de cuatro décadas en contexto alemán uno de los principales estudiosos del fascismo, Wolfgang Ipperman (1976)–, tiene que servir para la elaboración de las estrategias antifascistas para su fácil y rápido reconocimiento, prevención y combate. En este sentido –otro aspecto en el que radica la relevancia de este estudio–, es importante saber bien qué es y lo que no es fascismo y sonar la alarma cuando realmente hace falta y no solo respecto a lo que a uno u otro intelectual o autodenominado “defensor de la democracia” no le gusta o que según él no cabe en el consenso político dominante. De allí, al evaluar de cómo se utilizan las comparaciones al fascismo para explicar a Donald Trump, la relevancia de este estudio radicará en abonar a una mejor comprensión de los méritos y a la vez las desventajas y las limitaciones de las analogías históricas y el mismo concepto de fascismo. Sea para usarlas con más rigor y responsabilidad o quizás a fin de prescindir de ellas –en caso de considerarlas inútiles y/o no pertinentes–, y facilitar la búsqueda de mejores herramientas conceptuales para la comprensión de los fenómenos políticos y para animar mejor el debate público en torno a estos temas a medida que nos movemos más adelante. Nada de esto, por si hace falta decirlo, pretende minimizar la gravedad del giro derechista en el mundo en general y en Estados Unidos en particular donde Donald Trump es su más clara expresión y una amenaza latente, sobre todo dada la perspectiva –finalmente consumada– de su regreso a la Casa Blanca a partir de 2025.

5. Pregunta de investigación

- ¿Resulta útil e informativo comparar a Donald Trump y su gobierno –tanto previo a su victoria electoral, durante su gobierno y después– con el “fascismo” en nuestro contexto político actual y así iluminar y explicar su anatomía política, o más bien este tipo de analogía histórica oscurece más de lo que pretende explicar?

6. Conjetura (hipótesis indicativa)

- Las comparaciones históricas al “fascismo” por parte de los “alarmistas” en marco del “debate sobre el fascismo” en referencia a la extrema derecha moderna, en particular a Donald Trump, resultan, en nuestro contexto político, de poca utilidad y tienen una capacidad limitada de explicar sus anatomías políticas, respondiendo más a las estrategias electorales de deslegitimar y desprestigiar al oponente político. Al estar hechas más desde la emoción y la opinión personal y sin tomar en cuenta de modo adecuado las diferencias entre las épocas y los contextos políticos –dejándose llevar solamente por las supuestas semejanzas– y al no contar con una suficiente base teórica o una definición concreta del fascismo, tienden a distorsionar los hechos de la historia y de la actualidad. En lugar de contribuir a formar una opinión crítica e informada y ayudarnos a entender e identificar adecuadamente la naturaleza política de los fenómenos contemporáneos de la extrema derecha y el carácter concreto de la amenaza a la democracia que estos representan, lo que hace este tipo de comparativismo histórico, es confundir, trivializar y banalizar la historia y oscurecer el presente.

7. Objetivos

Objetivo general

- Evaluar críticamente el uso de las comparaciones históricas al fascismo respecto a Donald Trump hechas por parte de los “alarmistas” en marco del “debate sobre el fascismo” en las seleccionadas columnas de opinión, tanto desde el punto de vista del uso de las propias analogías históricas (en referencia a las teorías discutidas anteriormente), como respecto al uso del propio término de “fascismo” y sus teorías referenciadas o su ausencia (igualmente frente al marco teórico adoptado).

Objetivos específicos

- Evaluar el uso de las comparaciones históricas al fascismo en los seleccionados artículos de opinión escritos por los “alarmistas” en marco del “debate sobre el fascismo” durante la primera presidencia de Trump (2017-2021) y en la época posterior (post-2021), para dar cuenta de la utilidad o no de este tipo de comparaciones.
- Evaluar el uso del término “fascismo” y las referencias a las teorías de este (y/o su ausencias) en las comparaciones históricas en cuestión, para dar cuenta si el afán de enmarcar y tratar de entender la extrema derecha contemporánea, de la que Trump es uno de los ejemplos, resulta útil e informativo o no.
- Evaluar las maneras en las que el uso descontextualizado y ahistórico de las comparaciones históricas al fascismo puede abonar a la trivialización y la banalización de la historia.

8. Lineamientos teórico-metodológicos

Previo a lo que concierne a este apartado, nos gustaría hacer la siguiente observación. En el estudio presente hay de alguna manera dos ejes teóricos. Primero atañe a las comparaciones: la parte (I) del Capítulo 2.; el segundo, al fascismo: la parte (II). Si bien ambos informan este estudio y guían el análisis del corpus (Capítulo 3.), el primero queda quizás más “tácita” y “en el fondo”, siendo la teoría del fascismo en cuanto a las condiciones de su auge y la anatomía política –en específico, de acuerdo con el marco principal adoptado–, mucho más importante como base para evaluar críticamente las comparaciones históricas al fascismo en los casos seleccionados. Aquí, partimos de una premisa que una base firme para evaluar la utilidad de la comparación histórica en cuestión –la comparación de Trump al fascismo– es saber también si la anatomía política del objetivo “base” comparado (*relate*) [Trump], responde en realidad a la “fuente” (*tertium*) [fascismo], que se utiliza para extraer inferencias sobre el primero. Y dado que existen múltiples enfoques teóricos sobre el fascismo, determinar si el marco referido en la comparación (o, si es el caso, su ausencia) –junto con su argumento y contexto–, resulta útil para comprender el fenómeno en cuestión: la extrema derecha en general; Trump en específico. Estas observaciones acerca de la fórmula teórico-metodológica de este estudio explican igual el orden invertido de la presentación en esta sección.

Como el principal punto de referencia teórico respecto al fascismo (Capítulo 2., II), elegimos al enfoque marxista elaborado por Antonio Gramsci y reelaborado en algunos aspectos por el mencionado sociólogo estadounidense Dylan Riley (2016, 2017, 2018, 2019; para el recuento del enfoque de Riley en general respecto al fascismo y en específico respecto a Trump, véase: Capítulo 2., 2.2., 2.2.1., 2.2.2.). Gramsci, y siguiéndolo, Riley, ponen mucho más énfasis que otros teóricos del fascismo, incluso otros estudiosos marxistas (para un panorama de estos, véase: 2.1.1.), en las condiciones de la crisis política, que surgen cuando el Estado ya no puede organizar la unidad política de la clase dominante y ha perdido la legitimidad popular, condiciones que vuelven atractivo al fascismo como modelo populista radical capaz de ofrecer una solución al problema de restauración de la hegemonía de la clase dominante. Como bien enfatiza Riley, los escritos y el análisis de Gramsci sobre el fascismo han sido muy distintivos en medio de los debates marxistas sobre el tema en la época de entreguerras. Si bien las dominantes explicaciones del fascismo vinculaban su auge con alguna fase específica en el desarrollo del capitalismo (sea su subdesarrollo o sobremaduración), Gramsci sugirió que el fascismo ha sido un resultado de una crisis política producida por la debilidad hegemónica del bloque de poder en el contexto del desarrollo rápido de la sociedad civil (Gramsci, 1971: 210). Así, al vincular el fascismo con la hegemonía y la sociedad civil en vez de las etapas del desarrollo capitalista, Gramsci se diferenció radicalmente de las explicaciones economicistas dominantes (Laclau, 1977: 89-90; Adamson, 1980; Poulantzas, 2019: 28-32). Esta *teoría política* del fascismo es la columna vertebral del enfoque de Riley y a la vez de este estudio. Asimismo, adoptamos también la definición de Riley del fascismo como una “democracia autoritaria”: “una forma alternativa de democracia, que representa a pueblos y naciones por medios distintos de las elecciones y los parlamentos” (véase: Riley, 2019: 3-5). Aunque a primera vista este punto puede resultar extraño, Riley –al fundamentar su definición–, logra demostrar con contundencia que los fascistas en realidad reivindicaban una forma de legitimación democrática aun cuando gobernaban por medios autoritarios: desmantelaban los parlamentos, cancelaban las elecciones y los derechos civiles, pero a la vez abrazaban enteramente el propósito de los Estados modernos de ser “representantes del pueblo y/o de la nación”, argumentando que la pertenencia al partido del Estado y a las asociaciones corporativas era una manera mejor de representación que las “viejas” formas electorales y parlamentarias liberales (*Ibidem*). A pesar de que su definición del fascismo como “democracia autoritaria”, pueda parecer extraña y resultó controvertida entre algunos otros estudiosos del fascismo (Paxton, 2012; Payne 2010: 707), es no obstante fruto de un modelo teórico sólido que ofrece una claridad necesaria y buen un criterio de evaluación crítica. Una vez que uno logra hacer –como propone el mismo Riley–, un necesario “ajuste conceptual” dejando de lado la definición proceduralista de la democracia y la centralidad de la “ruptura democrática” en entender el fascismo y ver la “democracia” más como una “fórmula política” combinable con diferentes tipos de regímenes e instituciones (véase: Riley, 2019: 3-4)–, su definición ofrece varias ventajas. Primero logra reflejar y abarcar históricamente una cantidad bastante amplia y diversa de regímenes de Europa entreguerras –algo que dependía de los contextos nacionales y las particularidades de su política–, que resultan de manera útil entendidos como fascistas. Segundo, hace un conecte directo con la teoría del fascismo de Riley en su modalidad gramsciana-tocquevilliana con su centralidad de la sociedad civil y la política hegemónica para su auge y formación, resaltando la particularidad de este tipo de regímenes, sus diferencias con otros regímenes de extrema derecha y resulta así un dispositivo heurísticamente útil para juzgar la aplicabilidad o no de este término para otros momentos y contextos históricos. Y tercero –para todos los fines mencionados–, es escueta, “nuclear” y “operacional” al prescindir de fijarse en el “plumaje fascista”, una larga serie de características y atributos sobre todo externos

por los que se mueve buena parte de otros estudiosos, evitando así la circularidad (de ver como “fascistas” a los regímenes a priori calificados como tales).

La elección de Riley, como la principal referencia teórica respecto al fascismo en general y al trumpismo en particular –motivada por el hecho que este autor no solo ofrece una base teórica concreta para hablar y analizar el fascismo histórico, sino también para discutir y analizar al régimen de Trump (véase: Riley, 2017, 2018, 2019)–, está respaldada en una perspicaz observación de Kershaw acerca del vínculo entre los conceptos y la teoría, una conexión que muchas veces aparece nebulosa. Considerando, apuntaba Kershaw, que la “teoría” es un sistema de enunciados interrelacionados, derivados y basados entre sí, con poder explicativo general y el “concepto” como un atajo lingüístico abstracto, sin independencia que por sí solo no ofrece una explicación sistemática, entonces se puede argumentar que en caso de “totalitarismo” sus principales postuladores (por ejemplo: Friedrich, Brzeziński, 1965) lograron ofrecer una definición conceptual pero no, según Kershaw, una teoría genuina del totalitarismo. De modo parecido, en caso del fascismo, la mayoría de los enfoques no marxistas –que de hecho son las que parecen predominar en los análisis y en las comparaciones de Trump y trumpismo al fascismo–, son esencialmente descriptivas y no se basan en ningunas premisas teóricas claramente definidas. Al mismo tiempo, en ojos de Kershaw, si bien muchos enfoques marxistas del fascismo se derivan de firmes posiciones teóricas, pero esta teoría no siempre se basa en una definición conceptual clara y a veces incluso “se acerca a lo tautológico”. Tomando en cuenta en este contexto que tanto el “fascismo” como el “totalitarismo” son conceptos que van más allá de un solo significado, un solo sistema de reglas o “tipos genéricos” (para las consideraciones acerca del “fascismo genérico”, véase: 2.1.2.), ambos exigen, según Kershaw, rigurosos y exhaustivos métodos comparativos, algo que en la práctica a menudo falta (sobre todo respecto al totalitarismo) siendo los enfoques tradicionales sostenidos habitualmente solo en el caso de la Alemania nazi (Kershaw, 2015: 39-40). En este sentido Riley al ofrecer una firme teoría del fascismo –una mezcla heterodoxa del enfoque cesarista/bonapartista de Gramsci combinado con las consideraciones de Tocqueville respecto al desarrollo de la sociedad civil–, junto con una definición determinada y un riguroso enfoque y estudio comparativo²⁸ de tres casos particulares del fascismo: el italiano, el español y el rumano, junto con adicional comparación con los casos de Alemania y Hungría, cumple muy bien con los requisitos teórico-conceptuales para el más riguroso posible manejo de fascismo establecidos por Kershaw a fin de evitar la tautología. Además, al ser aplicado por el mismo Riley para discutir el caso concreto de Trump y el trumpismo –para finalmente rechazar sus analogías con el auge del fascismo en los años 20 y 30, presentando a la vez una alternativa conceptual concreta (véase: Riley, 2017, 2018, 2019)–, ofrece una base y una referencia más completa posible para analizar y evaluar (críticamente) los casos del uso de las comparaciones al fascismo que conciernen a este estudio.

Otro importante autor en el que nos apoyamos aquí es Enzo Traverso. Si bien Traverso por sí mismo no tiene ni se adhiere a una teoría específica del fascismo, su propia historia del fascismo en marco de lo que él denomina, emulando al citado ya Arno J. Mayer, como “la guerra civil de los 30 años” (1914-1945) (Traverso, 2017a), sus reconstrucciones del pensamiento de otros historiadores del fascismo (Traverso, 2005; 2006: 107-143), sus reconstrucciones históricas del funcionamiento del concepto y sus recuentos de diferentes debates en torno a la historia en general, respecto al “uso público de la historia” (véase: 2019d), las comparaciones históricas, la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto y las discusiones en su torno, junto con su importante afán de discutir la extrema derecha moderna en clave del “posfascismo”, un concepto “débil” y transitorio, pero extremadamente útil (véase: 2017c-d; 2019a-c) y su importante reconstrucción del contexto político-intelectual del auge de la extrema derecha contemporánea (véase: 1.6., 2.1. y 2.1.4.), nos han resultado sumamente informativos y esclarecedores en el transcurso de esta investigación, por lo que igualmente pasaron a informar este estudio. Combinamos este marco teórico con el análisis y el trabajo de Corey Robin (2.3.), el profesor de ciencia política en la Universidad de la Ciudad de Nueva York, que es un especialista en el conservadurismo y en particular en el conservadurismo estadounidense, y cuyo análisis de la anatomía política de Trump y trumpismo se inscribe, en buena parte –provieniendo a la vez de una tradición intelectual diferente–, en los ejes del análisis de Riley y en algunos aspectos en el de Traverso (Robin, sintomáticamente, ha sido el alumno de Arno J. Mayer).

Al mismo tiempo para fines informativos y comparativos –a fin de tener un claro punto de referencia al analizar las referencias teóricas usadas por los comparatistas en la selección de textos–, e igualmente para fines propedéuticos, ofrecimos un recuento de una variedad de las teorías del fascismo (2.1.), con una atención especial a los enfoques marxistas (2.1.1.), los enfoques “genéricos” (2.1.2.), el modelo populista de Federico Finchelstein (2.1.3.), el enfoque de Emilio Gentile (2.4.) y el de Timothy Snyder, que si bien no tiene una teoría específica de este, pero extrae su inspiración del conocido –y controvertido–, modelo de Ernst Nolte, junto con sus coordenadas políticas reaccionarias (véase: 2.1. y 2.5.). Además como uno de los principales comparatistas de Trump al fascismo y el principal intelectual público estadounidense proponente de los “beneficios” de “extraer las lecciones del pasado” para entender al presente (Baird, 2023), Snyder representa un interesante caso, y en cierto modo “típico” (en sentido del “tipo ideal” weberiano) que merece más detenimiento y atención, fuera del propio análisis de sus columnas y sus comparaciones de Trump al fascismo. Finalmente discutimos también las aportaciones de los teóricos que proponen a hablar del “fascismo estadounidense” (2.6.) y de los que, desde el análisis del discurso, dudan si el uso de este término en Estados Unidos, dada su turbulenta historia y una suerte de “sobreeexpansión conceptual” y “devaluación de su significado” allí, tiene incluso sentido (2.7.), presentando este enfoque como una suerte de “caso de control” y oportunidad

²⁸ El argumento del historiador Mikhail Krom en su *Introducción a la comparación histórica* (2021) a favor de una metodología rigurosa y sistemática del análisis comparativo en la historia que es capaz de abrir todo el abanico de posibilidades heurísticas y analíticas, una voz en contra de los investigadores que menosprecian el valor o niegan incluso la existencia de tal método (Krom, 2021: 75-76) es también, como ha subrayado el mismo autor, una voz en contra de “las analogías superficiales” y en contra de “un análisis casual que se sirve de las comparaciones de modo descuidado” (135).

adicional para discutir el funcionamiento del término “fascismo” en el contexto estadounidense, previo al análisis de las columnas (Capítulo 3.).

Finalmente en lo que respecta a las analogías (Capítulo 2., I), después de ofrecer un recuento teórico acerca de las comparaciones históricas y su uso, junto con algunos ejemplos ilustrativos y varios autores que han hecho de ellos su método como Marc Bloch o Arno J. Mayer por un lado y Enzo Traverso, Mikhail Krom o Gavriel D. Rosenfeld por otro (1.1.) –siendo este último uno de los autores que más ha hecho en los últimos años para recopilar las voces y teorizar acerca de ellas en el “debate sobre el fascismo” poniendo el énfasis tanto en el uso y las funciones de las propias comparaciones históricas, como el manejo del término “fascismo”–, pasamos a discutir las cuestiones vinculadas con el pensamiento analógico (1.2.) y el uso de las comparaciones históricas en casos concretos para la toma de las decisiones políticas en Estados Unidos y para la toma de las decisiones electorales respecto a la extrema derecha en un caso holandés (“la transferencia analógica histórica”), aunque subrayamos que no queda claro si este, identificado desde Europa mecanismo, sería aplicable y/o identificable en Estados Unidos (1.3.). Luego ofrecimos un breve panorama del contexto político e intelectual y el lugar de las comparaciones históricas en la actualidad (1.4.), para finalmente dedicar más tiempo al enfoque teórico respecto a las comparaciones históricas del filósofo alemán Hartmut von Sass que elegimos como nuestro principal punto de referencia en este tema (1.5.). De él de hecho derivamos también la metodología específica con la cual proponemos a trabajar en este estudio: la de la “lectura minuciosa” (*close reading*), o más específicamente, tal como lo llama él, la “lectura minuciosa y a veces más bien distante” (*close and sometimes rather distant reading*) (von Sass, 2021: 171), con la que procederemos luego a analizar el uso de las comparaciones al fascismo en las columnas del corpus (véase: 1.5.1. Ejemplo de análisis 1. y 1.5.2. Ejemplo de análisis 2.).

Dada la inverificabilidad científica, la politización y la intrínseca subjetividad de las comparaciones (Rosenfeld, 2019), para los fines analíticos de este estudio suscribimos la posición que su “validez” puede ser determinada solamente por las fuerzas del “pragmatismo retórico” y del argumento de quien los emplea más que por cualquier proximidad a la “verdad objetiva” (Kent, 1969; Kornprobst, 2007; para más sobre este punto véase: 1.1.). Por lo tanto, dado su inverificabilidad y “egoísmo” que hace que una vez la comparación se arraigue en la mente pública resulta muy difícil “erradicarla” (Mayer, 1970), el único camino para su evaluación puede ser solamente mediante el mismo proceso argumentativo y la misma fuerza de la retórica y del pragmatismo. Así, la distinción crucial no es si la comparación es “verdadera” o “falsa”, sino si es “útil” o “inútil” (Kornprobst, 2007; von Sass, 2021: 192), el criterio que, siguiendo a estos dos autores, vamos a adoptar como una base fundamental para nuestro análisis y evaluación (de modo parecido, al mismo criterio de la *utilidad/inutilidad* de la comparación en las ciencias sociales apunta por ejemplo Giovanni Sartori, 1994: 37-40).²⁹ Así, más que centrarse filosóficamente en el acto comparativo en sí, tal como lo hace von Sass, vamos a centrarnos en las referencias relativas a la teoría y la historia del fascismo –o en sus ausencias–, y cómo estas, en caso de ser presentes, están siendo usadas para justificar la comparación de A (Trump) con B (fascismo) afectando así la utilidad de dicha analogía. Si bien von Sass dedica mucha atención filosófica y buena parte de su análisis a la cuestión de la “incomparabilidad”, este asunto no es el tema de nuestro interés en este estudio: nosotros no decimos que el fascismo es “incomparable”, o que este tipo de comparaciones ha de ser “prohibido” (otro asunto que ocupa a von Sass en referencia específicamente a las comparaciones al Holocausto), sino que decimos –tal como reza nuestra conjetura/hipótesis indicativa (véase: sección 6.)–, que, en este caso preciso, la comparación de Trump al fascismo cuando hecha sin un contexto debido o con una base teórica débil (o inexistente), resulta más bien confusa y, por ende, inútil, generando más calor que luz en el debate y contribuyendo poco o nada nuestro entendimiento de los fenómenos en cuestión (Trump/trumpismo/extrema derecha). Siguiendo el modelo teórico propuesto por von Sass y emulando su metodología, al analizar nuestro corpus de estudio, trataremos de hacer explícito gradualmente lo que constituye el contexto concreto de los textos por analizar, arrojando unos datos necesarios tanto respecto a la proveniencia de los comparatistas cuando esto resulte relevante, el punto importante para von Sass (2021: 163 y 165), así como respecto al entorno afectivo, biográfico e intelectual de las voces involucrados en esta conversación ramificada. En consecuencia, tal como lo hace von Sass, realizaremos una lectura “minuciosa” y, a veces, “distante” de los pasajes relevantes de los textos en cuestión para evaluar su potencial comparativo y la utilidad de la comparación propuesta, junto con su respaldo teórico o referencias históricas traídas a colación a fin de determinar si la precisa enmarcación de las comparaciones al fascismo respecto a Trump es útil o no, arrojando a la vez más elementos, más contexto y refiriendo a otras lecturas o elementos que consideramos de interés. Por ende, dadas las señaladas anteriormente cuestiones de la inverificabilidad empírica de las comparaciones, su politización y su subjetividad emocional y tomando en cuenta que, como asegura von Sass, no hay nada “científico” para “desenmascarar” (*debunk*) o cuestionar las analogías más que la propia retórica y contrargumento, para analizar y evaluarlas (críticamente) usaremos las mismas herramientas con las que ya están hechas ellas mismas (para un punto parecido y el método de deconstruir las comparaciones de los revisionistas históricos derechistas mediante el uso de las propias comparaciones históricas, véase: Losurdo, 2015: 28-30). En este aspecto emularemos también la práctica del historiador

²⁹ De modo llamativo también uno de los “escépticos” respecto a las comparaciones al “fascismo”, Samuel Moyn, llamó la atención a este criterio. Según Moyn, al comparar el momento actual en Estados Unidos con el fascismo, uno se libera de la responsabilidad de analizar qué hay de nuevo en él: “A pesar de todas sus otras virtudes”, escribía Moyn, “la comparación en general no va bien con la novedad que ciertamente representa Trump, a pesar de todas sus condiciones previas y fuentes”. Así, en sus ojos, en caso de Trump, el problema con este tipo de analogías puede ser no tanto que sean “dañinas” (por ejemplo para el discurso público), sino *inútiles* ya que i) ocultan lo que condujo al ascenso de Trump que se hizo pasar por candidato de las “víctimas” y ii) “blanquean” la élite política estadounidense previa a él, que provocó mucho sufrimiento entre los estadounidenses. El resultado de esto es “errar en el análisis y retrasar una urgente resolución colectiva de cómo sacarnos del pantano actual”, ya que, según este autor, “cargar contra el ‘fascismo’ no hace nada por sí solo” aparte de “construir una ilusión de una alternativa al presente” (Moyn, 2020a).

estadounidense Daniel A. Bell que sin referirse en ningún lugar a las cuestiones metodológicas, pero haciendo esencialmente también una “lectura minuciosa”, en varios de sus textos que traemos a colación (véase por ejemplo: 1.3.), se propuso a “deconstruir”, o evaluar críticamente, las predominantes, según él, últimamente en el discurso público comparaciones históricas, centradas sobre todo, como la misma comparación al fascismo, en la Segunda Guerra Mundial y explicables, según Bell, en buena parte, con nuestra eterna fascinación política y cultural con este periodo (Bell D. A., 2016; sobre la fascinación de nuestra cultura con el fascismo/nazismo, véase también: Sontag, 1980; Evans, 2015a; 2005: 15-16; Smith, 2020; Raskin, 2023). Finalmente, en el último apartado de esta sección, buscaremos arrojar igualmente un poco de luz a la cuestión de por qué las comparaciones históricas gozan últimamente de tanta popularidad siguiendo las líneas trazadas por Traverso, discutiendo este tema en referencia a lo que él enmarca como el problema de la “desaparición del horizonte del futuro” (1.6.).

Último pero no menos importante. La decisión de haber optado por un enfoque metodológico “conservador”, por decirlo así, –un simple y tradicional” *close reading* propuesto y usado por von Sass–, ha sido inspirada también en el método privilegiado por el citado ya Corey Robin, una de las principales referencias de nuestro marco teórico respecto a la anatomía política de Trump, que emplea este tipo de “lectura anticuada de los textos” en su análisis histórico, lamentando que la gente no lee (bien) por ejemplo los textos de Burke y emprende en el análisis del conservadurismo. Como decía en un lugar Robin:

A veces la idea está a la vista. A veces hay que estar atento al movimiento de la idea a medida que se desarrolla el texto, pero mi manera de leer es simplemente la de un crítico literario alerta, básicamente, así como la de un teórico político con formación histórica, que es consciente de la resonancia de las ideas a lo largo del tiempo, y así es como encuentro estos argumentos (Robin, 2012).

Después de haberse definido como una especie de “lector anticuado”, Robin aseguraba que no había nada “sofisticado” (*fancy*) en sus métodos, ninguna, por ejemplo “bien articulada crítica marxista” (aunque, como hemos mencionado, Robin fue el alumno de Mayer, un gran historiador marxista), “ni nada por el estilo de la Escuela de Frankfurt” (*Ibidem*). Leer –y analizar– las columnas de opinión no es leer a profundidad y en totalidad, como aconsejaba Robin, los textos de los clásicos (¡el título de un famoso ensayo de Italo Calvino de repente viene a la mente!), pero combinar este enfoque “anticuado” con un enfoque marxista (Gramsci/Riley), tal vez no tan “*fancy*” como el de la Escuela de Frankfurt³⁰, pero, eso sí, bien articulado, confiamos que representa no obstante una buena fórmula teórico-metodológica para nuestra evaluación crítica, como ya lo veníamos señalando al principio de esta sección.

³⁰ La discusión acerca de las ventajas y desventajas del análisis del fascismo de la Escuela de Frankfurt es un tema sumamente interesante, pero dado que no concierne directamente las referencias teóricas en las columnas del corpus ni forma parte del marco teórico, es algo que, por razones del espacio en el Capítulo 2., tuvo que ser dejado de lado (para los autores que lo retoman para hablar del “fascismo de Trump”, véase: Gordon, 2020; Toscano, 2023c; Weigel en: Steinmetz-Jenkins, 2024: 271-284).

COMPARACIONES HISTORICAS

1.1. Definición, usos, debates

Comparar fenómenos similares y diferentes es una función natural y elemental de la mente humana. Es uno de los más procesos perceptivos generativos fundamentales que sustentan gran parte de nuestra facultad de razonar. Esta habilidad es tan crucial para nuestra cognición que es casi imposible pensar sin comparar. En el nivel más básico, una comparación es una afirmación lingüística, un proceso cognitivo o un modo de argumentación que compara dos cosas o conjuntos de cosas para revelar similitudes y diferencias entre ellas (Gentner, 1983). Como método científico, la comparación se refiere al enfoque de investigación en el que dos o más casos se contrastan explícitamente entre sí para señalar similitudes y diferencias entre ellos; y como estrategia metodológica, la comparación –y/o la analogía como su sinónimo–, juega un papel importante en las más diversas ramas de las humanidades y de las ciencias sociales abriendo el camino a un importante enfoque interdisciplinario (Kaeble, Schriewer, 2010: 8-9). Desde Aristóteles, los estudiosos han reconocido el valor epistemológico del pensamiento analógico. Con frecuencia se comparan casos con respecto a un fenómeno específico, como el proceso de construcción de la nación, la revolución, la guerra, el marco institucional, etcétera. La comparación suele realizarse entre algo familiar y algo menos conocido. Una analogía convencional busca revelar similitudes estructurales y funcionales al igual que las diferencias entre los objetos de la comparación. Las analogías se emplean en muchas tareas cognitivas diferentes, pero son particularmente útiles en la percepción y en la toma de decisiones (véase: sección 1.3.): al movilizar nuestro conocimiento sobre el primero, podemos hacer inferencias sobre el segundo y llegar a una comprensión más profunda del mismo.

La analogía histórica difiere de la convencional de modo que involucra a la historia, siendo una inferencia “de que si dos o más eventos, individuos o fenómenos separados en el tiempo concuerdan en un aspecto, entonces también pueden concordar en otro” (Khong, 1992: 7). Si bien las comparaciones habituales pueden ser sincrónicas, la comparación histórica destaca por su carácter diacrónico al involucrar eventos, procesos o situaciones sociales pertenecientes a épocas distintas. Como todas las analogías, las analogías históricas se definen por rasgos formales y funcionales específicos. Así, la típica analogía histórica consiste en una “fuente” o “base” (*tertium comparationis*) que se utiliza para extraer inferencias sobre un evento familiar distante en el tiempo y la situación en curso o el objetivo menos conocido, llamado “destino” (*relate*) sobre el que nos queremos informar de este modo (von Sass, 2021: 5-7). Las analogías históricas representan una instancia particular de razonamiento analógico más general, que involucra los siguientes pasos: i) la selección de una fuente y su recuperación en la memoria, ii) la identificación de los elementos comunes entre la fuente y el objetivo que se mapean entre sí, y iii) las inferencias de más similitudes sobre la base de los elementos comunes existentes (20-21). Debido a que las analogías ayudan a hacer inteligibles temas complejos a través de la simplificación, han sido elogiadas como “herramientas analíticas vitales” que ayudan a las personas a “darle sentido al mundo”. Las analogías históricas, a su vez, son particularmente útiles para “recuperar las lecciones de la historia”. Más allá de ser analíticamente importantes, las analogías históricas cumplen también una función psicológica positiva. Proporcionan a las personas una sensación de comodidad, consuelo y orientación cuando se sienten confundidas por nuevas circunstancias desconocidas y satisfacen el deseo popular de familiaridad, de “tener la seguridad de que la historia sigue un curso determinado” (22). Algunas analogías históricas se han convertido incluso en aforismos destacados: por ejemplo, la comparación que hizo Karl Marx de Napoleón Bonaparte con su sobrino e “imitación de bajo rendimiento”, Luis Bonaparte en *El 18 de brumario de Luis Bonaparte* de 1852 inspiró la famosa idea de que la historia siempre ocurre dos veces: “la primera vez como tragedia, la segunda vez como farsa” (Marx, 2010: 151). Por lo tanto, como anotaba traído ya a colación (véase: Capítulo 1., sección 0.), el eminente historiador marxista estadounidense Arno J. Mayer, que teorizó también sobre las propias comparaciones históricas, la gente acoge con agrado las analogías que hacen “reconocibles el presente y el futuro” (Mayer, 1970). Quienes tratan de dar sentido a la Revolución Bolchevique en los años posteriores a 1917, pueden consultar fácilmente los acontecimientos de la Revolución Francesa de 1789 y comparar las acciones de Vladimir Lenin con las de Maximilien Robespierre o tomar estos dos casos para estudiar los orígenes del terror revolucionario y poder llegar así incluso a conclusiones nuevas, tal como de hecho en su momento lo hizo el mismo Mayer que en su análisis comparativo del terror de ambas revoluciones en *Las Furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa* (2000), a contrapelo de las interpretaciones revisionistas, señaló que no era el utopismo ideológico de las revoluciones rusa y francesa que llevó a la violencia y el terror, sino el deseo de vengarse tanto del lado revolucionario que de parte de la contrarrevolución (para como la caída del “socialismo realmente existente” en 1989 modificó las maneras en las que se compara la Revolución Bolchevique, véase: Toscano: 2010).

De hecho el propio trabajo histórico de Mayer constituye un excelente ejemplo del empleo y de los beneficios de las comparaciones como un método en la historia y en el análisis político y, de este modo, de la utilidad de la comparación histórica como un medio del análisis y entendimiento. Para Mayer las principales reglas que subyacían su obra eran: i) la contextualización (ubicar un evento o una idea dentro de su época, dentro de su marco social, ambiente intelectual y paisaje mental); ii) la historización (el resultado de una interacción compleja, en ocasiones un choque disruptivo, entre las tendencias estructurales y la contingencia histórica, entre larga y corta duración, entre épocas y acontecimientos³¹); iii) la conceptualización (ver los

³¹ Según Mayer, la cronología significa, ante todo, “dar cuenta de la autonomía de los acontecimientos”. Así, todos los hechos históricos que tienen sus propias premisas que no resultan de una causalidad determinista y una dinámica propia que puede cambiar radicalmente el curso de la historia, deben interpretarse en su contexto. De allí la crítica de Mayer a la visión de Fernand

acontecimientos como parte de una totalidad más grande, como en caso del Holocausto o de la Gran Crisis de Treinta Años) y finalmente, iv) el comparativismo (Traverso, 2023b; véase también Mayer, 1988: xiii-xiv). Respeto a este último punto, Mayer subrayaba que comparar eventos, épocas e ideas es indispensable para comprenderlos: la comparación requiere precauciones, principalmente la conciencia de la distancia histórica que separa los eventos paralelos, el reconocimiento de que las afinidades no son identidades y que las analogías no pueden transformarse en homologías (xiv). Esta importancia de las comparaciones quedó quizás mejor resaltada en su clásico estudio de los orígenes del Holocausto —o el “judeocidio”, como prefería decir Mayer— *¿Por qué no se oscurecieron los cielos?* (1988), escrito, como subrayaba Mayer, “en espíritu y en memoria de Marc Bloch” —uno de los principales partidarios y teóricos de la comparaciones histórica (véase: abajo)— y con uso de las “sondas analógicas” a fin de resaltar lo que era singular y universal en el judeocidio (xv; véase también: Mayer, 2019). Para esto Mayer usó tanto la analogía con la Guerra de los Treinta Años del siglo XVII (1618-1648) para ubicar el Holocausto en el contexto de una crisis general y la “Guerra de los Treinta Años del siglo XX”, como con la historia de las cruzadas cristianas de los siglos XI a XIII con su propia violencia antijudía para hablar de la “cruzada secular” de Hitler (*Glaubenskrieg*) en contra del “judeobolchevismo”, siendo la operación “*Barbarossa*”, la invasión de la URSS en 1941, nombrada así después del rey Federico I Barbarroja (1122-1190), que emprendió en la Tercera Cruzada, pero pereció en el camino a Palestina (Mayer, 1988: 218-223). La última fue una analogía para el uso de la cual Mayer tomó una asesoría especial con sus colegas, historiadores de la época de las cruzadas y algo que le permitió exponer su tesis acerca de la mayor importancia del factor de anticomunismo que del antisemitismo detrás del judeocidio (Mayer, 2019). Como señalaba también Mayer, escribir la historia del Holocausto resultaba imposible sin comparar, y contrastar, el sufrimiento de los judíos con el enorme sufrimiento de los rusos y los polacos en particular, pero también de otros pueblos (1988: vii).³²

Frente a este ejemplo y a pesar de una notable excepción del citado Mayer, como anotaba el historiador Mikhail Krom en una perspicaz *Introducción a las comparaciones históricas* (2021), la comparación histórica que como método de análisis histórico se remonta a Heródoto en la antigüedad y es una, como ya se ha mencionado, herramienta fundamental de la cognición humana, muchos historiadores aun desconfían de aplicar una lente comparativa en su trabajo (Krom, 2021: 1) hasta el grado que como aseguraba otro de los eminentes historiadores contemporáneos, Carlo Ginzburg, “la historia comparativa aún está en pañales” (*Ibidem*). Solamente en otros campos de las ciencias sociales el panorama parece un poco mejor, con varios destacados sociólogos como Max Weber, Norbert Elías, Barrington Moore Jr., Theda Skocpol o Charles Tilly usando con predilección la comparación en sus trabajos de perfil más histórico con lo que estaban teniendo impacto indirecto en el campo de la historia (mientras al mismo tiempo, como anotaba Krom, la comparación en el campo sociológico *tout court* se utiliza de modo un tanto diferente que en la historiografía, 13-15); para este punto véase también: Azarian, Petrusenko, 2011). Como bien recuerda Krom —una observación muy interesante desde el punto de vista de este estudio—, la comparación ha sido una herramienta particularmente exitosa e instrumental en la propagación de los estudios del fascismo (sea desde la historia, ciencias políticas o sociología), el término, como se sabe, de origen italiano, utilizado originalmente para referirse al régimen de Mussolini, pero que —por sus capacidades “inherentemente comparativas” como concepto analítico, dado que se trata de un fenómeno paneuropeo e incluso global y donde “fascismo” sirve como una “base” (*tertium comparationis*) para la comparación (Iordachi, 2010: 3)—, se volvió un “concepto generalizador” que llegó a abarcar el nazismo alemán (en caso de algunos estudiosos), las dictaduras de España, Rumania y los regímenes y los movimientos de varios otros países en el periodo de entreguerras, el camino de investigación que precisamente se abrió gracias al análisis comparativo.³³ El hecho de una relativa marginalización del método

Braudel de la “*longue durée*”: una historia estratificada en la que el movimiento de las fuerzas estructurales (demografía, economía, geografía, mentalidades, etcétera) reduce los acontecimientos a epifenómenos superficiales comparados por Braudel a la “espuma” que corona las olas del océano. A diferencia de él, Mayer subrayaba que los acontecimientos son capaces de revertir las tendencias estructurales: el Holocausto destruyó un siglo y medio de emancipación judía cuyos logros parecían irreversibles apenas al comienzo de la Segunda Guerra Mundial (Mayer, 1988: xiv).

³² En una parte de *¿Por qué...?*, Mayer analiza *Las notas de gueto de Varsovia* de Emanuel Ringelblum, un aclamado historiador y estudioso polaco de origen judío que murió ejecutado por la Gestapo en 1944, que igualmente arrojan una luz importante al uso de las comparaciones históricas. Como anotaba Ringelblum, al seguir el transcurso de la guerra, él y sus colegas en búsqueda de paralelas que les pudieran ayudar a entender el presente y ofrecer alguna consolación, leían la historia de las guerras pasadas: la Primera Guerra Mundial y sobre todo la historia de las guerras napoleónicas, subrayando que todos disfrutaban “establecer paralelas entre el Maldito [Hitler] y Napoleón I, siempre en beneficio de este último”. Si bien, escribía Ringelblum, el emperador francés también tenía “ríos de sangre sobre su conciencia”, al menos tuvo el mérito de derrocar el mundo feudal e introducir un orden nuevo y revolucionario, mientras que “después del Maldito, no quedarán más que decenas de millones de víctimas”. Lamentando que el invierno de 1942 no acabó para Hitler tal como había acabado el invierno de 1812 para Napoleón, se mostraba convencido no obstante que Hitler, igual que Napoleón “cometió un error mortal al enfrentarse con el coloso ruso, con sus enormes reservas de mano de obra y material”. Aun así, concluía que “la búsqueda de las analogías históricas no tenía mucho sentido ya que la historia no se repite” y que además se trataba de dos periodos “completamente diferentes, con conceptos completamente diferentes y con la bestia hitleriana completamente diferente [de la bestia napoleónica]” (Ringelblum en: Mayer, 1988: 314-315).

³³ Al analizar varios ejemplos del análisis comparativo, Krom destaca también en particular los estudios comparativos del fascismo como *Los orígenes sociales de dictadura y democracia* (1966) de Barrington Moore Jr. en el que su autor, desde una perspectiva marxista, vinculaba su auge con el papel político de las clases terratenientes y su alianza con la burguesía como en casos de Alemania o Japón, un enfoque que de modo pionero enfatizaba, en medio de toda una serie de diferencias, también de modo “transnacional” las similitudes entre los desarrollos políticos de Europa y Asia: la industrialización tardía, la combinación

comparativo en la historiografía parece aún más extraño dado que un importante impulso para el uso de las comparaciones como un método histórico provino, ni más ni menos sino del propio –referenciado por ejemplo por Mayer– Marc Bloch, uno de los más eminentes historiadores del siglo XX (torturado y ejecutado de hecho por los nazis en 1944 por ser miembro de la resistencia antifascista). Bloch, a partir la década de los 20 no solo abogaba de manera persistente por el uso de las comparaciones como un método para estudiar sociedades y épocas diferentes, sino que teorizó también sobre las comparaciones históricas entendidas más ampliamente que en su perspectiva nacían de una suerte de tensión entre la historia y el lenguaje (Bloch en: Ríos Gordillo, 2016: 37-39). Adoptando una definición estándar del término, Bloch las entendía como el acto de comparación de dos o más objetos “con el objetivo de establecer semejanzas y diferencias entre ellos”, observando que la comparación así entendida es inherente a casi toda la experiencia. Pero según Bloch, la analogía histórica, no puede reducirse a una “búsqueda de semejanzas” o satisfacerse “con unas analogías forzadas” (Bloch, 1928: 31), sino que tiene la tarea de descubrir las especificidades de diferentes períodos históricos. Sólo mediante el uso de la analogía y la disanalogía puede el historiador, al mismo tiempo, captar el pasado y la novedad característica de nuestro presente y solo aislar lo que es singular y, por lo tanto, necesita una atención nueva (*Ibidem*). Al mismo tiempo Bloch había identificado lo que él llamó como “cinco efectos útiles de la comparación en la historia”: i) “establecer la agenda” y detectar las conexiones difíciles de percibir entre dos fenómenos en cuestión; ii) “extrapolación de curvas” para comparar sociedades muy alejadas entre sí; iii) “el estudio de la influencia”; iv) “filiación” para rastrear la continuidad de diferentes prácticas; y finalmente v) establecer “similitudes y diferencias de desarrollo” y “la búsqueda de causas” (Bloch en: Krom, 2021: 31-38). Después de haberse inspirado en una multitud de fuentes heterogéneas en la elaboración de su método comparativo, Bloch y su enfoque ejercieron una enorme influencia intelectual no solo sobre el campo histórico, sino también sobre todo un abanico de disciplinas como sociología, antropología y lingüística (Ríos Gordillo, 2016: 144-151; para más sobre Bloch y las comparaciones, véase: Detienne, 2008: xii y 12-13).³⁴

Como señala Gavriel D. Rosenfeld que de modo intercambiable emplea los términos “comparación” y “analogía” tratándolos como sinónimos –algo que, como ya hemos señalado, vamos a retomar también para las necesidades de este trabajo–, las analogías históricas cumplen dos funciones principales. Primero, sirven al objetivo descriptivo del análisis: comparan fenómenos históricos para descubrir verdades más profundas sobre su relación. La relación puede implicar causas o efectos, orígenes o consecuencias, pero cualquiera que sea su enfoque, analogías nos ayudan a dar sentido a temas complejos a través de la simplificación. Al hacerlo, apelan a nuestra razón y satisfacen nuestro deseo de comprensión histórica. Segundo, sirven al objetivo prescriptivo de la promoción. Debido a que nos permiten inferir similitudes más allá de las de la comparación original, todas las analogías brindan “lecciones para el futuro”. Sin embargo, lo hacen de diferentes maneras: pueden arrojar recomendaciones de políticas específicas o invocar éxitos y fracasos del pasado para mostrarnos lo que debería emularse o evitarse en el presente (para este punto véase: 1.3.). Por otro lado, las comparaciones pueden proporcionar justificación para posiciones políticas ya existentes. Es difícil responder a la pregunta “del huevo y la gallina” de si las decisiones históricas están moldeadas, o simplemente justificadas, por analogías; es igualmente difícil determinar por qué la gente las acepta o rechaza. Sin embargo, en ambos casos, las analogías muestran dimensiones retóricas al apelar a nuestras emociones y permitirnos expresarlas. Ya sea que los sentimientos sean positivos o negativos, ya sea que busquen alabar o condenar, consolar o amonestar, las

de la represión interna con la expansión externa, etcétera (Krom, 2021: 61-67). Otro estudioso que citaba Krom era el historiador alemán Wolfgang Wippermann, uno de los pioneros de la investigación comparativa del fascismo que igualmente subrayaba profundas similitudes “transnacionales” en el exterior, apariencia, objetivos, ideología y táctica política de los movimientos fascistas: una estructura jerárquica con un líder, un estilo político distintivo que comprendía uniformes, mítines masivos y marchas, el uso generalizado de la violencia y una ideología ambivalente en la que los motivos anticapitalistas, anticomunistas y antimodernistas coexistían con los ultramodernos. Wipperman distinguía tres versiones principales del fascismo: i) el tipo italiano “normal/ideal”; ii) la forma alemana “radical” y iii) el “fascismo desde arriba” de los Países Bálticos, Polonia, Hungría, Rumanía, España y Portugal. Mantenía que como el concepto general, el fascismo no solo tenía sentido y mantenía un valor heurístico, sino que también su estudio estaba vinculado con la necesidad de elaborar una respuesta política desde la izquierda a él y que la “vía comparativa”, ante la insuficiencia de los enfoques que vinculaban el fascismo con etapas específicas en el desarrollo del capitalismo o el proceso de modernización, era la más prometedora (Wipperman en: Krom, 2021: 114-115; véase también: Wipperman, 1976). Cosa que no añade Krom, los esfuerzos y la metodología de Wipperman por la cual este extrajo un “tipo ideal” de fascismo del movimiento de Mussolini y su insistencia en que la Italia fascista debía ser vista como el paradigma de un “estado racial”, han sido criticados por ser historiográficamente defectuosos. Aun así, según por ejemplo Griffin, sus intentos de elaborar una definición del fascismo como un término genérico despojado de sus connotaciones marxistas, independientemente de las debilidades de su propio “tipo ideal”, han sido muy valiosos (Griffin et al., 2014: 30-31). Otra cosa que no añade Krom es que hoy en día uno de los mejores ejemplos del enfoque comparativo en los estudios del fascismo es el trabajo del propio Griffin que en su obra discute una amplia gama de casos: los regímenes de Mussolini y Hitler, la Legión del Arcángel Miguel de Rumania, los Flechas Cruzados de Hungría, *Nasjonal Samling* de Noruega, los Ustasha de Croacia o la Unión Británica de Fascistas en Reino Unido o los fascismos fuera de Europa, como la Acción Integralista de Brasil (véase: Griffin, 1996, 2014, 2018; véase también: Iordachi, 2010: 1-50; Costa Pinto, 2011; Iordachi, Kallis, 2020; para más sobre las definiciones del fascismo y el enfoque del propio Griffin, véase: Capítulo 2., 2.1. y 2.1.2.). Krom tampoco menciona a Dylan Riley que en su importante monografía comparativa de los fascismos italiano, español y rumano los contrasta igual con los “contracasos” alemán y húngaro (2019).

³⁴ El enfoque de Bloch respecto a las comparaciones atrajo también considerables críticas respecto a su, supuesto, mal entendimiento de ciertos modelos lingüísticos en los que aseguraba inspirarse u otras faltas metodológicas (Krom, 2021: 73-74).

analogías permiten expresar nuestras fantasías y temores sobre el presente a través de comparaciones con el pasado (Rosenfeld, 2018).

A pesar de estos beneficios, las comparaciones históricas pueden resultar también confusas y contraproducentes. Como anotaba Mayer, después de haber igualmente enumerado sus lados buenos que se inscriben en las líneas señaladas arriba, entre sus desventajas están sus capacidades de difamar, incitar, persuadir y exaltar en vez de solo orientar, aclarar y estimular el pensamiento crítico. Así, según Mayer, las analogías tienen la capacidad de ser expresadas en diferentes “formas retóricas” y abusadas deliberadamente con fines tendenciosos haciendo que acabemos interpretando mal el pasado (Mayer, 1970). Entre las desventajas de las comparaciones históricas está su tendencia a la simplificación y a servir como “atajos cognitivos” que sustituyen un análisis detallado algo que los hace atractivos tanto para sus “productores” (los académicos, los intelectuales, los comentaristas, los políticos), como para sus “consumidores” (los lectores, los votantes, los militantes, los estudiantes). Mientras a los primeros, sobre todo los teóricos académicos, les gustan buscar e identificar supuestas repeticiones de la historia y crear “leyes y generalizaciones elegantes”, a los segundos, la opinión pública amplia, les gustan “formulaciones breves, sencillas y atrevidas” a aquellas que resultan más complicadas (*Ibidem*). A la vez, entre menos propiedades se agregue a un conjunto, más se tiende a una generalización. Preocupado profundamente, desde las ciencias políticas, por las cuestiones “¿qué es comparable?” y de “¿cómo comparar?”, Giovanni Sartori (véase: 1991, 1994), escribía por ejemplo sobre la inutilidad de comparar a una ballena con un ser humano: si nos llevamos únicamente por las semejanzas, ambos son mamíferos y no respiran bajo el agua, pero si nos fijamos en las diferencias, son tantas, que la comparación no tiene ningún sentido (1994: 36). De allí, se puede argumentar que el debate público no puede aceptar como serias las supuestas semejanzas basadas en apariencias superficiales e incompletas: el solo hecho, por ejemplo, de apelar a las masas y gustar “darse un baño en ellas” en una plaza pública o en una arena, no hace de Trump –ni de ningún otro político, por más nefasto que sea– automáticamente un “nazi” o un “fascista”, solo porque así también solían hacerlo el propio Hitler o Mussolini, tal como lo ha hecho por ejemplo en 2015 Hillary Clinton que comparó a Trump con Hitler señalando como la evidencia de esto uno de sus mítines al aire abierto (véase: Rosenfeld, 2019).

Como bien apuntaba Rosenfeld, la analogía a Hitler, debido a los crímenes sin precedentes cometidos por los nazis ocupa un lugar muy particular entre las comparaciones históricas, en la medida en que se volvió el sinónimo del “mal absoluto e inigualable”, haciendo también que las analogías anteriores que cumplían esta función, fueran inutilizables (Rosenfeld, 2018). Como apuntaba Rosenfeld, al igual que la metáfora de Jean-François Lyotard sobre un terremoto que destruye los instrumentos utilizados para medirlo, los crímenes sin precedentes de Hitler, al eclipsar y volver irrelevantes los actos de villanos históricos anteriores, destruyeron la utilidad de las comparaciones históricas existentes que podrían servir para medir y evaluar a él mismo.³⁵ Aunque Hitler no había logrado erradicar la diversidad de la sociedad europea, seguía Rosenfeld, sí lo logró en el ámbito de las analogías históricas, teniendo así una suerte de “victoria póstuma”: después de haber surgido originalmente, en términos analógicos, como un “objetivo” (*relate*) que la gente buscaba explicar consultando “fuentes/bases” (*tertiums*) más antiguas, con el tiempo él mismo se había transformado en la “fuente/base” (*tertium*) con la que se compararían todos los “objetivos” (*relates*) futuros (*Ibidem*). Finalmente, en su afán de resumir el choque en el marco del “debate sobre el fascismo” entre los “alarmistas” y los “escépticos”, Rosenfeld, incluyendo en su análisis también las comparaciones a Hitler, se rehuía a dictaminar cuál de los dos bandos “ha tenido la razón”, apuntando a los problemas inherentes de todas las comparaciones históricas que hacen que las analogías son una herramienta imperfecta para hacer el sentido de los acontecimientos actuales: i) el problema con la verificabilidad, ii) la politización y iii) la subjetividad (Rosenfeld, 2019). Como bien apuntaba Rosenfeld, el “debate sobre el fascismo” como, en esencia, un debate sobre el valor de las comparaciones históricas se parecía a otros debates pasados sobre cómo afrontar, interpretar y recordar el legado del Tercer Reich, como por ejemplo el *Historikerstreit* (para el recuento de otros debates de este tipo, véase: Rosenfeld, 2022c y más adelante) que tenían en su seno no solo las cuestiones y contextos políticos particulares, sino también más amplias cuestiones culturales y de memoria y donde, por lo general, los partidarios de una “defensa moralista del recuerdo” chocaban con los partidarios de la “normalización”. Este tipo de choque y esta división intelectual, como apuntaba Rosenfeld, se intensificó con el llamado “‘boom’ de la memoria” a partir de la década de los 90³⁶, que desató una reacciones adversas. Sin embargo, apuntaba Rosenfeld, en lugar de conducir a la supresión de la

³⁵ Por su parte Carlo Ginzburg no se dejó convencer por la metáfora de Lyotard. Según él, no era ni cierta ni reveladora inscribiéndose más bien en el espíritu de relativismo y escepticismo histórico propio del deconstruccionismo criticado tanto por Ginzburg (y mejor representando por Hayden White). En cambio, anotaba Ginzburg, la memoria y la destrucción de la memoria, junto con su rescate y preservación, son elementos recurrentes en la historia y Auschwitz no es ninguna excepción. Según Ginzburg, por suerte, la “catástrofe de Auschwitz” no ha destruido “los instrumentos para medirla” ni la memoria de ella: como, cuando, por quién, etcétera, gracias sobre todo al frenético trabajo de los testigos y supervivientes como por ejemplo Primo Levi (Ginzburg, 2014: 325-326).

³⁶ Para un detallado recuento del “boom de la memoria”, véase: Traverso, 2018b: 13-19 y 25-31; 2020d: 151-156; 2011b). Dada la prominencia cultural y política de la memoria en las últimas décadas y su íntima y turbulenta relación con la historia –siendo estas en efecto “dos formas antinómicas del pasado” cuya relación es central para toda la historiografía con la historia tratando de alguna manera de responder a las cuestiones que suscita la memoria (véase: Traverso, 2018b: 43)–, sería interesante pensar en todo el “debate sobre el fascismo” también a través de este prisma (en este caso, a través de la cambiante memoria del fascismo), y analizar los usos de las comparaciones históricas al fascismo desde esta perspectiva, algo que no obstante queda fuera del espectro de este estudio. La siguiente observación de Traverso podría servir igualmente como un incentivo para ello: “Como historiador me pone muy nervioso la distorsión y la adaptación en clave presentista del pasado. Pero como historiador de la memoria me encanta analizar esas mismas distorsiones y observar cómo cada presente dialoga sin cesar con el pasado que al mismo tiempo se lee en clave del ‘presentismo’” (Traverso, 2022c).

memoria misma, estas reacciones y oposiciones, paradójicamente la han promovido de acuerdo con lo que se podría denominar, según él, como una “dialéctica de la normalización”, que hace que todo el intento de convertir por la fuerza un legado histórico traumático en “normal”, termina subrayando su excepcionalidad al desencadenar un debate que lo mantiene a la vista del público, por lo que, en última instancia, apuntaba Rosenfeld, “el ‘debate sobre el fascismo’ y sobre las analogías a Hitler podía, parecía favorecer la preservación de la conciencia más amplia sobre los méritos del uso de las comparaciones históricas (Rosenfeld, 2019). A pesar de este efecto y a pesar de que, como subrayaba Rosenfeld citando a Mayer, “las analogías cumplen una importante función psicológica en cuanto a proveer a la gente con el sentimiento de orientación cuando uno está confundido por las circunstancias nuevas” (véase: Mayer, 1970), al mismo tiempo al hacer esto estas comparaciones podrían “estimular a la gente a malinterpretar el pasado”:

Las analogías pueden inducir a error de dos formas: fomentando una sensación de complacencia y generando sentimientos de alarmismo hacia los acontecimientos contemporáneos. Por un lado, las analogías pueden tranquilizar gente que un nuevo evento es simplemente una repetición de un evento pasado y así llevar a subestimar su novedad. Por otro lado, las analogías pueden alarmar a la gente que un nuevo evento está sin precedentes y llevar a inflar su peligro. Ambas respuestas pueden producir estrategias desacertadas de reacción por un lado insuficiente y por otro, exagerada (Rosenfeld, op. cit.).

Así, por muy importantes que sean las analogías históricas para hacer frente al mundo, las mismas corren el riesgo de desviarnos seriamente y simplificar tanto la historia como el presente (Kornprobst, 2007). El sentido común advierte contra los peligros del razonamiento analógico: una conocida expresión inglesa insta a no comparar manzanas y naranjas, un refrán francés advierte que no hay que confundir el pollo con las zanahorias y un proverbio alemán advierte contra las comparaciones que cojean. La lógica clásica es igualmente escéptica. El problema de equiparar dos fenómenos que no son iguales es un procedimiento problemático cuyo resultado es, ni más ni menos, sino “darle a una cosa un nombre que le pertenece a otra”. Si bien el propio Aristóteles en *El arte de la retórica* alababa las analogías como medios retóricos para transmitir un mensaje, estaba a la vez muy escéptico sobre las limitaciones pensamiento analógico, anteponiendo como ideal del razonamiento el silogismo como medio también para advertir contra las trampas de las analogías (Kornprobst, op. cit.). Así, según Kornprobst, el criterio central para evaluar las comparaciones históricas es el de la “utilidad” (*Ibidem*), el mismo al que apunta von Sass (2021: 192) o por ejemplo, desde el campo de las ciencias políticas y respecto a las cuestiones de la investigación, Sartori, subrayando que una comparación es útil sólo si sirve para definir los límites de un conjunto y de lo contrario, recae en cuatro tipos de comparaciones inservibles: i) en el parroquialismo que fabrica los términos a medida; ii) en la clasificación incorrecta, iii) en el gradualismo que alega que toda diferencia es de grado, y iv) en la inflación de los conceptos (*concept stretching*) a tal punto que el objeto comparado ya puede ser cualquier cosa (Sartori, 1994: 37-40; este de hecho ha sido una de las razones por las que algunos estudiosos optaron por restringir sus definiciones del fascismo, véase: Kershaw, 2004). Al mismo tiempo, según Kornprobst, cualquier argumento sobre la utilidad de una analogía histórica está respaldado por un conjunto de supuestos epistemológicos. De tres perspectivas influyentes: positivista, posestructuralista y pragmatista, es la perspectiva pragmatista que según este autor, especialmente su línea retórica, es más adecuada para un escrutinio metateóricamente sólido de la utilidad de una analogía histórica particular: el pragmatismo, en contraste con el positivismo, rechaza las pretensiones de verdad objetiva y, en contraste con el postestructuralismo, se preocupa por introducir nuevas analogías que nos ayuden hacer el mundo más inteligible. Para los pragmáticos, el propósito de la investigación es la generación de conocimiento útil, es decir, conocimiento que nos ayuda a enfrentarnos al mundo. Conocimiento útil no es objetivamente cierto ya que la noción pragmatista de la verdad gira en torno al debate, la argumentación y la persuasión. Así, a través del asentimiento generado por un debate abierto, se llega a lo que constituye una “verdad operativa” que siempre tiene un carácter provisional y puede ser cambiada durante el debate (Rorty). Como asegura Kornprobst, el pragmatismo retórico proporciona una perspectiva epistemológica prometedora para dar sentido a las analogías históricas: i) reconoce la necesidad de usar analogías para hacer el mundo más inteligible. Las analogías despiertan nuestra imaginación y son ingredientes importantes de nuestro razonamiento y argumentación; ii) el pragmatismo retórico, enfatizando la importancia del debate, de la argumentación y la persuasión, proporciona una guía sobre cómo distinguir el liderato del usos engañosos de analogías históricas, aclarando precisamente que tal distinción requiere debate y adjudicación (*Ibidem*). Así, las comparaciones históricas pueden “cortocircuitar la reflexión crítica” y conducir a un “pensamiento superficial”, si el uso de la historia queda reducido a un *dictum* positivista decimonónico según el cual esta sirve solamente para “generar evocativas analogías históricas” (Müller, 2010). Dado que las comparaciones históricas no son hechos sino interpretaciones, tampoco son verificables: según algunos autores no existe ninguna base “científica” para determinar su validez y esta puede ser determinada solamente por las fuerzas del “pragmatismo retórico” y la fuerza del argumento del quien los emplea más que por cualquier proximidad a la “verdad objetiva”, con lo que es difícil demostrar –al menos por medio del mismo proceso argumentativo y la misma fuerza de la retórica y pragmatismo– que una analogía es superior o inferior a la otra y (Kent, 1969; Kornprobst, 2007). A parte de esta subjetividad intrínseca de las comparaciones, las analogías históricas tienden también a ser “egoístas”: al resultar reconfortantes emocionalmente para la opinión pública, algo en lo que en mucha parte radica su popularidad, una vez que se arraigan en la “mente pública”, las analogías pueden volverse “resistentes a cualquier intento de corrección” dificultando nuestro entendimiento y oscureciendo nuestro juicio (Mayer, 1970). Un buen ejemplo de la fuerza evocativa de la analogía histórica y su capacidad de convencernos, falsamente, de “la repetición de la historia” que puede nublar nuestro juicio y limitar nuestra capacidad de responder racionalmente a una situación nueva es el hecho que muchos líderes bolcheviques a mediados de los 20 rechazaban por ejemplo a León Trotsky, el fundador y jefe del Ejército Rojo como sucesor de Lenin porque, por su faceta militarista, se parecía más a Napoleón –con todos los sentimientos negativos que evocaba este

personaje—, que Iósif Stalin, un simple militante político y burócrata (Carr, 1967: 61; véase también: Evans, 1999: 52). Todo esto tiene que ver con las viejas discusiones acerca del estatus científico de la historia y sus capacidades de producir “las leyes generales”, algo en lo que, como bien apuntaba Richard J. Evans, esta simplemente no es nada buena: ningún historiador y tampoco ningún soviétólogo, supo predecir por ejemplo ni la caída del Muro de Berlín en 1989 ni la desintegración de la Unión Soviética (URSS) en 1991³⁷:

La historia, entonces, puede producir generalizaciones, aunque cuanto más amplias sean, habrá mayor número de excepciones y mayor será la probabilidad de que estén más alejadas estén de las evidencias duras que puedan ser citadas en su respaldo. Sus objetos de estudio no se limitan en ningún sentido a individuos o eventos discretos. La historia puede identificar, o postular con un alto grado de plausibilidad, patrones, tendencias y estructuras del pasado humano. En estos aspectos, puede legítimamente ser considerada como científica. Pero la historia no puede crear leyes con poder predictivo. Una comprensión del pasado puede ayudar en el presente en la medida en que amplía nuestro conocimiento de la naturaleza humana, nos proporciona una inspiración o una advertencia, o sugerir argumentos plausibles, aunque siempre falibles, sobre las posibilidades de que ciertas cosas ocurran bajo ciertas condiciones. Nada de esto, sin embargo, se acerca a la inmutable predicción certeza de una ley científica (Evans, 1999: 53).

Así, para Evans —un comentario hecho ya en contexto de la mencionada y muy propagada tendencia de ir pensando en la extrema derecha moderna casi exclusivamente a través de las comparaciones históricas, algo que siempre en sus ojos no beneficia la reflexión histórica— “es muy peligroso pensar simplemente en paralelos históricos” (Evans, 2018b). Según Evans, pensar mediante las analogías en estos años “nos hacía alejar de la realidad” y “perdemos en comparaciones fáciles y erróneas”, algo que hacía fácil olvidar que tan realmente salvajes e inimaginables, y en efecto incomparables con el día de hoy, han sido los niveles de la violencia nazi, nada que ver con la situación en Estados Unidos ni en ningún otro país gobernado por la nueva extrema derecha (Hungría, Polonia, Turquía, India, etcétera):

Hay lo que se podría llamar “ecos”, pero son ecos bastante débiles. Tenemos que lidiar con la situación tal como es ahora, y tenemos que reconocer que la democracia muere de diferentes maneras, y no va a morir en un golpe de Estado o mediante el uso de la violencia masiva en las calles como en los 30. El contexto es muy diferente: quizás el problema fundamental de la democracia hoy es que hay millones de personas desilusionadas. Hitler solo logró el 37,4 por ciento de los votos en una elección libre, pero Erdoğan, Orbán y el gobierno polaco, por ejemplo, han sido elegidos por grandes mayorías que aprueban sus políticas. Sé que Trump perdió el voto popular, pero fue elegido cuando estaba claro que no era amigo de la democracia. Así que esa es la situación con la que tenemos que lidiar. Y eso es: la democracia se está muriendo poco a poco. No se verá abrumada por algún tipo de toma violenta del poder que ocurra en unos pocos meses (*Ibidem*).

En este sentido una condición fundamental para las operaciones comparativas significativas y unas que realmente pueden enseñarnos algo, como recordaba Krom, ha sido bien articulada por Heinz-Gerhard Haupt y Jürgen Kocka: “uno no puede comparar los fenómenos en su totalidad multicapa. Más bien, seleccionamos aspectos. La comparación requiere selección, abstracción, desprendimiento del caso de su contexto”, lo que significa que en práctica “sólo se puede comparar ‘ciertos aspectos’” (Haupt, Kocka en: Krom, 2021: 97). De allí, según Haupt y Kocka, los sistemas complejos como sociedades o Estados en su conjunto, no pueden servir como objetos de comparación, aunque, como añadía Krom, la ausencia de un método completamente desarrollado de comparación histórica ocasionalmente conduce a intentos de comparar sociedades enteras y Estados enteros de diferentes épocas (Krom, 2021: 97). Esto, como bien remarcaba el mismo autor ocurre sobre todo cuando uno escribe sobre los temas de actualidad en un afán de buscar, encontrar y resaltar paralelos entre algunos países, “por ejemplo, entre la Rusia postsoviética y la Alemania de Weimar”, o en el caso preciso que nos interesa más en este estudio, entre Estados Unidos y la Alemania de Weimar (para la crítica de esta comparación véase: Bessner, Greenberg, 2016), una acción comparativa realizada, contrario a lo señalado por Haupt y Kocka *in toto*—, un tipo de comparación que más bien, según Krom, debería considerarse como “metáfora”, ya que poniendo a comparar todos los aspectos de A y B sin distinción carecen de “valor académico serio” (*Ibidem*).

Uno de los principales “escépticos” y críticos de comprar a Trump con el fascismo, Dylan Riley, autor de un importante estudio comparativo del fascismo *Los cimientos cívicos del fascismo en Europa: Italia, España, Rumania, 1870-1945* (2019), al rechazar lo que veía como una forzosa búsqueda de paralelismos históricos entre los años 20 y 30 y el momento presente ante el auge de la extrema derecha, abogaba por “una perspectiva histórica y comparativa adecuada”, que es la única que puede ofrecer “una mayor perspectiva teórica”, en contraste con las malas analogías históricas desprovistas de un anclaje teórico, superficiales y emocionales que en vez de la claridad política sobre la situación actual, oscurecen los acontecimientos del presente y las anatomías políticas de los actores en cuestión e impiden a lidiar con la crisis actual (Riley, 2019: xxxi). Frente a este tipo de comparaciones empleadas a menudo por los comentaristas, periodistas e intelectuales, Riley propone sistemáticamente su propio aparato comparativo que ayuda a contrastar sistemáticamente la era del fascismo clásico con el período actual, utilizando cuatro

³⁷ Aun así, yendo al sentido contrario, muchos comentaristas desde 2016 no se cansaban en producir las listas de pensadores que *ex post* “han predicho la llegada Trump”, con énfasis sobre todo en sus facetas “fascistas” y/o “totalitarias”. Así, entre los que, supuestamente, anticiparon en sus escritos su llegada estaban Hannah Arendt, Theodor W. Adorno y la demás Escuela de Frankfurt, Ernst Jünger, Richard Rorty, e incluso los escritores como Hermann Melville o Robert Musil (véase: Müller, 2020).

ejes comparativos: i) el contexto geopolítico, ii) la crisis económica, iii) las relaciones de clase y nación, y iv) el carácter de sociedad civil y de los partidos políticos, lo que permite resaltar más bien diferencias entre los momentos históricos en cuestión (Riley, 2018, 2019: xxii-xxiii). Expresando lo que se podría llamar un “escepticismo historicista extremo”, Riley enfatiza que la coyuntura de entreguerras fue tan esencialmente diferente, marcada por un conjunto tan distintivo de actores políticos en relaciones tan específicas con fuerzas geopolíticas y sociales tan distintas de las de hoy, que la analogía con el fascismo no tiene ningún sentido (2018, 2019). En esta perspectiva histórica comparativa de Riley el “fascismo” es una etiqueta que debe vincularse esencialmente a una formación política distintiva producida por la dinámica del periodo de entreguerras en Europa, en las cuatro dimensiones descritas y como tal, parece inadecuada hoy y motivada exclusivamente por razones políticas de deslegitimar los oponentes de la extrema derecha y abogar por el voto del centro liberal (Riley et al., 2015).

Otra cuestión que tienen en común los analistas mencionados por Riley, es que sus analogías pocas veces se sitúan en una perspectiva histórica que permita una comparación adecuada. En vez de ello, apuntaba Riley, tratan el pasado como un “almacén de ejemplos inconexos” que se utilizan para elaborar cuentos moralizadores o construir criterios respecto a los que juzgar moralmente el momento actual. El procedimiento, según Riley, es similar a lo que Hegel llamó “la forma pragmática de la historia reflexiva”: el escritor busca “ejemplos de hechos positivos” (o negativos) sin situarlos en su contexto histórico, creando así una falsa inmediatez en la que el pasado aparece como una reserva de “lecciones”. Pero como advertía Hegel en la *Introducción general a la filosofía de la historia*, recordaba Riley, “nada es más superficial que eso”. En *El 18 de brumario de Luis Bonaparte*, añadía Riley, Marx desarrolló y refinó la crítica de Hegel sugiriendo que la forma pragmática podía convertirse en una fuerza histórica, como cuando “Lutero se puso la máscara del apóstol Pablo, cuando la Revolución de 1789 se cubrió alternativamente de la república romana y el imperio romano y cuando la revolución de 1848 no supo hacer otra cosa mejor que parodiar al 1789” (Riley, 2018). En otro lugar, unos años después, Riley añadía este comentario respecto al uso de las comparaciones históricas:

Las analogías históricas que la cultura selecciona para entender su presente político son reveladoras. La comparación Trump/fascismo ofrece una suerte de significante genérico para el mal político. No obstante de modo interesante [Trump] raras veces es emparejado con [otras] figuras específicas de la derecha radical. Las comparaciones a Hitler están de alguna manera más allá de todas las límites y de todo escrutinio, al igual que las a Mussolini visto en cambio como una figura cómica, por la desdenosa ignorancia que la mayoría de la clase opinante muestra hacia la historia italiana. En contraste a esto hay un hombre de izquierda con el que Trump está regularmente vinculado: Stalin. Dejando aparte la rareza e irrelevancia de este emparejamiento, todo esto sirve un propósito importante: invocar el fantasma del totalitarismo, el bálsamo de la *intelligenstia* liberal (Riley, 2022a: 19).

De igual manera comparar los acontecimientos nuevos con los acontecimientos pasados sin ofrecer el contexto cambiante o tomar en cuenta y/o resaltar las diferencias, lleva consigo una serie de riesgos. Tratar de captar lo sin precedentes a través de la referencia a lo ya conocido corre el riesgo de pasar por alto el hecho que debe existir una cantidad de elementos diferentes, muchas veces contingentes, para que ocurra un resultado parecido: la destrucción de la democracia, una atrocidad, etcétera. Igualmente los mismos resultados en la política, por ejemplo la persecución de las minorías étnicas y/o raciales o de migrantes y/o refugiados ocurre no solo por el racismo, la expansión global descontrolada, el imperialismo, las crisis financieras o el auge de los nacionalismos, sino surge más bien en diferentes momentos en la historia de una constelación particular de todas estas cosas, algo que en diferentes momentos históricos no solo tenía diferentes expresiones sino resultados diferentes, siendo el Holocausto un ejemplo más obvio de ello. Sus raíces contingentes y el desarrollo como una “radicalización acumulativa” de las políticas nazis (Browning, 2004), junto con su “detonante definitivo” que hasta hoy en día sigue siendo un objeto de debate entre los historiadores (véase: Browning, 2015; Mayer, 1988), no lo hace incomparable, pero sí resalta las facetas particulares que corren el riesgo de ser borradas con analogías fáciles. Lo mismo aplica a la historia del auge del fascismo que ha sido un resultado de una serie de elementos tanto conocidos y recurrentes en la política, como elementos contingentes y únicos que igualmente pueden tener paralelas, pero que bajo diferentes circunstancias pueden arrojar un resultado diferente (Riley, 2019: xx). Usar, o más bien abusar de las comparaciones, corre el riesgo de atribuir causas y resultados “obvios” y explicaciones fáciles a los acontecimientos o políticas que pueden ser moralmente aborrecibles, pero que pueden cobrar diferentes formas y tener diferentes impactos en diferentes momentos históricos. Uno de los puntos que hacía respecto al totalitarismo Hannah Arendt –la “uber-citada” pensadora en tiempos de Trump (Isaac, 2016) y una en la que muchos de los que comparatistas al fascismo se arropaban para “vender” la comparación de Trump a fascismo/nazismo y dar a su análisis las apariencias de “seudoprofundidad” (Moyn, 2020c)–, era que su “cristalización” no fue predecible, ni inevitable.

La importancia del contexto para las discusiones académicas y públicas es quizás mejor ilustrada por dos debates históricos que tenían en su centro la comparatividad del Holocausto como la llamada *Historikerstreit*, o la “disputa de los historiadores” que fue un conflicto decisivo que irrumpió en la República Federal Alemana (RFA) a mitades de los 80 sobre la comprensión que los alemanes tenían de sí mismos y en cuyo centro estaban las cuestiones de usos políticos del pasado en el presente y el tendencioso despliegue de las analogías históricas (Mercer, 2020). En un artículo de opinión titulado *El pasado que no quiere pasar* (“*Vergangenheit, die nicht vergehen will*”) en el diario Frankfurter Allgemeine Zeitung del 6 de junio de 1986, el historiador Ernst Nolte sostuvo que el Holocausto debía de verse a la luz de todo el siglo XX de la historia europea y lo trató de “explicar” comparando la exterminación de los judíos al exterminio de enemigos políticos en Rusia soviética tildando a Auschwitz como “una mera reacción al Archipiélago Gulag” preguntando, más bien en tono afirmativo, “si el asesinato de clase de los bolcheviques no era el precursor lógico y fáctico del asesinato racial de los nacionalsocialistas” (Nolte, 1986). En una respuesta a estas afirmaciones formulado en otra columna de opinión en Die Zeit, el filósofo Jürgen Habermas acusó a Nolte de minimizar la

culpa alemana e insistió en la naturaleza singular del Holocausto (Habermas, 1986), disparando todo un debate subsiguiente sobre la culpa alemana y su interpretación histórica que involucró a todos los principales historiadores de momento. Pero Nolte no se detuvo allí: su afán de comparar, e igualar en efecto, el nazismo y el comunismo estalinista lo llevó a relativizar el propio Holocausto y lo singular de él al calificar por ejemplo las cámaras de gas como un “mero apéndice técnico”. Como bien apuntaba Eley, este tipo de “tonterías flagrantes” no solo rozaron con el mismo *negacionismo*, sino que arruinaron el intento esencialmente correcto de historizar el Holocausto comparativamente (Eley, 1988; véase también: Evans, 1987). Lo que hacía particular al debate, era que la *Historikerstreit* irrumpió —con los participantes de izquierda enfatizando la singularidad del Holocausto y la incomparabilidad de Alemania Nazi o de Auschwitz con el sistema soviético y los historiadores tratando a blanquear la historia del nazismo y relativizar sus crímenes, ante todo mediante sus comparaciones con el comunismo—, en un contexto político de la rehabilitación de las fuerzas de la derecha y los esfuerzos del gobierno conservador de Helmut Kohl de “dejar atrás” a toda costa la Segunda Guerra Mundial. La respuesta de Habermas y otros en este sentido ha de ser vista como una reacción a argumentos particulares en un momento político muy particular. Para los conservadores, Kohl incluido, el deseo era seguir adelante, mientras que para las izquierda alemana, el ajuste de cuentas histórico con el Holocausto apenas estaba comenzando. Además el apogeo de la Guerra Fría y las configuraciones geopolíticas de aquella época hacían aquel momento bastante único. En cambio hoy en día el contexto en el que se desarrolla el mismo “debate sobre el fascismo” y en las que, mientras tanto, se desarrolló por ejemplo otro debate en la misma Alemania en torno al llamado “catecismo alemán” —el quizás mal denominado *Historikerstreit 2* (véase: Rosenfeld, 2021c)—, en el que una parte de los estudiosos abogaba por dejar atrás las prohibiciones de comprar el Holocausto con otros genocidios y crímenes masivos coloniales e ir más allá de su singularidad pero sin su relativización, mientras otros se oponían a esta suerte de “integración”, es muy diferente. El argumento de los comparativistas de hoy no buscaba absolver a los perpetradores del Holocausto sino más bien integrar este evento a la historia de la violencia colonial global de la que, no sin razones pero a la vez de modo miope, ha sido excluido. En este sentido, según los partidarios de los beneficios de comparar a Holocausto con otros genocidios coloniales, los enfoques comparativos e interdisciplinarios junto con la crítica de la raza, la teoría poscolonial y los proyectos de descolonización de conocimiento, ofrecen una oportunidad a repensar los métodos de funcionamiento del poder y la autoridad en general junto con sus diferencias, más que perseguir una particular agenda política (Moses, 2021a; 2021b; Rothberg, 2021).³⁸

Aunque hoy en día el número de historiadores que de manera inequívoca defiende la “singularidad” y la “incomparabilidad” del Holocausto es cada vez menor y en las últimas décadas las comparaciones de los crímenes nazis con otros regímenes aumentaron en el campo de estudio histórico comparativo (Traverso, 2020d: 123-125), el *Historikerstreit* sigue siendo un ejemplo y el principal punto de referencia de cómo se puede invocar la comparación histórica motivada ideológicamente para crear un ambiente político tranquilizador a fin de sacar una lección histórica exculpatoria. Igual que el *Historikerstreit*, también otros debates de la memoria y controversias históricas en Alemania estaban basadas en este tipo de esperanza o apuesta de que la investigación histórica puede tener efectos en el mundo contemporáneo más allá de la academia y de que pueda “tirar una línea” del uso aceptable del pasado en el discurso público (Mercer, 2020). Frente al actual “debate sobre el fascismo”, donde la amenaza de la extrema derecha resurgente, como en la República Federal Alemana (RFA) a mitades de los 80, también es un factor, esto nos deja con al menos dos observaciones: i). a diferencia del *Historikerstreit*, en el cual los historiadores conservadores usaban las comparaciones a fin de tratar de “normalizar” a Hitler y a las políticas del nazismo (pintándolos, por ejemplo, como una “reacción comprensible” a la “amenaza bolchevique” o comparándolo con otro regímenes políticos para crear impresión que se trataba de un régimen como cualquiera), ahora las comparaciones históricas al “fascismo” o a “Hitler” les servían a los intelectuales —historiadores, investigadores, periodistas, comentaristas, etcétera—, conservadores anti-Trump, liberales o izquierdistas para “abnormalizar” a Trump, sus políticas y su movimiento (trumpismo); ii). igualmente de modo inverso respecto al *Historikerstreit*, mientras allí quedó expuesto el motivado ideológicamente uso de las comparaciones históricas para crear un ambiente político tranquilizador y para sacar una lección histórica exculpatoria respecto a Hitler y el nazismo, aquí tenemos que ver con los, fuertemente motivados políticamente y vinculados con una agenda política específica, afanes por parte de los “alarmistas” de crear un ambiente político de “emergencia” y sacar, mediante el uso de las analogías históricas, una lección de historia condenatoria respecto a Trump y trumpismo (véase: Riley et al., 2015; Riley, 2018, 2019; Robin, 2017g, 2018b, 2020c; Moyn, 2020a, 2020b; Moyn, Priestland, 2017).

1.2. Comparaciones históricas y el pensamiento analógico

Ha sido Michel Foucault quien subrayó un punto de inflexión crucial entre comparaciones y el pensamiento analógico. Foucault afirma que hubo una vez una similitud entre el pensamiento y el mundo, entre el lenguaje y la realidad, una similitud en el modo de correspondencia que aseguraba la posibilidad de la verdad (o Verdad). Pero esta conexión específica entre signos y cosas significadas, una suerte de “legibilidad del mundo” y ontología tardomedieval y la correspondencia tradicional construida sobre ella tuvo que desaparecer y el significado estable, ha sido sustituido por una fluidez semántica, el cambio de episteme que tuvo el

³⁸ Si bien Habermas no entró en el “debate sobre el fascismo” —ni a favor ni en contra de comparar la extrema derecha contemporánea con el fascismo—, sí se pronunció sobre la *Historikerstreit 2* reiterando la centralidad del Holocausto para la memoria y la identidad alemanas de la posguerra, pero admitiendo a la vez que algunos puntos del “catecismo” ya no reflejan la composición cambiante de la sociedad, en la que más de una cuarta parte tiene raíces migrantes, muchas veces de regiones víctimas de violencia colonial. Así la memoria, sugirió Habermas, no debe permanecer “congelada”, sino evolucionar para incluir también otros traumas históricos como el colonialismo, la violencia racial y la migración (Habermas, 2021).

impacto en las comparaciones y su relevancia. Con el quiebre de la episteme anterior –formación conceptual de carácter histórico o, en otras palabras, un nuevo objeto de conocimiento que crea a su vez nuevos instrumentos y prácticas de conocimiento régimen de saber (véase: Foucault, 1998)– arribó la representación como epicentro del nuevo régimen (el paso de la episteme renacentista a la episteme clásica). Aunque no niega la existencia de una verdad última o superior, la era de la representación implicó inaccesibilidad a la esencia última de las cosas al anteponer la interpretación, dejando entre lo representado y su representación siempre una brecha ineludible, misma que rompe el lazo entre las palabras y las cosas. Como escribía Foucault:

La relación de lo significativo con lo significado se aloja ahora en un espacio en el que ninguna figura intermediaria va a asegurar su encuentro: es, dentro del conocimiento, el enlace establecido entre la idea de una cosa y la idea de otra (Foucault, 1998: 80).

La relación tradicional entre el pensamiento y el mundo, entre el lenguaje y la realidad, era una relación no comparativa, una correspondencia basada en una coincidencia ontológicamente a priori. Después de la era de la similitud, comparaciones habían ido ganando importancia porque el vínculo entre dos ontológicamente diferentes categorías fue sustituida por una comparación entre unos tokens de la misma categoría ontológica. En lugar de relacionar unidades de lenguaje con unidades de realidad, a partir de ahora uno podría comparar diferentes formas de articulación con modos alternativos de expresión y la analogía encontraba así un campo de aplicación universal en el cual, a través de ella, “podían relacionarse todas las figuras del mundo” (Foucault, 1998: 40). A principios del siglo XVII el pensamiento se desanida de la semejanza y entonces la similitud no es ya la forma del saber, sino, más bien, la ocasión del error, aunque lo que queda excluido de la episteme clásica no es la comparación –siendo esta una operación útil a todo pensamiento racional-analítico que da pie al establecimiento de la diferencia– sino la semejanza, como método de conocimiento probable e incierto, tan sólo alcanzable por medio de las confirmaciones sucesivas. La semejanza ya no *revela* más el ordenamiento del mundo, el cual ahora se constituye a través de la diferenciación por comparación (Foucault, 1998: 67-68). De ahora en adelante, toda semejanza será sometida a la prueba de la comparación, es decir, no será admitida sino una vez que se encuentre, por la medida, la unidad común o más radicalmente por el orden, la identidad y la serie de las diferencias (71). Según Foucault hay únicamente dos formas de comparación: la medida y el orden. La primera se establece con referencia a relaciones aritméticas de igualdad/desigualdad y la segunda se establece por relaciones de proximidad, sin referencia a una unidad externa a los elementos comparados. Estas devendrán en formas de discernimiento que conducen al establecimiento de la identidad y la diferencia; harán del análisis un método de valor universal que sustituya la jerarquía analógica. Asimismo, abrirán paso a la constitución de dominios clásicos interrelacionados como la *mathesis* –ciencia del orden calculable, cuyo método es el álgebra–, la *taxinomia* –ciencia de las articulaciones y de las clases establecidas por diferencias visibles– y la *génesis* –análisis cronológico de series empíricas sucesivas– que brindarán un conocimiento del orden mediante la estructuración de naturalezas simples o compuestas (69-90).

Así, “el orden de las cosas” ya no era interno a ellas, sino más bien, fabricado por clasificaciones que iban de la identidad a la diferencia por medio de los métodos comparativos y la comparación se convirtió así en todo un método. Este cambio ontológico aportó un componente decisivo a un desarrollo que tuvo lugar mucho más tarde en el que pensar analógicamente significaba develar el sentido de lo que se nos presenta en conexión con lo sensible, atisbar la complejidad del mundo a través del hallazgo de lo similar en lo diferente y descubrir la relación de proporción entre cosas distintas. La transformación de pensar en términos de sustancias invariantes para pensar analógica y comparativamente resultó ser una condición necesaria para el establecimiento de las ciencias naturales basadas en métodos (von Sass, 2021: 5). Esta concepción un tanto monolítica, como subraya von Sass, se puede descomponer en al menos tres subcategorías históricamente influyentes: i) la comparación como parte del método científico acompañado de enfoques experimentales, estadísticos y de estudio de casos para establecer proposiciones generales, en su mayoría empíricas, ii) la comparación como un funcionamiento cognitivo tanto en el trabajo científico, como en la vida cotidiana donde la comparación significa un procedimiento por el cual dos o más elementos se relacionan entre sí otro con el fin de determinar sus similitudes compartidas y diferencias específicas, iii) la comparación como un acto y proceso mental o como una parte importante de nuestra imaginación que vincula diferentes objetos entre sí. Así, la comparación se vislumbra como un facultad de la mente (Locke), una parte de nuestra cognición y pasiones (Hume), o una competencia de la mente humana más allá de la reflexión y la abstracción (Kant) donde no hay divisiones claras entre (i), (ii) y (iii), pero las tres subversiones sugieren, subraya von Sass, que cuando se trata de comparaciones “siempre estamos tratando con una estructura estable que se encuentra en marcos divergentes, ya sean científicos, operativos o mentales” (von Sass, 2021: 15).

Como apuntaba a mitades de los 50 el eminente historiador medieval alemán Josef Engel, “todo juicio histórico es un juicio analógico” (Engel, en: Toscano, 2010). En este sentido hacer analogías históricas es la segunda naturaleza del historiador y la mera dimensión cronológica de la historia –a pesar de ciertos problemas y ciertas resistencias dentro de la propia disciplina (véase: Krom, 2021: 3-4 y arriba)–, pide la comparación en el tiempo y hace del uso de las analogías históricas una técnica profesional espontánea para los historiadores. De hecho, la analogía es un componente inextricable de cualquier cognición que busque comprender y juzgar fenómenos que no son objetos de percepción directa, siendo una respuesta al problema de cómo algo lejano pueda ser pensable para nosotros hoy y una “vía de llegar” a ello. En la práctica del historiador –pero también de cualquier intelectual, periodista, comentarista, analista o cualquier persona que este comparando dos acontecimientos, personas o cosas de dos o más épocas diferentes–, este es un proceso bidireccional, en el que los paradigmas pasados se transponen al presente, del mismo modo que el presente sirve como marco móvil a través del cual capturamos el pasado. Así, la idea de que el pasado es capaz de ofrecer cierta información sobre el futuro no es nueva (Ghilani et al., 2017) y desde el punto de vista del razonamiento analógico histórico se cree que las analogías históricas no solo desempeñan funciones de diagnóstico al definir una situación y sus riesgos, sino también de pronóstico, al ayudar a evaluar posibles cursos de acción y predecir sus posibles consecuencias

(Khong, 1992). Tanto los historiadores (May, 1973) como los científicos cognitivos a menudo han deplorado las falacias lógicas y los escollos de razonamiento involucrados en tales “analogías predictivas”, pero también reconocen que las personas las encuentran “psicológicamente convincentes” (Ghilani et al., op. cit.). Es importante destacar que, para poder hacer tales predicciones basadas en la analogía, las dos situaciones deben percibirse como compartiendo similitudes clave en su estructura subyacente, de la siguiente manera: i) la situación A condujo al resultado B en el pasado, ii) la situación de hoy A’ es similar a la del pasado A, iii) por lo tanto, la situación actual A’ conducirá a un resultado similar B’. Este proceso, como apuntan Ghilani et al. implica emparejar la fuente/base (*tertium*) y el objetivo (*relate*) no sólo en términos de sus atributos superficiales (el A’ de hoy es como el B pasado), sino también en términos de su estructura causal subyacente respectiva (A es para B lo que A’ es para B’ aunque el B’ es una situación que aún no ha tenido lugar. Su ocurrencia futura solo puede predecirse asumiendo que los dos eventos comparados comparten la misma estructura causal subyacente, aunque, como bien subrayan Ghilani et al. la idea de que los recordatorios del pasado podrían hacer que algunos futuros parezcan más probables que otros ha permanecido en gran parte sin probar para eventos de la vida real (*Ibidem*).

Como apuntaba el sociólogo Alberto Toscano en una reseña de un libro de Luciano Canfora, uno de los preeminentes historiadores italianos clasicistas, dedicado precisamente al uso político de las analogías históricas en la actualidad, –o sea, en los tiempos de la posmodernidad en las que la sociedad se define, entre otros, por el “declive de la historicidad”–, la imaginación del mundo occidental sobre el tiempo histórico parece estar tendida “entre augurios de irreversibilidad y narraciones de obstinada repetición”, como demostrado en los años posteriores de la crisis financiera de 2008 por un debate acerca de las maneras en las que aquel crisis iba a repetir la secuencia de la Gran Crisis de 1929-1933. En este sentido, apuntaba Toscano, las “lecciones de la historia” tienden a proporcionar poca orientación, sirviendo como mucho como un conjunto de señales de advertencia, y si bien el propio pensamiento analógico se expresa en el viejo dictum *historia magistra vitae* (“la historia, la maestra de la vida”) no obstante muchas veces las analogías son inverosímiles o falsas y aun cuando son plausibles y pertinentes, se usan incorrectamente en un argumento. Aun así y a pesar de todas las condenas y celebraciones de la “amnesia posmoderna”, la cuestión de las similitudes y las diferencias entre el pasado y el presente³⁹ –y de su relevancia para la práctica política y la investigación histórica–, permanece presente en el orden del día.

Es justo aquí, frente a esta suerte de *deadlock*, donde el enfoque de Canfora resulta, según Toscano, particularmente útil en su afán de “salvar” la analogía tanto de su sobreuso como de las críticas del “campo antianalógico” en el que destacan los marxistas y los neomarxistas. La tendencia intrínsecamente antianalógica de ver la analogía como “un recurso de representación que sofoca la singularidad y la novedad, reforzando los prejuicios estandarizados de la doxa”, recordaba Toscano, encontró su lugar en la filosofía desde finales de la década de los 60 con los pensadores neo/post/marxistas como Gilles Deleuze o Antonio Negri⁴⁰ que, inspirados en Spinoza, privilegiaban las categorías de la inmanencia y el “acontecimiento” por encima de las “recurrencias” y “repeticiones de la historia”. El propio Marx, de hecho, era un gran enemigo del pensamiento analógico y del “pensar en imágenes”: como bien apunta Toscano, en el Volumen 3 de *El Capital* Marx famosamente advertía en contra de la “mera analogía formal” entre las economías agrícolas de la antigüedad y la agricultura capitalista “que resulta ser completamente ilusoria en todos los puntos esenciales para una persona familiarizada con el modo capitalista de producción” (véase: Marx, 1982: 729). El razonamiento analógico, en este sentido, era para Marx una antítesis del método dialéctico y del “verdadero método científico”: era imposible llegar a saber que era el simplemente por la vía de compararlo (y resaltar sus diferencias) con el feudalismo, sino mediante su estudio y escrutinio verdaderamente científico y la crítica.⁴¹ Aun así, frente a estas voces críticas, apuntaba Toscano, Canfora, que también por su parte se identifica como historiador marxista, defiende con fuerza “la capacidad de la analogía para impulsar transformaciones en la escala y el alcance de la investigación histórica”: para él, si bien las analogías pueden ser unas distracciones que alejan la reflexión crítica, pueden ser a la vez “puentes entre lo conocido y lo desconocido” cruciales; entre identidad y diferencia, abstracción lógica y experiencia vivida”. Al mismo tiempo, como apuntaba Toscano, Canfora subraya también la “relatividad” de las analogías: sus capacidades de iluminación son imposibles de separar de sus efectos ideológicos. La comprensión histórica es “un asunto partidista” ya que nuestro juicio sobre los hechos históricos,

³⁹ Como apuntaba Hans Morgenthau, una de las más importantes figuras en la teoría de las relaciones internacionales del siglo XX y el principal representante de la llamada “tradición realista”, como seres humanos somos propicios a razonar a través de las analogías, pero su uso representa grandes peligros, mayores incluso que el razonamiento histórico normal ya que es una situación en la que se tiene un acontecimiento histórico único que no ocurrió así antes y jamás ocurrirá así en el futuro; por otro este mismo acontecimiento tiene algunas características similares que nos hacen pensar en su significado para el presente, que a su vez, cobra sentido solo a la luz del acumulado conocimiento histórico. Y el problema está en que, según él, motivados por nuestras propias preferencias, dejamos alterado “el delicado balance” entre las similitudes y disimilitudes (Morgenthau, 1972). Es de notar que Morgenthau provenía de la escuela internacional opuesta a Kissinger y fue despedido de la administración de Johnson por sus crecientes críticas a la intervención en Vietnam, lanzada en su momento, como recordaba el mismo Morgenthau, entre otros precisamente, con la justificación de la comparación a “Múnich” (*Ibidem*).

⁴⁰ En 2019, Negri en uno de sus textos analizó en clave de “fascismo” al entonces presidente brasileño Jair Bolsonaro, el llamado “Trump tropical”, tildándolo de “un fascista del siglo XXI” (Negri, 2019).

⁴¹ El que décadas más tarde rehabilitó el “pensar en imágenes” para el pensamiento marxista al introducir una oximorónica figura de “imágenes dialécticas” fue Walter Benjamin pensado, entre otros, como un método de trabajo histórico (véase: Jeffries, 2016: 110-112). Para Benjamin, las “imágenes dialécticas” son también “imágenes de pensamiento” (*Denkbilder*), es decir, no sólo imágenes en el sentido estricto de fotografías, pinturas o películas, etcétera, sino imágenes que también son formas literarias o formas estéticas que ayudan a interpretar el pasado (experiencias, eventos históricos e ideas en su torno), en corto, todo un método histórico retomado posteriormente, entre otros, por Enzo Traverso (véase: 2021b).

especialmente si se expresa en su elaboración, está determinado por nuestra comprensión de ellos: una comprensión que se produce precisamente a través de la analogía en la que sumergimos dichos hechos. Una mala analogía puede oscurecer la singularidad del presente al subsumirlo bajo algún pasado paradigmático, o distorsionar los contornos de la historia a través de la retroproyección del presente. Un ejemplo de esto es como, según Canfora –apunta Toscano–, la victoria del Occidente en la Guerra Fría y el colapso del socialismo en 1989 trajo consigo no solo una “reevaluación analógica” de la Revolución de 1917, sino de su progenitora francesa de 1789, con las revoluciones en general fungiendo como “comparaciones negativas” y unas “macro-analogías” o “analogías de diagnóstico” (Toscano, 2010), siendo quizás el más famoso ejemplo de este tipo de analogía la invocación del Termidor que hace Trotsky respecto al estalinismo o uno de los mejor documentados, los paralelismos entre la violencia en Francia y en Rusia que traza Arno J. Mayer en su clásico estudio sobre la violencia revolucionaria (2000).

Especificando que el ejemplo principal que pone y analiza Canfora es de François Furet y su uso de las analogías para desacreditar toda la idea de la Revolución⁴², Toscano apunta que “en la medida en que las analogías albergan juicios (políticos), las luchas por el sentido histórico son también guerras de analogías” y sigue:

Canfora pregunta “si no son las revoluciones los acontecimientos más concebibles analógicamente, pero por esa misma razón, aquellos cuya imagen historiográfica es la menos satisfactoria”: las revoluciones también se vuelven opacas por las analogías, de tal manera que tanto los historiadores como los políticos revolucionarios encuentran especialmente difícil separar sus diferencias y repeticiones. Para Canfora, un buen político es aquél que puede abandonar una analogía una vez que ha perdido su poder para iluminar el presente. A la inversa, la persistencia de una analogía puede indicar que “los términos de la cuestión, los antagonistas, no las *dramatis personae* sino las fuerzas, siguen siendo las mismas”. Canfora señala aquí la recurrencia de la categoría de fascismo, tanto aplicada a regímenes contemporáneos al de Mussolini –en Alemania, España y Europa oriental– como utilizada después de 1945. En el caso de De Gaulle, la analogía sufrió sucesivas modificaciones: su ascenso al poder fue inicialmente vinculado por algunos a un *coup d'état* fascista, después comparado más juiciosamente con esa gran figura analógica francesa, el bonapartismo, hasta convertirse ella misma en la forma del gaullismo, en un modelo histórico posible con el que se pueden comparar proyectos políticos contemporáneos (Toscano, 2010).

Años más tarde escribiendo sobre el fascismo, en lo que ya podría considerarse tanto como una voz en el debate sobre lo apropiado de usar este término como en la misma discusión acerca de la utilidad de las analogías históricas, Toscano regresaría a la cuestión del razonamiento analógico, abriendo un ensayo sobre lo que él denomina como el “fascismo tardío” con este pasaje: “Quienes se encuentran viviendo tiempos de crisis y desorientación suelen buscar orientación en el pensamiento analógico” y apuntaba a un ejemplo de este tipo de pensamiento y el recurrir a la analogía a su vez en otro pasaje, de Franco Bifo Berardi, publicado originalmente como un post online pero repetido después de en una conferencia titulada *¿Nuevo fascismo?* con intervenciones, entre otros de Chantal Mouffe y Gáspár Miklós Tamás:

Como lo hicieron en 1933, los trabajadores se han vengado de quienes los han estado engañando durante mucho tiempo: los políticos de la izquierda reformista “democrática” (...) Esta “izquierda” debería ser tirada a la basura: han abierto el camino al fascismo al elegir servir al capitalismo financiero e implementar “reformas” neoliberales (...) Por su cinismo y su cobardía han entregado personas en manos de las corporaciones y los gobiernos de nuestras vidas. Al hacerlo, han abierto la puerta al fascismo que ahora se está extendiendo ya la guerra civil global que ahora parece imparable (...) La clase trabajadora blanca [sic], humillada durante los últimos treinta años, engañada por interminables promesas reformistas, empobrecida por la agresión financiera, ahora ha elegido al Ku Klux Klan para la Casa Blanca. Como la izquierda ha quitado de las manos de los trabajadores las armas democráticas de autodefensa, aquí viene la versión racista de la lucha de clases (Berardi en: Toscano, 2017).

Lo que le interesaba en este contexto, como apuntaba el propio Toscano, no era el uso de la misma analogía al fascismo –“usada acá con su pareja infraestructural: la crisis económica”–, ni analizar su poder cognitivo o estratégico, sino aprovechar la ocasión para reflexionar sobre lo que algunas teorías filosóficamente orientadas del fascismo propuestas en el siglo XX pueden indicar sobre el nexo contemporáneo entre política e historia, a menudo a través de determinadas des-analogías (Toscano, op. cit.). Más que responder a la pregunta “¿es esto [la nueva extrema derecha] fascismo?”, Toscano, con la ayuda de una lectura muy heterogénea de algunos autores como Ernst Bloch y Georges Bataille –y dejándose llevar por el análisis y las nociones *freudianas* del fascismo de Adorno como “deseo” y “pulsiones” que no siempre no obstante resultan fructíferas⁴³–, se proponía discernir algunos de los efectos de proyectar teorías del fascismo al presente y estudiar las “refacciones” generadas por este tipo de proyección analógica. Este tipo de óptica, según Toscano, “permite afrontar la peculiaridad de un fascismo sin movimiento, sin utopía; un fascismo que no reacciona ante la amenaza de la política revolucionaria, pero que conserva la fantasía racial del renacimiento nacional y la circulación frenética de un discurso pseudoclasista” (Toscano, 2017), para finalmente, en otro lugar,

⁴² El enredo entre la revolución y la analogía es particularmente complejo e intenso, ya que la primera, la Revolución francesa, aparece tanto como una especie de “singularidad”, una novedad radical”, como una extraña mezcla de arquetipo, modelo y referencia para las revoluciones posteriores. Para una historia intelectual del concepto de la “revolución” y el particular cambio de la percepción respecto a él post-1989, véase: Traverso, 2021b.

⁴³ Para algunas observaciones sobre los límites de la psicologización en los estudios del fascismo, una tendencia particularmente extendida en Estados Unidos (Steigmann-Gall, 2017b), véase notas de pie 80 y 263.

como ya hemos visto, en otro lugar interviniendo nuevamente en el “debate sobre el fascismo” Toscano parecía tomar una posición completamente diferente y apuntando una larga historia de hablar del fascismo desde la teoría antirracista radical negra en Estados Unidos, buscó explícitamente “liberar el debate del espectro de las analogías” y de alguna manera “limpiar el terreno de la discusión” contaminado, según él, por las analogías históricas con el periodo de entreguerras (2020), el enfoque que desarrolló más tarde en pequeño libro titulado *El fascismo tardío* (2023c). Estas observaciones de Toscano resultan particularmente interesantes. Aun cuando uno pueda dudar si hablar del “fascismo” o en este caso incluso del “fascismo tardío” (*late fascism*) como hace Toscano, sería lo más adecuado para el contexto político actual –tal vez la figura del “posfascismo”, precisamente un fascismo sin movimiento de masas, sin utopía, uno que no reacciona ante una amenaza revolucionaria y que no piensa en el futuro sino solamente lamenta por el “pasado perdido” tal como lo proponen Gáspár Miklós Tamás o Enzo Traverso sería lo más útil (véase: Capítulo 2., 2.1.4.)–, apuntar a los efectos y/o ciertas “refacciones” del uso de las analogías históricas resulta muy pertinente. Así, considerar los posibles efectos del uso de las analogías en general y las analogías al fascismo en específico permite prepararnos bien para el estudio del uso de este tipo de comparaciones considerando también previamente los efectos y los posibles *cul de sacs* del pensamiento analógico en general así como en caso específico del fascismo señalado por Toscano.

En este sentido resulta muy interesante también –y revelador para todo el “debate sobre el fascismo” y el uso de las analogías en él–, que ha sido justamente el mencionado al principio modelo *foucaultiano*, al que aludió Peter E. Gordon uno de los principales defensores de la validez de las comparaciones históricas en general y de comparar a Trump y al *trumpismo* al fascismo en particular, para tratar, el señalado ya por von Sass (2021), problema de “la incomparabilidad”. Para Gordon, ante todo, las afirmaciones sobre la diferencia no deben confundirse con las afirmaciones sobre la inconmensurabilidad: si uno dice que “A es como B”, presume hay un estándar común (o lenguaje o cultura) mediante el cual podría plantear legítimamente la cuestión de las similitudes o las diferencias, al igual que el hecho de que “A sea diferente de B” en ciertos aspectos no implica que no pueda haber una medida común mediante la cual puedan compararse. Aplicada a las ciencias humanas, escribía Gordon, la “tesis de la inconmensurabilidad”, la afirmación que los fenómenos discretos son únicos en sí mismos y no pueden compararse con nada más, tiene algunas consecuencias extrañas, ya que nos deja una imagen de la sociedad humana fragmentada en esferas discretas de tiempo o espacio, “como si A perteneciera a un mundo y B a otro”. A pesar de sus deficiencias, esta imagen, seguía Gordon, todavía goza de popularidad en las ciencias humanas, especialmente en la antropología, una disciplina que está particularmente marcada por sus orígenes imperialistas y ansiedades de imponer estándares distorsionadores a otras culturas y para la cual la “tesis de la inconmensurabilidad” ofrece una bienvenida liberación de estos problemas permitiendo al antropólogo rechazar las afirmaciones de supremacía occidental diciendo simplemente que “algo es inconmensurable”. La tesis de la inconmensurabilidad gozó también de un prestigio entre los académicos del mundo anglófono, recordaba Gordon, en las décadas de los 80 y 90 cuando las ideas postestructuralistas francesas estaban en auge y con muchos pensadores, siguiendo a Michel Foucault, postulando que las nociones de “ruptura” o “discontinuidad” acabarían desplazando los temas convencionales de progreso lineal. Para Foucault, siguiendo a su vez a filósofos de la ciencia como Gaston Bachelard y Georges Canguilhem, apuntaba Gordon, la ciencia moderna sólo se podría entender si se abandonaba el compromiso con las “grandes continuidades” en el pensamiento o la cultura y se recurría en cambio a “interrupciones” o “umbrales” que “suspendieran la acumulación continua de conocimientos”. En el mismo tiempo Foucault admitía que la noción de discontinuidad estaba dividida por una paradoja, ya que “permitía al historiador individualizar diferentes dominios, pero sólo mediante su comparación”, defendiendo a la vez su teoría de las “epistemes” (o “marcos de conocimiento”) (Gordon, 2020).

Cuando una “episteme” (véase: Foucault, 1998) cede ante otra, argumentaba Foucault, todo el esquema mediante el cual el mundo es entendible cede de repente y precisamente para que el cambio no fuera tan abrupto se debe abandonar las nociones de continuidad entre ellos. Como apuntaba Gordon, la teoría *foucaultiana* de las “epistemes” tenía un parecido notable con la “teoría de las revoluciones científicas” de Thomas Kuhn, ya que ambos, tanto Foucault como Kuhn, veían la ciencia como un camino no lineal, marcado por abruptos cambios de paradigmas, aunque finalmente, al abandonar su método “arqueológico”, el autor de *Vigilar y castigar* adoptó un método de “genealogía” que restableció un sentido de continuidad en las ciencias trazando, por ejemplo, un camino desde el confesionario cristiano hasta el psicoanálisis moderno. Aun así, apuntaba Gordon –y he aquí donde la cuestión de “continuidad” o “discontinuidad” en la ciencia se junta con las cuestiones de comparaciones y continuidades en la historia– muchos filósofos e historiadores postestructuralistas seguían que “el pasado es discontinuo con el presente” y que “su realidad no es algo que se pueda afirmar” y que “insistir en que las cosas sean de una forma u otra es un signo de ingenuidad ontológica”. Para tales historiadores –porque igual no a todos como lo ha demostrado por ejemplo el sonado choque entre Carlo Ginzburg y Hayden White⁴⁴–, escribía Gordon, lo único que es cierto son algunos hechos, que “los muertos están

⁴⁴ Carlo Ginzburg, no solo forjó un nuevo plan de investigación en marco de la llamada “microhistoria”, abogando y defendiendo una idea de la reducción de escala y un examen más detallado de los fenómenos centrándose en los individuos, en lugar de las grandes categorías de masas o clases, sino propuso también nuevos conceptos, como el “paradigma evidencial”, una gramática de la interpretación de índices que pudiera aproximarse a la verdad (Ginzburg, 1990, 1995). Así se opuso tanto a una historia cuantitativa convencida de alcanzar la “auténtica realidad” acumulando “munición numérica”, como a la historiografía relativista del “giro lingüístico” posmodernista y el llamado “neoespecticismo”, del cual uno de los principales representantes era precisamente White (1986, 1987; para más sobre la historia y el “giro lingüístico”, véase: Traverso, 2018b: 63-64; 2023c y Evans, 1999: 65-88). Para White, como no existía ninguna “verdad”, no había ninguna distinción tampoco entre una narrativa ficticia y una histórica y la historia se podía reducir a una narración como cualquier otra narración literaria, ya que tampoco existía ninguna “evidencia”, una postura que generó un fuerte rechazo de Ginzburg (véase: Ginzburg en: Friedländer, 1992). Uno de los puntos en el que chocaron era el Holocausto y su negación que si bien para White era moral y políticamente inaceptable,

verdaderamente muertos”. Pero si entonces apostamos por la discontinuidad y por la prohibición de comparar cada crimen se vuelve “único” e “incommensurable”: el mandato de “Nunca Más”, el lema acuñado en la época post-Auschwitz, pierde así, según Gordon, su significado ya que nada es comparable y nada puede suceder “otra vez” (Gordon, op. cit.).

Después de todas estas invocaciones filosóficas, Gordon finalmente se tornaba a refutar los argumentos de los “escépticos” que rechazaban las analogías de Trump y el trumpismo al fascismo, a base del argumento de que el “fascismo” es el término que puede nombrar una ideología históricamente distintiva, pero también “un estilo general” (una postura que resulta altamente problemática ya que en efecto diluye y des-especifica el sentido del término de “fascismo” fundiéndolo con cualquier expresión autoritaria y/o conservadora que con fascismo comparten cierto “estilo”, pero no esencia política). Según Gordon los escépticos como por ejemplo el politólogo y especialista en populismo Jan-Werner Müller rechazan las analogías contemporáneas con el fascismo por considerarlas erróneas (2016, 2019; véase también: 2022b), porque los propios regímenes autoritarios-populistas como la Hungría de Orbán, la Turquía de Erdoğan, la India de Modi o los Estados Unidos de Trump son conscientes de que el término conlleva un estigma intolerable y –en cierto modo– “han aprendido de la historia”. Pero este argumento, según Gordon, no refuta la analogía, sino que la confirma. Los nuevos regímenes pueden encontrar nuevas formas de adoptar las estrategias del pasado incluso aunque rechacen públicamente cualquier parecido:

Sin duda, ninguna comparación histórica es perfecta. Las diferencias entre el trumpismo y el fascismo son legiones: el Partido Republicano no tiene un ala paramilitar y sus leales al partido no han logrado capturar a los medios ni purgar a la oposición política. Lo más importante de todo es que hasta ahora la Casa Blanca no ha logrado promulgar una ideología coherente. Pero no hace falta “igualar”, como dice Müller, el populismo de derecha contemporáneo con el fascismo para discernir sus similitudes. La analogía permite una apelación más amplia al pasado político. El fascismo en el trumpismo es en gran medida una aspiración, pero las aspiraciones son reales (Gordon, 2020).

Emulando un poco la posición de Gordon y defendiendo la centralidad de la analogía para la investigación empírica en contra de los que ven el pensamiento analógico como pura clasificación de objetos y fenómenos a base de observaciones superficiales –pero igualmente apuntando más a los posibles problemas en el uso de las analogías–, Pryia Satia, subrayaba por su parte que si bien las analogías pueden ser invocadas de manera excesiva e inexacta, sobre todo las que aluden a episodios más abyectos del siglo XX, pero silenciar una analogía por consideración a la alteridad del pasado y lo que es particular y nuevo en el presente

corre el riesgo de negar la vida futura del pasado en el presente la forma en que ha estructurado el mundo que habitamos, la forma en que nuestra propia escritura, lectura y recuerdo ha dado forma y sigue dando forma a nuestras propias acciones (Satia, 2021).

Evitar las comparaciones con el fascismo europeo, apuntaba Satia, no nos da la libertad de comprender nuestro descontento actual en sus propios términos, sino

conserva intactas las anodinas analogías con la antigua Roma y Grecia que han legitimado el imperio liberal estadounidense y británico desde la Ilustración, cuando las invocaciones de la historia comenzaron a hacer historia. Peor aún, corre el riesgo de promover mitos del excepcionalismo británico y estadounidense. Al cambiar nuestro conjunto de comparación, podemos captar más claramente lo que hace que el presente sea diferente de lo que vino antes y la forma en que el pasado ha sido reutilizado habitualmente de una manera que inhibe la responsabilidad ética en el presente (*Ibidem*).

Si bien, según ella, las objeciones a la precisión de una analogía dada –en este caso del trumpismo al fascismo–, son correctas “dada la naturaleza irreproducible de toda historia”, pero la preocupación excesiva por la adecuación de una analogía nos distrae de los problemas más grandes y urgentes “que surgen al silenciar ciertos pasados en nuestro presente, como la historia de imperio y esclavitud” (*Ibidem*). Y tomando una posición ligeramente diferente frente a algunos críticos de la comparación al fascismo desde la izquierda, apuntaba que si la analogía del trumpismo con el fascismo “abnormaliza” a Trump como una aberración en la historia estadounidense, eso pasa solo si entendemos el fascismo como un mal único que no está relacionado con otros pasados inquietantes, pero una comprensión clara de la conexión del fascismo con el imperio, “la comparación del trumpismo con el fascismo podría inspirarnos a desafiar los mitos del excepcionalismo liberal que ciegan a tantos ante las realidades del imperialismo estadounidense y británico”, aumentado incluso la consciencia acerca de la “larga complicidad del imperio estadounidense y británico en la historia del fascismo”, “una comparación histórica que nos recuerda una conexión histórica” (*Ibidem*). Si, seguía Satia, algunos desaconsejaban la analogía fascista para el trumpismo por una preocupación –“en si misma arraigada en el pensamiento analógico”–, de que esta comparación permitiría la vigilancia y la militarización a nueva escala tal como lo hizo la invocación del “islamofascismo” después del 11 de septiembre (véase: Traverso, 2019a: 82-93), pero “ninguna lógica histórica necesaria condena todo grito fascista al mismo resultado” ya que “todo depende de nosotros y de nuestra comprensión del pasado” (Satia, op. cit.).

toda esta cuestión estaba igualmente afectada por la misma imposibilidad de distinguir si se trataba de una narrativa ficticia o histórica, el punto del que luego White desistió, concediendo que el Holocausto representaba un límite al relativismo en la historiografía (White en: Friedländer, 1992: 40; véase también: Evans, 1997; para un resumen de la visión de la historia de White desde el punto de vista de los estudios sobre el fascismo, véase: Stone D., 2021: 3-4 y 198-199).

Como bien apuntaba por su parte Michael Rothberg, precisamente en contexto de la controversia en torno a las analogías entre Trump y el fascismo, hay una diferencia entre las analogías trazadas en el nombre de la movilización política (por ejemplo, desde el antifascismo) y las analogías trazadas en el nombre de comprensión histórica (por ejemplo desde la academia): “la comprensión y la movilización poseen diferentes temporalidades, urgencias y modos de inversión afectiva, pero también se alimentan unos de otros (Rothberg, 2017). Si bien este punto parece legítimo, e ilumina “diferentes temporalidades” y disparidades en el uso de “fascismo” respecto a Trump, según los críticos del pensamiento analógico, este tipo de analogías nos hacía un flaco favor respecto a la comprensión de la verdadera anatomía política de Trump, ya que, como apuntaba por ejemplo Samuel Moyn, decir que “Estados Unidos se tambaleaba al borde del fascismo y tenía a un Hitler en ciernes ahora al timón” no era “ni exacto ni útil” y lección de estos últimos años era más bien que la analogía “requería una ética cuidadosa tanto para la comprensión como para la movilización” (Moyn, 2020a). Según Moyn, las comparaciones de Trump al fascismo (o a Hitler) omitían las diferencias críticas entre el fascismo histórico y el autoritarismo de Trump –siendo, escribía Moyn citando a Marc Bloch, el objetivo principal de la comparación, cuando es responsable, aislar lo que es singular y por lo tanto, necesita una nueva atención, apuntando a la vez a las diferencias– y resultaban “imprudentes” y “negligentes”. “Sin reconocer diferencias”, subrayaba Moyn, “la comparación es partidismo”. En cambio, Moyn pidió destacar tanto “la continuidad como la novedad”, añadiendo que si realmente queremos entender la era de Trump, debemos aceptar que Trump es “esencialmente estadounidense, la expresión de síndromes autóctonos y duraderos”. En esta lectura, las analogías ofuscan más de lo que revelan y hacen que no miremos directamente a nuestra crisis de la democracia. No obstante, insistía Moyn, “el pensamiento analógico por sí solo no puede el trabajo político de movilización que esperábamos que hiciera” ya que en lugar de esto lo único que hace es promover “la rectitud moralista y melodramática” y “hacer que nos deleitemos con nuestros propios miedos” (*Ibidem*).

1.3. Comparaciones históricas y la toma de decisiones políticas

Los politólogos han documentado diversas formas en las que los políticos y los tomadores de decisiones utilizan las analogías con el pasado (Ghilani et al., 2017). Como subraya Kornprobst, las actitudes políticas, como el apoyo a la intervención militar extranjera, se correlacionan con preferencias por analogías con eventos pasados específicos. Hacer que tales analogías estén disponibles también puede influir en las decisiones tomadas sobre un conflicto hipotético, alterar la representación en la memoria de un tema objetivo, inducir actitudes favorables hacia los grupos minoritarios o afectar la evaluación moral de los grupos contemporáneos. Por lo tanto, las comparaciones con diferentes eventos pasados pueden afectar las percepciones y juicios de una situación, tema o grupo. Al hacerlo, las analogías actúan en parte como “dispositivos de encuadre”, organizando la información que uno tiene sobre el presente de una manera que sea congruente con una fuente familiar (Kornprobst, 2007). Es importante recordar que, si bien las analogías históricas parecen comparar ostensiblemente dos eventos, de hecho se basan en representaciones específicas muy concretas de esos eventos que en sí mismas pueden ser un objeto de debate. Algunos eventos, como la Segunda Guerra Mundial o la guerra de Vietnam, tienen significados específicos y se consideran tan importantes para la identidad de un grupo que su nombre se convierte en un atajo para una variedad de representaciones, que a su vez cumplen funciones políticas. Si bien algunos significados del pasado tienen más consenso que otros, ninguno es fijo e inmutable: lo que significa el pasado y cómo se relaciona con el presente es, en última instancia, una cuestión de discusión (Ghilani et al., 2020). En la medida en que se acepta el pasado “como guía del presente”, quien logra imponer su interpretación del primero gana el dominio sobre el segundo. Esta es a menudo la razón de un feroz debate sobre las analogías históricas en el discurso político: diferentes partidos intentan imponer no solo qué evento pasado (por ejemplo, la Segunda Guerra Mundial versus la Guerra de Vietnam) debe considerarse relevante para el presente, sino también qué representación y/o interpretación de ese evento debe prevalecer. Por lo tanto, no es solo que la exposición a diferentes eventos pasados afecte los juicios sobre el presente, sino que también lo hagan ciertas variaciones en los significados de estos eventos y esos significados, o “lecciones”, son especialmente importantes cuando se trata de uno de los roles clave que desempeñan las analogías históricas: su poder predictivo (Kornprobst, 2007). Los estudios de casos en ese campo sugieren que el uso de las analogías históricas puede ser tanto un medio para justificar las propias acciones como una estrategia para la toma de decisiones frente a situaciones novedosas, inciertas y ambiguas (Khong, 1992). El caso de la política exterior estadounidense que tiene una larga historia de usar las comparaciones históricas y las supuestas “lecciones de la historia” para llevar a su nación a las guerras y para realizar tareas cognitivas y de procesamiento de información esenciales para la toma de decisiones políticas por la opinión pública, es así paradigmático en muchos aspectos respecto al uso de las comparaciones históricas para justificar la toma de decisiones políticas, sino uno que arroja una luz adicional a su uso general en la política en contexto de las comparaciones Trump y el trumpismo al fascismo.

Como señalan diferentes autores, tanto las guerras de Corea y Vietnam, como la primera y segunda guerra de Iraq han sido justificadas con el uso engañoso y/o altamente instrumental de las analogías a “Múnich” y a “Hitler” –en referencia al desastroso apaciguamiento (*appeasement*) de Hitler por parte del primer ministro británico Neville Chamberlain y el resto del “mundo libre” que facilitó un acuerdo que entregaba Checoslovaquia a los nazis 1938–, y la derivada de ellos “lección” y la necesidad de “no apaciguar a los tiranos” y prevenir “futuras atrocidades” (May, 1975; Khong, 1992; Macdonald, 2002). También otras administraciones estadounidenses en turno usaban esta analogía, sin mucha justificación, para explicar a sus ciudadanos de por qué “no podían doblarse” ante la Corea del Norte, para explicar los riesgos de “apaciguar a Fidel Castro en Cuba” o de por qué “iban a enfrentar a un ‘Múnich’ si no se oponían a la URSS en Alemania” (Macdonald, 2002). El 19 de julio de 1950 Harry Truman, instó al Congreso a desplegar las tropas estadounidenses en Corea del Sur, aliada con Estados Unidos, que había sido atacada por Corea del Norte, respaldada por las fuerzas comunistas chinas y soviéticas usando precisamente la analogía a “Múnich” y el hecho que, después del desastre de los años 30 marcado por la tolerancia inicial a las invasiones fascistas, ahora sí,

“todos aprendimos la lección de que no hay que apaciguar a los dictadores” (Khong, *Ibidem*). Al referirse a esta “lección” Truman estaba equiparando directamente la situación en la península coreana con la situación en la Segunda Guerra Mundial, sugiriendo que los estadounidenses deberían hacer ahora lo contrario de lo que hicieron los aliados antes: responder a la agresión con una fuerza contundente, porque solo una acción así conduciría a un mejor resultado que en el pasado (Khong, 1992: 28). Igualmente populares ante la opinión pública estadounidense eran otras analogías relacionadas con la Segunda Guerra Mundial. Durante la visita a Saigón en mayo de 1961, el vicepresidente Lyndon Johnson nombró al presidente de Vietnam del Sur, Ngo Dinh Diem, como el “Churchill de Asia” (una comparación que sin embargo no evitó que Diem fuera derrocado y asesinado en un golpe de estado facilitado por la CIA poco más de dos años después que marcó un punto de inflexión en la Guerra de Vietnam, llevando finalmente a la debacle). Unos años más tarde, ya durante la administración del propio Johnson, el gobierno estadounidense insistía en el uso de las mismas comparaciones explicando al público, tal como lo hizo el secretario de la defensa Robert MacNamara a los estudiantes en la Universidad de Harvard, que Estados Unidos en Vietnam “estaba batallando a los comunistas que eran análogos a los nazis” (sic), mientras Johnson y sus consejeros insistían que el comunismo era una “forma del nacionalsocialismo” (sic). Según este análisis, el comunismo en el Sudeste asiático representaba el mismo peligro que el nazismo en Europa, Ho Chi Minh, el presidente del Vietnam del Norte, a menudo estaba comparado a “Hitler” y el creciente involucramiento de Estados Unidos en la región estaba justificado explícitamente con las “lecciones de la historia” de los peligros de “apaciguar a los dictadores” y con tal evitar al “otro Múnich” (Khong, 1992: 55). De la política internacional las comparaciones de pronto saltaban también al terreno nacional cuando los mismos estudiantes en una ocasión acusaron a MacNamara de “fascismo” y éste a su vez, los calificó de vuelta igualmente como “fascistas” (por estar cerrados a sus argumentos). Tratando de capitalizar a su vez en los sentimientos anti-guerra a la hora de querer postularse para la presidencia contra Johnson, Robert F. Kennedy, exfiscal general de los Estados Unidos en el gabinete de su hermano John F. Kennedy, aseguró en una ocasión que lo que los estadounidenses estaban haciendo a los vietnamitas “era lo mismo que Hitler hacia a los judíos” (Kuklick, 2022: 157-158 y 163). No mucho después Kennedy, igual que antes su hermano, fue asesinado y las elecciones fueron ganadas por el candidato Republicano Richard Nixon. Su administración, tildada de “fascista” ritualmente por la izquierda estadounidense y que en muchos aspectos se vislumbra como un importante antecedente del trumpismo (Perlstein, 2015), estaba determinada a acabar la guerra en Vietnam por lo que el uso de comparaciones históricas para su justificación no figuraba entre sus necesidades centradas más bien en el silencioso retiro de tropas (Khong: 1992: 117).⁴⁵

Décadas más tarde en un discurso que explicaba “de qué se trata este asunto de Kosovo”, Bill Clinton justificó su decisión de bombardear Serbia, cuyo líder, Slobodan Milošević ha sido comparado ampliamente a Hitler, preguntando: “¿Qué pasaría si alguien hubiera escuchado a Winston Churchill y se hubiera enfrentado a Adolf Hitler antes?”. A su secretaria de Estado, Madeleine Albright, también le gustaba decir a los reporteros que “Múnich es mi forma de pensar” (Albright en: Bell D. A., 2016). En 2003 igual que su padre una década antes para justificar la Guerra en el Golfo, George W. Bush para justificar su propia invasión a Iraq tildó –de la mano con incontables intelectuales, columnistas y expertos (*pundits*) a lo largo del mundo–, a Saddam Hussein de “Hitler árabe” asegurando que “el terrorismo era como el fascismo, nazismo y totalitarismo”, mientras mentía sobre las conexiones entre Iraq y ataques de 11-S. Hablando del “Eje del Mal”, en clara alusión al “Eje” formado por Alemania, Italia y Japón, que “amenazaba al mundo libre” aseguraba que Estados Unidos “tenía el derecho a defenderse tal como lo hizo en la Segunda Guerra Mundial” (Kuklick, 2022: 181). “Eje del Mal”, fue de hecho el término inventado por David Frum, un periodista canadiense que en aquel momento trabajaba para la Casa Blanca escribiendo los discursos presidenciales para después volverse uno de los principales intelectuales del conservadurismo disidente anti-Trump que lo comparaba al fascismo (véase: Frum, 2021; para el análisis de esta columna, véase: Capítulo 3., texto #23). Frum en su momento no se detuvo allí, comparando igualmente, a fin de justificar retóricamente e “históricamente” la invasión a Iraq, a Estados Unidos con los imperios que en el pasado gobernaban la región: “una vez derrotado Saddam, los Estados Unidos gozarán de poder sin precedentes desde los tiempos otomanos, quizás romanos”, escribía en una ocasión (Frum en: Ali, 2003).⁴⁶ Respecto a Iraq, las comparaciones en referencia a la Segunda Guerra iban desde lo general hasta lo más específico, que parecían escogidas al azar, pero compartían el propósito común de empujar por la guerra y ocultar lo que realmente ocurría sobre el terreno. La periodista, comentarista e historiadora neoconservadora Anne Applebaum aseguraba que si bien “no le gustaban las comparaciones a Hitler”

⁴⁵ Resulta muy llamativo en este contexto que la noción de la “posverdad” que aparecía a menudo en el “debate sobre el fascismo” (véase: Capítulo 2., 2.1.3. y 2.5.) no solo tiene raíces estadounidenses, sino que fue acuñada para hablar de la reacción del público estadounidense a las mentiras gubernamentales que servían para justificar las intervenciones imperiales de Estados Unidos, las mismas, para las que se utilizaban instrumentalmente mencionadas arriba analogías históricas. Steve Tesich que inventó este término para hablar de un proceso en el que la gente decidió conscientemente a “poner de lado la verdad a expensas de la democracia” y “refugiarse en sus propios gobiernos mentirosos”, subrayó que este se remontaba precisamente a la administración de Nixon cuando la filtración de los llamados Papeles de Pentágono (*Pentagon Papers*) demostró que todos los presidentes estadounidenses involucrados en la guerra de Vietnam en su diferentes fases mentían al público sobre el carácter del involucramiento de Estados Unidos allí (y a lo que después siguió el escándalo de *Water Gate*). Otro impulso parecido, según Tesich, han sido las mentiras de la administración de Reagan y el escándalo Irán/Contra, cuando “el presidente percibió correctamente que el público realmente no quería saber la verdad, así que nos mintió”, lo mismo que fue el caso cuando George Bush Sr. mintió a los estadounidenses para justificar la Guerra del Golfo (Tesich, 1992).

⁴⁶ No todo sin embargo salió como lo planeaban los neoconservadores estadounidenses y la invasión a Iraq resultó ser un fracaso que trajo a millones de víctimas. Aunque años más tarde si bien Frum admitía que la guerra “salió mal”, aplaudía y defendía la decisión, lamentando solamente que el fracaso de la invasión “apagó el entusiasmo público por las nuevas guerras en otros lados” (sic) (Frum, 2023a), algo para lo que justamente iban a servir las mencionadas comparaciones históricas.

por perezosas y contraproducentes, según ella respeto a Saddam la analogía estaba “muy justificada” (Applebaum, 2002). Los belicistas, como por ejemplo el conocido columnista Max Boot –otro posterior comparatista de Trump al fascismo– usaban con predilección las analogías con la *Blitzkrieg* de Hitler, asegurando que “lo mismo sucederá en Iraq” (Boot en: Ali, 2003). Así Boot, no solo se ponía paradójicamente de lado de los nazis (sic), sino ignoraba por completo lo que sucedía después de que pasaba la aplanadora militar de Hitler (el exterminio, las represiones) o que pasó al final con el propio Hitler. Posteriormente a la invasión tanto Condoleezza Rice como Donald Rumsfeld comparaban la resistencia iraquí con *Werwolf* –una analogía de lo que hoy llamaríamos “falsa historia” (*Fake History*) (Gudonis, Jones, 2020)–, que a la vez agrandaba los planes y la propaganda de “último recurso” de los propios nazis y minimizaba la insurgencia anti-ocupación en Iraq, mientras, como precisaba en un texto el ex miembro del personal del Consejo de Seguridad Nacional de la era de Clinton, Daniel Benjamin, la realidad allí no tenía nada que ver con la realidad de la Alemania de la última fase de guerra (Benjamin D., 2003). En 2008 George W. Bush, en lo que se interpretó ampliamente como un ataque a Barack Obama, estaba criticando los “políticos que hablaban con terroristas y radicales”, comparándolos con aquellos que apaciguaron a Hitler en los 30 (véase: Applebaum, 2008). Siguiendo la misma tradición, en 2013, John Kerry, el secretario de Estado del gobierno de Obama, después de que, aparentemente, las fuerzas del líder sirio Bashar al-Ásad atacaran con armas químicas a las fuerzas opositoras sirias, lo comparó a “Hitler”. Como apuntaba ciertamente uno de los columnistas con este gesto retórico el equipo de Obama perseguía no la claridad ni la explicación, sino –tal como lo señalaba Khong respecto al uso de la analogía al Múnich (1992) – apostaba a la ignorancia: la ignorancia del contexto histórico y de los hechos históricos básicos, por parte de los medios, los miembros del Congreso y el pueblo estadounidense, que pensaban que se iban a dejar convencer y manipular fácilmente por las analogías a “Hitler” y a “Múnich” (Sottile, 2013).

Dada toda esta tradición del uso de las comparaciones a la Segunda Guerra Mundial para influir en la toma de las decisiones políticas en Estados Unidos, no extraña que la comparación a “Hitler” y al “fascismo” han sido también una de las más preferidas para referirse a Trump. Así, como subrayaba Rosenfeld, las comparación de Trump a Hitler les servían a los “alarmistas” (véase por ejemplo: Snyder, 2017a) tanto para oponerse a sus políticas corrientes, sean internacionales o domésticas, como para “pronosticar futuros peligros” (Rosenfeld, 2018). Mientras tanto los “escépticos” argumentaban que las comparaciones de Trump a Hitler eran tendenciosas y contraproducentes (véase por ejemplo: Auslander, 2016; Berman, 2017; Parfitt, 2017; Schutte, 2016), algo que en los ojos de algunos de ellos, significaba “oponerse a la normalización del pensamiento sin ningún criterio y a la demonización del discurso público” (Bures, 2019). Lo hacían a base del argumento que Trump simplemente no era ni un nazi, carecía una ideología clara y una visión del mundo (*Weltanschauung*) clara (véase: Riley, 2019: xvii; de Grazia, 2020) y a la vez, como subrayaba en otro lugar Rosenfeld, veían la misma comparación a Hitler, como: i) tácticamente equivocada, ii) en violación a la Ley de Godwin⁴⁷, iii) trivializante respecto a la memoria del Holocausto y/o las demás víctimas del nazismo, iv) ser un llamado de alerta falso (“*cry wolf*”), v) alienante respecto a los votantes de Trump “normales”, vi) posiblemente generadora de violencia (Rosenfeld, 2019).

En este sentido resultaba paradójico que la analogía a Hitler, usada tan frecuentemente después de 1945 para influir la toma de decisiones políticas en Estados Unidos, era justamente la principal analogía cuyo efecto era terminar los argumentos, no para ampliarlos. Marcar e imponer una división política, no para fomentar el debate, ofreciendo así elementos reales para una decisión libre y razonada. Una vez que alguien introduce a “Hitler” en un debate, evoca la “última forma del mal”, poniendo a su oponente en una posición indefendible terminando en efecto la discusión ya que nadie en su sano juicio diría “que se opone a una guerra contra Hitler” o que “quisiera estar con él” (Rosenfeld, 2018). Este modo de “influir” en el debate público se hizo visible también en la prensa occidental y en el discurso de los políticos a la hora de la invasión de Rusia a Ucrania en 2022 –y anteriormente después de la toma de Crimea y el estallido de la guerra en el este de Ucrania (2014)–, cuando Vladimir Putin a menudo ha sido tildado como “un nuevo Hitler”, un dirigente que presidía “un nuevo régimen fascista”, a menudo por los mismos intelectuales y comentaristas que hablaban de “fascismo de Trump” (véase: Snyder, 2022d; Stanley, 2022c) y cuando sus acciones a menudo

⁴⁷ Frente a un sobreuso de las comparaciones a Hitler en las discusiones en el internet naciente, en 1990 el abogado y bloguero Mike Godwin propuso la llamada “Ley de Godwin” que estipulaba que cuanto más persistiera un debate en línea, mayor sería la probabilidad de que alguien mencionara a Hitler combinada igualmente con la noción relacionada –conocida como el corolario de Dodd–, de que quienquiera que invocara primero a Hitler automáticamente perdía el debate y la discusión se interrumpía, con lo que la utilidad de dicha Ley –que posteriormente fue retomada por los comentaristas para la demás discusión pública–, radicaba en ayudar a evitar las comparaciones históricas en general y las a los nazis en particular, siempre que estaban infundadas, inflamatorias, demasiado hiperbólicas y retóricamente excesivas (Rosenfeld, 2014: 335-336; véase también: Parfitt, 2017). Aun así, en 2015 el mismo Godwin, suspendió su Ley explícitamente respecto a Trump: “¡Claro! Compárenlo con un nazi, solo asegúrense que saben de qué están hablando...”, escribió (Godwin, 2015), repitiendo unos años después, en el contexto previo a la campaña presidencial de 2024, el mismo llamado y exhortando a la gente a que “su Ley no los impida a comparar a Trump con Hitler” (Godwin, 2023). Un antecedente de la Ley de Godwin ha sido el “*reductio ad Hitlerum*”, una figura acuñada en los 50 por Leo Strauss, un destacado filósofo de la política conservador estadounidense de origen alemán, para denominar una estrategia argumentativa simplista que busca invalidar el argumento de otra persona sobre la base de que la misma idea o un conjunto de ideas han sido promovidas en su momento por Hitler o los nazis –como por ejemplo que “todos los vegetarianos son nazis”, porque Hitler también lo era o que promover al Estado de bienestar equivale al nazismo porque los nazis también lo hacían, etcétera–, y opera a base de la de culpabilidad por asociación usada a menudo para descarrilar los argumentos porque tales comparaciones tienden a distraer y enojar a los oponentes. En cambio, *reductio ad Hitlerum* no incluye argumentos que se refieren o critican los componentes políticos específicos del nazismo o el fascismo como por ejemplo la “*Führerprinzip*” (primacía de un líder supremo), o cuando usan su historia para iluminar el argumento en vez de distraerlo (Teninbaum, 2009).

han sido comparados a la toma del *Sudetenland* por los nazis, mientras las reacciones de los que “no se le oponían lo suficientemente” han sido comparados rutinariamente a un nuevo “Múnich” en un afán de cerrar las filas en torno a Ucrania y justificar el involucramiento de los gobiernos occidentales en el apoyo incondicional a Kiev (D’Eramo, 2023). No obstante otros especialistas en fascismo que hablaban de Trump y del trumpismo en esta clave como por ejemplo Federico Finchelstein, aconsejaban a desechar una vez por todas “las desorbitantes metáforas de ‘Múnich’ o ‘Weimar’” ya que “el fascismo a cuyo regreso estamos asistiendo (sic), no es el que alguna vez existió: el pasado nunca es el presente” (Finchelstein, 2017: 13) y, años más tarde, se oponían a analizar la propia guerra en Ucrania con el uso de las comparaciones a la Segunda Guerra Mundial por ser estas “tendenciosas” y “engañosas” (2022b).

Anticipando todas estas voces críticas, el historiador estadounidense David A. Bell, profesor de la Universidad de Princeton, en un excelente ensayo sobre el uso político de las analogías históricas, publicado a principios de 2016, en un momento cuando las comparaciones de Trump al fascismo ya estaban bastante presentes en el discurso público, pero en el cual el propio Trump es mencionado solo una vez en referencia a su “promesa de decapitar a los líderes del ISIS” (véase: Bell D. A., 2016), anotaba que “comparar todas las amenazas modernas con la Segunda Guerra Mundial es, simplemente, “una tontería neoconservadora” ya que “no todo es Múnich o Hitler” (*Ibidem*). Apuntado a que nuestra cultura “sufre de una suerte de ‘exceso de la consciencia histórica’” –del que la conocida y analizada por varios autores “fascinación” con los nazis y el nazismo es una parte importante (véase: Sontag, 1980; Evans, 2005: 15-16; Evans, 2015a; Smith, 2020; Raskin, 2023)–, algo que a primera vista puede, como apuntaba Bell, parecer paradójico ya que la opinión pública estadounidense, según las encuestas se muestra gravemente desinformada respecto a la historia, pero que a la vez es cierto, tal como lo demuestra el “exceso” y la “saturación” de la analogías históricas en el discurso público:

El problema no es ni siquiera que las personas que invocan estas referencias se equivocan sobre la historia (aunque a menudo lo hacen). El problema es que se equivocan sobre el presente, viéndolo insistentemente a través del prisma del pasado que cada vez tiene menos relevancia para los principios del siglo XXI. De hecho, incluso el vocabulario utilizado para hablar de asuntos exteriores –en primer lugar, las palabras “guerra” y “paz” en sí mismas– viene cargado de significados históricos que son cada vez más obsoletos y que distraen. Las referencias que ya desorientaban hace una generación, hoy se han vuelto peligrosamente absurdas. Las supuestas ‘lecciones de la historia’ se han vuelto prisioneras, en lugar de habilitantes. En este sentido, realmente sufrimos un exceso de la historia (Bell D. A., 2016).

La historia en cuestión, la que aparece “usada en exceso”, es casi exclusivamente, bien apuntaba Bell, precisamente la historia de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) que se ha apoderado de manera singular de nuestra imaginación política colectiva (Bell D. A., op. cit.). Por un lado esto no ha de extrañar: en estos años y en los que la han precedido con el auge de fascismos en Europa y guerras civiles e imperiales a menor escala en varias partes del globo, el mundo experimentó un espasmo de violencia y crueldad de enorme magnitud que incluyó el Holocausto, los horribles bombardeos aéreos de ciudades (incluidos los bombardeos atómicos) y enormes pérdidas humanas (unos 27 millones de víctimas solamente en la URSS). Ante todo esto, Estados Unidos movilizó recursos y el mayor porcentaje de su población para el servicio militar que en cualquier otro conflicto desde la Guerra Civil (1861-1865). Así, como recordaba Bell, para los estadounidenses, esta historia, vista desde el punto de la memoria colectiva (de la que por cierto quedaron borrados ciertos episodios como el internamiento y maltrato de estadounidenses de origen japonés o el bombardeo nuclear de Hiroshima y Nagasaki), acabó proporcionando “una lección moral” singularmente clara y atractiva: con Adolf Hitler volviéndose el sinónimo y símbolo de la maldad absoluta (*Ibidem*). Al mismo tiempo los que arriesgaron sus vidas para derrotarlo cobraron el estatus de “héroes puros”, mientras aquellos que trataron de apaciguarlo ganaron solo desprecio. Así, seguía Bell, los estadounidenses de hoy, no tienen ningún problema en ponerle la cara concreta a la “estupidez” y la “debilidad” en los asuntos internacionales: es la del primer ministro británico Neville Chamberlain, “con un paraguas en la mano, mientras agitaba un papel en el aire a su regreso de Múnich en 1938 y proclamaba ‘la paz en nuestro tiempo’”. Con esto no solo cualquier político populista que sale a suscitar odios nacionales o étnicos acaba tildado automáticamente de “fascista” o “nazi”, sino que la analogía a “Múnich” se volvió parte integral del vocabulario de los funcionarios y políticos estadounidenses para hablar de “nuevos desafíos extranjeros” y justificar las acciones contra supuestas amenazas análogas a Hitler y denunciar el supuesto apaciguamiento de tales amenazas. El problema no obstante con este tipo de comparaciones y referencias que según Bell se han apoderado por completo de la imaginación de los políticos y comentaristas estadounidenses, es que “tienen la capacidad de introducir un tufillo apocalíptico teñido de azufre en cualquier debate político” y hacer –en el sentido “performativo” de Austin (1981)–, que con hablar de “Múnich” o del “fascismo” “la manecilla del reloj siempre salta a un minuto para la medianoche” y “es solo cuestión de tiempo antes de que los bombarderos diezmen sus ciudades, los tanques crucen sus fronteras y millones de sus ciudadanos perezcan” (Bell D. A., 2016.).

La inmensa ironía de este tipo de comparaciones, como con perspicacia apuntaba Bell y algo de lo que por lo general parecen no darse cuenta los que invocan a “Hitler” o a “Múnich” o el fantasma de la Segunda Guerra Mundial para librar las nuevas guerras, es que precisamente aquellos eventos y el terrible saldo de aquella guerra –junto con su final nuclear–, garantizaron y en buena parte siguen garantizando que nada parecido, ni de cerca, volviera a repetirse después de 1945 (algo cementando cuando la URSS obtuvo finalmente su propia bomba atómica que hacía una confrontación a gran escala poco probable). Aun así, ni siquiera después del fin de la Guerra Fría, en la que la URSS servía para el Occidente como el sustituto del “mal” representado anteriormente por la Alemania nazi, este tipo de analogías no cayó en desuso: la toma de Crimea por Rusia en 2014 a menudo ha sido comparada con la toma del *Sudetenland* por los nazis, Vladimir Putin, entre otros por la propia Hillary Clinton, al “nuevo Hitler” y a todos los políticos que no estaban lo suficientemente fuertes frente a él, a “nuevos Chamberlains” (Bell D. A., op. cit.), anticipando de este modo toda la ola de analogías a la Segunda Guerra Mundial que se pudo observar

después de la invasión rusa a Ucrania a principios de 2022 (véase: arriba). Y si bien es fácil, apuntaba Bell, criticar e incluso reírse de las incesantes invocaciones de la Segunda Guerra Mundial en nuestra política, es importante darse cuenta “que este lenguaje erróneo y tendencioso es en realidad solo parte de un malentendido conceptual más amplio” (Bell D. A., op. cit.). Las palabras que más usan los medios, los comentaristas y los políticos para describir el mundo extraño y confuso de hoy ya simplemente no reflejan las realidades en las que vivimos, algo nos debería apremiar a reevaluar en general todas las analogías históricas que acostumbramos a usar y buscar nuevos términos que mejor reflejen el presente:

Busque nuevas palabras que describan con mayor precisión el tipo de conflictos y desafíos que enfrenta hoy Estados Unidos en el mundo. Deje de ver estos desafíos a través de la lente de la Segunda Guerra Mundial, como si pudiéramos derrotar a ISIS con una nueva versión de la Operación Overlord [la invasión de los Aliados a Normandía en 1944], u ordenar un bombardeo masivo y exitoso contra el programa nuclear de Irán sin consecuencias graves. Borre la palabra “Múnich” una vez por todas de nuestro vocabulario político. Recuerde, el año es 2016, no 1938 (Bell D. A., op. cit.).

Aun así, después de haber hecho su propuesta, desgraciadamente, apuntaba Bell, sería ingenuo creer que solo con “arreglar” los conceptos y la terminología se resolverían todos los problemas. La imprevisibilidad y la incertidumbre de los desafíos que pueda enfrentar cualquier país –en este caso Estados Unidos–, hacen que sea imposible resumirlos en una sola palabra, aunque sea nueva y “mejor” (*Ibidem*). Y si alguien se atreviera, cualquier sea la nueva terminología, apuntaba Bell, tendría que captar sobre todo la disparidad entre la fuerza física masiva que domina Estados Unidos y su incapacidad de hacer uso de esta fuerza, algo que hace que el país parezca –una metáfora que quizás cobra un nuevo significado en la era postpandemia– “una persona que intenta matar virus con un martillo”. Es de allí, según Bell, que los medios y los políticos no tienen ningún deseo de reconocer abiertamente esta impotencia y les resulta mucho más fácil “pretender que todavía vivimos en un mundo en el que el nivel de fuerza militar convencional es lo que importa” y en el que “podemos ganar batallas claramente definidas e imponer una paz claramente definida” (Bell D. A., op. cit.). Es por eso, que no extraña que, según Bell, tantos estadounidenses prefieran fingir que el año sigue siendo 1938 –junto con la activa “amenaza fascista” en cada esquina–, “y el mundo es mucho más predecible y controlable de una manera que ya no lo es el mundo de 2016” (*Ibidem*). Con todo esto, concluía, “podemos esperar que la Segunda Guerra Mundial siga siendo una parte central de nuestro vocabulario político mucho después de que cualquiera que realmente recuerde el conflicto ya haya muerto” (*Ibidem*).

Dicho todo esto, finalmente hay una última cuestión que tiene que ver con el uso de las analogías históricas y la toma de decisiones, pero que permanece muy poco estudiada y abordada, aunque resulta igual de mayor importancia para pensar en el uso de la analogía al “fascismo” o a “Hitler” respecto a Trump, sobre todo en su función de “movilización política” (véase: Rothberg, 2017). Frente a una considerable cantidad de estudios dedicados al uso de las analogías y las comparaciones históricas en la toma de decisiones por las élites políticas y su impacto en la opinión pública respecto a las intervenciones armadas (véase: May, 1975; Khong, 1992; Shimko, 1994; Hoogland, 2004; Kornprobst, 2007), la importancia de las analogías históricas para informar las actitudes políticas de los ciudadanos por ejemplo a la hora de votar –siendo uno de los argumentos de los “alarmistas” el afán de comparar Trump y el trumpismo al fascismo o a Hitler precisamente para influir en los votantes a fin de pararlo “cuanto antes” en las urnas (véase: Rosenfeld, 2019)–, parece que ha recibido mucho menos atención. Hay pocos estudios acerca del impacto del uso de tales analogías respecto a los políticos y los partidos de la extrema derecha y su impacto en el electorado y de cómo los debates en torno a las analogías históricas pudieran determinar el apoyo a ellos, al igual que no hay ningunos estudios que nos digan que impacto han tenido las comparaciones al fascismo en las decisiones de los votantes en las elecciones presidenciales de 2016 y 2020 en Estados Unidos (Bessner, 2023b). Una notable excepción de esto es un interesante artículo de unos investigadores holandeses que argumentan que hay muchas razones para esperar que las comparaciones históricas en efecto desempeñen un papel importante en la configuración del análisis de un tomador de decisiones políticas, influyendo así en sus opciones electorales. Su enfoque ha sido una analogía histórica específica, entre la ideología de los partidos colaboradores nazis en Holanda y la ideología de los partidos de extrema derecha actuales en este país, y un tipo de reacción a esta analogía: el juicio moral. Al examinar las maneras en las que la analogía histórica con los partidos políticos del pasado afecta el apoyo a los partidos políticos en el presente –en este caso al apuntar a una analogía histórica entre la ideología de los partidos holandeses pro-nazis del pasado y la ideología de extrema derecha holandesa actual–, los autores han podido demostrar la asociación negativa respecto al apoyo concreto electoral y la capacidad de influir al cambio de la decisión electoral (Smeekes et al., 2014). Como han subrayado estos autores, establecer una analogía histórica entre el nazismo y los puntos de vista antiinmigrantes de los partidos contemporáneos de extrema derecha afecta el apoyo a ellos mediante lo que denominan como una “transferencia analógica histórica de la inmoralidad”, un proceso en el que los recuerdos colectivos de tales eventos se transmiten a través de comunicaciones interpersonales (por ejemplo a través de la comunicación de los abuelos vivos) o institucionales (por ejemplo la educación). Así, en un escenario electoral, han podido comprobar el clásico funcionamiento de la analogía histórica en el que una situación relativamente bien entendida (el pasado nazi de los antiguos partidos colaboradores en Holanda), hace inferencias sobre una situación más ambigua (el presente de la extrema derecha holandesa contemporánea) y donde el conocimiento de eventos pasados se utiliza para dar sentido a situaciones actuales. Determinaron que dicha “transferencia de la inmoralidad” funciona para transferir los juicios negativos sobre las políticas pasadas como el antisemitismo nazi al presente en caso específico de los puntos de vista antimusulmanes.⁴⁸ Y demostraron que trazar esta analogía reduce el apoyo electoral a la extrema derecha, concluyendo

⁴⁸ Como veremos más adelante (1.5.), de manera reveladora para la función de este tipo de comparaciones (“puntiagudas”), un término parecido –“transferencia de la evidencia moral”–, sirve, en otro contexto, por ejemplo para hablar de las analogías entre el Holocausto y el trato de los animales por los seres humanos (von Sass, 2021: 161).

así que las analogías históricas –al menos en caso específico de Holanda–, tienen importante impacto para determinar las actitudes de los votantes en escenario del auge de la extrema derecha moderna (Smeekes et al., op. cit.).

Si bien este planteamiento y los resultados de la investigación mencionada resulta interesante –al confirmar que efectivamente hay una correlación entre comparar a la extrema derecha a sus ancestros colaboracionistas nazis y la toma de las decisiones electorales–, no queda claro si y como el mismo proceso de la “transferencia analógica histórica de la inmoralidad” y el uso del juicio moral negativo respecto al “fascismo” y/o al “nazismo” en vistas de disminuir el apoyo a la extrema derecha, podría funcionar por ejemplo en Estados Unidos. Las dudas acerca de lo “transferible” de esta “transferencia analógica”, surgen sobre todo, frente a las diferencias de la historia política de ambos países: la virtual inexistencia de lo que pudiera denominarse como “fascismo estadounidense” o sea, un verdadero movimiento fascista autóctono en Estados Unidos, salvo unos grupos marginales y aislados, con el cual se podría vincular inequívocamente a Trump y al trumpismo en la búsqueda de este tipo de “transferencia de la inmoralidad”. Si bien para algunos estudiosos tales conexiones existen y algunos han intentado deslegitimar precisamente de este modo a Trump, para otros, Estados Unidos históricamente careció del fascismo autóctono y no hay una conexión directa entre Trump y trumpismo de hoy y los pocos grupos existentes fascistas o filonazis de ayer (para este debate véase: Capítulo 2., 2.6. y 2.7.). Además –salvo la historia contrafáctica de la novela y/o serie *El hombre en el castillo* (véase: nota de pie 172)–, Estados Unidos no fue, como Holanda, un país ocupado por los nazis donde hubo fuerzas colaboracionistas que luego han tenido sus herederos políticos directos en los partidos de extrema derecha post-1945. La realidad es que –como bien apuntaba en un lugar Mark Mazower, un historiador británico especializado en historia de Europa del siglo XX y profesor en la Universidad de Columbia en Nueva York, poniendo explícitamente en duda la utilidad general de las comparaciones al fascismo en Estados Unidos como “una lente” para entender la política en este país–, mientras Europa hoy en día habita un “universo posfascista”, en Estados Unidos este tipo de legado histórico y de memoria simplemente no existe (Mazower, 2024).

Así, para que este tipo de “transferencia analógica” sea efectiva en Estados Unidos tendría que referirse a alguna fuerza política de extrema derecha del pasado que tuviera vínculos con las fuerzas políticas de hoy. El Ku Klux Klan (KKK) –si ya no hubo ningunas fuerzas fascistas ni colaboracionistas reales–, podría venir en mente, una organización tildada por algunos estudiosos de “proto-fascista” (Paxton, 2004: 49 y 201; véase también: 2.1.2. y 2.6.), pero este siempre ha sido un agrupamiento sin un peso real en la política nacional (al igual que tantos otros agrupamientos fascistas o filonazis) y sus diferencias con los movimientos fascistas europeos con creces superaban las analogías (Amann, 1986). Y dada la particular historia de Estados Unidos con su expansión colonial de asentamientos, la historia del racismo institucional, la esclavitud y la agresión imperial, todo de lo que históricamente se nutrían las propias fuerzas fascistas, pero que en caso estadounidense cobró formas particulares y corrió por causas políticamente distintos, constituyendo en efecto el pasado profundamente enraizado, “normalizado” y nunca realmente confrontado y “trabajado”, tal como por ejemplo fue el caso de Alemania y/o de algunos otros países europeos que en su tiempo colaboraron con los nazis –con todas sus limitaciones y puntos ciegos de estos proceso de reconocimiento histórico (véase: Traverso, 2022c)–, hacer este tipo de “transferencia” que pudiera influir en la toma de decisiones políticas, sería una tarea difícil, si no imposible. En efecto, aquí Holanda y Estados Unidos constituyen dos casos incomparables. Un buen ejemplo de lo irrealizable de una tarea así, sería intentar hacer dicho tipo de transferencia –ante la falta de una conexión directa entre algún movimiento fascista estadounidense del pasado y la política contemporánea–, enfocándose por ejemplo en alguna figura extremista como el presidente Andrew Jackson (1829-1837), un racista arduo, defensor y promotor de la esclavitud y de la exterminación de los pueblos indios (*Trial of Tears*) y un político con el cual efectivamente se había identificado Donald Trump, una vez estando en Casa Blanca: sería una tarea inútil, ya que Jackson, representando todo el mencionado pasado “tóxico”, “enraizado” y “no trabajado” de Estados Unidos, es a la vez una figura que goza del prestigio en todo el espectro político, tanto entre los líderes y seguidores del Partido Republicano como del Partido Demócrata. Steve Bannon colgó en la oficina oval el retrato de Jackson, pero antes de también lo tenía allí por ejemplo Bill Clinton. Y su abrazamiento por Trump no tuvo ningún efecto negativo, más bien legitimador, en los ojos de los estadounidenses (Peterecz, 2018), y este precisamente ha sido el objetivo de abrazar el “jacksonismo” por su parte.

1.4. Contexto político e intelectual y el lugar de las comparaciones históricas

¿Por qué, en la tercera década del siglo XXI, el pasado pesa tanto sobre el presente? ¿No se suponía que la historia “llegó a su fin”, como sugirió el teórico político Francis Fukuyama justo cuando la Unión Soviética se acercaba a su disolución (véase: Fukuyama, 1989, 1992) y la democracia liberal, sustentada por el capitalismo de mercado, iba a “triunfar”? ¿No nada de lo que tenemos hoy de vuelta –la extrema derecha, el nacionalismo, el fascismo, junto con sus “contrapartes” del siglo XX, el socialismo y el comunismo– simplemente ya no iba a existir?⁴⁹ Según esta lectura *fukuyamista*, o para ser más específico, según algunas lecturas de esta lectura (véase: Traverso, 2006: 11), el futuro después de la Guerra Fría sería, o al menos debería, ser moldeado por la marcha serena de un liberalismo globalizador, avanzando a través de las fronteras cada vez obsoletas en el mundo. No obstante las cosas no resultaron así. El universalismo implícito en la visión del mundo de Fukuyama se hundió en medio de las guerras ruinosas y las crisis financieras. La globalización provocó nuevas y enormes desigualdades dentro de las

⁴⁹ Sintomáticamente su ensayo *¿El fin de la historia?*, el texto que precedió su sonado libro del mismo título, Fukuyama usaba el término “fascismo”, pero, como subrayaba, “dadas sus abusos frecuentes como un término que sirve a denunciar a todo y todos a la derecha del usuario”, lo empleaba en “sentido más preciso” como un “movimiento ultranacionalista con pretensiones universalistas con respecto a su derecho de gobernar a otros pueblos”, algo con lo que por ejemplo “Japón imperial calificaría como fascista, pero Pinochet en Chile o Stroessner en Paraguay ya no” (Fukuyama, 1989).

sociedades; las autocracias envalentonadas demostraron ser resistentes a los vientos de cambio que se suponía que las iban a barrer. Mientras tanto, las democracias occidentales cayeron en una especie de letargo. La apatía política y el desencanto y una fragmentación cada vez mayor en el panorama político, resultó en el fortalecimiento de la derecha de la política, materializado en una serie de victorias electorales de grupos, partidos y programas que habrían sido “inimaginables” hace apenas pocos años, como la victoria del propio Trump. Las fuerzas ganadoras de la globalización han sido reducidas al “cosmopolitismo corporativizado liberal” que carece de cualquier vitalidad y la autenticidad, siendo incapaz de ofrecer nada a los votantes y formando parte más bien del problema que de la solución (véase: Haider, 2016). El antiliberalismo está en marcha, y con él llegaron los llamados a acabar con el orden prevaleciente y hacer que la nación sea “grande de nuevo”.⁵⁰ El nacionalismo lleva siempre consigo una fantasía del futuro, de un mundo “renacido” y “renovado”, pero sobre todo trae un enorme bagaje del pasado o más bien de sus propias visiones de él. Así, la historia, lejos de terminar, se volvió en sí misma, en una sugerente figura elaborada de manera bastante esclarecedora por Enzo Traverso, “el campo de batalla” en una era global febril, obsesionada con “movilizar el pasado” (véase: 2006: 9-29). La historia no solo “regresó”, sino “regresó con venganza” (Steinmetz-Jenkins, 2020) e incluso “aceleró”, tal como lo admitieron incluso algunos de los que anteriormente repetían el *mantra* de su “fin” (véase: Applebaum, 2020). Hasta el mismo Fukuyama se vio forzado a rectificarse y aceptar las limitaciones de su formulación original. Admitiendo que sus predicciones sobre el “fin de la historia” no se cumplieron, señaló un factor clave que, según él, subestimó y no se imaginó en aquel momento: la posibilidad de la desintegración/degeneración política de las democracias desarrolladas “desde adentro” y el hecho que estas “pudiesen retroceder”. La presidencia errática de Donald Trump, su doble juicio político ante el Congreso, “tonterías” (sic) como el *Russiagate*, el ataque al Capitolio, acusaciones de fraude o manipulación electoral han socavado la pretensión de Washington de dar lecciones de democracia al mundo y el “poder disuasorio de Occidente”, anotaba Fukuyama. Y seguía:

“Historia”, como la usé en mi artículo de 1989 *¿El fin de la historia?* y mi libro de 1992 profundizando en el tema, no se refería a hechos sino a esa estructura subyacente: la historia con “H” mayúscula, lo que en el lenguaje actual se llamaría modernización o desarrollo. Desde por lo menos finales del siglo XVIII, una corriente importante en el pensamiento occidental sostuvo que efectivamente había un proceso histórico universal y progresivo que se desarrollaba a lo largo de los siglos, a diferencia de puntos de vista anteriores que sostenían que la historia era cíclica o simplemente un proceso aleatorio. Esta línea de pensamiento plantea dos preguntas separadas: primero, ¿existe la historia en el sentido de modernización y, segundo, si es así, hacia qué tipo de sociedad apunta? La primera pregunta es bastante fácil de responder; el segundo es mucho más complicado (Fukuyama, 2022).

Fukuyama, lo que a menudo queda olvidado, igualmente pensó que el fin de la historia, no era un “ideal”, sino una época de decadencia que “apestaba” y en la que las mediocridades –“el último hombre”, que está en el pocas veces notado subtítulo de su libro– subirían a la cima. El ejemplo de este tipo de mediocridad que daba en 1992 era... Donald Trump (sic), en aquel entonces ya un conocido magnate inmobiliario neoyorkino, símbolo de mal gusto y de la *dégringolade* (Fukuyama, 1992). Pero más allá de estas anécdotas, coincidencias y afanes del propio Fukuyama a aclarar lo que quería decir antes y que de esto es salvable para hoy, lo más sintomático, por no decir irónico, es que los mismos círculos liberales de los viejos “gurreros de la Guerra Fría” (*Cold War Warriors*), representados por ejemplo Timothy Snyder, el historiador estadounidense y uno de los principales comparatistas de Trump al fascismo (Baird, 2023; para el análisis de las columnas de Snyder, véase: Capítulo 3., textos #7, #8, #9, #16), que en su momento como tantos otros parecían “relegar la historia a la historia”, hoy están en la vanguardia de ir haciendo las incesantes comparaciones históricas, empujando de hecho paralelamente una agenda intelectual de resucitar una suerte del “liberalismo de la Guerra Fría” (véase: Steinmetz-Jenkins, 2020, 2021).⁵¹ Así, si bien muchos vieron el

⁵⁰ Tanto Roger Griffin, como Stanley G. Payne, dos destacados expertos en fascismo, apuntan al “ultranacionalismo” como uno de los principales elementos del fascismo (Griffin, 1991; Payne, 1980). Quizás el término más apropiado para ir entendiendo los nacionalismos de las nuevas extremas derechas de hoy sería el “nacionalismo integral” –un concepto originado en Francia a finales del siglo XIX, teorizado por Charles Maurras y diseminado por la *Nouvelle Droite* francesa–, con su énfasis en el “declive nacional” y “decadencia” y la necesidad de “renacimiento”, algo que por su parte Griffin denominó como “palingenesia” (Griffin, 1991: 26) y donde el racismo predominante, como por ejemplo en el trumpismo, es mejor entendido como “su suplemento interno” (Balibar, Wallerstein, 2011: 55). Si la irrupción del nacionalismo en los últimos años es efectivamente algo sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial, muchos intelectuales, y buena parte de la izquierda, han ido alertando sobre su posible retorno: Jürgen Habermas acuñó y promovió en Alemania una alternativa a él, el llamado “patriotismo constitucional” (*Verfassungspatriotismus*) (Habermas, 1986), oponiéndose incluso la reunificación de Alemania que iba a poder “despertar los viejos demonios” tal como antes quedó demostrado en caso del *Historikerstreit* (véase: Traverso, 2022c). Igualmente Pierre Bourdieu ha sido muy crítico al nacionalismo: hablado del *habitus* y su dimensión corporal con sus pulsiones, denunciaba las “pasiones nacionalistas” o más bien el “esencialismo nacionalista cuyo límite es el racismo”, haciendo a la vez un guiño a los “nacionalismos reactivos” de las naciones dominadas con su “ruptura crítica” (Bourdieu, 1999: 237-238).

⁵¹ Snyder, incluso, en un afán de distanciarse de estos viejos clichés intelectuales como “fin de la historia” introdujo una figura de la llamada “política de la inevitabilidad”, en referencia a la “idea de que algún tipo de fuerza externa va a garantizar que las cosas que deseamos realmente sucedan” (Snyder, 2018a), asegurando, igual que el propio Fukuyama (2022), que la guerra en Ucrania nos enseñó una vez por todas que fue un error creer “que el capitalismo, la democracia y la libertad han sido triunfantes” o “que en Europa ya no habría guerra” (Snyder, 2022b). Si bien este tipo de deslinde podría parecer oportuno, el hecho de que provenga de las élites intelectuales atlantistas –del que Snyder es uno de los máximos representantes–, no deja de hacer ruido. No solo

final victorioso de la Guerra Fría en Occidente como un triunfo ideológico definitorio que anunciaba la llegada de una era “poshistórica”, en la que las guerras y las revoluciones sanguinarias serían “una cosa del pasado”, no pasó mucho tiempo para que el “fin del fin de la historia” se hiciera evidente tanto en el ámbito geoestratégico como en el político-cultural. La nueva noción prevaleciente de que la realidad emergente de Huntington se limitaría principalmente a las guerras asimétricas entre estados e insurgencias terroristas en tierras lejanas fue desmentida por las guerras de cambio de régimen de Estados Unidos en el Medio Oriente, y más recientemente por la guerra de Rusia contra Ucrania, reavivando no solo la propia Guerra Fría sino también la división de Europa entre Oriente y Occidente. En el plano doméstico ante el fracaso reformista del centro político y la socialdemocracia en Europa y las secuelas de la crisis económica (véase: Haider, 2016), el auge de la extrema derecha ha hecho añicos las fantasías que el nacionalismo puede ser domesticado con subsidios y la historia empezó a “contraatacar” en todos los frentes con un gran número de comentaristas e intelectuales asegurando que nuestra comprensión de la “policrisis” actual –la desglobalización, la competencia entre Estados Unidos-China, el revisionismo agresivo de Rusia, la crisis del capitalismo de 2008, el auge de la extrema derecha y populismo, Brexit, etcétera– se beneficiaría enormemente de la invocación de las analogías históricas relevantes. Pero la suposición determinista de que “las analogías (son) la clave para comprender nuestro futuro”, algo que puede ser trazado a pensadores reaccionarios como por ejemplo Oswald Spengler, estaba extendiendo el concepto de la analogía al ámbito de la profecía (Ben-Ami, 2023).

Al mismo tiempo, como bien apuntaba Enzo Traverso, el colapso del “socialismo realmente existente” y la desaparición de la URSS, antes de que la corta duración de la época poshistórica y postpolítica se hiciera evidente, no solo han tenido las consecuencias que desembocaron en la generalizada crisis de la izquierda que, acorde con el predominante relato *fukuyamista* resultó ser “cosa del pasado” y entró en un estado de “melancolía” (Traverso, 2021b, 2018a), sino en los diferentes usos que se hace del pasado para narrar los desarrollos políticos del presente. Si bien, antes de 1989 el principal uso estructurado de este tipo de narrativa fue elaborado a partir de la frontera entre el “fascismo” y el “antifascismo”, una narrativa dominante la Europa de la posguerra sea de la tradición republicana conservadora-liberal o comunista, este uso o relato del pasado construido desde la izquierda politizada fue eclipsado por la narrativa del liberalismo triunfante post-1989, la cual propició una curiosa oposición entre el “mundo libre” (apolítico y desideologizado) y el “fascismo” (politizado, ideologizado y arcaico). Y el triunfo de esta narrativa, propia de un ethos liberal metamorfoseado en el neoliberalismo, consistió en crear una equivalencia efectiva entre la izquierda y el fascismo, entendidos como dos extremos “radicalizados” y “politizados”, ambos identificados con el nacionalismo y el totalitarismo, instaurando paulatinamente la idea de que la izquierda también podría llegar a ser “fascista”. Según Traverso, esta es precisamente la narrativa que dicta que el –supuesto– “retorno del fascismo” que presenciamos, es todo aquello que no se identifica con la democracia del libre mercado, es decir: el populismo, los partidos de extrema derecha o el terrorismo islámico (2019a: 135). Aun así, para Traverso –que recordaba a la vez la citada ya advertencia de Marc Bloch que las comparaciones han de captar tanto las semejanzas como las diferencias entre las épocas– el ascenso de las derechas radicales no vuelve obsoleto sino, más urgente la necesidad de un abordaje comparativo, pero que no obstante debería siempre tomar en cuenta las diferencias del contexto ya que pensar la posibilidad del fascismo en el siglo XXI, no significa pensar en el fascismo que existió en el periodo de entreguerras, algo que sería solamente “una búsqueda mecánica de paralelas” y “un ejercicio estéril”:

Un continente que ha conocido setenta años de paz casi ininterrumpida no puede expresar la misma política “brutalizada” que afectó a Italia, Alemania o España durante las décadas de los 20 y 30. Buscar los Filippo Tommaso Marinetti, Ernst Jünger y Carl Schmitt, estetas de la violencia y teóricos del “Estado total”, en Europa de hoy sería tan anacrónico y vano como deplorar la ausencia de un filósofo de la acción comunicativa como Jürgen Habermas, o de un pensador de la justicia como John Rawls en la Italia de 1922 o en la Alemania de 1933 (Traverso, 2016a).

En este sentido, para Traverso, Trump, Bolsonaro o Salvini pueden ser comparables y recordar a Hitler o a Mussolini solo de modo que el Napoleón III recordaba a su tío, Napoleón I, moviéndose “de la tragedia a la farsa”, como en la vieja fórmula marxiana de la repetición de la historia (véase: 1.1.). Al mismo tiempo, escribía Traverso, el auge de la extrema derecha no es la única analogía entre el mundo de hoy y el del periodo entreguerras: la ausencia de un orden internacional como resultado del fin de la Guerra Fría y su mundo bipolar, las sucesivas oleadas de una crisis económica –siendo la crisis financiera de 2008 un momento que disparó entre los políticos, los analistas y los comentaristas toda una serie de comparaciones históricas a los años 20 y 30–, que de modo parecido que la Gran Crisis, aunque en mucha menor medida, alimentó el nacionalismo, la xenofobia y el racismo, podría ser otra referencia comparativa, pero igualmente con todas sus limitaciones y diferencias que habría que tomar en cuenta. A diferencia del periodo de entreguerras hoy por ejemplo no existe ni la amenaza de la revolución ni del comunismo que ha sido uno de los principales “factores movilizantes” del fascismo –que en palabras del propio Mussolini, fue “una revolución en contra de la revolución”–, y hoy la clase trabajadora (desde luego su parte “blanca”) ya no es un sujeto revolucionario, sino parte de una “comunidad nacional” que necesita, según la nueva extrema derecha ser defendida de los efectos de la globalización (Traverso, 2019e). Es justo este contexto, que según Traverso marca el surgimiento de la nueva extrema derecha a escala global y

cuando hace unos 80 años Walter Benjamin propusiera en sus *Tesis sobre la historia* (1940) de que la historia no es lineal, acumulativa y que no se puede “predecir”, fue tachado de “hereje”, sino por ejemplo cuando en el contexto del colapso de la URSS, precisamente a contrapelo del optimismo reinante, Eric Hobsbawm, se atrevió a hacer su propia predicción y pintó el panorama de la post-Guerra Fría lleno de guerras, enormes desigualdades, desastres ecológicos y otras ruinas del neoliberalismo (véase: Hobsbawm, 1994: 558-585), todo lo que estamos observando hoy, ha sido ridiculizado por los historiadores liberales y conservadores, entre otros por Tony Judt, amigo y mentor de Snyder, que junto por ejemplo con François Furet, lo regañaron por su “obstinación”.

debe ser visto no como un retorno al “fascismo clásico”, sino como el auge de un fenómeno completamente nuevo que tiene ciertas continuidades pero a la vez muchas rupturas con el pasado y al final se entiende mejor por contrastes, que por las semejanzas. Así la nueva extrema derecha pudo haber perdido “muchos de los viejos hábitos fascistas”, pero no es un componente “normal” de nuestros sistemas políticos y aún tampoco se convirtió en algo completamente nuevo. Ya no es “fascista”, pero al mismo tiempo tampoco podemos definirla sin compararla con el fascismo: es un fenómeno híbrido que Traverso propone llamar “posfascismo” (Traverso, 2019a, 2019d; para más sobre este concepto, véase: 2.1.4.).

En una de las más penetrantes reflexiones acerca de la pertinencia y el lugar de las comparaciones históricas hoy en día en el contexto preciso del “debate sobre el fascismo”, Michael Rothberg, un profesor de literatura comparada e investigador especializado en temas de memoria y Holocausto de la Universidad de California, Los Ángeles, apuntaba que “tomarse en serio las comparaciones y analogías históricas es importante” porque, para bien o para mal, “con frecuencia son la base de poderosas memorias culturales que ayudan a producir identidades individuales y colectivas y porque inevitablemente juegan un papel en la comprensión histórica y el movimiento político” (Rothberg, 2017). Si bien, seguía Rothberg, “las figuras históricas y los movimientos políticos no se repiten exactamente” y si incluso existen algunas similitudes “sus significados cambiarán debido al cambio de contexto en el que aparecen y se desarrollan” (*Ibidem*). Y si bien la comparación histórica puede ser una fuerza movilizadora importante por ejemplo frente a las políticas racistas de Trump en Estados Unidos o de Kaczyński en Polonia, hay que recordar también que “todos estos movimientos populistas vienen con su propias políticas de memoria y olvido”, escribía Rothberg. Al mismo tiempo, buscar las analogías históricas para ellos puede ser de ayuda para entender sus políticas actuales, pero solo si nos fijamos tanto en ciertas continuidades, como en las rupturas de la historia (*Ibidem*). Además, anotaba Rothberg, lo que hay que distinguir es el uso de la comparación en nombre de la comprensión histórica del uso de la comparación en nombre de la movilización política (por ejemplo en nombre del antifascismo) ya que ambos poseen diferentes temporalidades, diferentes urgencias y diferentes modos de “inversión afectiva”, pero también se retroalimentan entre sí: ambas formas de comparación, escribía Rothberg, son necesarias en nuestro momento porque, sobre todo desde la izquierda, hay una urgente necesidad de comprender tanto los rápidos cambios que se están produciendo en la política como de movilizar una gran coalición para cambiar la dirección de estos desarrollos (*Ibidem*). Por lo tanto, seguía Rothberg –el punto en que concordaba también Steven Forti al enfatizar la importancia y los beneficios de “comparar horizontalmente” a las nuevas extremas derechas para resaltar principios ideológicos compartidos y similares estrategias políticas y comunicativas (Forti, 2022)–, la comparación histórica debe hacerse tanto horizontalmente (sincrónicamente) como verticalmente (diacrónicamente), en un afán de comprender a la vez la situación local con referencia a “los desarrollos históricos globales en una variedad de las diferentes situaciones y contextos nacionales” ya que muchos de estos contextos no son solamente comparables de manera abstracta, sino que están materialmente conectados: “las conexiones transfronterizas son tanto ideológicas como materiales” ya que “la derecha política actual es radicalmente nacionalista, pero también está interconectada transnacionalmente”. Aunque sin duda hay patrones comunes, el papel de la comparación, según él, debe funcionar más bien para resaltar las distinciones y “etapas” en las que se encuentran diferentes fuerzas de extrema derecha: puede que algunas parezcan estar ya en la era fascista, mientras otras estarían apenas en las primeras etapas de una transición incierta –una observación que parece insertarse en la mencionada noción del “posfascismo” de Traverso–, algo que hace de este tipo de la “comparación horizontal” y/o “presentista” una tarea incluso más urgente y beneficiosa en la coyuntura actual que las analogías históricas que apuntan hacia atrás en busca de una comprensión o deslegitimación de estas fuerzas al vincularlas con las políticas moralmente condenables (Rothberg, 2017). Además, según Rothberg, el verdadero punto de comparación no debería ser entre Trump e Hitler o entre el Partido Republicano y los nazis, sino entre la coyuntura del ascenso al poder de Trump y la coyuntura que dio a luz los movimientos fascistas históricos. Los puntos en común –los verdaderos puntos de comparación– entre estas diferentes épocas, son la crisis de la democracia y sus vínculos con las crisis del capitalismo al igual que los fracasos de la oposición liberal o socialdemócrata (con el movimiento comunista hoy inexistente) y la aparición de figuras líderes tan autoritarias como Trump. En este sentido, para Rothberg, el principal peligro no es la repetición directa del nazismo/fascismo, sino la conformación y la existencia de nuevas formas de la política antidemocrática que son productos tanto de una crisis global del orden neoliberal dominante, que ha sido apoyado por partidos políticos de todo el espectro político, como de los fracasos generales de la izquierda en capitalizar esa crisis y en ofrecer narrativas y alternativas contrahegemónicas (*Ibidem*). De modo parecido, Geoff Eley, uno de los más elocuentes defensores y proponentes del uso del término “fascismo” hoy en día –que abogaba de paso a cambiar el debate sobre el tema de las meras “advertencias” sobre el carácter “fascista” de la nueva extrema derecha a identificar los sustentos estructurales que en la política contemporánea dan lugar a la discusión sobre el fascismo– argumentaba que mucho más importante que saber si la etiqueta “fascista” se pueda o no aplicar a este o aquel político en particular, era preguntarse sobre “el tipo de contexto en el que se planteaba tal cuestión” (Eley, 2017). Después de señalar que no tenía sentido a trazar las “equivalencias directas” entre la política de la extrema derecha de ahora y la política de los fascistas de entreguerras, Eley apuntaba más bien a las cuestiones del contexto que dan lugar a esta discusión: los problemas de la crisis de representación y de la fe en la democracia, combinada con el descontento económico. Como apuntaba Eley, dado que una serie de crisis han sacudido el triunfalismo liberal en las últimas décadas y han producido nuevas fuerzas antidemocráticas, todavía tenía sentido hablar de “fascismo”, aunque las nuevas formas de reacción no representaban el regreso al pasado, sino “una mutación nueva” y “políticamente creativa” (*Ibidem*).

Tratando de encontrar por su parte una respuesta a la popularidad de las comparaciones históricas a la historia de Alemania de Weimar, el Tercer Reich o a la Segunda Guerra Mundial en general y al auge del uso de la palabra “fascismo” en tiempos de Trump en particular, Daniel Bessner, un historiador y profesor de estudios internacionales en la Universidad de Washington apuntaba al importante contexto de la crisis del liberalismo en la que este auge tuvo el lugar:

En mi opinión, la principal razón por la que el discurso sobre el fascismo ha alcanzado últimamente un crescendo es que, por primera vez en casi un siglo, el liberalismo se encuentra en crisis. Las promesas utópicas hechas en las décadas de los 90 y a principios de los 2000, cuando los liberales afirmaron que estábamos en el “fin de la historia”, no se han hecho realidad. La economía se ha derrumbado varias veces. La desigualdad ha aumentado. Los intentos de Estados Unidos de promover la “democracia” en el exterior han fracasado ya que Europa del Este, que alguna vez fue el lugar del mayor triunfo del liberalismo, se ha inclinado hacia la derecha. Y la grosera victoria de Trump indicó que muchos estadounidenses están cansados de adherirse a las normas liberales de compromiso e intercambio. El liberalismo es más débil de lo que ha sido desde la Gran Depresión (Bessner, 2023b).

En contraste con esto, apunta Bessner, durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX, el liberalismo se mantuvo vigoroso porque fue capaz de definirse frente a un enemigo comunista, presentado como el principal obstáculo que se interponía en el camino hacia, como aseguraban los liberales, un mundo más próspero y más libre. Pero el comunismo –un factor y una diferencia de épocas importante a la que apuntaba también Traverso– ha sido derrotado y desapareció como enemigo y treinta años después, escribía Bessner, “todo se ve y se siente más o menos igual, solo que peor”: de allí, según él, los liberales, al necesitar un enemigo creíble resucitaron el fantasma del “fascismo” que les brindó la oportunidad de revitalizar su proyecto en el momento de crisis. “Esta es la razón por la cual el discurso sobre el fascismo explotó bajo Trump y no bajo Bush; bajo este último, los sueños liberales aún no se habían cuajado, a finales del gobierno de Obama ya estaban sumergidas en una profunda crisis”, escribía Bessner (*Ibidem*).

En el mismo sentido como subrayaba Matthew Karp –igual que Bessner, otro “escéptico” en comparar a Trump con el fascismo–, en un país que ahora es más rico que cualquier otra sociedad en la historia de la humanidad, pero que todavía gime bajo las desigualdades más grotescas del mundo desarrollado, la narrativa liberal optimista presentada por una vez John F. Kennedy y revivida luego en un contexto y forma diferente por Bill Clinton “ya dejó de inspirar” (Karp, 2021). Como anotaba Karp, a pocos meses de la derrota de Trump y la toma de poder de Joe Biden algunos comentaristas se han apresurado a declarar a Biden un presidente “transformador” sobre la base de su gran proyecto de ley de estímulo, pero el liberalismo escarmentado de Biden sigue siendo menos notable por lo que propone que por lo que elimina del horizonte: las garantías universales para el cuidado de la salud, la educación universitaria o viviendas accesibles, un salario digno, etcétera, y más que una solución a la crisis del propio liberalismo, es su producto tardío y las metáforas que lo llevaron al poder y que definen su proyecto político, no se refieren a las glorias del progreso, sino a la necesidad de reparación simbólica en la era post-Trump: “Debemos restaurar el alma de América” (Karp, op. cit.). Es esta crisis del liberalismo que al abrir el camino al auge mundial de la extrema derecha, ayuda a entender de por qué han sido los políticos e intelectuales liberales la corriente principal que estaba horrorizada por la presidencia de Trump y la que sobresalía, incluso mucho más que la izquierda, en el uso de la etiqueta del “fascismo” y las demás comparaciones históricas (véase: Greenberg, 2021, 2022). En este sentido el auge de otras narrativas históricas en la política estadounidense como la narrativa de la “nueva Guerra Civil” y la “repetición de 1861” que ganó igualmente fuerza durante la presidencia de Trump para hablar de la extrema polarización política en el país era, como bien apuntaba por su parte Nikil Pal Singh, un historiador estadounidense y profesor de la Universidad de Nueva York, mejor entendida como una metáfora de la crisis y del declive del imperio liberal estadounidense (Pal Singh, 2022; para un punto parecido véase también: Moyn, 2023c).⁵² Es justo frente a estas discusiones que Karp, en consonancia con el ya señalado “retorno” y la repentina irrupción de la historia en el discurso y el debate público, anotaba que la historia “estaba en todos los lugares y literalmente en las primeras planas de la prensa estadounidense: desde el propio “debate sobre el fascismo”, pasando por el debate en torno al legado y los pendientes del pasado esclavista hasta las controversias sobre que puede constituir el programa en las escuelas en la materia histórica –propiciados en mucha medida tanto por el auge del supremacismo blanco y las políticas xenófobas de la administración de Trump, como por las “incursiones” de Trump y sus seguidores en el terreno de la historia y la política histórica–, hasta el debate interno en la Sociedad Histórica Estadounidense en torno al “declive de la historia” y la discusión sobre el llamado “presentismo” –el enfoque miope en ideas, actitudes y experiencias actuales–, con la discusión histórica y la interpretación del pasado estadounidense mediante toda una serie de analogías históricas no han sido en la memoria reciente tan públicas o tan polémicas como lo eran ahora (Karp, 2021; véase también: Bessner, 2023a).

1.5. Comparaciones: teoría, práctica, análisis (Hartmut von Sass)

A pesar de la señalada prominencia del comparativismo como un método científico, su (no desprovisto de problemas) uso por los historiadores e incluso la importancia de la analogía histórica como una herramienta para la toma de las decisiones políticas, teoría y análisis práctica de las comparaciones históricas es un campo lleno de lagunas. Como apunta Hartmut von Sass en un afán precisamente de contribuir a llenar este vacío respecto a la comparación como un tropos y un acto separado y particular, si bien se podría componer toda una biblioteca con libros dedicados exclusivamente a las metáforas, otro tanto con libros sobre

⁵² De modo parecido, si ya habría que buscar alguna analogía histórica, la victoria de Richard Nixon en 1968 no se debía a “ningunos impulsos fascistas” –aunque el propio Nixon ha sido tildado rutinariamente de “fascista” (Kuklick, 2022: 179)–, sino a una generalizada crisis del liberalismo estadounidense de *New Deal* y el cansancio de buena parte de los votantes desilusionados con él, de modo que el auge de Trump se entiende mejor en términos de la crisis del liberalismo Clinton-Obama, algo que en sí mismo permite explicar el auge y la atraktividad de las comparaciones históricas al fascismo y toda la narrativa en el marco del “antifascismo liberal” (véase: Bessner, Steinmetz-Jenkins, 2024).

analogías y buena parte de ella para almacenar la literatura exegética y filosófica sobre las parábolas, respecto a las comparaciones y el acto de comparar “un mini estante podría ser más que suficiente” (von Sass, 2021: 1). Algo en sí mismo paradójico y llamativo, apuntaba von Sass, porque si bien los otros tropos mencionados han ganado tradicionalmente una atención significativa a través de la retórica, en las teorías de la argumentación y en la semántica junto con su importancia para la evolución del pensamiento científico en general y su prominencia en él, son las comparaciones que son la figura retórica que usamos diariamente para expresarse, orientarse y describir el mundo alrededor y aun así, académicamente hablando, es algo que “permanece en las sombras”, revelando así un “sorprendente desequilibrio entre prominencia fáctica y negligencia intelectual”. Algo impactante aún más tomando en cuenta las recientes afirmaciones de muchos comentaristas “que vivimos en una era de las comparaciones” (*Ibidem*).

Después de dedicar la atención y el espacio a ubicar la importancia de las comparaciones en la transformación del pensamiento en términos de sustancias invariantes para pensar analógica y comparativamente, una condición necesaria para el establecimiento de las ciencias naturales basadas en métodos (véase: arriba), von Sass procede a minuciosa y detallada discusión filosófica acerca de la anatomía, las funciones, los usos y los efectos de las comparaciones y del comparativismo. Ampliando la vista tradicional según la cual dos elementos son comparables siempre que A sea mejor que B, al revés, o que ambos son igualmente buenos –la “tesis de tricotomía estándar”–, con la cuarta posibilidad de que algo “está a la par” donde ninguna de las tres relaciones de valor tradicionales se cumple: A y B están a la par y ni uno ni otro es mejor ni peor y tampoco son iguales y, sin embargo, son comparables –algo que puede por ejemplo informar las decisiones políticas–, von Sass distingue siete diferentes funciones de las comparaciones: i) adquirir conocimiento, ii) inferir/dar razón, iii). generalizar/desgeneralizar, iv). abreviar explicativamente, v). explorar, vi). orientar/organizar/clasificar, vii) llamar la atención (la comparación “puntiaguda”) (von Sass, 2021: 40-41), para luego proponer una compleja tipología filosófica de las comparaciones como un grupo de pares duales: i) comparaciones simples/complejas; ii) comparaciones orientadas a resultados/experimentales; iii) comparaciones estables/emergentes; iv) comparaciones contrastantes/analógicas; v) comparaciones diacrónicas/sincrónicas; vi) comparaciones genéticas/tipológicas; vii) comparaciones puras/asimétricas y, tratada aparte, viii) la comparación puntiaguda (llamar la atención) (46-58). El último tipo de la comparación –la “puntiaguda”–, junto con su función particular de “llamar la atención” es una a la que de hecho von Sass dedica más atención, analizándola con el uso de varios ejemplos ilustrativos y una que justamente resulta de particular interés para este estudio ya que la comparación de Trump al fascismo –o de Trump a Hitler, los Estados Unidos a Weimar, al Tercer Reich, etcétera– recae precisamente en esta categoría y función.

Como apunta von Sass, la comparación “puntiaguda” es también la que por lo general genera más controversia y “actitudes reactivas” que pueden variar desde la aceptación de la evidencia comparativa hasta rechazar la propia adecuación de la comparación. Poniendo el ejemplo del Papa [Francisco] que había comparado el derecho al aborto a “cualquier forma de matar” –algo que a primera vista puede parecer no una comparación, metáfora ni analogía sino un simple afán de establecer una identificación figurativa, pero en realidad es, según von Sass, una comparación puntiaguda–, von Sass apunta que seguramente encontraremos quienes repudien comparar el aborto con cualquier forma de matar invocando por ejemplo una “incomparabilidad normativa” entre el aborto (*relate*) y la contraparte comparativa (*tertium*) sugerido por el Papa o apunten a su precariedad, “salvajismo” o carácter hiperbólico y excesivo (56-57). A menudo, según von Sass, las comparaciones puntiagudas, en vez de formar parte de una crítica, denuncia o sonada de alarma, pueden ser también una broma o valoración: tildar a Franz Beckenbauer, el famoso futbolista alemán como “el emperador del fútbol” (*Kaiser*) o celebrar de modo más amplio el fútbol como “religión”, mezclando así el deporte como actividad con la actividad religiosa y los conceptos políticos⁵³, es otro ejemplo de la comparación “puntiaguda”, una que igualmente demuestra, según von Sass, el “aspecto dinámico” de este tipo de comparaciones que pueden cobrar o perder el carácter “puntiagudo”. La clasificación de una comparación como puntiaguda no está escrita en piedra, ni simplemente estructural o libre de contexto, escribe von Sass (57). El hecho que Beckenbauer, “el emperador”, acabó acusado hace unos años, junto con otros personajes del mundo del fútbol alemán, de corrupción, arroja nueva luz a esta comparación restándole su significado original (algo que a su vez, añadamos, nos puede hacer pensar en las conductas corruptas de negocios de Trump que poco tienen que ver con las ampliamente aceptadas características del fascismo como tal y que podría ser algo que le restaría la validez a esta comparación, apremiándonos, a buscar un marco comparativo mejor para tratar de entender a su figura). Pero, regresando a Beckenbauer, frente a esto, continuaba von Sass, alguien podría decir que un “emperador” se encuentra “en un reino más allá del negocio cotidiano” y aquí el elemento señalado de la comparación serviría como una absolución y una implícita disculpa. Otros podrían afirmar en cambio que un “emperador” no puede tener las manos sucias por lo que la comparación como tal ya no se sostiene. En suma, anotaba von Sass, las comparaciones, no solo “puntiagudas”, sino también otras, están, ante todo, incrustadas en sus contextos particulares y es esta contextualidad la que informa su carácter preciso (von Sass, 2021: 57).

Apuntando que visto desde la filosofía el acto de comparar combina en realidad tres prácticas relativas: i) orientarse, ii) describir y iii) expresarse, las prácticas mejor simbolizadas a tres grandes filósofos respectivamente: Immanuel Kant, Ludwig Wittgenstein y Richard Rorty, von Sass pasa a dedicar buena parte de su atención al tema de la “incomparabilidad”, introduciendo incluso una noción de la llamada “injusticia comparativa” que tiene que ver con las comparaciones (inadecuadas) entre diferentes culturas, civilizaciones y países, un tema que se volvió significativo en la filosofía (post)estructuralista y deconstructivista y luego en la antropología, los estudios poscoloniales y transculturales, así como la investigación en la historia global y la sociología (von Sass, 2021: 59-60), y el punto cuya importancia en el marco del propio “debate sobre el fascismo” fue

⁵³ Este tipo de comparación, dicho sea de paso, evoca la ampliamente difundida comparación del fascismo a una especie de “religión”, en este caso una forma específica de una “religión política” que es una de las maneras muy difundidas y establecidas de analizarlo en los estudios comparativos del fascismo (véase: Passmore, 2014a: 173).

señalado por Peter E. Gordon (2020a; para este punto véase también: Detienne, 2008). La “incomparabilidad”, sea estructural o normativa, es un estatus que generalmente significa que A no solo es incomparable con B, sino que está “más allá de la comparación en general” ya que tiene históricamente, políticamente o culturalmente algún carácter específico, singular o único y comparar A con B socavaría el estatus de A. El mejor ejemplo de ello, presentado también por von Sass, es el estatus ontológico especial del Holocausto, entendido como una advertencia de no relativizarlo comparándolo con otros casos de asesinatos en masa (véase: abajo). Si bien, como apunta von Sass, “lo incomparable” denota algo extraordinario, no necesariamente tiene que ser así: el hecho de que una persona, un evento o una experiencia parezca incomparable para alguien no tiene que ser resultado de algo “objetivo” ya que igualmente es un rasgo común de nuestro lenguaje diario y, más que fruto del estatus ontológico y cuestión de relación entre *relate* y *tertium*, puede ser también resultado de un juego de lenguaje y parte del discurso en el que las comparaciones son parte de un más amplio problema semántico (von Sass, 2021: 123-129).

Finalmente, el último punto relevante para nuestro estudio que hace von Sass es la importancia del “productor de la comparación”, sus atributos, sus antecedentes, y su involucramiento personal en sentido que la relación entre la persona como sujeto del acto comparativo y la comparación misma tiene el impacto potencial en la adecuación de la misma. Comparar es una actividad y una práctica realizada por alguien, y la comparación y su adecuación no parece ser algo totalmente independiente y desconectado de la persona que está detrás de ese acto comparativo, anota von Sass. En este sentido lo que influye tanto en la “producción” como en el entendimiento de las comparaciones, son tanto las resonancias (auto)biográficas, por ejemplo el origen judío de una persona que objeta las comparaciones al Holocausto, escribe von Sass, como las cuestiones de tener o no tener el suficiente conocimiento histórico, estar preparado para hablar del tema en el que se emplea la comparación o estar o no influido por las emociones, tanto personales como por ejemplo generadas por los acontecimientos en curso (von Sass, 2021: 165).

1.5.1. Ejemplo de análisis 1.

Como ya hemos señalado, la comparación de Trump al fascismo pertenece a la categoría de las “comparaciones puntiagudas” cuya función principal es “llamar la atención”. Como apunta von Sass, una de las características de las comparaciones “puntiagudas” es su carácter intrínsecamente hiperbólico y la manera en la que tratan de expresar algo adecuado mediante el uso puntos comparativos que a menudo desafían los límites de la adecuación. De manera muy oportuna y sintomática para el tema de este estudio, entre una pequeña serie de ejemplos de comparaciones “puntiagudas”, von Sass incluye y analiza una que tiene que ver con el debate en torno al referendo sobre la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea (Brexit), uno de los puntos de la inflexión que marcó, igual que la elección de Trump en 2016, el auge de la extrema derecha en los últimos años y que por sí mismo abrió el camino a toda una serie de comparaciones históricas y debates respecto a su pertinencia y/o utilidad.⁵⁴ El ejemplo que pone von Sass es una comparación hecha por la parlamentaria británica conservadora Anna Soubry que a finales de 2017 al enfrentar la presión del gobierno de Boris Johnson para apoyar “sí o sí” la “entrega del Brexit” –después del referéndum de 2016 en el que 52% de los británicos había votado por salir de la Unión Europea (UE), una decisión que tenía que ser avalada también por el Parlamento que tenía que votar los términos de la salida del bloque, algo que, después de un arduo y divisivo proceso político, finalmente se había consumado en 2020–, acusó a su gabinete de “totalitarismo”: “Es como las fuerzas contrarrevolucionarias del presidente Mao o José Stalin. No es suficiente que fueras en contra de todo en lo que alguna vez creíste. Tienes que inscribirte con sangre en ello. Es como la policía del pensamiento de Orwell y el reinado del terror combinado” (Soubry en: von Sass, 2021: 55).

A fin de desgarnar el sentido y lo adecuado o no de la comparación de Soubry von Sass empieza su análisis mediante una “lectura minuciosa y a veces no tan minuciosa” (“*close and sometimes rather distant reading*”), ofreciendo ante todo más contexto político a sus dichos. Como recuerda, la reacción de la parlamentaria fue un punto culminante de más de dos años de presiones y esfuerzos de imponer una “disciplina política” o, al menos, un comportamiento de voto coherente, por la ex-primer ministra británica, Theresa May, sobre los miembros conservadores de la Cámara de los Comunes que en práctica consistía en ir amenazándolos y presionándolos a que votaran tal como quería la cúpula del partido. Es precisamente en esta atmósfera cuando después del referéndum el gabinete del nuevo primer ministro, Boris Johnson, agudizó aún más las presiones para “entregar

⁵⁴ Una de las más sonadas comparaciones relacionada con Brexit, ha sido hecha por el primer ministro británico Boris Johnson que en un afán de influir el voto por la salida, comparó la Unión Europea (UE) a “Hitler” (sic), presentando el control de la comunidad sobre la economía y la sociedad británica como “la realización de sus sueños” (sic). En otra ocasión, Nigel Farage, el líder de la extrema derecha británica y uno de los impulsores del Brexit, había asegurado que Gran Bretaña de no salir de la UE “estaría como Francia de Vichy, un Estado-cliente del Tercer Reich”. Si bien, como anotaban algunos analistas, estas comparaciones, usadas en los debates parlamentarios pretendían cumplir el papel de “orientadores” para la toma de las decisiones políticas del electorado británico (Ølholm, Smith, 2019), en realidad a raíz de su emocionalidad y falta de justificación histórica, resultaban engañosas y tenían efectos degradantes al debate público (Evans, 2018a: 97-99; véase también: 2018d, 2019b, 2021d). Si bien este evento particular ha inquietado a los británicos, insertando muchas emociones en la política y provocando a la vez una suerte de “exceso de la historia”, como apuntaba el historiador Ali Ansari, haciendo que “en su ansiedad los británicos respondieron con narrativas y analogías históricas que eran a la vez políticamente punzantes e históricamente inútiles”, comparando, entre otros, a Brexit con la invasión normana, la Guerra Civil en Inglaterra, la Segunda Guerra Mundial, el debate en Dunkerque o el auge del fascismo, estas comparaciones, según Ansari, al final “generaban más calor que luz” (Ansari et al., 2019). Como anotaba por su parte otro historiador británico, David Edgerton, el Brexit, más que “el producto directo de la historia”, como lo querían presentar muchos comparatistas, ha sido, en efecto, “algo completamente nuevo” (Edgerton, 2019; véase también: Overy, 2019).

finalmente al Brexit” en su versión “dura”, que la diputada Anna Soubry declaró que “incluso Stalin se habría sorprendido” por la manera en la se forzaba este voto (von Sass, 2021: 55). Como anotaba von Sass, recordando su análisis expuesto arriba, el elemento “puntiagudo” de una comparación es parte de su carácter y tono, pero también funciona como una excusa implícita, a saber, que la comparación es hiperbólica: en este tipo de comparación siempre hay algo inadecuado mientras la comparación trae también un aspecto evidente por sí mismo, al menos, comprensible. Así, seguía, von Sass, las comparaciones “puntiagudas” como las de Soubry, son también a menudo “comparaciones de varios dígitos”, lo que significa que implican más que una simple consideración comparativa: el *tertium comparationis* (a veces, más de uno) funciona como el punto o el foco de la comparación, mientras los demás aspectos posibles permanecen oscurecidos. Para decirlo en términos *adornianos*, anotaba von Sass, “hay algo correcto e incorrecto aquí”, o en términos más epistémicos:

(...) la “verdad” de las comparaciones “puntiagudas” no radica en la correspondencia entre lo que se dice y cómo “son” las cosas, sino en la inadecuación deliberada y calculada que transmite una proposición en forma mordaz, pero también de modo abiertamente exagerado (*Ibidem*).

Así, como escribía von Sass, la referencia a Mao, a Stalin y a la postura distópica de Orwell sobre la sociedad y el poder le servía a Soubry para enfatizar lo que ella veía como la gravedad de los acontecimientos políticos de su país, una sugerencia en sí misma audaz, arriesgada y, para algunos, exagerada, inadecuada e incluso irritante. Su énfasis particular estaba en el comportamiento de dictaduras pasadas y la situación política en Reino Unido, concretamente las presiones políticas y su forma antidemocrática, inconsistentes con el marco democrático y constitucional del país algo en lo que se estaban “enfocando” críticamente las referencias a las dictaduras (al mismo tiempo, anotaba von Sass, había otras posibles consideraciones como aspectos de la carrera (pre)política de Stalin como agitador y autócrata revolucionario que no estaban “enfocados o permanecían al margen”). En este sentido, dado el carácter hiperbólico de las comparaciones “puntiagudas”, había dos elementos en juego en la dicha comparación: i) el enfoque estaba exagerado: las acciones de Mao y Stalin eran mucho más graves que las presiones políticas a las que estaba sujeta la parlamentaria; y cualquier cosa que haya hecho May, “la policía del pensamiento de Orwell” y su “reinado del terror”, eran realidades mucho más graves que lo que estaba experimentando Gran Bretaña en aquel momento; ii) los demás aspectos que permanecían en segundo plano socavaban la justificación de la comparación, como a menudo pasa con las comparaciones “puntiagudas”: ni May ni Johnson eran asesinos en masa tal como lo fue Stalin y Gran Bretaña no era un imperio de terror al estilo de 1984 de Orwell. Si bien en definitiva la comparación en cuestión no se justificaba desde el punto de vista de lo fáctico e histórico —y de este modo no resultaba particularmente útil para entender la anatomía política del régimen conservador-neoliberal de Boris Johnson—, hablaba más a la vez de la anatomía general de este tipo de comparaciones. Las comparaciones puntiagudas, anotaba von Sass, son tropos positiva o negativamente hiperbólicos cuya evidencia se basa en una ambivalencia audaz entre lo adecuado y lo excedente: el primero alimenta al segundo, mientras el segundo socava al primero (von Sass, 2021: 56).

1.5.2. Ejemplo de análisis 2.

El segundo ejemplo que cita y analiza von Sass, es el de una ponencia del, en aquel entonces, futuro Premio Nobel de Literatura, el escritor sudafricano John Maxwell Coetzee en la Universidad de Princeton en 1997, convertida luego en una novela compuesta de una serie de relatos titulada *Elisabeth Costello* (2003), donde mezclando la ficción literaria con alegatos filosóficos y usando la figura de una escritora ficticia, Elisabeth Costello, Coetzee establecía una comparación precaria, pero no completamente nueva: el trato a los judíos por los nazis en los campos de concentración/extermínio⁵⁵ durante la Segunda Guerra Mundial como una analogía al trato de los animales por los humanos.⁵⁶ “¿Con qué estamos exactamente, como lectores y como

⁵⁵ Ni von Sass ni Coetzee parecen hacer una importante distinción entre los campos de concentración (*Konzentrationslager*) que servían para internación de prisioneros de diferentes nacionalidades, también judíos, por largos períodos de tiempo y que tenían diversos propósitos como internación, trabajo forzado o experimentos médicos (como por ejemplo Dachau, Auschwitz [Oświęcim], Mauthausen-Gusen, Majdanek, Stutthoff, Buchenwald, Sachsenhausen, Oranienburg, etcétera) y campos de exterminio (*Vernichtungslager*) donde los prisioneros, ante todo de origen judío, estaban destinados a ser exterminados a su llegada y que han sido erigidos y servían exclusivamente para este propósito (Birkenau [Brzezinka], Treblinka, Sobibor [Sobibór], Belzec [Bełżec], Kulmhoff [Chełmno nad Nerem], etcétera). Coetzee en el alegato de procesamiento industrial de cuerpos que según su protagonista es comparable al trato de los animales por humanos, claramente tiene en mente los campos de exterminio (para más sobre la anatomía, origen y desarrollo de ambos, véase: Wachsmann, 2016, 2020; Sofsky, 1996; Moyn, 2010).

⁵⁶ El caso de la comparación del Holocausto al trato inhumano e industrial de los animales por los humanos trae a la mente la (in)famosa comparación de la agricultura industrial al Holocausto (sic) hecha por Martin Heidegger, el célebre y controvertido, dado su apoyo al nacionalsocialismo y falta de cualquier arrepentimiento posterior, filósofo alemán, que von Sass menciona varias veces en su libro, pero no toca este caso. En diciembre de 1949 en una conferencia en Bremen, segunda de una serie de cuatro partes, Heidegger decía que “la agricultura es ahora una industria alimentaria motorizada, en esencia lo mismo que la fabricación de cadáveres en las cámaras de gas y los campos de exterminio, lo mismo que el bloqueo y hambre del campesinado, lo mismo que la fabricación de la bomba de hidrógeno”. Si bien aún puede salir a la luz más material, este comentario tanto críptico como controvertido, aunque muy acorde con el resto del pensamiento de Heidegger siempre advertía de los costos de la

destinatarios potenciales de la crítica de Costello, confrontados aquí?”, preguntaba von Sass. “¿Con una comparación justa y consciente? ¿Un acto de genuina preocupación moral y una manera adecuada de expresar esta preocupación? ¿O una exageración basada en el borramiento categórico de la diferencia entre los seres humanos y los animales al insinuar sus características comunes potenciales? ¿O un injustificado acto comparativo que solo puede ser recibido con indignación y protesta motivada por el afán de salvaguardar la unicidad y/o singularidad y el carácter incomparable del Holocausto?”, preguntaba von Sass (2021: 153). Pero antes de responder a estas preguntas mediante el análisis de este caso –uno que según el autor sirve perfectamente para señalar dificultades, conflictos y tensiones al tratar de encontrar la adecuación de los actos comparativos y su límites e imposibilidades morales y evaluativas–, von Sass apuntaba también a su función general en el contexto general de la obra de Coetzee, o sea, a la manera en que esta comparación dentro de las conferencias y “lecciones” de Coetzee daba lugar a un intrigante debate que combinaba tres ejes principales: i) la ética animal, ii) la literatura que “alberga” esta cuestión filosófica como un modo de abordar y iii) la ampliación del tema por una severa “provocación comparativa” que establecía el marco para la búsqueda de la adecuación y que llevaba a una disyuntiva: ¿comparar algo con otra cosa o asegurar su estatus declarándolo “incomparable”? (*Ibidem*).

Como apunta von Sass, una de los elementos fundamentales para entender la comparación en cuestión –y el contexto en el que se la había hecho–, está bien delineado por el propio Coetzee: Costello, al dar su conferencia “no está bien preparada”, “no tiene el conocimiento histórico suficiente de dar su ponencia”, “no conoce bien el tema” y además “está muy emocionada y alterada”. Al comparar nuestro trato de los animales con “los campos nazis como Treblinka”, Costello cuestiona también “como ha sido posible estar ciego al trato del pueblo judío (no ver donde estas personas estaba siendo transportadas, no haber oído sus cuerpos quemados, etcétera)”, asegurando que “esta gente perdió su humanidad” y que “el crimen del Tercer Reich ha sido tratar a la gente como animales”, el punto que usa para dar vuelta a esta acusación y comparar precisamente el trato a los animales al trato al que estaban sujetos los propios prisioneros en campos nazis (von Sass, 2021: 153-154). Más allá de las reacciones que pudiera generar una comparación así –algo que von Sass aborda posteriormente y a lo que igualmente volveremos–, el autor señala con razón que el esfuerzo comparativo de la protagonista de Coetzee pertenece a una tradición más larga en la que la referencia a los nazis y la suerte de los judíos ha sido puesta en el contexto de nuestro trato con los animales, además de que el propio término “Holocausto” –del griego “holokauston”: “sacrificio en el que se quema la ofrenda/la víctima”–, está en sí mismo relacionado con el significado de los sacrificios animales dados a Dios, algo que constituye un importante trasfondo histórico y semántico para la comparación en cuestión. Igualmente, como recordaba von Sass, prominentes figuras del mundo de la literatura y ciencias sociales como Premio Nobel de Literatura Isaac Bashevis Singer –un escritor de origen polaco-judío, nacionalizado estadounidense–, o el filósofo francés Jacques Derrida usaron esta comparación para denunciar el inaceptable trato industrial y/o experimental de los animales, al igual que David Sztybel, un filósofo descendiente de los sobrevivientes del Holocausto –siendo el factor de origen, como nuevamente subrayaba von Sass, algo importante para hacer y/o reaccionar a determinadas comparaciones–, que consideraba esta comparación como “potencialmente útil para cambiar nuestra actitud respecto a los animales” (von Sass, 2021: 155-156).⁵⁷

Como subraya von Sass, Costello muestra desde el principio que es muy consciente de que está entrando en una zona precaria al admitir la “falta de gusto” de su comparación y poniéndose a reflexionar sobre este movimiento polémico y su “puntuación barata”, subrayando el lugar desde el cual hace su comparación: no como filósofa, historiadora o cientista política sino como escritora. A la vez, al relacionar el campo nazi con una granja de animales, Costello bien apuntaba von Sass, juega no solo en el registro de las semejanzas, sino también –como en cada buena comparación según Marc Bloch (véase: arriba 1.1.)–, en el de las diferencias: que la matanza de animales sea parte de nuestra producción de alimentos no es, dice Costello, de ninguna manera la justificación de esta institución de la matanza industrial. Si esta lógica de medios y fines fuera verdaderamente válida, según ella, el uso de los cadáveres de la gente exterminada en lugares como Treblinka serviría como el argumento para suavizar o

modernidad, se encuentra entre los comentarios más directos de Heidegger sobre el genocidio de los judíos europeos, un asunto que él como un arduo partidario del nazismo minimizaba y trataba de ocultar a toda costa incurriendo en el *negacionismo*.

⁵⁷ Como apunta von Sass el hecho si las referencias de Costello/Coetzee a los campos de concentración y al pasado nazi respecto a nuestro trato de los animales realmente constituyen una “comparación” y no algún otro tropo (metáfora o analogía), puede ser y ha sido un punto debatible por parte de otros críticos, algo que en sí mismo resulta relevante para esta investigación (en la que optamos, siguiendo a los autores referenciados, por tratar la cuestión de tildar a Trump de “fascista” como un problema de la “comparación”, y más específicamente como un problema de las “comparaciones históricas”, usando el término “analogía” de modo intercambiable, aunque seguramente no es la única manera de enmarcar este problema, véase: Capítulo 1., sección 2.). Como apuntaba von Sass algunos otros comentaristas analizando el mismo texto, sugerían que se trataba más bien de una “metáfora de persuasión”, una figura retórica que afirma que un objeto de destino es susceptible a las propiedades de un nuevo objeto introducido (cuando Costello/Coetzee afirma(n) que “la industria animal es un Holocausto”), algo a lo que von Sass responde que hay tres vías de salida: i) aceptar que tenemos que ver con una comparación sin negar el elemento metafórico dentro de ella “en la medida en que, como en la tradición aristotélica, toda metáfora implica, o se basa en, un acto comparativo”, ii) rechazar que este paisaje sea metafórico y refutar esta interpretación, pero no sin antes haber argumentado de por qué este paisaje no es metafórico, o simplemente iii) pasar por alto la interpretación “metafórica” de este paisaje y considerarlo heurísticamente como una “comparación”. El primer enfoque es el que adopta el mismo von Sass. No obstante, según el autor, lo más decisivo e importante para considerarlo definitivamente como un problema de las comparaciones es que la propia autora del alegato, Elizabeth Costello –y J. M. Coetzee como el novelista–, dejan en claro que se trata del acto comparativo al “hacer una comparación entre nuestro trato a los animales y el asesinato en masa”, siendo incluso consciente(s) de su estatus ambivalente (von Sass, 2021: 158).

justificar el horror del asesinato y la exterminación en masa y este claramente no es el caso.⁵⁸ En resumen, lo quiere hacer Costello, apunta von Sass, es en primer lugar crear conciencia sobre esta industria de matar comparándola con un pasado que provoca horror moral, ira, vergüenza y asco, para generar la misma reacción en el caso de los animales y respecto a sus vidas, muertes y cadáveres maltratados, haciendo algo que se podría denominar como “transferencia de la evidencia moral”. Comparar el trato de los animales con el Holocausto implica también, tal como era la intención de Costello, condenar nuestra ceguera e ignorancia respecto a la vida y el sufrimiento de los animales, algo equiparable en sus ojos con la ceguera y la ignorancia de las personas que vivían las proximidades de los campos y que supuestamente “no sabían nada” (von Sass, 2021: 161).

Procediendo así con su “lectura minuciosa y amplia” de este pasaje de Coetzee, von Sass llega finalmente a las cuestiones de lo adecuado y/o útil de la dicha comparación y la cuestión de las objeciones a ella. Por un lado señala la básica dificultad de “comparar la vida de uno con la del otro”. Por otro lado este tipo de comparación que tiende hacia igualación, omite, según él, diferencias cruciales entre animales y seres humanos que “no están en la misma escala”: al final el estatus o nuestra misma reacción hacia el carnicero y el verdugo no es la misma, apunta von Sass, aunque claramente la comparación no implica identificación. Finalmente la preocupación más destacada respecto a la comparación en cuestión —y algo que está vinculado íntimamente con el tema de este estudio como en el caso de comparar los campos de internamiento de migrantes a los campos de concentración nazis trayendo a colación la sombra del Holocausto (véase: Capítulo 3., texto #10)—, es la acusación de socavar lo “unicidad” y singularidad del Holocausto, pero no en el sentido que la comparación socava la singularidad (ya que esta podría ser el resultado del acto comparativo), sino más bien en el sentido que ninguna comparación puede hacer justicia a este evento particular y a los involucrados en él (von Sass, 2021: 162). Esta posición y objeción, como recuerda von Sass, es justamente la de Abraham Stern, otro personaje que introduce Coetzee, un profesor de origen judío, según el cual la conferencia de Costello, “insulta la memoria de los muertos” y ella “malinterpreta la naturaleza de la semejanza invirtiendo la comparación inicial”: el hecho que los judíos hayan sido tratados como animales en los campos de concentración no permite, sostiene Stern, afirmar que los animales ahora son tratados como prisioneros en campos de concentración. Asumir que A es como B no permite asumir automáticamente que B es como A, escribe von Sass añadiendo que la crítica de Stern a las “lecciones” de Costello —algo que en sí mismo resulta curioso y sintomático ya que la figura de las “lecciones (de la historia)” y/o “advertencias” ha sido empleada a menudo por los “productores” de las comparaciones al fascismo respecto a Trump y la política estadounidense de hoy (véase: Capítulo 2., sección 1.6. y 2.5.)—, permanece sin respuesta y tal vez “no tiene respuesta” (*Ibidem*). La polémica de Stern con Costello es igualmente un ejemplo del vínculo íntimo entre lo biográfico y las comparaciones, el punto que hacía anteriormente von Sass: según este autor no viene como un mero accidente que la principal objeción planteada contra la comparación de Costello es presentada por Stern, un judío.⁵⁹ Si este trasfondo judío le da a su crítica y objeción un peso adicional, luego la falta de conciencia y empatía de Costello por su entorno, así como su caprichosa y (anti)intelectual reacción influyen también, según von Sass, al contexto y la adecuación de la comparación (165). Si bien, como apunta este autor, la integración del Holocausto en la cadena de eventos “corrientes” puede considerarse como una expresión de su relativización lo que constituye un verdadero peligro tal como lo demostró —bien recordaba von Sass—, el caso de Ernst Nolte, el destacado historiador alemán conservador cuya agenda política-intelectual consistía en blanquear los crímenes nazis mediante las comparaciones, o más bien las

⁵⁸ En muchos campos de concentración y/o exterminación los nazis intentaban, presionados por la necesidad de la economía de guerra y el imperativo de hacer “rentable” la exterminación usar algunas materias primas de los cuerpos como por ejemplo el cabello para la confección de cuerdas, aunque la importancia de esta fuente era muy poca y todo el proceso de matanza industrial de seres humanos al final y cabo se realizaba bajo el irracional imperativo de la destrucción de los seres racialmente inferiores, no bajo imperativos de la “racionalidad económica” (véase: Wachsmann, 2016; Bauman, 2009). En este sentido la exterminación en los campos nazis llevada a cabo no solo en las cámaras de gas, fusilamientos, muertes por maltrato, hambre o enfermedades, sino también la “exterminación mediante el trabajo” (*Vernichtung durch Arbeit*), no tenía ningún “propósito económico” sino puramente ideológico y en sí mismo constituía una suerte de “mutación antropológica” con campos en calidad de unos “genuinos laboratorios de la dominación totalitaria” (Sofsky, 1996: 56).

⁵⁹ La insistencia de von Sass en tomar en cuenta las raíces judías de un polemista y crítico de la analogía hecha por Costello, no tiene que ver —si es que hace falta mencionarlo—, con ningún tipo de “interés no sano”, sino es el resultado de su análisis e insistencia de que la clave biográfica, en este contexto la proveniencia étnica, dada precisamente la historia y el bagaje particular de la memoria personal y/o colectiva, es un factor determinante tanto en la generación como en la recepción de las comparaciones (von Sass: 2021: 163 y 165). En la parte del análisis vamos a retomar este enfoque al igual que, por otras razones biográficas, lo aplicamos a nosotros mismos, en nuestra calidad de “evaluador” de las comparaciones (véase: Capítulo, 1., sección 0.). Por más penoso que sea, el tema mencionado no obstante no solo puede ser una fuente de malos entendimientos, sino dar pauta a ataques políticos e instrumentalización del tema de antisemitismo, tal como ocurrió una vez en caso de Enzo Traverso. En respuesta a una feroz crítica de su libro *El final de la modernidad judía. La historia de un giro conservador* (2013a), en la que su autor lo había acusado de “caer en ‘nuevo antisemitismo’” (sic) —curiosamente y sintomáticamente no por nada que dijera sobre los mismos judíos, sino respecto a sus críticas a Israel y al sionismo, hechas también, entre otros, a base de escritos de otros autores judíos como el conocido intelectual marxista polaco y biógrafo de Trotsky, Isaac Deutscher (y autor de la sonada noción de “judío no-judío”)—, Traverso se vio forzado a explicar que su enfoque no tenía nada que ver con el “interés no sano” que se le había imputado, anotando que él no tenía “ninguna obsesión con los judíos”, pero sí con la historia intelectual-política del siglo XX de la que estos han sido una parte importante (Traverso, 2019f).

igualaciones, del Holocausto con la “amenaza bolchevique” (para más sobre Nolte, véase: 2.1. y 2.5.)⁶⁰, pero esto de ninguna manera es una necesidad historiográfica (*Ibidem*). Para disolver el triángulo de integración, comparación y relativización potencial, se podría argumentar, escribe von Sass, a favor de un estatus específico, ontológicamente extraordinario del Holocausto, ya sea para justificar su incomparabilidad, o para restringir las posibilidades que el Holocausto pudiera ser comparado. El argumento de la “incomparabilidad” levantado por Stern significa no que una comparación entre A y B es técnicamente posible, pero normativamente prohibida, sino que a pesar de ciertas similitudes, la comparación general no se justifica (166). En este sentido el desacuerdo entre Stern y Costello tiene más el “carácter moral” (no teórico, ni histórico), en la medida en que considera la comparación entre judíos y animales como un “insulto”, con la obligación o el deber de evitarlo, aunque de modo llamativo, apunta von Sass, la propia Costello deja en claro que la suya, no es una posición “moral” sino “una comparación motivada por ‘algo más’” (von Sass, 2021: 173).

La cuestión del estatus ontológico y la comparabilidad/incomparabilidad del Holocausto, señalada por von Sass, es de hecho una de las cuestiones centrales en los estudios del mismo. Para Enzo Traverso por ejemplo, a pesar de la “unicidad” del exterminio nazi en el cual el asesinato masivo no era un medio sino el fin en sí mismo y que ha sido motivado racialmente e ideológicamente desafiando toda la lógica económica y militar, el Holocausto o “Auschwitz” como su símbolo, si bien no tienen paralelas en la historia, no son eventos ni figuras “incomparables”, ya que comparar, distinguir u ordenar no significa en ningún momento introducir una suerte de jerarquía de atrocidades o de víctimas (Traverso, 2006: 178-179). La “unicidad/singularidad” de Auschwitz para Traverso no tiene que ser una base para ninguna “escala del mal”: ningún genocidio es “peor” o “mejor” que otro, y el propio Auschwitz “no da ningún aura especial a sus víctimas, ningún privilegio para el martirio ni ningún estatus privilegiado a esta memoria colectiva”. Lo único que permite “la ‘unicidad’ de Auschwitz”, es en este sentido, “desarrollar una hermenéutica particular del barbarismo del siglo XX” (Traverso, 2020d: 117). Y si el Holocausto es tan distintivo o único como aseguran algunos estudiosos, seguía en otro lugar Traverso, entonces es imposible, por definición, que otros casos se parezcan a él. Y mientras este parece funcionar como el arquetipo o el “tipo ideal” weberiano del genocidio, como se implican ellos, entonces es prácticamente imposible que otros grupos de víctimas sean elegibles como “víctimas del genocidio” porque su caso no se parece al Holocausto o porque resulta “incomparable” con él (Traverso, 2022a; véase también: Moses, 2021a, 2021b). Visto desde otra perspectiva –desde el punto de vista de la memoria y/o la “memorialización”–, este mismo autor apuntaba que hoy en día existía algún riesgo en referencia al Holocausto, no era el riesgo de olvidarlo, sino de hacer el mal uso de su memoria, de “embalsamarla”, neutralizar su potencial crítico o en hacer un uso apologético del actual orden del mundo (Traverso, 2018b: 77).⁶¹

Así, resulta sintomático que durante los años de la presidencia de Trump, varios académicos especializados en Holocausto argumentaron a favor del uso de las comparaciones al Holocausto respecto a Estados Unidos, a pesar de, como señalaba uno de ellos, Waitman Beorn, una larga historia de abusos de este tipo de analogías en la vida política estadounidense desde los cristianos evangélicos asegurando “ser víctimas del mismo trato por parte de los liberales en Estados Unidos que los judíos durante la Segunda Guerra Mundial” (sic), hasta, un ejemplo que resuena con el caso analizado por von Sass, las asociaciones que luchan por los derechos de los animales hablando del “Holocausto de los animales” (Beorn, 2018a). A pesar de esto, Beorn apuntaba al valor educativo de este tipo de comparaciones en el contexto estadounidense, ya que “los paralelos se encuentran en el autoritarismo, el racismo, los mitos étnicos y el lenguaje deshumanizante, no en la propia Solución Final” (*Ibidem*). En sus ojos el uso de este tipo de analogías por ejemplo respecto a los centros de detención para migrantes trumpistas y los campos de concentración nazis (véase por ejemplo: Alexandria Ocasio Cortez en: Wagner, 2019; Blow, 2019; Gessen, 2019a), siempre cuando estuvieran hechas de manera responsable y con conocimiento de la historia, de la realidad y la evolución del sistema de los campos nazis a lo largo de los años, su cambiante anatomía y sus diferentes propósitos, son útiles y justificadas; de otro modo, repitiendo medias verdades y apelando solamente a las emociones, resultan contraproducentes (*Ibidem*). Si bien la propia comparación al fascismo respecto a Trump no ha levantado argumentos de la supuesta “incomparabilidad” –a pesar de ciertos recelos de algunos especialistas en el tema que se oponían a que no usara “mal” el nombre de “su” fascismo (véase: “Griffin affaire” en: 2.1.2.)–, allí donde entraba el tema de Holocausto, este tema saltaba inmediatamente. Así fue durante la controversia en torno a los “campos de concentración” de Trump que disparó igualmente nueva ola de comparaciones al fascismo (véase: Finchelstein, Piccato, Stanley, 2020a), y así fue durante la pandemia de Covid-19 (véase: Finchelstein, Stanley, 2020, 2021; para el análisis de la primera columna mencionada, véase Capítulo 3., texto #12), aunque las objeciones provenían de campos

⁶⁰ Como bien subrayaba Losurdo el comparativismo histórico desde el principio estaba íntimamente vinculado con el revisionismo histórico anticomunista al estilo de Nolte, donde el bolchevismo y el nazismo estaban puestos a la par (Losurdo: 2015: 28-30).

⁶¹ Arno J. Mayer, ha sido otro autor que con igual fuerza denunciaba la “sacralización” y el vaciamiento de la memoria del Holocausto que impedía cualquier pensamiento crítico y contextual respecto a esta tragedia, convirtiéndolo en un “un culto privado de la memoria” (1988: 16). Mayer fustigaba también la “petrificación” y la “pasterización” de la memoria de Auschwitz que la volvió “inflexible” y “no-dialéctica” con determinado ideológicamente énfasis en la barbaridad de los nazis y el sufrimiento de sus víctimas judías que ocultaba otras fuentes de estos horrores (¡anticomunismo!), algo que marcaba su despolitización y “el retiro de la propia historia” (470, véase también: 2019; (para una crítica del enfoque de Mayer sobre todo respecto al papel del anticomunismo, véase: Browning, 1992: 80-81; para más críticas en este sentido, véase: Stone, 2021: 195-217).

diferentes: cuando en el primer caso los progresistas que hacían la comparación de centros migratorios a los campos, los conservadores defendían la “incomparabilidad” y el buen nombre y memoria de las víctimas de Holocausto; cuando en el segundo los conservadores y los protrumpistas invocaban aquella época para comprar los mandamientos de cubrebocas a estrellas amarillas, se oponían los progresistas (Sinnreich, 2019). Mientras algunos comentaristas igualmente advertían sobre el uso de las analogías al Holocausto para los acontecimientos que están desvinculados con la historia del exterminio judío, subrayaban al mismo tiempo que “‘Nunca más’ no significa nada si las analogías con el Holocausto están siempre fuera de los límites” (Rutenberg, 2019).

En un lugar, Jason Stanley –uno de los principales comparativistas de Trump al fascismo cuyas varias columnas forman parte del corpus de este estudio (para el análisis de sus textos, véase: Capítulo 3., textos #10, #12, #15, #18, #19)–, refiriéndose precisamente a la controversia en torno a los “campos de concentración de Trump”, subrayaba que a pesar de las torceduras políticas como por ejemplo aquel caso cuando en 2015, el primer ministro israelí, Benjamín Netanyahu, de manera totalmente injustificada, transfirió la culpa por las cámaras de gas del Holocausto, de Hitler y los nazis al gran Muftí palestino de Jerusalén –el caso que algunos estudiosos señalan como uno de los quintaesenciales ejemplos de la “historia de la posverdad” (Gudonis, Jones, 2020: 7) o como un perfecto ejemplo de las mentiras históricas de los “nuevos populistas” (Finchelstein, 2020a: 97-98)–, se debe seguir usando el Holocausto políticamente, sobre todo en contexto del auge de la extrema derecha como Trump donde “la ideología tan admirada por Hitler esta dominando la política en Estados Unidos y donde, si bien “no hay un Auschwitz”, el “gulag carcelario estadounidense” guarda una enorme proporción de la población estadounidense (Stanley, 2016). Este argumento y esta comparación, al igual que todo el comparativismo al fascismo por parte de Stanley, estaba hecho como él mismo subrayaba –en sintonía con la importancia que le da von Sass a la proveniencia de quienes hacen las comparaciones que impactan en su naturaleza y en lo correcta de ellas (2021: 165)–, en su condición de hijo de sobrevivientes judíos de Holocausto –su padre emigró a Estados Unidos de Alemania en 1939; su madre, de Polonia después de la guerra tras haber sobrevivido en la URSS–, por alguien que vivía toda su vida “bajo la sombra de Auschwitz” (Stanley, 2020a). En otro lugar Stanley, uno años antes, al elaborar más sobre la historia de sus padres y sus “mensajes” acerca del Holocausto que ambos lograron evitar, destacaba sobre todo su negativa a considerarse “víctimas” (e incluso “sobrevivientes”), un estatus que potencialmente abría las puertas a las explotaciones ilegítimas de este sufrimiento (Stanley, 2016). Pero la conclusión general de Stanley era que ha sido precisamente esta experiencia y bagaje personal que en su momento hizo que madre se involucrara en apoyo al movimiento por los derechos civiles de los negros en Estados Unidos y que a él lo ha hecho más sensible y a la vez susceptible al uso de este tipo de comparaciones (*Ibidem*). Es justo en esta clave que debe leerse la intervención de Marshall Sahlins, el célebre antropólogo estadounidense –él mismo de raíces judías– que en un corto texto publicado en La Jornada en septiembre de 2016 y titulado *Los mexicanos, los judíos de Trump*, a dos meses de las elecciones de 2016 y en referencia a sus incontables comentarios xenófobos y antiinmigrantes durante la campaña presidencial, comparó la suerte de los mexicanos y su demonización a la suerte de los judíos en la Segunda Guerra Mundial:

Los mexicanos son para Donald Trump lo que los judíos eran para Hitler: violadores, traficantes de drogas, asesinos, una degenerada raza criminal que debe ser arrestada y deportada para preservar la pureza de los estadounidenses y la mera existencia de la patria. Hay millones de ellos que nos arrebatan nuestros medios de vida y envenenan nuestras instituciones. Necesitaremos una fuerza especial de deportación para eliminarlos. Para los peores de ellos, la policía será nuestra Gestapo. Ellos conocen a esos criminales, dónde viven. Los encontrarán en sus guetos, los desarraigarán y los harán desaparecer. De otro modo perderemos nuestra nación, amigos. Perderemos nuestra nación (Sahlins, 2016).

Es justo respecto a esta retórica antiinmigrante de Trump que Federico Finchelstein, un historiador argentino y estudioso de fascismo y otro frecuente comparatista de Trump al fascismo –y también otro autor del corpus (véase: Capítulo 3., textos #11, #12, #18) que frecuentemente publica sus comentarios también en coautoría con Stanley (para el análisis de sus columnas en conjunto, véase: textos #12 y #18)–, unos años después reaccionando igualmente a los insultos de Trump respecto a los mexicanos, reivindicó también, en un tuit, las bases biográficas de su comparativismo, haciendo a la vez una comparación entre los votantes latinos por Trump y los colaboradores nazis durante la Segunda Guerra Mundial:

Permítanme ser franco, por mexicanos Trump se refiere a todos nosotros... y es por eso que si eres latino/latina y votas por él, eres un colaborador [sic] y facilitador de su racismo. Digo esto como latinoamericano en Estados Unidos, como historiador del fascismo y del Holocausto y como judío con antepasados asesinados por los nazis.⁶²

La misma posición reiteró, en otro tuit, un año después del ataque al Capitolio en 2021 cuando un prominente senador Republicano Ted Cruz ha sido comparado con un “nazi” por su apoyo a los atacantes pro-trumpistas⁶³, aprobando esta comparación que, en sus ojos, indicaba bien la postura de Cruz que, junto con Trump, ha estado diseminando la “Gran Mentira” (*Big Lie*) de las “elecciones robadas” que pertenece a la historia del fascismo y sus mentiras⁶⁴, añadiendo que era una analogía con la cual “estaba totalmente de acuerdo como historiador del fascismo, judío y latinoamericano” y que “la historia iba a recordar a Cruz como facilitador del fascismo”⁶⁵, todo lo que confirma el análisis de von Sass respecto a la importancia de las

⁶² Twitter/X, 26 de septiembre de 2020, <https://twitter.com/FinchelsteinF/status/1309930787370864640>

⁶³ Twitter/X, 9 de enero de 2021, <https://twitter.com/AOC/status/1347963567233003521>

⁶⁴ Twitter/X, 9 de enero de 2021, <https://twitter.com/FinchelsteinF/status/1347997692505575424>

⁶⁵ Twitter/X, 9 de enero de 2021, <https://twitter.com/FinchelsteinF/status/1347994904732053505>

claves biográficas en hacer –y en juzgar/evaluar (véase: Capítulo 1., sección 0.)–, las comparaciones históricas y arroja una luz importante al uso de estas no solo por Stanley o Finchelstein en sus columnas sino también, por otros comparatistas (véase: Capítulo 3.).

1.6. Comparaciones históricas, “lecciones del pasado” y la ausencia del futuro (Enzo Traverso)

Entender el presente en términos del pasado es –como ya lo hemos enfatizado en uno de los apartados anteriores (1.3.)– una de las maneras populares en la que los seres humanos se posicionan y toman las decisiones para la acción. Incapaces de predecir el futuro e incapaces de detener el presente, el pasado, se vislumbra como nuestro único punto de apoyo y aprendizaje: una suerte del “atajo a la racionalidad”. La historia de este modo provee una serie de “metáforas cognitivas” que han de disipar las dudas y ayudar en la toma de decisiones para estimular el cambio político. El auge de la extrema derecha en los últimos años en general y la primera presidencia de Trump en particular, han sido dos momentos cuando estos sentimientos se han condensado de modo particular (Leira, 2017). La idea de que el pasado contiene “lecciones” para el presente y para el futuro que a menudo toman forma de comparaciones históricas, prevalece en el discurso público. Esas analogías a menudo van acompañadas de terribles advertencias sobre quienes “olvidan” o “ignoran” la historia, y luego están “condenados a repetirla”, como reza la vieja afirmación atribuida a menudo al eminente filósofo y ensayista español George Santayana. No obstante el valor de las “lecciones de la historia” no es nada dado y todo depende de la posición filosófica respecto a la historia que uno toma, un campo que oscila del mencionado –y apócrifo, como veremos más adelante–, dicho de Santayana, hasta un contra-*dictum* –verdadero– del historiador alemán, Otto Friedrich que “aquellos que no pueden olvidar el pasado están condenados a malinterpretarlo”, que frente a los supuestos peligros de “muy poca memoria”, más bien apunta a los peligros de su “exceso”.

A pesar de sus diferencias, en el marco del “debate sobre el fascismo”, tanto los “alarmistas”, como los “escépticos” han mirado al pasado para darle sentido al presente explicando el ascenso de Trump estableciendo analogías históricas y haciendo comparaciones con diferentes épocas a fin de tratar de dar sentido a su auge, las políticas durante su [primera] presidencia (2017-2021) y la anatomía y los orígenes del trumpismo (Rosenfeld, Ward, 2023: 3). Los “alarmistas” y los “escépticos” diferían sustancialmente no solo en las cuestiones si el trumpismo es representativo o aberrante en un sentido más amplio de la historia y en que tradición habría que inscribirlo: la historia del fascismo de entreguerras, la historia del “fascismo estadounidense” o la tradición del populismo decimonónico en Estados Unidos populismo estadounidense del –y diferían en algunas de estas cuestiones incluso dentro de los campos respectivos–, sino también han discrepado sobre las antiguas cuestiones que si los acontecimientos históricos son el resultado de determinismo o contingencia, agencia o estructura, continuidades o rupturas (*Ibidem*). Como bien subrayaban Rosenfeld y Ward, el desacuerdo entre los “alarmistas” y los “escépticos” reflejaba en este sentido profundas diferencias sobre la relación entre política e historiografía. Los dos grupos mostraban diferentes puntos de vista no sólo sobre la situación política reciente y los acontecimientos contemporáneos en Estados Unidos, sino sobre la relación de esos acontecimientos con la historia estadounidense y la historia en general. Si bien, ambos forjaban su análisis con miras a las preocupaciones presentistas, en particular su deseo de defenderse de la amenaza que representaban en sus ojos Trump y el trumpismo –quizás el único punto que tenían en común–, llegaban a diferentes conclusiones y ofrecían diferentes soluciones para el futuro. Uno de los factores que podrían explicar esto según Rosenfeld y Ward, era que los análisis de ambos campos también se han visto moldeados por diferentes posturas historiográficas (*Ibidem*). Así, mientras los primeros apuntando de paso a la historia del fascismo, –sea el “clásico” o el “estadounidense”–, a menudo trataban de señalar las importantes “lecciones” que nos enseñaban estas historias, una parte del argumento de los segundos incluía el escepticismo respecto a la cualidad de la historia como “la maestra de la vida” (*magistra vitae*). Mientras para los primeros la historia, en general, es capaz en efecto de “enseñarnos algo” y las comparaciones históricas son una vía apropiada para el entendimiento (véase: Gordon, 2020)⁶⁶, los segundos se mostraban mucho menos entusiastas respecto a esto viendo las comparaciones más bien como un problema e impedimento para ello (véase: Moyn, 2020a).

No obstante el reivindicado a menudo por el primer grupo en el contexto del “debate sobre el fascismo” existente desde la antigüedad y atribuido al Cicerón *dictum* de “la historia como maestra de la vida” –“*historia, magistra vitae*”– uno de los topoi más entretejidos con la modernidad que sirve no solo como un mandamiento de ir “aprendiendo” y “sacando” las lecciones del pasado, sino también como un mandamiento de “acordarse” y/o “no olvidarlo” (Kent, 1969), está lejos de ser aceptado universalmente. Como observaba por ejemplo Tony Judt, uno de los más destacados estudiosos del siglo XX –paradójicamente amigo, mentor y colaborador de Timothy Snyder–, en las últimas décadas “nos hemos vuelto extremadamente hábiles en enseñar las ‘lecciones de historia’, pero bastante malos en enseñar historia real” (sic) (Judt en: Mikanowski, 2019).⁶⁷ Otro destacado crítico de tratar la historia como una fuente de “lecciones” y “enseñanzas” ha sido Reinhart Koselleck el eminente historiador alemán y fundador de la “historia de los conceptos” (*Begriffsgeschichte*), cuya obra descansa en la tesis básica de la ineludible pluralidad y plurivocidad de la experiencia histórica y, por lo tanto, de la escritura histórica, que hace de la memoria histórica y

⁶⁶ Dos de los principales “alarmistas” y comparatistas de Trump al fascismo cuyas columnas forman parte del corpus de este estudio (véase: Capítulo 3.) que reflejan esta posición son por ejemplo Timothy Snyder, el conocido historiador estadounidense (para más sobre su modo de practicar la historia como un depósito de “lecciones” y “advertencias”, véase: Capítulo 2., la sección 2.5.) y Federico Finchelstein, un historiador argentino y destacado estudioso del fascismo, que después del ataque al Capitolio destacaba por ejemplo las “lecciones de la historia” de la época post-dictatorial de Argentina (Finchelstein, 2020r; para más sobre el enfoque de Finchelstein, véase: Capítulo 2., 2.1.3).

⁶⁷ Para una bien articulada crítica del quehacer histórico de Judt y su recepción general, véase: Riley, 2011b.

de la historiografía lugares de perpetua reinterpretación y conflicto no de “lecciones” ni de “espacio de aprendizaje”. Llamando la atención a la evolución de la noción de la historia como *magistra vitae*, o más en específico respecto a la de-evolución del entendimiento de lo que pasa en la historia, Koselleck prefería verla no como el resultado de la “Suerte”, la “Fortuna” o el “Espíritu del Tiempo”, sino una secuencia de acontecimientos singulares e irrepetibles que no constituyen ningún modelo y del cual no se puede sacar ningunas conclusiones para el futuro. Si bien cierta repetitividad existe, apuntaba Koselleck, y el dilema del historiador y de cualquier persona que pretende “aprender algo de la historia” es encontrar estas repeticiones y aislarlas de lo que es irrepetible y caótico, su conclusión respecto a esta cuestión era bastante clara (algunos dirán “pesimista”): “lo único que enseña la historia es que no enseña nada” (Koselleck, 2004: 42). Inspirado precisamente por este escepticismo de Koselleck (véase también: Koselleck, 2002), Enzo Traverso —no de casualidad, como hemos visto también un escéptico de comparar a Trump con “fascismo”— apuntando a la noción “*historia, magistra vitae*”, escribía que “sacar las lecciones del pasado es necesario e indispensable”, pero sacar las lecciones de la historia “no nos inmuniza y en sí mismo no constituye la solución de ningún problema” (Traverso, 2019e). Italia por ejemplo, recordaba Traverso, un país de migración es ahora profundamente xenófobo con migrantes, Brasil que ha tenido una brutal dictadura militar ha elegido a Bolsonaro que la glorifica y así (*Ibidem*). Cada vez nuevas generaciones se enfrentan a problemas inéditos y el hecho de vivir en un mundo que tiene una historia muy larga no es ninguna garantía de capacidad para solucionar los problemas, subrayaba. En este sentido, apuntaba Traverso, el conocimiento del pasado es necesario, pero eso no significa el apego acrítico al discurso clásico de la “la historia es *magistra vitae*”, que a menudo se traduce a una creencia mecanicista que el conocimiento de la historia garantiza estar preparado “para todo lo que depara el futuro”: es un discurso muy “ingenuo” y “falso”, según Traverso, ya que definitivamente “no es suficiente conocer el pasado para no repetir sus errores” (*Ibidem*). Pero la ignorancia, apuntaba en otro lugar este autor, tampoco es la solución y el verdadero problema por contrario “es cómo ‘elaborar el pasado’, que no es lo mismo que conocerlo” (Traverso, 2020c).

Frente a los mandamientos de “sacar las lecciones de la historia” presentados a menudo como un remedio al auge de la extrema derecha y/o al “retorno del fascismo”, Traverso, apoyándose en Jürgen Habermas, el pensador en las antípodas de Koselleck pero uno que igualmente tenía que decir cosas interesantes al respecto, prefiere apuntar a su noción del “uso público de la historia”, entendida como “la conciencia histórica que forma una fundación de nuestra responsabilidad ética y política en el presente” (véase: Habermas, 1988), que nació como un fruto de su experiencia de repeler durante el *Historikerstreit* al revisionismo⁶⁸ de Nolte y de otros historiadores alemanes conservadores que buscaban rehabilitar al nazismo y reinterpretar el pasado alemán una clara clave ideológica derechista reacomodando las imágenes de las fuerzas políticas una vez derrotadas y justamente condenadas por las sociedades en las que se engendraron, algo que aplica no solo a la historiografía misma, sino también a la lucha política corriente donde mirar el pasado para comprender nuestro presente significa, precisamente, “usar de modo responsable a la historia” (Traverso, 2018b: 108; véase también: 2019a: 135). Por su parte Emilio Gentile, el reconocido historiador italiano y uno de los más eminentes estudiosos del fascismo y a la vez un crítico feroz de toda la cuestión de los abusos de las comparaciones históricas (véase: Capítulo 2., 2.4.), subraya también que la historia no sirve para enseñar o para analizar al presente, sino más bien “para apenas corregir algunos errores”, pero “no para predecir el futuro” (Gentile, 2022). Así se puede argumentar que las creencias y los refranes dedicados a la supuesta superioridad del conocimiento histórico parecen más bien lugares comunes sin mucho sustento o simplemente afirmaciones falsas (o las “*Fake News*”, como diríamos hoy). Uno de los autores a quien se le atribuía a menudo el conocido y citado *bon mot* de Santayana —“aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo”— ha sido por ejemplo Winston Churchill, un estadista, escritor e historiador que hoy en tiempos de Trump servía también a menudo como una contra-referencia comparativa para distinguir los políticos “buenos” de los políticos “malos” como Trump que, según algunos, era “un nuevo Hitler” (véase: Rosenfeld, 2018). Pero Santayana, curiosamente no estaba hablando de leer y/o conocer la historia en absoluto, sino de lo que él consideraba la principal diferencia de desarrollo entre bebés y adultos, es decir, que los adultos recuerdan las consecuencias de sus hechos y los bebés no, por lo que es una exageración o un abuso de usar esta frase para comentar acontecimientos políticos y sociales. No existe ninguna “Gran Sabiduría de la Historia” que nos pudiera ayudar a tomar las decisiones políticas ni a evitar sus “repeticiones”. Al final la otra máxima popular de que “la historia se repite” —dos veces: la primera como tragedia, la segunda como farsa— de Karl Marx, fue pensada nada más y nada menos, como una broma.

Según el politólogo Jan-Werner Müller, uno de los principales especialistas en populismo que trata más bien en esta clave, y no en la clave de “fascismo” a explicar las anatomías de las extremas derechas contemporáneas ya que su especificidad, según Müller, se pierde cuando se lo equipara con el fascismo, la práctica de buscar los precedentes de lo que uno presencia en la actualidad y extraer las “lecciones del pasado”, data de la antigüedad. No obstante, según él, este tipo del entendimiento de la

⁶⁸ El “revisionismo”, el concepto cuyos raíces se remontan a las discusiones ideológicas en el seno del marxismo donde se refería a la desviación de la ortodoxia y señalaba un camino “reformista” y “conciliatorio” con el capitalismo, ha sido una palabra que, como apunta Traverso, fue heredada de un siglo en el que el compromiso de los intelectuales pasaba por su enrolamiento ideológico y partidario (Traverso, 2018b: 110), con su transferencia al campo de los estudios históricos- cambio de connotación generalmente peyorativo, también porque en algún momento el término, al entrar en la historia, ha sido secuestrado y “manchado” por los *negacionistas* del Holocausto que trataban de hacerlo suyo y evitar la mencionada etiqueta, mucho más peyorativa, aunque, en términos generales, el revisionismo alude al descubrimiento de fuentes o testimonios que arrojan una luz nueva a los acontecimientos del pasado y apremian la “revisión” y la reescritura de la historia, junto con cambios de enfoque y paradigmas, un tipo de cambios que a menudo exceden el ámbito académico y desembocan en el espacio público y en la política como cuando los historiadores conservadores alemanes trataban de “blanquear” el nazismo en los 80 o cuando Renzo de Felice llevó mucho más tacita y exitosa “revisión” y blanqueamiento del fascismo italiano desde su enfoque “anti-antifascista” (Traverso, op. cit.: 106-107; véase también: 2019a: 131-135).

historia genera numerosos problemas. Visto desde el punto de la perspectiva de la preocupación por el estado de la democracia contemporánea, el “debate sobre el fascismo” incluido, el principal hecho que dificulta esta práctica, es que las amenazas actuales a la democracia no son de ninguna manera paralelas a las experiencias del siglo XX. Como subrayaba Müller, el fascismo, a diferencia del autoritarismo o el racismo, no está reviviendo: no hay ningún movimiento que, similar al fascismo, esté produciendo la movilización masiva y la militarización de las sociedades enteras o el culto sistémico de la violencia que, igual que el fascismo de entreguerras, estaría glorificando el combate mortal como la apoteosis de la existencia humana (Müller, 2019). Es cierto que se aviva el odio a las minorías vulnerables, escribía Müller, pero en ninguno de los países gobernados por la extrema derecha como Hungría, Estados Unidos o Brasil, se estaban rehaciendo los Estados sobre la base de este racismo, tal como lo era el caso de los regímenes fascistas “clásicos”. Y contrario a lo que claman muchos de los “alarmistas” que el “fascismo estaba regresando” o que “la historia se estaba repitiendo antes nuestros ojos”, el mismo hecho que hay un precedente histórico para estas fuerzas políticas, hace que todo esto lo que había sucedido en el periodo de entreguerras y después, no está sucediendo hoy ya que el tipo y la escala de la represión que ejercían los movimientos fascistas –algo que no tiene paralelo hoy en día–, habría sido simplemente inaceptable hoy en día (*Ibidem*).⁶⁹

En este sentido, como anotaba por su parte Traverso, tratar a la historia como un medio para la interpretación y la transformación del presente, es una tarea muy engañosa. Si bien comprender el pasado, construir un discurso crítico sobre él y “extraer las lecciones” de él, es el oficio del historiador, las lecciones del pasado pueden entenderse de diferentes maneras y las representaciones e interpretaciones del pasado cambian en cada época:

Dejando a Cicerón [y su aforismo *historia magistra vitae*] de lado, no se trata de extraer del pasado un conjunto de reglas morales, aplicables todas las historias por igual, de la misma forma hoy como en la historia del mundo antiguo. Pero digamos que hay una equivocación, que empezó con la Ilustración, y gira en torno a la idea de que extrayendo las lecciones del pasado los seres humanos pueden mejorarse. Esto es una abstracción propia de una concepción lineal de la historia, una historia siempre acumulativa que desemboca en la idea del progreso.⁷⁰ Por supuesto, no es en este sentido que yo digo que se pueden sacar las lecciones de la historia. Sería muy fácil decir que la historia es la negación misma de ese aforismo. De otra manera, habría que preguntarse seriamente cómo es posible que, después de los fascismos del siglo XX, de la Segunda Guerra Mundial y del Holocausto, experimentemos hoy un nuevo ascenso de las derechas radicales en buena parte del mundo. O yo, que soy italiano, podría preguntarme cómo puede ser que Italia, que fue un país de emigración, un país de migrantes, hoy sea tan xenófobo. Eso, siguiendo el mencionado aforismo esto significaría que no se han extraído ningunas “lecciones del pasado” y que los italianos olvidaron su historia. Lo mismo podría decirse de los judíos, que fueron una minoría oprimida y perseguida por siglos, pero cuya historia desemboca en el Estado de Israel, que es un Estado opresor. Y así los ejemplos podrían seguir. Lo importante, en todo caso, es que la idea de “sacar lecciones del pasado” es una ilusión (Traverso, 2022a).

Después de haber dicho todo esto, ¿qué lugar toma en este contexto la comparación histórica? Como bien anota nuevamente Traverso, la comparación –que como tal surge de una suerte de tensión entre la historia y el lenguaje que según Koselleck produce los conceptos que hacen que podamos comprender nuestra experiencia histórica (Traverso, 2019a: 4)–, es una práctica habitual en el taller de los historiadores, pero los historiadores e investigadores no comparan las ideas, acontecimientos o experiencias solamente para establecer homologías y detectar repeticiones, sino también para destacar diferencias y rupturas de la historia (Traverso, 2022a). Así, más bien, las similitudes y analogías detectadas, junto con las diferencias, han de servir para identificar y reconocer las “peculiaridades históricas” (*Ibidem*). Respecto al tema del Holocausto u otros crímenes de este tipo Traverso apuntaba que todo genocidio posee una “singularidad” –sea el genocidio de los hereros en Namibia o el genocidio armenio– que el trabajo comparativo ayuda a detectar. Una vez establecida esta singularidad es posible también establecer –he aquí la dimensión epistemológica del comparativismo histórico–, algunas tendencias predecibles que los genocidios repiten y a la

⁶⁹ Según Müller a fin de darle sentido a una tendencia de nuestros tiempos marcada por el auge de la extrema derecha en vez de hablar de “fascismo” es más recomendable atenerse al concepto del “populismo de extrema derecha”: la “extrema derecha” especifica el contenido ideológico y el “populismo” se refiere a un reclamo de estos actores de representar “la gente real” y este, según él, es el concepto “lo suficientemente malo” para denominar a estas fuerzas (Müller, 2020). Este diagnóstico, según Müller, no solo describe mejor la realidad política que estamos enfrentando, sino que responde a dos criterios implícitos en el “debate sobre el fascismo”: primero, que un diagnóstico no debe crear puntos ciegos tales que ya no veamos las formas en que las democracias liberales realmente existentes y los demócratas liberales realmente existentes podrían ser cómplices del surgimiento de actores antidemocráticos; y segundo, que los diagnósticos movilicen adecuadamente a la ciudadanía para la defensa de la democracia (*Ibidem*); para más sobre las ventajas de no hablar de “fascismo” y en cambio acerca de los beneficios de hablar del “populismo de extrema derecha”, véase: Müller, 2015, 2019).

⁷⁰ Frente a la concepción lineal y acumulativa la historia criticada famosamente por Walter Benjamin en sus *Tesis sobre la historia* (1940), Traverso propone recuperar el concepto de la “reactivación” o el “retorno del pasado como relámpago”, del que hablaba Benjamin: los momentos en los cuales, en algunas circunstancias históricas, el “pasado regresa” y cuando cierta memoria colectiva puede ser activada a través de la acción conjunta, sirviendo precisamente como una suerte de “lecciones de la historia”, pero muy otras de las que se suele hablar por lo general. Uno de los ejemplos cuando esto ocurrió, fue el mencionado varias veces *Historikerstreit* –(véase: arriba 1.1.)–, uno de los paradigmáticos ejemplos del “uso público del pasado” cuando, según Traverso, décadas de la investigación histórica sobre los orígenes y los crímenes del nazismo “se activaron”, transformándose en una “conciencia compartida”, un modo muy diferente al modelo ciceroniano (Traverso, 2022a).

vez innovan, al igual que lo hacen por ejemplo las guerras o las revoluciones. Detectarlas mediante la comparación es parte necesaria de la investigación histórica y de la comprensión crítica. Dicho todo esto, Traverso enfatiza correctamente que la comparación histórica no es un procedimiento intelectual “neutro” ni “inocente” ya que influye en la formación de las memorias colectivas, las representaciones del pasado y normas y leyes que las rigen junto con sus responsabilidades correspondientes. Comparar a “Auschwitz” con “Gulag”, diciendo esencialmente –tal como lo aseguraba Ernst Nolte en su momento–, que el primero era “apenas una copia del segundo” (“salvo el procedimiento ‘técnico’ de las cámaras de gas”), creaba la impresión y formulaba la tesis de que los “malos” de la historia han sido los bolcheviques y que los nazis han sido sus solamente “meros epígonos de ellos” que siguieron su camino totalitario y que solamente “reaccionaban” a la amenaza que representaba el comunismo, defendiéndose esencialmente de él, una narrativa que constituye una grave distorsión de la historia (y que fue echada abajo en su momento por Habermas y otros intelectuales alemanes durante el *Historikerstreit*). Las comparaciones, bien anotaba Traverso, ayudan a revelar los entrelazamientos históricos, sobre todo respecto a los acontecimientos sincrónicos, pero es justamente el balance entre las similitudes y las diferencias que permite reconstruir el pasado “tal como fue”: Auschwitz no ha sido una “mera copia” del Gulag, pero sin duda el estalinismo y el nazismo interactuaron y se influenciaron mutuamente creando una suerte de “radicalización” que desembocó eventualmente en un choque apocalíptico durante la Segunda Guerra Mundial (Traverso, 2022a; véase también: 2017a; para otra interpretación de la tesis de la “interacción” y la influencia mutua entre el estalinismo y el nazismo, también en contexto de las “lecciones de la historia”, véase: Snyder, 2010 y Capítulo 2., 2.5.).

Apuntando en otro lugar al conocido debate sobre la “unicidad” de Auschwitz y/o el Holocausto (véase: 1.5.), Traverso recordaba bien, que este tema reapareció también durante la guerra en la ex-Yugoslavia cuando para algunos debatientes el “escándalo” no eran las limpiezas étnicas llevadas a cabo allí, sino las voces de los que “se atrevieron” a compararlos con los crímenes nazis, una postura que apuntaba precisamente a “preservar la unicidad del Holocausto”. Pero frente a esto, la posición de Marek Edelman, el último comandante del levantamiento en el Gueto de Varsovia (1943) que calificó los crímenes en Yugoslavia como “la póstuma victoria de Hitler”, era mucho más fructífera (Traverso, 2020d: 122 y 124). Así Traverso, cuando se trata de criticar una violencia desbordante, parece dejar una puerta abierta a usar este tipo de comparaciones, que invocan las atrocidades pasadas para que ejerzan una suerte de “trabajo disuasivo”, siendo a la vez firmemente reacio a usar la comparación al fascismo para hablar de la extrema derecha contemporánea (véase: Capítulo 2., 2.1.4.). En este sentido usar por ejemplo el concepto de “genocidio” puede ser incorrecto desde el punto de vista analítico (o desde el punto del derecho internacional), pero puede ser una buena elección desde el punto de vista del “uso público de la historia”. Hablar del “nazismo tropical”, recordaba Traverso, en caso del genocidio en Ruanda (1994) claramente ha sido analíticamente erróneo en la medida en que se trataba de diferentes contextos, diferentes regímenes políticos y diferentes métodos del genocidio –siendo el meollo aquí la comparación entre la exterminación de los judíos por los nazis y la exterminación de los tutsi por los hutu–, pero como una herramienta para llamar atención a este acontecimiento, igualmente ha sido una buena elección para llamar la atención y alertar a la opinión pública sobre un conflicto en su momento bastante desapercibido y calificado rutinariamente como “interno” y/o “tribal” por los medios. Y es lo que justo ha hecho en su momento precisamente en una columna de opinión en el diario francés *Libération*, un reconocido africanista francés Jean-Pierre Chrétien, con lo que, según Traverso, este tipo de comparación fue desde el punto de vista ético-político completamente justificada y ponía de manera útil la conciencia histórica central para el Occidente –el Holocausto– al servicio de la visibilización (Traverso, 2018b: 82-83).

Frente a estos “usos públicos del pasado” en los que las nociones de las “lecciones de la historia” y las analogías históricas juegan un papel central, había un importante acontecimiento que influyó en ellos: el colapso del comunismo y la crisis en la que se sumergió la izquierda que cerró las imaginaciones políticas supeditándolas a la lógica economicista, el enfoque tecnocrático de resolución de problemas y las coordenadas de un mundo supuestamente postideológico donde “no había alternativas”. La socialdemocracia después de haber enterrado incluso antes, ya en los 80, cualquier visión transformativa del futuro –como bien lo demostró por ejemplo Adam Przeworski–, emprendió en un camino “pragmático” de “resolución de problemas”. Igualmente bajo los escombros de los “socialismos realmente existentes” quedaron sepultadas los recuerdos del comunismo y del anticolonialismo como movimientos emancipatorios (Traverso, 2018a, 2018b). El resultado –como apunta Traverso–, fue la ausencia generalizada de cualquier horizonte de la utopía y de la visión del futuro: como lo dijo memorablemente el excanciller alemán del SPD Helmut Schmidt, “cualquiera que tenga visiones debería ir al médico” (sic). Utilizando la famosa pareja conceptual elaborada por Koselleck, Traverso formuló este diagnóstico de la siguiente manera: el comunismo ya no es un punto de intersección entre un “espacio de experiencia” (*Erfahrungsfeld*) y un “horizonte de expectativa” (*Erwartungshorizon*). La expectativa desapareció, mientras que la experiencia ha tomado la forma de un campo de ruinas. Según Koselleck, el pasado y futuro interactuaban, relacionados por un vínculo simbiótico. En lugar de ser dos continentes rigurosamente separados, estaban conectados por una relación dinámica y creativa en una suerte de relación y tensión dialéctica: el pasado fungía como un campo de experiencia, mientras el futuro era un horizonte de expectativas (véase: Koselleck, 1993: 333-358). A principios del siglo XXI, sin embargo, como apunta Traverso, esta dialéctica del tiempo histórico se vio agotada y el horizonte de expectativas desapareció: el comunismo fue reducido exclusivamente a su dimensión totalitaria, mientras el espacio de experiencia se volvió una montaña de ruinas (Traverso, 2011a). Es justo en esta ruptura de la dialéctica histórica entre el horizonte de expectativa y el espacio de experiencia que resurge entonces la visión de la historia de Benjamin, del ángel de la historia, que, como bien recuerda Traverso, en la novena tesis de sus *Tesis sobre la historia* (1940) contempla el paisaje de ruinas. Pero la gran diferencia era que Benjamin escribía sus tesis en una constelación histórica sumamente trágica: al principio de la Segunda Guerra Mundial, en tiempos del pacto germano-soviético cuando, como escribía Benjamin, si el fascismo ganaba, “ni siquiera los muertos iban a estar seguros” (*Ibidem*), un contexto profundamente diferente al de hoy. Pero aún en aquel entonces, anota Traverso, Benjamin decía que había una “débil puerta mesiánica” que podía ayudarnos, o sea, que la utopía y la esperanza no desaparecerían por completo. En el mundo de hoy, en cambio, estamos, según Traverso, frente a un paisaje de ruinas que contemplamos manera desapasionada,

estando a salvo después de un siglo de los totalitarismos, pero en un mundo “sin futuro”, totalmente anti-benjaminiano: en el mundo del “fin de la historia”, sin alternativa al imperialismo, al mercado y al capitalismo (Traverso, 2011a). Y es este eclipse de las utopías que, según Traverso, tiene como la consecuencia “el retorno al pasado” que para nosotros es el siglo XX en toda su magnitud, como siglo de las dos guerras mundiales, de las dictaduras, de las violencias, de los totalitarismos y de los genocidios. Y el siglo del que quedan excluidas las luchas emancipadoras y revolucionarias, porque según las dominantes “lecciones de la historia” del siglo XX, la revolución y la emancipación han sido solamente las fuentes de los totalitarismos (*Ibidem*).

Como apuntaba en otro lugar Traverso no sabemos si recobremos algún día “el horizonte de expectativas”, pero lo seguro es que “el campo de la experiencia del comunismo se eclipsó con nuestro paisaje memorial y que aún espera su anamnesis” (Traverso, 2018b: 87). Como observó a su vez Wendy Brown, una filósofa política estadounidense, muy en el tenor de las observaciones de Traverso, a finales del siglo XX, todos, tanto los liberales como los marxistas habían comenzado a perder la fe en el futuro. Colectivamente, escribió, los intelectuales de izquierda habían llegado a rechazar “una historiografía ligada a una noción del progreso”, pero “no habían acuñado ningún sustituto político para la comprensión progresista de dónde venimos y hacia dónde íbamos”. Este predicamento, argumentó Brown, solo podía entenderse como una especie del trauma, una “pérdida imperdonable”. En la izquierda liberal, esto se expresó en un nuevo “discurso moralizador” que entregó la promesa de la emancipación universal reemplazando a la vez la lucha por el futuro con un intenso enfoque en el pasado y un afán de responsabilizar moralmente a la historia por todo lo que ocurría en el presente (Brown, 2015: 4). El historicismo de hoy y la fijación en las comparaciones históricas es, en este sentido, un cumplimiento de este enfoque que, habiendo migrado de los márgenes de la academia al corazón del establecimiento liberal, predica que el progreso está muerto, el futuro no se puede crear, y todo lo que nos queda es el pasado, que por lo tanto debe ser considerado responsable de todos los problemas del presente. En esta perspectiva historicista y postpolítica desaparece el horizonte del conflicto real y queda reemplazado por “la lucha por el pasado/la historia”. Y la historia, como apuntaba el historiador Matthew Karp, puede ser útil, pero solo en función de las necesidades de la transformación del presente, aunque sea una exigencia que algunos podrían tildar como “presentismo” (Karp, 2021). Es precisamente en este paisaje histórico, intelectual y cultural que, como bien anotaba por su parte Mike Davis, un destacado marxista y urbanista estadounidense, nuestras las élites gobernantes –las que triunfaron, o más bien las únicas que quedaron en el campo de la batalla–, no tienen ninguna, ni la más mínima visión del futuro. Escribiendo al inicio de la guerra de Ucrania (2022) sobre la postura de la administración de Joe Biden que reemplazó en 2021 a la de Trump –salvándonos, según los “alarmistas”, de su “fascismo”–, Davis apuntaba que a diferencia de la Guerra Fría donde había más mecanismos de control político, hoy vivíamos en una época en la que “jamás se había puesto en tan pocas manos tanto poder económico, mediático y militar fusionado” y en la que los “grandes hombres con su megalomanía sin fin dominan la historia”, careciendo a la vez de cualquier capacidad “para validar su poder en cualquier narrativa plausible del futuro cercano”:

La Casa Blanca no tiene visión en el desierto que ayudó a crear. Todos los *think tanks* y mentes geniales que supuestamente guían al ala Clinton-Obama del Partido Demócrata tienen, a su manera, el cerebro de un lagarto como los adivinos del Kremlin. No pueden imaginar ningún otro marco intelectual para el declive del poder estadounidense que la competencia nuclear con Rusia y China. Al final, Biden ha resultado ser el mismo belicista en el poder que temíamos que lo fuera Hilary Clinton (Davis, 2022).

Esta observación de Davis se inserta en la observación del mismo Traverso que igualmente, unos años antes, criticaba la falta total de visión por parte de nuestras élites acompañada a menudo de egoísmos y de decisiones miopes, dictadas por sondeos de opinión o elecciones locales algo que –si ya buscamos algunas analogías– se parecían mucho menos a la élites de la década de los 30 y mucho más a los “sonámbulos” de la Belle Époque, los partidarios del “concierto europeo” previo a la Primera Guerra Mundial, que se encaminaban hacia la catástrofe con la más completa inconciencia (Traverso, 2016a). Es precisamente en este horizonte del anunciado con tanta insistencia “fin de la historia” como profetizaron los liberales tras la caída del Muro de Berlín, en el que desaparece el futuro, empieza a dominar el presente y la historia se vuelve el principal “campo de la batalla”. Lo paradójico de este “presentismo”, como apuntaba en otro lugar Traverso, es que este tiene una característica particular de “generar un apego compulsivo al pasado” (Traverso, 2014: 107), algo que podría explicar la dominación de las comparaciones históricas en el discurso público y los incesantes llamados a sacar y/o no olvidar las “lecciones del pasado”, la única, aparentemente manera, en la que nuestras sociedades que solamente y compulsivamente miran atrás, son capaces de aprender algo. Así, el “debate sobre el fascismo” y la frenética búsqueda de las analogías históricas al fascismo y/o a las décadas de los 20 y 30 para entender a Donald Trump en particular y la extrema derecha contemporánea en general, serían solo los siguientes ejemplos de este fenómeno, aunque –como ya se ha dicho– el contexto de hoy se parece mucho más al que precedió la Primera Guerra Mundial que el que marcó el auge de los fascismos post-1918 llevando luego a la Segunda Guerra Mundial, la época en la que enfocan tanto sus analogías los “alarmistas”.

II

FASCISMO

2.1. Anatomía, definiciones, debates

Como bien apuntaban los historiadores Gavriel D. Rosenfeld y Janet Ward, hablar y tratar de entender cómo el trumpismo y el fascismo podían, o no, encajar en la historia estadounidense, era una tarea bastante difícil incluso para los partidarios de comparar a Trump con el fascismo al igual que argumentar en contra de tales nociones, ya que ambos esfuerzos –el meollo del “debate sobre el fascismo”–, enfrentaba desafíos epistemológicos e historiográficos mayores (Rosenfeld, Ward, 2023: 15). Y el principal problema era definir el fascismo en primer lugar. Desde que los académicos comenzaron a estudiar intensivamente el fascismo en los años 60, se han debatido arduamente si adoptar definiciones amplias o restrictivas del concepto; dónde ubicarlo en el espectro político tradicional “izquierda-derecha” y cómo explicar su relación con otros movimientos como el socialismo, el liberalismo y el conservadurismo. Si bien la mayoría de los estudiosos estarían de acuerdo de que el “fascismo” no significa “cosas que no me gustan”, un modo drásticamente reduccionista de emplear el término como solamente una palabra de insulto (véase: Kershaw, 2015: 39; Payne, 2014: 175) y fenómeno agravado por los comentaristas y políticos justamente en los últimos años en general y respeto a Trump en particular o que “fascismo” no significa cualquier ejercicio de poder autoritario o mero intento de limitar la libertad de expresión o cualquier otro tipo de libertad, sino que es un fenómeno político particular de extrema derecha y de masas, nacido como reacción a las crisis de la democracia liberal y el capitalismo, ya tendrían dificultades en llegar a un acuerdo más amplio acerca de su anatomía, naturaleza histórica u orígenes precisas. Gran parte del desacuerdo, refleja diferencias de enfoque metodológico. Las conclusiones varían ampliamente, por ejemplo, dependiendo de que si se emplea un enfoque taxonómico rígido que identifica el fascismo en un conjunto específico de rasgos (de acuerdo con la idea de Stanley G. Payne de “fascismo genérico”, la noción de Ernst Nolte de un “mínimo fascista” o la noción de Roger Eatwell de una “matriz fascista”) o en un conjunto más amorfo de lo que Robert O. Paxton ha llamado “pasiones movilizadoras”. Las conclusiones también varían dependiendo de que si se adopta una perspectiva materialista centrada en los fundamentos económicos y sociales del fascismo (la práctica típica de los estudiosos marxistas, como Geoff Eley, Timothy Mason o Anson Rabinbach), los enfoques marxistas-bonapartistas centrados más en la política y la cuestión de la hegemonía (Antonio Gramsci, Nicos Poulantzas o Dylan Riley) o el enfoque cultural-intelectual centrado en sus ideas subyacentes (asociado más con George L. Mosse). Si se considera al fascismo como un fenómeno “reaccionario” y “antimoderno” (Ernst Nolte) o “revolucionario” y “moderno” (Renzo de Felice, Emilio Gentile, Roger Griffin). Si uno se centra en los países donde el fascismo tomó el poder estatal o en lugares donde siguió siendo un mero movimiento; y si uno restringe su enfoque a la Europa de entreguerras (los enfoques “eurocentristas” como por ejemplo el de Payne) o lo amplía al resto del mundo (los enfoques “transatlánticos” y “transnacionales” como los de Federico Finchelstein). Tampoco faltan enfoques que combinan algunas de estas miradas divergentes: la mayoría de los estudiosos marxistas estaría de acuerdo por ejemplo que el fascismo es un fenómeno antirrevolucionario, sin suscribir el análisis reaccionario y las coordenadas políticas de Nolte que también argumentaba lo mismo (véase: más adelante). Debido a todo esto, el fascismo ha sido durante mucho tiempo un concepto discutible, “en movimiento” y uno que se resiste a una definición simple y sencilla. En palabras de Ian Kershaw intentar definir el “fascismo” siempre ha sido “como intentar clavar gelatina en la pared” (Kershaw, 2016: 228). Entre los especialistas no hay ni siquiera un consenso ninguno si nazismo es fascismo, al igual que desde hace décadas parece no haber consenso si las figuras popularmente asociadas con el fascismo como Francisco Franco o António de Oliveira Salazar eran en realidad fascistas o no (véase: Payne, 1999; Blamires, Jackson 2006; Riley, 2019). Como lo escribía Roger Griffin uno de los máximos historiadores del fascismo, en resumidas cuentas durante los cincuenta años posteriores a la muerte de Hitler y Mussolini los estudios comparados no marxistas del fascismo (para la diferente, pero no menos complicada suerte de los enfoques marxistas, véase: más abajo, 2.1.1.), estuvieron sumergidos en un caos: los modelos de fascismo que producían eran demasiado arbitrarios y carentes de fundamento empírico para ayudar realmente a los investigadores que trabajaban “idiográficamente” (es decir, reconstruyendo y analizando fenómenos y hechos concretos) a reconocer patrones generales en su área especializada de investigación o a distinguir entre manifestaciones fascistas y no fascistas de la extrema derecha (Griffin, 2018: 40).

Igualmente Dylan Riley, el sociólogo estadounidense especializado en fascismo (véase: Capítulo 1., sección 8. y abajo Capítulo 2., 2.2., 2.2.1., 2.2.2.) enfatiza por su parte que el único consenso entre los estudiosos del fascismo es que... no hay ningún consenso respecto a lo que es el fascismo (Riley, 2019: 3). Algunos estudiosos, anotaba Riley ofreciendo su propio mapeo de los estudios del fascismo, prefieren una definición muy restringida aceptando en ella solo el fascismo italiano y el nazismo alemán (Renzo De Felice, Juan J. Linz). Dentro de este grupo hay incluso quienes se niegan a definir el nazismo como fascismo, viéndolo –tal como ya se ha mencionado–, como “una cosa aparte”. Otros prefieren un enfoque amplio enfatizando similitudes y patrones compartidos entre diferentes estados autoritarios capitalistas que definen como fascistas (Gregory M. Luebbert, Barrington Moore Jr.). Otro grupo busca establecer tipologías detalladas de diferentes tipos de regímenes autoritarios (Michael Mann, Emilio Gentile), el grupo en el que entran también quienes se suscriben a la teoría del llamado “fascismo genérico” (Stanley G. Payne, Roger Griffin). Finalmente el último grupo podrían constituir los teóricos marxistas (August Thalheimer, León Trotsky, Antonio Gramsci). Para Riley uno de los más prominentes puntos de contención en los estudios del fascismo siempre ha sido captar el alcance con el que los regímenes fascistas cambiaron la relación entre sus sociedades y las instituciones del Estado, una transformación mediante toda una red de nuevas instituciones en la que el partido de masas ha sido el núcleo central que no existía anteriormente en el orden liberal, una división mejor definida como “fascismo como revolución” o “fascismo como contrarrevolución”. Si bien los estudiosos marxistas son los que argumentan con contundencia a favor de la

segunda tesis, igual hay quienes, como bien apunta Riley, le reprochan a la perspectiva marxista ser incapaz de ver la dimensión “revolucionaria” del fascismo por ser “demasiado enfocada en pensar la revolución en términos económicos”, mientras la revolución fascista, según ellos, ha sido sobre todo “una revolución de identidad”. Pero por otro lado el mismo Riley apunta igualmente de modo muy convincente a los límites del propio enfoque de “fascismo como revolución”: i) falta de cualquier noción teórica de la “revolución” (dada la ausencia de la transformación de la propiedad, la definición de la “revolución fascista” resulta sustancialmente vacía), ii) incapacidad de esta interpretación de explicar teóricamente la llegada del fascismo al poder y la lógica de sus regímenes y en vez de esto contentarse de ofrecer “puras tautologías” (Riley, 2019: xix). Así, al final y a pesar de una enorme literatura a favor de la tesis del “carácter revolucionario” del fascismo (véase: Gregor J., 1974: 6-10; Griffin, 1998: 241; Mann, 1997: 142-145; Sternhell, 1994: 7; Kershaw, 2016: 228-229), la tesis de la “contrarrevolución” que además está enfocada más en el estudio de casos particulares (véase: Eley, 1989; Mayer, 1971: 3; Paxton, 2004: 1-10), parece, según Riley, defenderse mucho mejor empíricamente (Riley, 2004).

Comentando en otro lugar acerca de las mencionadas diferentes estrategias conceptuales e investigativas tomadas por los estudiosos del fascismo Riley remarcaba también que si bien cada una logra iluminar diferentes aspectos de los regímenes autoritarios de entreguerras, ninguna es perfecta: una corre riesgo de la “circularidad” definiendo como el fascismo a los regímenes calificadas a priori como tales (Italia, Alemania); otra, oscurece diferencias cruciales entre diferentes tipos de regímenes autoritarios definiéndolos a todos como fascistas; la última, corre riesgo de enterrar su objeto de estudio bajo una sinfín variedad de etiquetas y características (Riley, 2019: 3). La posición del propio Riley, como él mismo subraya, apunta en este sentido a ser “un compromiso razonable”: en sus ojos, una cantidad bastante amplia de los regímenes de Europa entreguerras resultan de manera útil entendidos como fascistas, entre otros porque sus líderes de manera consciente modelaban sus movimientos en el “fascismo clásico” de Italia y Alemania. Pero a la vez había una enorme variedad entre ellos dependiendo de los contextos nacionales y sus particularidades políticas. La paradójica definición que propone Riley –de ver al fascismo, como ya hemos mencionado, como “una democracia autoritaria” (véase: Capítulo 1., sección 8.)–, apunta a reflejar el hecho de que las élites políticas fascistas reivindicaban una forma de legitimación democrática aun cuando gobernaban por medios autoritarios: los fascistas dismantelaban los parlamentos, cancelaban las elecciones y los derechos civiles, pero a la vez abrazaban enteramente el propósito de los Estados modernos de ser representantes del pueblo y/o a la nación, argumentando que la pertenencia al partido del Estado y a las asociaciones corporativas era una forma más genuina de representación que las viejas formas electorales y parlamentarias liberales. Así, anotaba Riley, el problema que tenían los fascistas con el liberalismo no era que este era “democrático”, sino que “no era lo suficientemente democrático” (sic): las elecciones y los parlamento no representaban, según ellos, de manera adecuada a “los intereses de la nación” (Riley, 2019: 3-4). Rechazar la definición proceduralista de la democracia y la centralidad de la “ruptura democrática” en entender el fascismo –viendo en la “democracia” más bien “una fórmula política” combinable con diferentes tipos de regímenes e instituciones–, le permite a Riley captar la centralidad de la sociedad civil en su auge y formación enfatizando así las particularidades del fascismo (y aplicabilidad o no a otros momentos y contextos históricos). El mismo propósito cumple el dejar de lado el criterio “totalitario” –el “totalitarismo”⁷¹ como un criterio de definir el fascismo y la diferencia entre el totalitarismo y autoritarismo son centrales en la literatura sobre el fascismo–, ya que simplemente, según Riley, algunos regímenes fascistas eran totalitarios, pero otros no (*Ibidem*: 5). A la vez Riley, volviendo a insistir que el fascismo tomó formas diferentes en diferentes contextos políticos nacionales distingue al menos tres variedades de él: i) “el fascismo de partido” (Italia, Alemania); ii) “el fascismo tradicionalista” (España); y iii) “el fascismo estatal” (Rumania) (Riley, 2019: 19-20).

Así, la falta de una definición o una teoría del fascismo que gozara de un consenso más amplio y el hecho de que los usos (y abusos) de la etiqueta “fascista” dan lugar –disculpen la tautología–, a muchos lugares comunes, sugiere precisamente –otra tautología–, su imprecisión. El mismo Benito Mussolini acuñó el término “fascismo” –el nombre que le puso a su Partido Fascista Revolucionario fundado en 1915–, para denotar un sistema de gobierno colectivista, el sentido que fue reforzado por Giovanni Gentile, el “filósofo oficial” del fascismo italiano y ministro de Educación de Mussolini, que junto con el propio *Il Duce*, creó luego la definición oficial (y tardía) del fascismo en la famosa entrada en la *Enciclopedia Italiana* (1932) viéndolo como una “doctrina de acción”, de la “práctica” y una reacción antidemocrática a lo que se consideraba la dominación por parte de las democracias industriales avanzadas de comunidades y naciones menos desarrolladas o desprovistas de estatus que languidecían al margen de las “Grandes potencias”, una antítesis del socialismo marxiano, del pacifismo y la democracia liberal. De acuerdo con esto, el fascismo aspiraba a la “comunidad”, a la “coherencia”, a la eliminación de las fronteras entre el “Estado

⁷¹ Como recuerda Traverso, el “totalitarismo” que hoy supone una serie de analogías incontestables entre nazismo, fascismo y comunismo entendidos como sistemas de poder, ha sido un concepto acuñado por los antifascistas italianos para denotar de manera negativa el carácter monolítico del régimen de Mussolini y luego retomado por los propios fascistas que le dieron un significado positivo. Salió a la prominencia a la hora del Pacto Nazi-Soviético a luz del cual Hitler y Stalin se presentaron como “dictadores gemelos” pero cobró vuelos verdaderamente con el advenimiento de la Guerra Fría como un instrumento para denunciar a la URSS y la izquierda comunista en general como un enemigo del “mundo libre”, el giro que ocasionó el borramiento del mismo concepto de fascismo (Traverso, 2018b: 98; véase también: Kershaw, 2015: 70-71). Igual que el propio “fascismo”, el “totalitarismo” ha sido tratado por varios estudiosos como un concepto que se mueve por los “tipos ideales”, entre otros en un afán de encasillar en él tanto al fascismo como al estalinismo (Traverso, 2001, 2005, 2018c). Como apunta en otro lugar Traverso, aunque el “totalitarismo” con su suposición de equivalencia entre nazismo y comunismo “aparenta” un potencial comparativista, no resiste la prueba del cuidadoso comparativismo histórico entre los dos sistemas y sus limitaciones políticas las reducen a un binario y paralelismo sincrónico. En vez de esto una comparación diacrónica y multidireccional abriría perspectivas nuevas e interesantes ya que al estalinismo y al nazismo no les faltó precursores y competidores (Traverso, 2019a: 167).

absoluto” [“totalitario”] y el individuo, todo de lo que el liberalismo con su individualismo era un opuesto (véase: Gregor J., 2001). Como bien recordaba respecto a la dificultad histórica de definir el fascismo Sarah Churchwell, una de las cosas que no ayudaba era que los movimientos fascistas estuvieran marcados siempre por el oportunismo y “la voluntad de decir casi cualquier cosa para llegar al poder”, lo que hacía que sus definiciones se volvieran aún más turbias. Así, intentar identificar su núcleo, el “átomo fascista indivisible”, como escribía Churchwell, ha resultado imposible (Churchwell, 2020). Así nos quedábamos, en sus ojos, con lo que el célebre semiólogo italiano Umberto Eco llamó la “borrosidad del fascismo”, o con lo que otros estudiosos, como uno de los más eminentes expertos en fascismo, el historiador estadounidense Robert O. Paxton, llamaron como “doctrinas nebulosas y sintéticas” combinadas con su ultranacionalismo y antiintelectualismo lo que significaba, según él, que el fascismo nunca era un conjunto coherente de doctrinas ideológicas (Paxton en: Churchwell, 2020). Asimismo, según Paxton escribiendo en otro lugar, otra de las principales características del fascismo y su rasgo fundamental que dificulta su estudio es que “(...) ningún movimiento fascista ha llegado jamás al poder por sus propias características” y que ninguno de ellos ha asumido el poder sin ser apoyado por los conservadores bajo las condiciones en las que ambos grupos silenciaron sus diferencias en nombre por ejemplo de “neutralizar la amenaza comunista” (Paxton, 1972: 152).

Así, no solo no existe una definición universal de “fascismo”, sino que no existe una descripción que se adapte y refleje todos los casos. En su ensayo acerca de lo que él denominaba como “fascismo eterno” (“Ur-Fascismo”), el mencionado Umberto Eco —ampliamente citado por muchos “alarmistas” y partidarios de comparar a trumpismo con fascismo (véase: Douthat, 2015; Bouie, 2015; Gopnik, 2022; Reich, 2023b; para el análisis de estas columnas véase: Capítulo 3., textos #1, #2, #25, #26) y a la vez repudiado unánimemente por los “escépticos” por contraproducente y confuso (véase: Passmore, 2014b: 88; Gentile, 2023)—, argumentó que “el fascismo no tiene quintaesencia” y lo llamó “un totalitarismo confuso”, “un collage”, “una colmena de contradicciones”, apuntando que “el juego fascista se puede jugar en muchas formas” (Eco, 1995). Por su parte Paxton escribía que “no se podía identificar al fascismo ‘por su plumaje’” (Paxton, 1998: 12), para desarrollar luego estas observaciones en su importante y hoy clásico estudio *La anatomía del fascismo* (2004) donde aseguraba que la búsqueda de los orígenes intelectuales o culturales del fascismo era un afán engañoso ante la inexistencia de proposiciones intelectuales fascistas bien argumentadas o cohesivas: así, el fascismo, según Paxton, como ya se ha mencionado, “está más vinculado a un conjunto de ‘pasiones movilizadoras’ que dan forma a la acción fascista que a una filosofía consistente y plenamente articulada” (2004: 40-41). Pero es justo por eso —se podría argumentar—, que resalta la importancia de adoptar y manejar cuando se habla del tema a una determinada teoría y/o definición del fascismo, en vez de solo reproducir las descripciones vagas o por ejemplo las llamadas “listas de verificación”, de los cuales —en ambos casos—, el ejemplo quintaesencial es el mencionado Eco, que, con razón por sí mismo lamentaba la vaguedad del uso del término de “fascismo”, pero paradójicamente contribuía enormemente a ella (para una bien articulada crítica de las conceptualizaciones de Eco, véase: Capítulo 2., 2.4.). Al mismo tiempo el caso de Paxton resulta igualmente ilustrativo para la mencionada confusión que reina en torno al fascismo: por todo el tiempo de la duración de la primera presidencia de Trump (2017-2021) Paxton en diferentes entrevistas y textos (véase: 2016a, 2016b, 2016c, 2016d, 2016e, 2016f, 2017a, 2017b) se negaba vehementemente a calificarlo o compararlo al “fascismo”, solo para de repente, una vez que Trump estaba fuera del poder y después de haber perdido las elecciones (sic) —¿había alguna vez un régimen fascista que después de haber estado al mando del Estado lo haya perdido en las elecciones y solo después se había vuelto “fascista de verdad?”—, uno podría preguntar—, cambiar su posición en un luego vuelto famoso dentro de todo el “debate sobre el fascismo” artículo escrito a pocos días del ataque a Capitolio en 2021 y abrazar, ahora sí, la etiqueta de “fascismo” respecto a Trump (Paxton, 2021; para el análisis de esta columna, véase: Capítulo 3., texto #20). Este espectacular cambio de posición después ha sido tomado por muchos “alarmistas” y partidarios de comparar a Trump y al trumpismo al “fascismo” como la máxima prueba de que “ellos lo eran” (Rosenfeld, Ward, 2023: 5; Power-Greene, 2023: 279-280), aunque muchas de estas mismas voces por años ignoraban las anteriores negativas del mismo Paxton a encender el “alarma ‘f’” como si su autoridad y conocimiento del tema no hubieran sido dignos de tomar nota anteriormente (para este punto, véase: Capítulo 3.).

Estos dos ejemplos demuestran no solo la propia vaguedad del “fascismo” como un concepto y la futilidad de los intentos de crear su definición universal, sino también el partidismo con el que se lo suele emplear. De allí precisamente resalta la mayor importancia y mayor utilidad de investigaciones de las ideas y las prácticas específicas de extrema derecha en diferentes contextos y en una perspectiva comparativa, enraizados en las verdaderas teorías del fascismo, más que apoyadas por ejemplo en las mencionadas “listas de atributos” que uno puede escoger o “armar” según las necesidades políticas de momento. Esta debilidad de las “listas de verificación” tiene incluso dos caras: suele ser abusada para confirmar lo “fascista” del fenómeno en cuestión, el caso del que trumpismo es el ejemplo más claro (Perlstein, 2015; Toscano, 2017, 2020), pero también es un aspecto que lamentan los partidarios de comparaciones al fascismo ya que en sus ojos “medir” un movimiento en función de una lista de cualidades fascistas necesarias en lugar de dinámicas y creencias esenciales, conduce a una tendencia a descartar un movimiento como fascista a base de su incapacidad para alcanzar un cierto “mínimo” (véase: Perlstein, 2015; Steigmann-Gall, 2023: 211). Si bien, recordaba Churchwell, apuntar a la fuerza podría ser aceptado más ampliamente como un rasgo definitorio del fascismo, apuntar por ejemplo al antisemitismo o al genocidio como sus componentes definitorios ya no se sostendría ya que el primer fascismo, el italiano, no era ni particularmente antisemita, ni particularmente genocida. En este sentido, tiene razón Churchwell, hay buenos argumentos en contra de intentar establecer la definición del fascismo a través de taxonomías (Churchwell, op. cit.). La constante proliferación de enfoques rivales que a menudo, como se ha mencionado, se basaban en características externas, varias de las cuales como el liderazgo carismático, el terror, el racismo, el sistema de partido único, las políticas ritualistas, el corporativismo, el nacionalismo radical o la imaginería apocalíptica no solo no eran exclusivas del fascismo o la extrema derecha, sino también propias de otras fuerzas políticas incluso de la izquierda (como lo ha demostrado el estalinismo), hacía que los estudios del fascismo (*fascism studies*) fueron en gran parte (y con razón) por décadas despreciados por los historiadores y politólogos a todos los efectos investigadores prácticos (Griffin, 2018: 41). Y que el “fascismo” como término, a lo mucho, servía

solamente como una “metáfora puente” para el mal, la violencia o el comportamiento autoritario, ya sea político, cultural o social (Alexander, 2003).

Otro de los factores culpables por la falta de rigor en el uso de fascismo es el fenómeno que Emilio Gentile –ningún parentesco con Giovanni–, un historiador italiano y uno de los más eminentes especialistas en el tema (para más sobre su enfoque véase: 2.4.), ha denominado como “desfascistización del fascismo”: una banalización de los regímenes fascistas tanto desde la izquierda, como desde la derecha que negaban, acorde a sus propios intereses políticos en la época de la posguerra, diferentes facetas de los regímenes fascistas dados (por ejemplo de que carecían de una ideología o de que se volvieron racistas solo bajo la presión nazi, etcétera), lo que en efecto borraba e impedía ver su especificidad, un efecto nocivo que afecta hoy el uso del término “fascismo” y las analogías a él. Según Gentile una de las pensadores responsables personalmente por esta banalización (sic) y el estado de cosas actuales en cuanto al uso de “fascismo” ha sido Hannah Arendt que en *Los orígenes del totalitarismo* (1973), sin –según Gentile–, “saber nada del fascismo” (sic), afirmaba que “el fascismo no era totalitario”. En su libro, en el que el único régimen que aparece como totalitario es el estalinismo –ni siquiera considera totalitarios a Lenin y a Mao, remarcaba Gentile–, ya que Arendt tampoco consideraba totalitario el nazismo: solo le atribuía esa cualidad desde el inicio de la guerra (sic). Así la tesis de Arendt fue utilizada durante la Guerra Fría como un manifiesto propagandístico solamente para ubicar en el mismo lugar la Rusia de Stalin y la Alemania de Hitler (véase: nota de pie 71), pero sobre todo, para justificar que Estados Unidos y distintos países de la Alianza Atlántica estuvieran aliados a los regímenes como el de la España de Franco y el Portugal de Salazar, que tenían aspectos comunes con el fascismo. Así, según Gentile, la visión de Arendt según la cual el fascismo no era “totalitario” sino apenas “autoritario”, les servía a los países aliados a los regímenes que tenían algunos aspectos del fascismo para afirmar que, si era autoritario, era “menos malo” que el totalitarismo, es decir, la Alemania de Hitler (después de 1939) y la Rusia de Stalin. Era este tipo de argumentación que, según Gentile, contribuyeron a la “desfascistización del fascismo” (Gentile, 2023), algo a lo que contribuyó también el hecho que, por ejemplo en Italia, muchos fascistas reales de los tiempos de Mussolini se hicieran luego democristianos, comunistas o socialistas “por lo que los partidos debían decir que el fascismo no había tenido ninguna influencia y solo se dedicaban a ridiculizarlo” (*Ibidem*).

Según Federico Finchelstein, –y uno de los principales “alarmistas” cuyos columnas forman parte del corpus de este estudio, véase: Capítulo 3., textos #11, #12, #18; para más sobre el enfoque de Finchelstein sobre el fascismo, véase: abajo 2.1.3.–, el fascismo es históricamente “una ideología global con movimientos y regímenes nacionales que nunca ha tenido un sistema ideológico cerrado (Finchelstein, 2017: 35, 36-38). Para el propio Mussolini por ejemplo, como bien recuerda Finchelstein, el fascismo ha sido algo “abierto y “cambiable según las necesidades políticas de corto plazo”, siendo para los propios fascistas, la teoría fascista, algo de poca importancia (55-58). A parte de esto, como subraya Finchelstein, desde su inepción, el fascismo fue un fenómeno “transnacional”, tanto dentro como fuera de Europa, centrado políticamente en el establecimiento de una dictadura, la exterminación de sus enemigos, la política de la violencia y el uso de la mentira que no solo niega, sino que trata de alterar la realidad para validarse:

En términos históricos, fue una política ultranacionalista, antiliberal y antimarxista. Su objetivo principal era destruir la democracia desde dentro para crear una dictadura moderna desde arriba. El Estado silenció los principios básicos de la sociedad civil, mientras eliminaba las distinciones entre lo público y lo privado, o entre el estado y sus ciudadanos. Los sistemas fascistas cerraron la prensa independiente y destruyeron el estado de derecho. Los fascistas defendieron una forma de liderazgo divino, mesiánica y carismática apoyada en grandes mentiras y propaganda. Tenían una concepción extrema y xenófoba de lo que considerarían el enemigo, considerándolo como una amenaza existencial para la nación y su pueblo que primero debía ser perseguido y luego deportado o eliminado. El fascismo tenía como objetivo crear un orden mundial nuevo y de época a través de la militarización de la política. Fascismo como término apareció por primera vez en Italia en 1919. El fascismo también se refiere visual e históricamente a un símbolo de autoridad imperial romana. Pero la política que representaba no se limitaba a Italia; en cambio, apareció simultáneamente en todo el mundo. De Japón a Brasil y Alemania, y de Argentina a India, Nicaragua y Francia, la revolución antidemocrática, violenta y racista de derecha que encarnó el fascismo fue adoptada en otros países con diferentes nombres: nazismo en Alemania, *nacionalismo* en Argentina, *integralismo* en Brasil, etcétera (Finchelstein, 2020a: 22; para los puntos parecidos, véase también: 2022d, 2023a).⁷²

⁷² Laudando el enfoque “transnacional” en los estudios del fascismo cuyo uno de los primeros proponentes ha sido precisamente Finchelstein (2010) y apuntando de que el hecho que el fascismo en todas sus variaciones nacionales ha sido notoriamente difícil de definir lo que desde el principio contribuía a su “plasticidad epistémica”, el historiador británico de Holocausto Dan Stone apuntaba que este tipo de “transferencias transnacionales” no implica(ba) simplemente el intercambio de ideas o las visitas de representantes de movimientos con ideologías similares a través de fronteras nacionales, sino que significaba que los grupos y partidos fascistas han sido moldeados por un movimiento e intercambio de ideas y reacciones comunes a un tipo de crisis particular al que creían responder. Así, la “edad del fascismo” fue toda una época histórica, no solo un fenómeno geográficamente confinado, precisamente porque la necesidad de una renovación era ampliamente vivida. El resultado fue que el fascismo representaba una contradicción: un movimiento que prometía la regeneración nacional y la gloria nacional en un contexto en que muchos movimientos proponían esencialmente lo mismo, desarrollando sus respuestas a base de unas *Weltkritik* particulares, pero frente a una visión compartida de crisis (Stone D., 2021: 19; véase también: Finchelstein, 2017: 74 y Rosenfeld, Ward, 2023: 37).

Así, subraya Finchelstein, el fascismo no es estático en términos de cambio a lo largo del tiempo y tampoco es estático en términos de estar restringido a unos pocos casos europeos. Su definición, junto con la insistencia en el carácter “transnacional” del fascismo son, como subraya este autor., un afán de mostrar su insatisfacción con los enfoques “genéricos” del fascismo y las definiciones ideal-típicas que considera precisamente muy estáticas (para la discusión sobre estos enfoques, véase más adelante: 2.1.2.). Así, y en contraste con ellos, Finchelstein propone también un concepto de “fascismo en movimiento” (Finchelstein, 2021f).

Como apuntaba por su parte Enzo Traverso la cuestión de “¿qué es el fascismo?” –con las viejas interpretaciones y definiciones criticadas, reformuladas, matizadas o puestas en duda–, estaba presente en el debate público ya desde sus meros inicios, o sea, desde la década de los 20. Dado precisamente que este debate acompañó el auge del propio fascismo con su violencia y persecuciones, nunca ha sido un debate neutral ni “puramente académico”, sino *par excellence* político. En este sentido la tarea de estudiar al fascismo, algo en lo que los pioneros han sido los teóricos marxistas (Iordachi, 2010: 6-8) que combinaban este análisis con el análisis del “despotismo oriental” o la génesis del feudalismo (para los enfoques marxistas, véase: más adelante 2.1.1.), era, “un compromiso intelectual profundamente entretelado con lenguajes y conflictos políticos” (Traverso, 2019a: 97). Como observó agudamente Ernest Mandel, un marxista belga de orígenes polacos, miembro de la resistencia clandestina antinazi en la Bélgica ocupada y uno de los principales teóricos de la Cuarta Internacional, “la historia del fascismo es al mismo tiempo la historia del análisis teórico del fascismo” (1971: 9). Así, el funcionamiento del término puede ser considerado como un barómetro de cambios intelectuales más grandes. Después de haber estudiado con detalle los debates de la memoria del nazismo en Alemania –entre otros el llamado *Historikerstreit* y la exposición sobre los crímenes de Wehrmacht donde el meollo de la disputa giraba en torno a la singularidad del nazismo y sus crímenes⁷³–, Traverso destacaba por ejemplo la curiosa desaparición del concepto del “fascismo” como una categoría analítica en el campo historiográfico para la comprensión del “fenómeno alemán” a finales de los 80 (sic), el borramiento con el que ha sido cambiada toda la consciencia del genocidio (Traverso, 2018b: 89). Fascismo en Alemania, después de 1989 se volvió, como apuntaba Traverso, una suerte de tabú, algo que ha sido percibido incluso con antelación por Timothy Mason, un gran investigador de Holocausto y de la historia comparativa del fascismo, que por sí mismo denunciaba esta desaparición y ausencia en el campos académico dentro y fuera de Alemania (Traverso, 2018b: 89; Mason, 1995: 323-331; véase: también nota de pie 23). Al mismo tiempo la desintegración de la URSS y la caída del comunismo a principio de los 90 dio lugar a un triunfalismo sin límites que ocasionó la reinstauración y el retorno triunfal del concepto del totalitarismo en la academia “como un modelo satisfactorio de describir a nuestros enemigos” (Traverso, 2018b: 90). Lo que no obstante llama la atención, más allá de las complejidades internas de la historiografía alemana, y que puede resultar revelador para el uso del concepto del fascismo hoy en día en la época trumpista y post-trumpista, es que la mencionada desaparición reveló a la vez la existencia en Alemania de una bastante fuerte corriente historiográfica, la que finalmente y silenciosamente quedó como victoriosa –un desarrollo paralelo, “localizado” y contradictorio al proceso denunciado por Gentile en caso de Arendt (véase: arriba)–, que desde hace décadas rechazaba la noción del “fascismo” y la visión “totalitarista” de Alemania nazi, reservando ambas categorías solamente para hablar de Italia de Mussolini (sic). Algunos de sus adeptos, como apuntaba Traverso, se oponían incluso a atribuir al “fascismo” el estatus de un “concepto” (*Begriff*), viendo en él solamente una “consigna” (*Schlagwort*), una ideología y una herramienta de la propaganda. A este campo se sumaron incluso algunos historiadores y politólogos de la izquierda que abandonaron al “fascismo” por ser “incapaz por sí solo incapaz de explicar a Auschwitz”, dejando básicamente los únicos que lo empleaban como una excepción el reconocido historiador Hans Mommsen, algunos historiadores de la antigua Alemania del Este y algunos discípulos de Ernst Nolte⁷⁴, mientras su propio

⁷³ En la historiografía inicialmente predominaba una mirada que veía al nazismo como una variante del fascismo, “el fascismo alemán” (Eley, 2013), una cepa particularmente violenta, pero solo una variante, una apreciación compartida tanto por los propios fascistas de la época, como por los antifascistas. Pero después de la guerra y el Holocausto esta “conceptualización experiencial” de la ideología fascista ha sido desplazada por las formas nuevas de producción del sentido y procesos selectivos de la memoria de posguerra. Mientras antes de 1945 el concepto del fascismo global iluminaba las consecuencias ideológicas globales del proceso de la victimización nazi, luego de 1945 usar el concepto del “fascismo” como instrumento de indagación oscurecía a menudo ciertas dimensiones centrales de la experiencia del Shoah especialmente las experiencias de sus víctimas judías (Finchelstein, 2017: 89). Aun así, en este contexto la apreciación de Finchelstein respecto a la relación del fascismo y el nazismo (también frente al Holocausto) resulta pertinente: el nazismo no fue el “tipo ideal” de fascismo, sino su “posibilidad más radical”. De allí, según este autor, tanto la predominante desvinculación del fascismo del nazismo, como del primero del Holocausto –y derivado de allí el trato singular al nazismo por ser “un solo culpable del Holocausto”–, deberían ser repensados. Como muestra Finchelstein, la tendencia de los académicos a tratar el nazismo aisladamente del fascismo significa que a menudo se pasan por alto los verdaderos significados ideológicos, las conexiones entre la historia intelectual global del fascismo y las condiciones históricas del propio Holocausto. Estos vínculos incluyen el hecho que los fascistas, al igual que los nazis, se definían a sí mismos y a su comunidad a través de una exclusión de los enemigos (Schmitt), enfatizaban que no se podía tener una comunidad aria orgánica y segura sin la erradicación de los “otros” –que en aquel momento histórico significaba ante todo los judíos–, se regían por una violencia estructural que alcanzó sus conclusiones más radicales precisamente en los campos de exterminio y, lo más importante, que los propios actores de la época entendían al nazismo como el “fascismo alemán”, algo por lo que sus crímenes posteriores estaban prefigurados en la esencia misma del fascismo (Finchelstein, 2012: 265; para más sobre el extenso debate acerca de la relación entre el fascismo y el nazismo, véase: Kershaw, 2015: 23-54 y Traverso, 2019a: 169-170).

⁷⁴ Nolte al ser uno de los primeros estudiosos en “tomar en serio las ideas fascistas” (Evans, 2016), y uno que ayudó posteriormente a articular la teoría del “fascismo genérico” –en oposición al dominante en los años 60 paradigma totalitario–, veía al fascismo ante todo como una “resistencia a la trascendencia/la modernidad”, siendo el fascismo uno y el comunismo su

mentor y uno de los más reconocidos en su momento teóricos del fascismo prefirió abandonarlo igualmente para hablar exclusivamente del “totalitarismo” (Traverso, 2018b: 93-94). Como apuntaba Traverso había al menos cuatro razones por esta desaparición conceptual ligados tanto a la evolución de la investigación histórica como a la mutación del paisaje de la memoria en Alemania: i) la debilidad de las teorías clásicas del fascismo de la inspiración marxista (“el nazismo como una expresión de los sectores del gran capital y del imperialismo alemán”), ii) las importantes diferencias entre el nazismo alemán y el fascismo italiano sobre todo en el plano ideológico, iii) el hecho de que la noción del “fascismo” constituía un dogma en Alemania del Este (una razón motivada más que nada políticamente), iv) la propia emergencia de la nueva conciencia histórica moldeada por la memoria de Auschwitz. Asimismo el eclipse del fascismo como concepto en Alemania –pero también en otros países de Europa Central y/o del Este–, obedecía también a una más amplia adopción de un consenso liberal “antitotalitario” y “anti-antifascista”, uno que igualmente borraba y se instalaba en lugar de la memoria y de la tradición del antifascismo que en su momento era un ethos compartido por toda Europa democrática post-1945 (Traverso, 2018b: 95-100).⁷⁵

En los últimos años no ha sido diferente: al igual que respecto a los primeros debates en torno a la anatomía del fascismo, sus posteriores desapariciones y las últimas reapariciones en el debate público, en el centro de todo está la política. Escribiendo sobre el auge de las nuevas derechas radicales en el siglo XXI, Traverso, calificándolo como un hecho inesperado, anotaba que el término “fascismo” estaba de regreso y “resurgía espontáneamente, como una suerte de facilidad semántica, siempre cuando no sabíamos cómo denominar realidades nuevas e inquietantes” (Traverso, 2016a). En realidad este, según Traverso, jamás se había ido y dejado de interesar a los historiadores o de nutrir las controversias, pero la diferencia ahora era que, el fascismo irrumpió de lleno en los debates públicos (*Ibidem*). En este sentido para él, la victoria de Trump no era un hecho aislado, sino formaba parte de un contexto internacional que incluía también la crisis de la Unión Europea (UE), la crisis de los migrantes/refugiados en Europa, Brexit, y la elección presidencial francesa de la primavera de 2017. Era parte de una tendencia general en la que surgían movimientos que desafiaban los poderes establecidos y, en cierta medida, a la propia globalización desde la derecha. No obstante, en vez de fascismo *tout court*, para Traverso se trataba de un “posfascismo” que constituía una constelación de movimientos, heterogéneos y muy diferentes en su anatomía y raíces pero que sin embargo compartían ciertas características como xenofobia, islamofobia o el rechazo a la globalización. Algunos tenían un perfil claramente neofascista como el Amanecer Dorado en

segundo variante. En los años posteriores, Nolte se centró en el islamismo y en el “fascismo islámico” identificándolo como la tercer “variante” de la “resistencia a la trascendencia”. Su libro que resultó ser el pionero en el campo de estudios sobre el fascismo –*Las tres caras del fascismo* (1965)–, era un análisis comparativo del fascismo italiano, alemán y francés que concluía que el fascismo era el “gran antimovimiento”: antiliberal, anticomunista, anticapitalista y antiburgués. Nolte argumentó que el fascismo funcionaba en tres niveles: i) en el mundo de la política como una forma de oposición al marxismo, ii) en el nivel sociológico en oposición a los valores burgueses y iii) en el mundo “metapolítico” como una “resistencia a la modernidad” (Nolte, 1965: 4; véase también: Finchelstein, 2017: 68; Kallis 2003: 46). Respondiendo a la crítica de que el “fascismo genérico” que proponía era un concepto inválido porque ningún otro movimiento fascista produjo nada equivalente al Holocausto, Nolte argumentó que el nacionalsocialismo era un “fascismo radical” (Nolte en: Kershaw, 2015: 31). Si bien Nolte abrió de este modo nuevos caminos en los estudios sobre el fascismo, luego, “después de haber derrotado casi por sí solo el modelo totalitario imponiendo luego el suyo” (Müller, 2010: 51) –el periodo en que uno de sus alumnos ha sido por ejemplo Wolfgang Wipperman (véase: 1976)–, dedicó toda su atención, como anteriormente Renzo De Felice, ambos historiadores conservadores, a la tarea de “absolver” y desprender el fascismo histórico del presente, rechazando finalmente sus propias contribuciones a la teoría del fascismo genérico y abrazando la propia teoría totalitaria como una forma de explicar tanto la Alemania nazi como la Unión Soviética. Si bien con esto Nolte propuso otra vez un eje comparativo inteligente entre el fascismo y el comunismo (véase: Nolte, 2001), en entrevistas y en columnas de opinión reducía su argumento a menudo a una igualación burda y una visión del fascismo como una “reacción natural al bolchevismo” y algo que solo copió sus métodos, la argumentación que a mitades de los 80 provocó un fuerte rechazo de varios intelectuales e historiadores alemanes, desencadenando la famosa *Historkerstreit*. Si bien este argumento fue fuertemente cuestionado, Nolte siguió insistiendo en ver a la Alemania nazi solo como un “reflejo” de la Unión Soviética y aseguraba que, con la excepción del “detalle técnico” del gaseamiento masivo, todo lo que hicieron los nazis en Alemania, ya lo habían hecho los comunistas en Rusia (Evans, 1989). Con este giro, ampliamente tomado como una justificación y exoneración del fascismo, Nolte se fue de lleno por el camino del revisionismo histórico (Losurdo, 2015: 1-31; 2016; Lazare, 2016), en tiempos cuando la demás investigación histórica sobre el fascismo se desarrollaba en oposición directa, siguiendo paradójicamente sus pistas iniciales de *Las tres caras...*, aunque muy pocos académicos siguieron su enfoque fenomenológico del fascismo, tratándolo como “poco convincente” (Evans, 2016). Mientras los historiadores como Zeev Sternhell se oponían a las comparaciones de Nolte entre el bolchevismo y el nazismo viéndolo como una banalización tanto del nazismo como del fascismo y una falsa equivalencia entre dos ideologías que venían de raíces diferentes y como “una distorsión de la naturaleza del mayor desastre europeo de nuestro siglo” (Sternhell, 2000; véase también: Traverso, 2019a: 108-109 y 116-127; 2004; 2005a), Timothy Snyder, un reconocido historiador estadounidense y uno de los principales comparatistas de Trump al fascismo, no solo retomó sino desarrolló creativamente una suerte de enfoque neonoltenista que establece en muchos aspectos una falsa equivalencia entre el Tercer Reich y la URSS y en efecto absuelve el fascismo viéndolo, igual que Nolte, como una mera reacción a la “amenaza bolchevique” (para el “neonoltenismo” y Snyder como su representante, véase: Lazare, 2016, 2014a, 2014b; para más sobre el enfoque de Snyder, véase: Capítulo 2., 2.5.; para el análisis de sus columnas, véase: Capítulo 3.).

⁷⁵ De este modo, en las últimas décadas la división “fascismo” versus “antifascismo” que dominaba no solo la política en la época de la posguerra sino también los debates académicos, dejó de polarizar la esfera pública (Habermas, 1991) y la memoria de antifascismo ha sido reemplazada en la política, en la industria cultural y en las conmemoraciones públicas por la “memoria institucional del Holocausto” (Traverso, 2011a).

Grecia, otros, en cambio, trabajaban arduamente para dejar atrás sus conexiones con el fascismo histórico como el Frente Nacional en Francia o Liga Norte en Italia (Traverso, 2017c; para más sobre posfascismo, véase abajo: 2.1.4.). Tratando de desgranar esta evolución en su libro *Las nuevas caras del fascismo* (Traverso, 2019a), y responder a las preguntas de como considerar el fascismo en siglo XXI –si considerar el surgimiento de la nueva extrema derecha a escala global como un retorno al fascismo clásico de la década de los 30, o un fenómeno completamente nuevo y cómo contrastarlo–, Traverso enfatizaba que “las interpretaciones del pasado no pueden disociarse de su uso público en el presente” por lo que conceptualizar el fascismo, el término que hoy “solía abusarse”, no era un esfuerzo solamente historiográfico, sino también político:

Habitualmente, la amenaza del retorno del fascismo ha sido una preocupación de la izquierda. Hoy se ha convertido en un estribillo de las élites liberales amenazadas por el populismo de derecha y el posfascismo (piense en Madeleine Albright y Robert Kagan [para el análisis de esta columna, véase: Capítulo 3., texto #5] en Estados Unidos o Matteo Renzi en Italia).⁷⁶ El tipo de frente único “antifascista” que proponen las élites tradicionales, sin embargo, esconde su propia responsabilidad en la creación de las condiciones que permitieron que la nueva derecha radical surgiera y se extendiera, desde Europa del Este a Europa Occidental, de Estados Unidos a Brasil (Traverso, 2019c).

Apuntando que el fascismo en los últimos años servía para denominar prácticamente a todos los acontecimientos políticos desde el ascenso de la extrema derecha a lo largo de la UE, la Rusia de Putin (sic), algunas facciones políticas en Ucrania, ISIS, el califato de Daesh o los actos terroristas en Francia, Túnez o Kenia, Traverso preguntaba si “el uso tan indiscriminado de este concepto nos ayudaba a comprender los fenómenos tan obviamente diferentes entre sí” (*Ibidem*). Solo en Francia, anotaba Traverso, todas prácticamente fuerzas políticas denunciaban o evocaban el fascismo: desde la propia extrema derecha (respecto al Islam), ella misma acusada por otros de ser “fascista” o “neofascista”, hasta el centro neoliberal y toda una gama de intelectuales de izquierda: “una cacofonía desconcertante”, anotaba Traverso, remarcando que mucho más que para analizar, la apelación a la noción de fascismo servía para estigmatizar a los fenómenos políticos de acuerdo con la bastante diseminada en nuestra época tendencia a transformar la moral en una categoría cognitiva (*Ibidem*).

En este sentido como apuntaba por su parte Kevin Passmore, profesor de historia en la Universidad de Cardiff, Inglaterra e investigador especializado en estudiar los movimientos fascistas en Francia de entreguerras y autor de la *Breve introducción al fascismo* en la clásica serie de Oxford (Passmore, 2014b), tratando de responder las preguntas que muchos historiadores, comentaristas e intelectuales se estaban haciendo a lo largo del mundo –¿estamos viendo el regreso del fascismo?, ¿hemos vuelto a los 30?, ¿son Trump o Farage realmente fascistas?, etcétera–, si bien había ciertos “ecos” en el discurso político entre el periodo de entreguerras y el día de hoy sobre todo en cuanto a la diseminación del odio y xenofobia o las afirmaciones de estar representando al “pueblo” contra la “élite liberal” como Trump que se jactaba de llevar su mensaje “directamente a la gente” (y usando por ejemplo de modo consciente o inconsciente un término nazi “la prensa mentirosa” (*Lügenpresse*), había que tener mucho cuidado con las comparaciones con el pasado y pensar dos veces antes de interpretar el presente como una recreación del pasado (Passmore, 2016). Así Passmore recordaba –en tenor con lo señalado al inicio de esta sección–, que el fascismo es difícil de definir y que por décadas los académicos han sido incapaces de ponerse de acuerdo sobre su definición. Como muchos otros movimientos políticos como por ejemplo el socialismo del que igualmente había muchas tradiciones, variantes y “maneras” de ser socialista, el fascismo era diverso y significaba diferentes cosas para diferentes personas. Dentro del propio fascismo italiano no había consenso sobre el papel del partido o del Estado en la economía: “los propios fascistas no estaban de acuerdo en qué era el fascismo, por lo que no sorprende que los académicos tampoco lo estén”, anotaba Passmore (*Ibidem*). El problema es aún mayor, si uno quiere incluir el nazismo dentro de la categoría del fascismo (véase: arriba nota de pie 73), algo a lo que no solo se oponen algunos investigadores, entre otros para no borrar la singularidad del antisemitismo eliminacionista nazi que no tenía equivalente en otros movimientos fascistas, sino que fue rechazado por los propios nazis, reacios a llamarse “fascistas” (entre otros, para no parecer “imitadores”). La extrema derecha de hoy, recordaba Passmore, es igualmente diversa: algunos de estos movimientos en efecto tienen raíces fascistas y surgieron explícitamente para rehabilitar el fascismo –como el Movimiento Social Italiano (MSI) o el Frente Nacional (FN) francés–, pero otros no. Hay dentro de ellos diferentes actitudes hacia Europa común, o la democracia en general, aunque contrario a los fascistas “clásicos” aceptan generalmente las reglas de la democracia electoral y sus instituciones, prescindiendo de la violencia organizada/militarizada en las calles. Viendo estos movimientos simplemente como “reinventaciones del fascismo” y cualquier político xenófobo y antiinmigrante como Trump o Farage como “fascista”, se corre el riesgo de oscurecer lo que es específico de nuestros tiempos, subrayaba Passmore (*Ibidem*). En otro lugar, siguiendo el mismo hilo, Passmore subrayaba que en vez de hablar de “fascismo” en casos como Trump, Farage o FN –el problema siendo que cualquier uso del “fascismo” funciona como un ataque político y, por lo tanto, lleva a la defensa o al contrataque, algo que distrae la atención de los problemas reales–, es preferible hablar simplemente de “extrema derecha”. Volviendo al problema con captar la “verdadera esencia del fascismo” y su definición Passmore remarcaba:

⁷⁶ De modo sintomático en *El hemisferio izquierdo* (2013), un estudio de los principales corrientes del pensamiento marxista e izquierdista desde la década de los 70 hasta la primera década de los 2000 escrito por un sociólogo francés Razmig Keucheyan, el término “fascismo” está completamente ausente indicando que este no constituía un problema intelectual ni político para la izquierda en este periodo; de igual manera “fascismo” brilla por su ausencia en *Palabras clave* (1976), el clásico estudio de Raymond Williams, un marxista británico, pionero de la historia cultural y uno de los representantes de la historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*) en el mundo anglófono, que analizó allí los más importantes conceptos de sus tiempos.

Muchos académicos todavía afirman haber definido correctamente el fascismo. En mi opinión, han malinterpretado el papel de las categorías en las ciencias humanas, pero no es necesario entrar en esto aquí. Más relevante aún, la razón por lo que lo hacen es que existe un “mercado” para tales definiciones. La razón es bastante simple: el fascismo es el último término de abuso político; nadie quiere ser fascista, y es una etiqueta tentadora para pegarle a otros. En consecuencia, todos definen el fascismo de una manera que los excluye a ellos mismos e incluye a sus enemigos. Por ejemplo, los opositores de Donald Trump han dicho que el llamado implícito a la violencia lo convierte en fascista. Los defensores de Trump dicen que el fascismo en realidad se define por el control estatal, por lo que Obamacare es el verdadero fascismo, y así (Passmore, 2017; para más sobre los problemas en definir los conceptos y sobre diferentes conceptualizaciones de fascismo, véase: Passmore, 2014b: 10-14 y 14-32).

El problema de diferenciar el fascismo de otros movimientos conservadores o movimientos y partidos contemporáneos de extrema derecha es, en esencia, como bien apuntaba Passmore, el problema de la definición, algo que siempre viene con un precio y el precio de incluir la extrema derecha contemporánea en el fascismo sería dejar de lado algunas características que la primera no exhibe como la hostilidad a la democracia electoral o el paramilitarismo. El resultado no obstante sería borrar el carácter distintivo del fascismo histórico y lo que realmente lo distinguía de otros movimientos parecidos. Y en su opinión el costo de debilitar la definición del fascismo para incluir a la extrema derecha contemporánea en él, es demasiado grande (89-90). Entonces, ¿estábamos dejando libre de culpa a la extrema derecha moderna al evitar de definirla como “fascista”?, preguntaba Passmore y anotaba:

En la última instancia, las respuestas al fascismo no dependen de las evaluaciones académicas de lo que sucedió en el pasado o de la categorización. No podemos oponernos a la extrema derecha simplemente definiéndola como “fascista”, por muchas similitudes haya. Debemos centrarnos más bien en los peligros que representa en el presente y reconocer que los movimientos no fascistas, incluidos los grupos que se rigen por las reglas democráticas, también pueden amenazar los valores decentes. Y la cuestión de los valores no es sólo para los académicos, sino para la sociedad en su conjunto (Passmore, 2014b: 90).

2.1.1. Enfoques marxistas

Como subraya Riley, dentro de la tradición marxista hay, básicamente, dos tipos diferentes de teorías del fascismo. Una asocia su surgimiento con el atraso de la economía capitalista. En esta perspectiva la poco desarrollada burguesía industrial está forzada a aliarse con los sectores terratenientes frente a una amenaza de la izquierda revolucionaria y los sectores dominantes y ante la inhabilidad del propio proletariado y el campesinado de tomar el poder, acaban delegando la autoridad a un nuevo actor, el partido fascista en auge, una emanación de la “pequeña burguesía”. Este enfoque ha sido propuesto y desarrollado por ejemplo por Palmiro Togliatti o Barrington Moore Jr. Y otra, que ve al fascismo como la dictadura del capital en declive. En esta perspectiva el problema no es que el capitalismo este “subdesarrollado” como en la primera, sino más bien que es “sobremadurado” e incapaz de garantizar la esperada tasa de ganancia en el contexto de la democracia parlamentaria, con lo que los sectores industriales se alían con el Estado en la búsqueda de una “solución imperial” a sus problemas. Este enfoque ha sido propuesto y desarrollado por León Trotsky y retomado entre otros por Ernest Mandel (Riley, 2019: xv-xvi). Para Riley, cada una de estas dos versiones del argumento marxista tiene sus lados fuertes y lados débiles. Respecto a lo primero, ambas apuntan correctamente a que el fascismo conservó y extendió las relaciones de propiedad capitalistas en vez de minarlas, identifican correctamente el núcleo de su base de apoyo (el capital y la clase terrateniente) y señalan bien que el fascismo llegó históricamente al poder mediante la cooperación con las viejas élites conservadores (para este punto véase también: Paxton, 1972: 152; y 2004: 98). Respecto a lo segundo, no queda claro como las dos versiones del argumento marxista se relacionan entre ellas: una localiza auge en el “capitalismo atrasado”, otra en el “capitalismo podrido”, dos fases diferentes del modo de la producción capitalista (Riley, 2019: xvi-xvii).

Como bien explica Riley, esta ambivalencia e “inconsistencia esquizofrénica”, tiene sus raíces en el análisis del propio Marx acerca del auge del bonapartismo. En *El 18 de brumario de Luis Bonaparte*, abriendo toda una perspectiva política en el seno del marxismo para analizar a los regímenes de la derecha, Marx ofrece dos explicaciones contradictorias del auge del Napoleón III: i) una que lo localiza en el atraso de la sociedad francesa e identifica su base en el pequeño campesinado propietario y la pequeña burguesía parasitaria y ii) otra que lo explica con la “sobremaduración” de la sociedad francesa que, como ninguna en aquella época, tenía tan desarrollada su estructura de clases (véase: Marx, 2010: 142-249), enfoques, como ya se ha mencionado, retomadas luego y aplicadas al fascismo por Togliatti y Trotsky respectivamente (Riley, *Ibidem*). Esta inconsistencia no debería ser pasada por alto, como bien insiste Riley: resulta central no solo para el entendimiento marxista del bonapartismo y del fascismo, sino que apunta al problema general con la teoría marxista del Estado que históricamente ha sido incapaz de clarificar la relación entre las formas estatales y las relaciones sociales de la propiedad en la economía capitalista (un defecto del que, bien recuerda Riley, peca igualmente la sociología weberiana). Es justo esta deficiencia en el centro del marxismo que permite interpretar los Estados autoritarios tanto como la expresión de la “inmadurez” del capitalismo como de su “fase terminal” (Riley, 2019: xviii). Como bien recordaba en otro lugar Riley, Nicos Poulantzas ha sido el principal teórico marxista que intentó a superar esta deficiencia, aunque igualmente no sin sus puntos débiles, y entender de cómo, aparentemente,

el mismo tipo de régimen podía explicarse históricamente con circunstancias económicas totalmente opuestas (Riley en: Poulantzas, 2019: ix y xii-xiii y xxxiv-xl).⁷⁷

Ian Kershaw por su parte, propone una diferenciación de tres vertientes del análisis marxista del fascismo: a) la interpretación ortodoxa de la Comintern, b) las interpretaciones heterodoxas/bonapartistas y c) las interpretaciones políticas derivadas de Gramsci (Kershaw, 2015: 31-33), una división en la que (*grosso modo*) la a) representa la primera tradición identificada por Riley y b) y c) la segunda.⁷⁸ Como bien recordaba Kershaw, la definición ortodoxa y/o estalinista del fascismo –sobre todo en su versión inicial de la llamada teoría del “tercer periodo” de 1928, pero también en su versión revisada de 1935–, con su economicismo determinista que veía al fascismo básicamente como una “herramienta del gran capital” atrajo una serie de críticas también por su afán de calificar indiscriminadamente de “fascistas” a todos los regímenes dictatoriales sin matices e incluso a cualquier enemigo político, incluso dentro la propia izquierda (el llamado “socialfascismo”) y que fue justo en oposición a este reduccionismo y mecanicismo en el entendimiento del fascismo que otros pensadores marxistas desarrollaron sus enfoques alternativos (*Ibidem*). La versión popular de este economicismo determinista centrado en las “maquinaciones de la clase capitalista”, ha sido la bien propagada en su momento visión de un “capitalista gordo”, proveniente de un mundo conservador que, frente a la crisis, empieza a financiar y apoyar a los fascistas para que le hagan “el trabajo sucio”. Una de las primeras articulaciones de este tipo de narrativa proveniente incluso de un “insider” fue la autobiografía del magnate alemán del acero Fritz Thyssen, *Yo pagué a Hitler* (1941) que pretendía revelar los secretos de la política alemana de como los nazis en realidad eran “meros lacayos de la gran industria”. Contrario no obstante a este modo de ver el auge del fascismo y buscar detrás de todos actos anti-laborales la mano de la élite, tanto varios estudiosos marxistas ya desde los años 30 como los posteriores estudiosos del “fascismo genérico”, demostraron que la relación entre los fascistas y los grandes capitalistas nunca era tan lineal ni tan mecanicista. Si bien el caso alemán podía ser una excepción de la regla –con Thyssen y otros industrialistas efectivamente financiando al NSDAP–, aun incluso en el caso de los nazis, estos eran mucho más independientes para la gran sorpresa de los propios sectores de la oligarquía y de los conservadores tradicionales que pensaban que “como ya se les ha pagado”, ahora los matones se iban a dejar de controlar y manipular fácilmente. Los fascistas no obstante eran “agentes libres”: las élites corporativas podían haber deseado de apropiarse de ellos, pero ellos no necesariamente marchaban al ritmo de ellas. Al mismo tiempo, por otro lado lo que fue cierto hasta algún punto para Alemania, no tenía que ser cierto para el caso de otros fascismos que en muchos casos han sido reprimidos y/o frenados por las mismas élites conservadores y económicas cuando se volvían demasiado independientes y radicales como en caso de Rumanía o Hungría, como lo demuestra el mismo Riley en su estudio comparativo de los fascismos europeos (2019; para la historia de desencuentros entre los conservadores y los fascistas, véase también: Mayer, 1971: 11-12).

En oposición a la visión deficiente de la Comintern, sea en una respuesta directa o de modo simultáneo y paralelo, los estudiosos como August Thalheimer, Otto Bauer y León Trotsky han elaborado sus propias y mucho más complejas teorías del fascismo. August Thalheimer, jefe de una fracción opositora del Partido Comunista Alemán (KPD) que rompió con el partido en 1929 y que había sido en su momento también uno de los ideólogos de la Comintern pero que pronto se distanció de ella, argumentó en su ensayo *Sobre el fascismo* (1930), muy influenciado por su propia experiencia del auge del nazismo, que, al usar la violencia extrema no sólo contra los trabajadores, sino también contra el parlamento burgués/liberal, el fascismo representó un “salto repentino” que iba más allá tanto del bonapartismo como de otras formas anteriores de represión del Estado. En este

⁷⁷ Es importante notar que Poulantzas estaba motivado en emprender su estudio del fascismo –*Fascismo y dictadura. La 3.ª Internacional frente al fascismo* ([1970]2019)–, no solo por el afán de superar las señaladas deficiencias teóricas en el seno del propio marxismo, sobre todo desde la Tercera Internacional (Comintern), sino también por el deseo político de contrarrestar igualmente las equivocadas, en sus ojos, análisis contemporáneas que tildaban de “fascistas” a la dictadura militar griega o a las dictaduras latinoamericanas de los años 60 y 70 (para más sobre de la posición de Poulantzas, sus motivaciones políticas e intelectuales y su contextualización, véase: Kershaw, 2015: 63-65). De modo sintomático la nueva edición del clásico análisis *poulantziano* cuenta con la introducción y contextualización de Dylan Riley –uno de los máximos expertos de fascismo cuya teoría forma parte del marco de este estudio (Capítulo 2., 2.2., 2.2.1., 2.2.2.)–, en el que este autor enfatiza no solo la actualidad y la pertinencia del análisis de Poulantzas, sino también las maneras en las que él mismo se apoya en él para fundamentar su negativa de ver a Trump y al trumpismo como “fascismo” (Riley en: Poulantzas, 2019: xl-xli).

⁷⁸ Un buen ejemplo de cómo la tradición marxista de los estudios del fascismo queda incomprendida y/o desconocida hoy en día pueden ser los comentarios de los estudiosos como Federico Finchelstein que en su resumen de las existentes teorías del fascismo señalaba nebulosamente “las insuficiencias del análisis marxista del fascismo” pero sin ofrecer ningún detalle ni apuntar a diferentes enfoques disponibles y comentando solamente que el marxismo suele reducir el fascismo al “sustituto del capitalismo” –una dictadura de clase que venía a defender los intereses del capital en tiempos de crisis–, “una simplificación que igualmente tenía cierto potencial político, pero dejaba de lado muchos aspectos de fascismo” (Finchelstein, 20117: 65). De modo parecido incluso el historiador marxista como Enzo Traverso, en un lugar señala las mismas simplificaciones apuntando que había también “teorizaciones marxistas mucho más finas” que tomaban en cuenta las cuestiones más complejas como el carisma o la psicología de masas, como por ejemplo las de Theodor W. Adorno (Traverso, 2018b: 95), sin mencionar siquiera los enfoques de Gramsci o Poulantzas o el hecho que los propios enfoques psicológicos de Adorno expuestos mejor en su *Personalidad autoritaria* ([1950]2020), resultan altamente discutibles al incurrir en una excesiva personalización y/o individualización del fascismo. Esta faceta ha sido criticada por ejemplo de manera contundente por Zygmunt Bauman que le imputaba a Adorno que al anteponer los rasgos de una psicología individual detrás de los crímenes del nazismo (y el fascismo) minimizaba sus aspectos sistémicos (Bauman, 2009: 22; para una crítica parecida véase: Steigmann-Gall, 2017b; para unas evaluaciones positivas del enfoque de Adorno en contexto de Trump, véase en cambio: Toscano, 2017, Gordon, 2020).

sentido, lejos de ser un “agente de la burguesía” –como estipulaba precisamente la impuesta a la KPD desde Moscú y la Comintern teoría del “socialfascismo” dirigida sobre todo en contra de la socialdemocracia–, de acuerdo con Thalheimer, el fascismo era inherentemente hostil a ella. Su análisis teórico, junto con la promoción de una estrategia política flexible de “frente único” (propuesta años antes de que Moscú diera el giro a la teoría del “tercer periodo” y promoviera también esta línea), se basaba –de modo que lo señalaba Riley–, en el análisis del bonapartismo que Marx había desarrollado en *El 18 de brumario...*, algo que le permitía diferenciar, nuevamente contrario a la ortodoxia estalinista, entre las formas bonapartistas de la dictadura y las formas fascistas. Igualmente retomando el concepto de bonapartismo, aunque con varios giros en su reconceptualización, de modo parecido a Thalheimer, Otto Bauer, el socialdemócrata austríaco y uno de las principales figuras del llamado “austromarxismo”, consideraba de modo parecido que el nazismo gozaba de una naturaleza relativamente autónoma respecto a la burguesía, subrayando además que era un claro síntoma de una crisis más amplia de la civilización que no se resolvería por medio de la lucha de clases, sino por medio de la guerra (Czerwińska-Schupp, 2018: 306-315). León Trotsky por su parte, escribiendo poco después de Thalheimer, de manera parecida insistía en diferenciar las dictaduras bonapartistas de las fascistas (o más bien de las “bonapartistas-fascistas”). Para Trotsky, el régimen bonapartista era un “arreglo temporal” que surgía cuando había un punto muerto entre los obreros y los capitalistas en el que ninguna parte podía vencer a la otra, mientras la dictadura bonapartista-fascista surgía cuando las fuerzas socialistas ya han sido eliminadas. Aunque el análisis y las intervenciones de Trotsky eran menos elaboradas teóricamente que las de Thalheimer o Bauer, han sido mucho más influyentes políticamente. Por ejemplo en un breve y muy sonado artículo titulado *Bonapartismo y fascismo* (1934), Trotsky arremetía en contra “la teoría estalinista del fascismo” (“tercer periodo”) que veía como “uno de los ejemplos más trágicos de las consecuencias prácticas perjudiciales que pueden derivarse de la sustitución del análisis dialéctico de la realidad (...) por unas categorías abstractas formuladas a partir de la base de una experiencia histórica parcial e insuficiente” (*Ibidem*). En este sentido se oponía vehementemente a la, influida por las malas teorizaciones estalinistas, tendencia de etiquetar indiscriminadamente como “fascista” a cualquier forma de régimen o movimiento de derechas. Así, Trotsky –en el tenor de lo ya señalado–, proponía distinguir entre dos formas del bonapartismo: i) el “bonapartismo preventivo” en el que la burguesía insta al Estado a suspender el proceso democrático con el fin de evitar el peligro de una toma del poder por parte de los propios fascistas, como en el caso de la dictadura presidencial que precedió a Hitler o en el caso del mandato parlamentario de Mussolini previo a la creación del Estado fascista (una noción que Trotsky usó igualmente para analizar la naturaleza del régimen soviético bajo Stalin); y ii) el “bonapartismo de origen fascista” –a lo que Thalheimer simplemente llamaba simplemente “fascismo”–, que se da cuando la reacción deja de ser una fuerza populista y nacionalista para endurecerse y convertirse en un Estado militarista que se impone al conjunto de la sociedad (Trotsky, 1934). Y aunque con esto Trotsky introdujo importantes matices en su interpretación del fascismo, siguió compartiendo con la Comintern la suposición que tanto el bonapartismo como el fascismo “eran sólo el gobierno del capital financiero”, afirmando por ejemplo que Hitler “cumplía solo las tareas que le eran asignadas por el capitalismo monopolista” (Trotsky, 1933). Aun así, fue uno de los primeros pensadores políticos que captaron correctamente la naturaleza del fascismo como producto de una crisis particular post-Primera Guerra Mundial y algo que no solo pertenecía a la modernidad, sino que constituía un fenómeno intrínsecamente nuevo (véase: Traverso, 2021c). En este sentido por ejemplo para él –como precisaba en su último artículo antes del asesinato, dictado por teléfono desde su exilio en México (Trotsky, 1940)–, el régimen colaboracionista de Vichy no representaba al fascismo como tal, sino simplemente “al bonapartismo senil, propio del declive imperial” que igual que las viejas formas del autoritarismo no estaba preocupado en movilizar a la clases populares, algo que en cambio el fascismo (“bonapartismo de origen fascista”), como un fenómeno intrínsecamente moderno, ponía en su centro (*Ibidem*). Al criticar de paso las miradas de una parte de la izquierda estadounidense que veía erróneamente al fascismo como “una simple repetición del bonapartismo” –en reacción al artículo de Dwight Macdonald, uno de los más prominentes intelectuales neoyorkinos en *Partisan Review* y criticando de paso la línea editorial de *The New Republic* que veía al fascismo como producto del “atraso del capitalismo” y no de su “madurez”–, apuntando a la necesidad de una comprensión clara de las condiciones que propiciaron el auge del fascismo, Trotsky enfatizaba la importancia de esto para los trabajadores estadounidenses proponiendo establecer una suerte de ley histórica: “el fascismo pudo triunfar solo en aquellos países donde los partidos obreros conservadores impidieron que el proletariado utilizara la situación revolucionaria y tomara el poder” (*Ibidem*).⁷⁹ En este sentido y regresando al caso de Alemania nazi/fascista, tiene razón Riley al subrayar que las razones por las que tanto los socialdemócratas (SPD) como los comunistas (KPD) alemanes subestimaron el peligro que representaba Hitler y no pudieron organizar una resistencia eficaz en contra del nazismo se debían a la vieja animosidad entre estas dos corrientes de la izquierda, pero sobre todo al hecho que ambas carecían de un adecuado análisis teórico del fascismo (de allí por ejemplo no veían tampoco nada incorrecto en verse y llamarse mutuamente “fascistas”). Si bien los comunistas, como se ha mencionado arriba, al menos pretendían tener una teoría –la llamada teoría del “tercer periodo” anunciada en el Congreso de la Comintern en 1928–, esta resultó ser un desastre político, apremiando a KPD, en vez de combatir a los propios nazis, enfocarse en los “social-fascistas” de

⁷⁹ En este sentido resulta llamativo para toda el debate en torno a Trump y los usos del término “fascismo” respecto a él, que los exmilitantes trotskistas en México como Adolfo Gilly o Guillermo Almeyra, al tachar a Trump de “fascista” e incluso “nazi”, sin aludir a ninguna base analítica y usando el término como un mero recurso retórico e insulto, ofrecían un análisis del fascismo intrínsecamente “no trotskista”: de acuerdo con Trotsky, el trumpismo podría ser visto precisamente como una suerte de “bonapartismo preventivo” y/o “senil”, propio del declive imperial, al estilo del régimen de Vichy que no estaba preocupado ni capaz de movilizar a las masas, pero no como el “bonapartismo fascista” (el fascismo *tout court*). Con esto, motivados tal vez por las emociones políticas del momento, paradójicamente parecían repetir en práctica la línea de la Comintern (sic) con su uso indiscriminado del “fascismo” como insulto a todas las corrientes políticas consideradas “enemigas” algo a lo que precisamente se opuso Trotsky (véase: Gilly, 2016a, 2016b; Almeyra, 2018).

la SPD, el enfoque que el mismo Trotsky tildó famosamente como “una mezcla de burocratismo estalinista con metafísica bukharinista” (Riley en: Poulantzas, 2019: xii-xiii y Poulantzas, 2019: 165-179, 183-184 y 199-230; véase también: Mayer, 1971: 15-16).

De manera paralela a comienzos de la década de los 30, Antonio Gramsci, uno de los fundadores y el dirigente del Partido Comunista Italiano (PCI), lamentando en sus famosos *Cuadernos de la cárcel* –escritos desde la prisión fascista del régimen de Mussolini en la que murió en 1937–, que Europa sacudida por la agitación social que subió al poder diferentes tipos de autócratas que, como Julio César, se jactaban de representar “la voluntad popular de su nación”, pero en realidad presidían la destrucción sus precarias instituciones democráticas, proponía analizar al fascismo con la noción del “cesarismo” (Gramsci, 1971). Si bien el “cesarismo” –un régimen político propio de la antigüedad clásica fundado en el liderazgo popular de un jefe militar exitoso que ejerce un poder fuerte a expensas de las élites oligárquicas–, fue un concepto que se acuñó en el siglo XIX para describir a figuras como Napoleón III –siendo de hecho el primero que popularizó este término uno de sus partidarios y su contemporáneo, Auguste Romieu⁸⁰–, muchos, Gramsci incluido, pensaban que caracterizaba acertadamente también las nacientes dictaduras fascistas del periodo de entreguerras. A pesar de que, a medida que se desarrollaban los *Cuadernos* y la propia realidad política en Italia, Gramsci iba encontrando los límites del cesarismo, el concepto que “fue introducido en el lenguaje político por el propio Napoleón III, quien ciertamente no fue un gran historiador ni filósofo político”, escribía (Gramsci, 1971: 178-179), lo seguía usando –a veces de manera intercambiable e indistinta con bonapartismo (Tarcus, 2023)–, subrayando no obstante sus limitaciones para la comprensión de la política moderna y consciente que si bien los autoritarios de la época de entreguerras construyeron sus regímenes sobre los modelos históricos anteriores, también rompieron con ellos (Gramsci, 1971: 220).⁸¹ Así, para él, en su clásica explicación política del fascismo desarrollada en antípodas del economicismo dominante –el enfoque que constituye una base de la teoría del fascismo de Dylan Riley que a su vez forma parte del marco teórico de este estudio (véase: Capítulo 1., sección 8.)–, el cesarismo en general y el fascismo en particular, eran una solución a una crisis política orgánica (la crisis de la representación)⁸² en la que dos fuerzas quedan empatadas hasta el punto de abrir perspectivas catastróficas, el tipo de empate que, según Gramsci tenía tres tipos de soluciones: 1) la reabsorción de los electores renegados por parte del establishment político; 2) el agrupamiento de todos los grupos renegados en una fuerza progresista unificadora; y 3) el cesarismo, el surgimiento de una única figura carismática, junto con modalidad fascista, como en caso de Mussolini, siendo la tercera opción, la emergencia de una “tercera fuerza política” por una “gran personalidad”, históricamente la más probable. Gramsci encontraba en la historia casos de “cesarismo progresista” como por ejemplo Cromwell o Napoleón I, así como del “cesarismo regresivo” como Napoleón III, Bismarck o el propio Mussolini (Gramsci, op. cit.: 219-220). Así, para él, el fascismo –siendo esta su

⁸⁰ El quintaesencial ejemplo del “cesarismo” como bien apuntaba David A. Bell –que escribió de hecho una biografía de él–, fue Napoleón Bonaparte, que introdujo y trató de reconciliar los elementos del republicanismo nominal y la tradición de la Revolución Francesa del cual venía, con impulsos del gobierno autocrático e imperial al que se inclinaba y en el que acabó. Otro ejemplo del mismo modelo fue su sobrino, Luis Bonaparte que en 1851 dio un golpe de Estado contra la Segunda República francesa, se proclamó el emperador (Napoleón III) y trataba de hacerse del mismo “credo napoleónico” de servir como un punto focal para la unidad nacional y afirmar tener un vínculo emocional directo con el pueblo, aunque fracasó en este intento al mostrarse incapaz de reproducir los éxitos militares de su tío que eran la base para su liderazgo: de allí precisamente la fórmula marxiana “de la tragedia a la farsa” (Bell D. A., 2022).

⁸¹ De hecho ya en *El 18 de brumario de Luis Bonaparte*, el punto de partida para toda la perspectiva desde el marxismo que, comenzando con Thalheimer, Gramsci y pasando luego por Poulantzas postuló la tesis de la autonomía de lo político, el propio Marx en el prólogo a la segunda edición, rechazaba usar el “cesarismo” para los tiempos modernos, ya que sentía que las luchas de clases modernas ocurrían en diferentes coyunturas políticas y que producían fenómenos políticos distintos. Aun así, el término funcionaba ampliamente en las ciencias sociales de principios del siglo XX: Max Weber hablaba por ejemplo de “cesarismo democrático/plebiscitario” como una forma de autoridad –el liderazgo carismático–, que aparecía en respuesta al desencanto generado por la política moderna devenida mera maquinaria burocrático-administrativa. Escribiendo al margen del “debate sobre el fascismo”, Udi Greenberg recordaba, en un afán de apuntar a un debate parecido acerca de lo adecuado o no de usar determinados conceptos respecto a las nuevas amenazas a la democracia, que el “cesarismo” también en otros círculos intelectuales despertaba controversias y otros pensadores también lo descartaron por inadecuado. Según por ejemplo Karl Loewenstein, el filósofo político alemán y un exiliado de la República de Weimar, las comparaciones con la época romana ocultaban “la ambición sin precedentes de los nuevos regímenes de entreguerras de rehacer la naturaleza humana”. De acuerdo con Loewenstein, solo un término novedoso, como “totalitarismo”, lograba captar adecuadamente su terrorismo extremo, la utilización de nuevas tecnologías y el deseo de colonizar las mentes de los ciudadanos. Como recordaba Greenberg, esta posición finalmente salió victoriosa en el debate público/intelectual y aunque el “cesarismo” siguió circulando en ámbitos académicos, el “totalitarismo” se impuso como el término básico para describir los principales peligros en la política moderna (Greenberg, 2021).

⁸² Para Gramsci la “crisis orgánica” es una situación en la un sistema social, político y económico en su conjunto entra en un periodo de inestabilidad debido a la pérdida de legitimidad de sus instituciones ante la ciudadanía, entendida también como la pérdida de la hegemonía por parte de la clase dominante. Para él, la “crisis orgánica” tiene dos principales características: i) revela la naturaleza de clase del Estado, que permanece disfrazada en periodos de política normal y ii) el resultado de una “crisis orgánica” depende de la movilización de fuerzas sociales ajenas a las clases sociales centrales del capitalismo: trabajadores y propietarios de los medios de producción. Así cuando una clase dominante está establemente en el poder, la política es ante todo una cuestión de consentimiento; en cambio durante los periodos de “crisis orgánica” la política se convierte más bien en una cuestión de fuerza (Gramsci, 1971: 210-211; véase también: Riley, 2019: 17).

contribución particular para el entendimiento de este en el seno de la teoría marxista–, era no el resultado de ninguna fase particular en el desarrollo del capitalismo, sino fruto de una crisis política que tenía sus raíces en el desarrollo desigual y combinado de la sociedad civil y de la hegemonía⁸³ (Riley, 2019: 17-18; para más sobre el enfoque de Gramsci sobre el fascismo, véase: Capítulo 2., 2.2.). Aparte de salir de este modo del vicioso círculo economicista, Gramsci, como subrayaba Riley, logró desplazar igualmente el análisis marxista del marco de la “revolución” y la “reacción”, apuntando a que si bien en efecto se trataba de un fenómeno contrarrevolucionario, el fascismo representaba para Italia y para Alemania, dado que había un elemento innegablemente “modernizador” en estos regímenes que estaba fusionado con su ataque a la izquierda y su imperialismo racista, su versión tardía y terriblemente distorsionada de la Revolución Francesa (Riley, 2016). Si bien los estudiosos de Gramsci a menudo aluden a su particular modelo del entendimiento del fascismo, otros estudiosos de este fenómeno –como bien ha observado en un lugar Walter L. Adamson–, lo hacen desgraciadamente muy raras veces (1980).

Ha sido precisamente a base de la teoría política del fascismo de Gramsci que décadas más tarde, a principios de los 70, Nicos Poulantzas en su mencionado afán de superar las contradicciones de la propia teoría marxista ofreció su propia interpretación del fascismo. Viéndolo, igual que Gramsci, como fruto de una crisis de la hegemonía, Poulantzas propuso verlo también como una forma extrema del “estado capitalista de excepción”, enfatizando, nuevamente igual que Gramsci y en contraste con otros enfoques marxistas-economicistas, su relativa autonomía política de la economía y sus sectores dominantes (Poulantzas, 2019: 73-75 y 87). Así, según Poulantzas, el fascismo emergió como un resultado de la desintegración de las clases dominantes, combinada con el fracaso revolucionario de la clase trabajadora y siendo en esencia una organización política de un nuevo actor, la pequeña burguesía que tenía tanto los verdaderos agravios contra el gran capital como el interés de defender su propiedad contra el socialismo, tomó cargo del Estado estableciendo la hegemonía del gran capital monopólico (11-12). Tratando ante todo de entender las condiciones en las que las clases capitalistas puedan sentirse motivadas a abandonar la democracia parlamentaria y abrazar la dictadura, sea el propio fascismo o alguna otra forma de autoritarismo y enfatizando de manera muy decidida la necesidad política de distinguir bien las diferentes emanaciones de la extrema derecha, el fascismo para Poulantzas se vislumbraba ante todo como un “potencial” que acechaba desde adentro a todos los Estados capitalistas en condiciones de crisis, pero que a la vez solo era “una de las coyunturas posibles” de la etapa imperialista del capitalismo y que todo dependía de la lucha de clases (*Ibidem*). A diferencia de Gramsci o de Thalheimer que veían al fascismo como una suerte “impassé” entre la burguesía y la clase trabajadora, para Poulantzas, al igual que para Trotsky, cuando el fascismo llegaba al poder para establecer su estado fascista-capitalista de excepción, la última ya siempre estaba rotundamente derrotada (61).

Como bien recordaba Enzo Traverso, los años 30, la época de intensos debates acerca de la anatomía del fascismo en el propio marxismo, también eran tiempos de una gran polarización en todo el campo intelectual en el que aparecían las paradójicas figuras de revolucionarios y conservadores que a veces entraban o intentaban de entrar en diálogo. Este tipo de “conectes” sin embargo estaban destinados al fracaso: la *coincidentia oppositorum* no se materializaba como los críticos liberales del totalitarismo amagan a menudo hablando de “fascismo rojo” o de “comunismo pardo” y los opuestos no se juntaban (Traverso, 2017a: 231). En 1935 con la adopción de la, inducida desde Moscú, nueva política del “frente popular”, la perspectiva que muchos comunistas y marxistas antifascistas “herejes” como Thalheimer o Lukács habían tratado de empujar por años (véase: Traverso, 2017a: 262) y que desplazó la anterior y desastrosa teoría del “tercer periodo”, estas campañas han cedido, para luego ser revividas nuevamente por el Pacto Nazi-Soviético (1939) que era otro choque para mucha gente en la izquierda marxista tal como lo expresó en su momento famosamente por ejemplo Walter Benjamin (1940). Fue en este punto que, como bien recordaba en este contexto Stanley G. Payne, en 1939 el gobierno soviético que anteriormente desde la Comintern había sido pionero en el uso de la palabra “fascismo” para estigmatizar a todo tipo de enemigos políticos sobre todo a los de la izquierda (sic), ahora se convirtió en un facilitador del aventurismo militar de Hitler, una posición que creó confusión dentro de las filas de la izquierda internacional. Con esto, como recordaba Payne, Moscú comenzó a insistir que su nuevo aliado y antiguo rival “fascista” no era fascista para nada, sino “nacionalsocialista” y que esto era algo diferente (un argumento que tenía alguna plausibilidad ya que el movimiento alemán nunca por sí mismo usó el término “fascismo”). Aunque toda esta suerte de “argumentación” era muy débil y el hecho de dejar de lado el término “fascista” y enfatizar el “nacionalsocialismo” hizo que el hitlerismo sonara más como... la propia Unión Soviética (sic), el problema de la terminología se resolvió “por sí solo” con la invasión alemana a la URSS en 1941, que permitió a Stalin a unirse y a encabezar la “alianza antifascista mundial”, siendo de hecho Stalin el primero en popularizar más el término “antifascismo” (Payne, 2022b). Aun así, queda claro que los primeros impulsos del “antifascismo” como un movimiento provinieron de los sectores del marxismo heterodoxo que se opuso a la doxa estalinista y las imposiciones ideológicas del “tercer periodo” enfocados en combatir al “socialfascismo” y que impedían al entendimiento correcto de los movimientos fascistas históricos y por lo tanto, como bien señala Traverso, el “antifascismo” no era producto de ninguna propaganda ni un “invento” comunista, sino fruto de todo un ethos político de los que se oponían a las dictaduras de Hitler, Mussolini o Franco algo que trascendía las fronteras políticas habituales (véase: Finchelstein, 2012: 260), y la simple asimilación del antifascismo al comunismo –al estilo del revisionismo de François Furet et al.–, es una proyección *ex post* de la historia anticomunista más que un juicio formulado a base de un análisis contextual y una visión ilusoria inspirada por un conformismo

⁸³ Para Gramsci la “hegemonía” es una relación en la que un grupo dentro de una clase o una clase dentro de la sociedad ejerce un liderazgo intelectual/moral sobre las otras y un instrumento de la subjetivación política desde abajo. De este modo es una forma concreta y particular de organización que él consideraba como uno de los logros históricos de la burguesía occidental con sus famosos ejemplos del éxito de la burguesía francesa en liderar la sociedad y el fracaso de la italiana en ello (Gramsci, 1971: 57-58; véase también: Riley, 2019: 218-219).

retrospectivo y desprovista de cualquier historización (Traverso, 2017a: 260-261 y 268; para más sobre la genealogía y el uso del término “antifascismo”, véase: Gottfried, 2011; véase también: D’Eramo, 2021).⁸⁴

Lo que no obstante a pesar de los conflictos internos y multiplicidad de las posturas teóricas sobre el fascismo unía a los marxistas del periodo de entreguerras, era el hecho de reconocer que el fascismo no era un simple “conjunto de ideas”, sino un determinado tipo de organización y de gobierno. Así, el fascismo debía entenderse no como una ideología, sino como una forma específica de política reaccionaria de derechas, con un tipo de apoyo de masas distinto y un potencial diferente a los demás tipos de autoritarismo. La característica que definía a los partidos fascistas de entreguerras era más bien que combinaban objetivos reaccionarios con la aspiración de construir un movimiento de masas de nuevo tipo. En este sentido, a pesar de sus diferencias, lo que entendían muchos marxistas de la época –sobre todo después de los desastres del llamado “tercer periodo”–, era que gritar “fascismo” a cualquier expresión de la derecha no solo era un mal análisis, sino que era contraproducente. He aquí, por ejemplo, al líder comunista italiano Palmiro Togliatti, escribiendo en 1928:

Cada vez que se atacan o violan las llamadas libertades democráticas santificadas por las constituciones burguesas, se oye el grito: “El fascismo está aquí, el fascismo ha llegado”. Hay que darse cuenta de que no se trata sólo de una cuestión terminológica. Si alguien piensa que es razonable utilizar el término ‘fascismo’ para designar toda forma de reacción, que así sea. Pero no veo la ventaja que obtenemos, salvo quizás una agitación. La realidad es otra. El fascismo es un tipo particular y específico de reacción (Togliatti, 1976: 53).⁸⁵

Así la mayoría de los teóricos marxistas de la época de entreguerras analizaban el auge del fascismo como producto de una articulación entre lo político y lo económico (con diferente balance entre los dos), buscando adjudicar la funcionalidad de la abrogación fascista de la democracia parlamentaria liberal a la reproducción intensificada de las condiciones para la acumulación del capital. Esto implicó identificar al fascismo como una solución de la clase dominante a la crisis orgánica de un régimen de acumulación enfrentado a la amenaza de la lucha de clases organizada en medio de las vacilaciones de un orden imperialista, pero también reconocer, en ocasiones, las contradicciones entre la autonomía o la primacía de lo político, algo brutalmente afirmado por los propios movimientos fascistas y reflejado en los debates y trabajos teóricos de las décadas de los 30 y los 40, en particular por los miembros de la Escuela de Frankfurt como Friedrich Pollock y Franz Neumann, sobre la viabilidad del Estado en el capitalismo y enfocados en el caso del nazismo. Estudios históricos que siguieron y que encontraron su expresión por ejemplo, ya desde las posiciones no marxistas, en un impresionante trabajo *Los salarios de la destrucción. La creación y el colapso de la economía nazi* (2008) del historiador y economista estadounidense Adam Tooze, una base para este autor para cuestionar de hecho las comparaciones de la extrema derecha moderna y/o Trump con el fascismo (véase: Tooze, 2022b; para la crítica marxista de ciertos aspectos de esta obra, véase: Riley, 2014b).⁸⁶

Saltando unas décadas más adelante, e igualmente dejando de lado varias otras vertientes del pensamiento marxista sobre el fascismo como por ejemplo la escuela del capitalismo monopolista inspirada igualmente en los trabajos de Neumann (véase: Baran, Sweezy, 1966; Sweezy, 1973; Bellamy-Foster, 2017a, 2017b, 2019, 2023), Stuart Hall el intelectual marxista británico nacido en Jamaica, jefe del Centro de Estudios Culturales de la Universidad de Birmingham, el primer editor de *New Left Review* y uno de los pioneros de pensar y conceptualizar la raza desde el marxismo, escribiendo a finales de los años 70 en una coyuntura política diferente, pero igualmente marcada por “el auge de la derecha que nadie ya podía ignorar” y un proceso que, igual que hoy, aun “no se alcanzaba a entender en su totalidad”, remarcaba que muchas maneras de analizarlo desde la izquierda se quedaban cortas y oscurecían más explicaban aquel momento político (Hall, 1979: 11). Hall, al igual que en su momento Thalheimer, Trotsky, Gramsci y paralelamente a él, Poulantzas, fustigaba el economicismo, o sea, las tendencias de explicar todo en clave económica y ver, por ejemplo, mirando desde Gran Bretaña, el auge de *thatcherismo* como una vuelta de “la cara

⁸⁴ En 2017, con los ataques de Trump y los intentos de tildar a sus enemigos como “Antifa” –un vocablo prestado del alemán y recortado del movimiento de la era de Weimar: *Antifaschistische Aktion* y usado en Estados Unidos como nombre de unos grupos específicos de izquierda radical muy ampliamente como sinónimo de toda “izquierda radical”–, esta palabra ha sido elegido como la palabra del año. Como aseguraba el diccionario Oxford Languages, gracias a Trump, “[Antifa] emergió de una relativa oscuridad para volverse una parte reconocida del lexicon inglés”. Como bien subraya no obstante Traverso, el antifascismo hoy en día ya no estructura el panorama político como solía hacerlo todavía en las décadas posteriores a 1945 o en la propia época de entreguerras. Una de las explicaciones de esta evolución es la manera en la que los levantamientos estudiantiles de 1968 inadvertidamente debilitaron el antifascismo dado que los propios estudiantes radicales lo ridiculizaron viéndolo –no sin un grano de verdad en ello–, como la manipulación cínica de sus mayores para legitimar su propio poder. A la vez los estudiantes ayudaron a banalizar el propio término “fascismo” acusando indiscriminadamente a todos los gobiernos contemporáneos a cuales se oponían de ser “fascistas”, trivializando tanto el propio término como lo que significaba ser “antifascista”. Finalmente el relevo generacional y la crisis generalizada de la izquierda post-1989 colapsó todo el ethos vinculado con el “antifascismo” (Traverso, 2017a: 5-6 y 10-12; véase también: Traverso, 2014: 36-37, 39).

⁸⁵ Si bien esta mirada resulta bastante útil, el entendimiento del fascismo de Togliatti ha sido influenciado en general por la problemática visión oficialista de la Comintern y estaba en las antípodas de la heterodoxa visión de Gramsci (Adamson, 1980; para más críticas respecto a Togliatti, véase: Gentile, 2022 y Capítulo 2., 2.4.).

⁸⁶ En una obra siguiente, *Crash: Cómo una década de crisis financieras ha cambiado el mundo*, el mismo autor, esencialmente desde un marco comparativo que reunía la crisis financiera de 2008 y las subsiguientes crisis políticas como Brexit o el ascenso de Trump trabajó para integrar varias facetas diferentes dinámicas espaciales, temporales y políticas de estas crisis en un marco analítico más amplio igualmente en una (indirecta) oposición al “marco único” del “fascismo” (véase: Tooze, 2018).

irracional del capitalismo: el fascismo”, una tendencia “que ignoraba todo lo particular y específico de aquella coyuntura histórica” (Hall, 1979: 14). Para él, la situación tenía más sentido ser vista al revés: más que un producto directo de una crisis económica, lo que estaba ocurriendo, según Hall, tenía raíces políticas y acababa más bien teniendo efectos en la crisis económica y sus posibles soluciones: así, el uso de indiscriminado de “fascismo” como un mero insulto o un término universal para todo el tipo de represión, corría el riesgo, según él, de hacer que se perdiera de vista lo que era específico en la crisis contemporánea del estado capitalista en los 70 con sus nuevas formas de racismo particulares, antes inexistentes (15).⁸⁷ Invocando a Gramsci, Hall recordaba que el pensador italiano insistía en poner lo “orgánico” y lo “coyuntural” de una crisis en una relación adecuada, algo que le permitía ver el giro a la derecha, no como un reflejo de la crisis, sino una respuesta a ella: la extrema derecha, para Hall, no surgía de la nada y tenía que entenderse en relación directa con las formaciones políticas alternativas que intentaban ocupar y comandar el mismo espacio, en una lucha por la hegemonía dentro del bloque dominante (*Ibidem*). Este precisamente era, para él, el caso del surgimiento del thatcherismo, marcado por las fallas de la socialdemocracia inglesa y una crisis de hegemonía ocasionada por su incapacidad de reformar el capitalismo británico y apaciguar la presión y la protesta social que llevó a su vez un giro hacia la represión, coerción y las políticas y discursos de “ley y orden”. Así la democracia burguesa transitó hacia un conservatismo represivo, aunque no precisamente, según Hall, hacia el fascismo como alegaban algunos, un buen ejemplo de cómo no todas las crisis políticas llevan a él y no todas las expresiones de la extrema derecha lo constituyen, algo de particular relevancia para tratar de entender a Trump y el trumpismo.

Siguiendo este hilo marxista de Hall, como apuntaba Asad Haider, Trump al revivir las consignas de Reagan y Nixon y al presentar su candidatura como “una reacción al conflicto social en torno a la violencia policial racista”, ha dejado muy claro su linaje. Si bien la izquierda estadounidense, según Haider, aún tiene que procesar todo lo que había ocurrido en la secuencia política que va desde Nixon a Reagan, Bush y hasta Trump, Hall con su análisis del ascenso igualmente inquietante de Thatcher y las fallas de la izquierda británica en ello, anticipaba en algunos aspectos el presente estadounidense. En Gran Bretaña ha sido la misma izquierda que con sus políticas de manejo del Estado capitalista creó las contradicciones que “abrieron un espacio para nuevas estrategias de derecha” y cuyo éxito garantizó que el consentimiento popular a la autoridad fuese asegurado por nuevos tipos de lucha ideológica (Haider, 2016). Al igual que los laboristas ingleses, los Demócratas estadounidenses una vez en poder, como durante el gobierno de Obama que enfrentó en su momento la crisis financiera de 2008, estaban “comprometidos a encontrar soluciones a la crisis que sean capaz de ganar el apoyo de secciones claves del capital”, no por dar soluciones a la crisis que favorecerían a su base política. Frente a las mismas medidas antagonizantes, tanto Thatcher en su momento, como luego Trump habían empleado de manera muy exitosa el discurso de la “nación” y del “pueblo”, al igual que ambos han usado el tema de la raza, el racismo y la inmigración (de modo que lo han hecho también de manera paralela los sucesores de Thatcher durante la votación por el Brexit). Así, leyendo a Hall, igual que en Gran Bretaña, las raíces del ascenso de la extrema derecha en Estados Unidos radican en las contradicciones dentro de la socialdemocracia, que había desorganizado efectivamente a la izquierda y la respuesta de la clase trabajadora a la crisis (Haider, 2016). Como apuntaba Haider, ya mucho después de Thatcher o Reagan, toda la industria de comentaristas y/o analistas preguntaba de por qué la clase trabajadora estadounidense “votaba en contra de sus intereses” en los antiguos bastiones de los Demócratas como por ejemplo Kansas y la respuesta estaba en la desarticulación, descomposición y desorganización de la clase trabajadora por parte de los propios Demócratas que se han convertido en los principales operadores del neoliberalismo y de la llamada “economía del goteo” (*trickle down economics*): allí había que buscar la explicación para el surgimiento de la extrema derecha, no por ejemplo en la psicologización de los votantes o en las nociones como “falsa conciencia”.⁸⁸ Así, a la luz de la explicación política de Gramsci y la lectura de Hall de la crisis en Gran Bretaña y el auge de thatcherismo es posible concluir que en ningún momento ni en caso de Thatcher ni en caso de Trump se trató de una crisis política de representación y de la hegemonía de las clases dominantes que pedía por el surgimiento de un tercer actor y la solución fascista a la crisis, sino de las secuelas de la no atendida por la socialdemocracia crisis capitalista que abrió el paso a la extrema derecha como una respuesta a ella y que se impuso instrumentalizando las narrativas de la “ley y orden” y los temas

⁸⁷ Como recordaba en este contexto Toscano, Hall, frente al surgimiento de nuevas modalidades del racismo, criticó la izquierda británica no solo por su apego excesivo y apasionado al marco del de “fascismo”, sino también por su obsesión con el marco de “antifascismo” (para más sobre el antifascismo británico, véase: Stone D., 2013: 67-80), según el cual la batalla política contra el fascismo era aparentemente “transparente/clara” y “como antes”, mientras ignoraba las nuevas modalidades de autoritarismo. Si bien en Gran Bretaña no faltaban las agrupaciones que se identificaban con el fascismo, el thatcherismo no lo era de ninguna manera (véase: la citada historia de Timothy Mason, nota de pie 23). Así, la amenaza en la política británica como señalaba Hall, no era un regreso a la década de los 30, sino “las nuevas formas del terror racializado” (Hall, 1979). Es precisamente en esta clave de lo racial que Toscano propone analizar lo que él ve como nuevas expresiones del “fascismo tardío” (véase: 2020, 2023c y Capítulo 2., 2.6.).

⁸⁸ Este tipo de explicación ofreció Thomas Frank en su aclamado autor de un *bestseller* de 2004 *¿Qué le pasa a Kansas? Como los conservadores conquistaron el corazón de Estados Unidos*, interpretando las razones de por qué, sobre todo desde los tiempos de Reagan, los votantes de la clase trabajadora (*blue collar workers*) de ese estado en específico y en Estados Unidos en general, se alejaron del partido Demócrata y votaron en contra de sus intereses económicos, ganándose el nombre “los Demócratas de Reagan”. Frank volvió a hacer algo parecido en 2016 en el libro *Oiga, liberal o que había pasado al Partido del Pueblo* donde describió cómo Hillary Clinton y los Demócratas repitieron los mismos errores que una vez se cometieron en Kansas para perder la elección “que tenían segura”. En cierto modo, como apuntaba Alberto Toscano, los “Demócratas de Trump” son lo opuesto a los “Demócratas de Reagan”: aquellos que votaron por Reagan lo hicieron en contra de sus intereses económicos y en nombre de “guerra cultural”, mientras que los que votaron por Trump en 2016, lo hicieron en consonancia con sus intereses económicos (sic), como resultado de la pérdida de buenos empleos o sintiendo que los que ya tenían, estaban amenazados (Toscano, 2023a).

culturales, simbólicos e identitarios (para un argumento a favor de la “interseccionalidad” en responder a la extrema derecha de hoy, véase: Rothberg, 2017).

Finalmente, hay que decir que los enfoques marxistas en el estudio del fascismo han sido, al igual que buena parte de la tradición intelectual comunista, socialista y antifascista, víctima de la caída del Muro de Berlín y acabaron relegados al “basurero de la historia” (véase: Traverso, 2018a). Como bien apuntaba Kershaw, después de 1989 no solo era raro encontrar a un historiador del Tercer Reich, o cualquier otro historiador que lamentara desaparición de la RDA o del “socialismo real”, sino lo más lamentable era que este desdén iba de la mano con el desdén generalizado hacia todas las variantes del análisis marxista del fascismo, incluso aquellas, como los enfoques bonapartistas o el enfoque gramsciano, que han sido intelectualmente fértiles y heurísticamente estimulantes:

Lo que esto significa es que las contribuciones marxistas a los debates sobre el nazismo ya no gozan de gran actualidad y que todos los debates en curso se llevan a cabo en el marco de la historiografía liberal, que ahora no tiene, por primera vez, desde que comenzó el análisis político y académico del fascismo a principios de la década de los 20, ningún desafío serio por parte de una filosofía alternativa fundamentalmente opuesta (Kershaw, 2015: 276).⁸⁹

Así, el hecho de que de Riley (2019) escogiese para su análisis comparativo del fascismo en casos de Italia, España y Rumania y para su análisis de Trump y del trumpismo —y para llegar a la conclusión de no verlos como fascismo (véase: 2.2., 2.2.1., 2.2.2.)—, un modelo basado en una tradición “descreditada” en este sentido, demostrando tanto su utilidad heurística como solidez teórica, solo le da más credibilidad a su rechazo a las comparaciones de Trump al fascismo, hechas en su mayoría desde las corrientes liberales que explícitamente han negado a su vez que la tradición marxista, tal como escribía Kershaw, “pudiese aportar algo”. Al final resulta que sí. Tal como, siguiendo las premisas de las que hablaba Kershaw respecto al clima intelectual particular de las dos Alemanias que influían en los estudios del nazismo/fascismo y los debates ideológicos desde el marxismo y no solo que con el paso de las décadas se han evaporado, de mismo modo habría que ver todo el “debate sobre el fascismo” de hoy y todas las comparaciones en cuestión como productos de un clima intelectual muy particular, caracterizado en general por la unipolaridad del debate intelectual y la dominación del enfoque liberal hegemónico en la época post-1989. La gran paradoja es que el auge de la narrativa sobre el fascismo actual tiene el lugar en un escenario intelectual y político en el que ya hace unas tres décadas el “consenso de antifascismo” había colapsado con el fin de la Guerra Fría (Stone D., 2021: 222-224). Un escenario en el que el antifascismo como una “metanarrativa europea” había desaparecido junto con diferentes enfoques marxistas usadas para el estudio del fascismo y que han tenido una función principal de desarrollar una teoría, definición y entendimiento correcto del fascismo e identificación correcta de las fuerzas fascistas con tal ponerlo todo al servicio de las propias políticas antifascistas (Thalheimer, Bauer, Trotsky, Gramsci et al.). Toda una herencia intelectual y política que después de 1989 ha sido declarada “obsoleta” tanto por el *mainstream* liberal triunfante, como por las narrativas en competencia basadas en el nacionalismo y en el anticomunismo tardío (Stone D., 2013: 79), las mismas corrientes políticas e intelectuales que hoy a menudo acaban tildadas de “fascistas”. O puesto de otro modo, se podría argumentar que ha sido justo esta desaparición del ethos antifascista y la desacreditación y el abandono de los vinculados con él heurísticamente útiles e intelectualmente inspiradores enfoques marxistas en los estudios del fascismo —tal como lo lamentaba Kershaw—, lo que abrió, entre otros, con la imposición del pensamiento único hegemónico liberal desprovisto de la tradición del análisis del fascismo parecida, el camino al poco riguroso uso y manejo del término en el debate público en los últimos años en el marco del “debate sobre el fascismo” y más allá de él (para una evaluación crítica de una columna que propone la recuperación del enfoque antifascista, véase: Capítulo 3., texto #22).

2.1.2. Enfoques “genéricos” y más allá

Como bien señala Federico Finchelstein, inspirada en los trabajos de Ernst Nolte —siendo él, de hecho, el primer proponente de una definición tipológica/taxonómica del fascismo, un ángulo de estudio que este veía como más prometedor que el afán de construir una “omniabarcante teoría del fascismo” (Nolte, 1965: 459)—, Renzo De Felice, George L. Mosse, en la última década del siglo XX surgió en los estudios del fascismo una “nueva tendencia genérica” (el “fascismo genérico”), que se consolidó como un campo de conocimiento global específico y cuyos fundamentos debían ser establecidos por un “consenso” (Finchelstein, 2017: 65-67; véase también: Griffin, 1998, 2002).⁹⁰ En este enfoque el papel central juega la categoría del “tipo ideal” —en el sentido de Weber—, “un tipo ideal del fascismo conscientemente construido para ser heurísticamente más útil para la investigación académica que los otros tipos existentes” y una suerte del “Santo Grial de la bibliografía del fascismo”, algo que, como apuntaba

⁸⁹ Curiosamente la mencionada interpretación de la Comintern que veía al fascismo de manera simplista como “una herramienta del capital”, a pesar de su “mecanicidad” y claras deficiencias señaladas ya por sus críticos tempranos como Thalheimer o Trotsky, sobrevivió y siguió siendo aplicada en la República Democrática Alemana (RDA) hasta la reunificación de Alemania (1990). Así, los estudiosos de la RDA clasificaban como “fascistas” regímenes tan dispares como los que existieron en Polonia, Bulgaria o Hungría en el período de entreguerras, en Portugal bajo Salazar, en España bajo Franco, en Grecia bajo el mando de los coroneles, en Argentina bajo la junta militar o en Chile bajo Pinochet (véase: Kershaw, 2015: 46-47).

⁹⁰ Aunque este consenso existe entre varios estudiosos, resulta mucho más frágil y polémico de que lo presentan sus partidarios como por ejemplo Roger Griffin (véase: abajo), además que desde el principio había un buen número de “disidentes” que aceptaban una posición “nominalista” proponiendo incluso a descartar por completo el concepto de “fascismo” como una categoría analítica (véase: Allardyce, 1979; Lukacs J., 1997; más sobre el tema, véase: Iordachi, 2010: 14-15).

Finchelstein, coincide con la creencia del propio Mussolini en un “núcleo esencial del fascismo” (véase por ejemplo: Payne, 1995: 14 y Griffin, 1999: 12; para más sobre el “tipo ideal”, véase: nota de pie 26 y más abajo). Todo esto, según Finchelstein, hace que el fascismo en los estudios genéricos funcione muchas veces como una ilustración de la teoría previamente explicada sin ninguna investigaciones históricas ni empíricas (sic), algo que convierte el estudio del fascismo en una variante de anticuarianismo y “la pasión por las antigüedades” (Finchelstein, 2017: 72). Así, enfocados en encontrar “un mínimo fascista”, los historiadores y politólogos “genéricos” reifican algunos aspectos centrales del fascismo como la idea del “renacimiento nacional”, modernismo, etcétera, pero omiten muchas el análisis de la circulación, la adaptación y la reformulación global de las ideas fascistas oscureciendo también la peculiar, según Finchelstein, conexión entre la teoría y la práctica fascista que era la manera en la que los propios fascistas entendían su “experiencia de la violencia política como ideología” (*Ibidem*). Lo mismo se refiere al “eurocentrismo” del enfoque genérico. Como apunta Finchelstein, los historiadores de esta escuela por lo general proponen un modelo del fascismo eurocéntrico que hace hincapié en la limitación y la falta de agencia de los actores no europeos, negando así la posibilidad de la existencia del fascismo fuera de Europa (74). Y cuando son enfrentados con el fascismo no-europeo de tradiciones reaccionarias modernizadoras suelen recurrir a una tautología: “los fascistas fuera de Europa no pueden ser fascistas porque no son europeos” (*Ibidem*; un buen ejemplo de esta “objección europea” es una “lista de razones” de Stanley G. Payne de porque no puede haber el “fascismo latinoamericano”, véase: Payne, 1995: 340; 1980: 167-176). Es precisamente esta desafortunada tendencia de ver el fascismo extra-no-europeo como un fenómeno sin el peso propio que propicia y está por ejemplo detrás de, como bien apunta Finchelstein, la circulación de los *clichés* como el “islamofascismo” en el mundo árabe (Finchelstein, 2017: 74: para más sobre “islamofascismo”, véase: 2.1.4.).⁹¹ Lo que no obstante señalaba otro estudioso del fascismo, es que a pesar de una cierta “florencia verbal” y “giros semánticos”, la perspectiva del “fascismo genérico” logró establecer el significado histórico específico del fascismo y su “carácter esencial” (Gottfried, 2016). Lo que igualmente no mencionaba Finchelstein, es que el “fascismo genérico” ha sido también un motor gracias al cual –con todas sus limitaciones desde la fijación por los “tipos ideales” hasta el eurocentrismo–, el estudio comparativo del fascismo ha regresado una vez más a la corriente principal historiográfica (Griffin, 1991; Payne, 1995; Mann, 2004). Después de muchos años de declive como categoría de análisis comparativo, particularmente durante la década de los 80 con el colapso del materialismo histórico marxista y el crecimiento de los enfoques culturalistas e históricos globales, fue esta corriente que ha ayudado a renovar el interés en el estudio del fascismo y que resultó inmensamente fructífera para la comprensión de diferentes experiencias de este tipo (Iordachi, 2010: 21-25; Steigmann-Gall, 2017b).

Uno de los principales representantes del enfoque “genérico” es Stanley G. Payne, un historiador e hispanista estadounidense, profesor de Universidad de Wisconsin-Madison. Inspirándose en los trabajos de de Felice, Mosse y Nolte, Payne innovó en su momento los estudios del fascismo llegando a resultados diferentes, aunque no sin relación con los de los estudiosos mencionados (Iordachi, 2010: 19-20). Siendo uno de los primeros proponentes del modelo descriptivo del enfoque “genérico”, propuso su propia definición taxonómica del fascismo, una larga, detallada lista de características de este como la existencia de un sector estatal en la economía, la simbología fascista o los atributos ideológicos como el anticomunismo y el antiliberalismo (Payne, 1980: 7). Así, argumentaba que la complejidad del fascismo podía ser definida como una “categoría hipotética multiforme” y captada solamente por un “tipología compleja”. En otro lugar Payne había reorganizado y expandido su “lista de verificación” del fascismo que veía no solo como un fenómeno “genérico”, sino también *inherentemente comparativo*, en tres líneas principales: i) objetivos fascistas: adopción de una filosofía idealista, vitalista y voluntarista que implica la creación de una nueva cultura moderna, autodeterminada y secular, creación de un nuevo estado nacionalista autoritario no basado en principios o modelos tradicionales, organización de una nueva estructura económica nacional corporativista, uso de la violencia y la guerra, la expansión imperial y/o un cambio radical en la relación de la nación con otras potencias; ii) negaciones fascistas: antiliberalismo, anticomunismo, anticonservadurismo (salvo las alianzas iniciales y temporales); iii) estilo y organización fascista: movilización de masas con militarización a base de violencia y con el objetivo de una milicia masiva de partido único, énfasis en la estructura estética de las reuniones, militarización de la política, introducción de uniformes, rituales y símbolos de una nueva “liturgia política” que destaca los aspectos emocionales y místicos en vez de apelar a la razón, la retórica que es más eficaz cuando transmite mensajes que se centran en impulsos irracionales y mitos, énfasis en la dominación masculina donde el culto a la masculinidad de los fascistas era hipermacho, vitalista y explícitamente centrado en la violencia y la guerra, una visión orgánica de la sociedad, exaltación de la juventud, tendencia específica hacia un estilo de mando autoritario, carismático y personal (1995: 26-41).⁹²

En cuanto a la definición, a base de su modelo descriptivo y como un suplemento a su larga lista de atributos, Payne propuso ver el fascismo como “una forma del ultranacionalismo que adopta un mito de renacimiento nacional y se caracteriza por

⁹¹ Todo esto sin mencionar incluso al politólogo A. James Gregor uno de los más controvertidos estudiosos del fascismo que se identificó con la teoría del “fascismo genérico” considerando a la vez al fascismo como “una variación del marxismo clásico” (sic) y algo que “no podía ser identificado con la extrema derecha” (sic). Así, según Gregor, tanto Fidel Castro, China post-Mao, los radicales negros estadounidenses o por ejemplo Herbert Marcuse eran “fascistas” (Gregor J., 1974).

⁹² Si bien fue respecto a las definiciones de Paxton (véase: abajo) y Griffin (véase: abajo) que Rick Perlstein, un historiador del conservadurismo estadounidense, lamentaba con razón una suerte de “bastardización” de análisis del fascismo que se apegaba a las “listas de verificación” y una suerte de “cuestionarios con palomitas” que proliferaron ampliamente en tiempos de Trump, esta crítica hubiera sido mucho mejor dirigida contra Payne. Como bien sin embargo anotaba Perlstein, este tipo de análisis en efecto confunde una descripción históricamente específica con un modelo predictivo útil tratando el desarrollo político como un “proceso biológico” y tratando el fascismo como algo en lo que las naciones “descienden”, como si fuera una enfermedad o “una entropía natural de las instituciones nacionales fallidas” (Perlstein, 2015).

el elitismo extremo, la movilización de las masas, la exaltación de la jerarquía y la subordinación, la opresión de las mujeres y la adopción de la violencia y la guerra como virtudes” (1980: 14). Otra de las características singulares del fascismo, según Payne, fue la forma en la que este combinó el populismo y el elitismo, dándoles a sus élites un “carácter popular” y haciendo que fueran “personificaciones de la gente real” (*Ibidem*). Este populismo se concibe como una unión entre clases, incluso si la clase media suele predominar: ningún estrato de la sociedad representaba a la nación en su conjunto, sino que había “verdaderos miembros de la nación” en cada clase. Si bien, según Payne, la mayoría de los movimientos fascistas no ha logrado una verdadera movilización de masas, sin embargo era característico que ese fuera el objetivo, ya que siempre buscaron trascender y arrojar resultados diferentes a la camarilla parlamentaria elitista de los grupos liberales pobremente movilizados o la exclusividad sectaria y la confianza en la manipulación de la élite que a menudo se encuentran en la derecha autoritaria (12). Mientras su enfoque principal siempre estaba dirigido a la dictadura de Mussolini y el régimen de Hitler, Payne abrió el enfoque comparativo y analizaba también movimientos y regímenes fascistas en otros países europeos: Austria, Hungría, Rumania, Yugoslavia, España, Francia, Letonia o Polonia⁹³ (1980, 1999b). A base de sus investigaciones, propuso identificar cinco variedades o “sub-tipos” del fascismo histórico: i) el “paradigmático”: el fascismo italiano y sus derivados directos, ii) el “radical”: el nazismo alemán y sus derivados, iii) el falangismo español, iv) el fascismo rumano y v) el fascismo húngaro. Analizando al fascismo de entreguerras, Payne ofreció también de paso su valoración de la extrema derecha de la época concluyendo que era casi tan “extrema” como los fascistas en lo que respectaba a la violencia, el militarismo y el imperialismo, e igualmente dispuesta a destruir la democracia parlamentaria si era necesario (Payne, 1995: 16-17). La diferencia entre ambos residía no obstante, según él, en que el fascismo buscaba establecer un régimen político radicalmente distinto mientras la extrema derecha trataba de evitar grandes cambios sociales y cualquier revolución cultural (19). Respecto a la extrema derecha contemporánea, sobre la cual señalaba que era poco probable que “poseyera todas las características distintivas del fascismo histórico” e que igualmente era mucho menos radical que sus contrapartes de los años 30 (Payne, 2000), este autor propuso a distinguir seis tipos de diferentes de movimientos y partidos políticos: 1). los que aceptan el sistema parlamentario, 2). los posfascistas como el antiguo Movimiento Social Italiano (MSI), 3). los auténticos neofascistas o neonazis, 4). los “grupos primitivos” de Estados Unidos que promueven una supremacía racial vulgar y/o ideas religiosas extrañas, 5). otros grupos de extrema derecha no racistas y 6). los reformistas populistas que a menudo se clasifican erróneamente como extrema o derecha radical (*Ibidem*).

A diferencia de algunos otros historiadores del fascismo como por ejemplo Robert O. Paxton que si bien al principio rechazó que Trump fuera un fascista, pero al menos consideró analizarlo en estos términos –para luego finalmente cambiar espectacularmente de opinión (véase: abajo)– Payne desde el principio rechazó categóricamente a analizar a Trump y al trumpismo en estos términos y se ha mantenido firme en su negativa. Según Payne, Trump “no era un fascista”, sino apenas o solamente “un reaccionario”: él y su movimiento carecían de coherencia, de ethos específico y del empleo de violencia, pero sobre todo de verdaderas “tendencias nacionalistas”. Como subrayaba, Trump nunca fundó un nuevo partido fascista, nunca abrazó una nueva ideología revolucionaria coherente, nunca anunció una nueva doctrina radical y hasta introdujo una política

⁹³ En caso polaco, el auge de movimientos fascistas ocurrió en un contexto de la dominación de un régimen autoritario militar de Józef Piłsudski y su movimiento político de “*Sanacja*” (Sanación) que prometía una “sanación moral de la nación” y que presidiendo sobre una democracia parlamentaria débil convirtió a Piłsudski en un dictador *de facto*. *Sanacja* veía como una amenaza, no solo a los comunistas, los socialistas, la centroderecha o a las fuerzas políticas campesinas, sino también a todos los grupos a la derecha de ella. Este contexto explica la relativa debilidad de los movimientos de carácter fascista y su efimeridad como por ejemplo la Asociación de Fascistas Polacos (*Związek Faszystów Polskich*) en los años 20. En los años 30 el movimiento más fuerte de inspiración fascista era el Campamento Nacional-Radical Falanga (*Obóz Narodowo-Radykalny Falanga*, *ONR Falanga*) –que el mismo Payne clasifica como propiamente fascista (1995: 5, 14-15)– fundado por miembros de la juventud radical de Democracia Nacional (*Narodowa Demokracja*/“*Endecja*”), el principal partido y movimiento de oposición a la derecha de Piłsudski. Por esto ONR –involucrado en frecuentes actos de violencia callejera y disturbios antisemitas–, fue rápidamente prohibido, aunque siguió operando clandestinamente, dividiéndose finalmente en dos organizaciones: ONR “ABC” y Movimiento Nacional-Radical Falanga (*Ruch Narodowo-Radykalny Falanga*, *RNR Falanga*). Este último rápidamente se convirtió en una de las principales organizaciones terroristas en Polonia responsable por varios atentados con bombas y ataques a manifestaciones socialistas. Después de la muerte de Piłsudski en 1935 la propia *Sanacja* pasó por un proceso de radicalización y “fascización” mutando en el Campamento de la Unificación Nacional (*Obóz Zjednoczenia Narodowego*, *OZN*/“*Ozon*”) y entrando en cooperación con RNR Falanga lo que indicaba el debilitamiento del bloque hegemónico de poder que antes, al mantener su fuerza, de acuerdo con el enfoque de Gramsci, impedía el auge de fascismo *tout court* en Polonia. Jerzy W. Borejsza (1935-2019), un historiador polaco de origen judío y uno de los máximos estudiosos del fascismo (véase: Borejsza, 2002), indagado en 2017 –o sea, ya después de la elección de Trump y con varios otros gobiernos de extrema derecha en el poder a lo largo del mundo–, si la extrema derecha polaca gobernante en aquel momento (el partido Ley y Justicia, PiS), era “fascista”, prefirió, al apuntar a muchas diferencias del contexto histórico, hablar de ella más en clave de “autoritarismo”, aunque veía su futura evolución como “muy preocupante” (2017). De modo parecido, David A. Bell, oponiéndose a tildar a todo como “fascismo” y subrayando la necesidad de llamar de manera correcta los fenómenos políticos del presente e insistiendo que “no toda la amenaza a la democracia constituye el fascismo”, apuntaba precisamente al ejemplo de la Segunda República Polaca (1918-1939), donde la democracia fue liquidada, sin que los fascistas tomaran el poder: “Józef Piłsudski derrocó la joven democracia polaca en un golpe, pero no tenía un movimiento de masas detrás de él, ni un partido fascista que procediera a apoderarse del Estado polaco. La distinción importa. Los regímenes autoritarios como el de Piłsudski eran opresivos. Pero los genuinamente fascistas eran mucho, mucho peores” (Bell D. A., 2020c).

militar exterior no intervencionista. “Ni siquiera era un fascista de pobres”, aseguraba, prefiriendo calificarlo como “un nacionalista-populista incoherente con tendencias a veces destructivas” (Payne en: Matthews, 2021).

Aparte de su “definición taxonómica” y trabajar mediante la “lista de verificación”, Payne es conocido también por emplear el término de “semifascismo”, usado famosamente —aunque lo más probable sin conocer y referirse a la obra de este autor—, por Joe Biden para referirse a Trump y los trumpistas en 2022 (véase: Finchelstein, 2022c; Katz, 2022b; Stanley, 2022d). En su *Historia del fascismo 1914-1945* (1999b) Payne lo emplea varias veces viéndolo como un “fenómeno común” en el fascismo ya que este tipo de movimientos a menudo encontraban dificultades para obtener el apoyo popular y tenían que fusionarse con los aliados conservadores y las instituciones existentes: de allí diluían su carácter “puro” y cobraban una forma “semifascista”. De hecho esta dinámica política ha sido más bien una regla entre los movimientos fascistas de entreguerras —como lo deja claro también Dylan Riley en su estudio (2019, véase: más adelante)—, de los que la mayoría fracasó en tomar el poder o se convirtió en una tendencia menor en un contexto político más amplio en el que en vez de florecer se quedaban en calidad de los “aspirantes a fascistas” (*wannabe fascists*), el término introducido por otro estudioso del fascismo, William E. Connolly (2017) y en caso particular de Trump y sus otros “clones” retomado por Federico Finchelstein (2024: 2-5). Los casos de Italia fascista o Alemania nazi eran en este aspecto más bien excepciones que confirmaban la regla, mientras uno de los principales ejemplos de un régimen “semifascista”, mucho más representativo y comparable con otros tantos regímenes y movimientos, era la España de Franco, un régimen que, como anotaba Payne, contenía un “componente temprano del fascismo”, pero estaba tan restringido dentro de una estructura derechista, pretoriana, católica y semipluralista que el término “semifascismo” resultaba mucho más apropiado (Payne, 1999: 65).

Otro representante del enfoque “genérico”, Roger Griffin, un politólogo británico y profesor de historia contemporánea en la Universidad de Oxford, es también uno de los principales académicos que han contribuido al establecimiento de la disciplina de estudios comparativos del fascismo. Griffin se arraiga en una tendencia de estudiar la historia cultural e intelectual del fascismo iniciada por George L. Mosse, Emilio Gentile y Stanley G. Payne que pretende resaltar la naturaleza política y cultural “revolucionaria” y “totalizadora” del fascismo en un marcado contraste con los enfoques marxistas que enfatizan su naturaleza reaccionaria y contrarrevolucionaria. Simplificando los enfoques marxistas y viéndolos sin ningunos matices como “el reduccionismo que ve al fascismo como mero agente o herramienta del capitalismo” (Griffin, 2017) —criticando de paso las tendencias liberales de tratarlo como algo “irracional”, “nihilista” e “indefinible”—, Griffin rechaza también mero uso del “fascismo” como un insulto y puro término peyorativo. Su postura podría ser definida como una suerte de “empatía metodológica” (“paradigma empático”) para pensar en la mentalidad y en los mismos fascistas pensaban de sí mismos —en un claro contraste por ejemplo con Robert O. Paxton que aboga más bien por fijarse en lo que los fascistas hacen, no lo que dicen (véase: abajo)—, algo que, según Griffin, permite construir “una mejor base empírica” (Griffin, 2018: 137-138). En 1991 Griffin causó revuelo en el campo de los estudios del fascismo con su libro *La naturaleza del fascismo* (1991) que vaticinó el renovado interés en el tema en la academia después de un periodo de desinterés (véase: nota de pie 23) apremiando así a casi todos los estudiosos del fascismo a posicionarse frente a su enfoque, sea para aprobarlo, rechazarlo o solamente para ubicarse en el nuevo y redefinido mapa de estudios (Iordachi: 2010: 21). Determinado a forjar una suerte de consenso en torno a su propuesta teórica —un afán bastante controvertido y mucho más polémico de lo que lo presentaba el propio Griffin (véase: Iordachi, 2010: 24-25 y más abajo)—, dicho autor reaccionaba no obstante creativamente a las críticas tratando de ajustar y a hacer más “inclusivo” su modelo con tal de ir tendiendo puentes. Así por ejemplo su primera definición (Griffin, 1991), dejando de lado las cuestiones organizativas y de “estilo” como irrelevantes, se refería solamente al “núcleo ideológico” del fascismo. Griffin proponía ver al fascismo como “un género de una ideología política cuyo núcleo mítico en sus diversas permutaciones es una forma palingenética de ultranacionalismo populista (y donde ‘palingenesia’ funge como sinónimo de la ‘revolución’), se centra en la retórica populista del fascismo que aboga por un ‘renacimiento’ de una nación y un pueblo étnico fusionados, viéndolo como una forma nacionalismo que se propone ser una revolución política, social y ética, uniendo al ‘pueblo’ en una comunidad nacional orgánica bajo nuevas élites imbuidas de valores heroicos” (Griffin, 1991: 26). Pero la segunda versión, a parte de lo ideológico, incluía ya también la cuestión y la importancia del apoyo de las masas (1998). En la tercera definición, Griffin reconfirmó la importancia del núcleo ideológico (palingenético) del fascismo, pero aparte de ideología política con su núcleo mítico del ultranacionalismo populista, después de varios señalamientos, aceptó también verlo como una serie de movimientos y regímenes (Griffin: 2002, 2003). Finalmente, en otra actualización, amplió su definición elevando al fascismo a un rango del “género (*genus*) político”, viéndolo como una forma revolucionaria del modernismo político que si bien se revolvía en torno a su núcleo palingenético, se nutría también de un impulso regenerativo “nacional” y “étnico”. Así, para Griffin la lucha del fascismo por la regeneración significaba el afán de deshacerse de todos los elementos “no deseados” bajo los criterios étnicos y/o raciales por medio de una limpieza étnica, un aspecto “negativo” que faltaba en sus primeras definiciones centradas más bien en los aspectos “positivos” del fascismo. El resultado ha sido una más amplia pero igualmente concisa y relativamente corta definición que ve al fascismo como una “forma del modernismo programático que busca la conquista del poder a fin de realizar su visión totalizadora del renacimiento nacional o étnico. Su último objetivo es poner el fin a la decadencia que ha destruido el sentimiento de la pertenencia comunitaria y drenó la modernidad del significado y la trascendencia y forjar una nueva era de homogeneidad cultural y salud” (Griffin, 2007).

Así, para Griffin, un componente clave del fascismo es su promesa de reemplazar un sistema viejo, cansado y roto por uno nuevo basado en el heroísmo, la fuerza, la acción, la juventud, el orgullo y los mitos nacionales. En todo esto el punto central de su definición genérica que busca resaltar las afinidades estructurales que relacionan el fascismo no solo con el nazismo sino con muchos otros movimientos fascistas fallidos que surgieron en la Europa de entreguerras y en otros lugares, es la figura del “ultranacionalismo palingenético” cuyo elemento clave es la creencia de que el fascismo puede definirse por su mito central de una revolución para lograr un “renacimiento nacional”. Griffin argumenta que la síntesis única de la palingenesia y el

ultranacionalismo diferencia al fascismo del parafascismo y otras ideologías nacionalistas autoritarias. Él lo llama el “mínimo fascista” sin el cual no hay fascismo (Griffin, 1991: 76). Para Griffin el fascismo utiliza el “mito palingenético” para atraer a grandes masas de votantes que han perdido la fe en la política y en la religión tradicionales prometiéndoles un futuro mejor bajo el régimen fascista. Esa promesa no la hacen exclusivamente los fascistas: otras ideologías políticas también incorporan algunos aspectos palingenéticos en sus programas ya que los políticos casi siempre prometen mejorar la situación. Pero lo que distingue al fascismo de otras corrientes de la extrema derecha es que es una forma transclasista genuinamente revolucionaria de nacionalismo antiliberal y en última instancia, también anticonservadora. Como tal, es una ideología profundamente ligada a la modernidad, que ha asumido una variedad considerable de formas externas para adaptarse al contexto histórico y nacional particular en el que aparece y que ha atraído una amplia gama de corrientes culturales e intelectuales, tanto de izquierda como de derecha antimoderna y promoderna, para articularse como un cuerpo de ideas, consignas y doctrina (Griffin, 1991: 76-77; véase también: 1996). Como señala Griffin los fascistas del siglo XX no solo insistían a menudo en que una “ultranación” mitificada excedía los límites del Estado-nación, pero también apelaban a este mito para legitimar su violencia y guerras de expansión. De hecho, las limitaciones del Estado-nación eran precisamente algo contra lo que se rebelaron los fascistas en su cruzada genocida por un nuevo orden europeo y el *Lebensraum* o *spazio vitale*. Según Griffin las características comúnmente asociadas al fascismo como miembros uniformados del partido, líderes carismáticos e incluso teorías de conspiración antisemitas, son importantes aunque no, en sí mismas, definitorias. Si bien la definición de Griffin en su versión reducida (2003) tiene el mérito de ser concisa –siendo una suerte de “definición mínima” del fascismo adaptada por varios otros autores (véase: Reid Ross, 2017: 5)–, como subraya este mismo autor el propio fascismo no debe ser un modelo simplista ni estático. Para Griffin su enfoque es mejor entendido como un “tipo ideal”⁹⁴ de Weber: no tanto un modelo completo, sino más bien “una guía heurísticamente útil”:

El “tipo ideal” de fascismo se reduce a la siguiente tesis: lo que todas las permutaciones del fascismo tienen en común (es decir, el “mínimo fascista”) es que su ideología, políticas y cualquier organización se basan en una permutación distintiva del mito de que el la nación necesita ser, o está a punto de ser, resucitada como el Ave Fénix de las fuerzas de la decadencia, que, sin una intervención drástica de las fuerzas del sano nacionalismo, amenazan con extinguirla para siempre. Así, cuando con un espíritu abiertamente antiliberal y antisocialista, los fascistas celebraban la creación de una Tercera Roma, los nazis creían que estaban fundando un Nuevo Orden (nacional y europeo), Mosley promovía la idea de la Gran Bretaña o Codreanu esperaba la aparición del Hombre Nuevo rumano, todo estaba siendo fiel al núcleo del mito movilizador del fascismo. A su manera idiosincrásica, todos invocaron elementos de valores “tradicionales”, pero no lo hicieron para crear una forma moderna de antiguo régimen basada en las élites e instituciones gobernantes tradicionales, sino para inaugurar una nueva era para la nación en la que incluso el común el hombre podía formar parte de la élite encargada de la misión de combatir la decadencia nacional (Griffin, 1996; para el mismo punto sobre el uso del “tipo ideal” weberiano por Griffin, véase: 1991: 8-12; 2018: 16-18, 46-72; 2014: 29-69).

El fascismo, en óptica de Griffin, es una ideología que ha asumido un gran número de permutaciones nacionales específicas y varias formas organizativas distintas. Además, es un proyecto político que continúa evolucionando hasta el día de hoy en todo el mundo europeizado, aunque de forma más marginada en comparación con el lugar central que ocupó en la Europa de entreguerras, siendo reemplazado en gran medida por formas no-revolucionarias del populismo radical de derecha. Elucidando con habilidad y precisión su dinámica como una ideología utópica de renacimiento nacional/racial, Griffin ha continuado examinando sus mutaciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial y su relevancia como término para comprender los fenómenos políticos de la extrema derecha contemporánea que van desde Marine Le Pen hasta el Amanecer Dorado, empleando los términos como “posfascismo” para referirse a estos grupos (Griffin, 2018: 137) –distinguiendo en otro lugar “tres familias posfascistas”: los focos nazis, los terroristas fascistas y los identitarios (2020: 205-209)–, o hablando de “nuevas caras de fascismo” y/o de “fascismo sin cara” con lo que igualmente admite que este “sobrevivió el 1945”, aunque después de esta fecha los fascistas solo han operado realmente en los márgenes de las sociedades y los sistemas políticos, careciendo de credibilidad para tener un éxito político (Griffin et al., 2014: 29-69; para más sobre el manejo del término “posfascismo”, véase abajo: 2.1.4.). Al proponer su definición genérica y su “tipo ideal”, Griffin subraya a la vez que el fascismo tiene una historia real y compleja que a la vez “sigue evolucionando” con lo que

examinar empíricamente la diversidad de agendas fascistas en diferentes épocas y diferentes contextos, explorando sus innumerables formas de combinar nacionalismos antiliberales con historias emotivas de renacimiento social y político luego de una ruptura revolucionaria con el pasado, es mucho más importante que debatir definiciones continuamente (Griffin, 2018: 23).

⁹⁴ Según Federico Finchelstein la definición genérica del fascismo de Griffin y su “tipo ideal” que estipula ver al fascismo como una forma palingenética del ultranacionalismo populista y una “modalidad de populismo particularmente no democrática”, permite ver, quizás más que en caso de cualquier otra definición, al fascismo como “populismo fascista”, algo que llama la atención y es importante ya que, como subraya Finchelstein, la mayoría de los estudiosos, no solo Griffin, pero también por ejemplo Paxton o Payne, no toman en cuenta el vínculo fascismo-populismo que hace de sus interpretaciones algo ahistórico (Finchelstein, 2017: 34). Esto, según Finchelstein, por un lado “suele llevar a la confusión de ideas y conceptos”, mientras por otro –la posición que propone el mismo Finchelstein– pensar en el fascismo como populismo, permite ver ciertas conexiones, recordando siempre que hay que ciertas distinciones en términos históricos entre ambos conceptos (Finchelstein, 2017: 107; para más sobre el enfoque de Finchelstein y su afán de vincular el fascismo y el populismo, véase: abajo).

A pesar de su crítica a los enfoques marxistas, las propias coordenadas teóricas de Griffin y su afán de no desdibujar la claridad de lo que constituye y no constituye el fascismo, lo llevó en los últimos años a tomar las posiciones muy parecidas a las de algunos estudiosos marxistas como por ejemplo Dylan Riley (2018, 2019) y manifestar su negativa de ver a Trump y al trumpismo como “fascismo”. Si bien, como lo expresaba el mismo Griffin, la palabra “fascismo” o las referencias a “Hitler” han sido constantemente buscadas por muchos periodistas, columnistas, analistas, opinadores y académicos –toda una clase de intelectuales–, “su uso respecto a Trump desdibujaba las diferencias importantes entre formas no revolucionarias y genuinamente revolucionarias de la extrema derecha”, siendo trumpismo no un fascismo sino apenas una suerte de “populismo etnocéntrico identitarista”, aunque esto no signifique ninguna consolación ni que este no represente ningún peligro para la democracia (Griffin en: Jackson, 2021). Mientras para Griffin el fascismo tiene una naturaleza revolucionaria impulsada por el deseo de devolver a la nación a un estado mítico de “antigua grandeza” a fin de crear un orden nacional o internacional nuevo, totalizador, posliberal, de base étnica, purgado de multiculturalismo y pluralismo –algunos elementos que se podría encontrar en el programa de Trump–, el trumpismo se quedaba, en sus ojos, “corto” respecto a estas coordenadas:

Trump era demasiado ingenuo, impulsivo, narcisista, materialista, aporofóbico (despreciaba a los pobres) y quijotesco (por no decir mentalmente inestable y delirante) en sus procesos de pensamiento para emprender un proyecto genuinamente fascista. A diferencia de Mussolini y Hitler, Trump estaba demasiado preocupado por el engrandecimiento personal para ser un estratega y un líder revolucionario genuino y crear el núcleo de un liderazgo futuro. Cualquier tipo de ideología coherente o estrategia política del tipo necesario para el cambio estructural estaba más allá de él (*Ibidem*).

Respecto a Trump, Griffin afirmó que este “no sostiene e incluso se opone a varios puntos de vista políticos que son parte integral del fascismo, incluida la visión de la violencia como un bien inherente y un rechazo al sistema democrático”. Si bien el término “palingenético” significa “renacimiento” y a primera vista podría reflejar la promesa de Trump de “hacer que Estados Unidos vuelva a ser grande otra vez” (*Make America Great Again*, MAGA), algo a lo que desde el principio apuntaban varios comentaristas (véase: Goldberg, 2020b) apelando incluso a una de las variaciones de la propia definición del fascismo de Griffin –“una visión movilizadora de como la comunidad nacional que se eleva como el ave fénix después de un período de decadencia invasora que casi la destruyó” (*Ibidem*)–, para Griffin los llamados huecos al “renacimiento nacional” por parte de Trump eran insuficientes para verlo como un fascista (Griffin, 2018: 109). Según él, el hecho que Trump no llamara a un derrocamiento total del orden constitucional estadounidense como parte de ese renacimiento significaba que la noción del fascismo no aplicaba y en sus ojos “mientras Trump no abogara por la abolición de las instituciones democráticas de Estados Unidos y su reemplazo por algún tipo de nuevo orden posliberal, no iba a ser un fascista” (Griffin en: Matthews, 2016). Después del ataque al Capitolio, Griffin tampoco cambió de opinión, viendo todo el asunto más bien no como un ataque a la democracia y un intento organizado de reemplazarla, sino una cuestión de “una chusma formada por tantos elementos heterogéneos, desde conservadores católicos y dispensacionalistas apocalípticos hasta supervivientes, fanáticos de la NRA, neonazis y extravagantes teóricos de la conspiración de QAnon”, un conjunto que difícilmente se podía ver como “movimiento” y mucho menos como una fuerza ideológica y política cohesiva (Griffin en: Jackson, op. cit.). Así para Griffin el trumpismo podía ser una forma de “derecha paranoica”, pero no una derecha fascista (*Ibidem*). Y añadía en otro lugar en el contexto post-Capitolio:

Trump es demasiado patológicamente incoherente e intelectualmente desafiado para ser un fascista, y sufre de trastorno por déficit de atención e hiperactividad (TDAH), falta de autoconocimiento, capacidad de negación, narcisismo y pura ignorancia y falta de cultura o educación en un grado que impide la inteligencia maquiavélica y la curiosidad voraz y el conocimiento sobre la historia y la política contemporáneas se necesitaban para tomar el poder a la manera de Mussolini y Hitler (Griffin en: Matthews, 2021).

Si bien en sus últimos estudios Griffin señalaba la adaptabilidad del fascismo a nuevos contextos, de las figuras políticas de los últimos años a menudo tachados de “fascistas” como Donald Trump o Vladimir Putin, ninguno era, según él, un fascista: Trump –como ya se ha mencionado– carecía, en ojos de Griffin, de la complejidad ideológica para ser considerado un fascista, y su tiempo en el poder no ha llevado a ninguna una revolución política que derrocar a la democracia; Putin, por otro lado, en efecto ha creado una nueva forma de autoritarismo, pero no un autoritarismo fascista (Griffin, 2018). A contrario de estas dos figuras, un ejemplo mucho mejor de un fascista del siglo XXI era, para Griffin, Anders Breivik, el terrorista noruego culpable del asesinato de 77 personas en un ataque de 2011. Su terrorismo, como apuntaba Griffin, estaba justificado por un manifiesto en el que culpaba a toda Europa de estarse “sometiendo” a islam, al “marxismo cultural” y al feminismo, cometiendo así, un “suicidio cultural”, donde abogaba por la expulsión de todos los musulmanes de Europa y proyectaba una transformación revolucionaria del continente para 2083, el año para el cual el viejo continente ya estaría purgado de “traidores” y de aquellos considerados racialmente inadecuados después de un período de una violenta “guerra civil”, una articulación mucho más directa de la fantasía “palingenética” y/o del renacimiento, que Griffin sugiere que está en el centro de la política fascista (*Ibidem*).

Finalmente en otro lugar, en un afán de dejar en claro su negativa de ver a Trump como un fascista, Griffin recurrió de modo llamativo a la conocida figura retórica del “pato” y la llamada “prueba del pato” –una forma de razonamiento inductivo, que afirma que, ante un conjunto de evidencias que apuntan a una conclusión altamente probable que coexiste con otras altamente improbables, lo razonable es aceptar la conclusión altamente probable, generalmente expresada como: “si algo parece un pato, nada como un pato y grazna como un pato, entonces probablemente sea un pato”–, usada a lo largo de los últimos años

por varios políticos y comentaristas que aseguraban, por el contrario, que podían identificar a Trump como un fascista por las características habituales externas de su comportamiento (véase por ejemplo: Feldman, 2020, Cohen, 2021; para el análisis de estas columnas véase: Capítulo 3., texto #14, #21; para la poco sustentada invocación de la teoría de Griffin para comparar a Trump al fascismo, véase: Reich., 2023b, texto #26). En un pequeño apartado titulado *Por qué el fascismo no es como un pato*, oponiéndose a lo que él veía como “modos tan liberales de proclamar el ‘fascismo’ en el discurso público a los que se podría dedicar un entero tomo de estudio”, Griffin recordaba –en tenor de lo mencionado anteriormente–, que el candidato presidencial del Partido Libertario Gary Johnson en las elecciones de 2016 (que había obtenido 3.2% de los votos), preguntado si Donald Trump era un fascista acudió a la llamada “prueba del pato”, diciendo crípticamente que “anda como un pato, grazna como un pato”, una afirmación que, más allá de la alusión al pato Donald, el personaje de dibujos animados de Disney⁹⁵ fue ampliamente entendida como la afirmación de que Trump efectivamente era un “fascista” a base de la “deducción” de sus pronunciamientos políticos y comportamientos. No obstante, como apuntaba Griffin, el fascismo no se puede comparar a un pato, un animal acuático vivo y “objetivo” que se puede definir biológicamente en términos de su familia o género empíricamente establecido (*Anatidae*) en el reino animal, y que comprende varios variantes objetivamente identificables (especies):

Un pato es por lo tanto, un concepto taxonómico dentro de la naturaleza ciencias sobre cuya aplicación a los fenómenos del mundo real existe un consenso de expertos, en menos dentro de la disciplina profesional de la zoología, aunque vale la pena señalar que incluso el pato la familia es propensa a ser confundida por ojos inexpertos con varios tipos de aves acuáticas de otras ramas de evolución que se parecen, como colimbo, fochas, buzos, somormujos y gallinetas. Por el contrario, los interesados en la filosofía de las ciencias humanas han demostrado concluyentemente que no puede haber un consenso equivalente sobre la definición de “fascismo” o de cualquier otro concepto genérico utilizado para dar sentido a la política, la sociedad o la historia (Griffin, 2018: 3).

De allí, subrayaba Griffin, se deduce más bien que el significado del fascismo, como de todo concepto clave y genérico en la historia, las ciencias sociales o políticas, está destinado a permanecer un tema de debate y desacuerdo no cosa de “deducción lógica” y clasificación a base de observaciones superficiales de ciertos aspectos visibles que nos hacen pensar en otras cosas y de allí establecer una supuesta analogía (para un ejercicio lógico parecido de Emilio Gentile respecto a la poca utilidad de analogías al fascismo, véase: Capítulo 2., 2.4.). Curiosamente poniendo de lado la cuestión del supuesto “consenso” en torno a su propia definición del fascismo, Griffin añadía que cualquier consenso académico sobre el significado del fascismo es algo “inevitadamente parcial” a medida que nuevas investigaciones iluminan nuevos hechos, relaciones y problemas e identifican nuevos temas, patrones e interconexiones, y “efímero” a medida de como avanzan tanto la historia como la historiografía. En este sentido, apuntaba, los estudios del fascismo “siempre serán un ‘trabajo en progreso’” y el concepto genérico clave de él que se encuentra en su corazón, “siempre seguirá siendo cuestionado mientras los académicos consideren su caracterización como un digno objeto de esfuerzo intelectual” (*Ibidem*).

Finalmente, si bien según el propio Griffin, su modelo explicativo es uno que –fuera de la tradición marxista– “hasta la fecha ha demostrado tener el mayor valor heurístico para investigar el fascismo” y “funcionar mejor”, como demuestra la abundancia de artículos, capítulos y libros escritos desde los años noventa que lo aplican (Griffin, 2018: 46), hay también diferentes problemas con su enfoque y críticas que este ha suscitado en los últimos años. Como subraya Kevin Passmore, a pesar del valor heurístico y la utilidad del modelo griffiniano del fascismo que consiste en demostrar el elemento paligenético en una variedad de movimientos y regímenes, hay quienes dudan acerca de la aplicabilidad de este “elegante modelo teórico” y su “tipo ideal” del fascismo por ejemplo para los historiadores. Además su definición elimina, o pone de lado, gran parte de lo que muchos contemporáneos y muchos académicos a lo largo de las últimas décadas habrían considerado como características esenciales del fascismo: la violencia (sic), el partido de masas, los mítines, la figura de un líder carismático, el corporativismo, etcétera. La insistencia de Griffin en el impulso del fascismo como revolución cultural lo hace pasar por alto también por ejemplo el hecho de que el fascismo nunca abandonó por completo las alianzas con el conservadurismo (a pesar de que el mismo modelo griffiniano sí permite la diferenciación entre el fascismo y otras formas de la derecha autoritaria). Además la “exclusividad” a la que pretende Griffin –enalteciendo literalmente su propio modelo por encima de todos los demás o afirmando que solo su teoría y definición son capaces de “revelar la esencia del fascismo”–, es insostenible dado que varios otros modelos son capaces de revelar simultáneamente diferentes partes y diferentes aspectos del mismo fenómeno en cuestión (Passmore, 2014a: 168-175).

⁹⁵ Uno de los autores que invocó a la figura del pato Donald en contexto de Trump y trumpismo –tachando su presidencia como “una era ‘pre-fascista’”–, ha sido el escritor argentino-chileno Ariel Dorfman, una vez un colaborador de Salvador Allende, que logró huir de Chile después del, apoyado por la CIA, golpe de Estado en 1973. En un ensayo titulado *Como leer a Donald Trump* –que hacía a su vez una alusión al sonado libro *Como leer al pato Donald* que Dorfman escribió en 1971 con un sociólogo belga Armand Mattelart y en el que ambos autores ofrecían, desde un punto de vista marxista de la literatura de masas, una crítica del “imperialismo cultural” estadounidense cuyo mejor ejemplo eran las historietas y los caracteres creados por Walt Disney que servían para transmitir la ideología dominante y la autoimagen prístina de Estados Unidos hacia afuera, sobre todo hacia los países subordinados (Dorfman, Mattelart, 2010)–, motivado entre otros por los eventos en Charlottesville en 2017, Dorfman anotaba como la presidencia de Trump resultaba para él (también un ciudadano estadounidense) “una experiencia traumática” que “lo traía de vuelta a los tiempos de Pinochet” –a cuyo gobierno calificaba a su vez como “una dictadura neo-fascista”–, la historia que lo ha hecho “particularmente sensible” para detectar momentos en los que “la democracia puede desmoronarse” (Dorfman, 2017).

Encima de esto –algo que se inserta en la tendencia de autoelogiarse–, hace unos años Griffin despertó polémica al afirmar que existe un “amplio consenso” en torno a su definición genérica del fascismo, una afirmación que había suscitado la oposición de varios otros estudiosos que recordaban por el contrario que si hay algún rasgo definitorio del campo de los estudios del fascismo es precisamente la persistente falta del consenso (véase: 2.1.). Y sí ya hay alguna tendencia dominante en los estudios del fascismo no es el “consenso en torno al modelo de Griffin”, sino por ejemplo la insistencia en lo “transnacional” de su anatomía (véase: Bauerkämper, Rossoliński-Liebe, 2017; Alcalde, 2020). Como apuntaba Stanley G. Payne, si se puede hablar del “consenso” sería solo en el sentido limitado en referencia a la aceptación del tipo ideal genérico entre un cierto grupo de académicos principalmente en el mundo de habla inglesa, la mayoría de los que en las últimas dos décadas han hecho trabajo comparativo sobre el fascismo. Sin embargo, como anotaba Payne, incluso dentro de este grupo no hay acuerdo ninguno sobre una definición genérica exacta o una descripción precisa del fascismo. Si bien la definición de Griffin tiene una cierta “elegancia” y “parsimonia” en sus “formas palingenéticas de ultranacionalismo populista”, habría unos que otros defensores del enfoque genérico que no los reconocerían como “fascistas” o que por ejemplo no estarían de acuerdo con la manera en la que Griffin habla por ejemplo del “neofascismo” (Payne, 2014: 175-177). En este sentido, por más que su autor insista en lo contrario, el enfoque de Griffin no goza de ningún “consenso”. De hecho, lo opuesto parece ser más el caso. Para los historiadores y teóricos marxistas su enfoque “revolucionario” y/o “palingenético” contrasta fuertemente con los propios enfoques marxistas que generalmente argumentan que el fascismo es un fenómeno contrarrevolucionario que carece de coherencia ideológica y más bien sirve para evitar que una revolución derroque a la clase capitalista y/o amenace a sus intereses. La misma tendencia de Griffin de “aplanar” y simplificar las enormes diferencias y la diversidad entre los propios enfoques marxistas (Griffin, 2018: 19-35) o localizar algunos autores de este campo como Barrington Moore Jr. dentro de los enfoques liberales y “no marxistas” (35), claramente no es de ninguna ayuda clarificadora. Como anotaba el citado ya Passmore, este tipo de recontar el acercamiento de la teoría marxista al problema del fascismo subrayando a la vez que el propio autor –Griffin– la ve como “equivocada” y en cambio considera su método, explícitamente, como el “único capaz de explicar el fascismo”, es altamente problemático ya que tanto el enfoque marxista como el enfoque genérico de Griffin son capaces de sostenerse empíricamente (Passmore, 2014a: 354).⁹⁶

Frente a los enfoques genéricos del fascismo –como los dos seleccionados y discutidos arriba–, el modelo de Robert O. Paxton, un politólogo e historiador estadounidense especializado en la Francia de Vichy, destaca por su claridad metodológica y la claridad de su definición. Viendo los libros sobre el fascismo “genérico” como “abstractos y ‘sin sangre’” (Paxton, 2004: ix), el propio Paxton se propuso a diferenciar claramente su enfoque de los modelos “genéricos” e “ideales” ofreciendo una alternativa a sus defectos y volcándose hacia el análisis comparativo de los fascismos “realmente existentes”. Así, frente a los “tipos ideales” antepone el entendimiento del fascismo en una perspectiva histórica y a través de las principales etapas de su desarrollo, o sea, “en movimiento” (Paxton, 1998). Su sonado ensayo *Cinco fases del fascismo* (1998), junto con un libro posterior *La anatomía del fascismo* (2004) donde recogía y ahondaba su análisis lograron posicionarlo como uno de los principales expertos en fascismo en el mundo. El impulso para escribir su libro mencionado, escrito hace unas dos décadas cuando el fascismo no aparecía aun frecuentemente en los debates, ha sido no obstante familiar para nuestro propio contexto de hoy: las críticas de los que pensaban que el uso descuidado del término lo ha despojado de un significado útil y –derivada de esta observación la conclusión de algunos estudiosos como precisamente Paxton–, que para evitar el progresivo vaciamiento del concepto, había que estudiar cada movimiento y cada régimen fascista por separado, caso por caso, de manera comparativa. Si bien Paxton, apuntando que el término “fascismo” tenía que ser rescatado de un “un uso descuidado” o por ejemplo de las manos de los “nominalistas” –los investigadores que proponían asignar su uso solamente al régimen de Mussolini, el “nazismo” al régimen de Hitler y luego cada nombre específico a cada otro régimen por separado–, y criticando la esterilidad de los enfoques “ideales” como por ejemplo el de Griffin que en sus estudios se preocupaba más, según Paxton, por captar la “esencia del fascismo” que por los casos concretos, enfatizó igualmente la necesidad de la existencia de algún concepto “genérico” que abarcara todos los casos (Paxton, 2004: 21), aunque siempre subrayaba que más importante que la “esencia” para él era la categoría del “proceso” (219).

⁹⁶ Uno de los efectos de estos afanes de “autocanonizarse” que igualmente arroja un poco de luz a la dinámica a veces extrema del “debate sobre el fascismo”, ha sido una suerte de “Griffin affaire”, un extraño intercambio en las páginas de la revista *Fascism Journal*. En marco de una, por otro lado, interesante discusión acerca de ver o no a Trump como un fascista, Griffin llegó a acusar a diferentes “periodistas” y “blogueros” de “abusar de la etiqueta de ‘fascismo’” y al apelar a su propia teoría y la negativa de ver al trumpismo de este modo –“dado que este no es un movimiento revolucionario, no es un movimiento fascista”, subrayaba–, anotaba que “se aconsejaba a los ‘expertos digitales’ (*digital pundits*) obsesionados con el fascismo putativo de Trump que dedicasen más tiempo a las amenazas al humanismo liberal que emanan del espectro parlamentario de la política y quizás se tomaran un momento para revisar el estado actual de los estudios sobre el fascismo antes de despertar irresponsablemente los espectros del totalitarismo de entreguerras” (Griffin en: Jackson, 2021). Por si esto fuera poco, culpó a varios de sus colegas, estudiosos del fascismo, como Sarah Churchwell, Jason Stanley, Enzo Traverso y Federico Finchelstein de “sancionar este tipo mirada” mediante sus intervenciones en la prensa, en las columnas de opinión y en las redes sociales (*Ibidem*). Así, claramente mostraba de manera exagerada una suerte de recelo y/o sobreprotección respecto a “su” tema de estudio (el fascismo), algo que, de hecho, en el pasado demostraban también otros estudiosos de este tema como Renzo de Felice o Ernst Nolte. Un par de años después, repitiendo nuevamente la misma negativa de ver a Trump como un fascista, Griffin otra vez acusó a algunos de sus colegas de “usar definiciones idiosincráticas y metodologías sin comprometerse inteligentemente con la ortodoxia predominante” (Griffin, 2023), metiendo en el mismo saco de “comparatistas irresponsables de Trump al fascismo” por ejemplo a Traverso que, en realidad, partiendo del otro campo intelectual, comparte la negativa del propio Griffin respecto al uso del término “fascismo” para hablar de la extrema derecha contemporánea.

Como fruto de este enfoque, Paxton llegó a definir al fascismo como –en una definición un poco larga pero ampliamente laudada por otros estudiosos en el tema como una de las mejores (véase: Ben-Ghiat, 2022b)– “una forma de comportamiento político marcado por la preocupación obsesiva por la declinación comunitaria, la humillación o la victimización y por los cultos compensatorios de la unidad, la energía y la pureza en la que un partido de masas de militantes nacionalistas comprometidos, trabajando en una incómoda pero efectiva colaboración con las élites tradicionales abandona las libertades democráticas y persigue con violencia redentora y sin restricciones éticas o legales los objetivos de limpieza interna y expansión externa” (Paxton, 2004: 218).⁹⁷ En cuanto a las precondiciones generales que crearon el marco ideal para el surgimiento del fascismo, Paxton identificaba cuatro: i) la experiencia de la Primera Guerra Mundial, ii) la victoria de la Revolución bolchevique, iii) el ascenso de los partidos socialistas de masas y iv) el surgimiento de un repertorio de temas culturales que exaltaban los valores de la raza, la comunidad o la nación sobre los del individuo y la razón. En su análisis de como los movimientos fascistas se convirtieron en actores reales de sus respectivos sistemas políticos, Paxton apunta a como los fascistas italianos y alemanes lograron con éxito enfrentar a los socialistas urbanos y, en el caso italiano, acaparando también el apoyo de los medianos y pequeños campesinos conservadores, algo que por ejemplo los fascistas franceses nunca han logrado hacer y lo que constituyó un importante límite del avance del fascismo en Francia (Paxton, 1997). El argumento central de Paxton es que para convertirse en una fuerza política significativa, los movimientos fascistas tuvieron que establecer una alianza entre los medianos y pequeños campesinos y algunos elementos urbanos, en un contexto particular de una democracia liberal débilmente institucionalizada. Así, para él, el fascismo fue ante todo una respuesta histórica de emergencia a una crisis inimaginable y abrumadora más allá del alcance de cualquier solución política tradicional. Si bien, en su perspectiva, no está excluido que una mezcla parecida de condiciones vuelva a ocurrir, hasta hora una serie de factores desde el repudio generalizado al fascismo post-1945, pasando por la globalización hasta la relativa debilidad de los círculos de la extrema derecha, impedían este renacimiento, aunque igualmente, con el paso de tiempo y la muerte por ejemplo de la “generación de los testigos” esto se vuelve cada vez más posible (Paxton, 2004: 200).

Los fascistas, escribía Paxton, “ven la necesidad de la autoridad de los jefes naturales (siempre hombres), que culmina en un jefe nacional que es el único capaz de encarnar el destino histórico del grupo” y “creen en la superioridad de los instintos del líder sobre la razón abstracta y universal” y en la que los caciques fascistas brindan a su pueblo “una relación privilegiada con la historia”. Para los fascistas, según Paxton, “la verdad era todo lo que permitía que el Hombre Nuevo fascista dominara a otros, y todo lo que contribuyera al triunfo del pueblo elegido”. Así, el fascismo, según él, no se apoyaba en la verdad de su doctrina, sino en la unión mística del líder con el destino histórico de su pueblo, una idea vinculada con las ideas románticas de florecimiento histórico nacional y de genio espiritual o artístico individual, aunque el fascismo negaba al mismo tiempo la exaltación romántica de la creatividad personal irrestricta (41-42). Una vez en el poder –un análisis que buscaba identificar el comportamiento “típico/genérico” de los regímenes fascistas–, según Paxton, tres conflictos centrales caracterizaron a los regímenes fascistas italiano y alemán: i) tensiones entre los fascistas y los conservadores, ii) tensiones entre los dirigentes y el partido y iii) tensiones entre el partido y el Estado. En Berlín, el primero de estos conflictos se resolvió rápidamente a favor de los fascistas, pero en Roma, a la larga, la balanza se inclinó a favor de los conservadores, en parte a causa del papel desempeñado por la monarquía. El segundo concluyó con mucho más poder en manos de los dirigentes en Alemania que en Italia. El resultado del tercero inclinó la balanza hacia el Estado en Italia y hacia el partido en Alemania. Finalmente ambos regímenes se radicalizaron realmente solo cuando las guerras de conquista abrieron los nuevos territorios en los que el partido, liberado de las restricciones del Estado, adquirió algo parecido a un control total sobre el terreno: en Etiopía, en Polonia y en las zonas conquistadas de la Unión Soviética. Al hacerlo de este modo, según Paxton, los regímenes fascistas revelaron sus propios límites: millones de personas fueron asesinadas a manos suyas, pero no crearon ninguna administración coherente (véase: Paxton, 1972: 176-178). Igualmente, desde el punto de vista de su enfoque, Paxton enfatiza la característica falta de la coherencia doctrinal de los fascistas y su falta de especificidad ideológica, subrayando que el papel que desempeñan los programas y la doctrina en el fascismo ha sido “históricamente diferente en esencia del rol que [estos] juegan en el conservadurismo, el liberalismo y el socialismo”:

El fascismo no se basa explícitamente en un sistema filosófico elaborado, sino más bien en los sentimientos populares acerca de las razas maestras, su suerte injusta y su legítimo predominio sobre los pueblos inferiores. No ha recibido bases intelectuales de ningún constructor de sistemas, como Marx, ni de ninguna inteligencia crítica importante, como Mill, Burke o de Tocqueville en el liberalismo (Paxton, 2004: 16).

Otro de los puntos importantes de Paxton –y uno que ayuda a diferenciar el fascismo de otras fuerzas de la extrema derecha conservadora y captar la dinámica de su cooperación y rivalidad– es la dependencia histórica del fascismo en las fuerzas conservadoras en la toma de poder, tal como lo han demostrado los mencionados casos de Italia y Alemania. Según Paxton los regímenes fascistas funcionaban como un epoxi: una amalgama de dos agentes muy diferentes, el dinamismo fascista y el orden conservador, unidos por una enemistad compartida contra el liberalismo y la izquierda y una voluntad compartida de no detenerse ante nada para destruir a sus enemigos comunes (Paxton, 2004: 147). Así, como señala Paxton, en todos los casos históricos los movimientos fascistas requirieron ayuda de las élites conservadoras que sentían a su vez que necesitaban y podían hacer uso del apoyo muscular y masivo de los movimientos fascistas. Y si bien en unos casos han sido devorados por las fuerzas fascistas

⁹⁷ En una definición anterior de *Cinco fases...* Paxton lo describe de modo más conciso como “un sistema de autoridad política y orden social destinado a reforzar la unidad, la energía y la pureza de las comunidades en las que la democracia liberal es acusada de producir división y decadencia” (1998: 11).

(Alemania), en otros, con el tiempo, las fuerzas conservadoras lograron revertir su avance (para este punto, véase: Riley, 2019 y Paxton, 2012).

Contrario a algunos otros estudiosos del fascismo que manejan el enfoque “genérico”, como Stanley G. Payne o Roger Griffin (véase: arriba) y que insisten que un político o un régimen es “fascista” o no cuando sale comparado con una lista de verificación de “mínimos fascistas”, atributos que casi siempre tienen que ver con aspectos externos, Paxton en vez de una “fórmula”, prefiere ver al fascismo más como un “proceso” (Paxton, 1998, 2004). Así, rechaza el enfoque de describir el fascismo fenomenológicamente por sus apariencias (uniformes, paso de ganso, etcétera) y distanciándose de paso del término “totalitarismo” viendo al fascismo más que una ideología que podría tener ciertos afines con el comunismo, “un modo político de hacer las cosas muy diferente” (2004: 5), trata de analizar los contextos: el general, por ejemplo el surgimiento del bolchevismo y la Gran Depresión que hicieron el fascismo llegase a representar una suerte de “tercera vía radical holística-nacional” y los contextos particulares que dieron auge a cada uno de los movimientos en diferentes países. Al mismo tiempo Paxton, se propone a explicar cómo el fascismo se entendía a sí mismo: que ha sido su tracción social como movimiento político y qué tipo de condiciones políticas y económicas eran necesarias para que creciera y finalmente tuviera éxito o en caso de fracasar, dado que históricamente la mayoría de los movimientos fascistas han fracasado y para lo que Paxton introduce una noción separada de “fascismos fracasados” (*unsuccessful fascisms*). Así, examinar por ejemplo dónde dado fascismo se detuvo a lo largo del camino le permite poner de lado el “éxito” o el “fracaso”, la “fuerza o la “debilidad” como criterios para juzgar si algo es “fascista” o no, algo beneficioso también en la medida que la identificación del fascismo con la “fuerza” y el “éxito” ha sido siempre el producto de la propia propaganda fascista (2004: 68-75).

Finalmente en lugar de presentar una serie de criterios inalterables que se leerían como una “lista de verificación”, la contribución de Paxton a los estudios comparativos del fascismo consiste en proponer el modelo de “cinco etapas del fascismo” (1998), que van desde: i) la fundación de movimientos fascistas; ii) la fase de echar las raíces en el sistema político; iii) la toma de poder; iv) el ejercicio del poder; y finalmente a v) la cuestión de la radicalización o entropía del fascismo en su etapa final. Desde la creación de los movimientos fascistas y su presencia en los sistemas políticos hasta la toma de poder y su ejercicio, según Paxton, cada movimiento fascista enfrenta una disyuntiva: o se dirige a la radicalización, la guerra y la autodestrucción o sigue el camino de la entropía y la “desfascización”. La mayoría de los fascismos se frenaban en seco, algunos retrocedían y a veces había características de fases distintas. La mayoría de las sociedades modernas engendraron movimientos fascistas, pero apenas unas pocas tenían regímenes fascistas. Mediante este modelo Paxton muestra cómo se desarrolla el fascismo en un contexto dado, encarnando y aprovechando una serie de “pasiones movilizadoras” y para construir y mantener seguidores, siendo, según él, el fascismo precisamente una “pasión movilizadora” más que una “ideología”, algo que a su vez puede ser visto como un antídoto útil a las idealizaciones saturadoras de la ideología fascista o impresionantes linajes intelectuales de la ideología fascista de otros autores como Michael Mann o Zeev Sternhell. Las principales de estas pasiones incluyen: i) una abrumadora sensación de crisis que no se puede resolver con métodos tradicionales; ii) la subordinación del individuo al grupo y el mantenimiento de la pureza del grupo; iii) la creencia del grupo de que es una víctima; iv) la necesidad de la autoridad de un jefe natural, cuyas cualidades e instintos se elevan por encima de la razón abstracta; v) y el uso de la violencia excluyente como parte de un esfuerzo por revertir el declive percibido (Paxton, 2004: 43-44).

Si bien Paxton ofrece de este modo elementos y enfoques útiles para entender el fascismo, su teoría presenta también problemas. Su tendencia de agrupar sin matices suficientes al nazismo con el fascismo italiano –por ejemplo en la lista de cualidades que hace Paxton que definen a los regímenes fascistas destaca el racismo que estaba en el centro del nazismo, pero no del fascismo italiano ni de buena parte de otros movimientos y regímenes fascistas–, algo que en efecto lo lleva a desestimar algunos otros casos, excepto estos dos, “por no ser lo suficientemente fascistas”. Sus “cinco etapas del desarrollo del fascismo” que, según él, los gobiernos verdaderamente fascistas deben alcanzar y/o recorrer, son arbitrarias, artificiales, reduccionistas y tienden al historicismo. En algunos casos su análisis es igualmente ahistórico al mezclar influencias ideológicas o excluir algunos factores importantes en el desarrollo de la doctrina fascista como por ejemplo la importancia de la religión institucional.

Aun así, *La anatomía...*, su clásico libro de 2004 –o sea, una buena década antes de que hablar de “fascismo estadounidense” se volviera una cuestión de debate entre los intelectuales y los especialistas en el fascismo–, tiene igualmente por ejemplo un mérito de adelantarse en la discusión sobre el pasado y las posibilidades del fascismo en Estados Unidos. Al identificar “una política del resentimiento arraigada en la auténtica piedad y nativismo estadounidenses”, Paxton escribía que si esta salía de los márgenes en los que se encontraba y echaba raíces, podría volverse “fascista” y tener como sus primeros objetivos por ejemplo la Primera Enmienda, la separación de la Iglesia y el Estado, los esfuerzos para poner controles sobre la posesión de armas, y así sucesivamente. “Por supuesto”, aseguraba Paxton, “Estados Unidos tendría que sufrir reveses catastróficos y polarización fuerte para que estos grupos marginales encontraran aliados poderosos y entraran en la corriente principal” (Paxton, 2004: 202), pero a la vez no descartaba la posibilidad así, subrayando a la vez que el posible fascismo estadounidense no imitaría las formas europeas tradicionales, sino que estaría arraigada en el lenguaje, los símbolos y la cultura de la vida cotidiana:

No hay esvásticas en un fascismo estadounidense, sino barras y estrellas y cruces cristianas. Ningún saludo fascista, sino recitaciones masivas del Juramento a la Bandera. Estos símbolos no contienen en sí mismos un tufillo al fascismo, por supuesto, pero el fascismo estadounidense los transformaría en pruebas de fuego obligatorias para detectar al enemigo interno (*Ibidem*).

De hecho, según Paxton, Estados Unidos nunca ha estado exento del fascismo: los movimientos antidemocráticos y xenófobos han florecido allí desde el Partido Nativo Americano y el Movimiento *Know-Nothing* (*No sé nada*) de mitades del siglo XIX.

Luego en la década de los 30 del siglo XX, motivados, como en tantos otros países por la crisis, surgieron varios movimientos derivados del fascismo: los defensores de la fe cristiana protestante de Gerald B. Winrod, un movimiento abiertamente pro-Hitler de la Legión Negra (*Black Legion*); las Camisas Plateadas (*Silver Shirts*) –las iniciales “SS” fueron intencionales, apuntaba Paxton– de William Dudley Pelley; las Camisas Caqui (*Khaki Shirts*) basados en veteranos de Art J. Smith, y una multitud de otros. En la misma época marcada por la Gran Crisis, el padre Charles E. Coughlin reunía una audiencia de radio estimada en 40 millones de escuchas en torno a un mensaje anticomunista, antisemita, anti-Wall Street y filo-fascista, transmitido desde su iglesia en las afueras de Detroit. Entre todos estos movimientos, bien observaba Paxton, aquellos con un aspecto “extranjero” y “exótico” –demasiado italiano o demasiado alemán– fueron los que lograron ganar menos seguidores, como por ejemplo Bund Germano-Estadounidense o el Partido Nazi Estadounidense (Paxton, 2004: 201-202; véase también: 2017a). En cambio, anotaba Paxton, mucho más peligrosos eran los movimientos que empleaban temas “auténticamente estadounidenses” como el Ku Klux Klan (KKK) revivido en los años 20 y que asumió un antisemitismo virulento extendiéndose a las ciudades y al Medio Oeste, y un movimiento que, según Paxton, puede verse como “el fenómeno más temprano que puede relacionarse funcionalmente con el fascismo” no sólo en Estados Unidos, sino en el mundo (Paxton, 2004: 49). Y si bien esta observación podría parecer muy atractiva y crítica –y en efecto ha sido recogida por varios comparatistas de Trump al fascismo (véase: Cohen, 2021; para el análisis de esta columna, véase: Capítulo 3., #21)–, es a la vez un buen ejemplo del mencionado ahistoricismo al que de vez en cuando incurre Paxton: en 1865, el año que ha sido fundado el KKK, el fascismo era inconcebible e incluso en los años de la Primera Guerra Mundial existía a lo mucho como una serie de ideas sin articulación en los mentes de pensadores reaccionarios como Charles Maurras. En cambio por ejemplo, el jacksonismo –en referencia a las políticas nativistas y racistas del presidente Andrew Jackson (1829-1837) junto con su promoción de la esclavitud, la llamada “democracia de la raza dominante” (*Herrenvolk Democracy*) y la remoción forzosa y el genocidio de los pueblos indígenas de la “frontera” estadounidense–, ya había disfrutado de una larga trayectoria en Estados Unidos y por sí mismo, sin necesidad de apelar al fascismo explicaba bien el racismo y el nativismo, el antimodernismo y la posterior incorporación del antisemitismo en el pensamiento y la práctica política de la extrema derecha estadounidense. En efecto durante la primera administración de Trump, se habló mucho de comparar a Trump con Andrew Jackson, tanto desde la propia derecha trumpista que buscaba insertarse expresamente en este linaje –Steve Bannon, el fugaz asesor de Trump colgó su retrato en la Oficina Oval y tildó al discurso de inauguración de Trump en 2017, al cual ayudó a redactar, como “jacksoniano”–, como desde el centro liberal, siendo el objetivo de esta comparación precisamente reforzar la visión de Trump como “fascista” y/o “protofascista”, que así es como Jackson ha sido imaginado retrospectivamente (véase por ejemplo: Capítulo 3., columnas #7 y #19).

En general, para Paxton, como ya se ha mencionado, si el fascismo finalmente por alguna razón iba a llegar a establecerse en Estados Unidos, lo haría no solo “en ropajes autóctonos”, sino también de manera “suave”, “gradual” e “incremental” (2004: 201-202). Años más tarde ya en contexto del auge de Trump y el “debate sobre el fascismo, pero aun cuando se negaba a hablar de Trump en esta clave (véase: Paxton, 2016a, 2016b, 2016d, 2016e, 2016f, 2017a, 2017b), Paxton, repetía parecía privilegiar otro tipo de análisis que enfatizaba más bien que Estados Unidos “tendría que sufrir reveses catastróficos y polarización extrema” para que los grupos marginales fascistas dominaran la corriente principal de la política, algo que no se dio, pero él por ejemplo “casi lo veía” después de 1968 con un, articulado en torno a los veteranos de la guerra de Vietnam, movimiento de reunificación nacional, regeneración y purificación dirigido en contra los manifestantes anti-guerra, los radicales negros y los “artistas degenerados”, algo que “afortunadamente no ocurrió” (Paxton, 2017b; véase también: 2004: 202). La misma cuestión, observaba Paxton, ha cobrado nueva relevancia después de las elecciones de 2016: si bien el proyecto republicano de la desregulación radical era bastante contrario a la regimentación social y económica fascista –algo que el término “plutocracia populista” podría describir con mayor precisión–, pero las acusaciones del “declive” de Estados Unidos por parte de Trump y sus llamados a la necesidad de una “regeneración nacional” (MAGA), sus dramáticas llegadas en avión –la táctica que inventó Hitler, apuntaba Paxton–, sus diálogos con multitudes emocionadas –“¡Enciérrenla!” (*Lock Her Up!*) en referencia a Hillary Clinton–, todo esto “tenía innegables ecos con el fascismo” (Paxton, 2017b). Aun así, señalando todo esto, Paxton aún se abstenía de hablar de “fascismo” en su caso, enfatizando más bien las diferencias de contextos entre hoy y los años 30 viendo al trumpismo más bien como una suerte de “cuasifascismo populista” o un “protofascismo que aún no se ha convertido en fascismo” (Paxton en: Matthews, 2016; véase también: Paxton, 2016d). En una columna de opinión, publicada este mismo año, Paxton lamentaba igualmente “el creciente uso de un epíteto político [‘fascismo’] que casi siempre etiqueta mal a los que se refiere” y el hecho que “no se haya podido proporcionar otra etiqueta con el poder tóxico del ‘fascismo’ para estas personas y estos movimientos abominables” (Paxton, 2016e). Si bien para él la tentación de llamar ‘fascistas’ a actores como Trump, el Estado Islámico, Frente Nacional o el Tea Party era “comprensible”, debía no obstante resistirse, aunque hubiera ciertos “ecos” de por medio:

Donald Trump es un caso completamente especial. Superficialmente, parece haber tomado prestados una serie de temas fascistas para su campaña presidencial: xenofobia, prejuicio racial, miedo a la debilidad y el declive nacional, agresividad en la política exterior, disposición a suspender el estado de derecho para hacer frente a supuestas emergencias. Su tono intimidatorio, el dominio de las multitudes y la habilidad con la que utiliza las últimas tecnologías de la comunicación también recuerdan a Mussolini y Hitler. Y, sin embargo, estas cualidades son, a lo sumo, derivadas de temas y estilos fascistas; la sustancia ideológica subyacente es muy diferente, con los derechos de riqueza jugando un papel más importante que los regímenes fascistas generalmente tolerados. La adopción de estos temas y estilos por parte de Trump probablemente sea una cuestión de conveniencia táctica, una decisión tomada con poca o ninguna reflexión sobre su fea historia. Evidentemente, Trump es completamente insensible a los ecos que evocan sus palabras y su estilo oratorio, lo que no debería sorprender, dada su aparente insensibilidad al impacto de cualquier otro insulto que lanza (*Ibidem*).

Y en otro lugar continuaba describiendo a Trump como una personalidad autoritaria, desprovista de cualquier compromiso con el estado de derecho, la tradición política e incluso la ideología, pero subrayaba “que no se trataba precisamente de un fascista” y que las diferencias, en su opinión, superaban las similitudes (Paxton, 2017a). Finalmente y paradójicamente después de haber escrito anteriormente que “la [posible] llegada del fascismo a Estados Unidos será “gradual y sutil [para no alarmar a nadie]” (2004: 200), Paxton dio un giro y cambió de opinión motivado, como lo explicaba, por un repentino y violento acontecimiento que alarmó a todo el país: el ataque de la turba trumpista al Capitolio en Washington el 6 de enero de 2021 a fin de impedir la certificación de la victoria electoral de Joe Biden, anunciando que “el fascismo llegó al país” y asegurando que en sus ojos Trump era un “fascista” (Paxton, 2021). Para ello, siendo un experto en la historia de Francia (véase: Paxton, 1972), se hacía igualmente de una analogía y una comparación histórica: un violento, pero descoordinado y últimamente fallido intento de unos militantes de la extrema derecha francesa de marchar sobre la *Chambre des députés* en la noche del 6 de febrero de 1934 a fin de abolir el gobierno socialista elegido democráticamente en 1932 (Paxton, 2021; para el análisis de esta columna, véase: Capítulo 3., texto #20).

2.1.3. ¿Del fascismo al populismo y de regreso? (Federico Finchelstein)

Federico Finchelstein, el historiador argentino, profesor de historia en New School for Social Research en Nueva York y un especialista en fascismo que ha publicado varios libros sobre el tema (2010, 2017, 2020, 2022, 2024), así como numerosos artículos y ensayos en diversas revistas especializadas acerca del Holocausto, la historia de los judíos en América Latina y Europa, el populismo en América Latina y el antisemitismo, desde 2016 ha sido una de las más destacados “alarmistas” dentro del “debate sobre el fascismo” que a base de su enfoque original argumentaba a favor de comparar a Trump con el fascismo (véase la selección: Finchelstein, 2020b; Finchelstein, Stanley, 2020; Finchelstein, Piccato, Stanley, 2020b; para el análisis de estos textos, véase: Capítulo 3., textos #11, #12, #18). Igual que para Jason Stanley, su colega y colaborador, sus orígenes y claves biográficas constituyen una base importante para sus investigaciones y el uso de las comparaciones históricas (véase: 1.5.). Como ya hemos visto también en otro de los apartados anteriores, para Finchelstein, el fascismo es históricamente una ideología global con movimientos y regímenes nacionales que a la vez es un fenómeno “transnacional/transatlántico” presente en la política tanto dentro como fuera de Europa, una formación contrarrevolucionaria moderna de masas, ultranacionalista, racista, xenófoba, antisemita, antiliberal, antimarxista, anti-ilustración y ultraviolenta que defendía la divina, mesiánica y carismática forma de liderazgo que concebía al líder como orgánicamente vinculado con el pueblo y la nación y cuyo principal objetivo era la destrucción de la democracia desde adentro a fin de crear una dictadura moderna desde arriba (2024: 6-7). La insistencia en estudiar a fascismo como un fenómeno “global” y “transnacional”, construido a través de procesos de “evolución convergente y reconocimiento mutuo” y trazar las conexiones, intercambios, transferencias y no transferencias que configuran experiencias e ideología global en un giro dialéctico es una contribución particular de Finchelstein (2010) y una óptica y una perspectiva comparativa en antípodas de las posturas de algunos otros estudiosos que asumen que por “clásico” o “histórico”, el fascismo tiene que ser solamente “europeo”, por lo general alemán o italiano (Finchelstein, 2017: 45-47). En cambio su enfoque es uno “qué piensa en el centro desde los márgenes” y descentra la historia del fascismo y populismo sin adoptar una explicación única alternativa sobre sus orígenes (14; para otros enfoques sobre el fascismo como “fenómeno global”, véase: Adeney Thomas, Eley, 2020).

Los fascistas transnacionales –siendo este el término que prefiere– perseguían, como subraya Finchelstein, un Estado totalitario en el que la pluralidad y la sociedad civil serían silenciadas y cada vez más no habría distinciones entre lo público y lo privado, o entre el Estado y sus ciudadanos, donde se cerró la prensa independiente y donde se destruyó por completo el estado de derecho. Además buscaban reemplazar la historia y las nociones empíricas de la verdad con el mito político. Tenían una concepción extrema del enemigo, considerándolo como una amenaza existencial para la nación y su pueblo que primero debía ser perseguido y luego deportado o exterminado (Finchelstein, 2017: 35, 36-38; véase también: 2008). Así, como subrayaba Finchelstein en otro lugar –en un claro afán de simplificar un poco su definición y acotar su citada arriba lista de “atributos fascistas”–, el fascismo tiene cuatro características principales: i) la dictadura, ii) la xenofobia/el exterminio del enemigo, iii) la política de la violencia y iv) el uso de la mentira que no solo niega, sino que trata de alterar la realidad para validarse (véase: Finchelstein, 2023 y 2024). Y si bien, según Finchelstein, el gobierno de Trump no fue un fascismo “pleno” (*full*), porque finalmente no descendió en la dictadura –uno de los cuatro puntos cardinales del fascismo en su lista–, bien podía haberlo sido, si sus intentos de retener el poder después de las elecciones de 2020 hubieran tenido éxito. De hecho, para Finchelstein, Trump ya mucho antes del 6 de enero de 2021, había establecido pilares claves del fascismo (nuevamente en referencia a sus puntos de arriba): militarización de la política, xenofobia, técnicas de propaganda totalitaria y falsedades demostrables, y la demonización de sus antagonistas, faltándole solo la dictadura (Finchelstein, 2024: 1-2). Y aunque los cuatro puntos mencionados bien podrían ser compartidos también por varios otros estudiosos del fascismo, lo que no obstante distingue el enfoque de Finchelstein, aparte de su ángulo “transnacional/transatlántico”, es su articulación del fascismo con el populismo y la insistencia en el vínculo histórico e íntimo entre los dos (2014)⁹⁸, una posición teórica cuya explicación a continuación nos permitirá abordar a la vez la pertinencia y el uso de ambos términos por este autor tal como los propone a usar para hablar de Trump.

⁹⁸ Si bien según Richard Steigmann-Gall, otro destacado estudioso de fascismo y partidario, igual que Finchelstein de tildar así a Trump, “el fascismo es siempre, en esencia, populista” (Steigmann-Gall, 2016) –una posición que este comparte por ejemplo con Laclau que argüía que “el fascismo es el populismo de las clases dominantes” (Laclau, 1977)–, para Finchelstein el populismo es,

Según Finchelstein, el fascismo fue el “término general” que unió varias corrientes de extrema derecha, enemigos de la democracia constitucional, incluidos los intelectuales contrarios a la Ilustración, los nacionalistas, los racistas y los antisemitas, los terroristas nacionales, los ultraconservadores, etcétera. Durante el siglo pasado, el fascismo ha evolucionado y ha reformulado su aspecto: si bien el fascismo explícito se desvaneció después de la Segunda Guerra Mundial, sus ideas iliberales sobrevivieron, entrelazadas a menudo con varias corrientes de populismo y por esto, como anota Finchelstein, es importante tomar en cuenta estas evoluciones ya que “las definiciones históricas del fascismo importan” y si bien “la historia no se repite, las genealogías son igualmente importantes para entender el presente” (Finchelstein, 2017: 49). Como subraya este autor, después de la derrota global del fascismo en 1945, este se había vuelto tóxico para la mayoría de las sociedades (el punto que enfatiza también Griffin, véase: arriba), pero al mismo tiempo muchos de los antiguos fascistas y/o sus simpatizantes buscaron mantener o recuperar el poder a través de los medios democráticos. El principal ejemplo de ello, como subraya Finchelstein, ha sido Juan Domingo Perón en Argentina: un antiguo simpatizante del fascismo que reformuló sus medios políticos mostrando como las elecciones pueden proporcionar una fuente crítica de la legitimidad política a un proyecto que de otra manera habría tomado el poder por vía de un golpe de estado. Ayudado por el carisma, la celebridad como actor y las habilidades políticas de su esposa Eva “Evita” Perón, el coronel Perón ganó las elecciones presidenciales de 1946, convirtiéndose en el primer líder populista en la historia en ser elegido democráticamente como jefe de Estado. El populismo peronista tomó prestados elementos del fascismo, en particular al presentar argumentos políticos como luchas de “todo o nada” por un nuevo orden moral. El líder también denunció a las élites, acosó al periodismo independiente y expresó una profunda aversión por el pluralismo y la tolerancia política. Aun así, Perón fue elegido popularmente y ganó terreno al renunciar al racismo, la glorificación de la violencia, la militarización de la política y la propaganda totalitaria. Hizo, como apunta Finchelstein, que el fascismo fuera más aceptable al transformarlo en una forma de “democracia autoritaria” y una suerte de “fascismo para los vegetarianos”: el populismo (Finchelstein, 2017: 127-129). En este contexto, como apuntaba Finchelstein en otro lado, Donald Trump representa un nuevo tipo de gobernante autocrático global que es elegido legalmente, pero también adopta elementos que figuras populistas –y/o (post)fascistas–, como Perón consideraban demasiado controvertidos: mentiras totalitarias, racismo y medios ilegales como golpes para destruir la democracia desde adentro (Finchelstein, 2021a). Según Finchelstein, en los primeros años de la presidencia de Trump, fue precisamente la figura de Perón, “un exfascista” y “fundador del populismo moderno”, que mejor explicaba la anatomía del presidente estadounidense y su presente político, dado que los dos hombres proyectaban un tipo similar de machismo, mientras eran adorados por las masas y vilipendiados por las élites (Finchelstein, Piccato, 2016a).⁹⁹ Con el paso de tiempo no obstante, en ojos de Finchelstein, Trump empezó a encabezar una preocupante evolución a la inversa: del populismo hacia sus orígenes fascistas convirtiéndose en un populista que aspiraba a volver a una forma de fascismo (Finchelstein, 2021c). En este sentido los líderes populistas como Trump, para Finchelstein, aún no son fascistas porque no han destruido la democracia por completo, pero tampoco ya son populistas típicos porque ya afectaron al orden democrático de modo mucho más grave. Según Finchelstein, con Trump en la presidencia desde 2016 estábamos asistiendo a una nueva transformación histórica y “de-evolución” del populismo al fascismo encabezada por los líderes como él o como Jair Bolsonaro en Brasil y muchos otros, los líderes que tenían una profunda admiración por los fascistas, los dictadores y los autócratas, aunque igualmente un conocimiento limitado de sus historias (*Ibidem*).

Así, para Finchelstein, “el fascismo y el populismo, aunque dos capítulos diferentes, son parte de la misma historia”, una historia específica del autoritarismo que comienza con, como recordaba este autor, lo que el historiador israelí del fascismo Zeev Sternhell llamó “la reacción contra la Ilustración” (para más sobre el enfoque de Sternhell, véase: 1985, 1995, 2000, 2008; véase también: Traverso, 2019a: 111-116), una reacción intelectual que finalmente se propuso a incorporar también dimensiones de la política popular.¹⁰⁰ Así, para Finchelstein, había que distinguir claramente entre “fascismo” y “populismo”, porque “el populismo es una forma de política de masas dentro de la democracia que generalmente va en contra de los principios básicos de la democracia liberal pero no en contra de la democracia misma”, aunque algunos de sus representantes, como por ejemplo Karl Lueger en Viena, fueron fuentes de inspiración para los fascistas. Estos últimos sin embargo, llevaron sus premisas a otro nivel: “aunque les gusten los viejos imperios y las viejas monarquías, la idea no es, por tomar el caso más famoso de los nazis, volver al Segundo Reich sino crear un imperio diferente, una Tercer Reich”, apuntaba Finchelstein, con lo que, eventualmente, los fascistas y/o los nazis, destruyeron la democracia desde adentro para crear una dictadura totalitaria: “este es un elemento clave en

por el contrario, una forma de fascismo (Finchelstein, 2017: 4-5). Curiosamente, según los propios fascistas, como en caso de Mussolini, el fascismo nunca tenía nada que ver con el populismo y se situaba en sus antípodas (Furedi, 2022).

⁹⁹ Para una incorrecta comparación entre Trump y Perón hecha por uno de los columnistas a la que se opuso el mismo Finchelstein, véase: Capítulo 3., texto #23.

¹⁰⁰ Para Sternhell la faceta central del fascismo fue la naturaleza antiliberal de sus propuestas y su motor central fue la larga crisis del liberalismo que se iba engendrando desde los finales del siglo XIX y que explotó con la Primera Guerra Mundial. A diferencia no obstante de Nolte, el fascismo para Sternhell no era solo una “reacción” al liberalismo, marxismo y la democracia y no podía ser definido solamente por aquello a que se oponía (Sternhell, 2008). Al mismo tiempo en vez de adoptar un enfoque “genérico” –según Finchelstein, las teorizaciones de Sternhell, encontrándose de hecho “en los antípodas de las definiciones genéricas, son mucho más sugestivas en su abordajes del fascismo” (Finchelstein, 2017: 69)–, Sternhell se dedicó a estudiar el fascismo como un fenómeno cultural e ideológico mucho más antiguo y extendido: una revisión integral de los valores esenciales de la herencia humanista, racionalista y optimista de la Ilustración (Sternhell, 1985, 2017). Al mismo tiempo –hay que añadir– Sternhell defendía la tesis de ver el nazismo como algo separado del fascismo (sic), ya que sus características centrales como el determinismo biológico y su racismo, lo distinguían, según él, de la visión más general de la sociedad que tenía el fascismo (Sternhell, 1995).

la definición de fascismo: no toda dictadura es fascista *per se*, pero no hay fascismo sin dictadura” (Finchelstein, 2021c). Así, si bien, según Finchelstein, el fascismo anteriormente se nutrió de algunos elementos del populismo premoderno (los *Narodniki* en Rusia, el *boulangismo* en Francia o el populismo agrario en Estados Unidos), pero el populismo moderno, como una forma “autoritaria de la democracia”, nace, según él, del fascismo, siendo el contexto histórico post-1945 crucial para comprender la genealogía que vincula al fascismo y al populismo¹⁰¹: mientras el fascismo es dictadura ultraviolenta, el populismo es una forma de democracia, en esencia, según Finchelstein, una forma de posfascismo o el “fascismo ajustado a los tiempos democráticos” de la posguerra que “cambió de piel” en búsqueda de la legitimidad democrática más amplia y en el escenario de un rápido crecimiento económico después de 1945.¹⁰² Estas circunstancias hicieron que el “fantasma del fascismo” encontrara un nuevo anfitrión en una “forma autoritaria de democracia híbrida”, escribía Finchelstein, el fenómeno –como ya hemos visto– inaugurado, según él, por el coronel Juan Domingo Perón en Argentina “cuyo populismo ha sido claramente posfascista”. Perón, apuntaba Finchelstein, era un fascista, el hombre fuerte de una dictadura, que se convierte por vocación propia en un líder democrático, a la inversa que Mussolini que usaba a la democracia para destruirla desde adentro, mientras Perón, al igual que por

¹⁰¹ Finchelstein, a diferencia de otros autores como Laclau y Mouffe, para evitar diferentes confusiones tiende a, siguiendo a Hobsbawm, separar el populismo de izquierda del populismo de derecha que a menudo son antiéticos (Finchelstein, 2017: 14-16; véase también: Hobsbawm, 1994: 133), Aun así, de modo contradictorio, por ratos tiende a mezclarlos (véase por ejemplo: Finchelstein, 2017: 200-201), subrayando, en referencia al título del clásico libro de Sternhell sobre la genealogía intelectual del fascismo *Ni derecha, ni izquierda* (1995), que el populismo “no es ni derecha ni de izquierda” (sic) y que hay una “cierta fluidez en su desplazamiento entre estos polos” (Finchelstein, 2017: 40-41). En general –una aclaración que igual ayuda a ubicar su postura en el mapa intelectual– Finchelstein le imputa a la teoría del populismo de Laclau el desconocimiento del contexto histórico e ignorar la conexión fascismo-populismo de modo que lo hace ver al fascismo apenas como “una otra experiencia populista” y/o su “forma extrema”, igualando al fascismo y el populismo, cuando para Finchelstein se trata de dos fenómenos diferentes y separados por la historia (110-111). Según el ecomarxista John Bellamy-Foster, igualmente hay que diferenciar el populismo de izquierda del populismo de derecha. Mientras el segundo “es esencialmente el fascismo”, el primero surgió en las últimas décadas como una estrategia alternativa de izquierda, divorciada de la socialdemocracia y el socialismo, pero que sin embargo, no pudo traducir su apoyo popular en medios organizados de cambio político acordes con sus objetivos. Al extraer su teoría política de los citados posmarxistas como Laclau y Mouffe, quienes abogan por una fusión de la clase trabajadora con la clase media baja a través de una estrategia que busca evitar articular objetivos de la clase trabajadora –lo que Bellamy-Foster denomina como “una retirada de clase”–, este giro ha sido defendido como un intento pragmático de crear un bloque contrahegemónico al estilo de Gramsci. No obstante en lugar de absorber elementos de la clase media baja en un bloque liderado por la clase trabajadora, dicha estrategia se tradujo en un intento de crear un movimiento mayoritario anti-élite subsumiendo a la clase trabajadora dentro de un bloque político que no se extendió más allá del entorno antilutista más “radical” de la visión pequeñoburguesa. El resultado ha sido un movimiento que carecía de una oposición clara al capitalismo y una organización que, a la hora de tomar el poder, se mostró vulnerable al liderazgo corrupto como en caso de Syriza en Grecia (Bellamy-Foster, 2017c).

¹⁰² Finalmente en un claro contraste al enfoque de Finchelstein, hay todo un grupo de estudiosos que insisten que el “populismo” es un concepto inútil, esencialmente vacío, sin perfil propio ni ideología. Como tal, es incapaz de rendir cuentas sobre el fenómeno que pretende describir y solo sirve para confundir, siendo a lo mucho una suerte de “estilo político” (Berezin, 2019). Según Traverso si en la América Latina entre los años 30 y 60 el término correspondía todavía a algo más preciso –el peronismo, el varguismo–, su uso en Europa a partir de los años 90 se volvía cada vez más vago, siendo su supuesto rasgo crucial “tomar partido por el pueblo frente las élites”, algo válido para casi cualquier movimiento o partido político. Al mismo tiempo, según Traverso, la aplicación de este término a los partidos de extrema derecha, conducía a su legitimación y a hacerlos más aceptables (*Salonfähig*) al encubrir sus facetas más impresentables (racismo, xenofobia, antisemitismo, islamofobia, etcétera). Pero más que nada “populismo”, para él, es una forma deliberadamente mistificadora divisada por las ideologías neoliberales para crear una amalgama entre la extrema derecha y la izquierda radical –“los extremos que se tocan”, “amenaza roji-parda”, etcétera–, ambos opuestos a las “razonables políticas liberales” o a “Europa”. Así en un solo saco se logra aglutinar políticos tan diferentes como Marine Le Pen y Donald Trump por un lado y Hugo Chávez o Bernie Sanders por otro, borrando efectivamente las líneas entre la izquierda y la derecha y no describir ni analizar sino estigmatizar a los enemigos políticos opositores de la austeridad, de los recortes sociales y de otras reformas dictadas por el capital financiero, como, según Traverso, se puede juzgar por la lectura de la prensa europea –El País, La Repubblica, Le Monde, The Guardian, Frankfurter Allgemeine Zeitung, etcétera–, que emplea este término en este sentido (Traverso, 2019a: 15-17; véase también: Rancière, 2005). Según Traverso, incluso los más cuidadosos epistemológicamente intentos de conceptualizar al “populismo” acaban cayendo en esta trampa, algo que aplica también a las conceptualizaciones del propio Finchelstein –y estas observaciones suscribimos en su totalidad–, ya que si aceptamos su genealogía del populismo como una reformulación posguerra del fascismo, es muy difícil explicar con este origen, como lo hace él, el surgimiento del “populismo neoclásico de la izquierda” con Chávez, Correa, Morales o Podemos. “‘Populismo’ es un acrónimo: una vez que el adjetivo ha sido transformado en sustantivo, su valor heurístico es nulo”, lamentaba Traverso, proponiendo en cambio, hablar de “posfascismo” para denotar las nuevas formas de la extrema derecha (Traverso, 2019a: 17-18; para más sobre la crítica de Traverso a “populismo”, véase: 2016a, 2019d; para el manejo de “posfascismo” por Traverso, véase: abajo). Igualmente para Marco D’Eramo, el destacado periodista, analista político y colaborador de New Left Review, el “populismo” sirve para denotar ante todo un desprecio aristocrático y elitista por el “pueblo” y si en práctica significa que Corbyn, Sanders y Podemos son intercambiables con Salvini, Orbán, Trump o Bolsonaro, entonces es un concepto “completamente inútil” e incluso “peligroso” (D’Eramo, 2013, 2017).

ejemplo Getúlio Vargas en Brasil, “renegó de las formas dictatoriales para crear democracias populistas que tenían elementos autoritarios, pero eran democracias” (Finchelstein, 2017: 112-113). Así, como apuntaba Finchelstein, el populismo de la posguerra abrazó la política electoral pero en una vena antipluralista, como el órgano a través del cual el “pueblo verdadero” podía aclamar al líder como su voz singular. Al igual que antes el fascismo, el populismo mantuvo una afición por las amenazas y una fijación por los enemigos, aunque ahora en su mayoría al nivel de la grandilocuencia en lugar del ataque directo (115).¹⁰³ Si bien el propio Finchelstein no lo especifica, su gesto de vincular el populismo con el fascismo se inserta de este modo –y/o tiene sus raíces– en el pensamiento de Richard Hofstadter, el eminente historiador e intelectual público estadounidense de mediados del siglo XX y uno de los principales estudiosos del populismo y el “pensamiento paranoico” en Estados Unidos –el pensador que Finchelstein menciona, pero más en sentido amplio (2017: 169 y 171)–, y que ha sido responsable de establecer en la academia estadounidense a partir de los años 60 el imagen del populismo como algo que “naturalmente tiende al fascismo”, aunque él mismo, curiosamente, se oponía vehementemente de hablar de la existencia del fascismo en Estados Unidos. En opinión de Hofstadter, los populistas ejemplificaban el “estilo paranoico de la política estadounidense”, con locos desvaríos contra el “poder del dinero” y una propensión a las fobias raciales. Junto con otros intelectuales como Daniel Bell o Seymour Martin Lipset, Hofstadter trazó igual una línea recta entre el populismo y el macartismo estadounidense, argumentando que ambas tradiciones compartían la misma anatomía, pintando desde la época de la Guerra Fría una imagen del populismo como algo inherentemente “conspirativo” y “protototalitario” (sobre la discusión del término “populismo” y su gravitación hacia “fascismo” en el pensamiento de Hofstadter, véase: D’Eramo, 2013; para más sobre el populismo en Hofstadter, véase: Jäger, 2018, 2022b).

Después de establecer esta genealogía, el punto crucial de la investigación de Finchelstein en su libro *Del fascismo al populismo en la historia* es que –como ya se ha mencionado también– con las figuras como Trump, Bolsonaro u Orbán, “estamos presenciando una especie de retorno del populismo al fascismo” y “la reincorporación de los abandonados elementos del fascismo por los populistas modernos” que están tratando de deshacer sus formas cuasi-democráticas y “muestran signos de volver a las formas fascistas” (Finchelstein, 2017: 23-25, 84-5; véase también: 2018d). Así, para Finchelstein, Trump es un “populista extremo”¹⁰⁴, el caso más notorio y más influyente del nuevo populismo de derecha con dimensiones globales, racistas y autoritarias, que resume, toda la historia anterior del populismo y también la cambia:

No es una vuelta de tuerca ni un círculo completo, pero si bien la historia del populismo de izquierda o de derecha, siempre fue la idea de reformular la democracia en términos autoritarios sin volver a la tradición fascista, estos nuevos populistas hacen un intento explícito de volver a elementos centrales de la tradición fascista: racismo, violencia política y, en casos como el de Bolsonaro y Trump, elogios teóricos de la dictadura (Finchelstein, 2019d).

Así, según Finchelstein, en Europa, en Estados Unidos y en América Latina en los últimos años, “el populismo acabó potencializando a fascismo”: los fascistas ya no maquillan el racismo y la violencia política que definen lo que es el fascismo, sino que en muchos casos ven con satisfacción y expresan su apoyo a líderes populistas como Trump:

De hecho, desde el punto de vista de las conexiones entre historia lejana e historia reciente, en los últimos años el populismo ha sido una dimensión esencial de la normalización del fascismo. Si bien el fascismo y el populismo proponen cosas muy distintas —la dictadura el primero; una democracia autoritaria el segundo—, fascistas y populistas comparten algunas características vitales: la demonización del adversario, apelan a un pueblo homogéneo y presentan a un líder mesiánico que todo lo sabe y que habla por la mayoría a la que llaman “pueblo”, pero que en realidad solo está constituida por sus seguidores. El populismo, que surgió como una reformulación y también como un rechazo del fascismo, en la actualidad es la principal fuente de legitimación de este. Todo ha cambiado ahora que el fascismo ya no está en el pasado como un régimen de poder, sino que ha regresado a la política como compañero de ruta de los nuevos populismos de extrema derecha (Finchelstein, 2019c).

¹⁰³ Curiosamente en este contexto, era justo frente a Perón que Ginzburg había pensado en la necesidad de “ampliar la definición del fascismo”: después de haber visto en 2016 uno de los discursos de campaña de Trump, Ginzburg que como subraya nunca suele usar la palabra “fascista” fuera de su contexto histórico, se acordó de una vieja conversación con Italo Calvino, el famoso escritor italiano que conocía bien a Argentina y que aseguraba que a la luz de la experiencia del peronismo la definición del fascismo tendría que cambiar. “Ciertamente existe un fascismo histórico –anotaba Ginzburg–, pero ¿podemos ampliar esta definición?” El racismo o el antisemitismo no eran, en su opinión, los elementos necesarios y “valía la pena pensar en una ampliación así” (Ginzburg, 2019). El término “posfascismo” que Enzo Traverso propuso justo al mismo tiempo y ante la misma realidad del auge de la nueva extrema derecha como intento de “ampliar la definición”, pero sin perder de vista la cuestión del contexto y de la ruptura histórica podría ser una respuesta a estas inquietudes (véase: Traverso, 2019a y más abajo).

¹⁰⁴ Por ratos Finchelstein define a Trump como “fascista” y luego como “populista”, pero incluso su afán de meterlo en la segunda categoría está lejos de representar el consenso entre los propios estudiosos del populismo: Cas Mudde, uno de los más prominentes investigadores del populismo, argumentaba desde el principio que Trump era “un fenómeno político transitorio”, más en sintonía con la extrema derecha conservadora, apenas con algunas raíces en la historia del populismo estadounidense y si bien tenía cierto “sustento populista”, lo excluía del estudio del populismo (sic) (Mudde, 2015, 2016, 2017; para más sobre el enfoque de Mudde respecto a populismo y la extrema derecha, o la “derecha radical” como prefiere Mudde, véase: 2019 y Mudde, Kaltwasser, 2017).

Aun así, Finchelstein, en un aparente afán de bajar un poco el tono acerca del “retorno del fascismo” sobre el cual este autor sonaba el alarma apuntando a otras facetas fascistas de Trump o Bolsonaro como su falta de reconocimiento de los resultados electorales, las mentiras, el negacionismo de la pandemia y de la efectividad de las vacunas: “cosas que creaban muerte” (véase: Finchelstein, 2020d, 2020e, 2020h, 2021 c-g), precisaba que no todos los populistas “tienen que ser ‘fascistas emergentes’” (2017: 17). De hecho, según él, “salvo una crisis del capitalismo y la representación democrática en la escala de las décadas de los 20 y 30”, no hay razón para esperar que el populismo actual se convirtiera en fascismo (sic). Un fenómeno complejo como el fascismo rara vez se repite porque las condiciones históricas están en un constante cambio, escribía Finchelstein y si había algo que unía estos dos momentos históricos era el antiliberalismo de corte no marxista y etnonacionalista que sin embargo podía tomar también diferentes formas y arrojar diferentes resultados políticos (*Ibidem*). Al final, tanto Trump como Bolsonaro después de un periodo constitucional en el poder perdieron sus reelecciones y han sido sustituidos por gobiernos más progresistas que los suyos —en Estados Unidos por el de Joe Biden y en Brasil por el de Luiz Inácio *Lula* da Silva respectivamente—, sin interrupción al orden democrático.

Así, preguntado sobre su relación y su posición en el “debate sobre el fascismo” una vez que Trump ya estaba fuera de la Casa Blanca, Finchelstein, siguiendo su sinuoso camino del uso del “fascismo”, dejaba la posibilidad de verlo de este modo:

Al mismo tiempo, creo que en las discusiones de los Estados Unidos, se tendía a presentar esta importante cuestión de manera simplificada e incluso un poco tonta. La pregunta interesante no es si Trump es fascista o no, sino si existe el riesgo de fascismo en su política. Aunque te olvides de los hechos importantes del 6 de enero, lo que ves es que de los cuatro elementos [véase: la lista arriba], tres estaban presentes mucho antes: la violencia y la militarización de la política, el racismo y la mentira. Sin embargo, al trumpismo le faltaba un elemento clave del fascismo y ese es la dictadura. Lo que vimos el 6 de enero fue un intento de golpe de Estado [sic]. ¿Cómo se puede definir el gobierno de un presidente que no fue reelecto y permanece en el poder contrariamente al resultado de las elecciones? Si su intento hubiera tenido éxito, Trump se habría convertido en un dictador (Finchelstein, 2021c).

Y siguiendo su línea de análisis acerca del “regreso” del populismo al fascismo, Finchelstein introducía una figura de “fascistas aspiracionales” (*wannabe fascists*)¹⁰⁵ para referirse a Trump, Bolsonaro u Orbán, es decir, “líderes autoritarios a los que les gustaría convertirse en dictadores”, y difuminar por completo ya la línea entre el populismo y el fascismo, siendo, según él, la diferencia clave entre el populismo y el fascismo que mientras para los populistas los resultados electorales reales importan, el objetivo del fascismo es el poder permanente, independientemente de las urnas (*Ibidem*). En este sentido para Finchelstein, en caso de Trump, su resistencia a aceptar su derrota electoral en 2020 demostraba claramente “que tanto se ha movido el populismo al fascismo” y era algo que, según Finchelstein, el “debate sobre el fascismo” en Estados Unidos muchas veces no tomaba en cuenta quedándose “a menudo miope” (*Ibidem*). Añadiendo en otro lugar otros comentarios acerca del “debate sobre el fascismo”, para Finchelstein el problema con esta disputa era que los que negaban los vínculos de Trump con el fascismo, “creaban una dicotomía: identificación/mimesis absoluta con el pasado *versus* la desconexión total, en consecuencia, refrendando lo segundo, sin dar cuenta de la continuidad y el cambio en la historia del fascismo”, replicando al final el viejo excepcionalismo estadounidense, creyendo que Estados Unidos es “tan excepcional”, que el fascismo no podía tener lugar allí o que por lo mismo allí no podía ocurrir un golpe de este como el 6 de enero, imitando en efecto, según Finchelstein la misma propaganda trumpista (Finchelstein, Piccato, 2020b). Si bien estas observaciones contienen algunos puntos válidos acerca de la miopía del “debate sobre el fascismo”, no solo se centran exclusivamente en las supuestas fallas del campo de los “escépticos”, sino que simplifican la heterogeneidad de las posiciones en este campo, cuyos integrantes, en su vasta mayoría, nunca han negado que Trump representaba una amenaza grave a la democracia, aunque no una amenaza de tipo “fascista” (véase: Riley, 2018, 2019). Si bien el apego al “excepcionalismo estadounidense” por ejemplo reflejaba bien la posición de algunos conservadores que negaban que pudiera haber fascismo en Estados Unidos, el mismo afán de “salvar la excepcionalidad” de Estados Unidos en el propio campo conservador, motivaba precisamente a otros conservadores a comparar a Trump con el fascismo (véase: Kagan, 2016b; Frum, 2021; Boot, 2016, 2020), expulsándolo de “toda esta buena tradición” a fin de salvarla, el punto bien señalado por Rosenfeld (2019). Al mismo tiempo asumir que el trumpismo no es una fuerza externa o una patología de la derecha Republicana, sino el producto de la propia historia estadounidense de inspiraciones “autóctonas” como el personalismo, la “paranoia”, el racismo y la violencia, no tiene que ser un equivalente de inscribirlo a fuerza en la historia del fascismo (como parece proponer Finchelstein y

¹⁰⁵ En 2017, William E. Connolly, el teórico político estadounidense y profesor de la Universidad Johns Hopkins, ya había introducido el término “*aspirational fascism*” que de algún modo hace eco el término “*wannabe fascism*”, traducido al español por el mismo Finchelstein como “los fascistas aspiracionales/el fascismo aspiracional” (2017). Connolly propuso también el término “el síndrome de Reichstag” para hablar de los ataques a la democracia por parte de Trump y sus colaboradores (2018). Igual que Connolly, Finchelstein, usa el término para, esencialmente, subrayar la “debilidad” de Trump, a pesar de su “afán claro de imitar a Hitler, Mussolini e incluso a los generales sudamericanos”, “volverse un dictador” y “establecer un régimen fascista”, algo que, a pesar de sus intentos mediante la “diseminación de mentiras, encarcelación de inmigrantes en jaulas y represión de protestas callejeras” le resultaba imposible —“por el momento”—, ya que “carecía de un movimiento social, el poder por encima de la ley y la disciplina ideológica para intentarlo”, aunque no, según Finchelstein, la voluntad (Finchelstein, Piccato, 2020a). Si bien, según Finchelstein, el ataque a Capitolio demostró que Trump careció de “compromiso ideológico” para llegar a ser un “fascista cumplido” (*full fascist*), permaneciendo solo un “fascista aspiracional”, esto no significa que no hay que hablar de fascismo en su caso (Finchelstein, 2024: 2-3 y 9-10).

varios otros comparatistas, véase: 2.6.), sino insertar su auge en la misma propia historia “americana” del conservadurismo de extrema derecha que ha desarrollado todas estas características previamente e independientemente del fascismo.

De regreso a la cuestión de la distinción entre el fascismo y el populismo que con Trump u otros “nuevos populistas/fascistas”, según Finchelstein, ya empieza a desvanecerse, su negación de los resultados de las elecciones de 2020 y su propagación de la “gran mentira” (*Big Lie*) sobre el fraude electoral, representó un punto de inflexión histórico en la política populista, inspirando así a otros dirigentes autoritarios como él (Finchelstein, 2021g). Aun así, según Finchelstein, Trump representaba una versión peculiar del avance de la ultraderecha que vemos en otros países porque ese avance ocurría desde el gobierno federal hacia el sistema político, en lugar de ser producto del avance electoral de partidos de derecha hacia el sistema, como por ejemplo en Italia o Inglaterra:

Trump llegó a la candidatura republicana en 2016 a través de un sistema de elecciones primarias obsoleto que replica el Colegio Electoral que elige al presidente. En ese sistema, una minoría de votantes entusiastas en algunos estados clave valen más que la mayoría pura y simple. Los medios de comunicación catalizan el proceso al darle más tiempo al que gana los primeros estados y con ello atrae más clics y sube los ratings. Trump fue el candidato ideal en 2016 para explotar las debilidades de ese sistema porque apareció como el *outsider* que venía a subvertir la política tradicional, con una imagen hecha para la televisión y una plataforma basada en el racismo. En noviembre de ese año ganó las elecciones también gracias a los anacronismos de la representación en el Colegio Electoral, a pesar de haber perdido en el voto popular.¹⁰⁶ A diferencia de líderes fascistas y populistas históricos, Trump no venía montado en un nuevo movimiento o un nuevo partido organizado alrededor de su persona y su programa, como fue el caso de líderes fascistas como Hitler o Mussolini o populistas como Perón en Argentina y o el empresario Silvio Berlusconi en Italia. Después de cuatro años, como lo mostró la última convención del Partido Republicano y lo comprueban los eventos de violencia callejera del verano del 2020, Trump ya tiene una base partidaria que se ha apropiado de la estructura del viejo Partido Republicano para avanzar un proyecto de extrema derecha que parece traicionar las tradiciones democráticas del país. En muchos sentidos ya poco queda del Partido Republicano como había existido en los últimos dos siglos: hoy es solamente el partido del trumpismo. Muchos elementos de ese proyecto ya existían dentro del partido, pero su disposición actual como movimiento político es nueva (*Ibidem*).

A mitades de 2023, después de las demandas a Trump por la sedición anti-electoral, Finchelstein igualmente había reconfirmado su análisis que “estábamos llegando al punto de la transformación de la política populista en algo más cercano al fascismo”, subrayando que la línea de la defensa de Trump frente a los casos penales que avanzaban en su contra –“todo en torno al líder”– emulaba la forma de liderazgo divina, mesiánica y carismática que tenía el fascismo, viéndolo como una figura orgánicamente vinculada al pueblo y a la nación. Y Trump precisamente, subrayaba Finchelstein, empezó a explotar esta idea que cualquier peligro al líder equivalía a una amenaza al pueblo y a la nación (Finchelstein, 2023). “Por supuesto, esto fue una mentira porque los crímenes o las decisiones erróneas de una persona no pueden ser la expresión de la voluntad colectiva, pero así es como los líderes fascistas explicaron al pueblo sus problemas, incluidos sus crímenes”, decía Finchelstein. En este sentido, Trump no era un populista típico, sino “un peligro fascista” (*Ibidem*).

Fiel a su perspectiva transnacional (y comparativa), Finchelstein en varios de sus escritos, trata de analizar también el fenómeno y la anatomía de otros “nuevos autoritarios”, “populistas” y/o “fascistas”, como el mencionado ya Bolsonaro, Viktor Orbán en Hungría, Jarosław Kaczyński en Polonia, Benjamin Netanyahu en Israel¹⁰⁷, Narendra Modi en India, Recep Erdoğan en Turquía –que han encabezado el auge de la extrema derecha a lo largo del mundo en las últimas dos décadas–, y de los que Trump puede ser un caso “clínico”, pero a la vez de los que es también solo uno de los representantes. En este esfuerzo para comprender los fenómenos del presente Finchelstein llamaba sintomáticamente por más comparatividad, no menos, “tratando de aprender unos de otros para desarrollar una perspectiva más global sobre aquellos que están en contra de la democracia”, de modo que la experiencia de Trump y el trumpismo era, según él, comparable a la de Orbán en Hungría, Bolsonaro en Brasil y otras experiencias parecidas (Finchelstein, 2021c). “Si uno cree –seguía Finchelstein– que esto [el autoritarismo, los ataques a la democracia] es típico de las sociedades como Argentina, Brasil o Hungría, entonces simplemente no puede entender por qué el

¹⁰⁶ De mismo modo para Riley y desde muy alejada de Finchelstein perspectiva marxista, diseñadas para proteger los intereses de la oligarquía esclavista mediante la distorsión del sufragio –y nunca barridas por la guerra o la revolución como sucedió en gran parte de la Europa continental–, el sistema estadounidense comparte características con el del imperio del káiser Guillermo o con el Parlamento italiano en los días de Giolitti: sufragio limitado, sistema mayoritario, importantes obstáculos para el acceso al voto y, desde luego, el Colegio Electoral basado en los estados. Esto hizo posible que Trump obtuviera la presidencia a pesar de perder el voto popular por una diferencia de casi tres millones. Ahora hay un enorme abismo entre el Colegio Electoral y la distribución de la población estadounidense. Las deformaciones del *ancien régime* características del sistema político estadounidense se han vuelto cada vez más evidentes a medida que la estructura social subyacente ha sido transformada (Riley, 2017).

¹⁰⁷ Si bien Netanyahu y su partido Likud –un partido populista-neoliberal *mainstream* que combina dimensiones exclusivistas y participativas, pero que recientemente entró en coalición con la previamente fragmentada y reunida por Netanyahu extrema derecha nacionalista y religiosa, mucho más radical y obsesionada por el “renacimiento nacional”, la “pureza racial” y la “supremacía judía”, en contra de los cuales dirigía sus críticas no solo Sternhell (2018, 2019), sino también otros analistas, al apuntar a su promoción de la violencia colonial, tildándola directamente como “fascista” (Toscano, 2023b)–, suelen ser ignorados en los estudios del populismo de la extrema derecha, para Finchelstein estos “la representan en un estado puro” (Finchelstein: 2017: 200-203).

mismo problema surge en varios países” y el ejemplo más claro de este tipo de pensamiento sesgado era, para él, Estados Unidos, donde la gente “perpleja con Trump y el trumpismo perdió años pensando que este se volvería ‘más presidencial’, que la institución de la presidencia lo iba a cambiar”, pero si alguien, añadía Finchelstein estaba estudiando el fascismo y el populismo, sabía que esto no iba a suceder (*Ibidem*). Y es ese estudio que igualmente lo apremiaba a apuntar a otras tres características que comparte la nueva extrema derecha populista que tiende al fascismo: i) la mentira, ii) la manipulación de la historia y iii) falta de fundamentos intelectuales.

Respecto al uso de las mentiras por el fascismo y su relación con la realidad, Finchelstein propone enmarcarlo como un problema de “mito”, algo señalado ya de manera pionera por Ernst Cassirer y abordado también, entre otros por Hannah Arendt que veía la destrucción mítica de la razón como un acto de autoengaño y la “tragedia de nuestro tiempo” (Arendt, 1973: 343). Según Finchelstein los fascistas intentaban reemplazar la verdad con mitos: así para Sigmund Freud o para Jorge Luis Borges los mitos fascistas en la medida en que sumergían las sociedades en la irracionalidad y la violencia representaban un gran peligro, mientras por ejemplo para Carl Schmitt, el famoso jurista nazi, este resultaba de gran utilidad porque permitía “explicar con razones” la mismas decisiones irracionales y la violencia (Finchelstein, 2022a: 3-4). Como recordaba en otro lugar Finchelstein, Arendt argumentó que la política y las mentiras siempre van juntas, pero en el fascismo las mentiras aumentan tanto cuantitativamente (los fascistas mienten descaradamente) como cualitativamente (los fascistas creen en sus mentiras e intentan a transformar la realidad para que se parezca a ellas) (Finchelstein, 2019b; véase también: 2020e, 2020p). Así, para Finchelstein, dado que en nuestros días estamos viendo una situación similar, con los políticos populistas y otros políticos “ceranos al fascismo” que “intentan hacer creer que sus palabras valen más que su demostración de los hechos”, el marco del mito como un mecanismo de mentira resulta esclarecedor para apreciar las dimensiones cuasi-religiosas de la política que hoy en día afectan a la verdad, siendo Trump el mejor ejemplo de las “formas fascistas” de las mentiras:

¿Por qué un odio mayor al periodismo independiente que a la oposición política? El principal enemigo de Trump, o como él los llamaba, “los enemigos del pueblo”, eran los medios independientes, algunos de los mejores y prestigiosos del mundo. Eso tiene que ver con la función del periodismo independiente: brindar datos a la ciudadanía para que interprete la realidad. Cuando no circula esa información basada en datos es el momento en que la mentira y la propaganda totalitaria pueden convencer gente (Finchelstein, 2021a).

En resumen, los fascistas y los populistas históricamente no favorecieron el debate o el acceso abierto a las ideas, sino que buscaron de manera aguda minimizar la relevancia de instituciones democráticas clave como la prensa libre. Es por eso por lo que, según Finchelstein, Trump ha llegado a ver a la prensa independiente como un adversario clave de su propia política, pero también como una herramienta de manipulación. Y así, como nos muestra la historia, apuntaba este autor, los dictadores fascistas entendieron bien que el papel de los medios libres es incompatible con su propaganda antidemocrática (Finchelstein, 2022c). Así, para Finchelstein, como lo subraya en su *Breve historia de la mentira fascista* (2020a), el auge de la posverdad y de las “Fake News” y la negación de los hechos que con Trump o Bolsonaro “se volvieron políticas del gobierno”, tienen un claro linaje político e intelectual en la historia de la mentira fascista (8). Las mentiras que, según él es crucial de recordar, “han conducido a la violencia política extrema” (1; para este punto véase también: Finchelstein, 2024: 60-65).¹⁰⁸

¹⁰⁸ El problema con esta interpretación de las teorizaciones de Arendt respecto a la mentira en la política y el afán de Finchelstein de vincularlas a toda costa con el “fascismo” y así éste con la nueva extrema derecha populista, en particular con Trump, es que es altamente arbitrario. Si bien Finchelstein considera correctamente a Arendt como uno de los recursos conceptuales más importantes para hablar de la mentira en la política, de las “Fake News” y de la posverdad hoy en día, una importante referencia y ejemplo que usaba Arendt para sus conceptualizaciones no eran solo las mentiras fascistas ni el totalitarismo —aunque en *Los orígenes del totalitarismo* efectivamente menciona este rasgo y analiza las mentiras como una herramienta fundamental de la propaganda totalitaria (1973: 341-364)—, sino, algo que en ningún lugar menciona Finchelstein quedándose exclusivamente con la interpretación de *Los orígenes...*, la propia política estadounidense de la época de la guerra de Vietnam. En su ensayo *Mentira en la política* (1971), Arendt describe lo que denomina como “defactualización”, o la incapacidad de discernir los hechos de la ficción no en relación al nazismo ni al “sujeto totalitario”, sino respecto al completo engaño de la opinión pública estadounidense por todos los presidentes estadounidenses en turno que desde finales de los años 40 apoyaron y luego condujeron la guerra en Vietnam, algo que se reveló con la filtración de los llamados Papeles del Pentágono en 1971 (siendo de hecho este marco de Arendt la principal y explícita referencia para Steve Tesich, el autor acuñó el término de la “posverdad”, véase: Tesich, 1992). Así, el objetivo de la crítica de Arendt no eran solo los “fascistas” ni los “nazis” y sus “mentiras totalitarias”, sino por igual los “solucionadores de problemas” tecnocráticos/democráticos, los intelectuales y los profesionales estadounidenses encargados de la política exterior durante la Guerra de Vietnam y que compusieron el llamado “Informe McNamara” —tras el secretario de defensa estadounidense, Robert McNamara—, filtrado luego por Daniel Ellsberg y la prensa estadounidense (para una excelente explicación de los verdaderos motivos de Arendt y sus malas lecturas contemporáneas que tienden sin ningún rigor a vincular su interpretación de la mentira en la política exclusivamente con el “fascismo”, véase: Panovka, 2021 y Moyn, 2020c; para el uso de las comparaciones históricas para librar guerras, véase: 1.3.). Dicho todo esto, dado que fueron Estados Unidos —y no Alemania Nazi—, que animaron a Arendt a desarrollar más sus conceptualizaciones, sus preocupaciones, en nuestro contexto, cobran aún más relevancia. Arendt que famosamente en *Sobre la revolución* (1963) idolatró la Revolución Americana porque estableció la libertad política sin la “interferencia de la justicia económica”, mientras denunciaba la Revolución Francesa “por desatar una búsqueda desquiciada de la igualdad universal”, se mostraba muy preocupada en los 60 por la manera en la que el imperio “cruzó irreversiblemente hacia la decadencia”, por lo que optó por “cerrar las filas con él” —apuntando también a algunas de sus fallas

Otra de las características de la nueva extrema derecha es, según Finchelstein, el revisionismo histórico y el afán de reescribir y blanquear la historia (Finchelstein, 2019b, 2020a).¹⁰⁹ La razón de declarar toda “una guerra a la historia y a los hechos” que consiste en reescribir y blanquear y “neutralizar” el pasado entre otros el pasado fascista del que se nutren estas fuerzas es, según Finchelstein, el afán de normalizar sus regímenes y sus políticas tóxicas del presente. Apuntando al caso de Jair Bolsonaro que tildó al nazismo y a Hitler como una “cosa de izquierda” –un tropos comparativo bastante diseminado en ciertas partes de la derecha tanto en Estados Unidos como en el mundo que alega que los nazis eran ante todo “socialistas” (véase: Goldberg, 2010, D’Souza, 2017)–, Finchelstein explica esta necesidad de “revisar” la historia del nazismo y desplazar su historia real con la necesidad de neutralizar la historia del fascismo “el mismo pozo de ideología, retórica y táctica política del que ellos sacan el provecho” para normalizar sus políticas. Así la historia del fascismo, apuntaba Finchelstein, se convierte en “mítica” en lugar de histórica y el fascismo del pasado queda convertido en algo “que no es tan malo”, o que ni siquiera es fascismo en absoluto y el propio pasado se convierte en mito y en lo que Arendt ha llamado “la mentira organizada”, utilizando “la falsedad deliberada como arma contra la verdad”. En este mundo revisionista, apuntaba Finchelstein, las visiones más irracionales, mesiánicas y paranoicas son falsamente presentadas como “historia” (Finchelstein, 2019b). Con los ataques a la historia, apuntaba en otro lugar Finchelstein, ocurre lo mismo que con los ataques de los populistas de extrema derecha a la prensa libre: el trabajo de los historiadores es igualmente sospechoso para ellos porque la historia se sustenta en los hechos. La historia es, subrayaba Finchelstein, después de todo, una interpretación de los hechos mientras que el mito político es una interpretación de las fantasías y de la propaganda. Los autoritarios, por tanto, siempre tienen un problema con una interpretación del pasado apoyada en los hechos, o sea, con lo que llamamos historia y un buen ejemplo de ello es el eslogan trumpista es “Hacer que Estados Unidos vuelva a ser grande” (*Make America Great Again*, MAGA), que promueve una visión ahistórica y mitificada del país que en la forma presentada nunca ha existido e incluso cuya existencia se debía, por ejemplo, al sufrimiento de millones de personas segregadas racialmente (Finchelstein, 2021c). En este sentido las manipulaciones de la historia por parte de Trump –conocido de su amplia ignorancia respecto a historia como demostró el caso de la llamada “Comisión 1776” que estableció al final de su mandato para promover “la educación histórica y patriótica” (véase: Karp, 2021)– cobraban simplemente forma de avalar las narrativas de los sectores racistas de extrema derecha estadounidense (Finchelstein, 2021c).

Finalmente, respecto al último punto y la cuestión de la intelectualidad, Finchelstein apunta a una diferencia entre el fascismo histórico y la extrema derecha populista de hoy que, según él, radica en el hecho que si bien por ejemplo los fascistas italianos ponían una gran énfasis en lo intelectual (para más sobre la relación entre los intelectuales y el fascismo, sobre todo en el caso italiano, véase: Traverso, 2014: 30-33), los “aspirantes a fascistas” (“*wannabe fascists*”) de hoy ya no muestran nada de esto: tanto Trump, como Bolsonaro no leen mucho y el nuevo extremismo ni siquiera se preocupa por ninguna apariencia de tener un “pedigrí intelectual” ni mucho menos de contar con algún “canon intelectual” propio. Como recuerda Finchelstein, esto no significa que los fascistas “clásicos” fueran menos violentos o menos radicales y hoy también hay ciertos “ideólogos” del fascismo “que son semi-educados” y/o se consideran “intelectuales” –como por ejemplo Steve Bannon o Steve Miller que han sido colaboradores y funcionarios de la administración trumpista–, pero los fascistas “clásicos” al menos estaban interesados en proporcionar alguna suerte de trasfondo intelectual a sus mitos, mentiras y propaganda, mientras los “aspirantes a fascistas” de hoy emplean las mentiras y propaganda ya sin ninguna necesidad de una fachada intelectual (Finchelstein, 2022a: 5-6).¹¹⁰

(véase: Moyn 2023)–, y sus escritos sobre la mentira en la política que fue uno de los síntomas de este declive deberían ser leídas en esta clave y no en clave “totalitaria” y/o “fascista”, tal como lo propone Finchelstein. Sí, tiene razón este autor –y muchos otros “alarmistas”–, que las mentiras de Trump son parte integral de su política y su imagen pública, pero –nuevamente– la genealogía de ellas es muy diferente a lo que claman. Lo que no mencionan Finchelstein y otros es que las mentiras de Trump no tienen raíces en ningún proyecto “totalitario”, ni denotan ninguna “anatomía fascista” de él –la interpretación que deriva de su lectura miope de Arendt–, sino están arraigadas en sus antecedentes como vendedor transante y estafador de bienes raíces en Nueva York, como personaje y animador del mundo de los *reality-shows* y en la tradición del espectáculo de la lucha libre estadounidense. Todo ellos están sustentados en la mentira y en la actuación, un *modus operandi* muy “americano” que Trump ha trasladado directamente del mundo de negocios y espectáculo a la política y algo que por igual podría ser leído en clave de la “decadencia” y declive imperial estadounidense a los que Trump se presenta como una panacea (MAGA), siendo en realidad, junto con sus mentiras, su síntoma.

¹⁰⁹ El *trend* dominante y creciente de reescribimiento de la historia y la “conversión del pasado en arma” (*weaponization of the past*) y su uso como herramienta en la lucha política, particularmente por los gobiernos de extrema derecha, ha sido también identificado y criticado por Richard J. Evans: “En principio no hay nada malo en reescribir la historia –anotaba Evans– nosotros los historiadores lo hacemos todos los días, esta es de hecho nuestra tarea”. El problema empieza, según él, cuando historia una disciplina contenciosa, crítica y diversa se convierte, “mediante los intentos de gobiernos ignorantes y mendaces” en un apéndice de la política “con los ciudadanos obligados a ajustarse a una versión particular de la misma” (Evans, 2021a).

¹¹⁰ Otro problema con la insistencia de Finchelstein de enmarcar exclusivamente la mentira en la política en clave fascista –el análisis que le permite clasificar de este modo a Trump y otros “aspirantes a fascistas”–, es que esta es, como lo subrayaba propia Hannah Arendt y lo que parece, cuando le conviene, ignorar Finchelstein, parte integral de la política *mainstream*, no solo de sus “periferias fascistas”. Un buen ejemplo de esto es que el contrincante de Trump en las elecciones de 2020, el Demócrata Joe Biden, mintió en múltiples ocasiones en la propia campaña –asegurando por ejemplo que dada su avanzada edad no se iba a postular para el segundo mandato, cuando lo hizo en 2024, solo para luego ser forzado a bajarse de la contienda–, o que desde hace años repite una serie de mentiras acerca de su biografía –respecto a su historial educativo o que por ejemplo ha sido un activista en el movimiento por los derechos civiles cuando no lo era, o que ha sido arrestado tratando de visitar a Nelson Mandela en Sudáfrica, cuando nada así tuvo lugar, etcétera–, algo que nunca ha sido propiamente investigado ni sometido al “*fact-*

A pesar de sus insistencias de vincular e inscribir la nueva extrema derecha en el linaje fascista, Finchelstein, leído cautelosamente, igualmente demuestra, como ya se ha indicado también anteriormente en referencia a su “sinuoso” uso del término “fascismo, al menos en sus libros –mientras que en sus columnas o en las entrevistas suele ser bastante menos riguroso–, una medida y una cautela en calificarla inequívocamente de “fascista”, incluso en casos que considera como “extremos” como Trump. Para Finchelstein, para dejarlo en claro, más que un “fascista *tout court*”, Trump –tal como lo escribía en *Del fascismo al populismo en la historia*, una fuente autoritativa para reconstruir su pensamiento– es más bien un ejemplo de la emergencia de “un nuevo populismo que combina el neoliberalismo con resabios fascistas” y que “aún no queda claro si el surgimiento de este tipo de líderes llevará o no al fascismo del siglo XXI” (Finchelstein, 2017: 186). Así, por ratos Finchelstein en su análisis no solo habla también de “neofascismo”, sino que emplea a veces el término de “posfascismo” describiendo en algunos lugares el estilo de Trump como “posfascismo populista”, un estilo político carismático que tiene una comprensión extremadamente sacralizadora de la política y está centrado en el líder (Finchelstein, Piccato, 2016), siendo este un término asociado por lo general con los estudiosos que se rehúen a comparar la política de hoy a al período de entreguerras –y los “escépticos” en el “debate sobre el fascismo”–, y que ven al “fascismo” como un concepto a la vez ineludible, pero también inapropiado para aprehender nuestra nueva realidad política, por lo que insisten en introducir el prefijo “pos”. Con esto buscan no igualar, como Finchelstein, sino más bien distinguir estas formaciones nuevas del fascismo histórico, apuntando tanto a ciertas continuidades como, sobre todo, a las rupturas de la historia (Támas 2000; Traverso, 2019b y véase: el apartado siguiente), mientras para Finchelstein el “posfascismo” de Trump, junto con sus mutaciones, tiende casi exclusivamente a una continuidad con la historia del fascismo. En esto, basándose en su modelo del surgimiento de populismo como la “desfascización del fascismo” –siendo el ejemplo más claro de ello, como ya hemos visto, Juan Perón en Argentina–, Finchelstein no hace ninguna diferenciación entre el populismo y el posfascismo porque, justamente, el populismo, para él, “es el posfascismo”, siendo esta transformación justamente el fruto de cuando el fascismo se metió dentro del mundo de la democracia de la posguerra (Finchelstein, 2023). Y –he aquí otro rasgo característico de su uso de “posfascismo–, mientras los ya mencionados teóricos del “posfascismo” como Traverso o Tamás han introducido este término para dejar de hablar del fascismo, Finchelstein, cuando lo retoma por ratos –viendo por ejemplo en un lugar a Trump como “una extrema forma del posfascismo” (Finchelstein, 2022a: 105)– los usa en cambio para seguir hablando del fascismo, comparar con él la extrema derecha contemporánea y alertar del supuesto “regreso” del nuevo populismo a sus “raíces fascistas”.

2.1.4. Posfascismo (Enzo Traverso)

Introducido en el contexto del auge de la extrema derecha en los últimos 15 años por Enzo Traverso el término “posfascismo”, mejor expuesto en su libro *Las nuevas caras del fascismo* (2019a; véase también: 2017a, 2017b, 2019b, 2019c, 2019d, 2019e, 2019f), surge, según su autor, de un afán de hacer frente a una “ambigüedad semántica” que se ha podido observar paralelamente a este proceso. Si bien, como anotaba Traverso, pocos (sic) comentaristas y/o analistas hablaban directamente del “fascismo” para describir los movimientos y/o partidos políticos en cuestión, reconociendo las diferencias del contexto entre hoy y los años 30 –una observación que, sin embargo, en los últimos ya no resulta tan precisa y que justamente dio inicios al “debate sobre el fascismo”–, muchos para describir estas agrupaciones usaban las comparaciones con el período de entreguerras y la Segunda Guerra Mundial (Traverso, 2019a: 4). Para aclarar esta “ambigüedad”, por lo tanto, resultaba útil, según Traverso, introducir un nuevo concepto –el “posfascismo”¹¹¹– que enfatizara su distinción cronológica y ubicara a aquellas fuerzas en una secuencia

checking” por los medios o por los estudiosos en el tema, enfocados exclusivamente en verificar y condenar las mentiras de Trump, tratadas como algo “excepcional” (véase: Lazare, 2020).

¹¹¹ La introducción del “posfascismo” por Traverso, responde a la conceptualización en el sentido de la historia conceptual de Koselleck, que se esforzaba por captar la transformación de nuestro lenguaje en relación a los cambios del mundo social subyacente y en la cual la experiencia histórica precede a su conceptualización y los conceptos son un producto de una inherente tensión entre la historia y el lenguaje (Traverso, 2019a: 4; véase también: Koselleck, 2002). Aun así, si bien Traverso en ningún lugar hace mención de ello –sea por desconocer su trabajo u omitiendo a propósito la referencia–, el primer teórico que introdujo el término “posfascismo” fue el sociólogo marxista húngaro, Gáspár Miklós Tamás en el año 2000, no tanto como un afán de “sortear una ambigüedad semántica” como Traverso, sino como un informado históricamente esfuerzo para darle el nombre a las nuevas formas políticas de la extrema derecha. Para Tamás el “posfascismo” era un conjunto de políticas, prácticas, rutinas e ideologías que se podían observar en todas partes del mundo –por lo que no se trataba de “contagios” ni “inspiraciones” sino de un “proceso global simultáneo”–, y que poco o nada tenían que ver, salvo en Europa Central, con el legado histórico del nazismo/fascismo. Formas que, contrario al fascismo clásico, no eran totalitarias ni se basaban en movimientos de masas violentos o en filosofías irracionales y voluntaristas, aunque por otro lado compartían con el fascismo clásico el generalizado asalto al legado de la Iluminación y a la idea de la “ciudadanía universal” (Tamás, 2000; para más sobre su pensamiento y la centralidad del “posfascismo” en él, véase: Jäger, 2023). Simultáneamente al “posfascismo”, Tamás introdujo también el concepto del “etnicismo”. Para él, el etnicismo era el sucesor y a la vez el adversario del nacionalismo: si anteriormente había un *drive* desde el Estado-nación a homogenizar los grupos étnicos y religiosos, en el capitalismo tardío ya no existe “una razón universalista convincente” para que varios grupos étnicos permanezcan juntos. Las comunidades étnicas buscan entonces una unión prepolítica, racial y cultural con su propia forma de autogobierno, pero a diferencia del viejo nacionalismo, lejos de los arreglos conceptuales universalistas y sin elementos ilustrados de la liberación cívica. Con esto los conflictos de clase y problemas sociales no solo acaban presentados como “étnicos”, sino los polos acaban revertidos con los etnicistas pretendiendo

histórica determinada reflejando tanto continuidad como transformación, continuidad y ruptura histórica (*Ibidem*: 3-4). En este sentido el “posfascismo” es un fenómeno con una cierta “dialéctica de continuidades y discontinuidades” entre los fascismos de ayer y hoy y uno con un carácter “transatlántico” y global ya que aplica tanto a los movimientos en Europa (Francia, Italia, Hungría, etcétera), América del Norte (Estados Unidos) o América Latina (Brasil), una perspectiva que Traverso retomó explícitamente de Finchelstein (véase: Traverso, 2015, 2016a). A la vez según Traverso de ninguna manera se puede hablar de “un simple retorno del fascismo”, porque todos estos movimientos por un lado carecen de una ideología clara e uniforme y por otro son mucho más heterogéneos que los movimientos y regímenes del fascismo histórico (Traverso, 2021a). Así, según Traverso, la introducción del “posfascismo” ciertamente no iba a responder a todas las preguntas que se han abierto con el auge de la extrema derecha en los últimos años, pero sí iba a ayudar a enfatizar la realidad del “cambio” y “movimiento” (2019a: 4).

Si bien, como señalaba Traverso, el “fascismo” es un concepto que forma parte integral de nuestra consciencia y el imaginario político, muchos aspectos del contexto actual complican el uso de esta referencia histórica, siendo uno de estos obstáculos por ejemplo la existencia del término “islamofascismo” un nebuloso cuasi-concepto introducido en la primera década del siglo XXI, por varios intelectuales, pensadores, periodistas y políticos en marco a la “Guerra al Terror” (*War on Terror*) para advertir sobre el supuesto renacimiento del fascismo entre los grupos musulmanes radicales (Traverso, 2015). Fue en este momento cuando después de unas décadas de ausencia del fascismo en el discurso público –la desaparición marcada por el periodo del “fin de la historia” y la derrota y “melancolía” de la izquierda post-1989 en el que tanto hablar de fascismo como el ethos antifascista parecía desacreditados (véase: Traverso, 2018a)– que resurgió de repente el interés en el “fascismo” que fue reincorporado al léxico político activo para hablar la política islamista militante vinculada a Osama bin Laden, al-Qaeda y luego el llamado Estado Islámico, con algunos autores, a fin de apoyar esta analogía, citando la violencia militarista, la guerra yihadista, la ideología excluyente y una visión totalizadora de la organización social y moral de estas agrupaciones (Traverso, 2018a, 2021a; véase también: De Grazia, 2020). Si bien el mismo Traverso rechaza esta paralela y el mismo término por ser poco riguroso y por oscurecer más en vez de explicar la anatomía política de estos grupos, dado que el contexto europeo y mundial de entreguerras y el contexto de Medio Oriente de principios del siglo XXI han sido diametralmente diferentes (véase: 2015), el “islamofascismo” en sí mismo, en su opinión, dificultaba hablar del “posfascismo” en la política actual en la medida en que varias de las mismas fuerzas políticas que respondían a este término eran las mismas que aseguraban estar defendiendo el “mundo occidental” de la “amenaza islamista”, o sea, del propio “islamofascismo” (Traverso, 2019a: 5-6 y 82-93).¹¹²

Pero justo en este sentido que hoy en día la noción del “fascismo” se aplica ampliamente tanto para hablar de la nueva extrema derecha como del islamismo terrorista –dos fenómenos respecto a los cuales se puede cuestionar fuertemente su uso–, la introducción del “posfascismo”, cuya aplicación Traverso limita a los movimientos de la extrema derecha, pretende de alguna manera sortear la confusión, enfatizando además el cambio del contexto político e intelectual entre hoy y ayer. La extrema derecha de hoy, subraya Traverso, ya no está representada por los ultranacionalistas marchando en uniforme por las calles de las capitales europeas sino por las agrupaciones que aceptan las reglas democráticas y obran desde adentro de los establecidos sistemas constitucionales. Otro cambio de contexto, es que si bien el rasgo común de todos los posfascismos es la xenofobia, el odio hacia los inmigrantes que inspira la ideología y la acción política –con el inmigrante como la metáfora de un “enemigo interior” que corrompe desde adentro el cuerpo nacional como un virus o un cáncer y a la vez sirve como un “chivo expiatorio” culpable por todos los males de una sociedad dada, un elemento ideológico que ha sido un constitutivo del discurso fascista en referencia a los judíos–, en comparación con los movimientos fascistas clásicos hay un importante desplazamiento “sistémico” del antisemitismo hacia la islamofobia (para más este punto véase: Traverso, 2016b), siendo el principal objetivo de ellos hoy en día no los judíos, sino los musulmanes (2019a: 183 y 186). Así, para Traverso, hablar de “posfascismo”, más que solamente comparar estos movimientos al fascismo clásico, permite sobre todo captar esta suerte de “desplazamiento ideológico” y captar la esencia de la nueva extrema derecha en términos de “prácticas involuntarias e inconscientes en lugar de los términos estratégicos que aún quedan difusos” (2019a: 43-44). En este sentido –y este aspecto del “posfascismo” en la conceptualización de Traverso parece sumamente interesante desde el punto de vista investigativo–, se trata de un concepto “abierto” y “transicional” ya que se refiere a un fenómeno “contradictorio”, “inestable” y “aun en cristalización”: un cóctel explosivo de nacionalismo, xenofobia, racismo, liderazgo carismático, identitarismo reaccionario y política regresiva antiglobalización que aún puede tomar formas diferentes y llevar a desenlaces difíciles de prever (Traverso, 2019c, 2019d).¹¹³

que “la nación está dondequiera que vivan las personas de su etnia” sin importar la ciudadanía y tratando a los conciudadanos de su Estado-nación como étnica, racial, denominacional y culturalmente “extranjeros” (sic), no al revés (Tamás, 2000). Finalmente, igual que Traverso, optando por usar el “posfascismo”, Tamás trataba al “populismo” como un concepto “vacio” e “inadecuado” (Tamás, 2017).

¹¹² Para Griffin (véase: 2.1.2.) la introducción al debate público y académico del “islamofascismo” ha sido uno de los más radicales ejemplos de la deflación del término de “fascismo” en los últimos años y del divorcio entre el significante y el significado (Griffin, 2013).

¹¹³ El carácter “inestable” del posfascismo, según Traverso, permite proyectar tanto la posibilidad de que la extrema derecha evolucione hacia la posiciones más moderadas que la transformen en una versión meramente más dura de la derecha tradicional, como el riesgo de que grandes eventos o una nueva crisis estimulen su radicalización neofascista. Si bien, mirando por ejemplo desde Europa, la Unión Europea (UE) no es ningún “remedio” para el auge de la extrema derecha sino más bien sirve como un “combustible” para ella, su eventual desintegración podría servir como un posible acelerante de la radicalización del posfascismo. Aunque hasta ahora, como bien apunta Traverso, el capital financiero no apuesta por estos movimientos y en Europa, la elección preferida del gran capital son los “tecnócratas neoliberales”, mientras en Estados Unidos los verdaderos “candidatos de Wall Street” han sido Hillary Clinton y Joe Biden, no Donald Trump, en una “situación de caos”, todo podría ser posible (Traverso,

Si bien, como apunta Traverso, el posfascismo extrajo su vitalidad inicial de la crisis económica en los últimos años, sobre todo de las políticas de la austeridad introducidas después de la crisis financiera de 2008 y del agotamiento general de las democracias liberales que han conducido la ciudadanía hacia la abstención –algo que en efecto podría apremiarnos a buscar analogías más cercanas con el periodo de entreguerras–, su ascenso se da en un contexto profundamente diferente del que estuvo detrás del nacimiento del fascismo histórico en las décadas de los 20 que después del colapso del orden liberal del “largo siglo XIX”, se presentaba como toda una “alternativa civilizatoria” y una “revolución nacional” en sus países respectivos, proyectada al futuro y a fin de establecer un “orden nuevo” y forjar un “Hombre Nuevo” con cara al futuro. Con esto tenía, al menos ciertas, ambiciones revolucionarias y “futuristas”, combinadas con una naturaleza contrarrevolucionaria. El posfascismo en cambio, no tiene ni una ni otra: no tiene ni carácter revolucionario ni contrarrevolucionario. No va dirigido en contra de ninguna amenaza real de la izquierda (hoy inexistente), ni mira al futuro siendo profundamente conservador y reaccionario. Carece de cualquier impulso vital y utópico de su ancestro, surgiendo en una era postideológica marcada por la apatía social, la desmovilización, la despolitización, el colapso de las esperanzas del siglo XX y el cierre de un “horizonte del futuro” (para este punto, véase arriba: 1.6.). Está limitado por una temporalidad “presentista” y por el escueto horizonte de los plazos electorales. Y al nutrirse de la apatía ciudadana y de la abstención electoral y no tiene ninguna ambición de movilizar a las masas:

Su modernidad se funda en su uso eficaz de los medios y de las técnicas de comunicación –sus líderes se revientan en las pantallas de televisión– más que en su mensaje, completamente desprovisto de toda mitología milenarista. Si bien sabe fabricar y explotar el temor presentándose como una muralla frente a los enemigos que amenazan a la “gente común” –la mundialización, el islam, la inmigración, el terrorismo, etcétera–, sus soluciones consisten siempre en retornar al pasado: retorno a la moneda nacional, reafirmación de la soberanía, repliegue identitario, protección de la gente humilde que se siente, a partir de ahora, “extranjera en su patria” (Traverso, 2016b).

Así, mientras el fascismo pertenece a una época histórica, el siglo XX, en la que destruyó la democracia, según Traverso, el posfascismo ha perdido por completo la dimensión subversiva y transformativa de su antepasado: no quiere suprimir el parlamentarismo ni los derechos individuales, tratando más bien a degradar, pero no destruir por completo la democracia. En este sentido el posfascismo ya no tiene valores “fuertes”, centrándose más bien en llenar el vacío que ha dejado la política reducida a lo impolítico. Los posfascistas defienden por ejemplo un modelo plebiscitario de la democracia que destruye cualquier proceso de deliberación colectiva a favor de una relación que fusiona al pueblo con el líder, la nación y su jefe. La principal característica del posfascismo actual es así, según Traverso, esta contradicción de la coexistencia de la herencia del fascismo clásico con nuevos elementos que no pertenecen a esta tradición (Traverso, 2019a: 32; véase también: 2021e). De allí, dado su carácter “transitorio” –y esta observación de Traverso resulta particularmente interesante–, una vez el posfascismo cobre una forma política e ideológica más estable habrá que acuñar un nuevo concepto para hablar de él: “El posfascismo pertenece a una régimen particular de historicidad –el comienzo del siglo XXI– lo que explica su contenido ideológico errático, difuso y muchas veces contradictorio, en el que se mezclan filosofías políticas antinómicas” (2019a: 7). Por lo mismo el “posfascismo” no tiene el mismo estatus que “fascismo”: si bien la discusión historiográfica sobre el fascismo sigue abierta, el concepto se refiere a un fenómeno cuyas fronteras cronológicas y políticas estas lo suficientemente claras. Así, hablando del fascismo sabemos sin ambigüedad de que estamos hablando, mientras hablando del posfascismo, dada la heterogeneidad de los movimientos y partidos que caerían en esta categoría, esto aun no queda tan claro. Y si bien el posfascismo carece de un perfil político e ideológico históricamente determinado como el propio fascismo, el comunismo o el liberalismo, tiene al menos –en el tenor de lo ya mencionado– dos características principales: i) se ha desarrollado y tomado una forma posteriormente a la experiencia histórica del fascismo clásico/histórico y ii) tiene “pretensiones de identidad” y “reflejos culturales” fascistas, pero carece por completo de la dimensión “utópica” del fascismo y no pretende restaurar sus formas clásicas. En este sentido, es importante para Traverso, distinguir el posfascismo del “neofascismo”, o sea de un afán de regenerar y perpetuar el fascismo viejo: el posfascismo, salvo algunas excepciones de movimientos que abiertamente aluden a una continuidad identitaria, ideológica y política con el fascismo histórico –como por ejemplo Jobbik en Hungría, el Partido Nacional en Eslovaquia o el Amanecer Dorado en Grecia– la mayoría de los movimientos posfascistas, sobre todo en Europa, si bien vienen de unas genealogías fascistas como por ejemplo Frente Nacional (FN) en Francia, en muchos aspectos un movimiento posfascista emblemático, en las últimas décadas han hecho todo para distanciarse no solo del neofascismo/neonazismo, sino de sus propios raíces y orígenes, al menos en público (Traverso, 2019a: 6).

Como bien recordaba Traverso, proviniendo claramente de una genealogía del fascismo francés, el Frente Nacional, fundado en 1972, logró aglutinar diversas corrientes de extrema derecha francesa: los nacionalistas, los católicos fundamentalistas, los *poujadistas* y los nostálgicos por el pasado colonial, siendo también, para Traverso, la clave de su éxito la distancia relativamente corta entre el régimen colaboracionista de Vichy y la época de la guerras coloniales francesas (Traverso, 2006: 129-131). Tras sufrir importantes metamorfosis a partir de los 90, desde 2011 con Marine Le Pen como líder, el FN “realmente cambió de piel”, aunque si bien ya no era fascista, tampoco se ha convertido de todo a la democracia, permaneciendo

2019b). De hecho, en un momento, la pandemia de Covid-19 se ha presentado como una nueva crisis global de esta magnitud y el fuerte intervencionismo estatal suscitó toda una serie de debates sobre la posibilidad de un salto hacia regímenes políticos más autoritarios. Sin embargo, si bien la extrema derecha y los posfascistas a lo largo del mundo “no se hundieron por completo” como lo esperaban por otro lado algunos comentaristas (para esta discusión véase: Mudde, 2020a), pero tampoco han lidiado exitosamente con esta crisis y no han sabido capitalizar en ella (Traverso, 2020c.). De hecho, entre otros a raíz de ello tanto Trump como Bolsonaro perdieron sus reelecciones (véase: Traverso, 2022b, 2022c).

más bien en un limbo posfascista “colgado” entre aquellos dos polos. Aun así, como subraya Traverso, FN abandonó muchos de sus antiguos preceptos ideológicos, reposicionándose en la escena política francesa y llegando a definir en mucha parte la política interior con los socialistas y los neoliberales franceses, vistos como un baluarte en contra de la extrema derecha pero adoptando a la vez su agenda identitaria, xenófoba, “*securocrática*” (Traverso, 2019a: 7 y 14). De modo paralelo, en lo que solo podría ser visto como una risa de la historia el actual gobierno de Francia bajo Emmanuel Macron no solo ha adoptado muchas de las políticas xenófobas y antinmigrantes del Frente Nacional (al igual que FN internalizó por ejemplo todas las coordenadas económicas de la austeridad pregonadas por los neoliberales), sino que desde el principio se definía como “ni de derecha ni de izquierda”, que es justamente la fórmula con la que Zeev Sternhell bautizó al fascismo que según él nació precisamente en Francia de un encuentro entre los círculos nacionalistas y el sindicalismo revolucionario (Sternhell, 1995; véase también: Sternhell, Asheri, Szajder, 1989; Giordani 2021). Igualmente el gobierno de Macron ha tomado una postura profundamente represiva respecto a los movimientos sociales (por ejemplo Chalecos Amarillos) que no solo contaba con el apoyo de FN, sino que podría en sí misma ser calificada como “fascista”, aunque este giro a la violencia en opinión de Traverso más que representar una tendencia de “fascistización”, reflejaba la aparición de nuevas formas de neoliberalismo autoritario (Traverso, 2021e).

Otro emblemático movimiento posfascista es Fratelli d'Italia (FdI) de Giorgia Meloni –convertida en la primera ministra de Italia tras las elecciones en septiembre de 2022, a cien años de la Marcha sobre Roma de Mussolini– que combina una genealogía fascista al provenir del Movimiento Social Italiano (MSI), un partido de extrema derecha de la posguerra fundado por los antiguos simpatizantes de Mussolini y que en los 90 se convirtió en Alianza Nacional (AN) aglutinando los elementos populistas neoliberales reunidos en torno a Silvio Berlusconi y “arrastrándose” así hacia el *mainstream* político.¹¹⁴ Otro de los estudiosos del fascismo que también adoptó tempranamente el término “posfascismo” para hablar de la evolución del MSI en AN y de la mutación FN francés, ha sido Kevin Passmore (2014b: 97-102). También para Emilio Gentile, un eminente historiador italiano de fascismo (para más sobre enfoque de Gentile véase: abajo), FdI es esencialmente un partido “posfascista” que se inscribió en la derecha nacional conservadora: aceptó las reglas del Estado democrático, de la República y juró sobre la Constitución, algo que demuestra que el fascismo histórico, según Gentile, ha sido derrotado una vez por todas en 1945 y que los “seguros republicanos” están funcionando (Gentile, 2023).¹¹⁵ Contrario a esto, para Traverso, la victoria de Meloni ha demostrado en cambio que las “salvaguardias antifascistas” republicanas en Italia se han erosionado: no solo porque los posfascistas fueron capaces de destruirlos y ascender al poder, sino porque todas las fuerzas políticas italianas que se decían antifascistas abandonaron este discurso, ante todo la centroizquierda. Se inscribían con esto en el cambiante ciclo de la memoria nacional que iba incluyendo en el “panteón nacional” también a los propios fascistas –sobre todo a “los muchachos de Salò”, los milicianos de llamada República Social Italiana' (1943-45), “los jóvenes idealistas dispuestos a sacrificarse por la patria al igual que los antifascistas”–, con el argumento que los italianos debían “reconciliarse” y “superar la división fascista/antifascista”, el mismo fenómeno que, como recordaba Traverso, se pudo observar en Francia en torno al régimen de Vichy (Traverso, 2023a). Arrojando más luz sobre el ascenso de FdI y en general de la extrema derecha contemporánea, Traverso subrayaba que Meloni pasó años al margen político antes de ser elegida primera ministra, atrayendo por lo general solo los nostálgicos del fascismo mussoliniano, pero a la vez construyendo una base más amplia y moviéndose lentamente hacia el *mainstream*. Simbólicamente, para Traverso, este ha sido el punto de inflexión significativo e histórico: por primera vez en la historia de la Italia republicana llegaba al poder una fuerza política que reivindicaba con orgullo el legado del fascismo y que pertenece a esta tradición y no a una de las corrientes políticas que crearon la República y su Constitución al final de la Segunda Guerra Mundial. Pero el resultado de las elecciones era anticipado y hay que verlo como una culminación de un proceso que se ha ido dando desde hace un par de décadas. Al igual que otras fuerzas de este tipo –FN en Francia o Fidesz en Hungría–, y a diferencia de Hitler o Mussolini, FdI no quiere establecer ningún futuro utópico ni régimen político nuevo (Traverso, 2023). Finalmente, vale la pena añadir, el hecho de que tanto FN (desde 2018 renombrado como Agrupación Nacional), como FdI hayan sido lideradas por las mujeres (en 2022 Marine Le Pen ha sido sustituida, después de 11 años al mando, por su protegida, Jordan Bardella), es una operación muy particular propia del posfascismo en el que las mujeres se presentan como alternativas más sólidas a los tecnócratas masculinos tradicionales, encarnando tanto la dureza derechista como rasgos femeninas y el enfoque en el cuidado y la familia, siendo a la

¹¹⁴ Unos años antes de que Traverso se propusiera a hablar de “posfascismo” el académico italiano Piero Ignazi propuso una útil distinción entre dos vertientes de extrema derecha en Europa: la “vieja extrema derecha” ideológicamente vinculada al fascismo y la “nueva extrema derecha” que no tiene vínculos manifiestos con el fascismo, pero que es igualmente extremista en sus actitudes antisistema. El ejemplo del primero en el contexto italiano era precisamente MSI creado en 1948 como una continuación explícita del movimiento fascista de Mussolini, mientras el ejemplo del segundo era la Liga Norte (LN), posteriormente rebautizada simplemente como Liga (Lega), un movimiento que surgió históricamente de una tradición antifascista (sic), pero que sin embargo, abrazó una postura virulentamente racista y antinmigrante (Ignazi, 2002: 22-23).

¹¹⁵ Otros estudiosos como por ejemplo Finchelstein y Mammone, argumentan en cambio que el uso del término “fascismo” respecto a Meloni y FdI es “legítimo”, apuntando a la manera en la que desde la llegada de Berlusconi al poder el término “conservadurismo” empezó a reemplazar gradualmente los términos “extrema derecha”, “fascismo” y “neofascismo” para oscurecer sus verdaderas dimensiones históricas y aconsejaban a los medios “a sacar las lecciones” de esta normalización, sobre todo en contexto del auge de los mandatarios como Trump, Bolsonaro y otros “aspirantes a fascistas” (*wannabe fascists*) (Finchelstein, Mammone, 2021; Finchelstein, 2018b). En el mismo sentido, para Broder la elección de Meloni marcó el éxito final de una larga lucha de los herederos políticos de Mussolini por dar una forma a la cultura política en Italia “redefiniendo el conservadurismo de una manera que se pudiera integrar en ella las referencias fascistas, su tradición y su personal”, reestructurando así la memoria colectiva en el país, un proceso facilitado, entre otros, por el colapso del centro político en los 90 y las maquinaciones aliancistas de Berlusconi (Broder, 2023).

vez un afán de darle a estos movimientos una suerte de “rostro humano” y marcar el corte con el fascismo histórico dominado por las visiones de la virilidad y la masculinidad (véase: Greenberg, 2024: 572). Meloni es conservadora en cuestiones morales, pero a la vez, al igual que en su momento Marine Le Pen, se presenta –en sintonía con lo que ya se ha señalado–, como la principal defensora de los derechos de las mujeres “amenazadas por el oscurantismo islámico” (junto con el “islamofascismo”), siendo esto la típica demagogia de la derecha posfascista e identitarista de hoy.

El fascismo, subraya Traverso, ciertamente tiene un carácter “transhistórico” –algo que, según él, nos hace pensar por ejemplo en las dictaduras militares en América Latina en las décadas de los 60 y 70 (algo en lo que por otro lado Nicos Poulantzas fuertemente diferiría, véase: arriba)–, y es algo que no puede desconectarse del capitalismo. Pero ver el fascismo como algo vinculado a la crisis global del capitalismo no significa considerarlo como su resultado inevitable (aquí Poulantzas estaría de acuerdo). En Estados Unidos por ejemplo el resultado histórico de la crisis del capitalismo en los años 30 no fue el fascismo, sino el *New Deal* (Traverso, 2019a: 25). Pero lo que es lo más significativo, es que –como ya se ha mencionado– el posfascismo de hoy carece por completo de una dimensión subversiva de sus antepasados: no desea suprimir el parlamentarismo ni los derechos individuales; más bien intenta a destruir la democracia desde dentro. Otra importante diferencia es la ausencia de la de la izquierda organizada: de la “amenaza bolchevique” y del anticomunismo en general, que constituían uno de los pilares fundamentales del fascismo clásico (“una revolución en contra de una revolución”).¹¹⁶ En cambio el motor de los ideales de la derecha radical hoy, subraya Traverso, es su crítica (instrumental) al neoliberalismo: el “posfascismo” es reaccionario, autoritario, inspirado en el llamado populismo soberanista, algo muy diferente al fascismo que tenía otras características como, entre otras cosas, una dimensión militarista, expansionista, imperialista, con la violencia del fascismo histórico como el resultado de la Primera Guerra Mundial y la “brutalización” de la cultura europea entre 1914 y 1918 (Traverso, 2019a: 105).¹¹⁷ Igualmente el fascismo ha sido, bien añadía en otro lugar Traverso, el fruto de una movilización de masas y la movilización de base (2019f).¹¹⁸ Nada así existe hoy en la agenda y en el imaginario político-ideológico de las extremas derechas. Así, para Traverso, la extrema derecha de hoy tiene más que ver con el *Kulturpessimismus* prefascista de principios del siglo XX, uno de los objetos de atención de György Lukács en sus estudios del fascismo. Para Lukács, el irracionalismo filosófico que hizo mancuerna con el surgimiento de la etapa imperialista del capitalismo ha sido su principal caldo del cultivo, un problema (la “destrucción de la razón”) que no había desaparecido con la derrota histórica del fascismo en 1945, sino que continuaba alimentando tendencias reaccionarias, aunque de manera más encubierta en la nueva era de la Guerra Fría dominada por el imperio estadounidense (véase: Lukács, 2021). Para Traverso es precisamente este irracionalismo prefascista y “pesimista” que mejor define las corrientes políticas posfascistas de hoy haciendo que “el prefascismo se vuelva indistinguible del posfascismo” (Traverso en: Lukács, 2021: l-li). Uno de los ejemplos de estas diferencias que ya hace años ponía Traverso, era la política exterior de Trump, que representaba una forma “salvaje” de capitalismo “sin rostro humano” y que era fundamentalmente diferente de la noción alemana de *Lebensraum* y la noción italiana de *spazio vitale* porque su visión, según Traverso –en sintonía con la opinión de Paxton que inicialmente más que como un fascista prefería ver a Trump como “un plutócrata capitalista” (Paxton, 2016a)–, no trascendía su visión “negocio-céntrica del mundo” y “sus particulares intereses comerciales” (Traverso, 2017b). Y las arengas de

¹¹⁶ Traverso sigue aquí al análisis de Mayer para quien fue el fracaso del marxismo a principios del siglo XX que desembocó en el auge del fascismo. Para Mayer, el nazismo y el fascismo fueron la conclusión final de la alianza de la clase dominante aristocrática feudal que intentaba mantenerse en el poder con los sectores contrarrevolucionarios. No se trataba de ningún caso singular de *Sonderweg* [el camino especial] alemán, en el que una revolución burguesa fallida provocó la retención de elementos feudales que condujeron al fascismo/nazismo, sino más bien del hecho que la misma idea de una revolución burguesa en toda Europa era defectuosa. Mayer analizó esto extensamente en su estudio magistral sobre los orígenes del Holocausto, publicado solo un año después de que terminara la controversia Nolte-Habermas y a un año de la caída del Muro de Berlín, viendo el surgimiento del fascismo como un movimiento de masas indisolublemente ligado a la derrota del marxismo (Mayer, 1988). Nuevamente: ninguna derrota de la izquierda de esta magnitud, dada su implosión anterior post-1989 (véase: Traverso, 2018a), forma parte del contexto del auge de la extrema derecha actual.

¹¹⁷ Para más sobre la importancia y el impacto de la Primera Guerra Mundial como la “guerra industrial” y su impacto en las sociedades europeas como una precondition para el auge del fascismo, véase: Traverso, 2003: 77-90 y 93-99. También para Tooze, dado que las dos condiciones principales para el auge del fascismo a principio del siglo XX: i) la experiencia de la guerra masiva e industrializada en contexto de la competencia interimperialista y ii) la amenaza activa de la guerra de clases y la revolución, no existen, el mejor término para hablar de la extrema derecha contemporánea, tanto de Trump como por ejemplo de Meloni, es igualmente “posfascismo”. De hecho, como apuntaba este autor, la mayoría del *establishment* económico se movilizó en contra de Trump, precisamente porque la izquierda no representaba ningún tipo de amenaza al sistema económico. Así, la extrema derecha de hoy no es comparable de ninguna manera significativa con el fascismo de entreguerras y comparar ambos significa más bien correr el riesgo de perder de vista la especificidad de las condiciones y los factores causales claves que permitieron que surgiera el fascismo a principios del siglo XX y que hoy en día no existen (Tooze, 2022b). A lo mismo, a la importancia –y la ausencia–, del contexto de la Primera Guerra como el caldo de cultivo del fascismo marcado por la brutalidad y estado de ánimo beligerante, algo que no tiene paralelo en la actualidad apuntaba Evans (2019b, 2021b).

¹¹⁸ En este punto, si bien resulta importante la comparación con el período de entreguerras del siglo XX y las primeras dos décadas del siglo XXI, es más en el sentido *blochiano*, para enfatizar las diferencias: en ambos casos, detrás de auge de la extrema derecha estaba la crisis del orden internacional, contextos en los que nacieron tanto el fascismo y el posfascismo, pero estas situaciones caóticas y fluctuantes han tenido magnitudes sustancialmente diferentes: el caos posterior a la Primera Guerra (la “Gran Guerra”), el resultado de la ruptura del llamado “Concierto de Europa” y del liberalismo clásico del siglo XIX, era mucho más grave que la crisis del liberalismo contemporáneo a consecuencia del fin de la Guerra Fría (Traverso, 2019d).

Trump y del trumpismo en contra del “socialismo en los Estados Unidos” dirigidas en contra de los Demócratas, un partido neoliberal hasta la médula, siempre han sido imaginarias e instrumentales, ya que el panorama político en Estados Unidos, y más allá, está marcado más bien por una general ausencia de la izquierda. Simbólica para este giro es la sustitución de la figura de un “bolchevique” por un “terrorista islámico” o por un “migrante”, un enemigo que ya no trabaja en las fábricas sino que se esconde en los suburbios poblados de “otros poscoloniales” (Traverso, 2021a). Desde esta perspectiva histórica el posfascismo podría ser visto como un resultado de la derrota de las revoluciones del siglo XX y del colapso del comunismo (véase: Traverso, 2018a), cuando la extrema derecha llegó a ser una fuerza “antisistema” más visible en oponerse y en criticar (instrumentalmente) al orden dominante (Traverso, 2019a: 12-13).

2.2. Fascismo como “democracia autoritaria” (Dylan Riley)

Dylan Riley ha pasado años desarrollando una comprensión del fascismo, tratando de desgranar “su verdadera naturaleza” (Riley, 2019: ix). Su idea clave, tras estudiar en particular los casos de los fascismos italiano, español y –un interesante caso histórico y comparativo–, rumano, tiene que ver con la relación entre el fascismo y la democracia: lejos de representar el rechazo definitivo de los ideales democráticos, según Riley, los movimientos fascistas se han presentado consistentemente no como enemigos de la democracia, sino como “una mejor alternativa democrática al liberalismo” (Riley, 2016). Abrazando el enfoque marxista que ve al fascismo principalmente como un régimen que reforzó la posición de las clases dominantes (véase arriba: 2.1.1.), pero adoptando a la vez la particular perspectiva teórica gramsciana que ve el surgimiento del fascismo como fruto de una crisis política y no de ninguna fase particular en el desarrollo capitalista, Riley intentó a superar algunas de las limitaciones en la comprensión del fascismo ofreciendo una explicación más satisfactoria respecto a sus dinámicas organizacionales y permitiendo distinguirlo de otras formas del autoritarismo de derechas. Al mismo tiempo desarrollando un enfoque comparativo sistemático en *Los cimientos cívicos del fascismo en Europa: Italia, España y Rumania 1870–1945* ([2010]2019) Riley se fue a contrapelo de la mayoría de la literatura sobre el fascismo desafiando el consenso tocquevilliano sobre el autoritarismo al argumentar que los regímenes fascistas, al igual que las propias democracias de masas, dependían de las sociedades civiles vivaces y altamente organizadas haciéndose de sus recursos para construir sus distintivas estructuras organizativas. En esta perspectiva no eran las sociedades civiles “débiles” y “atomizadas” que dieron a luz el totalitarismo como históricamente insistían muchos estudiosos, en particular Hannah Arendt y sus epígonos, según quienes la condición principal para el surgimiento del fascismo ha sido el “vacío” y la “anomia” social del periodo posterior a la Primera Guerra Mundial (véase: Arendt, 1973: 313-316). Aunque no sin ciertas reservas, el enfoque de Riley, ha sido laudado en su momento por novedoso entre otros por el propio Robert O. Paxton, que apuntaba que si bien ya no es fácil decir algo nuevo y original sobre el fascismo, el inteligente estudio de Riley efectivamente lograba hacerlo, abriendo además “nuevas perspectivas en este campo” (Paxton, 2012).¹¹⁹ En los últimos años, basándose en su teoría, Riley se dejó a conocer también como uno de los principales “escépticos” en el “debate sobre el fascismo” respecto a Trump (véase: Riley, 2019: xv-xxii, 2018, 2017 et al.).

En *Los fundamentos...*, Riley argumenta que, en los tres casos estudiados –Italia, España y Rumania, seleccionados así porque, según este autor, resultan contrarios a la intuición desde la perspectiva de las explicaciones establecidas acerca del surgimiento del fascismo y al mismo tiempo demuestran de manera útil la gama de los “resultados fascistas” en la Europa de entreguerras–, el fascismo surgió debido al rápido desarrollo de las asociaciones voluntarias, el avance que combinado con el débil desarrollo de los partidos políticos entre la clase dominante creó, en términos de Antonio Gramsci, “una crisis de hegemonía” (o “crisis orgánica”), que en cada uno de los tres países mencionados tomó una forma específica según el carácter

¹¹⁹ Como bien señalaba Paxton, Riley toma en su estudio una perspectiva que deja de lado varios temas habituales en el estudio de fascismo: la naturaleza y el atractivo de la ideología fascista, la composición social de los partidos fascistas, los efectos específicos de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Bolchevique, el nacionalismo, el antisemitismo, etcétera, dejando incluso al propio lector “a relacionar su enfoque con el panorama general de los estudios del fascismo” (Paxton, 2012). En cambio, como subrayaba Paxton, Riley contribuía a llenar exitosamente otros vacíos en el campo y aunque se mostraba por ejemplo “poco convencido” por la propia definición del fascismo que proponía Riley como “una democracia autoritaria” (véase: más abajo), igualmente valoraba su aporte en la discusión por ejemplo respecto a la cuestión de la relación entre los fascistas y los conservadores. Si bien para el propio Paxton la posición de Riley que ubica el avance del fascismo en la perspectiva de la debilidad conservadora es controvertida –mientras el propio Paxton y muchos otros académicos comúnmente apuntan a la fuerza y a la agencia de los conservadores que ayudaron a los fascistas a llegar al poder pensando que luego los iban a poder controlar (véase: 2.1.2.)–, Riley demuestra en su estudio también casos en los que han sido los conservadores que frenaron el avance fascista llevando a la “desfascitización” de los movimientos como en España, Rumania o Hungría, un enfoque que según Paxton demuestra sus ventajas. Frente a la tendencia de muchos estudiosos de exagerar la fuerza de los conservadores y sus similitudes con los fascistas, un atajo mental análogo a considerar por ejemplo a la socialdemocracia como un trampolín hacia el comunismo en lugar de su oponente más serio (algo de lo que el mejor ejemplo ha sido la historia de la propia Alemania de Weimar, aunque Riley no especifica el lugar de la conocida rivalidad y ruptura comunista-socialista en su modelo), la perspectiva de Riley ayuda a ver que la relación entre aquellos dos campos era compleja y evolucionaba con el tiempo. Por un lado, como subrayaba Paxton, efectivamente en todos los casos en los que los fascistas llegaron al poder, fueron invitados por los conservadores y luego “devorados”; por otro, las fuertes alianzas conservadoras, en algunos casos, fueron capaces de mantener débil al fascismo e incluso, con el tiempo, revertir sus avances, dos opuestos que el modelo hegemónico gramsciano de Riley es capaz de explicar bien (Paxton, op. cit.).

del desarrollo de la sociedad civil: “autónoma” en Italia; “dominada por la élite” en España; y “dominada por el Estado” en Rumania. Desafiando la suposición, articulada con mayor fuerza por Alexis de Tocqueville en el siglo XIX, de que las asociaciones cívicas eran la base de la democracia porque fomentaban la participación ciudadana en la vida política, Riley logró demostrar con contundencia que los regímenes fascistas en realidad no habían prosperado en lugares de atomización social, sino en lugares donde la sociedad civil había sido más fuerte, siendo así el fascismo el fenómeno propio de las entidades políticas que han estado experimentando un rápido desarrollo de participación ciudadana masiva. Así, según Riley, desde esta perspectiva gramsciano-tocquevilliana, los regímenes fascistas se entienden mejor como “democracias autoritarias” que han llegado a cuestionar el orden liberal-democrático a base de su afirmación de que eran ellos que mejor representaban al “pueblo”¹²⁰.

La democracia es fundamentalmente lo que Gaetano Mosca [sociólogo, politólogo y político italiano] llamó una “fórmula política”. Es la afirmación de que cierto tipo de institución política “representa” al pueblo. Los liberales, al igual que muchos izquierdistas, nunca distinguen claramente entre la democracia como principio de legitimidad y los mecanismos institucionales que pretenden instituir o realizar ese principio. El liberalismo, en cambio, es un conjunto de procedimientos (votación, representación parlamentaria, etcétera). Ahora bien, no se puede entender nada sobre la doctrina fascista si uno no entiende que su afirmación central era que el liberalismo es antidemocrático; en otras palabras, los fascistas afirmaban que las instituciones liberales son incapaces de representar la voluntad del pueblo. Además, afirmaron que sus propias instituciones, particularmente el partido de masas, eran medios más efectivos para representarla. Es en este sentido que los fascistas eran “demócratas autoritarios”. Desafortunadamente, muchos politólogos quieren participar en el juego cripto-normativo de definir la democracia. Pero es una tontería, porque ningún conjunto de instituciones políticas puede actualizar una “fórmula política”. Lo que en cambio entendió bien la tradición conservadora –Mosca, Weber, Schmitt y, de manera peculiar, también Schumpeter–, es que la democracia, al menos en la sociedad capitalista, se aborda mejor como una ideología o un mito de que “el pueblo gobierna”. Los funcionarios electos en nuestras oligarquías contemporáneas no representan más la voluntad del pueblo que los monarcas absolutistas representaban la voluntad de Dios (Riley, 2016; para el mismo punto véase: 2019: 4-5).

El hecho de que el estudio de Riley esté escrito en diálogo con dos tradiciones diferentes, por no decir antinómicas: el análisis marxista y el análisis tocquevilliano, puede resultar contradictorio, pero es justo gracias a esta combinación que logra arrojar “resultados novedosos”, tal como lo subrayaba Paxton (2012), contribuyendo a nuestro entendimiento del fascismo. La principal, como bien anotaba el propio Riley, división entre el análisis marxista del fascismo y el análisis tocquevilliano, radica en verlo, por un lado, como un fenómeno contrarrevolucionario y por otro como una revolución. Para la mayoría de los estudiosos marxistas –desde Thalheimer, Trotsky, Gramsci, Poulantzas hasta Arno J. Mayer–, el fascismo ha sido siempre un fenómeno contrarrevolucionario que nació esencialmente para suprimir la fuerza del trabajo organizada. Por el contrario los tocquevillianos –entre los que se podrían incluir los estudiosos tan heterogéneos como Renzo de Felice, Zeev Sternhell, Michael Mann, Roger Griffin o Emilio Gentile–, ven al fascismo como “una revolución determinada a construir ‘un Hombre Nuevo’”. Ante esta disyuntiva teórica lo que hace Riley es mantener su enfoque marxista de la naturaleza contrarrevolucionaria del fascismo combinándola con un modificado enfoque de Tocqueville. Frente a la influyente suposición del autor de *La democracia en América* (1988) que las asociaciones cívicas alientan y apoyan la democracia liberal, estimulando la participación ciudadana y bloqueando el despotismo, Riley sostiene, que bajo ciertas condiciones, los organismos intermediarios pueden en efecto alentar y apoyar la “democracia autoritaria” (siendo esta, la definición del fascismo que propone este autor). Esas condiciones se explican, sostiene Riley, por la concepción de “hegemonía” de Gramsci (1971: 57-58). Si las asociaciones crecen rápidamente en un momento en que las élites existentes no han podido establecer ni una hegemonía intraclase (una alianza entre los diversos detentores del poder económico), ni una hegemonía interclasista que le permitiera incorporar a otras clases en el proyecto nacional más amplio y que además, los que están fuera del poder no han sido capaces de formar una contrahegemonía democrática, entonces emerge una crisis política que ofrece, facilitado por una rica vida asociativa, el espacio para el surgimiento del fascismo. Así, al contrario de Tocqueville, para Riley, el surgimiento de organismos intermediarios y el establecimiento de la democracia son desarrollos relacionados, pero no partes del mismo proceso. Respecto a la contrahegemonía, otra opción que podría bloquear el auge del fascismo, Riley argumenta que el fracaso de la élite existente para establecer la hegemonía priva al lado democrático de un enemigo contra el cual unirse, con lo que atribuye claramente el surgimiento y el avance del fascismo a la debilidad de los conservadores (véase: nota de pie 119). Emprendiendo, en efecto, en lo que podría denominarse como una “reconstrucción gramsciana de Tocqueville” Riley logra demostrar de modo inequívoco que el desarrollo de ricos mundos asociativos en Italia, España y Rumania a fines del siglo XIX y principios del XX: cooperativas, organizaciones campesinas o agrupaciones religiosas, toda una gama de asociaciones que dio sentido de agencia y empoderamiento a sus miembros, en vez de llevar a la democratización, dio impulso al surgimiento del fascismo. Pero dado que los sistemas políticos nacionales han sido incapaces de acomodar y/o incorporar esta efervescencia, la sociedad civil sin hegemonía produjo el fascismo. En esta perspectiva lo que hace Riley no solo es romper con la presunción liberal de que la sociedad civil y el ámbito de la asociación cívica voluntaria, es necesariamente la cuna de la libertad humana universal, sino deja ver que el fascismo no es el “otro externo” del liberalismo, sino un elemento que se crea dentro de la sociedad liberal. Así es como el fascismo se entiende mejor como una “democracia autoritaria” ya que, como mantiene Riley, lo que pretendían a hacer los fascistas, era instituir la idea democrática a

¹²⁰ Como hemos visto, Finchelstein, partiendo de un enfoque intelectual antinómico –al encontrarse en los antípodas del enfoque marxista que considera “deficiente en el estudio del fascismo” (Finchelstein, 2017)–, define de mismo modo, como “democracia autoritaria”, al populismo.

través de medios autoritarios, algo que solo desde la misma perspectiva liberal –que equipara dogmáticamente democracia con un régimen representativo–, aparece como una idea contradictoria (Riley, 2019: 3-4). No obstante, los fascistas, de acuerdo con Riley, según sus propios términos, no intentaban principalmente minar las bases democráticas de sus Estados –sea en Alemania, Italia, España o Rumania–, sino establecer una nueva forma de relación representativa, una que vendría a través del partido, más que a través de las elecciones. Así los fascistas, en ojos de Riley, eran antiliberales y antisocialistas, pero no necesariamente antidemocráticos (sic) (6-7). Con esto, como argumenta Riley, los fascistas combinaban la pretensión de representar al pueblo con un rechazo de la política entendida como la lucha institucionalizada de grupos por el control del Estado, afirmando que las elecciones, los parlamentos y el debate de los asuntos públicos –en suma toda la “cosa política”–, era incapaz de construir y representar “la voluntad general”. Y querían reemplazar la representación institucional y las luchas políticas por “una forma no política o antipolítica y antiliberal de la representación de intereses”, algo que ayuda a aclarar el “misterio” en el que están envueltas a menudo las instituciones corporativistas fascistas y algo que a su vez la literatura dominante sobre la “*transitología* democrática” es incapaz de tomar en cuenta dada su equivalencia automática e incorrecta de democracia con el liberalismo (11).

En este sentido para Riley, dado que los finales del siglo XIX y principios del siglo XX han sido un momento de un intenso desarrollo de la sociedad civil, pero que en realidad en vez de unas vibrantes democracias (la llamada “tesis de Tocqueville”), este periodo produjo toda una variedad de fascismos, la generalizada fetichización y romantización de la noción de la “sociedad civil” vuelta un sinónimo de la “democracia”¹²¹ no solo oscurece buena parte de la historia del propio fascismo, sino que nos fuerza a repensar toda la “tesis de Tocqueville”, aunque no rechazarla por completo. Ya que solo ante las condiciones particulares de faltas y/o ausencia de instituciones democráticas en países como Italia, España o Rumania el desarrollo de las asociaciones voluntarias que pretendía la mejorar la vida democrática acabó produciendo ordenes políticos antiliberales, autoritarios y el tecnocrático rechazo a la política como tal, una crisis que ha sido producto del propio desarrollo de la sociedad civil (Riley, 2019: 12-18; véase también: Riley, 2005). Leyendo a Tocqueville¹²² a través de Gramsci le permite a Riley notar que los resultados de la vida de asociaciones, más que ser directos, como insisten los “romantizadores” de la sociedad civil, dependen de la presencia o ausencia de la política hegemónica en sentido gramsciano. Así las nociones gramscianas de la “sociedad civil” y de la “hegemonía” y la articulación particular entre ambas, son para Riley un “correctivo útil” para la “tesis de Tocqueville”, en el sentido de que para Gramsci la sociedad civil y la hegemonía pueden desarrollarse en conjunto, pero igual puede que no. La sociedad civil igual puede florecer en un contexto de falta de hegemonía por parte de las élites, como precisamente ocurrió, insiste Riley, con el fascismo, siendo este el fruto de una “crisis orgánica” en la que desarrollada rápidamente sociedad civil “rebasó” a las élites y sus partidos tradicionales causando una crisis de representación en las democracias liberales, mientras en el mismo tiempo el movimiento contrahegemónico, ante todo la izquierda socialista, fracasó (17).

Según Riley, el fascismo que vino cuestionando la propia noción de la “política” –los fascistas italianos en vez de ofrecer una solución política a los problemas de la posguerra declararon simplemente por ejemplo que “la misma política era un problema” (18)–, ha sido de este modo “particularmente equipado para explotar la crisis de este tipo” (*Ibidem*). Su solución a la debilidad hegemónica de las viejas élites era la creación de las “democracias autoritarias” que alegaban representar al pueblo, pero ya prescindiendo de las propias instituciones democráticas y estableciendo el Estado representativo, pero ya sin política (15-16). En este sentido, desde la perspectiva gramsciana, el fascismo más que el resultado de una fase particular en el desarrollo del capitalismo, era el resultado de una crisis política que tenía sus raíces en el desarrollo combinado y desigual de la sociedad civil y la hegemonía (3 y 12-18; Gramsci, 1971: 210; Adamson, 1980). De allí, a contrapelo de las interpretaciones dominantes de la sociedad civil y de la democracia, Riley ofrece dos observaciones: i) el desarrollo de la sociedad civil, contrario a la “tesis de Tocqueville” no necesariamente, como argumentarían los tocquevillianos, tiene que tener “buenos resultados”; y ii) contrario a la interpretación “clásica” de la democracia en la que la fuerza de la sociedad civil conduce teleológicamente al establecimiento de la democracia liberal, tampoco necesariamente tiene que ser así: en Europa de entreguerras el ímpetu organizativo de las fuerzas populares condujo más bien al fascismo, que más que ser una antítesis de la sociedad civil, nació como un resultado de su propio desarrollo y como una versión torcida de la democratización que acabó abrazando formas autoritarias. Notar este resultado inesperado le ha sido posible a Riley también gracias a la introducción en su análisis de la noción de la “contingencia gramsciana” (21), que permite captar también el hecho que este tipo de desenlaces políticos siempre tiene “un final abierto” (para más conclusiones en este sentido después de haber analizado sus casos, véase: 193-212).

Es justo este marco teórico “gramsciano-tocquevilliano” probado en su análisis comparativo del surgimiento del fascismo en Italia, España y Rumania, comparados igualmente con los casos de Alemania y Hungría, junto con su rechazo a la suposición de que las asociaciones cívicas eran la base de la democracia porque fomentaban la participación ciudadana en la vida política,

¹²¹ En su cuestionamiento a la dominante en la literatura sobre la sociedad civil asociación de esta con la democracia, Riley rechaza la distinción entre las asociaciones “democráticas” y “no-democráticas” tanto en base empírica como metodológica. Como apunta, el intento de diferenciar entre asociaciones buenas, “democráticas”, y malas, “antidemocráticas”, le parecía siempre un intento retrospectivo y *ad hoc* de salvar la teoría de la sociedad civil, especialmente porque nadie ha proporcionado nunca ningún criterio convincente para distinguir entre unas y otras. “Si las teorías de la sociedad civil iban a ser explicativas, pensé, deberían conservar la afirmación estructural de que las organizaciones voluntarias promueven la democracia independientemente de su carácter, y asumir lo contrario es resultado, ni más ni menos, sino de una agenda cripto-ideológica de la sociología política y las ciencias políticas” (Riley, 2019: xx-xxi).

¹²² Es interesante mencionar que los dos famosos estudios de Tocqueville: *Democracia en América y Antiguo Régimen y la Revolución Francesa* son trabajos comparativos, pero dado que su autor lleva a cabo su análisis sin elaborar explícitamente su metodología, la comparación allí se usa de modo “asistemático” e “impresionista” (Azarian, Petrusenko, 2011; para este punto véase también: Sartori, 1991).

combinado con su demostración que los regímenes fascistas en realidad no habían prosperado en lugares de atomización social, sino allí donde la sociedad civil había sido más fuerte, que constituye la base de la negativa de Riley de enmarcar a Trump y trumpismo y en general a la demás extrema derecha contemporánea, como “fascismo”.¹²³

2.2.1 Trumpismo: neopatrimonialismo y neobonapartismo

La tesis central de Riley que el fascismo se benefició y surgió en un entorno de una vigorosa sociedad civil, y no en un escenario de su supresión y una generalizada anomia social, tiene no solo consecuencias intelectuales y teóricas históricas, sino también políticas en los tiempos del auge de la nueva extrema derecha, en particular de Trump y el trumpismo. Desde la perspectiva de este estudio constituye también una firme base teórica para cuestionar las comparaciones de estos al fascismo. Ya desde 2015 y el inicio de la campaña electoral en Estados Unidos para los que Trump ganó la nominación del Partido Republicano (GOP), Riley se negaba a encender el “alarma ‘f’”, subrayando que Trump no era un “fascista” y que importaba mucho no verlo de este modo (véase: Riley et al., 2015; Riley, 2016). El fascismo, recordaba en el tenor del argumento principal de sus investigaciones, surgió en países que tenían partidos de izquierda militantes de masas que apuntaban a trascender el capitalismo, que estaban excluidos del botín del imperialismo, tenían sectores agrarios atrasados muy grandes y poseían Estados capitalistas muy débilmente desarrollados. Ha sido de este “coctel histórico” que surgieron las formaciones de partidos de masas fascistas, escribía Riley, y literalmente ninguna de estas características estaba presente en Estados Unidos en la actualidad (Riley et al., 2015). La izquierda, recordaba Riley, lejos de ser bien organizada y militante, es electoralmente irrelevante, Estados Unidos es la única gran potencia que queda en el mundo, la cuestión agraria es inexistente y la clase capitalista estadounidense disfrutaba del Estado capitalista más fuerte de la historia (*Ibidem*). El ascenso de Trump, en sus ojos en cambio podía explicarse mejor por el desmoronamiento combinado del Partido Republicano y el fracaso del Partido Demócrata para ofrecer algo a la clase trabajadora blanca, siendo la lucha de clases más importante de la actualidad, la que se estaba desarrollando dentro del Partido Republicano entre el establecimiento de la Costa Este y la base pequeñoburguesa y en parte de clase trabajadora del partido, siendo George W. Bush que, por su peculiar biografía, la última figura capaz de sostener realmente estas dos alas. Así, el ascenso de Trump solamente fue posible debido al cambio en el equilibrio de las fuerzas de clase hacia la base Republicana enfurecida. Era justo en este contexto que Riley se oponía vehementemente “al enfoque histórico del mal menor” (*histerical lesser-evilism*)¹²⁴ implícito, según él, en tildar a Trump de “fascista” o de “Hitler”, una comparación que era “tanto históricamente inexacta como políticamente desastrosa porque jugaba con la lógica de apoyar a quienquiera que emergiera de las primarias del Partido Demócrata”, en vez de apoyar a un candidato que realmente pudiese representar un cambio (Riley et al., 2015). En otra ocasión Riley regresaba al *crux* de su argumento de este modo:

La caracterización de Trump como “fascista” es errónea tanto desde el punto de vista analítico como político (...). Sirve solamente para reunir al electorado detrás de la repugnante Hillary Clinton. Esto no quiere decir que Trump no represente una amenaza; personalmente, creo que es posible que sus ataques (en su mayoría precisos) a su rival como deshonesto, egoísta e incompetente comiencen a tener efecto, aumentando sus posibilidades en la elección. La pregunta dolorosa ahora es cuál de los dos, Trump o Clinton, es el mayor peligro. En cualquier caso, poco cambiará en Estados Unidos en una dirección positiva sin un movimiento extraelectoral de masas de la izquierda. Poner las esperanzas en una insurgencia electoral es un error, como lo ha demostrado una vez más la campaña de Sanders (Riley, 2016).

Respecto al ascenso de la extrema derecha, no solo en Estados Unidos, sino también en varios otros países en el mundo y a base de su enfoque gramsciano, Riley anotaba que parte de la fuerza de estos movimientos, como del propio fascismo de entreguerras, radicaba en su capacidad de articular algunas genuinas demandas democráticas como la idea de que las instituciones políticas deben ser arrebatadas de las manos de una camarilla parlamentaria corrupta y responsabilizadas nuevamente ante el pueblo, una demanda que hoy asume la extrema derecha en condiciones en las que la izquierda es incapaz de satisfacerla e incluso levantarla

¹²³ Es de notar que Geoff Eley, el historiador marxista británico especializado en historia de Alemania y fascismo, profesor de la Universidad de Michigan y uno de los autores que en los últimos años ha ofrecido uno de los argumentos mejor fundamentados teóricamente e históricamente a favor de usar el término “fascismo” para hablar de la extrema derecha contemporánea, formuló su posición contraria a base de las mismas referencias teóricas y debates históricos acerca del fascismo que forman parte del marco de Riley: los trabajos de Gramsci, Poulantzas, Trotsky, Thalheimer, Bauer, Togliatti et al. (véase: 2.1.1.) y en reacción incluso a los escritos del propio Riley (véase: Eley, 2021, 2022).

¹²⁴ Corey Robin (véase: abajo), releendo a los diarios de Victor Klemperer, un lingüista alemán-judío y uno de los pioneros del análisis del lenguaje nazi que lamentaba la apatía y el desinterés de sus colegas, otros profesores e intelectuales alemanes respecto a las políticas del régimen nazi, desgranaba la muy propagada antes de las elecciones de 2015 noción del “mal menor” —cuya eje principal constituía, como apuntaba el citado ya Dylan Riley, en comparar a Trump con el fascismo y/o con Hitler que apuntaba a reunir votos por Hillary Clinton frente al “mal mayor” de Donald Trump, de este modo: según Robin “el mal menor” es un tropo importante en cualquier campaña electoral ya que es verdad que siempre hay candidatos peores contra los cuales debemos movilizarnos. Pero a la vez señalaba que el problema con ese argumento es que también puede usarse en nombre de los verdaderamente odiosos y apuntaba justamente a unos pasajes de los diarios de Klemperer donde este, en 1935, describía el caso de una colega, profesora y economista, cercana a la socialdemocracia, que aplicaba la misma lógica para apoyar a... Hitler, porque si este llegase a ser derrocado, “vendría alguien peor como por ejemplo los bolcheviques”. En otro anterior, de 1934, apuntaba que incluso sus amigos judíos, decían: “¡Mejor Hitler que alguien peor!” [sic] (Robin, 2015).

de modo eficaz. Aun así, para Riley la situación en Europa y en Estados Unidos estaba muy diferente a la de la década de los 30, principalmente porque ya no existía la Unión Soviética (URSS) y era en este contexto que según él, los usos fáciles del término “fascismo” oscurecían esta diferencia fundamental y conducían a la histeria del “mal menor” (*Ibidem*). Otro punto que explicaba el auge de la extrema derecha de hoy, según Riley, era la profunda crisis de la hegemonía que se ha instalado en el mundo capitalista avanzado desde la crisis financiera de 2008, tras el cual, la rentabilidad dependía más y más del apoyo político directo (rescates, programas de austeridad, etcétera), algo que socavaba, según él, el funcionamiento de la misma democracia liberal que “constituía el cemento político e ideológico central de la clase capitalista en todo el mundo avanzado desde 1945”. De este modo, si bien, como subrayaba Riley, había algunas similitudes entre lo que estaba sucediendo ahora y el período de entreguerras como el reinante escepticismo respecto a la representatividad de la clase política, había, sin embargo, tres diferencias principales: i) ausencia de la amenaza de una revolución comunista que ha sido una condición de fondo generalizada para el surgimiento de partidos y regímenes fascistas y que hoy ha sido imposible de sustituir por ejemplo por la amenaza de la inmigración masiva y por lo que “la derecha actual carece de la energía ideológica y organizativa de los fascismos clásicos”; ii) ausencia de una masa de pequeños productores agrarios empobrecidos que han sido cruciales para el éxito de todos los fascismos históricos, el estrato social que simplemente no existe hoy en día ni Europa ni en Estados Unidos; iii) ausencia de una gran masa de reclutas militares recién desmovilizados y desempleados, otro elemento crucial para el auge de los movimientos fascistas (Riley, 2016). De este modo, “contrariamente a lo que algunos han sugerido durante los últimos dieciocho meses, tanto en la izquierda como en las plataformas del liberalismo indignado, Trump no era ningún fascista” (*Ibidem*). A un año de la toma de poder por Trump, Riley repitió el mismo análisis subrayando que las condiciones políticas en las que se encontraba el mundo y Estados Unidos eran bastante diferentes a las prevalecían en Europa de entreguerras, “cuando las clases dominantes agotadas estaban preparadas para tolerar la suspensión de las libertades burguesas e instalaron en el cargo a matones de extrema derecha que eliminarían físicamente la amenaza de la revolución obrera” (2017). Trump, en cambio, escribía Riley, carecía de una organización de partido, una milicia y una ideología, además que su política exterior, tal como se ha anunciado hasta ahora, era aislacionista, más que expansionista y/o revanchista en un sentido fascista (para la discusión más amplia sobre este punto, véase: Capítulo 3., texto #27). De hecho, en alusión a una de las principales motivaciones de los movimientos fascistas de entreguerras, “¿qué pérdidas territoriales podrían desear revertir Estados Unidos?”, preguntaba irónicamente Riley (*Ibidem*).

Como anotaba Riley, en la introducción a la nueva edición de *Las fundaciones cívicas...* publicada en 2019, la afirmación de los comentaristas liberales como por ejemplo Timothy Snyder que nuestro orden político “enfrentaba nuevas amenazas parecidas a la amenaza totalitaria del siglo XX” (véase: Snyder, 2016b, 2016c, 2017c; otros ejemplos de este tipo de argumento que mencionaba Riley eran Kinsley, 2016 o Steigmann-Gall, 2016a), podía considerarse como “típica” para muchos otros opinadores, expertos (*pundits*) y académicos en Estados Unidos que apuntando al periodo de entreguerras comparaban rutinariamente a Trump y trumpismo al fascismo y hablaban de las urgentes necesidades de “sacar las lecciones del pasado” (Riley, 2019: xxii).¹²⁵ Este afán, anotaba Riley, aparecía tanto en la centroderecha, centroizquierda y en la extrema izquierda aunque cada uno de estos campos sacaba diferentes conclusiones de estas supuestas paralelas. Para los centristas, apuntaba Riley, la “lección” era “evadir extremismos” y juntar el apoyo de una coalición más amplia posible para “el estado de derecho” y “democracia”. Para la izquierda radical significaba combatir el fascismo en las calles mediante la acción directa (Antifa). Si bien todas estas posturas, divisiones e interpretaciones, como bien recordaba este autor, eran en sí mismas apenas unas actualizaciones de los viejos debates de los 20 y 30, todas pasaban por alto de las profundas diferencias del contexto entre el periodo de entreguerras y el momento político de hoy (xxiii; para este mismo punto véase también: Evans, 2019b, 2021b; Tooze, 2022b). Y frente a este comparativismo, apuntar al núcleo central de su argumento de *Las fundaciones cívicas...* le permitía a Riley, como él mismo lo subrayaba, señalar con fundamentos teóricos, importantes contrastes. Así por ejemplo mientras el periodo de entreguerras ha sido marcado por un proceso de una intensa lucha de clases –entre e interclasista–, tanto en las arenas domésticas como en la arena internacional que formó sociedades civiles altamente organizadas e incluso militarizadas, el trumpismo y sus “correlatos europeos” de extrema derecha han surgido en el contexto de la etiolación social y en los senos de las sociedades atomizadas, fragmentadas y despolitizadas (véase también: Jäger, 2022a, 2022b y nota de pie 134), fruto de la derrota del proyecto socialista, la victoria de la narrativa del “fin de la historia” y las, generalmente pacíficas, relaciones políticas en el núcleo capitalista (Riley, 2019: xxiii-xxiv).

Para ilustrar este punto, Riley, tanto en la introducción mencionada (Riley, 2019: xiii-xxxii), como previamente en un ensayo titulado *¿Qué es Trump?* (2018) –en sí mismo una de las más comprehensivas demoliciones de la tesis “Trump es un fascista” que apareció en el marco del “debate sobre el fascismo”–, identificaba cuatro ámbitos y/o “cuatro puntos comparativos” en los que operan el fascismo y el trumpismo como dos diferentes formas de gobierno de derecha, algo que le permitía resaltar los contrastes (y algunas pocas similitudes) entre ambos: i) la lucha de clases nacional e internacional y la estructura de la sociedad civil, ii) la lucha de clases nacional e internacional y la política de la clase media, iii) estructura de las clases dominantes y la lucha de clases, iv) estructura de la sociedad civil y el carácter de los dos regímenes.

Como subrayaba Riley, centrándose por sí mismo en el gobierno de Trump, en vez de generalizar sobre todo el abanico de dirigentes y partidos derechistas, como solían hacer muchos de los comparatistas en marco de toda una explosión de analogías

¹²⁵ En este contexto es interesante mencionar que Riley no solo se opone “a sacar las lecciones de los 30” para leer a la extrema derecha, sino de la misma manera apunta que las dinámicas, los dilemas y las decisiones políticas del periodo de entreguerras tampoco ofrecen “lecciones” particulares para la izquierda contemporánea, al subrayar que la política del mundo capitalista avanzado hoy en día se parece muy poco o nada a la política del periodo de entreguerras. En cambio hoy lo que presenciamos es “una crisis de la política como forma de actividad humana”, donde es poco probable que Bernstein o Lenin “pudiesen ofrecernos lecciones directamente aplicables” (Riley, 2012).

históricas, cada nueva derecha debe situarse cuidadosamente en su propio contexto político-cultural antes de que pueda compararse con las demás. Mientras tanto el tipo de aproximación al pasado que proponían muchos de los comparatistas de la extrema derecha de hoy al “fascismo”, anotaba, distorsionaba, en sus ojos, la cuestión central de la política contemporánea:

No se trata de explicar por qué, tras una grave crisis económica y financiera del núcleo capitalista, acompañada de una masiva transferencia de riqueza hacia arriba por parte de gobernantes centristas, Demócratas y Republicanos, han llegado al poder intrusos de derechas –y en unos cuantos casos de izquierdas– sino, por el contrario, por qué estos políticos se han mantenido mayormente dentro de un marco establecido. En resumen, la cuestión no es por qué nuestras políticas contemporáneas se parecen a las de la década de 30, sino por qué no lo hacen. Para ello es necesario abordar seriamente la comparación, contrastando sistemáticamente la era del fascismo clásico –aproximadamente desde 1922 a 1939– con el periodo actual para conseguir una mayor claridad teórica y política sobre la situación presente (Riley, 2018).

Respecto al punto i): a diferencia de los años 20 y 30 que ha sido el periodo marcado por el fuerte imperialismo y la intensa rivalidad interimperial, el trumpismo surge en contexto de una presión geopolítica relativamente baja; de este modo a diferencia del fascismo de aquella época el trumpismo no es un fruto de ningún trauma de guerra altamente movilizadora, sino apenas como una reacción tardía a las movilizaciones postcrisis financiera de 2008 que tenían sus expresiones tanto de derecha como de izquierda; a diferencia de la época de entreguerras el trumpismo ni ningún otro “populismo de derecha” surgía en una clara oposición a la izquierda fuerte y organizada careciendo además de cualquier base y organización de masas con lo que básicamente ninguna de las dinámicas organizacionales detrás del surgimiento del fascismo estaban en operación aquí y Trump no emergía como reacción a ninguna amenaza revolucionaria *ante portas*, sino como el producto del fallido periodo de reformismo de Obama (Riley, 2019: xxiii-xxvi). Respecto al punto ii): las estructuras de las bases de apoyo de los fascismos de entreguerras y del trumpismo son casi totalmente opuestas: mientras los primeros se nutrían de la base de la clase media propietaria opuesta a la clase trabajadora, el trumpismo surge con el apoyo de una parte de clase media (pequeños propietarios) y de una parte de clase trabajadora de los llamados “swing-voters”, ambos “organizados” por las líneas nacionalistas frente a la clase media educada de orientación cosmopolita (“una nueva *petite bourgeoisie*” de Poulantzas y/o los “poseedores del capital cultural” de Bourdieu) (xxviii-xxix).¹²⁶ Respecto al punto iii): si bien tanto el fascismo en Italia y en Alemania como trumpismo llegaron al poder en medio de intensas rivalidades dentro del propio bloque capitalista, su relación con clases dominantes ha sido muy diferente: tanto Mussolini como Hitler se beneficiaron de las relaciones con las viejas élites que les abrieron el camino al poder, Trump llegó al poder a pesar de no contar con el apoyo del “antiguo régimen” e incluso a pesar de haber estado en un claro conflicto con él (xxviii-xxix). Respecto al punto iv): mientras el fascismo y el nazismo se caracterizaban por el dualismo partido-Estado y una relación conflictiva entre ambos (en la que mediaban *Il Duce* y *Der Führer*), Trump no era líder de ningún partido, no encabezaba ninguna organización de masas y ni siquiera tenía una ideología clara; esta diferencia fundamental importa en cuanto a las tendencias de desarrollo del propio trumpismo respecto por ejemplo a la ausencia del partido como un factor que pudiera empujar por la “radicalización” del trumpismo (la llamada “segunda revolución”) y la naturaleza del principal conflicto del trumpismo que no era conflicto partido-Estado, sino Estado burocrático y la organización de la “familia patriarcal” de Trump, la verdadera base de su organización. Para Riley la investigación de Robert Mueller el jefe de la FBI que estaba pensando para revelar la supuesta colusión extranjera entre Trump y Rusia como la máxima expresión “de la defensa de la democracia” era la más clara expresión de este conflicto (xxix-xxx; para este punto véase también: abajo).

Dicho todo esto, Riley apuntaba igual a la existencia de algunas semejanzas superficiales entre los regímenes fascistas y el régimen de Trump: la pereza, el énfasis en la lealtad, la estructura antiburocrática de los gabinetes con su característica falta de delineación de las competencias, algo que propiciaba rivalidades y carreras por ganar el reconocimiento del líder (véase: nota de pie 141). A parte de esto, apuntaba Riley, de modo análogo a la relación entre a Mussolini y Roberto Farinacci, uno de los verdaderos líderes revolucionarios del escuadrismo fascista italiano, que efectivamente controlaba a la masa armada (para este punto véase también: Gentile, 2023), Trump tenía su propia “fronda” de “verdaderos creyentes” con Steve Bannon a la cabeza [el colaborador y un breve principal estrategia de la Casa Blanca] (xxix). Pero de acuerdo con Riley, estas paralelas superficiales servían precisamente para resaltar las diferencias básicas entre el fascismo de entreguerras y el trumpismo: tanto Mussolini como Hitler nunca pudieron separarse verdaderamente de las organizaciones que los llevaron al poder, cosa muy diferente en caso de Trump cuya conexión con el Partido Republicano se debía a las exigencias particulares del sistema político-electoral

¹²⁶ En este sentido, como especificaba en otro lugar Riley, la interacción entre las alianzas de clases, el nacionalismo e internacionalismo, definido hoy más, habría que añadir, como “globalismo” a diferencia de su versión más política y revolucionaria, son completamente diferentes hoy de lo que eran en los años 20 y 30. Primero, los productores directos de hoy carecen de cualquier tipo de organización internacional: sus intereses están siendo definidos exclusivamente en términos nacionales, en contra de los acuerdos del libre comercio (y una vez sujetos a ellos conservan este tipo de organización cobrando solo subsidios y exigiendo algunos tratos preferenciales) y en hostilidad a los migrantes. Segundo, a diferencia del periodo de entreguerras, la “nueva pequeña burguesía” –los empleados y los intelectuales asalariados–, al igual que muchos segmentos del capital mantienen una orientación internacionalista/globalista. Si en Europa de entreguerras el fascismo dependía de una alianza entre la pequeña burguesía en su conjunto y el capital bajo la égida del nacionalismo, hoy en día la extrema derecha se basa en una alianza entre unas partes de la clase trabajadora nacional y el capital, anotaba Riley. En este sentido lo que no tiene la derecha contemporánea y lo que sí tenía el fascismo clásico, es el fuerte anclaje en la “nueva pequeña burguesía” que en aquel periodo era ferozmente nacionalista, pero hoy es internacionalista [globalista] (Riley en: Poulantzas, 2019: xli).

estadounidense. Trump en cambio nunca ha tenido una verdadera organización detrás de él y si bien gobernaba desde la extrema derecha, nunca ha tenido una clara ideología política. Además la similitud entre Farinacci y Bannon demuestra precisamente la debilidad del segundo que nunca pudo contar con ninguna organización para ejercer la presión ante Trump, dependiendo más bien de un “patronaje personal” (xxx). La suerte posterior de Bannon: los magros resultados de su “frondismo”, el conflicto personal con Trump y su “defenestración” final cuando los sectores más conservadores del Partido Republicano forzaron su salida de la Casa Blanca por estar insistiendo en la idea de aumentar los impuestos para financiar “la revolución trumpista” y luego su caída en relativa oscuridad política parecía confirmar el análisis de Riley.

Retomando su concepto del fascismo como una forma de “democracia autoritaria”, Riley indicaba que había también paralelas de las que nadie hablaba: tanto Hitler, Mussolini o Trump de manera rutinaria eran presentados como “líderes antidemocráticos”, lo que él consideraba como un profundo error (sic). En realidad, según Riley, todos ellos llegaron y han sido catapultados al poder por el deseo de la renovación y la “democratización” de la viejas instituciones y el afán de la inclusión de la población anteriormente no atendida por ellas (xxxi). Su auge ha sido un resultado, igualmente, de la inhabilidad de la izquierda de hacerlo: la izquierda que en vez de liderar la verdadera democratización ha estado –y sigue enfocada en el caso estadounidense–, en el proyecto tecnocrático de la defensa de las instituciones existentes que son más bien antidemocráticas. En este sentido tanto Alemania, Italia como Estados Unidos, como apuntaba Riley, eran y son variaciones de lo que Arno J. Mayer llamó en su momento los “viejos regímenes persistentes” (Mayer, 1981). Para Riley esto ameritaba dos consideraciones: i) la Constitución estadounidense no es, contrario a las creencias populares, un sistema de “controles y contrapesos” (*checks and balances*), sino un sistema de control y una herramienta de dominación sobre el único cuerpo, que aunque de manera imperfecta, refleja la voluntad popular en Estados Unidos: la Cámara de Representantes (este el propósito explícito del Senado, el poder judicial y del ejecutivo); ii) la presidencia –algo que quedó más que claro durante la presidencia de Trump–, es una institución intrínsecamente cesarista y bonapartista: el gabinete es básicamente una claqué; esta característica por general queda oscurecida por las supuestas “normas”, que como insisten a menudo los opinadores, “dan una apariencia de la independencia”, pero el estilo y la anatomía política de Trump –su “neopatrimonialismo” (siendo el *patrimonialismo* entendido como el tipo de gobierno que mediante la centralización de la autoridad política, la apropiación de los recursos del Estado para obtener beneficios económicos y políticos asegura la lealtad y la dependencia entre sus seguidores, para más véase: abajo)–, sirvió para revelar su verdadera naturaleza y estructura acoplándose perfectamente con ella, no negándola ni “destruyéndola”, como trataban de convencernos muchos comentaristas y opinadores (Riley, 2019: xxxii). Todo esto, como apuntaba Riley, abre una posibilidad y una trampa para la izquierda. La oportunidad y el principal objetivo político –en vez de “luchar en contra del fascismo” como amagan muchos comparatistas–, debería ser la democratización de las instituciones. Una de las vías para esto podría ser la introducción del voto federal popular: el llamado de Robert Reich por el sistema de *National Popular Vote Interstate Compact* que haría de lado al Colegio Electoral y estaría entregando los votos populares al ganador, podría ser una de las vías (para el análisis de las columnas de Reich, un prolífico comparatista de Trump con al fascismo, véase: Capítulo, 3, textos #3, #24, #26). La trampa es un obverso de esto: la tentación de aparecer como “los defensores responsables de indefendible” –la posición que la izquierda estadounidense en su mayoría ha estado tomando hasta ahora, defendiendo a todas costa la “integridad de las instituciones”–, hasta el grado de abrazar las agencias de inteligencia como “las defensoras de la democracia”: un afán que, como apunta Riley, llega al nivel del absurdo cuando los opinadores (*pundits*) empiezan a hablar del FBI o la CIA o términos de la división de poderes según Montesquieu (sic) (xxxii).

Para Riley, pensando en el régimen de Trump no tiene sentido asignarle una clasificación general como “fascismo”, “autoritarismo” o “populismo”. Aunque Trump pueda exhibir rasgos del segundo o del tercero, como por ejemplo el nacionalismo o el racismo, llamarlo “fascista” simplemente confunde y enturbia el terreno político: los regímenes fascistas de entreguerras –como bien ya lo ha demostrado Riley en su análisis–, fueron productos de la guerra interimperial y la crisis capitalista, combinados con una amenaza revolucionaria de la izquierda y emergieron dentro de las potencias de segunda fila, los países que llegaron tarde al “reparto imperial” y cuyas sociedades civiles se caracterizaban por un alto grado de movilización política, con una burguesía nacionalista y una pequeña burguesía enfrentadas a una clase obrera internacionalista (Riley, 2018). Nada de esto aplica a Estados Unidos ni a Trump (*Ibidem*). Pero si “fascismo”, “autoritarismo” o “populismo” son categorías poco útiles y hasta engañosas para comprender la presidencia de Trump, y la primera la menos útil de todas, ¿cuál sería una mejor aproximación conceptual? Si bien, según Riley, el gobierno de Trump desde el principio pudo haber sido “un rompenormas”: respecto a la falta de los vínculos orgánicos con el resto de la oligarquía estadounidense, en lo económico, en lo interior, en la política exterior, respecto a su menosprecio por la hueca sobriedad de la oficina presidencial y su abierta insistencia en la lealtad personal, su espectáculo de toma de decisiones sobre la marcha dirigido a sus más de cincuenta y siete millones de seguidores en Twitter[X], su mensaje racista y su generalizada grosería, pero no tenía nada en común con el fascismo de entreguerras. Sus conflictos con la administración pública eran en gran medida personales, no programáticos y productos de su estilo autocrático que no tenía nada en común con la radicalización de los cuadros que contribuyó a dar forma a los regímenes fascistas de entreguerras. Trump no tenía ninguna organización de ese tipo bajo sus órdenes y él mismo ha sido más bien producto de una cultura política dominada por el dinero, el espectáculo y el mundo de la televisión de la vida real (*reality TV*). En este sentido el gobierno de Trump era más bien una especie de “gobierno patrimonial”, en el sentido de Weber¹²⁷, pero con el

¹²⁷ En la descripción de Weber “el gobierno patrimonial” –manejado como un hogar, con poca o ninguna distinción entre los intereses públicos y privados del líder, cuyos favores aseguran la lealtad de dependientes y seguidores– carece ante todo de la

liderazgo carismático que recordaba al bonapartismo del siglo XIX, en el que una figura carismática emergía en las condiciones de una sociedad civil fragmentada, débil y donde ninguna de las fuerzas lograba ejercer una hegemonía firme, todo, añadía Riley, con una suerte de “twist posmoderno” (Riley, 2018).

Así, en un afán de teorizar el trumpismo según estas líneas, Riley ofrecía una tipología propia, extraída de las tres formas de gobierno según Max Weber, cada una con su propio aparato de dominación y lógica de legitimación: i) la carismática, ii) la patrimonial y iii) la burocrática. En este enfoque el gobierno de Trump, según Riley, emergía como una reversión patrimonial idiosincrásica y disfuncional. Para Trump, la oficina del Estado era un hogar, con poca o ninguna distinción entre los intereses públicos y privados del gobernante. Esto hacía que algunas de las características principales de su régimen fueran heurísticamente inteligibles, más obviamente el exceso personalista arbitrario, el uso del patrocinio y el nepotismo incorregible, pero también la consecuente poca profundidad del conjunto de competencias de gobierno prácticamente disponibles para su administración. Esto explicaba también la conflictividad interna endémica de su gobierno, porque el conflicto entre Trump y la burocracia no ocurría entre un presidente autoritario y los supuestos portadores de “normas democráticas” (como aparecían en este papel Robert Mueller, el FBI, la CIA, el Pentágono, etcétera), pero con los defensores del Estado legal-racional y la burocracia en su apariencia tipológicamente weberiana. La primera contradicción era que Trump al carecer de cualquier ideología no podía propagar ningún mensaje ni formar discípulos tal como lo suele hacer un gobernante patrimonial y tenía que depender de mensajes inestables y “caseros” por ejemplo en contra de la migración y los “extraños” que sin embargo no encarnaba ningún proyecto ni garantizaba ninguna continuidad. La segunda contradicción era que su legitimidad era carismática, no provenía de la “tradición” como el tradicional gobierno patrimonial, cuyo líder, en la clásica conceptualización de Weber, no requiere tener carisma. Al carecer de las estabildades procesales del orden legal-racional o de la simbología del “peso de la tradición” (toda su orientación política denigra a ambos), Trump solo podía apelar directamente a sus seguidores utilizando sus medios característicos de Twitter[X], televisión y/o mítines. Pero era justo esta mezcla inusual que le recordaba a Riley la descripción que hacía Marx en *El 18 de brumario de Luis Bonaparte* (2010: 142-249) del control de L. Bonaparte sobre un atomizado campesinado francés (“el saco de patatas”), el ejemplo más temprano de carisma sin organización de masas que no se transmitió a través de los medios de comunicación, sino por medio de una “leyenda”: el recuerdo de Napoleón Bonaparte como consolidador de la Revolución que distribuye tierras a los campesinos tomado prestado por la mediocre persona de su sobrino. Actualmente, como bien apuntaba Riley, el liderazgo carismático polariza a un público serializado a través de los medios de comunicación, de manera similar a la descripción que hacía Sartre de la cola del autobús: la unidad de los partidarios de Trump consiste en la imagen de Trump, al igual que la unidad de los que esperan en esa cola consiste en el autobús que están esperando. Pero este es el formato posmoderno estándar, ejemplificado por Obama y Berlusconi con anterioridad a Trump.¹²⁸

Así, según Riley, con varios matices y ajustando un poco el modelo teórico en un afán de, a pesar de las señaladas contradicciones, incorporar sus facetas patrimonialistas, Trump, más que a cualquier otro gobernante, se asemeja al mencionado Luis Bonaparte, sobrino de Napoleón I, el presidente de Francia 1848-1852 y posteriormente el emperador Napoleón III 1852-1870.¹²⁹ Napoleón III ha sido el prototipo de Karl Marx de un líder carismático que aparece, bien subraya Riley, igual que Trump, cuando la clase capitalista ha perdido la hegemonía, convirtiendo al trumpismo en una suerte del “neobonapartismo”, una forma de gobierno donde el poder de los partidos empieza a erosionarse, se abre el camino a la extrema personalización de la política, aparecen figuras cuasi-religiosas y el proyecto hegemónico coherente queda sustituido por un líder, todo en medio de profundos cambios en la economía capitalista, una mutación que Riley se propone reconstruir también minuciosamente en caso de Estados Unidos (Riley, 2017). Todo esto –como añadía también en otros lugares desarrollando su análisis este autor–, en el contexto marcado igualmente por la existencia una sociedad civil apática, fragmentada, sumergida en la despolitización y caracterizada por la ausencia de una izquierda organizada, al igual que hace casi dos siglos (Riley, 2019: xxiii y xxxi; véase también: 2018).¹³⁰ Al igual que la versión original del siglo XIX, este bonapartismo tardío surge también de una crisis de

separación burocrática entre la esfera “privada” y la “oficial” y la relación entre su personal y el líder no indica un compromiso impersonal con el gobierno del Estado, sino “la lealtad de un servidor, basada en una relación estrictamente personal”. También la administración política se trata como un asunto puramente personal del gobernante y el poder político se considera parte de su propiedad personal que puede ser explotado por medio de contribuciones y cuotas (Weber M., 1978: 1028-1029). Aun así, como señaló Weber, las estructuras estatales patrimoniales son “tipos ideales” y como tales, salvo unas excepciones, raramente se encuentran en la práctica.

¹²⁸ De hecho, si ya había que buscar alguna analogía histórica a Trump, en vez de por ejemplo Mussolini, según Riley, Trump tenía más similitudes con Silvio Berlusconi, el magnate de los medios italianos y ex primer ministro, al igual que Trump, trabajó para socavar el sistema representativo, atacó al poder judicial, legitimó la corrupción y criticó a los “políticos profesionales” durante sus nueve años en el poder (Riley, 2017a, 2017b; véase también: Riley en: Jacobson, 2022; para el mismo punto acerca de, muchas más acertadas, analogías entre Trump y Berlusconi, véase: Traverso, 2019a: 21-22, 2019d, 2017b y Bell D. A., 2022).

¹²⁹ Curiosamente –o paradójicamente–, el hecho de que el imperio de Napoleón III se establecía a base de la legitimidad del sufragio universal, un fenómeno sin precedentes hasta ahora, convenció incluso a los “conservadores inteligentes” como Tocqueville, Bruckhardt o Flaubert de que las sociedades modernas se estaban encaminando hacia nuevas y distintas formas de la “democracia autoritaria” (Ginzburg, 2018: 102), el término que Riley usa para describir al... fascismo.

¹³⁰ Tomando en cuenta este contexto delineado de este modo por Riley y voltearnos al caso polaco podría ayudar a entender la faceta neobonapartista y no “fascista” de la nueva extrema derecha de hoy y el hecho que ésta se entiende mejor a través de la analogía a mitades del siglo XIX que a la época de entreguerras. Ley y Justicia (PiS), el partido gobernante en Polonia (2015-2023), después de haberse apoderado de las cortes y liquidado su independencia, al igual que Napoleón III, habitualmente contrarrestaba cualquier crítica de algunos pocos juristas o periodistas independientes preguntando: “¿Quién los eligió?”. Al

hegemonía y de la erosión de la base material que le permite a la clase capitalista estadounidense perseguir sus propios intereses mientras reclama representar a los de la sociedad en general. A diferencia de su prototipo, sin embargo, la nueva versión del bonapartismo no está conectada con la movilización desde abajo y no puede entenderse como una reacción ante una amenaza contra el régimen de la propiedad. El golpe y la dictadura de Luis Bonaparte se produjeron a raíz de las revoluciones de 1848, cuando el proletariado revolucionario irrumpió en la escena política amenazando el poder de la burguesía. En la lectura de Marx, el régimen del sobrino de Napoleón I surgió cuando la burguesía optó por renunciar al gobierno a favor de un “hombre fuerte” que podía ocuparse de los asuntos del Estado y garantizarles “paz y tranquilidad” de perseguir sus intereses privados. Lo que Riley cree que hace a Trump “bonapartista”, es que evita “la lógica de la burocracia” y acorde con sus características patrimonialistas intenta convertir al Estado en una empresa familiar¹³¹:

Mientras que el fascismo fue producto de un intenso desarrollo asociativo y de la sociedad civil, el trumpismo es una expresión del desgaste y debilitamiento de la sociedad civil. Por eso Trump se parece más a Bonaparte III, que a los fascistas de entreguerras. Esta diferencia es particularmente evidente en el conflicto institucional básico que caracteriza la dinámica de cada forma de régimen de derecha. Los regímenes fascistas estuvieron plagados de luchas entre el Estado y el partido. Sus líderes se sentaron encima de estas dos organizaciones competidoras y las enfrentaron entre sí. Las familias de Mussolini y Hitler, sin embargo, desempeñaron un papel muy pequeño en la política de poder de sus regímenes.¹³² A diferencia de Mussolini y Hitler, el conflicto institucional que caracteriza al trumpismo es lo que Weber habría llamado la “lógica del hogar” y la “lógica de la burocracia”. Todas las supuestas “violaciones de las normas democráticas” de Trump no son eso en absoluto. En cambio, son violaciones de las “normas burocráticas”. Trump es constantemente vilipendiado en los medios por no entender la diferencia entre la lealtad a la persona y la lealtad al orden objetivo del Estado. La amenaza que plantea, por tanto, no es que establezca un régimen nacionalista neototalitario, sino que construya un régimen bonapartista neopatrimonialista basado en la lógica del hogar (2018).

Pensar en el auge de Trump en clave del “bonapartismo”¹³³, requiere no obstante, tal como ya se ha señalado y como bien remarca Riley, un poco de “transposición conceptual”. Y el análisis de Marx en *El 18 de brumario...* ofrece, en ojos de Riley, tres cuestiones especialmente relevantes. La primera es la crisis de liderazgo o de hegemonía. Dado que en las sociedades capitalistas la rentabilidad es el principal determinante del crecimiento económico, los capitalistas pueden presentar de forma plausible la satisfacción de sus propios requerimientos como algo esencial para el país en su conjunto. Sin embargo, desde el cambio de milenio, y especialmente desde 2008, la afirmación de que su papel va en beneficio de todas las clases sociales parece haberse vuelto cada vez más dudosa. La segunda idea clave es la tendencia del capital de mirar hacia el Estado cuando se debilita su capacidad de liderazgo. En la era de la financiarización, la creciente dependencia del Estado por parte del capital privado se ha hecho evidente: el proceso que se aceleró en Estados Unidos durante los últimos años del gobierno de George W. Bush y después con Obama. Así, como subraya Riley, la economía política del neobonapartismo es una forma de capitalismo dependiente del Estado en el sentido en que los beneficios se deberán más a las conexiones e intervenciones políticas que a la productividad. Finalmente, la tercera idea es que, como consecuencia de este giro hacia el Estado, los vehículos políticos del capital –en este caso los partidos Republicano y Demócrata–, empezarán a desintegrarse. En este contexto, la plebe puede ser movilizada por

mismo tiempo aseguraban que Polonia en los últimos años más que una democracia, era una “cortecracia” y que PiS estaba luchando por rescatar el “verdadero carácter democrático del país” (Müller, 2019), algo impensable en el fascismo que simplemente hubiera arrasado con toda la independencia y con toda la crítica tal como lo hicieron Hitler y los nazis mediante su extremadamente rápida “sincronización” (*Gleichschaltung*) (Riley, 2019: 189).

¹³¹ La afirmación de Riley que el bonapartismo podría ser de alguna manera “no burocrático” o “antiburocrático” es no obstante sorprendente ya que para el propio Marx, este fue precisamente la apoteosis del poder ejecutivo y el dominio burocrático por encima de la sociedad civil, siendo el gobierno de Napoleón III la señal de que su independencia del Estado con su burocracia “se había vuelto completa” (Marx, 2010: 203).

¹³² Este comentario, al menos respecto del caso de Italia –que igualmente no deja de extrañar ya que Riley no solo es un profundo conocedor de Marx, sino también de la historia y política italiana–, no es de todo cierto: el yerno de Mussolini, Galeazzo Ciano, se desempeñó como ministro de Relaciones Exteriores, siendo él precisamente uno de los artífices del Eje Berlín-Roma-Tokio y una vez fue visto como su probable sucesor, hasta que se tornó en contra de él y acabó fusilado en 1944. Aun así, respecto al propio Trump –rodeado de su familia: sobre todo hija Ivanka y su yerno Jared Kushner, vuelto uno de los asesores de la Casa Blanca o su hija Tiffany, de su segundo matrimonio, cuando por razones tácticas para no afectar sus negocios Ivanka y Jared se alejaron temporalmente del “patriarca”–, la figura de la “familia patriarcal” como la verdadera forma organizacional de Trump en contraste al partido político de masas, el producto característico de las altamente organizadas y politizadas sociedades civiles del periodo de entreguerras, constituía efectivamente la principal diferencia con los regímenes fascistas.

¹³³ Como bien explica Horacio Tarcus, a partir del análisis de Marx, “bonapartismo” pasó a caracterizar en la propia teoría marxista y más allá de ella, una situación de polarización social entre clases antagónicas que, al neutralizarse mutuamente, permitían la emergencia de una tercera fuerza, liderada por una figura en cierto modo exterior al sistema y capaz de concentrar la suma del poder político apelando directamente al pueblo, por encima del sistema tradicional de representación. Entendido como una forma híbrida, que combinaba elitismo y plebeyismo, autoritarismo y democracia plebiscitaria, sociedad organizada jerárquicamente y unión nacional por encima de la clases, “bonapartismo” ha sido retomado a partir del análisis de Marx por diversos intérpretes para definir fenómenos políticos del siglo XX que no dejaban encasillarse fácilmente ni entre la izquierda, la derecha o el centro clásico (Tarcus, 2023).

figuras carismáticas cuasi religiosas (Obama, Trump), pero la articulación de un proyecto hegemónico coherente en el que el consenso tenga una base material, se vuelve mucho más difícil.

En cierto sentido, el resultado de las elecciones de 2016 fue un comodín histórico, pero había poderosos factores estructurales en funcionamiento, que hicieron posible la aparición de un «cisne negro». De manera inmediata, el resultado fue una nueva manifestación del vaciado de la forma partido y de la crisis de representación, que se desató en 2008. Pero las décadas de etiolación de los lazos entre los Demócratas y la clase trabajadora y la creciente interpenetración del Estado y el capital también cumplieron una función, al igual que la incapacidad de las élites del Partido Republicano para imponer la disciplina sobre sus partidarios. Las dos demandas clave de la campaña de Trump –la recuperación del empleo industrial externalizado y el fin de la corrupción en Washington: “drenar el pantano” (*drain the swamp*)– ofrecían una versión de derecha de la “revolución política” de Bernie Sanders (Riley, 2017).

En un afán final de desgranar la noción del bonapartismo y su utilidad en aplicarla a Trump, Riley recordaba también que el análisis de Marx respecto al golpe de 18 de brumario oscilaba entre dos polos: entre a) ver el auge de Luis Bonaparte como expresión del atraso de la sociedad francesa con su anormalmente extensa capa campesina, en sí misma un producto de la Revolución Francesa y b) verlo como un régimen de excepción que energía de un *interregnum* durante el cual la burguesía perdió la capacidad de gobernar y el proletariado aun no la ha logrado. De mismo modo, como anotaba Riley –y como ya hemos visto (véase: 2.1.1.)–, desde el marxismo en el periodo de entreguerras tanto August Thalheimer como León Trotsky trataban de recuperar la noción del bonapartismo para analizar el auge del fascismo, pero ninguno lo teorizó adecuadamente y que de manera paradójica la manera más sistemática de usar el modelo bonapartista para hablar de los regímenes fascistas clásicos provino desde el liberalismo durante la Guerra Fría en particular de parte de Hannah Arendt que lo reelaboró como una teoría de la sociedad de masas. Clases, según Arendt, ya no existían, pero las masas sí y Arendt trató de vincular esta noción de masas con el análisis marxiano del campesinado francés (algo que Marx llamó “el saco de patatas”). Según Arendt y sus seguidores, tanto el movimiento fascista como el movimiento comunista emergieron de “unas masas estructuralmente atomizadas” y apáticas que han sido el producto de la generalizada “disolución de las normas liberales” y las desaparición de las asociaciones en la Europa Occidental a finales del siglo XIX, o más precisamente la destrucción de las viejas y la no aparición de las nuevas, algo que generó una suerte de “crisis transicional”. En su opinión, el adherente totalitario no tenía una ideología particular, ni intereses políticos determinados. Solo ansiedad provocada por la vida moderna y las determinadas condiciones históricas caracterizadas por un vacío cívico y organizativo (Arendt, 1973: 313-316; 1958: 308-312; para más sobre este punto véase: Riley, 2019: 7-8 y 2022a: 119-120). En este sentido para Arendt, el totalitarismo no era una política, sino “una patología de masas” fundada en la atomización y la aislación de los individuos (véase: Berkovitz, 2017), con lo que en efecto y de modo muy desafortunado, como apuntaba en su momento el analista político Corey Robin, “el relato de Arendt disolvía los conflictos de poder, intereses e ideas en un baño del análisis psicológico, lo que permitía a sus lectores evadir cuestiones difíciles de la política y la economía” (Robin, 2007). No obstante, para Riley, la reconstrucción arendtiana del auge del fascismo en la época de entreguerras que paradójicamente lo explica tanto con la “apatía” como con el “fanatismo” de las masas derivados del supuesto “colapso” de la sociedad civil, dos resultados opuestos, resulta inadecuada: su descripción del colapso de la sociedad masas como un “vacío” que carecía de la vida de asociaciones es una mala lectura histórica (Riley, 2019: 8-9; para más sobre la crítica de las mismas lagunas teóricas en Arendt y su no sostenible explicación de crecimiento de fascismo como fruto de las sustitución de clases por “masas”, véase: Kershaw, 2015: 28). Como hemos visto, el argumento principal de Riley en *Las raíces cívicas...* es exactamente contrario: el fascismo para su auge dependió y se nutrió de una rica vida de asociaciones y de la existencia de una sociedad civil altamente estructurada sin la cual este nunca hubiera podido construir su organización de partido muy distintiva ni emerger victorioso de una feroz lucha de clases. Esto es incluso cierto en caso de la República de Weimar –en sí misma el objeto de muchas comparaciones en tiempos de Trump–, donde la altamente desarrollada sociedad civil ayudó en el auge y en la toma de poder por los nazis, cuando estos cooptaron y “nazificaron” toda una serie de asociaciones preexistentes. Así la diferencia fundamental con Europa de entreguerras tiene que ver con la esfera de la sociedad civil y los partidos políticos. En lugar de las organizaciones socialistas de masas de la década de los 20 en Alemania e Italia, Estados Unidos, como bien señala Riley, tiene dos poderosos partidos capitalistas que han dominado el escenario político durante más de un siglo. Desde la década de los 80 han sufrido una extrema polarización ideológica, aunque siguen compartiendo un amplio conjunto de políticas fundamentales. Con la parcial excepción de las iglesias evangélicas, el hundimiento de las organizaciones de la sociedad civil, que en su momento movilizaron el apoyo electoral para estas formaciones oligárquicas, ha contribuido al constante declive de la participación electoral con lo que la cultura política estadounidense fortalece la tendencia político-económica a atomizar la población (Riley, 2017).¹³⁴

¹³⁴ Anton Jäger, en un particularmente interesante ensayo, retomando la famosa tesis del eminente sociólogo estadounidense Robert D. Putnam (2000) de que la vida cívica estadounidense en las últimas décadas se estaba desintegrando, que los estadounidenses se estaban volviendo cada vez más aislados, solitarios y menos comprometidos con los demás, lo combinaba con el análisis de Riley acerca de la importancia de la existencia de una sociedad civil vigorosa para el surgimiento del fascismo, para afirmar que estas no son las condiciones actuales que justificarían el uso del “marco del fascismo” (*fascism frame*) para hablar de Trump y la demás extrema derecha de hoy. Si bien, en efecto, en la realidad descrita por Putnam la derecha ha prosperado mucho mejor que la izquierda, la atomización social, la destrucción virtual de los sindicatos y la disminución de la participación masiva en los partidos políticos donde el internet ha venido a llenar este vacío en la vida social, son las antípodas de la efervescencia organizativa que caracterizó el auge del fascismo en periodo de entreguerras (Jäger, 2022b).

2.2.2. La “insurrección” en el Capitolio, la democracia y la “verdad”

El ataque de los seguidores de Trump al Capitolio el 6 de enero de 2021 no solo ha tenido un enorme impacto al propio “debate sobre el fascismo”, revigorándolo y dando lugar a toda una serie de nuevas comparaciones al “fascismo” por un lado como en caso de Robert O. Paxton, el decano de los estudios sobre el fascismo según el cual la incitación de Trump a la invasión del Capitolio “eliminaba su objeción a la etiqueta de fascista” (Paxton, 2021) u oportunidad para todo un grupo de analistas a afirmar que “siempre han tenido la razón de alertar sobre esto” (Snyder, 2021a; Finchelstein, 2024: 1), sino que propició también todo un sub-debate, si lo ocurrido el 6 de enero calificaba como un “golpe” o no, con los “alarmistas” afirmando que efectivamente se trataba de uno –e invocando para ello incluso de que ocurriera el ataque, frente a la negativa de Trump de conceder su derrota, la historia de los golpes latinoamericanos como un punto de referencia histórico que lo confirmaba, incluso “enseñaba” como se iba a morir la democracia en Estados Unidos (Finchelstein, 2020r)–, y los “escépticos”, afirmando por el contrario que no se ha tratado del verdadero golpe de Estado ni de su intento y si algo demostraba el ataque al Capitolio era más bien el indicio de la, observable desde los inicios de su presidencia, debilidad de Trump (véase: Robin, 2018a-c). Unas de las voces más articuladas en este sentido provino de Daniel Bessner y Ben Burgis, dos intelectuales asociados con la revista *The Jacobin*, de la cual Riley también es colaborador y a quienes, igual que a él mismo, Rosenfeld, de manera correcta colocó en el campo de los “escépticos” (2019). Para estos autores, por el contrario, “la verdadera historia” de los golpes conducidos por Estados Unidos a lo largo del mundo desde Irán, Guatemala hasta Venezuela, era más bien indicativa de que el ataque al Capitolio no era un “golpe”, sino meramente “un violento espasmo de ira impotente” de una turba compuesta en su mayoría por civiles y de que Trump que los incitó, no tenía en realidad ninguna intención ni capacidad de movilizar el poder del Estado para respaldarlos. Así, para ellos, no solo no había ninguna posibilidad de que la extrema derecha estadounidense derrocara al gobierno, sino que sus esfuerzos han sido sofocados en cuestión de horas y el Congreso certificó con éxito la victoria electoral de Joe Biden. Así, según Bessner y Burgis “los acontecimientos del 6 de enero, por lo tanto, no se acercaban ni de lejos a Mussolini marchando sobre Roma ni a Hitler aboliendo efectivamente al Reichstag” y “el fascismo no estaba al borde en Estados Unidos” (Bessner, Burgis, 2021).

El mismo Dylan Riley comentando “en caliente” tres días después del ataque –en una entrada de una suerte de diario irregular–, apuntaba que las consignas y demandas supremacistas blancas y/o de los nostálgicos de la Confederación e incluso “neonazis”, como se estaba subrayando en los comentarios, no eran para nada mayoritarias como parecía: la demanda básica de los atacantes de “hacer bien el resultado electoral” y su reclamo de que el Capitolio “era nuestro”, los inscribía más bien en una clave de “demócratas” (con pequeña “d”) y “asesinos *jeffersonianos* de los tiranos”, siendo el trumpismo, como subrayaba Riley, en esencia, una utopía *jeffersoniana* de la pequeña burguesía de un “*self-made-man*” sin el Estado de bienestar, financistas y el dinero en papel. Así, más un “golpe fascista”, se trataba de una revuelta e insurrección en contra del “capitalismo político” y “el Capitolio corrupto” (Riley, 2022a: 22-24). A diferencia de muchos otros analistas y comentaristas Riley siempre ponía “la insurrección” entre comillas (*Ibidem* y x), y, como lo precisaba en otro lugar, “lo que los liberales vieron como la insignia del fascismo –banderas estadounidenses y confederadas bordadas, chalecos tácticos y cascos adornados con adornos de extrema derecha–, él lo prefería ver como “la parafernalia decorativa banal del nacionalismo estadounidense” (Riley en: Jacobson, 2022). Incluso, juzgando por sus consignas, el enemigo común de los alborotadores –el supuesto “*kraken* del socialismo, el comunismo y el marxismo”–, más que un peligro, señalaba “una falta de originalidad ya que la condena de la tradición socialista es compartida por todo el espectro político e intelectual en Estados Unidos” (*Ibidem*), con lo que Riley tomaba allí una postura parecida por ejemplo a Mike Davis, el célebre marxista estadounidense y su colega de New Left Review, que había calificado el ataque a Capitolio como “una carga de una pandilla de motociclistas vestidos como artistas de circo y bárbaros excedentes de guerra” (Davis, 2021).

Si bien la caída de Trump en 2021 y su salida de poder drenó parte de la urgencia del “debate sobre el fascismo”, pero elecciones en Europa que siguieron (Francia, Suecia, Hungría e Italia), demostraron que el peligro de la extrema derecha no ha disminuido. Preguntado sobre el asunto, una vez más Riley, sin embargo, ha mantenido su análisis. Al comentar sobre el éxito electoral de Fratelli d’Italia en septiembre de 2022 en Italia, explicó que “allí siempre ha existido este tipo de partido en varias iteraciones en el espectro político italiano: el Movimento Sociale Italiano (MSI) y luego la Alleanza Nazionale (AN)¹³⁵, con Meloni como “un ejemplo más nocivo, pero a la vez más competente e inteligente de la misma política, una versión un poco más dura de Berlusconi”, vinculada históricamente al fascismo, “pero no tan terrible como el fascismo de entreguerras [más bien], terrible en su propia forma especial” (Riley en: Jacobson, 2022). Este último calificativo –“terrible en su forma especial”–, bien podría aplicar también a la postura de Riley respecto al propio Trump, que si bien según él, nunca era un fascista, esto no significaba que no representaba un peligro para la democracia o de que “no había que preocuparse”, como decía el mismo Riley en referencia a los malentendidos causados sobre todo por lo que él consideraba como malas lecturas de su ensayo *¿Qué es Trump?* (2018). Aun así, Riley mantenía su postura y preguntado por el mencionado varias veces cambio de opinión de Paxton, contestaba: “Tengo un enorme respeto por la erudición de Paxton. Él claramente ha llegado a la conclusión de que, como cuestión política, era importante usar la etiqueta ‘fascista’ respecto a Trump. Yo no estoy de acuerdo, pero no es un desacuerdo intelectual, es uno sobre la estrategia política” (Riley en: Jacobson op. cit.). Y refiriéndose explícitamente al “debate del fascismo” aseguraba que podíamos aprender mucho sobre nuestro período contemporáneo estudiando el fascismo histórico, pero –siendo esto un comentario en un profundo sentido blochiano–, “esto aplica tanto a la capacidad de aprender de los contrastes, como de las semejanzas” (*Ibidem*).

¹³⁵ En uno de sus textos Roger Griffin había analizado la metamorfosis de AN que como sucesor de MSI desde el principio gravitó hacia un “posfascismo” y, al reconocer explícitamente el orden constitucional liberal de la Segunda República, a una suerte de “fascismo democrático” (sic), una nueva, en sus ojos, “híbrida ideológica” (Griffin, 2007).

Como subrayaba Riley, el hecho de oponerse a hablar de fascismo hoy –como si esta fuera de hecho la única manera de hablar de los problemas de la democracia en el capitalismo–, no significa que esta no esté en peligro o que incluso no se encuentre “en problemas muy serios” (Riley en: Jacobson, op. cit.). La verdadera pregunta y la verdadera cuestión para Riley, incluso en medio del avance de la extrema derecha, es cómo la democracia, un sistema basado en el sufragio universal, ha sido compatible con el capitalismo, un sistema donde los medios de producción están en manos privadas. “O, como podría haber dicho Adorno, ¿por qué la clase obrera, en lugar de liberarse del capitalismo, lo ha abrazado?” (Riley en: Jacobson, 2022). Si bien, como recordaba Riley, los capitalistas a veces son complacientes con la democracia electoral, pero en ningún momento de la historia han aceptado el resultado de las elecciones que podrían amenazar las relaciones de propiedad capitalistas y a pesar de las insistencias de los ideólogos del “libre mercado” sobre el vínculo íntimo entre el capitalismo y la libertad, los capitalistas –desde el Tercer Reich de Hitler, el Stato Totalitario de Mussolini hasta las juntas latinoamericanas o la Sudáfrica de apartheid–, han sido los principales partidarios de los más autoritarios y represivos regímenes en la historia (Riley, 2021b).¹³⁶ En este sentido para Riley el verdadero problema de hoy es que estamos viviendo en un período de una crisis hegemónica del capitalismo, pero no hay respuesta porque la izquierda es muy débil o inexistente (Riley en: Jacobson, 2022). Gramsci, recordaba Riley, señaló algunos aspectos de esto en sus escritos sobre el cesarismo: cuando hay una crisis de autoridad y hegemonía y no está claro si la derecha o la izquierda están proponiendo una forma de salir de esto, lo que se obtiene es una personalización extrema de la política y el surgimiento de los líderes cesaristas tal como lo hemos visto con Trump o con Meloni (*Ibidem*). Siguiendo en otro lugar sus reflexiones sobre la democracia y regresando a uno de sus puntos principales en *Las fundaciones...*, hecho a contrapelo del enfoque dominante en las ciencias sociales respecto a la sociedad civil que el fascismo no es necesariamente “antidemocrático” –ya que la democracia no es el sinónimo de las instituciones sino su meollo radica en la cuestión de la representación y lo que querían hacer los fascistas era, según Riley, ofrecer una mejor representación al pueblo–, ilustraba su punto apuntando al absurdo de la argumentación liberal de hoy que en contexto del supuesto avance del “fascismo” y las embestidas de Trump, llamaba a cerrar las filas en torno a las instituciones consideradas como “los bastiones de la defensa de la democracia”: FBI, CIA o la propia Constitución estadounidense introducida explícitamente para hacer el contrapeso a la democracia popular. “¿Son estas instituciones verdaderamente democráticas?” preguntaba (Riley, 2022a: 18-19). Desde luego que el reclamo de Trump de “representar la gente frente a un régimen corrupto”, suena hueco y es una demagogia y frente a la verdadera anatomía de su proyecto político neopatrimonial-neobonapartista donde los únicos que importan son el mismo Trump y su familia (véase: arriba), pero visto en el contexto ofrecido por Riley, la etiqueta “antidemocrática” asignada a Trump por los defensores liberales del orden establecido, suena igualmente hueca e hipócrita. En este sentido, para Riley, si bien había muchas analogías engañosas entre Trump y el fascismo de entreguerras, había una similitud real que quedaba completamente ignorada: ni los fascistas de entreguerras ni Trump podían ser descritos como “antidemocráticos” en sentido de que rechazaban la voluntad del demos: por el contrario, aseguraban encarnarla. A lo que si se oponían, subrayaba Riley, era a sus regímenes contemporáneos de representación –que de ninguna manera, según Riley, era lo mismo que “democracia”–, y eso era lo que constantemente estaban criticando los liberales, fustigando a Trump por atacar las instituciones y los “arreglos existentes”, asegurando que era “antidemocrático” porque atacaba y dañaba las “normas” (Riley, 2021a).

En este contexto, lo que llamaba la atención según Riley, es que uno de los principales rasgos comunes del análisis y comentario liberal sobre el momento político actual y el estado de la democracia, era la aceptación acrítica de las mismas características del orden político que han causado la tan criticada por los propios liberales “reacción populista” y el auge de la –supuestamente “fascista”–, extrema derecha. Si bien muchos de los analistas liberales, subrayaba Riley, atribuyen la crisis de la democracia a los “fracasos y malas prácticas de las élites” tratando de explicar con ello tanto el auge de Trump como por ejemplo la victoria del Brexit, las élites en los últimos años en realidad no han sufrido ningún debacle y de hecho han gozado de un éxito estupendo (Riley, 2023). Aun así, derivadas de este mal análisis, soluciones políticas son aún peores: abogar por dejar el poder y el manejo democrático exclusivamente en las manos de “políticos responsables” y “expertos desinteresados” no representa la esperanza del resurgimiento de la democracia, sino más bien su derrota (*Ibidem*). Para Riley por ejemplo –que sintetizaba así de manera perfecta el contenido de incontables artículos, entrevistas, charlas y libros de Timothy Snyder, uno de los principales alarmistas (véase: Capítulo 2., 2.5., Capítulo 3., los textos #7, #8, #9 #16 y Capítulo 4., 4.1.) tanto en contexto de la presidencia de Trump, el ataque a Capitolio o la pandemia–, aseverar que “el fundamento de la democracia es la verdad” y poner a Trump como “fascista” porque es un “mentiroso”, es un lugar común y mal análisis:

El auge de Timothy Snyder a la prominencia es uno de los más claros síntomas de la putrefacción de la *intelligentsia* liberal en tiempos de Trump. ¿Qué es el mensaje de Snyder? Que las “verdades” compartidas son la fundación de la democracia y que lo que la desestabiliza es el mentir. Hay dos principales dificultades con esta mirada. Mentiras, eufemismos y la hipocresía son el alma de la política estadounidense. Además lo que realmente distingue a Trump no es que miente, aunque lo hace muy a menudo, sino que a veces de manera espectacular dice la verdad. Uno de sus discursos más verdaderos tuvo lugar en 2020 cuando acusó a Biden, Schumer y Pelosi de ser creaciones de Wall Street. O acuérdense lo que espetó frente a Jeb Bush durante el debate en las primarias en Carolina del Sur acerca del debacle de Iraq. Tal vez lo que Snyder quiere decir es que el fundamento de la democracia es el, compartido por las élites, compromiso con la hipocresía, un compromiso que Trump no comparte ya que el único compromiso suyo parece ser el enriquecimiento personal. ¿Es demasiado pensar que esto puede tener un efecto saludable? (Riley, 2022a: 25).

¹³⁶ Para más sobre las contradicciones e “imposibles puntos de contacto” entre el capitalismo y la democracia, contrario a la *doxa* y el consenso dominante de la “afinidad natural” entre el capitalismo y la democracia, véase: Meiksins Wood, 2000: 211-339

Contrario a Snyder (véase: Snyder, 2020f, 2021a), para Riley las democracias no dependen de la “verdad” y este tipo de argumento pocas veces ha sido puesto a un escrutinio y degeneró hasta el punto de llegar a ser un tema de conversación banal (*Ibidem*). Si bien por todos lados está presente el reclamo de que la democracia está en crisis porque ha surgido “un régimen de la posverdad”, este mismo llamado a “defender la verdad” y “confiar en ella”, tras un examen más detenido, contiene una política criptoautoritaria ya que exige “fe”: en la ciencia, en los expertos, en los técnicos, en los “adultos en la sala”, algo que a su vez, según Riley, explica el entusiasmo detrás de Trump y de gran parte de la extrema derecha que se opone a este *dictum* (Riley, 2022a: 26). No obstante a menudo este tipo de argumento que apunta a algún “vínculo íntimo” entre la “verdad” y la “democracia” –tal como es el caso de propio Snyder y autores afines a él como Jason Stanley (2020c, 2021d), Federico Finchelstein (2020a), todos autores del corpus (véase: Capítulo, 3.) o Sarah Churchwell (2020c), otra de las principales comparatistas de Trump al fascismo–, se basa en rituales referencias a Hannah Arendt que a menudo malinterpretan el contexto en que han surgido sus críticas a la mentira en la política queriendo vincularlas a fuerza con las “mentiras fascistas” (para este punto véase: nota de pie 108). Además, como bien lo demuestra Riley, “funden” en efecto en su análisis la democracia con el liberalismo. La “verdad” como tal, recuerda Riley, no es el fundamento del orden democrático, sino más específicamente del sistema liberal tal como lo ha expuesto por ejemplo John Stuart Mill (Riley, 2021a). Pero mientras la preocupación de Mill tenía en su centro las instituciones –solo garantizando la libertad de expresión y la del parlamento podemos producir reclamos que sean verdaderos–, hoy en día, según “la nueva teoría del liberalismo” (Riley *dixit*), las verdades son, por el contrario, producidas por expertos y “fuentes autorizadas” como The New York Times o The Washington Post:

Estas verdades deben ser aceptadas por todas las personas de “pensamiento correcto” que luego pueden discutir entre sí sobre lo que significan esas verdades. A diferencia del argumento inicial de Mill, esta afirmación no vincula las afirmaciones de verdad con un conjunto particular de instituciones políticas. La verdad como expresión de la experiencia no requiere libertad de expresión y una cámara parlamentaria, o al menos no en la misma medida que la verdad como opinión justificada. ¿Cuál es la diferencia central entre esta nueva teoría y las justificaciones clásicas del liberalismo? Para Mill, la verdad se refería más a la forma en que se sostenía una opinión o afirmación que a su contenido. La verdad se lograba a través de un proceso de justificación. Esta justificación en sí misma requería un desafío implacable. Sostener opiniones verdaderas como dogmas muertos no era realmente, en opinión de Mill, tener opiniones “verdaderas” (*Ibidem*).

Si bien tiene razón por ejemplo Finchelstein en subrayar que las mentiras de Trump y sus técnicas específicas de propaganda han estado pensadas para reemplazar el debate racional con paranoia y resentimiento y cualquier argumento con fe en vez de razón poniendo en cuestión la realidad misma (Finchelstein, 2020a: 5 y 8), el problema parece un poco más complicado. Al introducir una dicotomía entre “verdad democrática” y “mentira no-democrática” y cerrar las filas en torno a las “fuentes autorizadas” como The New York Times o The Washington Post, en su momento los principales diseminadores de las mentiras gubernamentales y sus comparaciones históricas usadas para justificar la guerra en Iraq (para la explicación del auge de la preocupación por las “Fake News” en términos del “rompimiento del monopolio a la mentira” que antes ejercían los principales medios, véase: D’Eramo, 2020; para más sobre la crítica de la repentina obsesión de los medios *mainstream* por la “verdad” y “*fact-checking*” véase también: Lordon, 2017; Panovka, 2021), o la figura de un “experto en la verdad” (“*truth pundit*”), de la que habla Riley, más bien se está hablando de “mentiras autorizadas” y “mentiras no-autorizadas”. He aquí donde, según Riley, se observa otra paradoja de *trumpismo*: mientras su desconfianza en los “expertos de la verdad” lo acerca más al liberalismo clásico que a la “nueva teoría del liberalismo”, al mismo tiempo Trump, sus acólitos y sus seguidores están totalmente opuestos a uno de fundamentos del liberalismo clásico: el debate racional (Riley, 2021a). No obstante, para Riley la respuesta correcta al alud de mentiras trumpistas e información errónea producida por ellos en las redes sociales –respecto a los cuales por cierto existe una necesidad de una reforma drástica de las condiciones materiales y sociales de la producción del contenido creado y canalizado por ellas, empezando por la cuestión de la propiedad y el enorme monopolio ejercido por sus dueños (Facebook et al.) que impiden la “verdadera producción de la verdad” en el sentido de Mill–, no es la exaltación de “los expertos en verdad”, que nos van a salvar de la amenaza de un “régimen de la posverdad”, sino la restauración de las condiciones para un debate racional (*Ibidem*). Es aquí, donde se podría proponer una tesis que las denuncias de la extrema derecha por “fascismo” o “ataques a la verdad” y/o a la, democracia acaban reproduciendo lo mismo a lo que se dicen oponer, siendo sus analogías, tal como anotaba Riley, parte de las “verdades oficiales” producidas por “expertos” (*pundits*) y “fuentes autorizadas” como los principales periódicos estadounidenses The New York Times o The Washington Post que desde 2015 han publicado incontables artículos y columnas de opinión comparando a Trump con “Hitler” y “fascismo”. De hecho en el transcurso del “debate sobre el fascismo”, confirmando de alguna manera que “debate racional” del que hablaba Riley seguía siendo una necesidad y a veces brillaba por su ausencia, algunos de sus participantes que abogaban por comparar a Trump con fascismo (los “alarmistas”) en efecto no discutían sino se enojaban cuando alguien argumentaba a favor de no calificar a Trump como “fascista” (véase: Gordon, 2020) al igual que no faltaban expertos (los “escépticos”) que atacaban virulentamente a otros estudiosos que “se atrevían a hablar de fascismo” (véase: Griffin, 2023 y nota de pie 96).

2.3. Trump: “casi todo lo contrario del fascismo” (Corey Robin)

Corey Robin es el profesor de ciencia política en el Brooklyn College y en el CUNY Graduate Center, ambos adscritos a la Universidad de la Ciudad de Nueva York, autor de *La mente reaccionaria: el conservadurismo desde Edmund Burke hasta Donald Trump* ([2011] 2017a), un libro que, según una de las frases promocionales de su contraportada, “predijo a Trump”. Si bien la frase puede parecer pomposa –como cualquier *blurb*–, el afán de ver a Trump e inscribirlo en el linaje del conservadurismo estadounidense que, el movimiento que según Robin “estaba destinado a producir a Trump”, constituye una base teórica de su negativa, demostrada consistentemente a lo largo del “debate sobre el fascismo”, de buscar analogías para el trumpismo en la política de entreguerras en Europa o en la clave del “fascismo estadounidense”. Como él mismo subrayaba en una entrevista incluso antes de la victoria de Trump en las elecciones de 2016, su rechazo al “marco del fascismo” (*fascism frame*) le han traído críticas y curiosas acusaciones, muy en consonancia con el clima del desatado comparativismo histórico, de ser un “apaciguador” (*appeaser*) e incluso de “de estar orquestando un ‘nuevo Múnich’” (para esta analogía, véase: 1.3.) respecto a Trump:

Cada vez que echo un poco de agua fría sobre el comentario ahistórico sobre Trump como “fascista”, me acusan de ser indiferente si gana o no. Un comentarista incluso me comparó con personas que bostezaban sobre Hitler. Lo cual me pareció interesante, a nivel retórico. Durante décadas, los conservadores utilizaron la analogía de Múnich para decir que los liberales eran blandos con el comunismo. Ahora los liberales lo utilizan para decir que los izquierdistas son blandos con Trump. Incluso cuando esos izquierdistas escriben libros enteros [Robin, con ironía, apuntaba a su propio libro, *La mente reaccionaria...*] explicando a la gente que los conservadores razonables y racionales que creen conocer son, de hecho, cantantes ultrarrevanchistas de dominación y violencia (Robin, 2016a).

Como bien recordaba Robin, el conservadurismo, desde sus inicios, ha sido un esfuerzo sostenido y puramente reaccionario para movilizar las élites y las masas en contra de, lo que él llama, “la emancipación de las clases bajas”. En otras palabras, el conservadurismo con su filosofía según la cual las relaciones desiguales en la sociedad son esenciales para la preservación de la excelencia y la grandeza humana, siempre ha sido una reacción contra el progreso social, especialmente cuando ese progreso significaba que las personas pobres y marginadas afirman su poder contra las élites arraigadas. Al mismo tiempo, según Robin, las grandes causas de la tradición intelectual conservadora –desde Edmund Burke pasando por Michael Oakeshott hasta Robert Nozick–, son la oposición a la Revolución Francesa y posteriormente a todas otras revoluciones, movimientos y demandas que ella provocó: al socialismo revolucionario, al surgimiento de los sindicatos, a la Unión Soviética, a cualquier forma del Estado de bienestar o al movimiento de derechos civiles, al feminismo, etcétera. De acuerdo con este análisis y frente a los que ven a Trump como un conservador o un Republicano “inusual”, Robin afirma que Trump, por el contrario, “es el practicante más exitoso de la política masiva de privilegios en Estados Unidos contemporáneo” (Robin, 2019b; véase también: 2017a). Viéndolo por este prisma, en ojos de Robin, Trump representa a la vez una continuación y una innovación respecto las principales tendencias conservaduristas. Durante las primarias en 2016 por ejemplo, Trump fue totalmente despectivo con las élites del Partido Republicano (GOP), “siendo incluso más duro con Ted Cruz o Jeb Bush que con Hillary Clinton”, siguiendo así el viejo hilo de los movimientos reaccionarios cuyo eje principal es la hostilidad hacia las élites establecidas (por contradictorio que parezca). “Los conservadores siempre están interesados en preservar algo, pero a menudo su objetivo son también las propias élites que se han vuelto demasiado cómodas con sus privilegios. Y puedes ver algo de esto en el desprecio de Trump por las tradiciones de las élites establecidas”, explicaba Robin (2019b). Por otro lado lo que era nuevo en él, era su voluntad, al menos retóricamente, de desafiar el fundamentalismo de mercado desde la derecha. “Por supuesto, no ha hecho nada sustancial respecto a esto desde que asumió el cargo, pero introdujo una retórica populista que no se ha visto en la derecha estadounidense desde hace un buen tiempo” (*Ibidem*).

A pesar de que muchos intelectuales conservadores han estado avergonzados y consternados por Trump por su estilo violento y ofensivo, su falta de ideas o desinterés y la aversión hacia la intelectualidad, como subraya Robin, muchas cosas que tanto el centro liberal como la derecha conservadora encuentran como “aberrantes”, todas estas posiciones están profundamente arraigadas en los marcos intelectuales y políticos del conservadurismo. Así para Robin no era el “fascismo” *per se* que animaba las críticas de buena parte de la intelectualidad conservadora, sino más bien el afán de diferenciarse de Trump” como una figura “distinta” del “buen conservadurismo”, a pesar de que Trump habría que ser considerado y analizado como parte y producto de esta misma corriente (en este grupo de voces entran por ejemplo las columnas de Robert Kagan (2016) o David Frum (2021), véase: Capítulo 3., textos #5 y #23).

Para Robin la tensión central que ha marcado el conservadurismo desde el principio, es entre dos concepciones de la virtud y la nobleza: una, definida por la distinción política y militar, y otra, por la perspicacia empresarial y la acumulación poder. En este sentido, según él, ha habido dentro del conservadurismo una división entre muchos campos. Uno de los campos es el de los que valoran la vida política, las virtudes políticas. Esta es una visión muy aristocrática de la política que considera que la realización más elevada de la existencia humana está al servicio de la política y del Estado. Y hay otra visión que se desarrolla bastante pronto y que premia la actividad en la economía. Trump, para Robin, es representante de este segundo campo que venera “los grandes hombres de la economía”. Este rasgo es perfectamente identificable en los escritos del propio Trump, como su famoso libro *Trump o el arte de vender* [*Trump: The Art of The Deal*] (1987) y es el punto que ha sido central para el propio Trump para poder “venderse” como un líder político al poder asegurar “sé cómo hacer el dinero”, “he hecho un montón de eso”, “sé cómo llegar a la cima”, etcétera. De este modo, para Robin, Trump es muy legible como una especie de gran hombre de la economía, pero por otro lado, él mismo puede mostrarse de repente muy escéptico de esa tradición, y constantemente la expone

como un fraude y un engaño (Robin, 2016b). En este sentido Trump es a la vez un continuador de una particular tradición Republicana que data desde Reagan, y a la vez es una suerte de “innovador” dentro del movimiento conservador. Así, según Robin, habría que verlo como una suerte de “síntoma” de contradicciones más profundas en el Partido Republicano y el movimiento conservador estadounidense en su conjunto, no un factor que causó el desasosiego en aquellas filas ni que vino desde afuera:

Tenemos en este país legiones de intelectuales, periodistas y académicos que conocen muy bien todo el terrible pasado de la historia estadounidense: racismo, esclavitud, imperialismo, misoginia, etcétera. Sin embargo, cuando se trata de analizar la relación entre estos “males estadounidenses” y sus instituciones, estos mismos intelectuales, periodistas y académicos empiezan a explicarlo con lo exótico y con lo extranjero, el fascismo, el putinismo, etcétera (Robin, 2017b).

De modo parecido, como apuntaba Robin, a pesar de que entre los académicos, los escritores y los periodistas liberales parecía haber una suerte de consenso universal que Trump tenía una extraordinaria comprensión y un control casi intuitivo de la opinión pública estadounidense, como supuestamente lo demostraban sus tuits considerados como “hilos invisibles de la marioneta de la mente estadounidense”, en palabras del propio Robin, el impacto de sus palabras y la capacidad de traducirlas a la acción siempre estaban muy limitados (Robin, 2017g). Otra de las razones por las que Robin se resistía a comparar a Trump al fascismo, era que este tipo de argumento a menudo, según él, conduce (o acompaña) a una falta de atención o a un eclipse de los asuntos de la alta política y la acción de las élites: la competencia por posiciones en los niveles más altos del Estado, la coaliciones y fracturas dentro del régimen dominante, los eventos cotidianos en los que la política se forma y se deforma. No obstante, según Robin, no hay ninguna razón por la que una invocación del “fascismo” —por si ya es necesario hacerlo—, requiera esa falta de atención ya que, en sus ojos, los mejores estudios históricos del fascismo toman en cuenta todas estas cuestiones. “En el contexto estadounidense, sin embargo —añotaba Robin—, la invocación de esta analogía, ya sea con el macartismo o ahora con Trump, a menudo no lo hace” (Robin, 2017f). La razón de ello, según Robin, es que se tiende a pensar en el fascismo principalmente como una forma de política de masas, que la mayor parte de la acción tiene lugar sobre el terreno y en las bases, lejos de los centros de poder de la élite, y que el fascismo se estudia mejor como una cuestión no de eventos, políticas o acción de élite, sino como un reflejo simple y directo de cambios estructurales profundos en la cultura, la psique, la economía y la sociedad. Así, hacer el paralelo de Trump lleva a las personas a centrarse por ejemplo en cuestiones de movilización popular, la circulación de ideas y afectos racistas entre la clase trabajadora o la clase media baja, los cambios a largo plazo en la economía, puntos que según Robin deberían estar, desde luego, estudiados no solo con respecto al fascismo sino al conservadurismo en general. Pero su punto es que cuando se trata del fascismo y de la extrema derecha, la cuestión de la “alta política”, para muchos analistas y observadores, parece casi irrelevante, mientras en realidad es la acción de las élites que hace que las configuraciones de poder que cambien “día a día” en el régimen de Trump¹³⁷ (*Ibidem*).

Pero fuera de estas observaciones menores, el meollo del rechazo de Robin a la comparación de Trump al “fascismo”, residía desde el principio en lo que podría llamarse como “la cuestión de las instituciones”. Como subrayaba Robin, “las cosas peores y más terribles que ha hecho Estados Unidos casi nunca han sucedido a través de un ‘asalto’ a las instituciones estadounidenses, sino siempre a través de ellas y mediante las propias prácticas políticas estadounidenses” (Robin, 2017b). Los elementos de la política estadounidense de las que venían las herramientas e instrumentos de intimidación y coerción como el federalismo, la separación de poderes, el pluralismo social y el estado de derecho, no han tenido nada que ver con el “fascismo”, recordaba Robin, sino que tenían sus raíces en la propia Constitución. En sentido, como explicaba, su posición sobre Trump y las posibilidades del fascismo en Estados Unidos, no se basaba en ningún tipo de optimismo o fe en la “resistencia de las instituciones estadounidenses” expresada por muchos opinadores liberales que a la vez enfatizaban la necesidad de “defenderlos a cada costa” de los ataques de Trump (véase por ejemplo: Snyder, 2017h, 2017i), sino todo lo contrario. Para él, era precisamente “la capacidad del régimen estadounidense y sus propias instituciones para movilizarse para los ‘propósitos terribles’”, la que lo ponía escéptico respecto a las posibilidades o la misma necesidad de una política de “hombres fuertes” en Estados Unidos como la que se puede ver en los regímenes autoritarios en otros lugares:

Este es un país que logró esclavizar, torturar y conducir a la muerte, tanto física como social, a millones de hombres, mujeres y niños negros, durante más de dos siglos y luego volver a esclavizarlos con otro nombre durante otro siglo, no triturando la Constitución sino escribiendo, interpretando y ejecutándola. Este es un país que logró acabar con sindicalistas y disidentes, arrestarlos y encarcelarlos, destruir movimientos sociales vibrantes, diseñar una derrota casi completa de la socialdemocracia estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial, construir y llenar campos de concentración [con los estadounidenses de origen japoneses], aprobar una legislación durante la Guerra Fría que

¹³⁷ Para esto Robin invoca el —citado ya anteriormente (véase: 1.1.)—, *dictum* de uno de sus maestros, Arno J. Mayer, que en un bastante conocido pasaje de su *opus magnum* sobre las raíces y el curso del Holocausto, *¿Por qué no se oscurecieron los cielos?* (1988), contraponía a la visión braudeliana de la “larga duración” (*longue durée*), la “corta duración” del Holocausto enfatizando la importancia de breves instantes de la historia que Braudel definía como “mero polvo”, pero que sin embargo “hacen una diferencia” y dejan profundas huellas, como el propio Holocausto en el que, en un tiempo relativamente breve los millones han sido convertidos precisamente en “polvo”, una observación que Mayer aconsejaba aplicar no solo al estudio del fascismo, sino también a la política en general (Robin, 2017f; véase también: Mayer, 1988: viii).

autorizaba campos de internamiento: todos sin un “hombre fuerte”. De hecho, a menudo, con la connivencia de algunas de las “voces de libertad” más estimadas del país (Robin, 2017b).

En este sentido si alguien piensa, sea el propio Trump, Bannon o algún político, analista o comentarista, que uno necesita una figura de un “hombre fuerte” en Estados Unidos¹³⁸ para llevar a cabo alguna brutal política revanchista, anotaba Robin, entonces no entiende nada de la política estadounidense: “Cuando se trata del revanchismo estadounidense [de raza, de género, de clase, etcétera], ese tipo de política de ‘hombre fuerte’ es casi totalmente superflua” (*Ibidem*). En este mismo sentido es igualmente inadecuado analizar a Trump mediante el marco de “la socavación de las instituciones” y los alarmas que éste y su administración estaban dañando las instituciones democráticas estadounidenses, “las normas”, “los principios” y “todas las prácticas aceptadas”, un muy diseminado tropos conservador-liberal muy bien ejemplificado por ejemplo por David Frum, el ex redactor de discursos de la Casa Blanca, columnista y comentarista de *The Atlantic* y uno de los comparatistas de Trump al “fascismo” (véase: Capítulo 3., texto #23). Para Robin este tipo de análisis (véase también: Frum, 2018) es completamente erróneo. Las instituciones estadounidenses “no nos salvarán de los excesos de Trump”: las peores cosas que ha hecho Estados Unidos siempre han sucedido a través de las instituciones y mediante las llamadas “prácticas y principios estadounidenses”, no a pesar de ellos:

Todos los elementos de la experiencia estadounidense que los liberales y los conservadores han apreciado tanto como baluartes de la libertad estadounidense también han sido fuentes e instrumentos del miedo político. En todos los casos que analicé, la coerción, la intimidación, la represión y la violencia se aprovecharon a través de estos mecanismos, no a pesar de ellos. Mi escepticismo sobre las posibilidades del fascismo al estilo europeo en Estados Unidos, en otras palabras, no se basa en ningún optimismo o fe en el experimento estadounidense o la resistencia de sus instituciones. Todo lo contrario. Sé lo fácilmente que puede movilizarse el régimen estadounidense para propósitos terribles (Robin, 2017c).

Y en la capacidad de movilizar estas instituciones, no en crear nuevas, tal como hacían los fascistas, radicaba el poder de Trump, según Robin. Como apuntaba este autor, ya desde hace décadas el conservadurismo estadounidense ha cesado de ser un proyecto político capaz de crear la hegemonía a través de los métodos mayoritarios y se ha vuelto “una reliquia de viejas instituciones”. Incluso cuando de 2016 a 2018 el trumpismo controló todas las ramas del gobierno elegidas electoralmente, el Partido Republicano no fue capaz de sacar adelante muchas partes de su programa mediante el Congreso, con excepción de las reducciones fiscales, algo que hoy en día goza de un amplio consenso político. A diferencia del pasado cuando el conservadurismo ha sido capaz de crear y gozar de una amplia hegemonía, hoy en día, según Robin, este ya se volvió una fracción cuya única chance de gobernar es mediante una suerte de “constitucionalismo faccioso [*gonzo constitutionalism*]” y en un estricto apego a la Constitución que ofrece unas “herramientas minoritarias” para gobernar (*minority rule*): el Colegio Electoral, el Senado y la Corte Suprema. Estas tres instituciones no son de ninguna manera “autoritarias” ni “fascistas”, pero son intrínsecamente antidemocráticas y constituyen los bastiones del poder de la derecha estadounidense. Así, el Partido Republicano fortaleció su control sobre el aparato estatal principalmente a través de mecanismos minoritarios: designación de jueces para la Corte Suprema, manipulación electoral (*gerrymandering*) y filibusterismo. Así, en lugar de una amenaza “fascista”, los Republicanos de Trump son una oligarquía reducida con sus manos en las últimas palancas antimayoritarias en el antiguo régimen estadounidense (Robin, 2020b, 2022). En este sentido, en ojos de Robin, contrario a lo que estaban argumentando los Demócratas –y en lo que residía también una buena parte del argumento y la analogía de Trump al “fascismo”–, los Republicanos no son de ninguna manera los “enemigos de la Constitución”. Es precisamente ella que constituye la base de su poder político minoritario: no el “fascismo”, no el “autoritarismo”, sino el “constitucionalismo faccioso” (2020b). En este sentido el análisis de Robin no solo constituye una contranarrativa lúcida a la historia de “Trump erosiona las normas democráticas de gobierno”, en la que se asienta en buena parte de la analogía de Trump al “fascismo”, sino que revela algunas ironías de este marco. Según Robin por ejemplo, no deja de ser irónico que esta acusación está siendo formulada hoy cuando la derecha estadounidense ya no depende tanto como solía depender de la política directa de masas y de la violencia aterradora para ejercer su poder, sino cuando, como Trump (2017-2021), descansaba casi exclusivamente en la Constitución estadounidense y sus instituciones: tanto del Colegio Electoral, el Senado y como de la Corte Suprema y los tribunales federales. Y la otra ironía era que lo más característico del republicanismo de MAGA no era, según Robin, su dependencia en la demagogia, en el populismo o en las masas, sino en los pilares constitucionales que cada uno aprendía en la secundaria en las clases de la educación cívica:

La imagen más resonante del fascismo, de una voluntad triunfante que doblaba a la nación a su visión, nació en la larga sombra de la Revolución Francesa. Contra los movimientos de masas de izquierda y el estado constitucional de centro, el fascismo convocó a los jóvenes a la causa de la novedad y la creación. La derecha de hoy, sobre todo la de Estados Unidos, no es nada de eso. En vez de oponerse a la Constitución se aferra a ella y a las instituciones que ella autoriza (Robin, 2021).

¹³⁸ Una de las principales proponentas de la figura del “hombre fuerte” (*strongman*) para entender la extrema derecha contemporánea, junto con la analogía al fascismo del periodo de entreguerras es Ruth Ben-Ghiat, una historiadora estadounidense y profesora de la Universidad de Nueva York (NYU), véase: 2021a, 2019, 2017b, 2017a, 2016; para un bien argumentado caso de la deconstrucción del comparativismo de Ben-Ghiat, véase: Bell D. A., 2022.

En este sentido, en ojos de Robin, las comparaciones entre Trump y Hitler o Mussolini provienen de personas que solo comenzaron a pensar en el conservadurismo estadounidense y el Partido Republicano cuando apareció Trump. Para Robin resultaba sumamente irónico que la gente eligiera este momento y la presidencia de Trump, para asignar la etiqueta de “fascista” a la derecha que siguiendo la larga tradición del conservadurismo apoyaba su poder en la Constitución y en las instituciones, porque de lo que se trata el fascismo, por encima de todo, es de una política de fuerza, voluntad y el desprecio a las instituciones. Es por eso por lo que los fascistas tradicionalmente detestan el orden constitucional: porque creen que limita la afirmación de la voluntad política. La ironía de la política trumpista es que depende por completo de las instituciones y del orden constitucional. En ese sentido, “es casi todo lo contrario del fascismo” (Robin, 2020c). Contrario a los que comparan a Trump con el fascismo o con Hitler, apuntaba Robin, Trump carecía por completo de esta voluntad y de las fuerzas, siendo un mandatario intrínsecamente débil: cuando sus iniciativas ha sido bloqueadas por los tribunales, lo único de que era capaz de Trump era... tuitear “Nos vemos en la corte!”¹³⁹, solo para después no hacer nada, no presentar ninguna demanda y simplemente retirar su iniciativa. “Imagínense algo así con Hitler”, ironizaba, también vía Twitter[X], Robin.¹⁴⁰ En esta perspectiva se podría decir –siguiendo el argumento del propio Robin–, la comparación de Trump al “fascismo” se sostendría únicamente si alguien quisiera afirmar que la propia Constitución y las instituciones constitucionales estadounidenses son... “fascistas”. En ojos de Robin, lo que de hecho hizo “el debate sobre el fascismo” era en realidad oscurecer, desplazar y “deformar” la “crítica estándar” desde la izquierda al que se estaba sometiendo el Estado y la política estadounidense. Esta crítica solía centrarse, recordaba, precisamente en el orden constitucional y las amenazas que provenían de él –que nada tienen que ver con el “fascismo”–, el orden que por su anatomía es antidemocrático y que otorga más voz política a ciertos grupos de ciudadanos por encima de otros. Mientras con Trump todo salió “blanqueado”:

En mi opinión, no hay duda de que Trump y sus partidarios son de extrema derecha y son antiliberales. Lo he dicho desde el principio. Una de mis diferencias con gente como [Timothy] Snyder [otro de los principales comparatistas de Trump al “fascismo”, véase: Capítulo 3., textos #7, #8, #9, #16] y las personas que suscriben la opinión de que Trump es “fascista” o “autoritario” es que su deseo de llamar así a Trump, a menudo surge de la falta de comprensión del conservadurismo en general, que siempre ha sido de extrema derecha, antiliberal y una forma de política antiliberal. Muchos de los atributos que la gente critica en Trump y sus seguidores eran características principales del conservadurismo que yo estaba describiendo en *La mente reaccionaria*... y por los que había recibido muchas críticas de los liberales por describirlo así (Robin, 2020c).

De modo paralelo a la importancia de las instituciones y de la Constitución para el avance de la extrema derecha en Estados Unidos (Robin, 2017g) e igualmente contrario a los analistas y los comentaristas que le imputaban a Trump el “autoritarismo” e incluso los afanes de instaurar “el sistema totalitario de partido único” o “un Estado de emergencia para tomar el control total de gobierno” (véase: Snyder, 2017l y 2017k; para el análisis de esta última columna, véase: Capítulo 3., texto #7), Robin apuntaba desde el inicio a la mencionada e intrínseca “debilidad” de Trump, que estaba vinculada precisamente con las debilidades de las propias instituciones políticas estadounidenses.¹⁴¹ Contrario a la, aparentemente lógica, conclusión de que si las instituciones son débiles, le hubiera sido más fácil a Trump a “instaurar su fascismo”, el punto de Robin, era mucho más sutil: precisamente dada esta debilidad, Trump y su gente como Steve Bannon, tenían menos margen de maniobra y menos herramientas para imponer cualquier tipo de gobierno que pudiese ser calificado como autoritario (Robin, 2018a). Para Robin, no había duda que el régimen de Trump era motivo de preocupación, pero en sus ojos los temores sobre el “fascismo” en Estados Unidos ignoraban las meras realidades políticas: si bien, como recordaba Robin, muchos de los opositores de Hitler efectivamente lo estaban menospreciando o descartando como “bufón”, un año después del reinado de terror de Hitler, todos sus oponentes estaban muertos, en campos de

¹³⁹ Twitter/X, 9 de febrero de 2017, <https://twitter.com/realDonaldTrump/status/829836231802515457>

¹⁴⁰ Twitter/X, 9 de febrero de 2017, <https://twitter.com/CoreyRobin/status/829901616174202881>

¹⁴¹ Sin pretender forzar ninguna analogía a la historia del fascismo y/o nazismo, es interesante no obstante para cualquier conocedor de la literatura sobre el nazismo, notar algunos paralelos entre ciertos aspectos del estilo de gobernar de Trump. La señalada por Robin “debilidad de Trump” (Robin, 2018a) resuena con la ampliamente conocida y discutida tesis del eminente historiador alemán del nazismo Hans Mommsen que analizó a Hitler en términos de un “dictador débil”, insistiendo que –a contrapelo de las bien arraigadas tendencias en la historiografía que “personalizaban” la historia de la Tercer Reich en la figura de *Führer* a menudo sobredimensionándola–, Hitler ha sido un actor relativamente poco importante en la Alemania nazi. Si bien varios historiadores, más notablemente Kershaw, han criticado a Mommsen por empequeñecer a Hitler (Kershaw, 2015: 81-108), concordaban igualmente con su idea de que este no jugó un papel muy importante en la administración cotidiana del gobierno nazi, explicando esta paradoja con su noción “trabajar hacia el *Führer*” (“*working towards the Führer*”), una figura que explicaba la actitud de sus subordinados que procedían y tomaban las decisiones “adivinando la voluntad de Hitler” (Kershaw, 1989, 1993), siendo el resultado la falta de coordinación entre diferentes ramas y sectores de todo el aparato burocrático del Tercer Reich donde a menudo había departamentos con funciones o autoridades superpuestas (Kershaw, 1998: 529-530). Esta dinámica podría considerarse parecida a algunas actitudes de los subordinados de Trump durante su gobierno y su propia reputación de ser un hombre de negocios al que le gustaba dejar que los empleados pelearan entre ellos, siempre y cuando él cosechaba los beneficios (para el análisis de la invocación de la figura de “trabajar hacia el *Führer*” usada por uno de los autores del corpus, véase: Capítulo 3., texto #16).

concentración o corriendo por sus vidas, algo que obviamente ni de lejos tenía lugar en Estados Unidos bajo Trump (*Ibidem*).¹⁴² Como bien observaba Robin, los mismos autores o analistas que estaban comparando a Trump al “fascismo” o a “Hitler”, a la vez expresaban la confianza en las instituciones estadounidense y su resiliencia, al sistema de “controles y contrapesos” (*checks and balances*) o en los tribunales. “Imagínense pasajes parecidos en enero de 1934, un año después de la toma de poder de Hitler. Esto solo funcionaría como sátira o ciencia ficción”, ironizaba Robin, viendo, la comparaciones de Trump al “fascismo” y/o a “Hitler” cada vez “más turbias” y “menos unas metáforas o análisis, que el indicio de un ‘estado de ánimo’ liberal” (Robin, 2018b). Y siguiendo en otro lugar el mismo análisis preguntaba igual “si Trump era un ‘autoritario’ –e incluso un ‘fascista’–, ¿por qué los Demócratas no lo trataban como tal?, apuntando a la colaboración de los Demócratas con los Republicanos en el Congreso para pasar una ley, presentada por Trump –“un Hitler”–, que reforzaba las prerrogativas del gobierno para vigilar a los ciudadanos (Robin, 2018c). “Hay una gran brecha entre la retórica y los hechos en la política estadounidense, de ambos lados del espectro político”, apuntaba Robin (*Ibidem*).

Cuando a principios de 2018 Donald Trump intentó despedir a Robert Mueller, exjefe de FBI y el fiscal especial a cargo de la investigación acerca de la llamada “interferencia rusa” (*Russiagate*) que apuntaba en contra de Trump por una posible obstrucción de justicia, los liberales, como anotaba Robin, “entraron en pánico”: Trump fue llamado “tirano”, “autoritario” y precisamente “fascista”. “Pero entiendan esto”, escribía Robin, “comparado con [Richard] Nixon, este tipo era una broma” (Robin, 2018b). Nixon, bien recordaba Robin, despidió al fiscal especial Archibald Cox, después de que revelara el escándalo de *Watergate*, por la misma razón por la que Trump quería despedir a Mueller: básicamente, para evitar que una investigación avanzara en su contra. Pero Nixon estaba realmente comprometido a hacerlo: primero trató de que su fiscal general, Elliot Richardson, lo hiciera. Cuando Richardson se negó y renunció en protesta, Nixon ordenó a su fiscal general adjunto, Bill Ruckelshaus, que lo hiciera. Cuando este igualmente se negó y renunció en protesta, Nixon buscó aún más lejos en su departamento de justicia y finalmente encontró a alguien dispuesto: el procurador general Robert Bork. Toda la operación tomó menos de un día, recordaba Robin. En cambio cuando Trump trató de despedir a Mueller, el abogado de la Casa Blanca amenazó con renunciar y Trump retrocedió de inmediato y abandonó toda la idea: “Este es un hombre que se hizo famoso en todo Estados Unidos diciéndole a la gente: ‘¡Estás despedido!’ (*You’re fired!*) [en referencia al *reality show* “*The Apprentice*” en el que Trump empleaba este frase rechazando a los concursantes que competían por convertirse en uno de sus ayudantes]. “¿Pero despedir al hombre que lo investigaba? Resulta que eso era más difícil para Trump de lo que pensaba” (Robin, 2018b).

Otras dos razones, según Robin, de la debilidad de Trump y su inhabilidad transformadora eran: i) la ausencia de la izquierda (siendo el conservadurismo una política intrínsecamente reaccionaria que depende –en el modelo de Robin–, de la amenaza real de una izquierda emancipadora activa: un movimiento social real que ha tomado el poder estatal y está comprometido en un proyecto de despojo de las élites y cuando la izquierda es derrotada o desaparece, el poder de la derecha decae) y ii) la debilidad del “régimen” estadounidense en turno (la combinación de ideología, intereses y políticas que gobiernan durante un período prolongado de tiempo, ahora, el régimen de libre mercado de Reagan; pero dado que este ya es cada vez más incapaz de proporcionar respuestas y políticas para gobernar el país, esa debilidad hizo que Trump también fuera débil. A pesar de todo lo que se habla del “fascismo” y/o “autoritarismo” de Trump, más en referencia, como especificaba Robin de su populismo, el racismo y el nacionalismo como herramientas políticas, el hecho era que Trump tuvo mucho menos éxito en el uso de esas lenguas vernáculas para movilizar a las masas que sus predecesores de derecha: Nixon, Reagan o George W. Bush, reelegidos con amplias mayorías populares. “En los próximos años, una vez que se desvanezca el contexto emocional de la presidencia de Trump, creo que cada vez más personas verán cuán débil era en realidad”, apuntaba Robin (2020c).

Robin apenas a un año de la toma de poder por Trump, de manera muy perspicaz, identificó también algo que podría verse como un inconsciente reflejo de esto, una curiosa evolución –o “de-evolución”– de la línea de argumentación “Trump es un tirano/fascista”. Originalmente, como apuntaba, la afirmación era muy ambiciosa: “Trump era como los gobernantes fascistas clásicos del siglo XX, preparándose para liderar no solo un aparato estatal represivo y violento, bajo el control unificado de su partido, sino también un movimiento de masas de base callejera que canalizó un amplio y temible consenso de la mayoría de la nación”. No obstante pronto se hizo evidente que Trump tenía muy poca capacidad para controlar la opinión popular: no solo ha tenido los peores índices de aprobación de cualquier presidente en este momento de su mandato, sino que también ha sido “singularmente incapaz”, en palabras de Robin, para movilizar la opinión pública hacia sus posiciones: dos de sus principales temas políticos, la inmigración y el proteccionismo económico se volvieron más impopulares durante su presidencia que cuando Trump fue elegido (sic). Algo parecido ocurrió también cuando Trump intentaba de avanzar con su agenda del supremacismo blanco: los dos momentos más bajos de su aprobación tenían lugar justo después de sus comentarios acerca de “buena gente de ambos lados” en la manifestación de supremacistas blancos en Charlottesville en agosto de 2017 y en junio de 2020, en medio de la represión de las protestas de #BlackLivesMatter, el movimiento que Trump prometió “aniquilar”. A pesar de todo el argumento *performativista* de algunos analistas (véase: Stanley, 2020h; Gessen, 2020a: para el análisis de la columna de Gessen, véase: Capítulo 3, texto #13) que “las palabras de Trump eran una forma de acción”, la principal acción que sus palabras han producido en el ámbito de la opinión pública, anotaba Robin, era el alejamiento de sus posiciones y a pesar de que había una

¹⁴² Hitler fue nombrado canciller y jefe del gobierno de una coalición en el que los nazis estaban en minoría en enero de 1933 pero ya en apenas seis meses convirtió Alemania en una dictadura de partido único mediante el uso de la violencia masiva en las calles. Literalmente, como recordaba Richard J. Evans, “cientos de miles de soldados de asalto armados y uniformados en poco tiempo arrestaron hasta 200.000 opositores a los nazis, socialdemócratas y comunistas: golpeaban, asesinaban a la gente, intimidaban físicamente a los partidos de centro hasta obligarlos a disolverse, y como enfatizaba, en consonancia con Robin “era un tipo de violencia extrema que no hemos visto en Estados Unidos, ni en otros países donde hay jefes de Estado que no son amigos de la democracia” (Evans, 2018b).

suerte de consenso entre muchos analistas que Trump poseía “un poder especial de manipular a los estadounidenses”, según Robin su capacidad en este aspecto era en efecto muy limitada (Robin, 2017h) y que la figura de un “líder fuerte” no era ninguna realidad política, sino el eslogan no solo de sus detractores sino también del propio Trump, una retórica, una actuación, “y esto era todo” (2017g).

Así, como observaba Robin, conforme a que las políticas trumpistas no rendían ningunos “resultados fascistas” ni “totalitarios” reales, el reclamo “se volvió más modesto” y los comentaristas empezaron a reducir su argumento de “totalitarismo” a “autoritarismo” descendiendo finalmente en una psicologización de Trump, que, ahora, si bien no era “autoritario” ni “fascista” en los hechos, “pero seguramente era autoritario y fascista en su cabeza” (sic) (Robin, 2017h). Con esto el escenario del análisis, apuntaba Robin, ya no era la política real, sino la psique. Esta degradación de la argumentación al crear la impresión que la vida pública pudiese transpirar y entenderse por lo que sucede en la cabeza de un hombre no solo iba por ejemplo en contra de las advertencias de la propia Hannah Arendt que, recordaba Robin, veía este tipo de psicologización y fijación en las “intenciones de los gobernantes” como contraproducente para cualquier comprensión real de la política¹⁴³, sino que, de modo irónico, acababa a poner al propio Trump y a sus críticos en el mismo orden: solo él y ellos, según esta argumentación, eran los únicos que creían que lo que pasaba en el espacio político era un reflejo de lo que pasaba en su cabeza. “Trump puede no estar gobernando como fascista, puede no estar gobernando como autoritario, pero ‘en el fondo de su corazón’ él sí quiere gobernar como un autoritario”, escribía Robin en referencia a este tipo de análisis (*Ibidem*). “Si Trump realmente quisiera consolidar su poder, podría comenzar, oh, no sé, consolidando su poder. En cambio, esto es justo lo que no ha estado haciendo desde que asumió el cargo”, escribía Robin (*Ibidem*). En efecto: a lo largo de sus cuatro años en el poder, Trump no ha consolidado su control sobre el Estado y, en muchos casos, ni siquiera lo ha intentado: se ha dado por vencido o ha sido derrotado en múltiples frentes de la política exterior, en el libre comercio, en el gasto en la infraestructura, en el muro fronterizo y sufrió a manos de su partido una humillante derrota en materia sanitaria (véase: Robin, 2017g, 2018a, 2018b, 2018c). Frente a todo esto, apuntaba Robin, se vio obligado a depender de las órdenes ejecutivas (*Executive Orders*), algunas de las cuales, “eran tan retóricas como sus propios discursos” y “en realidad no ordenaban ni ejecutaban ninguna gran cosa” (Robin, 2020c).¹⁴⁴

De mismo modo que el discutido ya anteriormente Dylan Riley, otro “escéptico” en el “debate sobre el fascismo” con quien Robin comparte varios puntos del análisis respecto al trumpismo y el carácter antidemocrático del sistema constitucional estadounidense, también Robin se había rehusado de calificar el ataque al Capitolio como “golpe” o verlo como como una amenaza real a la democracia estadounidense y mucho menos como un acontecimiento análogo al *putsch* de la Cervecería (1923) o la quema del Reichstag (1933). Si bien, como apuntaba Robin, el ataque al Capitolio en ojos de algunos revivió o llegó a representar incluso la prueba más significativa que respaldaba la afirmación de que Trump ha practicado una política de “hombre fuerte”, descrita de diversas formas como autoritaria, fascista o tiránica, para Robin no se trataba nada de esto. Que el asalto fracasara y que “probablemente Trump no hubiera tenido a dónde ir si incluso hubiera tenido éxito”, era importante, al igual que el mismo hecho que se haya intentado. Aun así, según Robin:

Se suponía que la tesis del “hombre fuerte” capturaría algo novedoso en la derecha estadounidense: no su crueldad o racismo, que habían sido observados durante mucho tiempo por académicos y periodistas, sino su potencial para acabar con la democracia misma. Para muchos liberales e izquierdistas, Trump amenazó el poder del pueblo para determinar su futuro. Si bien esta idea provocó mucho debate durante los años de Trump, el 6 de enero pareció resolverlo. Incluso los críticos más agudos de la tesis se vieron sacudidos por su escepticismo. Sin embargo, si el miedo detrás de la tesis del “hombre fuerte” era el eclipse de la democracia, todavía tenemos motivos para preocuparnos, menos por un tirano que se avecina en la derecha que por una parálisis de la agencia política en todos los ámbitos. La característica de la presidencia de Trump no fue lo inusual que fue, sino lo emblemática que fue. Con toda probabilidad, los primeros dos años de la administración Biden verán poca legislación transformadora y muchas órdenes ejecutivas. En otras palabras, se verá mucho como la presidencia de Trump (Robin, 2021).

¹⁴³ Este giro resultaba aún más fascinante, según Robin, dado que el centrarse en las “intenciones” —un giro profundamente *montesquiano*, ya que fue el Montesquieu que subrayaba que toda la política se reducía “al espacio de la cabeza del tirano”—, ha sido considerado como tóxico y criticado como contraproducente para cualquier comprensión real de la política precisamente por Arendt, la pensadora que estaba siendo citada a menudo en contexto de Trump para criticar su supuesto “autoritarismo” y/o “fascismo” y calificada como la “guía de nuestro tiempo”, pero aparentemente no en este aspecto (Robin, 2017h; para más sobre la incompreensión de Arendt en tiempos de Trump, véase: Moyn, 2020c y Panovka, 2021).

¹⁴⁴ Esta “deconstrucción” de Robin aplica tanto a las comparaciones de Trump con fascismo y/o autoritarismo, como a las alegaciones de la “Resistencia”, sectores dentro del Partido Demócrata e incluso supuestamente dentro de la misma administración de Trump que, tomando en referencia a la resistencia a los nazis en los países ocupados en la Segunda Guerra Mundial, estaban determinados a combatir “el fascismo trumpista”. La farsa de esta operación retórica, en sí mismo un curioso producto directo de la narrativa y las comparaciones de Trump a Hitler y al fascismo, ha sido expuesta bien en una ocasión por Robin con ironía cuando en 2018 los senadores Demócratas presentaron una ley que prohibía a Trump, que había expresado un deseo así, de retirar unilateralmente las tropas estadounidenses de la Península Coreana: “El encabezado de iniciativa de 1938: la resistencia antinazi lucha heroicamente para evitar que Hitler retire unilateralmente las tropas alemanas de los países extranjeros y los territorios ocupados” (*Twitter/X*, 14 de junio de 2018, <https://twitter.com/CoreyRobin/status/1007335403005804545>).

Escribiendo en el mismo mencionado contexto post-Capitolio y apelando a las mismas figuras analíticas e históricas a las que en su análisis a lo largo de los años apelaba Robin, Peter E. Gordon, que seguía defendiendo el valor de comparar a Trump con el “fascismo” (2020), anotaba que si el trumpismo no acabó “en un fascismo a gran escala”, fue solo porque sus aspiraciones y acciones estaban demasiado descoordinadas y su líder demasiado narcisista. Según Gordon, el trumpismo apenas “apuntó al fascismo, pero nunca se cristalizó en un movimiento cerrado, a pesar de la asombrosa cantidad de neofascistas o los llamados ‘chovinistas occidentales’ que se unieron a la causa” y que, posteriormente se hicieron visibles el 6 de enero: un variopinto grupo de neonazis y miembros de grupos paramilitares (Proud Boys, Oath Keepers et al.), conspiracionistas (QAnon) y amantes y nostálgicos de la Confederación (*Ibidem*). Para Gordon, el debate sobre si la insurrección era “fascista” o no, “continuará indefinidamente sin llegar a un consenso”, pero, como recordaba “es un error creer que el fascismo sólo es fascista cuando tiene éxito”: el nazismo –que Gordon, siguiendo el señalado consenso de la mayoría de los historiadores, enmarcaba correctamente como una especie de fascismo–, nunca fue una ideología coherente, nunca alcanzó una “sincronización” (*Gleichschaltung*) y en gobierno siguió siendo una “policracia” [el término de Martin Broszat], una serie de instituciones superpuestas y en competencia, tal como los miembros del círculo íntimo de Hitler solían compitiendo entre ellos “trabajando hacia el *Führer*” [el término de Ian Kershaw], tratando de anticipar sus objetivos sin directivas claras sobre lo que él, con algunos que llegaron a tildarlo “dictador débil” [el término de Hans Mommsen]. “Trump no es Hitler”, apuntaba Gordon, –“le faltó el celo y la devoción desinteresada a una causa”, escribía–, el problema es sin embargo es que “ha ayudado a despertar una pasión dormida”, “sentando las bases y ha preparado la cultura política para el surgimiento de algo mucho más peligroso”. Como apuntaba Gordon si bien “el fascismo se ve típicamente como un movimiento ‘extra-sistémico’, que surge dentro de un sistema democrático pero luego busca destruir el sistema una vez que gana el poder”, el trumpismo en sus ojos, no llegó a esta “conclusión ‘extra-sistémica’” y visto así, el fascismo tal vez, según Gordon, podría servir “como nombre para las características sistémicas que son internas a la democracia misma”: como el racismo, el encarcelamiento masivo o la brutalidad policiaca que ya están “integradas en los circuitos normales del gobierno estadounidense” (Gordon, 2021).

Si bien la advertencia de Gordon suena razonable junto con su afán de ver la posibilidad del fascismo en Estados Unidos como algo abierto, no deja de llamar la atención que todas las debilidades de Trump enumeradas por Gordon –e incluso su propio calificativo de “débil” respecto a Trump–, junto con las referencias de la literatura sobre el nazismo y la identificación de los problemas de la democracia estadounidense más bien con los características estructurales del mismo sistema regido por el orden constitucional antidemocrático –a lo que Gordon en una extraña desesperación retórica hace llamar simplemente... “fascismo”–, le han servido a Robin a llegar a una conclusión exactamente opuesta: una acerca de lo inadecuado de tildar y/o comparar a Trump y trumpismo de “fascismo”, e incluso, dado que el problema está localizado en el mismo anticuado y antidemocrático orden constitucional que privilegia el “gobierno de minoría” (*minority rule*), de verlo como algo –como ya lo ha dicho anteriormente con contundencia–, “casi todo lo contrario del fascismo” (véase: Robin, 2020c).

2.4. Fascismo y “ahistoriología” (Emilio Gentile)

La peculiaridad de la posición de Emilio Gentile, un historiador italiano y uno de los principales expertos en fascismo cuya obra está enfocada en los aspectos rituales y litúrgicos de su política –no confundir con Giovanni, el filósofo oficial del fascismo italiano¹⁴⁵–, resalta, en contexto del “debate sobre el fascismo” frente a su propia proveniencia intelectual conservadora y las voces de varios otros, discutidos ya previamente, participantes en él que se situarían muy a la izquierda de Gentile, como Dylan Riley o Corey Robin. Si bien en casi todos los otros aspectos diferirían de él, pero en su rechazo a las comparaciones de Trump al “fascismo” –e incluso respecto a las trampas de las analogías históricas– o respecto a su diagnóstico y conceptualización de la extrema derecha contemporánea llegan, desde lugares intelectuales diferentes y/o antinómicos, a conclusiones parecidas. La ironía podría parecer aún más grande, dado que el propio Riley, discutiendo el panorama en el campo de los estudios del fascismo, ponía a Gentile como el mejor ejemplo de la debilidad del enfoque de “fascismo como revolución”, que según él, en caso como Gentile era capaz únicamente de ofrecer las explicaciones circulares de tipo que “la lógica totalitaria del fascismo explica su totalitarismo”, algo que también, recordaba Riley, se podía encontrar en la obra del otro destacado representante de esta tradición de estudios sobre el fascismo, Michael Mann, que aparece satisfecho al afirmar solamente que “el fascismo fue revolucionario porque fue revolucionario” (Riley, 2019: xix). Si bien la crítica de Riley es justificada –el fascismo en efecto se explica mejor desde el punto de vista marxista como una “contrarrevolución” (Mayer, 1971)–, Emilio Gentile podría ser un buen

¹⁴⁵ Giovanni Gentile, fue un filósofo idealista y neohegeliano, e intelectual fascista italiano que sirvió como base intelectual para Mussolini y a quién ayudó a acuñar la definición oficial (y tardía) del fascismo como “una revolución de la reacción” en el famoso, atribuido al mismo *Il Duce*, ensayo *La doctrina del fascismo* (1932). Gentile en 1925 redactó y publicó también en el diario del Partido Nacional Fascista, *Il Popolo d'Italia*, el *Manifiesto de los intelectuales fascistas*, firmado por múltiples figuras de la cultura y política italiana de esa época y que –en un clima todavía de una relativa libertad– suscitó a su vez la publicación en *Il Mondo* de un *Manifiesto de los Intelectuales en Contra del Fascismo* redactado por el famoso filósofo y político liberal Benedetto Croce. Curiosamente Croce no solo compartía ideas filosóficas con Gentile sino apenas unos años antes apoyó al primer gobierno de Mussolini como una medida para parar “la amenaza bolchevique/leninista” en Italia (*‘biennio rosso’*), pero que luego se distanció del fascismo. Lo más curioso en todo ello, es que el régimen de Mussolini, al igual que lo hizo con el término del “totalitarismo” apropiándose de sus críticos, en vez de rechazar el término “intelectual” tal como lo hicieron por ejemplo los protofascistas franceses en tiempos del *affaire Dreyfus* o los demás regímenes y movimientos fascistas después, se lo apropió igual para darle “un sentido fascista” (Traverso, 2014: 30; véase también: Finchelstein, 2020a: 56).

ejemplo de una observación, repetida a menudo en la izquierda y/o en el marxismo heterodoxo que data al menos desde Walter Benjamin –y que en un lugar trae a colación Riley (véase: 2022a: 73)–, de que “los conservadores a veces ven más” y son mucho más perspicaces en señalar las faltas, las fallas y las contradicciones de las democracias liberales –en este caso por ejemplo los filósofos o sociólogos como Carl Schmitt, Gaetano Mosca o Max Weber vienen a la mente– que sus homólogos liberales que tienden a ser mucho más ciegos y complacientes respecto a ella, una observación que bien podría ser extendida también a los estudios y los debates sobre el fascismo.

Contrario a Riley, según Enzo Traverso –el historiador que también proviene de una tradición marxista–, el enfoque de Gentile que analizó el régimen mussoliniano como una “religión política”, basada en una sacralización del régimen que permitía definir al Estado fascista como totalitario, interpretación que chocaba con otras interpretaciones predominantes, como la de Hannah Arendt, aporta precisiones terminológicas y conceptuales indispensables para comprender el fascismo, junto con una “definición convincente” (Traverso, 2005; para más sobre la reconstrucción del enfoque de Gentile: Traverso, 2006: 107-131). Inspirándose entre otros en las ideas de Renzo de Felice (véase: Gentile, 2023) como su enfoque acerca de la “especificidad del fascismo italiano” y en las de George L. Mosse y centrándose en las cuestiones culturales en el estudio del fascismo (véase: Finkelstein, 2017: 283), Gentile trató al fascismo como “una religión secular/cívica” sincrética con mitos, rituales masivos, apelaciones a la emoción y simbolismos únicos, todo lo cual fortalecía un sentido de pertenencia a una causa mayor y sentimientos de lealtad al movimiento que veneraba a la nación y su primacía, una nación entendida como una comunidad orgánica y étnicamente homogénea y organizada jerárquicamente en un Estado corporativo con vocación de potencia, belicismo y expansión territorial imperial. Gentile describió además cómo el fascismo exaltaba y mitificaba la violencia, especialmente por parte de los escuadrones de camisas negras (*squadristi*) que atacaban a los enemigos políticos para “limpiar” la nación y asegurar la conformidad por la fuerza, como un medio para difundir su dogma, indicando que las acciones de estos grupos paramilitares en sí eran manifestaciones tangibles de la retórica fascista. Así, según él, el fascismo tenía una típica organización de un partido militarista apegado a la concepción totalitaria de la política estatal, una ideología de acción, aversión a la teoría, una fijación en la virilidad y en los fundamentos míticos antihedonistas. Si bien, haciendo eco con la posición de Sternhell, Gentile concede que se trata de un fenómeno que se iba engendrando desde los finales del siglo XIX, como tal, el fascismo, según él, llegó a conformarse solo después de la Primera Guerra Mundial, en 1919 y pasó a su fase totalitaria con el ascenso al poder y la destrucción de las organizaciones de izquierda y construcción de un régimen totalitario (Gentile, 1996: 19-22 y 22-24).¹⁴⁶

Es justo este, muy anclado e históricamente específico enfoque (sobre este punto, más adelante), que ante el auge de la extrema derecha como Trump, Bolsonaro o el ascenso de partidos como Liga Norte o Vox, llevó a Gentile a afirmar de manera categórica que de ningún modo estábamos presenciando el “regreso del fascismo”, ni en Europa ni en ninguna otra parte del mundo, sino que, por el contrario, lo que observábamos era “la inflación del término mismo” que nos impedía comprender lo que realmente sucedía y que ocultaba los verdaderos peligros que hoy acechaban a los sistemas democráticos. “¿Acaso [aquellos líderes y aquellos partidos] promueven la regeneración totalitaria de un pueblo viciado y corrupto a través de una férrea disciplina, basada en la dirección y encuadramiento de un partido militarizado?, preguntaba Gentile y contestaba: “La respuesta es clara y contundente: no” (Gentile, 2019: 13). Y respecto al punto anterior, afirmaba que la verdadera amenaza a la democracia hoy reside

en la separación entre el ideal y el método democrático que ha permitido la implantación de la ‘democracia recitativa’, o sea, la instalación en el poder político, por métodos formalmente democráticos, de oligarquías y camarillas que, frente al ideal de una sociedad de libres e iguales, generan crecientes desigualdades y corrupción. En definitiva, el peligro real no son los fascistas, reales o presuntos, sino los demócratas sin ideal democrático (120).

Así, si bien Gentile reconocía que por ejemplo en Italia efectivamente “hubo y hay fascistas o neofascistas” quienes reivindicaban o siguen revindicando de forma explícita al fascismo histórico, estos siempre han sido una fuerza minoritaria y, en algunos los casos más llamativos como el Movimiento Social Italiano (MSI) post-mussolinista fundado por sus seguidores después de la guerra, sus posturas, al aceptar las coordenadas republicanas y las reglas de los sistemas democráticos, han mutado –igual de acuerdo con lo que estipulaban Traverso o Tamás (véase: arriba)– hacia el “posfascismo”. Así por ejemplo, respecto a la coalición que tomó el poder en Italia en la primavera de 2018, que contenía elementos posfascistas, Gentile dejaba en claro que no había nada que permitiera detectar seriamente allí analogías o semejanzas con la llegada del fascismo al poder (Gentile, 2019: 4). Incluso frente a la victoria en otoño de 2022 de Giorgia Meloni y su partido Fratelli d’Italia (FdI), heredero del mencionado MSI, Gentile veía la perspectiva del regreso del fascismo como “absurda”.¹⁴⁷ La propia Meloni, subrayaba Gentile, ha jurado en una Constitución antifascista, algo que hay que ver como una “victoria de la democracia”, con lo que buscar los paralelismos y las comparaciones entre las épocas de hoy y ayer, según Gentile, “no tenía ningún sentido”: el antifascismo, subrayaba, ganó en 1945 y todos los problemas posteriores en Italia “han sido productos de los defectos de la democracia, no de los “asaltos” ni de los “retornos” del fascismo” (Gentile, 2022), una observación precisa, aunque lo que igualmente parecía faltar en ella en medio

¹⁴⁶ Esta larga lista de atributos asemeja a Gentile con el enfoque de Payne (véase: 1996: 5-6 y arriba 2.1.2.).

¹⁴⁷ Por su parte Carlo Ginzburg, otro eminente historiador italiano, fundador de la “micorhistoria”, cuyo padre, Leone, un editor antifascista, fue asesinado en Roma en 1944 por los fascistas –y que igual que Gentile nunca suele usar el “fascismo” fuera de su contexto histórico–, ante la inminente victoria de FdI, se mostraba “muy preocupado”. Si bien, según él, no estábamos ante el “fascismo literal”, pero muchos de los votantes de FdI sí estaban ligados a él y aunque se trataba solo de algunos elementos del fascismo, “era muy difícil luchar contra ellos después de todas las derrotas históricas de la izquierda que, además, en Italia ya existe sólo como un residuo” (Ginzburg, 2022).

de la convicción de la total y completa derrota del fascismo, era la posibilidad de que en algún futuro las condiciones pudiesen cambiar y la misma extrema derecha que hoy asegura obedecer las reglas constitucionales pudiese voltear en contra de ellas.¹⁴⁸ Aun así, preguntado si había alguna analogía entre la victoria de FdI y la Marcha sobre Roma de Mussolini cuyo centenario cayó justo por aquellas fechas, contestaba: “No. Las comparaciones no valen nada [sic]. La historia es siempre distinta y nadie puede saber cómo irá la que ha comenzado el 25 de septiembre, como tampoco sabían cómo terminaría la de aquel 28 de octubre” (*Ibidem*). Y todo esto dicho por un historiador para quien el método comparativo es precisamente, como afirma de manera explícita, “buscar la especificidad de cada fenómeno histórico” (Gentile, 2023). De este modo, para Gentile, no es posible atribuir a cualquier movimiento de extrema derecha “el carácter fascista” a base de las analogías generales, como por ejemplo la mera coincidencia del aniversario de la Marcha sobre Roma.¹⁴⁹ Si bien, como aseguraba Gentile, “hay que tratar de entender estas analogías, las analogías por sí mismas no sirven para comprender la historia, sino para hacerla más confusa”, algo que Gentile denomina como “ahistoriología”, es decir, la historia hecha como la astrología, que, en lugar de estudiar científicamente los hechos, “se limita a interpretarlos según los propios deseos de uno, sus esperanzas y temores” (*Ibidem*).

Así, la oposición de Gentile a hablar del “fascismo” en los casos de Trump, Bolsonaro, Salvini o Abascal, está fundamentada no solo en sus propios estudios del “fascismo histórico” en Italia, sino también en cuestiones más amplias de conocimiento, el “pensamiento analógico” (para más sobre pensamiento analógico, véase: 1.2.) y las maneras en la que debemos estudiar los fenómenos que enfrentamos. “Todo lo que no hace crecer nuestro conocimiento de las nuevas realidades que produce la historia es inútil y nocivo”, aseguraba Gentile, añadiendo que el conocimiento “progresa más bien a través de la distinción, no a través de las analogías ni la confusión”:

El agua es un líquido, y el aceite y la gasolina también lo son. Si yo digo que todos esos líquidos son agua no avanzo en el conocimiento y puedo correr el riesgo de cocinar pasta con gasolina. Si yo digo que todos los regímenes o movimientos autoritarios son fascistas, corro el riesgo de equivocarme claramente y de no analizar y comprender, de modo concreto, un determinado fenómeno. Ahora bien, ¿por qué puede usarse de este modo extenso, confuso y equivocado el concepto de fascismo? Fundamentalmente porque en su etimología el concepto “fascismo” no significa nada precisamente político. Le daré un ejemplo. Si digo “comunismo”, seguramente no apoyo la propiedad privada, sino la comunidad de bienes. Si digo “liberalismo”, no apoyo la socialización de los bienes, sino la propiedad privada. Si digo “anarquismo”, no apoyo el poder estatal, sino la anulación de cualquier poder. Pero si digo “fascismo” digo solo “fasci”, “fascio”, que significa literalmente “estar juntos”. ¿Entonces todos los movimientos que proponen “estar juntos” son “fascistas”? Claramente no (Gentile, 2023).

Es de este modo que, según Gentile, el término “fascismo”, se volvió el sinónimo casi de cualquier movimiento o régimen autoritario, algo parecido a decir, por ejemplo, que “Dios es fascista” (*Ibidem*).¹⁵⁰ Al aplicar este criterio, decía Gentile, el Dios

¹⁴⁸ Otra cosa que no menciona Gentile en su recuento es como el antifascismo, una corriente hegemónica en toda la cultura y política europea post-1945 –que en los países del bloque soviético llegó a ser una ideología del Estado, mientras en el Occidente sus repositorios no han sido solamente los partidos comunistas sino también todo el orden republicano– pasó inmediatamente, después de la caída del Muro de Berlín a ser algo identificado automáticamente y exclusivamente con el comunismo (Traverso, 2017a: 254-256). La unidad y el consenso antifascista ha sido igualmente roto en una serie de debates y rupturas entre diferentes e importantes figuras de los intelectuales que dieron a luz una nueva división entre los “compañeros de ruta” del comunismo y los defensores del “mundo libre” y/o “antitotalitarios” (Traverso, 2017a: 271, véase también: 2014: 31-33), cosa que puede explicar como la Constitución explícitamente antifascista y el orden constitucional edificado en un abierto rechazo al pasado fascista alabado tanto por Gentile, acabara más bien simbolizando la erosión del consenso post-1945 abriéndole la puerta al regreso de diferentes agrupaciones posfascistas (D’Eramo, 2021).

¹⁴⁹ El 29 de octubre de 1922, tras encabezar la Marcha sobre Roma, Mussolini fue nombrado el primer ministro. Más que una “repentina victoria” –parte de la mitología del propio fascismo que nació en el norte de Italia tres años antes– la Marcha fue la culminación de un lento proceso de la normalización de las Camisas Negras (*squadristi*) vistas por la clase dominante como un “antídoto a la izquierda”. Robert O. Paxton, en su *Anatomía del fascismo* (2004) atribuye su éxito a las debilidades e ineptitudes de las clases políticas italianas: “no fue la fuerza del fascismo la que decidió la cuestión”, escribía, “sino la falta de voluntad de los conservadores para arriesgar su fuerza contra la de *Il Duce*” (77). Vista así, a contrapelo del mito en que lo convirtieron los propios fascistas la Marcha no fue ninguna “epopeya heroica”, sino “un resultado máximo con un riesgo mínimo”, en la formulación del propio Gentile, que oficializó su “fusión” con el Estado burgués italiano. Las analogías a 100 años de la Marcha con la victoria de Meloni y FdI pueden parecer preocupantes, pero contextos son muy diferentes. La Marcha ocurría en medio de la radicalización y la polarización post-guerra, la ebullición de la sociedad civil, la expansión de masas y de la, ya descendiente, ola revolucionaria (Riley, 2019: 23-71; véase también: Gramsci, 2021; Tooze, 2022a). En cambio, la victoria de FdI, como las victorias de los demás partidos y movimientos de extrema derecha en los últimos años, se daba en un clima de desmovilización política, apatía y solo gracias a la implosión de fuerzas tecnocráticas centro-liberales que históricamente bloqueaban su ascenso.

¹⁵⁰ Esta observación y exageración adrede de Gentile trae a la mente la conocida aseveración de Roland Barthes, el famoso semiólogo francés, según el cual, como dijo en un discurso de inauguración de la cátedra de semiología en College de France en 1977 “la lengua es ‘fascista’” (ya que predetermina las elecciones del hablante según las relaciones de poder sedimentadas en la sintaxis y el vocabulario). Por su parte Richard J. Evans escribiendo sobre las maneras de escribir la historia y analizando los postulados de Hayden White, uno de los principales posmodernistas y “neoescepticistas” que retomó y desarrolló las críticas

de la Biblia, del Antiguo Testamento, cuando ordena a exterminar a las mujeres, niños, hasta la última descendencia, debería ser considerado así. “¿Y qué diríamos de Caín? Este también podría ser considerado el primer fascista que, para colmo, ha desatado una guerra civil al matar a su hermano Abel”, remarcaba, añadiendo: “Hago estas bromas, pero, todo esto conforma una ironía verdaderamente trágica”:

Esta difusión del término “fascismo” creó una profunda incapacidad para entender nuevos fenómenos en los que, si bien hay elementos que estaban presentes en el fascismo, no está presente ninguno de los que verdaderamente lo definían y lo hacían particular. Esos elementos son el totalitarismo, el imperialismo, la religión política, la revolución antropológica y la guerra como fin principal de la vida humana. ¿Encontramos en ellos [los movimientos contemporáneos de extrema derecha] algunos elementos similares a los que había en el fascismo? Sí, por supuesto, porque el fascismo siempre fue imitado, sobre todo a través del uso de símbolos, de rituales, de mitos. Pero ¿están los componentes fundamentales del fascismo, aquellos que permitían definirlo como tal? No, no están. ¿Cómo se puede calificar de fascista un movimiento como Vox, que quiere afirmar la primacía de la catolicidad sobre el Estado, sobre la nación, sobre la educación, cuando la primacía del fascismo era la de la política, la del Estado? Hemos llegado a tal punto de confusión, que hay quien no es capaz de distinguir un movimiento nacionalista de inspiración católica que sostiene posiciones de la extrema derecha católica en temas asociados a cuestiones como la familia del propio fascismo. Lo mismo sucede con Salvini y La Liga. ¿Cómo puede ser fascista un movimiento como La Liga, que ha pregonado históricamente la secesión de una región de Italia, cuando uno de los puntos fundamentales del fascismo es el de la unidad de la nación, que fue siempre considerada de carácter sagrado? (*Ibidem*).

La confusión, en ojos de Gentile, va incluso más allá de esto, con el uso “fascismo” que se ha vuelto tan simplista que hoy se aplica “a todos, desde a Trump hasta a Putin, a cualquier régimen autoritario con culto a un líder es llamado fascismo”, a Corea del Norte, a la misma China comunista”. “Evidentemente, –seguía Gentile– esto no ayuda a entender los fenómenos contemporáneos que enfrentamos. Este uso priva a la categoría ‘fascismo’ de los componentes que realmente le son propios y que solo se encuentran si los analizamos en la historia” (*Ibidem*). Así, en resumen, dejando incluso de lado los usos “escandalosos” de fascismo respecto a Trump, Putin o China, el punto de Gentile es este: si a menudo se postula que tal y tal movimiento es “fascista” porque entre sus ideas figuran posiciones racistas, o llamados a la pureza de la nación, o el desprecio a la democracia representativa, pues en realidad todas estas ideas preceden al fascismo y pueden ser encontradas en el conservadurismo o en muchas otras formas de extrema derecha.¹⁵¹ “Que haya racismo o que haya autoritarismo no quiere decir que haya fascismo”, aseguraba Gentile añadiendo que “esas no son cualidades específicas del fascismo, sino unas que aparecieron en otras latitudes y todavía perduran” (*Ibidem*). “El fascismo no existía durante el tiempo del primer racismo en Francia, o en el siglo XIX cuando

pioneras de Barthes a los viejos modos de representar el pasado y escribir la historia a los cuales antepone el postulado de la “historia como una narrativa” (véase: Barthes, 1987: 165; véase también: Sand, 2017: 221-222; para la postura de White véase: 1987, 1986; para la conocida polémica con Ginzburg véase: Friedländer, 1992; para más sobre Ginzburg versus White: Ginzburg, 2018: 43-44 y 63; también: 2023), recordaba, rechazando de paso cualquier posible paralela entre el posmodernismo y el fascismo “ya que esto ya sería ir demasiado lejos”, que hubo varios posmodernistas que en su afán de criticar las “grandes narrativas”, argumentaban que estas eran “esencialmente ‘fascistas’” (Evans, 1999: 122). Finalmente, mediante una reconstrucción intelectual, Ginzburg, curiosamente, acabó revirtiendo esta acusación, yendo, en términos de Evans, “bastante lejos”: en un extraordinario ensayo titulado *Unus testis [Solo un testigo]* (2014: 297-326) al hacer una reconstrucción de la influencia y difusión de las ideas de White en Italia, concluía que estas han tenido un eco considerable gracias a la conexión con el neolidealismo italiano y por medio de la herencia y el pensamiento de Benedetto Croce, que en ojos de Ginzburg prefiguraba algunos aspectos a la obra del propio White. Al apuntar posteriormente a la fuerte influencia de Giovanni Gentile, el “cerbero” de Mussolini, sobre Croce y la influencia del neolidealismo italiano al propio White, hacía, apuntando a la vez a las divergencias, una conexión deslegitimizadora entre White y el fascismo (sic) (Ginzburg, 2014: 306-322).

¹⁵¹ Esta justamente es también la posición de Robin que en referencia al nuevo libro de Alberto Toscano, *El fascismo tardío* (2023c), criticaba la amplia, según Robin, y presente allí inclinación de ponerle el nombre “fascismo” a las tendencias que en efecto lo precedían, cambiando en efecto su definición –tal como lo proponía directamente Toscano–, de ver al fascismo como una forma de gobierno que concentra el poder soberano en las manos de un dictador, a “una difusión de poderes y a delegar de vuelta la autoridad patriarcal y cabeza de familia, el jefe supervisando a los empleados o un policía supervisando a una multitud”. Frente a esto, como subrayaba Robin, lo que estaba haciendo este autor era literalmente describir la vieja tradición conservadora, casi exactamente tal como Robin la describía en *La mente reaccionaria* (véase: 2017: 10-13 y 245-248) y simplemente ponerle la etiqueta “fascismo”. Este ejemplo, demostraba, según Robin, como buena parte del reciente discurso sobre el fascismo, sobre todo en el marco del “debate sobre el fascismo” y respecto a Trump en Estados Unidos, era simplemente ir “re-etiquetando” con palabras a un conjunto de elementos y prácticas que desde hace mucho tiempo han sido identificadas propia y ampliamente como la esencia del conservadurismo. Eso, según Robin, no significaba que no haya algunas diferencias en el conservadurismo actual, pero la ironía del discurso del fascismo es que lo que este de repente identifica como diferente ahora y lo que llama “fascismo”, como en el caso de Toscano, es en realidad la sustancia antigua del conservadurismo. Así Toscano, en efecto, en opinión de Robin, se estaba uniendo a toda la desafortunada tradición estadounidense de discutir el fascismo como –muy en tenor a lo que se estaba oponiendo el mismo Gentile– una especie de “antagonista político-cultural universal y atemporal” (para esta tradición de uso de “fascismo” en Estados Unidos véase: Kuklick, 2020 y abajo), sin ninguna relación con el fascismo como movimiento histórico (*Twitter/X*, 25 de diciembre de 2023, <https://twitter.com/CoreyRobin/status/1739298164522324328>).

había racismo en Inglaterra y en Estados Unidos, país en el cual este todavía desgraciadamente sobrevive en muchos estados. Mucho antes del fascismo hubo sociedades, y no solo de Occidente, que afirmaron una identidad nacional que excluyó, por ejemplo, a grupos étnicos de diverso tipo”, decía Gentile (*Ibidem*). Pero sí en cambio, subrayaba este autor, utilizamos el término “fascismo” para referirnos a lo que este históricamente fue, o sea, “un movimiento y un régimen que se ha expresado en una cultura irracionalista y mítica fundada en la exaltación del Estado y de la nación, en una militarización de la política, en el totalitarismo y el imperialismo, en el racismo, en la revolución antropológica de la sociedad y en la guerra como fin último de la vida humana”, entonces hay que concluir que esto hoy no está presente en los países democráticos (*Ibidem*).

En estas, más históricamente aterrizadas, observaciones, Gentile no está solo ya que los puntos casi idénticos –a parte de su mencionadas coincidencias con Riley o Robin–, provienen de algunos estudiosos de extrema derecha más jóvenes como por ejemplo Steven Forti o Maximiliano Fuentes Codera y Javier Rodrigo. Como bien señala Forti aludiendo a Foucault y su insistencia en la importancia de “nombrar bien las cosas” (véase: Foucault, 1998), “para entender un fenómeno es fundamental no solamente estudiarlo para conocerlo, también cómo lo llamamos”. Apuntando precisamente al “debate sobre el fascismo” en torno a cómo definir a Trump (u otros líderes de la extrema derecha) y señalando que “hay quien habla de posfascismo, posnazismo o de derecha radical o nacional populismo”, Forti se niega de hablar tanto de “fascismo” como de “populismo” (viéndolo no como una ideología sino más como un estilo, una estrategia y una retórica) y quedándose solo con el apelativo la “extrema derecha” como un nombre suficiente:

Hay un proceso que se ha generalizado en las últimas décadas a nivel mundial que es la “banalización del fascismo”. El término se ha convertido en un insulto. Como historiador me he formado en él antes de estudiar estas nuevas extremas derechas y sabemos que el fascismo es una ideología y un movimiento político que surge en un determinado momento en Italia en la primera posguerra, se expande a Europa, etcétera. El fascismo tiene unas características nucleares que no son solo el ultranacionalismo o el racismo, los elementos conservadores o el expansionismo militar, sino también el querer encuadrar a las masas en grandes organizaciones, la visión corporativa del Estado, una revolución palingenésica, la voluntad de crear hombres y mujeres nuevos, la violencia como herramienta política, presentarse como partido de milicia, instaurar un régimen de partido único. Esto no lo encontramos en las nuevas extremas derechas. Entonces, hablar de fascismo es equivocado (Forti, 2023).

Para Forti las formaciones políticas como las de Meloni, de Orbán, el Vox en España, el trumpismo en Estados Unidos no son de ninguna manera fascistas, aunque se puede, según él, discutir respecto a ellos acerca de la pertinencia de los conceptos de “neofascismo” o “posfascismo” (véase por ejemplo: Traverso, 2019b). Y aunque entre los historiadores especialistas en fascismo existe un consenso bastante grande que marca unas fronteras muy claras respecto a ese fenómeno que surge en la Italia de 1919 y que es derrotado en 1945, recordaba Forti, últimamente el “fascismo” se ha banalizado mucho “hasta tal punto que ya ni siquiera sabemos qué significa ni qué representa” (Forti, 2022). Si bien históricamente se utilizó para describir un fenómeno político muy nítido que tenía características particulares –ultranacionalismo, imperialismo, racismo, violencia como herramienta política, militarización de la política, la instalación de dictaduras totalitarias de partido único, la integración de masas en grandes organizaciones corporativas, etcétera– hoy se utiliza para hablar de nuevas ultraderechas que claramente carecen de todas estas características. El fascismo, bien remarcaba Forti, se definió a sí mismo como una “revolución palingenésica de la sociedad” –o sea, una que quería crear “un Hombre Nuevo” (para este punto véase: Payne, 1995, 1980)–, y era además, una “religión política”, tal como lo señaló el mismo Gentile (1990), encaminada hacia el futuro. Las extremas derechas de hoy, en cambio, subraya Forti, “no quieren, no pueden o no se han planteado a hacer ninguna de estas cosas” (*Ibidem*). Son algo diferente: una mezcla de viejo conservadurismo con su nostalgia por el “pasado perdido” con nuevas estrategias políticas y comunicativas. Estos regímenes, para Forti, quedan mejor entendidos como “democracias iliberales” según la fórmula del propio Viktor Orbán que también acuñó otro término para hablar la extrema derecha contemporánea: “los regímenes híbridos de autocracia electoral”. “Esto no quiere decir, en absoluto, que no sean un peligro o una amenaza para los sistemas democráticos pero son otra cosa respecto a lo que fue el fascismo” (*Ibidem*).

Para Forti, contrario por ejemplo a Finchelstein (véase: 2.1.3.), tampoco se trata de “populismo” ya que éste en sus ojos no es una ideología –tampoco una poco coherente “ideología delgada” (“*thin-centered ideology*”), como dicen Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2017: 6 y 33-34)–, sino más bien una retórica, un lenguaje, un estilo y una estrategia política. Así, según Forti, ni los conceptos de “fascismo” ni de “populismo” sirven para entender y definir las fuerzas políticas de extrema derecha hoy, sobre los cuales es más correcto hablar de “nuevas extremas derechas” o como él los llama en su libro de “extremas derechas 2.0”. En este sentido su argumento de hablar solamente de “nueva extrema derecha” tiene que ver no solo con la adecuada identificación y definición de fenómenos políticos –“el nombre de las cosas” de Foucault–, sino también con la búsqueda de una adecuada respuesta a la amenaza a la democracia que esta representa: para Forti solo llamando y definiendo a la extrema derecha de hoy podremos encontrar y “afinar” las herramientas apropiadas para combatirla y vencerla (Forti, 2021a: 7-8).

En el mismo tenor que Forti, Maximiliano Fuentes Codera y Javier Rodrigo, historiadores e investigadores de la Universidad de Girona y de la Universidad Autónoma de Barcelona respectivamente, subrayan en su libro *Ellos, los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia* (2022) que si bien el crecimiento de los partidos de ultraderecha y la consagración de las “democracias iliberales” en los últimos años ha sido acompañado por el resurgimiento y la popularización del término “fascismo” para conceptualizar estos fenómenos políticos recientes, lo que un día fue un calificativo que designaba una realidad muy concreta de la Europa de entreguerras, hoy en día se emplea de forma muy laxa y solamente como epíteto descalificativo para denigrar al adversario político. Según ellos no obstante, la creciente visibilidad política y mediática de los

fenómenos políticos nacionalistas y xenófobos y su llegada al poder en Estados Unidos, Hungría, Brasil, Polonia o India, algo en sí mismo preocupante y criticable, no corresponde, sin embargo, al contexto originario en el que tenía sentido usar el término “fascista”. Este uso, en cambio, responde más bien a una lucha retórica en el debate político contemporáneo que tiene su efecto en la banalización de los términos “fascismo” y “fascista” en buena parte del espectro político (Fuentes Codera, Rodrigo, 2022a). Y el empleo torticero de la terminología política no viene sin costos: como apunta el analista político Sergio del Molino en la introducción al dicho libro, “la alerta antifascista permanente” dificulta identificar las características propias de los movimientos de derecha radical actuales “sustituyendo el análisis por la imposición, bastante acomodaticia, de estereotipos y metáforas que ocultan más que cuanto iluminan” (Del Molino en: Fuentes Codera, Rodrigo, 2022a: 5). El problema, según Fuentes Codera y Rodrigo, no es “narrativo” ni de “interpretación histórica”, como tampoco lo es –el supuesto– “retorno y/o consolidación del fascismo”: el problema es la crisis de la democracia liberal y la debilidad de los proyectos que la puedan defender o revigorar exitosamente:

La derecha radical europea está plagada de nostálgicos del fascismo histórico, pero ese no parece ser el motivo que la hace atractiva para los millones de votantes que optan por soluciones populistas, identitarias y en ocasiones, antisistema. La normalización de esa derecha radical puede ser central en el vaciamiento de contenido de esta democracia liberal y puede acabar por convertirla en otra cosa, mientras continuamos señalando con el dedo a un fascismo tan inexistente como evanescente (Fuentes Codera, Rodrigo, 2022b).

Para el propio Gentile, uno de los mejores anti-ejemplos del manejo del concepto del “fascismo” y su uso ahistórico –o, para usar el término del mismo Gentile, desde la “ahistoriología” (2019: 7-8)– es el concepto de “fascismo eterno” (“Ur-Fascismo”), introducido y popularizado por Umberto Eco, el gran semiólogo, filósofo y escritor italiano, un fenómeno con un repertorio de rasgos comunes: el culto a la tradición y rechazo al modernismo, intolerancia a posturas críticas, miedo al otro diverso, paranoia política obsesionada por las conjuras, ánimo bélico, jerarquía, machismo y creación de una neolengua, entre otras que iba, regresaba y resurgiría periódicamente (Eco, 1995, 2020)¹⁵² y una noción que ha tenido un importante eco entre los “alarmistas” en el marco del “debate sobre el fascismo” (véase: Bouie, 2015; Douthat, 2015; Gopnik, 2022, Reich, 2023b; para el análisis de estas columnas, véase: Capítulo 3., los textos #1, #2, #25, #26). Curiosamente, la noción parece haber nacido de una charla académica realizada el 25 de abril de 1995 ante un auditorio de estudiantes de Estados Unidos, poco después del atentado de Oklahoma City, provocado por un militante de una secta radical cristiana y para Gentile, ni más ni menos, se trata de “un disparate de un gran intelectual” ya que “atribuir la eternidad a un fenómeno histórico implica una grave distorsión del conocimiento histórico” (Gentile, 2019: 6). O, como lo decía en otro lugar, se trata de una “noción ahistórica” y “desatinada” ya que “en la historia nada es eterno”: “Y si el fascismo lo fuese, esto quisiera decir que ha ganado y seguirá haciéndolo. Si fuera eterno, el fascismo sería Dios” (Gentile, 2022). Este tipo de crítica no se limita solamente a los “escépticos”: incluso algunos de los partidarios de comparar a la nueva extrema derecha al fascismo, como Federico Finchelstein, apuntaban a los límites de esta noción: si bien el “fascismo eterno” ha sido presentado desde el inicio por el mismo Eco como una noción crítica, pensada para alertarnos sobre las amenazas que pueden reaparecer en la política, con esto contenían “una paradójica calidad” de reforzar la parte mítica del propio fascismo, precisamente su “eternidad” e “invencibilidad”, negando así y/o borrando del horizonte de la historia el triunfo del antifascismo en 1945 (Finchelstein, 2022a: 23). Y si el fascismo es visto no como un régimen con historicidad específica, sino como algo “eterno” que tiene la capacidad de regresar en cada momento, entonces nunca puede ser realmente derrotado. Además, leyendo a Eco no queda claro porque solo el fascismo, y no también otros movimientos, regímenes o sistemas históricos, retiene esta calidad de “perpetuidad”. En efecto, se podría preguntar, ¿por qué nadie habla por ejemplo del comunismo o socialismo “eterno”?¹⁵³ Eco asumía incluso que el fascismo era una identidad política móvil, que ya no usaba solo uniformes militares sino también “trajes civiles” y que volvía en “nuevos ropajes más inocentes”. Su conclusión lógica era que el deber de los demócratas era desenmascararlo casi continuamente (Eco, 2020: 13). Nuevamente: el afán de alertarnos sobre los posibles peligros que corre la democracia, puede parecer noble, pero la noción de Eco parece traer mucho más problemas que beneficios. Si bien al describir las supuestas características esenciales del fascismo, Eco afirmaba haberse basado “en sus propias experiencias personales al crecer a la sombra de Mussolini”, pero sus conceptualizaciones resultan borrosas e incluso

¹⁵² Entre las 14 características del “fascismo eterno” de Eco están los siguientes: i) el culto de la tradición, ii) el rechazo a la modernidad y la Iluminación, iii) el culto de la acción como para la “irracionalidad” ur-fascista y su anti-intelectualismo, iv) el rechazo al desacuerdo visto como una “traición”, v) el miedo a la diferencia (el rechazo a los ‘otros’, ‘intrusos’), vi) la apelación de la frustración social ante todo de las clases medias, vii) la obsesión con los “complots”, viii) la visión del enemigo fuerte y débil a la vez, ix) la visión del pacifismo como “pactar con el enemigo”, x) el desprecio a los débiles, xi) el culto del heroísmo, xii) el culto del machismo y la militarización, xiii) el populismo selectivo en el que la respuesta emocional de un grupo selecto de gente representa “la voz del pueblo”, xiv) la dominación de la “neolengua” que sustituye el razonar complejo y crítico (Eco, 1995).

¹⁵³ Este estatus diferencial en hablar del fascismo y de comunismo o socialismo que por el contrario han sido declarado, igualmente de modo apresurado y descuidado que el fascismo es a menudo visto “vivo por siempre”, completamente “muertos” después de 1989 (véase: Traverso, 2018a, 2021b), recuerda la atinada comparación del mencionado Enzo Traverso que argumentaba que “Trump estaba tan lejos del fascismo clásico como Occupy Wall Street en Estados Unidos, el movimiento 15-M en España y el movimiento Nuit Debout en Francia estaban lejos del comunismo del siglo XX”, para enfatizar, muy en espíritu de Gentile, que no hay ninguna existente ni posible genealogía entre aquellos movimientos tal como no hay ninguna genealogía real entre Trump y los movimientos fascistas de entreguerras (Traverso, 2019a: 23).

contradictorias, como esto que, después de haber ofrecido una lista de contenido de “fascismo eterno” y sus creencias, Eco acaba afirmando que “el fascismo no tiene ningún conjunto de creencias” (sic) (1995). A juicio del propio Gentile, al final de las cuentas, las raíces de este modo de pensar en el fascismo son sin embargo más profundas que solo “un disparate de un gran intelectual” y tienen que ver tanto con cuestiones políticas como teóricas. Una vez finalizada la guerra y derrotado el fascismo –definitivamente, a juicio de este autor–, será en plena postguerra, con las advertencias del regreso de este con nuevos disfraces por parte de autores como Palmiro Togliatti [intelectual y político italiano, secretario general del Partido Comunista Italiano (PCI)],¹⁵⁴ cuando se inicia esta tradición interpretativa que habla de la ubicuidad y del “eterno retorno del fascismo”, una “ilusión fantasmagórica” que se vio legitimada también desde las ciencias sociales por la aceptación de la existencia de un “fascismo genérico” –toda un modo de conceptualizar que Gentile rechaza desde su posición de la “singularidad” del fascismo italiano (para más sobre “fascismo genérico”, véase arriba: 2.1.2.)–, que englobaría a la dictadura italiana como una modalidad de un fenómeno mucho más amplio (Gentile, 2022).¹⁵⁵ Como añadía en otro lugar Gentile:

El problema con los 14 puntos de Eco es que pueden ser aplicados también a la Iglesia católica o a la Falange española. Y si se pueden aplicar de ese modo, entonces no definen particularmente al fascismo. A eso agregaría otra cuestión de igual importancia. Si los fascistas aparecen, como dice Eco, disfrazados de demócratas, ¿cómo distinguimos a los demócratas antifascistas de los demócratas fascistas? Es decir, ¿quién tiene derecho a definirse como un demócrata antifascista si, por ejemplo, como hizo Gramsci, llamamos semifascistas a socialistas como Filippo Turati, a liberales como Giovanni Amendola, a católicos democráticos como Luigi Sturzo? ¿Y cómo hacemos para decir que el verdadero antifascista fue Gramsci, que fue encarcelado en 1926, mientras que Matteotti fue asesinado en 1924, Amendola fue atacado en 1923 y 1925, y Sturzo se vio obligado a exiliarse en 1924, y Turati en 1926? Lo mismo ocurre con el concepto según el cual el fascismo puede repetirse en otras formas y depende de los demócratas desenmascararlo. Una posición de ese tipo les otorga una suerte de poder totalitario a los llamados demócratas para decidir cómo, cuándo y quién es un fascista disfrazado. Con ese criterio, todo el mundo podría decir ‘tú eres el fascista’, yo soy el verdadero antifascista (Gentile, 2023).

Igualmente para Kevin Passmore, si bien Eco merecía algún reconocimiento por haber llamado la atención a la posible “vivacidad” del fascismo –una advertencia que por su parte hacía también por ejemplo Sternhell (véase: Giordani, 2021)–, al mismo tiempo alegar que el “fascismo eterno” podía volver y aparecer “en cada momento y en cada disfraz” –“no reaparecerá simplemente marchando por las calles italianas o diciendo va a reabrir Auschwitz”, apuntaba Eco (1995)–, rompía una de las reglas fundamentales de la investigación académica: para ser útil para los académicos, una proposición debe ser “falsable”, o sea, debe haber algo que en teoría podría refutar la declaración. Aquí no obstante ninguna evidencia es capaz de contradecir la opinión de Eco de que un movimiento es “fascista”, apuntaba Passmore (algo que también señalaba Gentile). Si uno dijera que tal o cual característica esencial faltaba en el movimiento en cuestión lo que lo excluía de ser fascista, la réplica podría ser “¡Ah! Ellos están manteniendo sus intenciones en secreto!”, que en efecto es la misma lógica que subyace detrás de todas las teorías de la conspiración, con su exasperante impermeabilidad a contraargumento (Passmore, 2014b: 88-89).

¹⁵⁴ Curiosamente Ginzburg, si bien es conocido por expresar, y en este caso compartir con Gentile, el punto sobre el estricto apego a la historización y el rigor de usar el término “fascismo” siempre en su contexto histórico –aunque, como él mismo decía en un par de ocasiones, una vez, al ver precisamente un discurso de Trump en la campaña “se sintió tentado a usar el término ‘fascismo’” (Ginzburg, 2016)–, contrario a Gentile reconoce el valor del análisis de Togliatti para el estudio de fascismo. En una ocasión recordaba incluso una interesante anécdota de cómo se enteró que en Polonia en los 70 se leía y aplicaba los escritos de Togliatti, que escribía sobre el fascismo desde su exilio en Moscú en los años 30, para entender y analizar el régimen socialista: no porque los dos regímenes fueran idénticos, sino porque en su estudio Togliatti, desde una distancia se pudo dar el lujo de analizarlo realmente, no solo de irlo descalificando en el calor de la lucha política, algo que, aseguraba Ginzburg, apreciaron los lectores polacos, tratando de llevar a cabo esta suerte de análisis “frío” y “minucioso” respecto al régimen socialista en Polonia, “un caso interesante, en la medida en que podemos ver en qué sentido surge un análisis desde una perspectiva específica, y cómo sus resultados pueden reelaborarse cuando revisamos las condiciones en las que se produjo” (*Ibidem*; véase también: 2019).

¹⁵⁵ Análogo a la noción del “fascismo eterno” y uno que Gentile no menciona pero que posiblemente ha sido influido por el mismo clima político e intelectual en la Italia de la posguerra, es también el *bon mot* de Primo Levi, el famoso escritor italiano y prisionero de Auschwitz que aseguraba en uno de sus ensayos de los 70 que “cada época tenía su propio fascismo”. En respuesta a la Guerra de Vietnam y al surgimiento de las juntas militares en Chile y en Grecia, Levi parecía estar preocupado que la deshumanización y el dominio de la política fascista hubieran sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial y ahora estuvieran reviviendo en formas menos obvias que Auschwitz que él mismo había presenciado y vivido, algo que nos haría ciegos ante el regreso del fascismo. “Hay muchas maneras de llegar [al fascismo]”, señalaba Levi, “no solo a través del terror de la intimidación policial, sino negando y distorsionando la información, socavando los sistemas de justicia, paralizando el sistema educativo y difundiendo en una miríada formas sutiles nostalgia por un mundo donde reinaba el orden, y donde la seguridad de unos pocos privilegiados depende del trabajo forzado y del silencio forzado de la mayoría” (Levi, 2005: 34). Si bien evocativos, estos pasajes de Levi comparten la misma “ahistoricidad” que encontramos en el “análisis” de Eco, además que los ejemplos del “fascismo de su propia época” –principios de los setenta–, por más nefastos y represivos que sean, difícilmente calificaban como tales (véase: Poulantzas, 2019).

2.5. ¿Historia y fascismo como “lecciones”? (Timothy Snyder)

Como bien apuntaba Ben Mercer, una de las maneras de comparar el momento político actual con la época del fascismo e inscribir a Trump y su administración en aquel linaje, ha sido apuntar vagamente en un gesto cuasi-didáctico a las décadas de los años 20 y 30, la historia de la República de Weimar y el auge del nazismo, como “una época de importantes lecciones históricas para aprender” (Mercer, 2020). En este tipo de comparativismo, escribía este autor, las paralelas, por lo general, no eran analizadas ni delineadas, sino apenas “evocadas” y el análisis histórico y contextual quedaba sustituido por una serie de alusiones sueltas e “imágenes *random*” de la época en cuestión que el público era capaz de identificar –los mítines masivos de los nazis en Núremberg, el incendio del Reichstag, la guerra, los campos de concentración, etcétera– y cuyo uso estaba calculado, más que al entendimiento, a generar “unas reacciones emocionales” (*Ibidem*).

El principal representante de este tipo de hacer la historia como “advertencias y lecciones para aprender” y a la vez uno de los principales comparatistas de Trump al fascismo, era Timothy Snyder, el historiador estadounidense, profesor de la Universidad de Yale y autor de varios libros sobre la historia de Europa del Este y el Holocausto (Mercer, 2020; Rosenfeld, 2019; Steinmetz-Jenkins, 2024: 7; para el análisis de las columnas de Snyder, véase: Capítulo 3., textos: #7, #8, #9, #16). En uno de los primeros textos titulado *Él* (“*Him*”) publicado poco después de las elecciones presidenciales en 2016, Snyder ofreció un buen ejemplo de este tipo de narrativa relatando y “fusionando” la historia del ascenso de Hitler con el de Trump, sin nombrar ni al canciller alemán ni al presidente-electo estadounidense, pero estableciendo –o más bien, tal como apuntaba Mercer, “evocando”– el paralelismo entre ambos y entre “aquellas dos grandes sorpresas”: la victoria de los nazis y la victoria de Trump (Snyder, 2016c). Todo esto, a pesar de que la misma analogía central, como recordaba Mercer, la cuestión que tan sorprendente era la victoria electoral de Hitler, es un tema del intenso debate entre los propios historiadores de la época (Mercer, 2020). Lo más llamativo sin embargo era que en el modo en que Snyder apuntaba al ascenso del primero para advertir del peligro que representaba el segundo, encendiendo de paso el alarma sobre “el posible surgimiento del gobierno de partido único bajo Trump” (sic) –cosa que, como ya sabemos desde la perspectiva de tiempo, este nunca ha intentado implementar–, y evocando solamente las paralelas, creando las impresiones y generando las emociones de rechazo parecidos a los que uno podría tener respecto a Hitler, este autor estaba usando estrategias narrativas e hipérbolas propias, ni más ni menos, a las narrativas de la posverdad (McComiskey, 2017: 29 y 33; véase también: De Saint Laurent et al., 2017: 149).¹⁵⁶ Así, como bien observaba Mercer, este tipo de recuento poco tenía que ver con las verdaderas analogías históricas entre el ascenso de Hitler y Trump al poder –en realidad las similitudes eran muy pocas (véase: Schutte, 2016; Browning, 2017; Ullrich, 2017)–, y se explicaba más bien con el “choque” que la victoria de Trump provocó entre muchos comentaristas e historiadores liberales, Snyder incluido. Y si había alguna característica principal de este tipo de narrativa, era más bien la falta de atención a los detalles y el afán de “evocar” y “proyectar imágenes” en vez de analizar las semejanzas (y/o diferencias) como por ejemplo la imagen de la quema de Reichstag y derivada de ella “lección” que “había que proceder lo más rápido posible para salvar la democracia” (Mercer, op. cit).

Esta forma de hacer la historia, apuntaba Mercer, despreocupada por los detalles y dirigida a un público amplio con el objetivo de evocar sentimientos, emociones y ofrecer “advertencias” y “lecciones” para aprender relativamente simples, es, ni más ni menos, sino “la historia de la posverdad” (*Ibidem*). Y la “historia de la posverdad”, es exclusivamente la historia de las similitudes ya que solo las similitudes pueden servir como “lecciones” (*Ibidem*). En este sentido este género está en las antípodas del quehacer histórico en el cual el esfuerzo comparativo debe de tomar en cuenta, estudiar y resaltar tanto las similitudes como las diferencias, tal como lo enfatizaba Marc Bloch (véase: Gregor N., 2017; para más sobre el uso de las comparaciones históricas véase: 1.1.). Además, bien añadía Mercer, la historia como tal –y esta aseveración suscribimos en su totalidad– no es “un depósito de ‘lecciones’” fácilmente procesables, ni “advertencias” listas para traducir en comportamientos políticos o sociales en la vida cotidiana (Mercer, 2020), algo a lo que en su lectura de Hegel y Marx llamaba la atención también Dylan Riley subrayando que “no hay nada más superficial que la historia como ‘una reserva de lecciones’” y tratar al pasado como “un

¹⁵⁶ Snyder, al escoger su título –que era así como Víctor Hugo tituló su poema: *Él* (“*Lui*”) dedicado a Napoleón Bonaparte publicado en 1827, seis años después de su muerte cuando su presencia aún se cernía masivamente sobre el mundo occidental y nadie tenía ninguna duda quien era “él”–, evocaba también y hacía una implícita comparación a una figura que a su vez servía como un punto de referencia comparativo para el propio Hitler, visto como “otro peligro” y “otro déspota que iba a arrasar con Europa” (véase: Rosenfeld, 2018; véase también: Ringelblum en: Mayer, 1988: 314-315). El gesto narrativo de no nombrar a Trump emulaba por otro lado lo que ya había hecho unos meses antes Michiko Kakutani, una crítica literaria de The New York Times en una sonada reseña del libro de Volker Ullrich, *Hitler: el ascenso 1889–1939* (2016), donde escribía de Hitler pero hacía entender al lector que se trataba de Trump (Kakutani, 2016; véase también: Brookes, 2016; Shephard, 2016), usando así la narrativa, hipérbolas y extrapolaciones del presente al pasado características de la propia retórica de la posverdad (McComiskey, 2017). Frente a este tipo de comparaciones, Christopher R. Browning, en su propia reseña de la biografía de Ullrich adoptó un enfoque de mucho más de sentido común y alejado de las emociones políticas de momento, destacando más bien a una serie de diferencias tanto entre los Estados Unidos de hoy y Alemania de entreguerras, como entre el propio Hitler y Trump que hacían que la analogía entre ambas figuras no se sostenía subrayando que “las comparaciones a la época del nazismo no deben trivializarse” (Browning, 2017). Igualmente en las antípodas de la emocional reseña de Kakutani que en ningún momento ofrece el contexto ni apunta a las diferencias entre la épocas, Volker Ullrich, el autor de libro en cuestión –escrito, como él mismo lo admitía de paso, “en el contexto del auge de los movimientos de extrema derecha en Europa”–, indagado sobre las comparaciones de Trump a Hitler y la cuestión si la historia nos podía enseñar algo, se mostraba muchos más escéptico, subrayando que las diferencias “eran mucho mayores que las similitudes” y que así, “la historia enseñaba poco” (Ullrich en: Best, 2017; para el recuento conciso de la toma de poder por Hitler contrastada con la toma de Trump, véase: Ullrich, 2017).

almacén de ejemplos inconexos” para “elaborar cuentos moralizadores” o “construir criterios respecto a los que juzgar moralmente el momento actual” (Riley, 2018). La historia como “lecciones” o “advertencias” no es análisis ni contextualización”, apuntaba Mercer, y “en realidad poco nos tiene que decir tanto del pasado como del presente” (Mercer, op. cit.). En sus ojos, se trata, simplemente de lecciones simplistas basadas “en lo que uno ya sabe” –y en lo que, se podría añadir, lo que ya sabe quién ofrece estas lecciones sin importar la conexión o cercanía de temas, tal como por ejemplo hacía con frecuencia Snyder al ofrecer en algunas ocasiones, sin tomar en cuenta ningunas diferencias del contexto, “las lecciones para Estados Unidos” derivados de la historia de Ucrania o Bielorrusia (sic) (véase: Snyder, 2016e, 2020c)–, algo calculado a conectar con el conocimiento popular y fragmentario del pasado, junto con los prejuicios ya existentes, moldeados por medios de comunicación y la industria cultural de Hollywood (Mercer, op. cit.).¹⁵⁷

Siendo Snyder el mejor ejemplo del género de la “historia como lecciones y/o advertencias”, igualmente la expresión más avanzada de este tipo de narrativa, ha sido su pequeño librito *Sobre la tiranía: veinte lecciones del siglo XX* (2017), un *bestseller* que se vendió en más de medio millón de copias según The New York Times y que, como escribía un periodista en un perfil de Snyder, “se convirtió en un tótem para los estadounidenses horrorizados por su nuevo presidente” y ayudó a “a convertir [a Snyder] en un ‘intelectual de la casa’ del movimiento anti-Trump de centroizquierda, a veces conocido como ‘liberalismo de Resistencia’” [el término que en sí mismo de manera pomposa y en el espíritu del comparativismo histórico a la Segunda Guerra Mundial, aludía a la resistencia antinazi] (Baird, 2023).¹⁵⁸ *Sobre la tiranía* “estaba siendo leído, releído y discutido por todos los personajes importantes de los medios y de la farándula”, “valiéndole a Snyder invitaciones regulares para aparecer en televisión” (Baird, 2023). El siguiente pasaje del citado perfil merece ser traído a la colación porque no solo dice algo de Snyder –citando también sus propias palabras–, sino del modo en que este era percibido por buena parte del público y otros comentaristas que a menudo citaban a Snyder para fundamentar sus propias comparaciones de Trump con el fascismo (véase por ejemplo: Milbank, 2020; Cohen, 2021; para el análisis de estas columnas véase: Capítulo 3., textos, #17, #21):

Inusualmente para un historiador serio [sic], Snyder a menudo establece analogías entre el pasado y el presente [sic]. Más inusual aún, rutinariamente hace predicciones sobre el futuro. Lo que él llama su “modo Cassandra” es diferente de su trabajo histórico [sic], pero no del todo desconectado. “La historia no es la recitación aburrida de cosas que todos sabemos pero que hemos olvidado”, dice. “Es un descubrimiento constante y emocionante [sic] de cosas que realmente sucedieron, que no se anticiparon y que probablemente se consideraron tremendamente improbables en ese momento. La Primera Guerra Mundial, el Holocausto: muchas de las cosas que parecen absolutamente fundacionales fueron consideradas en su momento como ridículas, absurdas, imposibles. Y una vez que sabes eso, puedes tener la intuición de que, bueno, tal vez en este momento esté sucediendo algo que la gente no está viendo”. A Snyder no le gusta la tendencia académica de ocultar los juicios bajo un manto de pseudoobjetividad (Baird, 2023).

Como bien recordaba Mercer, *Sobre la tiranía*, el quintaesencial ejemplo del género de la “historia como lecciones”, fue una elaboración de una publicación original de Facebook (Snyder, 2016b), vislumbrándose así como algo inexistente antes en la historiografía que se elabora a través de las nuevas redes sociales respondiendo a la demanda de la audiencia ofreciéndoles básicamente “lo que quieren escuchar y/o leer” (Mercer, 2020). Igual tenía razón Mercer en señalar que algunas de las “lecciones” que pretendía sacar del pasado y ofrecer Snyder, no eran necesariamente incorrectas, pero en realidad no derivaban del análisis histórico. En cambio encarnaban preceptos bastante simples, “lógicos” o “eternos” que poco tienen que ver con la historia –en este caso, tal como lo alegaba Snyder, con la historia del siglo XX,– como por ejemplo “no obedecer”, “defender las instituciones”, “creer en la verdad”, “ser valiente”, etcétera. (véase: Snyder, 2016b, 2016d, 2017c, 2017l), una serie de “advertencias-lugares comunes” o “mandamientos” que en cada uno de los lectores es capaz de generar alguna reacción, pero que al final no nos dicen mucho ni de la historia en general ni del fenómeno político del que nos dicen advertir (Trump y *trumpismo*) y lo que traducido en las realidades electorales estadounidenses significa simplemente “elegir el mal menor” y/o votar por los Demócratas (Mercer, op. cit.; para este punto, véase también: Riley, 2015, 2016). Tal vez, apuntaba Mercer, vale la pena recordar a los lectores que la complacencia puede ser peligrosa, pero no está muy claro a quien hay que decirle por ejemplo “que hay tener cuidado con el sistema del partido único” tal como lo hacía Snyder (2017l: 45; véase también: 2016c), ya que el sistema estadounidense, incluso bajo Trump, nunca ha estado cerca de esto. En este sentido, el género *snyderiano* de la “historia como advertencia” hablaba más de los prejuicios y las ansiedades de sus autores, de la audiencia que lo leía con entusiasmo (véase: Baird, 2023), y mucho menos de la anatomía y las particularidades del fenómeno contra el que buscaba advertir.¹⁵⁹ “¿Para quién

¹⁵⁷ Otro de los comparatistas de Trump al fascismo que se empeñaba a ofrecer “lecciones” de la historia de Alemania Nazi para entender al trumpismo, pero que en realidad, al no tomar en cuenta lo suficiente las diferencias del contexto, resultaban tendenciosas y poco informativas ha sido otro historiador estadounidense, Richard Steigmann-Gall (2017a; para más sobre sus planteamientos acerca del “fascismo estadounidense”, véase el apartado siguiente: 2.6.).

¹⁵⁸ A partir de allí, a los historiadores estadounidenses –incluidos los “alarmistas” en el marco del “debate sobre el fascismo”–, que en general insistían en algunos méritos especiales de las “lecciones de la historia” para entender la política corriente en Estados Unidos o que aseguraban que el conocimiento de pasado les daba alguna visión especial de la política, se los empezó a llamar los “historiadores de la Resistencia” (*resistance historians*), siendo Snyder uno de los principales representantes de esta corriente.

¹⁵⁹ Otro libro sonado de este género particular ha sido *Fascismo: una advertencia* (2020), escrito por Madelaine Albright, la exsecretaria del Estado de Bill Clinton, donde todo lo que no encajaba en el *mainstream* liberal desde Trump, pasando por Corea

son realmente estas ‘advertencias’? ¿Los votantes Republicanos dejarán de apoyar a Trump persuadidos por su (supuesta) analogía con Hitler?”, preguntaba bien Mercer, apuntando a las limitaciones de esta estrategia argumentativa:

La historia como advertencia no es historia como comprensión. Es un género de historia en gran parte no teorizado y no particularmente autorreflexivo. Las advertencias tienden a centrarse en enfatizar el peligro de una situación y qué hacer en lugar de como y por qué ocurrió algo. El peligro es la medida en que esta historia predica a los conversos y, por lo tanto, se convierte en un síntoma del problema en lugar de su resolución (Mercer, op. cit.).

Y allí donde Snyder aseguraba ofrecer una base histórica firme para sus analogías con el trumpismo, invocando por ejemplo la historia de la República de Weimar (1918-1933), su lectura de la historia de este periodo resultaba deficiente y superficial, inscribiéndose más bien en lo que algunos comentaristas habían tildado como “el pasatiempo favorito de los intelectuales y expertos (*pundits*) estadounidenses”: la comparación de la política en Estados Unidos con la “condenada República de Weimar” (Bois, 2015). Y Snyder, según algunos otros historiadores, que aseguraba que “con Trump *ante portas* vivíamos en un ‘*Weimar-America*’” y que “la política conservadora se ha vuelto fascista y amenaza con destruir las instituciones más básicas de la democracia”, ha llevado este tipo de advertencias –como en el referenciado ya texto describía el ascenso de Trump como un seguimiento explícito de los pasos del dictador nazi (Snyder, 2016c)– al nivel que los hacía rozar con el *reductio ad Hitlerum*¹⁶⁰ (Bessner, Greenberg, 2016; para las mismas objeciones véase también: Bessner, 2017: 831-832). En el mismo tenor, Daniel A. Bell, otro historiador estadounidense, en su propia reseña de *Sobre la tiranía*, apuntaba que si bien todas las analogías históricas por lo general tienden a ser “fáciles” y “muy poco rigurosas”, la fijación de Snyder en la historia de Weimar y su afán forzoso de vincularla con el ascenso del supuesto “fascismo de Trump”, llevaba esta facilidad al extremo y desproveya estas analogías de cualquier rigor: las circunstancias estadounidenses de hoy y las de la historia alemana de hace un siglo, guardaban muchas diferencias importantes (y no bastaba decir solamente que la ansiedad económica, el nacionalismo de derecha y la violencia paramilitar en tiempos de Trump “se pueden mezclar una vez más en un cóctel espantoso”, sin ofrecer un análisis que lo respaldara). Además, escribía Bell, hay muchas formas en las que las democracias pueden caer, no todo tiene que ser un *replay* de la República de Weimar (Bell en: Mikanowski, 2019).¹⁶¹

Exponiendo su análisis que pronto iba a desarrollar más en *Sobre la tiranía* (2017), a principios de 2017 Snyder al comparar la agenda de la administración Trump con la agenda y el ascenso al poder de Hitler y subrayando “la importancia de la historia de los 30 para los estadounidenses en este preciso momento, enfatizaba también la importancia de usar la historia a nuestro favor ahora”, en lugar de encontrar tabúes en ella y “formas de silenciarnos unos a otros” (Snyder, 2017a). En otro lugar, aseguraba de modo parecido que su esfuerzo se centraba en suscitar una serie de debates sobre la “comparabilidad de las dos épocas”. “La historia nos enseña los trucos de autoritarismo; no debemos caer en ellos otra vez”, decía. A la vez aseguraba que si bien “la historia no se repite, ofrece ciertos ejemplos y patrones, y por lo tanto amplía nuestra imaginación creando más posibilidades de anticipación y resistencia”. En el mismo tiempo advertía y hacía una predicción bombástica que los estadounidenses tenían “un año para salvar la democracia, quizá menos” (2017b). No obstante este tipo de predicciones de Snyder han sido expuestos y criticados puntualmente por su colega de Yale, Samuel Moyn, un destacado jurista y profesor de leyes, en su importante ensayo sobre los límites del comparativismo histórico. Como bien apuntaba Moyn las advertencias así, aunque pueden estar motivadas por las buenas intenciones, son sumamente “vagas”, “abiertas” e “inverificables”: “si estas predicciones se cumplían pues el advertidor diría que con razón sonó el alarma; si no se cumplían, iba a congratularse de haber prevenido un gran desastre” (2020a). Esto es exactamente lo que había pasado con el ataque al Capitolio y los, muy descoordinados, intentos de Trump por anular las elecciones de 2020 cuando después de años de, como él mismo lo subrayaba, “haber ido advirtiendo que algo parecido [una suerte de “golpe de estado fascista”] iba a pasar” (Snyder, 2017h), finalmente, después de tres años de espera, Snyder, como él mismo lo había subrayado, se sintió reivindicado y –inscribiéndose en el señalado por Moyn patrón en el que funcionan este tipo de advertencias– y se congratuló “por haber hecho una predicción correcta” (2021a; para el mismo tipo de reivindicaciones véase también: 2022c), ignorando de paso el hecho que su predicción de 2017 de que a la democracia en Estados Unidos “le quedaba un año, quizás menos de vida” no se había cumplido y desaprovechando claramente la ocasión, en tenor de la crítica de Moyn, para auto-congratularse que su oportuna predicción temprana “había prevenido su colapso”.

Igualmente en tenor del análisis de Moyn, los límites de este tipo de argumentación expuso también Corey Robin al apuntar a una curiosa evolución en las advertencias de Snyder que consistió, ni más ni menos, en ajustar la realidad a su análisis con tal de mantener su vigencia. Después de haber empezado en 2016 directamente con apuntar a la quema del Reichstag en 1933

del Norte hasta Venezuela acabó tildado como “fascismo” y más que de estos regímenes, igualmente hablaba más de las ansiedades particulares de los políticos y los intelectuales liberales estadounidenses en tiempos de Trump.

¹⁶⁰ Véase: nota de pie 47

¹⁶¹ Frente al mismo sobreuso de la figura de Weimar, Richard J. Evans apuntaba que los historiadores deben tener cuidado de tratar la historia como “la llave para el presente” y “dejarse llevar por cualquier apariencia de semejanzas”. Según él, si bien había “algunos ecos”, de ninguna manera Estados Unidos de 2016 se parecía a Alemania de Weimar y si había que buscar alguna analogía histórica tal vez un paralelo mucho mejor era la historia del movimiento populista estadounidense de la década de los 90 del siglo XIX (Evans, 2017). En otro lugar frente a las comparaciones parecidas entre Gran Bretaña en tiempos de Brexit y la República de Weimar, anotaba que la democracia allí no estaba “en el punto de ‘derretimiento de Weimar’” y, en tenor con las observaciones de Bell, que “en el siglo XXI, las democracias fallan de diferentes maneras”, subrayando que “no estábamos reviviendo la década de los 30” y “que “no se puede esperar ninguna repetición directa [de Weimar]” (Evans, 2019b).

y la derivada de ella “lección” que había que proceder para “salvar lo más rápido posible la democracia” (Snyder, 2016c) e ir apremiando a los estadounidenses que “a lo máximo tenían un año, quizás menos para salvarla” (Snyder 2017b), conforme que el gobierno de Trump no arrojaba “ningunos resultados fascistas”, Snyder, al igual que varios otros comentaristas durante la presidencia de Trump que modificaron su argumento acerca de su “fascismo” pero sin abandonar la esencia de su análisis (véase: Robin, 2017h), “ajustó” su narrativa al inventar, bien señalaba Robin, una inverificable e “impresionista” figura de la “quema del Reichstag en cámara lenta” (“*slow-motion Reichstag fire*”), o sea, una quema paulatina y/o extendida en el tiempo (Snyder, 2020f).¹⁶² Esto, le permitía seguir evocando la historia del nazismo y la muy conocida y simbólica figura de la quema del parlamento alemán y todas las emociones y memorias vinculadas con ella, pero ya sin ninguna conexión a su versión real y fáctica, liberándola así de cualquier escrutinio dado que la toma de poder por los nazis, en la que el incendio del Reichstag ha sido instrumental, concluyó apenas en cuestión de meses (véase: Schutte, 2016; Browning, 2017; Ullrich, 2017). Sin notar esta evolución, ni preguntarse por las consecuencias de este giro argumentativo, otros comentaristas retomaban y amplificaban el alarmismo de Snyder. Un ejemplo de esto ha sido el dramático llamado de Dana Milbank, un comentarista conservador de The Washington Post, hecho en la víspera de las elecciones presidenciales de 2020 después de que Trump sugirió que podría no transferir el poder en caso de perder las elecciones:

Estados Unidos, esto no es un simulacro. El Reichstag está ardiendo. Durante cinco años, mis colegas y yo nos hemos esforzado por evitar las comparaciones con los nazis. Suele ser hiperbólico y contraproducente etiquetar a los de derecha como “fascistas” de la misma manera que los de derecha etiquetan reflexivamente a los de izquierda como “socialistas”. Pero ya no se trata de insultos. Con sus repetidas negativas esta semana a aceptar la transferencia pacífica del poder (el principio fundamental que ha sostenido la democracia estadounidense durante 228 años), el presidente Trump ha colocado a Estados Unidos, en cierto modo, donde estaba Alemania en 1933, cuando Adolf Hitler utilizó el sospechoso quema del parlamento alemán para convertir una democracia en un estado totalitario (Milbank, 2020).

Apoyando esta advertencia Milbank citó su plática con el mismo Snyder, “una máxima autoridad en nazismo y estalinismo” que le dijo: “El Reichstag ha estado ardiendo lentamente desde junio” (sic), asegurando que “el lenguaje que usa Trump para hablar sobre #BlackLivesMatter y las protestas es muy similar al lenguaje que usó Hitler: que hay una vaga conspiración de izquierda basada en las ciudades que está destruyendo el país” (Snyder en: Milbank, 2020). Y continuaba: “Es importante no hablar de esto como simplemente una elección. Son unas elecciones rodeadas por el lenguaje autoritario de un golpe de Estado. La oposición tiene que ganar las elecciones y tiene que ganar después de las elecciones. De lo contrario, no habrá otras elecciones ‘normales’ hasta dentro de algún tiempo” (*Ibidem*). Y volvía a repetir Milbank: “Estados Unidos, este es nuestro momento Reichstag. Tenemos el poder de detenerlo. No dejemos que la democracia se queme hasta los cimientos” (*Ibidem*; para el análisis de esta columna, véase: Capítulo 3., texto #17). Y si bien todas estas advertencias parecían graves, nada de lo que advertían Snyder y Milbank había ocurrido. En este sentido el mayor problema con este tipo de “lecciones” y “advertencias”, junto con todas las críticas de Moyn o Robin, no era “que podían sonar y ser caricaturizadas como ‘el doomerismo liberal burgués’” como alegaban algunos de sus críticos (véase: Baird, 2023), sino que, muy al estilo de la misma historia de la posverdad criticada por Mercer, parecían estar hechas ignorando la historia y la realidad misma para sostener a toda costa el “análisis” y la agenda política contenidas en ellas, sin importar su verdadera relevancia o conexión con el presente y la política estadounidense.

Lo llamativo aquí es que este tipo de narrativa y estrategia argumentativa que trata a la historia como un depósito de “lecciones” y “advertencias” e ignora importantes detalles y diferencias, no es propia de Snyder solamente en un libro como *Sobre la tiranía*, que puede ser visto apenas como un panfleto sacado en el calor de la lucha política y frente a los inesperados acontecimientos políticos que exigían alguna reacción, racionalización y/o consolación, sino también de sus libros académicos que pretenden –según la ambición de su autor– ofrecer nuevas perspectivas por ejemplo en el campo de los estudios del Holocausto. El caso de su, titulado sintomáticamente, libro *Tierra negra: el Holocausto como historia y advertencia* (2015), es un buen ejemplo de esto. En una reseña del libro de Snyder, el citado ya arriba Christopher R. Browning, ha dejado al expuesto muchas de las mismas cuestiones que en caso de *Sobre la tiranía*, ya expuso por su parte Mercer. Al apuntar que como muchos otros historiadores Snyder comienza con un análisis de Hitler y su ideología, aunque sin preocuparse por el contexto más amplio y a largo plazo de la cultura europea y la tradición alemana del antisemitismo, subrayaba que en mucha mayor medida que cualquier otro especialista de la época, Snyder estaba explícitamente preocupado por las “lecciones del Holocausto” y “las advertencias para el futuro” (Browning, 2015). Luego después de haber comentado sobre diferentes aspectos del libro desde algunas generalizaciones insostenibles (por ejemplo que todos los colaboradores nazis, según Snyder, antes colaboraban con los soviéticos), pasando por malas interpretaciones (el impulso para la Solución Final no era la guerra perdida en el Este, sino, según Browning, por el contrario, la euforia de los primeros meses de victoria) o tesis controvertidas (en una mirada profundamente *anti-baumaniana* Snyder insiste por ejemplo que no era la burocracia sino la “remoción de la burocracia” en los territorios ocupados por los nazis que abrió la puerta al exterminio)¹⁶³, Browning se detenía en un aspecto poco común en la literatura sobre

¹⁶² Twitter/X, 31 de octubre de 2020, <https://twitter.com/CoreyRobin/status/1322726036031868928/photo/4>

¹⁶³ Zygmunt Bauman en su *Modernidad y Holocausto* (2009[1989]), una seminal interpretación acerca de la lógica de la modernidad detrás de la máquina exterminadora nazi, argumentó famosamente que uno de sus pilares fue la propia lógica de la burocracia. Si bien Bauman compartía con Theodor W. Adorno y con Max Horkheimer su análisis central de la *Dialéctica de la Ilustración* (1998) respecto a la separación de ciencia y teoría en favor del uso técnico de la ciencia, por un lado, y la separación de ciencia y moralidad, por otro, cosa que había transformado la ética en un asunto emocional, moralista e irracional allanado el camino a los crímenes nazis, disentía de Adorno que en su *Personalidad autoritaria* (1950) trató de explicar el poder de los nazis

el Holocausto, la atención que el autor le daba a los “rescatistas”. Si bien a primera vista este enfoque podía parecer noble, en realidad abría las puertas a muchas ambigüedades y problemas como introducir precisamente el factor de la “moralización” en la historia y a base de ella querer formular “lecciones” y “advertencias”:

Muchas personas tienen un historial notorio de recordar y olvidar selectivamente el pasado, de apropiarse y distorsionar la historia y, por lo tanto, usar y abusar la historia para sus propios fines. Cualquier intento de extraer “lecciones” y emitir “advertencias” de cualquier evento histórico es una empresa peligrosa. En vista de este registro, tales lecciones y advertencias extraídas de la historia por lo general son más reveladoras de la mente y la agenda actual del advertidor que una reflexión sobria y objetiva sobre el pasado. La tentación de explotar la autoridad moral del Holocausto o el poder estigmatizador de una analogía con el nazismo hace que estos temas sean particularmente susceptibles de ser moralizados. En la cultura popular, incluso existe un término, “Ley de Godwin”, para la casi inevitabilidad de que prácticamente cualquier argumento en línea eventualmente conducirá al uso de una analogía que involucre a los nazis o Hitler (Browning, 2015).

Lo más interesante no obstante que la principal “lección” y “advertencia” del Holocausto según Snyder –algo que igualmente testificaba a un particular clima político en el que estaba escrito su libro en el que el ascenso de la extrema derecha aún no encendía las alarmas–, no era “el regreso del fascismo” o las posibilidades de la destrucción de la democracia, sino la posibilidad y el escenario de una catástrofe global climática que podría, según Snyder, “hacer que la cosmovisión de Hitler de la lucha por la supervivencia en un ecosistema de suma cero sea relevante de nuevo” (Snyder, 2015: 17). Browning a esta, bastante exuberante “advertencia” dedicó una mínima atención apuntando solo que le pareció “poco convincente” (2015), al igual que a otros reseñadores como Enzo Traverso que la calificó de “forzada” y además, una que le acabó sirviendo a Snyder para exponer su agenda política llena de “lugares comunes neoconservadores” con las que “oscurecía más la historia que revelaba de ella”, deformando así la perspectiva histórica y tomando “un paso en una dirección equivocada en la historiografía del Holocausto” (sic) (Traverso, 2016c). Según otros historiadores de la época como Richard J. Evans, lo propuesto por Snyder, la preocupación por los efectos del cambio climático, “no era ninguna lección del Holocausto” e insistir en ello hacía “que todo el libro se salía de los rieles” (Evans, 2015b).

El libro anterior de Snyder también dedicado al mismo periodo y uno que efectivamente lo catapultó a la fama (véase: Baird, 2023): *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin* (2010), cuya tesis principal reza que en las llamadas “tierras de sangre”, una región que comprende lo que hoy en día es Polonia, Ucrania, Bielorrusia, Rusia y los Países Bálticos, los regímenes de Hitler y Stalin, a pesar de sus diferentes objetivos en el conflicto, “interactuaron” y reforzaron sus estrategias genocidas para aumentar el sufrimiento humano y el derramamiento de sangre y en el cual Snyder se proponía explícitamente a ofrecer “una nueva interpretación del Holocausto”, también ha sido recibido con críticas parecidas. Para empezar una de las supuestas novedades allí –la visión del Holocausto como producto de la derrota alemana al fracasar en su guerra en contra de la Unión Soviética (algo que desde su propia interpretación opuesta criticó, como hemos visto Browning)– no era nada nueva: Arno J. Mayer (1988) ya la había presentado de manera más convincente y más elaborada veinte años antes (era de hecho en este sentido que el Holocausto, según Mayer, podía compararse con los pogromos de las Cruzadas: en la que un ejército merodeador, enloquecido, bloqueado en su búsqueda de tierras y recursos y en camino a ser derrotado manifestó su celo y frustración sobre los indefensos). Así, Omer Bartov, un historiador israelí, uno de los máximos expertos en genocidio y profesor de la Universidad Brown, remarcó que su “nueva interpretación” se amontaba básicamente a refreír la narrativa nacionalista polaca (sic) que “el Holocausto ocurrió cuando chocaron el nazismo y el comunismo” viendo en su libro, básicamente, “un ejemplo de cómo no hay que escribir sobre el Holocausto” (sic) (Bartov, 2016). Por su parte Evans, tras haber señalado varias lagunas, errores y omisiones en la narrativa de Snyder concluía que el autor del libro “en realidad no estaba interesado en explicar nada, solo en contar la historia de sufrimiento de personas que vivían en una región de la que él de repente sabía más” (Evans, 2010b), el mismo tipo de crítica que este autor repitió años más tarde respecto al análisis de Snyder del “fascismo de Trump”, algo que resulta de particular interés para este estudio y vincula el trabajo historiográfico anterior de Snyder con su posterior uso de las comparaciones al fascismo respecto a Trump. En un texto escrito después del ataque al Capitolio donde subrayaba que, aun con este evento en mente, “Trump no era un fascista” y que, a lo mucho, varias de sus políticas y posturas “hacían eco con el fascismo histórico”, Evans apuntaba que si bien el afán de tildar a Trump como “fascista” puede ser “comprensible –‘¿cómo mejor los liberales podrían expresar su rechazo por él si no compararlo con el ‘mal político absoluto’?’–, Trump o trumpismo “no tiene comparación con los cientos de miles de soldados de asalto armados y uniformados y *squadristi* que los líderes nazis y fascistas desplegaron en las calles diariamente en la década de los 20 y principios de los 30 para intimidar, golpear, arrestar, encarcelar y, a menudo, matar a los opositores políticos” (Evans, 2021b). Y seguía: “Pocos de los que han descrito a Trump como ‘fascista’ pueden llamarse verdaderos expertos en la materia, ni siquiera lo es [Timothy] Snyder. La mayoría de los auténticos especialistas

por “ciertas características personales individuales” recurriendo a una explicación circular: “el nazismo era cruel porque los nazis eran crueles, y los nazis eran crueles porque gente cruel tendía a convertirse en nazis” (Bauman, 2009: 152-153). Frente a esto Bauman apuntó precisamente a la burocracia con su “espíritu de racionalidad” y la lógica subyacente de eficiencia y organización como uno de los motores detrás del nazismo y el Holocausto mismo. Según él, las características de la burocracia moderna, tal como la definía Weber no solo no constituían ningún impedimento al Holocausto –con su relegación de valores morales a la esfera de la subjetividad–, sino que, por el contrario, alentaban las políticas nazis, ya que “no había nada en los ‘tipos ideales’ weberianos [respecto a la burocracia] que forzaría ver las actividades del Estado nazi como ‘excesos’” (10); para más sobre la psicologización y los estudios del fascismo, véase: nota de pie 265.

está de acuerdo en que, sea lo que sea, Trump no es un ‘fascista’” (sic) (Evans, op. cit). Y luego al apuntar a las diferencias entre los regímenes propiamente fascistas que buscaban “una total coordinación” de todos los sectores del Estado bajo un paraguas y una ideología –lo que los nazis llamaron *Gleichschaltung*– y la caótica gestión de la administración de Trump, Evans escribía:

Durante los desastrosos cuatro años de Trump los puestos gubernamentales quedaron vacantes, los altos funcionarios fueron despedidos de manera rutinaria y el comandante en jefe pasó gran parte de su tiempo jugando al golf. El tipo de dinamismo hiperactivo que caracterizó a los regímenes fascistas estaba completamente ausente. El Congreso ha prevalecido sobre los intentos de Trump de dejarla de lado o socavarla y los jueces, incluidos los que él mismo designó para la Corte Suprema, se han adherido a la ley e la han interpretado de maneras que a veces han frustrado las ambiciones de Trump, en particular rechazando sus desafíos legales a las elecciones presidenciales. Los funcionarios electorales, entre ellos los Republicanos de larga data, se han resistido a sus intentos de intimidarlos, mientras que los principales medios de comunicación se han negado a difundir sus falsedades, mentiras y afirmaciones engañosas. El daño que Trump hizo a la democracia estadounidense es considerable, pero los últimos cuatro años de caos han demostrado la resistencia de las instituciones, la ley y la Constitución. La democracia estadounidense está dañada, pero sobrevive (Evans, 2021b).

Frente a estas críticas respecto al manejo y el quehacer historiográfico de Snyder, quisiera proponer también, siguiendo a Mercer (2020), que no es solo el general uso de la historia y de las comparaciones históricas por Snyder en forma de “lecciones” y “advertencias” que al resultar muchas veces vago e inverificable tiende a la misma “historia de la posverdad”, sino que también su uso y manejo del término del “fascismo” y las comparaciones a él tienen el mismo efecto ya que el término, tal como aparece usado por Snyder, más que analizado, contextualizado e historizado acaba igualmente “evocado” e invocado, cosa que procederemos igualmente a evaluar más adelante mediante el análisis de sus seleccionadas columnas de opinión (véase: Capítulo 3., textos #7, #8, #9, #16), pero que es el uso que es posible de detectar igualmente en otras de sus múltiples publicaciones e intervenciones públicas a lo largo del “debate sobre el fascismo” y cuyo análisis posterior se beneficiaría de una previa contextualización y preevaluación.

Siendo en efecto uno de los “alarmistas pioneros” en aplicar las comparaciones a la República de Weimar y/o los años 20 y 30 para el gobierno de Trump (Snyder, 2016b, 2016c, 2016d), Snyder desde el principio subrayaba también que la historia del fascismo “era crucial para entender a Trump” y que sus lecciones eran “particularmente importantes e útiles para la defensa de la democracia hoy” (2016b, 2017l), añadiendo igual –de modo más útil– que “la historia no te da analogías o paralelos perfectos” y “no se repite y ni siquiera rima”, pero sí “presenta patrones” (Snyder, 2017b). Así, uno de estos patrones, según Snyder, es el descrédito de la verdad en los regímenes totalitarios con lo que “las cosas con las que hoy estamos lidiando como los ‘hechos alternativos’ y la ‘posverdad’ son bastante parecidas a la década de los 20”, y esta negación, según él, “era una de las premisas central de la visión fascista”, algo importante en la medida en que sí, según Snyder, “no tienes los hechos, no tienes el estado de derecho y si no tienes el estado de derecho, no puedes tener democracia” (*Ibidem*).¹⁶⁴ Y las personas que quieren deshacerse de la democracia y el estado de derecho lo entienden porque proponen activamente una visión alternativa”, aseguraba, añadiendo que los que promueven la posverdad y los hechos alternativos están convenciendo a los ciudadanos de que “los hechos son aburridos” y que “los expertos son aburridos” y que “hay que vincularse a un mundo mucho más atractivo y básicamente ficticio”.¹⁶⁵ “Así que no digo que Trump sea [exactamente] como los fascistas de la década de los 20 (sic), pero digo que esto no es nuevo”, aseguraba (*Ibidem*). Abordando en otra ocasión el tema de fascismo y lo adecuado de este término para captar lo que estaba pasando hoy, Snyder decía que “históricamente e incluso en la actualidad el fascismo significaba muchas cosas diferentes” y que “el pensamiento fascista se realizaba de manera desigual”, habiendo varias propuestas para el orden fascista, de las cuales solo algunas realmente se concretaron y cuando se concretaron, no necesariamente reflejaban las ideas a la perfección:

¹⁶⁴ En el mismo tenor a la crítica que ha hecho Riley al, generalizado en el liberalismo, afán de vincular incondicionalmente la democracia con la “verdad” mejor, según el ejemplificado precisamente por los escritos y dichos de Snyder (véase: 2.2.2.), según este autor si hay alguna característica central de Trump no es que solo miente, sino que de vez en cuando “revela ciertas verdades” por ejemplo acerca de los vínculos de las élites Demócratas con la Wall Street o respecto al debacle en Iraq, una invasión sustentada, de hecho, en mentiras (Riley, 2022a: 25). También para Corey Robin –que hacía estos comentarios en respuesta particular al análisis de Snyder ofrecidas en una entrevista en televisión donde este resumía las líneas de su análisis señaladas arriba– asegurar que el primer paso de destruir la democracia es “abandonar a los hechos” es muy desacertado ya que la democracia es, en efecto, un proyecto dedicado a “romper los hechos del mundo”: los hechos de la jerarquía económica y el poder monetario, los hechos del racismo y el sexismo, etcétera (Twitter/X, 12 de enero de 2022, <https://twitter.com/CoreyRobin/status/1481395413613780992>).

¹⁶⁵ Snyder no solo repite aquí la genealogía de la mentira en la política, la posverdad y los hechos alternativos que los vincula con el fascismo y el nazismo de modo parecido que lo hace por ejemplo Finchelstein (véase: 2.1.3.), una interpretación que puede ser debatible por optar a vincularlos arbitrariamente con el nazismo e ignorar sus raíces estadounidenses (véase: nota de pie 108), sino que en sí misma, sin reconocerlo, describe básicamente no la historia del fascismo/nazismo, sino el camino hacia la posverdad que, en el contexto estadounidense a partir de los 70, había descrito Tesich (1992), cuando los ciudadanos cansados y a la vez seducidos por tantas mentiras gubernamentales optaron conscientemente a poner de lado la democracia y abrazar la ficción.

Me siento cómodo al decir que estamos en un momento donde el pensamiento fascista ha regresado [sic]. Porque, de hecho, el gobierno ruso actual, que es un gobierno muy importante, cita a figuras que son inequívocamente fascistas y nazis. Este es un ejemplo extremo de una tendencia general: Steve Bannon cita a Julius Evola¹⁶⁶, Donald Trump habla de ‘Estados Unidos primero’ [“*America First*”], etcétera. Ha habido una especie de renacimiento de la década de los 30 que se ha apoderado de nosotros. Pero ciertamente hay diferencias. Mi punto no es en absoluto que la década de 30 se vaya a repetir porque algunas de estas ideas están de vuelta. Creo que las ideas están de vuelta en un escenario que es diferente [...] (Snyder, 2018c; para el análisis de esta columna véase: Capítulo 3., texto #9).

Así, para él, como lo explicaba también en otro lugar, el fascismo es ante todo un fenómeno “que tiene que ver con un cierto tipo de líder, con la respuesta que evoca ese líder y una caja de herramientas de la cual uno puede sacar provecho” y Trump, en sus ojos, “claramente se basa en una caja de herramientas fascista, consciente, medio consciente e inconscientemente”:

Uno puede debatir cuánto importa que su padre estuviera en el Ku Klux Klan y si sabía o no que “Estados Unidos primero” [“*America First*”] se estaba usando [en el pasado] como eslogan fascista cuando lo eligió para su campaña presidencial [véase: abajo]. ¿Quién sabe? Pero ciertamente usa trucos retóricos fascistas –el “nosotros” y “ellos” [en alusión a la famosa distinción en el seno de la política propuesta por el jurista alemán nazi Carl Schmitt]–, los eslóganes rápidos, las manifestaciones. Entonces, déjame tratar de poner esto con cuidado. Creo que es imposible hablar con sensatez sobre el Sr. Trump sin invocar la historia del fascismo. Dicho esto, cuando me presionan, he tratado de usar frases como “ni siquiera un fascista” [“*not-even-fascist*”], lo que significa que creo que él hace algunas pero no todas las cosas que haría un fascista. Creo que son suficientes para derribar una república, pero no incluyen la redistribución y la guerra (Snyder, 2020h).

Así, como él mismo explicaba, su noción de “ni-siquiera-fascismo” (*not-even-fascism*) fue acuñada para referirse a los líderes como Trump y sus políticas que se hacen de herramientas fascistas, pero que “no son fascistas de todo” y para dejar en claro que él “no estaba argumentando que el fascismo de Hitler se estaba recreando hoy” (sic). Según Snyder, por ejemplo el muro que la administración de Trump se proponía a construir a lo largo de la frontera entre Estados Unidos y México era “un gran ejemplo de política fascista”, pero el lema “¡*Construye ese muro!*” (*Build the Wall!*), un “grito tribal”, ha sido “elegido por algoritmos” y que nunca, lo más probable, iba a haber el muro, ya que era una cosa conectada no a la realidad, sino “a un estado de excepción y al servicio de un propósito político”:

Los nazis querían que la gente se manifestara en las calles, los “ni-siquiera-fascistas” quieren que la gente grite en casa frente a las pantallas, en el sofá, alienada. Y mientras Hitler intentaba crear un nuevo imperio en Europa del Este y Rusia Occidental, los “ni-siquiera-fascistas” quieren volver al Estado-nación, mientras que al mismo tiempo mantienen un vínculo con otros líderes autoritarios, sobre todo con Vladimir Putin (Snyder, 2019a).¹⁶⁷

Una “lección” de todo esto, aseguraba Snyder, era que “para prevalecer en la batalla de los valores debemos tener cuidado con la forma en que usamos el lenguaje” y que por eso es tan importante hablar del fascismo, porque su historia “muestra que había mucha gente que no era literalmente fascista pero que se dejaba llevar por un cántico o por unas palabras” (*Ibidem*). Al mismo tiempo, siguiendo su propio juego de palabras y apuntando a “las dificultades de hablar del fascismo hoy” (véase: Snyder et al., 2018), Snyder acuñó otro término: “esquizofascismo” (*schizofascism*) que apareció en su otro libro, *El camino hacia la no libertad*, otro repositorio de “lecciones” y “advertencias” de la historia del autoritarismo del siglo XX, este vez no solo en contra del “totalitarismo de Trump”, sino también respecto al autoritarismo y el “fascismo ruso” de Vladimir Putin (Snyder, 2018a). Según Snyder, el “esquizofascismo” servía para denominar el mecanismo en el que “unas personas que son inequívocamente fascistas se refieren a los demás como fascistas a sus enemigos”, asegurando que esta táctica “seguía la recomendación del mismo Hitler de decir una mentira tan grande y escandalosa que el costo psíquico de resistirse a ella fuera demasiado alto para la mayoría de la gente” (Snyder et al. op. cit.; también Finchelstein apunta a esta estrategia retórica de Trump, señalando que igualmente que la usaba el propio *Führer*, véase: 2024: 22-23).

¹⁶⁶ El ex estratega jefe de la Casa Blanca, Steve Bannon –expulsado por Trump de su equipo poco tiempo después de haber asumido el poder en 2017–, en efecto es conocido por haber abrazado explícitamente las ideas de Julius Evola (1898-1974), el filósofo fascista italiano que apoyó tanto a Mussolini como a Hitler y que en su obra escribió sobre la superioridad del hombre sobre la mujer y de las “castas superiores” (hombres poderosos, espirituales y “arios”) e “inferiores” (esclavos, negros, judíos y mujeres), calificó a los judíos de “virus” y aplaudió las leyes antisemitas de Mussolini de 1938 convirtiéndose con el paso de tiempo en uno de los más influyentes teóricos y principales gurús de los fascistas y de la extrema derecha postguerra (véase: Eco, 1995). Curiosamente, Bannon acabó defenestrado no por su “fascismo” sino por su campaña desde la Casa Blanca a gravar a los ricos para financiar un mega-plan de infraestructura de Trump con lo que los neoliberales Republicanos iniciaron una contra-campaña para ridiculizarlo y socavar su influencia en el presidente llevando finalmente a su despido.

¹⁶⁷ Explicado así como en este pasaje, el término “ni-siquiera-fascismo” responde a muchas coordenadas del “posfascismo” de Enzo Traverso y de Gáspár Miklós Tamás (véase: 2.1.4.), con esta crucial diferencia que estos dos investigadores lo propusieron para dejar de hablar de fascismo respecto a extrema derecha contemporánea que, según ellos, no correspondía a esta descripción, mientras Snyder lo usa para preservar esta etiqueta y seguir hablando de fascismo, a pesar de que, como él mismo aseguraba en algunas ocasiones, los líderes como Trump “no son exactamente fascistas” (sic) (Snyder, 2019a).

Igual que en caso de sus libros anteriores, *El camino hacia no libertad...*, según varios críticos, destacaba por toda una serie de distorsiones históricas. Según uno de los reseñadores, las contenidas allí “advertencias de totalitarismo de Trump” se insertaban perfectamente en el *Zeitgeist* dominante de los miedos de los liberales sobre las “amenazas a la democracia” y tal vez “eran buenos para vender libros”, pero al estar formuladas a base de toda una serie de inexactitudes históricas, “en vez de alarmar al público, alarmaban más bien a otros investigadores e historiadores” (Mikanowski, 2019). Así, uno de los alarmados ha sido nuevamente el citado ya Richard J. Evans, que en su reseña apuntaba que Snyder tratando de, nuevamente, ofrecer las lecciones de los años 30 para los días de hoy, “ni siquiera tenía su historia bien” y escribía con un estilo en el que “una generalización dudosa seguía a la otra, ya que el autor nunca se molestaba en apoyar ninguna de ellas con evidencia seria” (Evans, 2018c). Aun así, el libro en cuestión nuevamente ha tenido un eco considerable, con muchos de los analistas retomando su enfoque como en el caso de la periodista y escritora rusa Masha Gessen que aseguraba que el ejemplo perfecto de “esquizofascismo” era el de Ucrania después de la invasión rusa en 2022, donde “un autócrata [Putin] libra una guerra genocida contra una nación democrática encabezada por un presidente de origen judío [Zelensky] y tilda de ‘nazis’ a las víctimas” (Gessen, 2022; para el análisis de una columna de Gessen, véase: Capítulo 3., texto #13).¹⁶⁸ En este sentido, Snyder ejemplificaba también bien el giro que se dio después de las elecciones perdidas por Trump en 2020, en el que el uso de “fascismo” en el discurso público respecto a los enemigos políticos se fue centrando más bien en Vladimir Putin y en Rusia (Furedi, 2022). A parte de “esquizofascismo”, respecto al régimen ruso –cuyos vínculos con Trump y trumpismo Snyder ha ido señalando desde el principio (Snyder, 2016a) apuntando también a la supuesta “interferencia rusa” en las elecciones estadounidenses con la que, según Snyder, Putin “había ayudado a elegir a Trump” (véase: Snyder, 2018d)–, Snyder, de manera mucho más abierta hablaba del “fascismo ruso” (2022d) que del “fascismo estadounidense”, usando también a menudo acuñado en Ucrania neologismo “ruscismo” [“Rusia” *plus* “fascismo”] y asegurando incluso que “el fascismo ruso tenía que ser derrotado en guerra tal como lo ha sido el fascismo alemán en 1945” (sic) (Snyder en: Baird, 2023).

Finalmente otro punto central de Snyder para ir hablando y/o identificando el “fascismo” en diferentes gobiernos de la extrema derecha contemporánea es la señalada ya previamente cuestión de la “verdad”, cuya, como ya hemos mencionado, relación con la democracia es una cuestión del debate (véase: Riley, 2021a), pero que para Snyder desde su perspectiva liberal parece algo incuestionable y “natural”, el enfoque que constituye una parte importante de su proyecto político ofrecido en forma de “lecciones relevantes para la supervivencia de la democracia” tal como ya lo había expuesto en *Sobre la tiranía*:

Abandonar los hechos es abandonar la libertad. Si nada es cierto, entonces nadie puede criticar el poder, porque no hay base para hacerlo. Si nada es verdad, entonces todo es espectáculo. La billetera más grande paga las luces más cegadoras. Te sometes a la tiranía cuando renuncias a la diferencia entre lo que quieres oír y lo que realmente es. Esta renuncia a la realidad puede parecer natural y placentera, pero el resultado es tu desaparición como individuo y, por lo tanto, el colapso de cualquier sistema político que dependa del individualismo (Snyder, 2017l: 65-66).

Así, según Snyder, “las mentiras de Trump llevan a la tiranía” y a los oprimidos no solo se les quita la historia, sino que se les hace creer que bajo el fascismo “no hay alternativas y que el futuro solo puede imitar el presente” (Snyder, 2017e). Esta posición no solo suprime cualquier sentido de responsabilidad y resistencia, sino que produce lo que Timothy Snyder llama “una especie de sonambulismo y tiene que terminar con un choque” (*Ibidem*). Indagado sobre el tema en otro lugar, Snyder ahondaba estas líneas volviendo a enfatizar que “abandonar los hechos es abandonar la libertad” y que “lo que le hace un individuo a uno es la habilidad “de descubrir lo que está pasando por sí mismo”. “Si abandonamos eso –aseguraba–, uno se abre a un gran sueño y deja de ser libre en cualquier sentido significativo”, mientras para él, “las verdades compartidas” son “la base de nuestra civilización”. “Según los sociólogos –aunque Snyder no decía cuales–, “la creencia en la verdad es lo que hace posible la confianza en la autoridad” (Snyder, 2017c). “Sin confianza, sin respeto por los periodistas, los médicos o los políticos, una sociedad no puede mantenerse unida. Nadie confía en nadie, lo que deja a la sociedad abierta al resentimiento y la propaganda, y por supuesto a los demagogos” (*Ibidem*). Si una comunidad o un país no puede mantenerse unido horizontalmente por medio de una idea de factualidad, según Snyder, “entonces alguien aparece verticalmente con un gran mito, y esa persona gana” (*Ibidem*).

En este sentido llama la atención –pero no extraña dado su conocido afán de culpar a Rusia por la elección de Trump–, que Snyder viera a las *Fake News* como algo “inventado” y “perfeccionado” por Rusia (sic) y solo después “compartido” y “pasado” a Trump (Snyder, 2018b)¹⁶⁹, un reflejo de su análisis acerca de la supuesta interferencia de Rusia en las elecciones

¹⁶⁸ Un ejemplo de este uso podría ser la ocasión en la que Trump, “un fascista”, a finales de mayo de 2024 después de haber salido de la corte neoyorkina que lo condenó por la falsificación de los registros comerciales para pagar el silencio de una estrella porno en medio de la campaña presidencial de 2016, atacó al juez y asegurando que seguirá adelante con su campaña electoral, espetó que “[en Estados Unidos] vivíamos en un Estado fascista” (sic), una figura que se sostendría solamente si Trump efectivamente fuera un fascista.

¹⁶⁹ Contrario a lo que quiere Snyder u otros comentaristas liberales (véase por ejemplo: Milbank, 2016), igual que la mentira en la política, las “*Fake News*” son tan viejos como vieja es la política y la guerra. Uno de los bien documentados y antiguos casos de usar las noticias falsas ubica por ejemplo entre sus precursores al propio prócer estadounidense Benjamin Franklin. Durante la guerra por la independencia en 1782 Franklin elaboró y distribuyó una versión falsa del conocido diario de Boston, *The Independent Chronicle*, donde aseguraba que unos indios pagados por el rey Jorge III les habían quitado el cuero cabelludo a 700 colonos norteamericanos. La nota sostenía que existía una alianza entre los nativos y la Corona británica para hacer abortar la independencia de los Estados Unidos. Franklin distribuyó ejemplares a sus conocidos y muy pronto la noticia falsa fue retomada por los medios reales, algo que puede considerarse como la versión del siglo XVIII de “lo viral” (Parkinson, 2016). Pero el

estadounidenses (la llamada “*Russiagate*”) y su modo de ver básicamente a Donald Trump como “un títere” de Vladimir Putin y “un agente ruso”, una mirada que ha sido criticada duramente por varios otros estudiosos (véase: Pinkham, 2018; Evans, 2018c; Robin, 2018d; Tooze, 2019). En contraste con esto una explicación mucho mejor del auge de las “noticias falsas” las explica, no como “un invento de Rusia”, sino como una reacción del *establishment* político y mediático liberal-conservador a la pérdida de su “monopolio a la mentira”. Como apuntaba Marco D’Eramo –subrayando de paso que la vida, aparición y desaparición de términos como “fascismo” o “*Fake News*” en el discurso público que se caracterizaban más bien por sus “vidas cortas”, es “una cuestión fascinante y a la vez elusiva”– anteriormente el término “*Fake News*” apenas se ha utilizado, pero ya por el 2017 el término “estaba arrasando en los medios”, con comentaristas y analistas culpándolas por casi todos los males de la democracia y con políticos redactando frenéticamente leyes en su contra. Nuevamente en 2020, después de la derrota electoral de Trump, el concepto volvió a desaparecer del discurso público: “No es que el mundo se haya vuelto de repente más veraz –escribía D’Eramo–, pero ahora ‘*Fake News*’ parece haber sido casi borrado de nuestro vocabulario” (D’Eramo, 2020). Esto a la vez, según él, llevaba a una pregunta: “¿Cómo era posible que apenas en 2017 la humanidad se haya enterado de que la política y la guerra se rigen por las mentiras?”. Según D’Eramo había solo una explicación: si, para Weber, el Estado tiene el monopolio del uso legítimo de la fuerza, en el mundo de las comunicaciones, el Estado, o más precisamente el *establishment*, es el que tiene el monopolio a la “mentira legítima” y el derecho a imponerla como verdad. Por lo tanto, podemos suponer que la indignación casi histérica contra las “*Fake News*” fue causada por el temor de los grupos dominantes de haber perdido el monopolio de la “mentira legítima” (*Ibidem*), una reacción, que del mismo modo, es legítimo suponer, había alimentado de modo paralelo también el propio “discurso del ‘fascismo’” (véase: Robin, 2017d). Para D’Eramo, este monopolio se ha ido erosionando desde los primeros años del siglo XXI a causa de la expansión de las redes sociales y fue en 2016, con el Brexit y la elección de Trump, cuando el *establishment* viendo que “triunfaban las mentiras que no eran suyas”, lanzó la campaña contra las “noticias falsas” calculada a restablecer su control, algo que finalmente había logrado a la hora de las elecciones presidenciales estadounidenses de 2020 cuando el término ha podido ser retirado del frente de la batalla comunicacional y entró en una suerte de “hibernación”. “Allí, lo más probable, permanecerá hasta que algún otro mentiroso nuevo pondrá en peligro las mentiras del mentiroso legítimo”, apuntaba D’Eramo (D’Eramo, op. cit.), un análisis que podrá ser comprobado o refutado por el transcurso de la campaña electoral estadounidense en 2024 y la nueva postulación de Trump.

Igual que su genealogía de las “*Fake News*” con la que Snyder pretendía vincular el “fascismo de Trump” con el “fascismo de Putin”, otra fórmula suya, según la cual “la posverdad es el prefascismo” (2017: 71) también resulta debatible. Para Snyder, como ya hemos visto, la idea y la diseminación de los hechos alternativos y del sentimiento de la posfactualidad no solo es comparable “con clima de la década de los 20”, sino que “es una visión muy similar a la premisa central de la visión fascista” (2017f). En un ensayo en *The New York Times* titulado *El abismo americano*, publicado a pocos días de los disturbios en el Capitolio, Snyder invocó a Hannah Arendt para colocar la “gran mentira” (*Big Lie*) de Trump –según la cual él supuestamente había ganado las elecciones presidenciales de 2020 que le fueron “robados”–, en un espectro de las “grandes mentiras” de Hitler según las cuales por ejemplo los judíos controlaban el mundo o sabotearon a Alemania llevando a su derrota en la Primera Guerra Mundial (*Dolchstoßlegende/Dolchstosslegende*) (Snyder, 2021a). Era en este sentido que, para Snyder, “Trump era nuestro presidente de la posverdad que llevaba a Estados Unidos hacia el fascismo”, y que con esto “la posverdad era prefascismo” (*Ibidem*). En otro lugar, explicando nuevamente que el ataque a Capitolio, “una suerte del ‘golpe fascista’”, era algo que él ya había ido advirtiendo “desde hace tiempo” (véase: 2020g), explicaba que, de acuerdo con las líneas de su análisis mencionadas arriba, le gustaba pensar que “hablar de la ‘posverdad como prefascismo’ ayudó a preparar al público estadounidense para el intento de golpe cuando llegó” (2022c). Finalmente subrayando como “la historia del fascismo ha sido importante” para esta predicción, en un tuit enfatizó también que el ataque al Capitolio demostró que su fórmula “la ‘posverdad es prefascismo’ resultó ser verdadera”.¹⁷⁰

Pero al margen de estas auto-reivindicaciones respecto a sus, en esencia, inverificables predicciones en sentido en que ya lo había expuesto Moyn (2020a), vale la pena detenerse y preguntar ¿que realmente quiere decir que la “posverdad es prefascismo”? Primero, la fórmula apunta al ampliamente aceptado por los comentaristas y académicos liberales (Berkovitz, 2017; Finchelstein, 2021a) vínculo entre las mentiras en la política en general y las mentiras totalitarias de las que hablaba Hannah Arendt y el régimen de la posverdad, una interpretación que no obstante resulta debatible (Panovka, 2021). Segundo, la fórmula apunta a describir un momento actual de la política, caracterizado, según Snyder, no solo por el régimen de la posverdad que representa “algo nuevo” en la sociedad estadounidense –nuevamente un análisis debatible ya que la posverdad ya ha sido identificada a principios de los 90 (Tesich, 1992)–, sino también por un clima previo a la “caída” en el fascismo y el establecimiento de la dictadura fascista, análogo al clima de la República de Weimar (de allí el “prefascismo”). Pero, ¿no es que lo que viene habitualmente antes del fascismo, es simplemente democracia? Y si es así, no es decir “posverdad es prefascismo” un equivalente a decir “posverdad es democracia”? Pero si bien esto lógicamente y/o cronológicamente podría ser el caso, al decir esto (“posverdad es democracia”) el objetivo retórico alarmista de Snyder de evocar la amenaza del fascismo *ante portas* no se habría cumplido y hasta ayudaría a naturalizar a la propia posverdad como un producto de la misma democracia (tal como, de hecho, tildándolo como un efecto lamentable e indeseado, lo ha hecho Tesich). Lo que demuestra esto es que el objetivo de Snyder en jugar con los prefijos no es analizar el alcance y el funcionamiento de la posverdad ni del fascismo y/o su relación con la extrema

acontecimiento que vio el verdadero auge de las *Fake News* fue la Primera Guerra Mundial el fenómeno que captó y como uno de los primeros investigadores analizó el propio Marc Bloch (que como soldado había servido en ella), subrayando que si bien muchas de las atrocidades del ejército alemán han sido reales, muchas otras historias, particularmente crueles e impactantes han sido inventadas adrede y publicadas por la prensa de la época para fines propagandísticos (véase: Moyn, Guilhot, 2020a).

¹⁷⁰ Twitter/X, 9 de diciembre de 2022, <https://twitter.com/TimothyDSnyder/status/1601231090274144257>

derecha contemporánea–, sino usar el espectro de este segundo para generar en el público las emociones de rechazo y las memorias vinculados con él, de acuerdo con su particular agenda política. Al igual que los cuasi-conceptos de “ni-siquiera-fascismo” y “esquizofascismo”, la fórmula “posverdad es prefascismo”, es otro caso del uso de prefijos que permite hablar del “fascismo” sin la necesidad historizarlo ni analizarlo. Usarlo de modo laxo, “impresionista”, liberándolo en efecto de su contenido específico y de cualquier referencia teórica e histórica. Al igual que en caso de su figura de la “quema del Reichstag en cámara lenta”, es un afán de convertirlo en un “término libre”, capaz de ser usado en cada contexto y en cada momento. O sea, muy en el espíritu y usando precisamente las mismas herramientas retóricas de la propia posverdad (véase: McComiskey, 2017; De Saint Laurent et al., 2017) que el propio Snyder asegura criticar tanto.

Dicho todo esto –y en espera todavía de evaluar su manejo de “fascismo” en casos concretos–, ya queda claro, en forma de observaciones preliminares, que el modo en el que Snyder acostumbra a usar el término, no está basado en ninguna teoría concreta del fascismo, ni siquiera en una definición particular, destaca por privilegiar e introducir sus variaciones “impresionistas” mediante el uso de prefijos –una práctica criticado puntualmente por ejemplo por Rosenfeld (2019)– y fórmulas igualmente impresionistas como “posverdad es prefascismo” calculadas, muy en tenor del análisis de Mercer (2020) respecto al uso de la historia por Snyder, a evocar solamente el término, no analizarlo y a generar en el público las emociones y las memorias vinculadas con él. En este sentido tenía razón Furedi, al apuntar que el uso del “fascismo” por Snyder se basaba ampliamente en las definiciones ahistóricas como por ejemplo su visión de este como “el triunfo de la voluntad sobre la razón” (véase: Snyder, 2022c), una definición que podría ser aplicada básicamente a cualquier proyecto político basado en el privilegio irracional de la violencia desde la inquisición española hasta el yihadismo moderno. “A diferencia del liberalismo, el socialismo o el comunismo –apuntaba Furedi– el fascismo no era una doctrina o ideología preexistente promovida o puesta en práctica por sus defensores” [como apunta en este tenor por ejemplo Paxton “a diferencia del socialismo, el liberalismo o incluso el conservadurismo, el fascismo llegó al mundo antes de que fuera sólidamente teorizado”, 2004: 16], sino, más bien una que “surgió en respuesta a una crisis política distinta. Incluso entonces, una de sus características más individuales fue su carácter heterogéneo” (Furedi, 2022).

Y finalmente, la última cosa que ofrece un importante contexto para el análisis más adelante: la importancia de tener en cuenta que al presentar sus argumentos sobre el “fascismo” de Trump (o de Putin), Snyder se inscribe y sigue las posiciones teóricas y coordenadas políticas conservadoras del historiador alemán revisionista –en un “mal” sentido de este término (véase: Traverso, 2018b: 110; véase también: Losurdo, 2015: 1-31)– de extrema derecha, Ernst Nolte, que en su momento puso las fundaciones para los estudios del “fascismo genérico” (véase arriba: 2.1.2. y nota de pie 74). Desde los principios de los 80 Nolte argumentó que los crímenes del nazismo, incluido el Holocausto, fueron causados por la “violencia” desatada por la Revolución Bolchevique de 1917 hablando explícitamente de un “nexo causal” entre el bolchevismo y el nazismo, siendo este segundo en efecto, según él, “una mera reacción” al primero. Así, para él, los crímenes del nazismo solo podían entenderse como fruto del “miedo a los actos de aniquilamiento que tuvieron lugar durante la Revolución Bolchevique” y de los cuales, según Nolte, los del nazismo eran apenas “una copia distorsionada” (Nolte, 1993: 14). El enfoque de comparar y confluir al fascismo y al comunismo que básicamente ve a fascismo como una “reacción comprensible a la ‘amenaza bolchevique’” y una “réplica” del comunismo no era para nada propio de Nolte, pero uno del que él se ha vuelto uno de los más sonados representantes a raíz del “debate de los historiadores” (*Historikerstreit*) (para más sobre *Historikerstreit*, véase: 1.1.). Igualmente este modo de ver la historia del siglo XX que mezcla las formas de violencia, represión e “impulsos exterminadores” fascistas y comunistas en términos similares a la propaganda de los principios de la Guerra Fría, es todo un *trend* aparte en la historiografía y un paradigma histórico que fue encabezado también por los historiadores franceses reaccionario como François Furet o Stéphane Courtois (Traverso, 2003: 10-12) y del cual Snyder se ha vuelto uno de los adeptos más recientes y luego más emblemáticos (Finchelstein, 2017: 66), inaugurando en efecto, ya en tiempos del triunfo del “anticomunismo tardío” post-1989, una variación de este *trend* que podría ser denominado como el “neonoltenismo” (Lazare, 2016, 2014a, 2014b).

La principal expresión de este “neonoltenismo” por parte de Snyder y el ejemplo más claro del reciclaje y la rehabilitación de este enfoque –después de que en su momento su versión original acabó criticada por la mayoría de los historiadores de la época después de que Nolte salió derrotado y desacreditado de la *Historikerstreit*, dedicándose después en gran medida a dar conferencias en círculos abiertamente de extrema derecha y neofascistas–, es el mencionado ya libro *Las tierras de sangre* (2010) sobre la “desastrosa interacción” de Hitler y Stalin en Europa Central (véase: arriba), que constituyó también la base para su “capital simbólico” y la generación de sus “lecciones de los años 30 para el presente” (véase: Baird, 2023). Como lo reconoció el mismo Snyder en un epílogo de su nueva edición (2022) preparada con el fin explícito de “ofrecer las lecciones de la historia en el contexto de la guerra en Ucrania”, la “sombra de Nolte se cernía sobre mi proyecto más descriptivo y empírico” (415). Pero si bien afirmar en sí mismo que el fascismo ha representado una “reacción” a la Revolución Bolchevique no ha sido un error *per se* por parte de Nolte –buena parte de los estudiosos marxistas, como ya hemos visto, enmarca al fascismo en una clave de “contrarrevolución” (véase: Mayer, 1971, 1988; Traverso, 2006: 131-143)– lo que diferenciaba su posición y lo que luego retomó también de él Snyder, ha sido avanzar este argumento, muy al contrario de los enfoques marxistas, desde el punto de vista de que este carácter reactivo justificaba al fascismo y al nazismo y los absolvía en efecto de sus crímenes que en esta perspectiva aparecían como “muy entendibles” (Nolte, 2001: 18-19). Así, lo que hacía Nolte era ni más ni menos sino ofrecer una legitimidad académica a lo que iban afirmando los propios fascistas y los nazis presentado por ejemplo la guerra contra la Unión Soviética como una “guerra preventiva”, mientras en realidad se trataba de una conquista imperial/colonial y una “cruzada antisemita y antibolchevique” de carácter paneuropeo (Mayer, 1988). Como bien remarcaba Richard J. Evans –y como ya lo hemos delineado previamente–, la esencia del proyecto intelectual de Nolte, era el afán de rehabilitar, o al menos disculpar, a los alemanes, los nazis, la burguesía y el fascismo en general al retratar las políticas de Hitler como una “reacción defensiva a la amenaza soviética y comunista”. En el marco de esta narrativa la violencia siempre venía desde la izquierda y el nazismo “solamente se pasó un poco de la raya” (Evans, 1989: 29).

Este hilo de argumentación, aunque en forma matizada, queda intacto en *Las tierras de sangre*, donde Snyder relativiza no solo las persecuciones antisemitas de los nazis en la propia Alemania (sic) o donde culpa a los partisanos antifascistas de “provocar la violencia de los nazis en su contra” (sic), sugiriendo que si estos no se hubieran resistido, no habrían sido perseguidos y asesinados (sic), sino minimiza toda una serie de crímenes de los aliados/colaboracionistas fascistas y nacionalistas de los nazis en Europa del Este y en la ex Unión Soviética con el argumento parecido a Nolte que estas atrocidades se daban como una “reacción” a los crímenes comunistas o que simplemente salían reforzados por ellos (véase: Lazare, 2014a, 2014b). Igual que el mismo Nolte que haciendo este argumento dio en efecto las espaldas a sus mucho más sutiles y heurísticamente ricas teorizaciones anteriores sobre el fascismo para abrazar la “tesis totalitaria” –siendo, como bien subraya Kershaw, “fascismo” y “totalitarismo” dos conceptos políticamente irreconciliables ya que el primero se asienta en la incomparabilidad de los de las dictaduras de derecha y de izquierda, mientras el segundo se nutre de paralelismos entre ambos (Kershaw, 2015: 39)–, también Snyder por más que en los años posteriores se presentaba como un estudioso del fascismo, en realidad se suscribía y enmarcaba su análisis en la perspectiva del totalitarismo prolongando en sus libros las perspectivas intelectuales de la Guerra Fría tardía (Tony Judt, Timothy Garton-Ash et al.), para los tiempos del “fin de la historia”. Es justo desde el marco de la “tesis totalitaria” en cuyo centro está la comparabilidad de los regímenes y los crímenes nazis y comunistas –un comparativismo que, según Traverso, “simplemente no se sostiene empíricamente” (2019a: 167)–, que Snyder repetía, ni más ni menos, sino otra afirmación desacreditada de Nolte de que las políticas de asesinatos en masa nazis y soviéticas se influyeron mutuamente ya desde los finales de los 30 cuando los nazis, supuestamente, “tomaron notas” de las purgas de Stalin de 1937, todavía antes de embarcar en cualquier política de asesinatos en masa (Traverso, 2020d: 125-127). De modo muy llamativo, al revindicar su posición de poner a la par la Alemania Nazi y la URSS y afirmar que en esencia la primera solamente “copiaba” a la segunda, Snyder criticó al revisionismo de extrema derecha –o sea, al Nolte et al.– solamente por haber presentado la misma tesis pero “sin conocimiento lingüístico o una base de fuentes”, la debilidad que él, como aseguraba, había superado (Snyder, 2010: 416-417). Con esto admitía en efecto, que su argumento y método histórico amontaba a repetir lo mismo que ya había dicho en los 80 Nolte, pero manejando los idiomas de la región –polaco, ruso, ucranio, etcétera– y añadiéndole las notas de pie (sic). Así, Snyder –tildado a menudo como el “máximo experto en nazismo y en estalinismo” (Milbank, 2020)–, al traer de vuelta las ideas de que el fascismo y el comunismo eran de alguna manera “gemelos”, “enemigos y cómplices al mismo tiempo”, de que el “nazismo ha sido apenas una imitación de estalinismo” y de que “Hitler en realidad solo se inspiraba en Stalin” y de que al final era su colaboración y no la agencia de los nazis que era responsable por las atrocidades en las “tierras de sangre”, se inscribió por sí mismo y dio legitimidad a toda una ola del revisionismo histórico tardío en los Países Bálticos o en Ucrania donde los historiadores y/o publicistas acuñaron y diseminaron por ejemplo las teorías espurias como la de “dos genocidios” (“uno comunista y otro nazi”), una narrativa que en práctica ofreció una académicamente fundada base para el blanqueamiento de las fuerzas fascistas y colaboracionistas en estos países durante la Segunda Guerra Mundial (ya que “solamente se defendían del comunismo”). El proceso en el que el revisionismo histórico neonoltenista de Snyder –siendo *Las tierras de sangre* un gran éxito de ventas en todos estos países–, ha tenido un papel central (Lazare, 2016). De este modo, al considerar la participación de los actores locales como una simple colaboración “defensiva” u oportunista con los ocupantes y dejando de lado por completo su agencia y sus motivaciones ideológicas endógenas –siendo la “tesis totalitaria” incapaz de comprender las tendencias endógenas del autoritarismo en Europa Central y enfocada en culpar todo exclusivamente a la influencia de los regímenes venidos desde afuera (nazi y/o comunista)–, lo que hacía en efecto Snyder era más bien demostrar las limitaciones heurísticas de su enfoque y su insostenibilidad. Y exponer claramente una brecha entre el blanqueamiento de las fuerzas fascistas históricas reales en unas partes del mundo (Ucrania, Países Bálticos) y sus afanes y toda una “misión” de denunciar su, supuesto, renacimiento y regreso en otras (Estados Unidos, Rusia).

2.6. ¿“Fascismo estadounidense”?

“¿Posee Estados Unidos su propia ideología y tradición fascista?”, preguntaban los historiadores estadounidenses Gavriel D. Rosenfeld y Janet Ward, coordinadores de un libro *El fascismo en América. Pasado y presente* (2023), en la introducción a este tomo que buscaba explícitamente arrojar una luz nueva sobre esta cuestión en contexto del “debate sobre el fascismo”. Y en caso de que sí, ¿se puede considerar que tiene orígenes nacionales o extranjeros, o ambos?, escribían (Rosenfeld, Ward, 2023: 17) y seguían interrogando si el fascismo estadounidense se entendía mejor pensándolo dentro de la tradición fascista “clásica” de entreguerras (1918-1945), o si tenía una trayectoria temporal propia y diferente, si las anatomías y actividades de los grupos de extrema derecha estadounidenses se entendían mejor dentro o fuera de la tradición fascista transnacional¹⁷¹ y en qué medida el concepto de “fascismo” era esencial o periférico para la experiencia histórica estadounidense y, finalmente, ¿qué tan grave era la amenaza que representaba hoy en día el “fascismo estadounidense”? (*Ibidem*). Como admitían los propios autores citados –que por su parte argumentaban claramente a favor de la existencia de una tradición particular del fascismo estadounidense– uno de los principales obstáculos para historizar e incluso hablar de la existencia de tal fenómeno, era la relativa ausencia de literatura académica sobre el tema y la falta de consciencia de la mayoría de los estadounidenses respecto a este, poco estudiado, pasado (15). Así, para Rosenfeld y Ward –con Rosenfeld siguiendo el hilo de este argumento en su propio ensayo dedicado a las cuestiones de la representación del fascismo en la cultura estadounidense y la historia alternativa (Rosenfeld en: Rosenfeld, Ward, 2023: 313-351)–, la mayoría de los estadounidenses todavía tiende a relegar la idea del “fascismo estadounidense” a una trama de una novela como por ejemplo *La conjura contra América* de Philip Roth o una serie de televisión como *El hombre en el*

¹⁷¹ Para el paradigma transnacional del fascismo, véase: 2.1.2. y 2.1.3.

castillo.¹⁷² “Pero eso es muy inexacto”, subrayaban: si bien hasta hace poco, la perspectiva del fascismo en Estados Unidos habría sido considerada por el público estadounidense en general como extremadamente irreal, seguían los autores de la introducción citada, dado que la mayoría de los estadounidenses tradicionalmente perciben el fascismo como “una antítesis de todo lo que Estados Unidos representa”, algo cambió sustancialmente con la presidencia de Trump y el tema se empezó a discutir de otra manera (Rosenfeld, Ward, 2023: 5). “La verdad es que no hay nada ficticio sobre el fascismo en Estados Unidos”, anotaban Rosenfeld y Ward y apuntaban a los ensayos en su compilación que pretenden demostrar como las ideas y las organizaciones fascistas se afianzaron en Estados Unidos a principios del siglo XX, con el surgimiento de las leyes *Jim Crow* en el Sur¹⁷³, el aumento de la xenofobia, el resurgimiento del Ku Klux Klan (KKK) y el auge de algunos grupos fascistas y pronazis como por ejemplo la Legión de Plata (*Silver Legion*) en la época de la Gran Depresión (*Ibidem*).

Según Rosenfeld y Ward son precisamente estas desventajas de hablar sobre el fascismo en Estados Unidos –junto incluso con el cambio que se dio en los últimos años– que explican, al menos en parte, de por qué muchos comentaristas, analistas e historiadores, siguen en desacuerdo sobre la utilidad de establecer analogías entre la era nazi y las tendencias políticas de la extrema derecha actual y de por qué, para empezar, irrumpió el “debate sobre el fascismo” en el marco del cual la división entre los que reconocen la existencia de una tradición e historia distinta del “fascismo estadounidense” y los que no ven nada particular en ella e incluso mantienen que las particularidades de la historia de Estados Unidos previnieron que el fascismo echara raíces en este país corre, *grosso modo*, según las mismas líneas de división entre los “alarmistas” y los “escépticos” que el propio Rosenfeld había identificado en otro lugar (Rosenfeld, 2019). Así, los “alarmistas”, han sido los que a menudo alertaban por ejemplo que “eso” (el fascismo) “puede suceder aquí” (en Estados Unidos), parafraseando así el famoso título de una conocida –y a menudo traída a colación por los propios comparatistas de Trump al fascismo– novela de Sinclair Lewis sobre la amenaza fascista en Estados Unidos de los años 30, *Esto no puede pasar aquí* (“*It can’t happen here*”, 1935)¹⁷⁴ o apuntaban a la figura de

¹⁷² La trama de la novela *La conjura contra América* (“*The Plot Against America*”, 2004) de Philip Roth cuenta la historia alternativa de una familia judía de los suburbios de New Jersey –como la del propio Roth–, afectada por la derrota de FDR en las elecciones presidenciales de 1940 y la victoria de Lindbergh, el candidato del Partido Republicano que, fiel a sus simpatías nazis e inclinaciones aislacionistas, firma un tratado de no agresión con Hitler prometiendo que Estados Unidos no interferirá con la expansión alemana en Europa y otro tratado similar con el Japón imperial antes de embarcarse en un programa interno de asimilación forzada de los judíos. Sólo cuando el popular presentador de radio Walter Winchell anuncia que se presentará contra Lindbergh para la presidencia y es asesinado a tiros en un acto de campaña, el país entra en razón y expulsa a Lindbergh (que en la vida real, aparentemente, no ha tenido ningunas ambiciones presidenciales). Esto y otras supuestas analogías entre Lindbergh y Trump y acusado a menudo de ser un “aislacionista afín a Lindbergh” (véase: Churchwell, 2020a, 2020b; Steigmann-Gall, 2017, 2016a, 2016b), propició a algunos comentaristas a asegurar que “Roth predijo a Trump” o que “Trump había realizado el sueño pronazi de Lindbergh” (véase: Müller, 2020). Aun así, cuando la novela de Roth apareció en 2004, su historia se entendía como una crítica indirecta de las tendencias autoritarias de la administración George W. Bush y la restricción de las libertades civiles en el mundo post-9/11 e incluso sus “tendencias fascistas” (para este punto véase: Wolin, 2003a, 2003b), mientras que la serie de HBO basada en la dicha novela y lanzada en 2020, en cambio, ya fue ampliamente entendida como una crítica de Trump y su “administración fascista”, a pesar de que el propio escritor que murió en 2018 y todavía presenció la presidencia de Trump había negado que en su caso se tratase del “fascismo”, más bien, según Roth, Trump era un tipo de fanfarrón, charlatán, estafador y narcisista del que estaba lleva la historia estadounidense y sus propias novelas; de modo paralelo, otra serie, *El hombre en el castillo* (“*The Man in the High Castle*”, 2015-2019) basada en la novela de Philip K. Dick de 1962 que ofrecía otra historia alternativa fascista en la que Estados Unidos pierde la guerra y acaba dividido en dos zonas de ocupación: una alemana y otra japonesa, igualmente se insertaba en este clima político y cultural marcado por el “fascismo trumpista” (véase: Rosenfeld, en: Rosenfeld, Ward, 2023: 315).

¹⁷³ Las leyes estatales y locales de *Jim Crow* –el nombre derivado de un personaje caricaturesco que se había convertido en una generalizada expresión peyorativa para un “negro” en Estados Unidos–, una serie de leyes promulgadas por las legislaturas estatales blancas en el sur del país en la época posterior a Guerra Civil y durante la época de llamada Reconstrucción (1876-1965), fueron un régimen *de iure* que impuso la supremacía blanca en aquellas regiones y que propugnaba la segregación racial en todas las instalaciones públicas y negaba a los afroestadounidenses –y otras personas de “color”– el acceso a las urnas, así como a las iguales oportunidades educativas y profesionales. En práctica el régimen de *Jim Crow* fue un estado de partido único que utilizó la violencia política, tanto sancionada por el Estado como la extralegal por medio de las organizaciones supremacistas blancas como el Ku Klux Klan (KKK), para reprimir los movimientos por la igualdad de los negros. Inicialmente en los estados donde se impuso *Jim Crow* en la época de la Reconstrucción, los políticos que lo defendían eran miembros y representantes del Partido Demócrata que a finales de los años 90 del siglo XIX se vieron amenazados por el auge del movimiento populista en Estados Unidos, que junto con el Partido Republicano, mucho más progresivo (sic) en aquel momento, promovían una “democracia biracial”. Cuando los líderes nacionales del Partido Demócrata abrazaron el movimiento por los derechos civiles en los años 60, los partidarios de *Jim Crow* se pasaron al Partido Republicano.

¹⁷⁴ Sinclair Lewis (1885-1951), fue un celebre novelista del periodo de entreguerras y el primer escritor estadounidense en recibir el Premio Nobel de Literatura en 1930 (siendo igualmente el primer laureado de las Américas). Lewis siguió con atención el auge del autoritarismo y del totalitarismo en Europa, informado de ello, entre otros, por su esposa, una periodista y corresponsal extranjera en Europa, Dorothy Thompson. En *Esto no puede pasar aquí* (1935), Lewis cuenta la historia de un tal Buzz Windrip, un senador populista y demagogo que le gana a Roosevelt la presidencia en 1936 y lleva a Estados Unidos al fascismo. La figura de Windrip ha sido modelada tanto en Huey Long –un conocido político demagogo Demócrata, gobernador de Luisiana y senador, a menudo acusado de ser “fascista” (véase: Churchwell, 2018b)– como en Benito Mussolini. Después de haber cobrado

Charles Lindbergh, el famoso aviador y primer hombre que había cruzado en avión el océano Atlántico sin escalas, una gran celebridad estadounidense del periodo de entreguerras, conocido también por sus simpatías pronazis y cercanía con los dirigentes del Tercer Reich y vocero de un movimiento *America First Committee* (AFC), que mejor en sus ojos representaba la amenaza fascistas en Estados Unidos. Lindbergh, como muchos de su época, creía en la eugénica, estaba preocupado por la “dilución de sangre estadounidense por las razas foráneas” y era un arduo antisemita, al igual que por ejemplo su amigo cercano y otro judeófobo, Henry Ford que igual que él creía que Estados Unidos “tenía un problema judío” y denunciaba el *New Deal* (“Nuevo Trato”) de Franklin D. Roosevelt como “*Jew Deal*” (“trato judío”). Lindbergh también era un aislacionista y como vocero de AFC abogaba a que Estados Unidos se mantuviera fuera de la guerra en Europa que no era de ningún interés para los estadounidenses (para más sobre Lindbergh y su movimiento, véase: Specter, Venkatasubramanian, en: Rosenfeld, Ward, 2023: 117-124). Por otro lado, muchos de los “escépticos”, subrayan que Estados Unidos, dadas las marcadas diferencias en desarrollo histórico y político, carece de una distintiva tradición del fascismo autóctono (Mazower, 2024), por lo que hablar del “fascismo estadounidense” carece de una base histórica. En cambio han preferido buscar los orígenes de las tendencias de la extrema derecha contemporánea en Estados Unidos como Trump y trumpismo en la tradición del populismo estadounidense de finales del siglo XIX o los demagogos del siglo XX como Huey Long, Joseph McCarthy, Barry Goldwater, George Wallace o Pat Buchanan. (Rosenfeld, Ward, 2023: 7-12).¹⁷⁵

Si bien la explicación de Rosenfeld y Ward por el relativo desconocimiento de la historia del fascismo en Estados Unidos para algunos puede resultar satisfactoria, deja no obstante varios interrogantes. Si, como subrayaba por su parte por ejemplo Richard J. Evans, uno de los más eminentes historiadores del nazismo que se opone a las comparaciones entre la época de entreguerras y los tiempos de hoy, “la mayoría de los verdaderos expertos en el fascismo europeo estaban de acuerdo en que Trump no era un fascista” (2021b), es posible asumir, en el espíritu de la explicación de Rosenfeld y Ward, que estos estudiosos tal vez estaban emitiendo este juicio sin tener un conocimiento suficiente de la historia de Estados Unidos y su propia tradición del fascismo autóctono (al igual que buena parte del propio público en Estados Unidos y los académicos de allá). Pero si es así, ¿cómo explicar que uno de los máximos expertos en fascismo el historiador estadounidense Robert O. Paxton que conoce bien la propia historia de Estados Unidos y su extremismo político y que en algunos de sus escritos ha estado describiendo por ejemplo a Ku Klux Klan (KKK) como “una suerte protofascismo” (véase: Paxton, 2004: 201), por años se negaba a comparar a Trump y trumpismo con el fascismo (véase: 2.1.2.) y en ningún momento apuntó a ninguna tradición particular de “fascismo estadounidense”? ¿Y cómo explicar que cuando finalmente lo hizo: argumentar que Trump es “efectivamente un fascista” en una conocida columna escrita después del ataque al Capitolio (Paxton, 2021) –para el análisis de este texto, véase: Capítulo 3., texto #20–, tampoco habló de ninguna tradición de “fascismo estadounidense” como una explicación o un punto de referencia, sino para apoyar su *volte face* apuntó a una analogía con la historia de Francia del periodo de entreguerras? Finalmente no deja de parecer extraño que Rosenfeld después de haber criticado la propia noción del “fascismo estadounidense” por “poco rigurosa” y “demasiado amplia” (2019), proponer luego, después de ataque al Capitolio, las nociones del “fascismo situacional” y el “fascismo oportunista” para hablar de Trump (Rosenfeld, 2021a) y concluir poco después que todo el marco del fascismo “resulta muy poco confiable (*dependable*)” como una categoría analítica por lo que no era mala idea de “dejarlo de lado por completo” (sic) (2021b), finalmente olvidaba de ambas nociones y de sus propias críticas y consejos para emerger finalmente como uno de los principales partidarios del “fascismo estadounidense” (Rosenfeld, Ward, 2023: 1-42). ¿Cómo era posible esto? Desde luego no hay nada malo en cambiar la opinión –allí está el mismo Paxton–, pero siempre cuando estos giros quedan reconocidos y explicados. Analizar con más detalle los argumentos de los principales proponentes, aparte de Rosenfeld y Ward, de la tesis de la existencia del “fascismo estadounidense” como Richard Steigmann-Gall, Sarah Churchwell o Alberto Toscano, podría ayudarnos a entender mejor estos giros y determinar la misma pertinencia del término “fascismo estadounidense”, con vistas luego de pasar al propio análisis de las columnas de la selección de las que algunas aluden precisamente a esta tradición o a algunos aspectos particulares de la historia estadounidense para hablar del “fascismo de Trump” (véase por ejemplo: Stanley, 2021a; para el análisis de esta columna, véase: Capítulo 3., texto #19).

Uno de los principales estudiosos determinados a hablar del “fascismo estadounidense” y reincorporar esta categoría para el estudio de la historia entreguerras y del presente estadounidense es el historiador Richard Steigmann-Gall, profesor de la Universidad Estatal de Kent (Ohio) y autor, entre otros, de *El santo Reich* (2004), un libro que explora las concepciones religiosas del nazismo. Desde 2016, Steigmann-Gall ha dedicado una atención especial a debatir las conexiones entre el trumpismo y el fascismo demostrando que, según él – una observación en sintonía con las observaciones de Rosenfeld y Ward–, la historiografía estadounidense ignoró de manera infundada el término en cuestión como una categoría de análisis. Y, para llenar esta laguna, planteó la necesidad de su incorporación “para el mejor entendimiento de la historia estadounidense en términos transnacionales y comparativos, como parte de una historia global más amplia de la política de entreguerras” (Steigmann-Gall, 2017b). Así, por ejemplo en un sonado texto *El fascismo de barras y estrellas*, Steigmann-Gall se proponía a ofrecer, en sus propias palabras

cierto eco, la novela cayó en olvido solo para reaparecer de vez en cuando (véase: Kuklick, 2022: 45-46) y para finalmente hacer un fuerte eco durante la presidencia de Trump volviéndose una referencia frecuente de los “alarmistas” (véase: Goodman, 2016; Feldman, 2020, para el análisis de estos textos véase: Capítulo 3., textos #4, y #14).

¹⁷⁵ De este grupo particularmente Wallace quien en su quijotesca campaña de 1968 –frente a Richard Nixon y Howard Humphrey– instrumentalizó de manera muy exitosa la retórica del resentimiento de la clase trabajadora blanca y sus enemigos (liberales, hippies, estudiantes, personas que reciben asistencia social, etcétera), podría ser vista como un modelo para toda la derecha estadounidense –con Nixon emulándola posteriormente en su “estrategia sureña” (*southern strategy*)– y de la cual las estrategias electorales de Trump podrían ser los ejemplos más recientes.

un análisis propedéutico de la erudición existente, uno que no analiza una tendencia reciente en la historiografía estadounidense sino que sugiere una nueva, a través de una lectura textual de la erudición histórica sobre el extremismo político estadounidense y una lectura paralela de la erudición del fascismo comparativo de contextos no estadounidenses, enfatizando la utilidad de un enfoque comparativo (*Ibidem*).

Al aplicar el “fascismo” como una categoría de análisis al contexto histórico estadounidense, algo que según él, “ha sido pasado por alto durante mucho tiempo”, salvo como parte de particularidades identitarias de inmigrantes germano-estadounidenses o italo-estadounidenses, o sea, “una importación desde afuera” sin conexión alguna con “el alma estadounidense” ni grandes potencialidades en el contexto político del país (para este punto, véase por ejemplo: Kuklick, 2022: 21 y más adelante), Steigmann-Gall concluye que en el periodo de entreguerras sí hubo un “fascismo ‘nativo’” y uno “totalmente estadounidense” (Steigmann-Gall, 2017b). Uno que finalmente fracasó, pero que aun así representaba una fuerza y una amenaza “real” en la política y la sociedad estadounidense en forma de agrupaciones como *American Legion*, *German-American Bund* y el mismo Ku Klux Klan (KKK) y una tradición que, según él, “estaba muy profunda, pero nunca ha sido propiamente analizada” (*Ibidem*; véase también: Steigmann-Gall en: Riley et al., 2015 y Steigmann-Gall, 2016a, 2016b, 2017a y 2023). Según Steigmann-Gall la misma matriz de creencias y comportamientos que se describiría como “fascista” en un contexto histórico europeo, en el contexto estadounidense se denomina habitualmente, según él, incorrectamente, como “nativista”, “supremacista blanca”, “vigilante” o simplemente “extrema derecha”, y que si bien existe un corpus de literatura que analiza ciertos personajes de la política estadounidense en clave “fascista”, como por ejemplo William Dudley Peley, el fundador de la Legión Americana (*American Legion*) y las Camisas Plateadas (*Silver Shirts*) –para más detalle sobre la historia de Dudley Peley, su retórica antisemita y sus “impulsos genocidas”, véase: Steigmann-Gall, en: Rosenfeld, Ward, 2023: 198-220– esto ocurre siempre “en separación con otros desarrollos políticos” (Steigmann-Gall, 2017b). No obstante, según Steigmann-Gall, los grupos que practicaban la violencia racial durante los años de entreguerras en Estados Unidos con el objetivo explícito de mantener a la nación “cien por ciento estadounidense”, no solo se entienden adecuadamente como parte de la propia política estadounidense, sino también como agrupaciones *tout court* fascistas. Como recuerda Steigmann-Gall, más de 100 de estos grupos fueron identificados a principios de la década de 30 por la Unión Estadounidense de Libertades Civiles, la mayoría de los cuales imitaban a los movimientos europeos de “camisas de colores”, de modo que en 1934 en Estados Unidos había las Camisas Plateadas, las Camisas Blancas, las Camisas Caquí, las Camisas Grises y muchos otros. Estas y otras agrupaciones como Defensores de la Fe Cristiana o el Frente Cristiano mantenían también un perfil cristiano-militante y nacionalista-agresivo, declarando su odio por los elementos e ideas “extranjeros”, incluyendo no solo otras religiones (principalmente el judaísmo) y otras razas, sino también el liberalismo, el socialismo y el comunismo, muchas de las características propias al fascismo europeo de entreguerras (*Ibidem*). A pesar de esto los movimientos que por lo general en la literatura estadounidense casi siempre son analizados como partes de una “derecha radical”, “levantamiento populista” o “extrema derecha”, nunca como “fascistas”, deberían ser, según Steigmann-Gall, calificadas precisamente así y hay varios importantes antecedentes que lo confirman. Para Steigmann-Gall, el llamado, y bastante olvidado, “Complot empresarial” a muchos parecía en su momento como un intento de toma de poder fascista en Estados Unidos. Aunque el complot en sí mismo carecía de una base social perceptible y no culminó en violencia callejera, y de hecho, al ser filtrado por un alto oficial de los Marines, el general Smedley Butler, a quien los complotistas pidieron que lo liderara, se desvaneció antes de que pudiera comenzar, estuvo más cerca de la realización que cualquier otro intento de este tipo antes y después¹⁷⁶ (Steigmann-Gall, 2017b). Igualmente el *Tea Party*, el movimiento político estadounidense de derecha que surgió en respuesta a la presidencia de Barack Obama, centrado en una política fiscalmente conservadora y definido por el “constitucionalismo” y “originalismo”, o sea, la vuelta a los “orígenes filosófico-constitucionales de Estados Unidos”, junto con su narrativa del declive nacional y degeneración y arruinamiento de la “Gran América” por su clase política, constituía un precedente proto-fascista para el fascismo de Trump (Steigmann-Gall, 2016a). Así, el fascismo en Estados Unidos, según Steigmann-Gall, no fue simplemente una importación extranjera o una “moda pasajera” instaurada por ciertos individuos chiflados”, sino todo un movimiento que tenía sus raíces profundas en la tradición política estadounidense, en particular en el populismo agrario, el Crédito Social (*Social Credit*) y el llamado movimiento Plata Libre (*Free Silver Movement*) (Steigmann-Gall en: Rosenfeld, Ward, 2023: 214).

Según Steigmann-Gall, algunos estudiosos de la historia estadounidense desconfían de la idea de que Trump o el trumpismo puedan ser “fascistas”, debido a la presunción que el fascismo es, a falta de una palabra mejor, “extranjero”. Según

¹⁷⁶ Frente a este olvido, de modo sintomático para todo el clima cultural y político en la era de Trump y post-Trump y en consonancia con la aparición de las mencionadas arriba series de televisión *La conjura contra América* y *El hombre en el castillo*, la historia del Complot Empresarial ha sido el tema de la película *Amsterdam* (2022) que aludía a ella, aunque con notables e igualmente sintomáticas distorsiones, que según algunos analistas “blanqueaban la historia del fascismo estadounidense”. Según Jonathan M. Katz, el historiador y periodista estadounidense cuyo libro *Los gánsteres del capitalismo: Smedley Butler, los marines, y el hacer y deshacer del imperio estadounidense* (2022a) cuenta también la historia del dicho golpe frustrado, la película “tenía solo un 10% de precisión histórica” y mezclaba los acontecimientos de modo caótico –poniendo por ejemplo de opositores del protagonista que aludía, bajo otro nombre, a Butler a los nazis estadounidenses del Bund que cobraron resonancia solo cinco años después–, y “confundía todo con todo”, sugiriendo también que los complotistas estaban influenciados por los nazis alemanes, o sea, que tenían “alguna siniestra influencia externa extranjera” y que el golpe como tal no podía ser “hecho en casa” ni tener propias “características fascistas estadounidenses”, cuando lo contrario era la verdad (Katz en: Zemler, 2022; véase también: Katz, 2022c).

ellos, etiquetar la política estadounidense como “fascista” sería en este caso sugerir de alguna manera que este llegó “desde afuera” como una especie de impostor “que no pertenece a la historia política nativa”. Un buen ejemplo de un desarrollo histórico así han sido en efecto el Bund Germano-Estadounidense y su sucesor, el Partido Nazi Estadounidense, que a finales de los 30, han estado imitando extravagantemente al nazismo alemán en vestimenta y ceremonia pública. Esto es justamente, lo que, según Steigmann-Gall, viene a la mente cuando la mayoría de los comentaristas piensan en el fascismo en Estados Unidos. “Sin embargo, medir el trumpismo por su apariencia externa, ya sea que tenga brazaletes, botas altas y ceremonias públicas, es ignorar qué tipo de futuro político quieren los seguidores de Trump y qué tipo de sociedad creen que están defendiendo”, anotaba Steigmann-Gall (2016c). También es anacrónico, al sugerir que debido a que los partidarios de Trump no se visten como soldados de asalto, no es posible que sean fascistas, añadía (*Ibidem*). Para Steigmann-Gall, no obstante, es un error pensar que llamar a Trump fascista de alguna manera “lo coloca fuera de la narrativa de la historia estadounidense”:

La izquierda tiene toda la razón al insistir en que se entienda a Trump como una iteración de ciertas tradiciones en esa historia, en lugar de una aberración o un impostor. Cuando los observadores llaman a Trump “fascista” para denunciarlo como electoralmente inaceptable, dan crédito a la opinión de que, de alguna manera, su política es “antiestadounidense”. Los académicos de izquierda, al ir en contra de ese argumento, nos recuerdan los peligros del “pánico Pardo” (*Brown Scare*) de entreguerras, que sugería que cualquier fascismo en Estados Unidos solo podía ser importado por “inmigrantes traidores”. Las imágenes del Bund Germano-Estadounidense de la década de los 30, reunido en Times Square [en Nueva York] con representaciones de George Washington y Adolf Hitler grotescamente uno al lado del otro, refuerzan esta visión de la “extranjería” esencial del fascismo a la tradición estadounidense. El juicio de la “Gran Sedición”, llevado a cabo cerca del final de la Segunda Guerra Mundial, en realidad buscaba demostrar que las personalidades demagógicas de extrema derecha de Estados Unidos, entre ellas William Dudley Pelley y Lawrence Dennis, eran agentes de gobiernos enemigos. Al protestar por el uso de “fascista” para describir a Trump, la izquierda argumenta en contra de la sugerencia de que simplemente “volvamos a nosotros mismos” para ver cuán peligroso es Trump. Tienen razón al señalar que segregar a la extrema derecha de la corriente principal de la política estadounidense de esta manera solo oscurece los orígenes de la popularidad de Trump (*Ibidem*).

Así, la siguiente razón, según Steigmann-Gall, por la negativa de hablar del “fascismo estadounidense” en Estados Unidos, sobre todo desde la opinión pública, es el “sobreuso” del término como parte de la propaganda del “Pánico Pardo” (“*Brown Scare*”) en los años 30, con lo que el “fascismo”, pasó a ser un “término de abuso”. Otra razón para explicar esta negativa, ya más desde la academia, es, según Steigmann-Gall, que el concepto “genérico” del fascismo por definición aparece “intrínsecamente no-estadounidense” (Steigmann-Gall, 2017b). Para la mayoría de los estudiosos americanistas, como apuntaba este autor, el mismo término “fascista” parece connotar movimientos organizativamente centralistas que absorben a los descontentos entre una derecha cada vez más radicalizada y belicosa; estos movimientos de derecha radical son comúnmente considerados como incipientes e intrascendentes, poco más que destellos en el radar político estadounidense, o una maleza que nunca se extendió más allá de los rincones más oscuros de la sociedad estadounidense. A contrapelo de este análisis, Steigmann-Gall propone ver estos movimientos precisamente como “fascistas”. Para ello, adopta el modelo de Robert O. Paxton y sus “cinco fases del fascismo” que trata al fascismo como el “proceso” y estudia su evolución dentro de un contexto y particularidades dadas (véase: 2.1.2.). Como subraya Steigmann-Gall la ventaja de estudiar el fascismo estadounidense a través del modelo de Paxton reside en su señalamiento que el fascismo fuera de Europa no necesita simplemente imitar los arquetipos europeos externos para contar como “fascista” y que el fascismo en países no-europeos tiene, por definición, “raíces autóctonas” en lo que, de hecho, radica su fuerza y la viabilidad política: el fascismo para ser exitoso siempre tiene que parecer autóctono, anotaba Paxton (y recordaba Steigmann-Gall). Esto significa que los partidos fascistas de apariencia extranjera en los Estados Unidos nunca podrían tener éxito:

(...) el lenguaje y los símbolos de un fascismo estadounidense auténtico tendrían que ser tan familiares y tranquilizadores para los estadounidenses leales como el lenguaje y los símbolos de los fascismos originales fueron familiares y tranquilizadores para muchos italianos y alemanes (...) Hitler y Mussolini, después de todo, no estaban intentando de parecer exóticos a sus conciudadanos (Paxton, 2004: 202).

Así, según Steigmann-Gall desarrollando las premisas de Paxton, en lugar de esvásticas y fascas, el fascismo estadounidense “autóctono” luciría Old Glory o la bandera de batalla de la Confederación; en lugar de una fe pagana recrudesciente, los fascistas estadounidenses pedirían la regeneración de la fe cristiana, preferiblemente protestante; hablarían de la herencia estadounidense y de los valores estadounidenses; en su desprecio por los plutócratas, los extranjeros, el radicalismo obrero y el parlamentarismo vacilante, serían reconocibles como “pastel de manzana” (Steigmann-Gall, 2017b). Como ya hemos visto (2.1.2.), Paxton, en su análisis comparativo en *Anatomía del fascismo*, no solo sugería que Ku Klux Klan (KKK) encajaba en el molde de un grupo fascista, sino que en realidad “podría constituir el primer movimiento fascista en el mundo”, tanto debido a su nacionalismo extremo, compromiso con la violencia asesina o afición por los uniformes, como a su capacidad para constituir una “autoridad cívica alternativa” que defendió los intereses “legítimos” de su comunidad frente a un Estado que consideraba ilegítimo y fallido:

[El primer Klan era] una autoridad cívica alternativa, paralela al estado legal, que, a los ojos de los fundadores del KKK ya no defendía los intereses legítimos de su comunidad. Al adoptar un uniforme (túnica blanca y capucha), así como por sus técnicas de intimidación y su convicción de que la violencia estaba justificada en la causa del destino de su

grupo, podría decirse que la primera versión del Klan en el derrotado sur de Estados Unidos fue un avance notable de la forma en que los movimientos fascistas iban a funcionar en la Europa de entreguerras (Paxton, 2004: 41).¹⁷⁷

El fascismo, en otras palabras, bien subrayaba Steigmann-Gall en su lectura de Paxton, siempre mantiene una tradición normativa y siempre entona un tipo particular de continuidad de la pasada grandeza nacional propia. Nunca es una imposición desde afuera en el sentido de que es una “traición” o un “movimiento impostor”. “En el poder, el cambio forjado por los fascistas históricos siempre fue gradual e incremental. Debajo de nuestra estupefacta incredulidad ante las constantes transgresiones de Trump, la súplica de que luchemos contra este corruptor de los valores estadounidenses, debemos reconocer la forma en que permanece reconociblemente “estrellado” [*star-spangled*]” (Steigmann-Gall, 2016c). Si bien esta lectura de Paxton por parte de Steigmann-Gall parece bastante correcta, presenta también varios puntos ambiguos. Primero –si bien el mismo Paxton no proviene de la escuela del “fascismo genérico” que Steigmann-Gall culpa por invisibilizar el “fascismo estadounidense”, sino sus teorizaciones han sido pensadas como una alternativa a la “esterilidad” de este enfoque (véase: Capítulo 2., 2.1.2.)–, siendo uno de los máximos expertos estadounidenses en fascismo, a parte de las referencias pasajeras a KKK como una suerte de “fascismo antes del fascismo”, Paxton nunca habló ni escribió del “fascismo estadounidense” (sic). Segundo, a base de su propio aparato teórico y con las mismas referencias resumidas por Steigmann-Gall, Paxton por cuatro años del gobierno de Trump mantenía que Trump no era un fascista y que no había comparación alguna entre él y el fascismo histórico y cambió de idea solo después del ataque al Capitolio el 6 de enero de 2021. Y tercero, para apoyar su cambio de posición y comprar finalmente a Trump con el fascismo –como ya se ha mencionado arriba–, citó no la propia historia de Estados Unidos ni ninguna referencia del pasado del “fascismo estadounidense”, sino un acontecimiento de la historia de Francia cuando unos grupúsculos de la extrema derecha francesa atacaron al parlamento, un evento que curiosamente traía a colación también el mismo Steigmann-Gall en su propio ensayo cuatro años antes (Steigmann-Gall, 2017b; para el análisis de la columna de Paxton, véase: Capítulo 3., texto #20).

Otra notable excepción en el modo dominante de mirar a la historia del extremismo estadounidense solamente en términos “nativistas”, en ojos de Steigmann-Gall –pero que como veremos igualmente representa un caso ambiguo– ha sido Leo Ribuffo, un investigador e historiador estadounidense que en sus análisis dejó ver las personalidades de los extremistas políticos estadounidenses más allá de los clichés de las “personalidades autoritarias” (Adorno) y “estilos paranoicos” (Hofstadter), subrayando que su racismo, antisemitismo, antiliberalismo y antiizquierdismo general no eran “aberrantes” o “importados” sino representaban “valores que han circulado durante mucho tiempo en la sociedad estadounidense” proponiendo a la vez ver el fermento político de los años 30 en conjunto con la movilización populista en Estados Unidos a finales del siglo XIX (Steigmann-Gall, 2017b). Todos estos valores, aseguraba Steigmann-Gall eran “típicos del fascismo”, permitiendo a hablar “de lo que no se hablado”: del fascismo estadounidense (*Ibidem*). Es en el ámbito de las ideas, apuntaba Steigmann-Gall, donde la contribución de Ribuffo (véase: 1983) era particularmente importante y apuntaba a su insistencia que las ideas de la extrema derecha deben ser consideradas como “un aspecto de la historia intelectual estadounidense... la teoría que segrega la villanía de la extrema derecha de la corriente principal oscurece las fuentes de la indecencia” (Steigmann-Gall, 2017b). Aun así, a pesar de estas contribuciones y pistas que en ojos de Steigmann-Gall “abrían el camino al análisis del fascismo estadounidense”, Ribuffo por sí mismo se ha negado de analizar la extrema derecha en Estados Unidos en clave del fascismo. Según Steigmann-Gall esto se debía a que este autor se vio disgustado por el sobreuso de este término en los 30, durante la mencionada campaña del “Pánico Pardo” (*Brown Scare*) –el término acuñado de hecho por el propio Ribuffo–, al igual que muchos otros académicos estadounidenses:

Refiriéndose con simpatía a *Esto no puede pasar aquí* de Sinclair Lewis, quizás la expresión literaria más conocida del “*Brown Scare*”, Ribuffo, sin embargo, evita deliberadamente un veredicto final sobre si sus tres ‘extremistas’ [William Dudley Pelley, Gerald Winrod and Gerald L.K. Smith] también podrían haber sido “fascistas”. Al hacerlo, se priva a sí mismo de un marco de referencia útil para comprender las corrientes nacionales más amplias, y de hecho globales, que representaron los fascistas estadounidenses y en las que operaron (Steigmann-Gall, 2017b).

Para Ribuffo, recordaba Steigmann-Gall, las opiniones de extrema derecha estadounidense expresadas por varios agitadores de la época, desde el fundador de la Legión de Plata (*Silver Legion*), William Dudley Pelley, pasando por el padre Charles E. Coughlin –un sacerdote antisemita, que propagaba en sus programas de radio ideas filonazis (véase: Shenton, 1960)– o el pastor antisemita de Kansas, Gerald B. Winrod, estaban arraigados profundamente en la “psique estadounidense”. En lugar de tildar a los líderes de la extrema derecha y sus seguidores como unos “paranoicos irrelevantes” y descartar en general estas corrientes políticas como meras “aberraciones de entreguerras” –una visión popular, recordaba Steigmann-Gall, entre varios estudiosos del tema, más notablemente Richard Hofstadter (para un mención sobre él, véase: 2.1.3.)–, Ribuffo argumentó que este tipo de perspectivas antiliberales y racistas estaban bastante populares aunque dejaba en claro que en sus ojos aquellos grupos políticos no representaban ninguna amenaza seria al orden establecido de Estados Unidos (Steigmann-Gall, op. cit.). Lo que no obstante llama la atención en esta reconstrucción del análisis de Ribuffo por Steigmann-Gall, es el afán de este segundo de usar el pensamiento del primero para fortalecer su propio argumento de la existencia del “fascismo estadounidense”, a pesar la rotunda negativa del mismo Ribuffo a no hablar de tal. Si bien es correcto señalar que Ribuffo elevó la importancia de aquellas corrientes en marco de

¹⁷⁷ Como recordaban varios analistas a lo largo de la presidencia de Trump, en 1927, Fred Trump, entonces un hombre joven, más tarde, padre de Donald, fue arrestado después de haber participado en una marcha de Ku Klux Klan y una pelea posterior que involucró a miembros del Klan en Nueva York, aunque aparentemente no estaba afiliado, al menos oficialmente, al Klan (véase: Churchwell, 2020a).

la política estadounidense que fueron “menospreciadas” por lo general como “agrupaciones nativistas”, siguió sin embargo negándose rotundamente –al igual que por ejemplo el mencionado Hofstadter– a verlos como “fascistas”, algo que en cambio es el meollo del argumento de propio Steigmann-Gall (2016c, 2017b, 2023). Finalmente lo que falta en la reconstrucción de Steigmann-Gall que insiste en inscribir en clave de “fascismo” no solo aquellas agrupaciones, pero también al propio Trump y al trumpismo, es que el mismo Ribuffo a base de su propio análisis citado, se ha negado igualmente a calificar a Trump como “fascista”, insertándolo en cambio en el contextos del “nativismo” (sic) estadounidense, el conservadurismo republicano, la “política como entretenimiento” y de los “multimillonarios sabelotodo” (Ribuffo, 2017). La explicación de esta laguna es igual bastante simple: el citado ensayo de Steigmann-Gall se publicó antes del texto de Ribuffo en el que este expuso su negativa a ver a Trump como un fascista, pero lo que igualmente llama la atención que para fundamentarla, Ribuffo abrazó explícitamente también el análisis hofstadteriano de la “personalidad paranoica”, aplicable según él, bastante bien para Trump, a pesar de que Steigmann-Gall mantenía que el rechazo de los “clichés” de Hofstadter era una de las fortalezas de análisis de Ribuffo y que justo esto lo motivaba para citarla como referencia y como fortalecimiento de su propio argumento sobre la existencia del “fascismo estadounidense”, tanto respecto a los años 30 como respecto al mismo Trump.

Aunque por ratos el argumento de Steigmann-Gall respecto al uso de “fascismo” para leer la historia política de Estados Unidos podría parecer mecanicista o “sustitucionista”, sus conclusiones son no obstante balanceadas: para este autor el desafío de repensar la cuestión del fascismo estadounidense no es una simple cuestión de sustituir los términos “nativista”, “extrema derecha”, “vigilante”, “supremacista blanco” o “populista reaccionario” –en sus términos incorrectos o al menos insuficientes para hablar de la extreme derecha estadounidense– por el “fascismo”. Tampoco se trata, según él, de revivir la tendencia periodística de simplemente calificar de “fascista” todo lo que fuera “anticomunista”, “antisemita”, “anti-FDR” o “proempresarial”. Si bien, apunta correctamente Steigmann-Gall, tales sentimientos fueron ciertamente susceptibles al fascismo en otros contextos: el ascenso del fascismo tanto en Italia como en Alemania hubiera sido imposible sin sus socios conservadores, estos “mínimos” no son suficientes en sí mismos para llevar el peso conceptual y analítico del fascismo como categoría:

Lo que se requiere en cambio es una identificación de los impulsos sociales, culturales y económicos que, como en otros lugares, proporcionaron el semillero del fascismo. Requiere un examen, no de unos pocos “protofascistas” ungidos y sus innovaciones intelectuales, sino más bien una comprensión más amplia de qué corrientes ideológicas, tanto en sus quejas como en sus aspiraciones, proporcionaron los antecedentes del pensamiento y la acción fascistas posteriores (Steigmann-Gall, 2017b).

De hecho, seguía Steigmann-Gall, debemos hacer un balance no sólo del radicalismo transgresor de hombres como Pelley, sino también el grado en que eran sintomáticos de corrientes sociales y políticas más amplias: la pregunta si estos hombres, tomados colectivamente, equivalían a algo más que la suma de sus partes sólo pueden contemplarse tomando en serio al “fascismo” como un categoría de análisis (Steigmann-Gall en: Rosenfeld, Ward, 2023: 202). Igualmente, para Steigmann-Gall, usar la categoría “fascismo” como una comparación para Trump, es algo “útil” (2016a, 2016b, 2016c, 2017a): Trump no sólo revela que es fascista, sino que, más importantemente, sus seguidores, aun cuando algunos de ellos tienen la costumbre de describir a sus propios enemigos de izquierda como “fascistas”, lo ven como fascista, han profesado en voz alta su devoción por el un caudillo, y estaban buscando activamente soluciones fascistas a los problemas que los aquejan (Steigmann-Gall, 2016a). “En lugar de suponer que Sinclair Lewis y otros que insistían en la existencia del ‘fascismo estadounidense’ no sabían de qué estaban hablando, debemos reconocer la agenda fascista de Trump y luchar contra ella mientras podamos. Llamarlo fascismo no otorga invencibilidad al trumpismo. Le permite saber cuál es la agenda de Trump y cómo reaccionar a ella”, anotaba Steigmann-Gall (*Ibidem*). Y en un lugar, en respuesta explícita a los planteamientos de Corey Robin (véase: 2.3.), observaba que “uno puede ser simultáneamente ‘fascista’ y ‘débil’” y que las “pasiones” de Trump (en alusión al término de Paxton) se relacionan muy bien con las del fascismo, incluso si la *Gleichschaltung* se ha visto frustrada: “La persistencia del orden liberal-constitucional estadounidense no refuta, en sí misma, el fascismo de Trump”, remarcaba Steigmann-Gall (*Ibidem*).¹⁷⁸

En el tenor parecido a Steigmann-Gall en referencia la cuestión de la “‘americanidad’ del fascismo”, Sarah Churchwell, una investigadora estadounidense y profesora de literatura en la Universidad de Londres, en un sonado y a menudo traído a colación por los “alarmistas”, al igual que el mencionado texto de Steigmann-Gall (2017b) (véase por ejemplo: Finchelstein, Piccato, Stanley, 2020a), ensayo *El fascismo estadounidense: esto pasó aquí* (2020a), en alusión al título de la citada novela de Sinclair Lewis, ha argumentado que el propio “americanismo” de Trump, lejos de ser un signo tranquilizador de la “imposibilidad” del fascismo en de Estados Unidos, es precisamente una evidencia de ello (Churchwell, 2020a; véase también: 2020b). “Los estadounidenses del período de entreguerras, aunque no podían predecir lo que vendría en Europa, tenían perfectamente claro un hecho que hoy hemos perdido de vista: todo el fascismo es autóctono, por definición”, escribía Churchwell, citando al conocido dictum de José Antonio Primo de Rivera, el líder de la Falange española, un partido proto-fascista, que “todos los fascismos tenían que ser locales e ‘autóctonos/indígenas’”, y que el fascismo español era tan local que –para diferenciarse de sus contrapartes de Italia o Alemania–, ni siquiera era correcto de llamarlo “fascismo” (para más sobre la Falange en particular, véase: Riley, 2019: 106-107 y Traverso, 2019a: 121; para más sobre el fascismo en España, véase: Payne, 1999). En referencia al citado anteriormente texto de Samuel Moyn en el que este estudioso rechazaba de manera categórica la comparación de Trump al fascismo ya que su administración “estaba persiguiendo causas con raíces profundas en la historia estadounidense”, y por lo tanto, según Moyn, “no hacía falta ninguna analogía con Hitler o el fascismo para explicar estos resultados” (Moyn, 2020a), Churchwell observaba –igualmente no sin razón– que “creer que un movimiento nacionalista [como trumpismo] no es ‘fascista’

¹⁷⁸ Twitter/X, 12 de noviembre de 2020, https://twitter.com/Notorious_RSG/status/1326888071976144899

porque es ‘nativo’ es perder el punto por completo”. En hacer este punto, Churchwell aludía –al igual que respecto al primer caso, Steigmann-Gall (2017b)– a Robert O. Paxton, Stanley G. Payne y Roger Griffin, unos de los principales expertos en fascismo –igualmente analizados anteriormente (véase: Capítulo 2., 2.1.2.)– que desde hace mucho tiempo han argumentado que el fascismo nunca puede parecer extraño para sus seguidores: sus pretensiones y afanes de hablar por “el pueblo” y restaurar la “grandeza nacional” significan que cada versión del fascismo debe tener su propia “identidad local” (Churchwell, 2020a).¹⁷⁹ Como recordaba Churchwell, tal como en 1937 en una ocasión en respuesta a una pregunta de un periodista estadounidense dijo el propio Mussolini “el fascismo tiene que ser ‘cultivado localmente’, no importado” (Mussolini en: Churchwell, 2020a). Además, para Churchwell, suponer que el fascismo no puede tener sus propias raíces en la historia estadounidense es no solo discutible sino que bordea con el “excepcionalismo”¹⁸⁰ tanto al presuponer que cualquier cosa “autóctona” en Estados Unidos no puede ser fascista, como al asumir que este es un país “inmune al fascismo” (Churchwell, 2020a, 2020b). La propia autora no lo añade, pero la misma creencia en los “firmes credenciales republicanos” y una suerte de “inmunidad al fascismo”, permeaba por décadas en el pensamiento político e intelectual en Francia y finalmente fue destruida por los trabajos de los, ya citados, historiadores como Zeev Sternhell y Paxton en particular, que han demostrado que Francia de ninguna manera ha sido “inmune al fascismo” y que hubo fascismo francés e incluso que, en caso de la controvertida tesis de Sternhell, que este país ha sido su cuna (véase: Sternhell, 1995; Paxton, 1972, 1997; para más sobre las paralelas entre los casos de Francia y Estados Unidos respecto al fascismo, véase: Steigmann-Gall, 2017b y Paxton, 2021; para el análisis de este último texto véase: Capítulo 3., texto #20). Si Trump fuera un fascista escribía Churchwell –algo a lo que ella respondía de manera afirmativa–, tendría que ser exactamente tal como es: esencialmente estadounidense. Todos los fascismos son formas extremas de excepcionalismo nacionalista. La visión de que Trump es una “anomalía”, una excepción en un proceso que comenzó con la independencia, es ignorar que Estados Unidos posee una larga y extrema tradición nacionalista que se manifiesta en ciertos aspectos políticos y culturales, sobre todo en el excepcionalismo racial:

Trump no es ni aberrante ni original. El populismo reaccionario nativista no es nada nuevo en Estados Unidos, simplemente nunca antes había llegado a la Casa Blanca. Al final, importa muy poco si Trump es fascista en su corazón si es fascista en sus acciones. Como señala uno de los personajes de Lewis sobre el dictador en *Esto no puede pasar aquí*: “El zumbido no es importante, es la enfermedad que nos hizo vomitar lo que tenemos que atender” (Churchwell, 2020a).

De modo parecido, Peter E. Gordon, en una vehemente defensa de la analogía fascista respecto a Trump, insistió de manera similar que quienes se oponían a ella, “solo han invertido la idea del ‘excepcionalismo’ estadounidense”. Su rechazo a ver similitudes entre Estados Unidos y los regímenes contra los que alguna vez este luchó en la Segunda Guerra Mundial fue “un truco útil” que absolvió a Estados Unidos de sus “constantes injusticias”, apuntaba Gordon, viendo la negativa a llamar “fascista” a Trump como una expresión de un “desinterés elitista por el destino de la democracia”. En sus ojos era “un juego de privilegio”: “los que quemarían toda la casa no son los que sentirán las llamas”, escribió Gordon (2020).

Como sostiene Churchwell en Estados Unidos los primeros “movimientos orgánicamente fascistas” surgieron de tradiciones “autoritarios y nativistas”: no como “ramas del nazismo”, sino “ramificaciones del KKK”. Su nacionalismo cristiano era inseparable de su antisemitismo, aunque también condujo a un sectarismo que pudo haberles impedido forjar alianzas más sólidas y muchos de estos grupos compartían la afición de sus contrapartes europeas por vestirse con uniformes de “camisas de colores”, para sugerir una fuerza organizada y poderío militarista e intimidar a sus enemigos y de los cuales el más numeroso ha sido el Bund Germano-Estadounidense que reclamaba una membresía de 100,000, celebraba varios numerosos mítines como aquel famoso mitin en el Madison Square Garden en Nueva York en 1939 donde una pancarta gigante con la imagen de George Washington estaba flanqueada por esvásticas, y mil doscientos tropas de asalto se pararon en los pasillos entregando el saludo nazi o que organizaba numerosos campos de verano en Nueva York, Nueva Jersey y Long Island donde entrenaba a la juventud nazi estadounidense. Según sus propagandistas la esvástica no era extranjera sino “cien por cien americana [estadounidense]”, ya que “los indios siempre lo usaban” (*Ibidem*; para más sobre Bund estadounidense, véase: Gordon en: Rosenfeld, Ward, 2023: 147-154). Como subrayaba Churchwell en otro lugar, los estudiosos e historiadores han encontrado muchos paralelismos entre el ideario racista estadounidense, el KKK y el fascismo. En un ensayo de 1921 titulado *¿De quién es este país?* el vicepresidente Calvin Coolidge remarcaba: “Nuestro país debería dejar de ser pensado como un gran basural, y debería aceptar solo el tipo de inmigración correcto”, agregando más adelante que “el tipo correcto” son los “nórdicos” (blancos). Mientras tanto Henry Ford había estado financiando la publicación y distribución de *El judío internacional* (“*The International Jew*”), una compilación de artículos que ubicaban a los judíos en el centro de una conspiración global. Los judíos, afirmaba Ford, controlaban los medios de

¹⁷⁹ Lo que no obstante no escribía Churchwell es que todos los tres expertos a cuales invocaba se negaban en aquel momento a calificar y/o comparar a Trump al fascismo.

¹⁸⁰ El “excepcionalismo” es la narrativa que alega que Estados Unidos es cualitativamente “diferente” a otras naciones por factores sociológicos, políticos o económicos, o que las reglas de la historia universal que generalmente se aplican para explicar el devenir de otras naciones del mundo no pueden aplicarse en el caso de Estados Unidos. Uno de los primeros autores, ya a mitades del siglo XIX, que había llamado la atención a algo “especial” en el que caso de este país, ha sido Alexis de Tocqueville según el cual el origen republicano de Estados Unidos y la relativa autonomía de las primeras colonias inglesas allí contrastaba notablemente con la historia de Europa en tanto que Estados Unidos “nunca habían conocido el feudalismo” y “se habían opuesto tempranamente contra el derecho divino de los reyes”, empezando su marcha como país de modo diferente que el resto del mundo (véase: Tocqueville, 1988: 537).

comunicación y las instituciones culturales estadounidenses y estaban empeñados a destruir la nación (Churchwell, 2018a: 11). El KKK fue también el primero en adoptar, en 1921, el slogan “Estados Unidos Primero” (“*America First*”) (Churchwell, 2018b). De este modo para Churchwell, Trump no solo seguía una larga tradición de la extrema derecha fascista estadounidense que ha tenido que adaptar su estilo organizativo y la ideología a las condiciones locales –y que a pesar de esto se mantenía como una fuerza relativamente marginal–, sino que algo cualitativo cambió con su irrupción y con el hecho que Trump logró concentrar el apoyo de muchos de estos grupos empujados durante mucho tiempo a los márgenes de la vida política estadounidense y que salieron a la luz pública en forma de los fenómenos como la llamada “derecha alternativa” (“*alt-right*”) (2020a; para más sobre la relación entre Trump y los grupos neonazis y paramilitares, véase: Gordon, en: Rosenfeld, Ward, 2023: 141-169). Estos vínculos con grupos como Proud Boys de los que algunos han tenido genealogía, aunque sinuosa, en algunos minúsculos grupos fascistas estadounidenses fracasados como Silver Legion u Oath Keepers, se hizo visible durante el ataque a Capitolio, de modo que estos “fantasmas de la historia estadounidense”, según Churchwell, ya no podían ser negados:

La negación que siguió a esa primera insurrección en desgracia, la Guerra Civil, fue una campaña de desinformación creadora de mitos conocida como la “Causa Perdida” (*Lost Cause*).¹⁸¹ La esclavitud, dijeron los apologistas del sur, era un mero pretexto para la guerra que, insistieron, fue iniciada por un norte agresivo y rencoroso, al igual que Trump y sus defensores afirmaron durante muchos meses que la insurrección del 6 de enero fue, de hecho, planeada y realizado por Antifa. Sin embargo, la versión más famosa de la “Causa Perdida” no apareció después de la guerra civil, sino décadas después, durante los años de entreguerras, condensado en la novela *Lo que el viento se llevó*, publicada en 1936 y filmada mientras Europa entraba en guerra contra el fascismo. Muchos críticos llamaron fascista a esa historia cuando apareció, incluidos los afroamericanos furiosos por los peligrosos mitos que estaba vendiendo, lo que provocó un furioso debate que anticipó los argumentos 80 años después sobre si la administración de Trump se entendía como fascista (Churchwell, 2022).

Para Churchwell, todo lo que hasta ahora ha sido revelado acerca del ataque al Capitolio “es un manual de un perfecto golpe fascista” y a la vez era “una variación de la violencia política que siguió a la Guerra Civil cuando grupos de supremacistas blancos derrocaron violentamente a funcionarios electos en varios estados del “sur profundo” como Luisiana o Carolina del Norte, grupos que en los 30 han sido revividos por organizaciones que se autoidentificaban como fascistas”. Usando la analogía del mencionado “Complot Empresarial”, Churchwell recordaba que en su momento general Smedley Butler fue acusado ampliamente por la prensa de la época, por los opinadores y posteriormente de manera casi unánime por los historiadores, de ser un “fantasioso” y el propio golpe fue tildado como “una amenaza vacía” que no había que tomar en serio y apuntaba que “muchos dijeron lo mismo sobre Trump y sobre los acontecimientos del 6 de enero”.¹⁸² Recordaba también –muy contrario al citado análisis de estos eventos de Dylan Riley, Corey Robin o Mike Davis– que este representó una amenaza genuina y que horas después de la insurrección, más de dos tercios de los Republicanos votaron en el Congreso a favor del golpe y en contra de los resultados electorales para instalar efectivamente a Trump como dictador y que seis meses después del ataque al Capitolio “un grupo de influyentes conservadores estaba considerando la necesidad de instaurar a ‘un Cesar estadounidense’ y que su candidato para esto era Trump” (Churchwell, 2022).

Por su parte tratando de responder a la pregunta si es históricamente adecuado o políticamente útil llamar “fascista” a Trump, el sociólogo italiano Alberto Toscano apuntó por el contrario a toda una larga historia del pensamiento estadounidense radical negro sobre el fascismo y la resistencia antifascista representada por los pensadores como George Padmore, W. E. B. Du Bois, George Jackson o Angela Davis que, mucho antes de que se concibiera la violencia nazi como “incomparable” trataban de expandir la imaginación histórica y política de la izquierda antifascista detallando que lo que parecía desde el punto de vista europeo o blanco una nueva forma de ideología y violencia, era, de hecho, apenas una continuación de la larga historia del despojo colonial y la esclavitud racial. Una tradición que según Toscano ofrecía una orientación en el “debate sobre el fascismo” e inclinaba la balanza hacia una respuesta afirmativa. Según Toscano prestar la atención a lo que Cedric J. Robinson llamó una “construcción negra del fascismo” alternativa a la “fabricación histórica del fascismo como una negación del *Geist* occidental” (véase: Robinson C. J., 2019) podría servir “para desalojar el debate sobre el fascismo desde el punto muerto de la analogía (sic), proporcionando los recursos para enfrentar nuestro volátil interregno”, en referencia a la presidencia de Trump. Esta tradición como recuerda Toscano, insistía que el liberalismo y el fascismo, en lugar de ser polos opuestos, han estado profundamente entrelazados en la historia del “capitalismo racial” y que el “fascismo racial” precedía por mucho tiempo al hitlerismo en su uso del terror racial, el reclutamiento de los blancos pobres y la manipulación de –para citar la famosa definición del fascismo de Georgi Dimitrov–, “el sector más reaccionario, chovinista e imperialista del capital financiero”. A la vez, para Toscano, lo que

¹⁸¹ La “Causa Perdida” (*Lost Cause*) es un movimiento social estadounidense y una narrativa histórica negacionista que afirma que la causa de los Estados Confederados durante la Guerra Civil estadounidense fue “justa”, “heroica” y no se centró en la esclavitud, sino, sobre todo, en “los derechos de los estados”.

¹⁸² En el mencionado libro sobre el “Complot Empresarial”, Jonathan M. Katz, también por su parte lo conecta con el ataque al Capitolio –que tilda como “golpe” e “insurrección”–, ya que ambos, según él, eran ejemplos donde “los veteranos de guerra fueron aprovechados para derrocar al gobierno estadounidense” y expresiones del “fascismo estadounidense” (Katz, 2020a: 47). Tomando en otro lugar la voz en el “debate sobre el fascismo”, Katz no solo insistía en ver así a Trump, sino que apuntaba que a raíz de la negativa de muchos académicos, historiadores y comentaristas de no verlo así –o sea, de las opiniones de los “escépticos”– todo el debate “ya se acabó” y que “los fascistas han ganado [sic]” (Katz, 2022d; véase también: Katz, 2020, 2022b).

solemos llamar “fascismo” no puede reducirse a las ideologías y regímenes políticos que lo definieron en Europa de los años 30 y 40 porque es ante todo un tipo de “deseo” y un “eros”. Voltar a este pensamiento que a la vez ya en su momento, en los 30 y en los 40 percibía el fascismo como una siguiente forma de opresión colonial o que en los 60 veía el estado carcelario y el capitalismo racial en Estados Unidos como “el sitio del fascismo” –el fascismo que se originó en la propia democracia liberal–, en ojos de Toscano, “limpiaba la mesa del debate” del espectro de las comparaciones históricas que la contaminaban:

Para las personas de color en varios momentos históricos, la experiencia de la racialización dentro de una democracia liberal podría tener el valor del fascismo. Es decir, mientras que un estado fascista y una democracia supremacista blanca tienen mecanismos de poder muy diferentes, la experiencia de la falta de derechos racializada dentro de una democracia liberal puede hacer que la distinción entre ella y el fascismo sea turbia en el nivel de la experiencia vivida. Para aquellos racialmente excluidos del sistema de derechos de la democracia liberal, la palabra “fascismo” no siempre evoca un orden social distante y extraño (Toscano, 2020).

En este sentido, como apuntaba Toscano, el movimiento #BlackLivesMatter ha dejado en claro en la época de Trump que la amenaza no es “el regreso a la década de los 30” o a la Segunda Guerra Mundial, sino la continuación del terrorismo de Estado racializado (para una lectura de la historia del nazismo y de la Segunda Guerra Mundial desde el punto de vista de los intelectuales afroestadunidenses y el surgimiento del pensamiento antifascista negro con el explícito propósito de “buscar analogías productivas”, véase más: Duensing, en: Rosenfeld, Ward, 2023: 247-277). Así, según Angela Davis, una filósofa, política marxista y famosa activista afrodescendiente, hoy profesora de historia en la Universidad de California en Santa Cruz, la visión del fascismo como una “contrarrevolución preventiva” en contra de la amenaza de la “transformación socialista”, similar a la respuesta capitalista al movimiento comunista en Europa después de la Primera Guerra Mundial, no una ruptura, sino “continuación de las mismas tendencias dentro del liberalismo que ayudaban a sostener el viejo sistema económico capitalista”¹⁸³ –algo que ella retomaba de su maestro, Herbert Marcuse–, resonaba profundamente con el movimiento de la liberación negra y los activistas en Estados Unidos en los 60 (véase: Toscano, 2020, 2021). Davis apuntaba en efecto a una existencia y experiencia “diferencial” del fascismo en contexto estadounidense: en los 60 y 70, según ella, ya existía en Estados Unidos “un régimen fascista” para una parte de la población (la población negra, los encarcelados), que no obstante no estaba siendo vivido como tal por sus otras fracciones. Con este análisis, que veía al fascismo más que un tipo específico de gobierno o una mera etiqueta, sino más bien un “proceso” (¿Paxton?), Davis pretendía enfatizar que este tipo de prácticas dirigidas a ciertas fracciones de la población tenían la potencialidad de servir como un laboratorio para luego ser aplicadas a sus demás estratos (Toscano, 2020). Por su parte Marcuse, uno de los pocos frankfurtianos que se opuso en su momento a la guerra en Vietnam, o en general siempre se mostraba mucho más crítico a Estados Unidos, el país que los acogió cuando tuvieron que huir de los nazis, advertía que si el nuevo fascismo venía a Estados Unidos, iba a ser muy diferente del viejo: “la historia no se repite tan fácilmente”, escribía. Así, según Marcuse, la fascización de Estados Unidos iba a proceder mediante el desmantelamiento de los derechos civiles y libertades políticas y/o “mediante el apoyo masivo a una tendencia política que estaría sacando el piso debajo de la misma democracia” (Marcuse en: Jeffries, 284, véase también: 286-293; sobre su relación con Davis, véase: 319-322).

En el mismo tenor que Davis, otros intelectuales estadounidenses que han usado el término “fascismo” para describir las condiciones que los rodeaban no han personalizado lo que vieron, centrándose en enfatizar sus tratos estructurales/sistémicos. Las reflexiones de Toni Morrison una escritora afroestadounidense y Premio Nobel de Literatura de 1993 o W. E. B. Du Bois un eminente sociólogo afroestadounidense, historiador, panafricanista y activista por los derechos civiles, estaban en los antípodas de los psicologizados y muy diseminados en su momento en Estados Unidos enfoques de Theodor W. Adorno o Wilhelm Reich, discípulo de Freud y creador de la llamada “psicoterapia del cuerpo”. Para ellos no se necesitaba considerar el intelecto individual o la psicodinámica personal de los individuos para iluminar las fuerzas fascistas en obra en Estados Unidos (véase: Toscano, 2020). Como recordaba Toscano, en *Racismo y fascismo*, el famoso discurso que Morrison dio en la Universidad de Howard de 1995, el enfoque de su crítica no estaba en los individuos: los dirigentes autoritarios (*strongmen*) y su psique o los ciudadanos que los apoyaban y su psique respectiva, sino en “las fuerzas [políticas] interesadas en dar las soluciones fascistas a los problemas nacionales” (Morrison en: Toscano, 2020). En uno de los capítulos de su clásico libro de 1935, *Reconstrucción negra*, obra fundacional de la historiografía revisionista afroamericana –que no recae en la categorización ni la de interseccionalidad ni del marxismo, sino un enfoque de algo que pudiese ser llamado como “un ideal de la ‘democracia jeffersoniana’” (Riley, 2024)–, W. E. B. Du Bois usó el concepto de fascismo para arrojar una luz sobre el sistema de castas raciales en Estados Unidos (un enfoque que retomaron también algunos de los “alarmistas”, véase: Finchelstein, Piccato, Stanley, 2020a). En los ojos de Du Bois, Estados Unidos había ofrecido a la modernidad “una visión de autogobierno democrático: la dominación de la vida política por la decisión inteligente de hombres libres y autónomos”, un “proyecto prometedor”, pero que no obstante ha sido contaminado por el legado de la esclavitud y el racismo:

Y entonces un Dios injusto se inclinó, riéndose, sobre las murallas del cielo y dejó caer a un hombre negro en medio. [Esto] transformó el mundo. Regresó la democracia al imperialismo romano y al fascismo; restauró castas y oligarquías; reemplazó la libertad por la esclavitud y retiró el nombre de la humanidad a la gran mayoría de los seres humanos (Du Bois en: Toscano, 2020).

¹⁸³ Todo esto en sintonía con el “clásico” y “ortodoxo” *dictum* de la Escuela de Frankfurt, expresado una vez por su director, Max Horkheimer, en un aforismo que rezaba que “si alguien no quería hablar del capitalismo, debería callarse también sobre el fascismo” (Horkheimer en: Jeffries, 2016: 193).

Para Toscano recuperar esta tradición antifascista del pensamiento negro y anticolonial estadounidense representa igual un necesario antídoto a las mal concebidas discusiones sobre el fascismo a través del prisma de “listas de verificación” (para la crítica de análisis del fascismo a través de las “listas de verificación”, véase: Perlstein, 2015)¹⁸⁴ y advertencias que siguiendo este modelo normativo alertan acerca de los “etapas hacia el fascismo” practicado por muchos comentaristas “alarmistas” que usan las comparaciones al fascismo, algo que más que iluminar, oscurece político, ignorando de paso verdaderos intentos de teorizar sobre el fascismo desde el seno del pensamiento estadounidense (Toscano, 2020). Así, en esta perspectiva, la larga historia estadounidense de ideologías y acciones racistas de un estado esclavista, la limpieza racial propugnada por el KKK y una era histórica que constituye lo que Toscano llama “la larga sombra del ‘fascismo racial’ en Estados Unidos” (*Ibidem*), los “fantasmas del pasado” que no han sido confrontadas plenamente, encuentran apenas su actualización en las nuevas formas del fascismo actuales, siendo “no una ruptura con el pasado, sino una evolución” (véase: Roberto, 2017). De modo parecido Gerald Horne un destacado historiador afroestadounidense y profesor en la Universidad de Houston, había documentado las raíces del “fascismo estadounidense” en el sistema de esclavitud, el genocidio indígena, el colonialismo de asentamientos (*settler colonialism*), el imperialismo y el apartheid de *Jim Crow*, apuntando a los “profundos paralelismos” con el fascismo histórico: despojo masivo, demagogia, chovinismo, guerras de agresión, religión instrumentalizada, patriarcado fuera de control, etcétera (Horne, 2022: 569-570). Así, según Toscano, Estados Unidos y el resto del mundo atlántico han sido el hogar de un análisis del “fascismo racial” mucho más antiguo y más comprometido intelectual y políticamente, un análisis que surge de la tradición radical negra. El comunista panafricanista George Padmore, por ejemplo, argumentó ya en la década de los 30 que el colonialismo de colonos era el germen del fascismo y el arquetipo del fascismo sudafricano. Es haciendo precisamente este tipo de las conexiones que los citados ya radicales negros como Du Bois o Davis identificaron el fascismo con *Jim Crow* en las décadas de 30 y 40 y luego con el estado carcelario emergente en las décadas de 60 y 70., aunque, al menos respecto al primer punto, parecían no hacer nota que en su clásico estudio del sur de Estados Unidos de *Jim Crow* (*El dilema estadounidense*, 1944), Gunnar Myrdal el famoso economista sueco, concluía que “los valores democráticos estadounidenses ya contenían el racismo imperante” y que ha sido precisamente este hecho y la existencia del régimen de *Jim Crow* que “prevenían que las ideas fascistas pudiesen establecerse verdaderamente en el país” (véase: Kuklick, 2022: 135-136).

Según la famosa noción de Aimé Césaire, el poeta y político martiniquense, uno de los fundadores del movimiento de la *Négritude* en la literatura francófona, el fascismo tiene que ser entendido como un régimen que funcionaba anteriormente en las realidades coloniales para subyugar a las poblaciones racializadas fuera de la metrópoli y que, bajo condiciones particulares de la crisis en Europa en los años 20 y 30, “regresó como un búfalo” al centro con el nazismo que “aplicó en Europa procedimientos coloniales que hasta entonces habían estado reservados exclusivamente a los árabes de Argelia, a los culis de la India y a los negros de África” (Césaire, 2001: 36). Así, retomando también esta perspectiva de Césaire, Toscano insistía en el valor del término “fascismo” para el contexto estadounidense señalar que los pensadores afroestadounidenses lo retomaban precisamente en este sentido y mirando justamente la historia que a menudo desde la perspectiva de las poblaciones blancas y colonizadoras estaba oculta e incomprensible (Toscano, 2020). Al igual que Toscano, también el historiador Gabriel Winant propuso el marco del “fascismo racial” para leer el trumpismo en una línea de tiempo más amplia. En su opinión, la política de identidad blanca y el fascismo siempre han estado interrelacionados. Como señalaba Winant, el principal factor de cohesión social en la América de Tocqueville no era otra cosa que la supremacía blanca y teniendo en cuenta que esta estructura ha perdurado, tiene poco sentido imaginar nuestra sociedad anteriormente rica en asociaciones, pero ahora desprovista de ellas (Winant, 2020). Aunque “los McCloskeys que agitan armas en St. Louis presumiblemente no son miembros del mismo tipo de organizaciones fraternales que fueron populares en el siglo XIX... son miembros de una asociación de propietarios, y confían en la blancura [como] un especie de gel asociativo incipiente, a partir del cual una variedad de asociaciones más específicas pueden crecer en una coyuntura histórica dada” (*Ibidem*). Por lo tanto, apuntaba Winant, parafraseando la conocida “prueba del pato” —una forma de razonamiento inductivo que asume que una persona puede identificar a un sujeto desconocido al observar sus características habituales—, “si Trump parece un fascista racial, nada como un fascista racial y grazna como un fascista racial, entonces probablemente sea un fascista racial” (Winant, 2020; para el razonamiento parecido, véase: Feldman, 2020 y Cohen, 2021; para el análisis de estas columnas, véase: Capítulo 3., textos #14 y #21).

Si bien los argumentos de Rosenfeld, Ward, Steigmann-Gall, Churchwell o Toscano a favor de hablar de “fascismo estadounidense” y su insistencia de usar el término para hablar tanto de ciertos movimientos políticos como de ciertas tendencias sistémicas en Estados Unidos pueden parecer en buena parte razonables y nobles en el sentido de llamar la atención a figuras, corrientes y prácticas políticas opresivas, no dejan de ser debatibles. Más que el resultado de un análisis basado en un determinado enfoque teórico que explicaría el auge y el funcionamiento del fascismo como un sistema, sus afanes de inscribir a Estados Unidos, tanto su pasado como su presente, en la clave del “fascismo”, de los que ninguno es previo sino todos llevados a cabo en contexto de la victoria electoral de Trump en 2016 y el funcionamiento de su administración, parecen ser más bien motivados políticamente (siendo esta una de las inherentes deficiencias de las propias analogías históricas de las que hablaba el

¹⁸⁴ Peter H. Amann, el historiador estadounidense de origen judío-austriaco que, junto con su familia, huyó de los nazis después del *Anschluss* de Austria para emigrar finalmente a Estados Unidos, tiene un sonado ensayo donde usó el método de “listas de verificación” para algo opuesto: para negar la existencia de fascismo en Estados Unidos. Aplicando el enfoque tipográfico introducido por Stanley G. Payne que apremia a los investigadores a “verificar” una serie de características que constituyen una suerte de “mínimo fascista” para poder calificar o descalificar un movimiento como fascista (véase: 2.1.2.), Amann concluyó que ninguno de los movimientos de extrema estadounidense de entreguerras —los que enumeraba por ejemplo Steigmann-Gall— podía considerarse fascista y que el fascismo en Estados Unidos, en una metáfora que se hizo famosa, “era un perro que nunca ladraba” (Amann, 1986).

propio Rosenfeld, véase: 2019 y 1.1.). Un tipo de análisis al cual solo *ex post* se ajusta o meramente invoca la teoría o ciertos modelos del fascismo (como el de Paxton). Desde el punto de vista del enfoque gramsciano, que hemos adoptado aquí como el modelo principal, que mucho más cualquier otra interpretación del fascismo, marxista o no, pone el énfasis en las condiciones de la crisis política que surgen cuando el Estado ya no puede organizar la unidad política de la clase dominante y ha perdido legitimidad popular, las condiciones que propician el auge fascismo, Estados Unidos nunca ha vivido “un momento fascista”. Esto no absuelve su racismo, las tendencias extremistas y su “nativismo”, pero leerlos en clave de “extrema derecha” o tendencias políticas como bonapartismo y/o patrimonialismo como hace Dylan Riley, uno de los máximos teóricos del fascismo que, como hemos visto (2.2., 2.2.1., 2.2.2.), usó precisamente el enfoque de Gramsci para evaluar el régimen de Trump, resulta mucho más satisfactorio analíticamente. La clase dominante estadounidense, vista desde esta perspectiva, en ningún momento tuvo que abrazar el fascismo como un modelo populista radical para solucionar sus problemas de la pérdida de hegemonía y como una manera de restaurarla por esta vía al contar con otros mecanismos para mantenerla (Riley, 2019, 2018, 2017 y véase: más arriba). De mismo modo nunca se vio tentada a abrazar la “democracia autoritaria” –la definición de Riley del fascismo (Riley, 2019: 3-5)–, y ofrecer una alternativa a la democracia liberal a fin de “representar mejor al pueblo y/o la nación” que las elecciones y los parlamentos, tal como lo proponían los fascistas, porque tenían y siguen teniendo otras herramientas políticas a su disposición. Y porque están completamente satisfechos en administrar el propio sistema democrático estadounidense basado en un orden constitucional arcaico diseñado para proteger a las clases terratenientes, blancas y esclavizadoras para seguir limitando y bloqueando en efecto la democracia real en Estados Unidos (Robin, 2020a-c, 2022). Es esta “gestión” y este apego al “viejo régimen” (Mayer, 1981) que está apoyado en el “gobierno de la minoría” (*minority rule*) y que en efecto constituye “casi todo lo contrario del fascismo” (Robin, 2020c), y no los afanes de romper con él y/o introducir un régimen de representación nuevo, cosa que caracteriza el auge del fascismo, que mejor explican la conducta de las élites políticas estadounidenses y las razones por las que el fascismo nunca en realidad había echado raíces en Estados Unidos (Amann, 1986). Encima de esto, como lo ha argumentado de manera sólida y convincente Robin, todas las tendencias extremistas en Estados Unidos –las “constantes injusticias” de las que escribía Gordon (2020)–, han estado siempre canalizadas mediante y gracias a sus instituciones y el orden constitucional, no a pesar de ellas (véase: Robin, 2017c; véase también: 2.3.). Si bien tienen razón Steigmann-Gall o Churchwell en subrayar, invocando a Paxton, que “todo el fascismo es siempre *nativo*” –en contra de los que podrían argumentar si algo no se parece al fascismo italiano o alemán ya no es “fascismo”–, las tendencias nativistas y nacionalistas en la política igualmente pueden permanecer simplemente nativistas y nacionalistas sin volverse fascistas cuando las condiciones políticas no propician el giro hacia el fascismo (nuevamente, siguiendo la explicación política de Gramsci). De manera sintomática entre ambos autores principales que abogan para que el término “fascismo estadounidense” reciba por fin una merecida atención académico hay también discrepancias y desacuerdos: mientras para Churchwell las figuras políticas como Huey Long o padre Charles E. Coughlin eran “sin ninguna duda fascistas” (Churchwell, 2018b), para Steigmann-Gall ni Long que carecía de cualquier perspectiva nacionalista más articulada ni Coughlin lo eran (Steigmann-Gall, 2017b). Al final quizás el “fascismo estadounidense” tampoco es tan “fascista” como lo quieren ellos o como lo mantienen Rosenfeld y Ward (2023).

Además, los contextos sociopolíticos, históricos y situacionales son relevantes y el trumpismo no ocurrió espontáneamente. Sus raíces ideológicas y su retórica, más que al propio fascismo, se remontan a otros políticos nativistas y extremistas estadounidenses como Barry Goldwater y los movimientos conservadores como el *Tea Party* que desafió la presidencia de Barack Obama, apoyado y financiado por (gran parte de) del Partido Republicano (GOP), los magnates de los medios y el corporativismo. Tales movimientos que manipulan estratégicamente las frustraciones y ansiedades de muchas personas, mientras las distraen de su fuente objetiva, al ofrecer conceptos cargados emocional e ideológicamente como la obediencia, el honor, el deber, la patria o la raza, y centrándose en los “enemigos” (“chivos expiatorios”) que supuestamente amenazan la idealizada “comunidad nacional”, pueden ser vistos como “fascistas” –siendo esta una de las características del fascismo por ejemplo según Roger Griffin o Robert O. Paxton–, pero igualmente se pueden explicar, tal como mejor se explica el trumpismo, por su anatomía conservadora y de extrema derecha (como finalmente mantiene precisamente Griffin). Así, el afán de tildar una amalgama de movimientos extremistas estadounidenses de los 30 como “genuinamente fascistas” –cuando en realidad las condiciones políticas de Estados Unidos no propiciaban el auge del fascismo, canalizando las tensiones existentes mediante el *New Deal* (véase: Traverso, 2019a: 25 y 183)–, solo para luego, sin demostrar ninguna genealogía clara, afirmar a base de unas declaraciones sueltas que Trump que este es una continuación de ellos, y por lo tanto “también es fascista”, no se sostiene. En vez de verlo como “continuación con la tradición del fascismo estadounidense” –que no era–, Trump se entiende mejor, como argumenta por ejemplo el citado ya Corey Robin, simplemente como una nueva emanación y una paradójica continuación y negación del movimiento conservador moderno en Estados Unidos, mejor enmarcado por el giro a la derecha bajo Barry Goldwater o la famosa “Estrategia del Sur” de Lee Atwater (Robin, 2016b). Si bien como recuerda Churchwell, Goldwater fue descrito durante su carrera presidencial en 1964, tanto por sus partidarios como por sus críticos, como “un político de ‘Estados Unidos primero’” (*America First*), un eslogan usado por el movimiento aislacionista y filonazi de Lindbergh y retomado posteriormente por Trump (para la detallada genealogía y los usos de este eslogan, véase: Churchwell, 2018b), esto es más bien una evidencia de la continuación de esta idea en el seno del conservadurismo no de ninguna “resurrección del fascismo estadounidense” en la era de Trump después de su, supuesta, vida corta en los 30. (para más sobre el origen y las mutaciones del lema “*America First*!” desde su origen a finales del s. XIX, pasando por KKK, los aislacionistas del periodo de entreguerras, hasta Donald Trump y su conceptualización como el supuesto “el núcleo vivo del fascismo estadounidense”, véase: Specter, Venkatasubramanian, en: Rosenfeld, Ward, 2023: 107-140). De hecho por ejemplo el AFC, el movimiento de Lindbergh, no era un movimiento fascista *per se*, sino un amalgama de varios diferentes corrientes nativistas y populistas estadounidenses y a lo mucho, a través de las simpatías de su vocero y algunos otros de sus dirigentes, puede ser considerado como “filonazi”. Antes que nada fue un movimiento oligárquico que extraía su fuerza de la oposición a las políticas de FDR –tanto domésticas como en

la política exterior (de allí su altamente instrumental “aislacionismo”)–, y que ha sido la política corriente y esta oposición que moldeaba sus posiciones políticas, no ningún componente “fascista” específico, del que, de hecho, carecía. Y tan pronto que el Congreso declaró la guerra a los países del Eje después del ataque japonés a Pearl Harbour, AFC se desmoronó y cayó en el olvido. Del mismo modo, frente a los señalados por Toscano usos del fascismo por los analistas y activistas afroestadounidenses como Angela Davis, que usaba el término “fascismo” para describir el imperialismo estadounidense “afuera” y el sistema penitenciario estadounidense “en casa” –insistiendo que “los negros y otros pueblos del Tercer Mundo son las primeras y más profundamente heridas víctimas del fascismo–, como sostiene Bessner, Davis adoptaba esta nomenclatura tácticamente, no analíticamente, el tipo de uso que parece caracterizar muchas de las comparaciones a Trump al “fascismo” como lo ha señalado desde el principio por ejemplo Riley (Riley et al., 2015). E insertándose en el igualmente mencionado análisis de Robin, Bessner apuntaba bien también que difícilmente se sostiene tildar así –como “fascistas”– a los múltiples fenómenos políticos estadounidenses de “cosecha propia” que moldearon el pasado del país para peor como el racismo estadounidense o el capitalismo estadounidense que son fenómenos particularmente “autóctonos”. Y concluía que vincularlos al “fascismo”, es, más bien, “una distracción” que dificulta la lucha en contra de ambos (Bessner, 2023b).

Helmut Walser Smith, un historiador alemán y profesor en la Universidad de Vanderbilt en Tennessee en Estados Unidos, insistía por su parte que el “debate sobre el fascismo” respecto a Trump, ignoraba en gran medida los hechos históricos de los verdaderos regímenes fascistas, sobre todo de caso más nefasto, el Tercer Reich y el hecho que los contrastes entre este y Estados Unidos “no podrían ser más grandes” (Walser Smith, 2020). Apuntaba sobre todo al proceso de *Gleichschaltung* realizado por los nazis –la “sincronización” de todo el país y sus instituciones bajo su égida–, de cuyo equivalente el trumpismo claramente carecía y al uso de la violencia, que no tenía ningún paralelo en ambos regímenes. Los nazis utilizaron la violencia de la turba y la policía secreta para aplastar rápidamente todo el sistema político y legal de Alemania, mientras que el gobierno de Trump, a pesar de las exageradas amenazas del presidente, dejó en pie todas las instituciones del país. Y su crueldad hacia los inmigrantes, las minorías sexuales y otros grupos no fue radicalmente diferente de la de sus predecesores, sean Republicanos o Demócratas:

Los defensores de la analogía del fascismo argumentan que Estados Unidos, como la Alemania nazi en sus primeros años, es un estado carcelario, con un porcentaje significativo de su población en prisión. Según *World Prison Brief*, Estados Unidos tiene la peor tasa de encarcelamiento del mundo, superando a El Salvador y Turkmenistán. Sin embargo, en comparación con la Alemania nazi, existe una diferencia obvia y destacada. En Estados Unidos, los demócratas no están en la cárcel porque son demócratas, y los periodistas críticos no languidecen en las cárceles por lo que escribieron. Sin duda, el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas y la Protección de Aduanas y Fronteras (ICE) pisotean el debido proceso, y los centros de detención perpetran abusos deplorables contra los derechos humanos de los migrantes. Pero las personas, incluidos los niños, que están detenidas no están allí por sus opiniones políticas. Tenemos razón al estar indignados tanto por el estado de nuestro sistema penitenciario como por las crueldades de nuestros centros de detención. Y, sin embargo, son diferentes tipos de cosas que el sistema de campos de concentración de Hitler (*Ibidem*).

2.7. ¿La inutilidad del concepto de “fascismo” en Estados Unidos? (Bruce Kuklick)

Frente a estas voces, igualmente emitida en el marco del propio “debate sobre el fascismo”, la voz y la posición de Bruce Kuklick, el historiador estadounidense y profesor de Universidad de Pennsylvania especializado en historia intelectual, podría ser vista, de acuerdo con la terminología de Rosenfeld (2019), como un “escepticismo radical”. En *El fascismo viene a América: un siglo de obsesión en la política y en la cultura* (2022) un curioso y fuertemente debatido libro (véase: DiMaggio, 2023b; Payne, 2022a, Bessner, 2023b y más abajo), acerca del uso del término “fascismo” en Estados Unidos, Kuklick ofrece una perspectiva que podría ser vista no obstante como refrescante (véase: Payne, op. cit.; Bessner, op. cit.), frente a lo que él mismo percibe como el abuso y, a consecuencia de ello, la inutilidad del concepto del “fascismo” en Estados Unidos (Kuklick, 2022: 1). Tratando de proporcionar explícitamente una “perspectiva diferente” en el “debate sobre el fascismo” (*Ibidem*), a diferencia de otros estudiosos y participantes en ella, Kuklick, como él mismo lo dejaba en claro, no estaba interesado en determinar si el “fascismo” como tal ha llegado a Estados Unidos con Trump o no, sino más bien, como lo especifica en un *adendum* acerca de las fuentes y el método de su estudio centrado en la cuestión del lenguaje, en cómo se ha utilizado el término y como éste ha funcionado en el último siglo en el discurso estadounidense: “Examinar ciertas prácticas lingüísticas en que un cierto tipo de lenguaje [el lenguaje del fascismo], estaba siendo empleado en la política estadounidense” (200). Su principal argumento es que el término “fascismo” en el discurso público estadounidense ha sido –a raíz de una particular “obsesión” política y cultural en la que literalmente todos intelectuales y políticos llamaban a todos otros “fascistas” y a la vez acababan siendo llamados así también por otros–, se ha despegado de la realidad, fue vaciado y desprovisto en buena parte de su significado (Kuklick, 2022: 2-3; véase también: 2018).¹⁸⁵

¹⁸⁵ Otro de los notables estudiosos estadounidenses que ofrecía un análisis parecido –y al cual Kuklick no hace referencia en su estudio–, ha sido Christopher Lasch, un historiador y sociólogo e intelectual público de gran relevancia durante la segunda mitad del siglo XX, influenciado, entre otros, por Hofstadter. Como apuntaba ya hace más de unas tres décadas Lasch, “el uso ritual y la inflación retórica de los eslóganes familiares [como las acusaciones de “fascismo” o “socialismo”] proporcionaban más pruebas del vacío de los debates políticos recientes”. Así, según Lasch, “para la izquierda el fascismo abarcaba ya todo a la derecha del liberalismo y la socialdemocracia incluyendo las configuraciones tan disparatadas como el ayatolá Jomeini de Irán y la oposición al régimen sandinista en Nicaragua. Para la derecha, a su vez, el comunismo (o el “socialismo progresivo” como se

Para Kuklick si bien el “fascismo” no es una palabra “totalmente desprovista del sentido” es, no obstante una que, al usarla, “nos lleva al mundo de sentimientos no racionales”: una parte del lenguaje que, según él, es más “evaluativa” que “factual” y una categoría que puede ser designada como “menos cognitiva”. Una que en vez de referirse a algo que existe, indica solo “la falta de aprobación” (Kuklick, 2022: 3). Para Kuklick, las palabras como “fascismo” y/o “fascista” –o por ejemplo “nazi”, “Hitler”, etcétera– son “los primos” de las palabras que los lingüistas [como John L. Austin] llaman “los performativos” que denominan una acción. Así el “fascismo”, según Kuklick, en la política –en particular en la política estadounidense– cumple la misma función que por ejemplo la oración “renuncio al diablo” que no tanto comunica una acción sino que la realiza. En este sentido hablar del “fascismo” es una “condena por decir”: una expresión de desaprobación y respuesta a lo que no puede ser aprobado (114) y cuyo uso, según él, apuntando al carácter prescriptivo de las palabras, amonta básicamente a “llamarse nombres” (“*name-calling*”) (200; véase también: Austin, 1970). Este tipo de uso, es según Kuklick, particularmente propio a la política estadounidense, donde el “fascismo” mutó, sobre todo a partir de los años 30, de ser un “objeto” –una ideología o un régimen particular–, simplemente a ser una palabra de desaprobación, un insulto político “genérico” dirigido a cualquiera, una expresión de rechazo y una invectiva, no una materia empírica ni un término con un significado particular:

El fascismo pertenece a una categoría de lo que puede designarse como “menos que cognoscitivo” en el sentido de que no se refiere tanto a algo que existe como a la desaprobación. Poner el fascismo en un papel o pronunciarlo en una conversación se parece mucho a cancelar la suscripción a una revista con disgusto o arrojar un tomate a un orador en un evento público, pero sin preocuparse demasiado por las represalias. El fascismo no aísla tanto una cosa como la estigmatiza (Kuklick, 2022: 123-124).

Los años 30 y las primeras dos décadas del siglo XXI, con el particular énfasis a la presidencia de Trump, han sido para Kuklick dos momentos en los cuales este tipo de uso ha sido particularmente intenso, pero el “fascismo”, según este autor, desde sus inicios, llegó a ocupar un lugar particular en la cultura y la política estadounidense.¹⁸⁶ Desde su auge en la Italia y la toma de poder por Mussolini, los estadounidenses han sido obsesionados por su significado y por la posibilidad de su “migración” a su país, con un gran número de intelectuales y comentaristas estadounidenses demostrando desde los 20 su preocupación por la posibilidad de que el fascismo “corrupte a la República” y “contamine a la más grande democracia del mundo” (43). Si bien a lo largo de las décadas el propio término se había arraigado en la retórica política y en el entretenimiento –siendo el Hollywood y el cine el principal medio por el cual los ciudadanos estadounidenses se familiarizaron con el fascismo (98-109)–, para este autor el “fascismo” en Estados Unidos siempre tenía “poco significado informativo” e históricamente se había usado sobre todo de modo instrumental para denigrar, insultar y difamar a los oponentes políticos más que analizar o referirse a los grupos políticos propiamente fascistas. Tras analizar una serie de seleccionados ejemplos de las discusiones de los expertos, los análisis de los académicos y las manifestaciones del fascismo en la cultura popular, artículos de prensa y columnas de opinión, la radio, la televisión y el teatro, Kuklick acaba argumentando que más que describir el fenómeno particular, desde los 20 hasta el presente, el uso del “fascismo” en Estados Unidos, servía más bien para “denunciar lo que a uno no le gustaba”, actuando como un “sustantivo de preferencia negativa” que los estadounidenses “desplegaban contra cualquiera con quien no estuvieran de acuerdo políticamente”, una fuerza discursiva, que según Kuklick, provenía del hecho que el propio “fascismo” no tiene un significado estable (sic), pero sobre todo del hecho que como una opción política como tal nunca ha representado una amenaza real en Estados Unidos (2-3 y 23).¹⁸⁷ Así, según Kuklick el “arco” del uso de fascismo en el discurso estadounidense despegó en los 20 con un significado aun “más aterrizado”, entra en los 30 cuando el “fascismo” llegó a funcionar generalmente como el llamado “significante flotante” –el término acuñado por el célebre antropólogo Claude Lévi-Strauss, para hablar de un término “vacío de significado, uno que por lo tanto, es apto para recibir cualquier significado” (Lévi-Strauss, 1987: 63-64) –, para luego cobrar más

solía llamar) abarca todo a la izquierda, incluyendo el *New Deal*”. De este modo, según Lasch, estos términos mediante “su expansión excesiva” han perdido en Estados Unidos “todo su significado” y ya no describían las clásicas alternativas históricas del siglo XX (Lasch, 1991: 221).

¹⁸⁶ Según el citado ya Steigmann-Gall (véase: arriba), una de las razones por la negativa histórica de hablar del “fascismo” en Estados Unidos y de considerarlo como una categoría “seria”, ha sido su “sobreuso” como parte del llamado “Pánico Pardo” (“*Brown Scare*”) en los años 30, con lo que el “fascismo” para buena parte de público y comunidad académica pasó a ser solamente el “término de abuso” (Steigmann-Gall, 2017b). En este sentido, Steigmann-Gall presenta una curiosa versión invertida del argumento de Kuklick: mientras para Kuklick dado que el término ha sido tan abusado a partir precisamente de los 30 y ya no tiene ningún contenido, no sirve usarlo; para Steigmann-Gall, por el contrario, dado que el término fue tan abusado históricamente en Estados Unidos, ahora hay que finalmente recuperarlo y emplearlo, pero ahora “bien”.

¹⁸⁷ De modo sintomático para todo el “debate sobre el fascismo” donde las mismas referencias pueden servir tanto para los “alarmistas” como para los “escépticos”, Churchwell, una de las firmes proponentas de hablar de “fascismo estadounidense” y de inscribir en este linaje político a Trump (véase: arriba y Churchwell, 2020a, 2020b, 2020c), exactamente en el sentido opuesto, en uno de sus ensayos sobre el “fascismo estadounidense”, en un afán de conectar su pasado y su presente bajo Trump, igualmente reunía toda una pléyade de producciones culturales, novelas y películas, muchas de las mismas que cita Kuklick, pero precisamente para hacer el argumento contrario y verlas no como mera descripción o trivialización, sino artefactos que documentaban tanto “la genuina preocupación de diferentes autores por el auge del fascismo en Estados Unidos” como “la propia vida desaparecida del fascismo estadounidense” (Churchwell, 2020b).

significado durante la Segunda Guerra Mundial, perdurar así en la Guerra Fría y desde los finales de los 80 y principios de los 90, regresar nueva su calidad de “significante flotante” (Kuklick, op. cit., 132 y 173).¹⁸⁸

En los 20, como recuerda Kuklick, a poco tiempo de haber aparecido en el discurso público, el “fascismo” funcionaba aun con un significado “serio”: las pocas Camisas Negras que surgieron entre los italo-estadounidenses, solo para desaparecer pronto “han sido probablemente los únicos verdaderos fascistas en toda la historia de los Estados Unidos”, y usar el término para hablar de ellos, tenía sentido (21). Al mismo tiempo algunos intelectuales estadounidenses miraban con aprobación al fascismo “para mirar de vuelta a la propia política estadounidense” y “buscar alternativas al orden establecido” (*Ibidem*). Uno de los principales intelectuales que contrastaba en aquel entonces la política estadounidense con la italiana enfatizando el “ejemplo positivo del fascismo para la política progresista en Estados Unidos” (sic) era Herbert Croly, que en 1914 fundó la revista *The New Republic* (TNR) al igual que varios otros periodistas progresivos como p.ej. S. S. McClure, Lincoln Steffens o Ida Tarbell o intelectuales pragmatistas como Herbert Schenider o William Yandell Elliott (18-20 y 22-24). Croly y sus allegados, como apuntaba Kuklick, vieron en el fascismo un medio potencial para rescatar el progresismo estadounidense que estaba en declive, argumentando que el movimiento de Mussolini tenía muchas cosas en común con el progresismo (sic): la insistencia en las “obligaciones supraindividuales” o la predilección por la política pragmática, con el propio Mussolini mencionando incluso como una de sus principales influencias al filósofo pragmático William James, el gurú ide los progresistas. Si bien, desde la perspectiva de tiempo estos intentos no dejan de extrañar y reflejan más bien la incomprensión de la política europea y la italiana en particular por parte de Croly y su grupo –a pesar de que el régimen de Mussolini en sus primeros años guardaba aun las apariencias democráticas un engaño que quedó al expuesto con el asesinato de Giacomo Matteotti en 1924–, Kuklick se empeña a defender la mirada de estos intelectuales que “actuaban en buena fe”, al igual que usar el ejemplo de la corta vida de las Camisas Negras italo-estadounidenses como un caso ilustrativo para el fallo de “transferir” el fascismo al suelo estadounidense (21-22).

En la década siguiente, según Kuklick, el significado del “fascismo” se desprendió del término por completo, con el *New Deal* de Franklin D. Roosevelt (FDR) criticado rutinariamente, sobre todo desde la derecha, como “fascista” (sic), mientras los opositores de Roosevelt entre la derecha tradicional han sido igualmente descartados como “fascistas” desde la centroizquierda. Según uno de los históricos de este periodo, “una persona que no estuviese familiarizada con la era del *New Deal*, después de leer las revistas y diarios populares de la época, podría estar justificada al suponer que el fascismo fue el estado de ánimo político dominante en los Estados Unidos durante los 30” (Kuklick, 2022: 65). La prensa, observaba Kuklick, ante todo las muy populares revistas de todo el espectro político –*American Mercury*, *American Scholar*, *Christian Century*, *Harper’s Life*, *The Nation*, *The New Republic*, *The Saturday Evening Post*, *Scribner’s*–, empezaron a ver el fascismo “a lo largo y ancho del país”; *Washington Star* y *Wall Street Journal* uno de los más importantes periódicos de la época, ambos anti-rooseveltianos, eran los principales voceros que denunciaban a *New Deal* como “una política fascista” (67). La misma ha sido la suerte de los populistas estadounidenses del Partido del Pueblo (*People’s Party*) o de Theodor Roosevelt analogizados y comparados *ex post* a los fascistas y/o al Mussolini en un afán de dar sentido al desarrollo político de Estados Unidos a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX en tiempos de la dominación del Partido Republicano (GOP), la debilidad de los Demócratas y la emergencia de “terceros” y efímeros actores políticos, como el Partido Progresista (*Progressive Party*) con el que *Teddy* Roosevelt buscó su fallida reelección (11-12). Ya después de la Gran Depresión los intelectuales como John Dewey o Carmen Haider tildaban a FDR de “fascista”, temiendo que estaba instaurando un “Estado policiaco” con sus políticas intervencionistas en respuesta a la crisis (26). El propio FDR tildó durante la campaña presidencial por su parte al general Douglas MacArthur como “un posible Mussolini” –después de que este reprimió a los órdenes del presidente Herbert Hoover a los veteranos de la llamada *Bonus*

¹⁸⁸ Aquí la explicación de Laclau que enmarca el “significante flotante” en el contexto concreto de las interacciones sociales y políticas resulta de mucha utilidad (algo que no proporciona Kuklick): para Laclau, el “significante vacío” es el representante hegemónico de un conjunto de diversas demandas, constituyendo una “cadena de equivalencia” cuyos miembros se distinguen a través de una lógica diferencial. Esta cadena de demandas insatisfechas, apuntaba Laclau, crea una totalidad insatisfecha, dentro de la cual un significante subordina al resto y asume la representación del resto a través de un proceso hegemónico. En este sentido, los significantes “vacío” y “flotante” son estructuralmente diferentes, pero en práctica se fusionan: el primero se refiere a la construcción de un identidad popular una vez que se da por sentada la presencia de una frontera estable; el segundo intenta aprehender conceptualmente la lógica de los desplazamientos de esa frontera (Laclau, 2007a: 133). Un buen ejemplo de un “significante vacío/flotante” ha sido, según Laclau, el movimiento [primero un sindicato] *Solidaridad* [Solidarność] liderado por Lech Wałęsa en los astilleros Lenin en Gdańsk en Polonia, a principios de los 80. Al inicio, las demandas de este movimiento estaban vinculadas a un conjunto de demandas precisas de los trabajadores de la industria naval [o más bien respecto al poder adquisitivo de la clase trabajadora en conjunto también en otros sectores de la industria], pero pronto comenzaron a utilizarse en un contexto en el que también se articulaban muchas otras demandas en diferentes áreas de la sociedad polaca bajo el régimen del “socialismo realmente existente”, con lo que “Solidaridad”, escribía Laclau, se convirtió en el significado de algo mucho más amplio, produciendo una universalidad que cortaba la conexión entre el significante y el significado. Así, “Solidaridad” al principio tenía un significante pero luego, debido a que su atractivo aumentó demasiado, la referencia a un significado particular se diluyó (Laclau en: Moraes, 2014). En el sentido en el que el “significante vacío/flotante” puede fluctuar entre diferentes formas de articulación en diferentes proyectos, el “fascismo” en contexto estadounidense –puede tener razón desde esta perspectiva Kuklick–, es un buen ejemplo de un término cuyo significado aun cuando es ambiguo nunca está realmente vacío, sino más bien “adaptable” a diferentes usos y contextos. De mismo modo se podría argumentar que los calificativos “marxista” y/o “comunista” que Trump empleaba a menudo en contra de sus enemigos y los políticos Demócratas neoliberales que nada tienen que ver con estas tradiciones (véase: Müller, 2024b), funcionan en el contexto estadounidenses de misma manera, como “significantes flotantes”.

Army–, y él mismo, después de ganar las elecciones en 1933, por poco no ha caído víctima de un asesino, un antifascista italiano (sic) que igual que algunos comunistas estadounidenses, veía en él “un político burgués” y un “socialfascista” (sic) (33). Mientras tanto –en la misma época que Sinclair Lewis escribía su novela *Esto no puede pasar aquí* (1935)–, dos figuras políticas que inicialmente apoyaban a FDR pero que luego se distanciaron de él: Huey Long, el gobernador Demócrata de Luisiana y autodenominado “populista radical” y el padre Charles E. Coughlin acabaron tildadas de “demagogos fascistas”, con Coughlin abrazando luego el conspiracionismo antisemita (38-39, 58; véase también: Gordon, en: Rosenfeld, Ward, 2023: 155-157). A la vez, como recordaba Kuklick, uno de los más consumados y eruditos proponentes intelectuales del fascismo fue, hoy un poco olvidado, Lawrence Dennis, un escritor, publicista y teórico político. Dennis –nacido en Atlanta de un matrimonio mixto blanco y afroestadounidense, un factor que influía en su pensamiento y en su recepción–, postulaba aislacionismo, criticaba el liberalismo y el *New Deal* apuntando a la vía fascista y corporativista como una alternativa al capitalismo agotado (47-50 y 83; véase también: Horne, 2006). Luego, después de la primera reelección ante las generalizadas acusaciones de que la “administración de *New Deal* tenía el hedor de un gobierno totalitario” (sic) o de que Roosevelt “quería a instaurar una dictadura”, sus críticos no podían ponerse de acuerdo solamente si ésta iba a ser “comunista” o “fascista” (sic), sobre todo cuando se empezó a hablar de la tercera reelección en 1940, algo sin precedentes en la política estadounidense (Kuklick, op. cit.: 56 y 77-78).¹⁸⁹ Todo esto, no quiere decir –en tenor con el análisis de Steigmann-Gall o Churchwell (véase: arriba)–, que en los mismos 30 no hubiera organizaciones que se autoidentificaban con el fascismo. Como recordaba Kuklick, la Unión Estadounidense de Libertades Civiles (*American Civil Liberties Union*), una organización que velaba por las libertades civiles, editaba un panfleto especial con tal de solo ayudar a distinguir las diferentes organizaciones fascistas estadounidenses por los colores de las camisas que llevaban: doradas, plateadas, pardas, negras, etcétera y la nuevamente creada FBI por órdenes de FDR los puso bajo la lupa (Kuklick, 2022: 52). Entre estas organizaciones destacaban la Legión de Plata (*Silver Legion*) fundado en los 30. por William Dudley Pelley, el Bund Germano-Estadounidense (*German-American Bund*), junto con varias otras variopintas agrupaciones neonazis estadounidenses cuyo impacto e importancia en la política, sin menospreciar lo repugnante de sus programas o consignas, han sido no obstante microscópicos (68-71). En 1940 fue establecido el Comité Estados Unidos Primero (*America First Committee*, AFC) que se ha convertido en una de las principales frentes opositoras en contra de FDR, abogando sobre todo por el aislacionismo y la neutralidad de Estados Unidos ante la guerra en Europa. Si bien inicialmente los partidarios del AFC criticaban a Roosevelt por sus “parecidos con los nazis” (sic), asegurando que el *New Deal* creaba “un clima para el fascismo en el país” y “para la llegada de un Hitler en el modelo estadounidense”, con la llegada de Lindbergh como su vocero, un conocido simpatizante de Hitler, el AFC dio una vuelta de 180 grados para atacar a Roosevelt efectivamente desde las posiciones filonazis (81-84). Pero después del ataque japonés a Pearl Harbour en diciembre de 1941 cuando el Congreso inmediatamente aprobó la declaración de guerra a Japón, la discusión sobre “no intervencionismo” llegó a su fin y Lindbergh y AFC empezaron a ser percibidos como “traidores” y “no-patriotas” y desaparecieron de la escena política. La nueva realidad en la que Estados Unidos enfrentaba ahora “el fascismo mundial” en muchos aspectos, anotaba Kuklick, reconfiguró toda la política estadounidense por décadas (95) y con lo que el “fascismo” finalmente cobró “el verdadero sentido por vía de oposición” con FDR prometiendo “a defender al mundo libre de él”.¹⁹⁰

Si bien el paisaje político cambió después de la victoria de los aliados y los inicios de la Guerra Fría, el fascismo curiosamente permaneció como una de las principales preocupaciones de los creadores de Hollywood y por lo tanto del público estadounidense casi hasta los 50 (108-109 y 118), al igual que de los políticos en el Capitolio que producían reportes enteros como *El fascismo en acción: un estudio documentado y análisis del fascismo en Europa* (1947) para informar a los estadounidenses de como el recién derrotado fascismo “seguía siendo una amenaza para nuestra democracia” y de como “entender la naturaleza de los fascismos europeos iba a permitir a los ciudadanos ver las tendencias fascistas que permean la sociedad hoy” (109). De modo sintomático algunos políticos veían este tipo de estudios, ya en sintonía con los crecientes sentimientos anticomunistas y acorde con el marco “totalitario” que empezaba a informar el análisis político (para este punto véase: Kershaw, 2015: 44-45), y que, como recordaba Kuklick, sustituía la popular pero más periodística noción de “fascismo rojo” (*Red Fascism*) bastante popular en Estados Unidos en los 30., “apropiados sobre todo dadas las similitudes entre el fascismo y el comunismo” (118-119). Después del auge del anticomunismo y en la atmósfera de la “caza de brujas” del macartismo, muchos, incluso desde el *mainstream* político, calificaron al senador McCarthy como “fascista”: el propio presidente Truman había dicho que “no había diferencia entre él y el hitlerismo”, mientras para Eleanor Roosevelt, la viuda del presidente y una prominente figura entre los Demócratas, “sus métodos se asemejaban a los de Hitler” (124).

¹⁸⁹ Más allá de estos usos de “fascismo” como insulto y descalificación política, lo que a veces se pierde en la narrativa de Kuklick –pero a la vez algo que se inscribe en el meollo de su argumento sobre la virtual inexistencia del fascismo en Estados Unidos–, es que a diferencia de otros países de Occidente que enfrentaron muchas de las dislocaciones económicas y sociales similares en la época de la Gran Depresión y que sirvieron como el caldo de cultivo para el propio del fascismo, el resultado político de la crisis en Estados Unidos no ha sido el fascismo, sino precisamente el *New Deal* (Traverso, 2019a: 25 y 183).

¹⁹⁰ Como apuntaba Kuklick –una observación que podría inscribirse en el debate sobre la anatomía “transnacional” del fascismo sobre si Japón de los 30 y los 40 debiese estar incluido como uno de sus países-representantes a pesar de que su régimen nunca hizo una oficial adjudicación al fascismo (véase: Finchelstein, 2017: 77; Alcalde, 2020), pero que más bien refleja el uso discursivo y “denigrador” del término–, en la época de la Segunda Guerra Mundial en Estados Unidos se hablaba ampliamente del “fascismo japonés”, pero no tanto en un gesto analítico para entender y/o describir la anatomía política del régimen de Hideki Tōjō, sino en una “operación puramente retórica” a fin de introducir una suerte de “consistencia ideológica de nuestros enemigos en esta guerra en la que ‘todos ellos eran fascistas’” (Kuklick, 2022: 10 y 174; para la discusión sobre el “fascismo japonés”, también en referencia al estudio comparativo de Barrington Moore Jr., véase: Paxton 2004: 199-200).

Posteriormente los años 60 de nuevo vieron el regreso del “fascismo” más como un “significante flotante” dirigido tanto en contra de la derecha como en contra de la izquierda, aunque en este ejercicio dominaba la izquierda opositora a la guerra de Vietnam. De los políticos, particularmente Richard Nixon¹⁹¹ y Barry Goldwater fueron rutinariamente calificados como “fascistas”. Goldwater, el senador Republicano que buscó, sin éxito, la presidencia frente a Lyndon B. Johnson en 1964, fue a menudo comparado a “Hitler”, al mismo tiempo que muchos de sus partidarios Republicanos comparaban “de vuelta” así a Johnson (para más sobre el uso indiscriminado de “fascismo” en los 60 y 70, véase: Perlstein, 2015). Dos décadas más tarde su lugar había ocupado Ronald Reagan, aunque al mismo tiempo los Republicanos, que a mitades de los 80 parecían controlar el debate nacional calificaban y comparaban a “fascistas” a sus oponentes liberales y de izquierda (Kuklick, 2022: 132 y 173 y 175-178), siguiendo así una larga historia de una conocida fraudulenta operación intelectual en la derecha estadounidense según la cual “los verdaderos fascistas siempre han estado en la izquierda” y/o entre los liberales (181).¹⁹² Así, si hay alguna característica uniforme de la política estadounidense, según Kuklick, es precisamente el uso radicalmente indiscriminado del “fascismo” que desemboca en la “erosión del significado” y “vaciamiento del término”.¹⁹³ Alguna vez y en algún momento cualquier posición y cualquier figura en la vida política estadounidense, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, ha sido calificada por

¹⁹¹ Según algunos analistas más que por ejemplo con el presidente Andrew Jackson (1829-1837) como mantenían otros, Trump tenía mucho más en común con Nixon (1969-1974), el desafortunado presidente Republicano forzado a renunciar por abuso de poder después del escándalo de *Watergate*, con quien lo unían los ataques a los tribunales, su tono a menudo descorteses y burlón respecto a otras personas o sus ataques a los medios de comunicación (Peterecz, 2018). Igualmente, como argumentaba por su parte Rick Perlstein en el centro de la estrategia política de Trump no estaba la experiencia política fascista ni la de Alemania nazi sino la “estrategia sureña” (*Southern Strategy*) del Partido Republicano iniciada precisamente por Nixon en su exitosa campaña presidencial de 1968. Allí instrumental para su victoria ha sido el “llamado de silbato para perros” (*dogwhistle*) a los llamados “Dixiecrats”, los Demócratas racistas que fundaron un partido efímero, Partido Demócrata de los Derechos de Estados, y que luego asumieron el control parcial o completo del partido Demócrata en varios estados del sur en oposición a la integración racial y la abolición de las leyes *Jim Crow* y la supremacía blanca mediante la intervención federal. Estos sectores blancos se sentían desencantados con el Partido Demócrata, —en su momento el pilar de las políticas segregacionistas en el sur—, después de la aprobación de las Leyes de Derechos Civiles de 1964, iniciados por la administración de John F. Kennedy y aprobados por su sucesor Lyndon B. Johnson. La “estrategia sureña” de Nixon es considerada como uno de los momentos fundadores de la actual estrategia conservadora y los inicios de la política del resentimiento blanco moderno que en el seno del Partido Republicano (véase: Perlstein, 2008). Pero incluso estas paralelas tienen sus límites: como bien apuntaba Corey Robin, Nixon en sus ataques a las instituciones y la democracia ha sido mucho más radical que Trump (véase: 2.3.), y encima, en lugar de dejar el cargo antes del juicio político (*impeachment*) como Nixon, Trump en cambio se aferró al puesto sobreviviendo finalmente no uno sino dos intentos de destitución fallidos y lo más importante, en lugar del famoso “adiós final” de Nixon al subir a un helicóptero después de abandonar la Casa Blanca, Trump prometió permanecer en la política cuando dejó la Casa Blanca asegurando que se iba a presentar en las elecciones de 2024 (cosa que efectivamente logró, ganando incluso nuevamente la presidencia).

¹⁹² Uno de los principales expositores de esta tesis en el contexto estadounidense es Dinesh D’Souza, un comentarista, que en sus libros y documentales no solo suele localizar el fascismo “firmemente en la izquierda”, sino también a menudo compara por ejemplo a Hillary Clinton y/o al Partido Demócrata a los “fascistas” y/o los “nazis” (véase: D’Souza, 2017). De allí, tal como lo había expuesto D’Souza, en su documental *La muerte de una nación* (“*Death of a nation*”), Trump “no podía ser considerado fascista porque el fascismo era un movimiento de izquierda” y que, en particular, “Hitler apoyaba al Estado de bienestar”, etcétera. En ojos de muchos conservadores pro-trumpistas este argumento absolvía a Trump de la acusación de ser un “fascista” y explicaba también por qué su hijo, Donald Trump Jr., alabó a D’Souza que, supuestamente, con su trabajo “exponía los vínculos del fascismo con los progresistas” (véase: Becker, 2018). Otro de los representantes de la misma corriente es el columnista Jonah Goldberg, según el cual, el fascismo “es una enfermedad que viene de la izquierda” y es propia a los liberales [en el sentido estadounidense], con la Revolución Francesa, uno de los predilectos objetos de crítica de los conservadores, como “el primer movimiento fascista” (sic) (véase: Goldberg, 2010). Estas tendencias ahistóricas de ver el fascismo del lado de la (centro)izquierda, como bien apuntaba Kuklick, tienen sus raíces en el análisis sobre el “necesario resultado del ‘camino hacia la servitud’” de Friedrich von Hayek, uno de los principales teóricos y fanáticos del libre mercado. Para Hayek “el camino hacia la servitud” era uno mediante el cual “los liberales por la vía del Estado de bienestar conducían la sociedad al fascismo” (sic) (Kuklick, 2022: 136).

¹⁹³ El clásico ejemplo, en un plano literario-político de este tipo de análisis que vincula el uso indistinto de conceptos con la tergiversación de su significado, en particular respecto al “fascismo” —y al que de paso se adjudica Kuklick (2022: 121)—, es George Orwell. Orwell, en general, solía localizar las raíces del “caos político de sus propios tiempos” —el auge del fascismo en los años 20 y 30— en “la erosión del lenguaje”, pero en un breve artículo de 1944, aun cuando “el mundo libre” estaba luchando con el fascismo, lamentaba también que la propia palabra “fascismo” “ya no tenía ningún significado excepto en la medida en que significaba ‘algo no deseable’” (Orwell, 1944). “Se verá que —anotaba Orwell—, tal como se usa, la palabra, ‘fascismo’ carece ya casi por completo de significado. En la conversación, por supuesto, se usa aún más salvajemente que en forma impresa. Lo he escuchado aplicado a granjeros, comerciantes, Crédito Social, castigo corporal, caza del zorro, corridas de toros, el Comité de 1922, el Comité de 1941, Kipling, Gandhi, Chiang Kai-Shek, homosexualidad, transmisiones de Priestley, albergues juveniles, astrología, mujeres, perros y no sé qué más” (Orwell, *Ibidem*). Aun así, Orwell no creía que la situación fuera del todo desesperada y anotaba que “debajo de todo este lío yace una especie de significado oculto” y que sería posible, quizás algún día, especificar algún contenido real del “fascismo”, pero mientras tanto uno solo tenía que usarlo con “cierta cantidad de circunspección y no, como se suele hacer, degradarlo al nivel de una palabrota” (*Ibidem*).

sus oponentes como “fascista”: en los 30, los socialdemócratas en Estados Unidos fueron llamados “socialfascistas” por sus oponentes comunistas (para las raíces de este uso véase: Capítulo 2., 2.1.1.); según algunos intelectuales conservadores, Franklin D. Roosevelt (FDR) era un “fascista” y a finales de la década de los 60 las Panteras Negras llamaban “cerdos fascistas” a los liberales y a los Demócratas. Así, apuntaba Kuklick, el *New Deal* era “fascista”, y también lo era la “revolución” de Reagan. El sur de *Jim Crow* era “fascista”, pero también lo eran sus oponentes en el Movimiento por los Derechos Civiles. Barack Obama era un “fascista”, pero también lo era John McCain.¹⁹⁴ Para Al Gore, el vicepresidente de Obama, que del activismo ambiental hizo su emblema político, luchar contra el cambio climático, era “como luchar en contra del fascismo”. Donald Trump era un “fascista” y así él mismo tildaba a algunos de sus oponentes afirmando que Estados Unidos “enfrentaba una seria amenaza por parte del ‘fascismo de extrema izquierda’”¹⁹⁵, todo esto sin mencionar la ampliamente difundida “cultura” de tildar a uno u otro de “fascista” en redes sociales, sitios web de opinión o comentario, blogs, reseñas de libros y películas, evaluaciones académicas, etcétera (182-183).¹⁹⁶

En este sentido, es interesante observar que a las mismas conclusiones que Kuklick desde un ángulo completamente diferente —no desde el análisis del discurso, sino desde la historia del fascismo—, había llegado la citada ya historiadora Victoria de Grazia según la cual “el ‘fascismo’ ha de ser la palabra con el uso más descuidado últimamente en el vocabulario político estadounidense” y cuyo uso descuidado es una “práctica política tan *americana* como el pastel de manzana” [*as american as apple pie*] (de Grazia, 2020). No obstante, como argumenta de Grazia, “usar una palabra [en este caso “fascismo”] de manera incorrecta simplifica la historia y no nos ayuda enfrentar la política actual”. Y para facilitar este entendimiento, proponía diferenciar entre el “fascismo” usado como una “etiqueta política” y como un “fenómeno histórico”. Mientras el primero, el contexto estadounidense, puede referirse al uso respecto a figuras como McCarthy, Nixon, Kissinger o Johnson por sus políticas internas y externas, el segundo uso, que apunta a conservar el contexto del surgimiento del fascismo histórico —reducido hoy desgraciadamente por Hollywood a una lucha “entre el mal y el bien” y al antisemitismo como su “principal atributo”—, se podría referir a las secuelas de la Primera Guerra Mundial, la militarización de las sociedades enteras y cicatrices que dejó la guerra, el colapso de los sistemas y las clases políticas enteras incluso en países que nominalmente ganaron la guerra (¡Italia!), sus promesas de “ser la tercera vía” entre el socialismo y el capitalismo que resolvería el conflicto entre el trabajo y el capital (sic), enfrentar las “masas amarillas” (socialdemocracia), el complot del “judeobolchevismo”, la “avaricia del imperialismo británico” y/o el colapso del orden liberal internacional, etcétera, nada de lo que existe hoy (de Grazia, 2020).

Las reacciones al libro de Kuklick —que sirven también bien para ilustrar las dinámicas dentro de todo el “debate sobre el fascismo”—, han sido variadas. Según Anthony DiMaggio, un politólogo estadounidense y uno de los “alarmistas” (véase por ejemplo: DiMaggio, 2020a, 2020b, 2020c, 2022), autor también de un libro titulado *El creciente fascismo en Estados Unidos: esto puede suceder aquí* (2022a) —donde argumenta por ejemplo que, tal como demostraba la extrema polarización en los medios estadounidenses, “el fascismo en Estados Unidos burbujeaba bajo la superficie mucho antes del golpe del 6 de enero” y que Estados Unidos con Trump “estaban al borde del fascismo”—, el libro de Kuklick con sus “lamentaciones que el ‘fascismo’ sea un término usado en exceso”, representaba “ya casi un cliché entre los historiadores estadounidenses” (DiMaggio, 2023a). Pero, continuaba, “Sinclair Lewis, al escribir sobre el espectro del fascismo hace un siglo, entendió algo que la mayoría de los historiadores no entienden: que la cultura intelectual estadounidense detesta reconocer las corrientes fascistas subyacentes en este país” (*Ibidem*). Según DiMaggio esta hostilidad viene de la creencia de los intelectuales estadounidenses de que “su nación es una ‘democracia excepcionalista’; por lo tanto, el fascismo ‘no puede suceder aquí’” (*Ibidem*). Así, el libro de Kuklick era para él solo uno de los recientes ejemplos de este —supuesto— “*trend*” y además uno que lamentando el abuso del “fascismo” se negaba a considerar “cualquier evidencia que sugería lo contrario” [la existencia de verdaderas corrientes fascistas en Estados Unidos, tanto ayer como hoy], siendo “un ejemplo de una ‘cultura intelectual’ más amplia” e incluso de una suerte del —supuesto—,

¹⁹⁴ Un ejemplo de este uso de “fascismo” en el contexto estadounidense que criticaba Kuklick eran las voces de algunos columnistas de izquierda según los cuales en 2016 “el fascismo de Trump apenas iba a continuar donde lo dejó el ‘fascismo de Obama’” y que para justificar esta etiqueta apuntaban, muy en el espíritu de Angela Davis (véase: arriba), a la continuación de las guerras imperiales, la vigilancia masiva o la permanencia del sistema carcelario masivo racial (véase: Rall, 2016).

¹⁹⁵ En este sentido, el enmarcar este tipo de uso indiscriminado de “fascismo” como resultado de una determinada cultura en la vida política estadounidense, tal como lo hace Kuklick, parece, aunque no sin sus puntos ciegos, un análisis mucho más convincente que el forzado término de “esquizofascismo” (*schizofascism*) inventado por Snyder (véase: 2016b y arriba, 2.5.), y cuyo principal propósito parece ser el afán de poner bajo el mismo paraguas de “fascismo” tanto a Trump como a Putin.

¹⁹⁶ Este tipo de uso denunciado por Kuklick no era exclusivo solo de Estados Unidos. En las décadas anteriores a la “explosión” y al retorno del “fascismo” propiciado por las recientes victorias electorales de la extrema derecha a lo largo del mundo (véase: Capítulo 1., sección 1.), el uso de este término estuvo muy propagado también en Europa, sobre todo en los 60, ya sea para designar a gobiernos particulares, sus políticas o las sociedades en su conjunto. Como observaba Mercer, si bien en muchas ocasiones su uso podía parecer justificado —como cuando por ejemplo los estudiantes en la República Federal Alemana (RFA) usándolo denunciaban a las leyes anticomunistas (*Berufsverbot*) a fin de establecer un paralelo entre Alemania de aquel entonces y las leyes de la Tercer Reich—, el término gradualmente ha sido sujeto también a un vaciamiento paulatino que hizo que este dejara de ser un referente histórico y teórico, degenerando simplemente en un insulto genérico o en una broma (Mercer, 2016). En sentido contrario, Jürgen Habermas había comparado los estudiantes al “fascismo” por su “aversión al diálogo” (acuñando de paso el término “fascismo de izquierda”), mientras su mentor Theodor W. Adorno, empezó a implementar hacia la Nueva Izquierda su concepto de la “personalidad autoritaria” que introdujo unas décadas antes para estudiar el auge del nazismo. Más que abonar al análisis y a la comprensión de la política, este tipo de uso de “fascismo”, como apuntaba Mercer, causó solamente “más desasosiego conceptual” (Mercer, op. cit.).

“negacionismo” de la existencia del fascismo en Estados Unidos, algo “muy proliferado en los círculos académicos, intelectuales y políticos” (sic) (DiMaggio, 2023b).

Frente a este crítica, de modo un poco sorprendente dado que el análisis de Kuklick al privilegiar el análisis del discurso está despegado de cualquier historia y teoría acerca del auge y funcionamiento del fascismo “real” –algo que es uno de los enfoques y preocupaciones centrales de este estudio–, Stanley G. Payne, uno de los máximos expertos en fascismo y a la vez un intelectual que a lo largo de los últimos años se ha negado rotundamente de calificar a Trump como “fascista” (véase: 2.1.2.), encontró al libro de Kuklick “muy útil” como un antídoto al uso indiscriminado del término y “un estudio razonablemente completo de la desconcertante variedad de formas en que se ha utilizado la palabra ‘f’ en Estados Unidos durante el siglo pasado” (Payne, 2022a). Para Payne, frente a la explicación del propio Kuklick de por qué el “fascismo” cobró tanta importancia en la política y en la cultura estadounidense –la generalizada incapacidad de los estadounidenses de “lidiar con la realidad de que viven en un país enorme, complejo e imperfectamente democrático que ha evolucionado (o se ha desviado) lejos del muy delimitado sistema constitucional con el que los Fundadores habían buscado disciplinar la representación mayoritaria” (Kuklick, 2022: 112)–, algo que Payne encontraba “demasiado sutil”, para él no obstante, la razón por la ubicuidad de la “palabra ‘f’” era más bien el hecho de que históricamente “el fascismo representa la única alternativa política destructiva importante que surgió dentro de la propia civilización occidental desde el siglo XVIII, mientras que la asociación con el hitlerismo y el Holocausto le dieron una connotación demoníaca única” (Payne, op. cit.). Pero meditando sobre el sentido del “fascismo”, una, por defecto “archi-amenaza a la democracia”, Payne apuntaba que hoy en día todo su uso, casi sin excepciones, “constituye más bien una cortina de humo mental y política” (*Ibidem*). Así, para él, la amenaza real en los países como Estados Unidos, “no proviene de pequeñas milicias escasamente armadas o de ‘insurrectos’ desorientados, ni de un demagogo caótico como Trump, sino del aparato estatal ya en funcionamiento”: de gobernar por decreto ejecutivo en lugar de legislaturas electas, de la influencia de los servicios de inteligencia politizados y de un poder judicial sesgado y coercitivo. “En las democracias avanzadas –apuntaba Payne– estas cosas [las amenazas a la democracia] funcionan más desde adentro hacia afuera que desde afuera hacia adentro” (*Ibidem*).¹⁹⁷ En el mismo sentido, para Payne, las muy populares denuncias de la “nazificación del Partido Republicano” o el hecho de tildarlo de “fascista” junto con Trump (véase: Reich, 2023a, 2023b), más que con el fascismo histórico o con el nazismo “real”, tienen que ver precisamente con el particular uso de estos términos en Estados Unidos en clave de “llamarse nombres”. Como recordaba Payne, en 1938, el propio FDR ante el desafío político del Partido Republicano resurgente después de la Gran Depresión, denunció las tendencias “fascistas” en este partido, abriendo el camino a este tipo de uso:

Fue un ejemplo temprano de cómo el término podría aplicarse incluso a los conservadores leales al marco de la democracia liberal. Uno podría haber esperado que este uso se extinguiera: ningún fenómeno político moderno importante ha sido tan completamente desacreditado y borrado como lo fue el fascismo europeo. Sin embargo, la palabra “f” nunca fue enterrada, ya que había alcanzado un estatus demoníaco como ninguna otra, lo que la hacía muy útil en las polémicas partidistas. Su poder de estigmatización seguía siendo incomparable, y así, en 1947, dos años después de la destrucción total del nacionalsocialismo, cuando el presidente Harry Truman se encontraba en una difícil lucha política, revivió igualmente la estrategia retórica de Roosevelt, advirtiendo de las tendencias “fascistas” entre los Republicanos (Payne, 2022b).

En otro lugar hablando también de los usos (y abusos) del término “fascismo”, Payne apuntaba que levantar el espectro de la “derecha radical” sigue siendo útil para asegurar la posición del *establishment*: “dado que hay tan pocos extremistas de derecha genuinos en Estados Unidos, ha sido necesario inventarlos de manera muy similar que la Comintern inventó múltiples ‘fascismos híbridos’ en la década de los 20” (Payne, 2020b; véase también: 2.1.1.). Aunque el fascismo casi ha desaparecido, apuntaba Payne, el “antifascismo”, hoy generado sobre todo desde el centro liberal-conservador y de modo puramente retórico sin ninguna conexión a diferencia por ejemplo de la época de *New Deal*, una suerte de “antifascismo sin fascismo”, hace posible crear o imaginar exactamente el tipo correcto de enemigo, “uno que de hecho no existe” (*Ibidem*). Esto tiene la utilidad adicional, en su opinión, de parecer justificar un llamado a la violencia y la adopción de tácticas cada vez más agresivas, que imponen un poder centralizado y términos de censura cada vez mayores –precisamente el legado envenenado del “antifascismo” post-weimariano que se fusionó con las exigencias de la Guerra Fría y ha cobrado rasgos represivos al estar listo a expulsar del sistema político a cualquiera que sea visto como una amenaza (véase: Bessner, Greenberg, 2016 y Capítulo 4., 4.3.)–, todo a fin de “salvar la democracia estadounidense”. No existe una forma más sencilla y fácil de estigmatizar y afirmar verbalmente el poder sobre un oponente, anotaba Payne, que llamarlo “fascista”:

Hace dos siglos, Tocqueville advirtió sobre el potencial de un “despotismo suave” en Estados Unidos, un nuevo tipo de totalitarismo, que sería la ruina de la libertad estadounidense. ¿Podría ser esta su primera fase: el uso propagandístico del “fascismo” para descalificar a la disidencia y, por lo tanto, ablandar al público estadounidense por las medidas

¹⁹⁷ Uno de los principales representantes de este tipo de argumento que ve la democracia como una ente acechada “desde afuera” por fuerza antidemocráticas determinas a destruirla y tratando de encontrar las paralelas y las “lecciones” de los años 30 a fin de “salvarla” de este ataque, es el citado y discutido ya Timothy Snyder (véase: 2.5.), que no obstante falla en observar que a diferencia por ejemplo de Hitler, que si bien subió al poder por la vía electoral, empleó para esto “ejércitos privados de matones” y procedió inmediatamente a destruir las instituciones democráticas existentes y reemplazarlas con las suyas, mientras los grupos de extrema derecha contemporánea utilizan para ello el dominio electoral y las instituciones del Estado (véase: Evans, 2018c; para más sobre Snyder, véase abajo: Capítulo 4., 4.1.).

antiliberales? Si es así, entonces la democracia está ciertamente en peligro, pero principalmente por sus propios autoproclamados “salvadores de la democracia” (Payne, 2022b).

De modo parecido en referencia al uso del “fascismo” como el gesto de “encender el alarma”, el historiador Daniel Bessner en su propia reseña del libro de Kuklick, apuntaba que para muchos usar esta etiqueta es una forma políticamente útil de por un lado “de obligar a la gente a apreciar que el capitalismo democrático liberal al estilo estadounidense previene la opresión como la que ocurrió en la Alemania nazi” y, por otro “de movilizar a la gente contra la extrema derecha” (Bessner, 2023b). Tanto el primer como el segundo argumento le parecen no obstante poco convincentes. El “fascismo” como una herramienta a confrontar a los estadounidenses con el racismo estructural, la violencia racializada, la existencia y/o la expansión del sistema carcelario o el intervencionismo imperial ha estado en circulación bien desde los 60 y 70 (véase: arriba 2.6.) y, como aseguraba Bessner, “ha tenido un efecto marginal” en la forma en que la población estadounidense entiende la sociedad. Algo parecido ocurre, según Bessner, con el segundo argumento dado que no existen ningunos datos claros que indiquen en qué medida la comparación al fascismo efectivamente logró movilizar a los votantes estadounidenses en las elecciones presidenciales de 2016 y 2020 o por ejemplo en algunas de las elecciones intermedias durante la presidencia de Trump. ¿Fue el marco del fascismo una parte importante del esfuerzo por hacer que los votantes se sintieran ansiosos por la supervivencia de la democracia?, preguntaba Bessner y contestaba que simplemente no lo sabemos subrayando que el propio mensaje de la “defensa de la democracia” de ninguna manera depende de la identificación de la amenaza a ella con el fascismo y que, dado los efectos distorsionadores al análisis y al debate público que trae el uso indiscriminado de este término, “se puede descartarlo sin perder mucho” (*Ibidem*). Apuntando a la manera en la que el “fascismo” y otras comparaciones históricas parecidas invocan de manera inevitable a “imágenes de matones de camisa marrón golpeando puertas o psicópatas de camisa negra dirigiendo los campos de exterminio”, Bessner preguntaba con razón en qué medida este tipo de invocaciones nos pueden ayudar a resolver los problemas políticos de actualidad: “ni el cambio climático, ni la desigualdad, ni el racismo estructural, ni la desesperanza general que ha impregnado a la sociedad estadounidense serán derrotados de manera que se asemeje a la derrota del fascismo en 1945” (*Ibidem*). En sintonía con Kuklick –y muy al contrario de DiMaggio que veía más bien la obsesión en el supuesto “negacionismo” de la existencia del fascismo en Estados Unidos (2023c)–, para Bessner, el hecho de que la presidencia de Trump dio lugar en el país a “una obsesión con el fascismo entre los intelectuales no vistas desde la décadas de los 30 y 40”, refuerza precisamente su negativa en calificar a Trump como “fascista”:

A primera vista, no es obvio por qué tantos críticos identificaron a Trump como “fascista” en lugar de, digamos, George W. Bush. Bush, que después de todo, estableció organismos gubernamentales como el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas, la organización más parecida a la Gestapo en el país, y el Departamento de Seguridad Nacional, cuyo nombre incómodamente hace eco del alemán *Heimatschutz*, un término asociado con la extrema derecha. Además, las políticas de Bush (socavar a FEMA, o invadir Afganistán e Iraq) resultaron indiscutiblemente en la muerte y el desplazamiento de muchas más personas que las políticas de Trump (Bessner, op. cit).

Y continuaba:

Algunos podrían decir que las acciones tomadas por los Republicanos en los años desde 2016 eran más peligrosas que las que ellos mismos tomaron en la década de 2000, que las afirmaciones de fraude electoral del Partido Republicano de Trump y sus intentos de limitar la participación de los votantes amenazaban la democracia de una manera que el Partido Republicano de Bush nunca lo hizo. Encuentro esto difícil de creer, dado que los muchos logros de Bush (robarse una elección, iniciar guerras sin sentido, violar diversas libertades civiles) son objetivamente más dañinos (y más parecidos a los nazis) que cualquier cosa que Trump y su Partido Republicano hayan intentado de implementar (*Ibidem*).¹⁹⁸

A parte de preservar el sentimiento de “inmaculidad” y “excepcionalidad”, apuntaba Daniel Bessner, hoy en día “identificar a los ‘fascistas’ permite que los estadounidenses se imaginen a sí mismos como parte de una lucha histórica mundial consecuente entre el bien y el mal” –un sentimiento al que apuntaba también de Grazia (2020)–, un encuadre ahistórico “que brinda socorro psíquico a todos los que no tienen influencia sobre el poder” (Bessner, op. cit.). En este sentido “el debate sobre el fascismo contemporáneo trata de mucho más que el fascismo: trata del sentido de identidad de las personas en un momento de política antipopular”, con lo que finalmente, invocando a la convincente argumento de Kuklick, Bessner, al encontrar el término “poco

¹⁹⁸ Uno de los analistas que alertaba de modo temprano sobre el advenimiento de “una suerte del fascismo” en Estados Unidos precisamente durante la presidencia de George W. Bush ha sido el eminente filósofo político estadounidense Sheldon Wolin (2003b). Para alertar sobre esta amenaza, Wolin acuñó incluso un término aparte: “totalitarismo invertido” (2003a) describiendo lo que él veía como una forma emergente de gobierno en Estados Unidos que se estaba convirtiendo cada vez más en una “democracia administrada” (similar a lo que hoy denominaríamos como la “democracia iliberal”). Wolin utilizaba el término “totalitarismo invertido” para llamar la atención a los aspectos totalitarios del sistema político estadounidense y argumentando que el gobierno estadounidense, cobraba “similitudes con el gobierno nazi” como resultado de repetidas movilizaciones militares: primero para luchar contra las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial, luego para contener el comunismo durante la Guerra Fría y finalmente –bajo la administración Republicana de Bush hijo– para luchar en la Guerra contra el Terror después de los ataques del 11 de septiembre (*Ibidem*).

útil para entender la política contemporánea, aconsejaba a “abandonar por completo el término ‘fascismo’ del vocabulario de la izquierda estadounidense” (sic) (*Ibidem*).

Así, resumiendo, uno está tentado a concluir que mientras Kuklick logra hacer unos puntos interesantes, otros resultan bastante problemáticos. Sobre todo a la luz del capítulo anterior (2.6.) uno podría estar de acuerdo con la crítica de Kuklick a los intentos de leer e identificar el “fascismo” *ex post* en la historia estadounidense y luego, mediante algunas conexiones arbitrarias, extrapolarlo al presente. Según Kuklick identificar el fascismo en la historia de Estados Unidos “distancia a los ciudadanos estadounidenses de su propio pasado” al insistir en que “peligrosos desafíos deben haber emigrado desde el exterior” (Kuklick, 2022: 3). En contraste con esto, apuntaba Kuklick muy en tenor del análisis de Robin (véase: 2.3.), hay múltiples fenómenos políticos “de cosecha propiamente estadounidense” que moldearon el pasado para peor: el racismo genocida, el militarismo rapaz y una obsesión violenta por encarcelar a las minorías de las que ninguna ha sido “un invento fascista” y de las que todas tenían raíces en la propia historia estadounidense. Por lo tanto no hace falta importar un término con “una valencia extranjera” para explicar estos fenómenos, al menos si uno explícitamente quisiera desprenderse de esa historia (Kuklick, 2022: 3). Pero el problema con su estudio es que dado que su enfoque es puramente “discursivo” –igual que de hecho su uso por muchos de los comparatistas y “alarmistas”–, carece de cualquier teoría del fascismo y de un análisis más aterrizado históricamente, algo que resulta problemático desde el punto de vista del estudio presente: el análisis del discurso por sí solo al carecer de cualquier perspectiva teórica y política respecto al funcionamiento del fascismo “real”, se inscribe en algunos, señaladas anteriormente problemas con el mismo uso de “fascismo” y las comparaciones a él, que reflejan la relevancia del estudio presente (véase: Capítulo 1., sección 4.). Algo que, dicho sea de paso, demuestra a la vez que las mismas limitaciones y deficiencias podrían ser observables en ambos lados del “debate sobre el fascismo”: tanto entre los “alarmistas”, como entre los “escépticos” como el propio Kuklick. Así, más que una herramienta de análisis crítica, la perspectiva del análisis del discurso de Kuklick, sirve aquí solamente como un punto referencia y una suerte de “caso de control”, y junto con los casos del uso de “fascismo” en contexto de la historia estadounidense (véase: arriba) sirve, como ya se ha mencionado al inicio de este estudio (véase: Capítulo 1.), para completar el panorama histórico de la presencia y de las discusiones en torno al fascismo en Estados Unidos.¹⁹⁹

El ángulo que persigue Kuklick, es el del funcionamiento de esta etiqueta en el discurso político estadounidense, más allá de las definiciones y al margen de su dimensión histórica. Lo que hace explícitamente Kuklick es prescindir de ofrecer cualquier definición del fascismo o adjudicarse a ninguna teoría existente, algo que ve como “secundario”, optando por centrarse en lo “primario”, o sea, en sus expresiones y usos estadounidenses (Kuklick, 2022: 3-5), cuando más bien –y este es también uno de los postulados teóricos de este estudio– estos ordenes deberían estar revertidos. Esta ahistoricidad y falta de teoría –muy en tenor de las críticas de Emilio Gentile (véase: Capítulo 2., 2.4.)–, vuelve este tipo de análisis, vago e inverificable. El problema, como ya se ha mencionado, es que, Kuklick, al igual que muchos a los que se refiere su crítica, no tiene ninguna precisa ni falsificable definición del fascismo ni teoría de su auge ni funcionamiento. Ver y tratar al “fascismo” solamente como “una categoría menos cognitiva” y “más evaluativa que fáctica” que en vez de referirse a algo que existe, indica solo “la falta de aprobación” (Kuklick, op. cit: 3), es salirse de lleno de la historia y de la realidad política. Esta suerte de mirada, al hacer solamente una revista de las expresiones y los usos del “fascismo” en la política y en la cultura estadounidense podría parecer atractiva, pero igualmente produce una importante laguna en medio de un rico abanico de casos y expresiones que cita el autor.²⁰⁰ Si bien el mismo Kuklick, como lo subrayaba por ejemplo Payne, critica de modo “refrescante” el uso superficial y vago del “fascismo” en Estados Unidos su argumento que se limita solamente en la acumulación de episodios de la historia estadounidense parece acabar en lo mismo: la vaguedad. De hecho, el hecho de suscribirse y partir de una determinada definición y/o teoría del fascismo solo podría resaltar su conclusión del uso retórico vago e indiscriminado de este término a lo largo de las décadas en Estados Unidos, volver a llenarlo de significado y constituir su importante base y respaldo.

Así su afán de contrarrestar lo que él considera como una “saturación” en el uso del fascismo puede aparecer útil en contexto de las comparaciones de Trump al fascismo –así como lo han reconocido Payne o Bessner–, pero es insuficiente: las históricamente y teóricamente informadas críticas como por ejemplo las de Riley (2018, 2019), resultan en nuestro contexto mucho más pertinentes. Para Kuklick, desde su punto de vista del análisis del discurso, es evidente que en la política cotidiana y en la cultura popular estadounidense el término “fascismo” funciona de manera superficial y, a menudo, solo sirve como un insulto, pero esta no es una observación muy notable ni particularmente penetrante. El hecho de que usemos un concepto como una palabra ofensiva sin mucho rigor no significa que este no tenga un significado ni ningún contenido, como parece argumentar este autor. Como hemos visto, si bien al inicio de su estudio Kuklick asegura que a pesar de la expansión conceptual y la devaluación del término en la política y en la cultura estadounidense en las últimas décadas “el fascismo no está desprovisto del

¹⁹⁹ Si bien Kuklick no aplica el análisis del discurso a analizar al propio Trump y sus políticas, sino más bien a analizar los usos del fascismo en el discurso público estadounidense en el siglo XX, Ruth Wodak una destacada lingüista austriaca y una de las más eminentes investigadores del análisis crítico del discurso, profesora de la Universidad de Viena, enfocándose en él y su discurso aseguraba que si bien “no servía especular si Trump es o no es un fascista” (sic) –Trump, según ella, con frecuencia cambiaba de opinión y en su sed de poder, dinero y reconocimiento público, podría ser visto más bien como un “vendedor entretenido muy persuasivo”, que vende lo que sea necesario para lograr sus objetivos, apoyado e instrumentalizado por sus ideólogos–, el análisis del discurso a modo de investigadores como Umberto Eco (sic), Michael Billig o John E. Richardson que recomiendan centrarse en la gama de prácticas discursivas y materiales que realizan e implementan las posiciones ideológicas, podría ser útil para analizar las políticas de su administración (Wodak en: Jackson, 2021).

²⁰⁰ Otra debilidad del enfoque de Kuklick que a primera vista se ve como una ventaja, es estudiar un abanico de fuentes extremadamente amplio –la prensa, el discurso de los intelectuales, políticos, la literatura, el cine, etcétera–, una dispersión que mezcla diferentes ordenes discursivos y le resta la claridad a su estudio.

significado real” y “no es solamente un significante vacío” (Kuklick, *Ibidem*), aunque por lo general así funcionaba en el discurso estadounidense, ya no regresa a este punto y en ningún momento dice que es este significado mientras el tono “ultraescéptico” de su análisis parece más bien contradecir esta aseveración. Y el hecho de que un término sea confuso o poco claro en el uso común no debería ser el final, sino el comienzo de la investigación. De todos modos, el discurso y la dialéctica siempre proceden de la clarificación y la especificación de los términos en el curso de la argumentación. Es cierto que el “fascismo”, sobre todo en la política y en la cultura estadounidense, se ha usado a menudo como un insulto –solo como “etiqueta política” y no como un “fenómeno histórico”, diría de Grazia (2020)– e incluso muchas veces de manera ridícula y contraproducente (el uso sobre todo por parte de comentaristas conservadores elaboradamente de mala fe como Jonah Goldberg o Dinesh D’Souza, bordea efectivamente con la caricatura). Pero el hecho de que un término haya sido utilizado mal no significa que es inútil o que –como acabó argumentando Bessner a raíz de la lectura de Kuklick y frente, como él mismo subrayaba, a su indiscriminado uso respecto a Trump–, deba abandonarse (Bessner, 2023b). La debida contextualización, historización y el apego a una determinada definición y teoría del fascismo es algo crucial. Al final, los más convincentes argumentos a favor de no usar este término para hablar de Trump, los Republicanos y/o la extrema derecha contemporánea en general como los de Riley (véase: 2.2., 2.2.1., 2.2.2.) o Gentile (véase: 2.4.) están hechas desde la propia teoría del fascismo lo que significa que no debemos desechar este término por completo y “eliminarlo de nuestro vocabulario”, algo que amontaría, ni más ni menos, a tirar el niño junto con la bañera. El “fascismo” como concepto sigue siendo útil y relevante como un dispositivo heurístico siempre cuando está propiamente historizado y teorizado.

CAPÍTULO 3.

3.1. ANÁLISIS DE TEXTOS

#1

AUTOR	Jamelle Bouie
TÍTULO	<i>Donald Trump is a fascist</i>
MEDIO	Slate
PALABRAS CLAVE	Adolf Hitler Benito Mussolini Democracia Donald Trump Fascismo Elecciones (2016) Estados Unidos <i>Jim Crow</i> Umberto Eco
FECHA	25 de noviembre de 2015

Jamelle Bouie, es un columnista y periodista estadounidense de origen afroamericano, calificado como “uno de los comentaristas definitorios sobre la política y las cuestiones raciales en la era Trump”. Desde 2019 se ha convertido en un columnista fijo de The New York Times. Su columna (Bouie, 2015), publicada en Slate, una revista online de noticias y política, apareció en un contexto político de la precampaña presidencial todavía a un año de las elecciones de 2016. En este sentido puede ser leída como un ejemplo del funcionamiento temprano de la comparación al fascismo respecto a Trump, el término que ya en aquel entonces causó una considerable polémica en el marco del “debate sobre el fascismo” (véase: Riley et al., 2015).

Como de entrada aseguraba Bouie, en el uso de su comparación al fascismo no se trataba de “un ataque partidista”, sino de “una etiqueta política que mejor describía en qué se ha convertido el favorito del Partido Republicano [Trump]”. Si bien para él había ciertos antecedentes a la figura como Trump en la política estadounidense –por ejemplo George Wallace, el gobernador de Alabama por el Partido Demócrata y en varias ocasiones un fallido candidato a la presidencia, conocido por sus políticas racistas y segregacionistas, el movimiento *Know Nothing* (*No sé nada*) de la década de los 40 del siglo XIX, los demagogos de la radio de la década de los 30 o el “segundo” Ku Klux Klan de la década de los 20 (para más sobre la historia estadounidense en este contexto, véase: Capítulo 2., 2.6. y 2.7.)– la palabra “fascismo” era la que mejor, según Bouie, aplicaba a Trump en aquel entonces. Si bien al inicio, argumentaba Bouie, usar esta comparación parecía “un error de categoría” dado que en Estados Unidos siempre ha existido una “vena autoritaria” desde las Leyes de Extranjería y Sedición hasta *Jim Crow* (véase: 2.6.), después de que tras los ataques terroristas islámicos en París, Trump respaldara unas medidas extremas desde registrar a los estadounidenses musulmanes hasta cerrar mezquitas, el término “se empezó a justificar” y ha sido, escribía Bouie, levantado por varios políticos y comentaristas estadounidenses. Aun así, preguntaba Bouie, “¿qué es lo que, específicamente, hace que Trump sea ‘fascista’?”:

Después de todo, Estados Unidos ha tenido políticos racistas y políticas de internamiento para minorías menospreciadas. Y si bien fueron horribles, no fueron necesariamente fascistas. Es decir, antes de cambiar nuestra retórica, deberíamos definir nuestros términos (Bouie, 2015).

Haciendo una atinada referencia a la inexistencia de una definición común del fascismo tanto en general como en la cultura política estadounidense en específico (véase: 2.1. y 2.7.), Bouie bien observaba que el término utilizado por lo general como sinónimo de la Alemania de Hitler o la Italia de Mussolini, en la mayoría de las veces funciona solo en calidad un insulto político “generalmente dirigido de izquierda a derecha, pero a menudo también a la inversa, siempre al servicio de estrechos puntos de vista partidistas”, algo que “es una lástima porque ‘fascista’ y ‘fascismo’ son términos que en realidad significan algo aparte del combate político contemporáneo y de las particularidades de la Europa de principios y mediados del siglo XX”. Aun así, observando nuevamente de manera correcta que si bien “el significado [del fascismo] es confuso, controvertido y contingente, hay elementos en los que los estudiosos pueden estar de acuerdo”. Y como uno de los ejemplos de una teorización atinada en sus ojos, Bouie apuntaba a “uno de los enfoques más leídos y más populares sobre el fascismo”: el de Umberto Eco y su “fascismo eterno” (“ur-fascismo”). Apuntando a las ventajas del enfoque de Eco como su énfasis en que el fascismo siempre es “*ad hoc*” y “oportunist”, “filosóficamente fuera de lugar” y con características que “no pueden organizarse en un sistema” ya que “muchas de ellas se contradicen entre sí y también son típicas de otros tipos de despotismo o fanatismo” y su lista de 14 características comunes (véase: Eco, 1995), de las que Bouie destacaba siete –un culto a la acción por la acción, una intolerancia a la crítica, el miedo a la diferencia, una apelación a la frustración individual y social, una identidad nacionalista frente a enemigos internos y externos, un sentimiento de humillación y una celebración de la masculinidad agresiva–, subrayando que todo este análisis aplicaba muy bien a Trump. Este, según Bouie, era ante todo un oportunista “que pedía prestado libremente de ambos partidos”

(Republicano y Demócrata), fomentaba la violencia racista y que enfatizaba la debilidad de Estados Unidos que tenía que “volver a ser grande”, entre otros mediante la deportación masiva de inmigrantes y construcción de un muro en la frontera financiado por el propio México.

El problema con este tipo de análisis, como ya hemos señalado siguiendo a los estudios del fascismo como Emilio Gentile o Kevin Passmore (véase: 2.4.), es que el enfoque de Eco respecto al fascismo es sumamente confuso, deficiente, profundamente ahistórico (en este sentido no ayuda a formar ningún consenso como alegaba Bouie) e incluso contradictorio en sí mismo (igual como lo refería el propio Bouie, sin darse cuenta de esta paradoja por ejemplo cuando Eco al ofrecer una lista de características y creencias del fascismo, afirmaba que este... “no tenía ningunas creencias fijas” [sic]). Como una herramienta de análisis lleva a graves distorsiones de la historia al atribuirle una supuesta eternidad a un fenómeno que es histórico y en realidad, más que una teorización útil, debería ser visto, al carecer de cualquier falsabilidad, solamente como “un disparate de un gran intelectual” (Gentile, 2023). Pero lo más importante que, dada la borrosidad de su definición, las supuestas características del fascismo según Eco pueden ser aplicados por ejemplo tanto a la Iglesia católica o a la Falange española y con un solo decir a base de su enfoque todo el mundo podría ser “fascista” y el que lo decía, “antifascista” (véase: Gentile, 2023), algo que desde la perspectiva del uso de las comparaciones en las ciencias sociales Sartori había criticado puntualmente como el “alargamiento de los conceptos” (*concept stretching*) (1991; 1994: 39). Si esta es la base teórica para comparar a Trump al “fascismo”, entonces en esta perspectiva –tal como lo subrayaban Gentile, Passmore o el propio Federico Finchelstein, el mismo uno de los “alarmistas” y partidarios de comprar a Trump con fascismo (véase: 2.4.; para más sobre el enfoque de Finchelstein, véase: 2.1.3; para el análisis de sus columnas, véase abajo)–, literalmente todo puede ser “fascismo”. Curiosamente, aparentemente consciente de estas limitaciones, al final del texto Bouie, parecía retractarse de su diagnóstico y/o comparación inicial: al apuntar que, la retórica de Trump, incluso con su racismo²⁰¹, “por sí sola no es necesariamente fascista” (en sintonía con el profundamente ambiguo sentido de las teorizaciones de Eco aplicables casi a cualquier tendencia política) y que lo que faltaba era un “ingrediente” esencial que es la violencia, tal como la ejercían rutinariamente los partidos fascistas en los años 20 y 30, algo que sin embargo –a pesar de algunos actos de violencia en los mítines electorales de Trump– “parecía poco probable” (tal como lo parecía todavía a un año de las elecciones presidenciales, el propio hecho que Trump pudiera salir vencedor de la propia contienda). Aun así, como subrayaba Bouie, “como hemos visto con el ascenso de Trump, el muro entre lo rutinario y lo impensable es mucho más delgado de lo que nos gustaría pensar”.

Es justamente este titubeo final y algo que podríamos ver como una insatisfacción del propio autor con su propia comparación de Trump al fascismo y/o con sus bases teóricas (Umberto Eco), que podría explicar el hecho que con el paso de los años Bouie del bando de los “alarmistas” se movió al campo de los “escépticos” (véase: Rosenfeld, Ward, 2023: 3; Rosenfeld, 2019) al estilo por ejemplo de Corey Robin o Dylan Riley (véase: 2.3. y 2.2.), los estudiosos que argumentan que la política y la estrategia de Trump más que ser una forma “fascista” del gobierno, tenía amplios precedentes en el pasado estadounidense y este se entendía mejor en términos de continuidades que de rupturas. Así, el trumpismo, para Bouie, una vez que ya había abandonado la comparación al fascismo, se entendía mejor como una forma de oligarquía o “gobierno minoritario” (*minority rule*) y parte de una tradición conservadora de atender a los intereses de las élites privilegiadas en lugar de ciudadanos comunes, un tradición muy vieja y persistente en la democracia estadounidense (véase: Bouie, 2020a, 2020b). Así, escribiendo cinco años después, al final del [primer] mandato de Trump, Bouie anotaba por ejemplo que había “muy poco sobre él o su políticas que no tenía antecedentes directos en el pasado estadounidense” (Bouie, 2020b) y que “[el enfoque del fascismo] pasaba por alto hasta qué punto la propia historia estadounidense ofrecía muchos ejemplos del retroceso democrático” (2020d). Inscribiéndose efectivamente así en una línea de análisis de Robin –y en un diálogo directo con él– Bouie, a diferencia del texto de 2015, ya en un contexto político de post-trumpismo e incluso después del ataque al Capitolio, cuando quedó claro que las políticas de Trump “no han arrojado ningunos resultados fascistas” (Corey Robin *dixit*), se reservaba no obstante el derecho de hablar de algunos “elementos *fascisticos*” (*fascistic elements*) en las políticas de él y de algunos otros Republicanos (véase: Bouie, Robin, 2023).

#2

AUTOR	Ross Douthat
TÍTULO	<i>Is Donald Trump a fascist?</i>
MEDIO	The New York Times
PALABRAS CLAVE	Adolf Hitler Donald Trump Fascismo Elecciones (2016) Estados Unidos Jamelle Bouie Umberto Eco

²⁰¹ En texto posterior, escrito un año después ya después de la victoria de Trump, Bouie aludiendo precisamente a la retórica racista y el fanatismo de la supremacía blanca del propio presidente y de sus seguidores, preguntaba que si estos no caían más allá del alcance del “compromiso democrático”, indicando que con este tipo de enemigo político, al igual que con los fascistas, aunque Bouie ya en aquel momento se abstenía de usar el término, “no puede haber diálogo, solo confrontación” (Bouie, 2016).

FECHA	3 de diciembre de 2015
-------	------------------------

Ross Douthat es un periodista estadounidense conservador, analista político, bloguero, autor y –en su momento– el más joven columnista (Op-Ed) de The New York Times desde 2009, que ha escrito sobre una variedad de temas, incluido el estado del cristianismo en Estados Unidos y la “decadencia sostenible” en la sociedad contemporánea (siendo el término “decadente” uno que emplea para todo lo que encuentra criticable sin especificarlo, véase: Chotiner, 2023). Su posición política mejor podría ser descrita como “un conservador independiente anti-Trump” y crítico del establishment del Partido Republicano (*Ibidem*). Es autor de varios libros. Su columna (Douthat, 2015) en cuyo título preguntaba “si Trump era un fascista”, escrita en el contexto político de la campaña previa a las elecciones presidenciales de 2016 es un, igual que la analizada arriba columna de Bouie –a quien el mismo Douthat referenciaba en su texto–, es un buen ejemplo del funcionamiento temprano de la comparación al fascismo en el discurso político en Estados Unidos respecto a Trump.

El punto de partida de Douthat, han sido, como el mismo lo subrayaba, las recientes en aquel momento voces desde el establishment Republicano que “el magnate inmobiliario vuelto un populista es en realidad un fascista”, que surgieron en reacción a los comentarios denigrantes de Trump respecto a los musulmanes estadounidenses y sus mentiras respecto a esta comunidad que, supuestamente y en realidad falsamente, “vitoreaban después del 11 de septiembre”, una acusación que en ojos de Douthat “podría desarrollarse fácilmente con más ejemplos” [respecto de por qué Trump es un “fascista”]. Citando la columna de Bouie (2015), Douthat –sin cuestionar en ningún momento el enfoque de Eco–, apuntaba que esta comparación se justificaba “con las características del fascismo identificadas por el erudito italiano” y que Trump, en ojos de Douthat, los ejemplificaba bastante bien. Apuntando, correctamente (véase: Capítulo 2., 2.6. y 2.7.), al caso de la ausencia histórica de un verdadero/duradero movimiento fascista en Estados Unidos –una laguna que igualmente aplicaba a la inexistencia de un movimiento de masas socialista o comunista allí–, Douthat se proponía a explicar este hecho con la particularidad de la tradición conservadora estadounidense que, siendo en sí misma bastante radical, “inoculó nuestra política contra el atractivo del fascismo”. Si bien, seguía Douthat, Trump tenía paralelos con algunos políticos populistas de derecha del pasado como Pat Buchanan, Ross Perot o –mencionado también por Bouie– George Wallace, Trump no era realmente un conservador ideológico (ni cristiano como Buchanan, ni libertario como Perot, ni segregacionista ligado al chovinismo local y regional como Wallace), por lo que difería sustancialmente de todos ellos y “carecía de una vacuna [en contra del fascismo]”. Así, según Douthat, a través de su plataforma –en esencia oportunista y vacía–, “las tentaciones fascistas podían infiltrarse”. Douthat preguntaba:

Entonces, queramos o no llamar abiertamente fascista a Trump, parece justo decir que está más cerca de la zona “protofascista” en el espectro político que el conservador estadounidense promedio o sus recientes predecesores en el populismo de derecha. Entonces, ¿es hora de que los observadores de Trump desempolven sus copias de *Esto no puede pasar aquí* [la novela de Sinclair Lewis] y *La conjura contra América* [la novela de Philip Roth]? ¿Deberían los rivales de Trump imitar a los susurros del “fascismo” de su partido y comenzar a atacar a Trump como un Hitler de pelo abullonado en el próximo debate Republicano? (Douthat, 2015).

Y respondía, negativamente por tres razones: i) aunque Trump “sea un poco fascista”, este “siniestro parecido” era sólo parte de su estilo de campaña y que en realidad, no estaba construyendo un movimiento fascista de masas –como bien apuntaba al contexto político Douthat en aquel momento Trump ni ha ganado una primaria– ni movilizándolo un movimiento de intelectuales de extrema derecha ni un real movimiento paramilitar dirigido en contra de sus opositores o el propio gobierno al que aun solamente aspiraba; ii) precisamente porque Trump no tenía muchos de los “compromisos fundamentales que han vacunado a los conservadores contra el fascismo”, buena parte del propio Partido Republicano seguía, según Douthat, “vacunado”, por lo que no había que entrar en pánico “todavía”; iii) dejarse llevar por la comparación de Trump al fascismo se vislumbraba más bien, según Douthat, como una buena excusa para que la clase política ignorara las razones legítimas por las que ha surgido una figura como Trump. De allí, según el autor, “la mejor manera de detener a un protofascista (...) no es gritar ‘¡Hitler!’ en un escenario de debate”, sino “asegurarse de que nunca tenga razón”. Si bien la argumentación de Douthat desde el punto inicial de señalar las formas en las que la comparación al fascismo se podría justificar, pasando por el señalamiento correcto de la inexistencia de un duradero fascismo autóctono estadounidense hasta su negativa de abusar la etiqueta de “Hitler” y/o “fascismo”, parece convincente, no deja de tener algunas lagunas.²⁰² La noción de que el conservadurismo estadounidense “está vacunado en contra

²⁰² En un claro contraste con esto, años más tarde, Douthat en otra columna, había ofrecido un buen ejemplo de cómo hacer una analogía útil para pensar en Trump y en el trumpismo. Recordando la historia de los jacobitas, el movimiento político escocés que a finales del siglo XVII y buen parte del siglo XVIII intentó conseguir la restauración al trono británico de la Casa de Estuardo abolida por la Revolución Gloriosa de 1688 y que hoy podía parecer un anacronismo político –los absolutistas que luchaban por la restauración de un rey católico en un país protestante y liberal– como subrayaba Douthat, hoy en día, su era jacobita debería sentirse un poco menos romántica y “más relevante para nuestras propias divisiones y disturbios”. En ello apuntaba por ejemplo a la manera en la que Gran Bretaña se encontraba hoy en día dividida *grosso modo* a lo largo de las fallas geográficas y culturales de aquella época y en la que el Brexit aumentó la brecha entre Inglaterra y el resto de “no tan unido Reino Unido” cuando Escocia o Irlanda del Norte empezaron a gravitar más hacia Europa de modo como lo hacían los jacobitas tejiendo sus alianzas en contra de Londres en su época (Douthat, 2023). Esta historia específicamente británica, es a su vez, señalaba Douthat, parte de un patrón más amplio de la política en Europa y Estados Unidos, “donde la brecha entre las capitales prósperas y las periferias en apuros, entre una meritocracia metropolitana y un interior nostálgico, ha forjado una política de

del fascismo” no está basado en ninguna referencia histórica real ni estudios sobre el conservadurismo estadounidense como por ejemplo los de Corey Robin (2017a), solo en las convicciones y en los deseos del propio autor. Su conclusión de que Trump “sea un poco fascista” y/o “protofascista” es claramente un producto del contexto en el que Trump era apenas un aspirante a la presidencia que aún no ha ganado las elecciones y no ha tenido oportunidad de hacer nada en práctica. Además su consejo principal de como “detenerlo” –“asegurarse de que nunca tenga la razón”–, sonaba profundamente críptico, vacío y no ha tenido nada que ver con las estrategias antifascistas reales.

Como apuntaba Isaac Chotiner en un perfil intelectual de Douthat, su evidente disgusto por Trump –desde sus posiciones conservadoras fuera del establishment Republicano– se manifiesta con frecuencia en sus columnas, pero siempre coexistía con el deseo de comprender el atractivo de Trump algo en lo que, según Douthat, el uso de la comparación al fascismo impedía (Douthat en: Chotiner, op. cit.) y algo señalado precisamente en la columna analizada donde su autor advertía que “tachar a los partidarios [de Trump]... con el pincel de Mussolini y Der Führer” sería “reprimir el problema en lugar de abordarlo” al “desestimar los descontentos [que podrían] regresar, más fuertes y más letales... en el futuro”. Años más tarde, varias semanas antes de las elecciones de 2020, cuando muchos observadores políticos advertían que Trump podría negar los resultados e intentar quedarse en el poder, Douthat escribió, bien recordaba Chotiner, una columna titulada *No habrá golpe de Trump*, ya que, según Douthat, Trump era “un [simple] tribuno irresponsable para los inconformes, más que una amenaza autocrática” (véase: Douthat, 2020). Un año después, ya después el ataque a Capitolio, Douthat escribió que mantenía su evaluación de Trump, pero admitía que había subestimado al “poder de la turba” y el hecho de “hasta qué punto la paranoia de Trump por el fraude electoral se había entrelazado con ansiedades conservadoras más profundas sobre el poder liberal” (Douthat, 2021). En un entrevista Douthat expresaba que para él, el segundo mandato de Trump no es el peor de los casos, pero dejaba a la vez claro que todo depende del punto de vista que uno tomaba. Si bien en sus columnas posteriores Douthat dejó de emplear el término “fascismo”, reconocía que este tipo de análisis y comparaciones seguía siendo importante para una buena parte de la opinión pública: “La gente se organiza en gran medida en torno a los miedos distópicos, ¿verdad? Si tu distopía primaria es una especie de autoritarismo fascista, terminarás en un alineamiento diferente que si tu distopía fundamental es algo más cercano a *Un mundo feliz* de Huxley”, decía Douthat para quien precisamente la visión *huxleyana*: un Estado secular que gestiona el sexo, la reproducción y la muerte es claramente la distopía más aterradora y donde el “ejemplo permisivo” de Canadá por ejemplo con sus leyes sobre la eutanasia “es una visión de cómo podría ser Estados Unidos sin el papel y la resistencia benigna del conservadurismo estadounidense” (sic) (Douthat en: Chotiner, 2023), una referencia clara a su visión idealizada de este, hasta el punto de considerarlo, como hemos visto, “inmune/vacunado” al fascismo.²⁰³

derecha que a veces se parece más al jacobitismo que a los principales conservadurismos de finales del siglo XX” (*Ibidem*). Y no es que los populistas de hoy, salvo quizás algunos intelectuales, apuntaba Douthat, quisieran la restauración de una monarquía absoluta o católica pero igual que los jacobitas en su momento, “representan una mezcolanza de causas un tanto dispares, unidas principalmente por su estatus de oposición y marginación, su distancia y desafío a la metrópoli *whiggiana* [liberal]”. Tal vez para un liberal contemporáneo, escribía Douthat, “esta analogía podría ofrecer cierto consuelo dado el destino final del jacobitismo”, siendo el populismo “simplemente otra revuelta predestinada contra la marcha del progreso moderno”. Pero a diferencia del populismo de hoy y pesar de sus propias ambigüedades y objetivos contradictorios, el jacobitismo parecía tener “una superioridad moral más grande” y seguramente la causa de los Estuardo para reclamar el trono “era mucho más defendible que la afirmación de Trump de haber ganado las elecciones en 2020”. Igualmente cualesquiera que sean sus fallas y pocas probabilidades de obtener sus objetivos, recordaba Douthat, el movimiento jacobita de ninguna manera estaba destinado a fracasar y su derrota era más bien fruto de las contingencias de momento no de ninguna “ley” de la historia ni de la modernidad (y por lo tanto tampoco ninguna “lección” particular a sacar de esta historia). Igualmente, los objetivos contradictorios del populismo contemporáneo parecen difíciles de lograr, pero esto, en ojos de Douthat, “no significa que el populismo de hoy perderá simple e inevitablemente o que nuestro *whiggismo* [liberalismo] anticuado y que duda de sí mismo todavía tiene la historia de su lado”. La fortuna, recordaba, casi favoreció a los Estuardo, tal como “todavía podría favorecer a Trump, incluso cuando los fiscales lo persiguen de la misma manera que los casacas rojas persiguieron a Bonnie Prince Charlie [Carlos Eduardo Estuardo, el pretendiente al trono británico que después del fracaso del levantamiento jacobita se refugió en las islas Hébridas Exteriores escocesas, donde, de hecho, nació la madre de Trump]” (Douthat, 2023). A diferencia de la mayoría de las comparaciones de Trump al fascismo o a Hitler, este tipo de ejercicio comparativo no buscaba solamente la descalificación, sino establecer algunos puntos comunes, apuntando a la vez a las diferencias, a fin de discutir e iluminar el mosaico político actual y las contingencias de la historia, constituyendo en efecto “una analogía histórica hecha bien”, tal como lo ha señalado correctamente por ejemplo Samuel Moyn (véase: *Twitter/X*, 2 de agosto de 2023, <https://twitter.com/samuelmoy/status/1686743719561572352>).

²⁰³ En el contexto de esta análisis de Douthat no deja de extrañar como la serie *El cuento de la criada* (2017-...) que, junto con varias otras series de distopías nazis, se inscribió en un particular clima cultural y político durante la presidencia de Trump parece haber fusionado ambas visiones distópicas de las que habló este autor: la distopía del autoritarismo fascista y la distopía de un Estado secular que gestiona el sexo, la reproducción y la muerte. La trama de la serie, basada en la novela –y crítica liberal– de Margaret Atwood del mismo nombre (1985), ocurre cien años en el futuro cuando Estados Unidos después de la segunda Guerra Civil degeneró en una sociedad autoritaria y antisexual. Según la propia autora el modelo para esta suerte de “fascistas religiosos del futuro” que tomaban cargo de todos los aspectos de vida y muerte en una sociedad teonómica y altamente represiva han sido los originales Puritanos norteamericanos (véase: Kuklick, 2022: 155), que aquí representan todo de cuya versión secular precisamente parece constituir, desde sus posiciones conservadoras, su temida distopía Douthat. El hecho de que Margaret

AUTOR	Robert Reich
TITULO	<i>The American Fascist</i>
MEDIO	www.robertreich.org
PALABRAS CLAVE	Donald Trump Fascismo Democracia Elecciones (2016) Estados Unidos
FECHA	9 de marzo de 2016

Robert Reich es un economista, profesor universitario, columnista y político estadounidense. Ha sido Secretario de Trabajo en el primer gobierno de Bill Clinton (1993- 1997) y formó parte del consejo asesor de transición de Barack Obama (2008). Es columnista de The Guardian y ha escrito, entre otros para The New Republic, The New York Times, The Atlantic, Huffington Post, The Wall Street Journal. La columna en cuestión titulada *El fascista americano [estadounidense]* (Reich, 2016), ha sido publicada en su página personal, iniciando toda una serie de columnas con comparaciones de Trump al fascismo mediante las cuales Reich ha demostrado ser uno de los más prolíficos “alarmistas” (para el análisis de otras de sus columnas, véase: textos #24 y #26).

Iniciando su texto Reich, escribiendo en marzo de 2016 cuando Trump ya había ganado la nominación del Partido Republicano a la presidencia y estaba en plena campaña electoral, asegura haberse “mostrado reacio a utilizar la palabra que comienza con ‘f’ para describir a Donald Trump” —como veremos más adelante será una figura retórica bastante popular entre los comparatistas—, porque “es especialmente dura” y “con demasiada frecuencia se usa descuidadamente” (sic). Pero, en sus ojos, Trump finalmente ha llegado a un punto en el que “los paralelismos entre su campaña y los fascistas de la primera mitad del siglo XX (...) son demasiado evidentes para pasarlos por alto”. Según él Trump era comparable con “figuras escabrosas” como Benito Mussolini, Iósif Stalin (sic), Adolf Hitler, Oswald Mosley [un político británico, fundador de la Unión Británica de Fascistas en los años 30] y Francisco Franco y no se trataba solo, apuntaba Reich, de algunas analogías superficiales como una ocasión en la que Trump había citado a Mussolini en un tuit o cuando “[empezó] a invitar a sus seguidores en sus mítines a levantar la mano derecha de modo similar al saludo nazi “[Sieg] Heil”, una comparación que él mismo, recordaba Reich, desestimó como “ridícula”. “Los paralelos son más profundos”, apuntaba el autor:

Como hicieron los fascistas de principios del siglo XX, Trump está centrando su campaña en la ira de los trabajadores blancos que han estado perdiendo terreno económico durante años y que son presa fácil de los demagogos que buscan construir su propio poder convirtiendo a otros en chivos expiatorios. Esa generación anterior de fascistas tampoco se molestó en prescripciones políticas ni en argumentos lógicos. Se presentaron como hombres fuertes cuyo poder personal remediaría todos los males (Reich, 2016).

Para Reich las principales motivaciones de los seguidores de Trump tienen carácter económico: si bien las tensiones de hoy no eran tan catastróficas como las que culminaron en la Gran Depresión, las “expectativas fallidas” y la exclusión del ciclo de prosperidad de la posguerra han estado alimentando su radicalismo, al igual que el miedo por los ataques terroristas y la migración. En este sentido, según Reich, los ataques verbales de Trump contra los musulmanes y los inmigrantes mexicanos, “seguían el viejo guion fascista”. E igual que “la generación anterior de fascistas” Trump tampoco se molestó en ofrecer prescripciones políticas argumentos lógicos y/o racionales, e igual que ellos se presentaba como “hombre fuerte” cuyo poder personal remediaría todos los males y de manera similar, “toda la campaña de Trump gira en torno a su supuesta fuerza y confianza”. Si bien, anotaba Reich, los viejos fascistas incitaron a la violencia, Trump no lo ha hecho explícitamente, pero sus partidarios han atacado a musulmanes, personas sin hogar y los afroamericanos. Y estas, según Reich, no han sido todas las analogías con fascismo: la glorificación del poder y la grandeza nacional frente a otras naciones —con Trump afirmando que México “pagará por el muro” o de que China “dejará de manipular su moneda”, el hecho avivar la xenofobia y la guerra, ignorar el derecho internacional o considerar los medios de comunicación un enemigo.

Ver a Donald Trump a la luz de los fascistas de la primera mitad del siglo XX, que utilizaron las tensiones económicas para convertir a otros en chivos expiatorios, crearon cultos a la personalidad, intimidaron a sus oponentes, incitaron a la violencia, glorificaron a sus naciones e ignoraron el derecho internacional, y se conectaron directamente con las masas. — ayuda a explicar lo que está haciendo Trump y cómo lo está logrando. También sugiere por qué Donald Trump presenta un peligro tan profundo para el futuro de Estados Unidos y el mundo (*Ibidem*).

Atwood es una escritora canadiense, arroja igualmente una luz interesante acerca de las ansiedades cruzadas de las sociedades estadounidense y canadiense que se miran en sus espejos.

El análisis de Reich, si bien su autor identificaba y criticaba de manera correcta ciertas tendencias extremistas de Trump visibles perfectamente ya durante la campaña de 2016, al compararlas al fascismo y enmarcarlas en este clave sin proporcionar ningún marco teórico ni histórico para entender el fascismo y la necesidad de hablar de él en esta clave –y no solo el propio Trump, sino también sus seguidores–, resulta sumamente problemático. El modo de afirmar que Trump es un “fascista” solo porque el autor de estas afirmaciones dice que lo es, no solo sigue el viejo patrón del uso de “fascismo” como insulto, no como una categoría analítica, sino también se inscribe en la tendencia de uso laxo en la política estadounidense identificada por ejemplo por Kuklick (2022; véase: Capítulo 2., 2.7.). Al mencionar en el mismo aliento a Adolf Hitler y a Iósif Stalin como “fascistas” (sic), Reich –un político y miembro de *establishment* Demócrata–, prefiguraba por algunos años el tipo de “análisis” que ofreció más tarde Madeleine Albright, la exsecretaria del Estado en el mismo gabinete de Bill Clinton en el que trabajó, Reich tildando en su sonado libro a “fascistas” a todas las figuras de derecha e izquierda por igual que en sus ojos no cabían en el *mainstream* (neo)liberal (véase: Albright, 2018). Finalmente si estas confusiones analíticas y falta de bases teóricas del fascismo no fueran suficientes, Reich demuestra en su columna que su entendimiento del fascismo no es solo confuso, sino también profundamente ahistórico: al afirmar en un pasaje que “los fascistas crearon sus seguidores masivos ‘directamente’, sin partidos políticos u otros intermediarios que se interpusieran entre ellos y sus legiones de seguidores” (sic), desconoce (o pretende desconocer para empujar su analogía respecto a Trump) que el fascismo ha sido históricamente un movimiento político edificado y encarnado en los partidos de masas, en toda una red de intermediarios corporativistas entre las masas y las dirigencias y en medio de un fervor organizativo de la sociedad civil que no tiene ningún paralelo con los tiempos de hoy caracterizados por la ausencia de este tipo de partidos y las agencias estatales y marcados más bien por la anomía y la atomización social y la predominación de las redes sociales, algo que precisamente constituye un argumento para no hablar de fascismo hoy (véase: Riley, 2019: ix-x; Jäger, 2022b). La distorsión de esta historia del fascismo –sea deliberada o no– le servía a Reich para poder a poner Trump en la misma clave y poder justificar (falsamente) su comparación al fascismo. Trump efectivamente pretendía construir el vínculo entre él y sus seguidores por fuera de los partidos –por fuera del Partido Republicano y sin pretender construir ningún partido o movimiento nuevo–, pero fue todo lo contrario lo que hacían los fascistas del periodo de entreguerras.

Con todas estas lagunas y distorsiones –junto con su insistencia en la existencias de un supuesto “guion fascista” en las políticas de Trump y en la figura del “hombre fuerte” (*strongman*) para entender su anatomía–, el análisis de Reich, con su fijación y analogías entre las “figuras escabrosas del siglo XX” y Trump ejemplifica también perfectamente ciertas tendencias en el uso de las comparaciones históricas respecto a Trump y otros líderes de la extrema contemporánea que con puntualidad había criticado unos años más tarde por ejemplo el historiador estadounidense, David A. Bell. En una reseña del libro de Ruth Ben-Ghiat, la historiadora de Italia contemporánea y una de las principales comparatistas de Trump al “fascismo” (véase: Capítulo 1., sección 1.), titulado *Hombres fuertes: del Mussolini al presente* (2020), que es uno de los mejores ejemplos de este tipo análisis centrado en los “hombres fuertes” (*strongmen*) como principales agentes que pueden dañar y/o destruir la democracia –y del cual a su vez la columna de Reich se vislumbraría como una prefiguración temprana–, señaló múltiples limitaciones de este enfoque. Como observaba Bell, Ben-Ghiat destaca a Trump, pero lo ubica, exactamente tal como lo hace Reich en la columna presente, en toda una galería de autoritarios y “aspirantes a autoritarios” que van desde Hitler y Mussolini hasta dictadores de finales del siglo XX como Augusto Pinochet, Muamar el Gadafi o Idi Amin y los populistas recientes como Viktor Orbán, Narendra Modi o Jair Bolsonaro. Estos “hombres fuertes” –el tipo de políticos esencialmente modernos–, según Ben-Ghiat, siguieron más o menos el mismo “manual” (*playbook*) para tomar el poder y aferrarse a él, a pesar de las sociedades muy diferentes en las que surgieron, un tipo de análisis político e histórico, que según Bell, resulta “profundamente moralista” (Bell D. A., 2022). Al igual que la historia según Snyder, la historia según Ben-Ghiat, seguía Bell, “es en esencia ‘un drama moral’”: los factores cruciales en juego no son las condiciones sociales y políticas que les permitieron ascender al poder, sino su “ambición”, “determinación” o la “codicia” y la falta de la determinación de otros hombres para resistirlos. Y es este tipo de análisis y de hacer historia “moralista” que según Bell propicia dos tendencias desafortunadas, igualmente presentes en todo en “debate sobre el fascismo”: primera, es la falta de contexto; segunda, es el forzamiento de las analogías históricas. Así, Ben-Ghiat, apuntaba Bell –igualmente que Reich en esta columna–, hace muy pocas distinciones entre los diversos contextos en los que surgieron todos estos diferentes “hombres fuertes” y minimiza las enormes diferencias en sus roles históricos reales: Mussolini, Hitler y Pinochet destruyeron por ejemplo los sistemas democráticos y establecieron dictaduras, pero Silvio Berlusconi o Donald Trump no lo hicieron. Mobutu, Saddam Hussein y especialmente Hitler practicaron la violencia a una escala horrible, mientras que Berlusconi, Bolsonaro y Trump han sido violentos principalmente en la retórica. Hitler y Mussolini colocaron sus Estados bajo el dominio de los partidos políticos de masas altamente reglamentados; muchos otros dejaron prácticamente intactas las estructuras estatales existentes, como por ejemplo el mismo Trump que ni siquiera intentó a alterar el orden constitucional estadounidense de modo que lo hicieron precisamente los fascistas y prefirió simplemente apoyar su poder en toda la vieja estructura constitucional estadounidense (algo que, escribiendo antes incluso de la victoria de Trump, Reich no podía haber sabido, pero que es un hecho que refuerza otras críticas que se pueden hacer a su enfoque general). De mismo modo, forzar las paralelas entre todos estos “hombres fuertes” carecía, según Bell, de cualquier sustento e impedía entender sus verdaderas anatomías políticas y los mecanismos que los llevaron y les permitieron conservar el poder: Berlusconi, un magnate televisivo, apuntaba Bell, era un bufón que violaba las normas democráticas, usó su cargo para enriquecerse y desarrollar relaciones amistosas con las figuras como Gadafi y Putin –de allí por ejemplo la comparación de Trump con Berlusconi es mucho más apropiada (véase: nota de pie 115)–, pero, ¿realmente pertenecía Berlusconi [o Trump, para nuestro caso] a la misma compañía de Mussolini y Hitler?, preguntaba Bell (*Ibidem*), la misma pregunta y/o cuestionamiento que uno podría hacerle a Reich. El “aventurismo” de Berlusconi, escribía Bell, dañó la democracia italiana, al igual que las maniobras de Trump debilitaron la estadounidense, pero no las destruyeron y no hay ninguna razón de ponerlos en el mismo saco con los dictadores que abolieron la democracia, otra que no sea un simple afán de descalificación retórica como precisamente lo hace Ben-Ghiat en caso de Trump, algo que según Bell, impide el entendimiento

de la extrema derecha moderan y oscurece más en vez de clarificar el panorama político (Bell D. A., op. cit.), siendo esta, nuevamente, la misma crítica que se le puede hacer a esta columna de Reich y a las siguientes. Si bien allí este autor ya no seguía el mismo enfoque personalista de los “hombres fuertes” que resulta tan poco útil para pensar sobre el fascismo en general y Trump y la extrema derecha moderna en particular hasta el punto de que era difícil de tomarlo en serio, pero igualmente tendía a hacer las mismas generalizaciones comparatistas (véase: #24, #26).

#4

AUTOR	Amy Goodman
TITULO	<i>Fascism: Can It Happen Here?</i>
MEDIO	Democracy Now!
PALABRAS CLAVE	Adolf Hitler Benito Mussolini Democracia Donald Trump Fascismo Elecciones (2016) Estados Unidos Nazismo Robert O. Paxton Sinclair Lewis
FECHA	25 de marzo de 2016

Amy Goodman es una locutora, periodista, columnista y escritora progresista estadounidense, presentadora de Democracy Now!, un programa global de noticias, emitido diariamente en radio, televisión e internet. Su columna *Fascismo: ¿puede esto pasar aquí?* –siendo “esto” de título, el fascismo y el título en sí mismo una alusión al título a una sonada novela de Sinclair Lewis *Eso no puede pasar aquí* (1935) sobre el hipotético auge del fascismo en Estados Unidos– ha sido escrita en contexto de la campaña presidencial de 2016 y apareció en la página de internet de Democracy Now!

“Cuando el fascismo llegue a Estados Unidos, estará envuelto en una bandera y portando una cruz”, escribía Goodman, citando un dicho a Lewis, el primer escritor estadounidense en ganar el Premio Nobel de Literatura, cuya citada y sonada novela de 1935 planteaba el ascenso del fascismo en Estados Unidos. Si bien, apuntaba Goodman, “nos enseñaron que el fascismo fue derrotado en 1945, con la rendición de Alemania y Japón en la Segunda Guerra Mundial”, sus sombras “están cayendo sobre la campaña presidencial de este año con estallidos de violencia o juramentos de lealtad con saludos nazis” gracias al favorito republicano Donald Trump. Citando al *bon mot* del filósofo español-estadounidense George Santayana, que, como recordaba Goodman, vivió en Europa durante ambas guerras mundiales y fue testigo de primera mano del fascismo italiano –“aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo” (un dicho frecuentemente malentendido y abusado, véase: Capítulo 2., 1.6.)–, la autora subrayaba que “el fascismo fue el movimiento político violento fundado por Benito Mussolini, quien tomó el control de Italia en 1922” y que “Mussolini hizo golpear, encarcelar, torturar y matar a sus oponentes políticos, y gobernó con mano de hierro hasta que fue depuesto cuando Italia se rindió a los aliados en 1943”. La relevancia de esta historia, según Goodman, radica en que Trump, recientemente había retuiteado una de las citas de Mussolini (“es mejor vivir un día como un león que 100 años como una oveja”) y que confrontado por retuitear las palabras del fascista, respondió: “Claro, está bien saber que es Mussolini. Mira, Mussolini era Mussolini. Es una cita muy buena, es una cita muy interesante”. El problema, según Goodman, es que las comparaciones al fascismo respecto a Trump no se limitan solamente a sus tuits: sus mítines se han convertido en focos de confrontaciones violentas, constantemente avivadas por la acalorada retórica de Trump desde el podio y en varias ocasiones los manifestantes anti-Trump en sus mítines han sido severamente golpeados.²⁰⁴

Citando un pasaje de una entrevista con Robert O. Paxton en Democracy Now! donde este aseguraba que “Donald Trump muestra una disposición bastante alarmante a utilizar temas y estilos fascistas” y que “la respuesta que esto recibe, la respuesta positiva, es alarmante” (véase: Paxton, 2016c), Goodman recordaba que este es considerado “el padre de los estudios sobre el fascismo” y uno de los máximos expertos en el tema, citando luego su breve reconstrucción de la llegada de Hitler al poder, aunque en ningún momento el mismo Paxton subrayaba que había alguna paralela directa con Trump (¡al final, Estados Unidos estaba en aquel entonces aun a ocho meses de las elecciones presidenciales y el propio Trump todavía no tenía asegurada la nominación Republicana!). Aun así, para Goodman, el hecho que Trump estuviese “avivando las llamas de la intolerancia y el racismo” y “explorando los temores de masas de votantes blancos de clase trabajadora que han visto desaparecer sus perspectivas económicas”, justificaba en sus ojos la comparación al fascismo de entreguerras.

Uno de los principales problemas con las comparaciones de Goodman –más allá de crear por rato una impresión de que el fascismo es equivalente a una comunidad de tuiteros o un grupo de hinchas que se proponen de repente a atacar a uno de sus enemigos–, se presenta ya en el mero principio: si bien la invocación de Sinclair Lewis y su novela *Eso no puede pasar aquí*

²⁰⁴ Si bien es cierto que Trump alentaba inicialmente a sus partidarios a agredir a los que interrumpían sus mítines, pronto retrocedió cuando comenzó a preocuparse por su responsabilidad legal personal y las demandas civiles que podían costarle millones de dólares, una actitud, como apuntaban algunos comentaristas, “muy poco fascista” (Bessner, Burgis, 2021).

(1935), una referencia que, dicho sea de paso, se ha vuelto bastante ritual entre los comentaristas y los comparatistas de Trump al fascismo, parecía prometedora como una vía de explorar las posibles analogías (véase: Strenski, 2017), queda rápidamente abandonada, sin que la autora entrara en ningún detalle, demostrando falta de interés o conocimiento para explorarlas. ¿Pero qué tal estos posibles puntos de comparación? Lewis, que, como ya hemos visto en el capítulo anterior (2.6.) no solo escribía su novela en pleno auge del fascismo sino informado de cerca por su esposa Dorothy Thompson, una corresponsal extranjera en Europa, observando aquellos acontecimientos y al notar el poder del padre Coughlin y de Huey Long en Estados Unidos entre otros, para movilizar a un público que aún sufría por la Gran Depresión (véase: Payne, 2001: 350-351; para más sobre Coughlin véase: Capítulo 2., 2.6.), temía que los fascistas tomaran el control del gobierno estadounidense por medios democráticos. Su pesadilla ficticia presenta a un demagogo grosero e ignorante, un tal Buzz Windrip, un mentiroso público, casi analfabeto y según el propio Lewis, “en sus ideas casi idiota”, que promete, entre otros, devolver la “grandeza del país”, proteger la frontera sur (sic) y devolver la “homogenidad étnica” de la nación –ya solamente con esto el paralelo con Trump es más que obvio–, y que es manipulado por un siniestro asesor y “escritor fantasma” conocido como el “Cerebro Detrás” (*Brain Behind*). Con el apoyo de una resentida Liga de Hombres Olvidados –nuevamente, el paralelo con algunos sectores de la clase blanca trabajadora olvidada mencionada por la misma Goodman es obvio–, Windrip es elegido presidente y rápidamente establece una dictadura militar, racista y antisemita de acuerdo con los “estándares” de la época (hoy el cambio de la judeofobia a la islamofobia sería más bien un rasgo característico). Igualmente después de su victoria Windrip es alentado por el “Cerebro Detrás” –en este papel estaría fácil de imaginar por ejemplo a Steve Bannon, el fugaz estratega de la Casa Blanca–, a mantener todas las payasadas que tanto les habían encantado a todos sus electores “de corazón muy simple”: Windrip asiste a concursos de belleza, cuenta chistes largos y aburridos con detalles extremos de su vida íntima y desafía al presidente del Tribunal Supremo a un duelo con hondas (nuevamente, la proveniencia de Trump del mundo de los *reality show* y el carácter de sus discursos se presta a las analogías). Lewis, predecía también en su novela que el fascismo estadounidense iba a ser definido por el capitalismo: “un gobierno de las ganancias, por las ganancias, para las ganancias”, una óptica en las antípodas del fascismo o del nazismo de entreguerras, que si bien estaban comprometidos a garantizar los intereses del gran capital, pero esta no era la fuente directa ni la principal referencia para sus políticas (pero si algo que encaja con el universo de Trump). En este sentido, aparte de los detalles y los posibles puntos de comparación no explorados por Goodman, se debe añadir que la inspiración que le sirvió a Lewis para crear la figura de Buzz Windrip, fue Huey Long el gobernador populista y senador Demócrata de Luisiana. Igual que Long, Windrip prometía a los estadounidenses 5 mil dólares al año si votaban por él. Pero el nombre “Windrip” sugiere también al reverendo Gerald B. Winrod, el pastor evangélico, el llamado “Hitler de Kansas” que dirigió a los llamados “Defensores de la Fe Cristiana” y que en los 30 recorrió Estados Unidos dando conferencias sobre el papel milenario de Hitler, Mussolini y Stalin (sic) en la Biblia. Que Lewis también viera al Klan como un movimiento fascista queda claro a partir de una denuncia extendida que abre la novela, en la que Lewis analiza una genealogía de tendencias protofascistas estadounidenses, incluido el antisemitismo, la corrupción política, la histeria bélica, las teorías de la conspiración y el cristianismo evangélico. No obstante esto, el hecho que Lewis escogiese a Long como su inspiración, demuestra las dificultades y posibles objeciones a hablar del “fascismo estadounidense” en general reflejando las posiciones divididas al respecto (véase: 2.6. y 2.7.). En sus tiempos de gobernador Long impuso la ley marcial local, censuró los periódicos, prohibió las reuniones públicas, llenó los tribunales y las legislaturas con sus funcionarios e instaló a su amante de veinticuatro años como secretaria de Estado. Pero a la vez su programa logró mejorar las condiciones locales, construir las carreteras, puentes, hospitales y escuelas y abolió el impuesto de capitación. Su populismo tampoco –muy a diferencia de Windrip o el propio Trump– no se basó en fomentar las divisiones raciales, étnicas o religiosas. Long en efecto subordinó el supremacismo blanco a su mensaje político redistribucionista (cerrando, dicho sea de paso, un ojo cuando estos linchaban “a un negro ocasional”). Así, finalmente, Long al carecer por ejemplo de cualquier noción más articulada del nacionalismo integral, incluso en los ojos de los partidarios de hablar de una tradición del “fascismo estadounidense” como Richard Steigmann-Gall, no calificaba como fascista y se entendía mejor en clave del populismo y nativismo estadounidense (Steigmann-Gall, 2017b), un tipo de análisis que, tal vez, sería igualmente más útil y apropiado para ir pensando en Trump, una pista que bien hubiera podido tomar Goodman de haber realmente tomado en serio su referencia y las posibles analogías que se abrían con la lectura de *Esto no puede pasar aquí*. Al no explorar estas conexiones igualmente queda oculta la paradoja que si bien Sinclair Lewis y su historia ficticia se ha vuelto en tiempos de Trump, tal como lo presenta Goodman en su columna, una de las principales referencias de los estudiosos y los “alarmistas” que alertaban sobre la posibilidad de la llegada del fascismo a Estados Unidos e incluso su presencia real (sic) en este país en el periodo de entreguerras (véase: Steigmann-Gall, 2016a; Churchill, 2020a, 2020b; DiMaggio, 2023a), Dorothy Thompson, su mencionada esposa y fuente de información sobre el fascismo europeo usaba este término de manera extremadamente laxa, hasta caricaturesca –tal como fustiga este tipo de uso en la política y en la cultura estadounidense Kuklick (véase: Capítulo 2., 2.7.)– tildando así a todos los que no le agradaban: “los fascistas liberales, los fascistas reaccionarios, los fascistas obreros, los fascistas industriales, los fascistas judíos, los fascistas católicos y los fascistas personales”, creyendo que Franklin D. Roosevelt y el *New Deal* eran “fascistas” (sic) y preocupándose que la esvástica podría convertirse en un “símbolo de toda la civilización occidental” (Thompson en: Kuklick, 2022: 45).

Finalmente respecto al repetido –y distorsionado– ad nauseam *bon mot* de Santayana, como igualmente ya hemos observado, su autor no estaba hablando de la historia, sino de lo que él consideraba la principal diferencia de desarrollo entre los bebés y los adultos, es decir, que los adultos recuerdan las consecuencias de sus hechos y los bebés no (véase: 1.6.). Respecto a la citada por Goodman entrevista con Paxton (véase: 2016a y 2.1.2.), si bien es cierto que allí este se ha mostrado preocupado por ciertos “rasgos fascistas” de Trump y por la manera en la que su “estilo” y “recetario fascista” generaban una respuesta positiva entre algunos votantes, lo que no añadía la autora es que este estudioso en aquel momento, y todavía por años, se ha negado de comparar directamente a Trump con el fascismo (véase: Paxton, 2016a, 2016b, 2016d, 2016e, 2016f, 2017a, 2017b), y que solo después del ataque a Capitolio, de hecho, una vez Trump estuviese fuera del poder (sic), dejó atrás su escepticismo y decidió de

llamarlo “un fascista” (Paxton, 2021; para el análisis de esta columna, véase abajo: texto #20). Si bien no hay nada malo en usar la teoría y el análisis de un autor incluso en contra de sus intenciones y sus propias conclusiones, pero es importante señalarlo.

#5

AUTOR	Robert Kagan
TITULO	<i>This is how fascism comes to America</i>
MEDIO	The Washington Post
PALABRAS CLAVE	Donald Trump Fascismo Hombre fuerte Machismo Partido Republicano (GOP) Victimización
FECHA	18 de mayo de 2016

Robert Kagan –hijo de un reconocido historiador de la antigüedad Donald Kagan, un inmigrante judío de Lituania– es un ensayista, y experto (*pundit*) y político neoconservador estadounidense trabajó en el Departamento de Estado bajo Ronald Reagan y en varios organismos privados. Hoy en día es un analista del Brookings Institution y columnista de The Washington Post. Ha sido también un asesor del presidente estadounidense George W. Bush, así como también lo fue del candidato Republicano a la presidencia de Estados Unidos John McCain en 2008 y Mitt Romney en 2012. Es graduado de la Universidad de Yale. Ha escrito para The New Republic, The New York Times, Foreign Affairs, Policy Review, entre otros. En 2016 abandonó al Partido Republicano (GOP) y apoyó a Hillary Clinton ante “el fascismo de Donald Trump”. Su, bastante sonada (véase: Rosenfeld, 2019), columna titulada *Así llega el fascismo a Estados Unidos* ha sido escrita en el contexto de la campaña electoral de 2016, en el momento cuando Trump aún no ha tenido asegurada la nominación de GOP.

Al subrayar que Trump “captaba la atención de la nación en su campaña electoral” y “dominaba la contienda presidencial”, Kagan apuntaba que el intento del Partido Republicano de tratar a Donald Trump como “un candidato político normal sería ridículo si no fuera tan peligroso para la república” ya que este ya no tiene nada que ver con los “buenos principios conservadores de este partido” (sic) y que sus seguidores “ya lo han trascendido” y que “su lealtad es hacia él y sólo hacia él”. Como apuntaba Kagan, lo que ofrecía Trump no eran soluciones reales a los problemas reales –por ejemplo frente a una dislocación económica–, sino “una actitud, un aura de fuerza cruda y machismo, una jactanciosa falta de respeto por las sutilezas de la cultura democrática que, según él, y sus seguidores creen, ha producido debilidad e incompetencia nacional” y “declaraciones incoherentes y contradictorias” que apuntan a jugar miedos y odios de otros. Si bien, apuntaba Kagan, los Republicanos “se maravillaban” que con Trump ha descubierto “un sector hasta ahora desconocido del público votante”, advertía a la vez, citando a Alexis de Tocqueville, que “el pueblo en una democracia, excitado, enojado y sin restricciones, podría pisotear incluso las instituciones creadas para preservar sus libertades” y que “las pasiones populares iban a conducir a la llegada de un tirano sobre los hombros del pueblo”. Para Kagan al fenómeno justamente así, que ha surgido en los países democráticos y cuasi democráticos durante el siglo XX, se le ha llamado el “fascismo”:

Los movimientos fascistas tampoco tenían una ideología coherente, ni un conjunto claro de recetas para lo que aquejaba a la sociedad. El “nacionalsocialismo” era un conjunto de contradicciones, unidas principalmente por a qué y a quién se oponía. El fascismo en Italia era antiliberal, antidemocrático, antimarxista, anticapitalista y anticlerical. El fascismo exitoso no se trataba de políticas sino del hombre fuerte [*strongman*], el líder (*Il Duce, Der Führer*), a quien se le podía confiar el destino de la nación. Cualquiera que sea el problema, él podría solucionarlo. Cualquiera que fuera la amenaza, interna o externa, podía vencerla y no era necesario que explicara cómo. Hoy existe el putinismo, que tampoco tiene nada que ver con creencias o políticas, sino que se trata del hombre duro que por sí solo defiende a su pueblo contra todas las amenazas, externas e internas (Kagan, 2016b).

Para Kagan, el hecho de observar el Partido Republicano enseñaba como estos movimientos fascistas “se apoderan de una democracia”: “jugando con miedos, vanidades, ambiciones e inseguridades que conforman la psique humana” y con seguidores aglutinándose en torno a la figura de un líder. Si Trump gana las elecciones, escribía Kagan, “sus legiones probablemente constituirán la mayoría de la nación”. Y concluía:

Así es como el fascismo llega a Estados Unidos, no con botas militares y saludos (aunque ha habido saludos y un tufillo de violencia), sino con un vendedor ambulante de televisión, un multimillonario falso, un ególatra de libro de texto que “aprovecha” los resentimientos e inseguridades populares, y con todo un partido político nacional –por ambición o lealtad partidaria ciega, o simplemente por miedo– alineándose detrás de él (*Ibidem*).

Primera cosa que llama la atención es la insistencia de Kagan en la existencia de alguna “vía universal” (“guion” y/o “manual”) mediante la cual el fascismo llega al poder, mientras como bien demuestra Dylan Riley en su estudio comparativo de los

fascismos de entreguerras en cada uno de los países diferentes las fuerzas fascistas han llegado al poder gracias a circunstancias particulares e irrepetibles y mediante alianzas políticas *sui generis* sin que haya habido ninguna “vía universal” (Riley, 2019). Lo que sí había, era un contexto político-social más amplio que propició, en medio de una generalizada crisis política y de la hegemonía en diferentes países en la época post-Primera Guerra Mundial, el surgimiento de estos movimientos, algo a lo que el autor no alude en ningún momento prefiriéndose centrar en la figura del líder (Hitler, Mussolini o Trump), mientras esta manera “personalista” de entender el fascismo/nazismo ha sido igualmente criticada duramente en la historiografía sobre el tema (véase: Mason, 1972; Kershaw, 1993, 2015). En este sentido la fijación tanto en la figura de los “hombres fuertes” (*strongmen*) como en una suerte de supuesto “guion” (*playbook*) compartido por ellos, por encima de las condiciones políticas, sociales y económicas específicas y reales que los han llevado al poder y les han permitido conservarlo, es un tipo de análisis ahistórico y profundamente “moralista”, algo que, años más tarde, criticando la tendencia de igualar a Trump con Hitler, Mussolini u otros dictadores del siglo XX, con puntualidad ha censurado por ejemplo David A. Bell (2020 y véase arriba: texto #3). Curiosamente por ratos –si no fuera por la insistencia en la figura del líder y la profundamente conservadora-liberal antipatía hacia las masas “fácilmente manipulables” y “seducibles”–, algunos pasajes de Kagan parecen tener un tinte del análisis de Robert O. Paxton (véase: Capítulo 2., 2.1.2.), denotando que su autor lo más probablemente ha leído por ejemplo a *La anatomía del fascismo* (2004) donde Paxton aseguraba que de llegar el fascismo a Estados Unidos este no iba a imitar las formas europeas tradicionales, sino que estaría arraigado en el lenguaje, los símbolos y la cultura de la vida cotidiana (2004: 202) o donde introducía la noción de fascismos “exitosos” y “fracasados” (68).²⁰⁵ Es solo cuestión de especulación si esto es cierto y en caso de que sí, si haber referenciado a Paxton –que en aquel entonces, igualmente como hemos visto, se negaba a tildar a Trump de “fascista”– le hubiera restado el argumento al propio Kagan. Igual más bien lo contrario: le hubiera proporcionado algún marco teórico del que carece usando el “fascismo” solamente como sinónimo de algo que no le gusta (véase: Kershaw, 2015: 39; Payne, 2014: 175) y lo hubiera podido a apremiar a tomar en cuenta las diferencias del contexto entre la actualidad y el periodo de entreguerras, algo que igualmente ignora por completo.

Con todas estas lagunas e imprecisiones históricas la voz de Kagan igual resulta sumamente interesante en sentido de que, como bien apuntaba unos años antes de que apareciera esta columna Arno J. Mayer, proviene de uno de los arquitectos de la política imperial estadounidense que obraba desde un ámbito conservador bipartidario que comprendía tanto el Partido Republicano como el Partido Demócrata y que se ha distanciado del Partido Republicano ya que se sentía que este ya no representaba una plataforma adecuada para la realización de sus planes geopolíticos (Mayer, 2014), una decisión que formalizó más tarde dejando su membresía en el dicho partido e integrando el llamado grupo *Never Trump* formado por los neoconservadores-intervencionistas según cuales, más allá de sus expresas preocupaciones por la condición de la democracia estadounidense, Trump no era un vehículo adecuado para sus políticas. Es justo este ámbito bipartidario aglutinado en torno a la expansión imperial estadounidense que posteriormente cobraría forma de un elitista “frente amplio antifascista” en contra del supuesto “fascismo” de Trump y que estaría formado por un lado por Kagan y por otro la exsecretaria de estado Demócrata Madeleine Albright, dos figuras públicas que sobresalían en este tipo de comparaciones (véase: Albright, 2018). Lo que llama la atención también en la columna analizada es la insistencia de Kagan en tratar a Trump como un “accidente” y una aberración en la política estadounidense sin raíces internas en el Partido Republicano a fin de defender al conservadurismo estadounidense de la acusación de ser “culpable por Trump”, culpando por él más bien a unos cuantos dirigentes “motivados por el oportunismo”. En una columna anterior a la analizada, Kagan llamó a Trump un “monstruo de Frankenstein” creado por el propio GOP, comparándolo también con Napoleón “cosechando los frutos de la revolución” (Kagan, 2016a), la figura que como bien recordaba Rosenfeld, antes de la Segunda Guerra Mundial, cumplía el mismo papel en las comparaciones políticas de la “encarnación del mal absoluto” que posteriormente Hitler (Rosenfeld, 2018). En una columna más reciente en vistas de los planes de Trump de reelegirse, Kagan nuevamente sacó la carta del “fascismo” al asegurar que con Trump Estados Unidos estaría “en camino hacia la dictadura” y que su nueva administración “estará llena de personas que no necesitarán instrucciones explícitas de Trump, como tampoco las necesitaban los *gauleiters* locales de Hitler” (Kagan, 2023).

En este sentido Kagan es un ejemplo de una fascinante y sinuosa evolución política-intelectual que arroja también una luz importante al mismo uso de la comparación al fascismo. Como bien recordaba por su parte Samuel Moyn, uno, como hemos visto, de los principales críticos de comparar Trump al fascismo, después de la guerra de Iraq, Kagan y sus compañeros neoconservadores, que después de los ataques de 9/11 empujaron a Estados Unidos a una guerra en casi todos los frentes y con casi todos los enemigos, han sido duramente criticados por los liberales estadounidenses por instigar demasiadas intervenciones extranjeras catastróficas a la vez, ganándose, como apuntaba uno de estos críticos, “el derecho a no ser escuchados”, y por varios años desaparecieron de la escena política-intelectual (Moyn, 2023a). Y cuando aparecía que esta vertiente política no tendría ninguna chance para salir rehabilitada, la victoria de Trump en 2016, y los llamados del nuevo presidente a poner fin a las “guerras interminables” –Trump llegó incluso a criticar al “error iraquí”, confrontando por ellos a otros Republicanos, como Jeb Bush, el hermano del presidente George W. Bush que buscaba la misma nominación del Partido Republicano–, o sus intentos de retirar las tropas en todo el mundo y el surgimiento de una suerte de “derecha aislacionista”, les ofreció a Kagan y a otros intervencionistas afines una oportunidad de regresar y un ganarse “perdón” de los círculos liberales bajo la misma y compartida

²⁰⁵ El análisis de Paxton parece, a su vez, ser inspirado en un dicho atribuido a menudo a Sinclair Lewis, el autor de la novela *Esto no puede pasar aquí* (véase: el texto arriba #4) que afirmó en una ocasión que si el fascismo llegaría a Estados Unidos “sería portando una bandera y una cruz” que en realidad es una paráfrasis de lo que Huey Long había dicho en alguna ocasión a Dorothy Thompson, la esposa de Lewis: “El fascismo estadounidense nunca emergería como ‘fascista’ [o sea, extranjero] sino [solo] como un movimiento 100% estadounidense; no duplicaría el método alemán de llegar al poder, sino que solo tendría que conseguir el presidente y el gabinete correctos” (Long en: Churchwell, 2018a: 56).

crítica al trumpismo, aunque con más énfasis en ver a Trump ante todo como un obstáculo para restablecer el intervencionismo. Si bien algunos miembros fundadores de la escuela de política exterior neoconservadora tomaron la arriesgada decisión de unirse al campo trumpista como el exjefe del Departamento de Estado de Kagan, Elliott Abrams, que se convirtió en representante especial para Irán y Venezuela durante el gobierno de Trump, Kagan, como subrayaba Moyn, “nunca se rebajó a intentar orientar al trumpismo” pasando en cambio a formar una “alianza táctica” precisamente con los liberales y a presentarse incluso como el portavoz y uno de los principales defensores del liberalismo mismo (Moyn, op. cit.). Otro enfoque que, como bien recordaba Moyn, Kagan compartía con los liberales estadounidenses y muchos de los intelectuales anti-Trump, era la visión que en el centro de la historia mundial está la contienda entre el autoritarismo y la democracia y que los “hombres fuertes” (*strongmen*) autoritarios, representan la principal amenaza para la democracia en el siglo XXI y que la tarea de los liberales es combatir la autocracia y el despotismo que ellos representan, e incluso una suerte del “nuevo tipo de fascismo” (*Ibidem*). Han sido precisamente estas coordenadas políticas-intelectuales que le han permitido a Kagan “regresar de la desgracia”, haciendo de él, como apuntaba Moyn, “uno de los intelectuales de política exterior más perjudicialmente influyentes que Estados Unidos haya producido en nuestros tiempos, ayudando a que el excepcionalismo estadounidense sobreviviera mucho más allá de su fecha de caducidad”, siendo su regreso e influencia que extiende su arco desde la invasión a Iraq bajo George W. Bush hasta el involucramiento de Estados Unidos en la guerra en Ucrania bajo Joe Biden, algo “espectacular” y a la vez “escalofriante” (*Ibidem*). Aunque la verdad era que, escribía Moyn, desde el principio, “nada separó a los neoconservadores anti-Trump como Kagan de un nacionalista como Trump, excepto la pretensión de que lo que es bueno para Estados Unidos, incluidas todas sus acciones bélicas, es bueno para el mundo” (*Ibidem*). Y es precisamente allí, donde hay que buscar las razones y los afanes por tildar a Trump de “fascista” y una “aberración” y una “amenaza” para la política estadounidense, tal como lo hace Kagan en esta columna, no en ninguna anatomía fascista real de él ni de su movimiento.

Para apoyar este análisis, basta prestar atención por ejemplo a una voz parecida a Kagan, que es Max Boot, un comentarista e historiador militar conservador estadounidense de origen judío-ruso, nacido en la Unión Soviética, otro columnista de Washington Post, conocido, igual que Kagan, como un partidario de la expansión militar e imperial estadounidense y que en varias ocasiones, siguiendo toda tradición del uso de la analogías históricas para justificar el expansionismo (véase: Capítulo 2., 1.3.) llegó a comparar las invasiones estadounidenses a Afganistán e Iraq, a las que, igual que Kagan, calurosamente instigaba en sus escritos, “al papel que Estados Unidos jugó en derrotar a Alemania Nazi” (Boot en: Ali, 2003). Boot, igual que Kagan, ha sido un miembro prominente de los *Never Trump*, los Republicanos opuestos a su candidatura y la presidencia de Trump, que luego también se había salido del Partido Republicano (GOP), después de haber votado en 2016 por los Demócratas y la candidatura de Hillary Clinton, y cuando aquel grupo efectivamente se disolvió (véase: Boot, 2018). En sus columnas y conferencias al igual que Kagan, Boot tildaba a Trump de “fascista” (Boot en: Ehrenfreund, 2015), veía “los ecos nazis en sus tuits”, al ir creando de antemano y aun previo a las elecciones en 2016 su propia versión del mito de la “puñalada por la espalda” (*Dolchstoßlegende/Dolchstosslegende*) –propagado por los derechistas alemanes después de la Primera Guerra Mundial que afirmaban que el ejército alemán no había perdido la guerra sino que había sido traicionado por judíos y marxistas en el frente interno–, al culpar por adelantado por su posible derrota electoral a una camarilla oscura que incluye a grupos como banqueros internacionales y minorías étnicas, aunque como precisaba Boot, “Trump no es ningún Hitler”: este “solo hay uno” (Boot, 2016) y en el contexto previo a las elecciones de 2020 ante su negativa de afirmar que aceptaría los resultados electorales por venir –algo que igualmente motivó a varios otros columnistas de usar la palabra “F” (véase: Milbank, 2020)– lo tildó de “mayor amenaza a la democracia desde los años 30”, citando no obstante ningún episodio real de la historia estadounidense de aquella época, sino... las historias ficticias y “alternativas” que trataban de la llega del fascismo a Estados Unidos: las novelas de Sinclair Lewis y Philip Roth: *Esto no puede pasar aquí* (1935) y *La conjura contra América* (2004) (Boot, 2020). Como escribía Rosenfeld, apuntando a la crucial observación de Boot que subrayaba que “no veía paralelos a Trump en la política estadounidense” (Boot en: Ehrenfreund, 2015), tildar a Trump de “fascista” y/o “Hitler”, servía a este grupo de intelectuales conservadores a salvar la legitimidad del sistema estadounidense en general y del movimiento conservador en particular. Así, tiene razón Rosenfeld, usaban la etiqueta del fascismo para pintar a Trump como “una aberración en la política estadounidense sin raíces internas” y defender al conservadurismo estadounidense de la acusación de “ser culpable por el trumpismo” (Rosenfeld, 2019 y Rosenfeld, Ward, 2023: 5-6). Si bien el propio Partido Republicano en ojos de los “*nunca trumpistas*” ya no tenía “remedio” ni “salvación” (Kagan, 2016a), el sistema estadounidense, “la última defensa antes el autoritarismo de Trump” todavía podía ser salvado y había que hacer todo para hacerlo. Una buena ilustración de este punto, una mezcla de la creencia en el excepcionalismo de Estados Unidos –algo que Moyn le había imputado a Kagan por haber “prolongado más allá de su fecha de caducidad” (Moyn, op. cit.)– y completa ceguera hacia las verdaderas causas del auge de Trump, es este pasaje de Boot:

No creo que exista un paralelo claro con Donald Trump en la historia de Estados Unidos. Nunca hemos tenido un presidente tan errático, tan ignorante y tan peligroso para nuestra democracia como Donald Trump. Hemos tenido algunos malos presidentes, pero él está fuera de serie en muchos aspectos. Las únicas figuras con las que es análogo (...) son personas como George Wallace, Joe McCarthy, Huey Long, unos horribles agitadores populistas. La diferencia, por supuesto, es que ninguno de ellos llegó a ser presidente (...) Esa es una gran diferencia. El tipo de personalidad que posee Trump es similar a esos demagogos populistas. La personalidad de Donald Trump también es similar a la de gobernantes autoritarios de todo el mundo, desde [Benito] Mussolini hasta [Hugo] Chávez (sic). Ese es el tipo de persona que es Donald Trump. No respeta ni comprende los límites constitucionales a la presidencia. La gran diferencia es que Estados Unidos no es la Italia o la Alemania de los años treinta. Hoy no es Venezuela. No es la Argentina de los años cincuenta. Estados Unidos no es uno de esos países que tienen un estado de derecho débil y un gobierno ilegítimo que un dictador puede usurpar fácilmente. Tenemos una de las repúblicas constitucionales más

antiguas del mundo y contamos con controles y equilibrios bastante sólidos que son muy difíciles de socavar incluso para Donald Trump (Boot, 2018).

Este tipo de análisis no solo ignora el hecho que el sistema constitucional estadounidense, tal como lo señalaba por ejemplo Corey Robin (véase: Capítulo 2., 2.3.), ha sido la principal fuente del poder de Trump, no la principal víctima de su “personalidad autoritaria”, sino, tal como lo hacía también Kagan en su columna, que en realidad entre los “*Never Trumpers*” y el propio trumpismo las diferencias ideológicas nunca han sido tan grandes y radicaban principalmente en el alcance del intervencionismo que según ellos, no ha sido suficiente con Trump (véase: Moyn, op. cit.) y que ha sido este desacuerdo en torno a la política internacional e imperial de Estados Unidos que generaba las comparaciones de Trump al fascismo (sic).

#6

AUTOR	Cynthia Kaufman
TITULO	<i>Thinking About Fascism</i>
MEDIO	Common Dreams
PALABRAS CLAVE	Adolf Hitler Benito Mussolini Benedict Anderson Fascismo Nigel Farage Hannah Arendt Lecciones Marine Le Pen Partido Republicano Poder Robert O. Paxton Viktor Orbán Donald Trump
FECHA	8 de enero de 2017

Cynthia Kaufman es una historiadora estadounidense de descendencia judía, directora del Instituto Vasconcellos para la Democracia en Acción de Anza College, donde dirige en un programa de capacitación para organizadores comunitarios. Su columna *Pensando en el fascismo* apareció un sitio de internet Common Dreams en contexto de la certificación de la victoria electoral de Trump por parte del Congreso estadounidense y su toma de poder oficial.

Como apuntaba la autora a dos meses de las elecciones de las que salió victorioso el candidato Republicano Donald Trump, estas elecciones “la hicieron pensar en 1933 y en el ascenso de Hitler al poder” (sic) que “llegó al poder por medios constitucionales y luego utilizó ese poder desde adentro para destruir un sistema constitucional de gobierno”. Para Kaufmann, Trump, igual que Hitler, era un “megalómano al que las élites no tomaban en serio y que llegó al poder complaciendo los temores de la gente”. Para ayudar “a aclarar las tareas que teníamos por adelante”, en este contexto, la autora, como aseguraba, leyó *La anatomía del fascismo* (2004) de Robert O. Paxton:

Al analizar el ascenso al poder de Hitler y Mussolini, Paxton dice que es importante observar los medios a través de los cuales estos fascistas tradujeron su capacidad de movilizar el descontento popular en una capacidad casi ilimitada de controlar las maquinarias del poder gubernamental. Su afirmación central es que tanto Hitler como Mussolini obtuvieron apoyo por ser alternativas nacionalistas de izquierda emocionalmente satisfactorias. Los conservadores tradicionales estaban dispuestos a aceptar sus programas, por desagradables que muchos los encontraran, porque trabajando juntos en coalición, eran la única forma viable de evitar hacer concesiones a políticas económicas que favorecerían a la clase trabajadora sobre las élites. Los principales conservadores y las élites empresariales hicieron un pacto con el diablo para ganar poder (Kaufman, 2017).

Si bien, anotaba Kaufman, esta puede no ser la situación exacta de hoy –los fascistas una vez que tuvieron el control del Estado, empezaron a controlar todo lo demás mediante el miedo, la intimidación y la violencia– existían, según ella, “resonancias importantes”. A parte de ofrecer salvavidas a la industria de los combustibles fósiles (“que probablemente habría sido marginada por una administración de Clinton”, una afirmación que no tenía ningún respaldo) y las políticas de los superricos (como si la plataforma de Clinton no estaría garantizando también esto y ella no fuera la candidata preferida de Wall Street y las élites financieras, por encima de Trump), Kaufman no obstante llamó la atención a importantes fallas estructurales en el propio sistema constitucional y electoral estadounidense que ayudaron a la elección de Trump. En este sentido, según Kaufman, “una de las lecciones que debemos extraer de la experiencia de los fascismo de principios del siglo XX”, es que “debemos estar muy atentos a la protección de nuestro sistema constitucional” y que esto es lo que desde hace años han ido diciendo personas “que viven bajo el nuevo nacionalismo de extrema derecha, como los húngaros bajo Orbán o los italianos bajo Berlusconi”. La otra lección que se puede extraer del fascismo de principios del siglo XX, según Kaufman, es que “la gente necesita un sentido de pertenencia y si

los fascistas logran ofrecérselo, entonces obtendrán apoyo”. Pensando sobre “el nacionalismo de derecha emergente de nuestro país”, según la autora vale la pena releer también *Comunidades imaginadas* (2006), el estudio clásico de Benedict Anderson sobre el nacionalismo y el imaginario nacionalista y sus mutaciones como “réplicas sin originales” –escrito de hecho, usando el método comparativo²⁰⁶–, donde esta habla de las formas en que las personas se convierten en una nación contándose historias que tejen un sentido de propósito y significado común de una “comunidad imaginada” de la nación, algo que, sobre todo la izquierda en Europa después de la Primera Guerra Mundial y en los albores del periodo fascista, según la autora, “ha descuidado”, dejando que la gente se abriera “a las narrativas de pertenencia que ofrecían los fascistas”. Como recordaba Kaufman, en *Los orígenes del totalitarismo* “una reflexión sobre el ascenso de los nazis al poder, la gran filósofa judía-alemana Hannah Arendt escribió”:

En un mundo siempre cambiante e incomprensible, las masas alcanzaron un punto en el que, al mismo tiempo, creían en todo y no creían en nada. Pensaban que todo era posible y que nada era cierto (...) Los jefes totalitarios de masas basaron su propaganda en la correcta suposición psicológica de que, bajo semejantes condiciones, uno podía hacer un día creer a la gente las más fantásticas declaraciones y confiar en que, si al día siguiente recibía la prueba irrefutable de su falsedad, esa misma gente se refugiaría en el cinismo. En lugar de abandonar a los líderes que le habían mentido, aseguraría que siempre había creído que tal declaración era una mentira, y admiraría a los líderes por su superior habilidad táctica (Arendt en: Kaufman, 2017; para una cita completa, véase: Arendt, 1973: 80).

Esta cita, según Kaufman, explica bien de como las personas de hoy que se sienten “desplazadas” y “deshonradas” y que “no comprenden los complejos procesos que impactan sus vidas” están “maduras para formas de pensar fascistas”. De allí, según la autora, “aquellos de nosotros que queremos oponernos a la tendencia hacia el fascismo, debemos trabajar para ayudar a las personas a comprender las complejas condiciones de sus vidas, y debemos construir formas de entender el mundo que den a las personas un sentido de significado y propósito en la vida que es emocionalmente satisfactorio” y que “ayuda a la gente a ver las realidades de nuestra situación política” incluido un “panorama honesto” de la devastación del capitalismo neoliberal y los estragos del capitalismo global a fin de poder “reconstruir nuestro tejido social” y “nuestra cultura cívica”. Como apuntaba Kaufman, ha sido el citado Anderson que recordaba como a principios del siglo XX ha sido la prensa que ayudó a tejer un sentido de pertenencia a una comunidad común y hoy este papel en formar “una esfera pública progresista y satisfactoria” podría y/o debería ser retomado por las redes sociales, aunque –lo que no añade la autora, mientras de modo paralelo la propia prensa está sumergida en una crisis (véase: D’Eramo, 2018)–, “nuestros hábitos sobre cómo validamos la información, qué compartimos y cómo construimos una comprensión compartida y común del mundo deben mejorar drásticamente”. Una ventaja que tenemos en Estados Unidos sobre la izquierda alemana e italiana de principios del siglo XX, concluía Kaufman, “es que vivimos en una sociedad muy multicultural” y esta es la base sobre la cual se deben construir narrativas políticas que motiven a suficientes personas y que ofrezcan “alternativas reales que existen al marco capitalista global” para que la gente no se vuelque hacia el nacionalismo y el fascismo.

Más allá del tono didáctico de una activista comunitaria que podría ser chocante para algunos, pero también puede ser considerado como diferente y refrescante en el “debate sobre el fascismo”, lo principal que llama la atención en el recuento de Kaufman, es que la autora desde los inicios da por sentado que Trump es un “fascista” y trata este término como el fin y no el principio de la investigación –una práctica bastante común por parte de los “alarmistas” (véase: Capítulo 1., sección 3; véase también: Ginzburg, 2016; Teitelbaum en: Jackson, 2021)–, asumiéndolo como un hecho y tratando solo después proporcionar algunos ejemplos históricos y/o teóricos para legitimar su comparación. Al hacerlo no obstante igual tiende a quedarse con algunas pocas semejanzas, sin tomar en cuenta lo suficientemente las diferencias: así, según Kaufman, Trump es muy parecido a Hitler, porque este segundo también llegó al poder por la vía democrática explotando los miedos de la gente. Si este es el único criterio de la comparación y las diferencias no importan, la vasta mayoría de los políticos en la democracia, contemporáneos y del pasado que suelen hacer precisamente esto para ganar las elecciones, serían como Hitler y/o fascistas. Lo mismo aplica a la semejanza de que “ambos eran unos megalómanos”. Y si bien Kaufman apunta que lo que existe entre ayer y hoy son “ciertas resonancias”, su insistencia en “sacar y ofrecer” ciertas lecciones del auge del fascismo en los 30 para el día hoy, es un modo simplista y discutible de tratar a la historia que en la mayoría de los casos poco tienen que ver con el pasado y mucho más –como precisamente en caso de Kaufman que resalta las supuestas ventajas de Hillary Clinton por encima de Trump–, con las necesidades políticas del presente (véase: Riley et al., 2015; Riley, 2018; Mercer, 2020).

Respecto a sus invocaciones de Paxton (para más sobre su enfoque, véase: Capítulo 2., 2.1.2.), si bien Kaufman rescata correctamente algunos puntos cruciales de su análisis de la *Anatomía del fascismo* (2004) como por ejemplo la cooperación de los fascistas con las élites tradicionales, pero falla en señalar –como muchos otros autores que invocaban su análisis para apoyar sus comparaciones de Trump al fascismo (véase: Goodman, 2016, #4)–, que, como igual ya se ha mencionado, el mismo Paxton (hasta 2021) se negaba de verlo de este modo, enfatizando que en su anatomía política faltaban varios aspectos cruciales del fascismo (véase: Paxton, 2016a, 2016b, 2016c, 2016d, 2016e, 2016f, 2017a, 2017b).

²⁰⁶ El propio Anderson enfatizaba lo difícil y complicado pero a la vez gratificante de formular las analogías y buscar paralelismos históricos siendo, para él, la comparación “no un método, ni una técnica académica, sino más bien una estrategia discursiva” (Anderson B., 2016).

Respecto a las teorizaciones de Benedict Anderson sobre la importancia del nacionalismo y de la “nación” como una “comunidad imaginada”²⁰⁷ –la supuesta “lección de la historia del auge del fascismo de los 30”–, Kaufman tiene razón al señalar que la cuestión del nacionalismo ha sido tradicionalmente descuidada por la izquierda, sobre todo por la izquierda marxista. El nacionalismo, al igual que la religión siempre ha representado un problema para el marxismo que estaba convencido, como bien lo señalaba propio Anderson, que este era destinado a desaparecer y sin embargo no desaparecía, y hasta –algo a lo que bien apuntaba Kaufman–, en ciertas coyunturas políticas, se fortalecía o “regresaba” (véase: Anderson B., 2006: 3). Pero las razones que daba Anderson para la persistencia del nacionalismo no son exactamente las que menciona Kaufman. No es solo el sentido de “pertenencia” que el nacionalismo ofrece a la gente que lo hace atractivo, sino más concretamente, retomando también unas importantes funciones de la religión en las sociedades cada vez más seculares, la pertenencia a una “comunidad”, una manera específica, como subrayaba Anderson, en la que son vividas las naciones, y que hace que sus miembros “imaginados” sean capaces de poner de lado sus diferencias internas y que se sacrifiquen por su suerte (*Ibidem*: 7). Otra cosa que según Anderson hace atractivo el nacionalismo es ofrecerle a la gente el “sentido de la continuidad”, de modo que muchas doctrinas progresistas lo fallan a hacer, y con lo que “los ciudadanos son capaces de inscribir sus vidas en una totalidad [una nación] que los trasciende” (*Ibidem*: 10). Finalmente su atractivo y fortaleza no reside en la capacidad de “contarse las historias”, sino, tal como lo enfatiza Anderson, en el hecho que su auge coincidió y está intrínsecamente ligado con el auge de la imprenta a gran escala y la simultánea propagación de las estandarizadas lenguas nacionales y el alfabetismo, algo que a su vez propició el surgimiento de las prensas nacionales –el elemento al que sí alude Kaufman–, cruciales en la propagación de los nacionalismos (*Ibidem*: 10-11). Por otro lado si bien tiene razón Kaufman al señalar que los sentimientos nacionalistas jugaron el papel en la victoria de Trump que prometía “hacer que Estados Unidos vuelva a ser grande otra vez” (“MAGA”), en la cuestión de Brexit o el apoyo a Le Pen en Francia o a Orbán en Hungría –junto con otras cuestiones de resentimiento por “desplazamiento cultural” y la “sensación de falta de control sobre las condiciones de existencia bajo el capitalismo neoliberal”–, nada de esto es “fascista” *per se*. Nacionalismo forma parte de la anatomía política no solo del fascismo, sino también de diversos corrientes de la derecha y no solo. El nacionalismo es un importante componente del fascismo que lo radicalizó, según algunos estudiosos como por ejemplo Roger Griffin, de manera importante añadiéndole un componente “paligenético” (de “renacimiento”), pero el fascismo “clásico”, como lo subrayaba el mismo estudioso, lo hizo de modo frente al cual el trumpismo con su narrativa de MAGA se quedaba radicalmente corto (Griffin en: Jackson, 2021; para más sobre el enfoque de Griffin y su negativa de ver a Trump y/o la extrema derecha contemporánea como fascismo por esta razón, véase: Capítulo 2., 2.1.2.).

Finalmente respecto a la cita de Hannah Arendt –como recuerda Kaufman, una pensadora de raíces judías, algo que aplica también a ella misma, algo la pone en un plano más particular para hablar de las comparaciones en cuestión (véase: von Sass, 2021: 161)–, y derivada de ella paralela entre el periodo de entreguerras y los tiempos de hoy, esta se sostiene solamente si aceptamos que el análisis de Arendt sobre el auge del fascismo que esta ofrece en *Los orígenes del totalitarismo* (1973) es correcto. No obstante como bien lo ha demostrado Dylan Riley, su descripción del colapso de la sociedad masas, falta del tejido social y un “vacío” y “apatía” social que permitieron el auge del fascismo, es una mala y equivocada lectura de este periodo. Como hemos visto, el argumento principal de Riley en *Las raíces cívicas...* (2019) es exactamente contrario: el auge del fascismo ha sido fruto de una rica vida de asociaciones y de la existencia de una sociedad civil dinámica y altamente organizada. No han sido “individuos” confundidos y “recogidos” por los fascistas como escribía Arendt y algo que retoma Kaufman, sino una ebullición organizativa y asociativa que nutrió sus filas y que permitió a los fascistas de emerger victoriosos de una feroz lucha de clases (Riley, 2019: 8-9). Solamente después de aceptar este análisis *arendtiano* de un “vacío” y “destrucción” social que facilitó el auge del fascismo, se justifica la comparación que hace Kaufman con los días de hoy de la devastación ocasionada por el neoliberalismo y “los estragos del capitalismo global”. No obstante es justo la diferencia entre estas épocas, por un lado los tiempos de una dinámica y rica vida organizativa de los años 20 y 30 y por otro –aquí sí tiene razón Kaufman, pero al aceptar acriticamente el modelo de Arendt desconoce sus deficiencias en las que basa su propia analogía–, de una anomia social y despolitización que apremian a los autores como Riley o Jäger a negar que hoy estamos presenciando la vuelta del fascismo (Riley, 2019: 7-9; 2022a: 119-120; Jäger, 2022b). Como bien apuntaba en el mismo año que apareció la columna de Kaufman, Enzo Traverso, detrás de Trump no había –y hasta hoy en día sigue sin haber–, ninguna organización fascista y este no dirigía ningún movimiento de este tipo, sino que era una estrella de televisión que a diferencia de los fascistas y los nazis de los 20, 30 y 40 no organizaba ni movilizaba a las masas, sino atraía una audiencia en una sociedad atomizada de consumidores (Traverso, 2017b), una importante diferencias de contextos que pone seriamente en cuestión la utilidad de la analogía al fascismo.

#7

AUTOR	Timothy Snyder
TITULO	<i>The Test of Nazism that Trump Failed</i>
MEDIO	The New York Times

²⁰⁷ La definición de Anderson de las naciones como “comunidades imaginadas”, se debía, como lo explicaba el mismo autor, a que estas, a diferencia de las clases sociales, no están basadas en nada “objetivo” y carecen en buena parte de una “sustancia ontológica” (Anderson B., 2006: 6)

PALABRAS CLAVE	Charlottesville Donald Trump Estados Unidos Fascismo Nazismo Neonazismo
FECHA	18 de agosto de 2017

Timothy Snyder, es un historiador estadounidense, profesor de la historia europea en la Universidad de Yale, especialista en Holocausto y en Europa Central, autor de varios libros como *Tierras de sangre* (2010) o *Tierras negras* (2015) y la vez uno de los más influyentes “alarmistas” y comparatistas de Trump –y varios otros mandatarios contemporáneos de la extrema derecha–, al fascismo, proponente de buscar las claves para entender a Trump en la historia del periodo nazi (véase: Baird, 2023). Snyder es a la vez el mejor representante de una tendencia más general en la historiografía de analogizar a nuestros tiempos de hoy al pasado a base de toda una serie de “advertencias”, “profecías” y “lecciones” para el presente y para el futuro (véase: Tharoor, 2017; Riley, 2018; Robin, 2020c; Mercer, 2020), algo mejor ejemplificado por su muy sonado libro *Sobre la tiranía* (2017), dedicado a analizar de como Trump, emulando a los nazis, iba a dismantelar la democracia estadounidense, el análisis que Snyder ha desarrollado también en numerosos artículos de prensa, columnas de opinión, entrevistas y en varios otros libros después de 2016 (véase: Snyder, 2016 b-e; 2017 a-l; 2018 a-e; 2020 h-i; 2021a; 2022 a-c). Como subrayan no obstante muchos otros historiadores las “lecciones” y “advertencias” de Snyder no solo han cruzado de manera peligrosa la línea entre historia y “profecías” (Steinmetz-Jenkins, 2024: 13), sino que suelen ser poco convincentes y poco útiles al estar a menudo sustentadas en dudosas y debatibles lecturas de la propia historia de la Segunda Guerra Mundial en las que Snyder asegura basarlas (véase por ejemplo: Lazare, 2014a, 2014b; Bartov, 2016; Traverso, 2016c; Pinkham, 2018; Evans, 2018c; Mikanowski, 2019; para más sobre el enfoque de Snyder, su noción de las “lecciones” y los diferentes usos del término “fascismo”, véase: Capítulo 2., 2.5.). Su columna, en The New York Times, titulada *La prueba del nazismo que Trump falló* ha sido escrita en contexto posterior a la marcha de los neonazis estadounidenses en Charlottesville el 11 de agosto 2020 y las reacciones del presidente Trump a ella (véase también las columna #23).

Apuntando que en los meses pasados unas palabras de Trump en una conferencia de prensa de febrero lo “dejaron inquieto” –“No. 1, soy la persona menos antisemita que hayas visto en toda tu vida. No. 2, racismo, soy la persona menos racista”, aseguraba Trump–, Snyder escribía que se acordó de esto cuando vio a uno de los manifestantes en Charlottesville (de su estado natal, Ohio) con una playera con una leyenda “Heil Hitler”. Anotando que como historiador del Holocausto que entrevistaba a los sobrevivientes y los rescatistas “había desarrollado una intuición” que los últimos nunca se jactan en hacer lo que hacían y si se jactan, significa probablemente que eran antisemitas y racistas, subrayando que escribía su columna desde Polonia, “donde el Holocausto está presente en cada ausencia, en una casa donde el poeta polaco Czesław Miłosz, ganador del Premio Nobel [de Literatura, 1980], pasaba sus veranos cuando tenía la misma edad que los jóvenes que veo en esas fotografías [de Charlottesville]”:

En 1943, en Varsovia, observó cómo el viento que arrastraba las cenizas por encima del muro del gueto en llamas atrapaba las faldas de las niñas que viajaban en un carrusel. Se dio cuenta de cómo la gente extendía la mano para atrapar trozos de ceniza que flotaban en el aire como “cometas oscuras”²⁰⁸ (Snyder, 2017k).

Snyder, como escribía, se quedó pensando también en otra poeta polaca y otra ganadora del Premio Nobel [de Literatura, 1996], Wisława Szymborska, que en uno de sus poemas, “describió de manera memorable a una mujer que (...) corrió precipitadamente hacia un edificio en llamas para salvar a niños que no eran suyos”.²⁰⁹ Según Snyder –en referencia a las afirmaciones de Trump que él es “una buena persona”: ni antisemita ni racista–, el poema de Szymborska enseñaba, supuestamente, que “no tiene

²⁰⁸ El poema de Miłosz al que se refiere Snyder es el conocido poema titulado *Campo dei fiori* (1943) que este escribió en su juventud en Varsovia bajo la ocupación alemana. Empieza con la imagen de la famosa plaza romana al que autor alude en el título y donde, como recuerda, “quemaron a Giordano Bruno”, todo mientras, como escribía Miłosz, su suerte no alcanzaba a molestar la alegre atmósfera que dominaba allí, comparando luego aquella imagen con el escenario de la liquidación del gueto judío en Varsovia por los nazis en abril de 1943, que él mismo observó desde el lado “ario” de la ciudad ocupada, donde la vida seguía con su curso normal: una tarde de primavera, con un cielo claro, una carrusel, música y gente feliz, mientras en el fondo la población del gueto moría asesinada por los nazis y en las llamas.

²⁰⁹ El poema de Szymborska al que alude Snyder es, a su vez, igualmente sonado, *Un minuto de silencio para Ludwika Wawrzyńska* [Minuta ciszy po Ludwice Wawrzyńskiej] (1957). Igual que el poema de Miłosz, ha sido basado en una historia real de una maestra, que en 1955 preparándose para salir al trabajo, se percató de un incendio en el edificio adyacente y que sin pensar se lanzó a rescatar la vida de cuatro niños que estaban atrapados en uno de los departamentos, a los cuales salvó la vida sucumbiendo ella misma después a causa de las heridas que sufrió. Su caso ha sido un evento muy sonado en la República Popular Polaca (PRL) y presentado por el gobierno socialista como el máximo ejemplo del heroísmo desinteresado. Wawrzyńska fue galardonada *post-mortem* con la segunda condecoración civil más importante de Polonia: la Cruz de Oficial de la Orden de Polonia Restituta, los periódicos escribieron ampliamente sobre su heroísmo, al igual que otros poetas famosos como por ejemplo Leopold Staff.

sentido jactarnos de nuestra bondad, hasta que no quedemos probados” y después de Charlottesville, Trump “enfrentó una prueba fácil y fracasó”: “cuando se le presentó una oportunidad obvia para condenar el mal que era y es el nazismo, primero esperó, luego se equivocó, luego leyó en un teleprompter y luego relativizó hablando de ‘la gente muy buena de ambos lados’” [en referencia a los neonazis y a los contramanifestantes-activistas de izquierda], escribía Snyder. Y entre las “buenas personas” del lado neonazi, recordaba Snyder había quienes gritaban “*Sieg Heil*”, “Sangre y tierra” y “los judíos no nos reemplazarán” cuando pasaron enfrente de una sinagoga, repitiendo los eslóganes, tropos e ideas nazis según los cuales “el mundo judío que sofoca a la raza superior y, por lo tanto, debe ser eliminado del planeta”. “Estos puntos de vista no definen un ‘lado’ –escribía Snyder–, sino más bien son una visión del mundo en la que los Estados Unidos de América, con su Constitución y sus leyes, y con su entendimiento cotidiano de derechos y responsabilidades, logrado con tanto esfuerzo, ya no existirían”. Recordando que Hitler y sus secuaces se definían a ellos mismo como “un lado”, “defensores del sistema [sic] contra el otro ‘lado’, la izquierda”, llegaron al poder “denunciando el comunismo, que entonces (a diferencia de ahora) era una fuerza en el mundo”. Una vez en el poder, “Hitler (...) envió a todos los oponentes del otro ‘lado’ a los campos de concentración o los mató” y cuando ardió el parlamento alemán, el Reichstag, escribía Snyder, culpó por ello al “otro lado” que era “violento” y usó la falsa afirmación que el otro ‘lado’ había cometido terrorismo para poner fin a la república alemana (para la historia de la quema del Reichstag y el uso de esta comparación por Snyder, véase más: texto #17).

Con todo esto, según Snyder, Trump no solo ha fracasado en una “prueba nazi”, sino que “ha prestado a los nazis estadounidenses tres servicios”: normalizó su ideología, excusó sus acciones y “les dio la esperanza de que culpará a sus oponentes la próxima vez que Estados Unidos sea atacado por el terrorismo”. Apuntando a que el mismo sitio web de los neonazis estadounidenses *The Daily Stormer* –que no tomó su nombre, como escribía Snyder, sino, para ser exacto, lo emuló de un tablode antisemita nazi titulado *Der Stürmer* (*El Atacante*)–, comparó la marcha en Charlottesville al “putsch de la Cervecería en referencia a un intento temprano de Hitler de tomar el poder (1923), algo que, subrayaba Snyder, para estos grupos significa “un fracaso que prometía una victoria posterior”. “Los nazis estadounidenses sueñan con otro incendio del Reichstag, un momento de terror en el que el presidente mostrará sus verdaderos colores y su oposición podrá ser aplastada”, escribía Snyder. Y si bien, continuaba, se podría optar por olvidar estos lemas y estos acontecimientos de los años previos a la Segunda Guerra Mundial, “los nazis estadounidenses recuerdan la historia a su manera, al igual que el presidente Trump”. Apuntando bien que las estatuas confederadas que Trump admira son en su mayoría artefactos de los primeros años del siglo XX [erigidos no inmediatamente después de la Guerra Civil, sino décadas más tarde en el escenario del recrudecimiento de la violencia racial y el surgimiento del “segundo Klan”]²¹⁰, “en los mismos tiempos cuando Hitler admiraba a Estados Unidos por sus leyes *Jim Crow*” y “cuando el padre de Trump fue arrestado en un mitin del Ku Klux Klan antes de que Estados Unidos pasara su prueba”. En este sentido para Snyder, “Estados Unidos primero” –el lema de los aislacionistas estadounidenses de los años 40 retomado por Trump– “es un llamado a por Estados Unidos alternativo, uno que podría haber sido real, uno que no luchó contra los nazis, uno que se quedó en casa cuando el mundo estaba en llamas, uno que no pasó la prueba”. Y concluía que en aquel momento todo los estadounidenses “estaban siendo probados” y así “iban a llegar a conocerse a ellos mismos” y de que todos dependía si Estados Unidos se convertía o no, “en un país nazi”.

Si bien el punto que hace Snyder (“si uno se jacta, no es verdad...”), fruto de sus conversaciones con los rescatistas, es muy válido y ayuda a arrojar una luz a Trump que asegurando que no es un antisemita ni un racista, en efecto parece confirmar que lo es y con estas afirmaciones trata de taparlo, Snyder no explica que –más allá de racismo bastante “típico” para todo el supremacismo blanco estadounidense²¹¹–, Trump es un antisemita muy particular, el tipo al que los estudiosos se refieren como un “antisemita sionista” que odia o resienta a los judíos y/o explota políticamente la judeofobia, pero en el mismo tiempo es un arduo e incondicional aliado político del Estado de Israel, una lista que incluye figuras históricas como Arthur Balfour, un conocido estadista británico que favoreció las restricciones a la inmigración judía al Reino Unido antes de emitir en 1917 la famosa Declaración en apoyo a la creación del Estado judío en Palestina, el primer ministro húngaro Viktor Orbán, el locutor de radio de extrema derecha Glen Beck, el neonazi estadounidense Richard Spencer y precisamente, Donald Trump (véase: Eisenman, 2023). Además, como han señalado algunos críticos, es justo su enfoque hacia los rescatistas que introducía de manera controvertida en el campo de los estudios sobre el Holocausto los factores de la “moralización” en la historia, algo a base de que Snyder se proponía a ofrecer incluso en sus libros académicos toda una serie de “lecciones” y “advertencias” del pasado (Browning, 2015; véase también: 2.5.), un estilo del argumento que permea y caracteriza precisamente a esta columna (y otras).

²¹⁰ En otra columna, unos años después, Snyder contrastó correctamente esta admiración y defensa de los monumentos de los Confederados por parte de Trump con su desdén de los derechos humanos y civiles de los estadounidenses, sobre todo los afroestadounidenses, apuntando que su preocupación por la historia, no tenía nada que ver con la historia como tal sino con su versión particular basada en mitos y distorsiones y en algo que Snyder en otro lugar –en su libro *Sobre la tiranía* (2017)– llamó, un poco crípticamente, como la “política de la eternidad”: “un desplazamiento de los desafíos reales del mundo actual por el mito de un pasado sagrado que debe ser protegido” (Snyder, 2020b; para un punto curiosamente parecido de Enzo Traverso acerca de los monumentos de los Confederados y las manipulaciones de la historia, véase: Traverso: 2020a).

²¹¹ Las jactancias y las negaciones de Trump recuerdan las palabras de Joe Biden de principios de 2020 –cuando todavía peleaba por la nominación Demócrata para la presidencia– según el cual Trump era “el primer presidente racista en la historia de Estados Unidos” (sic), algo que ha causado una consternación entre los comentaristas e historiadores estadounidenses que inmediatamente apuntaron que muchos lo eran: desde el mismo George Washington que era dueño de esclavos, hasta por ejemplo Woodrow Wilson que apoyaba la segregación y la promovía en el servicio federal. En respuesta a estas palabras Trump mismo se comparó a... Abraham Lincoln –el famoso presidente Republicano– asegurando que “ningún otro presidente había hecho tanto como el para los afroestadounidenses desde los tiempos de Lincoln” (sic).

Respecto a los poemas de Miłosz y Szymborska, cuyos títulos Snyder no menciona pero que son fácilmente identificables y –donde el primero sirve en realidad como un link para introducir el segundo en cuya figura de “prueba” Snyder basó su argumento central y la comparación con la época nazi que luego junta con Trump y los neonazis de Charlottesville–, allí su argumento resulta problemático. El poema de Szymborska, algo que el autor no aclara y a pesar de la impresión que causa pasando fluidamente de hablar de su experiencia como el historiador de Holocausto, de Polonia “donde el Holocausto está presente en cada ausencia” y del verso de Miłosz que explícitamente habla de uno sus episodios, no se refiere a la guerra ni al Holocausto, sino a los tiempos socialistas. El único vínculo con la Segunda Guerra y el nazismo de una historia de mitades de los años 50 y el poema dedicado a este ejemplo del heroísmo universal es... que se trata de Polonia. Desde luego, es una “licencia poética” y derecho del autor de hacer la asociación que le parezca pertinente –en esta caso rescatar de Szymborska la cuestión de una “prueba moral” y aplicarla a Trump–, pero la impresión que deja el autor es que todas estas referencias forman parte de la misma oscura historia del Holocausto y/o Segunda Guerra Mundial, algo que está pensado como la base para su comparación de Trump al fascismo/nazismo, y no es así. En este sentido, su base comparativa no resulta tan firme como Snyder pretende que se vea. La “prueba” de la que habla Szymborska –y la que Snyder convierte en la “prueba del nazismo” en el título de su columna y al final de su texto donde habla de ella de manera un poco enredada, tratando quizás ser poético, pero con resultados muy limitados–, no tenía nada inherentemente “nazi” o “fascista”, al menos que asumamos que cada poeta polaco del siglo XX no hacía nada otro sino escribir del nazismo y del trauma de la Segunda Guerra Mundial, una impresión que Snyder parece fomentar precisamente al no aclarar la proveniencia y el tema específico del poema de Szymborska (¿qué tal vez desconocía?), mientras en cambio para ella se trataba del heroísmo desinteresado y un “test” universal de decencia y/o moralidad. Hacer a base de ello una conexión entre el nazismo y Trump y afirmar que si aprobar o reprobar este “test” hará de Estados Unidos un “país nazi” o no, es solo una operación retórica de Snyder que al no explicar bien el contexto en el que fue escrito el poema en cuestión y el significado original de la “prueba” de la que se habla, resta en efecto la validez y la utilidad de la comparación histórica que propone.

Algo parecido –falta de apuntar debidamente al contexto y/o la diferencia de contextos entre las épocas que se pretende comparar–, ocurre con su mención de Hitler y su uso de la noción de “lados/bandos”, que según Snyder es análogo al uso que le da Trump. Si bien es un punto interesante –y una sensación que, tiene razón el autor, dominaba en toda Europa de entreguerras y un aferramiento que efectivamente destruía la política–, Snyder omite añadir, o no quiere notar, que la polarización política en Alemania de los 20/30 que influía en el choque entre “dos bandos”, era un clima extremo que no tiene ninguna comparación con Estados Unidos de principios del siglo XXI y que el panorama político allí era –con los comunistas y los socialdemócratas combatiéndose con la misma ferocidad que cada uno de ellos combatía a los nazis (véase: Capítulo 2., 2.1.1.)–, mucho más complicado que cualquier desacuerdo y confrontación entre los liberales y los conservadores en Estados Unidos. Igualmente, se equivoca Snyder al escribir que Hitler era “un defensor del sistema”. Hitler no defendía ningún “sistema”, sino la nación alemana y la pureza de su raza. “El sistema” (*Das System*), de hecho, era una palabra-clave que los nazis usaban primero en sus publicaciones y luego, como parte del lenguaje político cotidiano, para hablar del “orden podrido” de la República de Weimar que pretendían abolir y sustituir con uno nuevo (Klemperer, 2006: 91). Igualmente problemática resulta la comparación de la marcha en Charlottesville con el putsch de la Cervecería ya que la primera a contrario de la segunda, no apuntaba directamente a toma del poder (“primero en Múnich y luego todo el país”, decían los nazis) y no ha constituido ningún preludio a ninguna “futura victoria”, siendo esta aseveración solamente una de las siguientes y habituales “advertencias” y “profecías” de este autor que no se han cumplido a lo largo de la presidencia de Trump (como “la quema del Reichstag”, un momento de terror “en el que el presidente mostraría sus verdaderos colores y su oposición sería aplastada”), constituyendo más bien uno de los numerosos momentos en el que el análisis de Snyder “se estaba saliendo del dominio del quehacer histórico” (Steinmetz-Jenkins, 2024: 13).

Finalmente, al apelar a la fascinación de Hitler y/o los nazis con Estados Unidos, o más bien, por ciertos aspectos de la historia colonial y sus leyes raciales, un conocido tema, señalado por varios estudiosos, Snyder incurre en lo que nos gustaría llamar en esta investigación como una “triangulación argumentativa”, el tipo de argumentación retórica que en vez de vincular a Trump directamente con el pasado del racismo estadounidense (las leyes *Jim Crow*, etcétera), hace un *detour* vinculándolo primero con Hitler y los nazis que efectivamente en algún momento estudiaron y tomaron nota de ciertos aspectos del régimen racial estadounidense, al igual que de algunas otras de sus políticas, con tal de solamente poder justificar su comparación de Trump con el nazismo o ciertos aspectos de este. Si bien, apuntar a estas conexiones no es históricamente incorrecto, la misma naturaleza de este tipo de argumentación al que incurrieron, aparte de Snyder, también varios otros comparatistas de Trump al fascismo, resulta problemática.

El hecho que el principal modelo para la legislación racial nazi no provino de ninguno de los imperios coloniales europeos –aunque, las propias leyes alemanas de Namibia colonial han sido un antecedente–, sino, como lo indicaba Snyder, de Estados Unidos y su racismo institucionalizado, es algo conocido y estudiado ampliamente por varios investigadores. Como documentó con detalle el jurista estadounidense de la Universidad de Harvard James Q. Whitman en el libro *El modelo americano de Hitler* (Whitman, 2017a) –un libro que algunos de los mencionados comentaristas usaron igualmente para fundamentar su argumento sobre la equivalencia entre los nazis y Trump (véase: Churchwell, 2018b; Stanley, 2022d)–, los teóricos legales nazis utilizaron las leyes de *Jim Crow* que explícitamente velaban por la “pureza racial” y han sido introducidas para “evitar el mestizaje” y preservar la “supremacía blanca”, como modelo para sus propias leyes de Nuremberg de 1935 que restringieron la ciudadanía plena solo a aquellos de “sangre aria”, al igual que para sus leyes migratorias y sus criterios específicos en un afán de mantener la pureza racial de Alemania nazi. Como recordaba el propio Whitman, Hitler en el capítulo de *Mi lucha* (“*Mein Kampf*”) titulado “*Nación y raza*” escribía: “El habitante germánico del continente americano, que ha permanecido racialmente puro y sin mezcla, se elevó para ser dueño de su continente; seguirá siendo el amo mientras no caiga víctima de la contaminación de su sangre” (Hitler en: Whitman, 2017a: 53). Gracias a las leyes de *Jim Crow* que inspiraron las definiciones nazis de raza y ciudadanía, los

juristas alemanes introdujeron la distinción entre ciudadanos de “raza pura” (blancos, arios), “grupos inferiores” (negros [sic]) y “mestizos” (*Mischlinge*), y la prohibición y el castigo de las relaciones sexuales entre individuos racialmente diversos. Sólo los de “sangre alemana” podían ser ciudadanos alemanes con derechos políticos (siendo de hecho la concepción de la identidad nacional basada en la raza central para el nazismo pero no tanto para otros fascismos como por ejemplo el italiano). Los judíos, a fuerza de no ser “arios”, fueron excluidos de la ciudadanía y, por lo tanto, despojados de sus derechos políticos, el trato similar que los afroamericanos habían sufrido durante mucho tiempo en el sur de Estados Unidos posterior a la Guerra Civil (algo que, dicho sea de paso, efectivamente expone una paradoja que la victoria de los Aliados acabó finalmente con el fascismo racial alemán en 1945 mientras el régimen *Jim Crow* de Estados Unidos iba a sobrevivir todavía durante otra generación). Si bien los nazis criticaban que las leyes de *Jim Crow* no hubieran abarcado el caso de los judíos, eso, como apuntaba Whitman, no mermaba su admiración por Estados Unidos, cuya hostilidad hacia la Alemania nazi atribuían a la influencia nociva que tenían las élites judías en el gobierno de Franklin D. Roosevelt. Y a la vez estimaban la flexibilidad del sistema jurídico estadounidense, capaz de combinar dos tendencias contradictorias: un orden supremacista blanco y un orden transformador igualitario, es decir, el “realismo” de las leyes segregacionistas y el “formalismo” de la igualdad constitucional.²¹² Para los nazis, esto significaba que las jerarquías raciales debían ser combinadas con la “igualdad” en el marco de la comunidad racial (*Volksgemeinschaft*) alemana aria. Irónicamente, allí donde los nazis divergían y se distanciaban de la legislación estadounidense respecto a la segregación racial, era donde la encontraban demasiado restrictiva y radical (sic) (Whitman, 2017b).

Jim Crow y las políticas raciales del Sur estadounidense, no eran la única inspiración y el único “link” entre Estados Unidos y el Tercer Reich, que según Snyder, de modo rebuscado por la vía de su “triangulación argumentativa”, justificaban hablar del “nazismo de Trump” o ponían a Estados Unidos bajo su gobierno en un camino recto a convertirse en un “país nazi”, como lo escribía en la columna presente. Como escribía antes en su citado previamente libro sobre “las lecciones del Holocausto”, *Las tierras negras* (véase: Capítulo 2., 2.5.) y en un extracto de él publicado en 2017 precisamente para hacer resonancia con la presidencia de Trump (véase: Snyder, 2017d), el Destino Manifiesto (*Manifest Destiny*)²¹³ y las políticas jacksonianas de remover forzosamente a los “nativos” condenándolos adrede al hambre y la muerte, han sido igualmente una de las principales “inspiraciones” de los nazis en su búsqueda por su “espacio vital” (*Lebensraum*) desalojando y reubicando la población polaca étnica y exterminando a los polacos-judíos o haciendo lo mismo en Ucrania. Refiriéndose a las políticas de expulsión de indios de Thomas Jefferson, Hitler llamó al río Volga “nuestro Mississippi”, de donde las razas inferiores debían ser expulsadas. Afirmó además que los “nativos” de Europa del Este deberían ser “considerados nuestras pieles rojas”. De modo muy llamativo por ejemplo, al principio, antes de abrazar la “solución final al problema Judío” (*Endlösung der Judenfrage*), Hitler emulando directamente a Estados Unidos y su colonización de las Grandes Llanuras –y siendo un gran fan de las novelitas sobre indios y vaqueros de un escritor alemán pormenor de la época de entreguerras Karl May–, planeaba por ejemplo crear una “reservación” para los judíos al sur de Polonia, en el área de Lublin (Nisko) (Snyder, 2017d).²¹⁴ También otros comparatistas de Trump al fascismo para justificar su comparación hacían la misma conexión: apuntaban a la inspiración del mismo Hitler –que de hecho en *Mi lucha* admiraba expresamente como “la joven nación [estadounidense] realizaba su ideal del ‘estado nacional’”–, que para su conquista de Europa, ante todo de los Estados eslavos, emulaba expresamente al Destino Manifiesto y la manera en la que Estados Unidos, sobre todo en tiempos de Jackson, “trataron a sus indios” (véase: Churchwell, 2018b; Stanley, 2018a, 2022d).

Pero, como ya lo hemos indicado, si bien todas estas conexiones e “inspiraciones” son más que correctas, referirse a ellas en un afán de hablar del “fascismo de Trump”, confirma, como bien lo lamentaba Ben Mercer, una sorprendente renuencia a analizar a Trump dentro de los marcos de la propia historia de Estados Unidos (Mercer, 2020). Argumentar que Trump es un “fascista” porque es el heredero de las “ideas que una vez inspiraron a los nazis” –las mismas tendencias nativistas

²¹² De modo parecido como subrayaba –y muy al contrario de la tesis de Mayer (1988)–, el historiador Brendan Simms muchas de las decisiones y convicciones políticas de Hitler, incluido su antisemitismo, se entienden mejor por el prisma de su extraña fascinación con Estados Unidos y con el capitalismo anglo-americano, la política anglo-sajona y una suerte de “envidia” y “complejo de inferioridad” al sentir la sociedad alemana “muy provincial” frente a la británica y la estadounidense, algo que lo empujó a emprender su guerra global mucho más que su anticomunismo, el odio a la Unión Soviética y el bolchevismo (Simms, 2019). Si bien la mencionada por Simms “envidia” puede ser, junto con su peso en la tomas de decisiones políticas por los nazis, debatible, Alemania, como ya se ha mencionado, sí parecía tener “envidia” por los “espacios vitales” que Estados Unidos ya se había asegurado en el siglo XIX y también por la Doctrina Monroe mediante la cual el país se otorgaba el derecho exclusivo a gobernar en América Latina. De modo análogo, en la mente de los geopolíticos nazis, Tercer Reich se otorgaba el derecho a colonizar y gobernar Europa oriental y Rusia (*Plan Ost*), Italia iba a tener su “Euroáfrica” y Japón sus esfera colonial en Asia.

²¹³ Una creencia colonial en los Estados Unidos del siglo XIX de que los colonos estadounidenses blancos estaban “destinados” a expandirse por América del Norte y una expresión temprana del imperialismo estadounidense. El término ha sido acuñado y popularizado por John L. O’Sullivan, un influyente columnista y uno de los ideólogos y promotores de la “democracia jacksoniana” del pueblo dominante (*Herrenvolk Democracy*) (véase: Hahn, 2024).

²¹⁴ En un afán parecido a Snyder, otro historiador estadounidense especializado en Holocausto, Waitman Beorn, apuntaba a las mismas conexiones entre Estados Unidos de Trump y el Tercer Reich, subrayando que “los responsables del genocidio y la persecución no gobiernan en un vacío histórico”, poniendo en efecto a la par a Trump y a Hitler (Beorn, 2018b). Fuera del contexto del trumpismo, desde el campo académico parecido a Whitman (2017a), otro estudioso que hacía una analogía directa entre la puja nazi por el *Lebensraum* y la puja para colonizar el Oeste estadounidense comparando directamente la ocupación nazi de Europa del Este con la conquista y la colonización de los territorios de los pueblos indígenas, ha sido el historiador estadounidense Edward B. Westermann (2016).

estadounidenses como la “democracia jacksoniana del pueblo dominante” (*Herrenvolk Democracy*) o las leyes raciales segregacionistas–, “salta por encima” de la propia y mencionada historia estadounidense (junto, de hecho, por ejemplo con la discutible tradición del “fascismo estadounidense”), y optando, en cambio, por inscribirlo en un linaje nazi, omite así el hecho que las tendencias en cuestión han sido autónomas, nacieron antes del fascismo/nazismo y no han necesitado para ello de su marco ni para perdurar ni para prosperar. Este tipo de argumento refleja también la dominación de ciertos patrones de la memoria y del “uso público de la historia”, enfocados casi exclusivamente en la Segunda Guerra Mundial y la imperante fascinación cultural con los nazis y el nazismo, al igual que la renuncia de analizar el conservadurismo estadounidense y el supremacismo blanco estadounidense en sus propios términos. Si aceptamos el linaje jacksoniano de Trump –no solo en referencia a él, sino también respecto a muchos de sus seguidores–, el verdadero “link” con él está en el propio pasado y legado esclavista y racista estadounidense, no en el nazismo. Insistir en lo contrario es no solo ahistórico, sino aparenta que una serie de “retroalimentaciones ideológicas” abonan a un movimiento o un régimen político, cuando este tipo de argumento debería ser visto solamente por lo que es: una deliberada operación retórica –una suerte de “triangulación” como una estrategia discursiva–, y una explícita “comparación vejatoria” (Horacio González *dixit*). ¿Si el colonialismo, el genocidio indígena, el racismo y segregacionismo estadounidense precedieron al fascismo/nazismo e incluso inspiraron a los nazis, como argumenta Whitman y recuerda Stanley, por qué vincular a Trump y MAGA con Hitler y el nazismo y no directamente con *Jim Crow* y el propio racismo estadounidense mejor representado por Jackson? ¿Si el propio Hitler profesaba las ideas similares que los segregacionistas estadounidenses profesaban décadas antes e incluso encontró en ellas la inspiración para su propio proyecto racista, expansionista y exterminacionista en la Europa Central y Oriental, porque el verdadero referente y la “tradición” para el trumpismo no es precisamente *Jim Crow*, pero sí las políticas de los nazis?

Este, justo, ha sido el argumento de Jamelle Bouie, el columnista de The New York Times que si bien tempranamente comparó a Trump con el fascismo (Bouie, 2015 y véase: arriba, texto #1), luego abandonó este marco, argumentando que en un afán de identificar las raíces del gobierno autoritario de Trump y en búsqueda de las inspiraciones y las analogías históricas para la destrucción de la democracia en Estados Unidos habría que mirar “directamente a la historia nacional” (Bouie, 2020a). Para él –criticando así la mencionada “triangulación argumentativa”, aunque sin identificarla explícitamente– las verdaderas inspiraciones para las políticas de Trump no venían del Tercer Reich, sino directamente del modelo segregacionista y opresivo de *Jim Crow* con su exclusión y supresión de voto y su “racismo legalizado” (*Ibidem*). Aun así, siguiendo con las comparaciones al fascismo los comentaristas como Stanley, en un artículo dedicado al uso del término “semifascismo” por Joe Biden respecto a Trump y el movimiento MAGA en 2022 calificándolos como una “amenaza para la república” (véase: Finchelstein, 2022c; Katz, 2022b), anotaba que podemos pensar en un régimen “semifascista” como aquel que se acerca al fascismo conservando algunas apariencias de la democracia como algunos partidos opositores “por el bien del espectáculo” o un Estado de partido único que no llega a ser una dictadura total.²¹⁵ Según Stanley, por difícil que sea para los estadounidenses escucharlo, “es esencial para nuestro autoconocimiento saber que Estados Unidos ya han albergado un régimen ‘semifascista’ a lo largo de su historia, que tuvo un impacto sustancial en el desarrollo de los países más famosos de Europa, movimientos explícitamente fascistas, incluido el nazismo alemán” (Stanley, 2022d). “Ese régimen –anotaba–, se llamó ‘*Jim Crow*’ y duró desde el final de la Reconstrucción post-Guerra Civil, hasta el movimiento de derechos civiles a mediados de la década de los 60” (*Ibidem*). Esta argumentación presenta varios problemas: primero, el régimen de *Jim Crow* no surgió inmediatamente después de la Guerra Civil en el periodo de la Reconstrucción posterior, sino en los años 90 del siglo XIX propiciado por las particulares condiciones económicas y políticas: la relajación de las restricciones raciales y el auge de un movimiento populista agrario en Estados Unidos cuyo carácter multirracial puso en peligro los intereses de los terratenientes blancos en el sur que reaccionaron no solo con violencia directa –mediante grupos de choque llamados “Camisas Rojas” (sic) que atacaban a los votantes populistas y los Republicanos (los Demócratas en aquel eran el partido de la segregación racial)–, sino precisamente promoviendo una serie de leyes segregacionistas. Pero más que nada no queda claro el vínculo entre el “fascismo” o “semifascismo”, en este caso y el *Jim Crow*, un régimen jurídico que lo precedía por décadas más allá de un solo afán de obtener un efecto retórico fuerte al asociar los dos. Si bien Stanley aludía en su texto nuevamente al trabajo de Whitman (2017b), este argumento tomaba otra vez un forzado “*detour*” –la mencionada “triangulación argumentativa”– con tal de solo hacer una conexión entre Trump y el fascismo/nazismo. ¿Y por qué no, como hemos mencionado anteriormente, vincular directamente el autoritarismo en Estados Unidos –si esto es justo lo que ocurría bajo Trump, aunque los estudiosos como Corey Robin diferían (véase: 2.3.)– con el pasado de *Jim Crow* en la búsqueda de las verdaderas raíces de MAGA, prescindiendo del Tercer Reich? Este precisamente ha sido el argumento de Bouie que apuntaba explícitamente que no hay que buscarlos en el extranjero y/o en el pasado del fascismo/nazismo europeo, sino en los propios Estados Unidos y en la tradición de *Jim Crow* (2020a). Así la única razón por usar este tipo “triangulación argumentativa” –una argumentación que, en sí misma, roza peligrosamente con *reductio ad Hitlerum* (véase: Capítulo 2., 1.3. y nota de pie 47)– es forzar, tal como lo hace Snyder en esta columna, la comparación de Trump con el fascismo/nazismo a fin de

²¹⁵ En otra ocasión durante la campaña de 2020, Biden reacio en general a usar este tipo de analogías históricas en respuesta a la pregunta de una periodista de como este respondería a las acusaciones de Trump que Biden y los Demócratas “promovían una agenda socialista”, comparó a Trump al ministro de propaganda de la Tercer Reich diciendo que estas acusaciones “absurdas” y se entendían solo porque “Trump era un poco como Goebbels”: “Dices la mentira el tiempo suficiente, la repites, la repites, la repites, se convierte en conocimiento común [entre los votantes]” (Biden en: Semones, 2020; véase también: Finchelstein, 2020p). Para el uso de las acusaciones y comparaciones al “socialismo” y “marxismo” de parte de la extrema derecha estadounidense respecto a las políticas de los Demócratas, que data de los tiempos de *New Deal* y constituye “una mezcla ideológica tan incoherente como tóxica” en la que las acusaciones de comunismo se entremezclan con las de fascismo, véase: Müller, 2024b.

pintarlo de modo más nefasto posible, como si la vinculación con el oscuro pasado del racismo y segregación racial institucional estadounidense no fuera lo suficiente condenatoria (siendo a la vez más históricamente apropiada).²¹⁶

#8

AUTOR	Timothy Snyder
TITULO	<i>Fascism is back. Blame the Internet</i>
MEDIO	The Washington Post
PALABRAS CLAVE	Donald Trump Estados Unidos Fascismo Internet
FECHA	21 de mayo de 2018

En la columna titulada *El fascismo ha vuelto. Culpe a Internet* escrita para The Washington Post, Timothy Snyder asegurando que las preguntas –repetidas, según él, por muchos estadounidenses– “¿qué tiene de malo el Internet?” y si “¿puede regresar el fascismo?” son en realidad “la misma pregunta”, apuntando que la red está “polarizando nuestra política”, “haciéndonos ignorar hechos inconvenientes” e “impidiendo el activismo real”, cosas que, en su opinión, facilitan el regreso del fascismo en Estados Unidos.

Anotando que a pesar de “todos los comentarios alegres”, el Internet no ha difundido la libertad en el mundo y que con él, dado que “más conectividad no es más libertad” y este es “menos libre que antes” (sic), subrayaba que mientras algunos hablaban igual del derecho a Internet como “derecho humano básico” (como el creador de Facebook, Mark Zuckerberg), “los derechos más tradicionales estaban decayendo a medida que avanzaba el Internet”. Lo mismo, según Snyder, pasaba con la democracia. Los jóvenes crecidos en la era del Internet, escribía, “simpatizan con el autoritarismo más que cualquier otra generación” y el Internet, algo que consideraba revelador, “se convirtió en el arma preferida de quienes desean difundir el autoritarismo”. Su ejemplo principal es Rusia –“cuyo presidente [Vladimir Putin] cita a un filósofo fascista [Iván Ilyin]”– y cuyos bots en Twitter, según Snyder, han influido en las elecciones de 2016 en las que ganó Trump al igual que en la votación por el Brexit. Escribiendo de como las computadoras “en realidad no son nuestras” y en efecto nos manipulan “amplificando nuestras emociones”, subrayaba que, según él, también pueden ser “utilizados como armas por extranjeros para hacernos daño”. Y apuntando que “la democracia depende de una cierta idea de la verdad”, alertaba que cuando esta queda cuestionada, sucumbimos “en una política de espectáculo de la cual el mejor ejemplo es Trump”. Según Snyder, todo esto es comparable con el fascismo (sic) que en las décadas de los 20 y 30, explotando los sentimientos, “quería deshacer la Ilustración y apelar a la gente como miembros de una tribu, raza o especie” o que afirmaba que “el mundo estaba gobernado por conspiradores cuyo misterioso dominio debía romperse mediante la violencia”. Y que la solución a todos los males “era el apego el líder y el totalitarismo que borraba la frontera entre lo privado y lo público”, algo que, según Snyder, también propicia justamente el Internet, reviviendo los “hábitos mentales fascistas” como el apego al teléfono (sic). Esto genera, según Snyder, “una psicología fascista del Internet” que “tiene posibilidades políticas obvias” y que están siendo explotadas por las redes como Facebook y por los propios políticos que las usan como Trump que se ha afianzado en Twitter[X]. Claramente, al mismo tiempo, escribía este autor, hay diferencias entre el fascismo y el “fascismo 2.0”: “los fascistas tradicionales querían conquistar territorios y conquistarse a sí mismos [?]; Internet se conformará con tu alma”, generando polarización y haciendo que uno piense en problemas falsos y no “en los problemas fundamentales como la desigualdad de riqueza o la interferencia extranjera en las elecciones democráticas”. Y si bien el Internet se puede utilizar también para fines progresistas, apuntaba Snyder, los que lo hacen como en Egipto o en Ucrania, acaban inmediatamente tildados de “actores pagados o agentes de potencias extranjeras”. Dicho todo esto, según Snyder, el parecido más inquietante entre el “fascismo 1.0” y el “fascismo 2.0” es que igual que en los años 30 la gente de hoy “se deja engañar”, esta vez por los trolls y los bots. “El fascismo jugó con la soledad y la credulidad. Ésa es una lección que podemos aprender, pero no de las máquinas. Sólo podemos arreglar Internet mirándonos honestamente a nosotros mismos”, concluía Snyder.

Si bien una de las primeras cosas que llaman la atención es que Snyder, sin detenerse en este punto, da por sentado la existencia del fascismo en Estados Unidos tanto hoy como en el pasado –algo que es una cuestión de debate entre los estudiosos (véase: Capítulo, 2., 2.6.)–, escribiendo en efecto sobre su “regreso” propiciado supuestamente por el Internet (sic), su uso del concepto en términos des-historizados y extremadamente laxos es un buen ejemplo, como anotaba en un lugar el politólogo Jan-Werner Müller de como “hoy ya todo es fascismo, incluso el Facebook”, tal como tildaron a esta red social algunos comentaristas cuando se dio a conocer la decisión de regreso del Trump a esta plataforma, algo que, supuestamente, “marcaba el fin de la democracia estadounidense” (Müller, 2023).

²¹⁶ El análisis del mencionado Stanley que insiste en hablar de la supremacía blanca en Estados Unidos como un ejemplo de la “política fascista de jerarquía”, porque “exige e implica una jerarquía perpetua” en la que los blancos dominan y controlan a los no blancos (Stanley, 2018a: 13), es un buen ejemplo de este tipo de enmarcamiento que extrapola el fascismo a los regímenes sociales que lo precedían por siglos y que surgieron de corrientes ideológicas completamente diferentes, como, en este caso, del liberalismo (véase: Losurdo, 2011).

Pero más incluso que la misma identificación del Internet con el “fascismo” por instaurar sus “hábitos mentales” (sic) que en sí mismo es un clásico ejemplo del uso laxo de este término por Snyder –y algo a lo que regresaremos más adelante–, la obsesión, no hay como llamarlo de otra manera, de este autor con Rusia y/o la “interferencia rusa” en la política estadounidense (la llamada “*Russiagate*”) que, según él, es ni más ni menos sino una banda de transmisión para el “fascismo”, revela las raíces puramente políticas de su narrativa sobre el fascismo (para más sobre el “fascismo ruso” según Snyder, véase: Capítulo 2., 2.5.). Si bien, según Snyder, los usuarios progresistas del Internet acaban a menudo tildados por los mandatarios autoritarios –Snyder, diría “fascistas” (véase: Snyder, 2022)–, como Putin o Trump de “agentes de potencias extranjeras”, su propia insistencia en el tema de la “interferencia extranjera” vía Internet es solo una versión liberal y análoga de la misma obsesión que busca divertir la atención de la verdadera política. Snyder no solo ha sido uno de los primeros comentaristas que insistía en alguna suerte de “link íntimo” entre Trump y Putin, insinuando que el primero tenía “una fantasía” sobre el segundo y que “quería convertir a Estados Unidos en un régimen parecido a Rusia”, sino argumentó también que “la debilidad y la vanidad de Trump lo convertían en un blanco fácil para Putin” que ya había comenzado “a cultivarlo como un futuro cliente y agente ruso” (Snyder, 2016a). Además, apuntando al supuesto papel de Rusia detrás de la campaña de pirateo y filtración de datos que generó una ola de titulares hostiles para Hillary Clinton en el tramo final de la campaña presidencial en 2016, fue uno de los primeros en enmarcar los vínculos entre ambos mandatarios en términos “fascistas” (Baird, 2023). Citando la rehabilitación que hizo Putin de Iván Ilyin –un pensador ruso religioso conservador de principios del siglo XX–, Snyder argumentaba así que había una lógica, e incluso toda una filosofía política, detrás del aparente caos de los ataques cibernéticos, y que esta lógica era precisamente “fascista” (Snyder en: Baird, 2023). Este análisis, presente en la columna analizada, ha sido desarrollado con más detalle en el libro de Snyder que apareció este mismo año, *El camino hacia la no libertad*, donde Snyder tildaba a los ataques cibernéticos y la desinformación en Estados Unidos desde Rusia como “la principal amenaza a la democracia estadounidense” (véase: Snyder, 2018a: 257-258) –el mismo punto que hacía por ejemplo la crítica literaria Michiko Kakutani (2018, 2019), una autora afín a Snyder (véase: nota de pie 156)–, insistiendo también en textos y entrevistas acompañantes, que las ideas fascistas del MAGA y de Trump “llegaron a Estados Unidos por vía de Rusia y Putin” (sic) (Snyder, 2018c; véase también: Snyder, 2018a).

No obstante como bien apuntaba Sophie Pinkham, una historiadora estadounidense y especialista en Rusia en su crítica de *El camino hacia la no libertad*, la tesis de la “influencia fascista rusa en Estados Unidos” simplemente bordea con el pensamiento conspiracionista²¹⁷ –algo que de hecho el propio Snyder les reprocha precisamente a los “nuevos fascistas” como Trump o Putin–, y que su interpretación “del peso del pensamiento fascista en la política contemporánea en Rusia”, algo que Snyder luego busca extrapolar a Trump, es “ampliamente exagerado” (Pinkham, 2018). De modo parecido Richard J. Evans en su propia lectura del libro mencionado, señaló que el problema con la narrativa de Snyder radica en que iguala toda la hostilidad a democracia con el “fascismo” y que para favorecer su tesis de la “influencia fascista” tilda de “fascistas” a pensadores que por muchos otros estudiosos no son vistos como tales de acuerdo con las definiciones existentes del fascismo –como en caso de Ilyin que además, supuestamente, ejerce “la principal influencia fascista sobre Putin” y por extensión, en ojos de Snyder, sobre la extrema derecha estadounidense–, y que estos son mejor entendidos simplemente como “ultranacionalistas religiosos” (Evans, 2018c). Igual que Pinkham, Evans censuró fuertemente la obsesión de Snyder con la cuestión de la “teoría de la manipulación rusa” detrás de todas las sorpresas políticas de la historia reciente desde la votación del Brexit –cosa que Snyder hace también en la columna presente–, hasta la elección de Trump, con lo que, en realidad, este autor, según Evans, “poco [tiene] que decirnos sobre las fuerzas impulsoras detrás de ellas, las fuerzas que es importante entender si se quiere salvar la democracia” (*Ibidem*). Adam Tooze, por su parte, criticando también las obsesiones de Snyder con la “interferencia de Moscú” que en realidad igualmente, según él, tienen muy poco que decir sobre las fuerzas políticas y geopolíticas en obra en el mundo contemporáneo, apuntaba que “el tono de certeza profética de Snyder y su grandilocuente llamado a la resistencia contra las fuerzas oscuras y omnipresentes del neofascismo ruso son esclarecedores más como ‘síntoma de la época’, que como una obra histórica” (Tooze, 2019).

Como bien recordaba en este contexto Corey Robin, los hechos inobjetables eran que los rusos intentaron de piratear los sistemas del registro de votantes en algunos estados, los correos electrónicos de la Convención Nacional Democrática (DNC) y de John Podesta, el jefe de la campaña de Hillary Clinton y que financiaron bots de redes sociales y similares. Parece lógico que Rusia estuviese interesada para que Trump ganara, pero no por el motivo de construir “una gran alianza etnonacionalista y fascista”, sino simplemente porque Hillary Clinton dejó claro durante toda su campaña que tenía la intención de romper con los esfuerzos anteriores de la administración de Obama para “acomodar” a Rusia y los rusos creían que estarían mejor con Trump que con Clinton. De allí, según Robin, sus, al final bastante limitados, esfuerzos que iban en esa dirección. La conclusión y la consecuencia de este acontecimiento debería ser simplemente el reforzamiento de la ciberseguridad, no conversión de Rusia en

²¹⁷ Curiosamente uno de los principales proponentes de hablar del “fascismo estadounidense” y comprar a Trump al fascismo, Richard Steigmann-Gall (para más sobre su enfoque, véase arriba: Capítulo 2., 2.6.), ha sido también un feroz crítico de ver desde la política y la academia estadounidense, la cuestión del fascismo en Estados Unidos como una cuestión de “conspiración” e “influencia extranjera desde afuera” (por ejemplo desde Rusia). Esta tesis, como recuerda Steigmann-Gall, ha tenido mucha fuerza en Estados Unidos en los 30 y solo ha sido reforzada con la entrada del país a la guerra en contra de los países del Eje, bajo el llamado “Pánico Pardo” (*Brown Scare*). Este giro propagandístico le permitió al gobierno estadounidense prohibir las publicaciones y las organizaciones de los fascistas autóctonos estadounidenses, tildando al fascismo en general como una cuestión de “influencia extranjera” y “quinta columna”. Según Steigmann-Gall esta tendencia, presente también hoy en día tal como lo ejemplifica Snyder con sus alegación de que es Rusia que disemina fascismo en Estados Unidos, es profundamente desafortunada porque borra las raíces “reales y autóctonas” del fascismo estadounidense y absuelve en general a Estados Unidos como “el país incapaz de generar su propio fascismo” (2017b).

un “patrocinador y promotor mundial del fascismo” y de la tesis de Trump como “agente ruso” y/o “títere de Putin” –tal como lo propone precisamente Snyder–, algo que para Robin es tanto falso, como políticamente peligroso (Robin, 2018d). Según Robin, la narrativa de que “Putin tenía algo para chantajear a Trump” por lo que este era muy “blando respecto a él” y “trabajaba para debilitar a Estados Unidos” que aquí justamente expone Snyder, es una narrativa que simplemente no se sostiene: en realidad con Trump la administración estadounidense desde el principio perseguía una política exterior muy antirrusa y más agresiva que cualquier otra administración anterior, de Obama, Bush o Clinton. Y apuntaba que no había que permitir que la izquierda quedara “infectada” por este tipo de discurso y acusaciones de “traición” que no hacían nada otro sino avivar las flamas del nacionalismo, creando una suerte de presión a la administración estadounidense “para ser duro con Rusia”, una postura que, dado que se trata de dos potencias nucleares, traía enormes riesgos. En este sentido, según Robin, la izquierda debía rechazar las voces de algunos opinadores –precisamente como Snyder– que insisten “que la izquierda también tiene que ponerse ‘más seria’ respecto a la cuestión de la interferencia rusa”. En cambio, la posición de la izquierda respecto a este problema debería ser simplemente que se deben tomar medidas institucionales para garantizar elecciones democráticas y si alguien realmente está preocupado por el estado de las elecciones democráticas en Estados Unidos, existen muchas otras amenazas mucho más concretas y más peligrosas para esto que la “interferencia rusa”, comenzando por ejemplo por la existencia del Colegio Electoral. El riesgo consiste también en pintar todas las revelaciones acerca de los candidatos –algo que constituye parte habitual de las campañas electorales– como una “operación rusa” y/o “la interferencia de una potencia extranjera” (Robin, op. cit.).

Si bien la tesis de la masiva interferencia rusa en las elecciones que ayudó supuestamente a la victoria de Donald Trump en 2016 se convirtió rápidamente en un concepto de peso en los medios estadounidenses y en los círculos liberales y Demócratas, fue el objeto de audiencias en el Congreso y ocupó un lugar destacado en el discurso mundial sobre la desinformación y las “noticias falsas” (*Fake News*) –tal como justamente la presenta aquí Snyder culpando por todo ello encima el Internet y juntándolo con el “fascismo”–, es de notar que un nuevo análisis del Centro de Medios Sociales y Política de la Universidad de Nueva York no encontró ninguna evidencia que la desinformación de Twitter desde Rusia haya tenido un impacto significativo en el comportamiento de los votantes en 2016 (Savage, 2023a). Si la historia de los bots rusos ganó un impulso, sin tener mucha base empírica, ha sido porque ofrecía a los liberales traumatizados por la victoria de Trump, como el propio Snyder, tal como evidenciaba su, lleno de trauma post de... Facebook (sic) que se ha hecho viral (Snyder, 2016a) –¡con tanto que este autor asegura que el internet es el “fascismo”!–, y que luego fue convertido en un igualmente sonado libro *Sobre la tiranía: veinte lecciones del siglo XX* (2017), una consolación y explicación fácil de un resultado que estos círculos consideraban como imposible. En este sentido, la misma narrativa de la “influencia de los bots rusos” y la “interferencia extranjera” ha resultado ser una “noticia falsa” y producto de la “posverdad” –en sentido estricto que le daba Tesich como un “autoengaño” y un afán de no confrontar la verdad (Tesich, 1992)–, en la manera en la que los sectores liberales estadounidenses prefirieron creer en esto, que sacar conclusiones de la derrota de Hillary Clinton y hablar de las fallas y las debilidades de su plataforma política.

Es aquí donde también resuena la insistencia de Snyder en algún vínculo “íntimo” entre la verdad y la democracia y que su rompimiento desemboca en el “fascismo”, mientras como bien argumenta Dylan Riley, este tipo de enmarcamiento no tiene nada que ver con la democracia como tal, sino con una muy particular visión liberal de ella (para más sobre este punto véase: Capítulo 2., 2.2.2. y abajo, texto #24). Como apuntaba igualmente por su parte Olivier Jutel, un profesor de comunicación y medios en la Universidad de Otago en Nueva Zelanda, muy a contrapelo del análisis ofrecido aquí por Snyder, no fue la “desinformación” que nos trajo a Trump y por el contrario, la reformulación del descontento masivo con la política dominante cuyo resultado ha sido la victoria de Trump en 2016 en la tesis de la “intromisión extranjera y la “desinformación fascista” –tal como precisamente insiste Snyder–, ha sido un resultado de una deliberada estrategia del *establishment* de seguridad nacional en Estados Unidos. En este sentido la desinformación y el sentido de malestar sobre las plataformas tecnológicas y los efectos que están teniendo en la democracia no es la causa de nuestra crisis política, sino apenas uno de sus síntomas (Jutel, 2022). Como subrayaba Jutel, los lemas de la “desinformación”, de “Rusia pirateando nuestras mentes” o de “Facebook actuando como una ‘potencia extranjera hostil’” han sido posicionadas y servían así para cimentar una solidaridad orgánica entre los campos corporativo, académico y de inteligencia, un nuevo complejo militar-industrial para una era en la que las empresas de redes sociales constituyen una industria importante (*Ibidem*). Todo esto no quiere decir que la nueva extrema derecha no instrumentaliza al Internet y las redes sociales, aunque es discutible que tan “fascista” es este uso o si las mismas redes son “fascistas” (como insiste Snyder). Si bien por ejemplo Robert Fisk, el decano del periodismo británico, argumentó unos años atrás en el contexto del auge de la extrema derecha en Europa que las redes sociales –Twitter[X], Facebook, etcétera–, de las que hacía amplio uso Trump, “le habrían encantado al propio Adolf Hitler”, pero que era en el “anonimato del odio” que proporcionan las nuevas tecnologías, donde radicaba la verdadera paralela entre los troles de internet y los nazis (Fisk, 2019a). Federico Finchelstein, por su parte, llamó más bien la atención a lo que él denomina como “populismo digital”: el uso ingenioso por parte de los nuevos populistas como Trump, Bolsonaro o Salvini de plataformas como Twitter, Facebook, Instagram o WhatsApp para instalar o viralizar temas que previamente no tenían tanta trascendencia en la discusión pública sea por ser abiertamente racistas o por su baja calidad argumentativa, con lo que en sus ojos “la digitalización de la política aportó a una crisis de la democracia”. De este modo, para Finchelstein, “el populismo digital no es una respuesta a la crisis de la representación, sino su síntoma” (Finchelstein, 2019a).

Finalmente así no solo las comparaciones de Snyder de la “política de espectáculo de hoy” con la política de los años 30 de la era del auge del fascismo que no toma en cuenta lo suficientemente las enormes diferencias entre estas épocas, o del mismo Internet con el “totalitarismo” (un argumento que tendría más sentido si se introdujera en la ecuación el monopolio y la influencia de las grandes empresas tecnológicas, pero esto no era lo que le interesaba a Snyder), resultan exageradas e hiperbólicas, sino su principal argumento de que el “Internet revive los hábitos mentales del fascismo”, abriendo de este modo, el camino a su regreso, resulta altamente discutible. Como bien ha demostrado Anton Jäger, apoyándose en la famosa tesis del sociólogo estadounidense Robert Putnam (véase: 2000) sobre la desintegración de la vida cívica estadounidense en las últimas décadas, algo en lo que ya

inflúan los computadores y que solo fue agravado por el auge de las redes sociales y combinándolo con el análisis de Riley respecto a la importancia de una vigorosa sociedad civil para la formación del fascismo (y algunos otros puntos de Corey Robin), esta atomización y el vacío social son justo algo que nos apremia a no hablar del fascismo en Estados Unidos hoy en día (Jäger, 2022b). El Internet en este contexto, más que “un vehículo del fascismo” y algo que “lo ha traído de vuelta”, es un factor que ha venido para llenar los vacíos que impiden de manera estructural que el fascismo florezca, siendo este en realidad, según Gramsci, fruto de una vigorosa y dinámica sociedad civil y una “ebullición de asociaciones”, no troles de Internet (*Ibidem*). Encima decir, tal como lo hace en esta columna Snyder, que el Internet es “fascista” porque aunque hoy “conquista tu alma tal como ayer conquistaba a países enteros”, es justamente apuntar a la diferencia fundamental entre el fascismo y la extrema derecha contemporánea de hoy que carece del ímpetu imperial-conquistador, y precisamente un argumento en contra de la tesis del “regreso del fascismo” (véase: Kershaw, 2022; Tooze, 2022b).

#9

AUTOR	Timothy Snyder
TITULO	<i>Donald Trump borrows from the old tricks of fascism</i>
MEDIO	The Guardian
PALABRAS CLAVE	Adolf Hitler Antisemitismo Democracia Donald Trump Estados Unidos Fascismo Internet Prensa Oposición
FECHA	30 de octubre de 2018

En su columna titulada *Donald Trump toma prestado de los viejos trucos del fascismo*, Timothy Snyder, apunta a lo que considera como varios “trucos fascistas” de las que, según él, se hacía el presidente estadounidense. El primero de ellos, según Snyder es “la afirmación de inocencia”. La idea de que “los poderosos son víctimas a las que hay que mimar”, surgió, según Snyder, en Alemania nazi, donde los nazis aun cuando incurrían al terror y a los asesinatos, “mantenían el monopolio del victimismo”. El mismo patrón que, según el autor, emula Trump excusando el terrorismo de la derecha estadounidense:

Mein Kampf incluye un largo puchero sobre cómo los judíos y otros no alemanes hicieron difícil la vida de Hitler cuando era joven en la monarquía de los Habsburgo. Luego, después de que las tropas de asalto atacaran a otros en Alemania a principios de la década de los 30, armaban un gran escándalo si uno de los suyos resultaba herido. La Canción de Horst Wessel, que recuerda a un solo nazi asesinado, estaba en boca de los alemanes que mataron a millones de personas. La Segunda Guerra Mundial fue la autodefensa de los nazis en contra de los “judíos globales” (Snyder, 2018e).

El segundo “truco”, es según él, la “idea fascista de la ‘irresponsabilidad’”, que no obstante no queda bien delineada y de la cual Snyder rápidamente pasa nuevamente a hablar de las mencionadas al inicio comparaciones históricas. Apuntando a como en la multinacional monarquía de los Habsburgo de la juventud de Hitler [nacido como súbdito de Austria-Hungría y que solo después adquirió una ciudadanía alemana], los alemanes resentían la presencia de otras naciones, según Snyder, hoy algo parecido estaba ocurriendo también en Estados Unidos donde “algunos estadounidenses blancos se sienten igualmente amenazados por la presencia de otros en instituciones que consideran propias”. “Así como (algunos) alemanes eran el único problema nacional serio dentro de la monarquía de los Habsburgo, hoy lo son (algunos) estadounidenses blancos la única amenaza seria para su propia república”, escribía. Esto hacía, según Snyder, que las ideas de Hitler —por ejemplo de que “el mundo es una lucha entre razas superiores e inferiores” o de que “los judíos eran responsables por todo, tanto por la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial como por inocular ideas de derechos individuales”—, estuvieran detrás de los acontecimientos corrientes en el país gobernado por Trump como el tiroteo masivo en una sinagoga en Pittsburgh, cuyo perpetrador aseguró que “todos judíos debían morir”. Y que una de las características principales de estas ideas y/o su disseminación era la “irresponsabilidad”, ya que, según Snyder, “Hitler en sus primeros años de formación política suscribió la idea de una irresponsabilidad total” (sic).

Luego, cambiando de tema, Snyder regresaba al “primer truco” escribiendo que el pensamiento conspirativo nazi de que “uno se puede sentir víctima” se reflejaba también en la cuestión de la prensa. Según él, lo mismo que hacían los nazis atacando a la “prensa mentirosa” (*Lügenpresse*) y combatiendo a los hechos reales, hoy estaba haciendo Trump y los trumpistas respecto a la prensa independiente en Estados Unidos, algo que además, según Snyder, Trump niega presentándose como víctima (“culpa a la prensa por los intentos de asesinar a miembros de la prensa”). Según Snyder, Trump hacía también otras cosas: “basaba su retórica en la idea fascista de ‘nosotros y ellos’, encabezaba cánticos fascistas en los mítines, alentaba a sus seguidores a utilizar la violencia, elogiaba a un político que atacó a un periodista, reflexionaba que Hillary Clinton debería ser asesinada, denigraba la

inteligencia de los afroamericanos”. Y todo esto mientras sus seguidores “asociaban a los inmigrantes con la criminalidad, publicaban anuncios antisemitas, difundían el tropo nazi de los judíos como ‘globalistas’ y respaldaban la idea antisemita de que el financiero judío George Soros es responsable de la oposición política”²¹⁸. “Si Trump no es fascista –concluía Snyder–, es sólo en el sentido preciso de que ‘ni siquiera es fascista’. Adopta una pose fascista y luego emite comentarios paliativos genéricos y niega responsabilidad por sus palabras y acciones. Pero como la irresponsabilidad total es una parte central de la tradición fascista, tal vez sea mejor darle a Trump el debido crédito como innovador”.

La primera cosa que llama la atención en este, bastante caótico, texto, es que a pesar del título Snyder habla muy poco del fascismo como tal, comparando en realidad a Trump no a los fascistas, sino directamente a Hitler, asegurando que tanto Trump como Hitler “hacían lo mismo”: diseminaban “las mismas ideas” o “hacían lo mismo respecto a la prensa libre”, abrazando así, sin apuntar en ningún momento a ningunas diferencias entre los dos, una de las analogías históricas más controvertidas (véase: Rosenfeld, 2018) e incurriendo en efecto en el *reductio ad Hitlerum* (véase: nota de pie 47). La segunda, es que a pesar de hablar de “varios trucos fascistas”, Snyder al final habla solamente de dos tipos de actitudes, respecto a los cuales uno podría tener serias dudas si son “trucos” y si son “fascistas”. Uno, según Snyder es el “victimismo” y otro, la “irresponsabilidad total” (sic). Tanto la primera como la segunda, son actitudes generales que pueden ser identificados en la vida política en todo su espectro e incluso en la vida cotidiana. Ni en una, ni en otra no hay nada específicamente “fascista” –aunque los fascistas bien podrían haber mostrado estas actitudes–, y Snyder en ambos casos aparte de mencionar que los nazis incurrieron en el “victimismo” o que Hitler “abrazó tempranamente en su vida política la idea de la ‘irresponsabilidad total’” (sic) no proporciona ningunos elementos para sustentar su argumento acerca de lo intrínseco de estas actitudes para el fascismo como tal. Igualmente ningún biógrafo de Hitler como por ejemplo Ian Kershaw o Richard J. Evans, enumera la “irresponsabilidad” como algo propio de las políticas o de la personalidad del *Führer* alemán. Sobre todo respecto a la “irresponsabilidad total”, este parece ser solamente el término escogido por el autor por su fácil asociación con Trump –que en efecto durante su presidencia ha sido tildado a menudo por los comentaristas como “irresponsable” y que, al menos en una ocasión, por ejemplo en marzo de 2020, dos años después de haberse publicado esta columna, aseguró famosamente “que no tomaba ninguna responsabilidad” por la accidentada respuesta gubernamental a la pandemia–, y extrapolado al fascismo, para justificar la comparación de Trump con este. De modo parecido que Kershaw o Evans tampoco por ejemplo Hannah Arendt enumera la “irresponsabilidad” como una actitud particular propia del nazismo y/o regímenes totalitarios, aunque en uno de sus escritos, dedica una atención especial al tema de la “responsabilidad personal [de los individuos] en la dictadura”, sin mencionar en ningún momento no obstante la “irresponsabilidad” de los dictadores como su opuesto. Al igual que con el caso de la “irresponsabilidad” donde parece que tenemos que ver con la extrapolación de los términos de hoy al pasado a fin de crear apariencias de semejanzas y continuidades, Snyder hace lo mismo traduciendo por ejemplo el término *Lügenpresse* (“la prensa mentirosa”), usado por los nazis, como “noticias falsas” (*Fake News*), el término contemporáneo, asociado a menudo con el gobierno de Trump (D’Eramo, 2020; para más sobre el manejo del concepto de las “*Fake News*” por Snyder, véase: Capítulo 2., 2.5.). Puede que se trate de un simple atajo mental, pero en contexto de toda la demás estrategia retórica comparativa en esta columna que está enfocada en forzar las semejanzas, parece que se trata más bien de otra extrapolación adrede. En este sentido, al no apuntar a ningunas diferencias de los contextos históricos, tanto las comparaciones de Trump (*relate*) a Hitler (*tertium*) que supuestamente “hacían lo mismo” y “profesaban las mismas ideas” (“irresponsabilidad”, racismo, antisemitismo, etcétera), como las insinuaciones que el victimismo de los nazis –que estaba detrás, entre otras razones, del estallido de la Segunda Guerra Mundial–, era análogo al victimismo de Trump y los trumpistas, resultan extremadamente hiperbólicas e insostenibles.

De igual manera resulta insostenible su analogía entre Austro-Hungría y Estados Unidos de hoy –dos países completamente disímiles de dos épocas extremadamente diferentes–, que solo le sirve a Snyder para poder hablar del “fascismo” de Trump y sus, supuestas similitudes con Hitler, un austriaco. Y para crear la impresión que Estados Unidos bajo Trump era un país, como en su momento la monarquía de los Habsburgo, en decadencia y en antesala de la irrupción del fascismo, la misma figura comparativa para la cual normalmente sirve la “República de Weimar” (véase: Bessner, Greenberg, 2016).

Y respecto a la mención de Horst Wessel (1907-1930), uno de los principales “mártires” nazis, el soldado de asalto de 22 años, miembro de la *Sturmabteilung* (SA), la organización paramilitar de (NSDAP), asesinado por los comunistas en 1930, tres años antes de que los nazis tomaran el poder, cuya muerte ha sido utilizada profusamente por la propaganda del partido durante los siguientes años, la sola incomparabilidad –en términos de von Sass (véase: 2021: 123-129)– del grado de la violencia de la propia República de Weimar que produjo esta muerte y el grado de la violencia en Estados Unidos gobernados por Trump, hace insostenible esta analogía, al igual que resulta completamente engañosa e inútil para entender la naturaleza de ambos regímenes políticos. Lo mismo aplica a que no hay ninguna analogía entre “la propaganda nazi que lloraba por sus víctimas mientras asesinaban a millones” –ya después de haber tomado el poder–, y Trump y los trumpistas que igualmente, según Snyder, “lloraban”, “alegaban su inocencia” y se “pintaban de víctimas” (¿mientras también asesinaban a millones?). Además, dándole tanto peso a la propia propaganda nazi y su uso de la figura de Wessel, Snyder, paradójicamente, parece creer más en ella de lo que creían los propios alemanes comunes y corrientes, junto con los mismos nazis de la época (sic). Veamos este ejemplo: en el ejército nazi el término utilizado para describir una sopa sin carne y sin sabor era “*Horst Wessel Suppe*”, el nombre irónico que

²¹⁸ Respecto a la asociación de los ataques a Soros con el viejo tropo antisemita nazi de los “globalistas”, hay que decir que aparentemente no es solo el “antisemitismo”, como alega Snyder, que está detrás de ellos, con lo que este tipo de asociación debería ser visto igualmente como otra manera de justificar la comparación de Trump y los trumpistas al fascismo y/o a Hitler. Resulta que uno de los principales detractores de Soros que desde hace años lo culpa por lo mismo en la política israelí –de dirigir, financiar y manipular a la oposición o de “traer a los migrantes al país”–, es el primer ministro de Israel, Benjamin Netanyahu.

los soldados, tanto de la Wehrmacht como de la Waffen-SS y otras ramas, acuñaron en referencia a lo que veían como una historia “vacía” y “flaca” del martirio de Wessel, la base de la, mencionada por Snyder, Canción de Horst Wessel (*Horst Wessel Lied*), la canción oficial del Partido Nazi, de cuya letra este ha sido el autor. Seguramente hubo quienes creían en este “cuento”, pero referenciarlo en esta columna y yuxtaponerlo a Trump, tal como lo hace Snyder, parece tener solamente el propósito de igualarlo con una cosa considerada universalmente abominable: los nazis. No explicar nada ni abonar al entendimiento, sino incurrir solamente en el “comparativismo vejatorio” (Horacio González *dixit*; véase: nota de pie 27) y hacer que Trump y el trumpismo parecieran los más nefastos posibles (para otro uso de la figura de Wessel para hablar de Trump, véase abajo: texto #23).

Finalmente la figura de “ni-siquiera-fascismo” (“*not even fascism*”) que usa aquí Snyder, y que como explicaba este autor en una ocasión fue acuñada por él para referirse a los líderes como Trump y sus políticas que se hacen de herramientas fascistas, “pero que no son fascistas de todo” (sic) (Snyder, 2019a), debería ser vista, dado su carácter inverificable, abierto y aplicable (casi) a cualquier mandatario, como –igualmente, como ya lo hemos señalado anteriormente–, un afán de liberar al “fascismo” de todo el contenido, escrutinio, referencias teóricas y de la historia misma para poder seguir hablando de él en los contextos que le convienen a Snyder (para más sobre este tipo de uso, véase: 2.5.). Así, el “ni-siquiera-fascismo” es en efecto un cuasi-término que a diferencia por ejemplo del concepto del “posfascismo” que proponen Traverso o Tamás, carece de una explicación debida fuera de algunos comentarios como el citado y cualquier base teórica. Gavriel D. Rosenfeld en su evaluación del “debate sobre el fascismo” bien ha llamado estos modos de colocar “adjetivos tendenciosos” –“proto”, “suave”, “semi”, “cercano”, “ni-siquiera”, “esquizo”, etcétera– delante del sustantivo “fascismo” para dar a entender que Trump se parece a un fascista aunque carezca de algunos elementos clave de este tipo de régimen y/o movimiento, como “métodos de prestidigitación para definir el fascismo”, llegando a hablar incluso en caso particular de Snyder de la creación de “neologismos impresionistas” (“ni-siquiera fascismo”, “esquizofascismo”), algo que, según Rosenfeld, ampliaba de modo peligroso la definición del fascismo y dificultaba la tarea de forjar y/o mantener el consenso sobre su aplicabilidad en la actualidad (Rosenfeld, 2019). Una apreciación que igualmente aplica bien a toda esta columna que por la nebulosidad de su argumento y la poca utilidad de las comparaciones históricas usadas en ella dificulta tanto el entendimiento del propio fascismo en general, como de Trump y el trumpismo en particular.²¹⁹

#10

AUTOR	Jason Stanley
TITULO	<i>Is Alexandria Ocasio-Cortez's 'Fascism' Claim Too Extreme? ICE is not the SS or the Gestapo. But it has concerning similarities</i>
MEDIO	The New York Times
PALABRAS CLAVE	Alexandria Ocasio-Cortez Centro de detención Donald Trump Estados Unidos Fascismo ICE Gestapo SS
FECHA	4 de julio de 2019

Jason Stanley es un filósofo estadounidense y profesor de la Universidad de Yale, especialista en la filosofía del lenguaje cuyos intereses abarcan también otros campos como la lingüística y la filosofía política. Es conocido particularmente por los libros *Como funciona la propaganda* (2015) y *Como funciona el fascismo* (2018). Sus padres, de orígenes judíos, emigraron a Estados Unidos desde Europa: su padre desde Alemania en 1939, justo antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial y su madre desde Polonia, después de haber sobrevivido la guerra refugiada en la URSS. Stanley suele aludir a menudo directamente a sus raíces y a su historia familiar (véase: 2023c, 2020a, 2016), viendo en ella una base importante para su análisis y sus escritos sobre el fascismo y para sus comparaciones de la política contemporánea con el fascismo. Según el, es precisamente esta herencia que “lo vuelve más sensible a las cuestiones de la igualdad y los derechos de los grupos minoritarios” (2016), inscribiéndose así en el

²¹⁹ Dicho todo esto, si bien su autor no lo menciona, es probable que Snyder acuñó el cuasi-término “ni-siquiera-fascismo” inspirándose en la diferenciación de Ernst Nolte que clasificó los regímenes fascistas de entreguerras según los “cuatro puntos cardinales”, tildando por ejemplo los movimientos pre-fascistas como “todavía-no-fascistas” [“*not-yet-fascists*”] (Nolte, 1965: 459-461), algo a lo que de hecho ninguno de los críticos de los neologismos snyderianos como por ejemplo Rosenfeld (2019) había llamado la atención y lo que el mismo Snyder, tal vez, había preferido no publicitar, aunque por otro lado no estaba ocultando sus deudas intelectuales/políticas con Nolte (véase :Capítulo 2., 2.5.).

señalado ya anteriormente análisis de von Sass que enfatiza la importancia de la historia personal en hacer y en reaccionar a las analogías históricas (2021: 165).

Su columna titulada *¿Es demasiado extrema la afirmación de Alexandria Ocasio-Cortez (AOC) sobre el “fascismo”?* apareció a mitades de 2019 en el diario The New York Times como un comentario a las sonadas comparaciones hechas por la congresista Demócrata Alexandria Ocasio-Cortez (AOC) que después de una visita a uno de los centros de detención para los migrantes de la administración de Trump, aseguró que Estados Unidos bajo su régimen “se dirigía al fascismo” siguiendo así sus comentarios anteriores en los que comparó a los mismos centros a “los campos de concentración”.²²⁰ Anotando que en medio del escándalo que causaron sus comentarios, pocos han examinado de cerca su declaración, Stanley empezaba su columna preguntando “hasta qué punto estaba justificada su analogía entre la política de inmigración de Estados Unidos y los primeros años de los regímenes fascistas”. Según Stanley, la diferencia principal entre la democracia liberal y el fascismo es que la primera “organiza la sociedad en torno al respeto a la dignidad, la igualdad y la libertad de todos los seres humanos”, mientras el segundo lo hace “en torno a la difamación de los forasteros” y la retórica de la administración trumpista respecto a los migrantes indocumentados de Centroamérica se inscribía, según él, perfectamente “en los clásicos tropos fascistas”. Un buen ejemplo de ello, según Stanley, era la Unión Británica de Fascistas de Oswald Mosley que en los 30 prometía poner el fin por completo a la inmigración de acuerdo con su lema “Gran Bretaña para los británicos”. Recordando la vez anterior cuando la AOC había comparado los centros migratorios de Trump con los “campos de concentración”, escribiendo de paso que las analogías con el nazismo provocan más indignación y “resultan a la vez mucho más complicados para justificar”, recordaba que el mismo Hitler también estaba obsesionado con la inmigración. En *Mi lucha* (“*Mein Kampf*”) apuntaba por ejemplo, escribía Stanley, a las leyes estadounidenses de migración como un futuro modelo para Alemania. Y si bien, anotaba Stanley, “la actual administración estadounidense claramente no comparte la ideología tóxica y asesina del nazismo, ni su antisemitismo”, pero en su retórica –cuando Trump se burla de los inmigrantes de “países de mierda” [*shithole countries*] o aboga por traer a más inmigrantes del norte de Europa, en contraste con los primeros–, “hace eco con la mismos aspectos de la historia estadounidense que Hitler una vez elogió” y “se basa en la ideología fascista en su retórica”. Lo mismo, según este autor, se refería a las tácticas y las instituciones: si bien todas las administraciones estadounidenses post-9/11 deportaban masivamente a los migrantes, la de Trump es la primera que se centró en las familias enteras con lo que, como escribía este autor, “era sólo cuestión de tiempo antes de que esa retórica comenzara a transformar nuestras instituciones”. El Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE), creada en 2003 por la Ley de Seguridad Nacional después del 9/11, en un “momento profundamente antidemocrático de nuestra historia”, es una institución muy particular en este aspecto, escribía Stanley. “El objetivo de ICE no es hacer que las comunidades sean más seguras. La misión de ICE es reforzar la distinción entre ‘nosotros’ y ‘ellos’”, presentando a los inmigrantes como un grupo como “delincuentes”. Esta táctica que tiene “una larga y vergonzosa historia”, escribía Stanley, le recordaba la experiencia y las memorias de su abuela paterna en Berlín de los años treinta, “cuando la Gestapo hablaba de judíos como ‘criminales’” y hacía su vida imposible. Y si bien “ICE no es la SS ni la Gestapo” y no hay en Estados Unidos ningún equivalente de una fuerza paramilitar como las Camisas Pardas (SA) de los tiempos nazis, entre hoy a ayer “hay similitudes preocupantes” anotaba Stanley, incluida su “relación simbiótica con un presidente cada vez más autoritario”. Aludiendo nuevamente a la comparación anterior que ha hecho la AOC entre los centros migratorios y los campos de concentración –una analogía después de la cual, recordaba Stanley, el Museo Estadounidense de la Memoria del Holocausto (USHMM) emitió un comunicado condenándolo este tipo de analogías, mientras un grupo de estudiosos del Holocausto y del genocidio se opuso a estos intentos de censura defendiendo la importancia de este tipo de comparaciones (véase: Snyder et. al, 2019)²²¹–, anotaba que una de las tácticas de la administración trumpista era que el maltrato en estos centros “motivara” a otros migrantes para que se “auto-deportaran”. También esta táctica, anotaba Stanley, le evocó las memorias familiares. Durante la Noche de los Cristales Rotos (*Kristallnacht*), el pogromo de los judíos alemanes en noviembre de 1938, recordaba Stanley, más de 30 mil de ellos fueron detenidos y enviados a los campos de concentración, donde fueron sometidos a condiciones brutales e inhumanas, pero pronto han sido liberados. El propósito de los nazis, bien escribía, era, todavía en aquel momento de la historia, usar los campos para inducir el miedo y forzar la migración masiva de los judíos alemanes, todavía de manera “voluntaria” tal como lo señalaba citado por Stanley historiador alemán Nikolaus Wachsmann y algo que precisamente hizo su abuela en 1939. Algo parecido, según Stanley estaba ocurriendo bajo

²²⁰ La primera comparación de los centros migratorios de Trump a los “campos de concentración” fue hecha por AOC un mes antes en un mensaje en las redes sociales: “No uso esas palabras a la ligera”, decía la congresista. “No uso esas palabras simplemente para lanzar bombas. Utilizo esa palabra porque eso es lo que es una administración que crea campos de concentración. Una presidencia que crea campos de concentración es fascista y es muy doloroso decir eso” (Ocasio-Cortez en: Wagner, 2019), a la siguió luego la comparación de Trump al fascismo referida en esta columna de Stanley. La tercera vez que AOC hizo la misma comparación y advertencia fue un año después en marco de la Convención Nacional Demócrata (véase: Finchelstein, Piccato, Stanley, 2020a).

²²¹ El comunicado de prensa del USHMM de 24 de junio 2019 con su negativa a usar las analogías al Holocausto en reacción a los comentarios de AOC curiosamente desapareció luego de su página, pero no sin antes generar una reacción de un grupo de estudiosos del Holocausto que se opusieron a esta negativa como peligrosa respecto a la misma historia y motivada políticamente (véase: Snyder et al., 2019) y no sin antes recordar también que el año anterior el mismo USHMM, en el marco de las frecuentes comparaciones al fascismo y las invocaciones de la historia del Holocausto en la política corriente en Estados Unidos, ya se había opuesto categóricamente al uso de este tipo de analogías históricas por considerarlos “ofensivos a la memoria de las víctimas del Holocausto” (véase: Friedberg, 2018).

Trump, junto con un aspecto económico dado que los centros de detención para migrantes son en su mayoría instituciones privadas que operan con fines de lucro atrayendo inversionistas de Wall Street”.²²² Y concluía:

La negativa a discutir el fascismo en el actual contexto político de Estados Unidos oscurece tanto la naturaleza del fascismo, representándolo como una cuestión de todo o nada, como nuestro propio pasado inquietante. El grado en que una sociedad es democrática liberal o fascista se puede medir en un continuo. En las luchas con nuestra historia racista (contra los estadounidenses negros, los nativos americanos y la inmigración de países no pertenecientes al norte de Europa), Estados Unidos siempre ha tenido aspectos de ambos. Con el desarrollo de una fuerza similar a la policía dirigida específicamente a obligar a los forasteros a esconderse [ICE], los centros de detención cerrados a la vista del público para detenerlos y una economía creada para sacar provecho de todo ello, avanzamos en la dirección equivocada (Stanley, 2019d).

El texto de Stanley en su mayor parte es un buen ejemplo de cómo contextualizar bien una analogía histórica apelando a la vez a los elementos de una experiencia personal y las memorias familiares, que permiten apreciarla mejor y resaltar así su utilidad. El autor no solo apuntaba correctamente a las diferencias entre varios movimientos y regímenes fascistas como el “fascismo fallido” británico de Oswald Mosley (véase: Paxton, 2004: 74-75) y el régimen nazi de Adolf Hitler, o a las diferencias entre una agencia contemporánea como ICE y los cuerpos nazis como la Gestapo o la SS, que bien veía como incomparables, aunque apuntaba a ciertas “similitudes preocupantes” entre ellos. El autor bien anotaba también que a pesar de la existencia de algunos grupos paramilitares trumpistas, tampoco existía en Estados Unidos un equivalente de la *Sturmabteilung* (SA), algo que en sí mismo, como lo han señalado algunos otros autores, le restaba la fuerza a la comparación de Trump y del trumpismo con el fascismo (véase: Gregor N., 2017). Apelando a las memorias familiares que constituyen para él una importante fuente de “legitimidad” para buscar las analogías históricas –tal como lo estipula von Sass–, Stanley, de manera oportuna, citó también una fuente adicional que corroboraba sus memorias familiares: un aclamado historiador del sistema de los campos de concentración nazis, Nikolaus Wachsmann, que apuntaba a la misma manera de como los campos después de la *Kristallnacht* habían cumplido su función en esta época pre-genocida del nazismo para inducir la migración voluntaria de los judíos alemanes (véase: Wachsmann, 2016: 179-184), en sí misma una importante diferenciación que, al apuntar al contexto temprano del nazismo/fascismo histórico, hacía la analogía con Estados Unidos, en este contexto, mucho más justificable y útil. En efecto lo que hacía Stanley era desgarrar la analogía hecha por AOC, ofrecer más elementos que la justificaban y juntándola con su comparación anterior de los centros de detención con los “campos de concentración”, en efecto retomarla como suya, proporcionando más datos y más contextos para hacerla más operativa. En la medida en que su comparación respetando y apuntando correctamente a las diferencias, estaba pensada para alertar de los abusos del poder concretos (las violentas políticas migratorias), y no solo para insultar y/o deslegitimar a un político, resultaba sumamente útil para ir pensando en la toxicidad de las políticas bajo la administración de Trump.

Dicho sea de paso, la controversia en torno a la anterior comparación de los centros migratorios de Trump a los “campos de concentración” a fin de, según como lo explicaba la propia AOC, “llamar la atención a la opinión pública a esta situación y forzar al gobierno de Trump a cambiar sus políticas” (véase: Wagner, 2019), ha sido una de las más sonadas controversias en torno a las comparaciones históricas durante la presidencia de Trump. Muchos partidarios de usar la comparación al fascismo respecto a Trump como el historiador Peter E. Gordon (2020) o la periodista Masha Gessen (2019a) –para el análisis de una columna de Gessen, véase: texto #13–, han apoyado y defendido entusiásticamente esta comparación por considerarla particularmente útil y justificada. Pero no todos se mostraron convencidos. Entre los historiadores –para las críticas desde los círculos de la derecha Republicana y los conservadores pro-trumpistas junto con una curiosa ambivalencia de algunos círculos liberales, véase: Stone M., 2023: 363-367–, muy sintomática ha sido la postura de Richard J. Evans, un aclamado historiador británico y especialista en nazismo. Preguntando, todavía antes de que la AOC lanzara su comparación, pero ya cuando el tema de los centros de detención se estaba discutiendo en estos términos, que si con las separaciones de los niños y las imágenes de niños en jaulas “nos estábamos dirigiendo al ‘otro Holocausto’”, escribía que “nada de esto era tan simple” (Evans, 2018c). “¿Cómo hacer las comparaciones de manera responsable para poder expresar nuestra indignación?”, preguntaba, añadiendo que nuestro rechazo hacia Trump nos podía hacer olvidar que tan extrema, violenta y viciosa fue en realidad la dictadura nazi. Estados Unidos tiene niños migrantes en jaulas en la frontera, separados de sus padres escribía, pero los nazis, se llevaban a los propios niños alemanes que consideraban discapacitados mentales y los gaseaban; otras decenas de miles de niños en territorios ocupados han sido arrebatados de sus familias a fin de “germanizarlos”; los niños judíos estaban siendo exterminados en los campos nazis a su llegada en las cámaras de gas o asesinados con inyecciones letales, después de haber sido objetos de pseudoexperimentos médicos. “Así que aquel era un orden muy diferente del maltrato”, escribía Evans (2018). Además, la fuerza bruta, bien recordaba ya en otro lugar –una importante diferencia de contexto con el día de hoy– fue esencial para que Hitler en cuestión de meses convirtiera su gobierno de coalición en enero de 1933 a un régimen del partido único a mediados de julio. Durante este tiempo, los nazis encerraron a unos 200 mil comunistas y socialdemócratas en los campos de concentración de los cuales unos 600 inmediatamente fueron asesinados por los guardias, los miembros de la SA y la SS. “Sí, los campamentos de inmigrantes de Trump en la frontera con México son brutales y miserables”, apuntaba Evans luego ya en referencia a la comparación hecha por AOC, pero cualquiera que sea su propósito

²²² A mitades de 2019 había en Estados Unidos más de 12 mil menores y aproximadamente unos 52 mil migrantes adultos en la custodia migratoria de los cuales 70% permanecían en centros privados con fines de lucro. Entre 2017 y 2019 veintiséis adultos murieron en los centros migratorios y seis niños sólo en los primeros meses de 2019 (Stone M, 2023: 356).

[estos centros de detención] no están diseñados para intimidar a los oponentes políticos de Trump para que guarden silencio. Y aunque Trump había apoyado la violencia racista –por ejemplo en Charlottesville en 2017– y ha alentado a sus partidarios a hostigar a los opositores en los mítines, no recurre sistemáticamente a la fuerza para lograr sus objetivos políticos (Evans, 2019b).

Dicho todo esto y regresando a la columna de Stanley, el señalado anteriormente sentimiento de utilidad comparativa se desvanece finalmente o al menos queda cuestionado cuando uno se pone a indagar sobre lo que en realidad falta en este texto: el modo en que el propio Stanley entiende y maneja el concepto del fascismo. A pesar de tener un libro entero dedicado al tema que se ha vuelto muy sonado precisamente en contexto del auge de la extrema derecha en el mundo –*Cómo funciona el fascismo: la política de “nosotros” contra “ellos”* (2018a)–, Stanley no tiene ninguna teoría, ni siquiera una definición concreta del fascismo, ni se suscribe a ninguna de las escuelas existentes. Encima, en vez de prestar atención a los regímenes fascistas y de cómo estos ejercen el poder, está más interesado, como él mismo lo subraya, en las “políticas fascistas” y en la “cultura fascista”, viendo al fascismo como una serie de “prácticas” y “tácticas” (Stanley, 2022a). Las tácticas que según Stanley caracterizan la política fascista, son las siguientes: la creación de un pasado mítico; el uso de la propaganda y el antiintelectualismo para crear un estado de irrealidad; un esfuerzo por justificar jerarquías de raza o religión; la explotación de sentimientos de resentimiento y victimización; políticas que priorizan la ley y el orden sobre la libertad; apelaciones a la ansiedad sexual; una evocación del mito de Sodoma y Gomorra, que sostiene que las ciudades son decadentes y plagadas de crimen, y que las áreas rurales son el corazón de una nación; y finalmente, un sistema de valores que clasifica a los grupos según su supuesta capacidad para trabajar, encapsulado en el eslogan nazi “*Arbeit macht frei*” (“*El trabajo libera*”) (véase: Stanley, 2018a). Con esto, igual que Umberto Eco –otro estudioso interesado en el lenguaje– tiene en efecto una visión profundamente deshistorizada del fascismo viéndolo como algo que “siempre está presente en la historia”, que puede “cristalizarse en cada momento y en diferentes formas” y como un “un método político que puede aparecer en cualquier momento y en cualquier lugar, si las condiciones son adecuadas” (Stanley, 2018b, 2018c; para el uso parecido por Eco y su crítica, véase: Capítulo 2., 2.4.). En vez del sentido analítico y heurístico, Stanley privilegia claramente su uso como una herramienta de la movilización política, convencido que si aplicado a la política contemporánea el “fascismo” tiene la capacidad de convencer a la gente a que abandonen su inacción, indaguen las causas del debilitamiento de la democracia y/o voten “en contra de los fascistas” (véase: Stanley, Finchelstein, Piccato, 2020a).

Así, de modo muy revelador para este tipo de uso deshistorizado, Stanley (2018a) utiliza en su libro la etiqueta “fascismo” y la comparación a las políticas fascistas para describir un amplio conjunto de movimientos políticos, desde el terrorismo contra la población negra posterior a la Reconstrucción en el sur de Estados Unidos, siguiendo por la Alemania nazi, hasta Hungría e India actual. En la narrativa de Stanley –algo que permite entender mejor el sentido de la analogía que propone en esta columna–, no solo el propio Trump, sino también los Republicanos trumpistas abrazaron “las políticas fascistas” al combinar la nostalgia por un pasado mítico, ataques a los intelectuales y las universidades, insistencia en las jerarquías de etnia y género y una fijación con el “orden”. Para Stanley, las diferentes encarnaciones del fascismo a lo largo del tiempo y el espacio demostraron su capacidad para expandirse incluso en sociedades con fuertes instituciones liberales. En lugar de destruirlas directamente, como sucedió en Alemania, los movimientos fascistas pueden entonces inyectar su veneno en la vida pública existente, debilitando las culturas democráticas desde adentro (Stanley, 2018a: 122-123). El resultado es que, siendo en efecto un filósofo del lenguaje, Stanley tiene de repente cosas interesantes para decir sobre el uso del lenguaje deshumanizador por la extrema derecha, tal como lo hace en la columna analizada aquí –alertando por ejemplo oportunamente que cuando los políticos empiezan a llamar a los migrantes “extranjeros ilegales” (*illegal aliens*), o “violadores”, o “serpientes” la gente es más propicia a aceptar que se los trate como si fueran “menos humanos”, se los separe de sus niños consignándolos a jaulas y campos escuálidos (Stanley, 2019b)²²³– y sobre algunos aspectos de la política de la extrema derecha, pero no sobre el fascismo como tal. Y lo que él en efecto ve como el “fascismo”, junto con el régimen de Trump, a menudo no lo es con lo que su mapeo del término puede desembocar en alertas oportunas sobre las amenazas a la democracia, pero también en muchas banalidades y lugares comunes. Incluso según algunos partidarios de hacer las comparaciones con el fascismo respecto a Trump, el uso de “fascismo” por parte de Stanley asume “un significado muy amplio” y “bastante impresionista” (Gordon, 2020), cosa que, cuando va acompañado con diferentes ejemplos históricos junto con señalamientos a diferencias del contexto no se percibe tanto en esta columna, pero que hay que tener presente respecto a este autor.

²²³ La otra cara de la moneda de la fijación de Stanley en las cuestiones del lenguaje es su insistencia en que el fascismo –algo que ignora por completo las condiciones políticas de su auge y desarrollo (véase: Riley, 2019, 2018; para más sobre el enfoque político de fascismo de Riley/Gramsci, véase: 2.2., 2.2.1., 2.2.2.)–, según él, penetra por su medio a nuestras sociedades y desde allí, mediante la “fascización del lenguaje”, empieza echar las raíces y destruir la democracia, siendo la radicalización del discurso público por los políticos que él considera como “fascistas” respecto a los inmigrantes, el mejor ejemplo de este proceso. Aludiendo a Viktor Klemperer el conocido lingüista judío-alemán que analizó famosamente el lenguaje de la Tercer Reich, para Stanley “los diccionarios meta-políticos fascistas se entienden mejor como frascos de veneno, para ser administrados lentamente al vocabulario del cuerpo político” (Stanley, 2019b).

AUTOR	Federico Finchelstein
TITULO	<i>Sí, hay fascismo</i>
MEDIO	El País/Agenda Global
PALABRAS CLAVE	Adolf Hitler Auschwitz Benito Mussolini Brasil Donald Trump Estados Unidos Fascismo Italia Juan Domingo Perón Jair Bolsonaro Populismo
FECHA	29 de enero de 2020

Federico Finchelstein, es un historiador argentino y profesor de historia en New School for Social Research en Nueva York y un especialista en fascismo y –dentro del “debate sobre el fascismo”– uno de los más prominentes “alarmistas” y voces que argumentan a favor de comprar a Trump con el fascismo. Es autor de diversos libros sobre el tema como *Fascismo transatlántico: ideología, violencia y lo sagrado en Argentina e Italia, 1919-1945* (2010), *Del fascismo al populismo en la historia* (2017), *Una breve historia de las mentiras fascistas* (2020) y *La mitología fascista* (2022).

Su columna *Sí, hay fascismo* ha sido publicada en un blog Agenda Global del diario español El País a principios del 2020, el último año de la presidencia de Trump quien le sirve como uno de los principales ejemplos para argumentar, apuntando a varias paralelas históricas, que las políticas de los “nuevos populistas” significan un peligroso “retroceso al fascismo”, de acuerdo con su modelo histórico según el cual el populismo moderno representa “una versión del fascismo ajustada a la democracia” (para más análisis suyo, véase: Capítulo 2., 2.1.3.). Apuntando que hubo una época, la del “fascismo clásico”, en la que los fascistas no ocultaban quienes eran, señalaba que las conmemoraciones de los 75 años de la liberación de “su obra más infame”, el campo de concentración/exterminio de Auschwitz [27 de enero de 1945], marcaban nuestra clara lejanía de los tiempos del fascismo. Pero aun así, “este aún sigue viviendo entre nosotros”, aunque ahora “el fascismo de hoy es distinto del de ayer”: “ahora, los fascistas se disfrazan de populistas o se autodenominan ‘derecha alternativa’ en Estados Unidos”, escribía Finchelstein, añadiendo que es “un tipo de nomenclaturas que intentan desdibujar la continuidad entre los fascismos viejos y nuevos”. Los primeros intentos de este tipo, como escribía, se dieron ya pronto después de la derrota de Hitler: en Italia, los fascistas fundaron un partido neofascista llamado Movimiento Social Italiano (MSI), cuyas siglas, apuntaba Finchelstein indicaban otra idea: *Mussolini sos immortal* (para más sobre esta historia véase: Capítulo 2., 2.1.4. y 2.4.); en España, el fascismo se quiso *desfascitizar*, dando lugar a una dictadura híbrida que retrasó a España varias décadas. En América Latina las cosas fueron distintas con muchos fascistas reformulándose en términos democráticos y dando lugar al nacimiento del populismo moderno, escribía Finchelstein, con Juan Domingo Perón, siendo en efecto el primer populista en el mundo que ha tomado el poder (para más sobre Perón y su populismo como una mutación posfascista, véase: Finchelstein, 2021g; véase también: texto #23).²²⁴ El mismo proceso de la “democratización del fascismo” y su mutación en el populismo se dio en Brasil, Bolivia y Venezuela, escribía Finchelstein, anotando que hoy en día este proceso se está revirtiendo con el populismo nuevamente acercándose al fascismo con Donald Trump en Estados Unidos, Matteo Salvini en Italia, Santiago Abascal en España o Jair Bolsonaro en Brasil. Según Finchelstein “este fascismo que ya no se esconde”, tiene incluso, como en caso de Trump, “sus propios terroristas”, como los perpetradores de tiroteos masivos en El Paso o en la sinagoga en Pittsburg, donde en ambos casos, recordaba Finchelstein, los asesinos invocaron los argumentos trumpistas sobre las invasiones y las caravanas de los inmigrantes para justificar sus masacres, “estableciendo así puentes con la ideología racista de los gobernantes populistas”. Las conexiones que van, según él, “de ambos lados” con Trump elogiando a los neonazis tras la marcha fascista (y un asesinato) que tuvo lugar en Charlottesville en 2017. Aun así, Trump, según Finchelstein, es más bien un “populista autoritario”: “no está encandilado con el fascismo, sino que comparte ofuscación con enemigos mutuos: gente que piensa, se siente, es o se comporta de manera diferente en política y sociedad”, siendo este odio por la diferencia y la promoción de xenofobia, “el verdadero vínculo entre los fascistas y los populistas”. Y si bien, según Finchelstein “Estados Unidos aún está lejos del fascismo”, Trump cada vez más y más estaba “fomentando la violencia fascista” y “deteriorando la democracia desde arriba”:

A pesar de estas confluencias y también por sus diferencias, el fascismo y el populismo no están unificados y los fascistas no están en el poder. El panorama es más complejo. El país más poderoso del mundo, Estados Unidos, está

²²⁴ En una columna anterior coescrita con Pablo Piccato y A. Dirk Moses, Finchelstein apuntando al “debate sobre el fascismo” y señalando que las comparaciones de Trump al fascismo resultaban “a la vez útiles y engañosas”, presentaba a Perón, “un exfascista” y “fundador del populismo moderno”, como una analogía histórica mucho más adecuada que el fascismo mismo (sic) para entender al trumpismo (Finchelstein, Moses, Piccato, 2017).

experimentando algo nuevo en su historia: la construcción de un régimen de poder populista que incorpora ideas (e incluso asesores) fascistas. Este régimen también considera a los extremistas y racistas como miembros clave de su base y a los antifascistas [Antifa] y al periodismo como sus principales enemigos (Finchelstein, 2020a).

Lo preocupante, según Finchelstein, es que estamos observando como algunos elementos centrales del fascismo, que hasta hace poco habían sido considerados como “tóxicos” en la política democrática, son ahora recuperados por los nuevos populismos, aunque éstos aún no comparten otro elemento central de aquél: la dictadura. Pero en este proceso de la normalización de las lógicas fascistas “un podio inesperado y con un alcance global” tenía, según el autor, Trump desde la Casa Blanca.

La columna de Finchelstein, es un texto denso, bien informado que sigue las reglas básicas del comparativismo histórico delineadas por Bloch (véase: Capítulo 2., 1.1.) y en toda su extensión las coordenadas de la propia teoría y/o modelo de este autor sobre la genealogía del populismo moderno enraizado en el fascismo, los vínculos entre los dos y una suerte del “regreso” del primero a sus “raíces fascistas” mejor expuesto en su libro *Del fascismo al populismo en la historia* (2017; véase también: 2.1.3.). Si bien Finchelstein toma a Trump como el ejemplo principal de esta, preocupante según él, transformación, señala a la vez que se trata de un proceso global en el que están involucradas todas otras agrupaciones de la extrema derecha moderna. Si bien por ratos habla del “fascismo que ya no se esconde” y los grupúsculos abiertamente fascistas que llegan a “flirtear” con el nuevo populismo, se rehúye a calificar a este (Trump incluido), consciente bien de las enormes diferencias de contexto y de anatomía política con los verdaderos regímenes fascistas de la época de entreguerras, como “fascismo”, limitándose a señalar solamente que este podría ser uno de los posibles desenlaces. Por eso la historia del fascismo en este momento, que encima coincidía con la liberación de Auschwitz, le parecía relevante: no porque ofrecía algunas lecciones particulares, fáciles de implementar, sino apuntaba a posibles desenlaces en el futuro. Según Finchelstein el fascismo de hoy “representa un peligro distinto del que perpetró el universo de Auschwitz”, con los asesinos fascistas organizados no desde el Estado, pero apenas con “un margen de influencia” e interactuando con el populismo. Señalando que hay “afinidades electivas” entre los fascistas y los populistas y que los populistas “clásicos” han rechazado la violencia y el racismo de tipo fascista, Finchelstein se limita finalmente a apuntar que los nuevos populistas de derecha miran nuevamente al fascismo como “una fuente de inspiración”, pero igualmente solo quieren “degradar la democracia, no destruirla”. Si bien este argumento con todas sus precauciones en tomar en cuenta las diferencias de contexto histórico parece bastante sostenible, la cosa de la que habla Finchelstein —como ya sea he señalado anteriormente (véase: 2.1.3.)— se entiende mejor como “posfascismo” tal como lo conceptualizaron Gáspár Miklós Tamás y Enzo Traverso (2.1.4.) y que es este término que ayuda mejor a comprender las dinámicas políticas de la extrema derecha moderna que a la vez ataca, pero igualmente respeta las reglas del “juego democrático”. Encima, a pesar de esta medida en usar el término “fascismo” (que de por sí “vive”, como lo asegura el autor en el mismo título de su columna), en sus textos posteriores (véase: abajo), escritos sobre todo con otros autores, Finchelstein tiende a usar este calificativo de modo mucho más laxo y directo saliéndose en efecto de los confines de su propio modelo y enfoque teórico.

#12

AUTORES	Federico Finchelstein y Jason Stanley
TITULO	<i>The fascist politics of the pandemic</i>
MEDIO	Project Syndicate
PALABRAS CLAVE	Adolf Hitler Covid-19 Donald Trump Estados Unidos Fascismo Hannah Arendt Jair Bolsonaro <i>Mein Kampf</i> Pandemia Políticas sanitarias Populismo Propaganda
FECHA	4 de mayo de 2020

En su columna titulada *La política fascista de la pandemia* escrita para la red global de opinión Project Syndicate, Federico Finchelstein, un historiador del fascismo y Jason Stanley, un filósofo del lenguaje especializado en temas de propaganda, apuntaron, a base de la respuesta a la pandemia de Donald Trump y de otros nuevos populistas como Jair Bolsonaro, a ciertas analogías de la historia de la Alemania nazi, arguyendo que estábamos ante el retorno de una “política fascista de la enfermedad”, centrada en redoblar los ataques en contra de las minorías y migrantes usando como excusa el estado de emergencia generado por Covid-19.

Anotando que la pandemia ayudó a “sacar a relucir la ideología fascista en países bajo gobiernos de extrema derecha”, Finchelstein y Stanley escribían que en las tres democracias más grandes del mundo –Estados Unidos, Brasil e India–, los líderes nacionales (y nacionalistas) estaban utilizando la crisis del Covid-19 “para librar una guerra contra los inmigrantes y las minorías”, mientras “ponían a prueba los límites del sentido común”, enfrentando así la crisis “con algo no visto en décadas: la ‘política fascista de la enfermedad’”. Si bien el mejor ejemplo de ella era, según ellos, Jair Bolsonaro, Trump igualmente a lo largo de la crisis “estaba oscilando incoherentemente entre la negación y el pedir acción decisiva”, especulando incluso que el Coronavirus “podría tratarse inyectando blanqueadores domésticos” o despidiendo un alto funcionario de salud por resistirse a sus esfuerzos por defender un tratamiento no probado para el Covid-19. Tanto las políticas de Bolsonaro como las de Trump, en ojos de Finchelstein y Stanley, tenían “un trasfondo histórico fascista”, al centrarse en el culto del líder y en el mito de la grandeza nacional, “grandeza que supuestamente ha sido comprometida por el internacionalismo y el liberalismo (y que los fascistas equiparan con el comunismo)”. También las respuestas de otros líderes de extrema derecha a la pandemia tenían, según ellos, “claves de la ideología fascista”, con los miembros del partido nacionalista de derecha Vox de España –a los que Finchelstein en su otra columna tildó de “posfascistas” (véase arriba: texto #11)– que se infectaban en sus propios mítines políticos, sugiriendo por otro lado “(...) que sus anticuerpos representaban la lucha de la nación contra un invasor extranjero”. Apuntando que Bolsonaro, tildado desde el principio por varios comentaristas como un “Trump tropical” y que emulaba en muchos aspectos a su homólogo estadounidense abogando por ejemplo por la urgente reapertura de la economía cuando Trump pidió lo mismo en Estados Unidos, era en realidad mucho más radical que Trump (sic), subrayaban que las mismas “políticas fascistas de la pandemia” estaba promoviendo también el gobierno de Narendra Modi en India. Modi, líder de un partido de extrema derecha nacionalista hindú, encima presentaba a los musulmanes como los “portadores del virus”, siendo en efecto este tipo de retórica, el pintar a los grupos de los indeseados como “portadores de las enfermedades”, uno de los clásicos tropos fascistas. Estas políticas se inscribían también, según Finchelstein y Stanley, en el viejo afán fascista de “usar la realidad como un instrumento a través del cual propagar la ideología y afirmar la dominación”, tal como, recordaban los autores de esta columna, escribió el mismo Hitler en *Mi lucha* (“*Mein Kampf*”): “[e]l Estado nacional considerará la ciencia como un medio para aumentar el orgullo nacional”. Así, anotaban, “los líderes políticos siempre estarán tentados a culpar por los problemas a los enemigos ideológicos familiares, porque hacerlo proporciona coherencia narrativa” y citaban a Hannah Arendt que escribía que “[l]a principal desventaja de la propaganda totalitaria es que no puede satisfacer este anhelo de las masas de un mundo completamente consistente, comprensible y predecible sin entrar en serio conflicto con el sentido común”. Y si bien la realidad en medio de la pandemia, se estaba imponiendo a la propaganda, “no había ninguna garantía que prevaleciera el sentido común”, concluían.

Si bien la manera de alertar sobre los abusos del poder en medio de la pandemia trayendo a colación las analogías con el fascismo resulta pertinente e útil para entender los posibles peligros, siendo efectivamente la estrategia de presentar a los enemigos como “portadores de las enfermedades” uno de los clásicos tropos fascista, el afán de englobar las incoherentes y ejercidas *ad hoc* políticas antipandémicas de diferentes gobiernos de extrema derecha a lo largo del mundo bajo un solo paraguas de las “políticas fascistas”, tendía más bien a oscurecer las diferencias entre estas respuestas, sus orígenes y sus naturalezas. A la vez impedía, sino en cuenta lo suficientemente la diferencia de contextos, entender el meollo del más radical manejo de este tema por los fascistas “clásicos” en los años 30 y sobre todo durante la Segunda Guerra Mundial. Este último punto ha sido bien señalado por Finchelstein en otra columna suya publicada antes de esta (véase: Finchelstein, 2020b), algo que aquí se desvanecía a raíz de la prioridad que los autores le daban a la –muy probablemente sugerida por Stanley–, figura de las “políticas/tácticas fascistas”, su propio modo de analizar el tema, que obstante resulta ahistórico (véase: Gentile, 2023), al querer ver el fascismo en todo el momento y en cualquier forma política, sin importar las diferencias de contextos y épocas (véase: columnas #10, #15, #18, #19). Todo esto igualmente a pesar de que el propio Finchelstein prefirió por ejemplo ver en sus libros a los dirigentes como Trump o Bolsonaro no como “fascistas” en general, sino más estrictamente como “populistas de derecha que se acercan al fascismo” (véase: Capítulo 2., 2.1.3.) Del mismo modo la cita de Hitler, traída a colación por ambos autores, parece forzada y calculada solamente a reforzar el argumento principal *a priori*, sin realmente ofrecer ningún ejemplo histórico de relevancia. El mismo papel parecía cumplir la cita de Arendt sobre la propaganda –referida más bien al totalitarismo y al contexto de la sociedad de masas muy diferente a los tiempos de hoy (para la cita completa, véase: Arendt, 1973: 352)– igualmente puede ser vista no tanto como una referencia útil e iluminadora, sino una que ha sido pensada como “una referencia chic”, calculada a ofrecerle “la pátina de intelectualidad” al texto (para un bien fundamentado argumento sobre los usos y abusos de Arendt en contexto del “debate sobre el fascismo”, véase: Moyn, 2020c).

En este sentido hay que subrayar que la mencionada columna del propio Finchelstein respecto a la respuesta pandémica de los “nuevos fascistas” parecía mucho mejor matizada respecto a las diferencias de contextos trayendo por ejemplo a colación ejemplos de políticas aterradoras nazis –como bien recordaba por ejemplo Finchelstein, en el Holocausto, las víctimas fueron acusadas de propagar las enfermedades, solo para que luego los nazis crearan las condiciones artificiales e insalubres en los guetos y en los campos de concentración y de exterminio donde efectivamente sus víctimas se enfermaron y propagaron dolencias, algo que formó parte integral de sus políticas de exterminación de las poblaciones indeseadas²²⁵, con lo que “en

²²⁵ Es de notar en el contexto del uso de las enfermedades por los fascistas que recuerda Finchelstein, que después de haber publicado su mencionado ya en varias ocasiones estudio del Holocausto, Mayer (1988) ha sido acusado por algunos estudiosos *funcionalistas* –y/o “dogmáticos” (véase: Mayer, 1988: 451)–, de haberle dado munición a los *negacionistas* del Holocausto al sostener que quizás, un mayor número de prisioneros de Auschwitz murió de “causas naturales” como enfermedades, desnutrición y malas condiciones, en vez del deliberado proceso de la exterminación (*Ibidem*: 365) lo que efectivamente –e incorrectamente–, ha sido abrazado por algunos *negacionistas* como un argumento para negar la existencia de las cámaras de gas. El propio Mayer, dejando a la vez abierta a la discusión la cuestión de números y causas de muerte, aseguró que en ningún

práctica la ideología se impuso a la realidad”–, pero siempre dejando en claro que ha sido el nivel de violencia inexistente hoy tanto en Estados Unidos, Brasil o India (Finchelstein, 2020b). A la vez no obstante, un punto que se reflejaba en la columna anterior y en la presente, demostraba los límites de considerar las respuestas pandémicas como “políticas fascistas” solo en referencia a su ineptitud o el gran número de muertos, ya que el mismo argumento –solo de acuerdo con estos criterios–, bien podría ser usado en contra de cualquier gobierno, incluso a la administración de Joe Biden que sucedió a Trump.

Si bien en efecto las posturas generales de Trump y de Biden respecto a la pandemia diferían diametralmente: el primero desestimaba la gravedad de la misma y diseminaba toda una serie de afirmaciones y curas falsas al Covid-19, mientras Biden promovía durante su campaña electoral un enfoque “científico” y “responsable” en su combate y transparencia, una vez en el poder, este contraste se había desdibujado considerablemente. Si bien durante el mandato de Trump hubo unas 400 mil muertes relacionadas con Covid-19, la gestión de pandemia por parte de Biden no era tan ejemplar como él mismo lo estaba prometiendo. Al romper casi todas las promesas que hizo sobre el tema y negarse a usar su poder para extender Medicare a los afectados, Biden ha sido responsable de muchos miles de muertes evitables: en sus cuatro años de gestión, en Estados Unidos hubo 800 mil muertes relacionadas con Coronavirus, doble que en la “época de gestión fascista” de Trump. Incluso en el primer año de su gobierno, el saldo de la lucha contra Covid-19 de Biden ha sido más desastroso que en el periodo de Trump. A pesar de haber prometido “una decisiva respuesta federal/nacional a esta emergencia” frente a la descoordinada y descentralizada respuesta de Trump, pronto, al verse rebasado por la cantidad de muertes, el nuevo presidente a un año abandonó por completo este campo llegando a asegurar que “Esto [la pandemia] no tiene una solución federal. Esto se soluciona a nivel estatal” (sic), lavándose en efecto las manos. Una de las respuestas a esto de parte de algunos comentaristas ha sido clamar que este giro ha sido comparable a decir por ejemplo “que cada uno de los 50 estados debería tener su propio programa espacial” o que –en el tenor de las comparaciones históricas dominantes – “la playa en Normandía debería haber sido invadida por la Guardia Nacional de Mississippi”.²²⁶

Encima de todo, abandonando de paso igualmente sus promesas electorales a cambiar las políticas migratorias de Trump y volcarse esencialmente a las posiciones derechistas Republicanas en materias de la migración (véase: Goodfriend, 2023, 2024), la administración de Biden mantenía vigente el llamado art. 42 (*Title 42*) que le permitía al gobierno federal negarles la entrada a los migrantes “por razones sanitarias”, una excusa jurídica introducida por la propia administración de Trump y criticada en su momento –y entre otros también tildada como “fascista”– por los Demócratas. Igualmente en sus primeros tres años de gobierno, Biden había deportado también gracias a esta cláusula 3 millones de migrantes, la cantidad mayor que en toda la administración de Trump y lo que lo convirtió en mayor expulsor de migrantes desde la administración de George W. Bush (Goodfriend, op. cit.). Luego, en abril de 2023, Biden dio finalmente “por concluida” la pandemia en Estados Unidos, revocando también por fin el art. 42²²⁷, pero también todo el apoyo federal vinculado con Coronavirus, a pesar de que se trata de un fenómeno global y a pesar de que según la propia OMS, Covid-19, aún en 2024, sigue siendo una pandemia.²²⁸ En cuanto al tema de las mentiras, si bien la cantidad de las mentiras de Trump, un político que mentía de manera excepcional –según el diario The Washington Post, Trump hizo 16.241 afirmaciones falsas o engañosas en sus primeros tres años del gobierno–, y cuyas mentiras respecto al Covid-19 efectivamente pusieron en peligro de modo especial a miles de estadounidenses, Biden también ha estado mintiendo a menudo a lo largo de toda su carrera política como por ejemplo, en un afán de parecer más inteligente, respecto a su expediente académico y sus calificaciones o plagiando a finales de los 80 el discurso del entonces líder del Partido Laborista británico en marco de su fugaz y fallida campaña para asegurarse la nominación Demócrata a la presidencia en 1987 y en varias otras ocasiones más (véase: Lazare, 2020). Con todo esto, tanto su historia de la lucha contra el Covid-19 como su relación con la verdad, demuestran que no hay nada “intrínsecamente fascista” en estas dos áreas, y que ponerlos en esta clave es simplemente una estrategia retórica subjetiva y opcional de tildar a Trump de este modo (véase también abajo: el texto #18), y algo que como tal no se sostiene al menos que por ejemplo Finchelstein y Stanley estuviesen dispuestos a base de esto a calificar de mismo modo también –como un “fascista”– a... Joe Biden.

momento negaba la responsabilidad de los nazis o la propia existencia del régimen exterminatorio en Auschwitz, dado que las “causas naturales” como las enfermedades y su transmisión a causa de malas condiciones en sí mismas eran parte integral del deliberado régimen de la exterminación nazi allí (véase: Mayer, 2019).

²²⁶ Twitter, 27/12/21, disponible en: <https://twitter.com/BenBurgis/status/1475647692533547012>. Y no solo era una cuestión de apuntar a paradojas e inconsistencias políticas: visto desde la perspectiva del tiempo, el hecho de haber declarado, a mitad de su presidencia, “finalizada” la pandemia marcó un importante y siniestro pivote de la administración de Biden que tras su “fin” empezó a cancelar los correspondientes programas sociales vinculadas a su combate, abrazando la austeridad y la estrategia de inflar el presupuesto del Pentágono para financiar las guerras en el extranjero (Ucrania, Gaza), un giro que, ni más ni menos, abrió la puerta al regreso de Trump en noviembre de 2024 (véase: Winant, 2024).

²²⁷ Al mismo tiempo su administración recrudesció drásticamente la ya de por sí restrictiva política migratoria vigente reviviendo la prohibición de asilo de Trump, ordenando el cierre de la frontera, continuando con la construcción del muro fronterizo, expandiendo la Patrulla Fronteriza y más (véase: Goodfriend, 2023, 2024).

²²⁸ Esta contradicción se ha hecho aún más visible cuando a finales de julio de 2024 Joe Biden anunció que, ante su declive cognitivo y la pérdida del apoyo de su partido, decidió a poner el fin a su campaña de reelección: en su carta de renuncia, Biden, entre los logros de su presidencia, se jactaba de haber llevado a la nación a “superar el Covid” mientras lo hacía teniendo... el Covid que contrajo, por segunda vez, unos días antes.

AUTOR	Masha Gessen
TITULO	<i>Donald Trump's Fascist Performance</i>
MEDIO	The New Yorker
PALABRAS CLAVE	Adolf Hitler Donald Trump Estados Unidos Fascismo <i>The Apprentice</i> Vladimir Putin
FECHA	3 de junio de 2020

Masha Gessen es una escritora, periodista y activista de los derechos LGBT rusoestadounidense, proveniente de la familia judía cuyos varios ancestros han sido asesinados por los nazis durante el Holocausto y que emigró en 1981 de la URSS a los Estados Unidos. Desde 2017 ha sido una redactora de The New Yorker, donde publicó textos en los que comparaba por ejemplo los centros de detención para los migrantes de Trump a los campos de concentración (véase: Gessen, 2019a). Su columna titulada *La actuación [performance] fascista de Donald Trump* ha sido escrita después de los eventos en Washington, D.C. cuando la policía atacó la manifestación de los ciudadanos indignados por el asesinato de George Floyd, un hombre afroestadounidense en Minneapolis²²⁹ y la posterior actuación y reacción de Trump que llevó a la sonada *photo-op* del presidente con la Biblia en la mano frente a la Iglesia de San Juan, generando múltiples críticas.²³⁰

“El presidente es un artista talentoso que interpreta una versión exagerada de una idea de quién es él”, empezaba su columna Gessen, asegurando que “la toma de poder es siempre una especie de actuación”. En referencia al discurso de “ley y orden” que Trump pronunció frente a la Iglesia de San Juan en la que subrayaba la necesidad de “dominar las calles” (véase: la nota de pie abajo) Gessen anotaba que para Trump “el poder suena como la palabra ‘dominar’” y que esa idea “la sacó de la televisión y de las películas de Hollywood”. “Quizás Trump escuchó también que, cuando Rusia ocupó Crimea, inundó la península con hombres con uniformes sin distintivos: dominaban sin siquiera identificarse. Quizás escuchó la palabra ‘dominar’ en su reciente conversación telefónica con Vladimir Putin”, escribía Gessen. “Tal vez había visto una foto de Hitler en una pose similar, o tal vez simplemente combinó dos gestos que simbolizan el poder en la política estadounidense: una mano levantada, la otra sobre la Biblia. Esto puede explicar la ligera incertidumbre de su exhibición, como si ‘no estuviera seguro de cuánto se suponía que debía pesar el libro’, continuaba. Aun así, el presidente ‘es un artista talentoso’, escribía Gessen, “que en *The Apprentice*, interpretó lo que pensaba que sería un desarrollador inmobiliario de gran éxito”. “Cuando comenzó el programa, Trump era (...) un blanco ocasional de chistes sensacionalistas. Cuando terminó, tanto él como el público creían que era uno de los empresarios más ricos y exitosos del planeta” y esta actuación fue la que, escribía Gessen, había lanzado a su campaña presidencial. “Por mucho que haya interpretado a un magnate inmobiliario de la manera más cruda y reduccionista, Trump ahora está llevando a cabo su idea de poder tal como lo imagina”, seguía Gessen, añadiendo que “en su intuición, el poder es autocrático; afirma la superioridad de una nación y una raza; afirma la dominación total; y suprime sin piedad toda oposición”. Con esto “Trump está actuando [*performing*] el fascismo”, concluía.

Como ya se ha señalado, Gessen es una autora conocida por usar las comparaciones históricas de modo fundamentado e útil para analizar los peligros de la política contemporánea y los abusos del poder.²³¹ En el pasado ya ha comparado para un gran

²²⁹ El 25 de mayo de 2020, George Floyd, un hombre afroamericano de 46 años, fue asesinado por Derek Chauvin, un policía blanco de 44 años en Minneapolis, Minnesota. Floyd fue arrestado después de que un empleado de una tienda alegara que había realizado una compra con un billete falso de 20 dólares. Chauvin se arrodilló sobre el cuello de Floyd durante más de nueve minutos mientras Floyd estaba esposado y acostado boca abajo en una calle asegurando que no se encontraba bien y no podía respirar (“*I can’t breathe!*”). Otros dos agentes a Chauvin a sujetar a Floyd, mientras el cuarto impedía que los transeúntes intervinieran. El 20 abril de 2021 fue declarado culpable y sentenciado a 22+1/2 años de prisión. Los demás agentes también han sido declarados culpables y sentenciados a penas de cárcel menores. El asesinato de Floyd había disparado una ola de intensas protestas a lo largo de Estados Unidos y el mundo.

²³⁰ El 1 de junio de 2020, en medio de las protestas por el asesinato de Floyd en Washington, D.C., agentes del orden utilizaron gases lacrimógenos y fuerza para desalojar por la fuerza a manifestantes pacíficos de Lafayette Square, creando una oportunidad para que el presidente y altos funcionarios de la administración caminaran desde la Casa Blanca a la Iglesia Episcopal de San Juan para una oportunidad publicitaria. Estando allí, Trump levantó una Biblia y posó para una fotografía frente a la casa parroquial de la iglesia, que había sido dañada por un incendio provocado durante las protestas de la noche anterior. La expulsión de los manifestantes de Lafayette Square fue ampliamente condenada como excesiva y una afrenta al derecho a la libertad de reunión de la Primera Enmienda. Justo antes de visitar la iglesia, Trump pronunció un discurso en el que instó a los gobernadores a sofocar las protestas violentas utilizando a la Guardia Nacional para “dominar las calles” o, de lo contrario, “desplegaría al ejército federal y resolvería rápidamente el problema”.

²³¹ En este sentido el escándalo desencadenado en torno a Gessen y su ensayo de finales de 2023 en el que había comparado la suerte de los palestinos asediados en Gaza por el ejército de Israel a la suerte de judíos confinados en los guetos en Europa del

efecto los centros de detención para migrantes de Trump a “campos de concentración” (Gessen, 2019a), en un texto posterior, siguiendo el mismo hilo, escribiendo sobre la cuestión de pertenencia étnica y nacional trazó las preocupantes paralelas entre las maneras entenderla bajo el nazismo y en Estados Unidos de Trump, concluyendo que la guerra de Trump en contra de los migrantes era apenas “el barniz legalizado del fascismo” (Gessen, 2019b) y unos años después había comparado la invasión punitiva israelí a Gaza a la liquidación de los guetos judíos por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial para llamar la atención al sufrimiento de la población civil allí (Gessen, 2023a), llegando incluso después a teorizar en corto sobre la importancia de usar las comparaciones –muy en tenor de las discutidas anteriormente observaciones de varios teóricos sobre el tema (véase: Capítulo 2., 1.1.)– y enfatizando que las comparaciones son en efecto “la manera de la que conocemos el mundo” (Gessen, 2023c). Pero en el texto presente Gessen ofrece no tanto una comparación al fascismo, al no presentar ninguna analogía histórica que pudiese ser comparable con las acciones de Trump que describe –y sin, en efecto, apuntar a ningún *tertium comparationis*–, sino, ofrece solamente una afirmación que una de sus acciones (el discurso frente a la iglesia de San Juan) a la luz de su conocida habilidad de actuar los hace “actuar el fascismo” (sin siquiera definir este, apelar a ninguna teoría o explicar como la “actuación” puede vincularse con este). Un modo parecido de hablar del “fascismo de Trump” limitándose a observaciones e impresiones apelando o “explicándolo” solo en referencia a la actividad de “actuar” y al “*performance*”, no es una práctica aislada. Susan Buck-Morss, una conocida filósofa e historiadora estadounidense especializada sobre todo en la historia intelectual y la Teoría Crítica durante una, ya mencionada anteriormente conferencia en la Universidad de Pensilvania (*Comparaciones sin gloria: sobre los usos y abusos de las analogías históricas*), hizo algo parecido –aunque allí sí especificó un *tertium* concreto– afirmando que “Trump estaba *performeando* a Hitler” y “*performeando* al fascismo” y que el ejemplo más claro de esto era uno de los videos publicitarios de la Casa Blanca cuando en 2020, en medio de la pandemia de Covid-19, el presidente celebraba su regresa del hospital después de “haber vencido el virus” y que tenía –allí a diferencia de Gessen, Buck-Morss apuntaba a la “fuente” (*tertium*) de su comparación– “unas claras alusiones a la estética fascista” conocida de los filmes propagandísticos del propio Hitler o Mussolini. Si bien algo parecido pudo haber hecho Gessen –comparando de este modo el referenciado discurso en Washington a los imágenes y/o tropos visuales de la propaganda nazi/fascista– no lo ha hecho, restando así la fuerza a su uso del término de fascismo y prefiriendo, por otro lado, a comparar a Trump con otro político autoritario, Vladimir Putin, cuyo régimen, por más antidemocrático que sea, al igual que el régimen del propio Trump, si juzgado por los parámetros teóricos propuestos en este estudio como los de Riley (2019) o Poulantzas (2019), difícilmente califica como “fascista” (para la bien fundamentada crítica de las comparaciones de Putin al fascismo, véase: Laruelle en: Steinmetz-Jenkins, 2024: 253-259). Este mismo análisis –de que Trump estaba en realidad “*performeando* fascismo”– ha sido presentando (¿retomado?) unos meses después en una entrevista por Jason Stanley. Para Stanley, al contrario de Gessen que hablaba más de sus “posturas” y sus “proyecciones” respecto a la idea del poder que tenía Trump, el centro de la “actuación fascista” de Trump estaba en su uso de las fuerzas federales para reprimir y dispersar las manifestaciones, sobre todo en las ciudades gobernadas por los Demócratas, una observación hecha en contexto de todo el debate que se daba en Estados Unidos respecto a este tema en agosto y septiembre de 2020 (Stanley, 2020h). No obstante, como en aquel momento señalaron algunos otros comentaristas –también desde la derecha como Norman Podhoretz, uno de los principales, de hecho, en su tiempo proponentes del término “islamofascismo” (sic)–, en Estados Unidos mandar tropas federales “no tenía nada que ver con el fascismo” y los presidentes

Este ocupada por los nazis y a la propia Gaza a un gueto “que hoy estaba siendo liquidado” (Gessen, 2023a), ha sido muy sintomático respecto al uso de las comparaciones históricas y sus “límites”. Si bien cuando Gessen comparaba los centros de detención para migrantes de Trump a los “campos de concentración” (Gessen, 2019a) o el régimen de Trump al “fascismo” en la columna analizada aquí, parecía inscribirse de alguna manera en una *mainstream* del pensamiento liberal dominante, sus comparaciones de Gaza a los guetos judíos –que por un lado tenían básicamente el mismo propósito: visibilizar el sufrimiento de una población civil vulnerable por parte del poder y que por otro se inscribían en una larga tradición intelectual crítica con Giorgio Agamben comparando famosamente a Gaza con “Auschwitz” o Zygmunt Bauman el muro de apartheid en Cisjordania con “el muro del gueto de Varsovia–, ya hicieron sonar las alarmas. En un sintomático para el asfixiante en Alemania, y en muchos otros países, clima intelectual que se desencadenó después de los ataques de Hamás a Israel en octubre de 2023 y el inicio de la operación punitiva israelí en la Franja de Gaza, la Fundación Heinrich Böll, se retiró de la concesión del Premio Hannah Arendt de Pensamiento Político a Gessen, concedido unos meses antes, a pesar de que el citado ensayo apareció ni más ni menos sino en la revista The New Yorker, la misma para la que escribía la propia Arendt y en la cual, entre otros, publicó por entregas su famoso reportaje del juicio de Adolf Eichmann en Jerusalén, que después fue convertido en el famoso libro (véase: Arendt, 1963). Si bien el premio finalmente fue entregado –en otro formato y en una ceremonia mucho más rebajada–, todo el asunto expuso claramente los límites de las políticas de memoria sobre todo en Alemania, pero también más ampliamente en el mundo occidental, que se rige por el axioma de la incomparabilidad del Holocausto y en el que la expiación de los crímenes del régimen nazi tomó una máxima deferencia al Estado de Israel, su apoyo incondicional y la prohibición de cualquier forma de solidaridad propalestina (véase: Traverso, 2024), una postura a la que Gessen, desde su identidad judía se opone, defendiendo a la vez los beneficios de usar las comparaciones al Holocausto cuando es necesario (véase: Capítulo 2., 1.5.) y subrayando que “para aprender de la historia, tenemos que comparar”, defendiendo así los valores intrínsecos de las comparaciones históricas (véase: Gessen, 2023c; véase también: Godwin, 2023). La gran ironía de los ataques a Gessen –como bien lo ha observado la propia autora–, radicaba también en que en el clima intelectual actual y a base de los mismos criterios y prohibiciones a comparar, la misma Hannah Arendt que muy pronto se ha vuelto muy crítica hacia Israel y por sí misma había comparado en varias ocasiones a los políticos sionistas a los “nazis” por sus masacres de la población civil palestina y su afán de establecer un Estado puramente judío en Palestina excluyendo a la población árabe o que generó una gran controversia con su libro sobre Eichmann por su, supuesta, “trivialización del Holocausto”, hoy en día sería inelegible para el premio de su nombre (Gessen, 2023b).

“están perfectamente en su derecho de usar las fuerzas federales para proteger la propiedad federal” y muchos de ellos a lo largo de la historia lo han hecho antes. Las fuerzas federales fueron enviadas por ejemplo a Los Ángeles en 1992 a pedido del gobernador de California, para controlar los levantamientos de Rodney King, a Washington, Chicago y Baltimore en 1968 después del asesinato de Martin Luther King Jr. En 1877 fueron enviados a Chicago durante la Gran Huelga Ferrocarril (Podhoretz, 2020). En este sentido, como escribió también la historiadora Ann Thompson “la idea de traer tropas o hacer cumplir la ley en sus múltiples formas para sofocar las protestas civiles ‘es tan estadounidense como el pastel de manzana’: es fundamental para esta nación” (Thompson en: Badger, 2020). Finalmente lo que no notaba o igual no quería dejar claro Gessen –al igual que tampoco Buck-Morss o Stanley–, es que cualquier actuación e incluso el mejor *performance* siempre está lejos de ser real y al final es solamente esto, una actuación (y no el fascismo de verdad).

En este sentido tenían más razón los “escépticos” en el marco del “debate sobre el fascismo” al apuntar a la “performatividad del fascismo de Trump” como un argumento para con compararlo de esta manera, viendo los “gestos fascistas” y sus “poses” como una simple superficie sin contenido y subrayando por ejemplo que su propia preocupación por las poses y actuaciones, junto con su torpeza, ineptitud e incluso completa falta de voluntad de reorganizar el poder estatal según las líneas fascistas lo hacía mucho menos peligroso que George W. Bush, que no se preocupaba por “actuar”, pero ha sido mucho más efectivo en atacar y destruir las libertades democráticas (Bessner, Burgis, 2022; Bessner, 2023b). De hecho otro de los “escépticos”, Corey Robin –para quien, dicho sea de paso, la proveniencia de Trump, una cosa que enfatizaba Gessen, del mundo del entretenimiento y del programa *The Apprentice* era una de las pruebas de que este justamente no era un fascista (Robin, 2018b)–, identificó lo que él llamó “el argumento *performativista*” como un modo de “deescalación argumentativa” conforme la administración de Trump no arrojaba ningunos “resultados fascistas” para poder seguir usando la comparación y la referencia al fascismo (el mismo afán para el cual servían los prefijos “semi”, “cuasi”, “para”, “esquizo”, etcétera). Según esta argumentación –en la que en efecto se inscribe Gessen–, Trump ya no representaba el fascismo “puro y duro”, sino lo estaba “*performeando*” (Robin, 2017h). El hecho de solamente estar “actuando el fascismo” era también una de las razones que presentó Christopher R. Browning, un historiador estadounidense y uno de los máximos expertos en Holocausto y las políticas nazis, cuando, explicando su cambio de opinión y el afán de si ver finalmente (por otras razones) a Trump como un “fascista”, apuntaba a la “teatralidad” como un argumento de por que por años pensaba que Trump justamente no lo era. Para Browning, Trump, cuando, en el gobierno, no realizaba ningunas políticas fascistas sino se centraba precisamente en la “teatralidad”, todo en vez de organizar un verdadero y real movimiento y/o régimen fascista. Para Browning, por ejemplo, su crueldad hacia los migrantes o hacia las minorías era “sobre todo performativa” (sic) y él mismo se quedaba en los gestos y en la performatividad, careciendo precisamente de la “esencia” y de un verdadero “contenido fascista” (Browning, 2023; para el análisis de esta columna, véase abajo: texto #27).

#14

AUTOR	Matthew Feldman
TITULO	<i>I'm an expert on fascism and I know what Trump's actions during the George Floyd protests look like</i>
MEDIO	The Independent
PALABRAS CLAVE	George Floyd Donald Trump Estados Unidos Fascismo Martin Niemöller Pato Sinclair Lewis
FECHA	3 de junio de 2020

Matthew Feldman es un historiador, crítico literario y politólogo angloamericano, profesor de la Universidad de Teesside y de la Universidad de York, especializado en el fascismo y en la extrema derecha en Europa y en Estados Unidos. Es editor de varias compilaciones dedicadas al estudio del fascismo y de la extrema derecha, entre otros una publicación de cinco tomos *Fascismo: conceptos críticos en ciencia política* co-editada con Roger Griffin, uno de los más aclamados investigadores del fascismo (véase: Griffin, Feldman, 2003; para más sobre el enfoque de Griffin y su negativa de ver la extrema derecha moderna en clave del fascismo, véase: Capítulo 2., 2.1.2.).

En su columna publicada en un diario británico The Independent publicada tras el asesinato de George Floyd, un ciudadano estadounidense afroamericano por la policía en Minneapolis (véase: arriba) titulada –un poco largamente– *Soy un experto en fascismo y sé cómo fueron las acciones de Trump durante las protestas de George Floyd*, aseguraba que después de mucho tiempo de haberse rehuído de usar la palabra “fascismo” respecto a Donald Trump, “esta semana quedó claro que estaba equivocado” y que el “fascismo” era el término, según él, adecuado. Apuntando a un corto discurso que Trump dedicó a este

acontecimiento en el Jardín de las Rosas de la Casa Blanca el 1 de junio de 2020, aseguraba que “500 segundos fue todo lo que Trump necesitó para cruzar el Rubicón hacia el fascismo” y escribía:

Hace unos años hubo una oleada de especulaciones sobre si Donald Trump era fascista. Los especialistas como yo preferíamos en su mayoría términos como “narcisista” o “plutócrata”. En ese momento, esta opinión era lo más cercano al consenso que pueden alcanzar los académicos rebeldes. Es posible que hayamos perdido el bosque por los árboles. Las acciones del lunes, como mínimo, olían a extremismo de derecha radical, si no a nacionalismo revolucionario en toda regla, es decir, a fascismo. Centrándose principalmente en los disturbios y saqueos ocurridos en la semana posterior al asesinato de Floyd, el presidente amenazó con utilizar la Ley de Insurrección de 1807 para liberar al ejército en las calles estadounidenses (Feldman, 2020).

Trump, recordaba Feldman, pidió medidas de seguridad más estrictas contra los izquierdistas (los activistas de Antifa, #BlackLivesMatter et al.), y después posó para una grotesca sesión de fotos afuera de la progresista Iglesia Episcopal de San Juan, donde sostuvo una Biblia al revés “como si fuera una sogá”, un “sacrilegio [que] será elogiado por sus defensores, muchos de los cuales son cristianos evangélicos blancos”. “En todo esto –escribía Feldman–, lo importante no es tanto la historia personal de Trump, desde el activismo del KKK de [su padre] Fred Trump²³² hasta las muchas declaraciones racistas de su hijo” sino el hecho que “sus partidarios [los supremacistas blancos] pueden venerarlo sin culpa como ‘un símbolo de identidad blanca renovada y propósito común’ en lugar de ‘un líder y formulador de políticas’”. Como subrayaba Feldman, “según todos los expertos”, estos círculos de extrema derecha son “la mayor amenaza terrorista interna en Estados Unidos en la actualidad” y este movimiento salió fortalecido después de las declaraciones, acciones e inacciones de Trump. “Esto puede suceder en cualquier lugar”, apuntaba Feldman, añadiendo que esas fueron “las poderosas palabras de advertencia escritas por Sinclair Lewis hace 85 años, cuando los fascistas pisotearon Europa por primera vez” en una novela “cuyo protagonista tiene un asombroso parecido con Trump” (para otras referencias a la novela de Lewis, *Esto no puede pasar aquí*, véase textos: #2, #4, #21). “¿Pero es ‘eso’ un fascismo?”, preguntaba Feldman. “Es cierto que la administración Trump camina y grazna cada vez más como un pato. Quizás la respuesta ya no importe; o mejor dicho, no es lo suficientemente urgente ahora”, ya sea “fascismo” o simplemente “democracia antiliberal”, anotaba el autor, “lo que Trump está desatando es mortal, tanto para las libertades constitucionales como para las minorías étnicas y religiosas en Estados Unidos”. Aun así, según Feldman, lo que el presidente estaba desatando era “verdaderamente una cosa de regímenes fascistas”, pero la novela de Sinclair Lewis –a pesar de ciertos ecos–, “no es el lugar donde deberíamos buscar evidencia de fascismo”. Según él, “las lecciones mucho más aplicables son la política ya militarizada, la traducción de normas democráticas liberales y la falta de apoyo popular al Estado de derecho, especialmente en las democracias europeas que surgieron por primera vez del dominio imperial después de la Primera Guerra Mundial”. De esto modo es en “las heridas abiertas en Estados Unidos” –análogas a las heridas de Europa post-1918– donde hay que buscar “las comparaciones ordenadas al fascismo”. “Si todavía no es el momento del incendio del Reichstag, entonces la alarma de incendio suena de manera inequívoca”, al igual que, escribió Feldman, “la famosa advertencia del pastor alemán Martin Niemöller, encarcelado en en los campos de concentración de Sachsenhausen y de Dachau, bajo custodia protectora, desde 1938 hasta 1945²³³: ‘Primero vinieron por los judíos...’” (el conocido poema, escrito originalmente como un sermón. Y concluía que “es posible que Estados Unidos no pueda salvarse de lo que suceda de aquí a las elecciones presidenciales de 2020” y “que es posible que la infección ya esté demasiado gangrenosa” y que “lo que está pasando en Estados Unidos [el fascismo], también puede pasar en otros lugares”).

A pesar de que Feldman, avisándolo incluso en el propio título de la columna, ofrece su opinión respecto al hecho que, según él, Trump es un “fascista” –o más bien un cambio de opinión, ya que admite que antes se rehuía de usar este término respecto al presidente estadounidense–, desde su posición de “un experto en fascismo”, no ofrece no solo ninguna teoría de este en el marco de cual se podría sostener su opinión, sino ni siquiera una definición que lo respaldaría. Su única referencia es a una novela (la de Sinclair Lewis), que de hecho al final ni siquiera le parece “el lugar indicado para buscar evidencias del fascismo [de Trump]” (sic), proponiendo en cambio para justificar su opinión una analogía entre el contexto posterior a la Primera Guerra Mundial, dominado por la política militarizada, una enorme destrucción y pérdidas humanas y un clima de erosión de las normas democráticas liberales que en efecto ha constituido el caldo de cultivo del fascismo y del nazismo, y el clima político-social de Estados Unidos bajo Trump. Con esto Feldman no solo no apunta y no toma en cuenta ningunas diferencias de contexto –la regla básica del comparativismo histórico (Marc Bloch; véase: Capítulo 2., 1.1.)–, aparentando en efecto que entre las dos épocas existen puras semejanzas, sino escoge una analogía que es extremadamente hiperbólica, alarmista y absolutamente insostenible ya que en realidad nada remotamente semejante al clima de la posguerra en el que estuvo sumergida Europa post-1918 estaba ocurriendo en Estados Unidos en la segunda década del siglo XXI. Ni experiencia de la brutalización de la guerra que dio un perfil militarizado a la política de la época y dejó sociedades y naciones traumatizadas (véase: Traverso, 2017a: 182-183; 2019a: 105), ni el colapso de los imperios, la desaparición y la aparición de nuevos países y fronteras, el flujo de refugiados y apátridas, la radicalización política, el fervor revolucionario por un lado y la brutalidad de la reacción a él por otro, nada de esto era ni siquiera remotamente parecido a lo que pasaba en Estados Unidos. Si bien el país se encontraba polarizado políticamente, “las heridas abiertas en Estados Unidos” de las escribía Feldman, no tenían absolutamente ninguna analogía con las heridas de los

²³² Para este punto véase: nota de pie 177

²³³ Vale la pena añadir que Niemöller, antes de ser encarcelado en Sachsenhausen y Dachau –en condiciones, repitamos, privilegiadas– ha sido un ardiente nazi y un antisemita radical, que se opuso solamente a las políticas de Hitler cuando este atentó, después de años de respetarla, en contra de la autonomía de las Iglesias alemanas frente al Estado nazi.

países que emergieron de la Primera Guerra Mundial. Son precisamente estas diferencias y esta incomparabilidad de los contextos de ayer y hoy, como bien apuntaba el historiador estadounidense Adam Tooze en un texto dedicado al centenario de la Marcha sobre Roma de Mussolini (1922) que marcó el establecimiento del primer gobierno fascista en el mundo, que nos apremian a no hablar del fascismo hoy (Tooze, 2022b). Lo mismo aplica a la invocación por el autor del incendio del Reichstag (para más sobre el uso de esta comparación en el marco del “debate sobre el fascismo”, véase: Capítulo 2., 2.5. y columna #17) o del famoso poema de Niemöller, dos referencias que evocan memorias e imágenes de la dictadura y las atrocidades nazis y que –claramente calculadas a generar ciertas emociones en el lector–, resultan igualmente injustificables e hiperbólicas. Si bien este tono y comparaciones exageradas podrían ser explicadas por el impacto de los acontecimientos en el contexto de los cuales se escribió la columna (la represión de las manifestaciones por el asesinato de George Floyd), esto por sí solo no los justifica y no quita que las comparaciones sugeridas por el autor resultan confusas y poco útiles para entender el contexto político de Estados Unidos durante el último año del gobierno de Trump, agitado por manifestaciones por la justicia racial, que si bien, como ya se ha señalado, marcaban el pulso de una polarización política en el país, no eran de ninguna manera comparables con el clima y con el contexto post-Primera Guerra Mundial (una comparación realmente chocante y más dado que proviene de parte de un historiador y “experto en fascismo”).²³⁴

Finalmente respecto a un pasaje de Feldman donde este preguntaba si “eso” –el régimen de Trump–, era un fascismo y contestaba que “es cierto que la administración Trump camina y grazna cada vez más como un pato”, recurriendo así a la conocida figura retórica y la llamada “prueba del pato” –una forma de razonamiento inductivo, generalmente expresada como: “si algo parece un pato, nada como un pato y grazna como un pato, entonces probablemente sea un pato”–, resulta sumamente irónico que ha sido precisamente Roger Griffin, uno de los máximos estudiosos del fascismo con quien Feldman coeditó varios libros (y de quién tal vez ha sido un alumno), que aludió a la “prueba del pato” como un ejemplo de una manera simplista de pensar y analizar el fascismo hoy en día, enfatizando que “el fascismo no es como un pato” y cuestionando explícitamente y de manera categórica así los argumentos de quienes afirman que Trump era comparable al fascismo (Griffin, 2018: 3-5; para más sobre este y otros argumentos de Griffin, véase arriba: 2.1.2.).

#15

AUTOR	Jason Stanley
TITULO	<i>¿Fascismo en Estados Unidos?</i>
MEDIO	El País
PALABRAS CLAVE	#BlackLivesMatter Donald Trump Elecciones (2020) Estados Unidos Fascismo George Floyd
FECHA	31 de julio de 2020

La siguiente columna de Stanley titulada *¿Fascismo en Estados Unidos?*, apareció en la versión inglesa del diario El País en contexto de las elecciones presidenciales de 2020. Allí su autor preguntaba si era pertinente hablar del “fascismo” respecto al gobierno de Trump y a compararlo de este modo. Apuntando que durante toda la presidencia de Trump “ha habido preocupación por sus tendencias antidemocráticas”, escribía que este verano [de 2020] se estaba hablando cada vez más abiertamente respecto a él “de una variante especialmente peligrosa de autoritarismo ya conocida por la historia de Europa en el siglo XX [el fascismo]”. Si bien en los años pasados estas comparaciones derivaban de sus ataques a los migrantes, a los musulmanes (*Muslim Ban*) o a la prensa, el reciente envío de las fuerzas federales a varias ciudades para reprimir a las manifestaciones mayoritariamente pacíficas en favor de la justicia racial [en marco del movimiento #BlackLivesMatter después del asesinato de George Floyd], hicieron que, como apuntaba Stanley “cada vez más los políticos y los periodistas emplearan el término ‘fascismo’ para calificar la amenaza que representa el gobierno de Trump” (para otras columnas en las que sus autores citan este acontecimiento para apoyar su comparación de Trump al fascismo, véase: #16, #17, #18). Escribiendo que “la palabra ‘fascismo’ implica muchas cosas” y que su uso en relación con Trump es “polémico”, subrayaba que valía la pena que los que piensan como él que el uso de un “término tan dramático” es adecuado, presenten con detenimiento sus argumentos. Para empezar, según Stanley, Estados Unidos, no era, por el momento, un régimen fascista: hay ataques a manifestantes, pero las libertades en general son respetadas así como la división del poder cuyas diferentes ramas “actúan con relativa independencia”. Pero a la vez, según él, “sería ingenuo pensar solo en regímenes que ya son fascistas”, porque esto nos haría “indefensos”. “Si somos verdaderamente antifascistas, tienen que inquietarnos todos los movimientos fascistas también los incipientes, también en Estados Unidos, al igual que en sus ‘tácticas políticas fascistas’”, escribía Stanley. En sus ojos, estas son –las “tácticas fascistas”– lo que en el futuro puede abrir el camino a “la posible transformación del régimen de Estados Unidos en un régimen fascista”. Una de estas tácticas

²³⁴ Para un análisis mucho más útil de aquel momento particular en Estados Unidos después del asesinato de George Floyd, con apelación a las teorías de la política de Antonio Gramsci y una comparación de Trump al general Boulanger, “un demagogo farsante”, véase: Denning, 2021.

que va en contra de “las normas democráticas liberales: el mismo respeto a todos los ciudadanos y la tolerancia de costumbres y creencias diferentes”, es el “racismo descarado” y la política de Trump “siempre ha tenido algo que ver con el racismo”: desde 2015 hasta la actual represión a los activistas de #BlackLivesMatter, calificados por él como “terroristas”. Aun así, como bien apuntaba Stanley, Trump no era el primer presidente que utilizaba el racismo en una campaña política: relacionar a los estadounidenses negros con la criminalidad es una vieja táctica política en las elecciones presidenciales e incluso el candidato Demócrata actual, Joe Biden, recordaba Stanley, “tiene un historial muy conocido de demagogia racial apenas disimulada” (sic).²³⁵ Pero igualmente según Stanley, había más elementos que hacían que la perspectiva del fascismo bajo Trump fuera más preocupante. Otra característica de los líderes fascistas, escribía el autor, es que “alteran la realidad para hacer que su propaganda tenga visos de verdad”. Apuntando a un sonado tuit de Trump en el que este criticaba el voto por correo y planteando la posibilidad de aplazar las elecciones (para más sobre este tuit como un “tuit fascista”, véase: la columna siguiente, #16), Stanley escribía que se trataba de “varias tácticas fascistas clásicas mezcladas en una”: sembrar dudas acerca de las elecciones y acusar a sus oponentes de hacer lo que hacen ellos (en este caso acusar a los Demócratas de querer afectar a las elecciones, mientras eran el mismo Trump y los Republicanos que impedían que ciertos grupos votaran libremente). Otra táctica preocupante, una que es característica para el fascismo, era según Stanley el uso de grupos paramilitares entrenados para tratar con brutalidad a otras personas, algo que hizo Trump con los llamados “*task forces*” enviados a varias ciudades a reprimir y perseguir los activistas antirracistas. En este sentido, lo más preocupante para Stanley, no eran ni siquiera las acciones de Trump, sino que estas acciones se inscribieran en ciertos “patrones” y ciertas “tácticas” que siguen funcionando en el país como todo “el aparato de seguridad que [se] construyó en una aventura imperialista fallida en Medio Oriente y después de los ataques de 9/11” que primero tenía como su objetivo a los “terroristas”, luego a los indocumentados y ahora a los manifestantes pacíficos. “Son unos días aterradoros, no solo por los demonios actuales, sino porque el país lleva demasiado tiempo permitiendo que sobrevivan sus demonios del pasado sin tocarlos”, concluía Stanley.

Si bien en la columna pasada (véase: #10) Stanley no explicaba su enfoque hacia el fascismo —aunque se entendía que privilegiaba su entendimiento enfocado en la retórica y lo veía más bien como una serie de “políticas”, “prácticas” y/o “tácticas políticas” y que no estaba interesado en la historia de los regímenes fascistas reales—, su propio llamado aquí, dado que se trata de un “término tan dramático” a presentar “con detenimiento sus argumentos”, permite apreciar que en su entendimiento del fascismo se trata precisamente de una serie de “prácticas” y “tácticas”. Así, se puede apreciar que las “tácticas” de las que habla Stanley son una variedad de herramientas y métodos de propaganda utilizados para llegar al poder y que es esta énfasis en ellas y el desinterés en los regímenes fascistas reales lo que lo diferencia, incluso según él mismo favorablemente (sic), de otros estudiosos del tema (Stanley en: Matthews, 2020). Para Stanley, el hecho de que no todos los fascistas sean como Hitler con su política de genocidio o como Mussolini que prescindió de estas pero que igualmente presidía a un régimen fascista, no cambia el hecho de que ciertas “tácticas fascistas” son “reconocibles, consistentes y peligrosas” (Stanley, 2022a). Si bien Trump ya estaba en el poder desde hace tres años y medio, como bien lo subraya en esta columna Stanley, el hecho que aún no ha instaurado un régimen fascista no nos debería consolar, ya que como insinuaba, justamente usando aquellas “tácticas”, “parecía ir en aquella dirección”. Sin embargo, lo que parece no tomar en cuenta Stanley —una importante diferencia de contexto a la que no apunta y la que le resta la validez a su analogía en el texto presente y en general a todo su entendimiento del fascismo—, lo que distinguía a los fascistas, siendo esto algo que se podría calificar como una fundamental y una verdadera táctica fascista, era que estos no “sembraban dudas respecto a las elecciones”, sino simplemente una vez en el poder los cancelaban e instauraban una dictadura acabando con toda la oposición y la política parlamentaria (véase: Riley, 2019: 3-4; Evans, 2018b, 2020b). Y que esta, si uno ya insistiera en emplear el término, sería más bien la “táctica” de los posfascistas que a diferencia de los fascistas “clásicos” han aceptado las básicas reglas del juego democrático (Tamás, 2000; Traverso, 2019b, 2019d; véase más: Capítulo 2., 2.1.4.).

Así, toda esta parte del argumento de Stanley en esta columna podría ser considerada como un “anti-manual del comparativismo histórico”. Lo que hace este autor es, en efecto, tomar la narrativa contemporánea y los términos con los que hoy hablamos de la política, y extrapolarlas al pasado, para crear una impresión de semejanzas y continuidades. “Sembrar desconfianza” —hacia el sistema electoral, judicial, etcétera— es el término contemporáneo *par excellence*, no ninguna técnica particular que ha sido usada por los fascistas o por los nazis. Estos no “sembraban desconfianza en las instituciones democráticas”: las criticaban y rechazaban abiertamente por ejemplo por fallar a representar “verdaderamente al pueblo y/o la nación” (véase: Riley, 2019: 3-5 y 6-7) y una vez en el poder las reemplazaron con las suyas —el partido único de masas y toda una serie de instituciones corporativas—, convencidos que su sistema era el que mejor representaba “democráticamente” al pueblo que las instituciones liberales (de allí Riley propone definir y entender el fascismo como “democracia autoritaria”, véase arriba: Capítulo 1., sección 8 y Capítulo 2., 2.2.1). Tampoco “sembraban desconfianza en el sistema judicial”, reemplazando todo el sistema con el suyo —como los nazis en marco del *Gleichschaltung*, un proceso de “sincronización sistémica”— y expulsando, encarcelando o asesinando a los jueces que se les oponían. En este sentido no sorprende que Stanley para poder justificar la analogía al fascismo —o seguir alertando que Trump está en camino de instaurarlo—, se centra en el fascismo como un conjunto de tropos y propaganda sin tocar la práctica fascista del poder, porque aquí se rompe la comparación. En este sentido si bien Stanley de manera correcta —e incluso sorprendente en su radicalidad— apunta a los no trabajados legados (“demonios”) de las aventuras imperiales de Estados Unidos que en manos de Trump o de algún político parecido, tienen la capacidad de abrirle las puertas al fascismo en Estados Unidos, parece olvidar que han sido precisamente George W. Bush y Dick Cheney que se tomaban mucho más en serio que Trump la tarea de domar a la oposición y consolidar el poder. Y si bien es correcto apuntar a los legados del

²³⁵ Biden, ignorando toda la mencionada por Stanley historia del uso de racismo en las elecciones presidenciales —ni mencionar su historia y persistencia en todo el país— y tal vez tratando de ocultar sus propios tropos racistas acusó un par de meses antes a Trump de ser “el primer presidente racista en la historia de Estados Unidos” (supersic).

9/11 y a lo que el mismo Stanley llama “visibles paralelismos con el momentos actual”, el hecho de no citar en este caso a la pandemia, algo que le brindaba a Trump como un “aspirante a fascista” una amplia oportunidad a acabar con la política democrática (y que este no lo ha aprovechado para esto, redoblando apenas sus políticas habituales de las vilificación y persecución de las minorías, véase: Finchelstein, Stanley, 2020a), es una laguna importante y en sí mismo un argumento a favor de la tesis que Trump simplemente nunca estaba interesado en ello (véase: Robin, 2018a). Ni en 2016, ni al inicio de la pandemia y ni en 2020 a unos meses de las elecciones presidenciales cuando Stanley escribía la columna analizada aquí. En este sentido por ejemplo la alerta de Stanley de que el Partido Republicano se quería establecer, “tal como lo hacían los fascistas”, como el “partido único”, carece de cualquier base y/o evidencia, además de ser algo que no había ocurrido. A diferencia también de la columna pasada donde el autor presentaba varios ejemplos históricos y apuntaba oportunamente a las diferencias de contexto, aquí este respeto a las reglas básicas de la estrategia comparativa está, como se dicho anteriormente, es completamente ausente y se ve desplazado por una retórica de “pura alerta” donde el uso del “fascismo” sirve solamente como una herramienta política movilizadora.

Así, también el modo de Stanley de ver al fascismo como una serie de “políticas” y “prácticas” visibles y detectables a lo largo de toda la historia estadounidense, lo vuelve en “un significante atemporal”, algo que muy de acuerdo con la visión de Umberto Eco puede ocurrir en cualquier momento y en cualquier lugar y se convierte igualmente en una manera de tratar el tema que Emilio Gentile ha bautizado como “ahistoriología”, es decir, la historia hecha como la astrología, que, en lugar de estudiar científicamente los hechos, se limita a interpretarlos según los propios deseos y temores de uno (Gentile, 2019: 7-8; 2023). El mejor ejemplo de esta manera de tratar el fascismo por Stanley, ejemplificado igual en la columna presente, ha sido –al retomar igualmente las palabras de Toni Morrison que tildaba de “fascistas” los intentos de resolver los conflictos raciales en Estados Unidos a lo largo de las últimas décadas ()–, su descripción del movimiento #BlackLivesMatter, que como igual bien recordaba surgió, al final de todo, bajo el gobierno Demócrata de, ni más ni menos, Barack Obama, como una reacción a “una fuerza fascista” que estaba en obra tanto bajo el gobierno de Bill Clinton, Obama como bajo el de Joe Biden” (sic). O sea, una visión del “fascismo” que está siempre presente en la historia del país, al igual que una reacción y oposición a ella (véase: Stanley, 2020g; para este tipo de análisis de “fascismo” en Estados Unidos y sus límites, véase: Capítulo 2., 2.6.). Pero este modo de ver el fascismo en cada expresión del racismo institucional en Estados Unidos tal como hace Stanley en esta columna y en otros de sus escritos (véase también: 2018a: 88 y 129; 2018b, 2018c), un enfoque que sigue igualmente el análisis de varios teóricos de la liberación negra (véase: Toscano, 2023c, 38-39 et al.), corre el riesgo de desdibujar la especificidad histórica y política del fascismo (visto mejor como una respuesta política específica a una crisis política determinada, según Gramsci) y extender su reino de modo que lleva este tipo de análisis *ad absurdum*. Nuevamente el mejor ejemplo de esto había proporcionado en otro lugar el mismo Stanley anotando por ejemplo que en 2021 –con Trump ya fuera del poder y con Biden ya en la Casa Blanca–, ciertas iniciativas políticas de algunos de los gobernadores Republicanos, hacían que “el fascismo estaba entrando en Estados Unidos en una ‘fase legal’” (Stanley, 2021b), un tipo de análisis que no resultaba particularmente útil para ir pensando en lo que ocurría en la política estadounidense en el primer año del gobierno de Biden y que se sostenía más que en los hechos, solamente en la retórica y en el afán de seguir extendiendo la narrativa de la “amenaza fascista” *ad infinitum*.

#16

AUTOR	Timothy Snyder
TITULO	<i>Trump's tweet and fascism</i>
MEDIO	El País (en inglés)
PALABRAS CLAVE	Donald Trump Estados Unidos Elecciones (2020) Fascismo Ian Kershaw Twitter
FECHA	14 de agosto de 2020

La columna de Snyder titulada *El tuit de Trump y el fascismo* y publicada en la versión en inglés de El País, ha sido escrita en contexto la campaña electoral y a tres meses de las elecciones presidenciales de noviembre de 2020. En el mencionado en el título tuit, Trump cuestionaba la votación por correo (que estaba por iniciar el 1 de septiembre e iba a tener una mayor significancia a raíz de la pandemia: con cinco estados llevando a cabo la votación casi exclusivamente por correo), queriendo de plano posponer las elecciones y alegando que por causa de la votación por correo se tratará una elección “más IMPRECISA y FRAUDULENTA en la historia” [las mayúsculas en el original] (Trump en: Snyder, 2020d). Según Snyder, Trump no solo estaba atentando así en contra de la democracia –por lo que los demócratas “tenían una tarea clara este noviembre” (remover a Trump del poder)–, sino que “estaba fabricando una crisis: creando un problema, culpando a otros por él y usándolo para reclamar poder”.

Como bien anotaba Snyder, la mayor fuente de inexactitud y fraude en la democracia estadounidense no es la votación por correo sino la privación de derechos de los votantes negros, “con la mitad de los estados de Estados Unidos que han aprobado recientemente alguna ley que parecía diseñada para dificultar el voto de los estadounidenses que no son blancos”. Mientras en los últimos meses “más estadounidenses que nunca se han dado cuenta del racismo que excluye las voces negras de la política”,

anotaba Snyder [en referencia a las manifestaciones por el asesinato de George Floyd en marco de la campaña “BlackLivesMatter], Trump en vez de tomar nota de estas protestas, las utilizó “como una excusa para desplegar una nueva policía secreta estadounidense en las calles” y en 2019 bloqueó una iniciativa en el Congreso que habría puesto fin a los mencionados abusos en los estados y habría facilitado el voto de todos los estadounidenses. La segunda fuente fraude en la democracia era, según Snyder, “la intervención extranjera” y la “interferencia de Rusia”, algo que, según él, ocurrió en 2016 e iba a volver a pasar en 2020 [el punto ya mucho más controvertido y una alegación que bordea con conspiracionismo (para la discusión en torno a este argumento de Snyder, véase: columna #9)] y encima algo que, escribía el autor, Trump también impidió que se investigara a fondo, bloqueando también una iniciativa en el Congreso diseñada a prevenir las intervenciones extranjeras en las elecciones, sobre todo las rusas.

Respecto a la votación por correo –que es el método que usaba de hecho el mismo Trump y muchos de sus asesores cercanos, escribía Snyder–, la alta tasa de ellas, era igualmente “resultado de sus propias acciones” [de Trump]. “La razón por la que los estadounidenses quieren votar por correo en 2020 es su propia seguridad”, anotaba, por lo que la popularidad del voto por correo tiene que ver con “las propias decisiones de Trump: cuestionar la ciencia, enviar la señal de que la gente no debe usar las máscaras, oponerse a las pruebas sistemáticas que son una condición necesaria para el tratamiento y para detener la propagación de la enfermedad”. Y en la medida en que el servicio postal estadounidense no pueda manejar el correo adicional, recordaba Snyder, “eso también es claramente culpa de Trump”, que ha atacado al servicio, nombrando recientemente como su jefe a uno de sus donantes sin calificaciones. Y procedía luego a explicar porque había que entender su tuit como “fascista”:

Ante estas contradicciones, que para nadie son un secreto, ¿cómo quiso Trump que se entendiera su mensaje? Trump no es tonto. Sabe que tiene pocas posibilidades de ganar las elecciones de noviembre por los medios normales. Al enviar este mensaje, concede la elección a su rival demócrata Joe Biden y ha comenzado a buscar otra forma de permanecer en el cargo. Su tweet no está destinado a quienes no están de acuerdo con él, sino a quienes están dispuestos a seguirlo hacia la tiranía (Snyder, 2020d).

Lo que buscaba, según Snyder, Trump, sabiendo que él mismo carecía del poder para retrasar las elecciones, era tratar de que sus aliados “en el país y en el extranjero” ayudaran a crear una situación en la que las elecciones parezcan imposibles, algo que para Snyder “constituía un punto de inflexión” ya que, según el autor, a partir de aquel entonces “podría afirmar que las elecciones de noviembre no iban a contar”. “[Esto] significa, por supuesto, estar en contra de la democracia y a favor del autoritarismo”. Según Snyder, “hay un notable acuerdo entre los pensadores estadounidenses, desde un destacado intelectual público de izquierda hasta un destacado profesor de derecho de derecha”, en que el tuit de Trump fue “fascista”²³⁶, y él mismo lo estaba, como recordaba, calificando así, algo “que podría ser más profundamente cierto en un sentido que hasta ahora se ha pasado por alto”. Y apuntaba luego a la clásica figura propuesta por Ian Kershaw, el destacado historiador británico y biógrafo de Hitler, del estilo de la política nazi de “trabajar hacia el Führer” (“*working towards the Führer*”): “entender el mensaje de un líder no como una serie de proposiciones lógicas u observaciones empíricas, sino como una guía de cómo debería ser el mundo, y que deberían hacer los seguidores”, explicaba Snyder. Y lo que, con este tuit, según Snyder, les estaba comunicando Trump era que “las elecciones deberían arruinarse: una insinuación que puede ser captada por el director general de correos de Trump, o por las legislaturas estatales republicanas o por estadounidenses armados”. Aunque luego, curiosamente parecía dar marcha atrás en su afirmación, escribiendo que tal vez no todos entiendan su mensaje y si al final “pasase algo”, Trump tampoco iba a asumir la responsabilidad por ello “dejando que otros destruyan la democracia estadounidense para que él pueda vivir cómodamente”.

Primero, hay que decir que al identificar “ciertos ecos nazis” en los tuits de Trump, Snyder se inscribía en una larga línea de otros comentaristas que presentaban el mismo argumento desde 2016 (véase: Boot, 2016; Fisk, 2019), algo que ahora él aseguraba haber identificado en contexto de las elecciones de 2020. Segundo, más allá de la muy objetable, en varios planos, obsesión de Snyder por la interferencia Rusa en Estados Unidos (véase: texto #9), lo que este autor en ningún momento explica faltando así a apuntar debidamente a las importantes diferencias del contexto en hacer sus comparaciones, es que los fascistas de entreguerras –en un claro contraste con Trump que ya por aquel entonces había estado cuatro años en el poder–, no pasaban tiempo cuestionando las elecciones democráticas, las modalidades del voto o amenazando que las iban a posponer o desconocer, sino simplemente, inmediatamente después de haber tomado el poder las abolieron instaurando una dictadura. Si bien los comentarios de Snyder respecto al mal manejo de la pandemia por Trump que precisamente hacían mucho más importante la votación por correo (el método que usaba el mismo Trump), son muy ciertas, no había nada intrínsecamente “fascista” en estas críticas: antidemocrático sí, pero no necesariamente “fascista”. Tampoco lo eran sus ataques al Servicio Postal de los Estados Unidos (USPS) y sus afanes de debilitarlo: estas eran más bien el reflejo y el producto del neoliberalismo dominante en Estados Unidos desde los 80, los mandamientos y mantras de “ir achicando el Estado” y la visión del “capitalismo salvaje” que eran la verdadera ideología de Trump y algo muy en los antípodas del corporativismo fascista/nazi (véase: Traverso, 2017b). Inscribiéndose en el tono apresurado y selectivo de las comparaciones de Trump con Hitler propuestas por el mismo Snyder, uno podría decir que una comparación entre estas actitudes de Trump y la importancia que le daban los nazis al *Deutsche Reichspost*,

²³⁶ Al insinuar que el hecho que un “destacado intelectual público de izquierda” (cuyo nombre no menciona) y un “destacado profesor de derecho de derecha” (cuyo nombre tampoco menciona) significa la existencia de un “consenso” en torno a esta cuestión, Snyder parece implicar indirectamente que existe también algún consenso, más allá de las fronteras políticas, de que Trump es un “fascista”, algo que contradice de hecho la propia existencia del “debate sobre el fascismo”, la brecha entre los “alarmistas” (como Snyder) y los “escépticos” y el hecho que sus participantes hasta hoy en día precisamente no han llegado a ningún consenso.

—que funcionó puntualmente hasta el último día de la guerra y los carteros entregaban las cartas aun cuando caían las bombas, las tropas aliadas avanzaban dentro del Tercer Reich y el *Führer* se suicidaba en su bunker en Berlín—, es más un buen argumento para decir que Trump no era un fascista/nazi.

Este punto nos lleva precisamente a la “inesperada”, según Snyder, comparación que propone entre Hitler y Trump vía, propuesta famosamente por Ian Kershaw noción de “trabajar hacia el *Führer*” (*working towards the Führer*), una figura que explicaba la actitud de sus subordinados que actuaban y tomaban las decisiones “adivinando su voluntad de Hitler” y que resultaba en caos en la administración (véase: Kershaw, 1993, 1989). Si bien aquí mismo en esta investigación hemos propuesto y apuntado a esta semejanza que efectivamente puede resultar útil para pensar en el caótico estilo del gobierno de Trump (véase: nota de pie 141), Snyder apunta a Kershaw —y a Hitler— de manera bombástica con tal de solo justificar su argumento de que Trump “esencialmente estaba haciendo lo mismo que Hitler” (algo que ya hacía en otras columnas, véase: #9), sin proporcionar en ningún momento ningunas diferencias de contexto entre las políticas de Alemania nazi y de Estados Unidos bajo Trump que podrían arrojar más luz a esta comparación: claramente está interesado exclusivamente en las semejanzas y de allí en insinuar que “Trump es igual (o muy parecido) a Hitler”. Lo que Snyder tampoco explica, es que para Kershaw, la noción de “trabajar hacia el *Führer*” era solo una parte de su argumento central y combinado sobre la anatomía política de Hitler, siendo la otra la noción del “liderazgo carismático” de Max Weber (1978: 1117). Para él, la combinación de la idea que aunque Hitler no dictara todos los aspectos de la política, todo el aparato burocrático se dedicaba a intentar interpretar sus deseos y de la idea que el culto a la personalidad que creció en torno a Hitler, la creencia de que estaba imbuido de poderes casi sobrehumanos y que nunca debía ser cuestionado, expuesta así en su clásica biografía del máximo dirigente del Tercer Reich (Kershaw, 1998, 2000), le sirvió para un objetivo particular de “cuadrar el círculo historiográfico” y cerrar la brecha entre los *intencionalistas* y los *funcionalistas* (véase: Mason, 1981; Kershaw, 2015: ix-x), vinculando en un solo argumento las estructuras del régimen y las fuerzas sociales que apuntalaban esas estructuras con la figura del *Führer*. Nuevamente, un parecido análisis combinado, retomando la noción del “liderazgo carismático” y del “trabajar hacia el *Führer*” podría ser intentado —más allá de la simple analogía al nazismo—, respecto a Trump a fin de tratar de desgranar el mecanismo de su liderazgo, pero claramente Snyder no estaba interesado en analizar este fenómeno en su columna (ni, de hecho, en ningún otro lugar), solamente en hacer una “comparación vejatoria” (González, 2013). Lo que más no obstante llama la atención —cosa que Snyder igualmente omite en mencionar—, es que con base a su teoría el mismo Kershaw, reconociendo inicialmente “algunas semejanzas entre Tercer Reich y Estados Unidos” (véase: Kershaw, 2017) se ha opuesto finalmente en varias intervenciones en los últimos años (2022, 2023), incluso de modo categórico no solo a comparar a Trump con Hitler, sino en general la extrema derecha contemporánea con el fascismo, por considerar que este tipo analogía oscurecía más que iluminaba su anatomía y los problemas políticos del presente (*Ibidem*). Pero lo más objetable en esta analogía no es ni siquiera la manera forzosa en la que Snyder la usa, sino que al proponerla y escribir que el mencionado tuit de Trump servía, según él, para que los “aliados armados de Trump en el país y en el extranjero [léase: en Rusia]” empiecen “a trabajar hacia él” a fin de retrasar las elecciones, cruzaba la línea entre el análisis político/histórico y la profecía, un estilo general que caracteriza su comparativismo al fascismo, como bien lo han señalado algunos analistas (Steinmetz-Jenkins, 2024: 7-8). Desde luego, nada de lo que “profetizó” Snyder en esta columna, habría que añadir, ocurrió.

Finalmente las últimas líneas de su texto reflejan también un curioso manierismo en su manejo de las comparaciones históricas: falta de consistencia y contradicción. Después de haber dedicado toda la columna para explicar como el tuit de Trump era “fascista” y de cómo él mismo se parecía a Hitler —contradiciéndose de paso al escribir en un pasaje que tratar de atrasar las elecciones era “autoritarismo” y no fascismo—, Snyder al final acabó explicando al lector de cómo y porque las acciones de Trump... no eran y no iban a ser fascistas. Aseguraba que “iba a traicionar a los estadounidenses que intenten a ‘trabajar hacia el *Führer*’ ya que todo siempre “gira en torno de él” y apuntaba, de hecho correctamente, que este tipo de egoísmo no era muy fascista y que “a diferencia de los fascistas tradicionales, [Trump] no sueña con causas grandes y terribles”, esperando solo “que otros sufran por él”. Con esto, evocando de paso la figura de “falta de responsabilidad” que en otra columna presentaba como un “trato” y/o “truco típicamente fascista” (véase arriba: texto #9), no solo acababa emulando en efecto los argumentos de quienes proponen a no comprar a Trump al fascismo a causa de importantes diferencias con el fascismo de entreguerras, sino que parecía retractarse de su propia analogía inicial. Dando un paso atrás o queriendo dejar todo “abierto”, como si al final él mismo no quisiera tomar la responsabilidad por la analogía que había sugerido al principio.

#17

AUTOR	Dana Milbank
TITULO	<i>This is not a drill. The Reichstag is burning</i>
MEDIO	The Washington Post
PALABRAS CLAVE	Adolf Hitler Donald Trump Elecciones (2020) Estados Unidos Fascismo Reichstag Timothy Snyder
FECHA	25 de septiembre de 2020

Dana Milbank es un autor estadounidense y columnista liberal-conservador de The Washington Post. Su columna *Esto no es un ensayo. El Reichstag está ardiendo* ha sido escrita en un contexto previo a las elecciones presidenciales de 2020. “Durante cinco años, mis colegas y yo nos hemos esforzado por evitar las comparaciones con los nazis. Suele ser hiperbólico y contraproducente etiquetar a los de derecha como ‘fascistas’ de la misma manera que los de derecha etiquetan reflexivamente a los de izquierda como ‘socialistas’. Pero ya no se trata de insultos”, escribía Milbank. Las repetidas negativas de Trump, expresadas la semana pasada que Milbank escribía su columna, de no aceptar la transferencia pacífica del poder en caso de perder las elecciones —“el principio fundamental que ha sostenido la democracia estadounidense durante 228 años”—, “han colocado a Estados Unidos, en cierto modo, donde estaba Alemania en 1933, cuando Adolf Hitler utilizó la sospechoso quema del parlamento alemán para convertir una democracia en un Estado totalitario”, escribía el autor. Y para alejar las acusaciones de que estuviese exagerando, Milbank se volcaba a “una máxima autoridad en nazismo y estalinismo”, el historiador de la Universidad de Yale, Timothy Snyder. “El Reichstag ha estado ardiendo lentamente desde junio [2020]”, le decía Snyder a Milbank. “El lenguaje que usa Trump para hablar sobre #BlackLivesMatter y las protestas es muy similar al lenguaje que usó Hitler: que hay una vaga conspiración de izquierda basada en las ciudades que está destruyendo el país”, afirmaba Snyder. Trump, explicaba Milbank, trató de este modo fabricar emergencias para justificar que se le otorguen mayores poderes, propuso posponer las elecciones, cuestionó el sistema de votación por correo y se negó a respetar los resultados. Sus partidarios, cuando se abrió la votación anticipada en el estado de Virginia, llegaron a un colegio electoral intimidando a los votantes, escribía. Para Snyder —de acuerdo con Milbank— se trataba de “elecciones rodeadas del lenguaje autoritario de un golpe de Estado”. Para evitarlo, argumentaba Milbank “los votantes debemos concurrir en cantidades abrumadoras para propinarle a Trump una derrota contundente”. “Los militares deben cumplir su juramento. La policía de Seguridad Nacional no debe actuar como los camisas pardas de Trump. Y los ciudadanos debemos salir a las calles, de forma pacífica pero indefinida, hasta que prevalezca la voluntad del pueblo”, escribía, aunque “su instinto autoritario”, según Snyder, sería “permanecer en el poder a toda costa”. Con esto, escribía Milbank, “abrazo y alienta la violencia de sus seguidores” y “ahora rechaza la transferencia pacífica del poder”:

(...) James Madison [político y teórico político estadounidense, el cuarto presidente de Estados Unidos (1809-1817)] advirtió proféticamente que la tiranía podría triunfar bajo “alguna emergencia favorable”. En 1933, Hitler utilizó la quema del Reichstag para lograr precisamente eso. Al parecer, ahora Trump pretende hacer lo mismo. Estados Unidos, este es nuestro momento Reichstag. Tenemos el poder de detenerlo. No dejemos que la democracia se queme hasta los cimientos (Milbank, 2020).

Si bien el afán de Milbank de no tratar el “fascismo” como un insulto, sino una categoría analítica podría parecer muy laudable, haber recurrido a Timothy Snyder en este esfuerzo, parece no obstante debilitar este afán. Como hemos visto anteriormente (véase: Capítulo 2., 2.5.), Snyder no solo usa el término en cuestión de manera muy laxa y sin apego a ningún marco teórico específico —solo en referencia a una serie de “lecciones de la historia” genéricas—, sino también suele emplearlo, sobre todo respecto a Trump, acompañado de una serie de prefijos que permiten “extender” su análisis y seguir hablando del fascismo incluso ante la ausencia de claros “resultados fascistas” (para esta crítica véase: Robin, 2017h). Lo mismo se refiere a su comparación de la toma de poder por parte de Trump y la quema del Reichstag: si bien Snyder desde 2016 advertía de que Trump pronto tendría “su quema del Reichstag” que usaría para tomar el poder total y convertir a Estados Unidos en un Estado fascista (véase: Snyder, 2017a, 2017f), conforme nada parecido estaba ocurriendo y Trump parecía incluso desinteresado en tomar todo el poder por asalto de modo que lo hicieron los nazis, Snyder “ajustó” su análisis hablando luego de una “quema del Reichstag en cámara lenta” (“*slow-motion Reichstag fire*”), o sea, una quema paulatina, extendida en tiempo y/o permanente (Snyder, 2020e, 2020f). Una figura no tanto analítica ni histórica sino “poética” e “impresionista”, que le permitía ignorar la realidad y seguir evocando la historia del nazismo respecto a Trump y aprovechar todas las emociones e imágenes vinculadas con ella, sin tener que apuntar a ninguna analogía concreta con la historia de este. Este tipo de advertencias “abiertas” e “inverificables”, características para todo el “debate sobre el fascismo”, han sido con razón criticadas por Samuel Moyn que indicaba que era un tipo de situación “ganar-ganar” (*win-win situation*) para el advertidor: si su advertencia se cumplía, iba a poder confirmar su análisis; si no se cumplía, iba a poder decir que sus advertencias y alarmas lo previnieron (Moyn, 2020a). La “quema del Reichstag” en la narrativa de Snyder —algo que Milbank tomó como una buena moneda sin cuestionar la evolución y la curiosa “extensión en el tiempo” de su argumento—, parecía cumplir precisamente esta función.

No obstante una mirada a la verdadera historia de la quema del Reichstag, un evento que ha sido aprovechado por los nazis para tomar el control total del Estado alemán, permite ver que hay en realidad pocas analogías entre este evento y la presidencia de Trump (Browning, 2017). El 27 de febrero de 1933, dos meses después de la toma de poder por Hitler, se incendió el edificio del parlamento alemán. Los dirigentes nazis y sus socios conservadores de coalición asegurando que el ataque era parte de una más amplia “conspiración comunista” que predecía una inminente insurrección —y más ataques de este tipo junto con los supuestos planes de envenenar las cocinas comunitarias y secuestrar los niños y familiares de los altos funcionarios—, afirmaron que se necesitaba una legislación de emergencia para evitarlo. El gabinete, dominado todavía por los conservadores, se reunió al día siguiente para redactar un decreto así, conocido comúnmente como el Decreto de Incendio del Reichstag —basado legalmente en el artículo 48 de la Constitución que le otorgaba poderes especiales al presidente—, y que fue firmado por el presidente Hindenburg el mismo día. La ley resultante abolió una serie de protecciones constitucionales como la libertad de expresión, la libertad de reunión y asociación y la libertad de prensa, suspendió la autonomía de los estados federados y legalizó las escuchas telefónicas, la interceptación de la correspondencia y otras intrusiones, dándole a Hitler unas herramientas poderosas para perseguir a la oposición allanando en efecto el camino para la dictadura nazi (Mayer, 1988: 118-119). Este fue el primero de los

dos documentos fundamentales sobre los que se erigió la dictadura del Tercer Reich que iba renovando periódicamente hasta 1945, por la vía del artículo 48, los mismos poderes de emergencia otorgados al gobierno por el decreto del 28 de febrero (Evans: 2006: 112-113). El segundo, la Ley de Habilitación, aprobada el 23 de marzo –después de que los nazis ganaron una estrecha victoria en las elecciones federales del 5 de marzo–, asignó el poder legislativo exclusivo a Hitler y sus ministros, pasando por alto al presidente y al mismo Reichstag (Evans, 2005: 392-395). Como apuntaba en otro lugar Richard J. Evans, el historiador de la Tercer Reich y biógrafo de Hitler, en cuanto al usar y gobernar por decreto de emergencia, pocas personas en su momento pensaron que Hitler, los nazis y sus aliados conservadores estaba haciendo algo diferente que los cancilleres anteriores de la propia República de Weimar (como por ejemplo Friedrich Ebert o Hermann Brüning), cuando usaban, con el visto bueno de Hindenburg para este fin el artículo 48 que les daba el poder de gobernar por decreto fuera de los canales parlamentarios en medio de la crisis económica, una degradación de la democracia de la que los decretos nazis han sido solo el final (Evans, 2019b; véase también: 2005: 80). Aun así, la quema del Reichstag, en efecto representó “algo de otro nivel” ya que los nazis la usaron no solo para suspender indefinidamente los derechos civiles básicos, sino para deshacerse de toda la oposición. Para el verano de 1933, toda la oposición había sido aplastada: más de cien mil comunistas, socialdemócratas y otros opositores habían sido enviados a los recién establecidos campos de concentración como Dachau u Oranienburg –muchos de ellos asesinados posteriormente–, otros huyeron del país al exilio, todos los partidos políticos independientes habían sido obligados a disolverse y la dictadura nazi había sido firmemente establecida (Evans: 2006: 120-121). Nada así comparable a la magnitud de asalto al poder ni remotamente semejante en cuanto al nivel de la represión y la secuencia de eventos, tuvo lugar en Estados Unidos bajo el gobierno de Trump.

Tomando todo esto en cuenta, hay finalmente un elemento que deconstruye una vez por todas la utilidad de la comparación y la evocación de la “quema del Reichstag” para hablar del trumpismo (y justificar así su comparación al fascismo). Si bien desde el principio y por décadas después muchos han asumido que los propios nazis debían haber estado detrás del incendio que se produjo en un momento tan conveniente y arrojó resultados tan deseados por ellos, como por ejemplo aseguraban en su momento los comunistas alemanes y su máquina de propaganda, hasta el punto que hasta hoy en día “el incendio del Reichstag” evoca un acto de terror desde el propio poder y una “operación de bandera falsa” (*false flag operation*) utilizada como excusa para tomar o radicalizar el poder –el modo en que tanto Snyder como Milbank usan esta figura en la columna presente apuntando a Trump y los trumpistas–, el incendio en realidad ha sido un producto de acciones de un individuo, el joven militante comunista holandés, Marinus van der Lubbe que, como él mismo admitía, esperaba inspirar así a los trabajadores a levantarse “contra el dominio capitalista y la toma del poder por parte de los fascistas”. Van der Lubbe después de haber confesado y sido juzgado en el proceso en el que los nazis no han podido comprobar ninguna tesis de un “complot comunista” –las cortes alemanas, al igual que ciertas otras instituciones todavía no han pasado por el proceso integral de *Gleichschaltung* y mantenían cierta independencia–, ha sido ejecutado. Si bien hay algunas inconsistencias en su testimonio que pueden generar dudas acerca de que si realmente haya actuado solo, la mayoría de los historiadores está de acuerdo que Van Der Lubbe ha sido el verdadero perpetrador (Kershaw, 1998: 456-458, 731-732; Evans, 2014; 2005: 369-370) y solo algunos cuestionan esta versión (Carter Hett, 2014). En su reciente libro *Las conspiraciones de Hitler* Richard J. Evans repasó una vez más la evidencia disponible y concluyó que Van der Lubbe había dicho la verdad y de que las versiones de una participación nazi en el incendio –siendo en efecto esta clave errónea de entender este acontecimiento como algo realizado “desde el poder”, como en esta columna, la base para las comparaciones de Trump al nazismo/fascismo–, son mejor calificadas y entendidas por sí mismas como “teorías de conspiración” (Evans, 2020a: 78).

Siguiendo este hilo, si bien, como recordaba oportunamente en un artículo aparte dedicado al tema de las comparaciones de Trump al fascismo y su poca utilidad Evans, varios analistas, paralelamente a Snyder, alertaban que Trump podría hacer “algo parecido” –usar algún pretexto para gobernar mediante los decretos, eliminar las libertades civiles e instaurar una dictadura (véase por ejemplo: Sinnreich, 2017; Connolly, 2018)–, nada parecido ocurrió. Según uno de los comentaristas en 2019, recordaba Evans, Trump iba a poder usar su enfrentamiento con el Congreso por el muro fronterizo como su “momento Reichstag”, pero nada así ocurrió. Igualmente según otros, las manifestaciones en marco de la campaña #BlackLivesMatter en respuesta al asesinato de George Floyd que Trump había alegado –de modo parecido que los nazis en su momento–, que eran parte de un “complot comunista” y “del levantamiento de la ‘izquierda radical’” o –tal como lo escribía, siguiendo a Snyder, Milbank–, las elecciones de 2020 después de que Trump despegó, de manera “preventiva”, toda la narrativa de la “Gran Mentira” (*Big Lie*) de que estas iban a ser “robadas” por la “extrema izquierda de los Demócratas”, parecían otros de los posibles “momentos del Reichstag”, nuevamente, nada parecido ocurrió. Incluso el propio ataque al Capitolio, que vino unos meses después de la columna aquí analizada, otra vez tildado por varios comentaristas como “el momento de Reichstag de Trump” (véase por ejemplo: Beorn, 2021; Gessen, 2022), se quedó muy lejos de la realidad y las consecuencias de aquel acontecimiento y no tenía, en realidad, ningún paralelo con él (Evans, 2021b).²³⁷

Curiosamente después de sonar un alarma “fascismo” en general y de “Reichstag” en particular en contexto previo a elecciones de 2020 de modo tan decidido, Milbank no ha vuelto hablar de “fascismo” ni en sus columnas posteriores a las elecciones (perdidas por Trump), después del ataque a Capitolio (2021), ni tampoco en ningún lugar por ejemplo en su libro posterior *Los destructionistas: la ruptura del Partido Republicano durante veinticinco años* (2022) dedicado a lo que Milbank ve como una larga radicalización del Partido Republicano pero también a la presidencia de Trump que en muchos aspectos ha sido la culminación de este proceso (véase: Milbank, 2022a). No obstante cuando Joe Biden usó el término “semifascismo” para

²³⁷ Unos años antes el mismo Evans en un muy bien argumentado ensayo, frente a algunas voces en Gran Bretaña, se había opuesto de modo parecido a usar la analogía de la quema de Reichstag para tratar de entender la votación del Brexit (Evans, 2019b).

hablar de Trump, Milbank le dio la razón al presidente, aunque curiosamente prefirió hablar no de “semifascismo” sino de las “tendencias protofascistas” dentro del Partido Republicano, apuntando sobre todo a la narrativa de la “Gran Mentira” que erosionaba la confianza de los estadounidenses en la democracia e invocaba en ello a Hannah Arendt y pasaje en el que esta aseguraba que “el sujeto ideal del gobierno totalitario no es el nazi convencido o el comunista convencido, sino personas para quienes la distinción entre realidad y ficción” (Milbank, 2022b). Con todo esto, junto con la muy de moda invocación de Arendt que, como bien apuntaba Moyn, en los tiempos de Trump servía para “darle una pátina de intelectualidad al análisis” (Moyn, 2020c), Milbank parecía usar el “fascismo”, muy contrario a sus intentos expresos (véase: arriba) no como una herramienta de análisis sino el término que le permita inscribirse en la coyuntura política y retórica del momento dejándose llevar por algo que se podría llamar, parafraseando el término “mercado lingüístico” de Pierre Bourdieu (1985), como “mercado comparativo”, una noción acuñada en el marco de esta investigación (para más sobre esta noción en marco del “debate sobre el fascismo”, véase: Capítulo 4., 4.2.).

#18

AUTOR	Federico Finchelstein, Pablo Piccato y Jason Stanley
TITULO	<i>Will Fascism Win the US Election?</i>
MEDIO	Project Syndicate
PALABRAS CLAVE	Donald Trump Elecciones (2020) Estados Unidos Fascismo
FECHA	30 de octubre de 2020

La columna *¿Ganará el fascismo las elecciones estadounidenses?* de Federico Finchelstein, Pablo Piccato (un historiador mexicano y profesor de Universidad de Columbia en Nueva York) y Jason Stanley, escrita a pocos días de las elecciones presidenciales de 2020, es un buen ejemplo de cómo frente a los llenos de matices usos anteriores del término, y en efecto la negativa –o al menos serias dudas–, por parte de Finchelstein de comparar a Trump al fascismo (véase: texto #12), ante la coyuntura y la urgencia electoral los autores abrazan la etiqueta como una herramienta de movilización política, no una categoría de análisis (Rothberg, 2017), usando el término para simplemente “sonar el alarma”, asustar a los votantes e influir en sus decisiones políticas. Una estrategia legítima, pero superficial y una que si bien arrojaba cierta luz a las maneras en las que Trump representaba –y/o sigue representando–, una amenaza política a la democracia estadounidense, pero abonaba muy poco al entendimiento de la verdadera naturaleza de su proyecto político o las razones de su popularidad.

Según los autores, el propio Trump en los meses previos a las elecciones “ha estado redoblando la apuesta por las características por excelencia del fascismo”, presentándose como un mesías y padre de la nación que debe ser defendido por todos los medios disponibles, con lo que, escribían, quedaba más que claro que “la democracia misma está en las papeletas”. Si bien según Finchelstein, Piccato y Stanley, muchos estadounidenses saben que votar por Trump “es votar por el nacionalismo blanco y el tipo de pensamiento mágico y conspirativo que niega amenazas reales como las pandemias y el cambio climático”, no votar contra él, según ellos, “es en sí mismo una forma de colaboración con un ataque a la democracia que ya está en marcha” ya que el país está amenazado no por el autoritarismo sino también por el fascismo. Este, como apuntaban, opera en Estados Unidos como “un culto explícitamente antidemocrático centrado en un líder que promete una restauración nacional frente a la humillación supuestamente causada por minorías, liberales y marxistas”. “Dado que el fascismo glorifica la violencia y la militarización de la política, debemos tener cuidado con el hecho de que Trump se haya negado a comprometerse con una transferencia pacífica del poder”, añadían. Y si bien reconocían que su retórica antidemocrática era en buena parte simplemente una táctica para desviar la atención de su fracaso en la gestión de la pandemia, este lenguaje debería ser “chocante” para los ciudadanos. Aun así, dada la normalización del discurso y de la ideología antidemocráticos, “esta elección debe entenderse como una lucha por la supervivencia de la propia democracia estadounidense”, escribían.

Según Finchelstein, Piccato y Stanley, la estrategia de Trump de socavar las normas democráticas y la legitimidad de las elecciones tiene una analogía con la destrucción de las democracias latinoamericanas en las décadas de los 60 y 70, “cuando los autócratas crearon un entorno en el que actos que antes se consideraban ilegales de repente se convirtieron en el nuevo estándar”. Y a esto, a la degradación de las normas existentes, según ellos, obedece su uso del “manual fascista”, algo que incluso “está haciendo de manera aún más agresiva que antes”.

Al igual que con los movimientos fascistas clásicos del pasado, esta nueva y más peligrosa fase del trumpismo presenta una campaña que ha redoblado su apuesta por el liderazgo mesiánico, la promoción de la violencia y los ataques abiertos al orden constitucional. En esta etapa, el culto a la personalidad trumpiana ha prescindido por completo de la necesidad de planes y propuestas reales (de hecho, el Partido Republicano, que ahora controla Trump, ni siquiera se molestó en ofrecer una plataforma política para las elecciones). Trump encarna todo lo que quieren sus seguidores, incluso cuando ellos mismos no saben qué es. Esto es demasiado típico de los líderes fascistas, que suelen funcionar

como una figura paterna para aquellos susceptibles al atractivo de una personalidad autoritaria (Finchelstein, Piccato, Stanley, 2020b).

Describiendo luego a Trump como “una figura patriarcal”, una que “tiene una fuerte dimensión religiosa” y, regresando a su principal comparación, “un aspirante al fascista” (*wannabe fascist*), aseguraban que con sus formas de autoridad “proporciona la justificación para la violencia, las mentiras e incluso la dictadura”. Igualmente, según ellos, “al acercarse el día de las elecciones, Trump ha elevado el riesgo de fascismo”: si bien habitualmente suele hablar de sus oponentes en términos racistas, el presidente intensificó el maltrato de los inmigrantes que según él, “propagaban la pandemia”, siendo la conexión entre los inmigrantes y las enfermedades “un tropo familiar en la propaganda fascista, al igual que la estrategia de hacer realidad la propaganda, como hicieron los nacionalsocialistas en los guetos de Europa en la década de los 30”. “Si Trump no acepta una derrota electoral, no tendrá a dónde recurrir más que hacia una forma de autoritarismo distintivamente fascista. Sólo una victoria clara y decisiva de Joe Biden puede hacer que eso sea mucho más difícil de lograr”, añadiendo que “no votar contra el culto de Trump no es diferente a unirse a él”.

No solo en esta columna Federico Finchelstein –escribiendo en colaboración con otros dos de sus colegas–, después de haber desistido efectivamente de la comparación de Trump al fascismo por considerarla poco justificada (véase: Finchelstein, Piccato, Stanley, 2020a), vuelve a usarla tomando lo que podría ser visto como una posición contradictoria, sino que todo el texto presente está lleno de contradicciones al respecto, revelando tal vez, posiciones mixtas de los tres autores al respecto siendo –juzgando por sus columnas anteriores–, Finchelstein y Piccato más reacios en usar este término directamente (véase por ejemplo: 2020a) y Stanley mucho más dispuesto a usarlo y convencido de sus, supuestos, valores retóricos y movilizadores en defensa de la democracia. El resultado de esto es una argumentación desigual que literalmente oscila entre el afán de analogizar a Trump al fascismo y afirmar que es justo lo que este representa y las negaciones de esta afirmación. Así los autores después de afirmar que Trump por promover el culto del líder representa el fascismo –siendo esta efectivamente una de sus características (véase por ejemplo: Paxton, 2004: 44), aunque solo una de tantas–, se vuelcan a afirmar que “mucho parte de su fascismo” es solo una retórica para tapar fracaso de su respuesta a Covid-19; después de afirmar que una de las características del fascismo es la promesa de la restauración de la “grandeza nacional perdida” –nuevamente, efectivamente una de sus características (véase por ejemplo: Griffin, 1996), pero solo otra de tantas–, y afirmar que es justo lo que Trump propone (“MAGA”), acaban afirmando que al final Trump carece de cualquier visión coherente de la “restauración nacional”; y luego asegurando que últimamente Trump “había entrado en una fase más agresiva de su fascismo” (sic), se vuelcan a hablar más bien de sus rasgos autoritarios, de su “autoridad patriarcal” y la “figura del padre”²³⁸ para después nuevamente retornar a la comparación al fascismo, pero ahora ya más tácitamente, mediante su calificación como “un aspirante al fascista” (*wannabe fascist*), el término favorito introducido por Federico Finchelstein (véase: 2024 y arriba Capítulo 2., 2.1.3.).

Igualmente algunas de las supuestas “políticas fascistas” de Trump que denuncian los autores como la socavación de la confianza pública en las elecciones democráticas y las instituciones electorales, no tienen en realidad nada de “fascismo”. Los fascistas –como ya lo hemos mencionado y abordado anteriormente–, no “sembraban desconfianza en las elecciones y en las instituciones democráticas”, sino los demolían inmediatamente después de haber tomado el poder y los reemplazaban con las suyas, que según ellos, “mejor representaban al pueblo y/o la nación” en marco de su “democracia autoritaria” (Riley, 2019: 3-4). En cambio, lo que hace Trump responde más bien a las políticas de los posfascistas, que a diferencia de sus ancestros han aceptado las reglas básicas del juego democrático, aunque igualmente están interesados en irlas “adulterando” (Tamás, 2000; Traverso, 2019a: 6-7; 2019b; 2019d). Finalmente la más convincente analogía que proponen los autores de esta columna –aunque igual sin señalar las importantes diferencias del contexto histórico tal como lo hicieron por ejemplo en otro lugar Finchelstein y Piccato al dejar en claro que Trump no tenía en sus manos los poderes dictatoriales como Hitler o como algunos dictadores latinoamericanos que usaban la violencia sin ningunas límites y a su discreción (véase: 2020a)²³⁹–, la comparación de Trump con

²³⁸ Es justamente en esta clave autoritaria del “neopatrimonialismo” que en una explícita negativa de verlo como el “fascismo” Riley propone leer la anatomía política de Trump (véase arriba: Capítulo 2., 2.2., 2.2.1, 2.2.2.).

²³⁹ Igualmente, dado que en aquel texto Finchelstein señalaba que la verdadera analogía con Trump –en este caso *tertium comparationis* para *relate*– no eran los regímenes genocidas fascistas sino las “inspiradas por el fascismo” dictaduras latinoamericanas algo a lo que apuntan las diferencias en esta comparación y una distinción crucial que en Estados Unidos prevalecía aun el orden legal y no se estaba observando nada de grado de violencia y la “represión extrema” comparable a los años 30/40 o 60/70 (campos de concentración, asesinatos en masa, desapariciones, etcétera), argumentado que Trump “era apenas un aspirante a dictador”, se puede argumentar que el autor con esto iba “deescalando” su argumento. Si bien anteriormente lo veía mucho más cercano al fascismo (véase: texto #11), ahora, en 2020, lo veía ya más cerca de las dictaduras militares latinoamericanas que tildaba solamente de “inspiradas por el fascismo” –emulando por ejemplo el clásico análisis marxista de Poulantzas que se rehuía a comparar las dictaduras latinoamericanas al fascismo ya que esto, según él, oscurecía su verdadera naturaleza y el rol subordinado en el proyecto imperial estadounidense (véase: Kershaw, 2015: 63-65)– ahora, cuando por otro lado apuntaba que “Trump se radicalizó”, ya lo veía apenas como “un aspirante al dictador”, desistiendo en efecto de la comparación al fascismo: manteniéndola como un punto de referencia, pero dejando en claro, correctamente, que las diferencias entre él y los regímenes de entreguerras sobrepasaban las similitudes para que la analogía fuera viable y útil. Esta “deescalación” recuerda el argumento de Robin que había observado que mientras las políticas de Trump a lo largo de su presidencia no arrojaban “ningunos resultados fascistas”, los “alarmistas” rebajaban su argumento hablando solo de autoritarismo o de que “todo este fascismo estaba solamente en sus cabezas” (véase: Robin, 2017h). De modo curioso el último párrafo citado donde Finchelstein y Piccato describen a Trump como “un líder débil” –la figura que por otro lado recuerda el clásico análisis de

los gobiernos dictatoriales latinoamericanos, es quizás la más útil para pensar en trumpismo, solo que es un argumento precisamente en contra de la tesis del “fascismo de Trump”: las dictaduras que reemplazaron los gobiernos democráticos en América Latina en los 60 y 70 –en todos los casos con ayuda directa de Estados Unidos–, no representaban al fascismo (véase por ejemplo: Poulantzas, 2019) y de hecho lo parecen admitir así los propios autores, algo con lo que ellos mismos restan en efecto la fuerza a su argumento principal de que en las elecciones de 2020 “se votaba en contra del fascismo”. Todo esto demuestra que tratar de reconciliar el uso propagandístico de “fascismo” al servicio de la movilización política y/o electoral con el uso analítico del término (véase: Rothberg, 2017) no puede arrojar buenos resultados: el producto final es el análisis lleno de contradicciones, donde por ratos el afán de deslegitimar al oponente político en vistas de las elecciones cercanas le gana al afán de los autores (dos de ellos historiadores) de identificar bien su anatomía y viceversa. Finalmente uno acaba con un argumento comparativo que resulta poco convincente –y por lo tanto igualmente poco “movilizador” y poco útil–, y uno que no logra explicar mucho acerca de la verdadera anatomía de los dirigentes de la extrema derecha de hoy como Trump e identificar la verdadera amenaza que estos representan a fin de elaborar una respuesta más eficaz posible conta ellos.

Y finalmente último pero no menos importante: la *coda* de los autores no solo, al igual que desde el principio lo indica el título de su texto, confirma el propósito central de su columna que es la movilización electoral (y que explica, formateado acorde a esto, uso del “fascismo”), sino que resulta un poco problemática por no decir autoritaria e incluso... fascista (sic) en su resonancia: apuntar que “no votar contra el culto a Trump no es diferente a unirse a él”, es ni más ni menos sino una variación de la frase “estás conmigo o estás contra mí” usada frecuentemente en la comunicación política para transmitir que una situación está polarizada o más bien para generar una polarización, buscando que la opinión pública se alinee con uno de los dos extremos planteados, ya que la implicancia de no unirse a una parte significaría ser considerado como enemigo de la misma. Es la frase que usó en uno de sus conocidos discursos en 2001 George W. Bush tratando de forzar el apoyo para su “guerra al terrorismo” (“O están con nosotros o están con los terroristas”) y una que usaba frecuentemente el propio... Benito Mussolini en sus discursos (“O con nosotros o en contra de nosotros / *O con noi o contro di noi*”). Algo raro para los autores que criticaban, oportunamente en la misma columna, el legado envenenado de la legislación antiterrorista post-9/11 “que tenía el potencial de abrirle las puertas al fascismo en Estados Unidos” y, desde luego, en esta y en otras columnas, el fascismo mismo. Pero como ya lo han señalado varios autores críticos a las comparaciones al fascismo, el mismo discurso de la “lucha en contra del fascismo” y “de la defensa de la democracia” tiene el potencial de tornarse fácilmente en una práctica antidemocrática (Bessner, Greenberg, 2016; Payne, 2022b; para más sobre este punto véase: Capítulo 4., 4.3.).

#19

AUTOR	Jason Stanley
TÍTULO	<i>Trump's Neo-Fascism Takes America's Racism to the Next Level</i>
MEDIO	Daily Beast
PALABRAS CLAVE	Aislacionismo Donald Trump Estados Unidos Fascismo <i>Herrenvolk Democracy</i> Neofascismo Racismo
FECHA	6 de enero de 2021

La columna de Jason Stanley *El neofascismo de Trump lleva el racismo estadounidense al siguiente nivel*, ha sido escrita ya después de las elecciones presidenciales perdidas por Trump en noviembre de 2020, en contexto de la toma del poder por Joe Biden y apareció el 6 de enero, el día que estaba programada en el Congreso la certificación de su victoria y cuando ocurrió el ataque de los simpatizantes trumpistas que pretendían descarrillarla.

Mommsen y Kershaw respecto a Hitler (véase: nota de pie 141)–, parece ser justo sacado del análisis de Robin, uno de los principales “escépticos” que ya desde 2016 había argumentado que justamente la “debilidad” de Trump impedía analizarlo en términos de “fascismo” añadiendo que –ahora sí contrario a Finchelstein y Piccato–, la solución no era “defender la constitución”, sino que era ella misma que era fuente del poder de Trump (*minority rule*) y constituía el problema en sí mismo (Robin, 2020a; para más sobre el análisis de Robin, véase: 2.4.). Al mismo tiempo, como ya hemos mencionado, Robin había identificado con perspicacia esta suerte de giro entre los “alarmistas” que, conforme la presidencia de Trump no se mostraba de ninguna manera “fascista”, “ablandaban” su análisis: si bien, escribía Robin, desde su elección muchos expertos y académicos sonaban el alarma sobre el “giro autoritario” o “fascista” de la política estadounidense, preparándonos para ese momento en el que el presidente se iba liberar de las cadenas de su cargo y tomar el poder absoluto haciendo siniestras comparaciones con Hitler y advirtiendo que Trump estaba “organizando un régimen autoritario”, pronto pasaron a notar que Trump “se estaba desinflando” y que “no podía hacer nada”. “¿A dónde se fue toda la ‘tiranía’?”, preguntaba irónicamente Robin (2019a).

“Desde que perdió las elecciones presidenciales, Donald Trump ha culpado a las ciudades con grandes poblaciones negras, como Detroit, Filadelfia, Milwaukee y Atlanta”, apuntaba Stanley, explicando que Trump estaba acusando estas ciudades de “corrupción”, aunque existía un amplio consenso que la votación allí no fue responsable por su pérdida electoral. Pero usar esta acusación era una estrategia consciente, según Stanley, que le permitía a Trump introducir “un perfil racial” a la discusión electoral y conectar así con “una historia profundamente arraigada en la política estadounidense”. Recordando que la era de la Reconstrucción después de la Guerra Civil fue una breve década en la que los estadounidenses negros en el Sur pudieron votar²⁴⁰, el autor puntualizaba que el argumento de la supuesta “corrupción” de los funcionarios electos negros era justamente el que les sirvió a los blancos del Sur para suprimir la participación política de los negros. Esta cínica táctica política fue revelada, escribía Stanley, en su obra magistral *La reconstrucción negra* (1935) por el gran estudioso afroestadounidense W. E. B. Du Bois, algo con lo que décadas después queda confirmado que el uso de las acusaciones de “corrupción” para privar de sus derechos a los votantes negros “sigue estando en el centro de la política estadounidense” y forma parte de una larga tradición estadounidense de justificar el régimen de la “democracia de la raza dominante” (*Herrenvolk Democracy*), una forma de etnocracia y un sistema en el que sólo los miembros de una raza o grupo étnico dominante (por lo general blancos) participan en la formación de las leyes. Y si bien esta práctica es de vieja data, ahora con Trump y con el Partido Republicano, según Stanley, está tomando un giro “claramente autoritario” ya que estos “busca[n] un gobierno unipartidista al servicio de una especie de culto al líder, que promete una restauración de la grandeza supuestamente destruida por liberales, inmigrantes, minorías y socialistas”, en otras palabras “una especie de fascismo moderno”, algo aún más justificado ahora que los Republicanos abrazaron de lleno las teorías de conspiración de la secta QAnon que “recuerda tanto a la teoría de la conspiración antisemita de los Protocolos de los Sabios de Sion, que postulaba que los judíos eran una élite global que buscaba destruir las naciones cristianas con el liberalismo, el comunismo y la justicia social, como con la acusación antisemita medieval de ‘libelo de sangre’”.

A pesar de que el “fascismo”, anotaba Stanley, trae consigo connotaciones extranjeras, específicamente europeas, que pueden contradecir el hecho de que Trump y el trumpismo son exclusivamente estadounidenses, “los estudios como Sarah Churchwell o Richard Steigmann-Gall han demostrado hábilmente que se puede hablar de la existencia del ‘fascismo estadounidense’ y que uso del propio término tiene tradición en Estados Unidos, sobre todo en la izquierda negra” (para más detalles sobre los enfoques de Churchwell y Steigmann-Gall y la tradición de este uso, véase Capítulo 2., 2.6.; para Stanley hablando más de “fascismo estadounidense”; véase: Stanley, 2018a: xii, xiv, xxviii). Al final, recordaba Stanley, fue el mismo Henry Ford quien distribuía los Protocolos de los Sabios de Sion en Estados Unidos, “sentando las bases ideológicas para el resurgimiento de algo como QAnon”. Tratando de explicar de como el “fascismo” nos puede ayudar a entender las amenazas a la democracia en el presente, Stanley recordaba que Aimé Césaire en su *Discurso sobre el colonialismo* (1955[2001]) sostenía que el fascismo fue el resultado de la aplicación a las poblaciones nacionales las tácticas que los países colonizadores europeos utilizaron a sus súbditos coloniales, y de manera análoga, “el fascismo de Trump es algo que toma como su base su brutal guerra en contra de migrantes y las estructuras desarrolladas en la reciente Guerra contra el Terrorismo [el argumento que Stanley ya hacía en su columna anterior, véase: texto #10] y que busca extrapolar estos mecanismos a las demás partes de la población nacional”. Y el hecho que Trump, recordaba Stanley, es en general un “aislacionista”, no un colonialista, como de hecho lo fueron los movimientos fascistas estadounidenses o cercanos al fascismo/nazismo, desde el KKK hasta *America First!* [de Charles Lindbergh]²⁴¹, ayuda en pensar, según este autor, en el “fascismo estadounidense” como un fenómeno “dirigido hacia

²⁴⁰ La era de la Reconstrucción (1865-1877) fue un período en la historia de los Estados Unidos posterior a la Guerra Civil, que puso fin al nacionalismo confederado y a la esclavitud, haciendo que los nuevos esclavos fueran ciudadanos libres con derechos civiles garantizados por tres nuevas enmiendas constitucionales. A pesar de esto, los antiguos estados confederados, reintegrados ahora a la Unión, a menudo utilizaron cuotas electorales, pruebas de alfabetización e intimidación electoral para controlar y/o privar a las personas de color de sus derechos políticos.

²⁴¹ Si bien Stanley no lo menciona, a parte del aislacionismo, otra paralela entre Lindbergh y Trump sería el racismo y la, exhibida en todos los círculos de la extrema derecha contemporánea, “preocupación defensiva” por la migración y la “invasión” de los migrantes indeseados que ponen en peligro la pureza racial y cultural de los respectivos países: Lindbergh no solo era un aislacionista y filonazi, pero también —muy en el tenor del clima intelectual de sus tiempos—, un racista preocupado por la “herencia de la sangre europea” en Estados Unidos, uno de los temas que a menudo toca también Trump y sus acólitos. Al abogar por la neutralidad en la guerra entre Gran Bretaña y Alemania, los países que consideraba como aliados contra la inmigración abierta a Europa y Estados Unidos por parte de personas no blancas, Lindbergh estaba motivado sobre todo por esto, no por una ideología fascista o nazi *per se*. En un ensayo de Reader’s Digest de 1939 titulado *Aviación, geografía y raza*, Lindbergh, escribió: “Es hora de alejarnos de nuestras disputas y construir de nuevo nuestras murallas blancas. Esta alianza con razas extranjeras no significa nada más que la muerte para nosotros. Es nuestro turno de proteger nuestra herencia de mongoles, persas y moros, antes de que nos sumerjamos en un mar extranjero sin límites” (Lindbergh en: Reid Ross, 2015: 35). De hecho apuntar exclusivamente al supuesto aislacionismo de Trump como un modo de vincularlo con el “fascismo estadounidense” (véase también: el texto #27), es no obstante un argumento que se queda corto, como lo demuestra otra columna del mismo Stanley, donde este, unos años después, aseguraba que Tucker Carlson, el conocido y controvertido presentador de Fox News, identificado con la extrema derecha estadounidense y el trumpismo y un conocido exponente de la “teoría del reemplazamiento blanco” (“*White Replacement Theory*”) —que Stanley junto con Finchelstein en otro lugar tildan del “nuevo nombre del fascismo” (véase: Finchelstein, Stanley, 2022)—, y “denunciador de las élites” (los políticos, los medios, los intelectuales liberales, etcétera) es “fascista”, entre otros también, porque negándose a apoyar la guerra en Ucrania “se inscribía en el histórico patrón del aislacionismo característico para el fascismo estadounidense de los 30-40 como el original movimiento *America First!* de Charles Lindbergh” (Stanley, 2023b). Lo que Stanley no mencionaba o faltaba en tomar en cuenta, era que Carlson, si bien se oponía a la

adentro”, “hacia una especie de colonización interna de las poblaciones negras e indígenas, podemos comenzar a comprender a qué nos enfrentamos”. Obviamente, anotaba Stanley, “no estamos ni de cerca de someter a las poblaciones blancas al tratamiento completo al que han sido sometidas nuestras poblaciones negras, aunque vimos destellos de tal comportamiento en la respuesta inicialmente militarizada de la administración Trump a las protestas políticas de este verano [en reacción al asesinato de George Floyd]”. Pero, según el autor, este análisis permite identificar tanto el problema como pensar en una solución: si lo que observamos es una ampliación de las estrategias aplicadas por siglos sobre todo a las poblaciones negras, “la moraleja es que (...) sin democracia para todos, eventualmente tendremos democracia para nadie”.

Si bien Stanley recupera una historia crucial de la opresión racial en Estados Unidos y logra mostrar como Trump se inscribe en ella –mediante por ejemplo el uso de la acusación de “corrupción”–, es un hecho que esta opresión no solo es parte de una tradición más vieja que el fascismo mismo y que de hecho había inspirado en algunos aspectos a los propios nazis (véase: Whitman, 2017a, 2017b; véase también arriba: texto #9), sino que también hablar de la existencia del fascismo en Estados Unidos es parte de un debate muy viejo y amplio del cual Stanley menciona solamente las voces que abogan por hablar del “fascismo estadounidense”, sin dejar en claro que es un tema de contención. Si bien algunos autores efectivamente están convencidos que aquella opresión y las políticas raciales se entienden bien en el “marco del fascismo”, otros argumentan que la invocación del “fascismo” oscurece solamente su naturaleza y su verdadera anatomía (para sobre esta discusión, véase: 2.6. y 2.7.). De hecho, cosa que no menciona Stanley, todo el concepto de la “democracia de la raza dominante” (*Herrenvolk Democracy*), aunque tiene una raíz alemana y a primera vista puede parecer vinculado con la historia nazi (una impresión que, tal vez, pretende explotar el mismo autor y fundamentar así su comparación de Trump al fascismo), es un término que fue introducido por primera vez en 1967 por el sociólogo Pierre L. van den Berghe en su libro *Raza y racismo* y que no tiene genealógicamente nada que ver con el fascismo/nazismo.²⁴² Se refiere a un tipo de régimen y una ideología política que los precede por siglos y, como tal, nació en el seno del pensamiento liberal que sentó las bases para justificar las desigualdad de las razas con todas implicaciones prácticas como la esclavitud, la trata de seres humanos y el establecimiento de un régimen entocrático –*Herrenvolk Democracy*–, en el que sólo los miembros de la “raza dominante” (blanca) tenían derechos participar en la formación de leyes y en la vida democrática y política. En Estados Unidos esta oscura tradición de exclusión corre desde los propios Padres Fundadores, en su mayoría esclavistas –como el propio George Washington, el primer presidente de Estados Unidos–, que explícitamente excluyeron de la democracia estadounidense a los negros y a otras personas de color, pasando por otros mandatarios como John C. Calhoun con su racismo, defensa de la esclavitud y un anti-mexicanismo extremo hasta Andrew Jackson con su defensa de la esclavitud y su asesinato en masa y deportaciones forzadas de los indígenas (“*Trail of Tears*”) y bajo cuyo mandato la *Herrenvolk Democracy* cobró su forma madura (véase: Losurdo, 2011: 219-240).²⁴³ Si bien Stanley indica que este tipo de régimen es de “larga data en Estados Unidos”, en ningún momento aclara sus verdaderos raíces y proveniencia ideológica –el liberalismo–, dejando incluso, y tal vez aprovechándose de ello, una impresión que por tener un raíz alemán, podría ser también parte de la “influencia fascista/nazi” en el régimen de Trump, un argumento que está en el centro de su texto. Esta laguna es aún más grande tomando en cuenta que su texto –al igual que su columna anterior, véase: (#15)–, fue escrito desde la posición de la llamada “Resistencia liberal” a Trump y defendiendo las bondades de la democracia liberal en contra del supuesto “fascismo” de Trump, del trumpismo y del Partido Republicano, abrazando así lo que ya se ha propuesto llamar aquí –frente a una parecida estrategia retórica de Timothy Snyder en una de las columnas anteriores (véase: texto #7)–, como la “triangulación argumentativa”, una estrategia retórica que “deduce” el “fascismo” de Trump de ciertas conexiones entre la historia estadounidense y los nazis en vez de conectar el trumpismo directamente con la primera.

Además lo que omite por completo esta argumentación de Stanley que simplemente da por sentado la existencia del fascismo en Estados Unidos en el periodo de entreguerras por vía de los autores a cuales invoca, son más bien las diferencias de las condiciones en este país con las que dieron a luz los regímenes fascistas europeos. Como bien apunta Riley, desde la perspectiva gramsciana del fascismo, Estados Unidos en el periodo de entreguerras –más allá de la existencia de ciertos grupúsculos de este carácter–, carecía prácticamente de todas las condiciones sistémicas previas para el fascismo: no se

guerra en Ucrania, al mismo tiempo y desde hace años es un arduo abogado de la guerra con China, revelando así que buena parte del argumento de Stanley sobre “Carlson como ‘fascista’” tenía que ver no con su aislacionismo (puesto así en duda), sino con su “prorusismo”, de modo que para Stanley –una posición retomada explícitamente por él de Timothy Snyder–, Rusia y Putin son “fascistas” (véase: Stanley, 2022c; Snyder, 2022c).

²⁴² Aun así, como recordaba Kuklick, al introducir el concepto de *Herrenvolk Democracy*, Pierre L. van der Berghe y C. Vann Woodward, trataban de analizar la historia de la esclavitud estadounidense en cierto modo “a través de un prisma de la historia alemana”, para implicar de alguna manera que “los tentáculos del fascismo se extendían atrás” al siglo XVII y XVIII en las colonias norteamericanas y para enfatizar igualmente que en cierto modo “los alemanes aprendieron de la historia, pero los estadounidenses no” (véase: Kuklick, 2022: 168).

²⁴³ De manera sintomática –algo que parecía justificar este tipo de análisis–, Steve Bannon, el principal y fugaz ideólogo del trumpismo desde el principio solía invocar abiertamente a Jackson como una “inspiración” y un “guía” y un “ejemplo” para Trump subrayando que, en particular, la primera fase de campaña de Trump en 2016 y luego su discurso de investidura han sido “jacksonianos” por su carácter “populista” y “tono patriótico” (véase: Caplan, 2017; Peterecz, 2018). Aparte de promover la segregación racial y la *Herrenvolk Democracy*, Jackson es recordado también por los ataques a la libertad de expresión de propia la comunidad blanca al prohibir por ejemplo la circulación por correo de los materiales críticos a la esclavitud y ponerles una mordaza a los abolicionistas, las resonancias con Trump que aumentaron a la luz de las protestas por la muerte de George Floyd que, según algunos, expusieron las “mentiras racistas de Trump”, sus ataques a los medios, su afán de suprimir al #BlackLivesMatter y criminalizar a los militantes de Antifa (Finchelstein, 2020f).

enfrentaba a ninguna amenaza revolucionaria seria de la izquierda ni a una enorme masa de veteranos de guerra desmovilizados, y no era un país que tenía ambiciones imperialistas frustradas y que tenía que “alcanzar” a otras potencias imperialistas como lo quería hacer Alemania, Italia o Japón. “Quizá lo más importante –anotaba Riley–, es que los intereses de todos los principales segmentos de su élite social estaban profundamente entrelazados con la preservación, más que con la transformación, de las relaciones constitucionales existentes” (Riley, 2014a: 154-155) con lo que contrariamente a lo que alegan precisamente Churchwell o Steigmann-Gall –los autores a los cuales invoca Stanley en esta columna–, en aquella época no hubo ninguna amenaza discernible para la democracia liberal en Estados Unidos, ni de origen extranjero ni nacional (para más sobre esta discusión, véase: Capítulo 2., 2.6.). Así, los afanes de ver por ejemplo a Lindbergh o Long con todas sus “payasadas” y “excentricidades” muy estadounidenses como dirigentes que tenían “un parecido familiar con el fascismo europeo” presentando como prueba solo las similitudes de que ellos han demostrado por ejemplo simpatías pronazis o intentaron movilizar a los granjeros blancos pobres, arremetieron contra sus oponentes políticos o criticaron a Wall Street, e ignorando por completo las diferencias, no amonta a un buen análisis y se debe principalmente a la influencia intelectual de Hofstadter según el cual cualquier expresión populista en la política “tiende naturalmente al fascismo” (Riley, *Ibidem*; para más sobre Hofstadter, véase: 2.1.3 y 2.6.).

Finalmente, aunque la manera en la que Stanley pretende vincular toda una serie de prácticas antidemocráticas y de opresión racial que sufría la población negra con el fascismo mediante la conocida fórmula de Aimé Césaire (2001) sobre como fascismo constituía una serie de prácticas coloniales que como un “búmeran”, bajo las condiciones de crisis en los metrópolis, regresaron a Europa para ser aplicadas en casa –que a su vez emula el clásico análisis de la marxista polaca Rosa Luxemburgo que justo así veía la violencia de la Primera Guerra Mundial que previamente estaba ejercida sin ningún control en las periferias para luego, en condiciones de la guerra interimperial entre los países del centro, regresar a su “cuna”–, resulta muy tentadora y logra arrojar un poco de luz en la relaciones entre las potencias colonizadores y los pueblos colonizados, al final es un argumento que se queda corto al no lograr captar la especificidad del fascismo. La cuestión está en que el fascismo es algo más que solo una “serie de prácticas” (tal como lo quiere Stanley) o un “búmeran colonial” (tal como lo quería Césaire). Para Gramsci, por ejemplo, en una de las mejores explicaciones políticas de este desde el marxismo (para más sobre su enfoque véase: 2.1.1. y 2.2., 2.2.1.), el fascismo es el resultado de una crisis producida por la debilidad hegemónica del bloque de poder en el contexto del desarrollo rápido de la sociedad civil (Gramsci, 1971: 210): o sea, una respuesta particular a un contexto político específico que lo diferencia de otros sistemas políticas y de otras formas de opresión. Fallar a ver esto, acaba en volver el fascismo en un “significante atemporal” y en un afán de verlo por todos lados: de re-etiquetar así las prácticas que lo precedían o que desde hace tiempo han sido identificadas correctamente como una esencia del conservadurismo e incluso liberalismo, junto con el propio colonialismo, el racismo, la esclavitud, etcétera (véase: Losurdo, 2011). Emulando de alguna manera –sin conocer el caso aparentemente– la lógica que llevó famosamente a Pablo González Casanova de hablar del “colonialismo interno” en caso de México, Stanley pretende justificar hablar de fascismo en Estados Unidos proponiendo una nueva figura (un oxímoron) y una su nueva modalidad del fascismo estadounidense, el supuesto “fascismo interno”, el modo en que el fascismo no actuaba antes, que carece de un ímpetu expansionista y agresivo, cuyos súbditos son “internos” y en el que se trataría de la una ampliación de tácticas dirigidas contra súbditos esencialmente coloniales a poblaciones nacionales que antes no estaban familiarizadas con ellos, el argumento extraño que ignora que el núcleo principal de los fascismos de entreguerras también eran “súbditos internos”. De hecho, fue precisamente la lucha con el enemigo interno –los comunistas, los socialistas, los judíos, etcétera– y la subyugación del “súbdito interno” que era unos de sus principales ejes y razones de ser. Como bien apuntaba Robert O. Paxton en su clásico trabajo *La anatomía del fascismo* (2004) –el mismo Paxton que por años se negaba de comparar a Trump con fascismo y cambió de opinión solamente una vez Trump estuviera fuera del poder y bajo el impacto del ataque a Capitolio (véase: la columna siguiente #20)–, el fascismo es “inconcebible en ausencia de una izquierda socialista madura y en expansión” (Paxton, 2004: 43)²⁴⁴, el factor que omite por completo Stanley, tanto en esta columna como en su sonado libro *Como funciona el fascismo* (2018a), y que es algo en efecto ausente en contexto de Trump y trumpismo –con la izquierda desmovilizada e virtualmente inexistente–, y que nos apremia más bien a no hablar de fascismo en su caso.

#20

AUTOR	Robert O. Paxton
TÍTULO	<i>I've hesitated to call Donald Trump a fascist. Until now</i>
MEDIO	Newsweek

²⁴⁴ Y seguía Paxton: “De hecho, los fascistas pueden encontrar su espacio solo después de que el socialismo se haya vuelto lo suficientemente poderoso como para haber tenido alguna participación en gobierno y haber desilusionado así a parte de su tradicional clientela obrera e intelectual. Así podemos situar el fascismo en el tiempo no sólo después del establecimiento irreversible de la política de masas, pero de hecho tarde en ese proceso, cuando los socialistas hayan llegado al punto de participar en gobierno y verse comprometido por él” (Paxton, 2004: 43-44).

PALABRAS CLAVE	Ataque al Capitolio Adolf Hitler Benito Mussolini Donald Trump Estados Unidos Fascismo Joe Biden Nazismo
FECHA	11 de enero de 2021

Robert O. Paxton, es un historiador y politólogo estadounidense, profesor emérito de la Universidad de Columbia. Es uno de los máximos expertos en fascismo y autor de trabajos seminales sobre el tema como *La anatomía del fascismo* (2004) o *Cinco etapas del fascismo* (1998) y una serie de trabajos sobre la Francia de Vichy, entre otros *La Francia de Vichy: vieja guardia y nuevo orden 1940-1944* (1972) o *La Francia de Vichy y los judíos* (1981) (para una discusión sobre el enfoque de Paxton, véase: Capítulo 2., 2.1.2.). En su ampliamente referenciada columna en el marco del “debate sobre el fascismo” (véase: Rosenfeld, Ward, 2023: 5 y 15; Power-Greene, 2023: 279-280) titulada *He dudado en llamar fascista a Donald Trump. Hasta ahora* publicada en Newsweek a pocos días del ataque de los trumpistas al Capitolio a fin de boicotear la certificación en el Congreso estadounidense de la victoria electoral de Joe Biden, Paxton, después de haberse resistido por años de calificar a Trump de “fascista”, a pesar de que, como hemos visto, sus teorías han sido ampliamente citadas para apoyar este tipo de comparaciones por otros comentaristas, anunció el cambio de su posición y ofreció sus argumentos para apoyar este giro.

“Me resistí durante mucho tiempo a aplicarle la etiqueta de ‘fascista’ a Donald J. Trump”, escribía al inicio de su texto Paxton, y esto, como aseguraba, a pesar de que éste desde que había lanzado su candidatura, “mostró algunos signos reveladores”. Un clip de noticiario de 2016 de un avión de Trump rodando hasta un hangar donde esperaban sus partidarios le recordó por ejemplo “inquietantemente” la campaña electoral de Adolf Hitler en Alemania en julio de 1932, “la primera campaña aérea de la historia, donde la llegada del avión del Führer electrizó a la multitud”, escribía Paxton. Su arte de intercambio con los oyentes, parecía estar informado por ejemplos de Hitler y Mussolini. Igual que los fascistas, escribía Paxton, Trump usaba la amenaza de la violencia física: en contra de la candidata Demócrata Hillary Clinton (“¡enciérrenla!”), o en contra a lo que a veces interrumpían sus discursos. Los grupos paramilitares como los *Proud Boys* “sustituyeron convincentemente a las tropas de asalto de Hitler y a los *squadristi* de Mussolini”, escribía Paxton. Las gorras de MAGA “proporcionaban un poco de uniforme” y el mensaje “Estados Unidos primero” –usado de hecho por los grupúsculos fascistas en Estados Unidos en los años 30 (véase: Capítulo 2., 2.6. y 2.7.)– y la arrogancia de su líder “encajaban con el modelo fascista”. Pero todo esto –el punto que desde los inicios hacia Paxton, aunque pocos parecían tomar nota de ello– “eran cuestiones de decoración de superficie”. Lo más importante, según Paxton, era mirar “cómo se relacionaba Trump con las fuerzas sociales, políticas, económicas y culturales más profundas de la vida estadounidense”. Al igual que Hitler que era uno de los primeros líderes políticos en dominar la radio, escribía Paxton, Trump dominó los medios electrónicos como Twitter (luego X) y se ganó el apoyo de la cadena de televisión más grande de Estados Unidos, Fox News. “Al igual que los líderes fascistas, Trump comprendió el profundo descontento de ciertos sectores de la sociedad hacia los líderes e instituciones tradicionales y supo cómo explotar un miedo generalizado a la división y el declive nacional. Al igual que Hitler y Mussolini, supo presentarse como el único baluarte eficaz contra ‘la izquierda en avance’, tanto más temible porque adoptó formas culturales desconocidas para la América rural provincial: feminismo, poder negro, derechos de los homosexuales”, anotaba. Aquí claramente, en su opinión, había más semejanzas con el fascismo, pero todavía demasiado poco para hablar de la comparatividad.

Luego, bien subrayaba Paxton respetando debidamente una de las principales reglas del comparativismo, o sea llamar la atención también a las diferencias (Marc Bloch), Trump y el trumpismo “diferían en algunos aspectos importantes de los fascismos históricos”. Las circunstancias –el contexto histórico– son “profundamente diferentes”, escribía. “Aunque Estados Unidos tiene sus problemas, éstos son menores en comparación con los de la Alemania derrotada de 1932, con más del 30 por ciento de los trabajadores desempleados, o los de la Italia dividida al borde de la guerra civil en 1921”. La mayoría de los estadounidenses están empleados, y las instituciones políticas del país “no están estancadas, como lo estaban las de Alemania en 1932, cuando el presidente Hindenburg creía que sólo Hitler podía detener al Partido Comunista en rápido crecimiento”. Nada tampoco era semejante a las circunstancias de Italia de 1921 cuando “el rey creía que la única manera de detener las tomas desenfrenadas de ciudades italianas por parte del nuevo movimiento de masas nacionalista y antisocialista de Mussolini, al que llamó fascismo, era invitar a su líder a asumir el cargo”. La crisis pasajera creada por la negativa de Trump a aceptar en 2020 un resultado electoral legítimo “parecía casi trivial en comparación”, escribía con razón Paxton. Otra diferencia fundamental, según Paxton, era la relación de Trump con el mundo de los negocios: Hitler y Mussolini, al menos al principio, consiguieron audiencias masivas con promesas de sacudir el poder capitalista y habían sometido a los empresarios [aunque claramente entraban también en alianzas con las clases capitalistas de sus países], “Trump dio a las empresas estadounidenses todo lo que querían”. Por estas razones, por años le ha parecido a Paxton “mejor evitar un uso más fácil y polémico de la etiqueta fascista en favor de un término menos emocional, como oligarquía o plutocracia” (véase: Paxton, 2017).

No obstante, anotaba, “la incitación de Trump a la invasión del Capitolio el 6 de enero de 2020 elimina mi objeción a la etiqueta de fascista” ya que “su abierto estímulo a la violencia (...) para anular una elección cruza una línea roja”. “La etiqueta ahora parece no sólo aceptable sino necesaria”, escribía Paxton y para fundamentar este cambio de posición apuntaba a una analogía histórica de la propia época de los 30 cuando Europa se giraba hacia el fascismo: “una manifestación abiertamente fascista en París durante la noche del 6 de febrero de 1934”:

Esa noche, miles de veteranos franceses de la Primera Guerra Mundial, amargados por los rumores de corrupción en un parlamento ya desacreditado por su ineficacia contra la Gran Depresión, intentaron invadir la cámara del parlamento francés, justo cuando los diputados votaban para llevar al poder a otro gobierno inestable. Los veteranos habían sido convocados por organizaciones de derecha. No ocultaron su deseo de reemplazar lo que consideraban un gobierno parlamentario débil por una dictadura fascista siguiendo el modelo de Hitler o Mussolini (Paxton, 2021).²⁴⁵

A diferencia de los manifestantes estadounidenses en Washington el 6 de enero 2021, los manifestantes franceses del 6 de febrero de 1934, recordaba Paxton, “no lograron penetrar el edificio del parlamento”, aunque el resultado de su motín fue mucho más grave: el gobierno francés autorizó a la policía a disparar y murieron quince manifestantes y un policía. “La Tercera República Francesa tenía las manos manchadas de sangre”, escribía. Y la amarga división política que siguió a estos eventos, explica, según Paxton, por qué los franceses se prepararon “de manera tan vacilante” para el ataque de Hitler y por qué la derrota de junio de 1940 abrió el camino a la sustitución de la Tercera República por el régimen colaboracionista de Vichy algo a lo que la derecha francesa –después de atacar por ejemplo al gobierno de León Blum, un judío y un socialista que salió victorioso de las elecciones en 1936–, estaba esperando con ansiedad. En cambio, anotaba Paxton, en Estados Unidos, “tras el ignominioso fracaso de un impactante intento fascista de deshacer la elección de Biden, el nuevo presidente estadounidense puede comenzar su labor de curación”. Así, “a pesar de los primeros signos alentadores y de la relativa solidez de las instituciones estadounidenses, es demasiado pronto para un historiador responsable para decir si [Biden] tendrá más éxito en sostener nuestra República que los líderes europeos en defender las suyas”, concluía.

La columna de Paxton –independientemente si uno esté de acuerdo o no con su conclusión–, es un *tour de force* y un magnífico ejemplo de cómo hacer las comparaciones históricas tanto en el espíritu de Bloch –de enumerar tanto las semejanzas como las diferencias–, como en el espíritu de Mayer, de sacar el máximo provecho del método comparativo a fin de iluminar la problemática en cuestión (para más sobre los usos de las comparaciones históricas, véase: Capítulo 2., 1.1.). El autor enumera y evalúa (como superficiales) algunas semejanzas que le llaman la atención y que considera importantes de mencionar, señala y evalúa importantes diferencias de contexto (algunas de las cuales considera incomparables). Frente a esto expone su posición anterior y finalmente explica su cambio de opinión proporcionando una razón clara que fundamenta encima con una pertinente analogía histórica que hace mancuerna con el tema principal de su columna. El argumento de Paxton parece, de este modo y en sus propios términos, bastante completo, aunque como cualquier argumento no inobjetable. Primera objeción tiene que ver –partiendo de la analogía francesa que ofreció el mismo autor– con las cuestiones históricas; segunda, con las cuestiones teóricas y las razones (no explícitas) del cambio de posición por parte del autor.

Tiene razón Paxton al apuntar a la historia de Francia en el sentido de que es un lugar fructífero para buscar paralelos históricos (con Estados Unidos o en general con otras democracias parlamentarias). Francia –a diferencia de Alemania o Italia–, tenía una larga tradición democrático-republicana que estaba enraizada en la base social y la valorización ideológica de una pequeña propiedad, una larga tradición de izquierda socialista y también una derecha militante con “límites porosos entre la derecha extrema y la conservadora”, para citar al historiador Chris Millington (2019: 33). Mas allá del debate que si el propio fascismo se originó en Francia o no (véase: Sternhell, 1995), lo que al menos tenía Francia eran “muchos fascismos fallidos”, siendo la propia noción de “fascismos fallidos” (*unsuccessful fascisms*) introducida por Paxton (2004: 68-75) en particular en referencia a la agitación de numerosos grupúsculos fascistoides franceses de las décadas de los 20 y 30 de la Tercera República Francesa (Paxton, 2004: 68-71) y los eventos “proto-fascistas” como el golpe fallido del general Boulanger en la década de 80 del siglo XIX²⁴⁶ y el caso Dreyfus (46-47). En este sentido no extraña que el mismo ejemplo que ofreció Paxton –el ataque a la Chambre des Députés en 1934–, fue ofrecida ya cinco años antes por el historiador estadounidense del fascismo Richard Steigmann-Gall –y uno de los principales proponentes de leer el pasado y presente estadounidense a través del marco de “fascismo” y que usaba para ello las herramientas teóricas del propio Paxton (para más sobre su enfoque, véase: 2.6.)–, como “un punto comparativo” particularmente instructivo, en su opinión, para argumentar sobre la existencia del fascismo en Estados Unidos en general y bajo Trump en particular dada, entre otros, la similar fragmentación de los grupúsculos fascistas o las ideas de una coalición de Frente Popular como una forma de mantener al fascismo fuera del poder²⁴⁷ (Steigmann-Gall, 2017b; véase

²⁴⁵ En efecto entre los eventos del 6 de febrero de 1934 y el 6 de enero de 2021 había una serie de paralelismos inquietantes: en ambos casos, una coalición flexible de grupos de derecha y sus simpatizantes atacaron la legislatura nacional en un intento de interrumpir el reconocimiento de un nuevo gobierno; en ambos casos, las turbas estaban animadas por teorías de conspiración y mitos sobre sus oponentes; en ambos casos, las multitudes unieron viejas y nuevas tendencias políticas de derecha e incluyeron a muchos veteranos militares. En 1934, los alborotadores muertos y heridos se convirtieron en mártires de la extrema derecha, tal como Trump y los trumpistas intentaron hacer con Ashli Babbitt, una veterana militar abatida por un policía capitalino cuando trataba de entrar al parlamento (para más sobre Babbitt, véase abajo: el texto #23).

²⁴⁶ Hitler, en su momento ha sido comparado ampliamente tanto con Boulanger, Napoleón I como por ejemplo con Maximilien Robespierre en términos de advertencias de “no subestimar su radicalismo”, aunque uno de los primeros observadores que reconocieron la excepcionalidad (y en efecto, la incomparabilidad) de la figura de Hitler, el dramaturgo alemán Ernst Toller, apuntaba que ni estas ni ningunas otras analogías ya parecían “funcionar” respecto a él (véase: Rosenfeld, 2019).

²⁴⁷ En 1936, después de que las fuerzas democráticas en Francia y en España habían aprendido la dolorosa lección de no unirse contra la amenaza fascista y después de que Stalin revirtió la línea oficial de la Comintern y su desafortunada política e instruyó a los comunistas a unirse a los socialdemócratas en las alianzas electorales (véase: Capítulo 2., 2.1.1.), se conformó en Francia el Frente Popular. Allí, la perspectiva de una victoria del Frente Popular y un nuevo gobierno encabezado por –lo que les daba una

también: 2016a-c). Dada la naturaleza fracturada y multivalente de panoramas políticos de ambos países e incertidumbres sobre qué movimiento de derecha radical era realmente fascista o simplemente reaccionario, apuntaba Steigmann-Gall, se podría argumentar que el fascismo estadounidense, tanto en términos de su malicia como de sus límites, tiene parecido cercanos con el fascismo francés y no tanto por ejemplo con los “fascismos exitosos” en Italia y Alemania (Steigmann-Gall, 2017b). Al igual que en Estados Unidos, el fascismo en Francia, argumentaba este autor, se dividió en una variedad de organizaciones competidoras –Jeunesse Populaire Française, Mouvement Franciste, Faisceau, Chemises Vertes (“camisas verdes”), La Cagoule, o (más discutible) Action Française–, muchas de las cuales rechazaban abiertamente la palabra “fascismo” por su proveniencia foránea. Todas estas agrupaciones permanecían organizativamente dispares y fragmentadas. En muchos aspectos se superponían ideológicamente y la egolatría de sus líderes impedía su reunión o unificación (para más sobre el fascismo francés, véase: Paxton, 1972, 1997; Sternhell, 2000). A pesar de esto, anotaba Steigmann-Gall, han sido capaces de organizar una notable violencia callejera de la marcha hacia la Cámara de Diputados, algo que los observadores de la época “parecía muy cercano al triunfo general de la derecha radical en Francia” (Steigmann-Gall, 2017b).²⁴⁸ Dadas precisamente estas analogías, se debería considerar la posibilidad, anotaba Steigmann-Gall, que el fascismo estadounidense era igualmente difuso y carecía de una personalidad adecuadamente carismática, aunque muchos ciertamente lo intentaron, que el fascismo francés. Al igual que el fascismo francés, el fascismo estadounidense era una “presencia”, un potencial sin explotar, muy posiblemente no debido a una adoración estadounidense intrínseca por la democracia liberal, sino a los momentos históricamente contingentes que se combinaron para negar al “fascismo del pastel de manzana” su potencialidad, escribía Steigmann-Gall (2017b). Lo que no obstante no añadía ni Steigmann-Gall ni Paxton en su columna era una importante diferencia de contexto entre Francia de los 30 y Estados Unidos, tanto de los primeros años del gobierno de Trump, como del momento del ataque al Capitolio: la inexistencia en Estados Unidos de una izquierda institucional y organizada que en Francia sí hubo en forma de varios partidos y sindicatos masivos (incluso en el gobierno en forma de un gabinete socialista) que podía y que respondió a la amenaza derechista, algo que es característico también para muchos otros países y para todo el contexto del auge de la extrema derecha de hoy que apremia a muchos otros historiadores precisamente a rehuirse de hablar de “fascismo” (véase por ejemplo: Tooze, 2022b).²⁴⁹ Además hay un otro un punto que dificulta y cuestiona la utilidad de la analogía ofrecida Paxton: si el 6 de enero fue “fascista” porque sus rasgos coincidieron con los disturbios de la derecha francesa del 6 de febrero de 1934, lo que Paxton evita a mencionar, es que muchos historiadores y/o comentaristas franceses de la época en cuestión –más notablemente por ejemplo Raymond Aron–, no vieron en este ataque “un intento de golpe fascista”, por no ser este, entre otros, parte de ningún complot ni plan elaborado, sino fruto de una serie de coincidencias, igual de hecho que lo ha sido el propio ataque al Capitolio, algo que en ojos de varios comentaristas del momento le restaba la importancia y precisamente la validez a la analogía de Trump al fascismo (véase: Davis, 2021; Riley, 2022a: 22-24). Luego, no deja de extrañar también que después de que Paxton haya –en su *opus magnum: La anatomía del fascismo* (2004)– insistido que la posible llegada de fascismo a Estados Unidos sería “tácita” y “paulatina” a fin de “no alarmar a nadie” (2004: 200), acabara abrazando para afirmarlo y evidenciarlo un evento que era todo lo contrario: violento, repentino e inesperado que encendió las luces de alarma en todo el país (y más allá). Dicho todo esto, finalmente hay también, en el campo

municipal adicional a sus detractores–, un socialista y un judío, Léon Blum, llevó a muchos derechistas a proclamar: “Mejor Hitler que Blum” (sic), con lo que dejaban en claro que para ellos era mejor una victoria de los franceses que emulaban al dictador nazi y enemigo nacional tradicional del otro lado del Rin, que preservar la democracia francesa en casa y la independencia francesa bajo un socialista judío. La victoria del Frente Popular en 1936 salvó temporalmente la democracia francesa, pero condujo a la derrota de una Francia desmoralizada y dividida en 1940, seguida de la colaboración del régimen de Vichy con la Alemania nazi que dio a los sectores fascistas franceses chance de seguir con su propia contrarrevolución autoritaria.

²⁴⁸ En este contexto es interesante recordar que el evento en cuestión, el ataque de la derecha francesa a la Chambre des députés en 1934 sirvió en su momento como una inspiración para la derecha empresarial estadounidense a preparar, el abortado por uno de sus encargados, gen. Smedley Butler, golpe de Estado en contra de Franklin D. Roosevelt. Uno de los organizadores del frustrado golpe estuvo en París durante el ataque estando en contacto directo con los círculos de extrema derecha francesa y lo vio como una inspiración y un evento “que valía la pena reproducir” (véase: Katz, 2022a; para más sobre el Complot Empresarial, véase: nota de pie 176). Steigmann-Gall, que enfatizaba la importancia de este evento para pensar sobre el fascismo estadounidense (2017b), no hace esta conexión aunque refiriéndose al Complot Empresarial lo califica como “un intento de toma de poder por parte de los fascistas” que aunque se desvaneció y no ha producido ningún efecto, era un intento más parecido al golpe fascista en la historia de Estados Unidos (*Ibidem*).

²⁴⁹ Este vacío de la izquierda organizada y/o institucional ha sido reflejado también en el plan discursivo en el cual fue la derecha que intentó desde el principio “secuestrar” los eventos del 6 de enero con el uso de argumentos contradictorios, paradójicos, pero a la vez eficientes. Por ejemplo, el documental de tres partes de Tucker Carlson, uno de los más conocidos periodistas de extrema derecha estadounidense, titulado *La purga patriótica* (“*Patriot Purge*”, 2021) presentó la toma del Capitolio como una operación de “bandera falsa” provocada por activistas de izquierda (Antifa) y el Estado de seguridad nacional, para justificar una represión de la derecha (sic). Esta narrativa falsa buscaba preservar la pureza de un “estadounidense real” de los participantes, mientras les restaba la fidelidad patriótica a sus oponentes (los “provocadores”) y otorgar una especie de absolución moral a los atacantes. Si bien parece haber una contradicción entre la afirmación que el ataque al Capitolio ha sido esencialmente un “montaje” y que las acciones de sus participantes fueron “nobles” y “buenas”, pero ese justo es su propósito: quienes apoyan inequívocamente el ataque lo refrendan como “verdad real” detrás de la insurrección, reprimida por la prensa y otros “enemigos del pueblo”, mientras los simpatizantes más ambivalentes de Trump que se sorprendieron o rechazaron la toma de Capitolio pueden reclamar inocencia y redirigir la ira hacia sus oponentes.

francés, otra paradoja que salta a la vista en contexto del afán de Paxton de tildar a Trump, finalmente, como ya se ha mencionado, después de tantos años, de “fascista”. Si bien el propio Paxton en su innovador y en muchos aspectos histórico (*ground-breaking*) estudio del régimen de Vichy gobernante entre 1940-1944 y colaborador de Hitler, que junto con el mucho más radical en sus conclusiones estudio de Sternhell (1995) ayudó a cuestionar y poner al debate la vieja tesis de la “inmunidad de Francia al fascismo”, argumentaba que este no era “fascista” (sic) –al carecer algunas de las características importantes del fascismo (véase: 1972), de mismo modo décadas antes pensaba por ejemplo Trotsky (1940)–, Trump a principios del siglo XXI y fuera del poder, según Paxton, lo era.²⁵⁰ ¿Cómo explicar esto?

He aquí donde se puede proponer una tesis que el cambio de la postura de Paxton ha de ser leído más en clave emocional y en clave de una urgencia política, que en clave teórica del fascismo, o sea más en clave del uso de “fascismo” como movilización política y menos en clave de análisis (véase: Rothberg, 2017) y que esta diferencia tiene sus consecuencias. En esta dirección apuntaba por ejemplo, la citada ya politóloga Sheri Berman que si bien aseguraba respetar mucho las anteriores contribuciones teóricas de Paxton, “simplemente no podía estar de acuerdo con la etiqueta de ‘fascismo’ [respecto a Trump]” (Berman, en: Matthews, 2021). Antes que nada, queda claro que su cambio de opinión ha sido el fruto de un acontecimiento inesperado –el ataque de los trumpistas al Capitolio–, no el resultado de un análisis profundo y de un estudio largo del desarrollo del trumpismo como un régimen ni de ningún repentino giro teórico o auto-revisión del propio modelo del pensamiento de Paxton. Así después de haberse negado por años de ver a Trump como “fascista” (véase: Paxton, 2016a, 2016b, 2016d, 2016e, 2016f, 2017; véase también: 2.1.2.), su cambio de opinión se entiende por el carácter del evento mismo –si bien peligroso e inaceptable, uno que ha resultado ser también una farsa y un fracaso total (véase: Davis, 2021)–, al igual que por el impacto emocional que este ha tenido en el autor. El mismo Paxton lo describe como “un intento [de golpe] fascista impactante”. Al igual para algunos otros observadores y comentaristas, Paxton aparentemente tampoco creía que un evento así hubiese sido posible en una “democracia madura” como Estados Unidos o que tuviera detrás al propio expresidente como uno de sus –nuevamente habría que añadir: finalmente ineptos y desorganizados–, movilizadores. Dado que la teoría de Paxton, la misma que le dictaba por años no ver a Trump en gobierno comparable al fascismo, ha permanecido igual y que varios otros teóricos y expertos en Alemania nazi y en fascismo, familiares con eventos que pudieran ser análogos, en efecto no han visto nada nuevo y nada “fascista” en el ataque a Capitolio, calificándolo en esencia como un ataque de una turba desorganizada de extrema derecha estadounidense (véase: Riley, 2022a: 22-24; Evans, 2021b), el único factor cambiante aquí es la postura política y/o personal del propio Paxton. Y que en su cambio, como en todo el proceso de comparaciones al fascismo respecto a Trump que se rige por profundas emociones que influyen en la elección de este tipo de analogías (véase: Caplan, 2017a; Pollitt, 2017), han influido, podemos suponer, precisamente las emociones. Esta hipótesis y “clave de lectura” –recordando también y tomando en cuenta que Paxton ha publicado su texto apenas unos 4 días después de los eventos en cuestión–, se puede ver reforzada aún más si tomamos en cuenta el hecho que el mismo autor posteriormente –que para ser justos ya en aquel entonces tenía 88 años y estaba jubilado por más de una década–, no ha vuelto a escribir sobre el tema ni sobre el supuesto “fascismo trumpista” a pesar de ser uno de los principales teóricos estadounidenses del fascismo y asumiendo que el surgimiento final de un “fascismo estadounidense” y su revelación definitiva en forma del trumpismo, como algunos han entendido la voz de Paxton y su cambio de opinión (véase: Rosenfeld, Ward, op. cit), sería seguramente un evento político digno de teorizar. Desde principios de 2021 hasta el momento en que se escriben estas líneas –mitades de 2024, cuando ya la campaña de Trump en vistas de las elecciones de noviembre iba con viento en popa–, Paxton no ha vuelto a tocar la cuestión.

Curiosamente, lo que muchos “alarmistas” a menudo tendían a pasar por alto, es que en su clásico libro *La anatomía del fascismo* (2004), citado tantas veces por los comparatistas de Trump al fascismo (véase: arriba), Paxton adoptaba una perspectiva mesurada y escéptica sobre las posibilidades de que el fascismo reviviera y regresara en nuestro contexto político: según él había muchas premisas y posibilidades de que sí, pero igualmente tendrían que cumplirse varias condiciones diferentes y particulares, escribía (Paxton, 2004: 219), un punto que, tanto respecto al propio “fascismo trumpista” como a la posibilidad del regreso de fascismo en general, Paxton no clarificó ni procedió a desarrollar y/o revisar en ningún lugar después de su repentino cambio de posición en 2021. Nada de lo dicho aquí apunta a minimizar la amenaza que representa Trump o el trumpismo para la democracia estadounidense. Nada de esto significa que Trump y los trumpistas no hubieran querido –si hubieran podido–, anular el resultado electoral de 2020. Esto significa solamente, pero de manera muy importante, que ellos, contrario a Paxton y tantos otros comparatistas, no representan una amenaza fascista, sino conservadora-autoritaria-bonapartista (véase: Riley, 2019a: xxii-xxxii) que contrario a la primera tiene una anatomía y requiere una respuesta política diferente. Como escribía el mismo Paxton la búsqueda de los orígenes intelectuales o culturales del fascismo puede ser engañosa si uno apuesta a encontrar proposiciones intelectuales bien argumentadas y/o coherentes. El fascismo, en cambio, según él, más que un programa intelectual plenamente desarrollado o una filosofía bien articulada se entiende mejor como un conjunto de “pasiones movilizadoras” que dan forma a la acción fascista (Paxton, 2004: 40-41). Estas “pasiones movilizadoras” forman, según Paxton, “una lava emocional que sentó las bases del fascismo” haciendo que sean precisamente los sentimientos que impulsen al fascismo más que el pensamiento (*Ibidem*). ¿Será, en este contexto, que el mismo Paxton en su cambio de posición se ha dejado llevar también por una considerable “lava emocional” en torno al propio tema de “fascismo de Trump” y las comparaciones al respecto? Como ha explicado Geoff Eley,

²⁵⁰ En otro lugar, Paxton apuntando a como el régimen del mariscal Pétain ha sido fruto, a diferencia de tantos otros movimientos y regímenes fascistas europeos, de una fusión particular de las corrientes políticas asociadas más con el conservadurismo y la tradición autoritaria y legitimista, lo incluyó finalmente a una categoría de “fascismos ocupacionales” que se desarrollaron bajo la ocupación nazi/fascista y que por sí mismos carecían de una característica fundamental de todo el “fascismo auténtico”: “la política expansionista de la grandeza nacional” (Paxton en: Traverso, 2006: 131; para más sobre el caso francés, véase: Paxton, 2004: 68-73).

otro de los comparatistas de Trump al fascismo pero desde un ángulo mucho más teóricamente aterrizado, “mesurado” y poco emocional (véase: Eley, 2017, 2018, 2021, 2022), muchos de los comparatistas que usaban el término “fascismo” respecto a Trump, lo usaban no en un afán de desarrollar un argumento teórico, sino para “apelar a una comunidad emocional de los lectores u otros opinadores” y a fin de conectar con ellos (Eley, 2021). Sería inmensamente paradójico si fueran precisamente las emociones –generados por un evento inesperado e indignante como lo fue el ataque al Capitolio, pero a la vez efímero y uno que trajo pocas consecuencias reales–, las que llevaron a Paxton, uno de los más eminentes teóricos del fascismo, a cambiar de opinión, pero su silencio posterior y falta de cualquier giro teórico propio, siendo exactamente la misma teoría de Paxton que antes, por años, lo apremiaba más bien a no comparar a Trump con el fascismo, indican que este precisamente podría ser el caso.

#21

AUTOR	Nick Cohen
TITULO	<i>If Trump looks like a fascist and acts like a fascist, then maybe he is one</i>
MEDIO	The Guardian
PALABRAS CLAVE	Ataque al Capitolio Benito Mussolini Donald Trump Elecciones presidenciales Estados Unidos Fascismo Ku Klux Klan Neofascismo Prefascismo Richard J. Evans Robert O. Paxton Sarah Churchwell Timothy Snyder
FECHA	16 de enero de 2021

Nick Cohen es un periodista, autor y comentarista político británico. Fue columnista de The Guardian y bloguero de The Spectator. Tras las acusaciones de acoso sexual, dejó a The Guardian en 2022 y comenzó a publicar en la plataforma Substack. Su columna titulada *Si Trump parece un fascista y actúa como un fascista, entonces tal vez lo sea* apareció en contexto y en reacción al ataque de los trumpistas al Capitolio el 6 de enero de 2021. “La palabra que empieza con ‘F’ es una que con razón desconfiamos de usar, pero ¿de qué otra manera describir al presidente caído en desgracia?”, empezaba su texto Cohen. Las “garantías de que ‘el fascismo no podría suceder aquí’ [una referencia al título de la novela de Sinclair Lewis] siempre resultan atractivas en los países anglosajones que se consideran inmunes porque ‘nunca sucedió’”, escribía y continuaba: “Estados Unidos y el Reino Unido no experimentaron el dominio del nazismo o el comunismo en el siglo XX y la ignorancia que fomentaron nuestras historias afortunadas ha debilitado nuestras defensas en el siglo XXI”. Incluso después de todo lo que ha sucedido en Washington –anotaba Cohen en referencia al ataque a Capitolio–, “voces aparentemente serias insisten en que no podemos comparar a Donald Trump con ninguna variedad del fascismo”. Según los conservadores, escribía el autor, “los liberales llaman ‘fascista’ a todo lo que no les gusta olvidando que la moraleja de la fábula de Esopo era que el niño que gritó el lobo al final tenía razón” y que “se han mordido la lengua ahora que la realidad del trumpismo son turbas trastornadas que intentan derrocar la democracia”. Un ejemplo de esta postura ha sido, según Cohen, Richard J. Evans “un aclamado historiador británico del nazismo y profesor de la Universidad de Cambridge” a quien el autor acusó de “soberbia” y de “escoger un mal tiempo para denunciar a sus colegas Timothy Snyder y Sarah Churchwell” (un par de historiadores estadounidenses, unos de los principales “alarmistas” y comparatistas de Trump al fascismo, véase: Capítulo 2, 2.5. y 2.6. respectivamente). En un sonado texto en la revista The New Statesman publicado a mitades de enero, ya después de los acontecimientos en el Capitolio, Evans, como recordaba Cohen, no solo se oponía a las comparaciones de Trump al fascismo, sino había escrito que “pocos de los que han descrito a Trump como fascista pueden ser llamados verdaderos expertos en el campo” (véase: Evans, 2021b), algo que Cohen tildó, nuevamente, como una expresión de “soberbia” (“un sonoro resoplido”), y frente a esto, según Cohen, The New Statesman “necesitaba ampliar su departamento de verificación de hechos (*fact-checking*)”. Según este autor –y supuestamente contrario a lo que escribía Evans–, Snyder, “cuyo trabajo sobre cómo las democracias se convierten en dictaduras es una lectura esencial, no dice que el movimiento Trump sea fascista” (sic). Snyder, según Cohen, “escribe que ‘la posverdad es prefascismo ‘y que Trump ha sido nuestro presidente posverdad’” (para más sobre este análisis de Snyder véase: 2.5.). Por otro lado Churchwell, “[cuyos] estudios (...) sobre cómo los nazis alemanes y los supremacistas blancos estadounidenses se alimentaban mutuamente son una revelación” es, según Cohen, “igualmente cuidadosa y caracteriza al movimiento Trump como ‘neofascista’”:

El uso del “fascismo” en el debate político es a la vez un llamado a las armas y una declaración de guerra. Una vez que dices que estás luchando contra el fascismo, no puedes dar marcha atrás. Al hablar de “prefascismo” o “neofascismo”, reconoces que la palabra que empieza con ‘F’ no es una bomba que debas detonar a la ligera. También reconoces la gravedad de los tiempos (Cohen, 2021).

Otros términos alternativos, según Cohen, parecen solo eufemismos y el culto del liderazgo de Trump, los ataques a cualquier fuente de información que el líder no autorice, las teorías de conspiración racistas, los medios serviles que amplifican las mentiras del líder, reflejan bien, en su opinión, las interpretaciones de Snyder y Churchwell –“prefascismo” o “neofascismo”–, mientras por ejemplo el populismo se queda corto y “extrema derecha” es “sólo una forma educada de decir ‘neofascista’”. Como recordaba Cohen, Robert O. Paxton en su libro –como hemos visto referenciado ya múltiples veces por otros de los “alarmistas”–, *La anatomía del fascismo* (2004) “escribió que el Ku Klux Klan de 1867, más que los *squadristi* de Mussolini de 1920, podía considerarse el primer movimiento fascista”. “Al igual que con el partido nazi, los oficiales amargados de un ejército derrotado formaron el Klan. Lamentaron la derrota de la Confederación y no aceptaron la legitimidad del gobierno estadounidense. Tenían uniformes, túnicas blancas en lugar de chaquetas de cuero, fantasías de supremacía racial y desplegaron el terror para mantener la subyugación de los afroamericanos”, escribía Cohen parafraseando, al parecer los pasajes y el análisis de Paxton, recordando también que el ataque al Capitolio, como lo ha subrayado este mismo estudioso, acabó de eliminar su objeción a la etiqueta “fascista” respecto a Trump (véase: Paxton, 2021 y arriba: texto #20). Por su parte –después de haber comparado el acto de identificar propiamente a Trump con diagnosticar el cáncer y “llamar a la enfermedad con un nombre correcto”–, al concluir su análisis, Cohen parece quedarse más convencido a usar la etiqueta “prefascismo” y/o “neofascismo” respecto a Trump y al “gran sector del Partido Republicano”, lo suficiente como para refutar –de manera, sinceramente poco clara y críptica– tres posibles objeciones a esta comparación: primera, según él, que podría provenir de la misma derecha “que tiene que fingir que no está presa de una enfermedad profunda”, “puede descartarse con un simple movimiento de dedos”; segunda, “es el viejo y tranquilizador excepcionalismo del Occidente anglosajón de que “no puede suceder aquí”, que todavía tiene que aprender que Estados Unidos y el Reino Unido son excepcionales en el siglo XXI por todas las razones equivocadas”; tercero, “parece inteligente pero es el más tonto de todos: no se debe llamar a Trump ni a ningún otro líder prefascista o neofascista o cualquier tipo de fascista hasta que haya hecho todo lo posible y haya transformado su sociedad en una máquina de guerra totalitaria”.

A pesar de que uno de los afanes explícitos del autor de esta columna es “aclarar las cosas” respecto o la pertinencia o más bien a la necesidad de llamar a Trump un “(neo)fascista” después del ataque a Capitolio, su propia narrativa resulta por ratos confusa y críptica. Primero respecto al recuento del análisis y la negativa de Evans de hablar de fascismo respecto a Trump (incluso después de los acontecimientos del 6 de enero), algo que cobra forma de ataque abierto e inserta directamente un factor de las emociones al debate; luego cuando compara la identificación de neofascismo en Trump con la diagnosis de cáncer y la necesidad de llamar la enfermedad “por su nombre real” incurriendo en una narrativa sinuosa que genera más confusión, causando que en la forma en la que se presenta esta analogía no solo no resulta útil, sino completamente prescindible; en la parte final donde Cohen se propone a refutar las posibles objeciones de hablar de neofascismo de Trump, objeciones que suenan poco claras y bastante inverosímiles –y que parecen resumidas y/o parafraseadas por el autor que no indica donde los ha encontrado–, y que en realidad no reflejan ninguno de los puntos principales de los “escépticos” (para un buen ejemplo de este tipo de reservas, véase: Moyn, 2021, 2020; Moyn, Priestland, 2017); y finalmente a lo largo de todo el texto donde Cohen no se puede decidir como finalmente llamar a Trump, oscilando entre “fascismo”, “prefascismo” y “neofascismo” que supuestamente, según él, es el mejor de todos, pero esto tampoco queda claro finalmente. Un buen ejemplo de esto es el mismo título de su columna, donde no aparece el prefijo “neo”: *Si Trump parece un fascista y actúa como un fascista, entonces tal vez lo sea*, que es una paráfrasis de la llamada “prueba del pato”, una forma de razonamiento inductivo que implica que se puede identificar a algo desconocido al observar las características habituales de este algo, que, según él (y todo esto después de haberle reprochado a Evans que escribió que Snyder dice “fascismo”, cuando este, supuestamente, según Cohen, “es mucho más sutil y no dice ‘fascismo’” (sic) [sino “neofascismo”]).

Si bien todo este ataque a Evans y la defensa de Timothy Snyder y Sarah Churchwell, podría parecer solo una cosa de la columna de opinión, proporciona el tono a todo el argumento de Cohen que, supuestamente “pone las cosas en su lugar” (tanto respecto a que “Trump es un fascista”, como respecto a “quién dijo que cosa”). El mejor ejemplo de este reproche, es la acusación que la revista *The New Statesman* “no cuenta con un buen departamento de la verificación de los hechos (*fact-checking*)”: de otra, como insinúa Cohen, no permitiría un texto en el que se dice que Trump no es un fascista (cuando, según Cohen, lo es) o que Evans se equivoca cuando acusa a Snyder de hablar de “fascismo”, mientras según Cohen, este estudioso, al igual que Churchwell, “son mucho más tácticos” y prefieren hablar de “prefascismo” y/o “neofascismo”. Si uno quisiera ser sarcástico, diría que *The Guardian* y el mismo Cohen también necesitarían ampliar su departamento de *fact-checking* ya que el autor de la columna se equivoca en ambos casos: Snyder no solo prefiere usar expresiones como “prefascismo” o “esquizofascismo”, o de “nuevo autoritarismo” (véase: Snyder, 2020b), sino en muchos textos y entrevistas, habla de “fascismo”, “nuevo fascismo” e incluso de “nazismo de Trump”, como quedó en evidencia en una de las columnas suyas analizadas (véase: texto #7), algo que, dicho sea de paso, refleja una curiosa y quizás adrede, falta de consistencia de su parte (para diferentes usos de este “fascismo” por Snyder, véase: Capítulo 2, 2.5.). Churchwell a su vez habla de “neofascismo”, pero también de “fascismo” respecto a los grupúsculos fascistas en Estados Unidos de entreguerras, al igual que respecto a Trump (véase: Capítulo 2., 2.6.). Dicho sea de paso, si bien Cohen anota al principio de su texto que Estados Unidos y el Reino Unido “no experimentaron el dominio del nazismo o el comunismo en el siglo XX”, no añade que ninguno de los dos países no ha tenido ningún fuerte movimiento fascista y mucho menos un régimen de este tipo en el poder. Lo mismo aplica al recuento que hace este autor de los

escritos y del análisis de Robert O. Paxton. Paxton, al contrario de lo que afirma Cohen, no escribió en ningún lugar que “KKK más que los *squadristi* de Mussolini podría considerarse el primer movimiento fascista”. En cambio, escribiendo en el libro mencionado acerca del estado del debate sobre los precursores históricos del fascismo, anotaba, para ser exactos–, “que hay quienes proponen a Francia, Rusia y que nadie propone a Alemania” y que KKK igualmente “podría ser uno de los fenómenos más tempranos relacionables funcionalmente con el fascismo” (Paxton, 2004: 49). Decir que KKK es un “fenómeno temprano relacionable con el fascismo” es decir algo muy diferente que “KKK ha sido el primer movimiento fascista incluso más que los propios fascistas de Mussolini”, como alega Cohen. De mismo modo, Paxton en ningún lugar comparó a los exoficiales Confederados con los nazis, tal como lo hizo en su oración Cohen, que tampoco había indicado y/o tomado en cuenta que el punto acerca de las semejanzas entre KKK y los movimientos fascistas es uno de contención entre los historiadores en Estados Unidos (véase: Amann, 1986; véase también arriba la sección dedicada a Paxton: 2.1.2.). Hasta aquí su preocupación por los hechos, su fidelidad a ellos y su don de verificarlos propiamente.

Frédéric Lordon, un economista y filósofo francés y uno de los principales intelectuales públicos en Francia, al analizar en uno de los textos los modos en los que los medios (“*lémédia*”) “son parte del ‘sistema’” y discutiendo el tema de la “posverdad” –de hecho con ejemplo de uno de los recuentos “cuasifilosóficos” de este tema en el mismo The Guardian (véase: Viner, 2016)–, sobre todo en contexto de las mentiras de Trump, un problema real, pero según Lordon, enmarcado por los medios de modo exagerado y/o engañoso, anotaba que los mismos medios, atrapados en una antinomia “entre la globalización y el Cuarto Reich” (sic), en referencia precisamente a las omnipresentes comparaciones al fascismo y el análisis dominante acerca de la llegada de un “nuevo Hitler”, anotaba que ellos mismos han contribuido a las condiciones que dieron a luz a Trump y que su obsesión con la “posverdad” o con la “verificación de los hechos” (*fact-checking*), no es el reflejo de ningún pensamiento crítico o de la preocupación por la verdad, sino “[una mera] balsa salvavidas del periodismo en hundimiento” (Lordon, 2017). Para Lordon el periodismo que asegura “combatir a la posverdad” y está obsesionado por “verificar los hechos” es el periodismo *par excellence* postpolítico cuyo papel principal es congelar las opciones fundamentales y actuar como perro guardián del orden existente: “En mundo que parece solo una ‘colección de hechos’, ya no hay nada que discutir excepto las ‘verdades fácticas’”, anotaba Lordon (*Ibidem*). Rebecca Panovka en un excelente recuento del pensamiento de Hannah Arendt sobre la mentira en la política también enfatizaba la obsesión de los medios de hoy con las “cualidades salvadoras del ‘*fact-checking*’”, subrayando que lo que muchas veces ignora este tipo de narrativa es que Arendt, –“beatificada en tiempos de Trump como la ‘santa patrona de los hechos’”–, forzada durante su carrera a lidiar con los departamentos de la verificación de los hechos en diferentes revistas estadounidenses con cuales colaboraba (como por ejemplo The New Yorker), en realidad odiaba al *fact-checking* viéndolo como un ataque a la libertad intelectual y filosófica. La verificación de los hechos era para ella “una especie de tortura”, “un galimatías” y “una de las muchas formas en que los aspirantes a escritores perseguían al escritor”. Pero su oposición a la práctica de la verificación de hechos y datos, apuntaba Panovka, iba más allá de la irritación personal: Arendt a lo largo de su carrera criticó la infiltración de la terminología y los métodos científicos en todos los aspectos de la vida humana. “Expresar un argumento en un lenguaje que sonaba científico, pensó, era una forma de reclamar la capacidad de saber o predecir cosas que nunca podrían predecirse o saberse. La práctica de verificación de los hechos era parte de esa tendencia: una forma de ‘falsa científicidad’” (Panovka, 2021).

#22

AUTOR	Jonah S. Rubin
TITULO	<i>It's Time to Use de F-Word. An Anti-fascist Approach to Trump and Franco</i>
MEDIO	Society For Cultural Anthropology/Culanth
PALABRAS CLAVE	Ataque al Capitolio Roger Griffin Donald Trump Fascismo Stanley G. Payne Robert O. Paxton Thomas Weber Francisco Franco
FECHA	15 de abril de 2021

Jonah S. Rubin es un antropólogo y profesor en Knox College en Illinois en Estados Unidos, que ha trabajado más de cerca las cuestiones en torno a los desaparecidos del régimen franquista. Su columna titulada *Es hora de usar la palabra que empieza con “F”: un enfoque antifascista hacia Trump y Franco* empieza con reconocer que el debate sobre si Donald Trump califica como fascista –el “debate sobre el fascismo” (véase: Rosenfeld, 2019)– ha estado latente desde que este apareció en la escena política nacional, pero “la insurrección en el Capitolio parece haber roto el tabú” contra el uso de la palabra “fascismo”. Aunque, como bien anotaba Rubin, los principales medios de comunicación reavivaron así los viejos debates latentes sobre la definición del fascismo (véase: Capítulo 2., 2.1., 2.1.1. y 2.1.2.), muchos de los expertos en fascismo como por ejemplo Roger Griffin o Stanley

G. Payne se negaban a usar esta etiqueta respecto a Trump considerándolo a él y a su movimiento como “demasiado incoherente para cumplir con sus criterios” (véase: Matthews, 2021; para los enfoques de los dos últimos estudiosos, véase: 2.1.2.). De manera similar, escribía Rubin, lo hacía el historiador alemán y especialista en nazismo Thomas Weber, profesor de la Universidad de Aberdeen.²⁵¹ “Cada uno de estos académicos sigue siendo crítico con Trump” anotaba Rubin, “sin embargo, amonestan a aquellos que descuidadamente usan la palabra “F”, acusándolos de transformar una categoría analítica rigurosa en un insulto genérico”. Sin embargo frente a este esfuerzo académico de codificar definiciones detalladas de términos teóricos claves que Rubin ve como “noble”, es más importante, según él, escuchar y fijarse en quienes “trabajan activamente para combatir el fascismo”, o sea, a los propios antifascistas que muchas veces pueden ver este tipo de esfuerzos como dañinos.

Apuntando al ejemplo de los españoles que buscan a sus seres queridos desaparecidos por la dictadura franquista, Rubin comparó su posición e insistencia en calificar su dictadura como “fascista” con el debate acerca del fascismo de Trump. Quienes continúan combatiendo activamente el legado de Franco en España han sido los primeros que sonaron el alarma cuando la Real Academia de la Historia de España publicó un diccionario biográfico que describía a Franco como “jefe de Estado” de un régimen “autoritario pero no totalitario”. Esta posición no ha sido aislada y como bien apuntaba Rubin, para la mayoría de los estudiosos del fascismo, Franco “desafía la clasificación”, entre otros por las incoherencias del propio proyecto franquista o por el mandato excepcionalmente largo que pasó por muchas transformaciones (véase por ejemplo: 2.1.2.).

El mandato de Trump, en comparación con el de Franco, fue afortunadamente corto. Sin embargo, como señalan muchos de sus críticos, no estuvo menos sujeto a cambios bruscos en retórica y política. Muchos estudiosos del fascismo reconocen asombrosas similitudes entre las manifestaciones populistas de Trump, su odioso nacionalismo y su novedoso uso de las tecnologías de la comunicación con el ascenso de Hitler y Mussolini. Sin embargo, argumentan, la adopción por parte de Trump del individualismo, el capitalismo y el relativo aislacionismo lo separan del verdadero fascismo. Al igual que Franco, se dice que las políticas de Trump difieren demasiado del fascismo de mediados del siglo XX (Rubin, 2021).

Para Rubin, no obstante, no tiene sentido esperar que el fascismo de 1971 o 2021 se pareciera al fascismo de 1941 y si el objetivo es describir un sistema político, más que una formación histórica, “entonces tiene tan poco sentido definir el fascismo por sus orígenes históricos como contrastar la democracia estadounidense con la antigua Grecia”. Es cierto, admite Rubin, que el fascismo es notoriamente difícil de definir en abstracto, pero esto es no menos cierto cuando se define la democracia. Al final, escribía Rubin, al menos un experto en fascismo, Robert O. Paxton, al observar a los partidarios de Trump atacando al Capitolio, declaró que con esto Trump “ha cruzado una ‘línea roja’ hacia el fascismo” (Paxton, 2021; véase arriba: texto #20), pero —preguntaba a la vez—, ¿no era esto evidente unos años atrás cuando Trump describió a los mexicanos como violadores, dirigió la violencia contra los manifestantes pacíficos, aprobó la prohibición musulmana, elogió a la “gente muy buena” en los mítines de supremacistas blancos y encarceló a niños inmigrantes en campos de concentración? Muchos antifascistas estadounidenses, escribía Rubin, decían esto desde el principio viendo todo el debate si Trump es fascista o no como “dañino”, al igual que muchos antifascistas españoles “que se oponen a las negativas de ver a franquismo como fascismo viendo en ellas solamente los intentos de blanquear la historia y no confrontar sus legados perniciosos”. Mientras “los historiadores del fascismo frecuentemente amonestan a los activistas políticos por utilizar descuidadamente el término como un insulto genérico”, anotaba

²⁵¹ Para Weber, desde el principio comparar a Trump con Hitler era “una distracción” y algo problemático en la medida en que “en el momento en que se menciona a Hitler en una discusión política, esto pone el fin a ella” (Weber T., 2016). Si bien Hitler y Trump tenían, según Weber, algunas similitudes como la “enorme flexibilidad táctica”, las diferencias eran aún más importantes como en la propia manera de hacer la política. Trump, bien señalaba Weber, tiene más mentalidad de un hombre de negocios que siempre quiere llegar a un *deal*, algo muy característicos de la cultura de negocios en Estados Unidos, el país que de hecho, recordaba Weber, el mismo Hitler odiaba. En este sentido, en lugar de compararlos, era más provechoso centrarse en los nuevos peligros que Trump podía representar para Estados Unidos y para el mundo, que mirar a Hitler: “Trump no es Hitler, pero esto tampoco significa que las cosas están bien”, señalaba (2016). En el mismo sentido añadía más tarde que Hitler y Trump son ambos destructivos para la democracia liberal, pero de maneras fundamentalmente diferentes y que solamente tomar en serio estas distinciones nos permitiría comprender la amenaza específica que representa Trump (2021), lo mismo que según Weber aplicaba a la muy propagada analogía entre el frustrado ataque al Capitolio y el fallido intento del golpe de Hitler en 1923 (el Putsch de la Cervecería de Múnich), una comparación propuesta por varios comentaristas e historiadores (véase: Beorn, 2021; Carter Hett, 2021; Gumpert, 2021; Tharoor, 2021): ambos eventos eran ataques a la democracia, pero de modos fundamentalmente diferentes como quedó demostrado por ejemplo por la retractación de Trump y la condena del ataque ante la presión de la opinión pública, algo que hubiera sido impensable en caso de los verdaderos fascistas (Weber T., 2023a). En otro lugar, Weber poniendo el enfoque en el pensamiento estratégico sobre el fascismo para evaluar mejor los peligros de nuestro momento político contemporáneo y analizando —en un enfoque comparativo—, las respectivas actitudes de Hitler y Trump ante un “estado de naturaleza anárquico”, concluía que entre ambos no hay ninguna analogía: si bien los dos rechazan la creencia liberal de que el sistema internacional puede operar con éxito mediante la subyugación voluntaria de todos los Estados a un conjunto común de normas y reglas, sus soluciones han sido diametralmente diferentes. Mientras para Hitler, el objetivo era superar el orden internacional anárquico y transformar a Alemania en una superpotencia, Trump no tenía ningún interés en establecer un Estado total o involucrarse en un conflicto externo constante, su política exterior se regía por una suerte de “semiaslacionismo”, además de que ya presidía sobre un Imperio: debido a estas diferencias, apuntaba Weber, era un error asociar a Trump con el fascismo (2023b).

Rubin, “los activistas no pueden permitirse el lujo de esperar a que se desarrollen movilizaciones de extrema derecha hasta el punto en que puedan ser admitidos en los alardeados pasillos del fascismo certificado”:

Para combatir eficazmente el fascismo es necesario nombrarlo, confrontarlo y desmantelarlo mucho antes de que pueda desarrollar suficiente capacidad organizativa para cumplir sus aspiraciones violentas. También requiere que busquemos y eliminemos rastros de proyectos fascistas aparentemente derrotados que continúan afectando a comunidades vulnerables. El mayor peligro no está en abusar de la palabra fascismo, sino en no reconocer el fascismo entre nosotros (Rubin, 2021).

La columna de Rubin, es un excelente ejemplo de cómo se puede exponer un argumento a favor de la comparación al fascismo, sin ignorar las voces de los “escépticos” y exponer a la vez su posición contraria. Aunque el autor pasa por alto todo el debate entre los estudiosos del fascismo sobre si el régimen de Franco ha sido realmente “fascista” o si, después de haber marginalizado la corriente falangista, es mejor entendido como un régimen dictatorial que dependía más de los sectores y corrientes políticas reaccionarias y religiosas “tradicionales” en la sociedad española católica en vez de un movimiento de masas “nuevo”, propiamente fascista (Traverso, 2019a: 121; véase también: Riley, 2019: 106-107), a la vez resume bien y sitúa su opinión en contexto de varios estudiosos del fascismo, que, como bien señala, en su mayoría se oponían a considerar a Trump un fascista, y que temían que el uso descuidado de la palabra “F”, transforma una categoría analítica rigurosa en un insulto genérico, no porque creyeran que el presidente de Estados Unidos no representara ninguna amenaza. Si bien tampoco queda claro a cual teoría o definición del fascismo acude en su entendimiento de este (¿las de Paxton?), al contrario de otros columnistas como por ejemplo Nick Cohen (véase: #21) que acusó precisamente a Richard J. Evans de ignorar la amenaza que representa a Trump a la democracia por su negativa de hablar de fascismo en su caso (véase: Evans, 2021b), Rubin describe de modo fiel y útil las posiciones de los “escépticos” como Payne, Griffin, Weber y Paxton, recordando oportunamente la anterior negativa de este último a ver a Trump como un fascista (véase: #20). Frente a estas aclaraciones, su propia posición –a pesar de las faltas mencionadas arriba–, cobra más claridad.

La principal reservación sin embargo que levanta su columna, es el modo en el que Rubin atribuye el don de poseer algún conocimiento especial y capacidad de distinguir el fascismo de los regímenes que no lo son a los activistas antifascistas como si estos “supieran más” y no pudieran nunca estar equivocados. Como bien señalaba el citado ya historiador alemán y estudioso del fascismo, Wolfgang Wipperman, el estudio del fascismo sirve para ser puesto al servicio de las políticas antifascistas: pero, por lo mismo, esto requiere el estudio y, basados en una teoría y entendimiento de la política, definición concreta e identificación correcta de fuerzas “sospechadas” de serlo (Wipperman, 1976). La sola “oposición antifascista” –apelar a que uno es “antifascista”, por lo que el régimen al que se dice oponer es automáticamente “fascista”–, no es homónimo de ello, aunque esto parece ser justo lo que insinúa Rubin. Muchos activistas estadounidenses que se consideraban antifascistas, tildaban al gobierno de Nixon como “fascista” (véase: Kuklick, 2022: 175), pero esto no lo hacía “fascista”, más bien acababa precisamente en lo que denunciaban los estudiosos como Griffin, Payne o Weber: en la conversión de un término heurísticamente útil, en un insulto genérico. Decir que Trump es un “fascista” porque está siendo combatido por “antifascistas”, es malentender por completo todo el afán y toda la tradición teórica de estudiar e identificar el fascismo desde las propias posiciones antifascistas que nació, originalmente como parte del activismo político en el seno del marxismo (véase: 2.1.1.). Y en práctica, contrariamente a lo que escribe en un lugar el propio Rubin, es afirmar que la adecuada identificación de los enemigos políticos en la extrema derecha –el argumento que hacía Wipperman–, no importa y/o que nos debemos mover solamente por una suerte de “reacciones viscerales” y una “condena moral (algo que precisamente censuraban los estudiosos como Griffin, Payne et al.), ahora bajo la bandera del “antifascismo”. Reinsertar la perspectiva antifascista en los estudios del fascismo podría parecer un afán noble, sobre todo después de que esta ha sido minimizada allí por el enfoque “anti-antifascista” de los estudiosos como Renzo De Felice y por todo el revisionismo histórico postcomunista (véase: Traverso, 2019a: 135-141 y 136-149; véase también: 2019d) –algo que propició por ejemplo la separación fascismo/nazismo²⁵²–, y después de que buena parte de los estudios sobre el tema tomara el ángulo “comprensivo” y “empático” hacia el fascismo (Griffin es un buen ejemplo), y constituir también una vía de salida a los *cul de sacs* de algunos de los propios enfoques antifascistas post-1945. Pero por sí mismo esto no resuelve nada y seguramente apelar al “antifascismo” por sí solo no pone el fin al propio “debate sobre el fascismo”, como nuevamente parece estar implicando Rubin. Finalmente, hay que tomar en cuenta también la diferencia de contextos: si bien Rubin no lo menciona en ningún lugar y no llama la atención a esta crucial diferencia, apelar al antifascismo ya no significa lo mismo que significaba en los años 30/40 del siglo XX e incluso en las primeras décadas después de la Segunda Guerra Mundial. Como bien señalan por ejemplo por separado los historiadores Enzo Traverso o Dan Stone, todo el ethos del antifascismo se ha ido erosionando a lo largo de las décadas posteriores a 1945 y hoy existe solo en una forma rudimentaria, siendo uno de los clavos a su ataúd la implosión del proyecto socialista post-1989 (Traverso, 2017a: 220-223; Stone D., 2021: 222-224; para más sobre antifascismo y su colapso como ethos, véase: Capítulo 2., 2.1.1.). Si bien la extrema derecha contemporánea, que Traverso prefiere describir como “posfascismo” en efecto opera como un fenómeno global, no existe nada parecido al anti(pos)fascismo global (Traverso, 2023d).

²⁵² Reinsertar la perspectiva antifascista al debate y a los estudios del fascismo, ayuda, como ya hace más de una década había argumentado bien Finchelstein, recordar precisamente los vínculos directos entre el nazismo y el fascismo y a combatir la tesis de la “singularidad” y la “incomparabilidad” del primero. Mientras en el período del fascismo italiano el antifascismo había sido confinado a los sectores de la izquierda, como bien recordaba Finchelstein, fue con Hitler y con los nazis –que representaron una amenaza real a la paz en Europa y el mundo–, que el antifascismo se agudizó cruzando las fronteras políticas, afianzándose en muchos estratos de la sociedad europea, incluso entre los “apolíticos” (Finchelstein, 2012: 260).

AUTOR	David Frum
TITULO	<i>There's a Word for What Trumpism Is Becoming</i>
MEDIO	The Atlantic
PALABRAS CLAVE	Ataque al Capitolio Donald Trump Democracia Elecciones Fascismo Joe Biden Juan Domingo Perón Peronismo
FECHA	13 de junio de 2021

David Frum es un comentarista político conservador canadiense-estadounidense que ha trabajado en la Casa Blanca como redactor de discursos del presidente George W. Bush y que en 2002, en marco de la declarada por él “guerra al terror” (*War on Terror*), acuñó la conocida noción del “eje del mal” (*axis of evil*) que comprendía, supuestamente, a Iraq, Irán y Corea del Norte (acuñada de modo análogo en alusión a la alianza del “Eje” de la Segunda Guerra Mundial conformada por Alemania nazi, Italia fascista y Japón imperial). Anteriormente miembro del Partido Republicano, Frum ha sido, al igual que Robert Kagan (véase arriba: texto #5), uno de los principales oponentes Republicanos a la candidatura de Trump (*Never Trump Movement*) abogando luego por votar por Hillary Clinton en las elecciones de 2016. Es autor de varios libros sobre el movimiento conservador estadounidense, incluidos dos que criticaban las políticas de Trump y su incompetencia en gobernar: *Trumpocracia: la corrupción de la República Estadounidense* (2018) y *Trumpocalipsis: la restauración de la democracia estadounidense* (2020). Actualmente es editor de la revista The Atlantic y colaborador de la estación MSNBC. Su columna, titulada *Hay una palabra para describir en qué se está convirtiendo el trumpismo* apareció en junio de 2021 —a seis meses de la toma de poder de Joe Biden— en la revista The Atlantic. La palabra a la que aludía Frum en el título, era, desde luego, “fascismo”.

Como apuntaba Frum, desde luego “algo ha cambiado para Trump y el trumpismo desde el enero de 2021” [y el ataque a Capitolio], pero, mirando retrospectivamente, también “algo ha cambiado después de los acontecimientos mortales en Charlottesville, Virginia, en 2017” [la marcha de neonazis y asesinato de una contramanifestante allí]. Trump, recordaba Frum, hizo tres declaraciones sobre esos acontecimientos durante cuatro días mostrándose visiblemente reacio a hablar negativamente de los grupos de extrema derecha y elogiando crípticamente a “buenas personas de ambos lados” y culpando a “esta atroz muestra de odio, intolerancia y violencia a ‘muchos lados’”. El propio Joe Biden en aquel entonces, escribía Frum, le había reprochado “haber proclamado públicamente una equivalencia moral entre los neonazis y los miembros del Klan y aquellos que se opondrían a su veneno y odio”. Pero a la vez, anotaba el autor, Trump se abstenía a elogiar más a los ultraderechistas (sic): “independientemente de lo que sintiera en su corazón, estaba limitado por ciertas realidades políticas y prácticas” (sic). En 2021 —una vez Trump fuera del poder, esto ya cambió: si bien, al inicio, por ejemplo muchos de sus partidarios trataban de distanciarse y distanciarlo a él mismo de los “excesos” y de los mismos atacantes, pronto el ataque a Capitolio quedó “aceptado, tolerado e incluso respaldado”, escribía Frum. Ya pronto resultó que los manifestantes “tenían razón” y que sus creencias que “las elecciones han sido robadas” y que “el gobierno y la ley conspiraban contra ellos”, eran ampliamente aceptadas. Como anotaba Frum, toda una campaña mediática de la derecha ha sido puesta en marcha en torno a ello. El expresidente, recordaba el autor, elogió también a Ashli Babbitt [la manifestante trumpista, veterana del ejército, matada por la policía cuando intentaba atravesar la puerta que protegía a los miembros del Congreso de la turba que había invadido el Capitolio], “una mujer inocente, maravillosa e increíble”, dijo Trump que elogió también, como anteriormente a los neonazis en Charlottesville, a los atacantes como “grandes personas” y denunció su arresto y encarcelamiento como “injustos”. Según Frum, estos mensajes de Trump y de sus partidarios representaban “una enorme herida a la democracia estadounidense” (entre otros, según las encuestas, al bajar la confianza de los simpatizantes del Partido Republicano en las elecciones) y acercaron al trumpismo hacia el fascismo al convertirlo, después de 6 de enero, en “un gran movimiento nacional dispuesto a justificar la violencia colectiva para reclamar el poder político”. Esto, antes en Estados Unidos era una cosa de “sectas marginales” como Ku Klux Klan, Weather Underground, los nacionalistas puertorriqueños, el Bund Alemán Estadounidense, pero, como anotaba Frum, a diferencia de ellos, el trumpismo no es un movimiento pequeño y apuesta “a continuar con el golpe”.²⁵³

²⁵³ Si bien este análisis está presente en la columna de Frum solo de manera tácita, apuntar a como “los mensajes implacables de Trump y sus partidarios han infligido una herida mensurable a la democracia estadounidense” o como el trumpismo “apuesta a continuar con el golpe” se inscribe en el marco del análisis de “la socavación de las instituciones”, uno de los más diseminados tropos liberales-conservadores respecto a Trump dentro del argumento “Trump es un fascista” (para la crítica de este tipo de análisis, véase: Robin, 2017b, 2017c). Según esta narrativa que Frum había desarrollado más en su libro *Trumpocracia* (2018) —uno que saltó inmediatamente al número uno en la categoría “Fascismo” de Amazon (sic) y pronto fue enviado de nuevo a la imprenta para una segunda tirada—, Trump y su [primera] administración “estaban dañando los principios” y “las prácticas aceptadas de la democracia estadounidense”. Según Frum, esta “erosión” no era solo un fenómeno estadounidense, sino parte de

Según Frum, durante los años de Trump, “parecía sensato evitar las comparaciones con los peores pasajes de la historia”, lo que incluía las advertencias “en contra del uso demasiado fácil de la palabra que empieza con ‘F’”, algo que el mismo autor, como aseguraba, respetaba y seguía. Si bien anteriormente, según Frum, el desprecio por la legalidad y el culto a la violencia diferenciaba el fascismo europeo de las tradiciones de antiliberalismo estadounidense, el trumpismo post-presidencia, “disolvió estas inhibiciones”. La conversión de Ashli Babbitt –“asesinada cuando intentaba alterar el orden constitucional para impedir la formalización de los resultados de unas elecciones democráticas”– en una mártir y “una especie de Horst Wessel estadounidense” [un militante nazi asesinado en 1930 por un militante comunista y convertido en un mártir] reflejaba bien, según Frum, esta transformación. Y argumentaba que “al estar acostumbrados a utilizar la palabra fascista como epíteto”, nos resulta difícil ajustarla para el análisis político corriente: si bien entendemos, según Frum, que hubo y hay muchas variedades de socialismo, “olvidamos que también hubo muchas variedades del fascismo, no sólo los derrotados en la Segunda Guerra Mundial”. Uno de estas variedades del fascismo era, según el autor, el peronismo en Argentina, que “ofrece muchas ideas sobre el trumpismo pospresidencial”. Juan Domingo Perón, anotaba Frum, fue “un líder torpe y vacilante” (sic), que “atrajo seguidores con una mezcla de ideas a menudo conflictivas y contradictorias”. Según Frum, Perón construyó su poder gracias a los ingresos de la producción y exportación de alimentos para las necesidades de la Segunda Guerra Mundial y “ofreciendo odio como esperanza”. Una vez fuera del poder, escribía Frum, Perón y peronismo “se convirtieron en el mito de una edad de oro perdida”, una analogía que según él explicaba bien también la transformación del trumpismo y su viraje hacia el fascismo. Y si bien “en Estados Unidos, las fuerzas de la legalidad todavía movilizan más fuerzas que sus adversarios trumpistas”, quienes defienden el orden constitucional estadounidense “deben comprender a qué se enfrentan”, apuntaba. Trump, según Frum, incitó a sus seguidores a desconocer el resultado electoral y su línea de la defensa es comparable a la defensa de Adolf Hitler después del Putsch de la Cervecería de Múnich en 1923 que alegaba, igual que Trump, “que no ha cometido ningún delito porque estaba tratando de recuperar los derechos robados”. “Obviamente, Trump no es un Hitler. Pero comparten algunas formas de pensar. El pasado nunca se repite. Pero ofrece advertencias. Es hora de empezar a utilizar la palabra que empieza con ‘F’ nuevamente, no para difamar, sino para diagnosticar”, concluía Frum.

Si bien tiene razón Frum al señalar que una vez fuera del poder Trump y el trumpismo se han radicalizado, desconociendo abiertamente el resultado electoral de 2020 y reproduciendo la narrativa de la “Mentira Grande” (*Big Lie*), su argumentación de por qué era en aquel momento –seis meses después del ataque a Capitolio–, que había que volver a usar finalmente la palabra que empezaba con “F”, no resulta clara y por lo tanto, poco convincente. A diferencia por ejemplo de Paxton (véase: texto #20) que explicó un giro parecido de modo más fundamentado a pocos días del ataque al Capitolio e incluso apuntó a una analogía histórica viable –el ataque de las agrupaciones fascistas franceses a la Cámara de Diputados el 6 de febrero de 1934–, Frum apuntaba solamente de manera general a la violencia que promovió Trump y que ejercieron sus seguidores (como si toda violencia tendría que ser automáticamente “fascista”) y al modo en que estar fuera de poder “disolvió todas sus inhibiciones”. De este modo, según Frum, –un argumento muy paradójico en sí mismo–, fuera de la presidencia y una vez vuelto “fascista” fuera del poder, su impacto a la democracia estadounidense era mucho más corrosivo (sic). Si uno aceptara en totalidad esta argumentación –algo que hasta cierto punto aplicaría también al razonamiento de Paxton–, Trump sería el primer fascista en la historia del mundo que llegó a serlo fuera del poder, no antes, ni cuando estuvo en el gobierno. En este sentido igual que en caso de Paxton, este cambio de posición más que por el peso del acontecimiento mismo –que ha resultado ser, y Frum no lo deja en claro, un rotundo fracaso que de ninguna manera impidió que Joe Biden tomara el poder–, se explica con las emociones (tardías) y el impacto en el público y en los opinadores (como Frum) del mismo acontecimiento sin precedentes en la historia de Estados Unidos. Aquí tiene razón Frum, pero, nuevamente, su impacto es medido solo simbólicamente, además que insistiendo en el enorme giro de Trump y trumpismo post-2021 (salvo la simpatía a los neonazis de Charlottesville²⁵⁴), Frum, de modo

“una erosión global de la democracia por parte de los líderes autoritarios desde Rusia hasta Sudáfrica, desde Turquía hasta Filipinas, desde Venezuela hasta Hungría”, un eje de análisis igualmente muy diseminado entre los comentaristas conservadores-liberales (véase por ejemplo: Applebaum, 2020). En otro libro, *Trumpocalypse* (2020), Frum repetía *grosso modo* el mismo argumento, apuntando que el trauma que Trump infligió a la democracia y las instituciones estadounidenses “distorsionará la política estadounidense y mundial en los años venideros”, aunque, como hemos visto, según los estudiosos como Robin este ángulo de analizar a Trump y al trumpismo es completamente erróneo: según Robin las instituciones estadounidenses no solo no deben ser tratadas como ningún “baluarte” que nos salvaría de los excesos de los extremistas, sino que las peores cosas que se han hecho en Estados Unidos “siempre han sucedido a través de las instituciones y las ‘prácticas estadounidenses’, no a pesar de ellas” (Robin, 2017c; para más sobre este análisis de Robin, véase: Capítulo 2., 2.3.).

²⁵⁴ Aunque la defensa y el “apapacho” que Trump les dio a los neonazis de Charlottesville es altamente criticable de modo que lo hacía Frum, cuando años más tarde, a finales de 2023, la vocera de la Casa Blanca, Karine Jean-Pierre, en una conferencia de prensa comparó a los manifestantes –muchos de ellos judíos estadounidenses–, que pedían el alto al genocidio en Gaza y la implementación inmediata del cese al fuego allí, a los... “neonazis y supremacistas blancos de Charlottesville” (sic) (Jean-Pierre en: Toscano, 2023b), a fin de justificar la brutal violencia policiaca en su contra –de modo, de hecho, que para el mismo fin Trump demonizó en su momento a los activistas de #BlackLivesMatter–, el presidente estadounidense (por medio de su vocera, pero siempre), hizo precisamente lo que Biden, citado por Frum en su columna, todavía desde la oposición le había recriminado a su predecesor: “hacer una equivalencia moral entre los neonazis y los manifestantes pacíficos” (sic), una analogía que por un lado podría ser vista como impactante, pero a la luz de este estudio resulta muy sintomática. La comparación de los manifestantes pacíficos en contra del genocidio en Gaza a los “neonazis de Charlottesville”, confirmó el señalado anteriormente en el marco de esta investigación, el verdadero papel “superfluo” de este tipo de comparaciones en la política estadounidense que denunció y describió de manera convincente Kuklick (véase: Capítulo 2., 2.7. y en particular nota de pie 188), recordando a la vez otro

seguramente no intencional, acaba pintando su propia presidencia (2017-2021) como un periodo lleno de mesura y cordura, blanqueando en efecto sus políticas (por ejemplo sus brutales políticas migratorias). Además la indignación del autor respecto a la violencia que desató Trump y la existencia de algo que, según él, Estados Unidos no tenía antes: “un gran movimiento nacional dispuesto a justificar la violencia colectiva para reclamar el poder político” –cosa que lo motivó finalmente a usar la palabra “fascismo”–, no se sostiene frente a la historia del propio Frum respecto a este tema. Resulta que Frum, tan aparentemente indignado por la “violencia fascista” de la turba trumpista desatada en el Capitolio e incitada por Trump, tiene una larga historia de apoyar las soluciones violentas y no lamentar sus víctimas, siempre cuando la violencia aparentemente era el producto del “monopolio del Estado”: algo que va desde su apoyo incondicional y acrítico a la invasión a Iraq (2003)²⁵⁵, hasta su, como recordaba en un lugar Rick Perlstein, abrazo de la represión violenta de las manifestaciones en los años 60 en contra de la guerra en Vietnam y por los derechos civiles. Como recordaba este autor, Frum en un debate con Perlstein, aseguró en una ocasión que Estados Unidos podía haber resuelto fácilmente el problema de los disturbios en los 60 “si la policía matara a más personas a tiros”, cuando en aquel entonces, recordaba Perlstein, en una sola manifestación la policía de Los Angeles mató a tiros a 34 personas.²⁵⁶ A esto habría que añadir la promoción de violencia para abolir el régimen de Saddam Husein en Iraq una invasión para la cual el apoyo internacional ha sido forzado por la administración para la que trabajaba Frum a base de las mentiras sobre las supuestas “armas de destrucción masiva” y de paso acompañada de unas delirantes comparaciones históricas de Estados Unidos con los imperios que históricamente gobernaban aquella región (sic). Según el propio Frum “una vez derrotado Saddam y la dictadura baazista reemplazada por un gobierno aliado, Estados Unidos gozarían de poder sin precedentes desde los tiempos otomanos, quizás romanos” (sic) (Frum en: Ali, 2003). Décadas después, sin haber podido festejar triunfos estadounidenses “al estilo romano”, Frum –incapaz de retractarse o criticar su posición belicista–, en un texto a veinte años de la invasión aunque admitió que la guerra “salíó mal”, siguió aplaudiendo la decisión. Insistía que “no se ha tratado de una intervención no provocada” (sic) y que al final la invasión “benefició enormemente al pueblo iraquí”, ofreciéndoles “muchas nuevas oportunidades” (sic). Lo único lamentable, según Frum, era que el fracaso estadounidense en Iraq “apagó el entusiasmo público por las nuevas guerras en otros lados” (sic) (Frum, 2023a).²⁵⁷

En cuanto a la analogía histórica de Frum entre Trump y Perón ofrecida como otra justificación para poder hablar del fascismo en caso del primero –simplista y desinformada históricamente–, es importante señalar que esta provocó rechazo incluso por parte de un estudioso como Finchelstein que igualmente es uno de los principales “alarmistas”. Como bien recordaba este autor, el populismo de Perón surgió como una reformulación democrática del fascismo y ningún estudioso serio del peronismo afirmaría que este siguió siendo fascista después de 1945, tal como lo insinúa en su columna Frum (en efecto, Perón convocó y ganó las elecciones democráticas en 1946 y, dejando atrás su flirteo con el fascismo desacreditado después de la guerra se volvió en primer líder populista que llegó al poder por vía de las urnas). Además, según Finchelstein, “Trump estaba mucho más cerca de Hitler (sic) de lo que alguna vez lo haya estado el general Perón”.²⁵⁸ De hecho unos años antes en otro texto en el que Finchelstein discutía las comparaciones de Trump con el fascismo, el historiador argentino apuntaba precisamente a Perón como una analogía histórica mucho más iluminadora, pero no en el sentido sugerido por Frum. En sus ojos la “reformulación populista de la democracia” hecha por Perón que sirve, contrario a su versión liberal, no para afirmar sino para suprimir la diversidad sin dictadura, sin represión y sin violencia, era un ejemplo mucho más cercano al trato que le daba Trump a la democracia que la postura de los fascistas que simplemente prescindían de ella (un análisis correcto de su parte, véase: Riley, 2019). En este sentido, según Finchelstein, esta analogía y no la comparación al fascismo, era también mucho más ilustrativa en términos de una “lección de la historia”, demostrando “como los sistemas políticos de los países pueden corromperse sin ser reemplazados por

sintomático antecedente histórico de este tipo del uso de las comparaciones en la política estadounidense: en 1970, antes de mandar la Guardia Nacional a suprimir la protesta estudiantil en la Universidad de Kent, el gobernador de Ohio comparó a los manifestantes pacíficos en contra de la guerra en Vietnam con “las camisas pardas nazis”. Si los estudiantes eran “nazis” –tal como a finales de 2023 según la administración de Biden lo eran los manifestantes por el cese al fuego en Gaza–, entonces era justificado usar todo el tipo de fuerza en su contra (cuando la Guardia Nacional abrió el fuego en contra de los estudiantes en Ohio el saldo era 4 muertos, varios heridos y un estudiante paralizado de por vida).

²⁵⁵ Además no deja de extrañar como los neoconservadores “*Never Trump*”, como Frum, alineados ahora con los Demócratas, pueden levantar el argumento del “6 de enero”, un intento caótico y nunca consumado de alterar el resultado de las elecciones presidenciales, callando siempre sobre el caso real en el que un candidato presidencial Republicano apoyado por ellos –George W. Bush– robó realmente, gracias a las maquinaciones de su hermano Jeb, el entonces gobernador del estado de Florida, la presidencia en Estados Unidos en 2001.

²⁵⁶ Twitter/X, 29 de octubre de 2023, <https://twitter.com/rickperlstein/status/1718782433141645388> Como recordaba por su parte y en otro contexto Corey Robin, los finales de los 60 y principios de los 70 en California durante la gubernatura de Ronald Reagan eran los tiempos cuando la violencia llegó a los niveles “verdaderamente fascistas”, absolutamente incomparables con los niveles de violencia ejercida por Trump durante su presidencia. Reagan no solo no dudaba mandar la Guardia Nacional a los campus universitarios para reprimir la “izquierda radical” (los manifestantes en contra de la guerra en Vietnam), sino aseguraba que si la “matanza era lo que se necesitaba”, él estaba abierto a la idea y que “no iba a haber apaciguamiento” (sic). Twitter/X, 18 de marzo de 2024, <https://twitter.com/CoreyRobin/status/1769895438860026236>

²⁵⁷ Robert Kagan, el colega de Frum del grupo de los Republicanos que trataban a bloquear la candidatura de Trump y que luego lo estaban comparando al fascismo (véase: texto #5), expresó la misma opinión admitiendo que tal vez “no todo salió exactamente como queríamos” pero “el objetivo era un objetivo digno y el mundo es ahora mejor gracias a ella [la invasión a Iraq]” (Kagan en: Moyn, 2023a).

²⁵⁸ Twitter/X, 15 de julio de 2021, <https://twitter.com/FinchelsteinF/status/1415650759115431939>

uno fascista” (Finchelstein, Moses, Piccato, 2017). En contraste con el fascismo, apuntaba Finchelstein, “la Argentina de Perón siguió siendo una democracia populista autoritaria que amplió los derechos sociales y económicos, y nunca reprimió violentamente a sus críticos”, confiando en los votos de las masas peronistas para mantenerse en el poder. El país experimentó una fuerte redistribución del ingreso, con aumentos de salarios y empleos, vacaciones pagadas, más derechos para los trabajadores agrícolas y urbanos, jubilación estatal totalmente financiada, ningún desempleo y un aumento sustancial en el apoyo estatal a la atención de salud pública y la educación pública. “Gracias a estos logros, Perón nunca necesitó tomar medidas enérgicas contra los críticos de su régimen” y “su popularidad y estos logros materiales crearon un consenso que neutralizó a los críticos sin necesidad de recurrir a la violencia” (*Ibidem*; véase también: Finchelstein, 2024: 10-11 y 2019d). Como por su parte anotaba otro historiador argentino, Horacio Tarcus, calificar al régimen de Perón como “fascista” impedía efectivamente a una parte de la izquierda antiperonista entender propiamente la verdadera naturaleza de su régimen: mientras buena parte de la izquierda antiperonista argentina lo tildaba de “fascista”, los pocos que, siguiendo los debates teóricos marxistas de los años 30 (véase: 2.1.1.) comprendieron su particularidad y optaron por calificarlo como un “régimen bonapartista” han sido los trotskistas argentinos que así tenían con esto una “ventaja epistémico-política” sobre sus rivales socialistas y comunistas que no lograban entender la férrea lealtad forjada entre el líder bonapartista y las masas trabajadoras y por lo tanto no podían formular una adecuada respuesta política a él (Tarcus, 2023). Este ejemplo no solo confirma la necesidad de una adecuada identificación de los enemigos políticos y el uso adecuado de las términos (y las comparaciones) –haciendo de paso un eco con el “debate sobre el fascismo”–, sino que lo mismo se puede decir de Trump: calificarlo de “fascista” implica el mismo riesgo de quedarse sin entender la naturaleza de su fenómeno político e impide ver los mecanismos de apoyo y de las “lealtades” particulares que han estado detrás de su auge y su popularidad, mientras en cambio ver su régimen como “neobonapartismo” y “neopatrimonialismo”, logra captar mucho mejor esta naturaleza (Riley, 2018, 2019: xxii-xxxiii).

Finalmente –regresando al texto de Frum–, apuntando al 6 de enero de 2021 y el modo que el ataque al Capitolio, en ojos de Frum, sirvió como el punto de inflexión en Estados Unidos para permitir que la violencia de extrema derecha pueda deshacer su sistema electoral, el autor trató de argumentar que un desmantelamiento parecido ha tenido lugar bajo el nazismo y para justificar este vínculo apuntó a una analogía entre Horst Wessel y Ashli Babbitt, enfatizando que “la conversión de Babbitt en mártir, una especie de “Horst Wessel americano”, expresaba la transformación del trumpismo en fascismo. Aquí también esta comparación –empezando por el estatus real de los mártires para Trump/trumpismo y acabando en como realmente uno puede decidir a enmarcar la historia de Wessel vista desde Estados Unidos–, resulta problemática. Como ya mencionamos anteriormente (véase: columna #9), Horst Wessel (1907-1930) ha sido uno de los principales “mártires” nazis, el soldado de asalto de 22 años, miembro de la *Sturmabteilung* (SA), la organización paramilitar del Partido Nazi (NSDAP) que fue asesinado por los comunistas tres años antes de que Hitler tomara el poder y cuya muerte ha sido utilizada profusamente por la propaganda del partido durante los siguientes años. Ashli Babbitt (1985-2021) ha sido una fanática ultraconservadora de extrema derecha y una veterana militar que se encontraba en la primera fila de la turba que atacó al perímetro del Capitolio y que fue matada por la policía cuando intentaba interrumpir violentamente el orden constitucional y bloquear la certificación de una elección presidencial (la turba que además asesinó a policías y mutiló a los funcionarios electos). Si bien efectivamente el trumpismo convirtió a Babbitt de manera súbita en una mártir de su causa –de allí al menos en la superficie la analogía sugerida por Frum y varios otros comentaristas como Snyder parecería justificarse–, la figura del martirio político o el “culto a los caídos” no es ningún rasgo característico del trumpismo ni en su versión anterior ni en su “nueva reencarnación fascista” según Frum. Más bien lo contrario parece ser la verdad y la explotación de la figura de Babbitt por parte de Trump más que confirmar la conversión de trumpismo al fascismo es resultado de un oportunismo político de momento. Como bien recordaba el historiador del nazismo Richard J. Evans, la única figura que Trump venera y rodea con el culto es la gente que él considera como “ganadores”. Esta mentalidad, subrayaba Evans, contrasta fuertemente con el papel central del autosacrificio en la ideología fascista. Como bien recordaba, ofreciendo más contexto a este detalle histórico y la pertinencia de hacer las analogías entre este y el presente, Hitler se consideraba a sí mismo como un apostador: “Siempre voy a por todas”, le dijo a Hermann Göring en 1939. Para él no podía haber nada más que una victoria total o una derrota total. El suicidio en el caso de fracaso siempre fue una opción en su mente, recordaba Evans. Hitler y su jefe de propaganda Joseph Goebbels construyeron un culto en torno a los “mártires” nazis como Wessel y honraron también a los hombres asesinados a tiros por la policía en el putsch de la cervecería de 1923, haciendo desfilar la “bandera de sangre” blandida por los aspirantes a los golpistas en las conmemoraciones ceremoniales cada año. Mientras tanto Trump, recordaba Evans –un personaje que venía del mundo de los *reality show* que premia solo a los ganadores [como su propio programa *The Apprentice*], un mundo en los antipodas de los valores del autosacrificio nazi/fascista–, en una ocasión rechazó visitar por ejemplo un cementerio de guerra en Francia y las tumbas de los soldados estadounidenses caídos durante la Segunda Guerra Mundial, comentando que los que murieron por su país en el campo de batalla eran “perdedores” y “tontos” (sic) (Evans, 2021b). ¿Alguien se imagina a un (verdadero) fascista diciendo una cosa semejante? Igualmente su ex secretario de seguridad nacional, John Kelly, informó que en otra ocasión Trump, al visitar el cementerio militar en Arlington, afirmó que “no veía el sentido de morir en la guerra”, mientras ningún líder fascista real habría negado que la muerte heroica en combate tenía un significado (*Ibidem*). En este contexto pretender a “venerar” a Babbitt y prometer “honrarla”, no se vislumbra como ninguna marca de “transformación fascista”, sino simple oportunismo político y el afán de congraciarse con las bases trumpistas.

Pero otra objeción a la analogía entre Wessel y Babbitt está en que la historia del primero podría ser contada para el público estadounidense de manera muy diferente: no como una historia de la “latente amenaza fascista” y de la pronta llegada del fascismo a Estados Unidos (según la narrativa de Frum), sino como una historia y un símbolo de la victoria de Estados Unidos sobre el nazismo y la materialización de la idea de la “Buena Guerra” (*Good War*) que dominó la narrativa estadounidense en los años 40 y en la que Estados Unidos constituía la antítesis de los principios nazis/fascistas (véase: Rosenfeld, Ward, 2023: 2 y 26). Resulta que entre varios homenajes que los nazis le rindieron a Wessel en sus esfuerzos propagandísticos como nombrar tras él la

18ª división de Granaderos de la *Waffen-SS* o a un Ala de combate de la *Luftwaffe*, “Horst Wessel” ha sido también el nombre de un buque-escuela de tres mástiles mandado a construir por los nazis en 1936 y que sirvió en aquella capacidad tanto para la propia *Kriegsmarine* como para las Juventudes Hitlerianas (*Hitlerjugend*). El navío sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial y fue confiscado por Estados Unidos como un trofeo de guerra. En 1946, después de algunas modificaciones, entró en servicio con la Guardia Costera de Estados Unidos bajo el nombre USCGC *Eagle* y... hasta hoy en día sigue en servicio activo como el único velero, junto con el USS *Constitution*, que permanece en servicio militar en Estados Unidos. En este sentido hablar de Wessel exclusivamente en la clave del “fascismo estadounidense” y las comparaciones al fascismo es más bien una deliberada estrategia retórica, que de hecho, como se podría argumentar, oculta al menos una parte de la historia real de como el fascismo ha sido derrotado rotundamente en 1945 (véase: Gentile, 2023), entre otros, gracias al esfuerzo de los propios Estados Unidos.

Finalmente, de manera llamativa, como varios otros autores cuyos textos ya hemos analizado y que han usado en algún momento y en diferentes contextos la palabra “fascismo” para hablar de Trump (Milbank, Paxton et al.), Frum –después de sonar el alarma de modo tan dramático en esta columna y después de haber estado, aparentemente, tan determinado en introducir la palabra “F” al diccionario y al diagnóstico político respecto a Trump y al trumpismo–, si bien siguió escribiendo prolíficamente sobre Trump, no volvió a usar nuevamente en ninguno de sus análisis el término “fascismo” (sic). En ninguno de dos textos de 2023 en las que analizaba por ejemplo las chances electorales de Trump frente a los comicios de noviembre de 2024 (Frum, 2023b, 2023c) habló de la “amenaza fascista”, tal como lo han hecho por ejemplo algunos otros comentaristas (véase: Browning, 2023 y el texto #27), ni alertó, en tenor de su texto en cuestión, que íbamos a tener a un “fascista” en la boleta, a pesar de que en 2021 alegaba de modo muy decidido que Trump después del ataque a Capitolio se convirtió en un “fascista” y que así había que calificarlo. Subrayaba en cambio en aquellos textos, de hecho de manera bastante sensata, que ni los juicios penales de Trump, ni la cuestión de la 14ª Enmienda –un debate legal en el que según algunos Trump podría/debería ser descalificado de presentarse en las elecciones por “traición” que consistió en haber promovido a desconocer el orden constitucional y el resultado de las elecciones incitando el ataque al Capitolio²⁵⁹– eran la solución y que la “única manera de derrotarlo era en las urnas” (Frum, 2023c).

#24

AUTOR	Robert Reich
TITULO	<i>Maybe US mainstream media should begin using the term ‘fascism’</i>
MEDIO	The Guardian
PALABRAS CLAVE	Donald Trump Democracia Elecciones presidenciales Fascismo Medios Partido Republicano Ron DeSantis Semifascismo
FECHA	31 de agosto de 2022

La columna de Reich (véase su columna analizada anteriormente: #3) titulada *Quizás los principales medios de comunicación estadounidenses deberían empezar a utilizar el término ‘fascismo’* ha sido escrita en contexto de la contienda por la nominación Republicana para ser el candidato a la presidencia en 2024.²⁶⁰ Después de que, como anotaba Reich, su tuit sobre Ron DeSantis [un político conservador Republicano, gobernador del estado de Florida desde 2019] en el que preguntaba si “DeSantis” no debería ser un “sinónimo oficial del “fascismo””, de manera sorpresiva “provocó indignación en los medios de derecha”, tal vez, según el autor, “se tocó [alguna] fibra sensible del fascismo que ahora está arraigando en el Partido Republicano”. “Después de medio siglo dentro y alrededor de la política, tengo la piel dura. Pero el tamaño del retroceso de mi pequeño tuit me hace pensar

²⁵⁹ Esta postura de Frum es muy llamativa no solo porque muchos otros liberales en Estados Unidos –entre ellos comentaristas y comparatistas de Trump al fascismo (véase: Reich, 2023c)–, esperaban que la aplicación de la 14ª Enmienda a Trump finalmente lo descalificaría de presentarse en las elecciones, sino porque el propio ataque a Capitolio ha sido, como hemos visto, el centro de su tesis de la supuesta “conversión” de trumpismo en fascismo, la línea de argumentación que Frum, efectivamente, abandonó después. En 2023, apelando a la 14ª Enmienda y su Sección 3, introducida después de la Guerra Civil y que prohíbe a los “insurrectos” ocupar cargos federales, el estado de Colorado (y dos otros) excluyó a Trump de las boletas, pero el 4 de marzo de aquel año, la Corte Suprema de Estados Unidos, sentando un importante precedente, anuló la decisión de la Corte Suprema de Colorado resolviendo que en caso de Trump la 14ª Enmienda no aplicaba, estableciendo en efecto que el ataque a Capitolio no representaba una “insurrección”.

²⁶⁰ De modo curioso en una de sus columnas anteriores Reich (2021) prefería hablar de “neofascismo” y escoger esta figura como *tertium comparationis* para Trump (*relate*), mientras aquí al igual que por ejemplo en su texto de 2016 (#3), hablaba de “fascismo”.

que toqué una fibra sensible”, escribía Reich. Describiendo a DeSantis como “el rival más probable de Trump para la nominación Republicana en 2024” y recordando que ha sido llamado a menudo como “Trump con cerebro” (por ser educado en Harvard y Yale), DeSantis “es el ‘guerrero cultural’ más consumado de la nación” que, entre otros, ha estado censurando los libros de texto en las escuelas en Florida y luchando en contra del supuesto “adoctrinamiento de izquierda” y el pensamiento “woke” [un término para referirse a quienes se enfrentan o se mantienen “despiertos” frente al racismo].²⁶¹ Según Reich, una mezcla de los esfuerzos de DeSantis de controlar las escuelas y universidades públicas, mezcla homofobia, transfobia, racismo y misoginia es describible útilmente como “fascismo” (o al menos “algo que huele a fascismo”). En este sentido, según el –después de recordar que apenas unos días antes el propio presidente Joe Biden, “nunca conocido como un lanzador de bombas retóricas”, había usado el término “semifascismo” para referirse al Partido Republicano (véase: Finchelstein, 2022c; Katz, 2022b; Stanley, 2022d; véase también abajo: Gopnik, 2022, texto #25)–, los principales medios de comunicación estadounidenses que a menudo hablan y escriben sobre “autoritarismo”, “deberían empezar a utilizar más bien el término ‘fascismo’”. El autoritarismo, escribía Reich, implica la ausencia de democracia, una dictadura. “El fascismo –del latín *fascis*, que denota un haz de varillas de madera fuertemente atadas que normalmente incluye una hoja de hacha que sobresale, adoptado por Benito Mussolini en la década de los 30 para simbolizar su poder total– es diferente”, apuntaba, ya que este “también incluye el odio hacia ‘ellos’ (personas consideradas diferentes por raza o religión, o fuera de la corriente principal, o que nacieron en el extranjero), control sobre lo que la gente aprende y qué libros se les permite leer (...) control sobre las mujeres y las decisiones más íntimas y difíciles que jamás tomarán (...)”. Después de todo, abrazar el fascismo, según Reich, “podría ser una estrategia particularmente útil si el principal oponente en 2024 será Trump”.

Más allá de un irónico contraste entre Timothy Snyder, un ávido tuitero que pintó a Twitter/X en manos de Trump como casi una “máquina productora de fascistas” (véase: el texto #16; lo mismo anteriormente Snyder había dicho respecto al Internet, véase: #9) y entre Reich, otro ávido usuario de esta red social que hizo de ella en las primeras líneas de su columna una verdadera “máquina para matar a fascistas” (en una alusión a las palabras escritas en la guitarra de Woody Guthrie, un famoso cantautor folk estadounidense), su fijación en Ron DeSantis y la insistencia de compararlo con el fascismo, el político cuya candidatura para la presidencia nunca realmente ha cobrado el vuelo y ha terminado a principios de 2024 en un completo fracaso –con este declinando a favor de Trump–, resulta muy característica para cierto tipo de tono de los “alarmistas” dentro del “debate sobre el fascismo”: el hiperbolismo y la inverificabilidad. No solo Reich, sino también muchos otros comentaristas y estudiosos que anteriormente comparaban a Trump con fascismo, viendo en DeSantis a “alguien más peligroso que el mismo Trump”, una suerte de “aprendiz”, “producto” de él solían tildarlo igualmente de fascista, prediciendo que iba ser “mucho más peligroso” que Trump (véase: Ben-Ghiat, 2022a; DiMaggio, 2023a; Stanley, 2023a), con lo que en realidad rebajaban el uso de “fascismo” a la táctica de “llamarse nombres”. De modo paralelo, otros estudiosos como Cas Mudde, aseguraban con más calma que no se trataba de ningún “fascista” sino de un simple y muy representativo para todo el Partido Republicano de hoy, político conservador obsesionado por el tema de las “guerras culturales” (Mudde, 2022b).²⁶² Al final, el fracaso de su campaña y el hecho que DeSantis no resultó ni de lejos una amenaza y una candidatura tan fuerte como la pintaba Reich (y otros), se debían precisamente a la obsesión que señalaba Mudde: su campaña ha demostrado que el “anti-*wokismo*” y muchas otras fijaciones de un nicho de los “guerreros culturales de derecha en línea” que él promovía y trataba de explotar políticamente –usando en ello también las mal informadas y superficiales apropiaciones de algunas ideas de Antonio Gramsci, un teórico marxista y líder del partido comunista italiano²⁶³–, no traían tanta tracción política como él mismo creía (y como aseguraban los comentaristas como Reich).

²⁶¹ “Woke” (“despierto” en inglés) es un término que se usaba inicialmente en Estados Unidos para hablar de quienes en el ámbito del activismo de izquierda enfrentaban o se mantenían “alertos” frente al racismo u otro tipo de opresión, llegando a abarcar también una “conciencia despierta” respecto a otras injusticias: la desigualdad social, relaciones de género, orientación sexual, el colonialismo, etcétera. Como tal, “woke” fue utilizado por Martin Luther King en junio de 1965 durante el famoso discurso en la Universidad de Oberlin (Ohio) en la que King invitó a los estudiantes a permanecer “despiertos” y comprometerse en la lucha por los derechos civiles. En el siglo XXI, ha sido retomado por el movimiento #BlackLivesMatter que surgió en 2013 dentro de la comunidad afroestadounidense en respuesta a lo que se consideró como el racismo sistémico y la violencia policiaca aun latente. “Woke” posteriormente fue retomado por la derecha y por los conservadores convirtiéndose en un término ofensivo y despectivo respecto a los movimientos progresistas y sus miembros acusados de fragmentar la “unidad republicana” separando a los ciudadanos en una serie de identidades basadas en su origen, su sexualidad o su género o de censurar, supuestamente, las opiniones discrepantes mediante la llamada “cultura de la cancelación” (*cancel culture*). Frente a esta apropiación, la propia izquierda paulatinamente ha ido abandonándolo.

²⁶² Hay que señalar que en este caso se ha equivocado Dylan Riley, que, desde luego sin tildarlo de “fascista”, pintaba a DeSantis, muy en tenor con las advertencias de Reich, como alguien “mucho más peligroso que Trump”, dudando incluso si el expresidente regresaría a la política de primera línea y pensando que el Partido Republicano elegiría a alguien como DeSantis para su nuevo retador presidencial en vistas de las elecciones de 2024 (véase: Riley, 2022a: 117).

²⁶³ Este tipo de apropiaciones, como bien apuntaba Toscano, por lo general no demuestra ningún conocimiento real de los escritos de Gramsci y sigue un modelo esquemático centrado en una lectura simplificada de un solo aspecto de su pensamiento: la “hegemonía”, reducida solamente a la estrategia de la toma de las instituciones culturales clave: escuelas, medios de comunicación, de entretenimiento, publicaciones, etcétera, la estrategia que algunos teóricos de derecha bautizaron como la “vanguardia gramsciana”, tratándola como una herramienta de control vertical, mientras el propio Gramsci entendía la “hegemonía” de modo mucho más amplio como una relación en la que un grupo dentro de una clase o una clase dentro de la sociedad ejerce un liderazgo intelectual/moral sobre las otras y un instrumento de la subjetivación política desde abajo (Gramsci, 1971: 57-58). Este es tanto el caso por ejemplo de los posfascistas italianos convencidos que la izquierda en su país después de

Pero como bien apuntaban otros comentaristas, su fallida campaña presidencial, y encima la magnitud de este fracaso, demostró que el obsesivo “anti-*wokismo*”, lejos de representar una nueva cara del fascismo, ha resultado ser un *cul-de-sac* político y una muestra que buena parte de los estadounidenses estaban cansados de este tipo de narrativa (Burgis, 2024a; véase también: 2024b). En este sentido la observación de Reich que “el giro de DeSantis hacia el fascismo era parte de su estrategia de competir con Trump” –también un “fascista”–, no tenía ningún sustento real, se inscribía en el uso no-analítico del término y la vez, como ya lo hemos señalado, reflejaba más bien el tono de la discusión de ciertos “alarmistas” que “pasándose del campo del análisis al campo de la profecía” (Steinmetz-Jenkins, 2024: 13), nunca en realidad se sentían obligados a decir que predicción suya falló aprovechándose de una suerte de “*win-win situation*” de este tipo de análisis comparativo siempre pudiendo decir por ejemplo que el haber denunciado a tal y tal político como “fascista” –en este caso a DeSantis–, contribuyó a pararlo y a neutralizar “esta enorme amenaza” (véase: Moyn, 2020a).

Leyendo a Reich, hay que afirmar también que en el contexto de esta lectura, salió reivindicado el análisis de Robin que señalaba uno años antes que el “fascismo” y el “*woke*” eran dos maneras antinómicas e incorrectas de hablar de la política estadounidense hoy en día, de su sistema bipartidista y de sus problemas. Según Robin tanto los liberales, como los conservadores se aferraban respetivamente a estos dos diagnósticos porque estos les permitían a hacer la política sin enfrentarse a las cuestiones reales más difíciles y más sistémicas. Anotando que el camino de la derecha al poder no pasa por la violencia callejera (propia al fascismo y algo a lo que apuntan los “alarmistas” liberales), y que la esencia de la izquierda no tiene nada que ver con la “teoría crítica de la raza” o de la “cultura de cancelación” (como alegan en cambio los “guerreros culturales” de la extrema derecha), señalaba que ambos reclamos adolecían de la misma deficiencia: se enfocaban en los márgenes en lugar de la matriz, siendo esta, el propio orden constitucional estadounidense que permite a la derecha gobernar desde la minoría (*minority rule*) y excluye a todo el progresismo (Robin, 2022; para sobre este análisis de Robin, véase: 2.3.).

Finalmente lo que más extraña en el argumento comparatista de Reich en esta columna –que dicho sea de paso en ningún momento ofrece una definición o teoría de fascismo que podría justificar su aplicabilidad o no a DeSantis o Trump–, es que contrario a sus alegaciones en el título que dejan al lector con una impresión que las comparaciones al fascismo han sido una cosa de márgenes e incluso algo ausente, los medios *mainstream* estaban hablando ampliamente del “fascismo de Trump” y discutiendo el tema desde que esta anunció su candidatura en 2015 (véase: Rosenfeld, 2019; Traverso, 2019a: 21). De hecho, se podría argumentar que en efecto desde el principio los medios estadounidenses no estaban haciendo nada otro sino hablar de esto, en vez de discutir la política real, a fin de hacer la candidata Demócrata, Hillary Clinton más presentable en comparación con Trump, un supuesto “fascista” (véase: Riley et al., 2015) y algo que continuó en los años posteriores y de lo que el mejor ejemplo es la misma columna del propio Reich. Y si bien el argumento de este autor a favor de hablar de “fascismo” y no de “autoritarismo” respecto a DeSantis y Trump es legítimo –y cada uno debería decidir si encuentra esta comparación fundamentada, convincente y útil–, algunos estudiosos del fascismo, como Dylan Riley, hacen un argumento exactamente contrario, considerando el autoritarismo en modalidad “neonapartista” y “neopatrimonialista” como un término de análisis mucho más adecuado respecto al régimen de Trump (Riley, 2018, 2019), e incluso respecto a Estados Unidos en general (Losurdo, 2024: 291-295).

#25

AUTOR	Adam Gopnik
TÍTULO	<i>Calling Trump the F-Word</i>
MEDIO	The New Yorker
PALABRAS CLAVE	Anne Applebaum Donald Trump Democracia Fascismo Semifascismo Umberto Eco
FECHA	12 de septiembre de 2022

Adam Gopnik, un escritor y ensayista estadounidense, mejor conocido como redactor de la revista The New Yorker, empieza su columna *Llamar a Trump la palabra F* de septiembre de 2022 reivindicando su texto anterior de 2016 –y citando también un extenso párrafo de la dicha columna– en el que había llamado a Trump “un fascista”, “antes de que lo tomaran en serio como candidato y mucho antes de que se pensara que podía ganar”, con lo que, como subrayaba, “había estado entre los primeros en utilizar la palabra [fascismo] respecto a Donald Trump” (Gopnik, 2022). Como escribía Gopnik, como un columnista, se había equivocado en múltiples ocasiones (sic), pero “ver que Trump era un fascista” no era “nada difícil” ya que “cualquiera que

1945 consiguió dominar las instituciones culturales y determinados a revertir este supuesto monopolio con ayuda de Gramsci (sic), como de los “guerreros culturales” estadounidenses que durante el gobierno de Trump y después intensificaron sus esfuerzos –también por la vía legislativa en estados como Florida gobernado por De Santis–, para asegurar una dominación blanca, nacionalista y cristiana frente a lo que perciben como “amenaza de la izquierda *woke*” apelando a la necesidad de construir una “nueva hegemonía de derechas” (Toscano, 2023a).

hubiera leído un poco de historia podía ver qué era el trumpismo” [fascismo]. Para Gopnik, como aseguraba, identificar a trumpismo como fascismo no tenía nada del uso del término como un insulto sino constituía un afán puramente “diagnóstico”. Según él, “la confusión y la falta del rigor ideológico del trumpismo que algunos señalan como prueba de su impotencia, es parte de la naturaleza del fascismo” (algo a lo que apuntaba igualmente en su texto anterior, véase: Gopnik, 2016). Así, para Gopnik, el fascismo es un “estilo” y una “práctica específica de política autoritaria”, que Trump y el trumpismo “recrean”. El fascismo, mantiene Gopnik, tiene rasgos específicos, “pero no tiene ninguna ideología axiomática, asumiendo nuevos aspectos en cada nueva nación que aqueja”, siendo, por su naturaleza, “caótico, incoherente y camaleónico”, por lo que “[siempre] necesita un hombre fuerte alrededor del cual organizarse”. En este sentido, Gopnik citando a lo que llama como “un gran ensayo” de Umberto Eco (véase: Eco, 1995) sobre el “fascismo eterno” donde este apuntaba que el fascismo era un “término polivalente”, escribía: “le quitabas unas características y seguía siendo fascismo, si se le quitabas imperialismo, todavía teníamos a Franco y a Salazar, si le quitábamos colonialismo todavía teníamos al fascismo balcánico de los Ustasas, etcétera”. Así, en ojos de Gopnik, la falta de rigor ideológico del trumpismo, que algunos señalaban como prueba que no se trataba de fascismo (véase: Griffin y Payne en: Matthews, 2021), es “la naturaleza del fascismo” y, por extensión, el trumpismo es precisamente fascismo “por ser caótico” (sic). En este sentido, para Gopnik, “identificar la línea trumpista como fascismo” no es ninguna “victoria en los insultos”, sino un “diagnóstico”. Y –de modo parecido a Cohen (véase: texto #21)– comparaba la identificación del fascismo con la manera en la que el médico diagnostica el cáncer en un paciente: “basándose en su experiencia”.

Al objetar el uso del término “semifascismo” por Joe Biden en un discurso en agosto de 2022 para hablar de los Republicanos de MAGA (véase: Finchelstein, 2022c; Katz, 2022b; Stanley, 2022d), como por un lado una “descripción tibia”²⁶⁴ y por otro algo que no era, como insinuaba Biden, análogo a llamar a los Demócratas “marxistas-comunistas”, Gopnik criticó igualmente la opinión de Biden que había asegurado que este tipo de calificativos “polarizan aún más al país”. Si bien, según Gopnik, hablar de los Demócratas como “marxistas-comunistas”, tal como lo hacía Trump de ninguna manera es algo “basado en la verdad”, hablar de “fascismo” respecto a los Republicanos sí lo es y explica correctamente su anatomía política (según Gopnik, una de las muestras de ello es también el hecho que el campo Republicano demuestra el “comportamiento colaboracionista”, como por ejemplo el régimen de la Francia de Vichy respecto a los nazis, una analogía que el autor retomó de un ensayo de Anne Applebaum una periodista e historiadora neoconservadora). Aun así, Gopnik acabó concordando con Biden ya que, según él, “el presidente dijo pura verdad”, aunque concluía que si bien la conciliación y el compromiso son siempre virtudes democráticas, “no hay que exagerar con ellas” ya que estos “tienen límites firmemente definidos por el comportamiento democrático”. Y el fascismo, según Gopnik, “se nutre de la timidez institucional” y este “tiempo ya ha pasado”: ahora le tocaría a la administración de Biden a actuar en contra del “fascismo trumpista”, concluía.

Antes que nada, la problemática y discutible en sí misma aseveración de Gopnik que “no era nada difícil de ver que Trump era un fascista” ya que “cualquiera que hubiera leído un poco de historia podía ver qué era el trumpismo”, apunta a que su “diagnosis” –otro punto en el cual insiste Gopnik– de que Trump es un “fascista” es más bien un resultado de una conclusión de antemano, más que fruto de una investigación o un verdadero estudio histórico en busca de paralelas genuinas, validas y útiles (véase: Ginzburg, 2016; Teitelbaum en: Jackson, 2021). Ni en esta columna, ni en el texto anterior que el mismo Gopnik referenciaba, este autor había ofrecido una definición del fascismo o un modelo teórico de su entendimiento, ni siquiera ninguna referencia o elemento histórico que justificaría la comparación en cuestión, haciendo que aquí, en efecto incurriera en puras tautologías como asegurar que hablar del fascismo de Trump es “verdad” o, como en el texto pasado, en la psicologización²⁶⁵ y el uso del lenguaje y analogías médicas (Gopnik, 2016). Si bien Gopnik insistía que en su texto se trata de “un diagnóstico”, en realidad ofrecía pocos elementos para justificar esto: su única referencia teórica, repetida del texto anterior, el ensayo de Eco, ofrece en realidad una definición del fascismo que es ahistórica y aplicable a cualquier régimen autoritario en cualquier momento y en cualquier contexto (véase: Gentile, 2023). Si bien su punto que el fascismo no tiene que ser “todo ordenado” es legítimo y es

²⁶⁴ Después de que en el contexto de la campaña electoral de 2024 los generales Mark Milley y John Kelly, los excolaboradores de Donald Trump, habían advertido que “este es un fascista” (véase: Schmidt, 2024; Weisman, 2024), las afirmaciones que los Demócratas retomaron inmediatamente para el beneficio de la campaña presidencial (véase: Capítulo 4., 4.3.), la vocera de la Casa Blanca, Karine Jean-Pierre, afirmó que Joe Biden “estaba de acuerdo con la afirmación de que Trump es un fascista” (Waldenberg, Williams, 2024).

²⁶⁵ Como apunta Steigmann-Gall (véase: Capítulo 2., 2.6.), el uso de las teorías psicoanalíticas para el análisis del fascismo es una tendencia particularmente extendida en Estados Unidos –hasta el punto incluso de crear una suerte de rama de “psicohistoria” como parte de un análisis histórico–, pero a la vez particularmente engañosa e insatisfactoria al dejar de lado el análisis del fascismo más históricamente informado en términos de contextos, linajes y medios sociales, políticos y culturales (Steigmann-Gall, 2017b). El mejor ejemplo de este tipo de la “psicologización del fascismo” es el trabajo de Wilhelm Reich y toda de la corriente de “freudomarxismo” derivada de la Escuela de Frankfurt (Fromm, Marcuse). En este enfoque entraban también las, llevadas en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, investigaciones colectivas de Theodor W. Adorno en torno a la “personalidad autoritaria” que llevaron a la invención de la conocida “escala F” (véase: 2019). Si bien suscribimos las reservas de Steigmann-Gall respecto a las limitaciones de la psicologización del fascismo, junto con las críticas parecidas de Robin (2017h) o de Traverso respecto al análisis de Adorno que, según él, tiende a reducir el fascismo al “temperamento de un líder”, algo que en el caso particular de Trump realmente no explica nada (Traverso, 2019a: 24), hay que mencionar que hay también autores que destacan los beneficios de este enfoque como Gordon (2020a) o Toscano (2023c). Este último, tomando voz en el “debate sobre el fascismo” apuntaba por ejemplo al estudio de Leo Löwenthal y Norbert Guterman, colaboradores de Adorno, cuyo análisis, según Toscano, es de particular interés para entender las técnicas de manipulación psicosocial y mediática usadas por Trump (Toscano, 2017; véase también: Löwenthal, Guterman, 2021).

el punto que señala de manera indirecta por ejemplo Robert O. Paxton al hablar de los “fascismos fracasados” (véase: Paxton, 2004: 68-75), apuntar solo a lo “caótico” o “fracasado” para decir que algo es fascismo, no es una estrategia argumentativa muy convincente retóricamente ni teóricamente viable. Y el argumento que “fascismo es un estilo” –en vez de verlo como un movimiento o un régimen (véase: Traverso, 2006: 131-146)–, parece una suerte de “deescalación argumentativa (Corey Robin *dixit*) que permite seguir hablando del fascismo respecto a Trump sin tener que apuntar a ningunos “resultados fascistas”, lo mismo que permite el “argumento preformativista” cuando Gopnik asegura que Trump y trumpismo “recrean el fascismo”, haciendo una suerte de actuación o “performance” (para más sobre la crítica de este tipo de comparaciones véase: Capítulo 2., 1.6 y arriba el texto #13). Por otro lado la observación del autor que –respecto al discurso de Biden sobre el “semifascismo”– no hay ninguna comparación entre tildar a los Demócratas de “marxistas-comunistas” (algo que no tiene nada que ver con la realidad, según Gopnik) y “fascistas” a los trumpistas (la “verdad”, según Gopnik), nos remite más bien a la observación de Enzo Traverso que apuntando a las diferencias del contexto entre el periodo de entreguerras y la actualidad en un afán de “deconstruir” las analogías de la extrema derecha de hoy al fascismo, había observado que “Trump estaba tan lejos del fascismo clásico como Occupy Wall Street en Estados Unidos, el movimiento 15-M en España y el movimiento Nuit Debout en Francia estaba lejos del comunismo del siglo XX” (Traverso, 2019a: 23), con lo que ni “fascismo” para los trumpistas ni “marxismo-leninismo” para los Demócratas, aplicarían. Igualmente la apelación a la figura de “colaboracionismo” vinculada tan fuertemente con el contexto de la Segunda Guerra Mundial indica solamente la fuerza de esta referencia histórica en nuestra cultura y política (véase: Bell D. A., 2016), no ninguna semejanza real entre el trumpismo y los colaboracionistas franceses de Vichy, cuyo régimen tanto por los estudiosos del fascismo, como por los observadores contemporáneos no ha sido calificado como “fascista” al carecer de importantes características de este tipo de regímenes (Paxton, 1972; Trotsky, 1940; para un buen resumen sobre la anatomía del gobierno de Vichy, véase: Traverso, 2006: 129-131). Además la ironía de usarla para condenar a Trump y el trumpismo, radica en que la analogía al “Vichy” –un régimen débil, colaboracionista–, ha sido usada por ejemplo por la propia extrema derecha británica durante el debate sobre el Brexit para hablar de la “servilidad” de los gobiernos anteriores ante la Unión Europea (puesta en este contexto en lugar de “Hitler”), revelando así su instrumentalidad y el carácter de un “significante vacío”, algo propio también del mismo término de “fascismo” (véase: Kuklick, 2020: 2-3 y Capítulo 2., 2.7.). Finalmente, respecto a la noción de que el –supuesto– fascismo trumpista en Estados Unidos se nutre de la “timidez/debilidad institucional”, esta aseveración ignora el hecho que todas las políticas racistas y opresivas en este país siempre se han llevado a cabo *a través* de las instituciones, no en contra ni por encima de ellas (para más sobre este punto véase: Capítulo 2., 2.3.).²⁶⁶

²⁶⁶ Siguiendo el mismo afán de vincular a toda costa a Trump con el fascismo y su época, dos años después, Gopnik, reseñando el libro del historiador estadounidense Timothy W. Ryback dedicado al ascenso de Hitler: *Toma de poder: el ascenso final de Hitler al poder* (2024), había emulado en efecto el gesto retórico de Michiko Kakutani y de Timothy Snyder (véase: nota de pie 156) al escribir –en contexto de la precampaña electoral para elecciones presidenciales en noviembre 2024–, un texto dedicado a Hitler sin mencionar a Trump pero sin dejar ningún lugar a duda que en realidad se trataba de él y de su, posible, retorno al poder (Gopnik, 2024). Si bien este tipo de ejercicio pretende “sacar las lecciones de la historia” para ofrecerlas para el presente, lo que hace en realidad es extrapolar el presente al pasado usando abiertamente el lenguaje y descripciones derivados de la política de hoy a fin de avanzar la agenda política corriente sin realmente discutirla: resulta que es mucho más fácil “alertar” sobre la historia de la llegada de Hitler al poder y aparentar que existen algunas semejanzas entre aquel momento y el día de hoy, que debatir por ejemplo el, lleno de claroscuros, saldo del bidenismo o las fallas de la misma democracia estadounidense que podrían explicar el retorno de Trump y la atraktividad de su plataforma. Por si fuera poco, en todo esto Gopnik en efecto distorsionaba la misma historia del nazismo –como bien ha señalado Thomas Weber tras leer el texto mencionado (véase: *Twitter/X*, 18/3/2024, https://x.com/Thomas_Weber/status/1769886564635508924)–, pintando por ejemplo a Hitler como alguien “que no ha tenido un programa claro y solo se movía por el odio”, una descripción que aplica bien al 45º presidente estadounidense pero no al *Führer* alemán que sí tenía un claro programa y después de haber tomado el poder en cuestión de meses transformó radicalmente a todo el país, algo que Trump no había hecho en cuatro años en poder, ni estaba interesado en intentar. Por si fuera poco, concentrado en encajar el pasado nazi con el presente estadounidense, Gopnik tomaba acriticamente por buenas las controvertidas lecturas de la historia del nazismo del mismo Ryback: los nazis, por ejemplo, contrario a su narrativa, no han “recibido simplemente el poder de las manos de los conservadores”, sino lucharon activamente por él, intimidando, asesinando a sus enemigos políticos y negociando y haciendo *deals* con sus aliados conservadores. Además, contrario a su narrativa de que Hitler llegó al poder exclusivamente por la vía democrática/constitucional, el nazismo, aparte de presentarse en las elecciones empleó toda una serie de estrategias extra-constitucionales, conquistando el poder también a base de milicias armadas, formadas por veteranos descontentos inspirados por el antisemitismo aplastando sus oponentes electorales: comunistas y socialistas, el contexto y el grado de violencia que no tiene nada que ver con el presente. Solo “maquillando” así el pasado Gopnik podía usar en efecto “la pantalla de los años 1932-1933 para revivir intelectualmente el invierno de 2016-2017” –las elecciones en las que ganó Trump y los primeros meses de su gobierno– “en vez de afrontar honestamente el 2024”, como bien escribió Samuel Moyn (véase: *Twitter/X*, 18/3/2024, <https://twitter.com/samuelmoy/status/1769685704265945524>).

AUTOR	Robert Reich
TITULO	<i>Trump and the Republican Party exemplify these five elements of fascism</i>
MEDIO	The Guardian
PALABRAS CLAVE	Donald Trump Fascismo Emilio Gentile Ian Kershaw Madeleine Albright Roger Griffin Umberto Eco Partido Republicano
FECHA	17 de junio de 2023

En su columna titulada *Trump y el Partido Republicano ejemplifican estos cinco elementos del fascismo*, Robert Reich en sintonía con su columna anterior (véase arriba: texto #24), anotaba que si bien los medios estadounidenses –como por ejemplo The Washington Post–, describen a menudo a Trump como “autoritario”, esta descripción “no capta realmente los aspectos más alarmantes de él y de su movimiento”. Según Reich, el “autoritarismo” es el término que no describe adecuadamente “lo que Trump quiere para Estados Unidos” y que este término es, en cambio, “fascismo”, “un conjunto coherente de ideas diferentes (y más peligrosas) que el autoritarismo”. “Para luchar contra esas ideas, es necesario ser consciente de cuáles son y cómo encajan entre sí”, escribía Reich, añadiendo que “tomando prestado” del teórico cultural Umberto Eco, los historiadores Emilio Gentile e Ian Kershaw, el politólogo Roger Griffin y la exsecretaria de Estado estadounidense Madeleine Albright, “ofrecía cinco elementos que distinguen el fascismo del autoritarismo”: 1). El rechazo de la democracia, el Estado de derecho y la igualdad de derechos ante la ley en favor de un hombre fuerte que interpreta la voluntad popular (“mientras los autoritarios creen que la sociedad necesita líderes fuertes para mantener la estabilidad, los fascistas por el contrario ven a los líderes fuertes como el medio para descubrir lo que la sociedad necesita [sic], considerando al líder como la encarnación de la sociedad, la voz del pueblo”); 2). La galvanización de la ira popular contra las élites culturales (“mientras los autoritarios no incitan a la gente a enfrentarse a las élites y al *establishment*, sino las cooptan o usan, los fascistas galvanizan la ira pública contra supuestas (o imaginarias) élites culturales y utilizan la ira masiva para ganar y mantener el poder”); 3). Nacionalismo basado en una raza “superior” dominante y linajes históricos (“mientras los autoritarios ven el nacionalismo como un medio para afirmar el poder del Estado y proteger o ampliar sus fronteras geográficas, el fascismo encarna lo que considera un grupo “superior”, basado en raza, religión y linaje histórico”); 4. Ensalzar la fuerza bruta y los guerreros heroicos (“mientras el objetivo del autoritarismo es ganar y mantener el poder estatal, por el contrario, el objetivo aparente del fascismo es fortalecer la sociedad mediante la denigración o exterminación quienes consideran enemigos o perdedores”); 5). Desprecio por las mujeres y miedo a identidades de género u orientaciones sexuales atípicas (“mientras el autoritarismo impone jerarquías y busca el orden, el fascismo se organiza en torno a una jerarquía particular de dominación masculina buscando eliminar a las personas homosexuales, transgénero y *queer* porque se cree que desafían o debilitan al heroico guerrero masculino”). Según Reich, “estos cinco elementos del fascismo se refuerzan entre sí: el rechazo de la democracia a favor de un hombre fuerte depende de galvanizar la ira popular, la rabia popular se basa en un nacionalismo basado en una raza o etnia supuestamente superior, esa raza o etnia superior se justifica por la fuerza y la violencia social-darwinista ejemplificadas por los guerreros heroicos, la fuerza, la violencia y el guerrero heroico se centran en el poder masculino”. Cada uno de estos cinco elementos, según él, “encuentran expresión exacta en Donald Trump y el movimiento nacionalista cristiano blanco que él alienta”, siendo también “la dirección que está tomando la mayor parte del Partido Republicano”. “No son los elementos del autoritarismo. Son los elementos esenciales del fascismo”, concluía Reich.

La primera cosa que llama la atención –y que de entrada pone en duda la validez de su argumento principal y la utilidad de su comparación histórica–, es que la “lista de verificación” de Reich que supuestamente describe las “principales características del fascismo”, es una lista *ad hoc*, “hecha a mano” a medida de Trump a fin de que fundamente la tesis del propio autor de que “Trump es un fascista”. Así, lo que hace aquí Reich, es justo lo que en un lugar Sartori, desde su preocupación por la utilidad de las comparaciones en las ciencias sociales, describe como “parroquialismo”, es decir, una falacia comparativa que recae “en la fabricación de un término a medida” (Sartori, 1994: 37; véase también: 1991), en este caso de “fascismo” a medida de Trump y según las características de él. No es una lista de atributos de los movimientos fascistas y/o las maneras en los que estos difieren del autoritarismo, aunque varios de ellos (por ejemplo el ensalzamiento de fuerza bruta) son propios del fascismo. No tiene carácter universal y no es verificable y/o aplicable a otros movimientos o regímenes que pudiesen ser fascistas, por lo que no tiene ningún valor heurístico. La mejor prueba de ello, son las ausencias. Una de las principales características del fascismo según los autores como Payne o Griffin –para limitarnos solamente por ejemplo a los dos discutidos anteriormente representantes del enfoque “genérico” de los cuales el primero es ampliamente conocido por trabajar mediante la “lista de verificación”–, y que falta aquí, es la violencia organizada en contra de la oposición y los “enemigos de la nación” (real, no en buena parte retórica, como en caso de Trump o “ensalzada simbólicamente” como en la lista de Reich). Otras pueden ser la dependencia en un partido

organizado de masas, el imperialismo, la expansión militar y las guerras coloniales de conquista y/o exterminación. Pero como Trump no cuenta con ninguno de estos atributos ni se inserta en ninguno de estos patrones, Reich no los incluye. Así el modo de “análisis” que propone este autor no solo no ayuda a entender al propio trumpismo que por fuerza pretende ser identificado con algo que no es, sino deforma al propio fascismo al que se le sobrepone características de un movimiento contemporáneo que tiene pocos características en común con él, aparte de ciertos “ecos”, con lo que Reich solo incurre en el “presentismo”. Los fascistas “despreciaban” por ejemplo a la democracia (en su modalidad liberal-parlamentaria), pero a diferencia de Trump la sustituyeron inmediatamente por su propio modelo de la representación (“la democracia autoritaria”); el fascismo ha sido un movimiento basado en el culto de la masculinidad junto con todos sus tratos misóginos, pero que no despreciaba a las mujeres de modo que lo hace Trump: la mujer alemana o italiana, relegada desde luego a los roles tradicionales de familia y reproducción era un pilar de una nueva comunidad nacional/racial, no un “objeto” al que se “agarraba por el coño” como hablaba de manera horribla de las mujeres Trump (véase: Nelson, 2016).²⁶⁷ Por todo esto, a pesar de lo que asegura Reich, el trumpismo se entiende precisamente mejor como “autoritarismo”, más específicamente en su modalidad “neobonapartista” y “neopatrimonialista” (véase: Capítulo 2., 2.2.1, 2.2.2.), no como fascismo. Por si esto todavía no fuera suficiente, de aquí las cosas toman solo el turno para peor.

En compilar esta “lista de atributos”, Reich asegura haberse basado –“pidiéndoles prestado”– en un grupo de “cinco destacados estudios del fascismo”: Umberto Eco, Emilio Gentile, Ian Kershaw, Roger Griffin y Madeleine Albright. El problema es que de los cinco solo tres: Gentile, Griffin y Kershaw lo son y/o tienen alguna teoría/definición específica o una mirada histórica –e historizada– del fascismo (véase: Gentile, 1990, 2019, 2022, 2023; Griffin, 1991, 1995, 1996, 1998, 2018; Kershaw, 1989, 1993, 2004, 2015, 2016); y de los dos demás uno, (Eco), tiene una apenas para-teoría que literalmente aconseja a ver a fascismo por todos lados (véase: Eco, 1995, 2020), una mirada que ha sido de manera generalizada repudiada por otros estudios en el tema (véase: Gentile, 2023; Passmore, 2014b: 88-89), mientras otro (Albright) no tiene absolutamente nada aparte de un confuso conjunto de alegaciones políticas en las que se tilda de “fascistas” a todos los políticos que no le gustan desde Donald Trump, Nicolas Maduro, pasando por Vladimir Putin, Viktor Orbán, hasta Kim Jong-un (Albright, 2018). Según uno de los reseñadores de su libro en cuestión: *Fascismo: una advertencia* (2018) y uno de los principales historiadores del nazismo Richard J. Evans, esto demostraba “que [Albright] no tenía ninguna idea que en realidad es el fascismo” y tildar de “fascistas” a los políticos mencionados “no ayudaba en nada a entender las fuerzas que los llevaron al poder ni las políticas que estaban implementando” (Evans, 2018c).²⁶⁸ Para Gavriel D. Rosenfeld por su parte, Albright y su libro eran un perfecto ejemplo de “como no hacer las cosas”: de una tendencia de convertir las comparaciones al fascismo en afirmaciones hiperbólicas no respaldadas por los hechos, como por ejemplo afirmar ilógicamente que el gobierno comunista chino era “fascista” porque perseguía a los musulmanes Uigures (Rosenfeld, Ward, 2023: 7), como si la sola acción de perseguir a un grupo de gente lo haría a uno un “nazi”. Incluso Federico Finchelstein, uno de los más calurosos partidarios de comparar a Trump con el fascismo, en uno de los apartados de unos de sus libros sobre el fascismo donde ofrece un resumen de trabajos recientes sobre el tema, ante todo en referencia a Trump, señaló al libro de Albright como particularmente desinformado y descontextualizado (Finchelstein, 2024: 191). Sea como fuere, “convertir las comparaciones al fascismo en afirmaciones hiperbólicas no respaldadas por los hechos”, es una buena descripción de lo que hace precisamente Reich en esta columna (y, de hecho, en otras, véase: #3, #24). El resultado es un altamente confuso *mish-mash* de ideas de los especialistas y de los diletantes en el tema. Por si fuera poco Reich en ningún momento cita ninguna de las obras de los intelectuales en los que dice apoyarse ni especifica de quien dada idea en alguno de los cinco puntos que ha compilado ha sido “pedida prestado”. Ofrece solamente, sacadas de contexto, pequeñas citas de Trump, algunas tan viejas como de los 90. Finalmente, a pesar de asegurar lo contrario, no explica bien como estos elementos se articulan entre ellos y si amontan o no a una verificable teoría del fascismo.

Por si fuera poco, los tres estudiosos que cuentan con una teoría y una mirada histórica del fascismo, son los que se oponen categóricamente, desde el principio y hasta hoy en día, a comparar la extrema derecha contemporánea en general y Trump en

²⁶⁷ Otro ejemplo de las diferencias entre el manejo de las cuestiones de género en el fascismo y en la extrema derecha contemporánea –algo que, como argumenta Greenberg, constituye otro argumento a favor de las diferencias entre ambos al representar un giro y una “visión profundamente no-fascista de los roles de género”–, es Italia con Giorgia Meloni que por un lado asegura defender los valores tradicionales de la familia, la natalidad y el heteronormativismo –reproduciendo de paso muchos de los clichés sexistas y masculinos–, pero por otro promueve la participación activa de las mujeres en la política, demostrando que el sexismo fascista y el de la extrema derecha de hoy difieren y requieren respuestas diferentes (Greenberg, en: Steinmetz-Jenkins, 2024: 313-320).

²⁶⁸ Madeleine Albright –una imperialista ardua que abogó apasionadamente por un mayor uso de la violencia con tal garantizar y/o mantener la superioridad estadounidense en un orden mundial posterior a la Guerra Fría– ha sido una de las arquitectas de las sanciones a Iraq calculadas a echar abajo el régimen de Saddam Hussein, que duraron unos siete años y que principalmente tuvieron el impacto en la población civil, causando, entre otros, la muerte de un medio millón de niños. En 1996, se le preguntó en una famosa entrevista en el programa 60 Minutes de CBS, si la muerte de estos niños “valía la pena”, a lo que ella respondió que sí, “esto valió la pena”. Con esto expresó una opinión del gobierno estadounidense y de muchos intervencionistas que estaban convencidos de que el aumento del número de muertos iba a motivar a Saddam a dejar el poder o al pueblo iraquí a iniciar una revolución violenta en contra de él que habría producido aún más muertes. Pero este cálculo resultó ser erróneo y solo la invasión posterior de Estados Unidos y sus aliados en 2003 –justificada y “vendida” al mundo a base de las mentiras sobre las supuestas “armas de destrucción masiva”–, logró este objetivo. No solo Donald Trump no había causado en sus cuatros años de su presidencia ningún sufrimiento comparable y a esta escala, sino que ante la inmensidad de las muertes causadas por las acciones de Albright y ante su indiferencia, se antojaría dejar por un momento de lado la negativa de usar el “fascismo” como puro insulto y decir “si esto no es fascismo, yo no sé qué es”.

particular con el fascismo, algo que Reich simplemente omite a mencionar y/o tomar en cuenta. De Gentile, Reich proporciona solo un link a su clásico ensayo *Fascismo como religión política* (1990), pero no hace referencia a ninguno de sus libros, textos o entrevistas más recientes en los cuales este autor deja completamente en claro que el auge de la extrema derecha contemporánea en los últimos años no tiene ningún paralelo con el auge del fascismo en el periodo de entreguerras y que afirmar lo contrario es desconocer que el fascismo ha sido derrotado en 1945 (véase: Gentile, 2023, 2022, 2019 y arriba: Capítulo 2., 2.4.). Para que la ironía sea aún más grande, Roger Griffin, uno de los más reconocidos estudiosos del fascismo (para su enfoque, véase: 2.1.2.), no solo se opone a ver a Trump como fascismo, sino criticó abiertamente justamente el tipo de comparativismo que propone aquí Reich viéndolo como dañino para el propio campo de estudios sobre el fascismo –algo que rebaja la categoría con un gran valor heurístico y analítico a “puro insulto”–, tildando, en un par de ocasiones a los “expertos” (*pundits*) que incurrir en este tipo de comparativismo, o sea, personas como Reich, como “irresponsables” y su actitud como “dañina” (Griffin en: Jackson, 2021 y Griffin, 2023). Ian Kershaw por su parte, ha expresado reservas y críticas similares, alertando igualmente de como el uso descuidado y des-historizado del “fascismo” abona a la banalización del término (véase: 2015, 2020, 2022, 2023). Respecto a su obra, de la cual tampoco se sabe exactamente cual idea “ha sido prestada” por Reich, incluso una mirada rápida a su clásico ensayo sobre Hitler, *Trabajando hacia el Führer* (1993) –al que el autor de la columna proporciona un link, pero no explica que es lo que lo retoma de allí, si es que en realidad retoma algo, más allá de proporcionar una referencia hueca–, demuestra que no hay absolutamente ningún paralelo entre él y Trump. Para ser exacto, no es precisamente lo que alega Reich, pero cuesta entender como en este contexto las ideas de Kershaw, que a él mismo lo apremian a no comparar la extrema derecha contemporánea y Trump en particular al fascismo, podrían, de modo efectivo y justificado, apremiar a Reich a hacer exactamente lo contrario (y si, dicho sea paso, se podría apuntar a un par de “ecos” entre Trump e Hitler, son unas pequeñas paralelas que Reich justamente no enumera, véase: nota de pie 141). Además, como se ha mencionado, Reich omite mencionar por completo el análisis reciente y explícito de Kershaw respecto al problema en cuestión: la incomparabilidad, según él, del fascismo con la extrema derecha contemporánea, incluido Trump y el trumpismo. Para Kershaw, a diferencia del periodo de entreguerras, hoy en día todo el “juego político” tiene lugar enteramente dentro del sistema y dentro de las estructuras democráticas. Así, si bien, como explicaba en un lugar, “todos los fascistas son populistas, pero no todos los populistas son fascistas”, lo que tenemos hoy, en su opinión, son movimientos populistas que actúan dentro del orden democrático y que la violencia política de hoy es minúscula en comparación con la verdadera violencia fascista del periodo de entreguerras (Kershaw, 2022). Indagado explícitamente sobre el caso estadounidense, Kershaw contestaba:

El escenario allí es muy preocupante, estoy de acuerdo. Pero incluso el asalto al Capitolio que fue un episodio extremo, no es característico para el clima de violencia política allí y esta no está muy extendida. Por lo tanto, confío en que incluso en Estados Unidos las estructuras constitucionales podrán mantenerse, como de hecho lo hicieron bajo la administración de Trump. Y en Europa, también confío en que las democracias resistirán los desafíos que enfrentan, no solo en Italia, sino también en Hungría o en Polonia (*Ibidem*).

Lo mismo el historiador británico –una prueba final tanto para refutar las falsas afirmaciones de Reich que el pensamiento de Kershaw confirma que vivimos en medio de una suerte del “regreso de fascismo”, como para dejar en claro que su análisis va exactamente en un sentido contrario, negando cualquier comparabilidad seria entre el fascismo de entreguerras y la extrema derecha de hoy–, repetía en otro lugar. Según Kershaw, aunque parece haber algunas similitudes entre los procesos del auge de fascismo y la extrema derecha de hoy, predominan “diferencias muy claras” e insistir en las analogías no es, según él, nada productivo para discutir el fenómeno de la extrema derecha populista de hoy:

Si comparamos los actuales movimientos populistas y extremistas de derecha con los movimientos fascistas de las décadas de los 20 y 30, percibiremos que tienen similitudes superficiales y diferencias sustanciales. Para empezar, los movimientos fascistas atacaban al marxismo como ideología y al comunismo como realidad. El marxismo-leninismo no era solo una idea, sino una realidad que se constituía en un bloque de poder con características claras y que tenía su expresión en el espacio representado por la Unión Soviética. Los populistas de derecha de hoy no tienen enfrente una ideología con esa fortaleza a la que pudieran combatir de manera directa y clara y no solo de forma abstracta. Por otra parte, los movimientos fascistas [de aquel entonces] hacían uso de una violencia política extrema y sistemática. En la Italia de Mussolini, los enemigos políticos eran golpeados en las calles de manera cotidiana, existían bandas de los *squadristi* y de los matones. En la Alemania nazi, los comunistas eran golpeados por tropas de asalto nazis de forma brutal y permanente. ¿Y qué vemos hoy? Vemos formas de violencia política esporádica, pero no sistemática. El fascismo, dicho concretamente, implicaba también la militarización de la política. No es a eso a lo que asistimos hoy. Aunque tienen muchas expresiones y aristas, los populistas de derecha contemporáneos dirigen sus ataques más bien a las élites de sus propios países y esto sucede aun cuando, paradójicamente, algunas de las propias personas que forman parte de estos movimientos también formen parte de las mismas. En definitiva, los fascismos y los populistas de derecha no son lo mismo. Pueden tener puntos de contacto, pero son movimientos diferentes. Y si son diferentes, así debemos abordarlos. Hay que estudiar seriamente lo que está sucediendo ahora en lugar de intentar encontrar comparaciones permanentes con lo que sucedió en el pasado (Kershaw, 2023).

AUTOR	Christopher R. Browning
TITULO	<i>A New Kind of Fascism</i>
MEDIO	The Atlantic
PALABRAS CLAVE	Aislacionismo Apaciguamiento Donald Trump Estados Unidos Fascismo “Fascismo aislacionista” Partido Republicano Ron DeSantis
FECHA	25 de julio de 2023

Christopher R. Browning, es un profesor emérito de historia de la Universidad de Carolina y uno de los más reconocidos estudiosos del Holocausto conocido por sus estudios acerca de los orígenes de la Solución Final, las políticas nazis y el comportamiento de sus perpetradores “comunes y corrientes”. Es autor de varios importantes libros sobre el tema, entre otros, *Hombres comunes: el Batallón Policial de Reserva 101 y la Solución Final en Polonia* (1992) y *Los orígenes de la solución final: la evolución de la política judía nazi: septiembre de 1939-marzo de 1942* (2004). Su columna *Un nuevo tipo de fascismo*, publicada en la revista conservadora estadounidense The Atlantic, salió a luz a finales de julio de 2023 en contexto y en reacción a los esfuerzos de Trump de buscar nuevamente la candidatura del Partido Republicano (GOP) en vistas de las elecciones presidenciales en noviembre de 2024 y poco después de que su campaña haya hecho públicos algunos de sus planes para el segundo posible mandato que incluían, entre otros, una “profunda reforma del funcionamiento del gobierno” y la “centralización del poder bajo el ejecutivo” (véase también: Otten, 2023; Swan, Savage, Haberman, 2023).

“Me he resistido a usar la palabra hasta ahora, pero algo amenazador y novedoso está tomando forma con la posibilidad de un segundo mandato de Trump”, escribía al inicio de su texto Browning, emulando el gesto de *volte-face*, que en el contexto posterior al ataque a Capitolio ha hecho, como ya hemos visto, Robert O. Paxton (véase: arriba texto #20). Como apuntaba Browning, “durante algunos años, diversos comentaristas de noticias y académicos han llamado ‘fascista’ a Donald Trump”, no obstante “yo fui uno de los que se resistió a usar ese término”. “Pensé que durante mucho tiempo se había abusado de él mediante aplicaciones casuales e imprecisas y, como historiador de la Alemania nazi, no creía que el trumpismo estuviera ni de cerca de cruzar el umbral de esa comparación”, apuntaba Browning. Si bien subrayaba que todavía niega que la [primera] presidencia de Trump (2017-2021) haya sido “fascista”, pero le preocupaba “que si [Trump] ganaba otro ‘viaje’ a la Casa Blanca, podía finalmente ganarse la etiqueta”. Al explicar su negativa anterior, Browning explicaba que el fascismo fue ejemplificado más plenamente por los regímenes de Benito Mussolini y Adolf Hitler –suscribiéndose así evidentemente en el grupo de los autores que ven al nazismo como una especie de fascismo (véase: Capítulo 2, 2.1.)–, “los regímenes que combinaron dictaduras totalitarias, guerras de conquista imperial y genocidio absoluto en el caso de Hitler (de judíos, eslavos, rumanos) o asesinatos étnicos en masa en el caso de Mussolini (de libios, etíopes y eslovenos)” y que colocar al trumpismo en la misma categoría le parecía “trivial y engañoso”. En cambio, Trump anteriormente, según Browning, le parecía más a Viktor Orbán de Hungría o a Recep Tayyip Erdoğan de Turquía que a Hitler o Mussolini y que por lo tanto “debería ser categorizado como un ‘populista iliberal’ en lugar de un ‘fascista’” (para este punto, véase: Browning, 2018 y abajo). Encima de esto, apuntaba el autor, en un aspecto muy importante, Trump se diferenciaba marcadamente de los fascistas europeos del período de entreguerras: mientras estos eran ardientes militaristas e imperialistas, la expansión territorial fue a la vez el medio y el fin del poder fascista y la guerra fue el crisol en el que se iba a forjar el nuevo hombre fascista (para esta noción y su centralidad para el fascismo, véase: Traverso, 2006: 89, 157 y 193), “Trump ha mostrado poca ambición para perseguir esos objetivos”.²⁶⁹ Así, anotaba Browning, fue su política durante su mandato: Trump se codeaba con los mandatarios como Vladimir Putin o Kim Jong-Un, firmó el acuerdo con los talibanes para retirarse de Afganistán o atacaba a los aliados de la OTAN o Corea del Sur por “beneficiarse de un viaje gratis” [a costa de Estados Unidos] y ha continuado con la misma “vena aislacionista” en entrevistas y discursos recientes al querer “abandonar simultáneamente a Ucrania y a Taiwán”. De este modo, subrayaba Browning, Trump y su presidencia “carecieron afortunadamente de cualquier interés bélico y expansionista algo que hizo decisivamente diferente al fascismo del siglo XX”.

Pero en el mismo tiempo, escribía el autor, Trump “infligió un daño grave a la cultura política de nuestro país, avivando una polarización tóxica” y exhibiendo “distintos elementos del estilo político fascista”: las manifestaciones incendiarias; la incesante propagación del miedo, el agravio y la victimización; el respaldo casual a la violencia; la aceptación generalizada de las teorías de la conspiración; la crueldad performativa; el instinto salvaje de atacar a las minorías marginadas y vulnerables; y el culto a la personalidad. Que esto no se convirtiera “en algo más peligroso” durante su presidencia se debía solamente, según Browning, al hecho que Trump era “demasiado vago, inexperto y no estaba preparado para emprender la construcción sistemática de una verdadera dictadura”. Su enfoque principal estaba en la “teatralidad” y en un afán de “satisfacer su constante e insaciable

²⁶⁹ Con esto Browning parece ser uno de los pocos estudiosos no marxistas del fascismo que toma en cuenta tanto el factor del imperialismo y de las rivalidades interestatales imperiales para el auge del mismo, como la ausencia de este tipo de rivalidad que marca la diferencia de contextos entre los años 30 y la actualidad (véase: Riley, 2019, 2014b: 347-348, 2004; Poulantzas, 2019).

necesidad de atención y adulación” (para el mismo punto véase: Gessen, 2020, texto #13). Gracias a esto, “hasta las últimas semanas de su mandato, las barreras de seguridad de la democracia estadounidense parecían mantenerse firmes”. Las instituciones del gobierno federal “permanecieron relativamente intactas y los funcionarios públicos en gran medida estaban seguros e incorruptos”. “Estados Unidos experimentó un retroceso democrático, pero no un colapso”, escribía Browning. El segundo mandato de Trump, no obstante, podría ser otra cosa, escribía. Los estados donde gobierna “el Partido Republicano MAGA de Trump”, parecen “régimen de partido único dirigidos por una minoría de la población” como Florida, gobernada por Ron DeSantis, el supuesto rival de Trump para la nominación republicana de 2024 [en realidad DeSantis después de una desastrosa campaña declinó tempranamente en enero de 2024 a favor de Trump; para más sobre DeSantis y las comparaciones de él al fascismo, véase: texto #24], que “ha convertido su estado en un laboratorio para probar cómo un autoritario decidido, calculador y desinhibido puede maximizar el poder ejecutivo”. De mismo modo que los Republicanos estatales “se han vuelto más despiadadamente autocráticos en sus métodos”, según Browning, “la nueva presidencia de Trump estaría mucho más eficientemente orientada a [estos mismos] objetivos a nivel federal”: se está planificando una enorme transformación del Estado, las agencias gubernamentales y la administración pública que Trump ha denunciado como “Estado profundo” y que serían purgadas o politizadas, y también se llevaría a cabo una “retribución” que Trump ha prometido en contra sus enemigos, escribía Browning. “Los últimos meses de la presidencia de Trump presagiaron lo que implicaría un segundo mandato”: cuando “antiguos vasallos leales”, como el fiscal general William Barr o el secretario de Defensa, Mark Esper, demostraron que no cruzarían la línea hacia la insurgencia inconstitucional [ambos se negaron a participar en el desconocimiento de los resultados electorales de 2020], Trump buscó aduladores para quienes no existía esa línea, recordaba el autor. “En una nueva administración, la devoción total al líder sería el único requisito para el nombramiento”, escribía. “A diferencia de los líderes fascistas anteriores con su culto a la guerra, Trump todavía ofrece apaciguamiento a los dictadores en el extranjero, pero ahora promete algo mucho más cercano a la dictadura en casa. Para mí, lo que Trump ofrece para su segunda presidencia alcanzará el umbral para poder describirlo como ‘fascista aislacionista’”, anotaba Browning. Si bien, hasta ahora, tal concepto “habría sido un oxímoron, un fenómeno histórico sin precedentes”, Trump no obstante “continúa rompiendo todos los moldes”, concluía.

Al igual que la columna de Paxton (#20), el texto de Browning en su principal eje de exposición sigue todas las reglas fundamentales del comparativismo: el autor apunta correctamente a algunas semejanzas y a las diferencias entre el fascismo histórico, el contexto de la década de los 30 y la administración de Trump y Estados Unidos de hoy. Igual que el texto de Paxton, la columna de Browning le sirve para anunciar el cambio de posición respecto a la negativa anterior de ver a Trump como “fascista” (véase: Browning, 2018 y más abajo). Curiosamente, contrario a Paxton que apuntó al ataque al Capitolio y al papel de Trump en su incitación como un factor para cambiar su opinión, Browning no menciona este evento ni con una palabra (sic) —y alude él de paso en un texto anterior de 2022 solamente como “un momento que le dio respiro a los Republicanos anti-Trump” (sic) (Browning, 2022)—, subrayando incluso que las instituciones estadounidenses han demostrado su “resiliencia” y que han conservado su “carácter democrático” hasta el final de su presidencia. Lo que le preocupaba más, es lo que vino unos años después: los planes para su posible segundo mandato.

Así, dado que el propio autor desgraciadamente no lo delinea en detalle, sería de utilidad revisar que es que lo había motivado para dar este giro y ver si en este contexto su argumento y su comparación resultan útiles, sostenibles (y que, por ende, justifican su analogía al fascismo). Previo al texto de Browning, basándose en las declaraciones de los miembros de su campaña de Trump y publicaciones en su sitio web, la prensa estadounidense había informado que en caso de ganar en 2024, Trump iba a buscar, entre otros, “identificar y neutralizar todos los focos de independencia en la administración federal” y “buscar consolidar su poder mediante la eliminación de las protecciones laborales para decenas de miles de funcionarios públicos, haciéndolos más fáciles de reemplazar”. A la vez iba a buscar “iniciar una investigación criminal sobre el presidente Joe Biden”, “purgar las agencias de inteligencia, el Departamento de Estado y las agencias de defensa”, “tomar el control de agencias que hacen cumplir las leyes antimonopolio y las normas de protección al consumidor” e “incautar fondos federales para negar el dinero para programas que no le gustan”, la práctica prohibida por el Congreso durante la presidencia de Richard Nixon en respuesta a sus afanes de controlar las agencias, algo que, según Trump constituye, “el derecho constitucional del presidente”. Muy en el espíritu de Browning, uno de los periodistas de The New Republic tildaba estos afanes de reformar por completo la forma en que funciona el gobierno y centralizar el poder bajo el poder ejecutivo como “planes fascistas” (Otten, 2023). No obstante, más allá de que es completamente posible de escribir de estos planes sin apelar al término “fascismo” (véase: Swan, Savage, Haberman, 2023), algo que demuestra que es un cosa puramente opcional y retórica, el problema con enmarcarlos de este modo es que todas estas supuestas y futuras reformas quedan dentro de los constreñimientos del todo el edificio legal de la Constitución estadounidense, siguiendo la lógica de lo que se conoce en el debate constitucional como el “pensamiento contramayoritario” (véase: Bouie, 2020b). Además estos planes vienen anunciados después de, como bien lo ha señalado en varias ocasiones Corey Robin, Trump durante sus cuatro años de gobierno no ha reformado nada y no ha instaurado ninguna “dictadura fascista”, algo en lo que, de hecho, parecía estar completamente desinteresado (para más sobre este análisis, véase: 2.3.), y algo que al principio de su columna admitía incluso el propio Browning apuntando que su presidencia “no era fascista” y que el mismo Trump “se quedaba solo en la teatralidad”. Así —como ya hemos visto—, para Robin ignorar como el poder de Trump y de los conservadores Republicanos se inserta y nutre de las propias prerrogativas del sistema constitucional estadounidense significaba no entender ni lo que en realidad es el fascismo, ni cómo funciona el sistema político de Estados Unidos. No solo los fascistas rechazaban cualquier constreñimiento de las Constituciones en sus países (si Trump y los trumpistas estarían prometiendo abolirla sería otra cosa, pero no lo han hecho ni lo estaban proponiendo), sino que el apego de los conservadores estadounidenses a la Constitución y el hecho de basar su poder en ella, son, como bien lo subrayaba Robin, en realidad, “todo lo contrario del fascismo” (Robin, 2020c). Ahora, se puede argumentar que estos planes de Trump —si es que sean ciertos y puestos en práctica—, expanden demasiado los límites constitucionales, pero nuevamente, “expandir demasiado” no era lo que hacían los fascistas y/o los nazis.

De hecho, en algo que podría ser visto como inconsistencia o un revelador tropiezo retórico, Browning escribe en un lugar de estos planes en clave del “autoritarismo” y no “fascismo”, apuntando que “la teoría del ‘ejecutivo unitario’ promovida durante mucho tiempo por algunos Republicanos se convertiría así en la realidad”. En cuanto a las declaraciones de “querer iniciar una investigación sobre Biden”, es un tipo de afirmación que sigue sus amenazas de campaña en 2016 de querer “enjuiciar a la ‘deshonesta’ [crooked] Hillary Clinton”, algo que nunca durante sus cuatro años de presidencia ha sido realizado, como tampoco se habían perseguido los planes de aumentar el control del poder presidencial, los afanes que Trump había expresado anteriormente prometiendo por ejemplo “deconstruir completamente el ‘Estado administrativo’”, pero algo que en práctica ni siquiera ha empezado a hacer en una forma más rudimentaria, como bien lo recordaba el mismo Browning (y en diferentes textos el citado Corey Robin).

Dicho todo esto lo que más llama la atención es que en ojos del mismo Browning, tal como lo escribía en su sonado ensayo de 2018, igual que por ejemplo para Robin, las amenazas más grandes para la democracia en Estados Unidos no provenían del “fascismo” ni de los intentos de establecer una “dictadura totalitaria”, sino de las estipulaciones de la propia Constitución estadounidense que, como enumeraba este mismo autor, permite las manipulaciones electorales (*gerrymandering*), la supresión de voto, laxos controles sobre los gastos de campaña, o que hizo que, gracias a la existencia del Colegio Electoral, cuando en las últimas cuatro elecciones los Demócratas ganaron el voto popular, dos veces se impuso un presidente Republicano (Browning, 2018). Nada de esto, recordaba bien unos años atrás Browning, tenía que ver con el “fascismo” como tal ni tenía analogías con el auge del nazismo, aunque esto no significaba que los intentos por parte de los Republicanos trumpistas de erosionar la democracia no constituirían “una amenaza seria” (*Ibidem*). Igualmente las demás partes de la agenda interna de la “democracia iliberal” de Trump, apuntaba Browning, quedaban “muy por debajo de la dictadura totalitaria ejemplificada por Mussolini y Hitler”, pero “esto era poco consuelo para aquellos que esperaban y creían que el ‘arco de la historia’ inevitablemente se inclinaría hacia una mayor emancipación, igualdad y libertad” [en alusión a la figura retórica usada famosamente por Barack Obama, véase: Fukuyama, 2022] (Browning, op. cit.). “No importa cómo y cuándo termine la presidencia de Trump, el espectro del ‘liberalismo’ seguirá rondando la política estadounidense”, apuntaba Browning en 2018 y de modo parecido, en un texto de 2022, aun negándose a tildar a Trump de “fascista”, también apuntaba al peligro que para la democracia estadounidense representaba la misma Constitución (Browning, 2022). Nuevamente: los supuestos nuevos planes de Trump para su segundo mandato pueden constituir “un paso demasiado lejos”, pero igualmente dentro de las estipulaciones de lo que constituye, tanto para el mismo Browning como para Robin, la principal amenaza a la democracia en Estados Unidos: su propio orden constitucional diseñado originalmente para para suprimir la democracia directa y proteger los intereses de las clases terratenientes y esclavistas blancas.

En el ensayo de 2018 escrito, como apuntaba el mismo autor, desde su posición del historiador especializado en el Holocausto, la Alemania nazi y Europa en la era de las guerras mundiales que hacía una pregunta “en qué medida la situación actual en los Estados Unidos se parecía al período de entreguerras y al ascenso del fascismo en Europa”, Browning señalaba “varias similitudes preocupantes y una diferencia importante pero igualmente preocupante” entre aquel periodo y la presidencia de Trump (Browning, 2018). Entre similitudes Browning incluía su aislacionismo (similar al aislacionismo de los conservadores filonazis estadounidenses de los 30), la destrucción de la democracia de la República de Weimar tanto por parte de los propios nazis, como por los conservadores alemanes (un proceso parecido, en ojos de Browning, al que estaba teniendo lugar en Estados Unidos bajo Trump y los conservadores del Partido Republicano), y las divisiones tóxicas en la política interna que llevaron a la inversión completa de las orientaciones políticas anteriores, algo que, según él, tenía lugar tanto en Alemania de entreguerras donde por ejemplo los comunistas estaban más interesados en combatir a los socialdemócratas que a los nazis (para este punto véase: Capítulo 2., 2.1.1.), como en Estados Unidos de ahora, donde los conservadores “se aliarían con cualquier autócrata mundial, menos con los Demócratas”. A pesar de estas similitudes Browning no obstante aconsejaba a rechazar lo que veía como “las analogías simples de fascismo/totalitarismo” para comprender la “democracia antiliberal contemporánea”. Y si había alguna “revelación original” de la actual ola del autoritarismo, escribía Browning, era que la construcción de las dictaduras abiertamente antidemocráticas que aspiran al totalitarismo es innecesaria para sostener el poder y que estos intentos coexisten hoy en día perfectamente con las estructuras nominalmente democráticas, una faceta a la que, independientemente, apuntaban autores como Gáspár Miklós Tamás o Enzo Traverso prefiriendo respecto a la nueva extrema derecha hablar de “posfascismo” (véase: Tamás, 2000 y Traverso, 2019a; para más sobre posfascismo, véase: Capítulo 2., 2.1.4.). Así, años atrás, Trump le parecía a Browning tener mucho más en común con los populistas iliberales como Orbán, Putin, Duterte o Erdoğan. El “fascismo” y el “nazismo” —acompañados de la guerra y el genocidio que siguieron al colapso de la democracia de Weimar— no le parecían, por el contrario, términos muy útiles “para hablar de la dirección en la que nos estábamos moviendo hoy” ya que las tendencias políticas actuales estaban mostrando “divergencias significativas respecto a las dictaduras de los 30”: a) los líderes de la oposición verdaderamente peligrosos son neutralizados o eliminados de una forma u otra sin necesidad de ser asesinados o encarcelados en campos de concentración; b) el control total de la prensa y otros medios es igualmente innecesario ya que una avalancha de noticias falsas contamina el flujo de información haciendo que los hechos y la verdad se vuelvan irrelevantes como formadores de la opinión pública; c) los poderes judiciales que alguna vez fueron independientes se desmantelan gradualmente mediante una depuración selectiva y nombramiento de los jueces leales y políticamente confiables; d) el capitalismo de compinches abre el camino a una simbiosis de corrupción y enriquecimiento entre líderes políticos y empresariales; e) el nacionalismo xenófobo así como la priorización de la “ley y el orden” sobre los derechos individuales, también son cruciales para que estos regímenes movilicen el apoyo popular de sus bases y estigmaticen a sus enemigos, pero de modos diametralmente distintos a las maneras de como lo hacía el fascismo y el nazismo (Browning, 2018).

Si bien Browning en el texto analizado aquí ya no alude a la figura del “illiberalismo”, su uso anterior se inscribía al modo que lo proponía ver por ejemplo Mabel Berezin, para quién, al igual que para Browning anteriormente (2018), “illiberalismo” o

“antiliberalismo” era una categoría mucho más útil para hablar de la extrema derecha contemporánea en lugar del fascismo. Así, según Berezin, el fascismo hoy en día es un término que sirve y funciona solamente como una “referencia histórica” y un “insulto”, más que una categoría analítica, mientras el “illiberalismo” resulta mucho más adecuado, demostrando que quizás Browning no debería haberlo abandonado tan abruptamente y que su análisis anterior era mucho más adecuado y útil. Como recordaba Berezin, si bien los fascistas también criticaban al liberalismo oponiéndose a su individualismo y el límite que postulaba entre el “yo público” y el “yo privado” –y su auge se debía a una crisis de las instituciones liberales en el período de entreguerras–, su negación venía con una propuesta de algo a cambio: la sumersión de los individuos “en la vida del Estado”, tal como lo proponían por ejemplo los fascistas italianos y uno de sus principales ideólogos, Giovanni Gentile (véase: nota de pie 145). El antiliberalismo contemporáneo en cambio, mejor ejemplificado en el concepto de “democracia antiliberal” de Orbán, –“algo que muchos Republicanos estadounidenses y el mismo Trump aspiran a promulgar y replicar en Estados Unidos”, añadía Berezin²⁷⁰– no articula afirmaciones tan amplias sobre sumergir al individuo en el Estado. Respeta ciertos procedimientos democráticos, pero sin afirmar que estos tienen que estar acompañados también por el respeto a ciertos valores liberales como equidad social o tolerancia (véase: Tamás, 2000). Así, la extrema derecha de hoy, como bien subrayaba Berezin, no propone nada semejante a lo que proponían los fascistas, promoviendo y nutriéndose del propio individualismo –un valor que pocos han encarnado tan perfectamente como el mismo Trump–, y siguiendo los preceptos neoliberales de ir “achicando” al Estado y eliminándolo de la vida de sus ciudadanos. La adoración del Estado por parte de los fascistas de entreguerras, como bien recordaba Berezin, estaba reflejado en su orientación al imperialismo, el expansionismo militar, la guerra y la conquista del llamado “espacio vital” (*spazio vitale*, *Lebensraum*), algo de lo que carece por completo Trump en particular y en general la extrema derecha de hoy. Trump, para Berezin, en vez de afirmar con fuerza la idea de una comunidad nacional/racial (*stirpe*, *Volk/Volksgemeinschaft*), lo único que hacía era promover una “postura defensiva” en contra de los inmigrantes que “amenazaban la nación”. En este sentido también –y contrario a Browning–, el aislacionismo de Trump ha sido para Berezin un argumento para no verlo como un fascista, ya que en el campo de la política exterior su visión no trascendía el individualismo y el resentimiento racial individualizado. Más que al fascismo, Trump encarnaba así los valores del darwinismo social, la xenofobia y la reacción típicamente estadounidense pregonados por una fracción de la población blanca combinados con el afán de perseguir sus negocios e intereses familiares en el extranjero (por ejemplo en el Medio Oriente), orientados a sacar el mejor provecho y mejores “*deals*” para las empresas inmobiliarias de su hija y yerno (Berezin, 2022). Así, lo que llama la atención, es que no solo el texto de 2018, sino otro mencionado texto de Browning (2022), en el que su autor aún se rehuía de hablar de “fascismo” respecto a Trump, estaba mucho mejor argumentado, contenía un análisis mucho más profundo respecto a las maneras prácticas y reales en las que la democracia en Estados Unidos podía ser suprimida y “secuestrada” por los conservadores trumpistas mediante el ejercicio del “gobierno de minoría” (*minority rule*), el marco que les ofrecía la propia Constitución estadounidense, tal como lo postulaba por ejemplo Corey Robin (véase: 2020b, 2020c, 2022). En cambio, en el texto presente Browning calla sobre esta amenaza a la democracia que –en efecto– “es casi todo lo contrario del fascismo” (Corey Robin *dixit*), y prefiere, por el contrario, tildar a Trump de “fascista” solamente a base de una serie de promesas de (per)campana nebulosas que se han filtrado a la prensa.

Finalmente, como queda claro en su texto, el meollo del argumento de Browning para comparar a Trump al fascismo, a pesar de que, según él, esta vez Trump estaba prometiendo algo “mucho más cercano a la dictadura en casa”, no se refiere a los planes de extender las prerrogativas de su nuevo e hipotético gobierno, sino al “aislacionismo” y el “apaciguamiento a los dictadores”, motivándolo a hablar de una suerte de “fascismo aislacionista”. Si bien este argumento, es conocido y levantado a menudo por los autores que argumentan acerca de la existencia del “fascismo estadounidense” en referencia a la tradición del aislacionismo filonazi de Charles Lindbergh cuyo movimiento a finales de los 30 y a principio de los 40 postulaba mantener a Estados Unidos fuera de la guerra (véase: 2.6. y 2.7.), Browning lo expone aquí de manera particular y contradictoria. Por un lado admite que anteriormente se abstenía a calificar a Trump como “fascista”, precisamente a raíz de su aislacionismo y “poco en interés en las guerras del conquista” (véase: Browning, 2018), solo para luego, unos párrafos más adelante, apuntar precisamente al “aislacionismo” como la característica principal de su “nuevo fascismo”, aunque no apunta a ninguna novedad que lo hiciera cambiar la opinión en este aspecto e iniciando su texto enfatizando el carácter preocupante de los nuevos planes para su segundo, posible, mandato. Pero lo que llama más la atención, no es solo la inconsistencia sino la debilidad general del argumento acerca del “fascismo aislacionista”. La principal referencia aquí –aunque Browning ni siquiera la menciona– es, como ya hemos mencionado, la historia de Charles Lindbergh y su movimiento *America First Committee* (AFC). Más allá de que el uso de la

²⁷⁰ Es precisamente desde esta óptica que el análisis anterior de Browning de ver a Trump en clave de los “populistas illiberales” como Orbán parece mucho más atinado que su “deslíz” en la narrativa sobre el fascismo en la columna presente. Según algunos, con cara a las elecciones presidenciales de 2024, era precisamente el gobierno de Orbán, alabado por los propios Republicanos trumpistas que ven a Budapest como una “capital del conservadurismo mundial”, que servía como un modelo para ver de cómo podría verse el segundo hipotético mandato de Trump (véase: Müller, 2024a), y no los regímenes fascistas de los 30 como insinúa aquí Browning. Como recordaba oportunamente Müller, después de que Orbán había perdido dos elecciones nacionales consecutivas a principios de este siglo, parecía que su carrera política había terminado, pero en cambio logró apoderarse de su partido *Fidesz* convirtiéndolo en un “vehículo personal” y una máquina para hacer negocios familiares, relanzándose al poder y reconfigurando todo el sistema político en Hungría. Algo parecido hizo Trump con el Partido Republicano (GOP) en Estados Unidos, transformándolo en una especie de culto a su persona y uno de los “sucursales” de su negocio político familiar, instalando, entre otros, a su nuera como copresidenta. Igual como hizo Orbán, Trump había prometido también, reemplazar en su segundo mandato a los funcionarios de carrera por los funcionarios “leales” (Müller, op. cit.), todo lo que hace relucir las características “neopatrimonialistas” y “neobonapartistas” –y no fascistas–, de su proyecto político.

referencia al “aislacionismo” para apoyar la comparación al “fascismo” es, como hemos visto también, aplicada a veces selectivamente y desde un ángulo político (véase: los textos de los llamados “*Never Trumpers*”, #5 y #23), este argumento parece basarse de alguna manera en la historia no solo no delineada aquí, sino en cierto sentido “incompleta” del movimiento de Lindbergh que fue bastante efímero, nunca ha ganado el poder –fuera de la historia contrafáctica de Philip Roth y su novela *La conjura contra América* (2004) (véase: nota de pie 172)–, y que después del ataque japonés a Pearl Harbour y la declaración de guerra por parte de los demás países del Eje a Estados Unidos a finales de 1941, se desmoronó rápidamente. Si bien había fascismos que se han mantenido al margen de la guerra –Franco en España o Salazar en Portugal, aunque claramente hay también todo un debate acerca de que tan “fascistas” eran en realidad estos dos regímenes (véase: Paxton, 1998: 3 y 17; 2004: 170–, no sabemos si Lindbergh, de haber prevalecido y/o ganado el poder –asumiendo que este era uno de sus objetivos políticos, aunque igualmente ni siquiera esto queda claro–, efectivamente hubiera mantenido al país al margen del conflicto o si, como tantos otros movimientos y regímenes europeos, se hubiera sumado finalmente a la “Internacional de Hitler” (véase: Mayer, 1988). Lo que sí sabemos que AFC ha sido un movimiento amplio y heterogéneo que no ha tenido un claro carácter fascista sino conservador-populista y sus miembros han sido incluso, en sus tiempos de estudiantes, dos futuros presidentes de Estados Unidos: John F. Kennedy y Gerald Ford y que con la misma fuerza que a los afanes de FDR de asistir el esfuerzo bélico en Europa, se oponía también a su agenda doméstica (*New Deal*), y que esto, no solo la política exterior, era buena parte de su “combustible”. Finalmente lo que no añade Browning –ni ningún otro comparatista que había señalado al movimiento de Lindbergh para hablar del fascismo de Trump (véase: #19)–, es que el aislacionismo en Estados Unidos a principios de los 40 era una postura muy popular que trascendía las fronteras políticas y que abarcaba tanto al campo Republicano, como al Demócrata, junto con la mayoría de la opinión pública que se oponía a la “falsa guerra” (*phoney war*) en Europa” (el término acuñado en septiembre de 1939 por el senador Republicano William Borah). En general el argumento del “aislacionismo” no es de todo claro y más que al pasado parece referirse al presente y queda aplicado –a fin de descalificar mediante la vinculación con el movimiento filonazi–, a los que, como Trump, se niegan a seguir las coordenadas de la política exterior estadounidense actual y “tradicional”: atlantista, imperial e intervencionista, algo precisamente por lo que desde el principio lo criticaban los neoconservadores Republicanos estadounidenses “*Never Trumpers*” convencidos que eran los Demócratas, más que los Republicanos trumpistas, mejor calificados para realizar los fines de la política imperial estadounidense y por lo que precisamente, entre otros, lo tildaban de “fascista” (véase: Kagan, 2016b, Frum, 2021, Boot, 2016, 2018). Pero contrario a estas voces, Trump en realidad, en su política exterior tomó y mantuvo un curso que parecía no satisfacer a ninguno de sus críticos (Browning incluido): no fue tan “aislacionista de derecha” como Lindbergh o Pat Buchanan, ni tan conquistador hiper militarista como los fascistas clásicos. En cambio parecía zigzaguear erráticamente entre la escalada de tensiones preexistentes con países como Corea del Norte e Irán y los intentos ocasionales, impredecibles y poco entusiastas de reducir el uso de la fuerza estadounidense en el extranjero y –contrario a la quejas de los neoconservadores– en vez de pelearse con ellos prefirió nombrar a varios generales de “ala dura” como H. R. McMaster y James Mattis al igual que algunos de los propios neoconservadores como John Bolton (Bessner, Burgis, 2021).

Igualmente para Tooze, la política exterior y geoeconómica de Trump no era de ninguna manera “aislacionista”, sino, en esencia, “revisionista”²⁷¹, en sentido de como este pretendía alterar los acontecimientos corrientes, redireccionar y/o alterar el flujo de la globalización y afirmaba añorar “los viejos tiempos perdidos”. Fue así, que con Trump, la exigencia de “volver a hacer grande a Estados Unidos” (MAGA) era explícitamente “revisionista”: a Trump no le interesaban las reglas del juego existentes, tiró los tratados comerciales por la ventana, impuso aranceles a China, etcétera (Tooze, 2024). Y la mejor prueba que no se trataba de “aislacionismo” y mucho menos de “fascismo aislacionista” (sic) era que, según Tooze, la administración de Joe Biden, continuó *grosso modo*, el mismo curso: si bien su equipo presumía su compromiso con “el orden basado en las normas”, pero respecto a la economía mundial, el auge de China y el Medio Oriente, Biden ha sido tan agresivo como su predecesor e incluso más que él (Tooze, op. cit.)²⁷². Así, la política geoeconómica estadounidense hacia China bajo Biden ha sido una continuación directa del “revisionismo” visto por primera vez bajo Trump, combinado con la misma política agresiva y el apoyo incondicional trumpista a Netanyahu y a Israel, reflejando el mismo viejo afán estadounidense de “remodelar el Medio Oriente” que recordaba las políticas neoconservadoras de George W. Bush, algo precisamente lo que les faltaba a los neoconservadores como Kagan o Frum en Trump y por lo que para ellos era “fascista”. Donde Biden difería de Trump –que por otro lado, igual que Biden, siempre mantenía un curso “duro” respecto a Irán–, era sobre Ucrania, algo que, según Tooze, solo demostraba que su “revisionismo”, por vía de las tensiones, era simplemente más sistemático y análogo “a la ruinosa ambición neoconservadora de las décadas de los 90 y 2000” (Tooze, 2024).

²⁷¹ Para la genealogía y evolución del término “revisionismo”, véase: nota de pie 68

²⁷² En todo esto, a mitades de su mandato después de haber declarado el “fin” a la pandemia (véase: arriba), en lugar de las anteriores ambiciones progresistas, la administración de Biden giró bruscamente a la derecha centrándose en la política exterior y abrazando básicamente el mismo nacionalismo económico que Trump, pero acompañado no de una retórica populista de derecha, sino de la del liberalismo de la Guerra Fría “recalentada” (véase: Winant, 2024).

CAPÍTULO 4.

EL CIERRE

4.1. Resultados

Esta sección tiene como su finalidad presentar los resultados y los hallazgos del análisis y la evaluación de las columnas del corpus del estudio llevados a cabo en la sección anterior mediante la metodología de la “lectura minuciosa” (*close reading*) o más específicamente una “lectura minuciosa y a veces más bien distante” (*close and sometimes rather distant reading*) (Capítulo 3.), para posteriormente interpretarlos y contrastarlos con la teoría, tanto respecto a las propias comparaciones históricas, como a la teoría del fascismo (Capítulo 2., secciones I y II) y en relación con nuestros objetivos, preguntas e hipótesis de investigación (Capítulo 1., secciones 5., 6. y 7.).

Uno de los principales hallazgos de esta investigación respecto al uso del término “fascismo”, es que la mayoría de los autores de las columnas analizadas al comparar a Trump de este modo, lo hacían sin invocar a ningún modelo determinado del fascismo, ni apego a ninguna definición concreta y cuando lo hacían, apelaban a modelos deficientes (como por ejemplo el modelo de Umberto Eco) o a modelos cuyos autores se negaban –todavía– de ver a Trump de esta manera sin dejarlo en claro (como en caso del modelo de Robert O. Paxton). Si bien –como lo hemos discutido en el Capítulo 2.–, los enfoques teóricos en los estudios sobre el fascismo varían radicalmente, oscilando incluso por ejemplo dentro de la misma perspectiva “genérica” desde un enfoque taxonómico rígido que identifica el fascismo mediante un conjunto específico de rasgos (Payne), hasta verlo como un conjunto más amorfo de “pasiones movilizadoras” (Paxton), y luego de modo más amplio desde una perspectiva materialista centrada en los fundamentos económicos y sociales del fascismo (los enfoques marxistas-economicistas), y la perspectiva política (Gramsci), hasta el enfoque cultural-intelectual centrado en sus ideas subyacentes (Mosse, Sternhell), o desde la perspectiva si uno considera al fascismo como moderno (Mann, de Felice), antimoderno (Nolte), revolucionario (Griffin, Mann, Gentile), o antirrevolucionario (Mayer, Riley), o si uno se centra en los países donde el fascismo tomó el poder estatal o en lugares donde solo siguió siendo un mero movimiento y si restringe su enfoque a la Europa de entreguerras (Riley) o lo amplía al resto del mundo en una perspectiva “transnacional” (Finchelstein), los columnistas de la selección en las ocasiones donde si se inscribían en alguna perspectiva determinada, invocaron solo una selección muy estrecha y limitada de estas. A parte de los propios estudiosos del fascismo que escribían desde la perspectiva de sus propios modelos –como en caso de Federico Finchelstein (las columnas #11, #12, #18; para más sobre su enfoque, véase: Capítulo 2., 2.1.3.) o Robert O. Paxton (#20; para más sobre su enfoque, véase: Capítulo 2., 2.1.2.)–, los autores más citados han sido Eco (#1, #2, #25, #26), que en realidad no tiene ninguna teoría del fascismo solo una serie de impresiones ahistóricas (véase: 2.4.) y Paxton (#4, #6, #21, #22), a menudo, como ya hemos mencionado, sin llamar la atención a su negativa por años de no ver, todavía, a Trump como un “fascista” hasta su conocido, y analizado también, *volte face* de 2021 (véase: #20). Había autores que no eran estudiosos del fascismo pero que introducían sus propios enfoques –discutibles y deficientes– como en caso de Stanley (#10, #12, #15, #18, #19) o, de modo indirecto (véase: más adelante) de Snyder (#7, #8, #9, #16), que, siendo uno de los principales “alarmistas”, igualmente ha sido referenciado como la “autoridad” en el tema por otros autores del corpus como Milbank (#17) y Cohen (#21). Otra autora, cuyo enfoque sobre el fascismo presenta ciertas deficiencias pero que igualmente ha sido citada por los comparatistas analizados ha sido Hannah Arendt (#4, #12). Ian Kershaw ha sido referenciado más en su calidad del estudioso del nazismo, que teórico del fascismo como tal (#16, #26), la misma posición desde la cual escribía otro de los autores analizados, Christopher R. Browning (#27). Un caso curioso constituyó la columna de Rubin (#22) que sintetizó bien las posiciones de varios de los “escépticos” en el marco del “debate sobre el fascismo” y estudiosos del fascismo/nazismo como Griffin, Paxton, Payne y Weber para ofrecer su posición opuesta a ellos, pero más desde la experiencia política particular del antifascismo español que desde la propia teoría del fascismo. El caso menos riguroso y más criticable del uso de la teoría del fascismo para apoyar la comparación de Trump al fascismo han sido las columnas de Robert Reich: el texto #3 y ante todo el texto #26. Otros dos autores mencionados por los comparatistas han sido Sarah Churchwell (#21) cuyo argumento a favor de hablar del “fascismo estadounidense” no obstante puede atraer críticas (véase: 2.6.) y Madeleine Albright (#26), que en efecto tampoco tiene una teoría y ni siquiera una definición del fascismo más allá de que este es algo que a ella no le gusta y/o lo que, según ella, no cabe en un *mainstream* liberal-conservador. Finalmente, de los autores que sí mencionaban alguna referencia teórica al fascismo, solo uno, Bouie (#1) hizo referencia a la falta de una definición común del fascismo y una falta de consenso al respecto entre sus estudiosos (véase: 2.1.), pero curiosamente no lo ha hecho ninguno de los propios estudiosos del fascismo presentes en el corpus como Paxton, Finchelstein o Rubin o de los historiadores de la Segunda Guerra Mundial como Snyder o Browning que seguramente tienen el conocimiento de estos debates y/o de la polémica en torno a la relación entre el fascismo y el nazismo. Es justo este vacío –y el hecho de pasar por alto los debates cruciales en torno al tema– que llevó o que les permitió a los autores como Snyder a inventar y usar los términos “extraños” (véase: Rosenfeld, 2019) como “ni-siquiera-fascismo” (#9) o superfluos y poco determinados como “neofascismo” en caso de Stanley (#19) y Cohen (#21), con tal de solo, ante la ausencia de verdaderos rasgos fascistas en el trumpismo poder justificar la comparación. Así, el uso del “fascismo” en la selección evaluada de las columnas se inscribía en el tipo del uso del término denunciado hace años por Payne: como un peyorativo universal para las cosas que uno desea denunciar y/o estigmatizar sin conexión al verdadero significado del “fascismo” y su valor como una categoría heurística, ni la anatomía de la cosas denunciadas, por ejemplo, el “fascismo soviético”, el “fascismo thatcherista” (Payne, 2014: 175) –o en este caso concreto el “fascismo trumpista”–, o en el uso que de modo parecido había denunciado también Kershaw, como un instrumento ideológico de categorización política negativa y “pura palabra para abuchear” (*boo word*) (Kershaw, 2015: 39).

Todo esto claramente no significa que no había –aparte de las variaciones en escasas referencias teóricas o en igualmente poco numerosas referencias históricas relevantes–, diferencias en el argumento de los autores del corpus respecto al, supuesto, fascismo de Trump. Si bien, la mayoría de los autores que han comparado a Trump con el fascismo provenían del centro liberal y de la centroizquierda, no eran un grupo monolítico y han empleado argumentos diferentes para presentar estas afirmaciones. Algunos estudiosos y comentaristas liberales como Reich, Kagan, Kaufman, Snyder, Milbank, Paxton, Cohen, Rubin, Frum o Gopnik preferían ver y/o enmarcar a Trump en la tradición del fascismo europeo de entreguerras y en clave de “una influencia foránea”, advirtiendo que este guardaba algunas similitudes preocupantes con Hitler (y/o Mussolini) y los nazis (#3, #5, #6, #7, #8, #9, #16, #17, #20, #21, #22, #23, #24, #25, #26). Por el contrario, otros críticos como Goodman, Stanley o Browning trataban de identificar a Trump como una reencarnación, culminación o resultado de una tradición interna del “fascismo estadounidense”, describiendo el supuesto fascismo de Trump como un “regreso” a las creencias de algunos de los movimientos fascistas o filonazis en Estados Unidos de las décadas de los años 30 y 40, especialmente el movimiento *America First* y su aislacionismo (#4, #19, #27). Otros comentaristas como Bouie o Douthat por el contrario, preferían ver al fascismo de Trump igualmente como algo enmarcado en la tradición política de Estados Unidos, pero más como una mutación del conservadurismo estadounidense y del propio Partido Republicano (GOP) cuya “transformación en fascismo” bajo Trump tardó “décadas en gestarse” pero que fue prefigurada, según estos autores, por la larga alianza de este partido con las fuerzas supremacistas blancas (#1, #2). Al mismo tiempo, Finchelstein, también en las columnas coescritas con otros autores (#11, #12, #18), ha tratado de ser fiel a su perspectiva “transatlántica” del fascismo. De este modo el primer grupo de comparativistas subrayaba más bien el papel de las fuerzas externas y rupturas, mientras que los demás autores en mayor o menor grado ponían el énfasis a la influencia de las fuerzas internas y las continuidades históricas. A pesar de estas diferencias, todos los comparatistas analizados, comparaban a Trump al fascismo no solo por razones analíticas y epistemológicas –un afán que igualmente se quedaba corto como muchas veces lo ha indicado el análisis correspondiente–, sino también retóricas, creyendo que hacerlo era políticamente urgente y estratégicamente ventajoso. Sostenían que hacerlo era un grito de guerra que pudiera movilizar a la gente para combatir la amenaza que el trumpismo representa para el país. Llamar “fascista” a Trump servía de este modo como una especie de “póliza de seguro” que proporcionaba una salvaguardia en caso de que la amenaza que él planteaba finalmente se convertía en una realidad, pero muchos incluso apostaban a que efectivamente era menos grave de lo que se temía, admitiendo que, si bien su retórica podía ser en ocasiones exagerada e hiperbólica era no obstante necesaria para obtener un “efecto disuasivo necesario” y para “prevenir mayores peligros por venir”. De este modo comparar a Trump al fascismo, ha sido según ellos –como igualmente lo habían señalado anteriormente varios otros observadores del “debate sobre el fascismo–, un “grito de guerra útil” que pudiera movilizar a la gente para combatir la amenaza que el trumpismo representaba para Estados Unidos (véase: Rosenfeld, Ward, 2023: 5-6; véase también: Mann G., en: Steinmetz-Jenkins, 2024: 264; Pollitt, 2017, Caplan, 2017a). En este sentido podría resultar útil la tipología del argumento de los “alarmistas” que había propuesto Rosenfeld (2019), al estudiar su propia selección de voces en el “debate sobre el fascismo”, para dar cuenta de la diversidad interna del argumento de los comparatistas analizados: i) “Trump es un fascista”; ii) “Trump podría ser fascista sin parecer fascista”; iii) “Trump no es un fascista, pero sus partidarios sí lo son”; iv) “tal vez Trump no es un fascista pero Estados Unidos igual está al borde del fascismo”. Frente a la argumentación de los autores del corpus está división se vería así: i) #1, #3, #4, #5, #6, #7, #8, #9, #10, #12, #14, #15, #16, #17, #18, #19, #20, #21, #22, #23, #24, #25, #26; ii) #2, #11; iii) #13; vi) #27.

Al igual que la ausencia de muchos de los enfoques sobre el fascismo enumerados al principio –y los relativamente pocos que sí fueron mencionados–, han sido reveladoras otras ausencias como la falta de mención de un claro antecedente al “debate sobre el fascismo” que fue la polémica en torno al “islamofascismo” que compartía con el comparativismo de Trump al fascismo su carácter superficial y el afán de desprestigiar al adversario, en este caso a los movimientos islamistas, con el uso de una comparación familiar a las sociedades occidentales, no mediante el análisis que podría revelar la verdadera naturaleza política de estos movimientos (Eley, 2022; para la mención de esta controversia, véase: 2.1.4.) o la falta de mención de algunos de los “rival” del marco del fascismo –y los que mucho mejor explican a Trump y al trumpismo (véase: 2.2., 2.2.1., 2.2.2. y más abajo)– como los enfoques del cesarismo y/o bonapartismo (véase también: Greenberg, 2022, 2021; Bell D. A., 2020a). Igualmente llamativo ha sido el hecho que varios de los comparatistas, después de haber escrito sus columnas, tal como lo indicaban sus escritos posteriores traídos a colación, habían abandonado el marco del fascismo (Bouie, Douthat, Milbank, Frum) o, en el caso más llamativo de Paxton después de haber cambiado espectacularmente su posición –siendo él uno de los más eminentes estudiosos del fascismo– nunca volver (por tres años, hasta hoy en día) a escribir sobre el tema para profundizar la, supuesta, anatomía fascista de Trump, cosa que puede hacernos pensar que en su momento, más que por el rigor analítico, tanto Paxton como otros comparatistas mencionados se movían por las emociones políticas de momento y/o por modas retóricas pasajeras.

Al mismo tiempo, desde el punto de vista de las comparaciones históricas, en el transcurso del análisis se pudo determinar que quienes trataban de sostener que “Trump es un fascista” tendían a enfatizar demasiado la similitudes y subestimar las diferencias entre su presidencia y el fascismo. Borrar las diferencias entre el presente y el pasado sosteniendo las afirmaciones hiperbólicas no respaldadas por los hechos como por ejemplo que Estados Unidos bajo Trump era “tan malo como la Alemania nazi” o que “Trump era igual de malo que Hitler”. En esta categoría entrarían por ejemplo las columnas #3, #5, #6, #7, #8, #9, #12, #14, #15, #16, #17, #19, #21, #23, #24, #25, #26. Algunos comparatistas –y en algunos casos también los mismos mencionados anteriormente– han cometido el error metodológico de dar forma a su definición del fascismo para que se ajustara a los rasgos del trumpismo marginando por ejemplo la importancia de ciertas características del fascismo clásico que han estado ausentes en la administración de Trump (por ejemplo la tendencia hacia el estatismo o su carácter de un movimiento y/o un partido de masas) e incluir en el “fascismo” ciertas características que han estado presentes en su administración (como por ejemplo el libertarismo) pero que han estado ausentes en el fascismo clásico. En esta categoría entrarían las columnas #3, #7, #8, #9, #10, #12, #14, #15, #16, #17, #19, #21, #23, #24, #25, #26. Otros, al compararlo al fascismo trataban de dar a entender que el

trumpismo es una política “foránea” y “extraña” al conservadurismo Republicano. Blanqueando de paso la propia historia estadounidense, admitían que Trump carecía de ciertos atributos del fascismo clásico (por ejemplo un partido de masas o una organización paramilitar) e insistían en verlo como un “demagogo fascista al estilo estadounidense”, “vendedor de televisión” o un “fascista de entretenimiento”, cuando todos estos rasgos están en las antípodas del fascismo y se entienden por sí mismas dentro de la propia tradición social y política estadounidense sin necesidad de inscribirlas en ninguna otra tradición. En esta categoría entrarían las columnas #2, #5, #13. Otros críticos han cometido el error opuesto de universalizar el fascismo y verlo como más omnipresente en Estados Unidos y en su historia de lo que realmente lo ha sido o es, algo que igualmente es un tema de un arduo debate académico en torno a todo el concepto del “fascismo estadounidense” (véase: Capítulo 2., 2.6.). Y si Trump realmente es un fascista y si sus acciones se parecen a las acciones de los presidentes estadounidenses anteriores, entonces llamarlo de este modo, ¿significa que los presidentes anteriores (¿por ejemplo Nixon?) también fueron fascistas? Esta podría ser sola una de las preguntas a la que los comparatistas no respondían. Siguiendo esta lógica y aplicando el término “fascismo” a la historia estadounidense anterior a 1918 e incluso yendo tan lejos como para remontarse al siglo XIX, no solo uno acaba en un análisis ahistórico, sino que falla por completo en explicar ciertos hechos y anatomías de la propia derecha estadounidense, las organizaciones como el KKK (que por ejemplo prácticamente desapareció en los años 30 en lugar de beneficiarse del éxito contemporáneo de los partidos fascistas en todo el mundo) o el supremacismo blanco del sur en el que se haya inspirado Trump, pero solo –según el argumento de ciertos comparatistas analizados– porque los nazis se han interesado alguna vez en el régimen legal racial que estos han establecido. En esta categoría entrarían las columnas #1, #4, #7, #19, #24. Si bien una de las principales funciones de las comparaciones históricas es llamar la atención a lo que es viejo y parecido y a la vez lo que es nuevo y singular por lo que la función de los historiadores en el discurso público es, de modo análogo, demostrar que lo que se piensa que es nuevo, de hecho no es nada por el estilo y, en un sentido opuesto, demostrar que lo que se supone que es antiguo es a menudo de invención reciente, los columnistas, muchos de ellos mismos historiadores (Kagan, Kaufman, Snyder o Feldman), fallaban en este papel. A fin de obtener un efecto retórico deseado de vincular a Trump con el fascismo tendían más bien a revertir estos polos presentando a menudo los viejos patrones de la política estadounidense como eventos novedosos e inusuales (y vinculándolos con el fascismo de entreguerras), mientras ignoraban los patrones nuevos propios de la extrema derecha contemporánea para no socavar su argumento principal. En esta categoría entrarían las columnas #5, #6, #7, #8, #9, #14 o #16.

Salvo algunas excepciones como las columnas de Paxton (#20) o Finchelstein (#11), los textos eran a menudo análisis superficiales, centrados en la personalidad y el carácter de Trump, pero no en su genealogía ni sus políticas que en realidad poco o nada tenían que ver con el fascismo histórico. Si bien algunos de estos rasgos y políticas podrían ser propios de los movimientos fascistas –su retórica incendiaria en contra de las minorías, su predilección “por la acción, no por el pensamiento”, su virilidad, su machismo/sexismo vulgar, su xenofobia y su racismo o sus ataques verbales a los oponentes políticos como Hillary Clinton, su “prohibición musulmana” (no materializada), su actitud complaciente respecto a los manifestantes neonazis en Charlottesville, su represión de los manifestantes de #BlackLivesMatter movilizados tras el asesinato policial de George Floyd o el hecho de haber cuestionado el resultado de las elecciones 2020 e instigar luego a una turba a asaltar el Capitolio–, el fascismo, tal como lo hemos propuesto de analizar en la parte teórica (véase: Capítulo 2., 2.2., 2.2.1, 2.2.2.) es difícilmente reducible a las características personales de un determinado líder político o un conjunto de sus decisiones o acciones represivas caóticas y *ad hoc* a lo largo de los años. Estas últimas de hecho, dicho sea de paso, como bien lo ha señalado en un lugar Traverso, más que ser “fascistas” *per se*, se inscribían y reflejaban el creciente giro autoritario del propio neoliberalismo, no ningún “regreso a los años 30”, siendo por ejemplo la extrema violencia policiaca del gobierno de Macron o las severas y heredadas de Trump políticas anti-migratorias del gobierno de Biden, buenos ejemplos de ello (Traverso, 2021e). Así, más que ofrecer una base firme para su comparación de Trump (*relate*) al fascismo (*tertium*) –y por consiguiente ofrecer una comparación histórica útil–, como lo ha demostrado la evaluación de sus textos, los columnistas fallaban en ello, careciendo a menudo de cualquier marco teórico o definición firme del fascismo. En hacer su argumento, se limitaban por lo general a deducir su “fascismo” o sus “inclinaciones fascistas” de sus tratos personales, de sus actos o de algunas de sus declaraciones superfluas, no de ninguna genealogía clara ni de una cultura política precisa en la cual él se inscribiría conscientemente. Evidenciaban más bien que ellos mismos querían, en algunos casos incluso a toda costa y sin ningún rigor –como en el caso por ejemplo de las columnas de Reich (#3, #24, #26), Cohen (#21) o Gopnik (#25)– inscribirlo a fuerza en este tipo de tradición a fin de deslegitimarlo políticamente y “removerlo” de la política estadounidense. Pocos columnistas, salvo los citados al inicio, parecían tomar en cuenta que lo que hizo único al fascismo histórico no fue la presencia de tropos retóricos comunes a muchos otros movimientos de la derecha nacionalista y/o conservadora antes y después –la vilificación de los “otros”: los migrantes, los musulmanes, las minorías, etcétera–, sino por ejemplo su capacidad para dominar muchas y en caso más notable de los nazis, todas las instituciones importantes de la sociedad. Algo en lo que precisamente trumpismo falló por completo y el campo que según algunos estudiosos ni siquiera intentó dominar (véase: Robin, 2017g, 2018a, 2018b, 2018c). Fijándose en sus tratos personales, en los aspectos superficiales de sus políticas o en su “teatralidad/performatividad” como en caso de Gessen (#13), los comparatistas fallaban en notar que en la medida en que Trump logró gobernar, en su mayoría gobernó de la forma en la que probablemente lo habrían hecho otros Republicanos en las últimas décadas como Mitt Romney o John McCain en caso de haber ganado las elecciones presidenciales, o sea, igual que cualquier otro presidente Republicano neoliberal: recortando impuestos, nombrando a los antisindicalistas para la Junta Nacional de Relaciones Laborales y conservadores sociales para la Corte Suprema y en general actuando como un “reaganista estándar” (véase: Robin, 2020c; Bessner, Burgis, 2021).

En lo que se refiere al tipo de argumentación que predomina en las columnas evaluadas, es el “moralismo” (identificado y criticado por varios analistas a lo largo de todo el “debate sobre el fascismo”, véase: Riley, 2022a: 77; Robin, 2023, Bell D. A., 2020b, 2022), un tipo dominante del argumento característico para el liberalismo contemporáneo que reemplazó la lucha por el futuro con un intenso enfoque en el pasado y un afán de responsabilizar moralmente a la historia por todo lo que ocurría en la

actualidad (Brown, 2015: 4). Presente en su forma más articulada por ejemplo en las columnas #3, #5, #7, #8, #9, #10, #12, #15, #16, #18 o #19, este tipo de argumentación tiende a apelar a las emociones y en vez de exponer o poner al debate la anatomía política de Trump, oscurece la historia y los problemas estructurales de la democracia estadounidense sustituyendo el análisis por la “indignación”, “denuncia” y la “condena” que resultan tanto anti-intelectual como presentista. A pesar de que –y dejando por un momento de lado sus propias limitaciones respecto al análisis del propio fascismo (véase: abajo)– la propia Hannah Arendt había aconsejado después de la Segunda Guerra Mundial abandonar el tono moralizante en el análisis del fascismo por sentir que atribuirle las “malas intenciones” a los líderes políticos fascistas y/o nazis era el tipo de análisis estéril que nada nos decía sobre el fenómeno en cuestión (véase: Moyn, 2020c), muchos de los comparatistas centraban su argumento precisamente en el carácter y en las supuestas intenciones y “voluntades” de Trump, aportando poco en cuanto al entendimiento de su anatomía política y cerrando en efecto toda la investigación y el debate respecto a ella. Reflejaban así todas las limitaciones del análisis en categorías morales y metafísicas del “mal” como un tipo de explicación histórica tal como en el propio contexto del auge de la extrema derecha en los últimos años ya lo había denunciado y criticado con puntualidad como “sumamente limitado” Ian Kershaw ya que, según él, decir por ejemplo que Hitler –o en nuestro caso, sin forzar ninguna analogía, Trump o cualquier otro político–, hizo lo que hizo porque “era malvado”, no aportaba nada a la comprensión ni de Hitler ni del nazismo y en términos analíticos “decir algo así es inútil porque su aporte es nulo” (Kershaw, 2023). La historia, en esta perspectiva –algo que se puede ver claramente en las columnas de Snyder (#7, #8, #9, #16) o Stanley (#10, #12, #15, #18, #19)– se convierte, en esencia, en un “drama moral” que ignora las condiciones sociales y políticas que le permitieron a Trump ascender al poder (la desigualdad, las relaciones de clase, la deuda, la vivienda, el poder corporativo, etcétera), centrándose en su “ambición” y su “codicia”, un tipo de análisis que –siendo este uno de los hallazgos cruciales de esta evaluación– dificulta la comprensión y tiende a borrar las diferencias del contexto e impone a la opinión pública las analogías históricas engañosas. En este sentido este tipo de apelación a la noción del fascismo servía principalmente a los autores de estas comparaciones para estigmatizar a Trump en concordancia con la criticada por Traverso y bastante típica para nuestra época tendencia de “transformar la moral en una categoría cognitiva” (Traverso, 2019c).

Respecto al criterio de la “utilidad”, central para la evaluación de las comparaciones históricas (Kornprobst, 2007; von Sass, 2021: 192), la columna más “útil” de la selección, es la de Robert O. Paxton (texto #20). Su autor no solo apela a un modelo teórico concreto –el suyo (véase: Capítulo 2., 2.1.2.)–, para apoyarse en hacer la comparación, sino que toma en cuenta y apunta a importantes diferencias del contexto y circunstancias políticas entre el fascismo histórico y el trumpismo, algunas de las cuales considera incomparables. Enumerando por otro lado las semejanzas, enfatiza puntualmente cuales considera superficiales. Explica el cambio de su opinión refiriéndose a su negativa anterior de comparar a Trump con el fascismo –algo que varios otros comparatistas al aludir a sus teorías a menudo han fallado de tomar en cuenta (véase: los textos #4 y #6)– y fundamenta su argumento ofreciendo encima una analogía histórica concreta entre el ataque a la Chambre des députés por las fuerzas de la extrema derecha francesa en 1934 y el asalto al Capitolio, apuntado igualmente y debidamente a ciertas diferencias del contexto. No obstante el hecho de no haber profundizado o ni siquiera haber vuelto al tema le resta un poco el peso, haciendo creer –tal como lo hemos señalado en el propio análisis–, que su cambio de postura ha sido fruto más de las emociones de momento, no resultado de ningún giro teórico, de modo que en su calificación del ataque de la turba trumpista al Capitolio como “un intento fascista impactante”, el calificativo crucial parece ser “impactante”, y no tanto “fascista”.²⁷³

De modo parecido, igualmente útiles, resultan las columnas de Federico Finchelstein: a pesar de las deficiencias y las posibles críticas a su propio modelo del fascismo (véase: 2.1.3.), sus textos están enraizados en una determinada perspectiva teórica y al igual que la columna de Paxton, resultan muy bien informados históricamente. Su autor, al hacer sus comparaciones, apunta debidamente a las diferencias del contexto (véase: texto #11) y traza unas analogías históricas que resultan por ejemplo útiles para pensar en las políticas sanitarias de la nueva extrema derecha (#12), aunque este mismo texto, coescrito con Jason Stanley aparece desigual al igual que la otra columna en coautoría con Stanley y Pablo Piccato (#18), en comparación con las cuales destaca la coherencia del argumento comparativo de este autor cuando escribe solo (#11). Algo similar ocurre con la columna de Christopher R. Browning (#27) que al hacer su comparación –igual que Paxton o Finchelstein– parece seguir todas las reglas del arte llamando la atención debidamente a las importantes diferencias del contexto y a los contrastes entre Trump y el fascismo/nazismo, pero que al proponer su figura del “fascismo aislacionista” que, según él, aplica a Trump, ofrece un argumento contradictorio (al escribir al inicio que lo que más lo hizo para cambiar su opinión han sido los planes internos de Trump, no su política exterior) y poco fundamentado (apoyado solamente en las no profundizadas alusiones al aislacionismo filonazi estadounidense de los años 30 y 40). Al contrastar su columna con otros textos suyos sobre el tema –tal como lo hemos hecho en

²⁷³ De modo muy revelador, en verano de 2024, unos tres años y medio después de haber escrito su columna, Paxton, indagado sobre el tema, mantuvo su análisis, aunque subrayó que no creía que el uso de la palabra “fascismo” en el discurso público “fuera políticamente útil” (sic) (Paxton, 2024). Así, seguía afirmando que veía a Trump como un “fascista” y que este incluso, según él, “se parecía mucho a los fascismos originales”, pero a la vez dejaba claro que el uso de la palabra en cuestión, “generaba más calor que luz” y que usarla “era como hacer estallar una bomba de pintura” (*Ibidem*), una rara posición entre los “alarmistas” cuya mayoría, como hemos visto en el transcurso del análisis de las columnas seleccionadas, no solo se mostraba convencida que este término aplicaba muy bien a Trump, sino que su uso era una eficaz estrategia movilizadora. Siguiendo esta inesperada línea del argumento, Paxton afirmaba que cada vez veía al trumpismo más como un “fenómeno de masas” (afín al fascismo), pero subrayaba a la vez que no estaba impulsando el término porque “no creía que este hiciera un buen trabajo ahora” y que “había mejores formas de ser más explícitos sobre el peligro específico que representa Trump” (*Ibidem*). Esta afirmación ayuda a explicar también de por qué no había dado seguimiento a su columna o por qué por todos estos años no ha escrito nada más sobre el “fascismo trumpista”.

el transcurso de la evaluación—, se puede llegar a la conclusión que resulta mucho más útil usar la categoría de “illiberalismo” o “antiliberalismo” para hablar de la anatomía política de Trump (véase: Browning, 2022, 2018), que la de “fascismo” que igualmente en la columna analizada de Browning deja de fungir como una categoría útil y estrictamente analítica y empieza a funcionar más como un insulto y un afán de deslegitimación política.

En otro tenor, entre las columnas que llaman de manera útil a ciertos aspectos del trumpismo o su genealogía política, pero carecen de firmes referencias teóricas para sostener su comparación con el fascismo, cosa que socava la firmeza de su argumento, destacan por ejemplo las columnas de Bouie (#1) o Douthat (#2) que de manera oportuna apuntan a las conexiones de Trump por un lado con la historia del racismo y por otro, del conservadurismo estadounidense. De modo parecido la columna de Goodman (#4) si bien de manera oportuna deja el espacio para la investigación e interrogación al preguntar si “el fascismo es posible en Estados Unidos” y busca poner en escrutinio a algunos aspectos de la anatomía política de Trump, al apoyarse solamente en la ritual referencia retórica a Sinclair Lewis sin siquiera explicar los posibles puntos de contacto entre el protagonista de su novela y Trump, o el hecho de invocar el modelo teórico de Paxton sin explicar su negativa, en aquel entonces, de comparar a Trump al fascismo, socava la utilidad de su analogía. La columna de Kaufman (#6) si bien puede parecer bien argumentada y documentada con varios ejemplos y referencias teóricas, igualmente falla en hacer una comparación útil de Trump al fascismo al no apuntar lo suficientemente a las diferencias de contexto entre la historia de este y la política de hoy, al asociar automáticamente (por la vía de una forzada referencia a Benedict Anderson) a cualquier forma de nacionalismo con el fascismo, al tratar de invocar las teorizaciones de Paxton sin tampoco explicar su postura y al apegarse a un análisis erróneo sobre el auge del fascismo de Hannah Arendt sin pasarlo por ningún tipo de escrutinio (para la crítica de este véase: Capítulo 2., 2.1. y abajo), algo que le resta finalmente cualquier base teórica a su analogía. De modo parecido la columna de Gessen (#13) de modo oportuno llama la atención y critica ciertas políticas de Trump, pero al quedarse en la esfera de las apariencias, los tratos personales y la “performatividad del fascismo”, carece de una base para hacer útil su analogía. Igualmente respecto a la columna de Rubin (#22) si bien su autor al hacer su argumento reconstruye de modo riguroso las voces de los “escépticos” (algo que ningún otro “alarmista” en la selección analizada había hecho), o introduce de modo interesante la perspectiva antifascista a base de la historia del antifascismo español (algo que en efecto puede enriquecer los estudios del fascismo), el hecho de asumir de antemano que Trump es un “fascista” y no llegar a esta conclusión mediante ningún análisis o aplicación de ningún modelo teórico determinado, socava la utilidad de su comparación al igual que su excesiva dependencia en el ethos antifascista (algo que hoy ya existe solo un su forma marginal) y su capacidad de identificar y/o decidir quién es “fascista” y quien no.

Por otro lado entre las columnas que resultan menos útiles en hacer su comparación destacan los textos de Robert Kagan (#5) y David Frum (#23) que resultan interesantes solamente como ejemplos de la lucha política con Trump de una corriente neoconservadora estadounidense expulsada, o más bien (auto)expulsada, del Partido Republicano (GOP) —los llamados “*Never Trumpers*”—, con el uso de la categoría del “fascismo” como el término de “mayor insulto político” (Passmore, 2017; Payne, 2021). No solo sus columnas, como en caso de Kagan, destacan por un análisis simplista cargado de moral y están llenas de imprecisiones históricas demostrando un claro desconocimiento de los propios estudios del fascismo, sino, como en caso de Frum, tratan de fundamentar su comparación de Trump al fascismo en una falsa analogía con Perón que ha despertado incluso las críticas de los partidarios de tildar a Trump de este modo (Finchelstein). Igualmente inútil en hacer su comparación histórica al fascismo resulta la columna de Feldman (#14) que sin tomar en cuenta ninguna diferencia de contexto trató de basarla en una insostenible analogía entre los tiempos de hoy y la Primera Guerra Mundial (sic), la referencia ritual a la historia de Niemöller y la invocación retórica a la llamada “prueba del pato”, en vez de algún modelo teórico firme, a pesar de que, como aseguraba este mismo autor, escribía su columna desde una posición de “un experto en fascismo” (sic). De modo parecido la columna de Cohen (#21) resulta ser una de las menos informativas: aparte de, igualmente, apelar a la “prueba del pato”, una referencia ritual a Sinclair Lewis, fallar a reconstruir de modo exacto las posturas de otros “alarmistas” a quienes él mismo había invocado (Snyder y Churchwell), centrarse en los ataques a uno de los “escépticos” y máximos estudiosos del nazismo por su negativa de comparar a Trump al fascismo (Evans) y torcer las palabras de Paxton, este autor falla por completo en tomar en cuenta las diferencias de contexto entre la política de hoy y el periodo de entreguerras. Tampoco se molesta a apelar a alguna teoría y/o definición del fascismo para fundamentar su comparación. De modo parecido, Gopnik (#25), a pesar de asegurar que su uso del “fascismo” no tiene nada que ver con el uso de este término como un insulto (sic), sino que “es un afán puramente diagnóstico” (sic), falla en hacer cualquier tipo de diagnosis o análisis presentando solamente conclusiones a las que llegó de antemano —“Trump es un fascista”—, y fallando en fundamentar y hacer útil su analogía. Por su parte las columnas de Robert Reich (#3, #24, #26), resultan, desde el punto de vista de las comparaciones históricas, igualmente las menos útiles y peor informadas. No solo su modo de comparación resulta hiperbólico, falla en tomar en cuenta las diferencias del contexto y carece de cualquier enfoque teórico del fascismo (#3, #24), sino cuando su autor parece apelar a la teoría (#26), lo hace de modo engañoso y desprovisto de cualquier rigor demostrando solamente su ignorancia respecto a los estudios del fascismo y la obra de los propios autores que cita en un afán fallido de fundamentar su comparación de Trump al fascismo.

Las columnas de Jason Stanley por su parte, si bien presentan una fundamental debilidad teórica que los sitúa del lado de los menos útiles respecto al uso de la comparación histórica al fascismo (al igual que parecen exhibir una contradicción en cuanto al uso general de las mismas), no dejan de ser interesantes, arrojando finalmente un “saldo mixto” en la evaluación. Si bien por ejemplo una de sus columnas (#10) aparece bien informada históricamente, tomando también en cuenta debidamente las diferencias del contexto entre hoy y ayer, la fortaleza de su argumento se desvanece cuando el autor nos confronta con su propia visión y su propio entendimiento ahistórico del fascismo como una “táctica política” y algo que —una visión que comparte las básicas coordenadas con la visión ahistórica de Umberto Eco—, puede surgir en cualquier momento, en cualquier lado y en formas diferentes (véase: Stanley, 2018a), cosa que reluce de modo aún más evidente en otro de sus textos (#15). En su siguiente columna (#19) a parte de seguir exhibiendo su visión “débil” del fascismo como una “táctica política” y usar el término como

parte de una estrategia retórica que, según él, es la mejor manera para llamar la atención a los peligros que enfrenta la democracia estadounidense y movilizar a los votantes (aunque incluso estos peligros poco o nada tengan que ver con el fascismo real y pueden ser criticados y exhibidos sin la necesidad de apelar a este término), Stanley emplea la muy poco convincente táctica de, lo que ya se ha propuesto de llamar en este estudio como una “triangulación argumentativa” (para este uso, véase también: abajo), en la cual aludiendo a ciertos aspectos de la historia estadounidense en vez de vincularlos directamente con Trump, prefiere hacerlo de modo indirecto vía lo que pensaban de ellos los nazis y/o el mismo Hitler para sostener su, arbitrario y muy poco útil de esta manera, argumento acerca de las “raíces fascistas de Trump”. Ver al fascismo como una “táctica política” y de modo ahistórico como algo que puede volver y surgir en cualquier momento, tiene sus graves consecuencias como lo han demostrado algunos de los posteriores escritos de este autor que llegó incluso a hablar de manera insostenible y banalizante –a un año de la salida de Trump de Casa Blanca y en plena presidencia de Joe Biden–, de una suerte de “fase legal del fascismo en Estados Unidos” (sic) (véase: Stanley, 2021b) o de insinuar, sin tomar en cuenta las enormes diferencias del contexto, que el fascismo representa una amenaza para el mundo igual que cuando había surgido a principios del siglo XX (véase: Stanley, 2022e). Todo esto ocurre a pesar de que este autor parece tener un muy buen “punto de partida comparativo” (véase: Capítulo 2., 1.5.), y como el mismo lo ha subrayado, sus escritos sobre el tema están enraizados e inspirados en la historia de su familia de refugiados judíos de Europa que lo informaba históricamente sobre la época y apremiaba a usar este tipo de comparaciones de modo “responsable” y “empático”. El hecho que sus comparaciones al fascismo resulten no obstante poco útiles para entender a Trump y al trumpismo puede parecer de este modo como una contradicción que demuestra que para el manejo útil de la comparación al fascismo no basta tener un buen “punto de partida comparativo”, sino sobre todo hay que contar con un adecuado modelo teórico y/o la definición del fascismo mismo –algo de lo que Stanley carece–, que garantizaría su uso riguroso independientemente si uno es un “alarmista” o un “escéptico” en el “debate sobre el fascismo” (véase: Eley, 2017, 2018, 2021, 2022; Riley, 2017, 2018, 2019).

Finalmente, el caso del último autor, Timothy Snyder, cuyos columnas resultan de las menos útiles en hacer la comparación histórica de Trump al fascismo, es tan interesante que no solo vale la pena dedicarle más atención al recoger los resultados del análisis de sus columnas, sino que nos gustaría proponer de verlo, de modo más general, como una suerte del “tipo ideal” [en sentido weberiano] de un “alarmista” (véase: nota de pie 26), que encarna –algo que se hace evidente a la luz de la evaluación de sus escritos–, todas las limitaciones del característico para este campo, uso del término “fascismo”, las comparaciones históricas, sus “lecciones” y la historia en general, señaladas también en el curso del debate sobre el fascismo respecto a Snyder por varios otros autores que seguían y tomaban parte en el debate (Moyn, Priestland, 2017; Mercer, 2020; Moyn, 2020a; Evans, 2021b; Riley, 2022). De hecho ha sido Riley, que un lugar, en la introducción a la nueva edición de *Las fundaciones cívicas...*, aludiendo al “debate sobre el fascismo”, calificó las bombástica afirmación de Snyder –presentada por él en diferentes formas y en diferentes lugares a lo largo de los últimos años–, de que “nuestro orden político de hoy enfrentaba amenazas parecidas a la amenaza totalitaria del siglo XX”, como “típica” para muchos otros opinadores, expertos (*pundits*) y académicos sobre todo de linaje liberal en Estados Unidos que comparaban a Trump al fascismo (Riley, 2019: xxii). En todas las cuatro columnas analizadas (#7, #8, #9, #16), el bombástico, selectivo e ignorante de las diferencias del contexto carácter de sus comparaciones históricas, las hace unas de las menos útiles para entender a Trump y ayudar a construir una efectiva respuesta política a él, acabando incluso en la banalización y la trivialización de la historia del fascismo y/o de la Segunda Guerra Mundial. Su tono “alarmista” no sirve para indagar con ayuda de la historia, sino más bien para empujar una tesis “presentista” tomada de antemano de que Trump es un “fascista” y de que Estados Unidos bajo su mandato –e incluso después–, se encontraba y/o se encuentra “al borde de una dictadura” (cosa que nunca no se ha materializado). Tal como se podía apreciar en sus columnas, las comparaciones a la época nazi –por ejemplo la ocupación alemana de Polonia–, no le sirven a Snyder para apuntar a las verdaderas semejanzas y/o diferencias del contexto, sino simplemente para evocar la historia “de la que él sabe más”, sin importar su verdadera relevancia (como en el claro caso del poema de Szymborska en la columna #7, que si bien no tiene nada que ver con el fascismo ni con la Segunda Guerra Mundial, acaba siendo “volteado” para apoyar la tesis del “fascismo de Trump”). Sus comparaciones de Trump a Hitler *in toto*, al escribir literalmente que ambos mandatarios “hacían lo mismo” (#9), sin apuntar a ningunas diferencias entre ambos, sus anatomías ni sus políticas, nulifican todos los beneficios de un acto comparativo inscribiéndose solo en una clara táctica de usar la figura de Hitler no para la comprensión y/o análisis de Trump y el trumpismo, sino solamente para la demonización y la deslegitimación de los oponentes políticos (véase: Levine, 2014). Al mismo afán responden las menciones de la historia de Alemania nazi o de algunos detalles de ella sin ninguna conexión directa con Trump (por ejemplo la historia de Horst Wessel), solo para insinuar o “evocar” alguna conexión, sin fundamentarla o analizarla realmente (véase: Mercer, 2020). Lo mismo aplica a sus invocaciones de los estudios del nazismo, como ciertas nociones de Kershaw (#16). De este modo lo que hace en efecto Snyder es una inversión al tratar de definir el fascismo mediante las principales características del trumpismo, no al revés como debería proceder una investigación comparativa. Lo mismo aplica también al –algo detectado igualmente en caso de Stanley (véase: arriba), el autor que expresamente “había aprendido mucho de Snyder”–, uso de lo que se ha propuesto en este estudio a llamar como una “triangulación argumentativa” con la que en vez de vincular a Trump directamente con ciertas tendencias políticas de la historia estadounidense, Snyder “deduce” su fascismo del hecho que los nazis, en algunos aspectos, las hayan admirado o se hayan inspirado en ellas (#7).

Si bien en ninguna de sus columnas Snyder ofrece una definición concreta del fascismo aunque se entiende que su comprensión de él, al menos en parte está inspirado en Ernst Nolte sobre todo en su posterior “giro totalitario” (véase: nota de pie 74 y Capítulo 2., 2.5) o que en algunas ocasiones previas lo llegaba a definir por ejemplo de modo esotérico como “el triunfo de la voluntad sobre la razón” (Snyder, 2022c), ya después de haber concluido este estudio y el análisis de sus columnas, este autor ofreció –a mitades de 2024 en un hilo de *Twitter/X*– algo que podría ser entendido como un intento de conceptualización en este

aspecto en referencia tanto al “fascismo ruso”²⁷⁴ (el régimen de Vladimir Putin) como al “fascismo estadounidense” (Donald Trump que buscaba su reelección en los comicios presidenciales de noviembre). Así, la definición ofrecida allí no solo resulta de mayor interés a la luz de nuestra evaluación, sino que permite entender mejor por qué sus comparaciones al fascismo resultan tan inútiles para entender la política actual de la extrema derecha. Así, según Snyder –en el espíritu de la más corta definición mencionada arriba–, el fascismo “es el poder sobre el derecho, la conspiración sobre la realidad, la ficción sobre los hechos, el dolor sobre la ley, la sangre sobre el amor, la fatalidad sobre la esperanza”.²⁷⁵ Al remover todas las características y rasgos que hacen del fascismo una doctrina política históricamente específica que si bien tiene un carácter transhistórico, pero que surgió en respuesta a un contexto y a una crisis política particular de la época de entreguerras (véase: Riley, 2019; Traverso, 2019c), según la definición de Snyder, literalmente casi todos los regímenes políticos de la historia de la humanidad podrían ser denominados “fascistas”. Con esto Snyder no solo ignora una de las cuestiones centrales en los estudios del fascismo: de como captar su especificidad y diferenciarlo de otros partidos y movimientos de extrema derecha y/o conservadores, sino que borra efectivamente todo el carácter distintivo del fascismo histórico y lo que realmente lo distinguía de otros movimientos parecidos (para este punto, véase: Passmore, 2014b: 89). De acuerdo con esta “conceptualización”, el fascismo surge *ex nihilo* solo por la voluntad de los “hombres fuertes” que dominan las voluntades de los demás y “crean” el fascismo para diseminar y vivir en sus propias mentiras, algo a lo que la otra gente se une para igualmente sentirse “fuertes”. De este modo, ampliando así lo que ha de constituir el fascismo Snyder hace de este un concepto infuncionable heurísticamente –tal como lo ha argumentado por ejemplo Gentile respecto a la definición de Umberto Eco (1995), que era aplicable a todo “desde la Santa Inquisición hasta la Falange Española” (Gentile, 2023) o Furedi (2022) frente a la otra citada definición del propio Snyder (2022c)–, degradando a la vez la utilidad de su propia comparación y recayendo en una falacia comparativa que Sartori, escribiendo sobre los casos cuando las comparaciones se vuelven inútiles, identificó precisamente como el “alargamiento de los conceptos” (*concept stretching*) (1994: 39-40; véase también: 1991) y reduciendo así finalmente el concepto en cuestión a la única capacidad de denominar a lo que Snyder no le gusta en dado momento político: el régimen de Vladimir Putin y Donald Trump, no de casualidad presentados siempre por él en clave de “colaboración” y/o “clientelismo político” del segundo con el primero (véase: texto #9), una “obsesión conspirativa” que según algunos analistas y participantes en el “debate sobre el fascismo” no nos dice nada sobre el mundo alrededor, solamente representa “un síntoma de la época” (Tooze, 2019).

Según Gentile, uno de los peligros de usar el “fascismo” de modo tan laxo, es que este tipo de uso dota a los demócratas de “una suerte del poder totalitario” (sic), para poder decir “tú eres un fascista y yo soy un verdadero antifascista” (Gentile, op. cit.). Y, precisamente de este modo, edificando sobre esta definición, Snyder después de haberla expuesto, de modo autoritario, por no decir totalitario, añadía entre otros –en el sentido propuesto justamente por Gentile– que “las personas que decían que el fascismo no era una amenaza estaban equivocadas” y que “la gente que decía que Rusia no era fascista estaba aún más equivocada”.²⁷⁶ A la vez escribía –cosa que ya se había señalado aquí como una de las relevancias del estudio presente en sentido de la necesidad de buena identificación de la extrema derecha contemporánea y una correcta preparación de una respuesta política (véase: Capítulo 1., sección 4.)–, que “se necesita una claridad analítica para lograr claridad política y si uno sabe a lo que te enfrenta, no sabes cómo actuar”, añadiendo que “una vez nombrado, el fascismo puede ser derrotado, de hecho fácilmente derrotado” y que el “fascismo ruso ha de ser derrotado en un campo de batalla” y “el fascismo estadounidense en las urnas”. Así, el único efecto de esta visión laxa y ahistórica (“ahistoriológica”, diría Gentile) del fascismo por parte de Snyder²⁷⁷ –consistente con los resultados del análisis de sus columnas–, es el reescribir la historia al servicio de la lucha política del presente (contra Putin y contra Trump). No solo como lo demuestra la propia historia del siglo XX, derrotar al fascismo “una vez identificado” no ha sido una tarea “fácil”, sino una lucha épica que requirió una guerra mundial y decenas de millones de víctimas, sino, cosa que Snyder nunca parece tomar en cuenta, jamás haya habido en la historia un régimen fascista que, después de llegar al poder democráticamente, perdió las elecciones, dejó el poder solo para volver a postularse nuevamente, como es el caso del supuesto “fascismo” de Trump y un hecho que en sí mismo y de entrada le resta el peso a esta comparación histórica. Si bien todavía en otro lugar, asemejándose un poco a la definición de Paxton (véase: Capítulo 2., 2.1.2.), Snyder explicaba que por “fascismo” entendía “a) el culto a la personalidad de un Líder; b) el partido que se convierte en un partido único; c) la amenaza y el uso de la violencia y d) la ‘gran mentira’ que debe aceptarse y utilizarse para remodelar la realidad: en este caso, que Trump nunca podrá perder una elección (véase: Snyder, 2024b), como lo ha demostrado el análisis de sus columnas, allí parecía privilegiar más bien su otra visión más esotérica del fascismo, desprovista de una especificidad histórica y amplia al punto de volverlo un término inoperable.”²⁷⁸ Esto se debe al hecho que –como igualmente lo demostró el análisis de sus columnas–, su visión del fascismo no

²⁷⁴ Un claro “elefante en la habitación” en el contexto de la insistencia de Snyder de hablar del “fascismo ruso”, es su contribución a la rehabilitación del fascismo en Europa Central y Oriental, sobre todo el fascismo ucranio (OUN/UPA) bajo la excusa ideológica neonoltenista de verlo exclusivamente como “una reacción entendible al comunismo y sus crímenes” y al pintar las históricas agrupaciones fascistas en los Países Bálticos o en Ucrania como “víctimas del comunismo” y “luchadores por la libertad” (véase: Lazare, 2014a, 2014b, 2016).

²⁷⁵ Twitter/X, 4 de julio de 2024, disponible en: <https://x.com/TimothyDSnyder/status/1808872230056554527>

²⁷⁶ Twitter/X, 22 de mayo de 2024, disponible en: <https://x.com/TimothyDSnyder/status/1793288021783031909>

²⁷⁷ Twitter/X, 22 de mayo de 2024, disponible en: <https://x.com/TimothyDSnyder/status/1793288021783031909>

²⁷⁸ Para el descrédito final de su manejo del término de “fascismo” consistente con los resultados del análisis de sus columnas y para confirmar que este concepto le sirve a Snyder solamente para hablar de todo lo que no le gusta, en la misma ocasión, después de que Joe Biden, tras un desastroso debate presidenciales con Donald Trump a finales de junio de 2024, generó preocupaciones sobre su aptitud física y mental, Snyder había culpado por la desfavorable reacción de los medios, “el fascismo de Trump que se había enraizado en nuestras cabezas” (supersic) (Snyder, 2024b), sin dejar en claro a que específicamente se

está basado en ninguna teoría concreta de este, lo que a parte de su manejo laxo y ahistórico afín a Eco, lo fuerza a inventar conceptos impresionistas como por ejemplo “ni-siquiera-fascismo” (véase: #9) u otros (“esquizofascismo”, “posverdad como prefascismo”, etcétera) para llenar este vacío y aparentar alguna profundidad analítica y darla la pátina intelectual a sus escritos. En referencia a este tipo de ampliaciones en los que en medio del “debate sobre el fascismo” destacaba precisamente Snyder, Rosenfeld escribía con razón que aquellos “alarmistas” que lo hacían “estaban en todo su derecho”, pero que “al ampliar la definición de fascismo [más allá de todos sus límites], agravaron la dificultad de forjar un consenso sobre su aplicabilidad actual” (Rosenfeld, 2019).²⁷⁹ El uso de este concepto por Snyder en las columnas analizadas justamente se inscribe en esto.

Respecto al carácter de las comparaciones históricas contenidas en sus columnas –como ya hemos notado: bombástico, selectivo e ignorante de las diferencias del contexto–, este hace que raras veces las analogías de Snyder se sitúen en una perspectiva histórica que permita una comparación adecuada. En vez de ello –para citar a Riley que escribía así sobre el tono general de los comparatistas-“alarmistas” y algo que precisamente permite ver a Snyder como un “tipo ideal” de ellos–, su comparativismo tiende a tratar al pasado “como un almacén de ejemplos inconexos que se utilizan para elaborar cuentos moralizadores o construir criterios respecto a los que juzgar moralmente el momento político actual” (Riley, 2018). El mejor ejemplo de este tipo de “cuento” es la columna #7. En otra (#8), Snyder al insistir que “el fundamento de la democracia es la verdad” y poner a Trump como “fascista” porque es un “mentiroso”, ofrecía por su parte solamente lugares comunes²⁸⁰ y mal análisis al empujar su tesis de la “interferencia rusa”, con lo que en efecto constituía –como bien apuntaba en otro lugar Riley–, “uno de los más claros síntomas de la putrefacción de la *intelligentsia* liberal en tiempos de Trump” (Riley, 2022a: 25). Sus comparaciones, despreocupados por los detalles o su verdadera aplicabilidad a Trump como en el caso del poema de Miłosz (#7), la influencia de Iván Ilyin (#8), la historia de Horst Wessel (#9) o las supuestas analogías directas entre Trump e Hitler a base de unas nociones de Kershaw (#16), nunca son analizadas, sino solamente “evocadas” (Mercer, 2020). En vez constituir un análisis histórico y contextual, constituyen una serie de alusiones sueltas e imágenes históricas que el público es capaz de rememorar e identificar y cuyo uso está calculado, más que al entendimiento, a generar una reacción emocional. A la vez son presentadas con un gesto cuasi-didáctico como una serie de “lecciones de la historia” irrefutables e indiscutibles, basados simplemente en lo que Snyder “ya sabe”: la historia de la Segunda Guerra Mundial y de los países de Europa Central sin importar la conexión o cercanía de temas, tendiendo, en efecto, hacia la “historia de la posverdad” (véase: Gudonis, Jones, 2020). Es precisamente este uso de la

refería. Si bien trataba de explicar que se refería en esta ocasión al fascismo como algo que “se propaga y se instala en nuestras mentes durante este período crucial entre el primer intento de golpe de Trump y el segundo” (sic) (*Ibidem*), este uso generaba claras preguntas si por ejemplo Snyder consideraba igualmente “fascista” a la cúpula Demócrata con Nancy Pelosi y Barack Obama en la cabeza que después de esto, dado que la condición física de Biden que, en sus ojos, amenazaba los intereses del partido, lo forzó a que se saliera de la contienda. Finalmente de modo muy sintomático y revelador para su uso de la palabra “fascismo”, después de la holgada victoria de Trump en noviembre de 2024, Snyder en un texto titulado *¿Qué significa que Donald Trump es un fascista?*, ofreció una suerte de un argumento lingüístico selectivo a la Kuklick, escribiendo que si alguien otro dice “fascista” sobre sus enemigos políticos –Trump, Putin o Stalin (sic)–, este término no tiene ningún significado y aparece vacío, pero cuando él u otros comparatistas lo usan en contra de Trump o Putin, allí existe una profunda “conexión entre palabras y significados” (Snyder, 2024d), confirmando quizás sin querer como él mismo usa este término: no de modo analítico y como un dispositivo heurístico útil, sino solamente como un dispositivo lingüístico para descalificar a sus oponentes políticos a quienes acusa al mismo tiempo de “vaciar el término de su significado”. Repitiendo los argumentos de sus columnas analizadas que Trump “toma las herramientas de los dictadores y los adapta a la era de internet” (véase: #8) o que en su segunda presidencia “creará el culto de los mártires del 6 de enero” (véase: #9), Snyder aseguraba también que la base de la “nueva alianza fascista” está entre los oligarcas hidrocarbónico (Putin) y los oligarcas digitales (Musk) –sin hacer mención ninguna del hecho que fue bajo la administración de Biden que se vio el mayor aumento de las perforaciones petrolíferas y de la producción nacional de petróleo en la historia de Estados Unidos o que uno de los lemas de Kamala Harris en la campaña era el apoyo entusiasta a la fracturación hidráulica (*fracking*)–, y aseguraba crípticamente que ahora el fascismo “está por todos lados”: “en los algoritmos, las vías neuronales, las interacciones sociales” (sic) (*Ibidem*).

²⁷⁹ En concordancia con lo que ya hemos señalado en el capítulo dedicado a Snyder (2.5.) y lo que no queda mencionado en sus columnas pero permanece tácitamente presente informando su uso del “fascismo” permitiendo entender la poca utilidad de su uso de este concepto, es la influencia de la llamada “tesis totalitaria”, una suerte del “bálsamo de la *intelligenstia* liberal” (Riley, 2022a: 19). Aparte de Arendt, Snyder la retomó de Nolte una vez que este había abandonado su anterior entendimiento más específico del fascismo. Una de las debilidades de este enfoque –algo que ya hemos señalado en el análisis de una de las columnas de Snyder (véase: #9)–, es que tiende de manera inevitable a desconocer las fuentes ideológicas internas del autoritarismo, la xenofobia y el antipluralismo en las sociedades, reduciéndolas a las “influencias externas” y las “fuerzas del mal que con violencia buscan aplastar las sociedades buenas”, lo que, en este caso concreto, al tratar de explicar el auge y la presencia de Trump en la política estadounidense con la “influencia de Putin”, constituye un grave impedimento para entender su anatomía política y deforma a la vez el uso de fascismo reduciéndolo igualmente a algo que vino a Estados Unidos “desde afuera”, en este caso, desde Rusia.

²⁸⁰ Un buen ejemplo de esto ha sido un texto muy reciente en el que Snyder –reproduciendo algunos de los “mandamientos” de su sonado libro *Sobre la tiranía* (2017)– ofrecía, como es su costumbre, algunos consejos y “lecciones” a los ciudadanos estadounidenses en vistas de las elecciones de 2024, llenos de lugares comunes como que “la votación importa”, “las coaliciones son necesarias” o que “los ciudadanos no deben obedecer de antemano”, fundamentándolas en unas breves interpretaciones suyas de la historia de la República de Weimar y cuya importancia estaba no en lo que realmente nos decían, sino en el hecho que venían de la historia de Alemania, o más bien, de la interpretación de Snyder de ella (véase: Snyder, 2024a).

historia que hizo que la columna del otro autor del corpus, Dana Milbank (#17), que apoyó su escrito casi exclusivamente en el análisis de Snyder sobre la supuesta “pronta quema del Reichstag” en el contexto previo a las elecciones presidenciales de 2020 —una comparación basada en efecto, como hemos demostrado en el análisis, en la incomprensión y desconocimiento de la historia del Tercer Reich y una predicción bombástica que nunca se había cumplido—, se situara igualmente entre las columnas menos útiles de la selección, evidenciando también de cómo, algo que aplica tanto a Milbank como al mismo Snyder, ciertos autores pueden preferir moverse más por las modas retóricas —y por las exigencias de una suerte de “mercado comparativo” (véase: abajo 4.2.)—, que por el rigor analítico. Si bien en ninguna de las columnas analizadas Snyder haya hecho una suerte de predicción concreta (que podría ser luego evaluada desde la perspectiva del tiempo), el tono de presentar sus creencias, incluso especulaciones como hechos inconvertibles —y/o “lecciones”—, permea todos sus textos analizados. Aunque Snyder, reconociendo por sí mismo este estilo y tildándolo como “modo Casandra”, lo defiende como “parte del oficio del historiador” (sic) (Snyder en: Baird, 2023), difícilmente es así y los historiadores que, como Snyder, se hacen pasar por los “profetas del final” (*prophets of doom*) y los “vengadores democráticos” con su afán de ver un catastrófe a la vuelta de cada esquina y sonar el alarma frente a las amenazas recurrentes —el “regreso del totalitarismo”, etcétera— que demasiadas veces oscurece, más que clarifica la complejidad de los eventos en curso, deberían generar, como bien han apuntado otros historiadores, más bien una sospecha (Steinmetz-Jenkins, 2024: 7-8) y sus advertencias deberían ser tomadas con una pizca de sal (Moyn, Priestland, 2017). Así ha sido por ejemplo en el caso de las advertencias anteriores de Snyder que en 2017 alertaba que “los estadounidenses tenían un año, quizás menos para salvar la democracia” (Snyder, 2017b) o más recientemente que si Trump ganaba las elecciones en 2024, en 2029 “no habrá ninguna inauguración presidencial normal” ya que “Estados Unidos será una dictadura” (Snyder en: Montgomery, 2022). Samuel Moyn escribiendo en uno de los más poderosos textos críticos en marco del “debate sobre el fascismo” apuntaba justamente a lo problemático del uso de las advertencias históricas de este modo. Según Moyn, las analogías históricas y las apelaciones a las “repeticiones de la historia” —algo que ya veníamos citando respecto a las posiciones de Snyder— tenían una “ventaja retórica” de enmarcarse y ofrecer al argumentador una posición desde las alturas de una situación de “ganar-ganar” (*win-win situation*): “si dices que el mundo está a punto de acabarse o bien confirmarás tus profecías con tristeza [o sea, si se acaba, dirás que has tenido la razón], o dirás que tu advertencia lo salvó [en cuyo caso igualmente celebrarás tus profecías]” (Moyn, 2020a). Apuntando a este mecanismo en vista de las elecciones presidenciales de 2020 Moyn remarcaba que si Trump iba a ganar su reelección en aquel entonces, los “analogizadores” habrían argumentado que su “análisis ha sido correcta” y que el triste resultado solo lo confirmaba; si ganaba Biden, los que advertían sobre la llegada del “fascismo estadounidense” celebrarían que el poder de sus argumentos “había salvado el país” y así. Al mismo tiempo Moyn predecía —el análisis que efectivamente ha sido confirmado con la victoria de Biden y la “restauración del *ancien régime* Demócrata”— que los que advirtieron sobre el “fascismo” aparte de celebrar ruidosamente la victoria y la “vuelta a la normalidad”, no sacarían ningunas conclusiones de esto respecto a las posibles fallas del conjunto del sistema estadounidense sino tacharían la [primera] presidencia de Trump (2017-2021) de una suerte de “interludio”, “accidente” y “tropiezo”, tal como algunos intelectuales y políticos conservadores alemanes después de la Segunda Guerra Mundial describieron al nazismo: un “simple error de 12 años” (Moyn, op. cit.). Este precisamente es el espíritu y el fin de las analogías históricas en las analizadas columnas de Snyder que, contrario a las advertencias de Marc Bloch de comparar tanto para captar similitudes como para resaltar las diferencias o consejos de Heinz-Gerhard Haupt y Jürgen Kocka de comparar solo ciertos aspectos, no *in toto*, insiste en las similitudes, las comparaciones 1:1 dejándolos a la vez “abiertos” para poder reivindicarse sin importar el resultado final (e igualmente a contrapelo del análisis del propio Kocka que enfatiza que cualquiera que hablara hoy del “fascismo” para describir la extrema derecha contemporánea, “estaría pintando un cuadro sumamente distorsionado”, véase: Kocka, 2024). Si bien, según el citado Moyn, en la mente popular, “Snyder ganó el debate sobre [el fascismo] Trump” (sic) (Moyn en: Baird, 2023), la evaluación de sus columnas y sus resultados llevan a las conclusiones diferentes, apuntando más bien a la debilidad de este tipo de argumentación y su inutilidad. Si bien la observación de Moyn puede ser cierta en cuanto a una suerte de sentimiento general en una parte del público —la llamada “Resistencia ‘antifascista’ liberal” (véase: nota de pie 144)—, a la vez no es nada respaldado por ninguna encuesta o una investigación más amplia, y el análisis del comparativismo de Snyder confirma más bien las anteriores, bien articuladas críticas del propio Moyn. Tomando todo esto en cuenta, la comparación de Trump al fascismo que propone Snyder se vislumbra como un claro producto de la tendencia liberal de culpar de los males políticos a la gente supuestamente “irracional” y a las fuerzas “externas” a los sistemas políticos. Pero contrario a estas aseveraciones, la propia historia de la República de Weimar —a la que a Snyder a los otros “alarmistas” les gusta apuntar tanto—, demuestra que son las élites, no los “votantes irresponsables”, las que deciden cuando y porque prescindir de la democracia. Si bien en la narrativa de Snyder el paralelo con Weimar se emplea para sugerir que son las mayorías eligen a los fascistas, Hitler en 1933 recibió el poder de las antiguas élites prusianas e industriales para las que quizá no era un canciller ideal, pero sí lo suficientemente bueno frente a la “amenaza comunista”. Lo mismo ocurrió en caso de los fascistas italianos que marcharon sobre Roma en 1922 en un acto más del teatro político mientras Mussolini llegaba cómodamente en un coche cama desde Milán para recibir el poder de las élites italianas tradicionales lo habían invitado a gobernar. Ninguna de estas, centrales para la historia del fascismo/nazismo, analogías aplica a Trump y al trumpismo cuya popularidad y el atractivo se basa en buena parte en una capacidad de presentarse como una “alternativa antisistema” frente a los Demócratas que representan las élites en Estados Unidos y el *statu quo*.

Y por último: aunque el mismo Snyder no tocó este asunto en ninguna de las columnas analizadas en el corpus del estudio: la controversia ocasionada por la comparación de los centros migratorios de Trump a los “campos de concentración” hecha en 2019 por la congresista Demócrata Alexandria Ocasio-Cortez (AOC) —lo hizo por ejemplo otro autor del corpus, afin a Snyder, Jason Stanley (2019d), véase: texto #10; véase también: Finkelstein, Piccato, Stanley, 2020a—, vale la pena traer a colación su postura, expuesta en otra columna de opinión y en un ensayo que, apunta a una curiosa paradoja, que podría ser vista como sintomática y reveladora respecto a la cuestión más amplia del uso de las comparaciones históricas. Frente a todos los expuestos

arriba resultados del análisis y de la evaluación de su uso de las comparaciones al fascismo en su calidad del “tipo ideal” de un “alarmista” –junto con otras voces respecto a las limitaciones de su uso público de la historia en general (véase: Mercer, 2020; Moyn, 2020a; Evans, 2021b; Riley, 2019; 2018; 2017)–, este mismo autor a fin de visibilizar la crisis humanitaria que se vivía en la frontera sur con México y las malas condiciones en las que estaban hacinados los migrantes llegó a ofrecer una importante y bastante bien razonada defensa –salvo quizás su repetida insistencia en la “moralidad”–, del uso y de la utilidad de las comparaciones históricas en general. Al polemizar con las voces de los sectores pro-trumpistas que citaban la controvertida negativa del Museo Estadounidense de la Memoria del Holocausto (USHMM) a comparar cualquier otro evento histórico al Holocausto –un comunicado de prensa de 24 de junio de 2019 que censuró este tipo de analogías y que, curiosamente, fue removido después de la página del USHMM, pero que repetía no obstante unos puntos esenciales que un año antes expuso una de las historiadoras del Museo, en contexto general del uso de las comparaciones históricas en la política estadounidense²⁸¹–, en un extenso ensayo Snyder la tildó como “una amenaza moral” (2019c). Para él, este tipo de prohibiciones equivalían a “prohibirles a los estadounidenses a pensar”, dejando así “sin sentido el eslogan ‘Nunca Más’” y “proporcionado una cobertura moral para las políticas opresivas estadounidenses en curso”, ya que el Holocausto “es importante para los estadounidenses como una fuente de lecciones morales” (*Ibidem*).²⁸² La elección que enfrentábamos, escribía Snyder, “es si la lección es que siempre tenemos razón o si la lección es que debemos juzgarnos a nosotros mismos críticamente a la luz del pasado”. Si a primera vista el rechazo del USHMM a las analogías entre el Holocausto y otros eventos podría parecer un intento loable de afirmar el carácter sin precedentes del asesinato en masa de los judíos de Europa (véase: 1.5.), en efecto, según Snyder, se trataba de una prohibición “que nos liberaba [a los estadounidenses] de cualquier obligación, como nación y de autocritica”:

Analogizar no es una operación misteriosa: es cómo pensamos. Cada vez que alguien te pide consejo sobre una situación más allá de tu experiencia personal, o cada vez que te enfrentas a una elección desconocida, tu mente hace analogías con lo que sí sabes. Luego haces preguntas que te permiten aclarar similitudes y diferencias. En algún momento, has entendido y puedes actuar. “Nunca Más” no es más que una invocación de ese proceso. Partimos de lo que sabemos sobre el presente y nos remontamos a las décadas de los 30 y 40. Una vez que entendemos algo sobre la historia del Holocausto, volvemos a avanzar y vemos patrones que no hubiéramos visto. Si notamos uno peligroso, debemos actuar. Sin este esfuerzo, sin embargo, “Nunca Más” se convierte en su propio opuesto: “No puede suceder aquí” [en referencia a la novela de Sinclair Lewis] (Snyder, 2019c).

²⁸¹ Friedberg censurando anteriormente las comparaciones al Holocausto en particular y en general a la historia del nazismo en la vida política estadounidense –“algo que estaba aumentando a un ritmo inquietante en tiempos cada vez más polarizados”–, se oponía a su uso solamente para tildar así “a cualquier política que no le gusta a uno” o a “yuxtaponer las imágenes actuales de políticos, mítines e incidentes con las imágenes históricas de aquella época”, ya que, según ella, este tipo de comparativismo era “una descripción inapropiada que trivializaba la historia del Holocausto y dañaba la memoria de sus víctimas” (Friedberg, 2018), las prácticas que uno podría identificar de hecho en buena parte del comparativismo de los “alarmistas”. Curiosamente, un par de años antes, el mismo USHMM parecía no tener nada en contra de... comparar a Trump al fascismo (sic). En 2017, en una clara referencia a las políticas de Trump, USHMM elaboró su propia “lista de atributos de fascismo” que ha sido colgada en diferentes lugares en sus instalaciones. Según el Museo, “los señales de alerta temprana del fascismo” eran los siguientes: 1. Nacionalismo poderoso y continuo, 2. Desdén por los derechos humanos, 3. Identificación de los enemigos como causa unificadora, 4. Sexismo desenfrenado, 5. Medios controlados, 6. Obsesión por la seguridad nacional, 7. Religión y gobierno entrelazados, 8. Poder corporativo protegido, 9. Fuerza de trabajo suprimida, 10. Desdén por lo intelectual y las artes, 11. Obsesión por el crimen y el castigo, 12. Amiguismo y corrupción desenfrenados. Según algunos de los opinadores que la retomaron la lista de USHMM, “era muy completa” y Trump “cumplía 11 de los 12 puntos contenidos en ella”, siendo el duodécimo punto –el amiguismo y la corrupción– “demasiado temprano para evaluar” (véase: Longman, 2017). Así USHMM no solo se insertaba en la muy criticada por varios comentaristas manera de analizar al fascismo “por listas de verificación” (véase: arriba), sino que reproducía muchos de los puntos del llamado “fascismo eterno” de Eco (1995), que ha sido igualmente criticado y rechazado por “ahistórico” (Gentile, 2023). El contraste así era llamativo y paradójico: según USHMM no se podía comparar los centros de detención para los migrantes de Trump con los campos de concentración nazis porque esta comparación “distorsionaba a la historia” y “ofendía a la memoria de las víctimas de Holocausto” (sobre la “incomparabilidad” del Holocausto, véase: Capítulo 2., 1.5.), pero, sí se podía comparar a Trump con el fascismo, una comparación que según el Museo de ninguna manera afectaba la historia ni a la memoria de las víctimas del fascismo, que van mucho más allá del número de las víctimas del Holocausto.

²⁸² También otros historiadores como el citado ya Peter E. Gordon se había opuesto radicalmente a la prohibición de usar las comparaciones al Holocausto “decretada” por USHMM (Gordon, 2020), siguiendo igual un robusto grupo más de quinientos estudiosos de la historia alemana, del Holocausto y de la Segunda Guerra Mundial que firmaron una carta de protesta en contra de la “prohibición” del USHMM a hacer comparaciones entre el Holocausto y los acontecimientos actuales en Estados Unidos, el esfuerzo que demostró, como bien apuntaba Rosenfeld, el potencial de los académicos para trabajar colectivamente para defender el principio de libertad de investigación y, en el proceso, preservar su reputación como comentaristas confiables sobre asuntos relacionados con el registro histórico (Rosenfeld, 2019). Igualmente Mike Godwin, el abogado que acuñó la llamada “Ley de Godwin” que postula que cualquier conversación en Internet que dure lo suficiente se acerca a una comparación con los “nazis” o a “Hitler”, estuvo de acuerdo en que el término “campo de concentración”, sea como una comparación o una simple descripción de la realidad, estaba en aquel caso, correcto (Twitter/X, 18 de junio de 2019, <https://twitter.com/sfmnemonic/status/1141125878874877953>).

Así, según Snyder, “prohibir las analogías es prohibir el aprendizaje y prohibir la empatía”, anotaba, precisando que “prohibir las analogías hace que el Holocausto sea irrelevante para las generaciones futuras”: “si un niño estadounidense puede identificarse con Ana Frank [niña judía alemana, autora de un famoso diario de adolescencia que se escondía con su familia en Ámsterdam, y luego al ser delatada acabó en un campo de concentración nazi donde murió], un niño estadounidense podría preguntar cómo es para los niños inmigrantes ser separados de sus padres”, subrayando a la vez que las analogías sirven tanto para entender la historia y experimentar empatía, como para fomentar el pensamiento conceptual en general y, más ampliamente, para la toma de las decisiones política, de modo que –el punto que ya hemos enfatizado en el trabajo presente (véase: Capítulo 2., 1.3.)– la Guerra Fría o la segunda guerra de Iraq se libraron sobre una analogía que no había que apaciguar a Stalin ni a los dictadores tal como los europeos apaciguaron décadas antes a Hitler²⁸³ (Snyder, op. cit). En un texto previo a este, criticando igualmente la postura de los trumpistas que atacaron a AOC a fin de absolver la administración de Trump de las graves violaciones de derechos humanos y tratando de resaltar por su parte el sufrimiento de los migrantes, Snyder ofrecía incluso –apuntando de paso esta vez debidamente a las diferencias del contexto– una analogía histórica entre su suerte y la de los judíos durante el Holocausto en Polonia: escribiendo que meses atrás en su estado natal, Ohio, los servicios migratorios estadounidenses habían ofrecido donas para atraer a los migrantes hambrientos a un lugar donde podrían ser arrestados, secuestrando a las madres y dejando a los niños atrás, apuntaba que era algo que le recordaba la “táctica” de como los nazis usaban la mermelada para atraer a los judíos a la *Umschlagplatz* [la “plaza de recolección” en el gueto de Varsovia de donde partían los trenes a los campos de exterminio como Treblinka], algo de lo que “los estadounidenses deberíamos avergonzarnos” (Snyder, 2019b). De este modo, leer toda esta bien argumentada defensa de los beneficios de las comparaciones históricas, genera una pregunta: ¿cómo es posible que el mismo autor que había usado las comparaciones al fascismo y a la historia de la Segunda Guerra Mundial en la que se especializa de modo tan laxo e inútil para entender a Trump y trumpismo, ha sido a la vez capaz de ofrecer una defensa tan útil y bien fundamentada del uso de las analogías históricas y del uso público de la historia en general frente a los intentos de su censura y a favor de los más necesitados? Una confrontación de los resultados de este estudio con la teoría propuesta en su marco –tanto respecto a las comparaciones históricas (I), como respecto al fascismo (II)–, podría responder a esta interrogación y ayudarnos a explicar esta paradoja (al igual que la señalada anteriormente contradicción respecto al uso de las comparaciones históricas que exhibió Jason Stanley).

Tal como ya lo hemos señalado en una de las partes teóricas de esta investigación (véase: Capítulo 2., 1.5.), la comparación al “fascismo” –a “Hitler”, a “Weimar”, etcétera– pertenece a la categoría de comparaciones “puntiagudas”, cuya función principal es “llamar la atención” (von Sass, 2021: 55) y el análisis de los textos seleccionados ha confirmado que sus autores trataban de emplear la analogía al fascismo (*tertium comparationis*) respecto a Trump (*relate*) justamente de este modo. Desde las primeras columnas en las que sus autores trataban de llamar la atención sobre algunos aspectos de las propuestas o la personalidad de Trump previo a las elecciones de 2016, pasando por la campaña electoral, su victoria, la presidencia (2017-2021) las elecciones de 2020 y el ataque a Capitolio al principio de 2021 hasta 2023 y los intentos de Trump de regresar a la Casa Blanca, esta ha sido la principal preocupación de los autores analizados: llamar la atención. Si bien, como subraya von Sass, las comparaciones puntiagudas son siempre y necesariamente hiperbólicas conteniendo a la vez un elemento “inadecuado” y otro “comprensible” o, dicho de otro modo, “algo correcto e incorrecto a la vez” (2021: 55-56), los autores que comparaban a Trump al “fascismo” pero sin tomar lo suficientemente en cuenta las diferencias a contexto –la ausencia de un trauma y clima político-cultural parecido a la época posterior a la Primera Guerra Mundial, la militarización de la política, una catástrofe económica parecida a la escala de la Gran Depresión, falta de organizaciones paramilitares generadoras de violencia equivalentes a las Camisas Negras o los *Sturmabteilung* (SA), ausencia de una verdadera amenaza ideológica y revolucionaria de la izquierda en forma del comunismo, e incluso ausencia de algo podría asemejarse a un movimiento socialdemócrata poderoso en los años 30, etcétera–, dejándose mover, contrario a las advertencias de Marc Bloch (véase: 1.1.), solamente por las similitudes e ignorando las diferencias o sin haber apoyado su análisis en ningún modelo o definición determinada del fascismo, tendían a inclinarse más por el lado de lo inadecuado. Así su analogía al fascismo –la máxima hipérbole y el símbolo del “mal absoluto” (Passmore, 2017; Payne, 2021)–, más que llamar la atención de manera adecuada al fenómeno de Trump, contribuyendo a la vez a su comprensión, resultaba inútil, abonando a la confusión y socavando el mismo efecto de la advertencia. Si bien, como enfatiza von Sass, en términos más epistémicos, la “verdad” de las comparaciones puntiagudas no radica en la correspondencia entre lo que se dice y cómo “son” las cosas, sino en la inadecuación deliberada y calculada que transmite la proposición en forma mordaz, pero también de modo abiertamente exagerado (2021: 56), tal como lo ha demostrado este mismo autor (véase: 1.5.1. Ejemplo de análisis 1. y 1.5.2. Ejemplo de análisis 2.), esto no significa que este tipo de comparaciones como tales se rigen de por sí por lo inadecuado y por el “exceso”, sino que también hay límites para la hipérbole que estas han de ser señalados mediante la misma fuerza del contrargumento, tal como lo veníamos haciendo igualmente en la parte del análisis y evaluación. Y aun así, tomando en cuenta que en el acto de la comparación se trata menos de descubrir una “verdad objetiva” que de demostrar una “plausibilidad”, a la hora de hacer la analogía histórica de Trump al fascismo, tal como hemos señalado en los resultados de esta investigación (véase: arriba), este afán se veía gravemente dificultado por el hecho que muchos de los comparatistas analizados a menudo han

²⁸³ Si bien efectivamente la segunda guerra en Iraq (2003), fue librada con una analogía a la Segunda Guerra Mundial y la comparación de Saddam Hussein con Hitler, se lanzó ante todo a base de mentiras y engaños deliberadas sobre las supuestas “armas de destrucción masiva”. Snyder, que en su momento se había opuesto a la intervención en Iraq (Baird, 2023), debería haberlo sabido y –siendo la “verdad” una de sus principales preocupaciones intelectuales y políticas–, apuntado a ello.

avanzado sus conclusiones basándose en definiciones muy imprecisas del fascismo y demasiado amplias que identificaban por ejemplo rasgos del fascismo que también son visibles en otros movimientos o en otras épocas históricas.

Al mismo tiempo, todas las columnas analizadas, en diferente grado, han exhibido las limitaciones generales de las comparaciones históricas de las que hablan los autores como el propio von Sass (2021), Mayer (1970) o Rosenfeld (2019). Entre las limitaciones señaladas por el primero e identificadas en los textos destacan por ejemplo: i) la falta de autosuficiencia, ii) el avance hacia la simplicidad, iii) la descontextualización, iv) el peligro de arbitrariedad, v) la amenaza de circularidad, o vi) la falta de creatividad en las comparaciones (von Sass, 2021: 42-44). Salvo las columnas más útiles identificadas anteriormente como las de Paxton (#20) o Finchelstein (#11), todas las demás, en mayor o menor grado, demuestran las limitaciones mencionadas al exhibir la falta de autosuficiencia cuando no apelaban a una teoría ni una definición determinada del fascismo, el avance hacia la simplicidad, la descontextualización, el peligro de arbitrariedad y la falta de creatividad. La amenaza de la circularidad está mejor ejemplificada por su parte por la columna de Gopnik (#25) que, escribiendo en 2022, apeló, para apoyar la comparación de Trump al fascismo, a... su propia columna anterior de 2016, citando incluso extensos fragmentos de ella, sin tomar en cuenta que la presidencia de Trump, en efecto, a lo largo de los cuatro años de su gobierno, no ha traído ningunos “resultados fascistas” (véase: Robin, 2017h) y no acabó en ninguna dictadura, siendo el momento en el cual aquel autor escribía su texto “plena presidencia de Joe Biden” el mejor ejemplo de ello. El mismo efecto de la circularidad ha sido demostrado por este mismo autor en otro de sus textos “que no formaba parte del corpus pero que arrojaba un importante contexto a su uso de las comparaciones históricas” en el que sin ningún rigor comparó el auge y las tomas de poder de Hitler y Trump (véase: nota de pie 263). Como anotaba von Sass, dado que el acto comparativo en sí, es algo intrínsecamente unilateral, la única manera de “disolverlo” y/o matizarlo desde adentro, sería considerar las comparaciones alternativas “y/o más útiles”, abriendo una suerte de “juego exploratorio” (von Sass, 182-183). Un buen ejemplo de este tipo de “apertura” a las perspectivas divergentes más allá del fascismo para ir entendiendo a Trump y/o a la extrema derecha contemporánea en general, ha sido Ross Douthat que una vez había abandonado esta perspectiva (véase: el texto #2), en otro texto propuso una comparación histórica al movimiento jacobita escocés del siglo XVIII, mucho más iluminadora (véase: nota de pie 202). De modo parecido “nuevamente salvo las mencionadas columnas más útiles”, las demás columnas del corpus, en mayor o menor grado exhibieron las limitaciones y las desventajas de las comparaciones históricas que había señalado Mayer (1970) como la capacidad y tendencia a difamar, incitar, simplificar, exaltar y ser abusadas deliberadamente con fines políticos haciendo que acabemos interpretando mal el pasado en vez de orientar, aclarar y estimular el pensamiento crítico. A parte de esto, Mayer señalaba también que las analogías históricas tienden a ser “egoístas”: al resultar reconfortantes emocionalmente para la opinión pública “algo en lo que justamente se podría argumentar que radica mucha parte de la popularidad del argumento de los “alarmistas” en sus columnas”, se vuelven “resistentes a cualquier intento de corrección”, dificultando nuestro entendimiento y oscureciendo nuestro juicio (Mayer, op. cit.), el efecto que a la luz del análisis de los artículos seleccionados, exhibe la mayoría de ellos y algo que pudo ser evidenciado por la metodología usada en este estudio. Dado que “igualmente como hemos visto en la parte teórica (véase: 1.1.)”, las comparaciones históricas no son hechos, sino interpretaciones, tampoco son verificables y no existe ninguna base “científica” para determinar su “validez” y esta puede ser determinada solamente por las fuerzas del “pragmatismo retórico” y la fuerza del argumento del quien las emplea más que por cualquier proximidad a la “verdad objetiva”, con lo que, por lo consiguiente, la única manera de demostrar sus deficiencias e inutilidad “siendo esta última, la categoría central para su evaluación” es por medio del mismo proceso argumentativo y la misma fuerza de la retórica y pragmatismo (Kent, 1969; Kornprobst, 2007), cosa que hemos hecho mediante la una “lectura minuciosa” (*close reading*) o más específicamente una “lectura minuciosa y a veces más bien distante” (*close and sometimes rather distant reading*). Finalmente, retomando algunos puntos del análisis de Mayer, Rosenfeld (2019), estudiando por su parte su propia selección de voces en el “debate sobre el fascismo” había apuntado a tres importantes deficiencias de todas las analogías históricas: a) la inverificabilidad empírica, b) el riesgo de politización y c) la subjetividad emocional, una clasificación en la que, ahora ya sin excepciones, entrarían, de una u otra manera, todas las columnas evaluadas.

Respecto a la inverificabilidad, independientemente si la comparación “en este caso la comparación de Trump (*tertium*) al fascismo (*relate*)” cuenta o no con una definición o un a base teórica, todas las analogías históricas “por naturaleza” resisten cierta “certeza analítica”, con lo que, como ya hemos mencionado, el acto de comparación se trata menos de descubrir una “verdad objetiva” que de demostrar una plausibilidad (Rosenfeld, op. cit.) y la única manera de evaluar su utilidad, siendo este uno de los pocos criterios aplicables, es a través de la misma fuerza del argumento que ha sido empleado para hacerla. Dado que el acto comparativo, como bien recordaba Rosenfeld, se basa a menudo en la descripción selectiva y reduccionista de fenómenos complejos, las similitudes y diferencias entre “fuente” (*tertium*) y “objetivo” (*relate*) no son absolutas, sino relativas y si bien en algunos casos es fácil determinar si dos cosas son más similares o diferentes, en otros la línea que las separa puede ser más confusa. Si bien, como apuntaba Rosenfeld (2019), identificar las diferencias entre el fascismo y el liberalismo puede ser relativamente fácil, ya es más difícil determinar en qué se diferencia por ejemplo el fascismo del populismo, algo sobre lo que de hecho los académicos continúan en desacuerdo y algo que se ve agravado aún más por la incapacidad de estos en ponerse de acuerdo sobre cómo definir tanto el populismo como, sobre todo, el fascismo mismo: si mejor adoptar las definiciones “expansivas” o “restrictivas” de este último, donde ubicarlo en el espectro político tradicional, como explicar su relación con otras fuerzas políticas, etcétera (para más sobre este punto, véase: Capítulo 2., 2.1.). Así, para complicar aún más este panorama de inverificabilidad, uno de los hallazgos de esta investigación ha sido que varios de los comparatistas de Trump al fascismo han presentado sus argumentos basándose en definiciones muy imprecisas del fascismo y demasiado amplias que identificaban por ejemplo rasgos del fascismo que también son visibles en otros movimientos, o que de plano podrían aplicarse a cualquier régimen o movimiento político en la historia, algo en lo que han destacado desfavorablemente las columnas de Snyder (#7, #8, #19, #16) y Stanley (#10, #12, #15, #18, #19).

Respecto a la politización de las comparaciones, dado que, como remarcaba Rosenfeld (2019), cuando las personas aplican fuentes (*tertium*) a objetivos (*relate*), suelen ser selectivas a la hora de identificar similitudes y diferencias, como se podía percibir en la evaluación de los textos seleccionados, muchos de los comparatistas de Trump al fascismo se dejaban guiar por sus propias agendas políticas usando tales comparaciones para desacreditar y “abnormalizar” a Trump, sobre todo en vistas de las elecciones presidenciales en 2016, 2020 y 2024. Entre estas destacarían las columnas #3, #5, #7, #8, #9, #10, #15, #16, #17, #19, #21, #23, #24, #25, #26. Dentro de este grupo, un grupo aparte constituían las columnas de los Republicanos conservadores anti-Trump, los llamados “*Never Trumpers*” como Kagan (#5) y Frum (#23), que avanzaban su argumento con el fin explícito de preservar la legitimidad política del conservadurismo estadounidense y convencer a los lectores que el candidato Republicano representaba una “aberración” y que no tenía nada ver con este campo, aunque el núcleo de su rechazo a él, eran sobre todo las diferencias respecto de cómo Trump ha llevado los asuntos de la política exterior (las acusaciones de “aislacionismo”).

Finalmente respecto a la subjetividad emocional, el punto que hacía Rosenfeld –y anteriormente Mayer–, era que si bien las comparaciones cumplen una importante función psicológica en la medida en que brindan a las personas una sensación de consuelo y orientación cuando estas se sienten confundidas por nuevas circunstancias, al hacerlo desde la subjetividad pueden llevarnos a malinterpretar el pasado, tanto fomentando una sensación de complacencia como generando sentimientos de “alarmismo” frente a los acontecimientos contemporáneos como el auge del trumpismo y/o agrandando la amenaza que representaba Trump, ayunado incluso que su análisis hacer que materializara.²⁸⁴ Sin excepciones, incluso las mejores argumentadas columnas de Paxton (#20) o Finchelstein (#11, #12, #18), corrían este riesgo.

Tomando en cuenta todas estas limitaciones –sobre todo su “egoísmo” (Mayer), “politización” y “subjetividad emocional” (Rosenfeld)–, uno de los hallazgos de esta investigación es que las comparaciones históricas tienden a funcionar mejor y resultar más útiles cuando los comparatistas se ponen más creativos y cuando más que inscribirse en las coordenadas de la lucha política corriente a fin de acarrear los votos, las usan para defender a los sectores más vulnerables como minorías raciales o migrantes, como lo fue en el caso de las comparaciones de los centros de detención para migrantes de Trump a los campos de concentración hecha por la congresista Demócrata Alexandria Ocasio-Cortez (AOC), retomados y desarrollados por ejemplo en su columna por Stanley (#10). Esta comparación se sostiene mucho mejor que la comparación al fascismo, porque a medida en la que uno deja atrás la comparación inicial y visceral con el Holocausto, empuja al público a pensar en la larga y muy estadounidense historia de esta práctica. En los episodios del genocidio nativo, en los campos de concentración en las Filipinas, en el encarcelamiento de los ciudadanos alemanes en la Primera Guerra Mundial y el encarcelamiento de los ciudadanos de origen japonés durante la Segunda Guerra Mundial, todos estos los campos para detenciones arbitrarias sin juicios basadas en la identidad del grupo y erigidos sin ninguna necesidad que el gobierno de Estados Unidos fuera fascista (de hecho, en el segundo caso, Estados Unidos ha estado en la cabeza de una amplia coalición mundial antinazi y antifascista).²⁸⁵ Así, una analogía histórica hecha bien es un proceso que hace que un final retórico gire en torno al problema real y, por lo tanto, en torno a un debate real: si todos estamos de acuerdo en que un desarrollo dado en el pasado fue malo, entonces este evento más reciente que supuestamente es como el anterior debe ser malo también. Las analogías históricas útiles conducen a más preguntas, empujándonos hacia un análisis más profundo, algo que la comparación al fascismo, por ser demasiado general, muchas veces impide. La analogía histórica funciona tanto para aclarar lo que está sucediendo en el presente como para ubicarlo en una larga historia específica, lo que hace por ejemplo que sea más difícil considerar los campamentos de hoy como una aberración y verlos como un peligro latente. Esto permite explicar también la señalada arriba “paradoja de Snyder”, el hecho que sus comparaciones de Trump al fascismo resultaban, a la luz del análisis y la evaluación, muy poco útiles y sostenibles, pero que su voz en la defensa de las comparaciones históricas en general y en contra de las prohibiciones de las comparaciones al Holocausto en el contexto de la controversia ocasionada por la analogía hecha por AOC, ha resultado muy útil (véase: arriba) y permitiendo a la vez entender como la politización y las preferencias políticas al emplear las analogías que tienden a alterar “el delicado balance entre las similitudes y disimilitudes históricas” (Morgenthau, 1972) –junto con la falta de una definición y/o teoría contundente del fascismo–, es capaz de socavar igualmente por ejemplo el “punto de partida comparativo” formidable (véase: 1.5. y arriba) en el caso del autor como Stanley.

Mirando finalmente desde la perspectiva de la teoría del fascismo (véase: Capítulo 2., sección II), en el transcurso de esta investigación al revisar los diferentes enfoques sobre el fascismo (véase: Capítulo 2.) y al analizar las columnas del corpus (véase: Capítulo 3.), hemos podido comprobar que el enfoque político marxista inspirado en los escritos de Antonio Gramsci y “filtrado” por las contribuciones de Alexis de Tocqueville acerca de la importancia de la sociedad civil que propuso Dylan Riley (para el recuento de su enfoque, véase: Capítulo 2., 2.2., 2.2.1., 2.2.2.) –y que hemos propuesto aquí como el principal enfoque teórico sobre el fascismo de este proyecto (véase: Capítulo 1., sección 8.)–, es el más completo y más convincente para hablar de las razones del auge y de la anatomía política del fascismo en general, tal como lo demostró el propio Riley en su estudio comparativo de los fascismos de entreguerras *Los cimientos cívicos del fascismo en Europa* (2019). También comprobamos que es este autor que, al negarse a base de su modelo por razones analíticas a comparar a Trump al fascismo, propuso la mejor y la

²⁸⁴ Pierre Bourdieu se refería a este tipo de fenómenos como “hacer una profecía que tiende al autocumplimiento” (2019: 304-307). La misma figura de la “profecía autocumplida” ha sido empleada en afán de criticar las mismas comparaciones de Trump a “Hitler” o al “fascismo” por el periodista Richard Kauffmann, algo que según él podría “debilitar nuestra propia respuesta política frente a Trump” y “hacer la dictadura una realidad” (Kauffman, 2017).

²⁸⁵ Para la comparación de los campos de internamiento para los ciudadanos estadounidenses de origen japonés y los campos de concentración nazis, véase: Losurdo, 2015: 197-198

más fundamentada alternativa a este marco. Según Riley –como ya hemos visto–, el gobierno de Trump (al igual que los demás gobiernos y/o movimientos de la extrema derecha contemporánea), al no tener nada en común con los regímenes fascistas del periodo de entreguerras, se entiende mejor como una suerte de “gobierno patrimonial” en el sentido de Max Weber, pero con el liderazgo carismático que recordaba al cesarismo y/o bonapartismo del siglo XIX (el término acuñado por Marx para hablar del sobrino de Napoleón Bonaparte, Napoleón III, pero también, retrospectivamente, de aquel primero) con “un *twist* posmoderno”, un régimen, en el que una figura carismática emerge en las condiciones de una sociedad civil fragmentada, débil y donde ninguna de las fuerzas políticas logra ejercer una hegemonía firme. De allí, se ve que Trump no solo no cumple con la –paradójica, pero igualmente heurísticamente útil (véase: Capítulo 1., sección 8. y Capítulo 2., 2.2.)– definición del fascismo de Riley como la “democracia autoritaria”, una que hemos adoptado también para las necesidades de este estudio, sino que la aproximación conceptual que mejor explica su anatomía política no es el fascismo, sino “neopatrimonialismo” y el “neobonapartismo” (Riley, 2018).

Definiendo al fascismo como una especie de “democracia autoritaria”, un proyecto político que ante la crisis de las instituciones liberales en el periodo de entreguerras propuso una “mejor forma” de la representación política fuera de ellas, Riley ha demostrado que los líderes fascistas en realidad reivindicaban una forma de legitimación democrática aun cuando gobernaban por medios autoritarios y han sido catapultados al poder por el deseo de la renovación y la “democratización” de la viejas instituciones en sus países respectivos y el afán de la inclusión de la población –“el pueblo”, “la nación”, etcétera– anteriormente no atendida debidamente por ellas (Riley, 2019: 3-5). De allí, argumentó también de modo convincente que el estilo autocrático de Trump –que no ha afectado ni ha democratizado en los más mínimo a las instituciones constitucionales estadounidenses que son intrínsecamente antidemocráticas (Riley, 2018) al garantizar el “gobierno de la minoría” (*minority rule*), algo que de hecho parece ser “casi todo lo contrario del fascismo” (Robin, 2020c)–, sus conflictos con la administración y las críticas al sistema por muchos de los comparatistas vistos como muestras del “fascismo”, no tenían nada en común con la radicalización de los cuadros que contribuyó a dar forma a los regímenes fascistas de entreguerras y se debía más a sus tratos personales y él mismo se entendía mejor no como un producto de una particular crisis política que, de acuerdo con Gramsci, históricamente en los años 20 dio lugar al auge del fascismo, sino a una cultura política dominada por el dinero y el espectáculo y un contexto político muy diferente al contexto de una intensa competencia interimperialista de aquel periodo (Riley, 2019: x-xi; 2018, 2017). Si bien, como argumentaba Riley, los fascistas y los nazis despreciaron abiertamente y se empeñaron a destruir sin tapujos las instituciones democráticas liberales, hoy en día hasta el político más antidemocrático se declara “demócrata”, aceptando las “reglas básicas del juego democrático”, aunque criticándolos y/o tratando de “adulterarlos” cuando sea posible (por lo que igualmente este tipo de políticos se entienden mejor como “posfascistas”, véase: Tamás, 2000; Traverso, 2019a: 6-7; 2019b; 2019d). Así los “aspirantes a dictadores” de hoy en día podrían, tal como lo ha hecho Trump, indicar que no admitirían la derrota después de una elección reñida con el argumento de que esta podría haber sido “robada” o despreciar el espíritu de la democracia liberal, pero lo que hacían los fascistas no era “denunciar” los resultados electorales o “sembrar la desconfianza” en el sistema electoral y/o democrático para “minarlo” –siendo esta una de las bases de los “alarmistas” para comparar a Trump al “fascismo” (véase por ejemplo: columna #15)–, sino simplemente dispensaron de él por “obsoleto” una vez estaban en el poder y lo reemplazaron inmediatamente con un otro sistema de representación –la “democracia autoritaria” basada en un partido de masas y toda una serie de instituciones corporativas–, cosa que Trump en sus cuatro años de gobierno nunca había hecho respetando las reglas constitucionales básicas del “viejo régimen” político estadounidense (Riley, 2018; para más sobre este argumento véase también Capítulo 2., 2.6.). Puesto de otro modo, y a la luz de las elecciones presidenciales de 2020 y el ataque al Capitolio a inicios de 2021, si Trump fuera realmente un “fascista” no hubiera estado denunciando las elecciones por “fraudulentas” y/o “robadas”, sino simplemente prescindiría de ellas para perpetuarse en el poder ya en 2016 cuando llegó allí por la vía de los votos, cosa de la que repetidamente han estado alertando los “alarmistas” y los comparatistas de Trump al fascismo en muchos de los textos analizados, pero que nunca ha ocurrido.

La realidad a la que ninguno de los autores del corpus llegó llamar la atención –y a la que oportunamente apuntó Riley y lo que le permitió hacer su distinción–, era que Trump no lideró un Estado-partido de masas como los regímenes fascistas, sino que gobernó con un estilo “patrimonialista” premoderno, fusionando el Estado con su familia, lo que a su vez generó las fricciones con diferentes instituciones que a menudo han sido tildadas de “fascistas”, pero que no tenían nada de esto. Como anotaba Riley, la combinación de un líder carismático que gobierna de manera patrimonial estableciendo un tribunal informal de seguidores y recompensándolos con la generosidad estatal sobre un Estado burocrático legal-racional en un sistema político mayoritariamente oligárquico como el estadounidense, dentro de sus formas democráticas, es constitutivamente y múltiplemente contradictoria, por lo que las incoherencias de Trump –citadas nuevamente por algunos comparatistas del corpus, de modo igualmente contradictorio a la vez como una de las posibles limitaciones de compararlo al fascismo (#27) y algo “propio del fascismo mismo” (#5, #23, #25)– han de ser vistas como un efecto estructural de este tipo de régimen. Como apunta Riley el principal conflicto que caracterizaba al gobierno de Trump era la dicotomía entre lo que Max Weber llamó “la lógica del hogar” y “la lógica de la burocracia” (Weber M., 1978: 956-963). Todas las supuestas “violaciones de la democracia” de Trump –a las que apuntaban varios de los comparatistas del corpus– no eran nada por el estilo y no tenían nada que ver con la democracia. En cambio, según Riley, eran violaciones de las “normas burocráticas”. De este modo lo que realmente se le estaba imputando a Trump era, según Riley, su falta de entender y respetar la diferencia entre la lealtad a una persona y la lealtad “al orden objetivo del Estado”. En este sentido la verdadera amenaza –muy contrario a lo que querían los “alarmistas” del corpus como Snyder, Stanley o Reich– no era que Trump quería establecer un “régimen neototalitario”, algo a lo que apuntaba toda la narrativa de la “inminente quema del Reichstag” (véase: Snyder en: Milbank, 2020), sino que en práctica erigía un régimen neopatrimonial y

neobonapartista basado en la lógica del hogar (Riley, 2018).²⁸⁶ Apuntando a la naturaleza profundamente híbrida del régimen de Trump, según Riley era inútil asignarle una clasificación como “fascismo”, “autoritarismo” o “populismo”, aunque este podía exhibir algunos rasgos del segundo o del tercer, ya que, intrínsecamente, se trataba de un compuesto demasiado inestable y amorfo. Rechazando así explícitamente “el marco del fascismo” (“*fascism frame*”) para hablar de Trump, según Riley la analogía histórica para él mucho más adecuada era Luis Bonaparte/Napoleón III –que intentó dos golpes de Estado fallidos, fue elegido a la presidencia como campeón de la clase obrera contra la élite liberal y luego se hizo emperador– y el modo mucho más útil de ver al trumpismo, era considerarlo como una suerte de “neobonapartismo” (Riley, 2018).

Como ya hemos visto en los apartados anteriores dedicados al análisis de Riley (véase: Capítulo 2., 2.1.1. y 2.2.1.), a partir del análisis de Marx del régimen de Luis Bonaparte, el “bonapartismo” –al igual que el “cesarismo, el concepto anterior a él que empezó a funcionar como el sinónimo y un término intercambiable–, pasó a caracterizar en la teoría marxista y más allá de ella, una situación de polarización social entre clases antagónicas que, al neutralizarse mutuamente, permitían la emergencia de una tercera fuerza liderada por una figura en cierto modo exterior al sistema y capaz de concentrar la suma del poder político apelando directamente al pueblo por encima del sistema tradicional de representación (y a la vez obrando dentro de él a fin de superar la crisis de representación y restablecer el orden social burgués). Una figura así tenía una forma híbrida que combinaba elitismo y plebeyismo, autoritarismo y democracia plebiscitaria, sociedad organizada jerárquicamente y unión nacional por encima de la clases y no se dejaba encasillar fácilmente ni entre la izquierda, la derecha o el centro clásico (véase: Tarcus, 2023). En este sentido, el bonapartismo era una tendencia política de ninguna manera exclusiva a Francia: varios países de Europa tenían regímenes que respondían a estas características al igual que Estados Unidos en el siglo XIX y XX bajo los presidentes tan diferentes como William McKinley (1897-1901), Theodore Roosevelt (1901-1909), Woodrow Wilson (1913-1921) o Franklin D. Roosevelt (1933-1945) (Losurdo, 2024: 167-174). El ejemplo de Estados Unidos constituía en específico, según Losurdo, una suerte de “bonapartismo blando” no sólo en virtud de la sucesión habitualmente ordenada e indolora de un líder al otro, sino también porque la competencia se desarrollaba allí históricamente sobre la base de una plataforma esencialmente unificada en la que los diversos candidatos competían por el cargo del “líder supremo de la nación e intérprete [del ‘espíritu estadounidense’]” (Losurdo, op. cit., 294). En este sentido, si una de las características del bonapartismo es la exteriorización del conflicto, esta técnica, según Losurdo, alcanzó la perfección en Estados Unidos, gracias al culto del “americanismo” que hizo posible considerar las ideologías no deseadas y sus seguidores como “ajenos al alma y al espíritu de Estados Unidos” e, idealmente, expulsarlos. Este rito de expulsión, era aún más fácil debido a la presencia masiva de inmigrantes, a menudo en condiciones pobres y modestas, y por tanto propensos a adherirse a movimientos de protesta y, en consecuencia, más fácilmente identificables como agentes patógenos externos a la sociedad estadounidense. En situaciones de crisis, no sólo los inmigrantes no naturalizados o recientemente llegados terminaban tildados de “extranjeros”, sino también lo eran todos aquellos que se adherían a las ideologías y movimientos considerados como “ajenos al ‘americanismo’” (Losurdo, op. cit., 176) (McKinley, de hecho, fue asesinado en 1901, a nueve meses de haber tomado el poder para su segundo mandato, por un anarquista de orígenes migrantes, un polaco-estadounidense, Leon Czolgosz). Es precisamente en el marco de esta tradición política y bajo estas coordenadas ideológicas que surgió y obraba el neobonapartismo trumpista con su estigmatización de los migrantes y el afán de presentarse como el verdadero representante, defensor e intérprete del “espíritu estadounidense” que vela por su integridad y está dispuesto a expulsar a todos los que los amenazan: desde los migrantes de los “*shithole countries*”, hasta los –imaginarios– “marxistas” y “comunistas”. El hecho que mismo Trump en marco de la campaña presidencial en 2024 se haya comparado directamente a McKinley con quién efectivamente compartía algunos temas comunes como el apoyo a los aranceles fuertes, el sentimiento antiinmigrante y el respaldo a la élite empresarial donde la Casa Blanca fungía como “proveedora de servicios corporativos” para los grandes industrialistas y financistas de la época (véase: Heideman, 2024), algo que constituye un clásico ejemplo del “bonapartismo blando” estadounidense, confirma adicionalmente este análisis. En este sentido el auge de Trump más que amenazar de modo “fascista” al orden constitucional, confirmó igualmente –tal como lo enfatizaba Riley– que la Constitución estadounidense más que un sistema de “controles y contrapesos” (*checks and balances*), es un sistema de dominación sobre el único cuerpo que refleja la voluntad popular en Estados Unidos: la Cámara de Representantes (este el propósito explícito del Senado, el poder judicial y del ejecutivo) y que la misma presidencia, algo que quedó claro durante la presidencia de Trump, es una institución intrínsecamente bonapartista y con la cual el “neopatrimonialismo” de Trump –y su “capitalismo patriarcal” en el que Trump es el “paterfamilias” y la familia es la nación– más que “negar” o “destruir de modo fascista” su esencia, como alegaban algunos de los comparatistas del corpus, se acopló muy bien, revelando su verdadero carácter antidemocrático (Riley, 2019: xxxii; para este punto véase también: Robin, 2019, 2020b).

En este sentido si bien se puede argumentar, siguiendo a Gramsci, que el mundo capitalista avanzado –en un escenario en el que ya ha dejado de funcionar el compromiso entre la clase trabajadora y los capitalistas que desde la Segunda Guerra Mundial ha hecho que la democracia capitalista pudiera funcionar, como ha demostrado famosamente el cientista político polaco-

²⁸⁶ Una evidencia adicional que el modelo explicativo propuesto por Riley permite a entender la realidad política estadounidense de hoy mejor que el “marco del fascismo”, era el hecho que Joe Biden durante su presidencia, igual que Trump seguía la “lógica del hogar”, e incluso en una medida mayor dependía de su familia para la toma de las decisiones políticas importantes: su círculo íntimo y su grupo de expertos incluía a su esposa, Jill, su hijo Hunter y su hermana Valerie, una suerte de “camarilla” que, según varios comentaristas, después del fallido debate con Trump a finales de junio 2024 ha sido instrumental en convencer al presidente, hasta donde este pudo, de seguir en la contienda por la reelección a pesar de su condición física y mental, portándose de manera “semitrumpiana”, algo en lo que Jill Biden, ha sido comparada de manera desfavorable –si ya hablamos de las comparaciones históricas–, con Edith Wilson, la primera dama que tomó de modo autoritario y apodíctico el cargo de la Casa Blanca cuando su esposo, Woodrow, sufrió un derrame cerebral en 1919.

estadounidense Adam Przeworski–, entró en los últimos años en un periodo de la crisis de la hegemonía política, sobre todo a partir del *crash* financiero de 2008 tras el cual, la rentabilidad dependía más y más del apoyo político directo (rescates, programas de austeridad, etcétera), algo que socavó el funcionamiento de la misma democracia liberal y propició el auge de la extrema derecha, como igualmente bien ha señalado Riley, pero la particularidad de esta crisis reside en que, a diferencia del periodo de entreguerras, no hay una respuesta contundente a ella o es muy errática porque la izquierda es muy débil o inexistente, el vacío marcado en Estados Unidos por ejemplo por el fracaso del movimiento Occupy Wall Street o por la destrucción de la corriente populista-socialista de Bernie Sanders por la corriente neoliberal/*mainstream* dentro del Partido Demócrata (Riley en: Jacobson, 2022). Gramsci, recordaba Riley, dejó algunos pistas sobre como pensar en momentos así precisamente en sus escritos sobre el cesarismo: cuando hay una crisis de autoridad y hegemonía y no está claro si la derecha o la izquierda están proponiendo una forma de salir de ella, lo que se obtiene es una personalización extrema de la política y el surgimiento de los líderes cesaristas/bonapartistas como precisamente Trump, Meloni, Erdoğan o Modi (*Ibidem*). Gramsci distinguía también claramente entre “crisis coyunturales” y “crisis orgánicas”: las primeras aparecen en la vida política cotidiana, suelen ser de naturaleza menos fundamental y, por sí solas, no cambian el sistema; las segundas, por el contrario producen “síntomas mórbidos” que perturban la vida política y económica cotidiana, llevan al desajuste entre los “representantes” y los “representados” y, a largo plazo, destruyen los antiguos órdenes sociales y las relaciones de poder (Gramsci, 1971: 210-211). Fue a estas concepciones gramscianas de la crisis que recurrió Stuart Hall para explicar la crisis en Gran Bretaña de los años 70 y 80 y el auge del *thatcherismo* y su “populismo autoritario” (para este punto véase: Capítulo 2., 2.1.1.). Insistiendo en poner lo “orgánico” y lo “coyuntural” de una crisis en una relación adecuada, Hall apuntaba que la crisis de su tiempo tenía ante todo un carácter político y que el surgimiento de la extrema derecha tenía que entenderse ante todo como producto de las fallas de la socialdemocracia inglesa (el Partido Laborista) y su incapacidad de reformar el capitalismo británico y apaciguar la presión y la protesta social que llevó a su vez a un giro hacia la represión, coerción y las políticas y discursos de “ley y orden”, pero no propiamente al “fascismo” (Hall, 1979: 14-15). Así se puede argumentar, que de modo análogo al auge de Thatcher, el auge de Trump –tanto su victoria de 2016 como su regreso al poder ocho años después–, han de ser entendidos como fruto de las fallas del Partido Demócrata (en calidad de una “socialdemocracia”), en reformar el capitalismo estadounidense, el partido que en vez de presentar una alternativa viable a la extrema derecha trumpista se empeñó más bien a desarticular y neutralizar las corrientes alternativas de la izquierda populista en su seno (Haider, 2016; para el mismo punto respecto a las elecciones de 2024 a partir del análisis de Hall, véase: Winant, 2024). En ningún momento se trató de una crisis política de representación y de la hegemonía de las clases dominantes de carácter “orgánico” que pidiese por el surgimiento de un “tercer actor” y por una “solución fascista”.

También otros autores críticos al “marco del fascismo” señalando la necesidad de proporcionar un análisis mucho más matizado y atinado han argumentado de modo convincente que el “cesarismo” y/o el “bonapartismo” eran los conceptos más adecuados para caracterizar a Trump en particular y la extrema derecha de hoy en general (Bell D. A., 2020b). En este sentido, hoy en día era el cesarismo y/o bonapartismo y no fascismo, “Napoleón” y no “Hitler”, que representaban la amenaza para las democracias modernas: a diferencia de los fascistas, que a menudo expresaban un desprecio extremo por la democracia, apuntaba Bell, los cesaristas/bonapartistas generalmente describían su régimen ideal como la “forma más auténtica de democracia”²⁸⁷, razón por la cual muchos demócratas a menudo se han dejado seducir fácilmente por ellos, algo que, según Bell, es justamente el caso de varios de los regímenes de extrema derecha en el mundo como el de Recep Tayyip Erdoğan, Narendra Modi, Viktor Orbán, Vladimir Putin o, en su momento, del propio Donald Trump, visto y entendido mejor no como “Hitler” sino como “un César estadounidense” (*Ibidem*). De modo interesante para este estudio y sus resultados que apuntan a la poca utilidad de las comparaciones históricas al fascismo respecto a Trump, años más tarde después de que Joe Biden hablara de “semifascismo” respecto a Trump y trumpismo –tal como mencionaron varios autores del corpus: Reich, #24, Gopnik, #25–, Ross Douthat, también un autor presente en la selección analizada (#2) que ya a aquellas alturas desistió por completo de comparar a Trump al fascismo, encontró aquel calificativo “ridículo” (Douthat, 2022), pero a la vez propuso llamar las políticas de Biden, en particular su cancelación de una pequeña parte de la deuda estudiantil, como “semicesarismo” –una comparación que apunta a que César era un populista y una de las cosas mediante las cuales gobernaba era arrojar dinero a manos de los plebeyos– ya que, según él “es una forma razonable de describir la evolución del poder presidencial bajo ambos partidos” (*Ibidem*), un punto sumamente interesante que apunta a una, en realidad, diferencia mucho menor entre las políticas de Trump y Biden, de como se suele creer por lo general y a lo que el uso de la comparación al “fascismo” respecto al primero pretendía apuntar. En este sentido, aludiendo al señalado por Greenberg (véase: Capítulo 1., sección 1.) debate de los años 30 o 40 que si era el “cesarismo” o el “totalitarismo” que mejor aplicaba para hablar de la nueva amenaza del fascismo –y en la que prevaleció finalmente el “totalitarismo”–, el “fascismo” si se impone a menudo en el debate público, lo parece lograr no tanto por sus méritos analíticos para explicar la extrema derecha contemporánea, sino por la fuerza y su eficacia retórica y polémica y su sola capacidad de apelar a las emociones del público (véase: Greenberg, 2021, 2022).²⁸⁸ En este sentido no extraña que los “alarmistas”, sabiendo incluso

²⁸⁷ Como hemos visto, según la definición de Riley (2019), este también ha sido el mismo afán de los propios fascistas.

²⁸⁸ Udi Greenberg recordaba también que los defensores de la analogía “cesarista” en las décadas de entreguerras argumentaron que este término “daba claridad al análisis”, pero también –igual que los “alarmistas” dentro del “debate sobre el fascismo”– insistieron en su valor polémico y “peso retórico”. Al invocar el fantasma del tirano romano –en aquel momento, un punto de referencia central en la imaginación política principal antes de que la figura de Hitler llegara a significar lo que significa ahora (Rosenfeld, 2018)–, esperaban fomentar el malestar y desatar la ira. Como la mayoría de las obras del género polémico, apuntaba Greenberg, su propósito no era abrir los ojos de los partidarios de la autocracia a su supuesta locura, sino, apelando a las emociones, enfurecer a los ya persuadidos y profundizar las líneas de falla existentes. Irónicamente, esta fue también una de las causas del declive final del “cesarismo”: después de las atrocidades masivas del siglo XX, las polémicas invocaciones de Hitler y

de las deficiencias analíticas del marco del “fascismo” privilegian esta comparación aunque sea inexacta, pero más efectiva retóricamente, mientras que los “escépticos” como Riley o Bell, al señalar la necesidad de proporcionar un análisis mucho puntual respecto a la nueva extrema derecha, recurren por el contrario a los conceptos de “cesarismo” y/o “bonapartismo”.

En este sentido, mirando desde el ángulo del rigor analítico, si ya había alguna analogía con los años 30 y los días de hoy –con todas las diferencias del contexto como la misma existencia de los propios regímenes y movimientos fascistas reales– era precisamente el clima intelectual y político donde el uso del concepto del “fascismo” ha sido supeditado a las exigencias de la lucha política corriente, no claridad analítica (véase: Riley et al., 2015). No solo, igual que en los años 30 cuando las explicaciones teóricamente más sofisticadas de los autores como Thalheimer, Bauer, Trotsky o Gramsci que nacieron en una explícita respuesta a las burdas teorías estalinistas del fascismo que tildaban así no solo a cualquier forma de régimen o movimiento de derechas, sino a cualquier fuerza política que la ortodoxia comunista consideraba enemiga, como por ejemplo la socialdemocracia tildada de “socialfascismo” (véase: Capítulo 2., 2.1.1.), hoy en día son las mismas corrientes de la teoría marxista como en caso de su interpretación política de Gramsci propuesta por Riley que explican mejor la anatomía política de Trump demostrando de manera convincente que no se trata del fascismo sino de neobonapartismo²⁸⁹ (Riley, 2019: xv-xxxii; 2018, 2017) –o como diría Trotsky de un “bonapartismo preventivo” y/o “senil” propio del declive imperial que no está interesado ni capaz de movilizar a las masas–, sino que los que apelan sin ningún rigor a las comparaciones al fascismo parecen portarse precisamente como, en su momento, los estalinistas (véase: Riley en: Poulantzas, 2019: xiii y xxviii-xxx; Poulantzas, 2019: 17-53; Laclau, 1977: 94-99, 111 y 124). La ironía de que el lugar de la Comintern en el llamado “tercer periodo” este ocupado hoy, como igualmente lo ha demostrado el análisis del corpus, por las corrientes liberales-conservadores para los cuales todos los enemigos políticos y todo lo que no cabe en el *mainstream* político es “fascismo”, es aún más grande o más trágica –algo igualmente no desvinculado de este hecho–, dada la derrota y la desaparición de la izquierda fuerte y organizada post-1989 junto con toda la genuina tradición y cultura política del antifascismo (Traverso, 2018a), el vacío que ha sido llenado por un construido *ad hoc* “frente antifascista liberal” que, a pesar de tener la boca llena de argumentos de “no olvidar la historia”, parece no tener ninguna memoria de que tan desastrosa ha sido la táctica de tildar a todo, sin ningunos matices, indiscriminadamente de “fascismo”.²⁹⁰

Así, los resultados del análisis de la selección de los artículos del corpus con su uso indiscriminado del fascismo, se inscriben en las muy relevantes para todo el “debate sobre el fascismo” observaciones de Mayer de hace ya más de cinco décadas, que subrayaba de cómo el giro de la Guerra Fría y el auge de la “tesis totalitaria” hizo que la mayor parte del análisis del fascismo empezara a ser enmarcado en términos culturales y psicológicos, en lugar de políticos, económicos y sociales, como en la antigua tradición marxista (Mayer, 1971: 18). El hecho que uno de los principales comparatistas de Trump al fascismo y su “tipo ideal”, Timothy Snyder, sea un tardío “guerrero de la Guerra Fría” y a la vez uno de los máximos proponentes actuales de la “tesis totalitaria”, resulta aquí muy sintomático. Para Mayer, la caracterización del fascismo como una “revolución del nihilismo” –el término que había introducido Arendt y que malinterpreta por completo la naturaleza contrarrevolucionaria del fascismo histórico– centrada sólo en aspectos intelectuales, culturales y psicológicos servía y a la vez ejemplificaba perfectamente el afán del enfoque totalitarista y de los círculos liberales-conservadores que se suscribían en él, de oscurecer las raíces políticas, económicas y sociales de la crisis que llevó en el periodo de entreguerras al surgimiento del fascismo y posteriormente a la guerra (Mayer, 1971: 19). Según Arendt, cuyo enfoque ha sido invocado explícitamente por algunos comparatistas del corpus (#6, #12) y que es compartido también por Snyder, los movimientos totalitarios –como hemos visto en uno de los apartados anteriores (véase: 2.2.1.)–, surgieron en las ruinas de los Estados-nación en la época post-Primera Guerra Mundial como consecuencia de la dislocación y disolución de las normas liberales. En su opinión, el adherente totalitario no tenía ninguna ideología particular, ni

Stalin como “dos totalitaristas” tenían un atractivo mucho más visceral que las muchos menos eficaces retóricamente referencias a Julio César (Greenberg, 2021). De allí la poca recepción del marco del cesarismo (y/o bonapartismo) hoy día es también relativamente fácil de explicar con aquella derrota retórica y la imposición de la “tesis totalitaria”.

²⁸⁹ De modo curioso Rosenfeld y Ward (2023) en la introducción a su tomo dedicado al fascismo en Estados Unidos hoy en día (sic), desde un enfoque intelectual muy alejado del marxismo, apuntaban a la conocida figura gramsciana del “interregno”, una ominosa época de transición, llena se síntomas mórbidos que Gramsci alguna vez percibió en Italia de Mussolini, una época de crisis en la que “lo viejo muere y lo nuevo aun no puede nacer” (véase: Gramsci, 1971: 276), para hablar de nuestros tiempos de desasosiego, marcados, según ellos, por el retorno del fascismo y caracterizados, entre otros, “por la creencia predominante entre los votantes Republicanos de que la presidencia de Biden es ilegítima, por la disposición de los radicales de derecha a utilizar la violencia contra sus oponentes, por el constante redoble de las desinformación proveniente de medios conservadores y por la inseguridad general causada por la crisis de Covid-19, el cambio climático y la desigualdad económica” (Rosenfeld, Ward, 2023: 1). Así, estos autores no solo fallaban en tomar en cuenta las diferencias de las épocas entre hoy y la época del auge del fascismo en la que escribía Gramsci –siendo la actualidad más bien marcada por la alienación y la anomia de nuestras sociedades, no el espíritu de una “movilización total”–, sino que parecían usar la misma noción del “interregno” –algo que en realidad puede ser visto como “un atajo mental” que en vez de iluminar, lo que hace es “transmitir una filosofía de la historia que oscurece cómo llegamos a dónde estamos y nos impide reflexionar sobre el presente” (Tooze, 2024b)– como un argumento para empujar su tesis sobre las supuestas paralelas. Al mismo tiempo no mencionaban ni con una palabra, algo característico para el desconocimiento de Gramsci en los propios estudios sobre el fascismo (Adamson, 1980), que este aparte de las atractivas nociones como la de “interregno”, portables y citables al antojo, había desarrollado también un estricto modelo del análisis del fascismo, que al ser aplicado al Trump, al trumpismo y al contexto pone seriamente en duda su análisis (Riley, 2019: xv-xxxii).

²⁹⁰ Para el panorama de mucho mejor informados teóricamente y políticamente corrientes liberales del antifascismo en los años 30, véase: Traverso, 2017a: 214-215.

intereses políticos determinados. Solo ansiedad provocada por la vida moderna y las determinadas condiciones históricas caracterizadas por un vacío cívico y organizativo. Con un sujeto así, no se podía razonar, según Arendt, porque no es, por naturaleza, razonable: ni siquiera es un individuo, sino una parte del “hombre masa”, tipificado por “la pérdida radical del interés propio, la indiferencia cínica o aburrida ante la muerte u otras catástrofes personales, la inclinación apasionada hacia las nociones más abstractas como guías para la vida y el desprecio general incluso por las reglas más comunes del sentido común”, una “psicología” nacida en la “atmósfera de la descomposición de la sociedad de clases” (Arendt, 1973: 336-337). Pero como bien lo ha demostrado Riley, este análisis es profundamente equivocado y el fascismo, contrario a lo que quiere Arendt y sus epígonos, se había desarrollado en condiciones de una sociedad civil militante y altamente organizada, no atomizada ni anómica (Riley, 2019: 7-9; véase también: 2022a: 12). En este sentido no solo una analogía entre los tiempos de hoy de una verdadera anomia social y la atomización (véase: Jäger, 2022b) y la época del auge del fascismo marcado por una ebullición social no se sostiene –y solo tiene sentido si uno se suscribe en el equivocado análisis de Arendt–, sino que no es ninguna coincidencia que esta visión arendtiana del fascismo corresponde directamente con la incomprensión liberal de Trump. Tranquiliza a quienes desean creer que los fracasos del liberalismo internacional no tienen la culpa de las condiciones actuales: desigualdad de ingresos, libre comercio, pandemias, guerras, etcétera. Que no fueron estas políticas las que llevaron a tantos estadounidenses a rebelarse contra su propia sociedad y, por lo tanto, aquellos círculos políticos liberales-conservadores no son los responsables de esa rebelión. Así, volviendo a Mayer, centrarse en lo intelectual, cultural y psicológico marcaba también, el giro de un afán real de comprender al fascismo a un “modelo operacional” que fuera capaz de englobar tanto el fascismo como el comunismo (*Ibidem*, 18-19), algo que por su parte Gentile, desde otras posiciones intelectuales, pero en el mismo espíritu, había criticado por contribuir a “desfascistizar al fascismo” (2023). En ese sentido, lo que salta a la atención es una curiosa afinidad entre la escuela totalitaria y la gran parte del análisis del fascismo de la Escuela de Frankfurt y/o la Teoría Crítica (salvo por ejemplo Neumann) que igualmente antepone los factores intelectuales, culturales, emocionales y psicológicos del fascismo en lugar de profundizar en el factor de la economía política. Lo mismo aplica a la mayoría de los enfoques “genéricos” del fascismo. Lo curioso en todo esto que revela incluso una mirada superficial al “debate sobre el fascismo” –algo que confirman los resultados del análisis de las columnas del corpus–, están repitiendo tropos que los académicos como Mayer ya desde ya hace más de seis décadas estaban cuestionando porque según ellos perjudicaban gravemente nuestra capacidad de historizar, analizar e identificar con precisión al fascismo (Mayer, 1971: 19-20).

Para combatir a la nueva extrema derecha es necesario estudiarla, analizarla y definirla de manera adecuada. Solo teniendo las definiciones precisas, sabiendo si tenemos que ver efectivamente con el retorno del fascismo o el auge de los regímenes neobonapartistas y/o neopatrimonialistas, que parece ser más bien el caso y como de manera convincente había argumentado Riley, que tienen una anatomía diferente y cuyo auge responde a otras causas (2019: xxx-xxxii; véase también: 2017, 2018), seremos capaces de entender contra quien estamos luchando y encontrar y afinar las herramientas apropiadas para combatirla y vencerla (Riley, 2022b; para el mismo punto véase también: Forti, 2021a, 2021b; Rosenfeld, 2019). Así, las etiquetas y los términos sí importan y es importante “tenerlos bien”, sin dejarse llevar por el uso indiscriminado de los términos que se cree que podrían tener una capacidad movilizadora y/o deslegitimizadora –como precisamente lo es el “fascismo”–, pero cuyo uso socavaría eventualmente su potencial heurístico. No sólo porque el fascismo y el neobonapartismo neoliberal son de hecho cosas diferentes, sino porque luchar contra el fascismo requiere herramientas, argumentos y estrategias diferentes a los utilizados para combatir al segundo. En contraste con esto el “marco del fascismo” y las poco útiles para entender la extrema derecha contemporánea y para comprender bien la naturaleza amenazas nuestras democracias comparaciones al fascismo, tal como lo han demostrado los resultados de este estudio, constituyen un impedimento en ello. Las comparaciones al fascismo no solo tienden a alejar las culpas de los aspectos más sistémicos que han generado las fuerzas políticas tildadas de esta manera, sino que tienden a considerar estas fuerzas esencialmente como unos *outsiders* políticos y “fuerzas ajenas” que vinieron “desde afuera”, mientras como bien argumenta Mudde, se trata más bien de corrientes ya integradas perfectamente con los sistemas políticos y con el *mainstream* de sus respectivos países. tal como lo son por ejemplo Trump y su Partido Republicano (GOP) y de una normalización sistémica de estas fuerzas (Mudde, 2024) –más allá incluso de una suerte de “purgatorio” al que apunta la categoría del “posfascismo” (véase: Traverso, 2019a)–, algo que la estrategia retórica de la “abnormalización” mediante las comparaciones al fascismo profundamente malentendiende. Contrario a lo que quieren los comparatistas analizadas como Snyder, Stanley o Reich, Trump y el GOP “no se han salido de la democracia”, sino son parte integral de ella con todas sus fallas que son imposibles de entender mediante las inadecuadas e hiperbólicas analogías históricas al fascismo. Unos años más tarde, al reflexionar sobre el contenido de su ensayo *¿Qué es Trump?* (2018) donde rechazaba la comparación al fascismo y proponía el marco de neobonapartismo/neopatrimonialismo, Riley subrayaba que básicamente ha tenido la razón y que las críticas que ocasionó su texto se debían a que la gente pensaba que si él decía que no se trataba del fascismo, no había nada de qué preocuparse, mientras su argumento era que la democracia capitalista se encontraba en serios problemas, solo que diferentes a los que trataban de hacernos creer los “alarmistas” (Riley en: Jacobson, 2022). “Un mal análisis genera mala política”, escribió en otro lugar Riley (2024) que al menos en este punto coincidía con Snyder, el “tipo ideal” de un comparatista al fascismo, que enfatizaba lo mismo (véase: arriba), aunque sin querer notar que, como lo ha demostrado este estudio, su propio análisis era precisamente el que está destinado a generar mala política.

4.2. Conclusiones

Esta sección tiene como finalidad de presentar las conclusiones de nuestro proyecto de investigación sobre el uso de las comparaciones históricas al fascismo respecto a Donald Trump que tuvo como su objetivo principal evaluar críticamente el uso de este tipo de analogías por parte de los “alarmistas” en el marco del “debate sobre el fascismo” en un corpus de estudio compuesto por una selección de artículos de opinión (Capítulo 3.) y que consistió también de una amplia revisión bibliográfica y el resumen de los debates en torno a las analogías históricas y el concepto del fascismo (Capítulo 2.), señalar algunas limitaciones de esta investigación y apuntar a posibles, nuevas avenidas de exploración analítica que se abren con este proyecto y sus resultados.

Teniendo en cuenta todos los aspectos analizados y los resultados y los hallazgos de nuestra evaluación crítica, se llega –a través del estudio de las columnas del corpus–, a la conclusión que no resulta útil ni particularmente informativo comparar a Donald Trump y su primer gobierno (2017-2021), ni su plataforma política después de haber dejado su cargo y en vistas de las elecciones presidenciales en noviembre de 2024 con el fascismo para iluminar y explicar su anatomía política. Las comparaciones de Trump al fascismo, como lo ha demostrado la selección de los textos analizados tenían el objetivo –aunque algunos explícitamente aseguraban ofrecer un “análisis” y/o un “diagnóstico”–, no tanto explicar y a *entender* a Trump y al trumpismo con la ayuda de las analogías históricas, sino más bien movilizar políticamente a sus lectores y en vez de presentar un análisis descriptivo, su afán central era la promoción prescriptiva. Jugando en las emociones, las analogías estaban pensadas más que para explicar, para ayudar a demonizar y a “abnormalizar” a Trump, subrayar la gravedad de la amenaza para la democracia estadounidense que este representaba en ojos de sus autores, amonestar a los ciudadanos y a reforzar la determinación de los defensores de la democracia para resistir su gobierno y derrotarlo electoralmente. Al mismo tiempo, también buscaban una consolación emocional ante su inesperada en ojos de muchos victoria en 2016 y al hacerlo, se involucraron en ilusiones que juzgaron mal la naturaleza real de su anatomía política, las razones de su auge y popularidad, su programa y su agenda, algo que –como se podría argumentar– resultó contraproducente y al contribuir negativamente a la capacidad de construir una respuesta política efectiva a su plataforma, podría ser incluso incluido entre los diversos factores que facilitaron su victoria en las elecciones presidenciales de 2024 y su regreso a la Casa Blanca (Jäger, 2024).

Asimismo, el análisis de los artículos del corpus –concluido antes de que se conociera el resultado electoral de 2024, pero que prefiguraba en cierto sentido los posibles efectos negativos de estas analogías–, demostró que este tipo de comparativismo histórico en vez de facilitar la comprensión de Trump, tiende más bien a oscurecer la verdadera anatomía política del trumpismo y que existen mejores maneras de discutir y enmarcar este fenómeno político que el “marco del fascismo”. Igualmente en el transcurso de nuestra investigación y el estudio de las columnas analizadas, se ha podido confirmar nuestra hipótesis indicativa e inicial que las comparaciones históricas al “fascismo” respecto a Donald Trump –y en general respecto a la demás extrema derecha contemporánea, siendo este unos de sus quintaesenciales representantes–, resultan, en nuestro contexto político, de poca utilidad y tienen la capacidad limitada de explicar sus anatomías políticas y que su uso responde ante todo a las estrategias electorales de deslegitimar y desprestigiar a los oponentes políticos como quedó demostrado al analizar sobre todo los artículos escritos en los contextos preelectorales de 2016, 2020 y en 2023 previo a las elecciones presidenciales de 2024. Adicionalmente, el resultado de estos últimos comicios –la holgada victoria de Trump sobre la candidata Demócrata Kamala Harris–, puede ser leído como otra confirmación de esta hipótesis por ser en sí mismo, al menos en una parte, fruto de este tipo de análisis político defectuoso. Así, se puede argumentar, que el “discurso del fascismo” empleado también directamente por los Demócratas en la campaña, no solo no ha funcionado como una herramienta para conocer y/o entender a Trump y al trumpismo, sino que tampoco ha funcionado a nivel de la estrategia electoral –aunque por ejemplo uno de los columnistas del corpus había asegurado que esto iba a constituir “una estrategia particularmente útil” (sic) con cara a 2024 (véase: Reich, 2022b, texto #24)– al resultar, al parecer, demasiado abstracto y/o “elitista” y ser algo que no ha resonado con los votantes, sus problemas y sus preocupaciones.

El análisis de las columnas seleccionadas demostró que cuando este tipo de comparaciones esta hecho solamente desde la opinión personal y/o una postura exclusivamente política y sin tomar en cuenta debidamente las diferencias entre las épocas y los contextos políticos –cosa que por el contrario exhibió solo una clara minoría de la columnas (véase: arriba)–, centrándose de modo deliberado en las semejanzas, ignorando los contrastes y sirviendo exclusivamente para fines de la movilización política o en calidad de insulto, descalificación e instrumento ideológico de categorización política negativa y una “palabra para abuchear” (*boo word*), tienden a distorsionar los hechos de la historia y deformar la actualidad política. Lo mismo ocurre cuando este tipo de analogías está siendo hecho sin contar con una clara base teórica o una definición concreta del fascismo. E incluso cuando esto ocurre –como ha sido por ejemplo el caso de unos de los mejores y más útiles artículos en la selección (véase por ejemplo: #11, #20)–, el factor de las emociones y la urgencia política tiende a socavar la utilidad de este tipo de comparaciones. Asimismo en lugar de contribuir a formar una opinión crítica e informada y ayudarnos a identificar adecuadamente la naturaleza política de Trump y trumpismo –y en general a la extrema derecha contemporánea–, el análisis de las columnas del corpus del estudio ha demostrado que al ofrecer una analogía deficiente e inútil, lo que hacen las comparaciones al fascismo, es confundir, trivializar y banalizar la historia del fascismo y/o el nazismo y falsificar al presente. Al abusar de la analogía histórica al fascismo con tal de solamente vilipendiar a Trump, los “alarmistas” demostraban una actitud profundamente “intencionalista” concediendo la primacía absoluta a la ideología, el discurso y la retórica que resultaban desconectados de sus contextos históricos, políticos y sociales ignorando el cambio histórico, las rupturas y las contingencias de la historia. Así, frente a la cuestión de la elección de los términos –si estos deben ser lo más “potentes” desde el punto de vista emocional para ser capaces de movilizar y/o indignar lo más posible al público como desde el principio han argumentado los “alarmistas” o si deben ser lo más precisos posible desde el punto de vista analítico, para que contribuyan así a generar la más adecuada posible respuesta política como argüían por otro lado los “escépticos”– la conclusión de este estudio es más bien –sobre todo a la luz de los resultados electorales de 2024 que

marcaron también la derrota de toda la mentalidad de la “resistencia” entre los Demócratas y sus principales acólitos intelectuales, muchos de ellos, autores incluidos en el corpus como Timothy Snyder, Robert Kagan, David Frum o Robert Reich, en la que las comparaciones de Trump al “fascismo”, a “Hitler” y el incesante afán de ir aleccionando a los estadounidenses sobre los peligros de las “repeticiones de la historia”, jugaron un papel central–, la clara preferencia por la segunda postura. Nuestra posición es que la elección de términos en función de su carácter alarmista abona simplemente al mal análisis y este desemboca a su vez en una mala y desastrosa política.

El estudio presente, al señalar el predominante en las columnas desconocimiento de sus autores de la erudición previa sobre el tema y la práctica común de (salvo escasas excepciones) ignorar las diferencias del contexto y el uso del concepto del “fascismo” sin apego a ninguna teoría o definición concreta –e incluso cuando sí, de hacerlo sin ningún rigor forzando más bien una tesis asumida de antemano (véase: arriba)–, ha demostrado que el modelo de comparación histórica en el que uno apunta por ejemplo a lo que sucedió en Alemania en la década de los 30 o en otros países donde se impuso el fascismo, sin analizar realmente aquellos acontecimientos y luego lo usa como una especie de dispositivo de navegación o mapa para comprender lo que sucede en la actualidad presenta serias deficiencias. La explicación de esto son no solo las intrínsecas deficiencias de las comparaciones históricas como tales señaladas por varios autores en la literatura sobre el tema y discutidas ampliamente en la parte teórica de este estudio, entre ellas la subjetividad o la politización, sino también el propio contexto del “debate sobre el fascismo” donde las necesidades políticas del presente tendían a imponerse por encima de una agenda analítica. A esto hay que añadir el hecho que la narrativa de las “lecciones de la historia” es, por su naturaleza, una tipo narrativa arbitraria sujeta a las necesidades políticas del presente que por lo general poco tiene que decirnos sobre la historia real y acaba revelando más sobre quienes la emplean y sobre el público al cual va dirigido y que las “consume”, que sobre el pasado y su verdadera relevancia. Por si esto fuera poco, el propio término “fascismo” conlleva asociaciones tan fuertes y provoca emociones tan intensas –siendo en efecto el vocablo que tomó en el léxico político contemporáneo el lugar del “diablo”–, que cualquier distinción entre el “fascismo” como un concepto analítico y el “fascismo” como un puro insulto se vuelve borrosa (o sea, fascismo como comprensión y fascismo como movilización), dejándonos sin ningún sentido real de lo que los “fascistas” que estamos criticando –en este caso por ejemplo Donald Trump–, realmente representan, quieren o tienen la capacidad de lograr. No solo se trata de un concepto difícil de captar, cuya definición o naturaleza no goza de ningún consenso, sino del hecho que los fascistas históricos eran un grupo tan diverso que dicha etiqueta simplemente no resulta muy útil a fin de entender las fuerzas políticas de la extrema contemporánea y su uso acaba más bien en la “moralización” en vez de representar un aporte analítico.

De igual manera, dado que los conceptos no tienen esencias eternas, pero cambian según el contexto político y según las cambiantes estructuras de poder en la sociedad, hay que llegar a la conclusión que, tal como lo ha demostrado el análisis de las columnas del corpus, hoy, el término “fascismo” se utiliza para movilizar a la gente con el fin de superar sus divisiones y como un grito político para derrotar a un enemigo, no para hacer uso de su potencial heurístico en los estudios de la extrema derecha, vaciando de paso su sentido descriptivo y acabando en un análisis político defectuoso. Esto no solo no ayuda a distinguir con claridad entre diferentes corrientes de la extrema derecha o identificar las características propias de los movimientos y/o regímenes de la extrema derecha actuales, sino socava la conversación pública y cierra en efecto los canales de la investigación acerca de su anatomía, constituyendo más el fin, que el principio de toda la indagación (Ginzburg, 2016) y anteponiendo “la certeza sobre la curiosidad y la regularidad sobre la inconsistencia” (Teitelbaum en: Jackson, 2021). Así queda demostrado que las ampliamente difundidas y presentes en las columnas analizadas fusiones de la historia europea del periodo de entreguerras y la historia política estadounidense que buscan a hacer del fascismo una categoría comparativa y un marco explicativo –precisamente el modo predominante de comparar históricamente a Trump al fascismo–, no cumplen con los requisitos de un buen análisis histórico y el propósito de una buena identificación de los enemigos políticos para poder formular una respuesta en contra de ellos. Dado que, las condiciones que empoderaron a la derecha radical/fascista en los años 20 y 30 y las que catapultaron a la extrema derecha al poder hoy en varios países incluidos Estados Unidos en 2016 y en 2024, han sido sumamente diferentes, sus “productos” requieren por lo tanto diferentes respuestas políticas. Así, usar la etiqueta de “fascismo” a fuerza o solamente con fines de movilización política pero sin apego a ninguna teoría de éste, puede resultar dañino en cuanto a la formulación de una adecuada respuesta política frente a la extrema derecha contemporánea (no fascista) y estropear a la vez la propia política y respuesta antifascista cuando éste realmente haga su presencia. Igualmente al emplear el término “fascismo” como una hipérbole histórica y un estereotipo, este tipo de análisis más que fomentar el pensamiento crítico, tiende a favorecer el letargo político y/o unas posturas *par excellence* antipolíticas al hacer creer al público que el solo hecho de derrotar a Trump en las urnas (como en 2020) o sacarlo de la política –a lo que apuntaban también las fallidas investigaciones del FBI acerca de la supuesta “interferencia rusa”, los dos intentos de *impeachment* o los frustrados juicios penales en su contra–, sería suficiente para arreglar las fallas de la democracia estadounidense. Así en vez de estimular el debate sobre las maneras en las que las políticas anteriores –la desregulación neoliberal en Estados Unidos desde los años 80 a cargo tanto de las administraciones Republicanas como Demócratas o las fallidas guerras imperiales del siglo XXI– “produjeron” a Trump, la analogía al fascismo se presentaba como un “*ersatz*” y una distracción para justamente no hacerlo y mantener el *statu quo* político (una vez el “elemento extraño” haya sido expulsado del cuerpo sano de la nación). El resultado, nuevamente, tal como lo ha demostrado la evaluación presente, es la trivialización y banalización del fascismo y el nazismo al escribir sobre ellos desde la perspectiva de la política del presente, algo que poco aporta para entender las razones de la fragilidad de las democracias modernas o las razones del auge del fascismo en el pasado. Así, a base de los resultados de este estudio, hay que concluir que, por lo general, el discurso de los “alarmistas” –un campo específico de la producción intelectual– presenta una comprensión empobrecida tanto de la historia, del presente y del futuro y deja a la opinión pública, en este caso a los lectores de las columnas de opinión, menos informada y con una imaginación política bastante empobrecida, algo que no abona a la comprensión de los fenómenos políticos del presente ni a su análisis. Al tratar el fascismo como una especie de tendencia política eternamente recurrente (véase: Eco,

Stanley, etcétera), en lugar de un fenómeno históricamente distintivo, este tipo de narrativa lo eleva a una taxonomía aristotélica de la vida política, pero sin nada parecido al rigor filosófico de Aristóteles. La comprensión de la política, sus posibilidades y futuros desenlaces, se reduce así a una escala móvil con la democracia en el medio y el fascismo y el comunismo en cada extremo en calidad de tendencias permanentes contra las cuales se requieren las advertencias y “lecciones” incesantes de los “expertos” (*pundits*).

En este sentido –tal como en efecto lo han argumentado algunos autores en el transcurso del “debate sobre el fascismo” (véase: Karp, 2021; Pal Singh, 2022; Bessner, 2023a; Moyn, 2023c)–, la misma prominencia de las comparaciones históricas en el lenguaje público, la presencia mejor representada en Estados Unidos por la analogía al “fascismo”, ha de ser tratada y entendida como fruto de una crisis de la narrativa liberal dominante y la expresión más clara de la limitación de la propia imaginación liberal hegemónica que en la época de las post-Guerra Fría ha tratado, mediante este tipo de analogías vinculadas al siglo XX, reciclar todo el aparato conceptual e histórico vinculado a la toma de las decisiones políticas (véase: Capítulo 2., 1.3.) para el siglo nuevo. No obstante este modelo de hacer la política, uno que muchas veces simplifica la propia política y los conceptos como “fascismo” y/o “democracia” (véase: Riley, 2019: 5), al igual que a la historia al tratarla como “un almacén de ejemplos inconexos” (Riley, 2018) y “las lecciones”, centradas por lo general en la Segunda Guerra Mundial (Bell D. A., 2016) para apoyar las posturas tomadas a priori, resulta sumamente limitado y poco útil para pensar tanto en el presente, como en el futuro. Esta crisis de imaginación ha de ser entendida a la vez como una clara expresión de una crisis más amplia del modelo liberal de la democracia representativa y del ocaso de la era hiperglobalista del “libre comercio” y la llamada “economía del goteo” (*trickle down economics*) que, sofocando en realidad la democracia, gobernó mediante una combinación de tecnocracia y mercatocracia fracasando en su afán de proporcionar la estabilidad política y la legitimidad social dio a luz los fenómenos y proyectos políticos personalistas (bonapartistas) de extrema derecha como trumpismo, fallando a la vez de proporcionar un marco intelectual adecuado para su entendimiento. Este hecho, visto desde el campo de los propios estudios sobre el fascismo, apunta a su vez a la necesidad de alejarse de una interpretación normativa, moral y moralizante del fascismo –la postura que permeaba desde los inicios todo el “debate sobre el fascismo” y ha sido detectada claramente en varias de las columnas analizadas (véase: arriba 4.1.), ya que esta naturaliza una posición política específica –precisamente: el liberalismo–, como terreno supuestamente neutral para su análisis, mientras este constituye parte integral del cuadro político en obra (con algunos columnistas empeñándose explícitamente a defender su legado del “fascismo de Trump”) y parte del problema.

Uno de los hallazgos reveladores de nuestro análisis textual de casos, era que los comparatistas analizados –muchos de ellos periodistas, pero muchos también historiadores y científicos sociales–, han tenido poco o ningún interés en sus textos por profundizar en el estudio de la historia más allá de los clichés y las narrativas hegemónicas establecidas. Esto es una falla de cada uno de ellos –y algo que se podría explicar tanto con las particularidades de la lucha política de momento como con las necesidades de la lucha simbólica desde el campo mediático por un lectorado general cada vez más menguante con tal de ofrecerle, así como a los nichos lectores interesados del campo académico restringido y de actores políticos, “más de lo que ya conocen”–, pero dado que se trata de un debate que se ha extendido por años y que parece no tener fin, es algo que denota un fracaso enorme de todo el gremio de los intelectuales, en particular los historiadores del siglo XX, por crear narrativas y análisis renovadas que pudieran existir en la esfera pública y alimentar el debate político. He aquí donde el trabajo presente apunta a las limitaciones del pensamiento liberal hegemónico y las políticas de la producción de conocimiento en su marco –siendo la época post-1945 el máximo momento de su triunfo y la vasta mayoría de los intelectuales y comparatistas de Trump al “fascismo” analizados, partidarios de esta tradición y herencia–, y las consecuencias de la desaparición y la desacreditación post-1989 tanto de todo el verdadero ethos antifascista, como de los vinculados con él, los heurísticamente útiles e intelectualmente inspiradores, enfoques marxistas en los estudios del fascismo (véase: 2.1.1.), las tradiciones políticas e intelectuales que nacieron con la explícita misión de la correcta identificación del fascismo y que han sido relegadas al “basurero de la historia”. Si entonces el marco del “fascismo” resulta poco útil para pensar en la crisis del presente y las posibles amenazas a la democracia “realmente existente” –algo de lo que la presidencia de Trump ha sido un buen ejemplo–, otra de las conclusiones de esta tesis es que nos falta un vocabulario adecuado para pensar en el mundo más allá de la sombra y el horizonte conceptual del siglo XX (véase también: Davis, 2022 y 1.6.). De allí haríamos bien en repensar nuestro análisis y nuestras categorías que manejamos para pensar en la política contemporánea en vez de moverse solamente por “atajos cognitivos” facilitados por las comparaciones históricas dominantes y/o privilegiadas desde el poder.

Visto más desde el campo de las propias comparaciones históricas, otra conclusión de este estudio es que, igual que en el caso de las comparaciones a Hitler, como lo anotaba en un lugar Rosenfeld (2018), una de las posibles vías de salida de un problema que supone la “sobreproducción” y el sobreuso de las analogías al fascismo por los intelectuales sería no el abandono o la prohibición de este tipo de analogías –por si esto de por sí fuera posible–, sino la admisión, sobre todo por parte de sus propios “productores”, que todas las comparaciones históricas siempre han sido y siguen siendo un asunto tendencioso. Y proceder, entonces “con un poco más de humildad, un poco más de circunspección y, tal vez, un poco más de creatividad” (*Ibidem*). No el abandono completo de las comparaciones históricas, sino la introducción por parte de los intelectuales, comentaristas y “expertos” de una más grande “diversidad comparativa”, tal como lo ha hecho por ejemplo con un gran efecto, Ross Douthat, uno de los autores del corpus (véase: nota de pie 202). Tal vez esto por sí mismo no prevendría los futuros y posibles avances de la extrema derecha y no arreglaría por sí solo nuestros problemas con la democracia, pero podría ayudar a mantener la atención de la opinión pública y/o los lectores de las columnas de opinión, orientándolos en la dirección de episodios históricos más relevantes, más esclarecedores y más útiles en comprender tanto la historia, como los acontecimientos políticos en curso. Igualmente el escándalo en torno a Masha Gessen, otra autora del corpus que, en otro lugar, poco antes de estar programada para recibir el Premio Hannah Arendt de Pensamiento Político e insertándose en su espíritu, había comparado la operación israelí en Gaza a las liquidaciones de los guetos en Europa Central por los nazis (véase: la nota de pie 231), indica claramente que hay

comparaciones “aceptables”, “privilegiadas” y hasta promovidas sistemáticamente –e incluso de modo sistémico–, como parece ser el caso de la misma comparación de Trump al fascismo (véase: Bessner, Steinmetz-Jenkins, 2024), y las que no caben en el *mainstream* político e intelectual dominante que se rige por una suerte de prohibiciones a pensar (*Denkverbot*), un oscuro clima revelado precisamente también por la invasión a Gaza (Traverso, 2024).

De allí, respecto a las comparaciones al fascismo, el estudio presente demuestra que hay buenas razones para criticar –y oponerse– a este tipo del comparativismo poco riguroso y por ende *inútil*, sin dejar de estar preocupado por el auge de la extrema derecha en general y la amenaza que Donald Trump en particular representa para la democracia estadounidense, siendo este más bien el producto de sus fallas estructurales, más que una suerte de “amenaza foránea” y/o fruto de un “repentino desliz a la barbarie” como implica en buena parte la analogía al fascismo. Y que Trump y el trumpismo presentan demasiadas anomalías con respecto al fascismo histórico como para que la comparación de este tipo sea algo más que una simple retórica que genera un “estado de emergencia” constante y sensación de una amenaza permanente (“cinco minutos a la quema del Reichstag”). En este sentido lo que hace la “alerta antifascista permanente” –la mencionada sensación de urgencia que permea la mayoría de la columnas evaluadas– es dificultar la identificación de las características propias de los movimientos de la extrema derecha actual al sustituir el análisis efectivo por la imposición de comparaciones, metáforas y estereotipos históricos y culturales que ocultan más que iluminan los rasgos reales de estas agrupaciones en general y del trumpismo en particular. Es cierto que desde hace más de una década, cada vez son más los gobiernos que desarrollan los tropos de la derecha radical e incorporan planteamientos e ideas que han sido derrotadas militarmente en 1945 y a los que el consenso antifascista europeo posterior a 1945 había impedido a reaparecer. La visibilidad política y mediática de la extrema derecha y su normalización en el escenario político –con los partidos *mainstream* conservadores no solo apoyando estas agrupaciones como aliados, sino adoptando sus propias ideas extremistas–, en efecto no tiene precedentes desde la época de entreguerras, pero esto no quiere decir que los países como Estados Unidos, Italia, Hungría, India o en su momento Polonia o Brasil (donde estas agrupaciones gobernaron y luego perdieron las elecciones), estén o hayan estado avanzando hacia el “fascismo”. El presente político en que vivimos no puede equipararse al de las décadas de los 20 y 30 del siglo pasado lo que hace que ni los contextos del desarrollo de la extrema derecha sean los mismas –y por lo tanto las anatomías de estas agrupaciones–, ni que las alternativas políticas a ellas sean equiparables, como lo insinúan por un lado las apelaciones al, hoy ya casi inexistente ethos antifascista o por otro los llamados a construir una “resistencia” contra Trump en 2016 o en 2024, tal como lo ha propuesto inmediatamente –y sin ninguna introspección–, por ejemplo Robert Reich (2024) después de la segunda victoria de Trump, el autor de las peores y las menos útiles columnas de esta evaluación (véase: arriba). Contrario a esto, el análisis de las comparaciones al fascismo en este estudio demostró que si bien Trump –Meloni, Le Pen, Modi, Orbán, Kaczyński o Bolsonaro–, pueden exhibir y/o compartir elementos de pensamiento, cultura y práctica ultraconservadora, xenófoba, nativista y ultrareligiosa, pero todos estos elementos han existido igualmente antes del fascismo (Gentile, 2022) y tildarlos de este modo impide tanto entender propiamente la anatomía del mismo fascismo histórico del periodo de entreguerras con el estado de guerra permanente, imperialismo expansionista, jerarquización y racialización social, represión política, deportaciones, asesinatos en masa y genocidio, como a la propia anatomía de los movimientos contemporáneos de extrema derecha que no exhiben ni comparten las mismas prácticas ni objetivos políticos.

Así, en vez de dejarse a llevar por el comparativismo histórico al fascismo, la conclusión de este estudio es que hay que buscar y emplear otros modos de análisis de las diferentes formas de la radicalización política contemporánea, algo que se ha hecho evidente en el caso analizado de Trump y que podría entenderse mucho mejor por ejemplo mediante el estudio de la normalización y el *mainstreaming* político de estas fuerzas (Mudde, 2024), a fin de desmenuzar, con argumentos sociológicos y politológicos, el nuevo escenario de derecha política, sin hacerse del “fascismo” como una llave maestra (véase: Forti, 2023, 2022, 2021; Fuentes Codera, Rodrigo, 2022a, 2022b; Müller, 2015, 2020, 2022), siendo la “extrema derecha” o la “extrema derecha populista” los términos “lo suficientemente malos” para hablar de Trump y el trumpismo u otras agrupaciones análogas (Müller, 2020). Y si ya emplearlo, usar el marco del fascismo como un punto de partida en el análisis y no su fin –una de las características principales de este tipo de uso identificada en la evaluación presente–, tal como, analizando la anatomía política de a Trump y al trumpismo había hecho Dylan Riley llegando posteriormente a la conclusión que no se trata del fascismo sino de una expresión del neobonapartismo y neopatrimonialismo (véase: Riley, 2017, 2018, 2019 y arriba). Tal como una metáfora no equivale a una prueba, no cada analogía histórica resulta útil. E incluso las que lo son y resultan iluminadoras, por general, casi siempre son cojas o defectuosas. Frente al riesgo de las posibles simplificaciones y banalizaciones históricas y de las confusiones en el análisis político derivadas de ello, la tarea de los historiadores –o de cualquier científico social y/o evaluador de las comparaciones en este caso–, debería ser más bien poner a escrutinio las analogías históricas, en vez de “producirlas sin cesar”. Y recordar a la vez que si bien el pasado presenta continuidades, pero también presenta rupturas y cortes con el presente. “La hora es tarde y hay mucho en juego; pero las malas analogías históricas no ayudarán a enfrentar la crisis actual”, concluía su ensayo *¿Qué es Trump?* Riley (2018), una aseveración que quisiéramos convertir también en una de las conclusiones de este estudio.

En cuanto a las limitaciones del estudio presente, se pueden enumerar algunas. Respecto a la literatura sobre el tema, todos los que se proponen a estudiar las comparaciones al fascismo –como ha sido el caso del quien escribe estas palabras–, se van a enfrentar a una situación paradójica y peculiar: por un lado la escasez de la literatura sobre las comparaciones históricas (véase: von Sass, 2021: 1; Krom, 2021: 1), por otro la abundancia y la enorme variedad de la literatura sobre el fascismo –que sobrepasa las capacidades cognitivas de cualquier individuo (Iordachi, 2010: 2)–, el campo de estudio que atraviesa diferentes disciplinas: historia, ciencias políticas, sociología, etcétera y que se caracteriza por la falta de cualquier consenso sobre siquiera lo que constituye el fascismo y que es su mejor definición (véase: Riley, 2019: 3; Passmore, 2014b: 10-14 y 14-32; 2017). Esta mezcla peculiar genera indudablemente un desequilibrio indeseado y una serie de problemas con los cuales una investigación como la presente tiene que lidiar. Si bien hemos tratado de balancear las partes del marco teórico dedicados a ambos temas, claramente la

parte II dedicada a los debates y los enfoques acerca del fascismo es mucho más detallada y vasta que la parte I dedicada a las comparaciones. Por suerte la existencia e incorporación al marco teórico de esta investigación de algunos autores, sobre todo los historiadores como por ejemplo Enzo Traverso o Arno J. Mayer —uno de los últimos grandes intelectuales judío-estadounidenses, exiliados de Europa consumida por el fascismo—, que se han estado moviendo en ambos ámbitos de estudios contribuyendo a ambos campos: tanto a la teorización sobre las comparaciones históricas, como al entendimiento del fascismo, permitió mantener cierta fluidez temática y coherencia del enfoque (siendo, en menor grado, Alberto Toscano, otro autor de este tipo). Además igualmente el hecho que el propio Marc Bloch, el eminente historiador francés y uno de los fundadores de la Escuela de los Annales (para su enfoque véase: Capítulo 2., 1.1.), haya sido uno de los precursores de la teorización sobre las comparaciones históricas y a la vez un militante antifascista asesinado por los nazis, puede constituir una inesperada —algo sobre lo que hemos reflexionado en el transcurso de esta investigación—, “abrazadera simbólica” que une a estos dos campos desiguales. Lo mismo se puede decir sobre el hecho que —más allá de las propias comparaciones históricas—, el enfoque comparativo como tal ha sido una herramienta clave de Dylan Riley, la principal referencia teórica de este estudio, en su trabajo comparativo de varios movimientos fascistas de entreguerras (Riley, 2019) y algo que ya anteriormente, como señalan varios estudiosos, ha sido una herramienta instrumental en la propagación de los propios estudios sobre el fascismo (Krom, 2021: 61-67).

Respecto al corpus del estudio y la selección de las columnas para el análisis, la limitación podría ser la necesidad de hacer una selección relativamente escueta y “operativa” de un vasto número de las columnas cuyos autores, ya por casi una década, desde 2015 hasta 2023/2024, comparaban a Trump al fascismo y cuya lectura y/o la pre-selección en sí mismas podrían ser comparadas (sic) a un arduo trabajo en un archivo (véase: Capítulo 1., sección 8.). Desde luego no ha sido fácil escoger una muestra lo suficientemente concisa pero a la vez variada y representativa, aunque confiamos que al guiarse por las selecciones anteriores que han hecho otros autores que escribían sobre el “debate sobre el fascismo” y añadiendo otras voces que nos parecían importantes, finalmente lo hemos logrado. Aun así, si bien la muestra podría considerarse de alguna manera representativa en tanto que abarca a todos los “alarmistas” más destacados, prolíficos e insistentes en presentar su argumento a lo largo de la presidencia de Trump y después: por ejemplo Timothy Snyder, Jason Stanley o Federico Finchelstein —siendo el primero de este grupo, como hemos visto, una suerte del “tipo ideal” de un “alarmista (véase: arriba)—, y varios otros autores que se inscriben en la misma línea como por ejemplo Robert Reich, junto también con los textos más sonados y referenciados en el marco del propio “debate sobre el fascismo” como por ejemplo las columnas de Robert O. Paxton, Robert Kagan o David Frum (véase: Rosenfeld, 2019; Rosenfeld, Ward, 2023), no deja de ser hasta cierto punto arbitraria. Tal vez otro tipo de selección podría expandir el espectro de las observaciones, llamar la atención a algunas otras modalidades del mismo argumento u otras estrategias comparativas que podrían ser analizadas y/o deconstruidas a base de la misma metodología que se había propuesto en este estudio llamando la atención a detalles, referencias o *tertium comparationis* diferentes o más creativos como por ejemplo algunos otros movimientos o figuras fascistas que resonarían diferente o de manera más útil con Trump. No obstante basándose en las voces críticas de otros estudiosos que han analizado previamente el uso del término “fascismo” en general en los últimos años, el propio “debate sobre el fascismo” y las voces de los comparatistas al fascismo, tanto respecto a Trump en particular como a la demás extrema derecha en general, y que previamente han detectado y señalado los mismos patrones, adelantado, en cierto sentido y al menos en parte, los mismos resultados que este estudio: los pocos beneficios de usar este concepto respecto a Trump, la frecuente falta del contexto en hacer este tipo de comparaciones, la frecuente falta de cualquier teoría y/o definición determinada del fascismo al hacer esta comparación, el análisis superficial centrado en las características personales y el carácter de Trump, etcétera (véase: Passmore, 2016; Traverso, 2019a: 21; Rosenfeld, 2019; Greenberg, 2022, 2021; Rosenfeld, Ward: 2023: 5-6; Steinmetz-Jenkins, 2024: 2-8), se podría afirmar que otro tipo selección no necesariamente llevaría a resultados muy diferentes.

En última instancia se puede afirmar que en lugar de señalar solamente las desventajas de usar las comparaciones al “fascismo” para hablar de Trump —y la extrema derecha en general—, y lo problemático de usar el término “fascismo” sin contexto ni apego a ningún enfoque teórico que es la conclusión principal de este estudio, podríamos preguntar y querer indagar más también por qué las comparaciones al fascismo —a “Hitler”, a “Weimar” y más generalmente las analogías con la Segunda Guerra Mundial y/o “los años 30/40” (véase: Bell D. A., 2016; véase también: Capítulo 2., 1.3. y 1.4.)—, resultan hoy en día tan atractivas, persistentes y si hay aquí algún mecanismo más sistemático y/o tácito en obra.²⁹¹ He aquí donde quisiéramos señalar una posibilidad que se abre con el estudio presente, una nueva avenida de investigación que partiría de sus resultados, de la revisión de la literatura sobre el tema y de la reconstrucción de todo el “debate sobre el fascismo” y que estaría enfocada en responder a esta pregunta. Para esto, quisiéramos proponer, para determinar de por qué por un lado las analogías al fascismo se

²⁹¹ Después de todo, muchos de los participantes en este debate no diferían mucho uno del otro: todos condenaron el racismo, el sexismo y la plutocracia de Trump y su gobierno, esperando que fuera reemplazado por otro tipo de políticas. La mayor diferencia política entre ambos campos era que mientras buena parte de los “alarmistas” consideraban que comparar la derecha contemporánea al fascismo no requiere ningún tipo de crítica respecto al papel de las fallas de la propia democracia liberal y ni ningún “cálculo de consciencia” de las fuerzas políticas liberales, muchos de los “escépticos” consideraban que esta analogía oscurecía esta causalidad y no abonaba a la construcción de políticas verdaderamente progresistas, más allá de reunirse bajo un lema de “defender el mal menor”, permitiendo en efecto proteger el *statu quo* y evitar cualquier cambio (véase: Steinmetz-Jenkins, Bessner, 2024). Otra diferencia giraba en torno a su enfoque respecto a la polémica, el papel del lenguaje y los conceptos en la comprensión de la realidad, la exploración intelectual y la propia movilización política: mientras los “alarmistas” parecen estar convencidos de manera inamovible del único valor de “fascismo” para el análisis de la política contemporánea y la movilización política (cosa que solo en contexto de las elecciones de 2024 empezó a cambiar un poco, véase abajo: 4.3.), los “escépticos” siempre han mostrado sus dudas respecto a esto (véase: Rosenfeld, 2019).

han vuelto tan populares y porque sus proponentes insisten en ellas produciendo sin cesar textos, libros enteros o interviniendo en el debate público con el uso de ellos, a pesar de su, como hemos concluido, poca utilidad, podría resultar provechoso pensar en ello mediante el prisma de un concepto nuevo que hemos acuñado en el transcurso de esta investigación: el “mercado comparativo”. Así por ejemplo leer las observaciones de Mudde que hablaba de las comparaciones al fascismo como “una muy popular y muy rentable industria y mercado [intelectual]” puestos más al servicio de la ganancia y la popularidad –al inscribirse de este modo en un clima intelectual dominante y las emociones del público y sus expectativas– que del rigor académico (Mudde, 2020c), o las de Riley hablando de una suerte de “industria del fascismo del comentarista” en auge desarrollada por los intelectuales empeñados a “producir las lecciones de la historia” y comparar la época de hoy a la Segunda Guerra Mundial (Riley, 2022a: 74-75) y representada mejor, según Riley, precisamente por dos autores representados de manera prominente en el corpus: Timothy Snyder y Jason Stanley que, han creado “verdaderas industrias artesanales” a partir de un análisis moralizado de lo que tratan como “un aumento global del fascismo” (Riley, 2022b), o de Rosenfeld que después de haber enumerado las limitaciones de las comparaciones históricas (véase: arriba) ofreció también una serie de “lecciones” (sic) del “debate sobre el fascismo” entre los cuales proponía la llamada “*ley del agotamiento analógico*”, según la cual al igual que la creación de una burbuja económica, la sobreoferta de las analogías y su incapacidad para producir un consenso popular puede conducir a su devaluación y una eventual desestimación (2019)²⁹², nos hizo acordar del concepto del “mercado lingüístico” propuesto famosamente por Pierre Bourdieu (1985: 108-111) y a partir del cual acuñamos, de modo análogo, la noción del “mercado comparativo” para pensar en la popularidad y las razones más sistémicas u ocultas de la insistencia en comparar a Trump –y la extrema derecha contemporánea–, al fascismo.

Como es sabido Bourdieu, introdujo la noción del “mercado lingüístico” –haciéndose de la propia analogía del mercado y empleando la nomenclatura y el utillaje económico de filiación marxista para los intercambios simbólicos– ya que, según él, “cualquier situación lingüística funciona como un mercado en el cual el locutor coloca sus productos y lo que él produzca para este mercado dependerá de sus previsiones sobre los precios que alcanzarán sus productos” y que el discurso que producimos es un “resultante” de la competencia del locutor y del mercado en el cual se encuentra su discurso que depende en parte de las condiciones de recepción (Bourdieu, 1990: 98). De allí pensamos que, a partir de donde nos deja el estudio presente, sería interesante tomar una avenida paralela y pensar en términos del “mercado” en las razones y en los mecanismos de la popularidad y “altos precios” de las comparaciones al fascismo –siendo estas, parafraseando a Bourdieu, el reflejo de un conjunto de normas de interacción, aceptabilidad y legitimidad construidos en un contexto sociohistórico concreto que reflejan el poder social de los actores que se encuentran en él– y las motivaciones reales de sus “productores”, siendo este tipo de analogías, como hemos demostrado, nada particularmente útil para entender a la extrema derecha contemporánea ni correctas desde el punto de vista histórico, pero aparentemente algo que obtiene un alto “precio” en el “mercado” y que se “vende bien”²⁹³, cosa que no parece una casualidad –y que hace creer que es una avenida prometedora–, ya que siempre, como subrayan algunos analistas, ha existido un vasto “mercado” para diferentes definiciones del fascismo (Passmore, 2017) y las propias analogías históricas pueden ser vistas, en realidad, no solo como actos de comparar, sino “intentos de aprovechar los sentimientos de un grupo contemporáneo para vender algo” (Perry, Gabriele, 2021). Si bien ya hemos tratado, al menos en parte, a apuntar a algunas de las posibles explicaciones de la popularidad y la intensidad con las que hoy en día funcionan en el discurso público las comparaciones históricas en general (véase: Capítulo 2., 1.4. y 1.6.), sería igualmente provechoso, abarcando también al término de “fascismo”, explorar en un proyecto aparte más esta cuestión por el prisma del “mercado comparativo”, una contribución original que nació como fruto de este estudio.

Finalmente, en consonancia con los resultados de este estudio que, como hemos argumentado, el proyecto político y la figura de Trump se entiende mejor como una expresión de neobonapartismo y neopatrimonialismo, no fascismo (véase: 4.1.) y a la luz del resultado de las elecciones presidenciales de 2024 que marcaron su regreso a la Casa Blanca, fruto entre otros de una particular realineación del voto por las líneas de clase y raza, se ha hecho aún más urgente estudiar y entender a profundidad su peculiar anatomía política y las razones de su atraktividad, algo en lo que –tal como ha argumentado y concluido el estudio presente–, las comparaciones históricas al “fascismo”, al periodo de entreguerras y a la Segunda Guerra Mundial (junto con las apelaciones al “fascismo estadounidense”), distraían y estorbaban. Un estudio de este tipo –desprendido por otro lado ya, a diferencia de la propuesta de arriba, de las ejes particulares de este proyecto–, podría tener un enfoque y hacerse una metodología comparativa y al ponerse a estudiar el carácter de sus dos presidencias: 2017-2021 y 2025-..., comparar igualmente en la perspectiva histórica su gobierno por un lado con el caso “clásico” del bonapartismo, el gobierno de Luis Bonaparte/Napoleón III (1848-1852 y 1852-1870) y por otro con el régimen bonapartista estadounidense (véase: Losurdo, 2024: 167-174) al que el mismo Trump se había comparado recientemente, el gobierno de William McKinley (1897-1901), para determinar las semejanzas y las diferencias de estos modelos personalistas de gobierno y trazar la evolución del gobierno bonapartista en el

²⁹² Otras “lecciones” según Rosenfeld han sido “*la paradoja de la analogía de Hitler*” que hace, a la par con la devaluación de esta analogía, que se tiende a pensar que el problema comparado no amerita atención y “*la dialéctica de la normalización*” que hace que todo el intento de convertir por fuerza un legado histórico traumático en “normal” termina subrayando su excepcionalidad al desencadenar un debate que lo mantiene a la vista del público, por lo que, en última instancia, según Rosenfeld, el “debate sobre el fascismo” podía preservar una conciencia más amplia sobre los méritos del uso de las comparaciones históricas (Rosenfeld, 2019).

²⁹³ El “marketing” de esta “industria artesanal” alcanzó tal nivel que a mitades de 2024 Timothy Snyder estaba ofreciendo su nuevo libro titulado *Sobre la libertad*, pensado como una suerte de *sequel* a su, varias referenciado aquí, libro *Sobre la tiranía* (Snyder, 2017), con “pegatinas exclusivas” y “un mensaje exclusivo del autor” para los que hacían una compra anticipada (véase: Twitter/X, 22 de julio de 2024, disponible en: <https://x.com/TimothyDSnyder/status/1815417269981434174>).

siglo XXI. Los resultados de las elecciones de 2024 (comparados igualmente con las de 2016), podrían ser aquí de una particular utilidad para determinar correctamente la base social y el atractivo del trumpismo y su proyecto del “nacionalismo proteccionista”, promesas de regreso a la “Edad Dorada” (*Gilded Age*) de finales del siglo XIX y principios del XX, el retorno a las viejas políticas de los aranceles fuertes “que trajeron prosperidad a Estados Unidos” (Heideman, 2024) y abrazar de nuevo el viejo Destino Manifiesto y/o lanzar una suerte de “Doctrina Monroe 2.0.” en un escenario actual y particular de la anomía, la atomización social (Jäger, 2022b; Riley, 2018), la lumpenización generalizada –“el saco de patatas” del que hablaba famosamente Marx (2010)–, y la crisis del liberalismo y del modelo globalista (Moyn, 2023c).

4.3. Reflexiones finales

Ya después de haber descrito y expuesto que tildar y/o enmarcar a Trump como “fascismo” no resulta ser una comparación histórica útil ni una estrategia discursiva –tal como se pudo llegar a esta conclusión a través del estudio de las columnas del corpus analizadas–, particularmente provechosa para tratar a entender su naturaleza, anatomía y genealogía particular (véase: Capítulo 2., 2.6.) y por consiguiente una base firme para formular una adecuada y eficaz respuesta política a él, quedan algunas cuestiones finales respecto al uso del término “fascismo” en el debate público en Estados Unidos y respecto a las posibles alternativas. Por un lado, como argumentan algunos autores, centrar el debate en este término, aunque sea con un propósito noble de la “defensa de la democracia”, tiene serias limitaciones y puede llevar a generar respuestas *par excellence* antidemocráticas, generando procesos políticos más cercanos al mismo autoritarismo. Por otro, la misma eficiencia de este concepto en términos de la lucha y la movilización política ha sido –primero a la luz del regreso de Trump después de haber perdido las elecciones presidenciales de 2020 a la vida política y haber asegurado a pesar de esto de nuevo en 2024 la nominación del Partido Republicano (GOP) y luego en contexto de su holgada victoria en las elecciones de noviembre de 2024–, seriamente puesta en duda. Así, si bien el centro del enfoque de esta investigación ha sido puesto en el aspecto analítico del uso del término “fascismo”, o más específicamente en la utilidad de la comparación histórica al fascismo respecto a Trump, la otra función de este concepto –a partir de la división que propuso Rothberg: “el fascismo como análisis y fascismo como movilización” (2017)–, también puede ser cuestionada y necesita ser, aunque sea brevemente, abordada. En este contexto, los afanes por un lado de algunos autores a salirse del marco del “debate sobre el fascismo” que, por cierto, está lejos de concluirse y/o reconciliar las partes confrontadas (véase: Steinmetz-Jenkins, 2024: 7-8; Rosenfeld, Ward, 2023: 8) y que ya adquirió una metadimensión, en la que buena parte de los argumentos giran en torno al uso del mismo término –algo en lo que claramente se inscribe también este estudio–, pero sin abandonar el mismo concepto del fascismo o por otro lado los llamados de otros a simplemente dejarlo de lado dada su inutilidad pueden ser dos posibles vías de salida a la luz de los resultados y las conclusiones de este estudio (junto con la perspectiva del regreso de Trump a la Casa Blanca que pide por otras herramientas analíticas para analizarlo). Sopesemos algunos de estos argumentos.

Si bien como hemos discutido en el Capítulo 2. (2.1.) siguiendo a algunos de los principales estudiosos en el tema, el término “fascismo” es un concepto heurísticamente útil e importante (véase: Griffin, 1996; Passmore, 2014a: 168-175), aunque siempre “manchado” y “nunca limpio ni neutral” (Kershaw, 2015: 39), esta misma palabra-concepto lleva una considerable carga histórica, política y emocional que no solo debilita su capacidad de describir las realidades políticas contemporáneas –precisamente su valor heurístico–, sino también lleva a posibles consecuencias indeseadas que por lo general –tal como lo ha demostrado la ausencia de esta preocupación en los escritos de los autores del corpus–, han sido ignoradas por los partidarios de su uso. Si bien, como hemos visto, según los “alarmistas” el término “fascismo”, es la única palabra con suficiente fuerza ilocutiva para convencer a la gente de que algo está mal con ciertas fuerzas políticas que amenazan a la democracia e incluso con la democracia misma –un tipo de “apuesta” política enraizada no en ninguna “verdad”, sino en determinadas interpretaciones de la política y de la historia que no dejan de ser solamente esto, unas interpretaciones, confirmando que el meollo del “debate sobre el fascismo” ha sido el desacuerdo sobre el papel del lenguaje y la historia en la configuración de las agendas políticas–, su uso puede tener también consecuencias profundamente antidemocráticas. Como había señalado por ejemplo Payne (véase: Capítulo 2., 2.1.2.), uno de los principales expertos en fascismo y “escépticos” en el “debate sobre el fascismo” –la fracción de los estudiosos que, recordemos, se oponían a usar las comparaciones al fascismo respecto a Trump no sólo por razones analíticas y epistemológicas, sino también retóricas y políticas, creyendo que vincularlo con el fascismo es estratégica y políticamente equivocado–, los productores de las comparaciones fungiendo como “autoproclamados salvadores de la democracia”, poco o nada ayudan a salvarla, poniéndola incluso más en peligro (Payne, 2022b). Usando una metáfora médica, se podría decir que estos “autoproclamados médicos de la sociedad democrática”, habiendo diagnosticado la enfermedad como “fascismo”, critican encima a cualquiera que no esté de acuerdo con ellos por ser partidario de la enfermedad misma (véase: Snyder, 2016c, 2017a)²⁹⁴, incluso cuando el paciente se enferma cada vez más y más, e incluso, en vez de salvarlo, ayudan a propagar la misma enfermedad. A esto precisamente, en esencia, desde los meros inicios del “debate sobre el fascismo” en Estados Unidos han apuntado los “escépticos”.

²⁹⁴ Véase también este tuit de Snyder en el que acusa a los “escépticos” de la tesis del fascismo de “estar equivocados”: Twitter/X, 22 de mayo de 2024, disponible en: <https://x.com/TimothyDSnyder/status/1793288021783031909> En una ocasión, en una conferencia en la Universidad de Princeton en la primavera de 2024, el mencionado desacuerdo en el campo académico llegó a tal nivel que un conocido filósofo comparó a un teórico político con un “kap” [del campo de concentración] (sic) por atreverse a criticar la analogía de Trump al fascismo (véase: Bell D. A., 2024).

Como alertaban por ejemplo Bessner y Greenberg, frente a este tipo de llamados de “salvar” o “defender” la democracia, las analogías al “fascismo” o al “Weimar” pueden resultar no solo estériles, sino también peligrosas para la democracia. Si bien, según ellos, en muchos aspectos el debate sobre si Trump contaba como “fascista” o no, podía parecer “pedante”, pero sus consecuencias para el pensamiento progresista eran todo lo contrario: al ver a Estados Unidos como un “país fascista” o “prefascista” (“Weimar”) y a Trump como “Hitler” a pesar de todas las diferencias históricas y de contexto, “se corría el riesgo de repetir los errores del pasado” como, por ejemplo en caso de algunos comparatistas y estudiosos del periodo de entreguerras que llamaban a resucitar el concepto de la llamada “democracia militante” frente al “fascismo de Trump” y de otros “nuevos autoritarios” (Bessner, Greenberg, 2016). Esta teoría política postulada y defendida por los intelectuales que huyeron de la Alemania nazi como Karl Loewenstein o Hans Speier, sostenía que “las naciones libres deben ver todos los movimientos dictatoriales como amenazas existenciales” y que “la democracia no puede coexistir con el enemigo” y que “los radicales extremistas tenían que ser destruidos activamente” (*Ibidem*). No obstante, como escribían Bessner y Greenberg, esta cepa del pensamiento antifascista que echó raíces en Estados Unidos no solo influyó la construcción de un robusto aparato de la seguridad nacional, pero literalmente acabó culpando a la propia democracia por la toma del poder fascista (sic), y en vez de promover democracia, acabó aconsejando el escepticismo respecto las políticas progresistas, las elecciones populares y favoreciendo la primacía de los “expertos” y “tecnócratas” que serían “los mejores defensores de la democracia”, fomentando y alimentando las fantasías antidemocráticas de las propias élites liberales y conservadores (Bessner, Greenberg, op. cit.).²⁹⁵ Según esta óptica, una de las principales “lecciones” del periodo de Weimar era que la democracia les ha dado “demasiadas libertades” a los Nazis (sic) que finalmente llegaron a destruirla y que “no se podía confiar en la gente común y corriente de hacer la política” por lo que la democracia solo podía prosperar si la autoridad pertenecía a los “expertos responsables” (un tipo de análisis que abiertamente distorsionaba la historia de la llegada de los fascistas al poder que tanto en caso italiano como en caso alemán han sido invitados al poder por las élites y por los “expertos” decidieron de prescindir de la democracia a fin de oponerse a la “amenaza comunista”). Así este tipo de pensamiento no solo en vez de fortalecer, acababa debilitando la democracia al insinuar que el problema central con ella era el *demos*, sino al aconsejar que los Estados democráticos se tenían que transformar en “nuevos regímenes militantes”, listos y dispuestos a usar cualquier medio necesario, incluidos los utilizados por los propios fascistas, para derrotar a sus oponentes internos o foráneos —primero el fascismo y luego el comunismo, ambos “enemigos existenciales de la democracia”—, abrazaban a la policía y al ejército viendo en ellos “los pilares de la libertad”, la filosofía que fomentó muchas peligrosas tendencias antidemocráticas en Estados Unidos post-1945, junto con los llamados de “combatir al fascismo de Trump a toda costa” (Bessner y Greenberg, op. cit.).²⁹⁶ Estas advertencias basadas en el conocimiento de la historia de la República de Weimar —más allá de las torceduras históricas de la propia “democracia militante— no eran para nada infundadas. En la *comentocracia* estadounidense la idea de que para salvar a la democracia de sus “enemigos internos”, el país debe abrazar la “democracia militante” en la versión propuesta por Loewenstein —o sea, básicamente una versión de la Ley Patriota aplicada para los enemigos internos considerados “fascistas”— está bastante diseminada, con algunos comentaristas y “expertos” (*pundits*) llamando precisamente a esto, a eliminar de la vida pública todos los que son considerados “fascistas” (véase: Signer, 2023), aunque esto, en efecto, significaría atentar en contra de la misma democracia.

Pero el argumento más importante que se podría formular en contra de las analogías al fascismo respecto a Trump, no es ni siquiera que estas podrían poner en peligro la propia democracia, sino que simplemente, a pesar de años de haber estado presentes en el discurso público y pesar de la insistencia de los “productores” de este tipo de discurso desde 2015 (véase: Perlstein, 2015; Riley et al., 2015), este tipo de comparaciones no solo no funciona como análisis y demuestra muchas deficiencias desde el punto de vista analógico y del uso del término “fascismo —como hemos demostrado en el transcurso de este trabajo—, sino que tampoco, recordando la división de Rothberg (2017), funciona como una estrategia movilizadora a fin de

²⁹⁵ Esta observación nos debería poner a cuestionar igualmente la figura y el papel del “experto” en el marco del “debate sobre el fascismo”, algo criticado por ejemplo por los autores como Griffin (2018; en: Jackson, 2021; 2023) o Payne (2022a, 2022b) y con uno de los autores del corpus —Feldman— identificándose expresamente como uno (#14). De manera análoga, los expertos de la “democracia militante” de la Guerra Fría se parecen a los “expertos en verdad” (*truth pundits*) de la post-Guerra Fría que se suelen presentar como “doctores de la democracia” y diagnosticar sus “males”, como por ejemplo “el cáncer del fascismo”, la metáfora médica (véase: Sontag, 1978) que de manera sintomática ha usada igualmente por tres autores del corpus (Feldman #14, Cohen #21, Gopnik #25). Estas “verdades”, como apuntaba en lugar Riley, están siendo diseminadas por las “fuentes autorizadas” como The New York Times o The Washington Post, etcétera (ambos periódicos presentes igualmente en el corpus) y “deben ser aceptadas por todas las personas del ‘pensamiento correcto’” (Riley, 2021a).

²⁹⁶ Como apuntaban algunos críticos de las analogías de Trump al fascismo como Riley o Robin, ha sido precisamente esta óptica y la narrativa de “defender a toda costa las instituciones” como un baluarte en contra del “fascismo de Trump”, que llevó a muchos comentaristas a abrazar las agencias de inteligencia como FBI o CIA, ambas operadas por “expertos” con poca o ninguna supervisión democrática y que tienen un largo historial de sofocar la democracia tanto dentro como fuera de Estados Unidos, como “la última trinchera de la defensa en contra del fascismo trumpista”, hablar de ellas incluso en términos de la división de poderes según Montesquieu (sic) (Riley, 2019: xxix y xxxii) o poner todas sus esperanzas en ellas como lo demostró en su momento la sonada (y fallida) investigación del fiscal Robert Mueller, exjefe de FBI y un ferviente partidario y defensor de la vigilancia secreta masiva, sobre la supuesta “colusión” entre Trump y Putin (véase: Robin, 2018b). Análoga a esta peligrosa y profundamente antidemocrática, en términos de Bessner y Greenberg, fantasía que también formó parte de la mentalidad y la estrategia liberal de la “Resistencia” contra Trump, ha sido la esperanza —expresada también por algunos autores del corpus como por ejemplo Robert Reich (2023c)—, que la solución vendría desde el sistema judicial y que la condena de Trump en alguno de sus múltiples casos penales “salvaría la democracia estadounidense” (véase: Moyn, 2024).

deslegitimar y “abnormalizar” a Trump (Moyn, 2020a). De hecho, desde el principio hubo muchos estudiosos que apuntaban justamente a esto: que la estrategia de pintar a Trump y a los Republicanos como “fascistas” y/o “nazis”, no sólo no era cierta como análisis, sino que no funcionaba en absoluto al nivel político y que mucho más fructífero tanto analíticamente como políticamente –sin restarle la importancia a la amenaza que este representaba–, era por ejemplo centrarse en estudiar sus conexiones con las corrientes históricas del conservadurismo estadounidense, las continuidades y las rupturas entre el trumpismo y los Republicanos anteriores o fijarse en las fracturas y divisiones en su coalición, el verdadero análisis político que el tono moralizante de las comparaciones al fascismo oscurecía (Robin, 2016a). A pesar de esto y a pesar de la derrota de Trump en las elecciones de 2020, esta narrativa pesimista, que presenta la democracia como si siempre estuviera peligrosamente al borde del colapso, nunca desapareció y ha estado igualmente presente en las elecciones de 2024. Si bien no hay datos concretos ni encuestas específicas respecto al impacto de la comparación de Trump al fascismo en las decisiones de los votantes (Bessner, 2023b) –algo que más allá de las habitualmente levantados argumentos sobre la importancia de las comparaciones históricas en la toma de las decisiones políticas (véase: Capítulo 2., 1.3.) o la “transferencia de la evidencia moral” el mecanismo en el que destacan los acontecimientos como Holocausto (von Sass, 2021: 161; véase también: Smeekes et al., 2014) y que nos remite a la cuestión de la inverificabilidad de las comparaciones históricas (Rosenfeld, 2019) tanto respecto a su pertinencia como sus efectos–, del mismo hecho que Trump volviese a presentarse este 2024 por tercera vez en las elecciones presidenciales, para finalmente ganar la contienda, se puede inferir que tildarlo de “fascista”, “nazi” o “Hitler” no tuvo mucho impacto en movilizar a los votantes en Estados Unidos y en alcanzar su principal objetivo: de pararlo y/o eliminarlo de la vida política. Así –mirando desde el contexto poselectoral de 2024 que ya trasciende el marco temporal de este estudio–, pareció que la analogía al “fascismo” no solo no le había importado mucho a los votantes al parecer demasiado extrema o inverosímil, sino que quizás perjudicó a los Demócratas que insinuaban con ella que “la gente no sabía por quién estaban votando” (Mazower, 2024). Y si fue una advertencia –siendo esta la esencia de la comparación puntiaguda–, como apuntaba el historiador Mark Mazower, fue una advertencia que muchos estadounidenses optaron por ignorar centrándose más en las cuestiones que verdaderamente les preocupaban como las cuestiones económicas (*Ibidem*). De hecho, el mismo hecho que Trump después de haber servido un periodo como presidente (2017-2021) –sin haber establecido ninguna “dictadura fascista” como advertían muchos “alarmistas”– y haber perdido las siguientes elecciones (2020), se presentara nuevamente ganando no solo en todos los “estados bisagras” (*swing states*) y con eso la mayoría de los votos del Colegio Electoral, sino también a diferencia de 2016, el voto popular, podría ser visto como un argumento decisivo y el límite final de la analogía al fascismo. ¿Alguien se imagina a Hitler, Mussolini o cualquier otro fascista que haya estado una vez en el poder presentarse en las elecciones al final de su mandato, perderlas, volver a presentarse cuatro años más tarde y ganar? Es precisamente así como las elecciones de 2024 demostraron –en tenor con los resultados del estudio presente–, que las comparaciones de Trump al fascismo resultan hiperbólicas, exageradas e incluso contraproducentes en la medida en la que no han logrado revelar el secreto del verdadero atractivo de su figura, negando también de paso, dado que esta vez Trump logró amasar una significativa porción del voto de la clase trabajadora latina y negra (Winant, 2024), una de las premisas centrales y habituales de esta analogía: la dependencia casi exclusiva del trumpismo en los círculos de la supremacía blanca (véase por ejemplo: las columnas #1, #7 et al.).

Nada de esto pretende negar que Trump efectivamente –igual que otros dirigentes y agrupaciones de la extrema derecha contemporánea parecidos–, constituye una amenaza a la democracia, pero simplemente no este tipo de amenaza (“fascista”), y la falta de reflexión en notarlo o en admitir las deficiencias de este tipo de retórica apocalíptica en Estados Unidos que reapareció de nuevo en la campaña de 2024 a pesar de no arrojar resultados esperados a lo largo de los años (véase: Kagan, 2023), es igualmente preocupante. El mejor ejemplo de esta falta de reflexividad es Timothy Snyder, el “tipo ideal” del comparatista de Trump al fascismo (véase: 4.1.). En uno sus textos más recientes en contexto de la campaña presidencial de 2024 al admitir que estaba escribiendo sobre el autoritarismo y el fascismo de Trump “desde hace unos ocho años” y que “seguirá haciéndolo no importa que” (Snyder, 2024c), exponía, de modo involuntario quizás justamente este punto. Ocho años es más que han existido la mayoría de los regímenes fascistas y/o semifascistas que estaban en el poder en los años 30 y 40 (el propio “Reich de Mil Años” de Hitler, duró apenas doce). Con esto Snyder no solo mostraba falta de cualquier tipo de (auto)reflexión, sino que confirmaba que su lógica parecía ser que si algo hasta ahora no ha funcionado o arrojado resultados esperados –la desacreditación y la eliminación de Trump de la política, etcétera–, había que seguir haciéndolo, solo que más duro. De mismo modo, en la misma campaña presidencial, la revista *The New Republic* (TNR) –cuyo uno de los fundadores consideró, paradójicamente, a principios del siglo XX desde las posiciones progresistas (sic) al fascismo como “una alternativa viable al orden establecido en Estados Unidos” (Kuklick, 2022: 18-20)–, demostraba la misma desconexión de la realidad publicando a mitades de 2024 un dossier titulado “Como se va a ver el fascismo estadounidense” y dedicándole incluso toda la portada con Trump estilizado como Hitler como si el primero no haya estado ya cuatro años en el poder y sin que su presidencia haya arrojado ningunos “resultados fascistas” (véase: Browning, 2023; Robin, 2017h). Entre los autores del dicho dossier estaban igualmente dos autores del corpus: Federico Finchelstein y Jason Stanley que sin tomar en cuenta que ningunas de sus advertencias anteriores se habían cumplido, alertaban nuevamente sobre “el peligro del fascismo de Trump por venir” (sic). Como bien apuntó Daniel Steinmetz-Jenkins, con esto la TNR eligió ser “antiintelectual” e “ideológica”, dándole preferencia “a la profecía y la política del miedo en lugar de un análisis riguroso de la coyuntura actual y una nueva visión política del camino a seguir”.²⁹⁷ Unos meses después del dossier de TNR, también el diario *The Guardian* abrió una nueva sección con un bombástico título “Levántate en contra del fascismo” (“*Rise Against Fascism*”)²⁹⁸, en la que Jason Stanley también contribuyó un texto sobre “el fascismo en las universidades” (2024). Si bien el marco del fascismo nunca ha sido la oficial estrategia política de los propios Demócratas –Hillary Clinton ha

²⁹⁷ Twitter/X, 16 de mayo de 2024, https://twitter.com/daniel_dsj2110/status/1791104963894034889

²⁹⁸ Véase: <https://www.theguardian.com/commentisfree/series/rise-against-fascism>

comparado en efecto Trump a “Hitler” en 2016, pero Joe Biden evitaba este tipo de analogías y solo en una ocasión ha hablado de “semifascismo de MAGA”–, sino más bien de ciertos “expertos” filo-Demócratas, es de notar que en el marco de la campaña de 2024 se pudo observar inicialmente un interesante giro retórico en el seno de este partido. Al reconocer aparentemente que la retórica de la alerta permanente del “inminente futuro autoritario bajo Trump”, no arrojaba efectos políticos deseados, los Demócratas inspirados por Tim Walz, el gobernador de Minnesota y el candidato a la vicepresidencia y “compañero de fórmula” de Kamala Harris –después de que a finales de julio Biden por razones de la avanzada edad se bajara de la contienda–, que arguyó que este tipo lenguaje “le daba en realidad más poder a Trump”, empezaron a centrarse en las “peculiaridades”, en la “ridiculez” y en “lo raro” (*weird*) de Trump y los trumpistas, combinando este mensaje con uno de los principales motivos de su campaña que era la “alegría” (*joy*). Al notarlo, Corey Robin, subrayó que esta lógica, de no usar la estrategia del miedo, porque el mismo trumpismo dependía de ella, era parte de su propia e inicial negativa de usar la analogía al fascismo (véase: 2.3.): “Espero que otros Demócratas –y con ellos, el ejército de los comentaristas dentro y fuera de los medios y el mundo académico–, sigan su ejemplo”, escribió (Robin, 2024).

Pero luego, de repente, pasó algo extraño: después de todo este esfuerzo de “recalibrar” su mensaje electoral, a medida que la campaña de Harris se estancó en las encuestas, los Demócratas abandonaron su mensaje de “alegría” y “ridiculez” y, dando un giro de 180 grados, revirtieron –contrario a las observaciones y los consejos de Robin–, al mensaje apocalíptico de miedo y de la “destrucción de la democracia” centrándose, en vez de en sus propias propuestas políticas, en la persona de Trump y comparándolo también directamente con el fascismo y con Hitler, con la candidata Demócrata tildando en uno de los mítines electorales a su contrincante –siguiendo las calificaciones así de Trump por parte del general retirado Mark Milley–, como un “fascista total” y “fascista hasta la médula” (Weisman, 2024). Siguiendo este hilo y las igualmente hechas públicas en aquel entonces declaraciones del ex jefe de gabinete de Trump, el general John Kelly, de que Trump en una ocasión “había alabado a Hitler” y de que “cumplía con la definición de un fascista” (véase: Schmidt, 2024), los comentaristas, junto con el propio Tim Walz, compararon también el acto final de campaña de Trump el 27 de octubre en el Madison Square Garden, en el centro de Manhattan, con un infame mitin pronazi del Bund Germano-Estadounidense celebrado allí en 1939 (Iber, 2024; véase también: Capítulo 2., 2.6.), aunque de manera paralela los propios medios estadounidenses como por ejemplo The Wall Street Journal se mostraron escépticos sobre la eficacia de esta estrategia comunicacional, apuntando que parecía que el público estadounidense “simplemente no lo estaba comprando” (sic), algo que finalmente ha sido confirmado por el resultado electoral del 6 de noviembre de 2024.²⁹⁹

A pesar de todo esto, es probable que se mantenga la popularidad de este tipo de comparaciones históricas que permiten afirmar repetidamente que el cuerpo político estadounidense contiene un “contaminante fascista extraño” que debe ser identificado y “expulsado”, la popularidad mejor ejemplificada precisamente por la incesante producción de este tipo de analogías por los “alarmistas” y el dramático, aunque finalmente fútil, giro discursivo de la fallida campaña de Harris. Según algunos analistas, esto se debe al hecho que la retórica del fascismo les permite a las élites liberales que en buena parte ayudaron a la derecha a construir el mundo en el que vivimos hoy mantener una “inocencia” a contrapelo de la historia real del gobierno liberal (Bessner, Steinmetz-Jenkins, 2024). Así, a muchos liberales, les resulta más fácil culpar al “fascismo” o cualquier otro “agente externo” (la “rabia rural blanca”, los “deplorables”, los “nacionalistas cristianos”, los “rusos”, etcétera) de causar los problemas en Estados Unidos causados en realidad por el neoliberalismo desregulador, financiarizado y militarista de los propios gobiernos Demócratas pasados, las meras políticas que ayudaron a dar el origen al Trump y el trumpismo (*Ibidem*). “Pero para admitirlo, las élites liberales tendrían que reexaminar todas las premisas de su propia política [algo] mucho menos agradable que

²⁹⁹ Otro evento, igual en el marco de la campaña presidencial de 2024, que expuso de modo parecido los límites y *cul de sacs* de este tipo de comparativismo fue el fallido atentado a Trump durante uno de sus mítines en julio después del cual todos los principales políticos Demócratas y medios de comunicación lamentaron y condenaron el suceso, deseándole la pronta recuperación al expresidente, como si en efecto –si uno tomaría en serio su retórica anterior– estuviesen diciendo “Gracias a Dios, Hitler está bien y ojalá pronto regrese a sus funciones”. El mismo presidente Biden aseguró en un mensaje televisado “que era necesario bajar la temperatura de nuestra política” y afirmaba que “aunque no esté de acuerdo con Trump, no somos enemigos” (sic). ¿Alguien se imagina a los socialdemócratas y los comunistas alemanes diciendo algo parecido en 1933 “que le deseamos una pronta recuperación a Herr Hitler”, que “no somos enemigos” y que, por el bien de todos, “hay que bajar la temperatura de la política en la República de Weimar”? No. Trataban de combatirlo por todos los medios posibles y cuando asumió el poder llamaron a resistirlo de la misma manera porque Hitler y los nazis SÍ eran sus enemigos y la temperatura y el propio carácter de la lucha política en Alemania en aquel entonces significó que en cuestiones de meses acabaron en el exilio, muertos o en los campos de concentración (véase: Robin, 2018a; Gentile, 2023). Si tienen razón los “alarmistas” y Trump es –y/o siempre ha sido– un “fascista” o un “Hitler” ¿por qué lamentar el atentado en su contra y luego, tal como lo ha hecho todo el *mainstream* Demócrata en 2016 y en 2024 extender la mano hacia “el fascista” y transferirle el poder? ¿No es, como lo ha demostrado la historia, la marginación e incluso la eliminación física lo más deseado en la lucha contra el fascismo y justo la estrategia con la que Hitler en particular y el fascismo en general han sido derrotados en 1945? De modo curioso, después del mencionado atentado, JD Vance el senador de Ohio y el candidato de Trump a la vicepresidencia, acusó a los Demócratas por el suceso, diciendo que “la premisa central de la campaña de Biden es que el presidente Donald Trump es un ‘fascista autoritario’ al que hay que detener a toda costa” e insinuando que era justo esta retórica que condujo a la violencia contra Trump (véase: Twitter/X, 13 de julio de 2024, <https://x.com/JDVance1/status/1812280973628965109>), aunque el mismo, en 2016, cuando formaba parte, junto con Robert Kagan y David Frum, dos autores del corpus, del grupo de los Republicanos “*Never Trump*”, había comparado a Trump precisamente a... Hitler (sic), en un afán de separarlo del “buen conservadurismo estadounidense” (véase: las columnas #5 y #23).

unirse contra un enemigo inequívoco: el fascismo” (*Ibidem*). Si bien, como anotaban Bessner y Steinmetz-Jenkins, el discurso del antifascismo liberal está lejos de ser tranquilo, paradójicamente resulta “tranquilizador” en permitir a imaginar que existe un enemigo claro que podría identificarse y derrotarse para restaurar la paz y la estabilidad. Es seguramente, añaden, más tranquilizador que la noción más espinosa de que para superar los problemas políticos en Estado Unidos, habría que trabajar hacia una verdadera transformación política que cuestionaría las posición cómoda de las élites en todo el espectro político:

[Mientras tanto] ver el fascismo por todas partes impide que quienes con razón desprecian las reaccionarias posiciones sociales y económicas de Trump elaboren las alternativas audaces que necesitamos para la nueva era en la que tan claramente estamos entrando y en la que ya pasó el tiempo de las severas advertencias sobre “nuestro Adolf Hitler” o “nuestro fascismo estadounidense” (“neo”, “semi”, “proto”, “esquizo”, etcétera) (*Ibidem*).

Si realmente queremos mejorar nuestra democracia, apuntaban los autores unos meses antes de las elecciones del noviembre de 2024 y cuyo resultado ha confirmado en efecto el meollo de su análisis, “debemos dejar de lado el ‘debate sobre el fascismo’ y enfrentar nuestro futuro incierto con la política” (Bessner, Steinmetz-Jenkins, 2024). En otra ocasión, uno de los autores de este texto citado, Daniel Steinmetz-Jenkins, en la introducción a una antología de textos sobre el fascismo y en torno al propio “debate sobre el fascismo”, en un argumento que podría ser leído como un afán de dejar atrás una vez por todas el mismo debate al ver el “fascismo” como un término confuso e inadecuado para hablar de Estados Unidos de hoy, anotaba que si bien todos los que nos consideramos preocupados por la condición de la democracia debemos estar en alerta frente a las fuerzas que constituyen una amenaza a ella, al mismo tiempo, escribía, “debemos estar sospechosos de los historiadores que fungen de ‘profetas de la fatalidad’ y ‘vengadores democráticos’ ya que su afán de sonar la campana del alarma más bien oscurece en vez clarificar la complejidad de los acontecimientos de hoy” (Steinmetz-Jenkins, 2024: 8).³⁰⁰ Según él, “estar obsesionado con los traumas de la historia, puede hacer difícil de ver lo que es nuevo” y lleva al “interminable juego de culpas de quien es responsable por la caída del orden de cosas anterior” (*Ibidem*). El pasado no obstante, anotaba Steinmetz-Jenkins, “no debería gobernar nuestro futuro” y en vez de mirar constantemente atrás deberíamos estar mirando adelante “en vistas de edificar una sociedad mejor para una nueva era” (*Ibidem*). Apuntando a las mismas deficiencias de este modelo Alberto Toscano –pretendiendo a la vez salvar los valores heurísticos del “fascismo” sobre todo desde el campo del “pensamiento negro” (véase: Capítulo 2., 2.6.)–, propuso salirse por completo de las coordenadas del “debate sobre el fascismo” y limpiar así “la mesa de la reflexión” (Toscano, 2020; véase también: 2023c) con cara al futuro y a lo que él ve como “un incesante ciclo reaccionario global de la extrema derecha” (2023d). Para otros autores, el fascismo simplemente no es el único horizonte que nos espera y “el único resultado posible de la historia”, como parecen insinuar muchos de los “alarmistas”. Además, este ha sido más bien un “un producto de las circunstancias europeas en una época ya pasada de la historia” y “cuanto antes se entienda esto, mejor podremos orientarnos en el territorio inexplorado que nos espera” (Mazower, 2024).

Dicho todo esto, no queda duda que es importante estudiar al fascismo y que existen algunas analogías útiles entre la época de su auge y nuestro tiempo (véase: Eley, 2021, 2022), pero la “carta de fascismo” es demasiado fácil de jugar y su uso conlleva, como ya se ha mencionado, riesgos y consecuencias importantes. Nunca debemos olvidar al fascismo ni, con base a nuestro conocimiento de la historia, dejar de mantenerse en alerta respecto a las posibilidades de su retorno y/o su renacimiento, si las condiciones políticas sean propicias. Pero tampoco debemos permitir que el espectro del fascismo monopolice nuestra imaginación sobre la naturaleza de las amenazas a la democracia y nuestra perspectiva sobre las maneras en las que el pasado puede iluminar al presente. Pensar en el fascismo puede ayudar a pensar en las posibles amenazas que acechan a nuestra democracia y a nuestras sociedades, pero hay muchas otras amenazas nuevas o diferentes que este término no abarca y usarlo solamente como un insulto o un concepto pasado por la picadora de carne mediática que lo reduce a una palabra de moda y sin sentido (*buzzword*) –siendo por ejemplo las columnas de opinión una de las principales herramientas de su diseminación–, no nos ayudará a entender qué es exactamente lo que está mal. Podemos aprender mucho sobre nuestro período actual estudiando el fascismo histórico, pero más se aprenderá a través de estudiar los contrastes que las cosas en común. Dado que, tal como se ha señalado anteriormente, no se trata solamente de un debate semántico, sino de hacer un diagnóstico político de qué es lo que precisamente nos aqueja, el problema con la comparación al fascismo es que aleja la mirada de la gente de las fuentes de nuestros problemas contemporáneos al tratar de reconstruir una lucha histórica fuera de su contexto, apelando a la vez a las estrategias defensivas (“antifascismo”, “resistencia”), que hoy solo existen en la imaginación y en el discurso de los “alarmistas”. Hoy en día las amenazas a la democracia son muy diferentes que las de los años 20 y 30 del siglo pasado y los principales problemas de hoy

³⁰⁰ En el mismo tenor en una de las raras en su tono y refrescantes intervenciones en el debate sobre la utilidad de las analogías para hablar de Trump, el historiador Moshik Temkin, criticó unos años antes no solo la inutilidad de la mayoría de las analogías históricas “sugeridas con tanta diligencia por innumerables intelectuales a lo largo de los últimos años: Hitler, Mussolini et al.”, sino que apuntaba que estas pueden ser peligrosas en la manera en la que tienden a distorsionar el presente (Temkin, 2017). Para Temkin, Trump era un fenómeno “completamente nuevo” y muy anclado en la contemporaneidad –de modo por ejemplo que igual lo era el Brexit para el historiador británico David Edgerton, otro acontecimiento a menudo y muchas veces a fuerza comparado con el pasado (Edgerton, 2019)–, y tal como en su momento lo era también por ejemplo *Jim Crow*, una serie de leyes raciales basadas en las nuevas “ciencias raciales”, no solamente un producto del “odio racial ancestral” (que es, dicho sea de paso, también el punto de contacto de una de las analogías de Bouie entre Trump y *Jim Crow*, véase: Bouie, 2020a). De allí, según Temkin, los historiadores deberían preocuparse más bien por ir “desmantelando las analogías”, no fungir de “expertos” (*punditis*) que los van generando en persecución de mejores *ratings* televisivos (Temkin, op. cit.), una observación que nos lleva de regreso a la propuesta arriba noción del “mercado comparativo” (véase: 4.2.).

no están ligados al trauma de la posguerra, a un rechazo total a la democracia electoral o a la política de masas que dieron a luz al fascismo. Nada de esto existe hoy. Hablar del “fascismo” parece ser más bien un acto del exorcismo que pretende expulsar del sistema las tendencias tratadas como “externas”, pero que en realidad poco tienen que ver con el fascismo y ya son perfectamente compatibles con las democracias tal como las conocemos: demagogia política, xenofobia, racismo, restricciones a la inmigración, etcétera (Mudde, 2024). Así, en vez de obsesionarse por la historia –en sí mismo uno de los rasgos de la crisis que atravesamos (véase: Capítulo 2., 1.6.)–, sería más productivo dejar de mirar al pasado y centrarse en ir resolviendo los problemas del presente. Si algo han demostrado las elecciones estadounidenses de 2024, es precisamente esto. El discurso del “fascismo” con todas sus referencias históricas no ha sido capaz de derrotar a Trump, pero, como lo han argumentado posteriormente algunos analistas, un enfoque populista-progresista que se habría comprometido con las políticas distribucionistas y abordara las necesidades de muchos, tal vez lo hubiera podido hacer (Winant, 2024; Jäger, 2024). Hacer una referencia constante a una “crisis interminable” y siempre “urgente”, sea en el marco del “fascismo” o “autoritarismo” hace –y, de hecho, ha hecho– poco para mejorar el funcionamiento de la democracia en Estados Unidos y Trump, después de años de estar acusado de querer “destruir la democracia en Estados Unidos”, ganó el voto popular de sus conciudadanos, llevándose el “carro completo” en las elecciones. Como mínimo, esto indica que el saturado de las comparaciones históricas análisis y lenguaje de la crisis aguda y apocalíptica –“fascismo”, “Hitler”, “Weimar”, “la quema del Reichstag”, etcétera–, no ha sido un medio eficaz para abordar las preocupaciones reales de la gente ni los problemas sistémicos y generalizados de la democracia estadounidense.

BIBLIOGRAFÍA

- Adamson, Walter (1980). “Gramsci’s Interpretation of Fascism”, en: *Journal of the History of Ideas*, vol. 41, no. 4, p. 615-633
- Adeney Thomas, Julia, Eley Geoff (2020). “Visualizing Fascism: The Twentieth-Century Rise of the Global Right”, Duke University Press, Durham, pp. 336
- Adorno, Theodor et al. (2019). “The Authoritarian Personality”, Verso, London, pp. 1026
- Adorno, Theodor, Max Horkheimer (1998). “The Dialectic of Enlightenment”, Verso, London, pp. 284
- Albright, Madeleine (2018). “Fascism: A Warning”, Harper Collins, New York, pp. 304
- Alcalde, Ángel (2020). “The Transnational Consensus: Fascism and Nazism in Current Research”, en: *Contemporary European History*, vol. 29, no. 2, Mayo, p. 243-252, disponible en: <https://doi.org/10.1017/S0960777320000089>
- Alexander, Jeffrey (2003). “The Social Construction of Moral Universals”, en: “The Meanings of Social Life”, Oxford University Press, New York, pp. 11-84
- Ali, Tariq (2003). “Re-colonizing Iraq”, en: *New Left Review*, no. 21, Mayo/Junio, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii21/articles/tariq-ali-re-colonizing-iraq>
- Ali, Tariq (2018). “Extreme Center. A Second Warning”, Verso, London, pp. 336
- Allardyce, Gilbert (1971). “Place of Fascism In European History”, Prentice-Hall Inc., New Jersey, pp. 178
- Allardyce, Gilbert (1979). “What Fascism is Not: Thoughts on the Deflation of a Concept”, en: *American Historical Review*, vol. 84, no. 2, p. 367-388
- Almeyra, Guillermo (2018). “El nuevo Hitler”, en: *La Jornada*, 14/5/18, disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2018/05/13/opinion/015a2pol>
- Amann, Peter H. (1986). “A ‘dog in the nighttime’ problem: American fascism in the 1930s”, en: *History Teacher*, vol. 19, no. 4, p. 559-584
- Anderson, Benedict (1998). “The Spectre of Comparisons: Nationalism, Southeast Asia, and the World”, Verso, London, pp. 386
- Anderson, Benedict (2006). “Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism”, Verso, London, pp. 256
- Anderson, Benedict (2016). “Frameworks of Comparison. Benedict Anderson reflects on his intellectual formation”, en: *London Review of Books*, vol. 38, no. 2, 21/1/16, disponible en: <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v38/n02/benedict-anderson/frameworks-of-comparison>
- Anderson, Perry (2011). “The New Old World”, Verso, London, pp. 592
- Ansari, Ari, Miranda Malins, D. H. Robinson, Jonathan Fitzgibbons (2019). “Are There Any Meaningful Historical Analogies for Brexit?”, en: *History Today*, vol. 69, no. 10, Octubre, disponible en: <https://www.historytoday.com/archive/head-head/are-there-any-meaningful-historical-analogies-brexit>
- Applebaum, Anne (2002). “You Can’t Assume a Nut Will Act Rationally”, en: *Slate*, 1/10/02, <https://slate.com/news-and-politics/2002/10/you-can-t-assume-a-nut-will-act-rationally.html>
- Applebaum, Anne (2008). “The Hitler Analogy”, en: *The American Enterprise Institute*, 20/5/08, disponible en: <https://www.aei.org/articles/the-hitler-analogy/>
- Applebaum, Anne (2020). “Twilight of Democracy: The Failure of Politics and the Parting of Friends”, Allen Lane, New York, pp. 206
- Arendt, Hannah (1963). “Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil”, Penguin, New York, pp. 336
- Arendt, Hannah (1967). “Truth in Politics”, en: *Between Past and Future*, Penguin, New York, p. 235-276
- Arendt, Hannah (1971). “Lying in Politics: Reflections on the Pentagon Papers”, en: *The New York Review of Books*, 18/11/71
- Arendt, Hannah (1973). “The Origins of Totalitarianism”, Harcourt, Brace, Jovanovich, San Diego, pp. 576
- Auslander, Shalom (2016). “Don’t compare Donald Trump to Adolf Hitler. It belittles Hitler”, en: *Washington Post*, 13/9/16, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/posteverything/wp/2016/09/13/dont-compare-donald-trump-to-adolf-hitler-it-belittles-hitler/>
- Austin, John L. (1970). “Performative Utterances”, en: “*Philosophical Papers*”, Oxford University, New York, p. 127-156
- Austin, John L. (1981). *Cómo hacer cosas con palabras*, Paidós, Barcelona, pp. 219

- Azarian, Reza, Nadezda Petrusenko (2011). "Historical Comparison Re-considered", en: *Asian Social Science*, vol. 7, no. 8, p. 35-48
- Badger, Emily (2020). "How Trump's Use of Federal Forces in Cities Differs From Past Presidents", en: *The New York Times*, 23/7/20, disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/07/23/upshot/trump-portland.html>
- Baird, Robert P. (2023). "Putin, Trump, Ukraine: how Timothy Snyder became the leading interpreter of our dark times", en: *The Guardian*, 30/3/23, disponible en: <https://www.theguardian.com/world/2023/mar/30/how-timothy-snyder-became-the-leading-interpreter-of-our-dark-times-putin-trump-ukraine>
- Balibar, Étienne, Immanuel Wallerstein (2011). "Race, Nation, Class: Ambiguous Identities", Verso, London, pp. 310
- Barthes, Roland (1987). *El discurso de la historia*, en: *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Paidós, Madrid, p. 163-179
- Bauerkämper, Arnd, Grzegorz Rossoliński-Liebe (2017). "Fascism without Borders: Transnational Connections and Cooperation between Movements and Regimes in Europe from 1918 to 1945", Berghahn Books, Oxford, pp. 385
- Bauman, Zygmunt (1987). "Legislators and Interpreters: On Modernity, Post-Modernity, Intellectuals", Cornell University, Ithaca, pp. 224
- Bauman, Zygmunt (2001). "A Century of Camps?", en: Peter Beilharz (ed.), "The Bauman Reader", Blackwell, Oxford, p. 274-275
- Bauman, Zygmunt (2009). "Nowoczesność i Zagłada [La modernidad y el Holocausto]", Wydawnictwo Literackie, Kraków, pp. 455
- Bell, Daniel (ed.) (2001). "The Radical Right: The New American Right", Routledge, New York, pp. 606
- Bell, David A. (2016). "Not Everything Is Munich and Hitler", en: *National Interest*, 25/4/16, disponible en: <https://nationalinterest.org/feature/not-everything-munich-hitler-15929>
- Bell, David A. (2020a). "Fascism or Caesarism?", en: *Public Seminar*, 27/8/20, disponible en: <https://publicseminar.org/essays/fascism-or-caesarism/>
- Bell, David A. (2020b). "Trump is a racist demagogue, but he's not a fascist", en: *The Washington Post*, 29/8/20, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/outlook/2020/08/26/trump-not-fascist/>
- Bell, David A. (2022). "Methods of Power. How Do Authoritarians Rule?", en: *The Nation*, 6/4/21, disponible en: <https://www.thenation.com/article/society/ruth-ben-ghiat-strongmen/>
- Bell, David A. (2024). "America Plunges into the Rapids", en: *Tocqueville 21*, 4/11/24, disponible en: <https://tocqueville21.com/david-bell-on-the-us-elections/david-bell-america-plunges-into-the-rapids/>
- Bellamy-Foster, John (2017a). "Trump in the White House", *Monthly Review Press*, New York, pp. 180
- Bellamy-Foster, John (2017b). "Neofascism in the White House", en: *Monthly Review*, vol. 68, no. 11, Abril, disponible en: <https://monthlyreview.org/2017/04/01/neofascism-in-the-white-house/>
- Bellamy-Foster, John (2017c). "This Is Not Populism", en: *Monthly Review*, vol. 69, no. 2, Junio, disponible en: <https://monthlyreview.org/2017/06/01/this-is-not-populism/>
- Bellamy-Foster, John (2019). "The Rise of the Right" (entrevista por Farooque Chowdhur), en: *Monthly Review*, vol. 71, no. 5, Octubre, disponible en: <https://monthlyreview.org/2019/10/01/the-rise-of-the-right/>
- Bellamy-Foster, John (2023). "The New Irrationalism", en: *Monthly Review*, vol. 74, no. 9, Febrero, disponible en: <https://monthlyreview.org/2023/02/01/the-new-irrationalism/>
- Ben-Ami, Shlomo (2023). "History Strikes Back", en: *The Journal of Holocaust Research*, vol. 37, no. 1 (Special Issue in Honor of Prof. Saul Friedländer's 90th Birthday), p. 80-87
- Ben-Ghiat, Ruth (2016). "An American Authoritarian", en: *The Atlantic*, 10/8/16, disponible en: <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2016/08/american-authoritarianism-under-donald-trump/495263>
- Ben-Ghiat, Ruth (2017a). "Donald Trump's Authoritarian Politics of Memory", en: *The Atlantic*, 22/1/17, disponible en: <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2017/01/donald-trumps-authoritarian-politics-of-memory/514004/>
- Ben-Ghiat, Ruth (2017b). "Beware of President Trump's Nefarious Language Games", en: *The Washington Post*, 21/12/17, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/democracy-post/wp/2017/12/21/beware-of-president-trumps-nefarious-language-games/>
- Ben-Ghiat, Ruth (2019). "'Send Her Back', and the Advancement of Trump's Authoritarian Playbook", en: *GQ*, 19/7/19, disponible en: <https://www.gq.com/story/send-her-back-trump-authoritarian-playbook>
- Ben-Ghiat, Ruth (2021a). "Strongmen: Mussolini to the Present", W.W. Norton & Company, New York, pp. 384
- Ben-Ghiat, Ruth (2021b). "Trump's big lie wouldn't have worked without his thousands of little lies", en: *CNN*, 25/1/21, disponible en: <https://edition.cnn.com/2021/01/25/opinions/big-lie-ben-ghiat/index.html>
- Ben-Ghiat, Ruth (2022a). "DeSantis is a 'very dangerous individual' because he has 'already absorbed all the lessons of Trump' but doesn't have any of the baggage, an expert on fascism argues", en: *Business Insider*, 15/6/22, disponible en: <https://businessinsider.mx/desantis-is-very-dangerous-individual-without-trumps-drama-expert-2022-6/?r=US&IR=T>
- Ben-Ghiat, Ruth (2022b). "What is Fascism?", en: *Substack Lucid*, 7/12/22, disponible en: <https://lucid.substack.com/p/what-is-fascism>
- Ben-Ghiat, Ruth (2023). "Epilogue", en: Gavriel D. Rosenfeld, Janet Ward (eds.), "Fascism in America: past and Present", Cambridge University Press, Cambridge, p. 395-402
- Benhabib, Seyla (2017). "The Return of Fascism", en: *The New Republic*, 29/9/17, disponible en: <https://newrepublic.com/article/144954/return-fascism-germany-greece-far-right-nationalists-winning-elections>
- Benjamin, Daniel (2003). "Condi's Phony History", en: *Slate*, 29/8/03, disponible en: <https://slate.com/news-and-politics/2003/08/condi-rice-s-phony-history.html>
- Beorn, Waitman (2018a). "Yes, you can call the border centers 'concentration camps,' but apply the history with care", en: *Washington Post*, 20/6/18, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/posteverything/wp/2018/06/20/yes-you-can-call-the-border-detention-centers-concentration-camps-but-apply-the-history-with-care/>
- Beorn, Waitman (2018b). "It's not wrong to compare Trump's America to the Holocaust. Here's why", en: *Washington Post*, 16/7/18, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/posteverything/wp/2018/07/16/its-not-wrong-to-compare-trumps-america->

- [to-the-holocaust-heres-why/](#)
- Beorn, Waitman (2021). “Trump stoked fears of a Nazi-style coup. But he couldn’t have pulled it off”, en: *Washington Post*, 16/6/21, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/outlook/2021/07/16/military-coup-hitler-trump-reichstag/>
- Berezin, Mabel (2019). “Fascism and Populism: Are They Useful Categories for Comparative Sociological Analysis?”, en: *Annual Review of Sociology*, vol. 45, no. 1, p. 345-361
- Berezin, Mabel (2022). “Mabel M. Berezin on fascism, populism, and the January 6 coup”, en: *illiberalism.org*, 6/1/22, disponible en: <https://www.illiberalism.org/mabel-m-berezin-on-fascism-populism-and-the-january-6-coup/>
- Berkovitz, Roger (2017). “Why Arendt Matters: Revisiting ‘The Origins of Totalitarianism’”, en: *Los Angeles Review of Books*, 18/3/17, disponible en: <https://lareviewofbooks.org/article/arendt-matters-revisiting-origins-totalitarianism/>
- Berkovitz, Roger (2020). “The Uses and Abuses of Hannah Arendt”, en: *The Hannah Arendt Center for Politics and Humanities at Bard College* (blog), 22/20/20, disponible en: <https://hac.bard.edu/amor-mundi/the-uses-and-abuses-of-hannah-arendt-2020-10-22>
- Berman, Sheri (2017). “It wasn’t just hate. Fascism offered robust social welfare”, en: *Aeon*, 27/3/17, <https://aeon.co/ideas/fascism-was-a-right-wing-anti-capitalist-movement>
- Bessner, Daniel (2017). “The Ghosts of Weimar: The Weimar Analogy in American Thought”, en: *Social Research*, vol. 84, no. 2, Invierno, p. 831-855
- Bessner, Daniel (2018). “Democracy in Exile: Hans Speier and the Rise of the Defense Intellectual”, Cornell University Press, Ithaca, pp. 312
- Bessner, Daniel (2023a). “The Dangerous Decline of the Historical Profession”, en: *The New York Times*, 14/1/23, disponible en: <https://www.nytimes.com/2023/01/14/opinion/american-history-college-university-academia.html>
- Bessner, Daniel (2023b). “Does American Fascism Exist?”, en: *The New Republic*, 6/3/23, disponible en: <https://newrepublic.com/article/170890/does-american-fascism-exist>
- Bessner Daniel, Ben Burgis (2021). “Trump Is a Threat to Democracy. But That Doesn’t Mean He’s Winning”, en: *The Jacobin*, 15/01/21, disponible en: <https://jacobin.com/2021/01/trump-capitol-riot-fascist-coup-attempt>
- Bessner, Daniel, Daniel Steinmetz-Jenkins (2024). “Liberals’ Heated Fascism Rhetoric Sidesteps Self-Reflection”, en: *The Jacobin*, 18/4/24, disponible en: <https://jacobin.com/2024/04/liberals-fascism-rhetoric-democrats-election>
- Bessner, Daniel, Udi Greenberg (2016). “The Weimar Analogy”, en: *The Jacobin*, 17/12/16, disponible en: <https://jacobinmag.com/2016/12/trump-hitler-germany-fascism-weimar-democracy/>
- Best, Isabel (2016). “Should we even go there? Historians on comparing fascism to Trumpism”, en: *The Guardian*, 1/12/16, disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/2016/dec/01/comparing-fascism-donald-trump-historians-trumpism>
- Beauchamp, Zack (2018). “A leading Holocaust historian just seriously compared the US to Nazi Germany”, en: *Vox*, 5/10/18, disponible en: <https://vox.com/policy-and-politics/2018/10/5/17940610/trump-hitler-history-historian>
- Blow, Charles M. (2017). “Trump Isn’t Hitler. But the Lying...”, en: *The New York Times*, 19/10/17, disponible en: <https://www.nytimes.com/2017/10/19/opinion/trump-isnt-hitler-but-the-lying.html>
- Blow, Charles M. (2019). “Trump’s Concentration Camps”, en: *The New York Times*, 23/6/19, disponible en: <https://www.nytimes.com/2019/06/23/opinion/trump-migrants-camps.html>
- Blumenthal, Sidney (2017). “A Short History of the Trump Family”, en: *London Review of Books*, vol. 39, no. 4, 16/2/17, disponible en: <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v39/n04/sidney-blumenthal/a-short-history-of-the-trump-family>
- Bois, Marcel (2015). “Hitler wasn’t inevitable”, en: *The Jacobin*, 25/11/15, disponible en: <https://jacobinmag.com/2015/11/nuremberg-trials-hitler-goebbels-himmler-german-communist-social-democrats>
- Boot, Max (2016). “The Nazi Echoes in Trump’s Tweets”, en: *The Los Angeles Times*, 17/10/16, disponible en: <https://www.latimes.com/opinion/op-ed/la-oe-boot-trump-reaction-to-orange-county-nc-firebombing-20161017-snap-story.html>
- Boot, Max (2018). “Max Boot on the End of Conservatism: ‘The Republican Party Needs to Be Burned Down’”, (entrevista por Chauncey Devega), en: *Salon*, 16/10/18, disponible en: <https://www.salon.com/2018/10/16/max-boot-on-the-end-of-conservatism-the-republican-party-needs-to-be-burned-down>
- Boot, Max (2020). “Trump is the worst threat to our democracy since the 1930s”, en: *Washington Post*, 24/9/20, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/opinions/2020/09/24/trump-is-worst-threat-our-democracy-since-1930s/>
- Borejsza, Jerzy W. (2002). *La escalada del odio: Movimientos y sistemas autoritarios y fascistas en Europa, 1919-1945*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, pp. 331
- Borejsza, Jerzy W. (2017). “W Polsce mamy już autorytaryzm, choć jeszcze niepełny, bo z paroma łufcikami. I jesteśmy na drodze do totalitaryzmu [En Polonia ya tenemos el autoritarismo, aunque incompleto, con algunas ventanitas. Y estamos en el camino al autoritarismo]” (entrevista por Jacek Pawlicki), en: *Newsweek*, 26/2/17, disponible en: <https://www.newsweek.pl/newsweek-print/jerzy-borejsza-w-polsce-mamy-autorytaryzm-niepelny-wywiad/t8h941g>
- Bouie, Jamelle (2015). “Donald Trump is a fascist”, en: *Slate*, 25/11/15, disponible en: <https://slate.com/news-and-politics/2015/11/donald-trump-is-a-fascist-it-is-the-political-label-that-best-describes-the-gop-front-runner.html>
- Bouie, Jamelle (2016). “There is no such thing as a ‘good Trump voter’”, en: *Slate*, 15/11/16, disponible en: <https://slate.com/news-and-politics/2016/11/there-is-no-such-thing-as-a-good-trump-voter.html>
- Bouie, Jamelle (2020a). “Where Might Trumpism Take Us?”, en: *The New York Times*, 21/2/20, disponible en: <https://nytimes.com/2020/02/21/opinion/trump-authoritarian-jim-crow.html>
- Bouie, Jamelle (2020b). “Don’t Fool Yourself, Trump Is Not an Aberration”, en: *The New York Times*, 30/10/20, disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/10/30/opinion/trump-presidents-history.html>
- Bouie, Jamelle (2021). “‘Stop the Steal’ Didn’t Start with Trump”, en: *The New York Times*, 15/1/21, disponible en: <https://www.nytimes.com/2021/01/15/opinion/voter-fraud-capitol-attack.html>

- Bourdieu, Pierre (1982). *Que significa hablar. Economía de los intercambios lingüísticos*, Akal, Madrid, pp. 161
- Bourdieu, Pierre (1983). *Campo del poder y campo intelectual*, Folios Ediciones, Buenos Aires, pp. 154
- Bourdieu, Pierre (1985). *El mercado lingüístico*, en: *Sociología y cultura*, Grijalbo, México 1985, p. 108-111
- Bourdieu, Pierre (1996). *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona, pp. 200
- Bourdieu, Pierre (1999). *Meditaciones pascalianas*, Anagrama, Barcelona, pp. 368
- Brookes, Emma (2016). "The reviewer who tried to trump all Hitler comparisons", en: *The Guardian*, 6/10/16, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/oct/06/reviewer-trump-hitler-new-york-times-michiko-akutani>
- Brookes, Emma (2017a). "Who's taking the fight to Trump? It's Dictionary Guy", en: *The Guardian*, 26/1/17, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/jan/26/trump-dictionary-president-lexicographers-park-rangers>
- Brookes, Emma (2017b). "Neutrality is dead. You're either with Trump or against him", en: *The Guardian*, 25/8/17, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/aug/25/donald-trump-president-apolitical>
- Broder, David (2023). "Mussolini's Grandchildren: Fascism in Contemporary Italy", Pluto Press, London, pp. 240
- Brown, Wendy (2015). "Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution", Zone Books, New York, pp. 296
- Browning, Christopher R. (1992). "Ordinary Men" *Ordinary Men : Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*", Harper Perennial, New York, pp. 384
- Browning, Christopher R. (2004). "The Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942", University of Nebraska Press, Lincoln, pp. 631
- Browning, Christopher R. (2015). "A New Vision of the Holocaust", en: *The New York Review of Books*, 8/10/15, disponible en: <https://www.nybooks.com/articles/2015/10/08/new-vision-holocaust/>
- Browning, Christopher R. (2017). "Lessons from Hitler's Rise", en: *The New York Review of Books*, 20/4/17, disponible en: <https://www.nybooks.com/articles/2017/04/20/lessons-from-hitlers-rise/>
- Browning, Christopher R. (2018). "The Suffocation of Democracy", en: *The New York Review of Books*, 25/10/18, disponible en: <https://www.nybooks.com/articles/2018/10/25/suffocation-of-democracy/>
- Browning, Christopher R. (2022). "How Hitler's Enablers Undid Democracy in Germany", en: *The Atlantic*, 8/10/22, disponible en: <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2022/10/nazi-germany-hitler-democracy-weimar/671605/>
- Browning, Christopher R. (2023). "A New Kind of Fascism", en: *The Atlantic*, 25/7/23, disponible en: <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2023/07/trump-second-term-isolationist-fascism/674791/>
- Bruni, Frank (2016). "Crying Wolf, Then Confronting Trump", en: *The New York Times*, 1/9/16, disponible: <https://www.nytimes.com/2016/09/01/opinion/campaign-stops/crying-wolf-then-confronting-trump.html>
- Bures, Eliah (2019). "Don't Call Donald Trump a Fascist", en: *Foreign Policy*, 2/11/19, disponible en: <https://foreignpolicy.com/2019/11/02/donald-trump-fascist-nazi-right-wing/>
- Burgis, Ben (2015). "Semantics, Fascism and Donald Trump", en: *Counterpunch*, 10/12/15, disponible en: <https://www.counterpunch.org/2015/12/10/semantics-fascism-and-donald-trump/>
- Burgis, Ben (2024a). "Obsessive Culture War Is a Dead End. Just Ask Ron DeSantis", en: *The Jacobin*, 24/01/24, disponible en: <https://jacobin.com/2024/01/culture-war-ron-desantis-president>
- Burgis, Ben (2024b). "Florida's 'Communism Task Force' Is Absurd Red-Baiting", en: *The Jacobin*, 17/02/24, disponible en: <https://jacobin.com/2024/02/florida-communism-schools-red-baiting>
- Caplan, Jane (2017a). "Donald Trump: Between Election and Inauguration", en: *History Workshop Journal*, vol. 83, no. 1, p. 3-21
- Caplan, Jane (2017b). "Unsettling Echoes: Joseph Goebbels (1933), Sean Spicer (2017), Steve Bannon (2017)", en: *History Workshop*, 30/1/17, disponible en: <https://historyworkshop.org.uk/unsettling-echoes-joseph-goebbels1933-sean-spicer-2017-steve-bannon-2017>
- Carr, E. H. (1967). "What is history?", Vintage, New York, pp. 224
- Carter, Elisabeth (2015). "The Extreme Right in Western Europe: Success or Failure?", Manchester University Press, Manchester, pp. 288
- Carter, Elisabeth (2018). "Right-wing Extremism/Radicalism: Reconstructing the Concept", en: *Journal of Political Ideologies*, no. 23, vol. 2
- Carter Hett, Benjamin (2014). "Burning the Reichstag: An Investigation into the Third Reich's Enduring Mystery", Oxford University Press, New York, pp. 424
- Carter Hett, Benjamin (2021). "The Trump insurrection was America's Beer Hall Putsch", en: *Los Angeles Times*, 16/1/21, disponible en: <https://www.latimes.com/opinion/story/2021-01-16/donald-trump-insurrection-capitol-beer-hall-putsch>
- Césaire, Aimé (2001). "Discourse on Colonialism", Monthly Review Press, New York, pp. 102
- Chotiner, Isaac (2023). "Ross Douthat's Theories of Persuasion", en: *The New Yorker*, 11/9/23, disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2023/09/18/ross-douthats-theories-of-persuasion>
- Churchwell, Sarah (2018a). "Behold, America: The Entangled History of 'America First' and 'the American Dream'", Basic Books, New York, pp. 368
- Churchwell, Sarah (2018b). "End of the American dream? The dark history of 'America first'", en: *The Guardian*, 21/4/18, disponible en: <https://www.theguardian.com/books/2018/apr/21/end-of-the-american-dream-the-dark-history-of-america-first>
- Churchwell, Sarah (2018c). "Another week of lies and still Trump, the huckster, keeps his tawdry show going", en: *The Guardian*, 6/5/18, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/may/06/another-week-of-lies-trump-cheap-huckster-keeps-tawdry-show-going>
- Churchwell, Sarah (2020a). "American Fascism: It Has Happened Here", en: *The New York Review of Books*, 22/6/20, disponible en: <https://www.nybooks.com/daily/2020/06/22/american-fascism-it-has-happened-here/>
- Churchwell, Sarah (2020b). "The Return of American Fascism", en: *The New Statesman*, 2/9/20, disponible en:

- <https://www.newstatesman.com/long-reads/2020/09/return-american-fascism>
- Churchwell, Sarah (2020c). "Can American democracy survive Donald Trump?", en: *The Guardian*, 21/11/20, disponible en: <https://www.theguardian.com/books/2020/nov/21/can-american-democracy-survive-donald-trump>
- Churchwell, Sarah (2022). "Explosive testimony suggests Trump was set on a coup that evokes America's darkest hour", en: *The Guardian*, 3/7/22, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2022/jul/03/explosive-testimony-suggest-trump-was-set-on-a-coup-that-evokes-americas-darkest-hour>
- Cohen, Nick (2021). "If Trump looks like a fascist and acts like a fascist, then maybe he is one", en: *The Guardian*, 16/1/21, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2021/jan/16/if-trump-looks-like-a-fascist-and-acts-like-a-fascist-then-maybe-he-is-one>
- Connolly, William E. (2017). "Aspirational Fascism. The Struggle for Multifaceted Democracy under Trumpism", University of Minnesota Press, Minneapolis, pp. 142
- Connolly, William E. (2018). "Donald Trump and the Reichstag Syndrome", en: *Common Dreams*, 28/2/18, disponible en: <https://www.commondreams.org/views/2017/02/28/beware-another-reichstag-fire>
- Costa Pinto, Antonio (1986). "Fascist ideology revisited: Zeev Sternhell and his critics", en: *European History Quarterly*, no. 15, p. 465-483
- Costa Pinto, Antonio (2011). "Rethinking the Nature of Fascism: Comparative Perspectives", Palgrave Macmillan, London, pp. 287
- Czerwińska-Schupp, Ewa (2018). "Otto Bauer 1881-1938. Thinker and Politician", Haymarket Books, Chicago, pp. 440
- D'Eramo, Marco (2013). "Populism and the new Oligarchy", en: *New Left Review*, no. 82, Julio-Agosto, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii82/articles/marco-d-eramo-populism-and-the-new-oligarchy>
- D'Eramo, Marco (2017). "They, the People", en: *New Left Review*, no. 103, Enero-Febrero, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii103/articles/marco-d-eramo-they-the-people.pdf>
- D'Eramo, Marco (2018). "Rise and Fall of the Daily Paper", en: *New Left Review*, no. 111, Mayo/Junio, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii111/articles/marco-d-eramo-rise-and-fall-of-the-daily-paper>
- D'Eramo, Marco (2020). "The Short Life of Fake News", en: *New Left Review/Sidecar*, 29/12/20, disponible en: <https://newleftreview.org/sidecar/posts/the-short-life-of-fake-news>
- D'Eramo, Marco (2021). "A True Fascist", en: *New Left Review/Sidecar*, 26/5/21, disponible en: <https://newleftreview.es/sidecar/posts/91>
- D'Eramo, Marco (2023). "Western Pravdas", en: *New Left Review/Sidecar*, 26/5/21, disponible en: <https://newleftreview.org/sidecar/posts/western-pravdas>
- D'Souza, Dinesh (2017). "The Big Lie: Exposing The Nazi Roots Of The American Left", Regnery Publishing, Washington, pp. 256
- Davis, Mike (2016). "Not a Revolution - Yet", en: *Verso blog*, 15/11/16, disponible en: <https://www.versobooks.com/en-gb/blogs/news/2948-not-a-revolution-yet>
- Davis, Mike (2017). "The Great God Trump and the White Working Class", en: *Catalyst*, primavera, vol. 1 no. 1, p. 151-172
- Davis, Mike (2020). "Trench Warfare. Notes on the 2020 Election", en: *New Left Review*, no. 126, Noviembre-Diciembre, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii126/articles/mike-davis-trench-warfare>
- Davis, Mike (2021). "Riot on the Hill", en: *New Left Review/Sidecar*, 7/1/21, disponible en: <https://newleftreview.org/sidecar/posts/riot-on-the-hill>
- Davis, Mike (2022). "Thanatos Triumphant", en: *New Left Review/Sidecar*, 7/3/22, disponible en: <https://newleftreview.org/sidecar/posts/thanatos-triumphant>
- De Baets, Antoon (2019). "The subversive power of historical analogies", en: "Historical Parallels, Commemoration and Icons", Routledge, London, p. 36-71
- De Grazia, Victoria (2017). "Many Call Trump a Fascist. 100 Days In, Is He Just a Reactionary Republican?", en: *The Guardian*, 30/4/17, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/apr/30/donald-trump-fascist-republican-100-days>
- De Grazia, Victoria (2020). "What We Don't Understand About Fascism", en: *Zócalo*, 13/8/2020, disponible en: <https://www.zocalopublicsquare.org/2020/08/13/understand-fascism-american-history-mussolini-hitler-20th-century/ideas/essay/>
- Detienne, Marcel (2008). "Comparing the Incomparable", Stanford University Press, Redwood City, pp. 128
- DiMaggio, Anthony (2020a). "Can We Call It Fascism? Trump's Voter Suppression Project, 2020", en: *Counterpunch*, 11/9/20, disponible en: <https://www.counterpunch.org/2020/09/11/can-we-call-it-fascism-trumps-voter-suppression-project-2020/>
- DiMaggio, Anthony (2020b). "Election 2020: a Democratic Mandate or a Vote Against Trump?", en: *Counterpunch*, 24/11/20, disponible en: <https://www.counterpunch.org/2020/11/24/election-2020-a-democratic-mandate-or-a-vote-against-trump/>
- DiMaggio, Anthony (2020c). "Rebellion in America Citizen Uprisings, the News Media, and the Politics of Plutocracy", Routledge, New York, pp. 290
- DiMaggio, Anthony (2022). "Erasing QAnon Fascism: A Case Study in Black Comedy", en: *Counterpunch*, 19/9/22, disponible en: <https://www.counterpunch.org/2022/09/19/erasing-qanon-fascism-a-case-study-in-black-comedy/>
- DiMaggio, Anthony (2023a). "White Supremacy 2.0: DeSantis's Big Brother Assault on Higher Education", en: *Counterpunch*, 10/2/23, disponible en: <https://www.counterpunch.org/2023/02/10/white-supremacy-2-0-desantiss-big-brother-assault-on-higher-education/>
- DiMaggio, Anthony (2023b). "Fascism Denial American Style: Exceptionalism in the Ivory Tower", en: *Counterpunch*, 5/4/23, disponible en: <https://www.counterpunch.org/2023/04/05/fascism-denial-american-style-exceptionalism-in-the-ivory-tower/>
- Denning, Michael (2021). "Everyone a Legislator", en: *New Left Review*, no. 129, Mayo/Junio, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii129/articles/michael-denning-everyone-a-legislator>
- Dorfman, Ariel (2017). "How to Read Donald Trump", en: *Counterpunch*, 15/9/17, disponible en: <https://www.counterpunch.org/2017/09/15/how-to-read-donald-trump/>

- Dorfman, Ariel (2018). "How We Roasted Donald Duck, Disney's Agent of Imperialism", en: *Counterpunch*, 12/10/18, disponible en: <https://www.counterpunch.org/2018/10/12/how-we-roasted-donald-duck-disneys-agent-of-imperialism/>
- Dorfman, Ariel, Mattelart Armand (2010). *Para leer al pato Donald*, Siglo XXI Editores, México D.F., pp. 183
- Douthat, Ross (2015). "Is Donald Trump a Fascist?", en: *The New York Times*, 3/12/15, disponible en: <https://www.nytimes.com/2015/12/03/opinion/campaign-stops/is-donald-trump-a-fascist.html>
- Douthat, Ross (2020). "There Will Be No Trump Coup", en: *The New York Times*, 10/10/22, disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/10/10/opinion/sunday/trump-election-authoritarianism.html>
- Douthat, Ross (2021). "The Once and Future Threat of Trump", en: *The New York Times*, 5/10/21, disponible en: <https://www.nytimes.com/2021/10/05/opinion/trump-2024.html>
- Douthat, Ross (2022). "Does Biden Really Believe We Are in a Crisis of Democracy?", en: *The New York Times*, 3/9/22, disponible en: <https://www.nytimes.com/2022/09/03/opinion/joe-biden-democracy-crisis.html>
- Douthat, Ross (2023). "From Jacobites to Populists", en: *The New York Times*, 2/8/23, disponible en: <https://www.nytimes.com/2023/08/02/opinion/britain-populism-jacobite-politics.html>
- Douthat, Ross (2024). "Why Jan. 6 Wasn't an Insurrection", en: *The New York Times*, 2/8/23, disponible en: <https://www.nytimes.com/2024/01/12/opinion/jan-6-not-insurrection.html>
- Eatwell, Roger (2010). "The Nature of 'Generic Fascism': The 'Fascist Minimum' and the 'Fascist Matrix'", en: Constantin Iordachi (ed.), "Comparative Fascist Studies: New Perspectives", Routledge, London, p. 1-21
- Eco, Umberto (1995). "Ur-Fascism", en: *New York Review of Books*, 22/6/95, disponible en: <https://www.nybooks.com/articles/1995/06/22/ur-fascism/>
- Eco, Umberto (2015). *El grupo Estado Islámico es el nuevo nazismo*, en: *La Jornada*, 9/1/15, disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2015/01/09/cultura/a03n2cul>
- Eco, Umberto (2020). "How to Spot a Fascist", Penguin Random House, London, pp. 64
- Edgerton, David (2019). "Brexit is not a product of history: it's something entirely new", en: *The New Statesman*, 5/6/19, disponible en: <https://www.newstatesman.com/politics/the-staggers/2019/06/brexit-not-product-history-it-s-something-entirely-new>
- Edgerton, David (2020). "Why the coronavirus crisis should not be compared to the Second World War", en: *The New Statesman*, 3/4/20, disponible en: <https://www.newstatesman.com/science-tech/2020/04/why-coronavirus-crisis-should-not-be-compared-second-world-war>
- Edgerton, David (2021). "Why the left must abandon the myth of British decline", en: *The New Statesman*, 5/10/21, disponible en: <https://www.newstatesman.com/ideas/2021/10/why-the-left-must-abandon-the-myth-of-british-decline>
- Ehrenfreund, Max (2015). "Why You Should Stop Calling Trump a Fascist", en: *The Washington Post*, 4/12/15, disponible en: https://www.washingtonpost.com/news/wonk/wp/2015/12/04/why-you-should-stop-calling-donald-trump-a-fascist/?utm_term=.3924df668a45
- Eley, Geoff (2013). "Nazism as Fascism: Violence, Ideology, and the Ground of Consent in Germany 1930-1945", Routledge, London, pp. 246
- Eley, Geoff (2017). "Is Trump a Fascist?", en: *LearnSpeakAct*, 12/4/17, disponible en: <https://sites.lsa.umich.edu/learn-speak-act/2017/04/12/is-trump-a-fascist/>
- Eley, Geoff (2018). "Broadside for the Trump Era: Is Trump a Fascist?", en: *Verso blog*, 19/3/18, disponible en: www.versobooks.com/blogs/3697-broadside-for-the-trump-era-is-trump-a-fascist
- Eley, Geoff (2021). "What is Fascism and Where does it Come From?", en: *History Workshop Journal*, vol. 91, no. 1, Primavera, p. 1-28, disponible en: <https://academic.oup.com/hwj/article/91/1/1/6329186>
- Eley, Geoff (2022). "Fascists Are Benefiting From World Crisis" (entrevista por Arjun Chaturvedi), en: *The Jacobin*, 9/10/22, disponible en: <https://jacobin.com/2022/10/fascism-conservatism-geoff-eley-interview>
- Evans, Richard J. (1987). "The New Nationalism and the Old History: Perspectives on the West German Historikerstreit", en: *The Journal of Modern History*, vol. 59, no. 4, Diciembre, p. 761-797
- Evans, Richard J. (1989). "In Hitler's Shadow: West German Historians and the Attempt to Escape the Nazi Past", Pantheon, New York, pp. 196
- Evans, Richard J. (1997). "The Future of History", en: *Prospect Magazine*, 20/10/97, disponible en: <https://www.prospectmagazine.co.uk/essays/55388/the-future-of-history>
- Evans, Richard J. (1999). "In Defence of History", W. W. Norton & Company, New York, pp. 304
- Evans, Richard J. (2001). "Lying About Hitler: History, Holocaust and the David Irving Trial", Basic Books, New York, pp. 335
- Evans, Richard J. (2005). "The Coming of the Third Reich", Penguin Books, London, pp. 672
- Evans, Richard J. (2006). "The Third Reich in Power", Penguin Books, London, pp. 976
- Evans, Richard J. (2010a). "The Third Reich At War", Penguin Books, London, pp. 966
- Evans, Richard J. (2010b). "Who remembers the Poles?", en: *London Review of Books*, vol. 32, no. 21, 4/11/10, disponible en: <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v32/n21/richard-j.-evans/who-remembers-the-poles>
- Evans, Richard J. (2014). "The Conspiracists: The Reichstag Fire", en: *London Review of Books*, vol. 36, no. 4, 8/5/14, disponible en: <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v36/n09/richard-j.-evans/the-conspiracists>
- Evans, Richard J. (2015a). "Why are we obsessed with the Nazis?", en: *The Guardian*, 6/2/15, disponible en: <https://www.theguardian.com/books/2015/feb/06/why-obsessed-nazis-third-reich>
- Evans, Richard J. (2015b). "Black Earth by Timothy Snyder review – a new lesson to be learned from the Holocaust", en: *The Guardian*, 10/9/15, disponible en: <https://www.theguardian.com/books/2015/sep/10/black-earth-holocaust-as-history-timothy-snyder-review>
- Evans, Richard J. (2016). "Ernst Nolte obituary", en: *The Guardian*, 29/8/16, disponible en:

- <https://www.theguardian.com/education/2016/aug/29/ernst-nolte-obituary>
- Evans, Richard J. (2017). “*Too Close to Comfort*” (entrevista por Isaac Chotiner), en: *Slate*, 10/2/17, disponible en: <https://slate.com/news-and-politics/2017/02/historian-richard-evans-says-trumps-america-isnt-exactly-like-the-third-reich-but-its-too-close-for-comfort.html>
- Evans, Richard J. (2018a). *Contrafactuals: ¿Y si todo hubiera sido diferente?*, Turner Noema, Madrid, pp. 192
- Evans, Richard J. (2018b). “*Democracy Dies in a Variety of Ways*” (entrevista por Isaac Chotiner), en: *Slate*, 12/7/18, disponible en: <https://slate.com/newsand-politics/2018/07/why-comparing-trumps-america-to-nazi-germany-misses-the-point.html>
- Evans, Richard J. (2018c). “*Fascism and The Road to Unfreedom* review – the warning from the 1930s”, en: *The Guardian*, 19/7/18, disponible en: <https://www.theguardian.com/books/2018/jul/19/fascism-a-warning-madeleine-albright-the-road-to-unfreedom-timothy-snyder-book-review>
- Evans, Richard J. (2018d). “*How the Brexiteers broke history*”. en: *The New Statesman*, 14/11/18, disponible en: <https://www.newstatesman.com/long-reads/2018/11/how-brexiteers-broke-history>
- Evans, Richard J. (2019a). “*Whiter Washing*”, en: *London Review of Books*, vol. 41, no. 11, 6/6/19, disponible en: <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v41/n11/richard-j.-evans/whiter-washing>
- Evans, Richard J. (2019b). “*Britain’s Reichstag Fire Moment*”, en: *Prospect Magazine*, 29 agosto de 2019, disponible en: <https://www.prospectmagazine.co.uk/magazine/britain-proroguing-boris-johnson-parliament-suspension-richard-evans-weimar>
- Evans, Richard J. (2020a). “*The Hitler Conspiracies: The Protocols - The Stab in the Back - The Reichstag Fire - Rudolf Hess - The Escape from the Bunker*”, Oxford University Press, New York, pp. 288
- Evans, Richard J. (2020b). “*How did the Nazi party rise to power in Germany in 1933? And what were Hitler’s motivations?*”, en: *History Extra*, disponible en: <https://www.historyextra.com/period/second-world-war/how-nazi-party-rise-power-germany-1933-what-hitlers-motivations/>
- Evans, Richard J. (2020c). “*How the coronavirus crisis echoes Europe’s 19th-century cholera pandemic*”, en: *The New Statesman*, 2/4/20, disponible en: <https://www.newstatesman.com/science-tech/coronavirus/2020/04/how-coronavirus-crisis-echoes-europe-s-19th-century-cholera>
- Evans, Richard J. (2020d). “*The history wars*”, en: *The New Statesman*, 17/6/20, disponible en: <https://www.newstatesman.com/international/2020/06/history-wars>
- Evans, Richard J. (2021a). “*Short Cuts: Rewritten History*”, en: *London Review of Books*, vol. 43, no. 23, 2/12/21, disponible en: <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v43/n23/richard-j.-evans/short-cuts>
- Evans, Richard J. (2021b). “*Why Trump isn’t a fascist*”, en: *The New Statesman*, 13/1/21, disponible en: <https://www.newstatesman.com/world/2021/01/why-trump-isnt-fascist>
- Farrer, Martin (2016). “*Two former Mexican presidents compare Donald Trump to Hitler*”, en: *The Guardian*, 28/2/16, disponible en: <https://www.theguardian.com/world/2016/feb/28/two-former-mexican-presidents-compare-donald-trump-to-hitler>
- Feldman, Matthew (2020). “*I’m an expert on fascism and I know what Trump’s actions during the George Floyd protests look like*”, en: *The Independent*, 3/6/20, disponible en: <https://www.independent.co.uk/voices/trump-fascism-george-floyd-protests-washington-dc-a9546941.html>
- Finchelstein, Federico (2008). “*On Fascist Ideology*”, *Constellations*, vol. 15, no. 3, p. 321-323
- Finchelstein, Federico (2010). “*Transatlantic Fascism: Ideology, Violence, and the Sacred in Argentina and Italy, 1919-1945*”, Duke University Press, Durham, pp. 340
- Finchelstein, Federico (2012). “*Fascism and the Holocaust*”, en: Dan Stone (ed.), “*The Holocaust and Historical Methodology*”, Berghahn Books, New York, p. 265-278
- Finchelstein, Federico (2014). “*Returning Populism to History*”, en: *Constellations*, no. 21, Diciembre, p. 467-482
- Finchelstein, Federico (2017). *Del fascismo al populismo en la historia*, Taurus, México D.F., pp. 348
- Finchelstein, Federico (2018a). “*President Trump isn’t crazy. But he is dangerous*”, en: *Washington Post*, 17/1/18, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/made-by-history/wp/2018/01/17/president-trump-isnt-crazy-but-he-is-dangerous/>
- Finchelstein, Federico (2018b). *Italia: los fantasmas del fascismo*, en: *Clarín*, 22/2/18, disponible en: https://www.clarin.com/opinion/italia-fantasmas-fascismo_0_BkwhpPoDG.html
- Finchelstein, Federico (2018c). “*Donald Trump is inspiring world leaders — just not the ones you’d think*”, en: *Washington Post*, 24/4/18, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/made-by-history/wp/2018/04/24/donald-trump-is-inspiring-world-leaders-just-not-the-ones-you-d-think/>
- Finchelstein, Federico (2019a). *Populismo digital, un desafío político*, en: *Clarín*, 25/1/19, disponible en: https://www.clarin.com/opinion/populismo-digital-desafio-politico_0_MOp9bd8X9.html
- Finchelstein, Federico (2019b). “*Why far-right populists are at war with history*”, en: *Washington Post*, 23/4/19, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/outlook/2019/04/23/why-far-right-populists-are-war-with-history/>
- Finchelstein, Federico (2019c). “*Cuando el populismo potencia al fascismo*”, en: *The New York Times*, 26/5/19, disponible en: <https://www.nytimes.com/es/2019/05/21/espanol/opinion/populismo-america-latina-bolsonaro.html>
- Finchelstein, Federico (2020a). “*A Brief History of Fascist Lies*”, University of California Press, Oakland, pp. 152
- Finchelstein, Federico (2020b). *Sí, hay fascismo*, en: *El País/Agenda Pública*, 29/1/20, disponible en: <https://agendapublica.elpais.com/noticia/13778/si-hay-fascismo>
- Finchelstein, Federico (2020c). “*Trump’s bromides against judges are hallmarks of authoritarianism*”, en: *Washington Post*, 26/2/20, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/outlook/2020/02/26/donald-trumps-bromides-against-judges-are-hallmarks-authoritarianism/>
- Finchelstein, Federico (2020d). *El coronavirus y la tentación autoritaria*, en: *Agenda Pública El País*, 26/2/20, disponible en:

<https://agendapublica.elpais.com/noticia/13726/coronavirus-tentacion-autoritaria>

Finchelstein, Federico (2020e). *Coronavirus, mentiras y muerte*, en: *El País/Agenda Pública*, 21/3/20, disponible en: <https://agendapublica.elpais.com/noticia/13677/coronavirus-mentiras-muerte>

Finchelstein, Federico (2020f). *La mentira racista tiene consecuencias*, en: *El País*, 29/5/20, disponible en: <https://elpais.com/internacional/2020-05-29/la-mentira-racista-tiene-consecuencias.html>

Finchelstein, Federico (2020g). “*The danger of President Trump’s lies amid the coronavirus and urban uprisings*”, en: *Washington Post*, 3/6/20, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/outlook/2020/06/03/danger-president-trumps-lies-amid-coronavirus-urban-uprisings/>

Finchelstein, Federico (2020h). *Políticas antipopulistas de la enfermedad*, en: *El País/Agenda Pública*, 21/6/20, disponible en: <https://agendapublica.elpais.com/noticia/16953/politicas-antipopulistas-enfermedad>

Finchelstein, Federico (2020i). *Arendt, Trump y la mentira en política*, en: *Clarín*, 24/6/20, disponible en: https://www.clarin.com/opinion/arendt-trump-mentira-politica_0_MezlcwUIh.html

Finchelstein, Federico (2020j). *El proyecto dictatorial de Donald Trump*, en: *Nexos*, 5/8/20, disponible en: <https://redaccion.nexos.com.mx/?p=11813>

Finchelstein, Federico (2020k). *Trump instala una campaña que retrocede más de medio siglo*, en: *El Clarín*, 13/8/20, disponible en: https://www.clarin.com/opinion/trump-instala-campana-retrocede-medio-siglo_0_iquAvGZPQ.html

Finchelstein, Federico (2020l). *Racismo: carta de salvación de Trump*, en: *El Faro*, 19/8/20, disponible en: <https://elfaro.net/es/202008/columnas/24744/Racismo-la-carta-de-salvaci%C3%B3n-de-Trump.htm>

Finchelstein, Federico (2020m). *El mundo de fantasía de Trump*, en: *Agenda Pública El País*, 31/8/20, disponible en: <https://agendapublica.elpais.com/el-mundo-de-fantasia-de-trump/>

Finchelstein, Federico (2020n). *Franco ocupa un lugar jerárquico entre los mentirosos de la historia del fascismo*, en: *El País*, 3/10/20, disponible en: https://elpais.com/elpais/2020/10/03/hechos/1601734337_894535

Finchelstein, Federico (2020o). “*Joe Biden is Right on Trump’s Lies: He is Indeed Like Goebbels*”, en: *Domani*, 9/11/20, disponible en: <https://www.editorialedomani.it/politica/mondo/joe-biden-is-right-on-trumps-lies-he-is-indeed-like-joseph-goebbels-pm2uxzmv>

Finchelstein, Federico (2020p). *Estados Unidos: si gana Trump, el peligro de una deriva autoritaria*, en: *Clarín*, 25/10/20, disponible en: https://www.clarin.com/opinion/unidos-gana-trump-peligro-deriva-autoritaria_0_5A-4bZ-CP.html

Finchelstein, Federico (2020r). “*What the history of coups tells us about Trump’s refusal to concede*”, en: *Washington Post*, 16/11/20, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/outlook/2020/11/16/what-history-coups-tells-us-about-trumps-refusal-concede/>

Finchelstein, Federico (2021a). *Al lado de Trump y Bolsonaro, Perón era un nene de pecho* (entrevista por María Belén y Marinone Soriano), en: *El Clarín*, 20/2/21, disponible en: https://www.clarin.com/cultura/federico-finchelstein-lado-trump-bolsonaro-peron-nene-pecho_0_3sn6NwwCJ.html

Finchelstein, Federico (2021b). *Trump define qué es el ‘trumpismo’*, en: *Clarín*, 9/3/21, disponible en: https://www.clarin.com/opinion/trump-define-trumpismo_0_-DsSCiory.html

Finchelstein, Federico (2021c). “*Fascism to Populism and Back Again?*” (entrevista por Ferenc Laczo), en: *Review of Democracy*, 16/4/21, disponible en: <https://revdem.ceu.edu/2021/04/16/fascism-to-populism-and-back-again/>

Finchelstein, Federico (2021d). *El partido del Covid*, en: *Clarín*, 10/5/21, disponible en: https://www.clarin.com/opinion/partido-covid_0_RnJ_NRGNr.html

Finchelstein, Federico (2021e). *El rezago trumpista en América Latina*, en: *El Faro*, 27/4/21, disponible en: <https://elfaro.net/es/202104/columnas/25442/El-rezago-trumpista-en-Latinoam%C3%A9rica.htm>

Finchelstein, Federico (2021f). “*Federico Finchelstein On The Modern Rise Of Fascism*” (entrevista por Tomás Francisco Martínez), en: *RANTT*, 7/6/21, disponible en: <https://rantt.com/interview-federico-finchelstein-on-the-modern-rise-of-fascism>

Finchelstein, Federico (2021g). “*Donald Trump has blurred the line between populism and fascism in a dangerous way*”, en: *Washington Post*, 9/7/21, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/outlook/2021/07/09/donald-trump-has-blurred-line-between-populism-fascism-dangerous-way/>

Finchelstein, Federico (2022a). “*The Fascist Mythology*”, Columbia University Press, New York, pp. 208

Finchelstein, Federico (2022b). *Usos y abusos del nazismo para explicar las atrocidades de hoy*, en: *Clarín*, 20/3/22, disponible en: https://www.clarin.com/opinion/usos-abusos-nazismo-explicar-atrocidades-hoy_0_wl7NXXjDD5.html

Finchelstein, Federico (2022c). “*Biden called Trumpism ‘semi-fascism’. The term makes sense, historically*”, en: *Washington Post*, 1/9/22, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/made-by-history/2022/09/01/biden-called-trumpism-semi-fascism-term-makes-sense-historically/>

Finchelstein, Federico (2023). *Los populismos de extrema derecha, ¿una vuelta al fascismo?* (entrevista por Carlos Bravo Regidor), en: *Gatopardo Semanario*, 20/1/23, disponible en: <https://gatopardo.com/noticias-actuales/federico-finchelstein/>

Finchelstein, Federico (2024). “*The Wannabe Fascists. A Guide to Understand the Greatest Threat to Democracy*”, University of California Press, Oakland, pp. 250

Finchelstein, Federico, A. Dirk Moses, Pablo Piccato (2017). “*Juan Perón Shows How Trump Could Destroy Our Democracy Without Tearing It Down*”, en: *The Washington Post*, 22/3/17, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/posteverything/wp/2017/03/22/juan-peron-shows-how-trump-could-destroy-our-democracy-without-tearing-it-down/>

Finchelstein, Federico, Andrea Mammone (2021). *¿Puede volver el fascismo al gobierno en Italia?*, en: *Clarín*, 6/9/21, disponible en: https://www.clarin.com/opinion/-puede-volver-fascismo-gobierno-italia_0_FtW0c85716.html

Finchelstein, Federico, Emmanuel Guersoli (2024). “*The Day One of Dictatorship*”, en: *The New Republic*, 16/5/24, disponible en: <https://newrepublic.com/article/181224/day-one-dictatorship>

- Finchelstein, Federico, Fabián Bosoer (2013). "Is Fascism Returning to Europe?", en: *The New York Times*, 18/12/13, disponible en: www.nytimes.com/2013/12/19/opinion/is-fascismreturning-to-europe.html
- Finchelstein, Federico, Jason Stanley (2020). "The fascist politics of the pandemic", en: *Project Syndicate*, 4/5/20, disponible en: <https://www.project-syndicate.org/commentary/coronavirus-fuels-fascist-politics-by-federico-finchelstein-and-jason-stanley-2020-05>
- Finchelstein, Federico, Jason Stanley (2021). "A COVID Genocide in the Americas?", en: *Project Syndicate*, 8/1/21, disponible en: <https://www.project-syndicate.org/commentary/trump-bolsonaro-covid-genocide-politically-motivated-neglect-by-federico-finchelstein-and-jason-stanley-2021-01>
- Finchelstein, Federico, Jason Stanley (2022). "White replacement theory is fascism's new name", en: *Los Angeles Times*, 24/5/22, disponible en: <https://www.latimes.com/opinion/story/2022-05-24/white-replacement-theory-fascism-europe-history>
- Finchelstein, Federico, Jason Stanley, Pablo Piccato (2020a). "Alexandria Ocasio-Cortez Is Right to Warn of 'Fascism in the United States'", en: *The New Republic*, 20/8/20, disponible en: <https://newrepublic.com/article/158999/alexandria-ocasio-cortez-right-warn-fascism-united-states>
- Finchelstein, Federico, Jason Stanley, Pablo Piccato (2020b). "Will Fascism Win the US Election?", en: *Project Syndicate*, 30/10/20, disponible en: <https://www.project-syndicate.org/commentary/trumpian-threat-of-fascist-authoritarianism-after-election-by-federico-finchelstein-et-al-2020-10>
- Finchelstein, Federico, Pablo Piccato (2016a). "Donald Trump may be showing us the future of right-wing politics", en: *Washington Post*, 27/2/16, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2016/02/27/donald-trump-may-be-showing-us-the-future-of-u-s-right-wing-politics>
- Finchelstein, Federico, Pablo Piccato (2016b). "Trump's Macho Populism", en: *Open Democracy*, 3/10/16, disponible en: <https://www.opendemocracy.net/federico-finchelstein-pablo-piccato/trump-s-macho-populism>
- Finchelstein, Federico, Pablo Piccato (2020a). *El proyecto dictatorial de Donald Trump*, en: *Nexos*, 5/8/20, disponible en: <https://redaccion.nexos.com.mx/el-proyecto-dictatorial-de-donald-trump/>
- Finchelstein, Federico, Pablo Piccato (2020b). *El avance de la derecha en Estados Unidos*, en: *Revista Común*, 29/10/20, disponible en: <https://www.revistacomun.com/blog/el-avance-de-la-derecha-en-estados-unidos>
- Fisk, Robert (2019). "Hitler, tweets and Trump: What do they have in common?", en: *The Independent*, 13/6/19, disponible en: https://www.independent.co.uk/news/long_reads/trump-adolf-hitler-fake-news-common-similar-traits-semantics-a8998581.html
- Fisk, Robert (2020). "What do Trump, Farage and Hitler have in common? A reliance on fiery, antagonistic rhetoric", en: *The Independent*, 2/3/20, disponible en: <https://www.independent.co.uk/independentpremium/long-reads/brexit-hitler-germany-language-history-dictators-boris-johnson-a9355796.html>
- Flood, Alison (2016). "Hitler speeches published with Donald Trump as cover illustration", en: *The Guardian*, 3/10/16, disponible en: <https://www.theguardian.com/books/2016/oct/03/hitler-speeches-published-with-donald-trump-as-cover-illustration>
- Forti, Steven (2021a). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*, Siglo XXI, Madrid, pp. 272
- Forti, Steven (2021b). *Manual de instrucciones para combatir a la extrema derecha*, en: *Ctxt*, 12/01/21, disponible en: <https://ctxt.es/es/20210101/Firmas/34701/combatiir-extrema-derecha-donald-trump-steven-forti.htm>
- Forti, Steven (2022). *¿Qué nos dice el triunfo de Meloni sobre la "extrema derecha 2.0"?* (entrevista por Mariano Schuster), en: *Nueva Sociedad*, Septiembre, disponible en: <https://nuso.org/articulo/que-nos-dice-la-italia-de-meloni-sobre-la-extrema-derecha/>
- Forti, Steven (2023). *La ultraderecha supo utilizar antes y mejor las nuevas tecnologías* (entrevista por Gustavo Veiga), en: *Página/12*, 3/4/23, <https://www.pagina12.com.ar/537172-steven-forti-la-ultraderecha-supo-utilizar-antes-y-mejor-las>
- Foucault, Michel (1998). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, pp. 375
- Frank, Thomas (2004). "What's the matter with Kansas? How conservatives won the heart of America", Metropolitan Books, New York, pp. 320
- Frank, Thomas (2014). "Easy Chair: Tears for Fears", en: *Harper's Magazine*, Febrero, disponible en: <https://harpers.org/archive/2014/02/tears-for-fears/>
- Frank, Thomas (2016). "Listen liberal! Or, what ever happened to the party of the People?", Metropolitan Books, New York, pp. 320
- Freedman, Martin (2020). "I'm an expert on fascism and I know what Trump's actions during the George Floyd protests look like", 3/6/20, en: *The Independent*, disponible en: <https://www.independent.co.uk/voices/trump-fascism-george-floyd-protests-washington-dc-a9546941.html>
- Friedberg, Edna (2018). "Why Holocaust Analogies Are Dangerous?", en: *USHMM*, 12/12/18, disponible en: <https://www.ushmm.org/information/press/press-releases/why-holocaust-analogies-are-dangerous>
- Friedländer, Saul (1992). *Probing the Limits of Representation. Nazism and the 'Final Solution'*, Harvard University Press, Cambridge, pp. 416
- Friedrich, Carl J., Zbigniew Brzezinski (1965). *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Harvard University Press, Cambridge, pp. 439
- Frum, David (2018). *Trumpocracy: The Corruption of the American Republic*, Harper, New York, pp. 320
- Frum, David (2020). *Trumpocalypse: Restoring American Democracy*, Harper, New York, pp. 272
- Frum, David (2021). "There's a Word for What Trumpism Is Becoming", en: *The Atlantic*, 13/7/21, disponible en: <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2021/07/theres-word-what-trumpism-becoming/619418/>
- Frum, David (2022). "The New History Wars", en: *The Atlantic*, 30/10/22, disponible en: <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2022/10/american-historical-association-james-sweet/671853/>
- Frum, David (2023a). "The Iraq war Reconsidered", en: *The Atlantic*, 13/3/23, disponible en: <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2023/03/iraq-war-us-invasion-anniversary-2023/673343/>
- Frum, David (2023b). "The First Great Crisis of a Second Trump Term", en: *The Atlantic*, 1/8/23, disponible en:

<https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2023/08/constitutional-crisis-second-trump-term/674872/>

Frum, David (2023c). “The Fourteenth Amendment Fantasy”, en: *The Atlantic*, 29/8/23, disponible en: <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2023/08/trump-disqualified-president-14th-amendment/675163/>

Fuentes Codera, Maximiliano, Javier Rodrigo (2022a). *Ellos, los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*, Deusto, Barcelona, pp. 224

Fuentes Codera, Maximiliano, Javier Rodrigo (2022b). *Ellos, los fascistas*, en: *El País*, 18/10/22, disponible en: <https://elpais.com/opinion/2022-10-19/ellos-los-fascistas.html>

Fukuyama, Francis (1989). “The End of History?”, en: *The National Interest*, no. 16, Verano, p. 3-18

Fukuyama, Francis (1992). “The End of History and the Last Man”, Free Press, New York, pp. 418

Fukuyama, Francis (2022). “The Long Arc of Historical Progress”, en: *Wall Street Journal*, 29/4/22, disponible en: <https://www.wsj.com/articles/the-long-arc-of-historical-progress-11651244262?page=1>

Furedi, Frank (2017). “‘Just Like Hitler’”, en: *Spiked*, 20/2/17, disponible en: <https://www.spiked-online.com/2017/02/20/just-like-hitler-the-diminishing-of-the-holocaust/>

Furedi, Frank (2022). “Stop Calling Putin ‘Fascist’”, en: *Compact Magazine*, 16/7/22, disponible en: <https://www.compactmag.com/article/stop-calling-putin-fascist/>

Gentile, Emilio (1990). “Fascism as Political Religion”, en: *Journal of Contemporary History*, vol. 25, no. 2/3, Mayo-Junio, p. 229-251, disponible en: <https://www.jstor.org/stable/260731>

Gentile, Emilio (1996). “The Sacralization of Politics in Fascist Italy”, Harvard University Press, Cambridge, pp. 222

Gentile, Emilio (2018). *La mentira del pueblo soberano en la democracia*, Alianza, Madrid, pp. 168

Gentile, Emilio (2019). *Quién es fascista*, Alianza, Madrid, pp. 135

Gentile, Emilio (2022). *Es un disparate pensar que el fascismo puede volver* (entrevista por Javier Verdú), en: *El País*, 28/10/22, disponible en: <https://elpais.com/internacional/2022-10-28/emilio-gentile-historiador-es-un-disparate-pensar-que-el-fascismo-puede-volver.html>

Gentile, Emilio (2023). *¿Quiénes son los fascistas?* (entrevista por Mariano Schuster), en: *Nueva Sociedad*, Junio, disponible en: <https://nuso.org/articulo/entrevista-emilio-gentile-fascismo/>

Gessen, Masha (2019a). “The unimaginable reality of american concentration camps”, en: *The New Yorker*, 11/6/19, disponible en: <https://www.newyorker.com/news/our-columnists/the-unimaginable-reality-of-american-concentration-camps>

Gessen, Masha (2019b). “The weaponization of national belonging: from Nazi Germany to Trump”, en: *The New Yorker*, 21/6/19, disponible en: <https://www.newyorker.com/news/our-columnists/the-weaponization-of-national-belonging-from-nazi-germany-to-trump>

Gessen, Masha (2020). “Donald Trump’s Fascist Performance”, en: *The New Yorker*, 3/6/20, disponible en: <https://www.newyorker.com/news/our-columnists/donald-trumps-fascist-performance>

Gessen, Masha (2022). “The Reichstag Warning”, en: *The New Yorker*, 18/5/22, disponible en: <https://www.newyorker.com/news/annals-of-communications/inside-putins-propaganda-machine>

Gessen, Masha (2023a). “In the shadow of Holocaust”, en: *The New Yorker*, 9/12/23, disponible en: <https://www.newyorker.com/news/the-weekend-essay/in-the-shadow-of-the-holocaust>

Gessen, Masha (2023b). “‘Politics of Memory’: Masha Gessen’s Hannah Arendt Prize Postponed for Comparing Gaza to Warsaw Ghetto” (entrevista por Amy Goodman), en: *Democracy Now!*, 15/12/23, disponible en: https://www.democracynow.org/2023/12/15/politics_of_memory_masha_gessens_hannah

Gessen, Masha (2023c). “Comparison is the way we know the world”, en: *n+1 Magazine*, 19/12/23, disponible en: <https://www.nplusonemag.com/online-only/online-only/comparison-is-the-way-we-know-the-world/>

Ghilani, Diouaria, Olivier Luminet, Olivier Klein (2017). “Looking forward to the past: An interdisciplinary discussion on the use of historical analogies and their effects”, en: *Memory Studies*, vol. 10, no. 3, p. 274-285, disponible en: <https://www.psychologicabelgica.com/article/10.5334/pb.1075/>

Ghilani, Diouaria, Olivier Luminet, Olivier Klein (2022). “When History Seems to Repeat Itself: Exposure to Perceived Lessons of the Past Influences Predictions About Current Political Events” en: *Psychologica Belgica*, vol. 62, no. 1, p. 89-107, disponible en: <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC8932355/>

Gilly, Adolfo (2016a). *Donald Trump: un candidato nazi en la frontera*, en: *La Jornada*, 9/9/16, disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2016/09/09/opinion/015a1pol>

Gilly, Adolfo (2016b). *El presidente Trump y la República Mexicana*, en: *La Jornada*, 15/11/16, disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2016/11/15/opinion/012a1pol>

Ginzburg, Carlo (1976). *El queso y los gusanos. El cosmos de un molinero del siglo XVI*, Muchnik Editores, Barcelona, pp. 304

Ginzburg, Carlo (2014). *El hilo y las huellas: Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., pp. 492

Ginzburg, Carlo (2016). “Carlo Ginzburg and the trails of microhistory” (entrevista por Ana Prieto), en: *Verso blog*, 15/12/16, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/3013-carlo-ginzburg-and-the-trails-of-microhistory>

Ginzburg, Carlo (2019). “There is always in history this possibility of the unexpected” (entrevista por Guillaume Calafat y Claire Zalc), en: *Verso blog*, 22/10/19, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/4460-there-is-always-in-history-this-possibility-of-the-unexpected-interview-with-carlo-ginzburg>

Ginzburg, Carlo (2020). *El uso de la guerra como metáfora allana el camino a la limitación de las libertades individuales* (entrevista), en: *La Tercera*, 6/6/20, disponible en: <https://www.latercera.com/la-tercera-domingo/noticia/carlo-ginzburg-el-uso-de-la-guerra-como-metaphora-allana-el-camino-a-la-limitacion-de-las-libertades-individuales/>

Ginzburg, Carlo (2022). “Fascism has a Future” (entrevista por Joseph Confavreux), en: *Verso blog*, 4/11/22, disponible en:

- <https://www.versobooks.com/blogs/5481-fascism-has-a-future-carlo-ginzburg-interviewed-by-joseph-confavreux>
- Giordani, Tomasso (2021). "Fascism as recurring possibility: Zeev Sternhell, the anti-Enlightenment, and the politics of an intellectual history of modernity", en: *Ideology, Theory, Practice*, 21/6/21, disponible en: <https://www.ideology-theory-practice.org/blog/fascism-as-a-recurring-possibility-zeev-sternhell-the-anti-enlightenment-and-the-politics-of-an-intellectual-history-of-modernity>
- Godwin, Mike (2015). "Sure, call Trump a Nazi. Just make sure you know what you're talking about", en: *The Washington Post*, 14/12/15, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/posteverything/wp/2015/12/14/sure-call-trump-a-nazi-just-make-sure-you-know-what-youre-talking-about/>
- Godwin, Mike (2017). "By all means, compare these shiteheads to the Nazis. Again and again. I'm with you", en: Facebook, 14/8/17, disponible en: https://m.facebook.com/story.php?story_fbid=10154965671861483&id=1
- Godwin, Mike (2023). "Yes it's ok to compare Donald Trump to Hitler. Don't let me stop you", en: *The Washington Post*, 20/12/23, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/opinions/2023/12/20/godwins-law-trump-hitler-comparisons/>
- Goldberg, Jonah (2009). "Liberal fascism: the secret history of the american left, from Mussolini to the politics of meaning", Crown Forum, New York, pp. 512
- González, Horacio (2013). *Paralelismos absorbentes*, en: *Página/12*, 7/7/13, disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-223910-2013-07-07.html>
- Goodfriend, Hillary (2023). "Joe Biden Is Bringing Back Donald Trump's Asylum Ban at the Border", en: *The Jacobin*, 7/3/23, disponible en: <https://jacobin.com/2023/03/joe-biden-immigration-migrants-asylum-seekers-neoliberalism-capital>
- Goodfriend, Hillary (2024). "The Democrats Want a Bigger, More Beautiful Border Wall", en: *The Jacobin*, 24/9/24, disponible en: <https://jacobin.com/2024/09/democrats-immigration-asylum-border-wall>
- Goodman, Amy (2016). "Fascism: Can It Happen Here?", en: *Democracy Now!*, 17/3/16, disponible en: https://www.democracynow.org/2016/3/17/fascism_can_it_happen_here
- Gopnik, Adam (2016). "Going There with Donald Trump", en: *The New Yorker*, 11/5/16, disponible en: <https://www.newyorker.com/news/daily-comment/going-there-with-donald-trump>
- Gopnik, Adam (2022). "Calling Trump the F-Word", en: *The New Yorker*, 12/9/22, disponible en: <https://www.newyorker.com/news/daily-comment/calling-trump-the-f-word>
- Gopnik, Adam (2024). "The Forgotten History of Hitler's Establishment Enablers", en: *The New Yorker*, 18/3/24, disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2024/03/25/takeover-hitlers-final-rise-to-power-timothy-w-ryback-book-review>
- Gordon, Peter E. (2016). "A Lion in Winter", en: *The Nation*, 14/9/16, disponible en: <https://www.thenation.com/article/archive/a-lion-in-winter/>
- Gordon, Peter E. (2020). "Why Historical Analogy Matters", en: *The New York Review of Books*, 7/1/20, disponible en: <https://www.nybooks.com/daily/2020/01/07/why-historical-analogy-matters/>
- Gordon, Peter E. (2021). "Scapegoating Trump: Reflections on the Question of Fascism in America", en: *Verso Blog*, 12/1/21, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/4970-scapegoating-trump-reflections-on-the-question-of-fascism-in-america>
- Gramsci, Antonio (1971). "Selections from the Prison Notebooks", International Publishers Co., New York, pp. 572
- Gramsci, Antonio (2021). "A Newly Rediscovered Article by Antonio Gramsci on the Fascists' March on Rome" (con comentario de Natalya Terekhova y Guido Liguori), en: *The Jacobin*, 25/6/21, disponible en: <https://jacobin.com/2021/06/antonio-gramsci-pravada-italian-communist-party-history>
- Greenberg, Udi (2021). "What Was the Fascism Debate?", en: *Dissent*, Verano, disponible en: <https://www.dissentmagazine.org/article/what-was-the-fascism-debate>
- Greenberg, Udi (2022). "Intellectual History and the Fascism Debate: On Analogies and Polemic", en: *Modern Intellectual History*, University of Cambridge Press, vol. 20, p. 571-581
- Greenberg, Udi (2024). "Gender and the radical right's departures from fascism", en: Daniel Steinmetz-Jenkins, "Did It Happen Here?: Perspectives on Fascism and America", W. W. Norton & Company, New York, p. 313-320
- Gregor, James A. (2001). "Giovanni Gentile Philosopher of Fascism", Routledge, London, pp. 140
- Gregor, James A. (2006). "The Search for Neofascism: The Use and Abuse of Social Science", Cambridge University Press, Cambridge, pp. 320
- Gregor, Neil (2017). "To Think Is to Compare: Walther Rathenau, Trump and Hitler", en: *History Today*, 20/2/17, disponible en: www.historytoday.com/history-matters/%E2%80%98think-compare%E2%80%99-waltherrathenau-trump-and-hitler
- Griffin, Roger (1991). "The Nature of Fascism", Palgrave Macmillan, London, pp. 256
- Griffin, Roger (ed.) (1995). "Fascism", Oxford University Press, New York, pp. 432
- Griffin, Roger (1996). "Staging the Nation's Rebirth: The Politics and Aesthetics of Performance in the Context of Fascist Studies", en: Günter Berghaus (ed.), "Fascism and theater: comparative studies on the aesthetics and politics of performance in Europe, 1925-1945", Berghahn Books, New York, p. 11-29
- Griffin, Roger (1996). "The Post-Fascism of the Alleanza Nazionale: A Case Study In Ideological Morphology", en: *Journal of Political Ideologies*, vol. 1, no. 2, p. 123-145
- Griffin, Roger (ed.) (1998). "International fascism: theories, causes and the new consensus", Bloomsbury Academic Publishing, London, pp. 334
- Griffin, Roger (2000). "Interregnum or Endgame? The Radical Right in the Post-Fascist Era", en: *Journal of Political Ideologies*, vol. 5, no. 2, p. 163-178
- Griffin, Roger (2002). "The Palingenic Political Community: Rethinking the Legitimization of Totalitarian Regimes in Inter-War Europe", en: *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 3, no. 3, p. 24-43

- Griffin, Roger (2003). "The palingenetic core of generic fascist ideology", en: Alessandro Campi (ed.), "Che cos'è il fascismo? Interpretazioni e prospettive di ricerche", Ideazione editrice, Roma, p. 97-122
- Griffin, Roger (2007). "Modernism and Fascism: The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler", Palgrave Macmillan, London, pp. 485
- Griffin, Roger (2013). "What fascism is not and is. Thoughts on the re-inflation of a concept", en: *Fascism: Journal of Comparative Fascist Studies*, vol. 2, no. 2, disponible en: https://brill.com/view/journals/fasc/2/2/article-p259_8.xml
- Griffin, Roger (2018). "Fascism: An Introduction to Comparative Fascist Studies (Key Concepts in Political Theory)", Polity Press, Cambridge, pp. 180
- Griffin, Roger (2020). "Fascism: A Quick Immersion", Tibidabo, New York, pp. 240
- Griffin, Roger, Matthew Feldman (2003). "Fascism Critical Concepts in Political Science" vol. 1-5, Routledge, London, pp. 2188
- Griffin, Roger, Werner Loh, Andreas Umland (eds). (2006). "Fascism Past and Present, West and East: An International Debate on Concepts and Cases in the Comparative Study of the Extreme Right", ibidem-Verlag, Stuttgart, pp. 510
- Gottfried, Paul E. (2016). "Fascism: The Career of a Concept", Northern Illinois University Press, DeKalb, pp. 256
- Gottfried, Paul E. (2011). "Antifascism: The Course of a Crusade", Northern Illinois University Press, DeKalb, pp. 211
- Gudonis, Marius, Benjamin T. Jones (eds.) (2020). "History in a Post-Truth World: Theory and Praxis", Routledge, London, pp. 331
- Gumpert, David E. (2022). "The Uncanny Resemblance of the Beer Hall Putsch and the January 6 Insurrection", en: *The Nation*, 3/1/22, disponible en: <https://www.thenation.com/article/politics/trump-hitler-coup/>
- Habermas, Jürgen (1981a). "Theory of Communicative Action. Volume One: Reason and the Rationalization of Society", Beacon Press, Boston, pp. 512
- Habermas, Jürgen (1981b). "Theory of Communicative Action, Volume Two: Lifeworld and System: A Critique of Functionalist Reason", Beacon Press, Boston, pp. 457
- Habermas, Jürgen (1986). "Eine Art Schadensabwicklung. Die apologetischen Tendenzen in der deutschen Zeitgeschichtsschreibung", en: *Die Zeit*, 11/6/86
- Habermas, Jürgen (1988). "Concerning the Public Use of History", en: *New German Critique*, no. 44, p. 40-50
- Habermas, Jürgen (1990). "Moral consciousness and communicative action", Polity, Cambridge, pp. 244
- Habermas, Jürgen (1991). "The Structural Transformation of the Public Sphere: Inquiry into a Category of Bourgeois Society", Cambridge, UK: Polity Press, pp. 301
- Habermas, Jürgen (2021). "Der neue Historikerstreit", en: *Philosophie Magazine*, 9/9/21, disponible en: <https://www.philomag.de/artikel/der-neue-historikerstreit>
- Habermas, Jürgen (2022). "A New Structural Transformation of the Public Sphere and Deliberative Politics", Polity, Cambridge, pp. 108
- Haider, Asad (2016). "The Art of Politics", en: *Viewpoint Magazine*, 28/7/16, disponible en: <https://viewpointmag.com/2016/07/28/law-and-order/>
- Haider, Asad (2018). "Mistaken Identity: Mass Movements and Racial Ideology", Verso, London, pp. 144
- Hall, Stuart (1979). "The Great Moving Right Show", en: *Marxism Today*, Enero, p. 14-20
- Hartman, Andrew (2016). "A War for the Soul of America. A History of the Culture Wars", The University of Chicago Press, Chicago, pp. 350
- Heideman, Paul (2024). "Donald Trump Would Be Weaker the Second Time Around", en: *The Jacobin*, 23/10/24, disponible en: <https://jacobin.com/2024/10/trump-mckinley-tariffs-capital-gop>
- Hobsbawm, Eric (1994). "The Age of Extremes: The Short Twentieth Century 1914–1991", Vintage, London, pp. 672
- Hoogland, David (2004). "Operation Enduring Analogy: World War II, the War on Terror, and the Uses of Historical Memory", en: *Rhetoric and Public Affairs*, vol. 7, no. 3, Otoño, p. 339-365
- Horne, Gerald (2006). "The Color of Fascism: Lawrence Dennis, Racial Passing, and the Rise of Right-Wing Extremism in the United States", New York University Press, New York, pp. 229
- Horne, Gerald (2022). "The Counter-Revolution of 1836: Texas Slavery & Jim Crow and the Roots of U.S. Fascism", International Publishers, New York, pp. 622
- Iber, Patrick (2024). "Trump in the Garden", en: *Dissent*, 29/10/24, disponible en: https://www.dissentmagazine.org/online_articles/trump-in-the-garden/
- Ignazi, Piero (2002). "The Extreme Right: Defining the Object and Assessing the Causes", en: Martin Schain, Aristide Zolberg, Patrick Hossay (eds.), "Shadows over Europe: The Development and Impact of the Extreme Right in Western Europe", Palgrave Macmillan, New York, pp. 21-37
- Iordachi, Constantin (ed.) (2010). "Comparative Fascist Studies: New Perspectives", Routledge, London, pp. 367
- Iordachi, Constantin, Aristotle Kallis (2020). "Beyond the Fascist Century: Essays in Honour of Roger Griffin", Palgrave Macmillan, London, pp. 318
- Isaac, Jeffrey C. (2016). "How Hannah Arendt's classic work on totalitarianism illuminates today's America", en: *Washington Post*, 17/12/16, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2016/12/17/how-hannah-arendts-classic-work/>
- Jackson, Paul Nicholas (2021). "Debate: Donald Trump and Fascism Studies", en: *Fascism Journal*, vol. 10, no. 1, 2021, disponible en: https://brill.com/view/journals/fasc/10/1/article-p1_1.xml
- Jacobson, Gavin (2022). "Justice cannot be the lodestar of a new society" (conversación con Dylan Riley), en: *The New Statesman*, 14/10/22, disponible en: <https://www.newstatesman.com/uncategorized/2022/10/justice-lodestar-new-society-dylan-riley-interview-trump>
- Jäger, Anton (2018). "The Myth of 'Populism'", en: *The Jacobin*, 1/3/18, disponible en: <https://jacobin.com/2018/01/populism-douglas-hofstadter-donald-trump-democracy>

- Jäger, Anton (2022a). "How the World Went from Post-Politics to Hyper-Politics", en: *Tribune*, 3/1/21, disponible en: <https://tribunemag.co.uk/2022/01/from-post-politics-to-hyper-politics>
- Jäger, Anton (2022b). "From Bowling Alone to Posting Alone", en: *The Jacobin*, 5/12/22, disponible en: <https://jacobin.com/2022/12/from-bowling-alone-to-posting-alone>
- Jäger, Anton (2023). "The Prophet of Post-Fascism", en: *The New Statesman* 17/1/23, disponible en: <https://www.newstatesman.com/ideas/2023/01/gaspar-miklos-tamas-prophet-post-fascism>
- Jäger, Anton (2024). "Hyperpolitics in America", en: *New Left Review*, no. 149, Septiembre/Octubre, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii149/articles/anton-jager-hyperpolitics-in-america>
- Jeffries, Stuart (2016). "Grand Hotel Abyss. The Lives of Frankfurt School", Verso, London, pp. 440
- Jutel, Olivier (2022). "'Disinformation' Didn't Bring Us Donald Trump", en: *The Jacobin*, 20/9/22, disponible en: <https://jacobin.com/2022/09/disinformation-donald-trump-tech-platforms-national-security>
- Judt, Tony, Timothy Snyder (2012). "Thinking the Twentieth Century", Penguin Press, London, pp. 432
- Kaeble, Hartmut, Jürgen Schriewer (2016). *La comparación en las ciencias sociales e históricas. Un debate interdisciplinar*, Octaedro Ediciones, Barcelona, pp. 300
- Kagan, Robert (2016a). "Trump is the GOP's Frankenstein monster. Now he's strong enough to destroy the party", en: *Washington Post*, 25/2/16, disponible en: https://www.washingtonpost.com/opinions/trump-is-the-gops-frankenstein-monster-now-hes-strong-enough-to-destroy-the-party/2016/02/25/3e443f28-dbc1-11e5-925f-1d10062cc82d_story.html
- Kagan, Robert (2016b). "This Is How Fascism Comes to America", en: *Washington Post*, 18/5/16, disponible en: https://www.washingtonpost.com/opinions/this-is-how-fascism-comes-to-america/2016/05/17/c4e32c58-1c47-11e6-8c7b-6931e66333e7_story.html
- Kagan, Robert (2023). "A Trump dictatorship is increasingly inevitable. We should stop pretending", en: *Washington Post*, 30/11/23, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/opinions/2023/11/30/trump-dictator-2024-election-robert-kagan/>
- Kakutani, Michiko (2016). "In 'Hitler,' An Ascent from 'Dunderhead' to Demagogue", en: *The New York Times*, 28/9/16, disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/09/28/books/hitler-ascent-volker-ullrich.html>
- Kakutani, Michiko (2018). "The Death of Truth: Notes on Falsehood in the Age of Trump", Tim Duggan Books, New York, pp. 208
- Kakutani, Michiko (2019). *La muerte de la verdad*, en: *Ethic*, 12/4/19, disponible en: <https://ethic.es/2019/04/la-muerte-de-la-verdad/>
- Karp, Matthew (2021). "History as End. 1619, 1776 and the Politics of the Past", en: *Harpers Magazine*, Julio, disponible en: <https://harpers.org/archive/2021/07/history-as-end-politics-of-the-past-matthew-karp/>
- Katz, Jonathan M. (2020). "Is this the beginning of Trump's Dirty War?", en: *The Racket (Substack)*, 24/7/20, disponible en: <https://theracket.news/p/is-this-the-beginning-of-trumps-dirty>
- Katz, Jonathan M. (2022a). "Gangsters of Capitalism. Smedley Butler, the Marines, and the Making and Breaking of America's Empire", St. Martin's Press, New York, pp. 432
- Katz, Jonathan M. (2022b). "What semi-fascism is, exactly", en: *The Racket (Substack)*, 26/8/22, disponible en: <https://theracket.news/p/what-semi-fascism-is-exactly>
- Katz, Jonathan M. (2022c). "Did American Business Leaders Really Try to Overthrow the President, Like in Amsterdam?", en: *Slate*, 7/10/22, disponible en: <https://slate.com/culture/2022/10/amsterdam-movie-true-story-real-history-business-plot.html>
- Katz, Jonathan M. (2022d). "The 'fascism debate' is over. Fascism is winning", en: *The Racket*, 4/11/22, disponible en: <https://theracket.news/p/the-fascism-debate-is-over-fascism>
- Kaufman, Cynthia (2017). "Thinking About Fascism", en: *Common Dreams*, 8/1/17, disponible en: <https://www.commondreams.org/views/2017/01/08/thinking-about-fascism>
- Kauffmann, Richard (2017). "The Call to Moral Resistance", en: *The Christian Century*, 20/1/17, disponible en: <https://www.christiancentury.org/blog-post/call-moral-resistance>
- Kent, George O. (1969). "Clio the Tyrant: Historical Analogies and the Meaning of History", en: *The Historian*, vol. 32, no. 1, Noviembre, p. 99-106
- Kershaw, Ian (1989). "The Nazi State: An Exceptional State?", en: *New Left Review*, no. 117b, Julio/Agosto, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/i176/articles/ian-kershaw-the-nazi-state-an-exceptional-state.pdf>
- Kershaw, Ian (1993). "'Working Towards the Führer'. Reflections on the Nature of the Hitler Dictatorship", en: *Contemporary European History*, vol. 2, no. 2, Julio, p. 103-118, disponible en: <https://doi.org/10.1017/S0960777300000382>
- Kershaw, Ian (1998). "Hitler, 1889-1936: Hubris", W. W. Norton & Company, New York, pp. 912
- Kershaw, Ian (2000). "Hitler, 1936-45: Nemesis", W.W. Norton & Company, New York, pp. 1168
- Kershaw, Ian (2004). "Hitler and the Uniqueness of Nazism", en: *Journal of Contemporary History*, vol. 39, no. 2, Abril, p. 239-254
- Kershaw, Ian (2015). "The Nazi dictatorship: problems and perspectives of interpretation", Bloomsbury Academic Publishing, London, pp. 334
- Kershaw, Ian (2016). "To Hell and Back: Europe 1914-1949", Penguin Books, New York, pp. 640
- Kershaw, Ian (2017). "Donald Trump's America is like 1930s Germany, claims Adolf Hitler biographer", en: *Express*, 2/2/17, <https://www.express.co.uk/news/world/762356/Donald-Trump-Muslim-ban-Nazi-Germany-Adolf-Hitler-Ian-Kershaw>
- Kershaw, Ian (2022). "Ian Kershaw, Hitler's biographer: 'There are differences in the nature of terror'" (entrevista por Guillermo Altares), en: *El País English*, 27/9/22, disponible en <https://english.elpais.com/culture/2022-09-28/ian-kershaw-hitlers-biographer-there-are-differences-in-the-nature-of-terror.html>
- Kershaw, Ian (2023). *El papel de la personalidad en la historia* (entrevista por Mariano Schuster), en: *Nueva Sociedad*, Noviembre, disponible en: <https://nuso.org/articulo/ian-kershaw-dictadores-hitler-nazismo-derechas-entrevista/>
- Khong, Yuen Foong (1992). "Analogies at War: Korea, Munich, Dien Bien Phu, and the Vietnam Decisions of 1965", Princeton University

- Press, Princeton, pp. 304
- Klemperer, Victor (2006). *The Language of the Third Reich (LTI – Lingua Tertii Imperii: Notizbuch eines Philologen)*, Continuum Books, New York, pp. 288
- Kocka, Jürgen (2024). “La resiliencia ayuda ante todo a la derecha” (entrevista por Michael Hesse), en: *Frankfurter Rundschau*, 20/11/24, disponible en: <https://www-fr-de.translate.google/kultur/gesellschaft/historiker-juergen-kocka-gegen-rechts-hilft-vor-allem-resilienz-93421078.html? x tr sl=de& x tr tl=es& x tr hl=es-419& x tr pto=sc>
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, pp. 370
- Koselleck, Reinhart (2002). “Social History and Conceptual History”, en: Samuel Presner Todd (ed.), *The Practice of conceptual History: Timing History, Spacing Concepts*, Stanford University Press, Stanford, p. 20-37
- Koselleck, Reinhart (2004). “Historia Magistra Vitae: The Dissolution of the Topos into the Perspective of a Modernized Historical Process”, en: *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, Columbia University Press, New York, p. 26-42
- Kornprobst, Markus (2007). “Comparing apples and oranges? Leading and misleading uses of historical analogies”, en: *Millennium*, vol. 36, no. 1, p. 29-49
- Krom, Mikhail (2021). *An Introduction to Historical Comparison*, Bloomsbury Academic Publishing, London, pp. 160
- Kuklick, Bruce (2018). “Fascism Comes to America”, en: *International Journal For History, Culture And Modernity*, vol. 6, no. 1, p. 1-18
- Kuklick, Bruce (2022). *Fascism Comes to America. A Century of Obsession in Politics and Culture*, University of Chicago Press, Chicago, pp. 245
- Laclau, Ernesto (1977). *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism*, Verso, London, pp. 206
- Laclau, Ernesto (2007). *Emancipation(s)*, Verso, London, pp. 144
- Lahire, Bernard (2006). *El espíritu sociológico*, Manantial, Buenos Aires, pp. 408
- Larsson, Sean (2022). “Germany’s Counterrevolution Paved the Way for the Rise of Nazism” (entrevista por Daniel Finn), en: *The Jacobin*, 6/2/22, disponible en: <https://jacobin.com/2022/02/german-revolution-november-weimar-republic-luxemburg-nazis>
- Lasch, Christopher (1991). *The True and Only Heaven: Progress and Its Critics*, W. W. Norton & Company, New York, pp. 592
- Lazare, Daniel (2014a). “Timothy Snyder’s Lies”, en: *The Jacobin*, 9/9/2014, disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2014/09/timothy-snyders-lies/>
- Lazare, Daniel (2014b). “Timothy Snyder Does It Again”, en: *daniellazare.com*, 12/11/14, disponible en: <https://daniellazare.com/2014/11/12/timothy-snyder-does-it-again/>
- Lazare, Daniel (2016). “Ernst Nolte’s Revenge”, en: *The Jacobin*, 18/10/2016, disponible en: <https://jacobinmag.com/2016/10/ernst-nolte-stalin-hitler-fascism-historikerstreit>
- Leira, Halyard (2017). “Political change and historical analogies”, en: *Global Affairs*, vol. 3, no. 1, p. 81-88, disponible en: <https://doi.org/10.1080/23340460.2017.1320198>
- Lévi-Strauss, Claude (1987). *Introduction to Marcel Mauss*, Routledge, London, pp. 104
- Levine, Philippa (2014). “Is Comparative History Possible?”, en: *History and Theory*, no. 53, vol. 3
- Longman, Martin (2017). “The 12 Early Warning Signs of Fascism”, en: *Washington Monthly*, 31/1/17, disponible en: <https://washingtonmonthly.com/2017/01/31/the-12-early-warning-signs-of-fascism/>
- London, Frédéric (2017). “Post-Truth Politics or Post-Political Journalism?”, en: *Verso blog*, 11/1/17, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/3043-post-truth-politics-or-post-political-journalism>
- Losurdo, Domenico (2011). *Liberalism. A Counter-History*, Verso, London, pp. 375
- Losurdo, Domenico (2015). *War and Revolution. Rethinking the Twentieth Century*, Verso, London, pp. 320
- Losurdo, Domenico (2016). “Ernst Nolte and the Development of Revisionism”, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/2809-domenico-losurdo-ernst-nolte-and-the-development-of-revisionism>
- Losurdo, Domenico (2024). *Democracy and Bonapartism: Two Centuries of War on Democracy*, Verso, London, pp. 352
- Löwenthal, Leo, Norbert Guterman (2021). *Prophets of Deceit, A Study of the Techniques of the American Agitator*, (Introducción de Alberto Toscano), Verso, London, pp. 224
- Lukács, Georg (2021). *The Destruction of Reason* (Introducción histórica por Enzo Traverso), Verso, London, pp. 929
- Lukacs, John (1997). *The Hitler of History*, Vintage, New York, pp. 304
- Macdonald, Scot (2002). “Hitler’s Shadow. Historical Analogies and the Iraqi Invasion of Kuwait”, en: *Diplomacy & Statecraft*, vol. 13, no. 4, disponible en: <https://doi.org/10.1080/714000347>
- Mammone, Andrea (2022). “The Myth of American Exceptionalism”, en: *Al Jazeera*, 8/1/22, disponible en: <https://www.aljazeera.com/opinions/2021/1/8/the-delusion-of-american-exceptionalism>
- Mandel, Ernest (1971). “Introduction”, en: León Trotsky, *The Struggle Against Fascism in Germany*, Pathfinder, New York, pp. 632
- Mann, Michael (1997). “The Contradictions of Continuous Revolution”, en: Ian Kershaw, Moshe Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison*, Cambridge University Press, Cambridge, p. 135-157
- Mann, Michael (2004). *Fascists!*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 420
- Marx, Karl (1982). *El Capital. Crítica de la economía política*, tomo III, Fondo de Cultura Económica, México D.F., pp. 953
- Marx, Karl (2010). “The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte”, en: *Surveys From Exile. Political Writings*, vol. 2, London, Verso, p. 142-249
- Mason, Timothy (1972). “The primacy of politics - politics and economics in National Socialist Germany”, en: Henry A. Turner (ed.), *Nazism and the Third Reich*, Quadrangle Books, New York, p. 175-200
- Mason, Timothy (1995). *Nazism, Fascism and the Working Class. Essays by Tim Mason*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 372
- Matthews, Dylan (2016). “I asked 5 fascism experts whether Donald Trump is a fascist. Here’s what they said”, en: *Vox*, 12/10/16,

- disponible en: <https://www.vox.com/policy-and-politics/2015/12/9886152/donald-trump-fascism>
- Matthews, Dylan (2021). “The F Word. The debate over whether to call Donald Trump a fascist, and why it matters.”, en: Vox, 14/1/21, disponible en: <https://www.vox.com/22225472/fascism-definition-trump-fascist-examples>
- Matthews, Dylan (2020). “Is Trump a fascist? 8 experts weigh in”, en: Vox, 23/10/20, <https://www.vox.com/policy-and-politics/21521958/what-is-fascism-signs-donald-trump>
- May, Ernest (1975). “*Lessons of the Past: The Use and Misuse of History in American Foreign Policy*”, Oxford University Press, New York, pp. 240
- Mayer, Arno J. (1970). “Uses and Abuses of Historical Analogies: Not Munich But Greece”, en: *Annales d'études internationales*, vol. 1, p. 224-232
- Mayer, Arno J. (1971). “Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1956: An Analytic Framework”, Harper Torchbooks, New York, pp. 192
- Mayer, Arno J. (1981). “*The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War*”, Pantheon Books, New York, pp. 384
- Mayer, Arno J. (1988). “Why Did the Heavens Not Darken? The ‘Final Solution’ in History”, Pantheon Books, New York, pp. 544
- Mayer, Arno J. (2000). “*The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*”, Princeton University Press, Princeton, pp. 716
- Mayer, Arno J. (2014). “The Ukraine Imbroglio and the Decline of the American Empire”, en: *Counterpunch*, 18/4/14, disponible en: <https://www.counterpunch.org/2014/04/18/the-ukraine-imbroglio-and-the-decline-of-the-american-empire/>
- Mayer, Arno J. (2019). “Memory and History: On the Poverty of Remembering and Forgetting the Judeocide”, en: *Verso blog*, 27/1/19, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/4220-memory-and-history-on-the-poverty-of-remembering-and-forgetting-the-judeocide>
- Mazower, Mark (2024). “Trump’s victory will change America. But Europe can have a different future”, en: *Financial Times*, 15/11/24, disponible en: <https://www.ft.com/content/4195aea4-872c-4205-a330-460435e174e1?countryCode=MEX>
- McComiskey, Bruce (2017). “Post-Truth Rhetoric and Composition”, Utah State University Press, Logan, pp. 58
- Meiksins Wood, Ellen (2000). *Democracia contra capitalismo*, Siglo XXI, México D.F., pp. 347
- Mercer, Ben (2016). “Specters of Fascism: The Rhetoric of Historical Analogy in 1968”, en: *Journal of Modern History*, vol. 88, no. 1, Marzo, p. 96-129
- Mercer, Ben (2022). “Trump, Fascism, and Historians in the Post-Truth Era”, en: “History in a Post-Truth World: Theory and Praxis”, London, Routledge, p. 221-235
- Mikanowski, Jacob (2019). “The Bleak Prophecy of Timothy Snyder”, en: *The Chronicle of Higher Education*, 26/4/19, disponible en: <https://www.chronicle.com/article/the-bleak-prophecy-of-timothy-snyder/>
- Milbank, Dana (2016). “Trump’s Fake News Presidency”, en: *Washington Post*, 18/11/16, disponible en: https://www.washingtonpost.com/opinions/trumps-fake-news-presidency/2016/11/18/72cc7b14-ad96-11e6-977a-1030f822fc35_story.html
- Milbank, Dana (2020). “America: This is not a drill. The Reichstag is burning”, en: *Washington Post*, 26/9/20, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/opinions/2020/09/25/this-is-not-drill-reichstag-is-burning/>
- Milbank, Dana (2022a). “The Destructionists: The Twenty-Five Year Crack Up of the Republican Party”, Doubleday, New York, pp. 416
- Milbank, Dana (2022b). “Biden just used the f-word - and he’s correct”, en: *Washington Post*, 26/8/22, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/opinions/2022/08/26/biden-called-republicans-semi-fascist/>
- Millington, Chris (2019). “A History of Fascism in France: From the First World War to the National Front”, Bloomsbury Academic Publishing, London, pp. 248
- Montgomery, David (2022). “What Will Happen to America if Trump Wins Again? Experts Helped Us Game It Out”, en: *The Washington Post*, 10/10/22, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/magazine/2022/10/10/country-after-second-trump-term/>
- Moraes, Silvia Elisabeth (2014). “Global Citizenship as a Floating Signifier: Lessons from UK universities” en: *International Journal of Development Education and Global Learning*, vol. 6, no. 2, Septiembre, p. 27-42, disponible en: <https://uclpress.scienceopen.com/hosted-document?doi=10.18546/IJDEGL.06.2.03>
- Morgenthau, Hans (1972). “Remarks On The Validity Of Historical Analogies”, en: *Social Research*, vol. 39, no. 2, Verano, p. 360-364
- Moses, A. Dirk (2021a). “The Problems of Genocide. Permanent Security and the Language of Transgression”, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 610
- Moses, A. Dirk (2021b). “The German Catechism”, en: *Geschichte der Gegenwart*, 23/5/21, disponible en: <https://geschichtedergegenwart.ch/the-german-catechism/>
- Mosse, George L. (1999). “The Fascist Revolution: Towards a General Theory of Fascism”, Howard Fertig, New York, pp. 230
- Moyn, Samuel (2010a). “In the aftermath of camps”, en: Frank Biess, Robert G. Moeller (eds.), “Histories of the Aftermath: The Legacies of the Second World War in Europe”, Berghahn Books, New York, pp. 49-64
- Moyn, Samuel (2010b). “Between Hitler and Stalin”, en: *The Nation*, 17/11/10, disponible en: <https://www.thenation.com/article/archive/between-hitler-and-stalin/>
- Moyn, Samuel (2020a). “The Trouble with Comparisons”, en: *The New Yorker*, 19/5/20, disponible en: <https://www.nybooks.com/daily/2020/05/19/the-trouble-with-comparisons/>
- Moyn, Samuel (2020b). “How Trump Won”, en: *The New Yorker*, 9/11/20, disponible en: <https://www.nybooks.com/daily/2020/11/09/how-trump-won/>
- Moyn, Samuel (2020c). “You Have Misunderstood the Relevance of Hannah Arendt”, en: *Prospect Magazine*, 20/10/20, disponible en: <https://www.prospectmagazine.co.uk/philosophy/hannah-arendt-misunderstood-philosophy-fascism-authoritarianism-trump>
- Moyn, Samuel (2021a). “The Allegations of Fascism Distract From The Real Danger”, en: *The Nation*, 18/1/21, disponible en:

- <https://www.thenation.com/article/society/trump-fascism/>
- Moyn, Samuel (2021b). “If Democrats return to centrism, they are doomed to lose against Trump”, en: *The Guardian*, 8/11/21, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2021/nov/08/if-democrats-return-to-centrism-they-are-doomed-to-lose-against-trump>
- Moyn, Samuel (2023a). “Robert Kagan and Interventionism’s Big Reboot”, en: *The New Republic*, 14/2/23, disponible en: <https://newrepublic.com/article/170213/robert-kagan-interventionisms-big-reboot>
- Moyn, Samuel (2023b). “Hannah Arendt among the Cold War Liberals”, en: *Journal of the History of Ideas*, University of Pennsylvania Press, vol. 84, no. 3, Julio, p. 533-558
- Moyn, Samuel (2023c). “Liberalism Against Itself: Cold War Intellectuals and the Making of Our Times”, Yale University Press, New Haven, pp. 240
- Moyn, Samuel (2024). “Liberals Bet They Could Beat Trump With the Law. They Lost”, en: *The New York Times*, 22/11/24, disponible en: <https://www.nytimes.com/2024/11/22/opinion/trump-legalism-trials.html>
- Moyn, Samuel, David Priestland (2017). “Trump Isn’t a Threat to Our Democracy, Hysteria Is”, en: *The New York Times*, 11/8/17, disponible en: <https://www.nytimes.com/2017/08/11/opinion/sunday/trump-hysteria-democracy-tyranny.html>
- Moyn, Samuel, Nicolas Guilhot (2020). “The Trump era is a golden age of conspiracy theories – on the right and left”, en: *The Guardian*, 13/2/20, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/feb/13/trump-era-conspiracy-theories-left-right>
- Mudde, Cas (2002). “Ideology of the Extreme Right”, Manchester University Press, Manchester, pp. 224
- Mudde, Cas (2007). “Populist Radical Right Parties in Europe”, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 404
- Mudde, Cas (2010). “The Populist Radical Right: A Pathological Normalcy”, en: *West European Politics*, no. 33, vol. 6
- Mudde, Cas (2015). “The Trump Phenomenon and the European Populist Radical Right”, en: *The Washington Post*, 26/8/15, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2015/08/26/the-trump-phenomenon-and-the-european-populist-radical-right/>
- Mudde, Cas (2016a). “Definitions: Right, Far-Right, Outside Right and Just Trying to Be Populist”, en: *HOPE not Hate Magazine*, no. 23, Enero-Febrero
- Mudde, Cas (2016b). “As American as Trump”, en: *Boston Review*, 13/6/16, disponible en: <http://bostonreview.net/us/cas-mudde-donald-trump-europe-populism>
- Mudde, Cas (ed.) (2017). “The Populist Far Right”, Routledge, London, pp. 660
- Mudde, Cas (2020a). “Has Trump’s coronavirus response sunk him? Don’t bet on it”, en: *The Guardian*, 29/4/20, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/apr/29/donald-trump-coronavirus-response-elections-2020>
- Mudde, Cas (2020b). “With Trump gone, can we talk about the fear of fascism we had about him?”, en: *The Guardian*, 16/11/20, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/nov/16/with-trump-gone-can-we-talk-about-the-fear-of-fascism-we-had-about-him>
- Mudde, Cas (2022a). “The Far-Right Threat in the United States: A European Perspective”, en: *Annals AAPSS*, no. 699, Enero, disponible en: <https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/00027162211070060?journalCode=anna>
- Mudde, Cas (2022b). “Trump paved Ron DeSantis’s way. Now apprentice has turned on master”, en: *The Guardian*, 10/11/22, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2022/nov/10/trump-paved-ron-desantiss-way-now-apprentice-has-turned-on-master>
- Mudde, Cas (2024). “From the Margins to the Mainstream A Personal Reflection on Three Decades of Studying and Teaching Far-Right Politics”, en: *Journal of Right-Wing Studies*, vol. 2, no. 1, disponible en: <https://escholarship.org/uc/item/0dz5488c>
- Mudde, Cas, Cristóbal Rovira Kaltwasser (2017). “Populism: A Very Short Introduction”, Oxford University Press, New York, pp. 136
- Müller, Jan-Werner (2010). “On ‘European Memory’: Some Conceptual and Normative Remarks”, en: Małgorzata Pakier, Bo Stråth (eds.), “A European Memory? Contested Histories and Politics of Remembrance”, Berghahn Books, New York, p. 23-39
- Müller, Jan-Werner (2015). “Trump is a Far-Right Populist, Not a Fascist”, en: *Al Jazeera America*, 26/12/15, disponible en: <http://america.aljazeera.com/opinions/2015/12/trump-is-a-far-right-populist-not-a-fascist.html>
- Müller, Jan-Werner (2016). “What is Populism?”, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, pp. 136
- Müller, Jan-Werner (2019). “Populism and the People”, en: *London Review of Books*, vol. 41, no. 10, 23/5/19, disponible en: <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v41/n10/jan-werner-mueller/populism-and-the-people>
- Müller, Jan-Werner (2020). “Far-right populism is bad enough”, en: *Eurozine*, 16/10/20, disponible en: <https://www.eurozine.com/far-right-populism-is-bad-enough/>
- Müller, Jan-Werner (2022). “What Makes a Fascist?”, en: *Project Syndicate*, 7/11/22, disponible en: <https://www.project-syndicate.org/commentary/what-makes-a-fascist-giorgia-meloni-by-jan-werner-mueller-2022-11>
- Müller, Jan-Werner (2023). “Facebook is allowing Trump back. The platform hasn’t learned its lesson”, en: *The Guardian*, 27/1/23, disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/commentisfree/2023/jan/27/trump-return-facebook-meta-hypocrisy-democracy>
- Müller, Jan-Werner (2024a). “Trump’s love for Viktor Orbán hints at what another Trump term will look like”, en: *The Guardian*, 12/3/24, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2024/mar/12/trump-viktor-orban-reelection>
- Müller, Jan-Werner (2024b). “The US right keeps accusing Democrats of ‘communism’. What does that even mean?”, en: *The Guardian*, 12/3/24, disponible en: <https://www.theguardian.com/global/commentisfree/article/2024/sep/05/communism-meaning-republicans>
- Negri, Toni (2019). “A 21-st century fascist”, en: *Verso blog*, 16/1/19, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/4208-a-21st-century-fascist>
- Neumann, Franz (1942). “Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism”, Oxford University Press, New York, pp. 680

- Nolte, Ernst (1965). *The Three Faces of Fascism: Action Francaise, Italian Fascism, National Socialism*, Henry Holt & Company, New York, pp. 561
- Nolte, Ernst (1979). "What Fascism Is Not: Thoughts on the Deflation of a Concept: Comment", en: *The American Historical Review*, vol. 84, no. 2, Abril, p. 389-394
- Nolte, Ernst (1986). "Vergangenheit, die nicht vergehen will", en: *Die Zeit*, 6/6/86
- Nolte, Ernst (1993). "Between Historical Legend and Revisionism?", en: Ernst Piper (ed.), "Forever in the Shadow of Hitler? Original Documents of the Historikerstreit, the Controversy Concerning the Singularity of the Holocaust", Humanities Press, New Jersey, p. 5-27
- Nolte, Ernst (2001). *La guerra civil europea 1917-1945: nacionalsocialismo y bolchevismo*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., pp. 548
- Novick, Peter (1988). *The Noble Dream: The 'Objectivity Question' And The American Historical Profession*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 662
- Novick, Peter (1999). *The Holocaust in American Life*, Mariner Books, Boston, pp. 382
- Ølholm, Eaton Mark, Andrew D. Smith (2019). "The Use of Historical Analogy in the 2017 Parliamentary Debates on the Future of Post-Brexit Commonwealth Trade", en: *Political Studies Review*, vol. 18, no. 4, disponible en: <https://doi.org/10.1177/1478929919875377>
- Orwell, George (1946). "Politics and the English Language", Sahara Publisher Books, London, pp. 50
- Otten, Tori (2023). "Inside Trump's Fascist Plan to Control All Federal Agencies if He Wins", en: *The New Republic*, 17/7/23, disponible en: <https://newrepublic.com/post/174370/inside-trump-fascist-plan-control-federal-agencies-wins>
- Overy, Richard (2019). "Paths from the past: historians make sense of Brexit and our current political turmoil", en: *The Guardian*, 30/3/19, disponible en: <https://www.theguardian.com/books/2019/mar/30/paths-past-historians-make-sense-brexit-world-today>
- Panovka, Rebecca (2021). "Men in Dark Times. How Hannah Arendt's fans misread the post-truth presidency", en: *Harpers Magazine*, Agosto, disponible en: <https://harpers.org/archive/2021/08/men-in-dark-times-hannah-arendt-post-truth/>
- Passmore, Kevin (2014a). "Generic fascism and the historians", en: Roger Griffin et al., "Fascism Past and Present, West and East - An International Debate on Concepts and Cases in the Comparative Study of the Extreme Right", ibidem-Verlag, Stuttgart, p. 168-175
- Passmore, Kevin (2014b). "Fascism. A Very Short Introduction", Oxford University Press, New York, pp. 176
- Passmore, Kevin (2016). "Are Farage and Trump Really Fascists?", en: *The Guardian*, 7/11/16, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/nov/07/donald-trump-nigel-farage-fascists-intolerance>
- Passmore, Kevin (2017). "No One Wants to Wear the 'Fascist' Label, Even If It Fits", en: *Zócalo*, 15/3/17, disponible en: <https://www.zocalopublicsquare.org/2017/03/15/no-one-wants-wear-fascist-label-even-fits/ideas/nexus/>
- Parkinson, Robert G. (2016). "Fake news? That's a very old story", en: *Washington Post*, 25/11/16, disponible en: https://www.washingtonpost.com/opinions/fake-news-thats-a-very-old-story/2016/11/25/c8b1f3d4-b330-11e6-8616-52b15787add0_story.html
- Parfitt, Steven (2017). "Giving up on Godwin's Law", en: *The Jacobin*, 10/2/17, disponible en: <https://jacobin.com/2017/02/trump-fascism-gilded-age-knights-of-labor>
- Payne, Stanley G. (1980). "Fascism, Comparison and Definition", University of Wisconsin Press, Madison, pp. 242
- Payne, Stanley G. (1995). "A History of Fascism, 1914-1945", University of Wisconsin Press, Madison, pp. 613
- Payne, Stanley G. (1999). "Fascism in Spain, 1923-1977", University of Wisconsin Press, Madison, pp. 615
- Payne, Stanley G. (2000). "Review Article: Historical Fascism and the Radical Right", en: *Journal of Contemporary History*, no. 35, vol. 1, p. 109-118
- Payne, Stanley G. (2014). "Commentary on Roger Griffin's 'Fascism's new faces'", en: Roger Griffin, Werner Loh y Andreas Umland. (con epílogo de Walter Laqueur), "Fascism Past and Present, West and East - An International Debate on Concepts and Cases in the Comparative Study of the Extreme Right", ibidem-Verlag, Stuttgart, p. 175-186
- Payne, Stanley G. (2021). "Antifascism without Fascism", en: *First Things*, 22/1/21, disponible en: <https://www.firstthings.com/web-exclusives/2021/01/antifascism-without-fascism>
- Payne, Stanley G. (2022a). "How Everything Became 'Fascism'", en: *Compact Magazine*, 8/12/22, disponible en: <https://compactmag.com/article/how-everything-became-fascism>
- Payne, Stanley G. (2022b). "The 'F-Word'", en: *First Things*, Diciembre 2022, disponible en: <https://www.firstthings.com/article/2022/12/the-f-word>
- Paxton, Robert O. (1972). "Vichy France: Old Guard and New Order 1940-1944", Columbia University Press, New York, pp. 438
- Paxton, Robert O. (1997). "French Peasant Fascism: Henry Dorgères' Greenshirts and the Crises of French Agriculture, 1929-1939", Oxford University Press, New York, pp. 256
- Paxton, Robert O. (1998). "Five Stages of Fascism", en: *Journal of Modern History*, vol. 70, no. 1, p. 1-23, disponible en: https://mronline.org/wp-content/uploads/2018/08/Paxton_Five20Stages20of20Fascism.pdf
- Paxton, Robert O. (2004). "The Anatomy of Fascism", Vintage Books, New York, pp. 324
- Paxton, Robert O. (2012). "Pathways to Fascism", en: *New Left Review*, no. 74, Marzo/Abril, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii74/articles/robert-paxton-pathways-to-fascism>
- Paxton, Robert O. (2016a). "Is Donald Trump a Fascist? Yes and no" (entrevista por Isaac Chotiner) en: *Slate*, 10/2/16, disponible en: <https://slate.com/news-and-politics/2016/02/is-donald-trump-a-fascist-an-expert-on-fascism-weighs-in.html>
- Paxton, Robert O. (2016b). "Robert O. Paxton talks fascism and Donald Trump" (entrevista por Patt Morrison), en: *Los Angeles Times*, 9/3/16, disponible en: <https://www.latimes.com/opinion/op-ed/la-oe-patt-morrison-asks-robert-paxton-trump-fascism-20160308->

- [story.html](#)
- Paxton, Robert O. (2016c). “Father of Fascism Studies: Donald Trump Shows Alarming Willingness To Use Fascist Terms & Styles” (entrevista por Amy Goodman), en: *Democracy Now!*, 15/3/16, disponible en: https://www.democracynow.org/2016/3/15/father_of_fascism_studies_donald_trump
- Paxton, Robert O. (2016d). *Con Trump tenemos una especie de cuasifascismo populista, no un fascismo plenamente desarrollado* (entrevista por Marc Bassets), en: *El País*, 6/6/16, disponible en: https://elpais.com/internacional/2016/06/05/estados_unidos/1465162717_340531.html
- Paxton, Robert O. (2016e). “Is Fascism Back?”, en: *Project Syndicate*, 1/7/16, disponible en: <https://www.project-syndicate.org/magazine/is-fascism-back-by-robert-o--paxton-2016-01>
- Paxton, Robert O. (2016f). “Does Donald Trump Believe in Anything but Himself?” (entrevista por Isaac Chotiner), en: *Slate*, 24/10/16, disponible en: <https://slate.com/news-and-politics/2016/10/donald-trumps-fascism-is-rooted-in-his-own-self-interest.html>
- Paxton, Robert O. (2017a). “American Duce”, en: *Harper’s Magazine*, Mayo, p. 38–39
- Paxton, Robert O. (2017b). “The future of fascism”, en: *Slate*, 6/4/17, disponible en: <https://slate.com/news-and-politics/2017/04/fascism-didnt-die-in-1945-it-evolved-and-took-new-form.html>
- Paxton, Robert O. (2021). “I’ve Hesitated to Call Donald Trump a Fascist. Until Now”, en: *Newsweek*, 11/1/21, disponible en: <https://www.newsweek.com/robert-paxton-trump-fascist-1560652>
- Paxton, Robert O. (2024). “Is It Fascism? A Leading Historian Changes His Mind” (entrevista por Elisabeth Zerofsky), en: *The New York Times*, 23/10/24, disponible en: <https://www.nytimes.com/2024/10/23/magazine/robert-paxton-facism.html>
- Perlstein, Rick (2008). *Nixonland. The Rise of a President and the Fracturing of America*, Scribner, New York, pp. 896
- Perlstein, Rick (2015). “Donald Trump and the ‘F-Word’”, en: *Washington Spectator*, 30/9/15, disponible en: <https://washingtonspectator.org/donald-trump-and-the-f-word/>
- Perry, David, Matthew Gabriele (2021). “How bad analogies undermine our understanding of history”, en: *The Washington Post*, 3/5/21, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/outlook/2021/05/03/historical-analogies-covid-fascism-mccarthyism/>
- Peterecz, Zoltán (2018). “The Trump Phenomenon and the Question of Historical Analogies”, en: *Eger Journal of American Studies*, vol. XV, p. 29-39
- Pinkham, Sophie (2018). “Zombie History. Timothy Snyder’s Bleak Vision of the Past and Present”, en: *The Nation*, 28/5/18, disponible, <https://www.thenation.com/article/archive/timothy-snyder-zombie-history/>
- Podhoretz, Norman (2020). “No, it’s not ‘fascism’ to protect federal property from riots, revolutionaries”, en: *The New York Post*, 23/7/20, disponible en: <https://nypost.com/2020/07/23/its-not-fascism-to-protect-federal-property-from-riots-revolutionaries/>
- Pollitt, Katha (2017). “It’s Not Hysterical to Recognize the Threat Trump Poses”, en: *The Nation*, 17/8/17, disponible en: <https://www.thenation.com/article/its-not-hysterical-to-recognize-the-threat-trump-poses/>
- Poulantzas, Nicos (2019). *Fascism and Dictatorship: The Third International and the Problem of Fascism*, Verso, London, pp. 400
- Power-Greene, Ousmane K. (2023). “‘No Trump, No KKK, No Fascist USA’: African American Activists Fight Fascism”, en: Gavriel D. Rosenfeld, Janet Ward (eds.), *“Fascism in America: past and Present”*, Cambridge University Press, Cambridge, p. 278-310
- Putnam, Robert D. (2000). “Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community”, Simon & Schuster, New York, pp. 541
- Rall, Ted (2016). “Trump’s fascism picks up where Obama’s left off”, en: *Japan Times*, 21/11/16, disponible en: <https://www.japantimes.co.jp/opinion/2016/11/21/commentary/world-commentary/trumps-fascism-picks-obamas-left-off/>
- Rancière, Jacques (1994). *The Names of history. On the Poetics of Knowledge* (introducción por Hayden White), University of Minnesota Press, Minneapolis, pp. 114
- Rancière, Jacques (1996). *El desacuerdo. Filosofía y política*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, pp. 175
- Rancière, Jacques (2005). “*Nienawiść do demokracji*” [El odio a la democracia], Wydawnictwo Le Monde Diplomatique, Warszawa, pp. 141
- Rancière, Jacques (2014). *The Figures of History*, Polity Press, Cambridge, pp. 97
- Rancière, Jacques (2016). *La extrema derecha está volviendo a ser exitosa en su evocación de símbolos identitarios muy primitivos* (entrevista por Federico Galende), en: *The Clinic*, 4/12/16, disponible en: <https://www.theclinic.cl/2016/12/04/jacques-ranciere-la-extrema-derecha-esta-volviendo-a-ser-exitosa-en-su-evocacion-de-simbolos-identitarios-muy-primitivos/>
- Rancière, Jacques (2019). *No estamos frente al capitalismo, sino que vivimos en su mundo* (entrevista por Eduardo Febbro), en: *Página/12*, 21/4/19, disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/188829-no-estamos-frente-al-capitalismo-sino-que-vivimos-en-su-mundo>
- Raskin, Jonah (2023). “The Banality of Evil on TV. From Hannah Arendt’s ‘Eichmann’ to Netflix’s ‘Transatlantic,’ will we ever stop being entertained by fascism?”, en: *Tablet*, 1/5/23, disponible en: <https://www.tabletmag.com/sections/arts-letters/articles/banality-of-tv-people-arendt-eichmann-transatlantic>
- Reich, Robert (2016). “The American Fascist”, en: robertreich.org, 8/3/16, disponible en: <https://robertreich.org/post/140705539195>
- Reich, Robert (2021). “The true meaning of 6 January: we must answer Trump’s neofascism with hope”, en: *The Guardian*, 28/12/21, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2021/dec/28/6-january-capitol-attack-trump-neofascism-coup-republicans>
- Reich, Robert (2022a). “Trump’s attempted coup continues – even after January 6 hearings are over for now”, en: *The Guardian*, 24/6/22, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2022/jul/24/trumps-attempted-coup-continues-even-after-january-6-hearings-are-over-for-now>
- Reich, Robert (2022b). “Maybe US mainstream media should begin using the term ‘fascism’”, en: *The Guardian*, 31/8/22, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2022/jul/24/trumps-attempted-coup-continues-even-after-january-6-hearings-are-over-for-now>
- Reich, Robert (2023a). “The modern Republican party is hurtling towards fascism”, en: *The Guardian*, 15/4/23, disponible en:

<https://www.theguardian.com/commentisfree/2023/apr/15/the-modern-republican-party-fascism-robert-reich>

Reich, Robert (2023b). “Trump and the Republican party exemplify these five elements of fascism”, en: *The Guardian*, 17/6/23, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2023/jun/17/trump-republican-party-fascism>

Reich, Robert (2023c). “Trump is undermining the entire US judicial system with another big lie”, en: *The Guardian*, 16/8/23, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2023/aug/16/donald-trump-big-lie-fulton-county-georgia-indictment>

Reid Ross, Alexander (2015). “Trump, the fascist”, en: *Counterpunch*, 25/9/15, disponible en: <https://www.counterpunch.org/2015/08/25/trump-the-fascist/>

Reid Ross, Alexander (2017). “Against the Fascist Creep”, AK Press, Chico, pp. 400

Rensin, Emmett (2017). “You don’t know Hannah Arendt. But pretending to has become the favorite activity of the left”, en: *Outline*, 31/1/17, disponible en: <https://theoutline.com/post/980/misinterpreting-hannah-arendt>

Ribuffo, Leo (2017). “Donald Trump and the ‘Paranoid Style’ in the American (Intellectual) Politics”, en: *H-Diplo/ Robert Jervis International Security Studies Forum*, 13/6/17, disponible en: <https://issforum.org/policy/1-5an-paranoid>

Riley, Dylan (2004). “Enigmas of Fascism”, en: *New Left Review*, no. 30, Noviembre-Diciembre, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii30/articles/dylan-riley-enigmas-of-fascism>

Riley, Dylan (2005). “Civic Associations and Authoritarian Regimes in Interwar Europe: Italy and Spain in Comparative Perspective”, en: *American Sociological Review*, vol. 70, Abril, p. 288-310

Riley, Dylan (2011a). “Hegemony, Democracy, and Passive Revolution in Gramsci’s Prison Notebooks”, en: *California Italian Studies*, Vol. 2, No. 2

Riley, Dylan (2011b). “Tony Judt: a Cooler Look”, en: *New Left Review*, no. 71, Septiembre-Octubre, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/II71/articles/dylan-riley-tony-judt-a-cooler-look>

Riley, Dylan (2012). “Bernstein’s Heirs”, en: *New Left Review*, no. 76, Julio-Agosto, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii76/articles/dylan-riley-bernstein-s-heirs>

Riley, Dylan (2014a). “Southern Questions”, en: *New Left Review*, no. 85, Enero/Febrero, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii85/articles/dylan-riley-southern-questions>

Riley, Dylan (2014b). “The Third Reich as Rogue Regime Adam Tooze’s Wages of Destruction”, en: *Historical Materialism*, Vol. 22, No. 4, p. 330-350

Riley, Dylan (2016). “Fascism and Democracy” (entrevista por George Souvlis), en: *The Jacobin*, 19/8/16, disponible en: <https://jacobin.com/2016/08/trump-clinton-fascism-authoritarian-democracy>

Riley, Dylan (2017). “American Brumaire”, en: *New Left Review*, no. 103, Enero-Febrero, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/II103/articles/dylan-riley-american-brumaire>

Riley, Dylan (2018). “What is Trump?”, en: *New Left Review*, no. 114, Noviembre-Diciembre, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/II114/articles/dylan-riley-what-is-trump>

Riley, Dylan (2019). “The Civic Foundations of Fascism in Europe: Italy, Spain and Romania 1870-1945”, Verso, London, pp. 285

Riley, Dylan (2021a). “Why liberal democracies do not depend on truth”, en: *The New Statesman*, 12/02/21, disponible en: <https://www.newstatesman.com/world/americas/north-america/us/2021/02/why-liberal-democracies-do-not-depend-truth>

Riley, Dylan (2021b). “Capitalists Have Never Been Friends of Democracy”, en: *The Jacobin*, 12/04/21, disponible en: <https://jacobin.com/2021/04/capitalism-electoral-democracy-property-relations>

Riley, Dylan (2022a). “Microverses”, Verso, London, pp. 137

Riley, Dylan (2022b). “How Useful Is Theory In Moments of Crisis?” (entrevista por Ishan Desai-Geller), en: *The Nation*, 28/10/22, disponible en: <https://www.thenation.com/article/society/dylan-riley-microverses-qa/>

Riley, Dylan (2023). “Sermons For Princes”, en: *New Left Review*, no. 143, Septiembre-Octubre, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii143/articles/dylan-riley-sermons-for-princes>

Riley, Dylan (2024). “Revisiting Marx’s Eighteenth Brumaire” (entrevista por Daniel Denvir), en: *The Jacobin*, 9/4/24, disponible en: <https://jacobin.com/2024/04/marx-eighteenth-brumaire-louis-napoleon-us-politics/>

Riley, Dylan, Daniel Lazare, Richard Steigmann-Gall, Jennifer Roesch (2015). “Is Donald Trump a Fascist?”, en: *The Jacobin*, 15/12/15, disponible en: <https://jacobin.com/2015/12/donald-trump-fascism-islamophobia-nativism>

Ríos Gordillo, Carlos Alberto (2016). *Las formas de la comparación: Marc Bloch y las ciencias humanas. Ensayo de morfología e historia*, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, México D.F., pp. 237

Roberto, Michael Joseph (2017). “The Origins of American Fascism”, en: *Monthly Review*, vol. 69, no. 2, Junio, disponible en: <https://monthlyreview.org/2017/06/01/the-origins-of-american-fascism/>

Robin, Corey (2007). “Dragon-Slayers”, en: *London Review of Books*, vol. 29, no. 1, 4/1/07, disponible en: <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v29/n01/corey-robin/dragon-slayers>

Robin, Corey (2012). “Contraception and Counterrevolution” (entrevista por David V. Johnson), en: *Boston Review*, 22/3/12, disponible en: <https://www.bostonreview.net/articles/corey-robin-reactionary-mind-conservatism/>

Robin, Corey (2015). “When Trump Is President”, en: *The Jacobin*, 10/12/15, disponible en: <https://jacobin.com/2015/12/donald-trump-president-fascism-nazi-germany-klemperer/>

Robin, Corey (2016a). “Against the Politics of Fear”, en: *The Jacobin*, 11/12/16, disponible en: <https://jacobin.com/2016/12/against-politics-fear-trump-republicans-organizing-change>

Robin, Corey (2016b). “From Reagan To Trump”, en: *The Jacobin*, 1/08/16, disponible en: <https://jacobin.com/2016/08/donald-trump-reagan-rnc-dnc-republicans>

Robin, Corey (2017a). “The Reactionary Mind: Conservatism from Edmund Burke to Donald Trump”, Oxford University Press, New York, pp. 352

- Robin, Corey (2017b). “Fear, American Style”, en: *The Jacobin*, 1/2/17, disponible en: <https://jacobin.com/2017/02/trump-pence-presidency-executive-orders>
- Robin, Corey (2017c). “American Institutions Won’t Keep You Safe From Trump’s Excesses”, en: *The Guardian*, 2/2/17, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/feb/02/american-institutions-wont-keep-you-safe-trumps-excesses>
- Robin, Corey (2017d). “Trump Is Not Pharaoh”, en: *The Jacobin*, 12/3/17, disponible en: <https://jacobin.com/2017/03/trump-seder-purim-passover-pharaoh>
- Robin, Corey (2017e). “The Real Parallel Between Hitler and Trump”, en: *The Jacobin*, 15/3/17, disponible en: <https://jacobin.com/2017/03/making-donald-trump-david-cay-johnston-weimar>
- Robin, Corey (2017f). “Ignoring Elites. How not to think about politics in the age of Trump”, en: *The Jacobin*, 3/4/17, disponible en: <https://jacobin.com/2017/04/donald-trump-fascism-arno-mayer>
- Robin, Corey (2017g). “Think Trump is an authoritarian? Look at his actions, not his words”, en: *The Guardian*, 2/5/17, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/may/02/donald-trump-authoritarian-look-actions-not-words>
- Robin, Corey (2017h). “Politics As Psyche”, en: *The Jacobin*, 9/5/17, disponible en: <https://jacobin.com/2017/05/donald-trump-fascism-authoritarian-jeet-heer>
- Robin, Corey (2017i). “Donald Trump’s Reactionary Mind” (entrevista por Daniel Denvir), en: *The Jacobin*, 18/11/17, disponible en: <https://jacobin.com/2017/11/trump-corey-robin-reactionary-mind-interview>
- Robin, Corey (2018a). “If authoritarianism is looming in the US, how come Donald Trump looks so weak?”, en: *The Guardian*, 13/1/18, disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/commentisfree/2018/jan/13/american-democracy-peril-trump-power>
- Robin, Corey (2018b). “The liberal narrative: a review of the week”, en: *The Guardian*, 27/1/18, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/jan/27/corey-robin-liberal-narrative-a-review-of-the-week>
- Robin, Corey (2018c). “If Trump is an authoritarian, why don’t Democrats treat him like one?”, en: *The Guardian*, 20/1/18, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/jan/20/if-trump-is-an-authoritarian-why-dont-democrats-treat-him-like-one>
- Robin, Corey (2018d). “The Question of Russia and the Left”, en: *The Jacobin*, 23/7/18, disponible en: <https://jacobin.com/2018/07/russiagate-anticommunism-putin-left-foreign-policy>
- Robin, Corey (2019a). “Why Has It Taken Us So Long to See Trump’s Weakness?”, en: *New York Magazine*, 20/2/19, disponible en: <https://nymag.com/intelligencer/2019/02/corey-robin-on-the-historovox-what-we-missed-about-trump.html>
- Robin, Corey (2019b). “The conservative movement was destined to produce Trump” (entrevista por Shawn Illing), en: *Vox*, 9/3/19, disponible en: <https://www.vox.com/policy-and-politics/2019/3/8/18250087/the-reactionary-mind-trump-conservatism-corey-robin>
- Robin, Corey (2020a). “The Professor and the Politician”, en: *The New Yorker*, 12/11/20, disponible en: <https://www.newyorker.com/books/under-review/max-weber-the-professor-and-the-politician>
- Robin, Corey (2020b). “The Gonzo Constitutionalism of the American Right”, en: *The New York Review of Books*, 21/10/20, disponible en: <https://www.nybooks.com/online/2020/10/21/the-gonzo-constitutionalism-of-the-american-right/>
- Robin, Corey (2020c). “Almost the Complete Opposite to Fascism” (entrevista por David Klion), en: *Jewish Currents*, 4/12/20, disponible en: <https://jewishcurrents.org/almost-the-complete-opposite-of-fascism/>
- Robin, Corey (2021). “Trump and the Trapped Country”, en: *The New Yorker*, 13/3/21, disponible en: <https://www.newyorker.com/news/our-columnists/trump-and-the-trapped-country>
- Robin, Corey (2022). “Republicans Are Moving Rapidly to Cement Minority Rule. Blame the Constitution”, en: *Politico*, 5/1/22, disponible en: <https://www.politico.com/news/magazine/2022/01/05/democracy-january-6-coup-constitution-526512>
- Robin, Corey (2023). “How Do We Survive the Constitution?”, en: *The New Yorker*, 4/10/23, disponible en: <https://www.newyorker.com/books/under-review/how-do-we-survive-the-constitution>
- Robin, Corey (2024). “Yes, They’re Weird”, en: *The Jacobin*, 30/7/24, disponible en: <https://jacobin.com/2024/07/trump-threat-republicans-weird-election>
- Robinson, Cedric J. (2019). “On Racial Capitalism, Black Internationalism, and Cultures of Resistance”, Pluto Press, London, pp. 400
- Romm, Jake (2017). “How Hannah Arendt Is Being Used and Misused in the Age of Trump”, en: *Forward*, 2/2/17, disponible en: <https://forward.com/culture/362036/how-hannah-arendt-is-being-used-and-misused-in-the-age-of-trump/>
- Rosenfeld, Gavriel D. (2014). “Hi Hitler!: How the Nazi Past Is Being Normalized in Contemporary Culture”, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 476
- Rosenfeld, Gavriel D. (2018). “Who Was ‘Hitler’ Before Hitler? Historical Analogies and the Struggle to Understand Nazism, 1930-1945”, en: *Central European History Journal*, vol. 51, no. 2, Junio, p. 249-281, disponible en: <https://www.cambridge.org/core/journals/central-european-history/article/who-was-hitler-before-hitler-historical-analogies-and-the-struggle-to-understand-nazism-19301945/B3B31012F7DF80FF3FFD619FA02CB119>
- Rosenfeld, Gavriel D. (2019). “An American Führer? Nazi analogies and the struggle to explain Donald Trump”, en: *Central European History Journal*, vol. 52, no. 4, Diciembre, p. 554-587, disponible en: <https://www.cambridge.org/core/journals/central-european-history/article/an-american-fuhrer-nazi-analogies-and-the-struggle-to-explain-donald-trump/25CBE639F23D2D80870EA4D3F1E6D566>
- Rosenfeld, Gavriel D. (2021a). “Donald Trump’s Situational Fascism”, en: *History News Network*, 14/1/21, disponible en: <https://historynewsnetwork.org/article/179134>
- Rosenfeld, Gavriel D. (2021b). “Trumpism after Trump: Beyond Fascism”, en: *History News Network*, 14/2/21, disponible en: <https://historynewsnetwork.org/article/178784>
- Rosenfeld, Gavriel D. (2021c). “Blind Spots in the ‘German Catechism’ Debate”, en: *The Journal of Holocaust Research*, 5/8/21, disponible en: <https://journalofholocaustresearch.wordpress.com/2021/08/05/blind-spots-in-the-german-catechism-debate->

- [gavriel-rosenfeld/](#)
- Rosenfeld, Gavriel D. (2023). "Fascism in American Culture: How Alternate a History?", en: Gavriel D. Rosenfeld, Janet Ward (eds.), "Fascism in America: past and Present", Cambridge University Press, Cambridge, p. 313-351
- Rosenfeld, Gavriel D., Janet Ward (eds.) (2023). "Fascism in America: Past and Present", Cambridge University Press, Cambridge, pp. 461
- Rothberg, Michael (2017). "Our America: Notes on Historical Comparison in the Age of Trump (and Erdoğan)", en: *The Massachusetts Review*, 2/2/17, disponible en: <https://www.massreview.org/node/707>
- Rothberg, Michael (2021). "We need to re-center the new Historikerstreit", en: *Die Zeit*, 24/7/21, disponible en: <https://www.zeit.de/zustimmung?url=https%3A%2F%2Fwww.zeit.de%2Fkultur%2F2021-07%2Fdealing-with-the-holocaust-historikerstreit-controversy-genocide-english>
- Rubin, Jonah S. (2021). "It's Time to Use de F-Word. An Anti-fascist Approach to Trump and Franco", en: *Society For Cultural Anthropology/Culanth*, 15/4/21, disponible en: <https://culanth.org/fieldsights/its-time-to-use-the-f-word-an-anti-fascist-approach-to-trump-and-franco>
- Ruttenberg, Danya (2019). "'Never again' means nothing if Holocaust analogies are always off limits", en: *Washington Post*, 19/6/19, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/outlook/2019/06/19/never-again-means-nothing-if-holocaust-analogies-are-always-off-limits/>
- Sahlins, Marshall (2016). *Los mexicanos, los judíos de Trump*, en: *La Jornada*, 18/9/16, disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2016/09/18/opinion/022a1mun>
- Sand, Shlomo (2016). "Israel Isn't Fascist, but It Still Needs the World to Save It From Itself", en: *Haaretz*, 13/8/16, disponible en: <https://www.haaretz.com/opinion/2016-08-13/ty-article/.premium/israel-isnt-fascist-but-it-still-needs-the-world-to-save-it-from-itself/0000017f-e2d8-d9aa-afff-fbd861ab0000>
- Sand, Shlomo (2017). "Twilight of History", Verso, London, pp. 276
- Sand, Shlomo (2018). "The End of French Intellectual. From Zola to Houellebecq", Verso, London, pp. 278
- Sargent, Greg (2023). "Trump's plan for giant detention camps points to a brutal 2024 reality", en: *The Washington Post*, 14/11/23, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/opinions/2023/11/14/trump-mass-deportation-immigration-stephen-miller/>
- Sartori, Giovanni (1991). "Comparing and Miscomparing", en: *Journal of Theoretical Politics*, vol. 3, no. 3, Julio, p. 243-257
- Sartori, Giovanni (1994). *Comparación y método comparativo*, en: Giovanni Sartori y Leonardo Morlino (comp.), *La comparación en las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, p. 29-49
- Satia, Pryia (2020). "Why Do We Think Learning About History Can Make Us Better? How the study of the past became the conscience of the present", en: *The Chronicle of Higher Education*, 23/10/20, disponible en: <https://www.chronicle.com/article/why-do-we-thinking-learning-about-history-can-make-us-better>
- Satia, Pryia (2021). "Fascism and Analogies - British and American, Past and Present", en: *Los Angeles Review of Books*, 16/3/21, disponible en: <https://lareviewofbooks.org/article/fascism-analogies-british-american-past-present/>
- Savage, Luke (2023a). "It Turns Out Hillary Clinton, Not Russian Bots, Lost the 2016 Election", en: *The Jacobin*, 13/1/23, disponible en: <https://jacobin.com/2023/01/hillary-clinton-russian-bots-2016-presidential-election-trump>
- Savage, Luke (2023b). "Trump's Defeat Is Not a Foregone Conclusion", en: *The Jacobin*, 23/8/23, disponible en: <https://jacobin.com/2023/08/donald-trump-defeat-2024-presidential-election-biden-desantis>
- Schmidt, Michael S. (2024). "As Election Nears, Kelly Warns Trump Would Rule Like a Dictator", en: *The New York Times*, 22/10/24, disponible en: <https://www.nytimes.com/2024/10/22/us/politics/john-kelly-trump-fitness-character.html>
- Schutte, Sebastian (2016). "Trump/Hitler Comparisons Are Overstated. How Did Hitler Actually Consolidate Power?", en: *Washington Post*, 22/11/16, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2016/11/22/trumphitler-comparisons-are-overstated-but-here-are-4-warning-signs/>
- Semones, Evan (2020). "'He's sort of like Goebbels': Biden compares Trump to Nazi propagandist", en: *Politico*, 26/9/20, disponible en: <https://www.politico.com/news/2020/09/26/joe-biden-trump-joseph-goebbels-422047>
- Shaw, Tamsin (2020). "William Barr: The Carl Schmitt of Our Time", en: *New York Review of Books*, 15/1/20, disponible en: <https://www.nybooks.com/daily/2020/01/15/william-barr-the-carl-schmitt-of-our-time/>
- Shenton, James P. (1960). "Fascism and Father Coughlin", en: *Wisconsin Magazine of History*, no. 44, vol. 1, p. 6-11
- Shephard, Alex (2016). "Michiko Kakutani's review of a new book about Hitler isn't really about Hitler", en: *The New Republic*, 28/9/16, disponible en: <https://newrepublic.com/article/137296/michiko-kakutanis-review-new-book-hitler-isnt-really-hitler>
- Shephard, Alex (2024). "Joe Biden's Trumpian Turn", en: *The New Republic*, 10/7/24, disponible en: <https://newrepublic.com/article/183611/biden-king-like-trump>
- Shimko, Keith L. (1994). "Metaphors and Foreign Policy Decision Making", en: *Political Psychology*, vol. 15, no. 4, Diciembre, p. 655-671
- Signer, Michael (2023). "America Does Have a Way to Save Itself", en: *The Atlantic*, 29/4/23, disponible en: <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2023/04/us-defensive-democracy-authoritarianism/673878/>
- Sinnreich, Helene (2017). "Beware of another Reichstag Fire", en: *TruthDig*, 28/2/17, disponible en: <https://www.truthdig.com/articles/beware-of-another-reichstag-fire-2/>
- Sinnreich, Helene (2019). "Anti-vaxxers are comparing themselves to Holocaust victims - who relied on vaccines to survive", en: *The Washington Post*, 10/4/19, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/outlook/2019/04/10/anti-vaxxers-are-comparing-themselves-holocaust-victims-who-relied-vaccines-survive/>
- Singh, Maanvi (2019). "Ilhan Omar on Trump: 'I Believe He Is a Fascist' - As It Happened", en: *The Guardian*, 18/7/19, disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/live/2019/jul/18/trump-ilhan-omar-news-today-live-send-her-back-racist-rally-chant->

[latest-updates](#)

- Smeekes, Anouk, Kaat Van Acker, Mykel Verkuyten, Norbert Vanbeselaere (2014). “*The legacy of Nazism: Historical analogies and support for the far right*”, en: *Social Influence*, vol. 9, no. 4, p. 300-317, disponible en: <https://doi.org/10.1080/15534510.2013.855141>
- Smith, David (2020). “*The Meaning of Hitler: exploring our cultural fascination with Nazism*”, en: *The Guardian*, 10/8/20, disponible en: <https://www.theguardian.com/film/2021/aug/10/the-meaning-of-hitler-nazism-documentary-netflix>
- Snyder, Timothy (2010). “*Bloodlands: Europe Between Hitler and Stalin*”, Basic Books, New York, pp. 560
- Snyder, Timothy (2015). “*Black Earth: The Holocaust as History and Warning*”, Penguin Random House, London, pp. 480
- Snyder, Timothy (2016a). “*Trump’s Putin Fantasy*”, en: *The New York Review of Books*, 19/4/16, disponible en: <https://www.nybooks.com/daily/2016/04/19/trumps-putin-fantasy/>
- Snyder, Timothy (2016b). *Post de Facebook sin título*, 15/11/16, disponible en: Facebook, 15/11/16, disponible en: www.facebook.com/timothy.david.snyder/posts/1206636702716110
- Snyder, Timothy (2016c). “*Him*”, en: *Slate*, 18/11/16, disponible en: <https://slate.com/news-and-politics/2016/11/his-election-that-november-came-as-a-surprise.html>
- Snyder, Timothy (2016d). “*20 Lessons from the 20th Century on How to Survive in Trump’s America*”, en: *In These Times*, 21/11/16, disponible en: <http://inthesetimes.com/article/19658/20-lessons-from-the-20th-century-on-how-to-survive-in-trumps-america>
- Snyder, Timothy (2016e). “*America has become ukrainian*”, en: *Political Critique*, 5/12/16, disponible en: <http://politicalcritique.org/world/2017/snyder-america-has-become-ukrainian/>
- Snyder, Timothy (2017a). “*The Reichstag Warning*”, en: *The New York Review of Books*, 26/2/17, disponible en: <https://www.nybooks.com/daily/2017/02/26/reichstag-fire-manipulating-terror-to-end-democracy/>
- Snyder, Timothy (2017b). “*We have at most a year to defend American democracy, perhaps less*” (entrevista por Matthias Kolb), disponible en: *Süddeutsche Zeitung*, 7/2/17, disponible en: <https://www.sueddeutsche.de/politik/timothy-snyder-wir-haben-maximal-ein-jahr-zeit-um-amerikas-demokratie-zu-verteidigen-1.3365852>
- Snyder, Timothy (2017c). “*What the 20th Century Tells Us About Trump*” (entrevista por Isaac Chotiner), en: *Slate*, 7/3/16, disponible en: <https://slate.com/news-and-politics/2017/03/timothy-snyder-on-what-the-20th-century-tells-us-about-trumps-endgame.html>
- Snyder, Timothy (2017d). “*Hitler’s American Dream*”, en: *Slate*, 8/3/17, disponible en: <https://slate.com/news-and-politics/2017/03/nazi-germanys-american-dream-hitler-modeled-his-concept-of-racial-struggle-and-global-campaign-after-americas-conquest-of-native-americans.html>
- Snyder, Timothy (2017e). “*‘If you’re not resisting, you’re partaking’: a historian on Trump’s failure to call evil by its name*” (entrevista por Shawn Illing), disponible en: *Vox*, 9/3/17, disponible en: <https://www.vox.com/2017/8/14/16141078/charlottesville-unite-the-right-nazi-history-timothy-snyder>
- Snyder, Timothy (2017f). “*‘Post-truth is pre-fascism’: a Holocaust historian on the Trump era*” (entrevista por Shawn Illing), disponible en: *Vox*, 9/3/17, disponible en: <https://www.vox.com/platform/amp/conversations/2017/3/9/14838088/donald-trump-fascism-europe-history-totalitarianism-post-truth>
- Snyder, Timothy (2017g). “*The White House forgets the Holocaust (again)*”, en: *The Guardian*, 12/4/17, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/apr/11/sean-spicers-hitler-holocaust-speak-volumes>
- Snyder, Timothy (2017h). “*Historian Timothy Snyder: ‘It’s Pretty Much Inevitable’ That Trump Will Try to Stage a Coup and Overthrow Democracy*” (entrevista por Chauncey De Vega), en: *Salon*, 1/5/17, disponible en: <https://www.salon.com/2017/05/01/historian-timothy-snyder-its-pretty-much-inevitable-that-trump-will-try-to-stage-a-coup-and-overthrowdemocracy>
- Snyder, Timothy (2017i). “*Historian Timothy Snyder: Trump’s lies are creeping tyranny*” (entrevista por Shawn Illing), disponible en: *Vox*, 22/5/17, disponible en: <https://www.vox.com/conversations/2017/5/22/15663268/donald-trump-democracy-timothy-snyder-fascism-truth>
- Snyder, Timothy (2017j). “*Trump is ushering in a dark new conservatism*”, en: *The Guardian*, 15/6/17, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/jul/15/trumps-nostalgia-1930s-republicans>
- Snyder, Timothy (2017k). “*The Test of Nazism that Trump Failed*”, en: *The New York Times*, 18/8/17, disponible en: <https://www.nytimes.com/2017/08/18/opinion/the-test-of-nazism-that-trump-failed/>
- Snyder, Timothy (2017l). “*On Tyranny. Twenty Lessons from the Twentieth Century*”, Tim Duggan Books, New York, pp. 128
- Snyder, Timothy (2018a). “*The Road to Unfreedom: Russia, Europe, America*”, Tim Duggan Books, New York, pp. 368
- Snyder, Timothy (2018b). “*How Russia pioneered ‘Fake News’*” (entrevista por Shawn Illing), en: *Vox*, 5/4/18, disponible en: <https://www.vox.com/world/2018/4/5/17172754/russia-fake-news-trump-america-timothy-snyder>
- Snyder, Timothy (2018c). “*Fascism is Back. Blame the Internet*”, en: *The Washington Post*, 21/5/18, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/posteverything/wp/2018/05/21/fascism-is-back-blame-the-internet/>
- Snyder, Timothy (2018d). “*Timothy Snyder on Russia and ‘Dark Globalization’*” (entrevista por James Connolly), en: *Public Books*, 12/7/18, disponible en: <https://www.publicbooks.org/public-thinker-timothy-snyder-on-russia-and-dark-globalization/>
- Snyder, Timothy (2018e). “*Donald Trump borrows from the old tricks of fascism*”, en: *The Guardian*, 30/10/18, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/oct/30/trump-borrows-tricks-of-fascism-pittsburgh>
- Snyder, Timothy (2019a). “*Timothy Snyder on Language and ‘Not-Even Fascism’*”, en: *American Academy*, 14/1/19, disponible en: <https://www.americanacademy.de/timothy-snyder-on-language-and-not-even-fascism/>
- Snyder, Timothy (2019b). “*On concentration camps AOC is mistaken and Liz Cheney is wrong*”, en: *CNN*, 12/6/19, disponible en: <https://edition.cnn.com/2019/06/19/opinions/liz-cheney-alexandria-ocasio-cortez-concentration-camps-snyder/>
- Snyder, Timothy (2019c). “*The U.S. Holocaust Memorial Museum’s decision to speak out against Holocaust analogies is a moral threat*”, en: *Slate*, 12/7/19, disponible en: <https://slate.com/news-and-politics/2019/07/holocaust-museum-aoc-detention-centers->

[immigration.html](#)

- Snyder, Timothy (2020a). “*Our Malady. Lessons in Liberty from a Hospital Diary*”, Tim Duggan Books, New York, pp. 192
- Snyder, Timothy (2020b). “Take it from a historian. We don't owe anything to Confederate monuments”, en: *The Guardian*, 26/7/20, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/jul/23/trump-portland-confederate-monuments-racism-history>
- Snyder, Timothy (2020c). “What Americans should learn from Belarus”, en: *Washington Post*, 16/8/20, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/opinions/2020/08/16/what-americans-should-learn-belarus/>
- Snyder, Timothy (2020d). “Trump's tweet and fascism”, en: *El Pais*, 14/8/20, disponible en: <https://english.elpais.com/opinion/2020-08-14/trumps-tweet-and-fascism.html>
- Snyder, Timothy (2020e). “Our Own Reichstag Fire Moment” (entrevista por Matt Seaton), en: *The New York Review of Books*, 3/9/20, disponible en: <https://www.nybooks.com/daily/2020/09/03/our-own-reichstag-fire-moment/>
- Snyder, Timothy (2020f). “Historian Timothy Snyder warns that America is already in its own “slow-motion Reichstag Fire” (entrevista por Chauncey Devega), en: *Salon*, 18/10/17, disponible en: <https://www.salon.com/2020/10/18/historian-timothy-snyder-warns-that-america-is-already-in-its-own-slow-motion-reichstag-fire/>
- Snyder, Timothy (2020g). “America and the politics of pain”, en: *The New Statesman*, 28/10/20, disponible en: <https://www.newstatesman.com/long-reads/2020/10/america-donald-trump-healthcare-politics-pain-covid-illness-hospital>
- Snyder, Timothy (2020h). “Not a normal election. The ethical meaning of a vote for Donald Trump”, en: *Commonweal Magazine*, 2/11/22, disponible en: <https://www.commonwealmagazine.org/not-normal-election>
- Snyder, Timothy (2020i). “A Trumpian blip or a fundamental flaw in American democracy”, en: *Eurozine*, 25/11/20, disponible en: <https://www.eurozine.com/democracy-in-question/>
- Snyder, Timothy (2021a). “The American Abyss”, en: *The New York Times*, 9/1/21, disponible en: <https://www.nytimes.com/2021/01/09/magazine/trump-coup.html>
- Snyder, Timothy (2021b). “The War on History Is a War on Democracy”, en: *The New York Times*, 29/6/21, disponible en: <https://www.nytimes.com/2021/06/29/magazine/memory-laws.html>
- Snyder, Timothy (2022a). “A dream of power, an awakening to destruction”, en: *Substack, Thinking about it...*, 6/1/22, disponible en: <https://snyder.substack.com/p/a-dream-of-power-an-awakening-to>
- Snyder, Timothy (2022b). “Yale history professor Timothy Snyder told Insider he fears American democracy may not survive another Trump campaign”, en: *Business Insider*, 14/1/22, disponible en: <https://www.businessinsider.com/timothy-snyder-fears-democracy-may-not-survive-another-trump-campaign-2022>
- Snyder, Timothy (2022c). “Transcript: Ezra Klein Interviews Timothy Snyder”, en: *The New York Times*, 15/3/22, disponible en: <https://www.nytimes.com/2022/03/15/podcasts/transcript-ezra-klein-interviews-timothy-snyder.html>
- Snyder, Timothy (2022d). “We Should Say It: Russia Is Fascist”, en: *The New York Times*, 19/5/22, disponible en: <https://www.nytimes.com/2022/05/19/opinion/russia-fascism-ukraine-putin.html>
- Snyder, Timothy (2024a). “How to Stop Fascism. Five Lessons of the Nazi Takeover”, en: *Substack, Thinking about it...*, 5/7/24, disponible en: <https://snyder.substack.com/p/how-to-stop-fascism>
- Snyder, Timothy (2024b). “Fascism and Fear. The Moment, The Media, The Election”, en: *Substack, Thinking about it...*, 7/7/24, disponible en: <https://snyder.substack.com/p/fascist-froth>
- Snyder, Timothy (2024c). “Biden Experiments. How it might go, from here to victory”, en: *Substack, Thinking about it...*, 9/7/24, disponible en: <https://snyder.substack.com/p/biden-experiments>
- Snyder, Timothy (2024d). “What Does It Mean That Donald Trump Is a Fascist?”, en: *The New Yorker*, 8/11/24, disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/dispatches/what-does-it-mean-that-donald-trump-is-a-fascist>
- Snyder, Timothy, et al. (2018). “The Study of the Impossible, not the Inevitable”, en: *Eurozine*, 24/7/18, disponible en: <https://www.eurozine.com/mapping-road-unfreedom/>
- Snyder, Timothy, et al. (2019). “An open letter to the director of the U.S. Holocaust Memorial Museum”, en: *New York Review of Books*, 1/6/19, disponible en: <https://www.nybooks.com/online/2019/07/01/an-open-letter-to-the-director-of-the-holocaust-memorial-museum/>
- Sofsky, Wolfgang (1996). “*The Order of Terror: The Concentration Camp*”, Princeton University Press, Princeton, pp. 368
- Sontag, Susan (1980). “Fascinating Fascism”, en: “*Under the Sign of Saturn*”, Vintage, London, p. 73-109
- Sottile, JP (2013). “When in doubt, say ‘Hitler’”, en: *The Guardian*, 5/9/13, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2013/sep/05/bashar-al-assad-like-adolf-hitler>
- Specter, Matthew, Varsha Venkatasubramanian (2023). “‘America First’. Nationalism, Nativism, and the Fascism Question”, en: Gavriel D. Rosenfeld, Janet Ward (eds.), “*Fascism in America: Past and Present*”, Cambridge University Press, Cambridge, p. 107-137
- Stanley, Jason (2016). “My Parents’ Mixed Messages on the Holocaust”, en: *The New York Times/The Stone*, 20/8/16, disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/08/21/opinion/sunday/my-parents-mixed-messages-on-the-holocaust.html>
- Stanley, Jason (2018a). “*How Fascism Works: The Politics of Us and Them*”, Random House, New York, pp. 218
- Stanley, Jason (2018b). “OK, Trump’s Not a Fascist Leader: But Does His Fascist Rhetoric Mean He’s on the Way to Being One?” (entrevista por Isaac Chotiner), en: *Slate*, 10/9/18, disponible en: <https://slate.com/news-and-politics/2018/09/trumpsfascist-rhetoric-not-fascist-leader-yet.html>
- Stanley, Jason (2018c). “Is Trump a fascist? Learning about how fascism works can help prevent its spread in America” (entrevista por Noah Berlatsky), en: *NBC News*, 3/9/18, disponible en: <https://www.nbcnews.com/think/opinion/trump-fascist-learning-about-how-fascism-works-can-help-prevent-ncna905886>
- Stanley, Jason (2019a). “The Philosophy of Fascism”, en: *The Philosopher*, vol. 107, no. 2, Verano, disponible en: <https://www.thephilosopher1923.org/stanley>

- Stanley, Jason (2019b). "Our Increasingly Fascist Public Discourse", en: *Project Syndicate*, 25/1/19, disponible en: <https://www.project-syndicate.org/onpoint/our-increasingly-fascist-public-discourse-by-jason-stanley-2019-01>
- Stanley, Jason (2019c). "Beware of 'Snakes,' 'Invaders' and Other Fighting Words", en: *The New York Times*, 16/5/19, disponible en: <https://www.nytimes.com/2019/05/16/opinion/propaganda-is-power.html>
- Stanley, Jason (2019d). "Is Alexandria Ocasio-Cortez's 'Fascism' Claim Too Extreme? ICE is not the SS or the Gestapo. But it has concerning similarities", en: *The New York Times*, 4/7/19, disponible en: <https://www.nytimes.com/2019/07/04/opinion/fascism-trump-ice.html>
- Stanley, Jason (2019e). "Yes, 'Send Her Back' Is the Face of Evil", en: *Newsweek*, 21/7/19, disponible en: <https://www.newsweek.com/yes-send-her-back-face-evil-know-fascism-when-i-see-it-opinion-1450243>
- Stanley, Jason (2020a). "I have lived my life in the shadow of Auschwitz. This is what it meant", en: *The Guardian*, 27/1/20, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2020/jan/27/holocaust-auschwitz-far-right-nazis>
- Stanley, Jason (2020b). "Yale philosopher and author of 'How Fascism Works' explains why the pandemic offers Trump a dangerous opportunity to 'rule by decree'", (entrevista por Chauancey DeVega), en: *Salon* 11/5/20, disponible en: <https://www.salon.com/2020/05/11/author-of-how-fascism-works-pandemic-offers-trump-a-dangerous-opportunity-to-seize-power/>
- Stanley, Jason (2020c). "¿Fascismo en Estados Unidos?", en: *El País*, 31/7/20, disponible en: <https://elpais.com/opinion/2020-07-31/fascismo-en-estados-unidos.html>
- Stanley, Jason (2020d). "American fascism?", en: *El País* (versión inglesa), 1/8/20, disponible en: https://english.elpais.com/spanish_news/2020-08-01/american-fascism.html
- Stanley, Jason (2021a). "Trump's Neo-Fascism Takes America's Racism to the Next Level", en: *Daily Beast*, 6/1/21, disponible en: <https://www.thedailybeast.com/trumps-neo-fascism-takes-americas-racism-to-the-next-level>
- Stanley, Jason (2021b). "America Is Now In Fascism's Legal Phase", en: *The Guardian* 22/12/21, disponible en: <https://www.theguardian.com/world/2021/dec/22/america-fascism-legal-phase>
- Stanley, Jason (2022a). *No me sorprendería en absoluto si la democracia gradualmente desaparece* (entrevista por Juan Paolo Iglesias) en: *La Tercera*, 1/1/22, disponible en: <https://www.latercera.com/la-tercera-sabado/noticia/jason-stanley-autor-de-como-funciona-el-fascismo-no-me-sorprenderia-en-absoluto-si-la-democracia-gradualmente-desaparece/>
- Stanley, Jason (2022b). "How Fascism Works' author Jason Stanley dissects the fascist politics in democracies" (entrevista por Attila Piroth), en: *Scroll*, 11/2/22, disponible en: <https://scroll.in/article/1015526/interview-how-fascism-works-author-jason-stanley-dissects-the-fascist-politics-in-democracies>
- Stanley, Jason (2022c). "The antisemitism animating Putin's claim to 'denazify' Ukraine", en: *The Guardian*, 25/2/22, disponible en: <https://www.theguardian.com/world/2022/feb/25/vladimir-putin-ukraine-attack-antisemitism-denazify>
- Stanley, Jason (2022d). "Biden's 'soul of the nation' speech and the battle against MAGA 'semi-fascism' in America", en: *NBC News*, 2/9/22, disponible en: <https://www.nbcnews.com/think/opinion/biden-speech-last-night-called-trump-fascism-good-rcna46000>
- Stanley, Jason (2022e). "One Hundred Years of Fascism", en: *Project Syndicate*, 28/20/22, disponible en: <https://www.project-syndicate.org/onpoint/fascism-100-years-and-the-threat-today-by-jason-stanley-2022-10>
- Stanley, Jason (2023a). "Banning ideas and authors is not a 'culture war' – it's fascism", en: *The Guardian*, 14/2/23, disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/2023/feb/13/african-american-studies-republican-ban-florida>
- Stanley, Jason (2023b). "Tucker Carlson is not an anti-war populist rebel. He is a fascist", en: *The Guardian*, 28/4/23, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2023/apr/28/tucker-carlson-politics-fascism>
- Stanley, Jason (2023c). "My life has been defined by genocide of Jewish people. I look on Gaza with concern", en: *The Guardian*, 11/11/23, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2023/nov/11/my-life-has-been-defined-by-genocide-of-jewish-people-i-look-on-gaza-with-concern>
- Stanley, Jason (2024). "Why Fascists Hate Universities", en: *The Guardian*, 5/9/24, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/article/2024/sep/05/why-fascists-hate-universities-us-bangladesh-india>
- Steigmann-Gall, Richard (2016a). "One Expert Says Yes, Donald Trump Is a Fascist. And It's Not Just Trump", en: *Huffington Post*, 18/7/16, disponible en: https://www.huffingtonpost.com/entry/one-expert-says-yes-donaldtrump-is-a-fascist-and-us_578d1a56e4b0d4229484d3e0
- Steigmann-Gall, Richard (2016b). "If Trump Really is a Fascist, What Would a Trump Presidency Look Like?", en: *Huffington Post*, 24/6/16, disponible en: https://www.huffpost.com/entry/if-trump-really-is-a-fascist-what-would-a-trump-presidency_b_578f0862e4b004b4c9a3b2a6
- Steigmann-Gall, Richard (2016c). "What the American Left Doesn't Understand about Fascism", en: *Huffington Post*, 6/10/16, disponible en: www.huffpost.com/entry/what-the-american-left-doesnt-understand-about-fascism_b_57f5e21ee4b050f8f9045022
- Steigmann-Gall, Richard (2017a). "How To Resist The Trump Administration: Lessons From Nazi Germany", en: *Huffington Post*, 5/1/17, disponible en: https://www.huffpost.com/entry/how-to-resist-the-trump-administration-lessons-from_b_586dd1f5e4b070f5a180d64f
- Steigmann-Gall, Richard (2017b). "Star-strangled fascism: American interwar political extremism in comparative perspective", en: *Social History*, vol. 42, no. 1, p. 94-119
- Steigmann-Gall, Richard (2023). "Fascism and Antisemitism in 1930s America: The Genocidal Vision of the Silver Shirts", en: Gavriel D. Rosenfeld, Janet Ward (eds.), "Fascism in America: past and Present", Cambridge University Press, Cambridge, p. 198-220
- Steinmetz-Jenkins, Daniel (2020). "Beyond the End of History", en: *The Chronicle of Higher Education*, 14/8/20, disponible en: <https://www.chronicle.com/article/beyond-the-end-of-history>
- Steinmetz-Jenkins, Daniel (2021). "Yesterday's Men. Cold War liberalism, what is it good for?", en: *Baffler*, 16/12/21, disponible en:

- <https://thebaffler.com/latest/yesterdays-men-steinmetz-jenkins>
- Steinmetz-Jenkins, Daniel (ed.) (2024). *“Did It Happen Here?: Perspectives on Fascism and America”*, W. W. Norton & Company, New York, pp. 384
- Sternhell, Zeev (1985). *“The Anti-Enlightenment Tradition”*, Yale University Press, New Haven, pp. 532
- Sternhell, Zeev (1995). *“Neither Left Nor Right: Fascist Ideology in France”*, Princeton University Press, Princeton, pp. 440
- Sternhell, Zeev (2000). *“Fascism: Reflections On The Fate Of Ideas In Twentieth Century History”*, en: *Journal of Political Ideologies*, vol. 5, no. 2, p. 193-215
- Sternhell, Zeev (2008). *“How To Think About Fascism And It’s Ideology”*, en: *Constellations*, vol. 15, no. 3
- Sternhell, Zeev (2017). *“The Origins of Anti-Intellectualism”*, en: *Slate*, 7/4/17, disponible en: <https://slate.com/news-and-politics/2017/04/anti-intellectualism-poses-a-great-danger-to-democracy.html>
- Sternhell, Zeev (2018). *“In Israel, Growing Fascism and a Racism Akin to Early Nazism”* en: *Haaretz*, 18/1/18, disponible en: <https://www.haaretz.com/opinion/.premium-in-israel-growing-fascism-and-a-racism-akin-to-early-nazism-1.5746488>
- Sternhell, Zeev (2019). *“Israel’s Right Wing Is Worse Than Europe’s”*, en: *Haaretz*, 19/6/19, disponible en: <https://www.haaretz.com/opinion/2019-07-19/ty-article-opinion/.premium/israels-right-wing-is-worse-than-europes/0000017f-e1e6-d568-ad7f-f3ef01ef0000>
- Sternhell, Zeev, Maia Asheri, Mario Sznajder (1989). *“The Birth of Fascist Ideology: From Cultural Rebellion to Political Revolution”*, Princeton University Press, Princeton, pp. 348
- Stone, Dan (2013). *“The Holocaust, Fascism and Memory Essays in the History of Ideas”*, Palgrave Mcmillan, London, pp. 250
- Stone, Dan (2019). *“Concentration Camps: A Very Short Introduction”*, Oxford University Press, New York, pp. 160
- Stone, Dan (2021). *“The return of fascism in Europe? Reflections on history and the current situation”*, en: *“Fascism, Nazism And The Holocaust Challenging Histories”*, Routledge London, p. 216-233
- Stone, Dan (2023). *“The Holocaust: An Unfinished History”*, Mariner Books, London, pp. 464
- Stone, Marla (2023). *“Concentration Camps in Trump’s America?”*, en: Gavriel D. Rosenfeld, Janet Ward (eds.), *“Fascism in America: past and Present”*, Cambridge University Press, Cambridge, p. 352-376
- Strenski, Ellen (2017). *“‘It Can’t Happen Here’, or Has It? Sinclair Lewis’s Fascist America”*, en: *Terrorism and Political Violence*, vol. 29, no. 3, p. 425-436, disponible en: <https://doi.org/10.1080/09546553.2017.1304760>
- Swan, Jonathan, Charlie Savage, Maggie Haberman (2023). *“Trump and Allies Forge Plans to Increase Presidential Power in 2025”*, en: *The New York Times*, 17/7/23, disponible en: <https://www.nytimes.com/2023/07/17/us/politics/trump-plans-2025.html>
- Sweezy, Paul (1973). *Teoría del desarrollo capitalista*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., pp. 431
- Tarcus, Horacio (2023). *“Imaginarios de la revolución”* (prólogo a la nueva edición de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* de Carlos Marx), en: *The Jacobin América Latina*, 5/5/23, disponible en: <https://jacobinlat.com/2023/05/05/imaginarios-de-la-revolucion/>
- Tamás, Gáspár Miklós (2000). *“On Post-Fascism”*, en: *Boston Review*, 1/6/00, disponible en: <https://www.bostonreview.net/articles/g-m-tamas-post-fascism/>
- Tamás, Gáspár Miklós (2017). *“The mystery of ‘populism’ finally unveiled”*, en: *Open Democracy*, 24/2/17, disponible en: <https://www.opendemocracy.net/en/can-europe-make-it/mystery-of-populism-finally-unveiled/>
- Tamás, Gáspár Miklós (2018). *“Marx and Sociology”*, en: *Verso blog*, 24/4/18, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/3760-marx-and-sociology>
- Teitelbaum, Benjamin R. (2017). *“Labeling right in the age of Trump”*, en: *Oxford University Press’s Blog*, 14/1/17, disponible en: <https://blog.oup.com/2017/01/labeling-nationalism-age-trump/>
- Temkin, Moshik (2017). *“Historians Should Not Be Pundits”*, en: *The New York Times*, 26/6/17, disponible en: <https://www.nytimes.com/2017/06/26/opinion/trump-nixon-history.html>
- Teninbaum, Gabriel H. (2009). *“Reductio ad Hitlerum: Trumping the Judicial Nazi Card”*, en: *Michigan State Law Review*, vol. 2009, p. 541-578
- Tesich, Steve (1992). *“A Government of Lies”*, en: *The Nation*, vol. 254, no. 1, Enero, p. 12-14
- Thalheimer, August (1930). *“On Fascism”*, disponible en: <https://www.marxists.org/archive/thalheimer/works/fascism.htm>
- Tharoor, Ishaan (2017). *“The post-fascism of Donald Trump”*, en: *Washington Post*, 28/3/17, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/worldviews/wp/2017/03/28/the-post-fascism-of-donald-trump/>
- Tharoor, Ishaan (2021). *“Trump’s last days and the echo of one specific Hitler analogy”*, en: *Washington Post*, 15/1/21, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/world/2021/01/15/trump-hitler-us-capitol-beer-hall-putsch/>
- Tharoor, Ishaan (2022a). *“Right-wing nationalists are marching into the future by rewriting the past”*, en: *Washington Post*, 11/2/22, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/outlook/2022/02/11/history-patriotism-right-wing-politics/>
- Tharoor, Ishaan (2022b). *“The debate over American fascism gets louder”* en: *The Washington Post*, 30/8/22, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/world/2022/08/30/fascism-biden-trump-american-history/>
- Tocqueville, Alexis de (1988). *“Democracy in America”*, Harper & Row, New York, pp. 836
- Togliatti, Palmiro (1976). *“Lectures on Fascism”*, Lawrence & Wishart, London, pp. 172
- Toscano, Alberto (2010). *“The Spectre of Analogy”*, en: *New Left Review*, no. 66, Noviembre-Diciembre, disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii66/articles/alberto-toscano-the-spectre-of-analogy>
- Toscano, Alberto (2017). *“Notes on Late Fascism”*, en: *Historical Materialism*, 2/4/17, disponible en: <http://www.historicalmaterialism.org/blog/notes-late-fascism>
- Toscano, Alberto (2020). *“The Long Shadow of Racial Fascism”* en: *Boston Review*, 27/10/20, <http://bostonreview.net/race-politics/alberto-toscano-long-shadow-racial-fascism>
- Toscano, Alberto (2021). *“Incipient Fascism: Black Radical Perspectives”*, en: *Comparative Literature and Culture*, vol. 23, no. 1, Marzo,

- disponible en: <http://docs.lib.purdue.edu/clcweb/vol23/iss1/6>
- Toscano, Alberto (2023a). “Gramsci in Florida”, en: *The New Statesman*, 4/3/23, disponible en: <https://www.newstatesman.com/the-weekend-essay/2023/03/gramsci-florida-republican-party>
- Toscano, Alberto (2023b). “The War on Gaza and Israel’s Fascism Debate”, en: *Verso blog*, 19/10/23, disponible en: <https://www.versobooks.com/en-gb/blogs/news/the-war-on-gaza-and-israel-s-fascism-debate>
- Toscano, Alberto (2023c). “Late Fascism. Race, Capitalism and the Politics of Crisis”, Verso, London, pp. 224
- Toscano, Alberto (2023d). “The Rise of the Far Right Is a Global Phenomenon”, en: *In These Times*, 21/11/23, disponible en: <https://inthesetimes.com/article/global-far-right-meloni-milei-putin-bannon-orban>
- Toscano, Alberto (2024). “Antifascism After Gaza”, en: *In These Times*, 9/5/24, disponible en: <https://inthesetimes.com/article/fascism-debate-trump-democrats-gaza-campus-protest>
- Tooze, Adam (2005). “Economics, Ideology and Cohesion in the Third Reich: A critique of Goetz Aly’s *Hitlers Volksstaat*”, disponible en: www.adamatooze.com
- Tooze, Adam (2008). “The Wages of Destruction: the Making and Breaking of Nazi Economy”, Penguin Books, London, pp. 799
- Tooze, Adam (2018). “Crashed: how a decade of financial crises changed the world”, Viking, New York, pp. 720
- Tooze, Adam (2019). “Democracy and It’s Discontents”, en: *The New York Review Of Books*, 6/6/19, disponible en: <https://www.nybooks.com/articles/2019/06/06/democracy-and-its-discontents/>
- Tooze, Adam (2020). “A Historian of Economic Crisis on the World After COVID-19” (entrevista por Eric Levitz), en: *The New York Magazine*, 7/8/20, disponible en: <https://nymag.com/intelligencer/2020/08/adam-tooze-how-will-the-covid-19-pandemic-change-world-history.html>
- Tooze, Adam (2022a). “The War At The End Of History”, en: *The New Statesman*, 6/4/22, disponible en: <https://www.newstatesman.com/ideas/2022/04/war-at-the-end-of-history>
- Tooze, Adam (2022b). “Chartbook #166: 1922/2022 - The centenary of Mussolini’s ‘March on Rome’ and the dilemmas of the liberal expert class”, en: Adam Tooze Substack, 30/10/22, disponible en: <https://adamtooze.substack.com/p/chartbook-166-19222022-the-centenary>
- Tooze, Adam (2024a). “Facing war in the Middle East and Ukraine, the US looks feeble. But is it just an act?”, en: *The Guardian*, 10/10/24, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2024/oct/10/war-middle-east-ukraine-us-feeble-biden-trump>
- Tooze, Adam (2024b). “Chartbook 325 Wrestling with transition thinking. Or on being ‘interregnumed’ and how to resist it. (Hegemony notes 8)”, en: Adam Tooze Substack, 9/10/24, disponible en: <https://adamtooze.substack.com/p/chartbook-325-wrestling-with-transition>
- Traverso, Enzo (2003). “The Origins of Nazi Violence”, The New Press, New York, pp. 201
- Traverso, Enzo (2005). “Interpretar el fascismo. Notas sobre George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile”, en: *Jstor*, no. 60, p. 227-258
- Traverso, Enzo (2006). *Historia jako pole bitwy. Interpretacja przemocy w XX wieku [La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX]*, Wydawnictwo Le Monde Diplomatique, Warszawa, pp. 278
- Traverso, Enzo (2011a). *Historiografía y memoria: interpretar el siglo XX* (parte 1), en: *Aletheia*, vol. 1, no. 2, Mayo, disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4820/pr.4820.pdf
- Traverso, Enzo (2011b). *Historiografía y memoria: interpretar el siglo XX* (parte 2), en: *Aletheia*, vol. 1, no. 2, Mayo, disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4821/pr.4821.pdf
- Traverso, Enzo (2013). *El final de la modernidad judía. La historia de un giro conservador*, PUV, Valencia, pp. 235
- Traverso, Enzo (2014). *¿Qué fue de los intelectuales?* (Conversación con Régis Meyran), Siglo XXI, México D.F., pp. 121
- Traverso, Enzo (2015). “Uno no puede trabajar sobre el mundo contemporáneo sin asumir una parte de subjetividad” (entrevista por Nadia Tahir), en: *Clepsidra*, núm. 4, octubre 2015, p. 152-167
- Traverso, Enzo (2016a). “Espectros del fascismo. Pensar las derechas radicales en el siglo XXI”, en: *Herramienta*, no. 58, 6/9/16, disponible en: <https://biblat.unam.mx/hevila/HerramientaBuenosAires/2016/no58/15.pdf>
- Traverso, Enzo (2016b). “Islamophobia: The New Western Racism”, en: *Pluto Press blog*, disponible en: <https://plutopress.wordpress.com/2016/08/10/islamophobia-the-new-western-racism>
- Traverso, Enzo (2016c). “Warping History”, en: *The Jacobin*, 10/8/16, disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2016/08/timothy-snyder-black-earth-bloodlands-holocaust-soviets-nazis>
- Traverso, Enzo (2017a). “Fire and Blood. The European Civil War 1914-1945”, Verso, London, pp. 293
- Traverso, Enzo (2017b). “Trump’s Savage Capitalism: The Nightmare Is Real”, en: *World Policy Journal*, vol. XXXIV, no. 1, p. 13-17
- Traverso, Enzo (2017c). “Mutations of Fascism” (entrevista por Olivier Doubre), en: *Verso blog*, 28/2/17, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/3112-mutations-of-fascism-an-interview-with-enzo-traverso>
- Traverso, Enzo (2017d). “Post-fascism: a mutation still underway” (entrevista por Grégory Marin), en: *Verso blog*, 13/3/17, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/3130-post-fascism-a-mutation-still-underway>
- Traverso, Enzo (2018a). *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 412
- Traverso, Enzo (2018b). *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Prometeo Libros, Buenos Aires 2018, pp. 114
- Traverso, Enzo (2018c). “Against ‘Totalitarianism’” (entrevista por Despina Lalaki), en: *Verso blog*, 27/2/18, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/3644-against-totalitarianism-a-conversation-with-enzo-traverso>
- Traverso, Enzo (2019a). “The New Faces of Fascism. Populism and the Far-Right”, Verso, London, pp. 200
- Traverso, Enzo (2019b). “Fascisms Old and New” (entrevista por Nicolas Allen y Martín Cortés), en: *The Jacobin*, 2/4/19, disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2019/02/enzo-traverso-post-fascism-ideology-conservatism>

- Traverso, Enzo (2019c). “Posfascismo. Fascismo como concepto transhistórico”, en: *Viento Sur*, no. 166, 3/12/19, disponible en: <https://vientosur.info/posfascismo-fascismo-como-concepto-transhistorico>
- Traverso, Enzo (2019d). “What we’re seeing now around the world is different from classic fascism” (entrevista por *Democracia Abierta*), en: *Open Democracy*, 20/12/19, disponible en: <https://www.opendemocracy.net/en/democraciaabierta/enzo-traverso-lo-que-vemos-ahora-en-el-mundo-es-algo-distinto-al-fascismo-clasico-en/>
- Traverso, Enzo (2019e). “Marxism, the Far-Right and the Antinomies of Liberalism” (entrevista por George Souvlis), en: *Verso blog*, 5/4/19, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/4296-marxism-the-far-right-and-the-antinomies-of-liberalism-an-interview-with-enzo-traverso>
- Traverso, Enzo (2019f). ¿De qué hablamos? Antisemitismo: una respuesta al sociólogo Danny Trom, en: *Viento Sur*, 24/6/19, disponible en: <https://vientosur.info/de-que-hablamos/>
- Traverso, Enzo (2020a). “Tearing Down Statues Doesn’t Erase History, It Makes Us See It More Clearly”, en: *The Jacobin*, 24/6/20, disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2020/06/statues-removal-antiracism-columbus>
- Traverso, Enzo (2020b). “Zeev Sternhell, 1935-2020”, en: *The Jacobin*, 11/7/20, disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2020/07/zeev-sternhell-obituary>
- Traverso, Enzo (2020c). “No hay futuro sin elaboración del pasado” (entrevista por Nicolas Allen y Martín Mosquera), en: *The Jacobin América Latina*, 22/12/20, disponible en: <https://jacobinlat.com/2020/12/22/no-hay-futuro-sin-elaboracion-del-pasado/>
- Traverso, Enzo (2020d). “Critique of Modern Barbarism. Essays on Fascism, Anti-Semitism and the Use of History”, International Institute for Research and Education, Amsterdam, pp. 302
- Traverso, Enzo (2021a). “Islamophobia, ‘Islamo-leftism’, (post)fascism” (entrevista por Lucio Nanni), en: *Verso Blog*, 9/3/21, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/5018-islamophobia-islamo-leftism-post-fascism>
- Traverso, Enzo (2021b). “Revolution: An Intellectual History”, Verso, London, pp. 480
- Traverso, Enzo (2021c). “Se puede reconocer el papel de Trotsky y asumir su herencia críticamente” (entrevista por Brais Fernández y Xaquín Pastoriza), en: *VientoSur*, no 173, 3/2/21, disponible en: <https://vientosur.info/se-puede-reconocer-el-papel-de-trotsky-y-asumir-su-herencia-criticamente/>
- Traverso, Enzo (2021d). “Dialectic Of Irrationalism Historicizing Lukács’s *The Destruction Of Reason*”, en: Georg Lukács, “*The Destruction Of Reason*”, Verso, London, p. ix-lix
- Traverso, Enzo (2021e). “Universal Fascism? A Response to Ugo Palheta”, en: *Historical Materialism Blog*, 31/3/21, disponible en: <https://www.historicalmaterialism.org/universal-fascism-a-response-to-ugo-palheta/>
- Traverso, Enzo (2022a). *El retorno del pasado como relámpago*, en: *The Jacobin América Latina*, 1/2/22, disponible en: <https://jacobinlat.com/2022/02/01/el-retorno-del-pasado-como-relampago/>
- Traverso, Enzo (2022b). “Twenty-First Century Fascism: Where We Are?”, en: *Verso blog*, 3/2/22, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/5257-twenty-first-century-fascism-where-we-are/>
- Traverso, Enzo (2022c). “Holocausto y colonialismo: a propósito de ‘El catecismo alemán’”, en: *The Jacobin América Latina*, 20/4/22, disponible en: <https://jacobinlat.com/2022/04/20/holocausto-y-colonialismo-a-proposito-de-el-catecismo-aleman/>
- Traverso, Enzo (2022d). *Pasados singulares: El 'yo' en la escritura de la Historia*, Alianza Editorial, Madrid, pp. 224
- Traverso, Enzo (2023a). “If we wanted to find an ancestor for Giorgia Meloni, it would be the Vichy regime” (entrevista por Xavier de La Porte), en: *Verso blog*, 10/1/23, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/5524-enzo-traverso-if-we-wanted-to-find-an-ancestor-for-giorgia-meloni-it-would-be-the-vichy-regime>
- Traverso, Enzo (2023b). “Arno J. Mayer’s 20th century”, en: *The New Statesman*, 18/2/23, disponible en: <https://www.newstatesman.com/the-weekend-essay/2023/02/arno-j-mayer-twentieth-century>
- Traverso, Enzo (2023c). “The Pronouns of History: An Interview with Enzo Traverso” (entrevista por Sakiru Adebayo), en: *Journal of the History of Ideas Blog*, 24/3/23, disponible en: <https://jhiblog.org/2023/03/24/the-pronouns-of-history-an-interview-with-enzo-traverso/>
- Traverso, Enzo (2023d). “Global Post-Fascism and the War in Ukraine: A Conversation” (entrevista por Ilya Budraitskis), en: *e-flux*, 8/6/23, disponible en: <https://www.e-flux.com/notes/543799/global-post-fascism-and-the-war-in-ukraine-a-conversation>
- Traverso, Enzo (2024). *Gaza ante la historia*, Ediciones Akal, Madrid, pp. 93
- Trotsky, Leon (1933). “What is National Socialism?”, en: *Modern Thinker*, Octubre, disponible en: www.marxists.org/archive/trotsky/germany/1933/330610.htm
- Trotsky, Leon (1934). “Bonapartism and Fascism”, en: *New International*, vol. 1, no. 2, p. 37-38, disponible en: www.marxists.org/archive/trotsky/germany/1934/340715.htm
- Trotsky, Leon (1940). “Bonapartism, Fascism and War”, en: *Fourth International*, vol. 1, no. 5, Octubre, p. 128-131, disponible en: <https://marxists.org/archive/trotsky/1940/08/last-article.htm>
- Trump, Donald, Tony Schwartz (1987). “*Trump: The Art of the Deal*”, Random House Publishing Group, New York, pp. 384
- Ullrich, Volker (2016). “*Hitler: Ascent, 1889–1939*”, Alfred A. Knopf, New York, pp. 480
- Ullrich, Volker (2017). “*Adolf Hitler: ‘Wait Calmly’*”, en: *Die Zeit*, 1/2/17, disponible en: <https://www.zeit.de/wissen/geschichte/2017-02/adolf-hitler-chancellor-appointment-anniversary>
- Von Sass, Hartmut (2021). “*A Philosophy of Comparisons: Theory, Practice and the Limits of Ethics*”, Bloomsberry Academic, London, pp. 265
- Wachsmann, Nikolaus (2016). “*KL: A History of the Nazi Concentration Camps*”, Farrar, Straus and Giroux, New York, pp. 865
- Wachsmann, Nikolaus (2020). *Dentro de Auschwitz*, en: *El País*, 18/1/20, disponible en: https://elpais.com/cultura/2020/01/16/babelia/1579187825_659462.html?rel=lom
- Wagner, John (2019). “*Ocasio-Cortez presses case that U.S. is running ‘concentration camps’ at border amid Republican outcry*”, en:

- Washington Post, 18/6/19, disponible en: https://www.washingtonpost.com/powerpost/ocasio-cortez-presses-case-that-us-is-running-concentration-camps-at-border-amid-republican-outcry/2019/06/18/09ee7eb6-91d8-11e9-aadb-74e6b2b46f6a_story.html
- Waldenberg, Samantha, Michael Williams (2024). "Biden believes Trump is a fascist, White House says", en: CNN, 23/10/24, disponible en: <https://www.cnn.com/2024/10/23/politics/biden-trump-fascism/index.html>
- Walser, Smith Helmut (2020). "No, America is not succumbing to fascism. The resistance is proof of that", en: The Washington Post, 1/9/20, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/outlook/2020/09/01/no-america-is-not-succumbing-fascism/>
- Weber, Max (1978). "Economy and Society: An Outline of Interpretative Sociology", vol. 2, University of California Press, Berkeley, pp. 1469
- Weber, Max (2011). "The methodology of the social sciences", Routledge, New York, pp. 256
- Weber, Thomas (2016). "Comparing Donald Trump to Hitler is a Distraction", en: Deutsche Welle, 7/11/16, disponible en: <https://www.dw.com/en/historian-comparing-trump-to-hitler-is-a-distraction/a-19099784>
- Weber, Thomas (2021). "Trump is not a fascist. But that didn't make him any less dangerous to our democracy", en: CNN, 24/1/21, disponible en: <https://edition.cnn.com/2021/01/24/opinions/trump-fascism-misguided-comparison-weber/index.html>
- Weber, Thomas (2023a). "Why Trump seems to grow more popular the worse his legal troubles become" (entrevista por Nicole Narea), en: Vox, 25/8/23, disponible en: <https://www.vox.com/trump-investigations/2023/8/25/23845591/donald-trump-charges-january-6-trial-hitler-putsch-trial>
- Weber, Thomas (2023b). "Anarchy and the State of Nature in Donald Trump's America and Adolf Hitler's Germany", en: Gavriel D. Rosenfeld, Janet Ward (eds.), "Fascism in America: past and Present", Cambridge University Press, Cambridge, p. 78-106
- Weisman, Jonathan (2024). "Harris and Democrats Lose Their Reluctance to Call Trump a Fascist", en: The New York Times, 17/10/24, disponible en: <https://www.nytimes.com/2024/10/17/us/politics/harris-trump-fascism.html>
- Westermann, Edward B. (2016). "Hitler's Ostkrieg and the Indian Wars: Comparing Genocide and Conquest", University of Oklahoma Press, Norman, pp. 336
- Whitman, James Q. (2017a). "Hitler's American Model: The United States and the Making of Nazi race Law", Princeton University Press, Princeton, pp. 224
- Whitman, James Q. (2017b). "When the Nazis wrote the Nuremberg laws, they looked to racist American statutes", en: Los Angeles Times, 22/2/17, disponible en: <https://www.latimes.com/opinion/op-ed/la-oe-whitman-hitler-american-race-laws-20170222-story.html>
- Williams, Raymond (1976). "Keywords: a Vocabulary of Culture and Society", Oxford University Press, New York, pp. 352
- Williams, Zoe (2017). "Totalitarianism in the age of Trump: lessons from Hannah Arendt", en: The Guardian, 1/2/17, disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/2017/feb/01/totalitarianism-in-age-donald-trump-lessons-from-hannah-arendt-protests>
- Winant, Gabriel (2020). "We Live in a Society. Organization is the entire question", en: n+1 Magazine, 12/12/20, disponible en: <https://www.nplusonemag.com/online-only/online-only/we-live-in-a-society/>
- Winant, Gabriel (2024). "Exit Right", en: Dissent, 8/11/24, disponible en: https://www.dissentmagazine.org/online_articles/exit-right/
- Wippermann, Wolfgang (1976). "The Post-War German Left and Fascism", en: Journal of Contemporary History, vol. 11, Octubre, p. 185-220
- Wisniewski, Maciek (2011). "Before The European Culture Congress: A Casual Passer-By", en: Biweekly, Enero, no. 11, disponible en: <https://www.biweekly.pl/article/1792-before-the-european-culture-congress-a-casual-passer-by.html>
- Wisniewski, Maciek (2016). Las falsas paralelas (Trump), en: La Jornada, 21/11/16, disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2016/11/18/opinion/022a2pol>
- Wisniewski, Maciek (2022a). Cien años de fascismo: Italia, en: La Jornada, 12/11/22, disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2022/11/12/opinion/016a1pol>
- Wisniewski, Maciek (2022b). Cien años de fascismo: Israel, en: La Jornada, 26/11/22, disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2022/11/26/opinion/016a2pol>
- Wolin, Sheldon S. (2003a). "Inverted Totalitarianism", en: The Nation, 1/5/03, disponible en: <https://www.thenation.com/article/archive/inverted-totalitarianism/>
- Wolin, Sheldon S. (2003b). "A Kind of Fascism Is Replacing Our Democracy", en: The Axis of Logic, 25/7/03, disponible en: http://www.axisoflogic.com/artman/publish/Article_917.shtml
- Zemler, Emily (2022). "How a star-studded new movie whitewashes American fascism", en: Los Angeles Times, 11/10/22, disponible en: <https://www.latimes.com/entertainment-arts/movies/story/2022-10-11/amsterdam-movie-american-fascism-smedley-butler-true-story>